Christopher Clark

Sonámbulos

Cómo Europa fue a la guerra en 1914

Galaxia Gutenberg
Círculo de Lectores

ACCESO ABIERTO

© Nina Lübbren

Christopher Clark es catedrático de Historia Moderna europea y *Fellow* del St. Catharine's College de la Universidad de Cambridge. Es autor, entre otros libros, de *Iron Kingdom: The Rise and Downfall of Prussia, 1600-1947.*

La mañana del 28 de junio de 1914, cuando el archiduque de Austria, Francisco Fernando, y su esposa, Sofía Chotek, llegaron a la estación de tren de Sarajevo, en Europa reinaba la paz. Treinta y siete días después, el continente estaba en guerra. La contienda tendría como resultado veinte millones de muertos, destruiría tres imperios y alteraría de forma permanente la historia mundial.

Sonámbulos revela con todo detalle cómo se desató la crisis que condujo a la Primera Guerra Mundial. Basándose en fuentes primarias, traza los caminos que llevaron a la guerra con una narrativa llena de acción que cubre minuto a minuto todo lo que ocurrió en los centros clave de Viena, Berlín, San Petersburgo, París, Londres y Belgrado. Christopher Clark repasa las décadas de historia que conformaron los acontecimientos de 1914, y analiza los mutuos malentendidos y los gestos involuntarios que hicieron que se desatara la crisis en pocas semanas.

Basado en una meticulosa investigación y brillantemente escrito, este libro es un análisis magistral de uno de los dramas más importantes de los tiempos modernos. Ofrece una nueva visión de la Primera Guerra Mundial en la que no se priman las batallas y las atrocidades de la propia contienda, sino los complejos acontecimientos y relaciones que llevaron a un grupo de líderes bienintencionados a un conflicto brutal y sangriento.

creative commons
LICENCIA CREATIVE COMMONS

Christopher Clark

Sonámbulos

Cómo Europa fue a la guerra en 1914

Traducción de
Irene Cifuentes
y Alejandro Pradera

Galaxia Gutenberg
Círculo de Lectores

Para Josef y Alexander

Índice

Lista de ilustraciones
Lista de mapas
Agradecimientos
Introducción

Parte I
LOS CAMINOS QUE LLEVAN A SARAJEVO

1. Los fantasmas serbios
   Asesinato en Belgrado
   «Elementos irresponsables»
   Mapas mentales
   Separación
   Escalada
   Tres guerras turcas
   La conspiración
   Nikola Pašić reacciona
2. El Imperio sin cualidades
   Conflicto y equilibrio
   Los jugadores de ajedrez
   Mentiras y falsificaciones
   Calma engañosa
   Halcones y palomas

Parte II
UN CONTINENTE DIVIDIDO

3. La polarización de Europa, 1887-1907
   Relaciones peligrosas: la Alianza franco-rusa
   La decisión de París
   El fin de la neutralidad británica
   Un imperio tardío: Alemania

¿Un gran momento crucial?
Un pesimismo exagerado
4. Las numerosas voces de la política exterior europea
Soberanos que toman decisiones
¿Quién gobernaba en San Petersburgo?
¿Quién gobernaba en París?
¿Quién gobernaba en Berlín?
La agitada supremacía de Sir Edward Grey
La crisis de Agadir de 1911
Soldados y civiles
La prensa y la opinión pública
La fluidez del poder
5. Caos en los Balcanes
Ataques aéreos sobre Libia
Descontrol en los Balcanes
El indeciso
La crisis balcánica del invierno de 1912-1913
¿Bulgaria o Serbia?
Los problemas de Austria
La balcanización de la alianza franco-rusa
París fuerza el paso
El agobio de Poincaré
6. Últimas oportunidades: Distensión y peligro, 1912-1914
Los límites de la distensión
«Ahora o nunca»
Alemanes en el Bósforo
El escenario de un conflicto con origen en los Balcanes
¿Una crisis de masculinidad?
¿Cuán abierto estaba el futuro?
Parte III
CRISIS
7. Asesinato en Sarajevo
El asesinato
Instantes congelados
Comienza la investigación
Las respuestas de Serbia
¿Qué hacer?
8. El círculo se ensancha

Reacciones en el extranjero
El conde Hoyos va a Berlín
El camino hacia el ultimátum austriaco
La extraña muerte de Nikolai Hartwig
9. Los franceses en San Petersburgo
El conde de Robien cambia de tren
Poincaré zarpa hacia Rusia
La partida de póquer
10. El ultimátum
Austria exige
Serbia responde
Comienza una «guerra local»
11. Disparos de advertencia
Se impone la firmeza
«Esta vez es la guerra»
Las razones de Rusia
12. Los últimos días
Una extraña luz incide sobre el mapa de Europa
Poincaré regresa a París
Rusia se moviliza
El salto al vacío
«Tiene que haber algún malentendido»
Las tribulaciones de Paul Cambon
El Reino Unido interviene
Bélgica
Botas
Conclusión
Notas

Lista de ilustraciones

1. Pedro I Karadjordjević (Corbis)

2. El rey Alejandro y la reina Draga *c.* 1900 (Getty Images)

3. Asesinato de los Obrenović, extraído de *Le Petit Journal*, 28 de Junio de 1903

4. El joven Gavrilo Princip

5. Nedeljko Ćabrinović

6. Milan Ciganović (Roger Viollet/Getty Images)

7. El conde Leopold Berchtold (Popperfoto/Getty Images)

8. Conrad von Hötzendorf (Getty Images)

9. Francisco Fernando, archiduque de Austria-Este

10. Théophile Delcassé

11. «La pugna por China», por Henri Meyer, *Le Petit Journal*, 1898

12. Guillermo II y Nicolás II (Hulton Royals Collection/Getty Images)

13. Guillermo II (Bettmann/Corbis)

14. Eduardo VII con su uniforme de coronel del 12º Cuerpo de Húsares austriacos

15. Pyotr Stolypin (Popperfoto/Getty Images)

16. Joseph Caillaux (Hulton Archive/Getty Images)

17. Paul Cambon

18. Sir Edward Grey

19. Sergei Sazonov (Cortesía de las Bibliotecas de la Universidad de Texas, Universidad de Texas en Austin)

20. Alexander V. Krivoshein

21. El conde Vladimir Kokovtsov (Getty Images)

22. Helmuth von Moltke (dpa/Corbis)

23. Ivan Goremykin

24. Francisco Fernando y Sofía en Sarajevo, 28 de junio (Hulton Royals Collection/Getty Images)

25. Leon von Biliński

26. Los asesinos ante el tribunal (Getty Images)

27. Arresto de un sospechoso (De Agostini/Getty Images)

28. Conde Benckendorff

29. Raymond Poincaré

30. René Viviani

31. Nikola Pašić en 1919 (Harris and Ewing Collection, Biblioteca del Congreso)

32. H. H. Asquith

33. Nicolás II y Poincaré (Hulton Royals Collection/Getty Images)

34. Theobald von Bethmann Hollweg (Hulton Archive/Getty Images)

35. El conde Lichnowsky

36. Las huellas de Gavrilo Princip, Sarajevo (una foto de 1955). (Hulton Archive/Getty Images)

Lista de mapas

1. Europa en 1914
2. Bosnia-Herzegovina, 1914
3. El sistema europeo, 1887
4. Los sistemas de alianzas en 1907
5. Los Balcanes en 1912
6. Los Balcanes: Líneas de tregua tras la Primera Guerra de los Balcanes
7. Los Balcanes tras la Segunda Guerra de los Balcanes

Agradecimientos

El 12 de mayo de 1916, James Joseph O'Brien, un granjero de Tallwood Station, Nueva Gales del Sur, solicitó alistarse en el Ejército Imperial Australiano. Tras dos meses de instrucción en Sidney, el soldado O'Brien fue destinado al 35º batallón de la 3ª división y zarpó en el *SS Benalla* hacia Inglaterra, donde prosiguió su instrucción. Hacia el 18 de agosto de 1917 se reunió con su unidad en Francia, a tiempo para participar en la tercera batalla de Ypres.

Jim era mi tío abuelo. Llevaba muerto 20 años cuando mi tía Joan, me entregó su diario de guerra, un pequeño cuaderno marrón lleno de albaranes, direcciones, instrucciones y una extraña y lacónica anotación. Sobre la batalla de Broodseinde Ridge del 4 de octubre de 1917, Jim escribió el siguiente comentario: «Fue una gran batalla, pero no tengo ningún deseo de ver otra». Éste es su relato, fechado el 12 de octubre de 1917, de la batalla de Passchendaele II:

> Abandonamos el campamento en el que estábamos destacados (cercano a Ypres) y nos dirigimos al sector de la línea. Tardamos diez horas en llegar y tras la marcha estábamos reventados. Veinticinco minutos después de llegar (eran las 5h25 de la madrugada del día 12) volvimos a coger los macutos. Todo fue bien hasta que llegamos a un pantano que nos costó mucho atravesar. Cuando por fin lo conseguimos, nuestra barrera de fuego había avanzado cerca de una milla y tuvimos que apretar el paso para darles alcance. Sobre las 11 llegamos a nuestro segundo objetivo y nos quedamos allí hasta las 4 de la tarde, hora en la que tuvimos que retirarnos. [...] Solo la voluntad de Dios fue lo que me salvó, pues las balas de ametralladora y la metralla volaban por todas partes.

El servicio activo de Jim en la guerra llegó a su fin a las 2 de la madrugada del 30 de mayo de 1918, cuando, según escribió en su diario, «una bomba de la patria le alcanzó y le hirió en ambas piernas». El proyectil cayó a sus pies, haciéndole volar por los aires y matando a los hombres que tenía a su alrededor.

Cuando le conocí, Jim era un anciano irónico y frágil que no andaba bien de memoria. Era reacio a hablar de su experiencia en la guerra, pero sí recuerdo algo que me dijo cuando yo tenía unos nueve años. Le pregunté si los hombres que luchaban en una guerra tenían miedo o estaban deseando entrar en combate. Contestó que algunos tenían miedo y otros lo deseaban. ¿Peleaban mejor los que tenían ganas?, pregunté. «No», dijo Jim. «Los que tenían ganas eran los primeros en cagarse». Esta respuesta me dejó muy impresionado y estuve dándole vueltas, sobre todo a la palabra «primeros».

El horror de este lejano conflicto sigue exigiendo nuestra atención. Pero su misterio se encuentra en todas partes, en los sucesos oscuros y retorcidos que hicieron posible semejante carnicería. Al investigarlos, he acumulado más deudas intelectuales de las que podría devolver. Las conversaciones con Daniel Anders, Margaret Lavinia Anderson, Chris Bayly, Tim Blanning, Konstantin Bosch, Richard Bosworth, Annabel Brett, Mark Cornwall, Richard Drayton, Richard Evans, Robert Evans, Niall Ferguson, Isabel V. Hull, Alan Kramer, Günther Kronenbitter, Michael Ledger-Lomas, Dominic Lieven, James Mackenzie, Alois Maderspacher, Mark Migotti, Annika Mombauer, Frank Lorenz Müller, William Mulligan, Paul Munro, Paul Robinson, Ulinka Rublack, James Sheehan, Brendan Simms, Robert Tombs y Adam Tooze, me han ayudado a pulir los argumentos. Ira Katznelson me asesoró sobre la teoría de la decisión; Andrew Preston sobre las estructuras contradictorias en la elaboración de políticas exteriores; Holger Afflerbach sobre los diarios de Riezler, la Triple Alianza y los pormenores de la política alemana en

la crisis de julio; Keith Jeffery sobre Henry Wilson; John Röhl sobre el káiser Guillermo II. Hartmut Pogge von Stradmann llamó mi atención sobre las memorias poco conocidas pero instructivas de su pariente Basil Strandmann, que fue el encargado de negocios ruso en Belgrado cuando estalló la guerra en 1914. Keith Neilson compartió conmigo un estudio inédito sobre la toma de decisiones en el Foreign Office británico; Bruce Menning me permitió leer un importante artículo suyo sobre la inteligencia militar rusa próximo a publicarse en el *Journal of Modern History*; Thomas Otte me envió un pdf inédito de su nuevo estudio magistral *The Foreign Office Mind* y Jürgen Angelow hizo lo propio con su *Der Weg in die Urkatastrophe*; John Keiger y Gerd Krumeich me enviaron separatas y referencias sobre la política exterior francesa; Andreas Rose envió un ejemplar de su *Zwischen Empire und Kontinent* recién salido de la imprenta; Zara Steiner, cuyos libros son una referencia en este campo, compartió conmigo un dossier lleno de notas y artículos. Durante los últimos cinco años, Samuel R. Williamson, cuyos estudios clásicos sobre la crisis internacional y la política exterior austrohúngara abrieron muchas de las líneas de investigación que se abordan en este libro, me envió capítulos inéditos, contactos y referencias y me permitió indagar en sus conocimientos sobre el secreto de la política austrohúngara. La amistad derivada del envío de correos electrónicos ha sido una de las recompensas de trabajar en este libro.

También tengo que dar las gracias a aquellos que me ayudaron a superar las fronteras lingüísticas: a Miroslav Došen por su ayuda con las publicaciones serbias y a Srdjan Jovanović por ayudarme con los documentos de archivos en Belgrado; a Rumen Cholakov por su ayuda con los textos secundarios búlgaros y a Sergei Podbolotov, trabajador incansable en el campo de la historia, cuya sabiduría, inteligencia y humor irónico hizo que mi investigación en Moscú resultara divertida a la par que pro-

ductiva. Luego están esos espíritus generosos que leyeron una parte o la totalidad de la obra en diferentes etapas: Jonathan Steinberg y John Thompson leyeron todas y cada una de las palabras e hicieron sugerencias y comentarios perspicaces. David Reynolds me ayudó a apagar los incendios de los capítulos más exigentes. Patrick Higgins leyó y criticó el primer capítulo y advirtió de las dificultades. Amitar Ghosh me dio consejos y opiniones de un valor incalculable. Acepto la responsabilidad de todos los errores que hayan quedado.

Soy muy afortunado al tener un agente tan maravilloso como Andrew Wylie, a quien debo mucho, y estoy sumamente agradecido a Simon Winder de la editorial Penguin por su aliento, orientación y entusiasmo, y a Richard Duguid por supervisar la producción del libro con una eficacia encomiable. Bela Cunha, la infatigable correctora, eliminó todos los errores, torpezas, contradicciones, y «áfidos» (sobran las comillas) que pudo encontrar y no perdió el buen humor ante mis intentos de volverla loca alterando continuamente el texto. Nina Lübbren, cuyo abuelo Julius Lübbren estuvo también en Passchendaele en 1917 (en el otro bando), soportó mi trabajo desde una neutralidad benévola. El libro se lo dedico, con amor y admiración, a nuestros dos hijos, Josef y Alexander, con la esperanza de que nunca conozcan la guerra.

1. Europa en 1914

Introducción

La paz reinaba en el continente europeo la mañana del 28 de junio de 1914, cuando el archiduque Francisco Fernando y su esposa Sofía Chotek llegaron a la estación de tren de Sarajevo. Treinta y siete días después, estaba en guerra. El conflicto que comenzó ese verano movilizó a 65 millones de soldados, se cobró tres imperios, 20 millones de muertos entre militares y civiles, y 21 millones de heridos. Los horrores de la Europa del siglo XX nacieron de esta catástrofe; fue, en palabras del historiador norteamericano Fritz Stern, «la primera calamidad del siglo XX, la calamidad de la que surgieron todas las demás calamidades».[1] El debate sobre por qué ocurrió empezó antes de que se produjeran los primeros disparos y se ha mantenido desde entonces. Ha generado una literatura histórica de magnitud, sofisticación e intensidad moral inigualables. Para los teóricos de las relaciones internacionales los eventos de 1914 siguen constituyendo la crisis política por excelencia, lo bastante compleja como para admitir cualquier cantidad de hipótesis.

El historiador que trate de entender la génesis de la Primera Guerra Mundial se enfrenta a varios problemas. El primero y más obvio es un exceso de oferta informativa. Cada Estado beligerante produjo ediciones de varios volúmenes de documentos diplomáticos, obras enormes de trabajo de archivo colectivo. Hay corrientes traicioneras en este océano de información. La mayor parte de las ediciones de documentos oficiales realizadas

en el periodo de entreguerras tienen un sesgo apologético. La publicación alemana de cincuenta y siete tomos, *Die Grosse Politik*, que comprende 15.889 documentos organizados en 300 áreas temáticas, no se realizó teniendo en cuenta objetivos puramente académicos; se esperaba que la divulgación de los archivos de preguerra bastaría para rebatir la tesis de la «culpa de la guerra» incluida en los términos del Tratado de Versalles.[2] También para el gobierno francés, la publicación de documentos de posguerra fue una iniciativa de «carácter esencialmente político», como dijo el ministro de Asuntos Exteriores Jean Louis Barthou en mayo de 1934. Su propósito era «contrarrestar la campaña lanzada por Alemania tras el Tratado de Versalles».[3] Como señaló en 1926 Ludwig Bittner, coeditor de la colección de ocho tomos *Österreich-Ungarns Aussenpolitik,* el objetivo en Viena era realizar una edición de fuente autorizada antes de que algún organismo internacional –¿la Liga de las Naciones quizás?– obligara al gobierno austriaco a publicar en circunstancias menos favorables.[4] Los motivos que impulsaron las primeras publicaciones de documentos soviéticos fueron en parte el deseo de demostrar que la guerra la habían iniciado el autocrático zar y su aliado, el burgués Raymond Poincaré, con la esperanza de deslegitimizar las demandas de Francia para que se devolvieran los préstamos concedidos antes de la guerra.[5] Incluso en Gran Bretaña, donde los *British Documents on the Origins of the War* (Documentos británicos sobre los orígenes de la guerra) se publicaron entre apelaciones altruistas a la erudición desinteresada, el consiguiente registro documental no quedó exento de omisiones tendenciosas que produjeron un retrato algo desequilibrado del lugar británico en los acontecimientos que precedieron al estallido de la guerra en 1914.[6] En resumen, las grandes ediciones europeas de documentos eran, pese a su innegable valor académico, municiones en una «guerra mundial de docu-

mentos», tal como mencionó el historiador militar alemán Bernhard Schwertfeger en un estudio crítico de 1929.[7]

Las memorias de estadistas, oficiales con mando y otros responsables importantes en la toma de decisiones, si bien indispensables para cualquiera que trate de entender lo que ocurrió en el camino hacia la guerra, no son menos problemáticas. Algunas son de una reticencia frustrante en cuestiones de sumo interés. Por citar solamente unos pocos ejemplos: las *Reflexiones sobre la guerra mundial* publicadas en 1919 por el canciller alemán Theobald von Bethmann Hollweg no tienen prácticamente nada que decir acerca de sus acciones o las de sus colegas durante la crisis de julio de 1914; las memorias políticas del ministro ruso de Asuntos Exteriores Sergei Sazonov son desenfadadas, grandilocuentes, a veces falaces y aportan muy poca información sobre su propio papel en acontecimientos clave; los diez tomos de los que constan las memorias del presidente francés Raymond Poincaré sobre sus años en el poder son propagandísticas más que reveladoras –hay notables discrepancias entre las «recopilaciones» que hace de sucesos que acaecieron durante la crisis y las anotaciones de la época en su diario inédito–.[8] Las amables memorias del ministro inglés de Asuntos Exteriores Sir Edward Grey son muy superficiales respecto a la delicada cuestión de los compromisos que había contraído con las potencias de la Entente antes de agosto de 1914 y sobre el papel que estas desempeñaron en su forma de manejar la crisis.[9]

Cuando el historiador estadounidense Bernadotte Everly Schmitt, de la Universidad de Chicago, viajó a Europa a finales de la década de 1920 con cartas de presentación para entrevistar a antiguos políticos que habían desempeñado un papel en los acontecimientos, quedó sorprendido por la total resistencia que mostraron sus interlocutores a dudar de sí mismos. (La única excepción fue Grey, quien «comentó abiertamente» que había cometido un error táctico al tratar de negociar con Viena a tra-

vés de Berlín durante la crisis de julio, pero el error de juicio al que aludía era secundario y el comentario reflejaba un estilo inglés típico de autodesprecio más que una auténtica admisión de responsabilidad.)[10] También había problemas de memoria. Schmitt siguió la pista a Peter Bark, antiguo ministro de Finanzas ruso, ahora banquero en Londres. En 1914, Bark había participado en reuniones en las que se tomaron decisiones de vital importancia. Sin embargo, cuando Schmitt se encontró con él, Bark insistió en que «apenas se acordaba de los sucesos de aquella época».[11] Afortunadamente, los apuntes tomados en esos días por el propio exministro dan más información. Cuando el investigador Luciano Magrini viajó a Belgrado en el otoño de 1937 para entrevistar a todos los personajes supervivientes vinculados a la conspiración de Sarajevo, encontró que algunos testigos daban fe de asuntos de los que no podían saber nada, otros «no decían ni palabra o daban falsa cuenta de lo que sabían» y otros que «adornaban sus declaraciones o más que nada les interesaba quedar bien».[12]

Por otra parte, nuestro conocimiento tiene todavía lagunas importantes. Muchos intercambios interesantes entre actores principales fueron verbales y no quedaron registrados; solo se pueden reconstruir a partir de pruebas indirectas o testimonios posteriores. Las organizaciones serbias vinculadas al asesinato de Sarajevo eran sumamente herméticas y casi no dejaron rastro de papel. Dragutin Dimitrijević, jefe de la inteligencia militar serbia y figura clave en el complot para asesinar al archiduque Francisco Fernando en Sarajevo, quemaba sus papeles con regularidad. El contenido exacto de las primeras conversaciones entre Viena y Berlín sobre lo que debería hacerse en respuesta a los asesinatos de Sarajevo sigue sin conocerse en gran parte. Nunca se encontraron las actas de las reuniones al más alto nivel que celebraron los dirigentes políticos franceses y rusos en San Petersburgo los días 20-23 de junio, documentos de una im-

portancia potencial enorme para entender la última fase de la crisis (es muy probable que los protocolos rusos se perdieran; el equipo francés encargado de editar los *Documents Diplomatiques Français* [Documentos diplomáticos franceses] no lograron encontrar la versión francesa). Los bolcheviques sí publicaron muchos documentos diplomáticos muy importantes como medida para desacreditar las intrigas imperialistas de las grandes potencias, pero aparecían a intervalos irregulares sin un orden particular y centrándose en general en asuntos específicos, como los planes rusos en el Bósforo. Algunos documentos (todavía se desconoce el número exacto) se perdieron en el traslado durante el caos de la Guerra Civil y la Unión Soviética nunca creó un archivo documental recopilado sistemáticamente que rivalizara con las ediciones británica, francesa, alemana y austriaca.[13] Los datos publicados por el lado ruso distan mucho, a día de hoy, de estar completos.

La estructura extraordinariamente complicada de esta crisis es otro rasgo característico. La crisis de los misiles cubanos fue bastante compleja pese a que solo participaron dos protagonistas principales (EEUU y la Unión Soviética), además de una serie de representantes y actores secundarios. Por el contrario, la historia de cómo se produjo la guerra debe dar sentido a las interacciones multilaterales entre cinco actores autónomos de la misma importancia –Alemania, Austria-Hungría, Francia, Rusia, y Gran Bretaña– seis, si sumamos Italia, más diversos actores soberanos estratégicamente significativos e igualmente autónomos, como el Imperio Otomano y los estados de la península de los Balcanes, una región de alta tensión e inestabilidad políticas durante los años previos al estallido de la guerra.

Otro elemento de complicación surge del hecho de que muchas veces los procesos de elaboración de políticas dentro de los estados atrapados en la crisis no eran ni mucho menos transparentes. Se puede pensar que lo ocurrido en julio de 1914 fue una

crisis «internacional», término que sugiere un conjunto de naciones-estado, concebidas como entidades compactas, autónomas, diferenciadas, como bolas de billar en una mesa. Pero las estructuras soberanas que crearon políticas durante la crisis estaban profundamente desunidas. Había incertidumbre (y la ha habido desde entonces entre los historiadores) sobre dónde se situaba exactamente el poder para determinar la política entre los diversos ejecutivos, y las «políticas» –o al menos las iniciativas que conducían a políticas de varios tipos– no provenían necesariamente de la cima del sistema; podían proceder de la periferia del aparato diplomático, de mandos militares, de funcionarios ministeriales e incluso de embajadores, que muchas veces eran responsables políticos por derecho propio.

De este modo, las fuentes supervivientes ofrecen un caos de promesas, amenazas, planes y pronósticos, y esto a su vez ayuda a explicar por qué el estallido de esta guerra se ha prestado a una variedad tan apabullante de interpretaciones. No hay prácticamente punto de vista sobre sus orígenes que no puedan respaldar algunas de las fuentes disponibles. Y esto a su vez contribuye a explicar por qué la literatura sobre los «orígenes de la Primera Guerra Mundial» ha adquirido unas dimensiones tan enormes que ningún historiador (ni siquiera un personaje de ficción que domine todos los idiomas necesarios) podría esperar leerla mientras viva: hace veinte años, una visión de conjunto de la literatura actual sumaba 25.000 libros y artículos.[14] Algunos relatos se han centrado en la culpabilidad de un estado problemático (el más común ha sido Alemania, pero ni una sola de las grandes potencias ha escapado a alguna imputación de responsabilidad principal); otros han repartido la culpa o han buscado fallos en el «sistema». Siempre hubo suficiente complejidad como para mantener viva la polémica. Y más allá de los debates de los historiadores, que han solido girar sobre cuestiones de culpabilidad o de la relación entre la acción individual y los

condicionantes estructurales, hay abundante literatura sobre relaciones internacionales en la que categorías tales como la disuasión, la distensión y la inadvertencia, o mecanismos que se pueden universalizar como el equilibrio, la negociación y el seguidismo, están en primer plano. Si bien el debate sobre este tema tiene ahora casi cien años, no hay ninguna razón para creer que ha perdido vigencia.[15]

Pero si el debate es antiguo, el tema aún está fresco; de hecho, está más fresco y viene más al caso ahora que hace veinte o treinta años. Los cambios en nuestro mundo han alterado nuestra perspectiva sobre los sucesos de 1914. Durante las décadas de 1960-1980, una especie de encanto de época se acumuló en la conciencia popular alrededor de los sucesos de 1914. Resultaba fácil imaginar el desastre del «último verano» de Europa como un drama de época eduardiano. Los rituales decadentes y los uniformes estridentes, el «ornamentalismo» de un mundo que en gran parte seguía organizado en torno a una monarquía hereditaria tuvo un efecto de distanciamiento en lo que hoy día se recuerda. Parecían señalar que los protagonistas eran personas de otro mundo ya desaparecido. Se reafirmaba la suposición de que si los sombreros de los actores llevaban vistosas plumas de avestruz de color verde, probablemente sus pensamientos y motivaciones las llevaban también.[16]

Y sin embargo, a cualquier lector del siglo XXI que siga el curso de la crisis del verano de 1914 le sorprenderá su cruda modernidad. Empezó con un escuadrón de bombarderos suicidas y un desfile de automóviles. Detrás del atentado de Sarajevo había una organización terrorista de reconocido culto al sacrificio, la muerte y la venganza; pero esta organización era extraterritorial, su ubicación geográfica o política no estaba clara; estaba diseminada en células a lo largo de las fronteras políticas, era inexplicable, sus vínculos con cualquier gobierno soberano eran indirectos, ocultos y sin duda muy difíciles de discernir desde

fuera de la organización. De hecho, hasta podríamos decir que julio de 1914 está menos lejos de nosotros –es menos incomprensible– ahora que en la década de 1980. Desde el fin de la Guerra Fría, un sistema de estabilidad bipolar global ha dado paso a una serie de fuerzas más complejas e imprevisibles, entre ellas imperios en decadencia y potencias emergentes, una situación que invita a la comparación con la Europa de 1914. Estos cambios de perspectiva nos llevan a repensar la historia de cómo la guerra llegó a Europa. Aceptar este reto no significa adoptar un presentismo vulgar que rehaga el pasado para satisfacer las necesidades del presente, sino más bien reconocer esas características del pasado de las cuales el cambio de nuestra situación privilegiada puede permitirnos una visión más clara.

Entre ellas está el contexto balcánico del comienzo de la guerra. Serbia es uno de los puntos flacos de la historiografía de la crisis de julio. En muchas crónicas, el asesinato de Sarajevo se trata como un mero pretexto, un acontecimiento que apenas guardaba relación con las verdaderas fuerzas cuya interacción provocó el conflicto. En un reciente y excelente relato del estallido de la guerra de 1914, los autores declaran que «los asesinatos [de Sarajevo] no causaron nada por sí mismos. Fue la utilización que se hizo de este acontecimiento la que llevó a la nación a la guerra».[17] La marginalización de la dimensión serbia de la historia y por lo tanto de la balcánica en su mayor parte comenzó durante la crisis de julio, que se inició como respuesta a los asesinatos de Sarajevo, pero luego hizo un cambio y entró en una fase geopolítica en la que Serbia y sus actividades ocuparon un lugar secundario. Nuestros valores morales han cambiado también. El hecho de que la Yugoslavia dominada por los serbios apareciera como uno de los estados vencedores de la guerra parecía justificar implícitamente el acto del hombre que apretó el gatillo el 28 de junio. Sin duda fue este el punto de vista de las autoridades yugoslavas, que señalaron el lugar donde

lo realizó con huellas de bronce y una placa que conmemoraba los «primeros pasos del asesino hacia la libertad de Yugoslavia». En una época en la que la idea nacional aún estaba llena de promesas, existía una afinidad intuitiva con el nacionalismo de los eslavos del sur y poco afecto por la difícil mancomunidad multinacional del Imperio de los Habsburgo. Las guerras de Yugoslavia de la década de 1990 nos han recordado el carácter letal del nacionalismo balcánico. Desde la matanza de Srebrenica y el asedio de Sarajevo, se hizo más difícil pensar en Serbia como un mero objeto o una víctima de la política de las grandes potencias y más fácil imaginar el nacionalismo serbio como una fuerza histórica por derecho propio. Desde la perspectiva de la Unión Europea actual nos inclinamos a mirar con más simpatía –o al menos con menos desprecio– de lo que solíamos al desaparecido mosaico imperial de la Austria-Hungría de los Habsburgo.

Por último, tal vez resulte ahora menos obvio que debamos desestimar los dos asesinatos de Sarajevo por ser un mero contratiempo incapaz de llevar el verdadero peso de la causa. El ataque a las Torres Gemelas en septiembre de 2001 es un ejemplo del modo en que un único acontecimiento simbólico –por mucho que pueda estar complicado en procesos históricos de mayor magnitud– puede cambiar la política irrevocablemente, haciendo que queden obsoletas las opciones antiguas y dotando de unas nuevas con una urgencia inesperada. Volver a poner a Sarajevo y los Balcanes en el centro de la historia no significa demonizar a los serbios ni a sus dirigentes, ni nos dispensa de la obligación de comprender las fuerzas que influyeron en esos políticos, funcionarios y activistas serbios cuyas decisiones y conducta contribuyeron a determinar la clase de consecuencias que tendría el tiroteo de Sarajevo.

De modo que este libro se empeña en comprender la crisis de julio de 1914 como un acontecimiento moderno, el más comple-

jo de los tiempos modernos, tal vez de cualquier época hasta el momento. Se ocupa menos del por qué ocurrió la guerra que del cómo sucedió. Las cuestiones del por qué y el cómo son lógicamente inseparables, pero nos llevan en direcciones distintas. La cuestión del *cómo* nos invita a examinar de cerca las secuencias de interacciones que produjeron determinados resultados. Por el contrario, la cuestión del *por qué* se presta a que vayamos en busca de causas remotas y terminantes: imperialismo, nacionalismo, armamentos, alianzas, altas finanzas, idea del honor nacional, mecánica de la movilización. El enfoque del por qué aporta una cierta claridad analítica, pero tiene también un efecto distorsionador, porque crea la ilusión de que la tensión causal va en constante aumento; las causas se acumulan unas encima de otras provocando los sucesos; los actores políticos se convierten en meros ejecutores de fuerzas establecidas hace mucho tiempo y fuera de su control.

La historia que cuenta este libro está, en cambio, plagada de acción. Los que tomaban las decisiones fundamentales –reyes, emperadores, ministros de Asuntos Exteriores, embajadores, mandos militares y un montón de funcionarios menores– caminaban hacia el peligro con pasos calculados y atentos. El estallido de la guerra fue la culminación de una cadena de decisiones tomadas por actores políticos con objetivos deliberados, que eran capaces de una cierta autorreflexión, reconocían una serie de opciones y se formaban los mejores juicios que podían en base a la mejor información que tenían a mano. El nacionalismo, los armamentos, las alianzas y las finanzas eran parte de la historia, pero se pueden crear para llevar el peso de la verdadera explicación solo si se considera que han determinado la decisión que –conjuntamente– hicieron estallar la guerra.

Un historiador búlgaro de las Guerras de los Balcanes observó hace poco que «en cuanto planteamos la cuestión del "por qué", la culpa se convierte en el foco de atención».[18] Las cuestio-

nes de la culpa y la responsabilidad en el estallido de la guerra se introdujeron en esta historia aun antes de que la guerra hubiera empezado. Todo el archivo de origen está lleno de imputaciones de culpa (era un mundo en el que las intenciones agresivas siempre se atribuían al adversario y las defensivas a uno mismo) y la sentencia dictada por el Artículo 231 del Tratado de Versalles garantizaba que la cuestión de la «culpa de la guerra» seguiría teniendo importancia. Aquí también, el interés en el *cómo* sugiere un enfoque alternativo: un recorrido por los acontecimientos que no se ve impulsado por la necesidad de redactar un pliego de cargos contra este o aquel estado o individuo, sino que pretende identificar las decisiones que provocaron la guerra y comprender los razonamientos o las emociones que hubo detrás. Esto no significa excluir completamente del debate las cuestiones de responsabilidad; el objetivo es más bien dejar que las respuestas del *por qué* surgieran, por así decirlo, de las respuestas del *cómo* en lugar de al revés.

Este libro cuenta la historia de cómo llegó la guerra a la Europa continental. Examina las sendas que llevaron a la guerra en una narración a múltiples niveles que abarca los centros de decisiones fundamentales en Viena, Berlín, San Petersburgo, París, Londres y Belgrado con breves incursiones en Roma, Constantinopla y Sofía. Está dividido en tres partes. La Parte I se centra en los dos contrincantes, Serbia y Austria-Hungría, cuya pelea prendió la mecha del conflicto, después de su interacción y hasta la víspera de los asesinatos de Sarajevo. La Parte II rompe con el enfoque narrativo para hacer cuatro preguntas en cuatro capítulos: ¿Cómo ocurrió la polarización de Europa en bloques opuestos? ¿Cómo generaban los gobiernos de los estados europeos la política exterior? ¿Cómo llegan los Balcanes –una región periférica alejada de los centros de poder y riqueza de Europa– al escenario de una crisis de semejante magnitud? ¿Cómo es que un sistema internacional que parecía estar entrando en

una época de distensión produjo una guerra general? La Parte III empieza con los asesinatos de Sarajevo y ofrece un relato de la crisis de julio propiamente dicha y examina las relaciones entre los centros de decisión fundamentales y saca a la luz los cálculos, malentendidos y decisiones que llevaron la crisis de una fase a la siguiente.

Un razonamiento principal de este libro es que los sucesos de julio de 1914 solo tienen sentido cuando explicamos los trayectos realizados por quienes tomaron las decisiones más importantes. Para ello, tenemos que hacer algo más que repasar la sucesión de «crisis» internacionales que precedieron al estallido de la guerra: debemos comprender cómo se vivieron y tejieron aquellos acontecimientos en relatos que estructuraron impresiones y motivaron comportamientos. ¿Por qué los hombres que con sus decisiones llevaron a Europa a la guerra se comportaban y veían las cosas como lo hacían? ¿Cómo es que el sentimiento de temor y aprensión que hallamos en tantas fuentes se asocia a la arrogancia y la jactancia que encontramos a menudo en los mismos individuos? ¿Por qué eran tan importantes esos rasgos exóticos del escenario de preguerra tales como la cuestión albanesa y el «préstamo búlgaro», y cómo se juntaron en las mentes de los que tenían poder político? Cuando los que tomaban las decisiones disertaban sobre la situación internacional o sobre las amenazas externas, ¿veían algo real, o proyectaban sus propios temores y deseos en sus adversarios, o ambas cosas? El propósito ha sido reconstruir lo más vívidamente posible los «puestos de decisión» tan dinámicos que ocupaban los actores clave antes y durante el verano de 1914.

Algunos de los trabajos más interesantes de los últimos tiempos sobre el tema sostienen que, lejos de ser inevitable, de hecho esta guerra era «improbable», al menos hasta que ocurrió realmente.[19] De esto se deduciría que el conflicto no fue la consecuencia de un largo periodo de deterioro, sino de sacudidas al

sistema internacional a corto plazo. Se acepte o no este punto de vista, tiene la ventaja de abrir la historia a un elemento de eventualidad. Y sin duda es cierto que si bien algunos de los acontecimientos que examino en este libro parecen señalar de manera inequívoca en la dirección de lo que realmente sucedió en 1914, existen otros vectores de los cambios de preguerra que indican unos resultados diferentes no realizados. Teniendo esto en cuenta, el libro pretende mostrar cómo se ensamblaron las piezas de la causalidad que, una vez en su sitio, permitieron que la guerra tuviera lugar, pero lo hace sin determinar excesivamente el resultado. He tratado de prestar atención al hecho de que las personas, los acontecimientos y las fuerzas descritas en este libro llevaran en ellos las semillas de otros futuros tal vez menos terribles.

Parte I

LOS CAMINOS QUE LLEVAN A SARAJEVO

1
Los fantasmas serbios

ASESINATO EN BELGRADO

Poco después de las dos de la mañana del 11 de junio de 1903, treinta y ocho oficiales del ejército serbio se dirigieron a la entrada principal del palacio real de Belgrado.[NT1] Tras un intercambio de disparos, los centinelas que hacían guardia ante el edificio fueron arrestados y desarmados. Con las llaves que le quitaron al capitán de guardia, los conspiradores irrumpieron en el vestíbulo y se encaminaron hacia el dormitorio real, corriendo escaleras arriba y por los pasillos. Como encontraron la entrada a los apartamentos del rey bloqueada por dos pesadas puertas de roble, los conspiradores las abrieron haciendo explotar un cartucho de dinamita. La carga fue tan fuerte que arrancó las puertas de sus bisagras y las lanzó al interior de la antecámara, matando al asistente real que se encontraba detrás. La explosión también hizo saltar los plomos de palacio, de modo que el edificio quedó sumido en la oscuridad. Impertérritos, los intrusos encontraron unas velas en una habitación cercana y entraron en el apartamento real. Cuando llegaron al dormitorio, ya no encontraron al rey Alejandro ni a la reina Draga. Pero la novela francesa de la reina estaba abierta boca abajo sobre la mesilla de noche. Alguien tocó las sábanas y notó que la cama estaba caliente todavía; al parecer se habían ido hacía poco. Después de registrar el dormitorio en vano, los intrusos rebuscaron por todo el palacio con velas y revólveres en mano.

Mientras los oficiales iban de una habitación a otra, disparando a los armarios, tapices, sofás y otros posibles escondites, el rey Alejandro y la reina Draga se acurrucaban en un minúsculo anexo contiguo al dormitorio donde las doncellas de la reina solían planchar y zurcir su ropa. Durante casi dos horas siguieron buscando. El rey aprovechó este intervalo para ponerse tan deprisa como pudo unos pantalones y una camisa de seda roja; no quería que sus enemigos le encontraran desnudo. La reina logró cubrirse con una enagua, un corsé de seda blanca y una sola media amarilla.

Por todo Belgrado encontraron y mataron a otras víctimas: los dos hermanos de la reina, sospechosos de albergar intenciones con respecto al trono serbio, fueron obligados a salir de la casa de su hermana en la ciudad y «llevados a una caseta de guardia cerca de Palacio donde les insultaron y apuñalaron de un modo brutal».[1] Los asesinos irrumpieron también en los apartamentos del primer ministro, Dimitrije Cincar-Marković, y del ministro de la Guerra, Milovan Pavlović. Ambos fueron asesinados; a Pavlović, que se había ocultado en un arcón de madera, le dispararon treinta y cinco balas. El ministro del Interior Belimir Theodorović fue tiroteado y dado por muerto erróneamente, aunque luego se recuperó de sus heridas; otros ministros fueron arrestados.

De vuelta al palacio, los asesinos condujeron a Lazar Petrović, el leal primer ayudante del rey al que habían desarmado y detenido tras un tiroteo, por los pasillos a oscuras y le obligaron a dirigirse a todas las puertas y llamar al rey. Cuando regresaron a la cámara real para un segundo registro, los conspiradores encontraron al fin una entrada oculta detrás de los cortinajes. Cuando uno de los asaltantes propuso abrir la pared con un hacha, Petrović se dio cuenta de que el juego había terminado y accedió a pedir al rey que saliera. Desde detrás de los paneles el rey preguntó quién llamaba, a lo que su ayudante respondió:

«Soy yo, vuestro Laza, abrid la puerta a vuestros oficiales». El rey replicó: «¿Puedo confiar en el juramento de mis oficiales?». Los conspiradores contestaron afirmativamente. Según una crónica, el rey, gordinflón, con anteojos y vestido de manera inapropiada con su camisa de seda roja, salió abrazando a la reina. Una ráfaga de disparos a quemarropa acabó con la pareja. En un último intento desesperado para proteger a su amo (o así se afirmó posteriormente), Petrović sacó un revólver que llevaba escondido y también fue asesinado. A esto siguió una orgía de violencia gratuita. Según el posterior testimonio del traumatizado peluquero italiano del rey, a quien ordenaron recoger los cuerpos y vestirlos para el entierro, los cadáveres fueron atravesados con espadas, desgarrados con una bayoneta, destripados en parte y mutilados a hachazos hasta no poder reconocerlos. Izaron el cuerpo de la reina hasta la barandilla de la ventana del dormitorio y lo lanzaron, casi desnudo y pringoso de sangre, a los jardines. Se dijo que cuando los asesinos intentaron hacer lo mismo con Alejandro, una de sus manos se cerró momentáneamente alrededor de la barandilla. Un oficial dio un tajo al puño con un sable y el cuerpo cayó al suelo con una lluvia de dedos cortados. Para cuando los asesinos se reunieron en los jardines para fumarse un cigarrillo y examinar el resultado de su obra, había empezado a llover.[2]

Los acontecimientos del 11 de junio de 1903 marcaron un nuevo punto de partida en la historia política serbia. La dinastía Obrenović que había gobernado Serbia durante la mayor parte de la corta vida del país como estado moderno independiente había desaparecido. A pocas horas del asesinato, los conspiradores anunciaron el fin del linaje Obrenović y la sucesión en el trono de Pedro Karadjordjević, que en aquellos momentos vivía exiliado en Suiza.

Pedro I Karadjordjević (Corbis)

¿Por qué ajustaron las cuentas de un modo tan brutal a la dinastía Obrenović? La monarquía nunca había constituido una institución estable en Serbia. La raíz del problema residía en parte en la coexistencia de familias dinásticas rivales. Dos grandes clanes, los Obrenović y los Karadjordjević, se habían destacado en la lucha por liberar a Serbia del control otomano. «Jorge el Negro» (en serbio «Kara Djordje») Petrović, de tez morena, expastor de ganado vacuno y fundador de la dinastía Karadjordjević, encabezó un levantamiento en 1804 que logró expulsar a los otomanos de Serbia durante algunos años, pero en 1813 se exilió en Austria cuando los otomanos prepararon una contraofensiva. Dos años después se organizó un segundo levantamiento bajo el mando de Miloš Obrenović, un manipulador político muy hábil que logró negociar con las autoridades otomanas el reconocimiento de un principado serbio. Cuando Karadjordjević regresó a Serbia del exilio fue asesinado por or-

den de Obrenović y con la connivencia de los otomanos. Una vez liquidado su principal rival político, Obrenović recibió el título de príncipe de Serbia, y los miembros de su clan gobernaron Serbia durante la mayor parte de su existencia como principado dentro del Imperio Otomano (1817-1878).

La alianza de las dinastías rivales, un emplazamiento vulnerable entre los Imperios Otomano y Austriaco, y una cultura política carente de respeto y dominada por pequeños agricultores, eran factores que conjuntamente aseguraban que la monarquía siguiera siendo una institución acuciada por los problemas. Es asombroso qué pocos regentes serbios del siglo XIX murieron en el trono debido a causas naturales. El fundador del principado, Miloš Obrenović, fue un autócrata despiadado cuyo reinado se vio marcado por frecuentes rebeliones. En el verano de 1839, Miloš abdicó en favor de su hijo mayor, Milan, que estaba tan enfermo de sarampión que cuando murió trece días después seguía sin conocer su ascensión. El reinado de su hijo menor, Mihailo, tuvo un final prematuro cuando una rebelión le depuso en 1842, dando paso a la proclamación de un Karadjordjević, nada menos que Alejandro, hijo de «Jorge el Negro». Pero en 1858 también obligaron a abdicar a Alejandro, a quien de nuevo sucedió Mihailo, que regresó al trono en 1860. Durante su segundo reinado, Mihailo no fue más popular de lo que había sido durante el primero; ocho años después fue asesinado junto a una prima suya, en una trama que puede que contara con el apoyo del clan Karadjordjević.

El largo reinado del sucesor de Mihailo, el príncipe Milan Obrenović (1868-1889), proporcionó un cierto grado de continuidad política. En 1882, cuatro años después de que el Congreso de Berlín concediera a Serbia la condición de Estado independiente, Milan lo declaró reino y se proclamó rey. Pero los altos niveles de turbulencia política seguían siendo un problema. En 1883, los esfuerzos del gobierno para confiscar las armas de

fuego a las milicias campesinas en el noreste de Serbia fue el detonante de un grave levantamiento provincial, la rebelión de Timok. Milan respondió con brutales represalias contra los rebeldes y una caza de brujas en Belgrado contra altas personalidades políticas sospechosas de haber fomentado el descontento.

La cultura política serbia se transformó en los primeros años de la década de 1880 a raíz de la aparición de partidos políticos de corte moderno con periódicos, reuniones para la elección de candidatos, manifiestos, estrategias electorales y comités locales. El rey respondió a esta formidable y novedosa fuerza de la vida pública con medidas autocráticas. Cuando las elecciones de 1883 al parlamento serbio (conocido como Skupština) dieron como resultado una mayoría hostil, el rey se negó a nombrar un gobierno emanado del Partido Radical mayoritario, optando en cambio por reunir un gabinete de burócratas. El Skupština se abrió por decreto y se volvió a cerrar por decreto diez minutos después. Una guerra desastrosa contra Bulgaria en 1885 –resultado de decisiones reales ejecutivas tomadas sin consultar con los ministros ni con el parlamento– y un divorcio amargo y escandaloso de su esposa, la reina Natalia, debilitaron aún más la posición del monarca. Cuando Milan abdicó en 1889 (con la esperanza, entre otras cosas, de casarse con la joven y bonita esposa de su secretario personal), hacía mucho tiempo que debería de haberse ido.

La regencia que se instauró para gestionar los asuntos serbios durante la minoría de edad del hijo de Milan, el príncipe heredero Alejandro, duró cuatro años. En 1893, con solo 16 años, Alejandro derrocó la regencia con un golpe de Estado singular: los ministros del gobierno estaban invitados a cenar y en el curso de un brindis se les informó cordialmente de que estaban arrestados; el joven rey anunció que tenía intención de atribuirse «pleno poder real»; los edificios ministeriales más importantes y la administración del telégrafo ya habían sido ocupados

por los militares.[3] Cuando los ciudadanos de Belgrado despertaron a la mañana siguiente, encontraron la ciudad empapelada con carteles anunciando que Alejandro había tomado el poder.

En realidad, el exrey Milan seguía dirigiendo los asuntos entre bastidores. Fue Milan quien instauró la regencia y fue Milan quien tramó el golpe en nombre de su hijo. En una grotesca maniobra familiar para la que es difícil encontrar algo comparable en la Europa contemporánea, el padre que abdicó ejercía de asesor principal de su hijo el rey. Durante los años 1897-1900, este arreglo se formalizó en la «diarquía Milan-Alejandro». El «rey padre Milan» fue nombrado comandante supremo del ejército serbio, el primer civil en ostentar este cargo de todos los tiempos.

Durante el reinado de Alejandro, la historia de la dinastía Obrenović entró en su fase terminal. Apoyado desde un segundo plano por su padre, Alejandro desaprovechó enseguida el clima de esperanza que con frecuencia acompaña la inauguración de un nuevo régimen. Ignoró las disposiciones relativamente liberales de la constitución serbia y en cambio impuso un gobierno neoabsolutista: se eliminaron las votaciones secretas, se rescindió la libertad de prensa, los periódicos se clausuraron. Cuando los dirigentes del Partido Radical protestaron se vieron excluidos del ejercicio del poder. Alejandro abolió, impuso y suspendió constituciones a la manera de un dictador de pacotilla. No mostró respeto alguno por la independencia del poder judicial e incluso conspiró contra la vida de altos cargos políticos. El espectáculo del rey y el rey padre Milan manejando al unísono las palancas del Estado de un modo temerario –por no hablar de la reina madre Natalia, que a pesar de la ruptura de su matrimonio con Milan siguió siendo una figura importante en la sombra– tuvo un impacto demoledor sobre el prestigio de la dinastía.

La decisión de Alejandro de casarse con una mujer de dudosa reputación, viuda de un oscuro ingeniero, no hizo nada por mejorar la situación. Había conocido a Draga Mašin en 1897 cuando prestaba servicio como dama de honor de su madre. Draga era diez años mayor que el rey, estaba mal vista en la sociedad de Belgrado, se creía que era estéril y según decían era muy conocida por sus numerosas relaciones sexuales. Durante una acalorada reunión del Consejo de la Corona, cuando los ministros intentaron en vano disuadir al rey de que se casara con Mašin, el ministro del Interior Djordje Genčić ofreció un argumento poderoso: «Señor, no puede usted casarse con ella. Ha sido amante de todo el mundo, yo incluido». La recompensa del ministro por su franqueza fue un bofetón en toda la cara. Posteriormente, Genčić se unió a las filas de la conspiración regicida.[4] Hubo encuentros similares con otros altos funcionarios.[5] En una reunión del Consejo de Ministros bastante agitada, el primer ministro en funciones propuso incluso poner al rey bajo arresto domiciliario en palacio, o sacarlo del país a la fuerza, a fin de impedir que la unión se formalizara.[6] Las clases políticas se opusieron a Mašin con tanta fuerza que al rey le resultó imposible durante un tiempo encontrar candidatos adecuados para puestos de responsabilidad; la sola noticia del compromiso de Alejandro y Draga fue suficiente para provocar la dimisión del Consejo de Ministros en pleno y el rey se vio obligado a conformarse con un «gabinete nupcial» ecléctico de figuras poco conocidas.

El rey Alejandro y la reina Draga *c.* 1900 (Getty Images)

La polémica sobre la boda también tensó la relación entre el rey y su padre. Milan estaba tan indignado ante la posibilidad de que Draga se convirtiera en su nuera que dimitió de su cargo de comandante en jefe del ejército. En una carta escrita a su hijo en junio de 1900, declaraba que Alejandro estaba «empujando a Serbia hacia el abismo» y terminaba con una franca advertencia: «Yo seré el primero en aclamar al gobierno que te saque del país después de semejante locura por tu parte».[7] Aun así, Alejandro siguió adelante con sus planes (él y Draga se casaron el 23 de junio de 1900 en Belgrado) y aprovechó la oportunidad creada por la dimisión de su padre para reforzar su propio control sobre el cuerpo de oficiales. Los amigos de Milan (y los enemigos de Draga) fueron expulsados de los altos cargos militares y civiles; el rey padre fue puesto bajo constante vigilancia, luego le animaron a abandonar Serbia y posteriormente le impidie-

ron regresar. Milan se instaló en Austria, y su muerte en enero de 1901 supuso un alivio para la pareja real.

La popularidad del monarca renació brevemente a finales de 1900 cuando el anuncio de palacio de que la reina estaba esperando un hijo provocó una ola de notoria simpatía. Pero la indignación fue igualmente intensa en abril de 1901 cuando se reveló que el embarazo de Draga había sido una artimaña para calmar a la opinión pública (en la capital corrían rumores de un plan frustrado para crear un «niño hipotético» como heredero del trono serbio). Sin hacer caso de estos malos presagios, Alejandro lanzó una propaganda de culto alrededor de su reina, celebrando su cumpleaños con eventos públicos fastuosos y poniendo su nombre a regimientos, escuelas e incluso pueblos. Al mismo tiempo, sus manipulaciones constitucionales se hacían más atrevidas. En una célebre ocasión de marzo de 1903, el rey suspendió la constitución serbia en mitad de la noche mientras deprisa y corriendo se incluían en los códigos nuevas leyes represivas de prensa y asociación; luego la restableció 45 minutos después.

Para la primavera de 1903, Alejandro y Draga habían unido a la mayor parte de la sociedad serbia contra ellos. El Partido Radical, que había ganado la mayoría absoluta de los escaños del Skupština en las elecciones de julio de 1901, no podía admitir las manipulaciones autocráticas del rey. Entre las poderosas familias de comerciantes y banqueros (sobre todo las que se dedicaban a la exportación de ganado y alimentos) había muchas que consideraban que el sesgo favorable a Viena de la política exterior de Obrenović convertía la economía serbia en un monopolio de Austria y privaba a los capitalistas del país del acceso a los mercados mundiales.[8] El 6 de abril de 1903, la policía y los gendarmes dispersaron brutalmente una manifestación en Belgrado que condenaba las manipulaciones constitucionales del rey y mataron a 18 manifestantes e hirieron a otros 50.[9] Más

de 100 personas –entre ellas unos cuantos oficiales del ejército– fueron arrestadas y encarceladas, aunque días después la mayoría fue puesta en libertad.

En el epicentro de una oposición cada vez mayor a la corona estaba el ejército serbio. A comienzos del siglo XX, el ejército era una de las instituciones más dinámicas de la sociedad serbia. En una economía todavía muy rural y de bajo rendimiento, donde el ascenso profesional era difícil de conseguir, un grado de oficial era una vía privilegiada hacia la categoría y la influencia. El rey Milan había reforzado esta prerrogativa no escatimando financiación a los militares y ampliando los cuerpos de oficiales al tiempo que reducía los gastos ya exiguos del Estado en educación superior. Pero los años de abundancia tocaron a su fin repentinamente tras la partida del rey padre en 1900: Alejandro recortó el presupuesto militar, los oficiales cobraban sus salarios con meses de retraso, y una política de favoritismo cortesano garantizaba que los amigos o los parientes del rey y su esposa fueran ascendidos a puestos importantes pasando por encima de sus compañeros. El resentimiento se había visto agudizado por la creencia generalizada –a pesar de los desmentidos oficiales– de que al no haber logrado concebir un heredero biológico, el rey planeaba designar sucesor al trono de Serbia al hermano de la reina Draga, Nikodije Lunjevica.[10]

Durante el verano de 1901 se concretó una conspiración militar alrededor de un teniente del ejército serbio, joven e inteligente, que desempeñaría un papel importante en los acontecimientos de julio de 1914. Conocido posteriormente como «Apis», debido a que su fuerte complexión les recordaba a sus admiradores la corpulencia del dios buey del antiguo Egipto, Dragutin Dimitrijević fue nombrado para un puesto en el Estado Mayor nada más graduarse en la Academia Militar serbia, clara señal de la gran estima en que le tenían sus superiores. Dimitrijević estaba hecho para el mundo de la conspiración políti-

ca. Reservado hasta la obsesión, dedicado por entero a su trabajo militar y político, implacable en sus métodos y de una fría serenidad en momentos de crisis, Apis no era un hombre que pudiera haber dominado un gran movimiento popular. Pero dentro de grupos pequeños y círculos privados poseía una enorme capacidad para ganar y preparar discípulos, para conferir un sentido de importancia a sus seguidores, para acallar dudas y para motivar acciones extremas.[11] Un colaborador le describía como «una fuerza secreta a cuya disposición tengo que ponerme, si bien mi raciocinio no me da motivos para ello». Otro de los regicidas reflexionaba sobre las razones de la influencia de Apis: ni su inteligencia ni su elocuencia ni la fuerza de sus ideas parecían suficientes para explicarlo; «sin embargo era el único entre nosotros que con su sola presencia era capaz de llevar mi agua a su molino, y con pocas palabras dichas de la forma más normal podía hacer de mí un ejecutor obediente de su voluntad».[12] El ámbito en el que Dimitrijević desplegaba estas dotes era enteramente masculino. Las mujeres tuvieron una presencia marginal en su vida adulta; nunca mostró un interés sexual hacia ellas. Su entorno natural, y el escenario de todas sus intrigas, era el mundo solo para hombres y lleno de humo de los cafés de Belgrado, un espacio a la vez público y privado, donde podían presenciarse las conversaciones sin que se escucharan necesariamente. La fotografía más conocida de él que se conserva representa a un intrigante fornido y bigotudo acompañado de dos colaboradores en una pose de complicidad característica.

En un primer momento, Dimitrijević planeó matar a la pareja real en un baile que se celebraría en el centro de Belgrado el 11 de septiembre (cumpleaños de la reina). En un plan que parece sacado de las páginas de una novela de Ian Fleming, dos oficiales recibieron el encargo de organizar un ataque contra la central eléctrica del Danubio que suministraba electricidad a Belgrado, mientras que otro debía inutilizar la central más pequeña

que daba servicio al edificio donde se celebraba el baile. En cuanto las luces se apagaran, los cuatro asesinos, que asistían al baile, pensaban prender fuego a las cortinas, hacer sonar las alarmas de incendio y liquidar al rey y a su esposa obligándoles a ingerir veneno (se eligió este método para eludir una posible búsqueda de armas de fuego). Probaron el veneno con éxito en un gato, pero en todos los demás aspectos el plan fracasó. La central eléctrica resultó estar demasiado bien custodiada y en todo caso la reina decidió no asistir al baile.[13]

Sin amilanarse ante este y otros intentos fallidos, los conspiradores se esforzaron durante los dos años siguientes para ampliar las posibilidades del golpe. Más de 100 oficiales fueron reclutados, entre los que había muchos militares jóvenes. A finales de 1901 también hubo contactos con dirigentes políticos civiles, entre ellos el antiguo ministro del Interior Djordje Genčić, el que fue abofeteado por sus sinceras objeciones a los planes de boda del rey. En el otoño de 1902, la conspiración recibió su expresión formal en un juramento secreto. Redactado por Dimitrijević-Apis, era claro y conciso acerca del objeto de la operación: «En previsión de un cierto colapso del Estado [...] y culpando de ello sobre todo al rey y a su amada Draga Mašin, juramos que les mataremos y a tal efecto firmamos el presente documento».[14]

En la primavera de 1903, cuando la trama comprendía entre 120 y 150 conspiradores, el plan para matar a la pareja real dentro de su propio palacio estaba listo para ser ejecutado. Sin embargo, llevarlo a cabo exigía una preparación exhaustiva porque el rey y su esposa, presos de una paranoia totalmente justificada, redoblaban sus medidas de seguridad. El rey nunca aparecía por la ciudad a no ser en compañía de un nutrido séquito; Draga tenía tanto pavor a un ataque que en un momento dado se recluyó en palacio durante seis semanas. Los retenes de guardia se duplicaron dentro y alrededor del edificio. Los rumores de un

golpe inminente se habían extendido tanto que el *Times* de Londres del 27 de abril de 1903 citó una fuente «confidencial» de Belgrado según la cual «existe una conspiración militar contra el trono de tal magnitud que ni el rey ni el gobierno se atreven a tomar medidas para aplastarla».[15]

Asesinato de los Obrenović, extraído de *Le Petit Journal*, 28 de junio de 1903

La selección de personal de confianza, incluidos oficiales de la Guardia de Palacio y el ayudante de campo del mismísimo rey, proporcionó a los asesinos un medio de eludir las sucesivas líneas de centinelas y lograr el acceso al sanctasanctórum. La fecha del ataque se eligió solo tres días antes, cuando se supo que todos los conspiradores principales estarían en su sitio y de servicio en sus respectivos puestos. Se acordó que la cosa debía hacerse a la mayor celeridad posible y luego hacerlo público inmediatamente, a fin de prevenir una intervención de la policía, o de los regimientos que seguían siendo leales al rey.[16] El deseo de anunciar el éxito de la operación tan pronto como se hubiera consumado puede ayudar a explicar la decisión de lanzar los cuerpos reales desde el balcón del dormitorio. Apis se unió al escuadrón de la muerte que irrumpió en palacio, pero se perdió

el acto final del drama; le dispararon e hirieron gravemente en un fuego cruzado con guardias en el interior de la entrada principal. Se desplomó allí mismo, perdió el conocimiento y poco le faltó para morir desangrado.

«ELEMENTOS IRRESPONSABLES»

«La gente tranquila de la ciudad en general parece impasible», observó Sir George Bonham, representante británico en Belgrado, en un comunicado lapidario a Londres la noche del 11 de junio.[17] Los habitantes de la capital «han aclamado con franca satisfacción la "revolución" serbia», informó Bonham; el día después de los asesinatos se «celebró como un día de fiesta y las calles estaban decoradas con banderas». Había «una falta total de honesto pesar».[18] La «característica más llamativa» de la tragedia serbia, declaró Sir Francis Plunkett, colega de Bonham en Viena, fue «la extraordinaria tranquilidad con que se aceptó la ejecución de un crimen tan atroz».[19]

Los observadores hostiles vieron en esta ecuanimidad del carácter una prueba de la crueldad de una nación habituada a la violencia y al regicidio. En realidad, los ciudadanos de Belgrado tenían buenas razones para recibir con agrado los asesinatos. Los conspiradores entregaron inmediatamente el poder a un gobierno provisional integrado por miembros de todos los partidos. El parlamento se reunió de nuevo enseguida. Pedro Karadjordjević fue llamado de su exilio en Suiza y elegido rey. La constitución profundamente democrática de 1888 –rebautizada ahora como Constitución de 1903– fue restablecida con algunas modificaciones menores. De repente, el viejo problema de la rivalidad entre dos dinastías serbias era cosa del pasado. El hecho de que Karadjordjević, que había pasado gran parte de su vida en Francia y Suiza, fuera un entusiasta de John Stuart Mill –en su juventud incluso tradujo al serbio la obra de Mill *La libertad*– era alentador para los que tenían inclinaciones liberales.

Aún más tranquilizadora fue la proclama de Pedro al pueblo, pronunciada poco después de su regreso del exilio, de que su propósito era reinar como «rey verdaderamente constitucional de Serbia».[20] El reino se convirtió en un auténtico sistema de gobierno parlamentario en el que el monarca reinaba pero no gobernaba. El asesinato durante el golpe del primer ministro represor Cincar-Marković –favorito de Alejandro– constituyó una clara señal de que en lo sucesivo el poder político dependería del apoyo popular y del sistema de partidos antes que de la voluntad de la corona. Los partidos políticos podían dedicarse a hacer su trabajo sin miedo a las represalias. Por fin la prensa se vio libre de la censura que había sido la norma durante los mandatos de los Obrenović. Las perspectivas mostraban una vida política nacional más sensible a las necesidades populares y más en sintonía con la opinión pública. Serbia se encontraba en el umbral de una nueva época de su existencia política.[21]

Pero si el golpe de 1903 resolvió algunos viejos problemas, también creó algunos nuevos que tendrían una enorme importancia en los acontecimientos de 1914. Sobre todo, la red de complicidades que se había formado para asesinar a la familia real no desapareció por las buenas, sino que continuó siendo una fuerza importante en la política y la vida pública serbias. El gobierno revolucionario provisional formado al día siguiente de los asesinatos contaba entre sus miembros con cuatro de los conspiradores (entre ellos los ministros de la Guerra, de Obras Públicas y Economía) y seis políticos de partido. Mientras Apis seguía recuperándose de sus heridas, recibió el agradecimiento oficial por lo que había hecho por el Skupština y se convirtió en un héroe nacional. El hecho de que la existencia del nuevo régimen dependiera de la labor sangrienta de los conspiradores, unido al miedo de lo que aún podría ser capaz la red, dificultaba la crítica abierta. Diez días después del suceso un ministro del nuevo gobierno confió al corresponsal de un periódico que en-

contró «deplorables» las acciones de los asesinos, pero que «no podía catalogarlas abiertamente en esos términos debido al sentimiento que ello podría crear en el ejército, de cuyo apoyo dependen tanto el trono como el gobierno».[22]

La red regicida tuvo una influencia especial en la corte. «Hasta ahora», informó el enviado británico Wilfred Thesiger desde Belgrado en noviembre de 1905, los oficiales conspiradores «han constituido el apoyo más importante, e incluso el único, de su Majestad»; su eliminación dejaría a la corona «sin grupo alguno en cuya devoción o siquiera amistad pudiera confiarse».[23] De modo que no resultó extraño que cuando el rey Pedro buscó un escolta que acompañara a su hijo, el príncipe heredero Djordje, en un viaje por Europa durante el invierno de 1905, eligiera nada menos que a Apis, que acababa de salir de una larga convalecencia y llevaba todavía en el cuerpo tres de las balas que le habían disparado la noche de los asesinatos. Así que el principal artífice del regicidio recibió el encargo de acompañar al siguiente rey Karadjordjević hasta el final de su educación como príncipe. Resultó que Djordje nunca llegó a ser rey; él mismo se inhabilitó para la sucesión serbia en 1909 cuando mató a patadas a su ayuda de cámara.[24]

Así que el representante austriaco en Belgrado pudo informar sin exagerar demasiado que incluso después de su elección por el parlamento, el rey permanecía «prisionero» de los que le habían llevado al poder.[25] «El rey es una nulidad», concluyó un alto cargo del Ministerio de Asuntos Exteriores austriaco a finales de noviembre. «Todo el espectáculo está dirigido por la gente del 11 de junio.»[26] Los conspiradores utilizaron esta influencia para asegurarse los cargos militares y de gobierno más deseables. Los ayudantes reales recién nombrados eran todos conspiradores, al igual que los oficiales de artillería y el jefe del departamento de correos del Ministerio de la Guerra, y los conspiradores podían influir en los nombramientos militares, incluidos

los altos mandos. Su privilegiado acceso al monarca les servía también para ejercer influencia en las cuestiones políticas de importancia nacional.[27]

Las intrigas de los regicidas no quedaron sin respuesta. El nuevo gobierno recibió presiones externas para que se desvinculara de la red, sobre todo desde Gran Bretaña, que retiró a su ministro plenipotenciario y dejó la legación en manos del encargado de negocios, Thesiger. Aún en el otoño de 1905, los representantes de las grandes potencias europeas seguían boicoteando muchas recepciones de importancia simbólica en Belgrado, sobre todo acontecimientos en la corte. Dentro del propio ejército surgió una «contra-conspiración» militar concentrada en la ciudad fortificada de Niš bajo el mando del capitán Milan Novaković, que presentó un manifiesto exigiendo el cese del servicio de 68 destacados regicidas con nombre y apellido. Novaković fue arrestado inmediatamente y tras defender sus actos con vehemencia ante un tribunal militar, él y sus cómplices fueron juzgados, declarados culpables y condenados a diversos periodos de cárcel. Cuando dos años después fue excarcelado, Novaković reanudó sus ataques públicos contra los regicidas y de nuevo le encarcelaron. En septiembre de 1907, él y un familiar fallecieron en misteriosas circunstancias durante un presunto intento de fuga, un escándalo que provocó indignación en el parlamento y la prensa liberal.[28] El asunto de las relaciones entre el ejército y las autoridades civiles quedó así sin resolver después de los asesinatos de 1903, una situación que determinaría la forma en que Serbia llevó los acontecimientos de 1914.

El hombre que cargó con la mayor parte de la responsabilidad a la hora de gestionar esta situación tan compleja fue el dirigente radical Nikola Pašić. Ingeniero formado en Zurich, Pašić fue el estadista predominante del reino después del regicidio. Durante los años 1904-1918, estuvo al frente de diez gabinetes en un total de nueve años. Como hombre en la cúspide de la políti-

ca serbia antes, durante y después de los asesinatos de Sarajevo en 1914, Pašić sería una de las piezas clave en la crisis que precedió al estallido de la Primera Guerra Mundial.

Esta fue con toda seguridad una de las carreras políticas más notables de la historia europea moderna, no solo debido a su larga duración –Pašić participó en la política serbia durante más de 40 años– sino también por la alternancia de momentos de triunfo vertiginoso con situaciones de peligro extremo. Aunque tenía el título de ingeniero, la política consumió toda su existencia, razón por la cual permaneció soltero hasta la edad de 45 años.[29] Desde el principio estuvo comprometido al máximo en la lucha por la independencia serbia de la soberanía extranjera. En 1875 se produjo una revuelta contra el dominio turco en Bosnia y el joven Pašić viajó allí como corresponsal del periódico irredentista *Narodno Oslobodjenje* (Liberación Nacional) con el fin de enviar comunicados desde la primera línea de la lucha nacional serbia. A comienzos de la década de 1880, supervisó la modernización del Partido Radical que seguiría siendo la fuerza más poderosa de la política serbia hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial.

Los radicales personificaban una política ecléctica que combinaba las ideas liberales constitucionales con llamamientos a la expansión serbia y la unificación territorial de todos los serbios de la península de los Balcanes. La base popular del partido –y la clave de un éxito electoral duradero– era el campesinado minifundista que formaba el grueso de la población del país. Como partido de campesinos, los radicales adoptaron una especie de populismo que los vinculaba con grupos paneslavistas de Rusia. Sospechaban del ejército profesional, no solo porque no estaban conformes con las cargas fiscales impuestas para mantenerlo, sino también porque seguían aferrados a la milicia campesina como la mejor forma de organización armada y la más natural. Durante la rebelión de Timok de 1883, los radicales se pusieron

del lado de los campesinos armados contra el gobierno y la represión del levantamiento fue seguida de represalias contra los dirigentes radicales. Pašić estaba entre los sospechosos; huyó al exilio justo a tiempo de evitar que le arrestaran y fue condenado a muerte *in absentia*. Durante sus años de exilio estableció contactos perdurables en San Petersburgo y se convirtió en el niño bonito de los círculos paneslavos; a partir de entonces, su política estuvo siempre vinculada a la política rusa.[30] El exilio había hecho de Pašić un héroe del movimiento radical, y tras la abdicación de Milan en 1889 fue perdonado. Regresó a Belgrado en medio del fervor popular y fue elegido presidente del Skupština y luego alcalde de la capital. Pero la primera vez que ocupó el cargo de primer ministro (febrero de 1891-agosto de 1892) acabó dimitiendo en protesta por las continuas manipulaciones extraconstitucionales de Milan y los regentes.

Tras su golpe contra la regencia en 1893, Alejandro despachó a Pašić a San Petersburgo como enviado extraordinario con el propósito de aplacar su ambición política al tiempo que le alejaba de Belgrado. Pašić trabajó con ahínco para forjar una relación ruso-serbia más profunda y no ocultaba su creencia de que la futura emancipación nacional de Serbia dependería en última instancia de la ayuda rusa.[31] Pero este trabajo se vio interrumpido por la vuelta a la política de Belgrado del rey padre Milan. Se persiguió y depuró a los radicales de la administración pública, y retiraron a Pašić. Durante el reinado de Milan-Alejandro le vigilaron estrechamente y le mantuvieron a distancia del poder. En 1898 le condenaron a nueve meses de prisión con el pretexto de que había insultado a Milan en una publicación del partido. Pašić seguía en la cárcel en 1899 cuando el país se vio sacudido por un atentado frustrado contra la vida del rey padre. Una vez más, los radicales fueron sospechosos de complicidad en la trama, aunque su vinculación con el joven bosnio que efectuó el disparo no estaba clara y sigue sin estarlo. El rey Alejandro exi-

gió que Pašić fuera ejecutado bajo sospecha de complicidad en el intento de asesinato, pero las protestas insistentes del gobierno austrohúngaro salvaron la vida del dirigente radical, lo que no deja de ser irónico a la vista de los acontecimientos posteriores. En una artimaña típica del reinado de Alejandro, Pašić fue informado de que sería ejecutado junto a una docena de sus compañeros radicales a no ser que firmara una confesión de corresponsabilidad en el intento de asesinato. Desconocedor de que la intervención de Viena ya le había salvado la vida, Pašić consintió; el documento fue publicado y salió de la cárcel bajo la sospecha popular de que había incriminado al partido para salvar su pellejo. Biológicamente estaba vivo pero, al menos de momento, políticamente muerto. Durante los últimos y agitados años del reinado de Alejandro, se retiró casi por completo de la vida pública.

El cambio de régimen inauguró una edad de oro en la carrera política de Pašić. Él y su partido constituían ahora la fuerza dominante de la vida pública serbia. El poder le sentaba bien a este hombre que luchó tanto para conseguirlo, y rápidamente se hizo con el papel de padre de la patria. Pašić no era del agrado de la élite intelectual de Belgrado, pero disfrutaba de una enorme supremacía entre el campesinado. Hablaba el dialecto tosco y rústico de Zaječar, que la gente de Belgrado encontraba gracioso. Su dicción era titubeante, llena de digresiones e interjecciones que se prestaban a la anécdota. Cuando le dijeron que el famoso escritor satírico Branislav Nušić había protestado contra la anexión de Bosnia y Herzegovina en 1908 encabezando una manifestación por la ciudad y luego había entrado a caballo en el Ministerio de Asuntos Exteriores, se dice que Pašić respondió: «Ehh…ya ves…sabía que era bueno escribiendo libros, pero, hmmm…, que supiera montar tan bien, eso no lo sabía…».[32] Pašić era un orador mediocre, pero un comunicador excelente, sobre todo cuando se dirigía a los campesinos que formaban la

abrumadora mayoría del electorado serbio. A sus ojos, el lenguaje sencillo y el ingenio de Pašić, por no decir su barba abundante y patriarcal, eran signos de prudencia, previsión y sabiduría. Sus amigos y partidarios le conocían por el nombre de «Baja», una palabra que denota hombre de talla al que sus contemporáneos no solo respetan sino también quieren.[33]

Una condena a muerte, largos años de exilio, la paranoia de una vida bajo constante vigilancia, todo esto dejó una huella profunda en el ejercicio y la actitud de Pašić como político. Adquirió hábitos de cautela, confidencialidad y desconfianza. Muchos años después, un antiguo secretario recordaría que no solía poner por escrito sus ideas y decisiones, ni siquiera las verbalizaba. Tenía la costumbre de quemar sus papeles con una cierta frecuencia, tanto oficiales como privados. Desarrolló una tendencia a fingir pasividad en situaciones de posible conflicto, una aversión a mostrar sus cartas hasta el último momento. Era pragmático hasta el punto de que a ojos de sus adversarios parecía que careciera por entero de principios. Todo esto se entrelazaba con una gran sensibilidad hacia la opinión pública, una necesidad de sentirse en sintonía con la nación serbia por cuya causa había sufrido y trabajado.[34] Pašić fue informado con anticipación del complot regicida y mantuvo el secreto, pero se negó a involucrarse en la participación activa. Cuando el día antes del asalto al palacio le dieron los detalles de la operación que se había planeado, su típica reacción fue llevar a su familia en tren a la costa adriática, entonces bajo dominio austriaco, y esperar las consecuencias.

Pašić comprendía que su éxito dependería de asegurar su propia independencia y la del gobierno, y al mismo tiempo establecer una relación estable y duradera con el ejército y su red de regicidas. No se trataba simplemente de los ciento y pico hombres que habían tomado parte en la trama, sino de los muchos oficiales jóvenes –el número aumentaba sin parar– que veían

en los conspiradores la encarnación de la voluntad nacional serbia. El hecho de que los mayores adversarios políticos de Pašić, los Radicales Independientes, una facción disidente que se había separado de su propio partido en 1901, estuvieran dispuestos a colaborar con los regicidas si ello les ayudaba a desgastar al gobierno de Pašić complicó el asunto.

Pašić abordó con inteligencia esta delicada situación. Hizo propuestas personales a algunos conspiradores por separado con vistas a truncar la formación de una coalición antigubernamental. A pesar de las protestas de los compañeros del Partido Radical, aprobó un paquete generoso de fondos para el ejército que venía a reponer parte del terreno perdido desde la salida del rey padre Milan; reconoció públicamente la legitimidad del golpe de 1903 (una cuestión de gran importancia simbólica para los conspiradores) y se opuso a los intentos de llevar a juicio a los regicidas. Sin embargo, al mismo tiempo trabajaba sin descanso para restringir su presencia en la vida pública. Cuando se supo que los conspiradores planeaban celebrar un baile para conmemorar el primer aniversario de los asesinatos, Pašić (a la sazón ministro de Asuntos Exteriores) intervino para posponer la festividad al 15 de junio, aniversario de la elección del nuevo rey. Durante 1905, cuando la influencia política de los regicidas era un tema que se planteaba con frecuencia en la prensa y el parlamento, Pašić advirtió al Skupština que los «agentes irresponsables» que actuaban fuera de las estructuras de la autoridad constitucional representaban una amenaza para el orden democrático, una dinámica que encajaba bien con las bases radicales, que detestaban lo que consideraban el espíritu pretoriano del cuerpo de oficiales. En 1906, aprovechó con gran destreza la reanudación de la normalidad en las relaciones con Gran Bretaña para asegurarse la jubilación de unos cuantos oficiales regicidas de alto rango.[35]

Estas hábiles maniobras tuvieron un efecto ambivalente. Los regicidas más destacados fueron retirados de los puestos más comprometidos y la influencia de su red en la política nacional se vio disminuida a corto plazo. Por otro lado, Pašić poco pudo hacer para detener su progresión dentro del ejército y entre la población civil simpatizante, los llamados *zaveritelji* –convertidos después de los hechos a la causa de la conspiración– que eran propensos a ideas aun más extremistas que los cómplices originales.[36] Lo más importante de todo es que la retirada de los regicidas de más alto rango de la vida pública dejó al infatigable Apis en una situación de dominio indiscutible dentro de la red. Apis fue siempre un personaje central en las celebraciones del aniversario del regicidio, en las que los oficiales conspiradores se reunían para beber cerveza y divertirse en el restaurante Kolarac, sito en un pequeño parque cerca del Teatro Nacional en el centro de Belgrado, e hizo más que cualquier otro conspirador por reunir un núcleo de oficiales ultranacionalistas preparados para apoyar la lucha por la unión de todos los serbios con todos los medios disponibles.

MAPAS MENTALES

La idea de la «unificación de todos los serbios» venía respaldada por una imagen mental de Serbia que guardaba poca relación con el mapa político de los Balcanes a principios del siglo XX. Su expresión política más influyente fue un memorándum secreto redactado por el ministro del Interior serbio Ilija Garašanin para el príncipe Alejandro Karadjordjević en 1844. Conocido tras su publicación en 1906 como *Načertanije* (del serbio antiguo *náčrt,* «borrador»), la propuesta de Garašanin esbozaba un «Programa de política nacional y exterior de Serbia». Sería difícil exagerar la influencia de este documento sobre generaciones de políticos y patriotas serbios; con el tiempo se convirtió en la Carta Magna del nacionalismo serbio.[NT2] Garašanin empezaba su memorándum con la observación de que Serbia es

«pequeña, pero no debe permanecer en esa situación».[37] Sostenía que el primer mandamiento de la política serbia debe ser el «principio de unidad nacional»; con ello se refería a la unificación de todos los serbios dentro de las fronteras de un Estado serbio: «Donde habite un serbio, eso es Serbia». El modelo histórico de esta visión más amplia del Estado serbio era el imperio medieval de Stepan Dušan, una extensa franja de territorio que, curiosamente, abarcaba la mayor parte de la república serbia actual, la totalidad de la Albania de hoy día, gran parte de Macedonia y toda la Grecia central y septentrional, pero no Bosnia.

Supuestamente, el imperio del zar Dušan se había derrumbado tras una derrota a manos de los turcos en el Campo de Kosovo el 28 de junio de 1389. Pero Garašanin sostenía que este percance no había debilitado la legitimidad del Estado serbio; simplemente había interrumpido su existencia histórica. La «restauración» de una Gran Serbia que unificara a todos los serbios no era por lo tanto una innovación, sino la expresión de un antiguo derecho histórico. «No [nos] pueden acusar de buscar algo nuevo y sin fundamento, de organizar una revolución o una revuelta, sino que todo el mundo debe reconocer que es una necesidad política, que estaba fundado en tiempos muy remotos y que tenía sus raíces en la antigua vida política y nacional de los serbios.»[38] Así que el razonamiento de Garašanin exponía esa distorsión drástica de la época histórica que a veces se puede observar en los discursos de nacionalismo integral; además, se apoyaba en la fantasía de que el gobierno de expansión, multiétnico, compuesto y medieval se podía combinar con la idea moderna de una nación-estado homogénea desde un punto de vista cultural y lingüístico. Los patriotas serbios no veían ninguna contradicción en ello, ya que sostenían que casi todos los habitantes de estas tierras eran serbios en esencia. Vuk Karadžić, arquitecto del lenguaje literario moderno serbocroata y autor de un célebre folleto nacionalista, *Srbi svi i svuda* («Serbios todos y

en todas partes», publicado en 1836), habla de una nación de 5 millones de serbios que hablan el «idioma serbio» y desperdigados desde Bosnia y Herzegovina al Banato de Timişoara (Hungría oriental, actualmente en Rumanía occidental), Bačka (una región que se extiende desde el norte de Serbia al sur de Hungría), Croacia, Dalmacia y la costa adriática desde Trieste al norte de Albania. Naturalmente, admitía Karadžić, había algunos en estas tierras (se refería en particular a los croatas) «a quienes todavía les resulta difícil llamarse serbios, pero cabe la posibilidad de que poco a poco se acostumbren a ello».[39]

El programa de unificación, como Garašanin sabía, comprometía a la organización política serbia a una larga lucha contra los dos grandes imperios, el otomano y el austriaco, cuyos dominios ocupaban la Gran Serbia en la imaginación nacionalista. En 1844, el Imperio Otomano seguía controlando la mayor parte de la península de los Balcanes. «Serbia debe esforzarse constantemente por romper piedra a piedra la fachada del Estado turco e integrarlas, de modo que pueda utilizar este buen material sobre los buenos y antiguos cimientos del Imperio Serbio para construir y crear un nuevo y gran Estado serbio.»[40] También Austria estaba destinada a ser un enemigo.[41] En Hungría, Croacia-Eslavonia e Istria-Dalmacia había serbios (además de muchos croatas que aún no habían abrazado la condición serbia) que supuestamente esperaban la liberación del dominio de los Habsburgo y la unificación en el marco del Estado de Belgrado.

Hasta 1918, cuando muchos de sus objetivos se cumplieron, el memorándum de Garašanin siguió siendo el proyecto político clave de los gobernantes serbios, si bien sus principios se transmitían a la población en general por medio de un goteo permanente de propaganda nacionalista coordinado en parte desde Belgrado y en parte impulsado por redes patriotas dentro de la prensa.[42] Sin embargo, la idea de la Gran Serbia no era simple-

mente una cuestión de política gubernamental, ni siquiera de propaganda. Estaba profundamente entretejida en la cultura y la identidad de los serbios. El recuerdo del imperio de Dušan resonaba dentro de la tradición extraordinariamente vívida de las canciones épicas populares serbias. Eran baladas largas, cantadas a menudo al son melancólico del gusla de una cuerda, en las que los cantantes y los oyentes revivían los grandes momentos típicos de la historia serbia. En las aldeas y mercados de todas las tierras serbias, estas canciones creaban un vínculo muy íntimo entre la poesía, la historia y la identidad. Un primer observador de todo esto fue el historiador alemán Leopold von Ranke, que en su historia de Serbia, publicada en 1829, señaló que «la historia de la nación, creada por su poesía, se ha convertido por medio de ella en una propiedad nacional, y de este modo se conserva en la memoria del pueblo».[43]

Lo que se conservó más que nada dentro de esta tradición fue el recuerdo de la lucha de los serbios contra el dominio extranjero. Una preocupación recurrente era la derrota de los serbios a manos de los turcos en el Campo de Kosovo el 28 de junio de 1389. Adornada a lo largo de los siglos, esta batalla medieval no decisiva floreció hasta convertirse en una escena simbólica entre la condición serbia y su enemigo infiel. A su alrededor giraba una crónica poblada no solo de héroes resplandecientes que se unieron a los serbios en momentos de apuro, sino también de villanos traicioneros que negaron su apoyo a la causa común, o vendieron a los serbios a sus enemigos. El mítico panteón incluía al asesino Miloš Obilić, de quien dicen las canciones que el día de la batalla se infiltró en el cuartel general de los turcos y degolló al sultán antes de que los guardias otomanos lo capturasen y le cortaran la cabeza. El asesinato, el martirio, el victimismo y la sed de venganza en nombre de los muertos eran temas principales.[44]

Una Serbia imaginaria, concebida sobre un pasado mítico, volvió a brillar en este cancionero. Observando la interpretación de canciones épicas entre los serbobosnios durante el levantamiento contra los turcos de 1875, el arqueólogo británico Sir Arthur Evans se quedó atónito ante su capacidad para «hacer que el serbobosnio olvide las tradiciones más intransigentes de su [...] reino en estas leyendas de gloria», para unir su experiencia a la de sus «hermanos» en todas las tierras serbias y de ese modo «hacer caso omiso de la palabrería de geógrafos y diplomáticos».[45] Es cierto que esa cultura de la épica oral se inscribe en una época de decadencia progresiva del siglo XIX, ya que empieza a ser desplazada por las publicaciones populares. Pero el diplomático británico Sir Charles Eliot escuchó las epopeyas interpretadas por músicos ambulantes en los mercados del valle del río Drina cuando viajaba por Serbia en 1897. «Estas rapsodias», señaló, «son como un cántico monótono acompañado de una guitarra de una sola cuerda, pero se cantan con una expresión y un sentimiento tan auténticos que el efecto en su conjunto no es desagradable.»[46] De todos modos, las colecciones impresas de poesía épica serbia, enormemente influyentes, recopiladas y publicadas por Vuk Karadžić, garantizaban que siguieran en circulación entre una élite literaria cada vez mayor. Además, el corpus épico seguía aumentando. *La corona de montañas,* un clásico del género publicado en 1847 por el príncipe-obispo de Montenegro, Pedro II Petrović-Njegos, ensalzaba al mítico tirano-asesino y mártir nacional Miloš Obilić y llamaba a renovar la lucha contra el dominio extranjero. *La corona de montañas* entró en el canon nacional serbio y ahí se ha mantenido desde entonces.[47]

El compromiso con la recuperación de las tierras serbias «perdidas», unido a los apuros de un emplazamiento desprotegido entre dos imperios, dotaba a la política exterior del Estado serbio de algunos rasgos distintivos. El primero era una ubica-

ción geográfica indefinida. En principio, el compromiso a favor de una Gran Serbia era una cosa, pero ¿dónde debería empezar exactamente el proceso de recuperación? ¿En la Voividina, dentro del reino de Hungría? ¿En el Kosovo otomano, conocido como «Antigua Serbia»? ¿En Bosnia, que nunca formó parte del imperio de Dušan pero encerraba una población considerable de serbios? ¿O hacia el sur de Macedonia, todavía bajo dominio otomano? La falta de concordancia entre el objetivo visionario de la «unificación» y los exiguos recursos financieros y militares de los que disponía el Estado de Serbia suponía que los responsables políticos de Belgrado no tenían más remedio que responder de manera oportunista a unas condiciones que cambiaban rápidamente en la península de los Balcanes. Por consiguiente, la orientación de la política exterior serbia entre 1844 y 1914 osciló como la aguja de una brújula desde un punto de la periferia del estado a otro. La lógica de estas oscilaciones era la mitad de las veces reactiva. En 1848, cuando los serbios de la Voivodina se levantaron contra las políticas de magiarización del gobierno revolucionario húngaro, Garašanin les ayudó con suministros y fuerzas de voluntarios del principado de Serbia. En 1875, todos los ojos estaban puestos en Herzegovina, donde los serbios se habían rebelado contra los otomanos. Entre los que acudieron enseguida al lugar de la lucha estaban Pašić y el jefe militar y futuro rey Pedro Karadjordjević, que luchó allí usando un nombre falso. Después de 1903 y tras una revuelta local fallida contra los turcos, el interés por liberar a los serbios de la Macedonia otomana había aumentado. En 1908, cuando los austriacos se anexionaron oficialmente Bosnia y Herzegovina (las estaban ocupando militarmente desde 1878), las zonas anexionadas saltaron al primer puesto de la agenda. Sin embargo, en 1912 y 1913 Macedonia era de nuevo la máxima prioridad.

La política exterior serbia tuvo que lidiar contra la discrepancia entre el nacionalismo visionario que invadía la cultura política del país y las complejas realidades étnicas y políticas de los Balcanes. Kosovo era una parte importante del paisaje mitológico serbio, pero no era, en el plano étnico, un territorio inequívocamente serbio. Los albanoparlantes musulmanes habían sido mayoría allí al menos desde el siglo XVIII.[48] Muchos de los serbios que según Vuk Karadžić había en Dalmacia e Istria eran en realidad croatas que no querían sumarse a un gran Estado serbio. Históricamente, Bosnia nunca había formado parte de Serbia aunque allí vivían muchos serbios (en 1878 constituían el 43% de la población de Bosnia y Herzegovina, cuando Austria-Hungría ocupaba ambas provincias), pero también había croatas católicos (alrededor de un 20%) y musulmanes bosnios (más o menos un 33%). (La subsistencia de una minoría musulmana considerable era uno de los rasgos distintivos de Bosnia: en la propia Serbia, durante la larga lucha por la independencia, la mayor parte de las comunidades musulmanas eran objeto de acoso para obligarlas a emigrar, o eran deportadas o asesinadas.)[49]

Aún más complicado era el caso de Macedonia. Superpuesta a un mapa político actual de los Balcanes, la región geográfica conocida como Macedonia engloba, además de la antigua república yugoslava del mismo nombre, zonas fronterizas a lo largo del sur de Serbia y el este de Albania, un gran fragmento del sudoeste de Bulgaria y una franja enorme del norte de Grecia.[50] Las fronteras históricas exactas de Macedonia siguen siendo hoy día objeto de polémica (testimonio del conflicto aún candente ente Atenas y Skopie acerca del uso del nombre «Macedonia» para la República de Skopie) al igual que la cuestión de si esta región poseía una identidad cultural, lingüística o nacional característica y hasta qué punto (a día de hoy, los lingüistas de todo el mundo, excepto Serbia, Bulgaria y Grecia, reconocen la existencia de una lengua macedonia).[51] En 1897, cuando Sir

Charles Eliot viajaba por Serbia, se sorprendió al enterarse de que sus compañeros serbios «no permitirían que hubiera búlgaros en Macedonia»; más bien «insistían en que los habitantes eslavos de aquel país fueran todos serbios».[52] Dieciséis años después, cuando la Fundación Carnegie envió una comisión a la zona para investigar las atrocidades que se cometieron durante la Segunda Guerra de los Balcanes, le resultó imposible establecer un consenso local acerca del origen étnico de las personas que vivían en Macedonia de tan polarizado que estaba el ambiente en el que se debatían estas cuestiones, incluidas las universidades. El informe que publicó la comisión ese año comprendía no uno, sino dos mapas étnicos de la región que reflejaban la opinión de Belgrado y la de Sofía respectivamente. En uno, el norte y el oeste de Macedonia abundaba en serbios no liberados a la espera de la unificación con su madre patria; en el otro, la región aparece como el corazón de la zona de asentamiento búlgara.[53] Durante las últimas décadas del siglo XIX, todos los serbios, griegos y búlgaros ejercieron una gran actividad propagandística dentro de Macedonia, cuyo propósito era hacer proselitismo entre los eslavos locales a favor de sus causas nacionales respectivas.

La falta de coincidencia entre las percepciones nacionales y las realidades étnicas hacía pensar que el cumplimiento de los objetivos serbios sería un proceso violento, no solo a nivel regional, donde las grandes potencias, y también las menores, tenían intereses empeñados, sino también en los pueblos y aldeas de las zonas en litigio. Algunos estadistas afrontaban este problema tratando de presentar los objetivos nacionales serbios dentro de una visión política «serbocroata» más generosa que incluía la idea de una colaboración multiétnica. Entre ellos estaba Nikola Pašić, que en la década de 1890 escribió largo y tendido sobre la necesidad de que los serbios y los croatas se unieran en un mundo en el que las naciones pequeñas estaban destina-

das a irse a pique. Sin embargo, a esta retórica subyacen los supuestos de que, primero, los serbios y los croatas eran en esencia el mismo pueblo y, segundo, que los serbios tendrían que dirigir este proceso porque constituían un pueblo eslavo más auténtico que los croatas católicos, que durante tanto tiempo habían estado expuestos a «la influencia de una cultura extranjera».[54]

Serbia no podía permitirse el lujo de luchar por estos objetivos ante los ojos del mundo. De modo que se programó de antemano una cierta clandestinidad en la búsqueda de la «libertad» para los serbios que aún eran súbditos de los estados o imperios colindantes. Garašanin expresó este imperativo en 1848 durante el levantamiento de la Voivodina. «Los serbios de la Voivodina», escribió, «esperan que todos los que se consideran serbios les echen una mano para poder triunfar sobre su enemigo tradicional [...] Pero debido a factores políticos, no podemos ayudarles públicamente. Solo nos queda ayudarles en secreto.»[55] Esta preferencia por las operaciones clandestinas puede observarse también en Macedonia. Tras una insurrección macedonia fallida contra los turcos en agosto de 1903, el nuevo régimen de Karadjordjević empezó a aplicar una política activa en la región. Se crearon comités para fomentar la actividad guerrillera serbia en Macedonia, y hubo encuentros en Belgrado para reclutar y suministrar grupos de combatientes. El representante otomano en Belgrado se enfrentó al ministro de Asuntos Exteriores serbio Kaljević, quien negó toda participación del gobierno y afirmó categóricamente que en todo caso los encuentros no eran ilegales, ya que no se habían convocado «para reunir a los grupos, sino solo para recaudar fondos y expresar simpatía por los correligionarios del otro lado de la frontera».[56]

Los regicidas estaban muy involucrados en esta actividad transfronteriza. Los oficiales conspiradores y sus compañeros de viaje dentro del ejército reunieron un comité nacional infor-

mal en Belgrado, coordinaron la campaña y se pusieron al mando de muchas unidades de voluntarios. Estas no eran, en sentido estricto, unidades del ejército serbio propiamente dicho, pero el hecho de que el ejército concediera permiso inmediato a los oficiales voluntarios era indicativo del apoyo oficial.[57] Las milicias ampliaban sin cesar el marco de su actividad y hubo numerosas escaramuzas violentas entre *četniks* (guerrillas) serbias y grupos de voluntarios búlgaros. En febrero de 1907, el gobierno británico exigió que Belgrado pusiera fin a esta actividad que lo más probable es que desencadenara una guerra entre Serbia y Bulgaria. De nuevo, Belgrado desmintió su responsabilidad, negando que estuviera financiando la actividad de las četniks y declarando que «no podía impedir [que su pueblo] se defendiera de los grupos extranjeros». Pero la verosimilitud de esta postura se vio debilitada por el continuo apoyo del gobierno a la lucha: en noviembre de 1906, el Skupština ya había votado una ayuda de 300.000 dinares para los serbios que sufrían en la Antigua Serbia y Macedonia, y a eso le siguió un «crédito secreto» para «gastos extraordinarios y la defensa de intereses nacionales».[58]

Un irredentismo de este tipo era muy peligroso. Era fácil enviar a jefes guerrilleros al campo, pero difícil controlarlos una vez allí. En el invierno de 1907 quedó claro que algunos grupos četniks operaban en Macedonia sin ningún tipo de supervisión; un emisario de Belgrado logró imponer de nuevo el control con ciertas dificultades. El «embrollo macedonio» dio así una lección equívoca de consecuencias fatídicas para los acontecimientos de 1914. Por otro lado, la devolución de las funciones de mando a las células activistas dominadas por miembros de la red conspiradora tenía el peligro de que el control de la política nacional serbia pudiera pasar del centro político a los elementos irresponsables de la periferia. Por otra parte, la diplomacia de 1906-1907 demostró que las relaciones confusas e informales

entre el gobierno serbio y las redes encargadas de dictar la política irredentista podían aprovecharse para desviar la responsabilidad política de Belgrado y maximizar el margen de maniobra del gobierno. La élite política de Belgrado se acostumbró a una especie de doble pensamiento basado en la pretensión esporádica de que la política exterior de la Serbia oficial y el trabajo de liberación nacional más allá de las fronteras del Estado eran fenómenos aparte.

SEPARACIÓN

«Desde un punto de vista político, el acuerdo y la armonía con Austria son inviables para Serbia», escribió Garašanin en 1844.[59] Hasta 1903, la posibilidad de un conflicto abierto entre Belgrado y Viena era limitada. Ambos países compartían una larga frontera que desde la perspectiva de Belgrado era más o menos indefendible. La capital serbia estaba muy bien situada en la confluencia de los ríos Danubio y Sava y a corta distancia de la frontera con Austria-Hungría. Las exportaciones serbias se dirigían principalmente al imperio y una gran proporción de sus importaciones procedía de allí. La política de Rusia en la región reforzó los imperativos geográficos. En el Congreso de Berlín de 1878, Rusia contribuyó a crear una entidad búlgara autónoma en la Europa otomana con la esperanza de que Bulgaria siguiera siendo cliente de Rusia. Puesto que era previsible que Bulgaria y Serbia rivalizaran algún día por el territorio de Macedonia, el príncipe Milan (posteriormente rey) procuró equilibrar esta amenaza tratando de estrechar más la relación con Viena. De este modo, el apoyo de Rusia a Sofía empujó a Serbia a los brazos de Viena. Siempre que Rusia continuara jugando su política balcánica con cartas búlgaras, posiblemente las relaciones entre Viena y Belgrado seguirían siendo armoniosas.

En junio de 1881, Austria-Hungría y Serbia aprobaron un tratado comercial. Tres semanas después se complementó con un

convenio secreto que el propio príncipe Milan firmó y que estipulaba que Austria-Hungría no solo ayudaría a Serbia a conseguir el ascenso a la categoría de reino, sino que también apoyaría sus reivindicaciones de anexionar territorios de Macedonia. Serbia, por su parte, acordaba no debilitar la posición de la monarquía en Bosnia y Herzegovina. El Artículo II exponía que Serbia «no permitiría que desde su territorio se dirigieran intrigas políticas, religiosas o de otra índole contra la monarquía austrohúngara, incluidos Bosnia, Herzegovina y el Sanjak de Novi Pazar». Milan reforzó estos acuerdos con un compromiso personal por escrito de no cerrar «ningún tipo de tratado» con un tercer país sin consultar primero a Viena.[60]

Estos acuerdos constituyeron, sin duda, una base frágil para unas buenas relaciones austro-serbias: no tenían anclaje en los sentimientos de la población serbia, que era profundamente antiaustriaca; simbolizaban una relación de dependencia económica que resultaba cada vez más inaceptable para la opinión nacionalista serbia, y dependía de la colaboración de un monarca imprevisible y cada vez menos popular. Pero mientras Milan Obrenović permaneciera en el trono, garantizaban al menos que Serbia no se pondría del lado de Rusia contra Austria, y que la parte espinosa de la política exterior de Belgrado seguiría apuntando en dirección a Macedonia y la contienda que se avecinaba contra Bulgaria, más que a Bosnia y Herzegovina.[61] En 1892 se firmó un nuevo tratado comercial y en 1889 se renovó el Convenio Secreto por diez años; a partir de entonces se dejó que venciera, aunque continuó siendo la plataforma operativa de la política serbia con respecto a Viena.

El cambio de dinastía en 1903 marcó una importante realineación. Austria se apresuró a reconocer el golpe de Karadjordjević, en parte porque Pedro había asegurado de antemano a los austriacos que se proponía mantener a Serbia en una senda proaustriaca.[62] Pero pronto se hizo patente que los nuevos dirigen-

tes serbios planeaban impulsar una mayor independencia económica y política. Durante los años 1905-1906 se desató una crisis en la que la política comercial, los pedidos de armamento, las altas finanzas y la geopolítica estaban estrechamente relacionados. Viena perseguía un triple objetivo: conseguir un tratado comercial con Serbia, garantizar que Serbia siguiera haciendo los pedidos de armamento a empresas austriacas, y comprometer un préstamo importante con Belgrado.[63]

La imposibilidad de alcanzar un acuerdo sobre alguno de estos asuntos supuso un enfriamiento drástico de las relaciones entre ambos vecinos, y el resultado fue un desastre absoluto para Viena. Los pedidos de armamento serbios fueron a parar a la empresa francesa Schneider-Creusot en lugar de a la rival austriaca Skoda de Bohemia. La reacción de Austria fue cerrar la frontera al ganado porcino serbio, lo que desencadenó un conflicto aduanero que llegó a conocerse como la «guerra de los cerdos» (1906-1909). Pero esta fue una medida contraproducente, ya que Serbia no tardó en encontrar otros mercados de exportación (sobre todo en Francia, Alemania y Bélgica) y empezó a construir mataderos a gran escala, liberándose así de su prolongada dependencia de los centros de tratamiento austrohúngaros. Por último, Belgrado consiguió un préstamo importante de nuevo no de Viena, sino de París (ofrecido a cambio de los pedidos de armamento a firmas francesas).

Vale la pena hacer una pausa un momento para considerar la trascendencia de este gran préstamo francés. Al igual que todos los Estados balcánicos emergentes, Serbia era un prestatario sistemático que dependía totalmente del crédito internacional, gran parte del cual se utilizaba para financiar la expansión militar y proyectos de infraestructura. Durante todo el reinado de Milan, los austriacos siguieron siendo prestamistas entusiastas de Belgrado. Pero dado que estos préstamos excedían la capacidad financiera del estado deudor, tenían que ser garantizados de

diversas formas: por cada préstamo se comprometía un ingreso determinado, o se hipotecaba un activo ferroviario. Se acordó que los ingresos comprometidos procedentes del ferrocarril, y de los impuestos sobre el timbre y el licor deberían abonarse en una cuenta especial del tesoro controlada conjuntamente por los representantes del gobierno serbio y los acreedores. Este acuerdo mantuvo a flote a los serbios durante las décadas de 1880 y 1890, pero no sirvió para contener el despilfarro del gobierno de Belgrado, que para 1895 había acumulado una deuda de más de 350 millones de francos. Ante la inminencia de la quiebra, Belgrado negoció un nuevo préstamo mediante el cual casi todas las deudas anteriores se consolidaron a un tipo de interés más bajo. Los ingresos comprometidos se colocaron bajo una administración separada dirigida en parte por los representantes de los acreedores.

Dicho de otro modo, los deudores precarios como Serbia (lo mismo puede decirse de los demás Estados balcánicos y del Imperio Otomano) solo podían obtener préstamos en condiciones razonables si aceptaban un control fiscal que suponía una hipoteca parcial de las funciones de un estado soberano. Por esta razón entre otras, los préstamos internacionales constituían una cuestión política de la mayor importancia estrechamente ligada a la diplomacia y la política de las grandes potencias. Los préstamos franceses internacionales en particular estaban sumamente politizados. París vetaba préstamos a los gobiernos cuyas políticas se consideraban hostiles a los intereses franceses; facilitaba préstamos a cambio de concesiones económicas o políticas; en determinadas ocasiones concedía un préstamo a regañadientes a clientes poco fiables, pero de gran importancia estratégica, para evitar que buscaran ayuda en otra parte. Acosaba a posibles clientes: en el verano de 1905 dio a entender al gobierno de Serbia que si no daba a Francia la primera opción del préstamo encontraría los mercados monetarios de París cerra-

dos a cal y canto.[64] Viendo que existía este nexo entre estrategia y finanzas, el Ministerio de Asuntos Exteriores francés fusionó sus departamentos comercial y político en 1907.[65]

Considerado en este contexto, el préstamo serbio de 1906 supuso un giro importante. Las relaciones financieras de Francia con Belgrado se volvieron «íntimas y dominantes», en palabras de un norteamericano que analizó las altas finanzas de antes de la guerra.[66] Los franceses llegaron a poseer más de las tres cuartas partes de toda la deuda serbia.[67] Estos compromisos eran enormes para el Estado serbio –los planes de amortización se ampliaron hasta 1967 (en realidad, Belgrado incumplió la mayor parte de sus obligaciones después de 1918)–. Una gran cantidad de este dinero se dedicó a compras militares (sobre todo artillería de tiro rápido), la mayor parte de las cuales se negociaron en Francia, no solo para gran disgusto de Austria, sino también de los diplomáticos y los proveedores de armamento británicos. El préstamo de 1906 también dio a Serbia la posibilidad de resistir la presión comercial de Viena y emprender una guerra arancelaria de larga duración. El enviado británico a Belgrado informó en 1906 de que «el éxito indudable de la resistencia del Sr. Pašić ante las exigencias [austriacas] marca un paso nada desdeñable en la emancipación económica y política de Serbia».[68]

Estos triunfos en el campo de las altas finanzas no deberían distraernos de las condiciones lamentables de la economía serbia en su conjunto. Esto tenía mucho menos que ver con la política arancelaria austriaca que con un proceso de decadencia económica con profundas raíces en la historia y la estructura agraria del país. El surgimiento y posterior expansión de Serbia vinieron acompañados de un proceso de desurbanización drástica a medida que las ciudades de mayoría musulmana se fueron despoblando durante décadas de acoso y deportaciones.[69] Las estructuras imperiales relativamente urbanizadas y cosmopolitas de la periferia otomana fueron sustituidas por una sociedad

y una economía dominadas enteramente por campesinos cristianos minifundistas, consecuencia por un lado de la ausencia de una aristocracia local serbia, y por otro de los esfuerzos de la dinastía gobernante para impedir la aparición de dicha clase dirigente poniendo trabas a la consolidación de los latifundios.[70] Mientras las ciudades se veían reducidas, la población crecía a un ritmo formidable; jóvenes familias dispusieron de cientos de miles de hectáreas de tierra marginal para su explotación, relajando las restricciones sociales al matrimonio y la fertilidad. Pero este crecimiento desenfrenado de la natalidad no logró invertir el ciclo de bajo rendimiento y declive que atenazó la economía serbia entre mediados del siglo XIX y el estallido de la Primera Guerra Mundial en 1914.[71] La producción agrícola per cápita cayó un 27,5% entre los primeros años de la década de 1870 y 1910-1912, en parte porque la expansión de las tierras de cultivo condujo a una deforestación masiva y con ello a una disminución de los pastizales necesarios para mantener la cría de cerdos a gran escala, el sector tradicionalmente más rentable y eficaz de la producción agropecuaria serbia. Para la década de 1880, los hermosos bosques de la región de Šumadija –tierra de pastos perfectos para los cerdos– casi habían desaparecido.[72]

Estos datos habrían tenido menos importancia si se hubiera producido un notorio crecimiento en los sectores comercial e industrial, pero también en estos el panorama era desolador, incluso para los criterios balcánicos. La población rural apenas tenía acceso a los mercados y tampoco había muchas industrias nacientes, tales como las fábricas textiles que ayudaron a impulsar el desarrollo industrial en la vecina Bulgaria.[73] En estas condiciones, el desarrollo económico serbio dependía de la inversión interna: el primer intento de envasar y exportar mermelada de ciruela a nivel industrial lo acometieron los empleados de una empresa procesadora de fruta de Budapest; el auge de la seda y el vino de finales del siglo XIX también tuvo su origen en

emprendedores extranjeros. Pero la inversión interna seguía siendo floja, en parte porque las compañías extranjeras se vieron disuadidas por la xenofobia, los funcionarios corruptos y la ética de las empresas subdesarrolladas que encontraron cuando trataron de emprender negocios en Serbia. Incluso en las zonas donde la política del gobierno estimulaba la inversión, el acoso a las empresas extranjeras por parte de las autoridades locales seguía siendo un problema serio.[74]

La inversión serbia en capital humano fue igual de insignificante: en 1900, seguía habiendo solo cuatro institutos de enseñanza para toda Serbia, la mitad de los profesores de primaria no tenían formación pedagógica, la mayoría de las clases escolares no se daban en edificios destinados a ese fin y en realidad solo alrededor de un tercio de los niños asistían al colegio. Todas estas deficiencias reflejaban las preferencias culturales de una población rural que apenas se preocupaba por la educación y consideraba que las escuelas eran instituciones extrañas impuestas por el gobierno. En 1905, conminados a ratificar una nueva fuente de ingresos, la asamblea del Skupština dominada por los campesinos optó por gravar los libros escolares en lugar de la destilación casera. El resultado fue una tasa de alfabetización asombrosamente baja que iba del 27% en los distritos del norte del reino a solo el 12% en el sureste.[75]

Este panorama sombrío de «crecimiento sin desarrollo» pesa sobre nuestra historia de varias formas. Supone que la sociedad serbia se mantuvo excepcionalmente homogénea tanto desde el punto de vista socioeconómico como cultural. El vínculo entre la vida urbana y la tradición de cultura oral de los campesinos, con sus potentes narraciones míticas, nunca se rompió. Incluso Belgrado –donde la tasa de alfabetización en 1900 era solo del 21%– seguía siendo una ciudad de inmigrantes rurales, un mundo de «campesinos urbanitas» profundamente influenciado por la cultura y las estructuras de parentesco de la sociedad rural

tradicional.[76] En este entorno, el desarrollo del conocimiento moderno se experimentó no como la evolución de una forma previa de comprensión del mundo, sino más bien como una superposición discordante de actitudes modernas sobre una forma de ser que seguía fascinada por las creencias y los valores tradicionales.[77]

Esta coyuntura económica y cultural sumamente peculiar ayuda a explicar diversos rasgos destacados de la Serbia de preguerra. En una economía tan desprovista de oportunidades para jóvenes ambiciosos y con talento, el ejército seguía siendo la mejor opción. Y esto a su vez ayuda a explicar la debilidad de las autoridades civiles ante los desafíos de la estructura del mando militar, un factor decisivo de la crisis que asoló Serbia en el verano de 1914. Sin embargo, también era cierto que la guerra de guerrillas de las milicias irregulares y los grupos guerrilleros, que tanta importancia tuvo en la historia de la aparición de Serbia como nación independiente, duró mucho debido a la persistencia de la cultura campesina que siguió sin fiarse del ejército regular. Para un gobierno enfrentado a una cultura militar cada vez más arrogante y carente de conexiones orgánicas con una gran clase ilustrada y próspera como la que sustentaba otros sistemas parlamentarios del siglo XIX, el nacionalismo representaba el único instrumento político y la fuerza cultural más potente. El entusiasmo casi universal por la anexión de tierras serbias aún no restituidas no solo recurría a las míticas pasiones integradas en la cultura popular, sino también al hambre de tierras de un campesinado cuyos cultivos eran cada vez más pequeños y menos productivos. En estas condiciones, el argumento –si bien dudoso– de que las calamidades económicas de Serbia eran culpa de los aranceles leoninos de Viena y del dominio de la capital austrohúngara, no podía sino encontrar la aprobación más entusiasta. Estas limitaciones también alimentaban la obsesión de Belgrado de conseguir una salida al mar que su-

puestamente le permitiera salir del atraso. La relativa debilidad de su desarrollo comercial e industrial garantizaba que los gobernantes serbios siguieran dependiendo de la financiación internacional para los gastos militares que necesitaban para continuar con una política exterior activa. Y esto a su vez explica la creciente integración de Serbia en la red de alianzas de Francia después de 1905, cuya raíz se encontraba en los imperativos financieros y geopolíticos.

ESCALADA

Después de 1903, los nacionalistas serbios centraron principalmente su atención en la lucha a tres bandas entre los serbios, los búlgaros y los turcos que se desarrollaba en Macedonia. Todo esto cambió en 1908 cuando Austria-Hungría se anexionó Bosnia y Herzegovina. Dado que estas dos provincias oficialmente otomanas habían estado ocupadas durante treinta años por los austriacos y que nunca hubo posibilidad alguna de alterar esta disposición, el cambio nominal de ocupación a anexión pura y dura debería de haber sido algo aparentemente sin importancia. La opinión de la población serbia fue otra muy distinta. El anuncio creó una «explosión de resentimiento y entusiasmo nacional sin precedentes» tanto en Belgrado como en las provincias. Hubo «muchas reuniones» en las que los oradores «pedían a gritos la guerra contra Austria».[78] Más de 20.000 personas asistieron a una concentración antiaustriaca en el Teatro Nacional de Belgrado, donde Ljuba Davidović, dirigente de los Radicales Independientes, pronunció un discurso en el que declaró que los serbios debían luchar a muerte contra la anexión. «Combatiremos hasta salir victoriosos, pero si nos derrotan, nos derrotarán sabiendo que contribuimos con nuestro mayor esfuerzo, y que no solo gozamos del respeto de todos los serbios sino también de toda la raza eslava.»[79] Unos días después, el impulsivo príncipe heredero Djordje pronunció un discurso en la capital ante una audiencia de unas 10.000 personas

en el que propuso conducir al pueblo serbio a una cruzada armada para recuperar las provincias anexionadas: «Estoy muy orgulloso de ser soldado y me llenaría de orgullo ser el que te guíe, pueblo serbio, en esta lucha desesperada a vida o muerte, por nuestra nación y nuestro honor».[80] Incluso Nikola Pašić, líder del Partido Radical Serbio, que en ese momento no era ministro y por lo tanto era libre de decir lo que pensaba, sostenía que si la anexión no podía revertirse, Serbia debía prepararse para una guerra de liberación.[81] En 1908, el liberal ruso Pavel Miliukov visitó Serbia y se quedó asombrado de la intensidad del sentimiento público. La previsión de una guerra con Austria, recordó, se tornó en «disponibilidad para luchar, y al parecer la victoria era fácil y segura». Estas opiniones eran universales y tan indiscutibles que «ponerse a discutir [acerca de ellas] hubiera sido del todo inútil».[82]

Una vez más se pusieron de manifiesto los esquemas mentales que condicionaban la percepción de la élite y el pueblo de la política y los objetivos de Serbia. El representante británico en Belgrado explicó en un informe del 27 de abril de 1909 que la única forma de comprender la intensidad del sentimiento que despertó la anexión en Serbia era recordar que

> Todos los patriotas serbios que se toman interés por la política o participan activamente en ella, piensan que la nación serbia no solo es la que comprende a los súbditos del rey Pedro, sino a todos aquellos cuya raza y lengua son afines a las suyas. Por consiguiente, ansían la creación definitiva de una Gran Serbia, que integre todos los distintos sectores de la nación, ahora divididos bajo el dominio austriaco, húngaro y turco. [...] Desde este punto de vista, Bosnia constituye el corazón tanto geográfico como etnográfico de la Gran Serbia.[83]

En un tratado casi contemporáneo sobre la crisis, el famoso etnógrafo Jovan Cvijic, el consejero más influyente de Nikola Pašić sobre la cuestión de la nacionalidad, observó que «estaba claro que Bosnia y Herzegovina, por... su posición fundamental en la masa etnográfica de la raza serbocroata,... tienen la clave del problema serbio. Sin ellas, no puede haber una Gran Serbia

constituida como estado».[84] Desde la perspectiva de los publicistas panserbios, Bosnia-Herzegovina formaba parte de las «tierras serbias bajo dominio extranjero» –su población era «enteramente serbia en cuanto a raza e idioma» y se componía de serbios, serbocroatas y «serbomusulmanes», excepto, por supuesto, la minoría de «habitantes temporales» y «aprovechados» instalados por los austriacos durante los últimos treinta años.[85]

Impulsada por esta ola de indignación surgió una nueva organización de masas que perseguía objetivos nacionalistas. Se conocía como Defensa Nacional Serbia (Srpska Narodna Odbrana) e incorporó a miles de miembros dispersos por más de 220 comités de pueblos y aldeas de Serbia y una red de auxiliares dentro de Bosnia y Herzegovina.[86] La campaña irredentista que estuvo cobrando ímpetu en Macedonia se dirigía ahora a las provincias anexionadas: Narodna Odbrana organizaba grupos guerrilleros, reclutaba voluntarios, establecía redes de espionaje en Bosnia y presionaba al gobierno para que llevara a cabo una política nacional más agresiva. Los veteranos de los enfrentamientos en Macedonia, como el comandante Voja Tankosić, estrecho colaborador de Apis, fueron desplegados en la frontera bosnia donde entrenaron a miles de nuevos reclutas para el futuro combate. Durante un tiempo pareció como si Serbia estuviera a punto de emprender un ataque suicida contra su vecino.[87]

Al principio, los dirigentes de Belgrado alentaron la agitación, pero enseguida comprendieron que Serbia no tenía la menor posibilidad de revertir la anexión. La clave de este estado de ánimo algo sombrío la tenía Rusia, que hizo muy poco por estimular la resistencia serbia. No era de extrañar, ya que fue el ministro de Asuntos Exteriores ruso Alexander Izvolsky quien propuso la anexión –al menos en principio– a su homólogo austriaco Alois Aehrenthal. Izvolsky advirtió de antemano al mi-

nistro serbio de Asuntos Exteriores Milovan Milovanović de la inminente anexión. En una reunión en Marienbad, donde Izvolsky estaba tomando las aguas, el ministro de Asuntos Exteriores ruso había informado a su homólogo serbio que aunque San Petersburgo consideraba a los Estados balcánicos «hijos de Rusia», ni la propia Rusia ni ninguna de las otras grandes potencias protestarían contra la anexión. (Izvolsky olvidó mencionar a su interlocutor serbio el hecho de que él mismo había propuesto a los austriacos la anexión de las provincias como parte de un acuerdo para garantizar un mejor acceso de los buques de guerra rusos a los estrechos de Turquía.) Posteriormente advirtieron al representante serbio en San Petersburgo de que Belgrado no debería movilizarse contra Austria bajo ningún concepto, «porque nadie podría ayudarnos, el mundo entero quiere la paz».[88]

El ministro de Asuntos Exteriores Milovanović, político moderado que criticó la forma en que Pašić había manejado la crisis austro-serbia de 1905-1906 y se había sorprendido a sí mismo defendiendo la guerra en 1908, se encontró en una situación sumamente delicada. Tras consultar directamente con Izvolsky, pudo ver que la idea de unir a las potencias europeas contra la anexión no tenía recorrido. Pero también tuvo que frenar la histeria nacionalista en Serbia y al mismo tiempo unificar el Skupština y la élite política que respaldaba una política «nacional» moderada, dos objetivos prácticamente irreconciliables, ya que la ciudadanía serbia interpretaría cualquier indicio de concesión a la postura de Viena como una «traición» al interés nacional.[89] Sus dificultades se vieron agravadas por la hostilidad entre los radicales y los camaradas de su antiguo partido, los radicales independientes, que hablaban de un tipo de nacionalismo panserbio a ultranza. Las rivalidades entre facciones dentro de la dirección radical, como la existente entre el «grupo de Pašić» y los «radicales de la corte» en torno a Milovanović, acentuaban

la confusión y la incertidumbre. Milovanović trabajó mucho en la sombra para ejercer una política centrada en obtener una compensación territorial limitada para Serbia, y soportó sin quejarse el vilipendio de la prensa panserbia. Sin embargo, en público adoptaba una retórica intransigente destinada a despertar entusiasmo en el país y provocar indignación en la prensa austriaca. «El programa nacional serbio», anunció entre calurosos aplausos durante un discurso ante el Skupština en octubre de 1908, «exige que Bosnia y Herzegovina se emancipen»; declaró que al interferir con la realización de este plan, Austria-Hungría había hecho inevitable que «un día en un futuro cercano o lejano, Serbia y todos los de condición serbia lucharán en un combate a vida o muerte».[90]

El apuro de Milovanović explica las tensiones a las que estaban expuestos los responsables políticos en esta época. Este hombre inteligente y prudente comprendió con mucha claridad las limitaciones impuestas por la ubicación y las condiciones de Serbia. En el invierno de 1908-1909, todas las potencias instaron a Belgrado a renunciar y aceptar lo inevitable.[91] Pero también sabía que ningún ministro responsable podría rechazar abiertamente el programa nacional de unificación serbia. Y en todo caso, el propio Milovanović era un defensor sincero y ferviente de ese programa. En una ocasión dijo que Serbia nunca podría permitirse abandonar la causa nacionalista. «Desde el punto de vista serbio, no hay ninguna diferencia entre los intereses del Estado serbio y los intereses de otros serbios.»[92] Aquí se proyectaba de nuevo el mapa mental de Serbia en el que se unían los imperativos políticos y étnicos. El punto decisivo era este: los moderados como Milovanović e incluso Pašić (que al final se descolgó de sus llamamientos a la guerra) solo se diferenciaban de los nacionalistas extremos en la cuestión de *cómo* manejar los apuros a los que se enfrentara el estado. No podían (y no deseaban) rechazar el programa nacionalista como tal. Por tanto, a nivel na-

cional los extremistas tenían siempre una ventaja retórica, puesto que eran ellos los que fijaban los términos del debate. En semejante ambiente, a los moderados les resultaría difícil hacerse oír, a no ser que adoptaran el lenguaje de los extremistas. Y esto a su vez hacía que a los observadores externos les resultara difícil discernir cualquier variación en las posturas adoptadas por las élites políticas, que de manera engañosa podría parecer que formaban un frente sólido y unánime. La peligrosa dinámica de esta cultura política traería de cabeza a Belgrado en junio y julio de 1914.

Naturalmente, Austria-Hungría se impuso y el 31 de marzo de 1909 Belgrado se vio en la obligación de renunciar oficialmente a sus reclamaciones. Con grandes dificultades el gobierno logró calmar la agitación. Belgrado prometió a Viena que desarmaría y disolvería a sus «bandas y voluntarios».[93] Srpska Narodna Odbrana fue despojada de sus funciones insurgentes y bélicas, y transformada –aparentemente al menos– en un organismo panserbio de propaganda e información pacifista que actuaba en estrecha colaboración con otras asociaciones nacionalistas tales como las sociedades gimnásticas Soko y grupos como Prosveta y Prirednik, cuya labor era reforzar la identidad cultural serbia a través de la literatura, la educación pública y el trabajo juvenil.

Quizá Serbia no logró revertir la anexión ni asegurar las concesiones territoriales que Milovanović había exigido como compensación, pero se dieron dos cambios importantes. En primer lugar, la crisis inició un periodo de estrecha colaboración entre Belgrado y las dos grandes potencias amigas. El vínculo con San Petersburgo se vio fortalecido por la llegada del nuevo representante ruso, el barón Nikolai Hartwig, paneslavo y serbófilo vehemente que desempeñaría un papel decisivo en la vida política de Belgrado hasta su muerte repentina en 1914 justo antes del estallido de la guerra. También se reforzaron los lazos finan-

cieros y políticos con Francia, lo que se plasmó en un gran préstamo de París con el fin de ampliar el ejército serbio y mejorar su poder ofensivo.

En segundo lugar, la furia y la decepción de 1908-1909 tuvieron el efecto de radicalizar a los grupos nacionalistas. Si bien la capitulación del gobierno en el tema de la anexión les desmoralizó durante un tiempo, no renunciaron a sus ambiciones. Un abismo se abrió entre el gobierno y el entorno nacionalista. Bogdan Radenković, un activista civil del nacionalismo en Macedonia, donde la lucha contra los búlgaros continuaba, se reunió con oficiales veteranos del frente de Macedonia, algunos de ellos conspiradores de 1903, para hablar de la creación de una nueva entidad secreta. El 3 de marzo de 1911, en un piso de Belgrado, se creó Ujedinjenje ili smrt! («¡Unión o muerte!»), conocida popularmente como la «Mano Negra». Apis, para entonces profesor de Táctica en la Academia Militar, estaba entre los siete hombres –cinco oficiales y dos civiles– presentes en esa reunión fundacional; llevó consigo la red de jóvenes regicidas y compañeros de viaje sobre los que ahora ejercía un liderazgo incuestionable.[94] Los estatutos de Ujedinjenje ili smrt! se iniciaban con la declaración nada sorprendente de que el objetivo de la nueva asociación era la «unificación de todo lo serbio». Otros artículos estipulaban que los militantes debían de esforzarse en influir para que el gobierno adoptara la idea de que Serbia era el «Piamonte» de los serbios, y por supuesto de todos los pueblos eslavos del sur –como cabía esperar, la revista que se fundó para exponer los ideales de Ujedinjenje ili smrt! llevaba por título *Pijemont*. El nuevo movimiento asumió un concepto global y hegemónico de lo genuinamente serbio: la propaganda de la Mano Negra no reconocía que los musulmanes bosnios fueran una identidad aparte y negaba de plano la existencia de los croatas.[95] Con el fin de preparar a los auténticos serbios para lo que con toda seguridad constituiría una lucha violenta por la

unidad, la sociedad llevó a cabo una labor revolucionaria en todos los territorios habitados por serbios. Fuera de las fronteras del Estado serbio, la sociedad también lucharía con todos los medios a su alcance contra los enemigos de la idea serbia.[96]

En su labor por la «causa nacional» estos hombres se enemistaron cada vez más con el sistema parlamentario democrático serbio y sobre todo con el Partido Radical, a cuyos dirigentes denunciaron por traidores a la nación.[97] Dentro de Ujedinjenje ili smrt! perduraba el viejo odio de los militares serbios por el Partido Radical. Había también afinidades con la ideología protofascista: el objetivo no era un mero cambio de régimen –que se había alcanzado en 1903 sin ningún beneficio apreciable para la nación serbia– sino más bien una renovación profunda de la sociedad y la política serbias, una «regeneración de nuestra raza degenerada».[98]

El movimiento floreció en la cultura del secretismo. Los afiliados eran admitidos mediante una ceremonia ideada por Jovanović-Čupa, miembro del consejo fundador y masón. Los nuevos afiliados juraban ante una figura encapuchada en una habitación a oscuras prometiendo obediencia absoluta a la organización bajo pena de muerte.

> Yo [nombre], al unirme a la organización Unión o Muerte, juro por el sol que me calienta, por la tierra que me alimenta, ante Dios, por la sangre de mis antepasados, por mi honor y por mi vida, que desde este momento y hasta mi muerte seré fiel a las leyes de esta organización, y que siempre estaré dispuesto a hacer cualquier sacrificio por ella.
>
> Juro ante Dios, por mi honor y por mi vida, que cumpliré todas las misiones y mandatos sin rechistar.
>
> Juro ante Dios, por mi honor y por mi vida, que me llevaré conmigo a la tumba todos los secretos de esta organización.
>
> Que Dios y mis compañeros de la organización me juzguen si, a sabiendas o no, alguna vez violara este juramento.[99]

Apenas quedaron datos; no existía un registro central de miembros, solo una red imprecisa de células, ninguna de las

cuales poseía una visión general de la magnitud o las actividades de la organización. En consecuencia, persiste la incertidumbre acerca de su tamaño. A finales de 1911, el número de afiliados había aumentado a unos 2.000-2.500; creció de forma espectacular durante la Guerra de los Balcanes, pero la estimación retrospectiva de un desertor convertido en informante de 100.000-150.000 es sin duda exagerada.[100] Fueran cuales fuesen las cifras exactas, la Mano Negra se extendió rápidamente a las estructuras de la Serbia oficial, tratando de llegar desde su base en el seno del ejército hasta infiltrarse en los cuadros de los guardias fronterizos serbios y los oficiales de aduanas, sobre todo a lo largo de la frontera serbobosnia. También se reclutaron numerosos espías que seguían trabajando en Bosnia para la Narodna Odbrana a pesar de su pretendido cierre en 1909. Entre sus actividades estaba el mantenimiento de un campo de entrenamiento terrorista, en el que se instruía a los reclutas en la puntería, el lanzamiento de bombas, la voladura de puentes y el espionaje.[101]

Este era un montaje hecho a medida para el veterano conspirador Apis. El culto al silencio le iba como anillo al dedo a su carácter, al igual que la enseña oficial de la organización, un logo circular que llevaba un cráneo, dos tibias cruzadas, un cuchillo, una ampolla de veneno y una bomba. Cuando luego le preguntaron por qué él y sus compañeros habían adoptado esos símbolos, Apis respondió que, en su opinión, «esos emblemas [no] tenían un aspecto tan aterrador ni negativo». Al fin y al cabo, la tarea de todos los serbios con conciencia nacional era «salvaguardar la condición serbia con bombas, cuchillos y fusiles». Recordaba que «cuando trabajaba en Macedonia se utilizaba el veneno y todas las guerrillas lo llevaban como método de ataque o para salvar a alguien que cayera en manos enemigas. Por esa razón se introdujeron dichos emblemas en el sello de la organización y era la señal de que esas personas estaban preparadas para morir».[102]

Paradójicamente, la clandestinidad de la Mano Negra tenía carácter público.[103] Las habladurías se encargaron enseguida de que el gobierno y la prensa conocieran la existencia del movimiento e incluso hay alguna prueba de que el príncipe Alejandro, sucesor al trono tras la abdicación de su hermano mayor Djordje, fue informado de antemano de la nueva institución y que respaldó sus actividades. El príncipe fue uno de los patrocinadores que ayudaron a financiar la fundación de *Pijemont*. Los procesos de captación eran informales y muchas veces semipúblicos; los reclutadores solo tenían que mencionar el trabajo patriótico de la organización y muchos oficiales se afiliaban sin más.[104] Había cenas y banquetes en los cafés de Belgrado, en los que Apis presidía una larga mesa atestada de estudiantes nacionalistas.[105] Cuando el comandante de Belgrado, Miloš Bozanović, pidió información a su subordinado, Major Kostić, sobre la Mano Negra, Kostić no podía creerlo: «¿No lo sabe? Es de dominio público. Se habla de ella en los cafés y las tabernas». Tal vez todo eso era inevitable en una ciudad como Belgrado donde todo el mundo se conocía, y donde la vida social se desarrollaba en las cafeterías más que en los domicilios. Pero es de suponer que el tremendo secretismo de la Mano Negra también cubría una necesidad emocional, ya que ¿qué sentido tenía pertenecer a una organización secreta si nadie sabía lo que hacías? Dejarse ver bebiendo y cenando con otros conspiradores en la mesa de siempre confería una sensación de importancia; también creaba una emocionante sensación de connivencia entre aquellos que estaban oficialmente fuera de la red, pero enterados; y eso era importante para un movimiento que afirmaba representar a la mayoría silenciosa de la nación serbia.

Pero si su existencia era conocida por todos, había mucha incertidumbre acerca de sus objetivos. Al igual que muchos dirigentes del Partido Radical, Pašić consideraba que la Mano Negra era un movimiento dedicado principalmente a derribar el

Estado serbio desde dentro; al parecer creía que su ultranacionalismo era un mero camuflaje para la subversión interna. Esta mala interpretación llegó a muchos de los informes diplomáticos. En noviembre de 1911, el representante austriaco en Belgrado, habitualmente bien informado, comunicó, por ejemplo, que la afirmación de la Mano Negra de que era un grupo patriótico que actuaba fuera de Serbia con el fin de unir a todos los serbios era «en realidad solo una tapadera; su verdadero objetivo es intervenir en los asuntos internos».[106] Este malentendido continuaría confundiendo a las autoridades austriacas durante la crisis de julio de 1914.

En el interior de Bosnia y Herzegovina, las redes de Ujedinjenje ili smrt! y Narodna Odbrana se vincularon a grupos locales de activistas panserbios, de los cuales el más importante era Mlada Bosna («Joven Bosnia»). Mlada Bosna no era una organización unificada, sino más bien un cúmulo de grupos y células de jóvenes revolucionarios que actuaban en toda la provincia más o menos desde 1904; se centraba menos en Serbia que la Mano Negra o Narodna Odbrana.[107] Puesto que actuaban bajo la mirada de la policía austriaca, los Jóvenes Bosnios adoptaron una estructura descentralizada y flexible basada en pequeños «círculos» (*kruzki*), conectados solo por intermediarios nombrados de antemano. El gran momento de Joven Bosnia llegó en 1910, cuando uno de sus militantes se lanzó a un ataque suicida contra el gobernador austriaco de Bosnia. El 3 de junio de 1910, con ocasión de la apertura del parlamento bosnio, Bogdan Žerajić, estudiante serbio de Herzegovina, disparó cinco veces al gobernador Marijan Varešanin, pero todas las balas salieron desviadas; entonces Žerajić vació el cargador en su cabeza. Le enterraron de forma anónima en un sector del cementerio de Sarajevo reservado a los criminales y suicidas, pero su tumba se convirtió enseguida en un santuario para el movimiento clandes-

tino serbio y su acción fue elogiada por la prensa nacionalista de Belgrado.[108]

Nadie hizo tanto por ensalzar la reputación de Žerajić como su compañero de Joven Bosnia Vladimir Gačinović. Gačinović dejó Bosnia para ir al instituto en Belgrado, donde se quedó hasta completar un trimestre en la universidad antes de ganar una beca del gobierno para la Universidad de Viena. En 1911 ingresó en Ujedinjenje ili smrt! y también en Narodna Odbrana; de regreso en Sarajevo, creó en esta ciudad una red de células activistas. Pero Gačinović era más célebre por un panfleto que escribió conmemorando la vida y la muerte de Žerajić. *La muerte de un héroe* describía al tirador suicida como «un hombre de acción, fuerte, vital y honesto, un pionero» y terminaba con un reto incendiario: «Jóvenes Serbios, ¿crearéis hombres semejantes?» El panfleto de Gačinović tuvo una amplia difusión en Bosnia de contrabando y se convirtió en uno de los textos de culto fundamentales del entorno terrorista panserbio, mezclando los temas de asesinato y sacrificio de un modo que recordaba las epopeyas de Kosovo.[109] El ataque de Žerajić marcó el comienzo del uso sistemático del terrorismo contra la élite política del Imperio de los Habsburgo; hubo siete incidentes similares más, y se detectaron más de una docena de complots fallidos en las provincias eslavas del sur del imperio durante los tres años transcurridos entre la muerte de Žerajić y los disparos mortales del 28 de junio de 1914 en Sarajevo.[110]

TRES GUERRAS TURCAS

A finales de septiembre de 1911, solo seis meses después de la fundación de Ujedinjenje ili smrt!, Italia invadió Libia. Este ataque no provocado contra una de las provincias que integraban el Imperio Otomano desencadenó un aluvión de ataques oportunistas contra los territorios controlados por los otomanos en los Balcanes. Una coalición informal de estados balcánicos –Serbia, Montenegro, Bulgaria y Grecia– organizó ataques paralelos

contra territorio otomano, y de este modo se inició la Primera Guerra de los Balcanes (octubre de 1912-mayo de 1913). El resultado fue una victoria trascendental para los aliados balcánicos sobre las fuerzas otomanas, que fueron expulsadas de Albania, Macedonia y Tracia. En la Segunda Guerra de los Balcanes (junio-julio de 1913), los beligerantes pelearon por el botín de la primera: Serbia, Grecia, Montenegro y Rumanía lucharon contra Bulgaria por territorios en Macedonia, Tracia y la Dobruja.

El impacto de estas dos guerras se trata con más detalle en el capítulo 4. Por el momento, basta señalar que su beneficiario más notable fue Serbia, que obtuvo Vardar central, incluido Ohrid, Bitola, Kosovo, Štip y Kočani, más la mitad oriental de la Sanjak de Novi Pazar (la mitad occidental le tocó a Montenegro). La extensión territorial del reino aumentó de 30.007 a 54.530 km^2 y su población creció en más de un millón y medio. La incorporación de Kosovo, paisaje mitológico de la poesía nacional serbia, fue causa de gran regocijo, y ya que el reino compartía ahora una frontera con Montenegro al oeste, existía la posibilidad de que mediante una unión política con sus vecinos Serbia pudiera asegurarse un acceso permanente a la costa adriática. Además, la forma en que Serbia condujo la guerra demostró que los años de inversión militar financiada con los préstamos franceses (hubo otro importante de un consorcio de bancos franceses en septiembre de 1913), no había sido en vano. A las tres semanas de la primera orden de movilización, 300.000 soldados fueron llevados al campo de batalla. Un observador extranjero señaló que ahora el ejército serbio era «un factor a tener en cuenta», y la propia Serbia una gran potencia regional.[111] Dayrell Crackanthorpe, representante británico en Belgrado, informó acerca del clima de euforia público: «Serbia cree que, por así decirlo, ha alcanzado su mayoría de edad y [...] puede llevar a cabo su propia política». Las élites políticas del reino «atrave-

saban en ese momento una fase de enorme autocomplacencia»; en toda la prensa y los debates públicos, los éxitos serbios en el campo de batalla contrastaban con «los fracasos de la diplomacia austriaca».[112]

Para muchos de los que habitaban los territorios recién conquistados por Belgrado, la imposición de la ley serbia trajo acoso y opresión. La libertad de asociación, de asamblea y de prensa, garantizadas por la Constitución serbia de 1903 (Artículos 24, 25 y 22) no se introdujeron en los nuevos territorios; ni tampoco el Artículo 13 que revocaba la pena de muerte para crímenes políticos. A los habitantes de estas nuevas tierras se les negaron los derechos al voto activo o pasivo. Dicho de otro modo, las zonas conquistadas adquirieron naturaleza de colonia. El gobierno justificó estas decisiones aduciendo que el nivel cultural de los nuevos territorios era tan bajo que otorgarles libertad pondría al país en peligro. En realidad, la principal preocupación era mantener a los que no fueran serbios, la mayoría en muchas zonas, fuera de la política nacional. Los periódicos de la oposición como *Radičke Novine* y *Pravda* se apresuraron a señalar que de hecho los «nuevos serbios» habían disfrutado de más derechos políticos bajo el dominio turco de los que gozaban bajo el gobierno serbio.[113]

Por parte serbia, fue una guerra de dos clases, en la que combatían no solo unidades del ejército regular, sino también, como sucedió con tanta frecuencia en el pasado, bandas de partisanos, *comitatjis*, y otros combatientes independientes. En las zonas recién conquistadas, la connivencia entre las autoridades oficiales y grupos informales tuvo consecuencias desastrosas. Hubo mucha destrucción arbitraria de edificios turcos, como escuelas, baños y mezquitas. En algunos casos, los cónsules británicos lograron limitar el daño convenciendo a los mandos militares locales serbios de que ese o aquel edificio se remontaba al imperio de Stepan Dušan y por ello formaba parte del patrimonio nacio-

nal serbio; esa artimaña tuvo éxito, por ejemplo, en el caso del bello puente turco del siglo XVI de la localidad de Skopie en Macedonia (Üsküb).[114]

En octubre y noviembre de 1913, los vicecónsules británicos en Skopie y Monastir denunciaron una intimidación sistemática, detenciones arbitrarias, palizas, violaciones, incendios de pueblos y masacres por parte de los serbios en las zonas anexionadas.[115] «Ya es sumamente evidente», contaba el vicecónsul Greig de Monastir, «que bajo el dominio serbio los musulmanes no pueden esperar más que matanzas periódicas, una cierta explotación y la ruina final.» Once días después, presentó un informe más advirtiendo de que «los búlgaros y sobre todo las poblaciones musulmanas de los distritos de Perlepe, Krchevo y Krushevo [estaban] en peligro de extinción debido a las matanzas atroces y frecuentes y a los saqueos a los que los someten las bandas serbias».[116] A finales de mes, «los saqueos, asesinatos y barbaridades de otras especies cometidos por las bandas de *comitajis* serbios y personas confabuladas con ellos» habían creado condiciones cercanas a la anarquía.[117] En diciembre, el vicecónsul informó de que los albaneses y otros musulmanes, los búlgaros, valacos y judíos estaban horrorizados ante la posibilidad de verse expuestos a «un estado pobre» que parecía «inclinado a vaciar todas las comunidades de sus medios de existencia hasta un punto desconocido en la época más siniestra del régimen turco».[118] Desde Bitola en el sur, cerca de la frontera griega, el vicecónsul británico informó de que los viejos funcionarios municipales habían sido sustituidos por una nueva cohorte de «expropagandistas serbios corruptos», cuyos cabecillas eran «(1) un exbarbero, espía y agente serbio [...] y (2) un serbio del lugar de profesión innombrable llamado Maxim». Greig terminaba diciendo que «nada podría favorecer más a los enemigos que el reino de terror instaurado por esta camarilla».[119]

Lo interesante de estos informes no es solamente su contenido inquietante, sino el escepticismo con el que los recibió el embajador británico Crackanthorpe, un hombre de marcada serbofilia. Crackanthorpe, cuya fuente de información más importante acerca de los acontecimientos que se desarrollaban en las zonas anexionadas era un «oficial serbio conocido suyo»,[120] aceptaba los desmentidos oficiales del gobierno de Belgrado a pies juntillas e intentaba silenciar el impacto de los despachos de Greig desde Monastir insinuando al Foreign Office que el vicecónsul era un ingenuo que se creía los cuentos chinos de refugiados histéricos. Podría afirmarse que los acontecimientos que se desarrollaban en los Balcanes ya se veían bajo la óptica geopolítica del sistema de alianzas, en el que Serbia figuraba como un estado amigo atrapado en una lucha valiente con el temible vecino Austria-Hungría. La acumulación de detalles de los informes procedentes de las zonas anexionadas, unido a los relatos de oficiales rumanos, suizos y franceses corroborándolos, fue lo único que convenció al Foreign Office británico de que las noticias de las atrocidades macedonias no deberían descartarse como si fuera propaganda austriaca.

Entretanto, el gobierno serbio no mostraba ningún interés en impedir nuevas salvajadas o en promover que se investigaran las que ya habían tenido lugar. Cuando los británicos alertaron a Pašić de lo que sucedía en Bitola, contestó simplemente que no conocía al prefecto de allá personalmente y que por lo tanto no podía comentárselo. Su ofrecimiento de enviar al sur un inspector para hacer más averigaciones sobre el asunto nunca llegó a materializarse. Informado por el representante serbio en Constantinopla de las quejas de una delegación de altos dignatarios musulmanes, declaró que esas historias provenían de emigrantes que habían exagerado su sufrimiento para asegurarse un cálido recibimiento por parte de sus nuevos compatriotas.[121] Cuando la Comisión Carnegie –compuesta por un equipo

internacional de expertos cuidadosamente seleccionados por su imparcialidad– llegó a los Balcanes para llevar a cabo su famosa investigación sobre las atrocidades cometidas en las zonas en litigio, apenas recibió ayuda de Belgrado.[122]

Pareció que durante un tiempo las guerras habían resuelto las tensiones en el seno de la estructura del poder ejecutivo en Belgrado. Durante un breve intervalo, las redes clandestinas, el ejército regular, los grupos de partisanos y los ministros del gobierno trabajaron codo con codo en la causa nacional. Apis fue enviado para dirigir operaciones secretas a favor del ejército de Macedonia antes de la invasión serbia de 1912; en su labor de negociación con los caciques albaneses en 1913, la Mano Negra actuó como un brazo del Ministerio de Asuntos Exteriores de Belgrado. En la pacificación de las zonas del sur recién conquistadas no solo participaban unidades del ejército regular, sino también grupos de voluntarios asociados a los operativos de la Mano Negra tales como Voja Tankosić, antiguo conspirador regicida que dirigió el asesinato de los dos hermanos de la reina Draga.[123] Una muestra del creciente prestigio de la Mano Negra fue el ascenso, en enero de 1913, de Apis a teniente coronel y su nombramiento como jefe de la división de información del Estado Mayor en agosto, un cargo desde el que controlaba la extensa red de agentes serbios de Narodna Odbrana en el interior de Austria-Hungría.[124]

El clima de unidad empezó a desvanecerse en cuanto terminaron las Guerras de los Balcanes, cuando las disputas acerca de la gestión de las zonas recién obtenidas desencadenaron un deterioro catastrófico de las relaciones entre civiles y militares. Por un lado estaban el Ministerio de la Guerra, el ejército serbio y diversos simpatizantes de la oposición radical independiente; por otro lado los dirigentes del Partido Radical que componían la mayor parte del resto del gabinete.[125] La disputa se centró en el tipo de administración que se iba a introducir en las nuevas

tierras. El gabinete de Pašić pretendía instalar un sistema de administración civil interina por decreto. Por el contrario, el ejército era partidario de continuar con el gobierno militar. Alentada por sus éxitos recientes, la cúpula militar se negó a ceder el control de la zona anexionada. No era únicamente una cuestión de poder, sino también de política, ya que la línea dura consideró que solo una administración firme y conservadora sería adecuada para consolidar el control serbio en zonas de etnias mixtas. Cuando en abril de 1914 el ministro radical del Interior Stojan Protić promulgó un Decreto de Prioridad en el que de forma explícita subordinaba el ejército a las autoridades civiles, estalló una crisis en toda regla. En las nuevas zonas los oficiales se negaron a acatar el decreto y el bando militar aunó fuerzas con la oposición radical independiente de la Skupština, al igual que hicieron los conspiradores después de 1903. Se habló incluso de un golpe de estado inminente coordinado por Apis, quien llevaría soldados de la guarnición de Belgrado al palacio real, obligaría al rey Pedro a abdicar en su hijo el príncipe Alejandro y asesinaría a miembros radicales del gabinete.[126]

A finales de mayo de 1914, la situación en Belgrado se encontraba en un equilibrio tan delicado que fue necesaria la intervención de las potencias extranjeras para evitar la caída del gobierno de Pašić. En una decisión sumamente insólita, el representante ruso en Belgrado declaró públicamente que las políticas rusas en los Balcanes exigían que Pašić se mantuviera en el cargo. Los franceses le respaldaron dando a entender que un gobierno post-Pašić dominado por independientes y miembros del bando militar podría dejar de recibir el generoso apoyo financiero que había sustentado la inversión estatal en Serbia desde 1905. Fue una reproducción imperfecta de 1899, cuando la intervención del representante austriaco libró de la ejecución al astuto dirigente radical. Derrotado, Apis se retiró de la lucha.[127] Una vez evitada temporalmente la amenaza de una toma de po-

der inmediata, Pašić acudió a las siguientes elecciones de junio de 1914 para consolidar su posición.

No había nada en estas luchas políticas poco claras que tranquilizara a los analistas de los asuntos serbios en Viena. En marzo de 1914, Dayrell Crackanthorpe señaló que los «sectores de opinión más moderados y prudentes» representados en el gabinete radical, así como el «partido militar» influido por la Mano Negra, creían en la disolución más o menos inminente de Austria-Hungría y la sucesión de Serbia a las extensas tierras del imperio que seguían esperando la redención panserbia. La diferencia era de método: mientras que el partido militar creía en una «guerra de agresión cuando llegue el momento y el país esté preparado», los moderados opinaban que «la señal para la ruptura del Imperio Austrohúngaro llegará, no desde fuera, sino desde dentro del imperio», favoreciendo de ese modo una actitud de preparación ante cualquier eventualidad. Sin embargo, desde el punto de vista institucional, el tejido de la Serbia oficial moderada se mantenía profundamente entrelazado con las redes irredentistas extremistas. Del mismo modo que las redes se infiltraban en los niveles más altos del ejército y en su servicio de inteligencia, con su sistema de agentes en Bosnia y Herzegovina, en el servicio de aduanas, secciones del Ministerio del Interior y otros órganos gubernamentales, el Estado se infiltraba en las redes.

LA CONSPIRACIÓN

Es difícil reconstruir los detalles del complot para asesinar al archiduque Francisco Fernando en Sarajevo. Los propios asesinos hicieron todo lo posible por no dejar rastros que les vincularan con Belgrado. Muchos de los participantes que sobrevivieron se negaron a hablar de su implicación; otros restaron importancia a su función o borraron sus huellas con especulaciones confusas, lo que produjo un caos de testimonios contradictorios. La trama en sí no dejó documentación alguna: casi todos

los que tomaron parte estaban habituados a un entorno obsesionado con el secreto. La connivencia entre el Estado serbio y las redes implicadas en la trama fue deliberadamente solapada e informal; en realidad no se documentó. Por lo tanto, la historiografía de la conspiración ha tenido que conformarse con una combinación discutible de recopilaciones, aportes y declaraciones juradas realizadas bajo coacción después de la guerra, afirmaciones basadas supuestamente en fuentes que ya han sido destruidas, y fragmentos de pruebas documentales, la mayoría relacionadas solo indirectamente con la planificación y la puesta en práctica de la trama. Sin embargo, hay tanto supeditado a los antecedentes de este complot que los historiadores han estudiado minuciosamente casi todos los detalles con rigor forense. De este modo es posible trazar una línea de máxima verosimilitud a través del caos de las fuentes y las tergiversaciones tendenciosas de gran parte de la literatura secundaria.

Apis fue el principal artífice de la trama, pero la idea en sí tuvo su origen probablemente en su cómplice Rade Malobabić, un serbio nacido en Austria-Hungría que durante algunos años trabajó de espía para la Narodna Odbrana recogiendo información sobre las fortificaciones y movimientos de las tropas austriacas y llevándosela a los oficiales de la frontera serbia que hacían las veces de agentes de la Mano Negra y, a través de ellos, a la inteligencia militar serbia.[128] Malobabić era un superagente, un hombre astuto y de extraordinaria dedicación, que conocía bien las zonas fronterizas y que una y otra vez eludía su captura por parte de las autoridades austriacas. Se dice que en una ocasión cruzó a nado el Drina casi helado, del que salió cubierto de fragmentos de hielo, para informar a sus responsables en el lado serbio de la frontera.[129] Probablemente Malobabić fue el primero que informó a Apis de la inminente visita de Francisco Fernando a Sarajevo, heredero del trono de Austria, en junio de 1914.[130]

La razón exacta de por qué Apis insistía en asesinar al archiduque es difícil de establecer, ya que no dio cuenta directa de sus motivaciones. A principios de 1914, la hostilidad de los activistas locales bosnios estaba centrada fundamentalmente en la persona de Oskar Potiorek, gobernador austriaco de Bosnia, sucesor de Varešanin, a quien Žerajić no logró matar en junio de 1910. Al dirigir sus esfuerzos hacia el archiduque Francisco Fernando, Apis aumentaba las repercusiones políticas. El asesinato de un gobernador empeoraría las cosas, pero podría pensarse que es una cuestión local motivada por asuntos de gobierno. Por el contrario, una agresión al heredero del trono de los Habsburgo, en un momento en el que el emperador reinante ya había cumplido 83 años, se consideraría un ataque a la mismísima existencia del imperio.

Hay que destacar que el ataque no se centró en el archiduque por una supuesta hostilidad hacia la minoría eslava del Imperio Austrohúngaro, sino, por el contrario, porque, en palabras de su asesino Gavrilo Princip, «como futuro soberano habría llevado a cabo ciertas reformas impidiendo nuestra unión».[131] Princip se refería al supuesto apoyo del archiduque a las reformas estructurales de la monarquía que asignarían una mayor autonomía a las provincias eslavas. Muchos irredentistas serbios admitían que posiblemente esta idea era una amenaza catastrófica para el proyecto de reunificación. Si la monarquía de los Habsburgo se transformara con éxito en una entidad tripartita gobernada desde Viena siguiendo un sistema federal, con Zagreb de capital, por ejemplo, con el mismo estatus que Budapest, existía el peligro de que Serbia perdiera su papel vanguardista como el Piamonte de los eslavos del sur.[132] La elección del archiduque como objetivo ilustraba una constante en la lógica de los movimientos terroristas, a saber, que los reformadores y los moderados son más temibles que los radicales y los enemigos declarados.

Todos los hombres elegidos para llevar a cabo el asesinato del archiduque se habían formado en el mundo de las redes irredentistas. El antiguo *comitatji* Voja Tankosić fue quien reclutó a los tres jóvenes serbobosnios que formaron el núcleo de la unidad que enviarían a Sarajevo para llevar a cabo el asesinato. Trifko Grabež, Nedeljko Čabrinović y Gavrilo Princip tenían los tres diecinueve años cuando Tankosić los integró en la conspiración. Eran buenos amigos que pasaban mucho tiempo en mutua compañía. Grabež era hijo de un sacerdote ortodoxo de Pale, unos 20 km al este de Sarajevo, que había viajado a Belgrado para continuar sus estudios de bachillerato. Čabrinović había abandonado la escuela a los catorce años y posteriormente llegó a Belgrado, donde encontró trabajo de tipógrafo en una empresa especializada en literatura anarquista. Al igual que Grabež, Princip había dejado Sarajevo para acudir a la escuela en Belgrado. Los tres procedían de familias pobres y hogares desgraciados. En sus primeros años de vida, Grabež y Čabrinović habían sufrido las figuras de autoridad masculinas y se habían rebelado contra ellas. Durante su juicio, Čabrinović contó al jurado que su padre le había maltratado porque apenas progresaba en su escuela de Sarajevo; al final el chico fue expulsado por abofetear a uno de sus maestros. Las tensiones en casa se agravaron por el hecho de que Čabrinović padre trabajaba como confidente de la policía para los odiados austriacos, un estigma del que el chico esperaba desprenderse por medio de su compromiso con la causa nacional. También Grabež fue expulsado de su instituto de Tuzla por dar un puñetazo a uno de sus profesores.[133] El dinero escaseaba; solo Princip tenía unos ingresos regulares consistentes en una asignación paterna muy modesta que normalmente distribuía entre los amigos o prestaba a conocidos suyos indigentes.[134] Čabrinović recordó después que a su llegada a Belgrado llevaba siempre consigo todas sus pertenencias en una maleta pequeña, se supone que porque no tenía

dónde quedarse.[135] Como era de esperar, el estado de salud de los chicos no era el mejor. Princip en particular era delgado y enfermizo; probablemente ya estaba tuberculoso. La enfermedad le obligó a dejar pronto la escuela de Sarajevo. El protocolo de su juicio le describe como «un joven bajo y débil».[136]

El joven Gavrilo Princip

Nedeljko Čabrinović

Estos chicos apenas tenían malos hábitos. Estaban hechos de ese material juvenil y serio, rico en ideales pero pobre en experiencia, del que se alimentan los movimientos terroristas modernos. No les gustaba el alcohol. Si bien eran heterosexuales, no buscaban la compañía de mujeres. Leían poesía nacionalista y periódicos y panfletos irredentistas. Los chicos estaban profundamente preocupados por el sufrimiento de la nación serbia, del que culpaban a todo el mundo menos a los propios serbios, y sentían los desaires y humillaciones al menor de sus compatriotas como si fueran propios. Un tema recurrente era la degradación económica a la que las autoridades austriacas sometían a sus paisanos bosnios (una queja que pasaba por alto el hecho de

que Bosnia estaba más industrializada y era más próspera en términos de renta per cápita que gran parte del interior de Serbia).[137] El afán de sacrificio era fundamental, casi una obsesión. Incluso Princip había encontrado tiempo para aprenderse de memoria *La corona de montañas* en su totalidad, el emotivo relato épico de Petrović-Njegos que conmemora al tiranicida Miloš Obilić.[138] En su juicio, Princip declaró ante el tribunal que días antes del asesinato solía ir a la tumba del asesino suicida Bogdan Žerajić: «A menudo pasaba noches enteras allí, pensando en nuestra situación, en nuestras condiciones lamentables y en [Žerajić], y así fue como decidí cometer el asesinato.»[139] También Čabrinović relató que se había encaminado a la tumba de Žerajić en cuanto llegó a Sarajevo. Al ver que estaba descuidada, había puesto flores en ella (en la transcripción del juicio austriaco, una nota al pie señalaba maliciosamente que había robado esas flores de otras tumbas cercanas). Čabrinović declaró que fue durante esas estancias en el lugar donde descansa Žerajić cuando se hizo el propósito de morir como lo había hecho él. «En todo caso sabía que no viviría mucho. La idea del suicidio siempre me acompañaba; todo me daba igual.»[140]

Ese deambular a la tumba de un suicida es interesante y sugerente porque apunta a esa fascinación por la figura del asesino suicida tan fundamental para el mito de Kosovo, y en líneas más generales para la conciencia del propio medio panserbio, cuyos periódicos, diarios y correspondencia están plagados de alusiones al sacrificio. Incluso el mismo ataque debía ofrecer una referencia codificada a la acción anterior de Žerajić, ya que desde el primer momento Princip planeó tomar posiciones exactamente donde Žerajić se había quedado, en el Puente del Emperador: «Quería disparar desde el mismo sitio que el difunto Žerajić».[141]

Para todos los asesinos, Belgrado era el crisol que radicalizaba sus ideas políticas y les alineaba con la causa de la unificación serbia. En un pasaje revelador del protocolo del tribunal,

Čabronivić recordaba cómo en 1912, cuando se puso demasiado enfermo para seguir trabajando en Serbia y decidió volver a casa, fue a la oficina de la Narodna Odbrana en Belgrado y allí le dijeron que un serbobosnio siempre podía conseguir dinero para el viaje de vuelta a Sarajevo. En la oficina fue recibido por un tal Major Vasić, secretario de la asociación local de la NO, que le dio dinero y textos patrióticos, confiscó su libro de relatos de Maupassant porque no eran dignos de un joven patriota serbio, y le instó a ser siempre «un buen serbio».[142] Encuentros de este tipo eran fundamentales para la formación de estos jóvenes, cuya relación con figuras de autoridad masculinas habían sido tan tensas. Dentro de las redes nacionalistas había hombres mayores que no solo estaban preparados para ayudarles con dinero y consejos, sino también para demostrarles afecto y respeto, para darles la sensación –notoriamente ausente de su experiencia hasta el momento– de que sus vidas tenían sentido, que pertenecían a un momento histórico, que formaban parte de una gran empresa floreciente.

La captación de jóvenes por hombres mayores para su inserción en las redes era un elemento vital para el éxito del movimiento irredentista. Cuando Čabrinović regresó a Sarajevo desde Belgrado, le resultó imposible encajar de nuevo en su antiguo entorno socialista; al percibir que su visión del mundo había cambiado, los compañeros de partido le denunciaron por agitador y espía serbio y le expulsaron del partido. Para cuando regresó a Belgrado en 1913, Čabrinović ya no era un izquierdista revolucionario, sino una «mezcla de anarquista y nacionalista».[143] Princip también pasó por ese ambiente vigorizante: al dejar Sarajevo en mayo de 1912 a fin de completar su educación secundaria en Belgrado, se cruzó en el camino del incansable Major Vasić. Cuando estalló la Primera Guerra de los Balcanes, Vasić le ayudó a llegar a la frontera turca para inscribirse como combatiente voluntario, pero el mando local –que casualmente

resultó ser Voja Tankosić– le rechazó en la frontera aduciendo que era «demasiado débil y bajo».

Tan importante al menos como el contacto con activistas como Vasić, o con la propaganda escrita de la Narodna Odbrana era el ambiente social de cafetería que proporcionaba un sentido de pertenencia a los jóvenes serbobosnios que vagaban por Belgrado. Čabrinović frecuentaba La Guirnalda de Bellotas, La Guirnalda Verde y El Pececillo de Colores, donde, como recordó posteriormente, escuchó «todo tipo de acentos» y se mezcló con «estudiantes, tipógrafos» y «partisanos», pero sobre todo con serbobosnios. Los jóvenes comían, fumaban y hablaban de política o debatían el contenido de las informaciones del periódico.[144] En la Guirnalda de Bellotas y la Guirnalda Verde fue donde Čabrinović y Princip consideraron por primera vez la posibilidad de asesinar al heredero del trono austriaco; el veterano agente de la Mano Negra que proporcionó pistolas Browning y cajas de municiones a los jóvenes, era asimismo «una figura popular en los circuitos de cafeterías de Belgrado».[145] El talante político predominante en estos lugares era ultranacionalista y antiaustriaco. En la transcripción judicial hay un pasaje revelador en el cual el juez preguntaba a Princip de dónde había sacado Grabež sus ideas políticas ultranacionalistas. Princip respondió ingenuamente: «Tras su llegada a Belgrado, también él [Grabež] adoptó los mismos principios». Aprovechando la insinuación, el juez insistió aún más: «¿Así que venir a Belgrado basta, dicho de otro modo, para garantizar que se inculcarán a alguien las mismas ideas que tiene usted?».[146] Pero viendo que estaba hablando más de la cuenta, Princip se negó a hacer más comentarios.

Milan Ciganović (Roger Viollet/Getty Images)

Una vez que se inició en serio la planificación del asesinato, se tuvo cuidado de asegurarse de que no hubiera ningún vínculo aparente entre la célula de los asesinos y las autoridades de Belgrado. El adiestrador de los asesinos era un hombre llamado Milan Ciganović, un serbobosnio miembro de la Mano Negra que había luchado al lado de los partisanos y a las órdenes de Tankosić contra los búlgaros, y que por entonces estaba empleado en los ferrocarriles nacionales serbios. Ciganović informaba a Tanković, que a su vez informaba a Apis. Todas las órdenes se transmitían de palabra.

El entrenamiento de los asesinos tuvo lugar en la capital serbia. Princip ya había recibido instrucción de tiro en la Academia Partisana y era el mejor tirador de los tres. El 27 de mayo les suministraron las armas que utilizarían. Cuatro revólveres y seis bombas pequeñas, que pesaban cada una menos de kilo y cuarto, procedentes del Arsenal Estatal Serbio de Kragujevac. También recibieron veneno en forma de frasquitos de cianuro en-

vueltos en algodón. Sus instrucciones eran que se pegaran un tiro en cuanto se hubiera cometido el asesinato o, en su defecto, se quitaran la vida tragándose el cianuro. Se trataba de una precaución adicional contra una indiscreción o una confesión forzosa que pudiera incriminar a Belgrado. Además era lo adecuado para los muchachos, que estaban exaltados ante la idea de desperdiciar su vida y consideraban que su hazaña era un acto de martirio.

Los tres asesinos entraron en Bosnia con ayuda de la red de la Mano Negra y sus contactos en el servicio aduanero serbio. El 30 de mayo, Čabrinović cruzó el puesto fronterizo de Mali Zvornik con la ayuda de agentes de la «ruta clandestina» de la Mano Negra –maestros de escuela, un guardia de frontera, el secretario de un alcalde, etc.– y se encaminó a Tuzla, donde esperó a sus amigos para hacerse visible. El 31 de mayo unos oficiales de frontera serbios guiaron a Princip y Grabež al paso de Lješnica y les acompañaron a una isla boscosa del río Drina que en ese punto discurría entre Serbia y Bosnia. Este escondite, muy utilizado por contrabandistas, les ocultaba de la policía fronteriza austriaca. Al anochecer del día siguiente, un contrabandista a tiempo parcial que trabajaba en el servicio de la ruta clandestina les condujo a territorio austriaco.

Aunque pusieron mucho cuidado en no dejarse ver por la policía o los funcionarios austriacos, los tres asesinos fueron muy indiscretos en su trato con paisanos serbios. Por ejemplo, un maestro de escuela que trabajaba en la ruta clandestina llevó a Princip y Grabež a casa de un granjero serbobosnio de nombre Mitar Kerović. Durante el camino bebieron mucho aguardiente de ciruela y el maestro quiso impresionar a los campesinos: «¿Sabéis quiénes son estas personas? Van a Sarajevo a lanzar bombas y a matar al archiduque que va a ir allí».[147] Princip sucumbió a la bravuconería juvenil y se sumó, blandiendo su revólver y mostrando a sus anfitriones cómo se manejaban las

bombas. La familia Kerović –individuos analfabetos y apolíticos que apenas comprendían lo que los muchachos estaban haciendo– pagaría un precio terrible por esa estupidez. Nedjo Kerović, que llevó a los muchachos a Tuzla en su carreta, fue declarado culpable de traición y de complicidad en un asesinato y sentenciado a muerte (pena conmutada por veinte años de cárcel). Su padre, Mitar, fue sentenciado a cadena perpetua. Su testimonio en el juicio de los asesinos de octubre de 1914 proporcionó algunos de los raros momentos de humor lúgubre del proceso. Cuando el presidente del tribunal le preguntó su edad, Nedjo Kerović, padre de cinco hijos, respondió que no lo sabía con exactitud, que deberían preguntarle a su padre. Cuando preguntaron a Kerović padre cuánto había bebido la noche que llegaron los chicos, contestó: «Cuando bebo no llevo la cuenta: simplemente bebo todo lo que puedo».[148]

En Sarajevo, otra célula de cuatro hombres reclutados por Danilo Ilić, serbobosnio y miembro de la Mano Negra, se sumó a los muchachos. Con 23 años, Ilić era el mayor de todos. Había estudiado magisterio con una beca del gobierno austriaco, pero renunció tras caer enfermo. Era miembro de la Joven Bosnia y amigo personal de Gačinović, el trovador de Žerajić. Al igual que los demás, Ilić había estado en Belgrado en 1913 y pasado por las cafeterías habituales, lo habían reclutado para la Mano Negra y se había ganado la confianza de Apis antes de regresar a Sarajevo en marzo de 1914, donde trabajó de corrector de pruebas y editor de un periódico local.

La primera persona que reclutó Ilić para la brigada asesina fue el carpintero musulmán e izquierdista revolucionario Muhamed Mehmedbašić, natural de Herzegovina. Ambos se conocían bien. En enero de 1914 se habían reunido en Francia con Voja Tankosić para planear un atentado contra la vida de Potiorek. El plan fracasó. De camino a casa en el tren, Mehmedbašić fue presa del pánico al ver policías uniformados y tiró por el retrete su

frasco de veneno (el puñal que debía sumergir en él lo arrojó por una ventana). Los otros dos sarajeveses reclutados eran Cvijetko Popović, un estudiante de bachillerato de 18 años de gran brillantez académica, y Vaso Čubrilović, hermano del joven maestro que llevó a los muchachos a casa de la familia Kerović. A los 17 años, Čubrilović, otro rebelde de las aulas, era el más joven del equipo. Antes de la formación de la célula no conocía a Ilić de nada y los dos muchachos de la localidad no conocieron a Princip, Mehmedbašić, Čabrinović y Grabež hasta después del asesinato.[149]

La elección de colaboradores por parte de Ilić –un hombre con un historial probado de ineptitud en el desempeño de tareas de alto riesgo y dos colegiales por completo inexpertos– parece extraña a primera vista, pero no era tan demencial como parecía. El verdadero propósito de la segunda célula de Sarajevo era borrar las huellas de la conspiración. En este sentido, Mehmedbašić fue una elección acertada porque era un asesino dispuesto, aunque incompetente, y por lo tanto un respaldo útil para la célula de Belgrado, pero no era serbio. Como miembros de la Mano Negra, podían confiar (en teoría) en que Ilić y Princip se quitarían la vida, o al menos guardarían silencio después del suceso. Los muchachos de Sarajevo no podrían testificar por la sencilla razón de que no sabían nada acerca de los antecedentes de la trama. De este modo se tendría la impresión de que se trataba de una empresa puramente local, sin vínculos con Belgrado.

NIKOLA PAŠIĆ REACCIONA

¿Cuánto sabía Nikola Pašić de la trama para matar a Francisco Fernando, y qué medidas tomó para impedirlo? Es casi seguro que Pašić fue informado del plan con cierto detalle. Existen varios indicios de ello, pero el testimonio más elocuente es el de Ljuba Jovanović, ministro de Educación del gobierno de Pašić. En un fragmento de sus memorias, publicadas en 1924 pero es-

critas probablemente mucho antes, Jovanović recordaba que «a finales de mayo o primeros de junio» Pašić había dicho a su gabinete que «había unas personas que se estaban preparando para ir a Sarajevo a matar a Francisco Fernando». El gobierno entero, incluido Pašić, acordó que el primer ministro debía dar instrucciones a las autoridades fronterizas a lo largo del Drina para impedir que lo cruzaran.[150] Otros documentos y fragmentos de testimonios, junto al propio comportamiento extraño y ofuscado de Pašić después de 1918, refuerzan aún más el convencimiento de que él conoció la trama con antelación.[151] Pero *¿cómo* lo supo? Probablemente su confidente no era otro que el empleado de los Ferrocarriles Serbios y agente de la Mano Negra Milan Ciganović –si bien esta suposición se basa en pruebas indirectas– que al parecer era un agente personal del propio primer ministro, encargado de vigilar las actividades de la sociedad secreta. Si este fue el caso, entonces Pašić tuvo conocimiento puntual y detallado no solo del complot, sino de las personas y la organización que tenía detrás.[152]

Los tres asesinos con destino a Sarajevo que entraron en Bosnia a finales de mayo apenas dejaron rastro en los registros oficiales serbios. De todos modos no eran los únicos que pasaban armas ilegalmente al otro lado de la frontera en el verano de 1914. Los informes de las autoridades fronterizas serbias durante la primera mitad de junio revelan una densa red de actividad encubierta a uno y otro lado de la frontera. El 4 de junio, el jefe del distrito de Podrinje en Sabac alertó al ministro del Interior, Protić, sobre un plan de funcionarios del control de fronteras «para trasladar una cierta cantidad de bombas y armas utilizando parte de nuestra gente en Bosnia». El jefe de distrito pensó en incautar las armas, pero como estaban en una maleta que ya se encontraba en el lado bosnio de la frontera, temió que cualquier intento de recuperarla pudiera incriminar a las fuerzas fronterizas o desvelar sus operaciones. Otras investigaciones re-

velaron que el agente que debía encargarse de las armas en el lado bosnio no era otro que Rade Malobabić.[153]

Un funcionario local se quejaba de que lo alarmante de estas operaciones no era simplemente que se llevaran a cabo sin el conocimiento de las autoridades civiles pertinentes, sino que se emprendieran «en público y a plena luz del día». Y puesto que los autores eran «funcionarios públicos», podría darse la impresión de que «aprobamos semejantes acciones». Pašić y el ministro del Interior Protić le encontraban sentido. Si es cierto que Pašić ya conocía en ese momento la existencia de la trama, habría sido de esperar que hubiera hecho todo lo posible para detener las actividades que pudieran incriminar al gobierno de Belgrado. El 10 de junio, en efecto, las autoridades civiles de los distritos fronterizos recibieron la orden de que «había que impedir todas esas actividades».[154]

Otra cuestión es que los mandos *civiles* de las zonas afectadas estuvieran en condiciones de prohibir las operaciones de los guardias de frontera. Cuando le llamaron para que justificara su conducta ante el jefe del distrito, Raiko Stepanović, un sargento de la Guardia de Fronteras que había pasado de contrabando una maleta llena de pistolas y bombas al otro lado de la frontera, se negó a comparecer.[155] Después de una reunión del gabinete a mediados de junio, se emitió una orden a las autoridades civiles exigiendo una investigación oficial sobre la entrada ilegal de armas y personas en Bosnia, y el 16 de junio se envió una nota escueta al capitán de la Guardia de Fronteras «recomendando» que «detuviera este tráfico de armas, municiones y otros explosivos desde Serbia a Bosnia». No hubo respuesta. Luego resultó que los mandos militares de la frontera tenían órdenes estrictas de reenviar este tipo de intervenciones civiles sin respuesta a sus superiores.[156]

Dicho de otro modo, la frontera serbia ya no estaba bajo control del gobierno de Belgrado. Cuando el ministro de la Guerra

Stepanović escribió al jefe del Estado Mayor pidiendo una declaración que aclarase la posición oficial de los militares sobre operaciones secretas en Bosnia, la consulta pasó primero al director del departamento de operaciones, quien afirmó que no sabía nada de esos asuntos, y posteriormente al jefe de la Inteligencia Militar, nada menos que el mismísimo Apis. En una respuesta larga, impertinente y absolutamente cínica al director del departamento de operaciones, Apis defendía el historial y la reputación del agente Malobabić e insistía en que todas las armas que pasaban por sus manos eran simplemente para la propia defensa de los agentes serbios que trabajaban en Bosnia. De las bombas dijo no saber nada en absoluto (tres años después afirmaría bajo juramento que él personalmente había confiado a Malobabić la provisión y coordinación del asesinato de Francisco Fernando).[157] Declaró que si se presentaba un riesgo para la seguridad en la frontera no se debía a las operaciones discretas y necesarias de los militares, sino a la insolencia de los agentes civiles que reclamaban el derecho a patrullar la frontera. En resumen, la culpa era de los civiles por tratar de obstaculizar operaciones militares delicadas que estaban fuera de su competencia y comprensión.[158] Esta respuesta fue reenviada a Putnik, jefe del Estado Mayor serbio, que la resumió y refrendó en una carta que envió al ministro de la Guerra el 23 de junio. La fisura entre las estructuras de la autoridad civil y un mando militar en el que la Mano Negra estaba muy infiltrada iba desde las orillas del Drina al barrio ministerial de Belgrado.

Desconcertado por el tono firme de la respuesta de Apis y del jefe del Estado Mayor, el 24 de junio Pašić tomó la decisión de ordenar una investigación completa sobre las actividades de los guardias fronterizos. En una carta confidencial al ministro de la Guerra escribió que se había enterado por «muchas fuentes» de que «los oficiales» realizaban un trabajo que no solo era peli-

groso, sino desleal, «ya que su objetivo es la creación de un conflicto entre Serbia y Austria-Hungría».

> Si nuestros aliados y amigos de Serbia supieran lo que hacen nuestros oficiales y sargentos, no solo nos abandonarían; se pondrían del lado de Austria-Hungría y dejarían que castigara a su inquieto y desleal vecino que prepara revueltas y asesinatos en su territorio. Los usufructos vitalicios de Serbia le imponen la obligación de estar atento a todo lo que pudiera provocar un conflicto armado con Austria-Hungría en un momento en que la paz nos es necesaria para recuperarnos y prepararnos para los futuros acontecimientos que tenemos por delante.[159]

La carta terminaba diciendo que se daría la orden de llevar a cabo una «investigación rigurosa» para establecer exactamente cuántos oficiales eran culpables de dicha actividad «inquieta y gratuita» con vistas a la «extirpación y supresión» de los grupos ilícitos.

En cierto sentido, desde luego, se trataba de cerrar la puerta del establo después de que el caballo se hubiera escapado, ya que los muchachos habían cruzado la frontera a finales de mayo. Para cuando Pašić decidió cerrar las fronteras habían transcurrido más de dos semanas,y casi cuatro cuando estuvo listo para poner en marcha una investigación sobre los responsables de la trama. Es difícil determinar por qué el primer ministro tardó tanto en actuar ante las noticias de la conspiración. Tuvo que saber que las instrucciones dadas a los guardias fronterizos eran inútiles, ya que muchos de ellos estaban afiliados a Ujedinjenje ili smrt! Tal vez temía las consecuencias de contrariar a su poderoso enemigo Apis. Llama la atención que, a pesar de las exigencias de una «investigación rigurosa», Apis permaneciera en su puesto de jefe de la Inteligencia Militar serbia durante toda la crisis; no fue despedido, ni siquiera suspendido de sus funciones, a la espera del resultado de la investigación. Debemos recordar a este respecto la crisis política extrema que había paralizado Serbia durante el mes de mayo de 1914. Pašić se impuso en esta lucha, pero solo por un estrecho margen y solo con la ayuda de los embajadores de las dos grandes potencias más influ-

yentes en asuntos serbios. Por eso existe una cierta duda sobre si poseía los medios para poner fin a las actividades de Apis, aunque estuviera dispuesto a hacerlo. Tal vez incluso Pašić temía que una confrontación abierta pudiera provocar su propio asesinato a manos de los agentes de la Mano Negra, si bien no parece probable dado que ya había salido indemne de la crisis de mayo. Por otro lado, vale la pena recordar que, a pesar de todo, el primer ministro serbio seguía siendo el hombre más poderoso del país, un estadista de destreza sin par a la cabeza de un partido de masas cuyos delegados seguían dominando la asamblea legislativa nacional. Es más probable que durante esas semanas Pašić volviera a los hábitos adquiridos durante muchos años en la cima turbulenta de la vida política serbia: agachar la cabeza, no crear problemas, dejar que los conflictos se resuelvan solos, esperar a que pase la tormenta.

No obstante, Pašić tenía todavía una carta importante en su mano: podía haber desbaratado la conspiración con poco riesgo para él avisando confidencialmente a Viena del complot para matar al archiduque. Una acalorada polémica rodeó la cuestión de si se dio tal aviso. La situación probatoria es especialmente difícil en este asunto, porque a posteriori nadie tenía interés en reconocer que se había emitido o recibido un aviso oficial. En una entrevista concedida al periódico húngaro *Az Est* el 7 de julio de 1914, el propio Pašić negó expresamente que hubiera tratado de advertir a Viena.[160] Apenas pudo hacer otra cosa, ya que confesar un conocimiento previo les habría expuesto a él y a sus compañeros a una acusación de complicidad en la conspiración. Los defensores de Serbia en los años de posguerra estaban obligados a seguir la misma línea, porque su argumento a favor de la inocencia de Belgrado en el estallido de la guerra se basaba en la tesis de que el gobierno serbio desconocía por completo cualquier complot. Es también poco probable que las autoridades austriacas reconocieran una advertencia, porque plantearía

la cuestión de por qué no se habían tomado mejores medidas para proteger la vida del heredero; el 2 de julio, el periódico semioficial vienés *Fremdenblatt* publicó una declaración en la que se negaba que hubiera algo de verdad en el rumor de que el Ministerio de Asuntos Exteriores austriaco había recibido una notificación previa de la inminente atrocidad.[161]

Sin embargo, existen pruebas contundentes de que se hizo una especie de advertencia. La fuente más intachable es el subsecretario francés de Asuntos Exteriores, Abel Ferry, que el 1 de julio hizo constar en su diario de oficina que acababa de recibir la visita de su viejo amigo el representante serbio en París, Milenko Vesnić. Durante la conversación que mantuvieron, Vesnić dijo entre otras cosas que el gobierno serbio había «advertido al gobierno austriaco que la trama había llegado a sus oídos».[162] Entre quienes lo confirman está el agregado militar serbio en Viena, que en 1915 contó al historiador italiano Magrini que Pašić envió un telegrama a la legación serbia en Viena diciendo que «debido a una filtración informativa, el gobierno serbio tenía fundadas sospechas de que se estaba maquinando un complot contra la vida del archiduque con ocasión de su viaje a Bosnia» y que el gobierno austrohúngaro haría bien en posponer la visita.[163]

A partir de recuerdos y testimonios de terceras personas es posible reconstruir lo que Jovan Jovanović, representante serbio en Viena, hizo después. El 21 de junio a mediodía se reunió con Leon Biliński, ministro austrohúngaro de Finanzas, para advertir al gobierno austriaco contra las posibles consecuencias si el archiduque visitaba Bosnia. Pero la advertencia se formuló en términos de lo más indirectos. Jovanović insinuó que una visita del heredero en el aniversario de la derrota de Kosovo seguramente se consideraría una provocación. Entre los jóvenes serbios que prestaban servicio en el ejército austrohúngaro «puede que hubiera uno que pusiera un cartucho con bala en su fusil o

revólver en vez de un cartucho de fogueo…» Biliński, que no se dejó impresionar por esos augurios, «no dio muestras de conceder importancia al aviso» y simplemente respondió: «esperemos que no ocurra nada».[164] Durante los años siguientes, Biliński se negó a hablar de este episodio con periodistas e historiadores, afirmando que debería de echarse un velo de olvido sobre esos momentos sombríos de la historia reciente. Está claro que en aquel instante no se sentía proclive a tomar la advertencia en serio –estaba formulada en términos tan generales que incluso podría interpretarse como un gesto de mera intimidación, un intento injustificado del ministro serbio de intervenir en los asuntos internos de la monarquía insinuando vagas amenazas contra sus más altos dignatarios. De modo que Biliński no vio motivo alguno para transmitir el mensaje al ministro de Asuntos Exteriores austriaco, el conde Berchtold.

En síntesis: se envió una especie de advertencia, pero no la adecuada a la situación. A posteriori, parece una maniobra de encubrimiento. Jovanović pudo haber enviado una advertencia más específica y directa suministrando a los austriacos la mejor información disponible en Belgrado. También Pašić pudo haber informado del peligro directamente a los austriacos, más que a través de Jovanović. Podría haber emprendido una verdadera investigación de la conspiración y arriesgar su cargo en vez de la paz y la seguridad de su nación. Pero hubo, como siempre, restricciones y complicaciones. En primer lugar, Jovanović no solo era miembro del servicio diplomático serbio, sino también un activista panserbio de alto nivel con el clásico perfil profesional del ultranacionalista. Era un antiguo *comitatji* que fomentó los disturbios en Bosnia tras la anexión de 1908 e incluso se rumoreó que había estado al mando de grupos guerrilleros. Además, en el verano de 1914 fue candidato de la Mano Negra a ministro de Asuntos Exteriores en caso de que el gobierno de Pašić fuera expulsado del poder.[165] Las opiniones panserbias del

enviado serbio eran tan notorias que Viena hizo saber a Belgrado que recibirían con agrado su sustitución por una figura menos hostil. Esta es una de las razones por las que Jovanović optó por dirigirse a Biliński antes que al conde Berchtold, al que tenía en muy baja estima.[166]

También la actuación de Pašić obedecía a motivaciones complejas. Por un lado estaba su preocupación –ampliamente compartida dentro de la dirección radical– por cómo responderían las redes afiliadas a Ujedinjenje ili smrt! ante lo que con toda seguridad percibirían como una gran traición.[167] Puede que tuviera la esperanza de que el atentado fracasara. Sin duda, lo más importante de todo era su conciencia de que las estructuras del estado y la propia lógica de su existencia histórica estaban muy vinculadas a las redes irredentistas. Puede que Pašić lamentara sus excesos, pero no podía repudiarlos abiertamente. En efecto, era peligroso incluso reconocer públicamente estar enterado de sus actividades. No se trataba solo de la consolidación nacional serbia, la cual siempre había dependido de la colaboración de los organismos estatales con redes de voluntarios capaces de infiltrarse en los estados vecinos. También afectaba al futuro. Serbia había necesitado a las redes nacionalistas en el pasado y de nuevo dependería de ellas cuando llegara el momento, como Pašić sabía que ocurriría, de rescatar Bosnia y Herzegovina para los serbios.

Todo lo que sabemos acerca de este hombre perspicaz e interesante indica que era consciente de que, para poder recuperar su fuerza tras el derramamiento de sangre de las Guerras de los Balcanes, lo que Serbia necesitaba más que nada era la paz. La integración de las zonas recién anexionadas –un proceso violento y traumático en sí mismo– acababa de empezar. Forzosamente se avecinaban elecciones.[168] Pero los políticos más habilidosos se caracterizan por ser capaces de razonar simultáneamente en diversas situaciones. Pašić quería la paz, pero también

creía –nunca lo ocultó– que lo más probable era que la última fase histórica de la expansión serbia no se alcanzaría sin una guerra. Solo un gran conflicto europeo en el que participaran las grandes potencias eliminaría los tremendos obstáculos que se interponían en la senda de la «reunificación» serbia.

Tal vez Pašić recordó la advertencia que Charles Hardinge, subsecretario permanente del Foreign Office, le hizo a Grujic, representante serbio en Londres, durante la crisis de la anexión de 1908-1909. En enero de 1909, Hardinge advirtió al representante de que únicamente si Serbia se viera atacada por Austria-Hungría obtendría ayuda de Rusia y las potencias de la Entente: si Serbia tomaba la iniciativa, la ayuda era impensable.[169] Que Pašić pudo haber pensado algo parecido lo sugiere un intercambio epistolar entre el primer ministro serbio y el zar ruso a principios de la primavera de 1914, en el que Pašić insistió al zar en la necesidad de recibir ayuda rusa en caso de sufrir un ataque austrohúngaro.[170] Naturalmente, semejante escenario fracasaría si el mundo interpretaba la trama del asesinato como un acto de agresión serbio; pero Pašić estaba seguro de que los austriacos no podrían establecer ninguna relación entre el asesinato (si salía bien) y el gobierno de Serbia porque en su propia mente no existía semejante vinculación.[171] Por lo tanto, un ataque de Austria-Hungría debía suscitar sin duda la ayuda de Rusia y sus aliados; Serbia no estaría sola.[172] En opinión de Pašić, no se trataba ante todo de una cuestión de simpatía de Rusia por Serbia, sino que más bien era la consecuencia lógica de los imperativos que regían la política rusa en los Balcanes.[173] Tan fuerte era la confianza de Pašić en este mecanismo redentor que incluso *Pijemont* a veces se burlaba de él por su «gran confianza en Rusia».[174] Los informes que recibió Pašić a mediados de junio del representante serbio en San Petersburgo en el sentido de que Rusia había reestructurado su frontera oriental a fin de desplegar un ejército mucho mayor para llevar a cabo una «ofensiva

contra Occidente», bien pueden haber reforzado la verosimilitud de esta línea de razonamiento.[175]

Esto no quiere decir que Pašić buscara conscientemente un conflicto mayor, o que la idea de provocar un ataque austriaco motivara su conducta en uno u otro sentido. Pero quizás el presentimiento de que una guerra era el crisol históricamente necesario de la condición nacional serbia disminuyó su sentido de urgencia cuando surgió la oportunidad de detener a los asesinos antes de que fuera demasiado tarde. Estas ideas y escenarios debieron dar vueltas en su cabeza mientras reflexionaba –con pesada lentitud– acerca de cómo manejar la situación creada por las noticias de la trama de Sarajevo.

El legado de la historia serbia y en especial la trayectoria del reino desde 1903 pesaban mucho sobre Belgrado en el verano de 1914. Todavía se trataba de una democracia frágil e inexperta en la que los civiles que tomaban las decisiones estaban a la defensiva –la lucha por el poder entre las redes pretorianas y conspiratorias nacidas con el regicidio de 1903 y los dirigentes radicales que controlaban el parlamento seguía sin resolverse–. El medio irredentista había salido victorioso de las dos Guerras de los Balcanes y más decidido que nunca a seguir adelante. La profunda interpenetración de los organismos estatales e irredentistas no oficiales en el interior del país y más allá de las fronteras nacionales hacía que fuera absurdo esforzarse en vigilar sus actividades. Estas características de la cultura política pesaban mucho sobre los hombres que gobernaban el país, pero también suponían una carga descomunal sobre sus relaciones con el Imperio Austrohúngaro. «Para alguien que no sea serbio,» comentó posteriormente Miloš Bogičević, en su día representante serbio en Berlín, «es difícil ubicarse entre las distintas organizaciones nacionales cuyo objetivo es alcanzar el ideal de una Gran Serbia.»[176] El hermetismo de la estructura de los movimientos y de su relación con organismos estatales hizo casi imposible la

tarea de desentrañar las formas oficiales y no oficiales de irredentismo, incluso para un avezado observador extranjero de la escena de Belgrado. Esto también supondría una carga peligrosa en julio de 1914.

Desde la perspectiva de Nikola Pašić, las crecientes presiones del verano de ese año –el agotamiento financiero y militar después de dos años de guerras encarnizadas, la amenaza de un golpe militar en los territorios recién anexionados, el no lograr frustrar un complot de asesinato contra un vecino poderoso e implacable– debieron parecer intolerables. Pero el hombre que debería dirigir ese sistema político complejo e inestable durante la crisis que desataron los acontecimientos del 28 de junio de 1914 era él mismo un producto de su cultura política: reservado, incluso sigiloso, precavido hasta el cansancio. Estas eran las cualidades que adquirió Pašić durante más de tres décadas en la vida pública serbia. Le ayudaron a sobrevivir en el mundo pequeño y turbulento de la política de Belgrado. Pero se adaptaban mal a la crisis en la que se sumergiría Serbia después de que los terroristas hubieran consumado su misión en Sarajevo.

NT1 En la actualidad, el antiguo palacio aloja la Asamblea Municipal de Belgrado en Dragoslava Jovanovića.

NT2 El autor del texto en el que se basaba *Načertanije* era el checo František Zach, cuyo modelo preveía una organización federal de los pueblos eslavos del sur. Pero donde Zach escribía «eslavo del sur», Garašanin lo sustituía por «serbio». Este y otros cambios transformaron la visión cosmopolita de Zach en un manifiesto centrado más concretamente en el nacionalismo serbio.

2

El Imperio sin cualidades

CONFLICTO Y EQUILIBRIO

Dos desastres militares definieron la trayectoria del Imperio de los Habsburgo en el último medio siglo de su existencia. En Solferino, en 1859, las fuerzas francesas y piamontesas se impusieron a un ejército de 100.000 soldados austriacos, abriendo el camino hacia la creación de una nueva nación-estado italiana. En Königgrätz, en 1866, los prusianos aplastaron a un ejército austriaco de 240.000, echando al imperio de la emergente nación-estado alemana. El impacto acumulado de estas convulsiones transformó la vida interna de los territorios austriacos.

Sacudido por la derrota militar, el Imperio Austriaco neoabsolutista se metamorfoseó en el Imperio Austrohúngaro. Según el Compromiso que negociaron en 1867, el poder lo compartían las dos nacionalidades dominantes, los alemanes en el oeste y los húngaros en el este. Lo que surgió fue un sistema de gobierno único, como un huevo con dos yemas, en el que el reino de Hungría y una región en territorio austriaco, a menudo llamada Cisleitania (que significa «las tierras a este lado del río Leita»), habitaban uno al lado de la otra dentro de la envoltura traslúcida de una monarquía dual austrohúngara. Cada una de las dos entidades tenía su propio parlamento, pero no tenían en común un primer ministro ni un gobierno. Solo los asuntos exteriores, la defensa y los aspectos de las finanzas relacionados con la defensa eran manejados por «ministros conjuntos» que

rendían cuentas directamente al emperador. Los asuntos de interés para el imperio en su conjunto no podían discutirse en una sesión parlamentaria común, porque hacerlo hubiera supuesto que el reino de Hungría no era más que la parte subordinada de una entidad imperial mayor. En cambio, debía tener lugar un intercambio de opiniones entre las «delegaciones», grupos de treinta diputados de cada parlamento, que se reunían alternativamente en Viena y Budapest.

El compromiso dualista tuvo muchos enemigos en aquella época y más tarde muchos detractores. A ojos de los nacionalistas magiares era una claudicación que negaba a los húngaros la total independencia nacional que merecían. Algunos afirmaban que Austria seguía explotando al reino de Hungría como una colonia agrícola. La negativa de Viena a ceder el control de las fuerzas armadas y a la creación de un ejército húngaro fue especialmente polémica; una crisis constitucional sobre esta cuestión paralizó la vida política del imperio en 1905.[1] Por otra parte, los alemanes austriacos sostenían que los húngaros se estaban aprovechando de la economía más adelantada de los territorios austriacos, y debían pagar una mayor porción de los gastos corrientes del imperio. El conflicto venía programado en el sistema, porque el Compromiso exigía que las dos «mitades» del imperio renegociaran cada diez años la unión aduanera mediante la cual se repartían entre ellas los ingresos y los impuestos. Las demandas de los húngaros se volvían más atrevidas con cada revisión de la unión.[2] Y apenas había algo en el Compromiso que lo aconsejara a las élites políticas de las otras minorías nacionales, que de hecho habían sido puestas bajo la tutela de las dos «razas principales». El primer ministro húngaro posterior al Compromiso, Gyula Andrássy, captó este aspecto del acuerdo cuando comentó a su homólogo austriaco: «Usted cuida de sus eslavos y nosotros cuidamos de los nuestros».[3] La lucha por los derechos nacionales entre las once nacionalidades

oficiales del imperio: alemanes, húngaros, checos, eslovacos, eslovenos, croatas, serbios, rumanos, rutenos, polacos e italianos, dominaron cada vez más las últimas décadas anteriores al estallido de la guerra.

Las dos mitades imperiales respondieron a estos retos de manera diferente. Los húngaros abordaron el problema de las nacionalidades comportándose como si no existiera. El sufragio electoral en el reino se extendía solo al 6% de la población porque estaba vinculado a un requisito de propiedad que favorecía a los magiares, los cuales componían el grueso de los niveles pudientes de la población. El resultado fue que si bien los diputados magiares representaban solo el 48,1% de la ciudadanía, controlaban más del 90% de los escaños parlamentarios. Los 3 millones de rumanos de Transilvania, la mayor de las minorías nacionales del reino, componían el 15,4% de la población, pero solo ocupaban cinco de los más de cuatrocientos escaños del parlamento húngaro.[4] Además, desde finales de la década de 1870, el gobierno húngaro llevó a cabo una campaña de «magiarización» agresiva. Las leyes educativas impusieron el uso de la lengua magiar en todas las escuelas públicas y religiosas, hasta en las de preescolar. A los maestros les exigían que hablaran magiar con fluidez y podían despedirlos si se descubría que eran «hostiles al estado [húngaro]». Esta degradación de los derechos lingüísticos venía respaldada por duras medidas contra activistas de las minorías étnicas.[5] Los serbios de la Voivodina del sur del Reino, los eslovacos de los países del norte y los rumanos del Gran Ducado de Transilvania colaboraron en ocasiones para lograr los objetivos de las minorías, pero con escaso resultado, ya que solo pudieron obtener unos pocos mandatos.

En Cisleitania, por el contrario, los sucesivos gobiernos alteraban el sistema sin cesar para adaptarlo a las exigencias de las minorías. Las reformas del derecho al voto en 1882 y 1907 (cuando prácticamente se introdujo el sufragio universal mascu-

lino) estaban dirigidas a nivelar el campo de juego político. Pero estas medidas democratizadoras solo aumentaban la posibilidad de un conflicto nacional, sobre todo por la delicada cuestión del uso de la lengua en instituciones públicas como escuelas, juzgados y órganos administrativos.

En ninguna parte las fricciones originadas por los políticos nacionalistas se pusieron más en evidencia que en el parlamento de Cisleitania, que desde 1881 se reunía en un espléndido edificio neoclásico de la Ringstrasse en Viena. En esa cámara de 516 escaños, la mayor de Europa, el conocido espectro de la diversidad ideológica de los partidos políticos estaba entretejido por filiaciones nacionales que producían un abanico de grupos escindidos y grupúsculos. Por ejemplo, entre los treinta y tantos partidos que obtuvieron escaños tras las elecciones de 1907 había 28 Agricultores Checos, 18 Jóvenes Checos (nacionalistas radicales), 17 Conservadores Checos, 7 Viejos Checos (nacionalistas moderados), 2 Progresistas Checos (tendencia realista), 1 checo «loco» (independiente) y 9 Socialistas Nacionales Checos. Los polacos, los alemanes, los italianos e incluso los eslovenos y los rutenos estaban asimismo divididos según su línea ideológica.

Puesto que en Cisleitania no existía una lengua oficial (al contrario que en el Reino de Hungría), no había una única lengua oficial en los procedimientos parlamentarios. Alemán, checo, polaco, rutenio, croata, serbio, esloveno, italiano, rumano y ruso, todos estaban permitidos. Pero no se proporcionaban intérpretes, y no había instalaciones para grabar o controlar el contenido de los discursos que no estuvieran en alemán, a menos que el diputado en cuestión optara por suministrar a la cámara una traducción de su discurso. De este modo, incluso los diputados de las facciones más insignificantes podían bloquear iniciativas inoportunas pronunciando discursos en un idioma que solo comprendía un puñado de colegas. Era difícil determi-

nar si realmente abordaban los asuntos planteados por la moción que se estaba discutiendo en ese momento, o simplemente recitaban largos poemas en su propio idioma nacional. Los checos en particular eran famosos por practicar el obstruccionismo en exceso.[6] El parlamento de Cisleitania se convirtió en una célebre atracción turística, sobre todo en invierno, cuando los hedonistas se apiñaban en las galerías de visitantes climatizadas. Un periodista de Berlín comentó con ironía que al contrario que los teatros y óperas de la ciudad, la entrada a las sesiones parlamentarias era gratis.[NT1]

El conflicto nacionalista se volvió tan intenso que en 1912-1914 varias crisis parlamentarias paralizaron la vida legislativa de la monarquía: en 1913, la Dieta de Bohemia llegó a ser tan escandalosa que el primer ministro austriaco, el conde Karl Stürgkh, la disolvió e instaló en su lugar una comisión imperial con la tarea de gobernar la provincia. Las protestas checas contra esta medida pusieron al parlamento de Cisleitania contra las cuerdas en marzo de 1914. El 16 de marzo, Stürgkh disolvió también esta asamblea –seguía suspendida cuando Austria-Hungría declaró la guerra a Serbia en julio, así que cuando estalló la guerra Cisleitania estaba de hecho gobernada por una especie de absolutismo administrativo–. Las cosas no estaban mucho mejor en Hungría: en 1912, tras las protestas de Zagreb y otras ciudades eslavas del sur contra un gobernador poco popular, la Dieta y la constitución de Croacia fueron suspendidas; en Budapest, los últimos años de preguerra fueron testigos de la llegada de un absolutismo parlamentario centrado en proteger la hegemonía magiar contra el problema planteado por la oposición de las minorías nacionales y la exigencia de una reforma del sufragio.[7]

Podría parecer que estos llamativos síntomas de disfuncionalidad apoyan la idea de que el Imperio Austrohúngaro era un sistema político moribundo, cuya desaparición del mapa políti-

co solo era cuestión de tiempo: un argumento utilizado por contemporáneos hostiles para indicar que los esfuerzos del imperio para defender su integridad durante los últimos años previos al estallido de la guerra eran en cierto sentido ilegítimos.[8] En realidad, las raíces de la turbulencia política en Austria-Hungría no eran tan profundas como aparentaban. Sin lugar a dudas, existía un conflicto étnico intermitente –por ejemplo, disturbios en Liubliana en 1908 o trifulcas periódicas checo-alemanas en Praga– pero nunca se acercó a los niveles de violencia padecidos en el Imperio Ruso en esos mismos años, o en el Belfast del siglo XX. En cuanto a la turbulencia del parlamento de Cisleitania, se trataba de un mal crónico más que de una enfermedad terminal. La actividad de gobierno podía siempre mantenerse con carácter temporal en virtud de los poderes excepcionales estipulados en la Cláusula 14 de la Constitución de 1867. Además, en cierta medida, los diferentes tipos de conflicto político se anulaban mutuamente. El conflicto entre socialistas, liberales, conservadores religiosos y otros grupúsculos políticos después de 1907 fue una bendición para la parte austriaca de la monarquía porque trascendía los bandos nacionales y de ese modo debilitaba poco a poco la virulencia del nacionalismo como principio político. Equilibrar la consiguiente serie de fuerzas para sustentar una mayoría suficiente resultó una tarea difícil que exigió tacto, flexibilidad e imaginación estratégica, pero las trayectorias de los tres últimos primeros ministros austriacos antes de 1914, Beck, Bienerth y Stürgkh, demostraron que –a pesar de las crisis intermitentes del sistema– podía hacerse.[9]

Durante la última década antes de la guerra, los territorios de los Habsburgo atravesaron una fase de elevado crecimiento económico con el correspondiente aumento de la prosperidad general, en claro contraste con el Imperio Otomano coetáneo, pero también con otro sistema clásico de gobierno extinguido, la Unión Soviética de la década de 1980. El libre mercado y la com-

petencia a través de la extensa unión aduanera del imperio estimularon el progreso tecnológico y la introducción de nuevos productos. La magnitud y diversidad de la doble monarquía supusieron que las nuevas plantas industriales se beneficiaran de unas redes complejas de industrias colaboradoras sustentadas por una infraestructura de transporte eficaz y un sector de servicios y de apoyo de alta calidad. Los efectos económicos beneficiosos se hicieron evidentes sobre todo en el Reino de Hungría. En la década de 1840, Hungría había sido la despensa del Imperio Austriaco –el 90% de sus exportaciones a Austria consistían en productos agrícolas–. Pero en los años 1909-1913, las exportaciones industriales húngaras habían aumentado al 44%, si bien la creciente demanda de productos alimenticios baratos de la región industrial austro-bohemia garantizaba que el sector agrícola húngaro sobreviviera en buenas condiciones, protegido de la competencia rumana, rusa y americana por el mercado común de los Habsburgo.[10] Respecto a la monarquía en su conjunto, muchos historiadores económicos están de acuerdo en que el periodo 1887-1913 contempló una «revolución industrial», o el despegue hacia un crecimiento sostenido, con los índices de expansión habituales: el consumo de hierro en bruto se cuadruplicó entre 1881 y 1911, lo mismo que la cobertura ferroviaria entre 1870 y 1900, y la mortalidad infantil disminuyó, si bien las cifras entre los escolares de primaria superaban las de Alemania, Francia, Italia y Rusia.[11] En los últimos años antes de la guerra, Austria-Hungría, y sobre todo Hungría (con un crecimiento anual promedio del 4,8%), era una de las economías europeas que crecía más deprisa.[12]

Incluso un observador crítico como el corresponsal del *Times* Henry Wickham Steed, residente en Viena durante mucho tiempo, reconoció en 1913 que «la "lucha de razas" en Austria» fue básicamente un conflicto por las cuotas de influencia dentro del sistema existente:

> La lucha lingüística es en esencia una lucha por la influencia burocrática. De manera similar, las demandas de más universidades e institutos de enseñanza secundaria expuestas por checos, rutenos, eslovenos e italianos pero a las que se oponen alemanes, polacos u otras razas, según los casos, son demandas a favor de la creación de nuevos mecanismos para formar posibles funcionarios en quienes los partidos parlamentarios con influencia política puedan luego confiar para auparlos a cargos burocráticos.[13]

Además, se avanzó lenta pero inequívocamente hacia una política más complaciente con los derechos nacionales (al menos en Cisleitania). La igualdad de todas las nacionalidades y lenguas de Cisleitania se reconoció oficialmente en la Ley Básica de 1867, y se acumuló jurisprudencia para ofrecer soluciones a los problemas que los redactores del Compromiso no habían previsto, como disposiciones en materia lingüística para las minorías checas en las zonas de habla alemana de Bohemia. A lo largo de los últimos años de paz del imperio, las autoridades de Cisleitania siguieron adaptando el sistema en respuesta a las demandas de las minorías nacionales. Por ejemplo, el Compromiso de Galitzia acordado en su Dieta de Lemberg (hoy Leópolis) el 28 de febrero de 1914 garantizaba una proporción fija de los mandatos a los rutenos (ucranianos) poco representados en una asamblea legislativa regional ampliada y prometía la creación inminente de una universidad ucraniana.[14] Incluso la administración húngara mostraba indicios de un cambio de actitud a comienzos de 1914, mientras la situación internacional empeoraba. A los eslavos del sur de Croacia-Eslavonia les prometieron la abolición de poderes extraordinarios y una garantía de libertad de prensa, al tiempo que en Transilvania recibían el mensaje de que el gobierno de Budapest tenía la intención de satisfacer muchas de las demandas de la mayoría rumana de esa región. Al ministro de Asuntos Exteriores ruso, Sergei Sazonov, le impresionó tanto la idea de que estas medidas pudieran estabilizar el dominio de los Habsburgo en las zonas rumanas, que en ene-

ro de 1914 propuso al zar Nicolás II que otorgara privilegios similares a los millones de polacos en Rusia occidental.[15]

Estos ajustes a las demandas específicas de cada caso sugerían que el sistema podría producir con el tiempo una red completa de garantías a favor de los derechos de las nacionalidades dentro de un marco acordado.[16] Y había señales de que la administración estaba mejorando a la hora de responder a las demandas materiales de las regiones.[17] Naturalmente, era el estado el que desempeñaba este papel, no los sufridos parlamentos de los territorios de los Habsburgo. La proliferación de consejos escolares, ayuntamientos, diputaciones provinciales, elecciones a alcalde y demás, aseguraba la incidencia del estado en la vida de la ciudadanía de una manera más estrecha y consistente que los partidos políticos o las asambleas legislativas.[18] No fue (o no principalmente) un aparato represivo, sino un organismo dinámico que se ganó un gran cariño, un intermediario entre multitud de intereses sociales, económicos y culturales.[19] La burocracia de los Habsburgo era muy cara de mantener: el coste de la administración interna aumentó un 366% en los años 1890-1911.[20] Pero gran parte de los habitantes del imperio asociaba el estado de los Habsburgo con los beneficios de un gobierno metódico: educación pública, bienestar, saneamiento, ley y el mantenimiento de una complicada infraestructura.[21] Estas características de la organización política de los Habsburgo cobraron mucha importancia en la memoria después de la desaparición de la monarquía. A finales de la década de 1920, cuando el escritor (e ingeniero superior) Robert Musil repasaba el último año de paz del Imperio Austrohúngaro, la imagen que visualizaba en su mente era la de unas «calles blancas, amplias y prósperas [...] que se extendían como ríos de orden, como cintas de sarga militar brillante, que abarcaban las tierras con el brazo blanco de la administración».[22]

Por último, la mayoría de los activistas a favor de las minorías reconocían el valor de la mancomunidad de los Habsburgo como un sistema de seguridad colectiva. El encono de los conflictos *entre* nacionalidades minoritarias –croatas y serbios en Croacia-Eslavonia, por ejemplo, o polacos y rutenos en Galitzia– y las muchas zonas de asentamientos de diversidad étnica sugería que la creación de nuevas entidades nacionales distintas podría causar más problemas de los que resolvía.[23] Y en todo caso, ¿cómo les iría a estas naciones-estado en ciernes sin el caparazón protector del imperio? En 1848 el historiador nacionalista checo František Palacky advirtió que la disolución del Imperio de los Habsburgo, lejos de liberar a los checos, sentaría las bases de una «monarquía universal rusa». «Me veo impulsado por causas naturales además de históricas a buscar [en Viena] el centro llamado a garantizar la paz, la libertad y la justicia para mi pueblo.»[24] En 1891, el príncipe Carlos Schwarzenberg expuso el mismo argumento cuando preguntó al nacionalista de Jóvenes Checos Edward Grégr: «Si tú y los tuyos odiáis este estado… ¿qué haréis con vuestro país, que es demasiado pequeño para quedarse solo? Se lo entregaréis a Alemania, o a Rusia, porque no tenéis otra opción si abandonáis la unión austriaca.»[25] Antes de 1914, los nacionalistas radicales que buscaban la separación total del imperio seguían siendo una pequeña minoría. En muchas zonas, las redes de asociaciones –clubs de veteranos, grupos religiosos y de beneficiencia, asociaciones de *bersaglieri* (tiradores expertos)– servían de contrapeso a los grupos políticos nacionalistas que alimentaban diversas formas de patriotismo.[26]

La honorabilidad y la continuidad de la monarquía estaban personificadas en la figura imperturbable, de grandes patillas y bigote, del emperador Francisco José. La suya fue una vida plagada de tragedias privadas. Su hijo Rodolfo se suicidó junto con su amante en el pabellón de caza de su familia, un anarquista

italiano mató a su esposa Isabel (Sissi) de una puñalada a orillas del lago de Ginebra, su hermano Maximiliano fue ejecutado por insurgentes mexicanos en Querétaro, y su sobrina predilecta murió abrasada cuando un cigarrillo prendió fuego a su vestido. El emperador soportó esos golpes con un estoicismo glacial. En la vida pública proyectaba una imagen «demoníaca», como dijo el escritor satírico Karl Kraus, en su «despersonalidad». Su comentario amable sobre casi toda ceremonia oficial –«fue agradable, nos complació mucho»– era una frase muy conocida por todos los territorios de la monarquía.[27] El emperador demostró una gran habilidad para manejar la compleja maquinaria de su estado, contrarrestar las fuerzas opositoras a fin de mantenerlas dentro de un equilibrio de descontento moderado e involucrarse muy de cerca en todas las fases de reforma constitucional.[28] Sin embargo, para 1914 se había vuelto apático. En los dos últimos años antes de la guerra respaldó al autocrático primer ministro magiar István Tisza contra las demandas de la minoría a favor de la reforma del derecho húngaro al voto. Siempre que el Reino de Hungría siguiera entregando los fondos y los votos que Viena necesitaba, Francisco José estaba dispuesto a aceptar la hegemonía de la élite magiar, a pesar de su indiferencia por los intereses de las minorías nacionales de los territorios del reino.[29] Había indicios de que iba perdiendo el contacto con la vida de la época: «La vida moderna, que brota con pujanza», escribió el político austro-alemán Joseph María Baernreither en 1913, cuando Francisco José tenía 83 años, «apenas llega al oído de nuestro emperador como un murmullo lejano. Se le niega toda verdadera participación en esta vida. Ya no comprende los tiempos, y los tiempos pasan a pesar de todo».[30]

No obstante, el emperador seguía siendo el foco de poderosas adhesiones políticas y emocionales. Todos reconocían que su popularidad estaba afianzada fuera de su papel constitucional en emociones populares ampliamente compartidas.[31] Para 1914

ya llevaba en el trono más de lo que habían vivido la mayoría de sus súbditos. Según escribió Joseph Roth en su obra maestra *La marcha Radetzky*, «parecía estar encajonado en una ancianidad gélida e imperecedera, como una coraza hecha de un cristal sobrecogedor».[32] Aparecía con regularidad en los sueños de sus súbditos. Sus ojos azul cielo seguían mirando desde los retratos en decenas de miles de tabernas, aulas, oficinas y salas de espera de estaciones de tren, mientras la prensa diaria se maravillaba ante el paso ágil y flexible con el que el anciano saltaba de su carruaje en ocasiones oficiales. El imperio, próspero y relativamente bien administrado exhibía, al igual que su viejo soberano, una curiosa estabilidad en medio de la turbulencia. Las crisis iban y venían sin que al parecer amenazaran la existencia del sistema como tal. El periodista vienés Karl Kraus bromeaba diciendo que la situación era siempre «desesperada pero no grave».

Un caso especial y anómalo fue Bosnia-Herzegovina, que estando bajo soberanía otomana «ocuparon» los austriacos en 1878 con la autorización del Tratado de Berlín y que treinta años después se anexionaron oficialmente. A finales del siglo XIX Bosnia era una tierra muy boscosa y montañosa limitada al sur por picos de más de 2.000 metros y al norte por el valle del río Sava. Herzegovina consistía principalmente en una meseta agreste y kárstica atravesada por rápidas corrientes de agua, y rodeada de cadenas montañosas –una región de terreno duro e infraestructura casi inexistente–. Las condiciones de esas dos provincias balcánicas bajo el dominio de los Habsburgo han sido durante mucho tiempo objeto de polémica. Los jóvenes terroristas serbobosnios que viajaron a Sarajevo en el verano de 1914 para matar al heredero del trono austriaco defendían sus acciones remitiéndose a la opresión de sus hermanos de Bosnia y Herzegovina, y algunas veces los historiadores han insinuado que los propios austriacos fueron responsables de arrojar a los

serbobosnios a los brazos de Belgrado mediante una combinación de opresión y desgobierno.

¿Fue realmente así? Hubo protestas generalizadas durante los primeros años de la ocupación, sobre todo contra el servicio militar obligatorio. Pero esto no era nada nuevo, las provincias habían sufrido alborotos crónicos bajo dominio otomano; lo excepcional fue la relativa tranquilidad del periodo desde mediados de la década de 1880 hasta 1914.[33] La condición del campesinado después de 1878 era un tema espinoso. Los austriacos optaron por no abolir el sistema otomano de feudos propiedad de un Aga o señor (*agaluk)*, en los que en 1914 todavía trabajaban unos 90.000 siervos bosnios o *kmets*, y algunos historiadores lo han considerado la prueba de una política de «divide y vencerás» destinada a oprimir al campesinado serbio mientras se congraciaban con los croatas y musulmanes de los pueblos. Pero esta es una proyección retrospectiva. Lo que sostenía la gobernación austriaca en las nuevas provincias era el conservadurismo cultural e institucional, no una filosofía de dominio colonial. «El gradualismo y la continuidad» caracterizaron la actuación austriaca en todas las zonas de Bosnia-Herzegovina donde encontraron instituciones tradicionales.[34] En la medida de lo posible, las leyes y las instituciones heredadas de la era otomana se armonizaron y clarificaron, no las desecharon sin más trámite. Pero la administración de los Habsburgo facilitó la emancipación de los campesinos sometidos mediante un pago único; en 1914, entre la ocupación y el estallido de la guerra, más de 40.000 *kmets* bosnios compraron su autonomía de esta manera. De todos modos, los *kmets* serbios que permanecían dentro del antiguo sistema de feudos en vísperas de la Primera Guerra Mundial no vivían especialmente mal en comparación con lo que era habitual en la Europa campesina de comienzos del siglo XX; probablemente eran más prósperos que sus homólogos en Dalmacia o el sur de Italia.

La administración austriaca también hizo mucho por incrementar la productividad agrícola e industrial en Bosnia-Herzegovina. Instalaron granjas modelo, entre ellas un viñedo y una piscifactoría, introdujeron una formación agrícola elemental para maestros de escuelas rurales, e incluso crearon una escuela de agricultura en Ilidze en un momento en el que no existía una institución semejante en la vecina Serbia. Si la aceptación de los nuevos métodos seguía siendo relativamente lenta, ello se debía a la resistencia del campesinado a la innovación más que a una negligencia por parte de los austriacos. Hubo también una afluencia masiva de capital inversor. Apareció una red de ferrocarriles y carreteras, entre ellas algunas de las mejores carreteras de montaña de Europa. En parte, estos proyectos de infraestructuras tenían, sin lugar a dudas, un propósito militar, pero también se invirtió mucho en diversos sectores, entre los que figuraban la minería, la metalurgia, la silvicultura y la fabricación de productos químicos. El ritmo de industrialización alcanzó su apogeo durante la administración del conde Benjamin Kállay (1882-1903) y en consecuencia hubo un aumento de la producción industrial (un promedio del 12,4% anual durante el periodo 1881-1913) sin precedentes en otras partes de la región de los Balcanes.[35] En resumen, la administración de los Habsburgo utilizó las nuevas provincias de escaparate con el propósito de «demostrar la humanidad y eficacia de su gobierno»; para 1914, Bosnia-Herzegovina se había desarrollado hasta un nivel comparable con el resto de la monarquía dual.[36]

La peor mancha en el historial de la administración austriaca en Bosnia-Herzegovina fue la tasa tremendamente baja de alfabetización y escolarización, que era incluso peor que la de Serbia.[37] Pero esto no fue consecuencia de una política austriaca de embrutecimiento masivo. Los austriacos construyeron escuelas primarias –casi 200– además de tres institutos de enseñanza secundaria, una escuela de magisterio y un instituto tecnológico. No fue una obra inmensa, pero tampoco un abandono absoluto. El problema residía en parte en conseguir que los campesinos enviaran a sus hijos a la escuela.[38] Hasta 1901, tras la anexión oficial de las provincias, no se introdujo la educación primaria obligatoria.

Naturalmente, no siempre reinó una armonía perfecta en Bosnia-Herzegovina. El gobierno de los Habsburgo aplastaba con fuerza todo lo que oliera a movilización nacionalista contra

el imperio, algunas veces con mano dura y de manera indiscriminada. En 1913, el gobernador militar de Bosnia-Herzegovina, Oskar Potiorek, derogó gran parte de la constitución bosnia de 1910, endureció los controles gubernamentales del sistema escolar, prohibió la circulación de periódicos serbios y clausuró muchas organizaciones culturales serbobosnias, si bien debe señalarse que fue en respuesta a un crecimiento de la militancia ultranacionalista serbia.[39] Otro factor inquietante fue la frustración política de los serbios y croatas que cruzaron la frontera hacia el oeste y norte de Croacia-Eslavonia, y hacia el este de la Voivodina, ambos gobernados desde Budapest conforme al fuero restrictivo húngaro. Pero en general, fue una administración relativamente justa y eficaz basada en un respeto pragmático por las tradiciones de las diversas nacionalidades en cada una de las provincias. Theodore Roosevelt no andaba muy lejos de la realidad cuando en junio de 1904, durante la visita de dos políticos austriacos de alto nivel a la Casa Blanca, comentó que la monarquía de los Habsburgo había «comprendido cómo tratar a las distintas nacionalidades y religiones del país en pie de igualdad y cómo con ello lograr éxitos tan grandes»; añadió, quizá con tristeza, que creía que la administración estadounidense en Filipinas podría aprender mucho del ejemplo austriaco.[40] Los visitantes también quedaban impresionados por la equidad del régimen de los Habsburgo: un periodista americano observó en 1902 que entre los grupos étnico-religiosos había una actitud de «respeto y tolerancia mutuos»; los tribunales «estaban administrados con sabiduría y honestidad» y «la justicia se impartía a todos los ciudadanos con independencia de su religión o posición social».[41]

Valorar la situación y el futuro del imperio Austrohúngaro en vísperas de la Primera Guerra Mundial nos enfrenta seriamente al problema de la perspectiva temporal. La caída del imperio en medio de la guerra y la derrota de 1918 quedó marcada en la vi-

sión retrospectiva de los territorios de los Habsburgo, ensombreciendo la escena con presagios de un declive inminente e ineludible. El activista nacionalista checo Edvard Beneš fue un buen ejemplo de ello. Durante la Primera Guerra Mundial, Beneš se convirtió en el organizador de un movimiento secreto a favor de la independencia checa; en 1918, fue uno de los padres fundadores de la nueva nación-estado de Checoslovaquia. Pero en un estudio sobre «El problema austriaco y la cuestión checa» publicado en 1908 se mostró confiado en el futuro de la mancomunidad de los Habsburgo. «La gente ha hablado de la disolución de Austria. Yo no lo creo en absoluto. Los lazos históricos y económicos que unen las naciones austriacas unas con otras son demasiado fuertes para dejar que esto ocurra.»[42] Un ejemplo especialmente llamativo lo constituye el que fuera corresponsal de *Times* (y posteriormente director) Henry Wickham Steed. En 1954, en una carta al *Times Literary Supplement*, Steed declaraba que cuando abandonó el Imperio Austrohúngaro en 1913, «tuve la sensación de escapar de un edificio que tenía los días contados». Sus palabras confirmaban lo que entonces era la opinión más generalizada. Sin embargo, en 1913 había visto las cosas de una forma muy distinta. Aunque no se mordió la lengua a la hora de criticar muchos rasgos del gobierno de los Habsburgo, ese año escribió que durante diez años de «observación constante y experiencia» había sido incapaz de apreciar «un motivo suficiente» por el que la monarquía de los Habsburgo «no debiera conservar su lugar legítimo en la comunidad europea». «Sus crisis internas», concluía, «son muchas veces crisis de crecimiento más que crisis de decadencia.»[43] Fue durante la Primera Guerra Mundial cuando Steed se convirtió en un propagandista a favor de la desarticulación del estado austrohúngaro y un ardiente defensor de un acuerdo de posguerra en Europa Central. Para la traducción inglesa de 1927 de las memorias del nacionalista checo Tomáš Masaryk, *La creación de un*

Estado, Steed escribió un prólogo en el que declaraba que el nombre de «Austria» era sinónimo de «todo mecanismo que pudiera matar el alma de un pueblo, corromperlo con un mínimo de bienestar material, privarlo de libertad de conciencia y pensamiento, debilitar su firmeza, minar su resolución y apartarle de la búsqueda de su ideal».[44]

Tales cambios de polaridad podían también tener lugar en sentido opuesto. El erudito húngaro Oscar Jászi –uno de los mayores expertos en el Imperio de los Habsburgo– era muy crítico con el sistema dualista. En 1929 finalizó un estudio ambicioso sobre la disolución de la monarquía con el comentario de que «la guerra mundial no fue la causa, sino solo la liquidación final del odio profundo y la desconfianza de las diversas naciones».[45] Y con todo, en 1949, tras una nueva guerra mundial y un periodo funesto de dictadura y genocidio en su país natal, Jászi, que vivió exiliado en Estados Unidos desde 1919, puso una nota diferente. En la vieja monarquía de los Habsburgo, escribió, «la seguridad jurídica se encontraba dentro de lo tolerable: las libertades individuales se reconocían cada vez más; los derechos políticos se ampliaban constantemente aumentaba el respeto al principio de autonomía nacional. La libre circulación de personas y bienes extendía sus beneficios hasta los confines de la monarquía».[46] Mientras que la euforia de la independencia nacional inclinaba a algunos ciudadanos que en su día habían sido leales a los Habsburgo a cuestionar la antigua monarquía dual, otros que habían disentido con fuerza antes de 1914 cayeron después en la nostalgia. En 1939, el escritor húngaro Mihály Babits reflexionaba sobre la caída de la monarquía y escribió: «Ahora nos lamentamos y lloramos por el regreso de lo que una vez odiamos. Somos independientes, pero en lugar de alegrarnos solo podemos temblar».[47]

Tras la expulsión de los austriacos de Italia en 1859 y de Alemania en 1866, la región de los Balcanes se convirtió en el centro de atención prioritaria de la política exterior austrohúngara. Lamentablemente, esta reducción del ámbito geopolítico coincidió con una época de creciente inestabilidad en toda la península balcánica. El problema de fondo fue la pérdida de autoridad otomana en el sudeste europeo, lo cual creó una zona de tensión entre las dos grandes potencias con intereses estratégicos en la región.[48] Tanto Rusia como Austria-Hungría creían poseer un derecho histórico a ejercer la hegemonía en las zonas de las que se retiraron los otomanos. La Casa de Habsburgo había sido tradicionalmente la guardiana de la puerta oriental de Europa frente a los turcos. En Rusia, la ideología del paneslavismo defendía una comunidad natural de intereses entre las naciones eslavas emergentes de la península de los Balcanes (sobre todo ortodoxas) y la potencia benefactora de San Petersburgo. La retirada otomana también planteó interrogantes acerca del futuro control de los estrechos turcos, un asunto de gran importancia estratégica para los responsables de elaborar la política exterior rusa. Al mismo tiempo, los nuevos y ambiciosos estados balcánicos surgían con sus propios intereses y objetivos opuestos. Austria y Rusia maniobraban por este terreno turbulento como jugadores de ajedrez que con cada movimiento esperan anular o reducir la ventaja del adversario.

Hasta 1908, la cooperación, la moderación y la delimitación de esferas de influencia informales aseguraban la contención de los peligros que esta situación llevaba implícitos.[49] En el tratado revisado de la Liga de los Tres Emperadores de 1881 entre Rusia, Austria-Hungría y Alemania, Rusia se comprometió a «respetar» la ocupación austrohúngara de Bosnia-Herzegovina autorizada en 1878 en el Tratado de Berlín y los tres signatarios acordaron «tener en cuenta los intereses de los demás en la península de los Balcanes».[50] Acuerdos posteriores austro-rusos

en 1897 y 1903 reafirmaron su compromiso conjunto con el statu quo de los Balcanes.

Sin embargo, la complejidad de la política balcánica era tal que el hecho de mantener buenas relaciones con la gran potencia rival no bastaba para garantizar la tranquilidad. También había que apaciguar y domar a las bestias menores de la península. Y desde el punto de vista de Viena, la más importante era el reino de Serbia. Durante el largo reinado del austrófilo Milan Obrenović, Serbia siguió siendo un socio dócil de los planes de Viena, consintiendo la reivindicación del imperio sobre la hegemonía regional. A cambio, Viena apoyó el intento de Belgrado de elevarse a la categoría de reino en 1882 y prometió ayuda diplomática en caso de que Serbia pretendiera expandirse hacia el sur en la Macedonia otomana. En el verano de 1883, el ministro de Asuntos Exteriores austrohúngaro, el conde Gustav Kálnoky von Köröspatak, informó a su homólogo ruso de que unas buenas relaciones con Serbia eran la piedra angular de la política del imperio en los Balcanes.[51]

Aunque se mostraba amistoso, el rey Milan de Serbia podía ser un socio irritante. En 1885 el rey provocó una conmoción en Viena al proponer su abdicación, enviar a su hijo a estudiar a Austria y permitir que el imperio se anexionara su reino. Los austriacos no iban a aceptar esa estupidez. En una reunión en Viena le recordaron al alicaído rey sus deberes reales y lo mandaron de vuelta a Belgrado. «Una Serbia próspera e independiente», explicó Kálnoky al primer ministro austriaco, «conviene más a nuestros propósitos [...] que la posesión de una provincia rebelde.»[52] Sin embargo, el 14 de noviembre, solo cuatro meses después de que pareciera perder la voluntad de gobernar, de repente y sin avisar, Milan invadió la vecina Bulgaria, estado cliente de Rusia. El conflicto resultante duró muy poco, porque los búlgaros forzaron la retirada del ejército serbio, pero fue necesario que la diplomacia de las grandes potencias perseverara

para impedir que estas conductas inesperadas crisparan la distensión austro-rusa.

El hijo resultó más imprevisible que el padre: Alejandro alardeaba sin moderación del apoyo austrohúngaro a su reino y en 1899 declaró públicamente que «los enemigos de Serbia eran enemigos de Austria-Hungría» –un traspiés que sorprendió en San Petersburgo y provocó una gran vergüenza en Viena–. Pero las ventajas de una política rusófila también le tentaron; en 1902, tras la muerte del rey padre Milan, el rey Alejandro imploró el apoyo ruso con todas sus fuerzas; incluso declaró a un periodista en San Petersburgo que la monarquía de los Habsburgo era «el archienemigo de Serbia».[53] Por eso apenas lamentaron en Viena la noticia de la muerte prematura de Alejandro, aunque los políticos de allí se quedaron tan conmocionados como todos los demás por la brutalidad con la que él y su estirpe fueron exterminados.

Poco a poco los austriacos tuvieron claro que el regicidio de 1903 marcaría una verdadera ruptura. El ministro de Asuntos Exteriores de Viena se apresuró a establecer buenas relaciones con el usurpador Pedro Karadjodjević, a quien con gran optimismo consideraban de carácter austrófilo. Austria-Hungría fue el primer estado extranjero que reconoció oficialmente el nuevo régimen serbio. Pero pronto se hizo evidente que ya no existían los cimientos para una relación armoniosa entre ambos vecinos. La gestión de los asuntos políticos pasó a manos de hombres claramente hostiles a la monarquía dual, y los responsables de elaborar las políticas en Viena estudiaron con creciente preocupación los exabruptos de la prensa de Belgrado, ahora liberada de las restricciones gubernamentales. En septiembre de 1903, el representante austriaco en Belgrado Konstantin Dumba informó de que las relaciones entre los dos países eran «todo lo malas que podían ser». Viena volvió a mostrar su indignación moral ante el regicidio y se unió a los británicos a la hora de impo-

ner sanciones a la corte de Karadjordjević. Con la esperanza de aprovechar que el vínculo austro-serbio se había debilitado, los rusos se pusieron manos a la obra asegurando al gobierno de Belgrado que el futuro de Serbia estaba en el oeste, en la costa adriática, e instándole a no renovar su antiguo tratado comercial con Viena.[54]

A finales de 1905, esas tensiones estallaron en un claro conflicto cuando en Viena descubrieron que Serbia y Bulgaria habían firmado una unión aduanera «secreta». La petición de Viena a principios de 1906 para que Belgrado rechazara la unión resultó contraproducente; entre otras cosas, transformó la unión con Bulgaria, que había dejado indiferente a la mayoría de los serbios, en el talismán (al menos durante un tiempo) de la opinión nacional serbia.[55] En el capítulo 1 se expone a grandes rasgos la crisis de 1906, pero hay que tener en cuenta un aspecto más, a saber, que lo que preocupaba a los políticos vieneses no era tanto la importancia comercial desdeñable de la unión con Bulgaria como la lógica política que la sustenta. ¿Y si la unión aduanera serbo-búlgara no fuera más que el primer paso hacia la creación de una «liga» de estados balcánicos hostil a Austria-Hungría y receptiva a las insinuaciones de San Petersburgo?

Es fácil tachar esto de paranoia austriaca, pero en realidad los responsables políticos de Viena no andaban desencaminados: el acuerdo aduanero serbo-búlgaro *era* de hecho el tercero de una serie de alianzas secretas entre Serbia y Bulgaria, de las cuales las dos primeras ya tenían claramente una orientación antiaustriaca. El 12 de mayo de 1904 se firmaron en Belgrado un Tratado de Amistad y un Tratado de Alianza dentro del más estricto secreto. Dumba hizo todo lo posible por averiguar lo que pasaba entre los delegados búlgaros que estaban de visita en la ciudad y sus interlocutores serbios, pero aunque habían levantado sus sospechas no consiguió atravesar la cortina de secretismo que

rodeaba las negociaciones. Resultó que el temor de Viena acerca de la intervención de Rusia estaba bien fundado. En efecto, San Petersburgo estaba trabajando –a pesar de la distensión austro-rusa y el enorme esfuerzo de una guerra desastrosa con Japón– para la creación de una alianza balcánica. Una figura clave en las negociaciones fue el diplomático búlgaro Dimitar Rizov, en otro tiempo agente del Departamento Asiático Ruso. El 15 de septiembre de 1904, a las once de la mañana, los ministros de Asuntos Exteriores de Serbia y Bulgaria entregaron simultáneamente (y en secreto) a los respectivos embajadores rusos en Belgrado y Sofía las copias del Tratado de Alianza serbo-búlgaro.[56]

Una dificultad de la política austrohúngara en los Balcanes fue la creciente interpenetración de los asuntos exteriores e internos.[57] Por razones obvias, las políticas internas e internacionales tenían más probabilidades de enredarse en el caso de aquellas minorías para quienes existía una «madre patria» fuera de las fronteras del imperio. Los checos, eslovenos, polacos, eslovacos y croatas de los territorios de Habsburgo no poseían tal nación-estado soberana en el exterior. En cambio, sí la poseían los tres millones de rumanos del Ducado de Transilvania. Debido a la complejidad del sistema dualista, poco podía hacer Viena para impedir que las opresoras políticas culturales húngaras alejaran al vecino reino de Rumanía, un socio político de gran valor estratégico en la región. Sin embargo, se demostró que era posible, al menos hasta aproximadamente 1910, aislar las relaciones austro-rumanas del impacto de las tensiones internas, sobre todo porque el gobierno de Rumanía, aliado de Austria y Alemania, no se esforzó en fomentar la discordia étnica en Transilvania ni en aprovecharse de ella.

Sin embargo, no puede decirse lo mismo de los serbios y del reino de Serbia después de 1903. Poco más del 40% de la población de Bosnia-Herzegovina era serbia, y había grandes zonas de asentamiento bosnio en la Voivodina al sur de Hungría, y

otras más pequeñas en Croacia-Eslavonia. Tras el regicidio de 1903, Belgrado aceleró el ritmo de la actividad irredentista dentro del imperio, centrándose especialmente en Bosnia-Herzegovina. En febrero de 1906, el agregado militar austriaco en Belgrado, Pomiankowski, resumió el problema en una carta al jefe del Estado Mayor. Lo cierto, afirmaba Pomiankowski, era que Serbia se contaría entre los enemigos del imperio en caso de que se produjera un conflicto militar. El problema no era tanto la actitud del gobierno como tal como la orientación ultranacionalista de la cultura política en su conjunto: incluso si un gobierno «sensato» llevara las riendas, advertía Pomiankowski, no estaría en situación de impedir que «los chovinistas radicales todopoderosos» iniciaran una «aventura». Sin embargo, más peligrosa que «la abierta enemistad de Serbia y su lamentable ejército» era la «labor quintacolumnista de los radicales [serbios] en tiempos de paz, que de manera sistemática envenena la postura de nuestra población eslava del sur y podría, en el peor de los casos, crear dificultades muy graves a nuestro ejército».[58]

El irredentismo «chovinista» del estado serbio, o más exactamente de sus fuerzas políticas más influyentes, llegó a ocupar un lugar importante en la apreciación de Viena de su relación con Belgrado. Las instrucciones oficiales redactadas en el verano de 1907 por el ministro de Asuntos Exteriores, el conde Alois von Aehrenthal, para el nuevo enviado de Austria a Serbia, transmiten la impresión de que las relaciones se habían deteriorado desde el regicidio. Aehrenthal recordaba que bajo el reinado del rey Milan la corona serbia había sido lo bastante fuerte para contrarrestar toda «agitación pública bosnia», pero que desde los acontecimientos de julio de 1903 todo había cambiado. No solo era que políticamente el rey Pedro fuera demasiado débil para oponerse a las fuerzas del nacionalismo chovinista, sino más bien que había empezado a aprovecharse del movimiento nacional para consolidar su posición. Una de las

«tareas más importantes» del nuevo representante austriaco en Belgrado sería por tanto la observación atenta y el análisis de la actividad nacionalista serbia. Cuando se presentara la ocasión, el representante debía informar al rey Pedro y al primer ministro Pašić de que conocía perfectamente el alcance y la naturaleza de la actividad nacionalista panserbia; los dirigentes de Belgrado no debían tener ninguna duda de que Austria-Hungría consideraba «definitiva» su ocupación de Bosnia-Herzegovina. Por encima de todo, el representante no debía desalentarse por las negativas oficiales habituales:

> Es de esperar que respondan a tus advertencias bien intencionadas con el consabido tópico al que los políticos serbios siempre se lanzan cuando se les recriminan sus maquinaciones furtivas en relación con las provincias ocupadas: «El gobierno serbio está empeñado en mantener unas relaciones correctas e intachables, pero no está en condiciones de contener el sentimiento de la nación, que exige acción, etc., etc.»[59]

La instrucción oficial de Aehrenthal recoge los rasgos más destacados de la actitud de Viena hacia Belgrado: creencia en la fuerza primaria del nacionalismo serbio, desconfianza visceral respecto a los principales estadistas y una creciente ansiedad sobre el futuro de Bosnia, ocultas tras una pose de superioridad magnánima e invulnerable.

De este modo se preparó el escenario para la anexión de Bosnia-Herzegovina en 1908. Ni Austria ni las cancillerías de las demás grandes potencias dudaron nunca de que Viena consideraba permanente la ocupación de 1878. En uno de los artículos secretos de la renovada Alianza de los Tres Emperadores de 1881, Austria-Hungría afirmó explícitamente el «derecho a anexionarse estas provincias en el momento que considerase oportuno», y esta afirmación se repitió cada cierto tiempo en los acuerdos diplomáticos austro-rusos. En principio tampoco fue impugnada por Rusia, si bien San Petersburgo se reservó el derecho a imponer condiciones cuando llegara el momento de dicho cambio de estatus. Las ventajas de una anexión oficial eran

bastante obvias para Austria-Hungría. Eliminaría cualquier duda sobre el futuro de las provincias –un asunto de cierta urgencia, puesto que el estatuto de ocupación acordado en el Congreso de Berlín debía vencer en 1908–. Permitiría que Bosnia y Herzegovina se integraran más plenamente en el tejido político del imperio mediante la instauración, por ejemplo, de un parlamento provincial, lo que crearía un entorno más estable para la inversión extranjera. Y aún más importante, indicaría a Belgrado (y a los serbios de Bosnia-Herzegovina) que Austria-Hungría consideraba dichos territorios como una posesión permanente y así, al menos en teoría, eliminaría un incentivo para nuevos disturbios.

Nombrado ministro de Asuntos Exteriores en noviembre de 1906, Aehrenthal tenía también otras razones para seguir adelante. Más o menos hasta finales de siglo había sido un firme defensor del sistema dualista. Pero su fe en el Compromiso se vio sacudida en 1905 por las luchas intestinas entre las élites políticas austriacas y húngaras por la administración de las fuerzas armadas conjuntas. En 1907, llegó a estar a favor de una solución tripartita a los problemas de la monarquía; los dos centros de poder dominantes dentro de la monarquía se complementarían con una tercera entidad que incluiría a los eslavos del sur (sobre todo croatas, eslovenos y serbios). Era un programa con una gran cantidad de seguidores entre las élites de los eslavos del sur, en especial los croatas, que se sentían molestos por estar divididos entre Cisleitania, el reino de Hungría y la provincia de Croacia-Eslavonia, gobernada desde Budapest. Solo si Bosnia-Herzegovina fuera anexionada por completo al imperio sería posible incorporarla finalmente a la estructura de una monarquía trialista reformada. Y esto a su vez –tal era la sincera esperanza de Aehrenthal– proporcionaría un contrapeso interno a las actividades irredentistas de Belgrado. Lejos de ser el «Piamonte» del eslavismo del sur en los Balcanes, Serbia

se convertiría en el miembro amputado de una gran entidad sudeslava dominada por los croatas dentro del imperio.[60]

El argumento decisivo para la anexión fue la revolución de los Jóvenes Turcos que estalló en la Macedonia otomana en el verano de 1908. Los Jóvenes Turcos obligaron al sultán de Constantinopla a proclamar una constitución y la creación de un parlamento. Planeaban someter el sistema imperial otomano a una reforma radical. Circularon rumores de que los nuevos dirigentes turcos convocarían en breve elecciones generales en todo el Imperio Otomano, incluidas las zonas ocupadas por Austria-Hungría, que en ese momento no poseían sus propios órganos de representación. ¿Y si el nuevo gobierno turco, cuya legitimidad y confianza aumentaron debido a la revolución, exigiera la devolución de su saliente occidental perdido y atrajera a sus habitantes con la promesa de una reforma constitucional?[61] Con la esperanza de sacar partido de estas incertidumbres, surgió en Bosnia una coalición serbomusulmana oportunista que exigió autonomía bajo soberanía turca.[62] Ahora bien, existía el peligro de que una alianza étnica dentro de la provincia pudiera aunar fuerzas con los turcos para echar a los austriacos.

Con el fin de evitar cualquiera de estas complicaciones, Aehrenthal se apresuró a preparar el terreno para la anexión. Compraron a los otomanos su soberanía nominal con una buena indemnización. Mucho más importantes eran los rusos, de cuyo consentimiento dependía todo el proyecto. Aehrenthal creía firmemente en la importancia de unas buenas relaciones con Rusia; al igual que el embajador austriaco en San Petersburgo durante los años 1899-1906, ayudó a consolidar el acercamiento austro-ruso. Conseguir la conformidad del ministro de Asuntos Exteriores ruso, Alexander Izvolsky, fue fácil. Los rusos no tuvieron inconveniente en formalizar el estatus austrohúngaro en Bosnia-Herzegovina siempre y cuando San Petersburgo recibiera algo a cambio. De hecho fue Izvolsky quien, respaldado por

el zar Nicolás II, propuso que la anexión de Bosnia-Herzegovina se intercambiara por el apoyo de Austria para mejorar el acceso de Rusia a los estrechos turcos. El 16 de septiembre de 1908, Izvolsky y Aehrenthal aclararon los términos del acuerdo en Schloss Buchlau, la finca que el embajador de Austria-Hungría en San Petersburgo, Leopold von Berchtold, poseía en Moravia. En cierto sentido, no obstante, la anexión de 1908 nació del espíritu de la entente balcánica austro-rusa. Además, el intercambio fue claramente simétrico, ya que Izvolsky y Aehrenthal buscaban lo mismo: beneficios que se garantizarían mediante negociaciones secretas en detrimento del Imperio Otomano y contraviniendo el Tratado de Berlín.[63]

A pesar de estos preparativos, el 5 de octubre de 1908 Aehrenthal anunció la anexión, lo que desató una crisis europea importante. Izvolsky negó que hubiera alcanzado un acuerdo con Aehrenthal. Incluso negó posteriormente que le hubieran advertido de antemano de sus intenciones, y exigió que se convocara una conferencia internacional para aclarar la situación de Bosnia-Herzegovina.[64] La consiguiente crisis se prolongó durante meses mientras Serbia, Rusia y Austria se movilizaban y contramovilizaban y Aehrenthal seguía eludiendo la petición de Izvolsky de una conferencia que no se había previsto en el acuerdo de Buchlau. El asunto solo lo resolvió la «nota de San Petersburgo» de marzo de 1909, en la que los alemanes exigían que los rusos reconocieran al fin la anexión e instaban a Serbia a hacer lo mismo. Si no lo hacían, advirtió el canciller Bülow, entonces las cosas «seguirían su curso». Esta expresión no solo aludía a la posibilidad de una guerra de Austria contra Serbia, sino, lo que era aún más importante, a la posibilidad de que los alemanes dieran a conocer los documentos que demostraban la complicidad de Izvolsky en el acuerdo de anexión original. Izvolsky dio marcha atrás enseguida.

Aehrenthal ha sido considerado habitualmente el gran responsable de la crisis de la anexión. ¿Es eso justo? Sin duda, las maniobras del ministro de Asuntos Exteriores austriaco carecían de transparencia diplomática. Optó por actuar con los instrumentos de la vieja diplomacia: reuniones confidenciales, intercambio de promesas y acuerdos bilaterales secretos, en vez de intentar resolver el asunto de la anexión mediante una conferencia con la participación de todos los signatarios del Tratado de Berlín. Esta preferencia por los arreglos furtivos permitía a Izvolsky afirmar que él, y Rusia por extensión, se habían visto embaucados por el «escurridizo» ministro austriaco. Sin embargo, las pruebas indican que la crisis tomó el curso que tomó porque Izvolsky mintió de la forma más desmesurada para salvar su trabajo y su reputación. El ministro de Asuntos Exteriores ruso cometió dos errores de juicio graves. En primer lugar, supuso que Londres apoyaría su petición de que los estrechos turcos se abrieran a los barcos de guerra rusos. También infravaloró en extremo el impacto de la anexión sobre la opinión nacionalista rusa. Según un informe, en principio estaba muy tranquilo cuando el 8 de octubre de 1908 le llegó la noticia de la anexión estando en París. Fue durante su estancia en Londres unos días después, cuando los británicos resultaron ser poco colaboradores y él se olió la respuesta de la prensa de San Petersburgo, cuando se dio cuenta de su error, se asustó, y empezó a construirse una imagen de víctima de Aehrenthal.[65]

Cualesquiera que fuesen los aciertos y errores de la política de Aehrenthal, la crisis por la anexión de Bosnia constituyó un punto de inflexión en la geopolítica de los Balcanes. Arrasó con lo que quedaba de la disposición austrohúngara a colaborar en la resolución de los problemas de esa región; de ahí en adelante, sería mucho más difícil reprimir las energías negativas generadas por los conflictos entre los estados balcánicos. También alejó al vecino y aliado de Austria, el reino de Italia. Durante mu-

cho tiempo hubo tensiones latentes entre los dos estados –los derechos de las minorías italianas en Dalmacia y Croacia-Eslavonia y la rivalidad por el poder político en el Adriático fueron los motivos de discordia más importantes–, pero la crisis de la anexión provocó demandas italianas de compensación y rencores encendidos de un grado de intensidad nuevo. En los últimos años previos al comienzo de la guerra, se hizo cada vez más difícil conciliar los objetivos italianos y austriacos en la costa adriática de los Balcanes.[66] Al principio los alemanes no se definieron sobre la cuestión de la anexión, pero pronto se unieron activamente en apoyo de Austria-Hungría, y esto, también, fue un hecho ambivalente. Tuvo el efecto deseado de convencer al gobierno ruso de que no tratara de sacar más partido a la crisis de la anexión, pero a largo plazo reforzó la impresión tanto en San Petersburgo como en Londres de que Austria era el satélite de Berlín, una percepción que desempeñaría un papel peligroso en la crisis de 1914.

El impacto de la crisis fue especialmente profundo y duradero en Rusia. La derrota en la guerra frente a Japón en 1904-1905 había cerrado la posibilidad, en un futuro inmediato, de una expansión hacia el Lejano Oriente. El Convenio anglo-ruso firmado por Izvolsky y el embajador británico Sir Arthur Nicolson el 31 de agosto de 1907 había establecido los límites de la influencia rusa en Persia, Afganistán y Tíbet. Los Balcanes seguían siendo (por el momento) el único ámbito en el que Rusia todavía podía llevar a cabo una política centrada en la proyección del poder imperial.[67] La posición de Rusia como protector de los pueblos eslavos menores despertaba intensas emociones públicas, y en las mentes de los que tomaban las decisiones importantes subyacía una preocupación creciente por la cuestión del acceso a los estrechos turcos. Engañados por Izvolsky y enardecidos por el sentimiento popular chovinista, el gobierno ruso y la opinión pública interpretaron la anexión como una traición

brutal al acuerdo entre ambas potencias, una humillación imperdonable y una provocación inaceptable en un ámbito de vital interés. En los años posteriores a la crisis de Bosnia, los rusos lanzaron un programa de inversión militar tan considerable que desencadenó una carrera armamentista en Europa.[68] También hubo indicios de una mayor participación política de Rusia en Serbia. En el otoño de 1909, el Ministerio de Asuntos Exteriores ruso nombró a Nikolai Hartwig, un «fanático exaltado a la antigua usanza eslavófila», para la embajada rusa en Belgrado. Una vez en el cargo, el activo e inteligente Hartwig trabajó con afán para instar a Belgrado a adoptar una postura más firme contra Viena. De hecho, presionaba tanto en esa dirección que a veces excedió las instrucciones de sus jefes de San Petersburgo.[69]

MENTIRAS Y FALSIFICACIONES

La crisis de la anexión también envenenó más las relaciones entre Viena y Belgrado. Como tantas veces, las condiciones políticas dentro de la monarquía dual empeoraban la situación. Durante varios años, las autoridades austro-húngaras habían estado observando las actividades de la coalición serbocroata, una facción política que surgió en 1905 dentro de la Asamblea croata en Agram (hoy Zagreb), capital de Croacia-Eslavonia gobernada por Hungría. Tras las elecciones a la Asamblea de 1906, la coalición se aseguró el control del gobierno de Agram, adoptó un programa «yugoslavo» que buscaba una unión más estrecha de los pueblos eslavos del sur dentro del imperio, y libraron largas batallas con las autoridades húngaras sobre cuestiones tan delicadas como la necesidad de que todos los empleados de los ferrocarriles estatales hablasen magiar. No había nada especialmente inaudito en este conjunto de elementos; lo que preocupaba a los austriacos era la sospecha de que algunos o todos los diputados de la coalición pudieran estar actuando como quintacolumnistas a favor de Belgrado.[70]

Durante la crisis de 1908-1909, esos recelos aumentaron hasta un punto rayano en la paranoia. En marzo de 1909, justo cuando Rusia se retiraba de cualquier enfrentamiento por Bosnia, el gobierno de los Habsburgo lanzó un ataque judicial sobre la coalición serbocroata de una increíble torpeza, acusando a 53 activistas, principalmente serbios, de traición por tramar la separación de los territorios eslavos del sur de Austria-Hungría y unirlos a Serbia. Más o menos al mismo tiempo, el historiador y escritor Dr. Heinrich Friedjung, residente en Viena, publicó un artículo en el *Neue Freie Presse* en el que acusaba a tres políticos destacados de la coalición de recibir subvenciones de Belgrado a cambio de actividades traicioneras en nombre del reino de Serbia. Friedjung afirmaba haber visto documentos gubernamentales confidenciales que demostraban sin lugar a dudas la veracidad de estas acusaciones.

El juicio por traición en Agram se prolongó desde el 3 de marzo hasta el 5 de noviembre de 1909 y enseguida se convirtió en un desastre absoluto de relaciones públicas para el gobierno. El tribunal escuchó a 276 testigos de la acusación, pero la defensa no propuso ninguno. Las 31 condenas dictadas en Agram fueron anuladas en Viena tras un recurso de apelación. Al mismo tiempo, una sucesión de juicios por difamación contra Friedjung y el director del *Reichspost*, que había reproducido sus afirmaciones, reveló nuevas manipulaciones vergonzantes. Los «documentos secretos» en los que el buen doctor había basado sus acusaciones resultaron ser falsificaciones que un turbio agente doble serbio pasó a la legación de Austria en Belgrado, y que el Ministerio de Asuntos Exteriores de Viena suministró a su vez a Friedjung. El desafortunado historiador, de cuya excelente reputación habían abusado de forma vergonzosa, se disculpó y retiró sus acusaciones. Pero el infatigable activista nacionalista checo y abogado de los acusados, Tomáš Masaryk, siguió ocupándose del caso al más alto nivel, buscando nuevas

pruebas por todas partes (hasta en Belgrado) y declarando en diversos foros públicos que el embajador de Austria en Belgrado había conseguido las falsificaciones con el consentimiento del conde Aehrenthal.[71]

Es muy poco probable que las autoridades de Viena supieran desde el principio que los documentos no eran auténticos. Es posible que la paranoia engendrara credulidad; los austriacos estaban preparados para creer lo que temían encontrar. Pero los juicios de Agram y Friedjung constituyeron una carga persistente para las relaciones entre Viena y Belgrado. Especialmente incómodo fue el hecho de que el escándalo pronto se empezó a centrar en el representante austriaco en Serbia, el conde Johann Forgách von Ghymes und Gács, con graves consecuencias para las relaciones diplomáticas entre los dos países. Durante todo 1910 y 1911, la campaña de Masaryk siguió sacando a la luz nuevas «revelaciones» vergonzosas sobre la perfidia austriaca (no todas ciertas). La prensa serbia estaba exultante y hubo insistentes demandas para que retiraran a Forgách de Belgrado.[72] Aunque hacía mucho tiempo que había dejado de disfrutar en su destino, Forgách negó todos los cargos con firmeza (y probablemente con toda sinceridad) y Aehrenthal, al que también estaban atacando, se sintió incapaz de destituir a su enviado a pesar del acoso porque ello supondría el reconocimiento por parte de Viena de que las autoridades austriacas habían engañado deliberadamente a los ciudadanos. «La situación no es agradable para mí», escribió Forgách en una carta privada al jefe de sección del Ministerio de Asuntos Exteriores de Viena en noviembre de 1910, «pero sobreviviré a las tormentas periodísticas de Belgrado –como he sobrevivido a tantas otras cosas– siempre que el gobierno de aquí se comporte de una forma medianamente decente.»[73]

Lo que enfureció a Forgách sobre todo fue la participación continuada de altos cargos serbios –entre los que destacaba el

jefe de sección del Ministerio de Asuntos Exteriores Miroslav Spalajković– en la campaña para desacreditarle. Spalajković suministró pruebas a Masaryk contra el gobierno austriaco; incluso fue llamado a testificar como experto en nombre de la coalición serbocroata durante el juicio a Friedjung. Después de haber ayudado a echar por tierra la credibilidad de los documentos falsificados, Spalajković dio un paso más y afirmó que Forgách los había obtenido *deliberadamente* con la esperanza de falsear los cargos contra la coalición serbocroata. En el invierno de 1910-1911, el enviado holandés en Belgrado, Vredenburch, informó de que Spalajković seguía difundiendo rumores por toda la comunidad diplomática en contra del representante austriaco.[74] Para colmo de males, a Spalajković y su esposa se les veía constantemente en compañía de Hartwig, el nuevo embajador ruso; de hecho se decía que la pareja vivía prácticamente en la misión rusa.[75] Forgách llegó a obsesionarse de un modo enfermizo con el hombre al que llamaba «nuestro enemigo mortal»; el intercambio de unas cartas cortantes entre el enviado y el funcionario envenenaron aún más las relaciones entre ellos, y para abril de 1911 Forgách había ordenado a todo el personal de la legación austriaca en Belgrado que evitaran cualquier tipo de contacto con Spalajković. «Este hombre siempre exaltado», informó a Aehrenthal, «no está, en cierto sentido, completamente cuerdo. Desde la anexión, su odio a la monarquía [austrohúngara] se ha transformado casi en una enfermedad mental.»[76]

La posición de Forgách en Belgrado se había vuelto claramente insostenible y fue retirado en el verano de 1911. Pero vale la pena recordar el escándalo de los juicios Agram-Friedjung y sus secuelas en la capital serbia porque en él estuvieron involucradas personas que figurarían de manera destacada en los acontecimientos de 1914. Miroslav Spalajković era un alto funcionario de la política exterior interesado en Bosnia-Herzegovina desde hacía mucho tiempo; su mujer era bosnia y en 1897

había escrito una tesis doctoral en la Universidad de París en la que sostenía que, puesto que las dos provincias seguían siendo entidades jurídicas autónomas bajo soberanía otomana, su anexión por Austria-Hungría nunca podría ser legítima.[77] Posteriormente ocupó el puesto de representante serbio en Sofía, donde desempeñó un papel importante –en connivencia con los rusos– creando la alianza serbo-búlgara dentro de la Liga Balcánica que dio origen a la Primera Guerra de los Balcanes en 1912. Durante su destino en Sofía siguió siendo íntimo amigo de Nikolai Hartwig, al que visitaba en Belgrado «más de veinte veces al mes».[78] Después le trasladaron a la legación de San Petersburgo, aún más importante, donde su labor consistiría en interpretar las intenciones del zar y sus ministros hacia el gobierno serbio de Belgrado a medida que la crisis de 1914 se extendía. Forgách, serbófobo acérrimo, también dejó su cargo y permaneció en el lugar como una de las principales figuras de un grupo de funcionarios que ayudaron a determinar las políticas del Ministerio de Asuntos Exteriores de Austria-Hungría tras la muerte repentina de Aehrenthal a causa de una leucemia en 1912.[79] Y no hay que olvidar la amarga animosidad personal entre Izvolsky y Aehrenthal que a raíz de la crisis bosnia se convirtió en un impedimento para la mejora de las relaciones entre Austria-Hungría y Rusia, como reconoció la prensa seria de Viena.[80] Una peculiaridad curiosa de la crisis de julio de 1914 es que muchos de sus principales protagonistas se conocían desde hacía mucho tiempo. Bajo la superficie de muchas de las negociaciones clave se escondían antipatías personales y agravios nunca olvidados.

El problema serbio no era un asunto que los austriacos pudieran manejar aisladamente. Estaba incrustado en un conjunto de cuestiones entrelazadas. En primer lugar estaba la acuciante relación de Serbia con Rusia, que tras la crisis de la anexión se había hecho más estrecha de lo que había sido anteriormente. Vie-

na sospechaba del ministro ruso Hartwig, cuya austrofobia, paneslavismo e influencia creciente en Belgrado no auguraba nada bueno para el futuro. El representante francés en Sofía informó de que Hartwig era «el arquetipo del verdadero *mujik*», un partisano de la «vieja política rusa en Turquía» que estaba dispuesto a «sacrificar el Lejano Oriente por los Balcanes».[81] Hartwig estableció relaciones de gran intimidad con el primer ministro Nikola Pašić. Los dos hombres se reunían casi todos los días –«vuestra barba consulta con nuestra barba», comentarían los funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores serbio a los diplomáticos de menor rango de la misión rusa–. «Ninguno», comentó un miembro del personal ruso, «creía que pudiera haber secretos con respecto a los objetivos políticos compartidos [por Rusia y Serbia].»[82] En todas partes en Belgrado recibían al ministro ruso como a un héroe conquistador: «la gente solo necesitaba ver su cabeza inconfundible para dedicarle una gran ovación».[83]

En teoría, Viena podía compensar la hostilidad de Serbia intentando mejorar sus relaciones con Bulgaria. Pero esta opción también entrañaba dificultades. Puesto que seguía habiendo una disputa encarnizada acerca de la frontera entre Bulgaria y Rumanía, tratar de quedar bien con Sofía comportaba el riesgo de enemistarse con Bucarest. Una Bucarest hostil era muy poco deseable debido a la gran minoría rumana que habitaba en la Transilvania húngara. Si Rumanía se apartara de Viena y recurriera a San Petersburgo, la cuestión de las minorías podría convertirse en un problema de seguridad regional. Los diplomáticos húngaros y en especial los dirigentes políticos advirtieron de que una «Gran Rumanía» supondría una amenaza tan grave para la monarquía dual como una «Gran Serbia».

Otro motivo de preocupación era el pequeño principado de Montenegro, en la costa adriática. Este reino pintoresco y empobrecido proporcionó el telón de fondo a la opereta de Franz

Lehár *La viuda alegre*, donde aparecía apenas camuflado como el «Gran Ducado de Pontevedro» (el libreto alemán lo delata indicando explícitamente que los cantantes deben vestir «el traje nacional montenegrino»).[84] Montenegro era el estado balcánico más pequeño, con una población de solo 250.000 habitantes diseminados por un terreno hermoso pero implacable, de picos negros y barrancos profundos. Era un país en el que se podía ver al rey, vestido con un magnífico uniforme dorado, plateado, rojo y azul, fumando al anochecer delante de su palacio con la esperanza de conversar con algún viandante. Cuando en el verano de 1913 el periodista de Praga Egon Erwin Kisch viajaba a pie desde Cetiña, entonces la capital de Montenegro, a la hermosa ciudad portuaria de Rijeka (hoy día en Croacia), se quedó perplejo al oír disparos sonando por los valles. En un primer momento se preguntó si había estallado una guerra en los Balcanes, pero su escolta le aseguró que solo se trataba de jóvenes montenegrinos disparando con sus rifles rusos a los pececillos de los caudalosos ríos de montaña.[85]

Aunque pobre y diminuto, Montenegro tenía importancia. Sus cañones de montaña en las cumbres de Lovčen estaban orientados hacia las instalaciones portuarias austriacas en Cattaro, a orillas del Adriático e imposibles de defender, para irritación de los estrategas navales de los Habsburgo. Nikola, el príncipe reinante desde 1861 y por consiguiente el tercer monarca europeo con un reinado más largo después de la reina Victoria y Francisco José, era muy ambicioso. Había logrado duplicar el territorio de su reino en el Congreso de Berlín de 1878, ampliarlo de nuevo durante la crisis de la anexión de 1908, y después de eso puso sus miras sobre un fragmento del norte de Albania. Se elevó a la categoría de rey en 1910. También casó a sus hijas con extraordinaria habilidad. El rey Pedro Karadjordjević de Serbia fue su yerno (si bien su esposa montenegrina había fallecido cuando Pedro fue coronado); otra de las hijas de

Nikola, Elena, se casó con Víctor Manuel III de Italia (rey desde 1900); otras dos se casaron con archiduques rusos en San Petersburgo, donde llegaron a ser figuras destacadas de la alta sociedad rusa. Nikola aprovechó su actitud sensata desde el punto de vista estratégico para atraer fondos de patrocinadores extranjeros poderosos, principalmente Rusia. En 1904, demostró su solidaridad con el gran aliado eslavo declarando la guerra a Japón. Los rusos correspondieron con subvenciones militares y una misión militar cuya tarea fue la «reorganización del ejército montenegrino».[86]

Italia, vinculada a Montenegro por medio de su casa real, suponía una complicación más. Italia había sido miembro de la Triple Alianza con Austria y Alemania desde mayo de 1882 y renovó su pertenencia en 1891, 1902 y 1912. Pero la opinión pública italiana estaba profundamente dividida respecto a las relaciones con Austria. En términos generales, la Italia liberal, secular y nacionalista tendía a favorecer una política de confrontación con los austriacos, sobre todo en el Adriático, que los nacionalistas italianos consideraban una vía natural para la consolidación de la influencia italiana. Por el contrario, la Italia católica, clerical y conservadora tendía a favorecer una política de reconciliación y colaboración con Viena. Como reflejo de estas lealtades divididas, la diplomacia de Roma era compleja, multidimensional y a menudo contradictoria. En 1900 y 1902, el gobierno italiano firmó unos acuerdos secretos con Francia que anulaban la mayor parte de las obligaciones derivadas de su tratado con Viena y Berlín. Además, desde 1904, los italianos dejaron cada vez más claro que consideraban que la política austrohúngara en los Balcanes afectaba a sus intereses en la zona. Montenegro se veía como un terreno prometedor para la expansión de la influencia comercial y cultural italiana en los Balcanes y el ministro de Asuntos Exteriores Tomaso Tittoni cultivaba relaciones muy amistosas con Belgrado y Sofía.[87]

Los italianos reaccionaron con dureza a la anexión de Bosnia en 1908, no tanto porque pusieran objeciones al paso dado por Austria como por la negativa de Aehrenthal a compensar a Roma con la fundación de una universidad italiana en el puerto de Trieste, territorio Habsburgo habitado principalmente por italoparlantes.[88] En octubre de 1909, el rey Víctor Manuel III abandonó la Triple Alianza para firmar un pacto secreto con el zar Nicolás II. El «Acuerdo de Racconigi», como se le conoció después, estipulaba que ni Italia ni Rusia firmarían acuerdos relativos al «Este europeo» sin el consentimiento del otro y que ambas potencias prometían «contemplar con benevolencia el uno los intereses de Rusia en el asunto de los Estrechos, el otro los intereses italianos en Trípoli y Cirenaica».[89] El acuerdo fue menos trascendental de lo que parecía, ya que poco después los italianos firmaron un pacto con Viena que en gran medida anulaba las promesas de Racconigi, pero mostraba la determinación de Roma de llevar a cabo una política más firme e independiente.

Albania era la manzana más probable de la futura discordia austro-italiana en los Balcanes, encerrada todavía dentro del Imperio Otomano y que tanto Italia como Austria consideraban que caía dentro de su esfera de influencia. Desde la década de 1850, y a través de su viceconsulado en Skutari, Austria había ejercido una especie de protectorado religioso sobre los católicos del norte del país. Pero Albania, con su larga costa adriática, también interesaba mucho a los italianos. A finales de siglo, Roma y Viena acordaron que apoyarían la independencia de Albania en caso de que el poder otomano se hundiera en la región. El problema de cómo compartirían exactamente la influencia ambas potencias adriáticas seguía sin estar resuelto.

CALMA ENGAÑOSA

En marzo de 1901, Serbia se comprometió oficialmente a desistir de llevar a cabo operaciones encubiertas contra territorio

austriaco y a mantener buenas relaciones de vecindad con el imperio. En 1910, y tras mucha discusión, Viena y Belgrado aprobaron incluso un tratado comercial que ponía fin al conflicto austro-serbio relativo al comercio. Aquel año, un aumento de las importaciones serbias del 24% dio prueba de la mejora de las condiciones económicas. Las mercancías austrohúngaras comenzaron a reaparecer en los anaqueles de las tiendas de Belgrado, y para 1912 la monarquía dual era una vez más el principal comprador y proveedor de Serbia.[90] En las reuniones entre Pašić y el representante austriaco hubo garantías de buena voluntad por ambas partes. Pero una profunda torpeza se había instalado en las relaciones entre los dos estados que no parecía fácil de disipar. Aunque se habló de una visita oficial del rey Pedro a Viena, nunca llegó a materializarse. Con el pretexto en un principio auténtico de la mala salud del monarca, el gobierno serbio cambió la visita de Viena a Budapest, luego la aplazó y después, en abril de 1911, la pospuso indefinidamente. Con todo, y para disgusto de los austriacos, en el invierno de 1911 el rey hizo un viaje a París que tuvo un gran éxito. La visita a Francia se consideró tan importante que el enviado serbio en París regresó a Belgrado para ayudar a prepararla. Un primer plan para compaginar el viaje a Francia con paradas en Viena y Roma tuvo que ser abandonado. Pedro llegó a París el 16 de noviembre y le alojaron en el tribunal del Quai d'Orsay donde fue recibido por el presidente de la República y obsequiado con una medalla de oro, fabricada expresamente para la ocasión, que conmemoraba la prestación del rey en la guerra de Francia contra Prusia de 1870 cuando era un joven serbio voluntario en el exilio. Esa misma noche, en una cena de estado –y para gran fastidio de los austriacos– el presidente Fallières empezó su discurso aclamando a Pedro como «el rey de todos los serbios» (incluyendo implícitamente a los que vivían dentro del Imperio Austrohúngaro) y «el hombre que iba a llevar a su país y a su

pueblo hacia la libertad». «Visiblemente emocionado», Pedro respondió que él y sus compatriotas serbios contarían con Francia en su lucha por la libertad.[91]

Además, la labor de rescatar a Bosnia-Herzegovina para la causa serbia continuaba en la sombra. Narodna Odbrana se había convertido en una organización puramente cultural pero pronto reanudó sus anteriores actividades; sus ramificaciones proliferaron después de 1909 y se extendieron a Bosnia-Herzegovina. En la medida que podían, los austriacos controlaban la actividad de espionaje de los agentes serbios que cruzaban la frontera. Un ejemplo característico fue un tal Dragomir Djordjević, un teniente del ejército serbio en la reserva que compaginaba su trabajo cultural de «actor» en Bosnia con la dirección de una red encubierta de confidentes serbios; en octubre de 1910, fue visto regresando a Serbia para entrenarse en el uso de las armas.[92] Los representantes austriacos en Serbia también tuvieron conocimiento desde un primer momento de la existencia de Ujedinjenje ili smrt!, aunque al principio no estaban seguros de qué hacer con ese misterioso recién llegado a la escena de Belgrado. En un informe presentado el 12 de noviembre de 1911, el nuevo representante en Belgrado (sucesor de Forgách), Stephan von Ugron zu Abránfalva, notificó a Viena la «supuesta existencia de una asociación en los círculos oficiales» que estaba siendo objeto de comentarios en la prensa serbia. «Nada positivo» se sabía entonces sobre el grupo, salvo que se llamaba a sí mismo la Mano Negra y que su principal preocupación era recuperar la influencia en la política nacional de la que había disfrutado el ejército en la era Obrenović.

Otros informes de Ugron y del agregado militar austriaco Otto Gellinek dieron cuerpo de algún modo al panorama. Apis fue identificado como la figura dominante de la nueva red y afloró una imagen más detallada de sus objetivos: «El programa del movimiento consiste en la eliminación de todas las persona-

lidades del país que obstaculicen la idea de una Gran Serbia» y la instalación de un líder «que esté dispuesto a dirigir la lucha por la unificación de todos los serbios».[93] Los rumores en la prensa según los cuales la Mano Negra había hecho una lista de los políticos que serían asesinados en caso de un golpe contra el gobierno radical vigente, y alimentados por los misteriosos asesinatos de dos políticos destacados de la oposición en el otoño de 1911, fueron descartados después por falsos. El 22 de noviembre de 1911, Gellinek informó de que al parecer los conspiradores planeaban utilizar medios legales para eliminar a los «enemigos internos de la condición serbia», para luego «dirigirse con fuerza unida en contra de sus enemigos externos».[94]

Los austriacos contemplaban al principio estos hechos con una ecuanimidad sorprendente. Gellinek observó que era casi imposible mantener cualquier organización en secreto durante mucho tiempo «porque por cada cinco conspiradores, hay un confidente». Al fin y al cabo, los complots no eran nuevos en Serbia; el asunto, por lo tanto, tenía poca importancia.[95] Pero la actitud de los observadores austriacos cambió cuando empezaron a comprender la magnitud de la influencia de la Mano Negra en algunas partes del aparato del Estado. En diciembre de 1911, el agregado militar informó de que el ministro serbio de la Guerra había cancelado una investigación sobre el movimiento «porque de otro modo habría dificultades de gran trascendencia». A primeros de febrero de 1912, observó que la red había adquirido carácter semioficial; parecía que el gobierno tuviera «plena información acerca de todos los miembros [de la Mano Negra] y de sus actividades»; el hecho de que el ministro de la Guerra Stepanović, protector de la organización, continuara en el cargo era señal de su creciente influencia política.[96]

En el verano de 1914 se produjo una situación que determinaría el comportamiento austriaco. Por un lado era evidente que ¡Unidad o Muerte! era una red subversiva opuesta a las autori-

dades civiles del reino de Serbia y temida por ellas. Pero también se daba el caso de que los objetivos de la red referentes a la Gran Serbia gozaban de la tolerancia y el apoyo tanto de elementos de la jerarquía civil como de la ciudadanía serbia en general. Y sobre todo, hubo momentos en los que el movimiento y el gobierno parecían actuar conjuntamente. En febrero de 1912, Ugron advirtió que las autoridades serbias podrían llegar a colaborar con «un movimiento entusiasta militar y patriótico», siempre que sus energías pudieran dirigirse contra los enemigos externos de Serbia y alejarse de la actividad subversiva dentro del propio reino.[97] El órgano irredentista *Pijemont* apoyaba abiertamente objetivos ultranacionalistas y antihabsbúrgicos –de este modo, señaló Ugron, al definirse en estos términos, la Mano Negra dificultaba que las autoridades serbias actuaran contra ella–.[98] En síntesis, los austriacos se dieron cuenta de la magnitud de la influencia de la Mano Negra y la complejidad de las limitaciones que impedían al gobierno de Pašić tomar medidas para contrarrestarla.

Las líneas generales de este análisis se mantuvieron hasta el verano de 1914. Los austriacos siguieron tan de cerca como pudieron el crecimiento espectacular de la red durante la Guerra de los Balcanes de 1912 y 1913. En enero de 1914, la atención se centró en el juicio de un oficial regicida de nombre Vemić, que se dio a conocer en 1903 por llevar consigo una maleta con un colgajo de carne reseca que la noche del 11 de junio había cortado como un trofeo de uno de los pechos de la reina Draga. En octubre de 1913, durante la Segunda Guerra de los Balcanes, Vemić mató a tiros a un recluta serbio por tardar demasiado en cumplir una orden y fue juzgado por un tribunal militar formado enteramente por oficiales de alto rango. Su absolución desató un clamor en parte de la prensa de Belgrado y Vermić fue llamado a un nuevo juicio ante el Tribunal Supremo serbio. Pero su condena –a solo diez meses de cárcel– se vio reducida por un

indulto real que la cúpula militar logró obtener del rey a finales de diciembre de 1913.[99] El cuerpo de oficiales es un «factor políticamente decisivo en la Serbia actual», señaló Gellinek en mayo de 1914. En cambio, este incremento del «elemento pretoriano» en la vida pública serbia representaba una amenaza mayor para Austria-Hungría, ya que «el cuerpo de oficiales es también el bastión de la extrema tendencia austrófoba de los partidarios de la Gran Serbia».[100]

El ingrediente más enigmático de la mezcla era Nikola Pašić, el «rey sin corona de Serbia». Pašić no tomó represalias durante las tormentas políticas de 1913-1914 y se negó a dejarse llevar a un enfrentamiento con el cuerpo de oficiales. «Con su agilidad proverbial», observó Gellinek el 21 de mayo de 1914, el primer ministro esquivó las interpelaciones hostiles en la Skupština insistiendo en que tanto el gobierno como el cuerpo de oficiales serbios estaban «completamente de acuerdo» en todas las cuestiones importantes.[101] En un informe presentado el 21 de junio –una semana antes de los asesinatos de Sarajevo– Gellinek resumió la situación en cuatro puntos. La corona había caído en manos de los conspiradores y en gran medida se veía impotente. El ejército continuó persiguiendo sus propios objetivos en política interior y exterior. El embajador ruso, Nikolai Hartwig, siguió siendo una figura muy influyente en Belgrado. Pero nada de esto suponía que debía descartarse a Pašić como parte activa de la política serbia; al contrario, a pesar de todo, el fundador y dirigente durante tres décadas del Partido Radical «rusófilo extremo» seguía ocupando un «puesto omnipotente».[102]

Con todo, establecer comunicaciones directas con Nikola Pašić resultaba dificilísimo. Un curioso episodio ocurrido en otoño de 1913 ilustra este hecho. El 3 de octubre, Pašić realizó una visita a Viena previamente programada. El viaje era oportuno porque Viena y Belgrado estaban enzarzados en una disputa sobre la ocupación serbia de algunas partes del norte de

Albania. El 1 de octubre, una carta en la que se advertía a Belgrado que debía salir de Albania había obtenido una respuesta evasiva. Acompañado de su embajador, Pašić asistió a reuniones con diversos ministros austriacos, incluida una comida con el ministro de Asuntos Exteriores, Berchtold; el primer ministro húngaro, István Tisza; Forgách, Biliński y otros. Sin embargo, en ningún momento se discutió a fondo el tema en cuestión. Biliński, ministro de Finanzas con especial responsabilidad en Bosnia-Herzegovina, recoge en sus memorias que Pašić era un interlocutor extraordinariamente evasivo. Vehemente y locuaz, esquivaba las preguntas de sus interlocutores austriacos dando rodeos con vagas promesas de que «todo iría bien». Biliński también criticó a Berchtold por no presionar más al estadista serbio. «De apariencia pequeña, barba larga patriarcal, ojos de fanático y modales discretos», Pašić dejó perplejo al ministro de Asuntos Exteriores austriaco con su mezcla de elegante jovialidad y terca ofuscación.[103] En su primera reunión, antes del almuerzo, Berchtold estaba tan desarmado por la cordialidad de las propuestas de Pašić que cuando pasaron al tema de Albania olvidó insistir en lo grave de las objeciones de Austria a la ocupación serbia. En algún momento de la tarde después de la reunión, Berchtold se acordó de pronto de que había «olvidado» informar a Pašić acerca de la firme opinión de Viena sobre el asunto. Se había convenido que abordaría la cuestión albanesa con el dirigente serbio esa noche cuando ambos asistieran a la ópera. Pero cuando el ministro de Asuntos Exteriores llegó un poco tarde para tomar asiento en el palco real, se encontró con que Pašić ya se había retirado a su hotel, donde era de suponer que estaría en la cama profundamente dormido. El primer ministro serbio salió de Viena a la mañana siguiente temprano sin que hubiera tenido lugar ninguna otra reunión. Berchtold volvió a su despacho y pasó la madrugada escribiendo una carta que un mensajero llevó al hotel, de modo que Pašić la recibió

cuando salía de la ciudad. Pero como estaba garabateada en alemán (por no hablar de la famosa letra inescrutable de Berchtold) Pašić no pudo leerla. Aunque descifraron la carta en Belgrado, a Pašić le costó trabajo comprender lo que Berchtold quería decir.[104] Y la gente del Ministerio de Asuntos Exteriores austriaco tampoco tenía ni idea, porque a Berchtold no se le ocurrió conservar una copia del texto. Sin duda, esta comedia de equívocos –suponiendo que después de una década se pueda confiar en los recuerdos de Berchtold– es, en parte, una crítica a la desorganización austriaca, acaso también a la gentil timidez y la reserva de Berchtold, pero asimismo alude al famoso carácter esquivo de Pašić.[105] Sobre todo, transmite la torpeza paralizante que se había instalado en las relaciones austro-serbias en vísperas de la Primera Guerra Mundial.

El resultado de la vigilancia austriaca de Serbia en los últimos años, meses y semanas antes del asesinato fue un informe bastante matizado sobre las fuerzas desestabilizadoras que actuaban en el estado vecino. Era este un panorama hostil y por lo tanto tendencioso y unilateral, sin lugar a dudas. Las observaciones austriacas de los acontecimientos serbios estaban insertas en una matriz de actitudes negativas –arraigadas en parte en la experiencia y en parte en viejos estereotipos– acerca de la cultura política serbia y sus distinguidos protagonistas. La mala fe, la falsedad, la falta de fiabilidad, el carácter esquivo, la violencia y la irritabilidad, eran temas recurrentes en los informes de los enviados a Belgrado. Brillaba por su ausencia un análisis meticuloso de las relaciones operativas entre los grupos austrófobos dentro de Serbia y el terrorismo irredentista en el interior de los territorios de los Habsburgo. Es posible que el fracaso de los juicios Agram-Friedjung frenara la recogida de información de Austria después de 1909, del mismo modo que los escándalos de la Irán-Contra ocurridos durante la presidencia de Ronald Reagan en la década de 1980 condujeron a una reducción tem-

poral de la actividad secreta en el ámbito de los servicios de inteligencia de las agencias estadounidenses.[106] Los austriacos reconocían que el propósito de Narodna Odbrana era subvertir el dominio de los Habsburgo en Bosnia y mantener redes de activistas en sus territorios. Sospechaban que las raíces de toda actividad irredentista serbia dentro del imperio llevaban de nuevo a la propaganda panserbia de las redes patrióticas radicadas en Belgrado. Pero la esencia exacta de los vínculos y la relación entre Narodna Odbrana y la Mano Negra no se comprendían bien. No obstante, los puntos de referencia clave que conformarían el pensamiento y la acción de los austriacos tras los sucesos de Sarajevo estaban fijados en la primavera de 1914.

HALCONES Y PALOMAS

Las Guerras de los Balcanes aniquilaron la posición de seguridad de Austria en dicha península y crearon una Serbia más grande y fuerte. El territorio del reino se amplió en más de un 80%. Durante la Segunda Guerra de los Balcanes, las fuerzas armadas serbias bajo el mando supremo del general Putnik mostraron una disciplina e iniciativa impresionantes. El gobierno Habsburgo había adoptado muchas veces un tono desdeñoso en sus discusiones sobre la amenaza militar que suponía Belgrado. Aehrenthal utilizó una vez una metáfora elocuente para describir a Serbia como un «bribón» que mangaba manzanas en el huerto austriaco. Esta ligereza ya no era posible. Un informe del Estado Mayor del 9 de noviembre de 1912 expresaba sorpresa ante el crecimiento espectacular del poder de ataque de Serbia. Las mejoras en la red de ferrocarriles, en marcha desde comienzos de año, la modernización de las armas y el equipamiento, y el aumento masivo del número de unidades de vanguardia, todo financiado con préstamos franceses, habían transformado Serbia en un combatiente formidable.[107] Además, probablemente la fuerza militar serbia aumentaría con el tiempo; 1,6 millones de personas vivían en los nuevos territorios conquistados por Ser-

bia durante las dos Guerras de los Balcanes. En un informe de octubre de 1913, el agregado militar en Belgrado Otto Gellinek observó que aunque no había causa para la alarma inmediata, nadie debía subestimar la pericia militar del reino. De ahí en adelante, cuando se calcularan las necesidades defensivas de la monarquía, sería necesario igualar todas las unidades de la vanguardia serbia hombre a hombre con tropas austriacas.[108]

El problema de cómo responder a la situación de deterioro de la seguridad en los Balcanes dividía a quienes tomaban las decisiones clave en Viena. ¿Debería buscar Austria-Hungría algún tipo de arreglo con Serbia, o frenarla por medios diplomáticos? ¿Debería esforzarse Viena por arreglar la entente echada a perder con San Petersburgo? ¿O se encontraba la solución en un conflicto armado? Era difícil extraer respuestas inequívocas de las redes multidimensionales del estado austrohúngaro. La política exterior del imperio no emanaba de una célula ejecutiva compacta en la cúspide del sistema. Surgía de las interacciones por toda una serie de centros de poder cuyas mutuas relaciones eran en parte informales y en constante cambio. El Estado Mayor era uno de esos centros, la Cancillería Militar del heredero del trono otro. El Ministerio de Asuntos Exteriores situado en la Ballhausplatz era desde luego un actor clave, aunque en realidad funcionaba como un marco en el que los grupos rivales encargados de las políticas se batían a empellones para mantener su influencia. La constitución dualista exigía que se consultara al primer ministro húngaro sobre cuestiones de política exterior imperial y la estrecha relación entre los problemas internos y externos aseguraba que otros ministros y funcionarios de alto nivel también reclamaran un papel en la resolución de asuntos específicos: por ejemplo, Leon Biliński, ministro adjunto de Finanzas con responsabilidades en la administración de Bosnia-Herzegovina, o incluso su supuesto subordinado el gobernador Potiorek, *Landeschef* de Bosnia, cuyas ideas no siempre coinci-

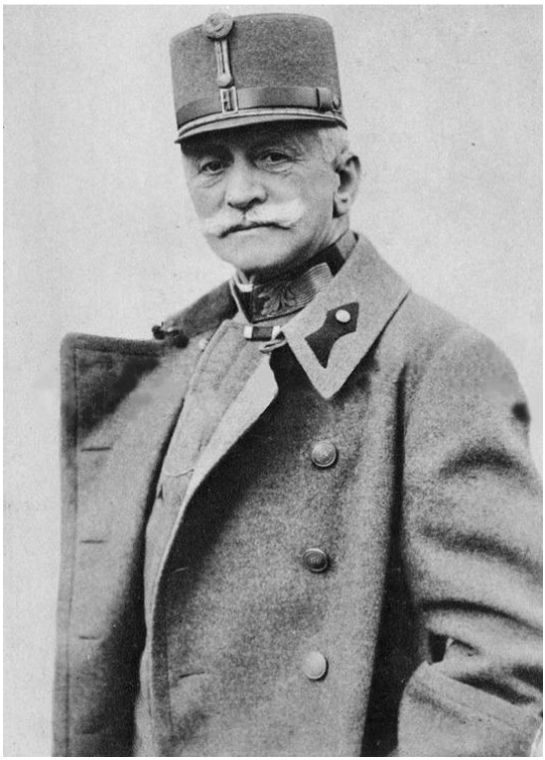
día con las del ministro. La textura de este sistema era tan abierta que incluso personas de menor nivel –diplomáticos, por ejemplo, o jefes de sección dentro del Ministerio de Asuntos Exteriores– podían tratar de conformar la política imperial mediante la presentación de memorándums no solicitados que en ocasiones podrían desempeñar un papel importante centrando las posturas en el seno de la élite responsable de elaborar las políticas. A la cabeza de todo esto estaba el emperador, cuyo poder para aprobar o bloquear las iniciativas de sus ministros y consejeros seguía siendo indiscutible. Pero era un papel más pasivo que proactivo: respondía a las iniciativas de los centros de poder de la élite política, y mediaba entre ellas.[109]

En el marco de este sistema sorprendentemente policrático, aparecen tres figuras muy influyentes: el jefe del Estado Mayor austriaco, el mariscal de campo y teniente Franz Conrad von Hötzendorf; el heredero del trono de los Habsburgo, el archiduque Francisco Fernando de Austria-Este; y el ministro de Asuntos Exteriores desde 1912, el conde Leopold von Berchtold.

El conde Leopold Berchtold (Popperfoto/Getty Images)

Conrad von Hötzendorf fue uno de los personajes más enigmáticos entre los que ostentaban un alto cargo militar en la Europa de principios del siglo XX. Tenía 54 años cuando le nombraron jefe del Estado Mayor en 1906 y a lo largo de su carrera fue siempre un firme defensor de la guerra contra los enemigos de la monarquía. Su agresividad era implacable en lo tocante a las relaciones exteriores del imperio. Sin embargo, también albergaba dudas profundas y sinceras sobre su idoneidad para el cargo y a menudo le daba vueltas a la idea de dimitir. Era tímido en compañía de gente distinguida y disfrutaba de la soledad de sus paseos por las montañas, donde se dejaba llevar por la melancolía y realizaba bocetos a lápiz de laderas escarpadas cubiertas de coníferas oscuras. Su tendencia a desconfiar de sí mismo se veía reforzada por episodios periódicos de depresión severa, en especial tras la muerte de su esposa en 1905. Buscó una vía de esca-

pe a esta agitación en su relación con Gina von Reininghaus, esposa de un industrial vienés.



Conrad von Hötzendorf (Getty Images)

El empeño de Conrad en esta relación potencialmente escandalosa muestra a las claras su personalidad. Comenzó en una cena en Viena en 1907, cuando casualmente les sentaron juntos. Alrededor de una semana después, Conrad se presentó en la residencia de Reininghaus en la Operngasse y anunció a su anfitriona: «Estoy perdidamente enamorado de usted y solo tengo un pensamiento en la cabeza: que tiene usted que casarse conmigo.» Desconcertada, Gina respondió que eso era del todo imposible; estaba atada por un «compromiso séptuple» en forma de un marido y seis hijos. «No obstante», insistió Conrad, «no descansaré, este deseo será la estrella que me guíe.»[110] Uno o dos días después, un ayudante hizo una visita rápida para informar a Reininghaus de que, en vista del delicado estado mental

del jefe del Estado Mayor, ella debería pensárselo dos veces antes de privarle de esperanza. El propio Conrad hizo una nueva aparición ocho días después, en la que declaró que si ella le rechazaba definitivamente, dimitiría de su cargo y desaparecería de la vida pública. Llegaron a un acuerdo: Reininghaus se quedaría con su marido y sus hijos en el futuro inmediato. Pero si en algún momento le pareciera oportuno separarse de su marido, tendría presente a Conrad. La jugada audaz del jefe del Estado Mayor –la aplicación triunfal del culto de la ofensiva al arte del cortejo– dio buenos resultados.

Gina se quedó con su marido ocho años más. No se sabe con exactitud cuándo ella y Conrad iniciaron una aventura. El marido de Gina, Hans von Reininghaus, era en todo caso un cornudo complaciente –el acaudalado hombre de negocios tenía otra mujer con la que divertirse–, y la conexión con Conrad le daba acceso a contratos lucrativos de suministros militares. Entretanto, Conrad visitaba a su amada siempre que podía. También escribía cartas de amor, a veces varias al día. Pero ya que no podía enviarlas por correo a su pretendida sin arriesgarse a un escándalo, las pegó en un álbum que llevaba el título de «Diario de mis sufrimientos». Aparte de alguna novedad, el tema era constante: ella era su única alegría, solo el hecho de pensar en ella podía sacarlo del abismo de la desesperación, su destino estaba en sus manos, y así sucesivamente. En total acumuló más de 3.000 cartas entre 1907 y 1915, llegando algunas a las sesenta páginas de extensión. Gina solo tuvo conocimiento del álbum después de la muerte de Conrad.[111]

Sería difícil exagerar la importancia de esta relación; constituyó el centro de la vida de Conrad entre los años 1907 y el estallido de la guerra, eclipsando todos los demás problemas entre los que se contaban los asuntos políticos y militares que llegaban a su escritorio. Su naturaleza obsesiva puede ayudar a explicar algunos rasgos del comportamiento profesional de Con-

rad –por ejemplo, su predisposición a arriesgar su estatus profesional sumándose a posturas extremas, y su relativa inmunidad al miedo de verse expuesto o desacreditado–. Incluso llegó a considerar la guerra como medio para lograr que Gina fuera suya. Conrad creía que solo como héroe de guerra victorioso podría sortear los obstáculos sociales y el escándalo que irían asociados a un matrimonio con una distinguida divorciada. En una carta a Gina fantaseaba sobre el hecho de volver de una «guerra balcánica» cubierto con los laureles del triunfo, abandonar toda prudencia y hacerla su esposa.[112] Las fotografías que le tomaron durante esos años muestran a un hombre preocupado por mantener un aspecto viril, pulcro y joven. Entre sus documentos privados, ahora depositados en el Haus-, Hof und Staatsarchiv de Viena, se pueden encontrar anuncios de cremas antiarrugas recortados de las páginas de la prensa diaria. En resumen, Conrad ilustraba un tipo de masculinidad europea frágil y más bien estresada característica en cierto sentido del *fin-de-siècle*.

Conrad abordaba las difíciles situaciones geopolíticas de la monarquía de los Habsburgo con la misma determinación monomaníaca que llevó a su vida amorosa. Incluso en el contexto de los mandos militares europeos anterior a 1914 destacó por ser más agresivo de lo habitual. Su respuesta a casi todos los problemas diplomáticos era «guerra»; en eso apenas hubo cambios entre 1906 y 1914. Conrad aconsejó reiteradamente guerras preventivas contra Serbia, Montenegro, Rusia, Rumanía e incluso Italia, aliado desleal de Austria y rival en los Balcanes.[113] No escondió estas creencias, sino que las difundió abiertamente en periódicos como el *Militärische Rundschau* que eran conocidos por ser afines al Estado Mayor.[114] Estaba orgulloso de sus opiniones inamovibles, lo que consideraba una señal de firmeza y resolución masculinas. «Aquí estoy defendiendo la postura que siempre he mantenido», era una de sus frases favoritas en cartas e informes que enviaba a ministros y colegas. Además, era

partidario de un estilo de comunicación cáustico, quejoso y santurrón que irritaba a sus colegas y superiores. En 1912, cuando su aventura amorosa era un hecho probado, Gina aconsejó a Conrad que podría llevarse mejor con el emperador si le hablaba con amabilidad y evitaba «el método de los garrotazos».[115]

Conrad vislumbraba muchos enemigos potenciales, pero Serbia llegó a ser su principal preocupación. En un memorándum redactado a finales de 1907 exigió la invasión y anexión de Serbia a la que describió como «un caldo de cultivo constante para esas aspiraciones e intrigas que tienen como objetivo la separación de las comarcas eslavas del sur [del imperio]».[116] Durante los años 1908-1909, cuando la crisis de la anexión estaba en su punto álgido, exigió reiteradamente una guerra preventiva contra Belgrado. «Es un crimen», le dijo a Gina von Reininghaus en la primavera de 1909, «que no se haga nada. La guerra contra Serbia podría haber salvado la monarquía. Dentro de unos años expiaremos amargamente esta omisión, y yo seré el elegido para asumir toda la responsabilidad y beber el cáliz hasta vaciarlo.»[117] De nuevo exigió la guerra contra Serbia durante la crisis de la Guerra de los Balcanes de 1912-1913, y en los doce meses entre el 1 de enero de 1913 y el 1 de enero de 1914, la volvió a aconsejar no menos de 25 veces.[118] Esta búsqueda decidida del conflicto se basaba en la filosofía social darwinista en la cual la lucha y la competencia por la primacía se consideraban hechos inevitables y necesarios de la vida política entre estados. El de Conrad no era todavía un punto de vista racista (aunque sin duda había muchos oficiales austriacos jóvenes que preveían un choque entre los pueblos germano y eslavo), sino más bien una visión hobbesiana desalentadora del eterno conflicto entre estados destinados a buscar su propia seguridad a costa de todo lo demás.[119]

Hasta el comienzo de las Guerras de los Balcanes, las intervenciones de Conrad fueron superiores en cantidad que en im-

pacto. La propia inmutabilidad de sus ideas debilitó poco a poco su credibilidad entre los dirigentes civiles. El emperador Francisco José rechazó de plano sus peticiones de guerra preventiva contra Serbia en 1908. También Aehrenthal permaneció insensible a sus argumentos y cada vez se impacientaba más ante los esfuerzos del jefe del Estado Mayor para intervenir en el proceso de elaboración de políticas. Para octubre de 1911, cuando Conrad pugnó con fuerza a favor de la guerra contra Italia, Aehrenthal ya no pudo soportarlo más y presentó una queja ante el emperador en la que decía que Conrad había creado un «partido bélico» dentro del Estado Mayor. Si este hecho no se controlaba «paralizaría la capacidad de la monarquía para la acción política».[120]

El conflicto llegó a un punto crítico durante una audiencia tormentosa con el emperador el 15 de noviembre. Harto del impetuoso jefe del Estado Mayor, el emperador Francisco José le mandó llamar a Schönbrunn para reprenderle: «Esos ataques incesantes contra Aehrenthal, esos puyazos, los prohíbo», le dijo a Conrad. «Esos reproches que se repiten sin cesar relativos a Italia y los Balcanes están dirigidos a *Mí*. ¡Soy *Yo* quien decide la política! Mi política es una política de paz. Todos deben aprender a vivir con eso.»[121] Merece la pena destacar este choque entre el emperador Habsburgo y su jefe de Estado Mayor. Una colisión de este tipo hubiera sido impensable en tiempos de los predecesores de Conrad.[122] Ello era señal de que los elementos que constituían la estructura de mando de los Habsburgo se estaban distanciando y adquiriendo una autonomía parcial que complicaba seriamente el proceso de toma de decisiones. Conrad recibió impertérrito los reproches del emperador y se ocupó de preparar una respuesta mordaz, pero Francisco José le destituyó de su cargo antes de que tuviera oportunidad de presentarla. Su destitución se anunció oficialmente el 2 de diciembre de 1911.[123]

Francisco Fernando, archiduque de Austria-Este

Conrad y su política bélica tenían en Francisco Fernando, heredero del trono de los Habsburgo, al opositor más constante e influyente, cuya muerte en Sarajevo provocaría la crisis de julio de 1914. Francisco Fernando ocupaba una posición compleja y fundamental dentro de la estructura jerárquica de los Habsburgo. En la corte era un personaje aislado. Sus relaciones con el emperador no eran cordiales. Su nombramiento como heredero al trono solo se produjo porque el hijo del emperador, el príncipe heredero Rodolfo, se había suicidado en enero de 1889. El recuerdo de este príncipe inteligente y taciturno ensombrecía sin duda la relación del emperador con el hombre temperamental y arisco que le había sustituido. Hasta pasados cinco años de la muerte de su hijo no estuvo el emperador preparado para nombrar a Francisco Fernando su supuesto sucesor, y solo dos años después, en 1896, el archiduque se convirtió en el heredero definitivo al trono. Pero incluso entonces, los encuentros del empe-

rador con su sobrino solían celebrarse en un tono de condescendencia hiriente y se decía que el archiduque acudía a las audiencias imperiales temblando como un colegial camino al despacho del director.

El escándalo de la boda de Francisco Fernando con la noble checa Sofía Chotek en 1900 constituyó un lastre más en su relación con el emperador. Este fue un matrimonio por amor contraído en contra de los deseos del emperador y la familia real de los Habsburgo. Si bien descendía de una estirpe insigne de Bohemia, la condesa Sofía Chotek von Chotkova y Wognin no cumplía los criterios genealógicos estrictos de la Casa de Habsburgo. Francisco Fernando tuvo que emprender una larga campaña recabando el apoyo de arzobispos y ministros y en última instancia del káiser Guillermo II de Alemania y del Papa León XIII, a fin de conseguir el permiso para la unión. Finalmente, Francisco José se dio por vencido pero no se reconcilió con el matrimonio hasta la muerte violenta de la pareja en 1914.[124] Su heredero se vio obligado a prestar un juramento que excluía de la línea de sucesión al trono de los Habsburgo a los hijos aún no nacidos de su matrimonio. Después de la boda, la pareja siguió sufriendo los desaires de un protocolo cortesano que regulaba casi todos los aspectos de la vida pública de la dinastía: a Sofía le prohibieron llevar el título de archiduquesa, y primero la designaron princesa y luego duquesa de Hohenberg. No le permitían acompañar a su marido en el palco real de la ópera, sentarse cerca de él en las cenas de gala o ir con él en la espléndida carroza real con ruedas de oro. Su torturador principal era el chambelán del emperador, el príncipe Montenuovo, descendiente ilegítimo de una de las esposas de Napoleón, que en todas las ocasiones imponía las reglas de la etiqueta con exquisita precisión.

Después de 1906, cuando el emperador nombró a su sobrino inspector general del ejército, Francisco Fernando compensó los

largos años de aislamiento en la corte construyendo su propia base de poder dentro de la destartalada estructura ejecutiva de la doble monarquía. Además de conseguir algunos nombramientos clave (Aehrenthal y Conrad entre otros), el archiduque amplió las actividades de su Cancillería Militar, ubicada cerca de su residencia en el Bajo Belvedere. Bajo la supervisión enérgica de un jefe de Estado Mayor inteligente, el comandante Alexander Brosch von Aarenau, la Cancillería Militar se reorganizó a la manera de un ministerio; sus canales de información claramente militares servían de tapadera para la recogida de datos políticos y una red de periodistas amigos controlada desde Belvedere promulgaba las ideas del archiduque, arreaba a los rivales políticos e intentaba moldear los debates públicos. Como tramitaban más de 10.000 envíos de correspondencia al año, la Cancillería se convirtió en un comité de expertos, un centro de poder dentro del sistema que algunos consideraban un «gobierno en la sombra».[125] Como todos los comités de expertos, este tenía sus intereses creados. Un estudio interno de sus operaciones concluyó que su objetivo político principal era entorpecer cualquier «percance posible» que pudiera acelerar la «fragmentación nacional-federal» del Imperio de los Habsburgo.[126]

En el centro de esta preocupación sobre la fragmentación política se encontraba una hostilidad profundamente arraigada hacia las élites húngaras que controlaban la mitad oriental del Imperio Austrohúngaro.[127] El archiduque y sus consejeros criticaban abiertamente el sistema político dualista fraguado a raíz de la derrota de Austria a manos de Prusia en 1866. En opinión de Francisco Fernando, este arreglo tenía un defecto fatal: concentraba el poder en manos de una élite magiar arrogante y políticamente desleal, al tiempo que marginaba y aislaba a las otras nueve nacionalidades oficiales del imperio. Una vez instalado con su personal en el Bajo Belvedere, el capitán Brosch von

Aarenau creó una red de intelectuales y expertos de origen no magiar y descontentos con la situación y la Cancillería Militar se convirtió en un centro de intercambio para la oposición eslava y rumana a las políticas opresoras del reino de Hungría dirigidas a las minorías.[128]

El archiduque no ocultaba su intención de reestructurar el sistema imperial tras su ascenso al trono. El objetivo clave era quebrar o disminuir la hegemonía húngara en la parte oriental del imperio. Durante un tiempo, Francisco Fernando favoreció el fortalecimiento del elemento eslavo de la monarquía creando una «Yugoslavia» dentro del imperio dominada por croatas (y por lo tanto católicos). Su asociación con esta idea fue lo que despertó el odio de sus enemigos serbios ortodoxos. Sin embargo, parece que en 1914 abandonó este plan a favor de una transformación de gran alcance mediante la cual el imperio se convertiría en unos «Estados Unidos de la Gran Austria», compuestos por quince estados miembros, muchos de los cuales tendrían mayorías eslavas.[129]

Al reducir el estatus de los húngaros, el archiduque y sus consejeros esperaban reforzar la autoridad de la dinastía de los Habsburgo al tiempo que reavivaban las lealtades de las nacionalidades menores. Independientemente de lo que se pensara de este programa, y era evidente que a los húngaros no les gustaba, revelaba que el archiduque era un hombre de intenciones radicales cuyo ascenso al trono pondría fin a la costumbre de ir tirando que parecía paralizar la política austriaca en las décadas anteriores a 1914. También colocó al heredero del trono en directa oposición política con el soberano reinante. El emperador se negó a tolerar cualquier manipulación del Compromiso dualista de 1867, al que consideraba el logro más duradero de sus primeros años en el poder.

El programa de reformas internas de Francisco Fernando tuvo también repercusiones de gran alcance por sus ideas sobre

política exterior. Creía que la debilidad estructural de la monarquía en esos momentos y la necesidad de una reforma interna radical descartaban rotundamente una política externa centrada en el enfrentamiento. De modo que Francisco Fernando se oponía firmemente a la aventura agresiva de Conrad. Aquí se daba una ironía, ya que Francisco Fernando, en su función de inspector jefe, fue quien aupó a Conrad a su cargo en el Estado Mayor, ascendiéndole por encima de muchos oficiales mejor cualificados –tal vez por esta razón el archiduque fue considerado, en general y erróneamente, jefe del partido bélico austriaco–. Ambos hombres estaban de acuerdo en algunas cuestiones: el tratamiento igualitario de las nacionalidades, por ejemplo, y la jubilación de oficiales veteranos de alto rango que probablemente defraudarían en caso de guerra.[130] A Francisco Fernando también le agradaba Conrad como persona, en parte porque este adoptó una actitud de respeto y simpatía hacia su esposa (en general, el heredero del trono solía juzgar a las personas por cómo trataban el hecho delicado de su matrimonio y Conrad, por razones obvias, se sentía inclinado a mirar con buenos ojos el matrimonio poco ortodoxo por amor del archiduque). Pero en el ámbito de la seguridad y la diplomacia sus ideas estaban muy alejadas.

Para Conrad el ejército era exclusivamente un instrumento de la guerra moderna y estaba plenamente comprometido con su modernización y preparación para hacer frente a las condiciones del próximo gran conflicto; en cambio, en opinión de Francisco Fernando, el ejército era sobre todo una garantía de la estabilidad interna. Francisco Fernando era un defensor de los intereses navales decidido a consolidar el dominio austriaco en el Adriático mediante la construcción de una flota de acorazados; Conrad consideraba que la armada exigía unos recursos que estarían mejor invertidos en el ejército: «la victoria naval más gloriosa», dijo al archiduque, «no compensaría una derrota

en tierra».[131] Al contrario que Conrad, Francisco Fernando se opuso a la anexión de Bosnia. «En vista de nuestra desolada situación interna», dijo a Aehrenthal en agosto de 1908, «estoy por principio en contra de todos esos juegos de poder.»[132] A mediados de octubre, inquieto por la respuesta furiosa de Serbia a la anexión advirtió a Aehrenthal que no dejara que la crisis llegara a una guerra: «No conseguiríamos nada con ello, y más bien parece como si estos sapos balcánicos, alentados por Gran Bretaña y tal vez Italia, quieran incitarnos a dar un paso militar precipitado».[133] Está muy bien dar una paliza a los serbios y montenegrinos, le confió a Brosch, pero ¿de qué servirían estos «laureles baratos» si le hicieran cargar al imperio con una escalada europea general y un «combate en dos o tres frentes» que fuera incapaz de sostener? Hay que refrenar a Conrad, advirtió. En diciembre de 1911 se produjo una ruptura abierta, cuando Conrad exigió que Austria-Hungría aprovechara la oportunidad creada por la guerra de Libia para atacar a Italia. Conrad fue despedido por el emperador en diciembre de 1911 en gran medida porque Francisco Fernando le había abandonado.[134]

El aliado más influyente del archiduque era el nuevo ministro de Asuntos Exteriores del imperio, el conde Leopoldo Berchtold von und zu Ungarschitz, Fratting und Pullitz. Berchtold era un noble de inmensa riqueza y gustos exigentes, un noble y educado representante de esa clase terrateniente que seguía dominando los tramos superiores de la administración austrohúngara. De temperamento prudente, incluso temeroso, no era un político intuitivo. Sus verdaderas pasiones eran las artes, la literatura y la equitación, a las que se daba con tanto afán como le permitía su riqueza. Su buena disposición a seguir una carrera diplomática tuvo más que ver con su lealtad personal al emperador y al ministro de Asuntos Exteriores Aehrenthal que con un deseo de poder o prestigio personales. La reticencia que manifestaba

cuando le invitaban a aceptar cargos de mayor rango y responsabilidad era sin duda auténtica.

Tras su traslado de la administración pública al Ministerio de Asuntos Exteriores, Berchtold prestó servicio en las embajadas de París y Londres antes de aceptar un puesto en San Petersburgo en 1903. Allí se hizo amigo íntimo y aliado de Aehrenthal, que llevaba de embajador en Rusia desde 1899. El destino en San Petersburgo atraía a Berchtold porque era un partidario entusiasta del pacto austro-ruso. Creía que unas relaciones armoniosas con Rusia, basadas en la colaboración en zonas de posible conflicto como los Balcanes, eran fundamentales tanto para la seguridad del imperio como para la paz en Europa. Obtuvo una gran satisfacción profesional por el hecho de que, como colega de Aehrenthal, pudo desempeñar un papel en la consolidación de las buenas relaciones entre las dos potencias. Cuando Aehrenthal partió para Viena, Berchtold aceptó con mucho gusto el puesto de embajador, en la certeza de que sus opiniones acerca de las relaciones austro-rusas estaban en completa sintonía con las del nuevo ministro.[135]

Por eso fue una sorpresa para él encontrarse en primera línea cuando las relaciones austro-rusas dieron un giro drástico a peor en 1908. Los primeros 18 meses de Berchtold en su nuevo puesto habían sido relativamente armoniosos pese a que Izvolsky daba señales de estar desviándose del pacto con Austria hacia una estrategia continental basada en el nuevo Convenio anglo-ruso de 1907.[136] Pero la crisis de la anexión de Bosnia arruinó toda posibilidad de seguir colaborando con el ministro de Asuntos Exteriores y desgastó la política de distensión en cuyo nombre Berchtold había aceptado su cargo. Este lamentó profundamente que Aehrenthal estuviera dispuesto a arriesgar la buena voluntad de los rusos en aras del prestigio austrohúngaro. El 19 de noviembre de 1908, Berchtold escribió una carta al ministro en la que criticaba de manera implícita la política de su

antiguo mentor. A juzgar por la «escalada patológica del sentimiento nacionalista ruso de influencia paneslava», escribió, la continuación de «la política activa en los Balcanes inaugurada por nosotros» tendría inevitablemente «un efecto negativo más en nuestras relaciones con Rusia». Los últimos acontecimientos «dificultaron muchísimo» su trabajo en San Petersburgo. Tal vez otro hombre hubiera sido capaz de encontrar el carisma y la cordialidad para restaurar las buenas relaciones, «pero para alguien de mis humildes capacidades esto es el equivalente a la cuadratura del círculo». Acababa solicitando que le retiraran de su cargo en cuanto la situación volviera a la normalidad.[137]

Berchtold permanecería en San Petersburgo hasta abril de 1911, pero su puesto se había convertido en una carga para él. La exhibición ostentosa de riqueza, característica de la vida social entre los oligarcas del San Petersburgo de comienzos del siglo XX, empezó a aburrirle. En enero de 1910, asistió a un gran baile en el palacio de la condesa Thekla Orlov-Davidov –un edificio diseñado por Boulanger siguiendo el modelo de Versalles– donde los salones de baile y las galerías estaban engalanados con miles de flores frescas enviadas desde unos invernaderos de la Riviera Francesa en un tren especial a través del invierno austral y a un coste enorme. Incluso para este acaudalado experto en arte y entusiasta de las carreras, semejante despilfarro era insoportable.[138] Berchtold abandonó San Petersburgo con un sentimiento de profundo alivio y regresó a su hacienda de Buchlau. El hechizo de la recuperación solo iba a durar diez meses. El 19 de febrero de 1912, el emperador lo llamó a Viena y le nombró sucesor de Aehrenthal como ministro de Asuntos Exteriores.

Berchtold llevó a su nuevo mandato un deseo sincero de restablecer relaciones con Rusia; de hecho, fue la creencia de que sería capaz de conseguirlo lo que impulsó al emperador a nombrarle.[139] El nuevo embajador austriaco en San Petersburgo, con-

de Duglas Thurn, apoyaba la búsqueda de la distensión, y Berchtold pronto descubrió que tenía un aliado poderoso en la persona de Francisco Fernando, que enseguida se aferró al nuevo ministro de Asuntos Exteriores colmándole de consejos, asegurándole que sería mucho mejor que sus «predecesores espantosos, Goluchowski y Aehrenthal», y respaldando la política de distensión en los Balcanes.[140] Por el momento, no estaba claro qué podía hacerse para mejorar las cosas con Rusia: Nikolai Hartwig animaba el ultranacionalismo serbio, incluida la agitación irredentista en el seno de la monarquía de los Habsburgo; más aún, y sin que los austriacos lo supieran, los agentes rusos ya estaban trabajando con ahínco para crear una Liga Balcánica contra Turquía y Austria. No obstante, la nueva administración del Ministerio Conjunto de Asuntos Exteriores estaba dispuesta a emprender un intercambio de ideas. El 30 de abril de 1913, en un discurso ante la delegación húngara, Berchtold anunció que su política sería una «política de estabilidad y paz, de conservar lo ya existente, y de evitar los enredos y las sorpresas».[141]

Las Guerras de los Balcanes pondrían a prueba este compromiso hasta el límite. El principal caballo de batalla era Albania. Los austriacos seguían comprometidos con la creación de una Albania independiente que, era de esperar, podría llegar a ser un satélite de Austria. Por otra parte, el gobierno serbio estaba decidido a conseguir una franja de territorio que conectara la región central del país con la costa adriática. Durante los conflictos de los Balcanes de 1912 y 1913, los ataques sucesivos de Serbia en el norte de Albania desencadenaron una serie de crisis internacionales cuyo resultado fue un notable deterioro de las relaciones austro-serbias. La disposición de Austria a satisfacer las demandas de Serbia (o incluso a tomarlas en serio) desapareció, y con la confianza reforzada por la apropiación de nuevas tierras en el sur y el sureste, Serbia se convirtió en una presencia cada vez más amenazadora.

La hostilidad de Austria hacia el avance triunfal de Belgrado se vio acrecentada a partir del otoño de 1913 por las sombrías noticias de las zonas conquistadas por las fuerzas serbias. En octubre de 1913 llegaron informes del cónsul general austriaco en Skopje, Jehlitschka, acerca de las atrocidades cometidas contra los habitantes del lugar. Uno de ellos hablaba de la destrucción de diez aldeas y el exterminio de toda la población. En primer lugar obligaron a los hombres a salir de la aldea y los fusilaron; luego prendieron fuego a las casas, y cuando las mujeres y los niños huían de las llamas, les mataron con bayonetas. El cónsul general informaba de que, por lo general, eran los oficiales los que disparaban sobre los hombres; la matanza de las mujeres y los niños la dejaban a los reclutas. Otra fuente describía el comportamiento de los soldados serbios tras la toma de Gostivar, uno de los pueblos de una zona en la que los albaneses se levantaron contra los invasores serbios. Unos 300 musulmanes de Gostivar que no habían participado en el levantamiento fueron arrestados durante la noche, sacados fuera del pueblo en grupos de 20 a 30 y asesinados a golpes y puñaladas con las culatas de los fusiles y las bayonetas (los disparos habrían despertado a los habitantes del pueblo), antes de arrojarlos a una gran fosa abierta que habían cavado con anterioridad con ese propósito. No eran actos de brutalidad espontáneos, concluía Jehlitschka, sino más bien «una operación de eliminación o aniquilación sistemática y a sangre fría que parecía haberse llevado a cabo cumpliendo órdenes superiores».[142]

Como hemos visto, era inevitable que dichos informes, que coincidían con los de los funcionarios británicos de la zona, afectaran el ánimo y la actitud de los dirigentes políticos de Viena. En mayo de 1914, el enviado serbio en Viena, Jovanović, informó de que incluso el embajador francés se quejó ante él de la conducta de los serbios en las nuevas provincias; los colegas griegos, turcos, búlgaros y albaneses formularon quejas simila-

res, y era de temer que el daño a la reputación de Serbia pudiera tener «muy malas consecuencias».[143] Las negativas simplistas de Pašić y sus ministros reforzaban la impresión de que el gobierno o bien estaba detrás de las atrocidades o bien no estaba dispuesto a hacer nada por impedirlas o investigarlas. Al embajador austrohúngaro en Belgrado le hacía gracia ver editoriales en la prensa de Viena que aconsejaban al gobierno serbio que tratara con cuidado a las minorías y se las ganara mediante una política de reconciliación. En una carta a Berchtold observó que tal vez los «estados civilizados» hicieran caso a dicho consejo. Pero Serbia era un estado en el que «el asesinato y la matanza habían sido elevados a la categoría de método».[144] El impacto de estos informes en la política austriaca es difícil de calibrar – apenas sorprendieron a los vieneses que ya se habían abonado a los tópicos sobre Serbia y sus ciudadanos. Como poco, ponían de relieve a ojos de Viena la ilegalidad política de la expansión territorial serbia.

No obstante, una guerra entre Austria y Serbia no parecía probable en la primavera-verano de 1914. Los ánimos estaban relativamente tranquilos en Belgrado esa primavera, lo que reflejaba el agotamiento y la sensación de hartazgo que siguieron a la Guerra de los Balcanes. La inestabilidad de las zonas recién conquistadas y la crisis cívico-militar que atormentó a Serbia durante el mes de mayo dio motivos para sospechar que el gobierno de Belgrado se estaría centrando sobre todo en tareas de consolidación interna con vistas al futuro inmediato. En un informe enviado el 24 de mayo de 1914, el embajador austrohúngaro en Belgrado, el barón Giesl, observó que aunque los efectivos serbios a lo largo de la frontera albanesa seguían siendo numerosos, no parecía haber motivos para temer nuevas incursiones.[145] Y tres semanas después, el 16 de junio, un despacho de Gellinek, agregado militar en Belgrado, aportó asimismo una nota de sosiego. Era verdad que habían retirado a los oficiales

que estaban de vacaciones, pedido a los reservistas que no abandonaran sus domicilios y que el ejército se mantenía en un alto estado de preparación. Pero no había indicios de intenciones agresivas ni hacia Austria-Hungría ni hacia Albania.[146] Todo estaba en calma en el frente sur.

Tampoco había señales de que los propios austriacos estuvieran pensando en la guerra. A primeros de junio, Berchtold dio instrucciones a un jefe de sección del Ministerio de Asuntos Exteriores, el barón Franz Matscheko, para que preparase una declaración de posición secreta que esbozara las principales preocupaciones del imperio en los Balcanes y propusiera soluciones. El «Memorándum Matscheko», redactado con el asesoramiento de Forgách y Berchtold, pasó a la mesa del ministro el 24 de junio y es la imagen más clara que tenemos de lo que pensaba Viena en el verano de 1914. No es un documento alentador. Matscheko solo menciona dos hechos positivos en los Balcanes: indicios de un acercamiento entre Austria-Hungría y Bulgaria, que por fin había «despertado de la hipnosis rusa», y la creación de una Albania independiente.[147] Pero Albania no era precisamente el modelo de como debía construirse acertadamente un estado: los niveles de agitación interna y anarquía eran elevados, y en general los albaneses estaban de acuerdo en que no se lograría el orden sin ayuda externa.[148] Y casi todo lo demás era negativo. Serbia, ampliada y fortalecida por las dos Guerras de los Balcanes, representaba una amenaza mayor aún, la opinión pública rumana se había desplazado a favor de Rusia y planteaba la cuestión de cuándo rompería Rumanía formalmente con la Triple Alianza para alinearse con Rusia. Austria tuvo que hacer frente en todo momento a una política rusa –apoyada por París– que «en última instancia era agresiva y estaba dirigida contra el *statu quo*». Ahora que se había acabado con Turquía en Europa, la única finalidad de la Liga Balcánica a propuesta de Rusia podría ser la desarticulación definitiva del pro-

pio Imperio Austrohúngaro, con cuyas tierras Rusia alimentaría un día a sus satélites hambrientos.

¿Cuál era la solución? El memorándum se centraba en cuatro objetivos diplomáticos fundamentales. Primero, los alemanes debían adaptarse a la política austriaca en los Balcanes –Berlín no había logrado comprender en ningún momento la gravedad de los problemas a los que se enfrentaba Viena en la península de los Balcanes y habría que enseñarle a adoptar una actitud más comprensiva. Segundo, habría que presionar a Rumanía para que declarase dónde residían sus lealtades. Los rusos habían cortejado a Bucarest con la esperanza de obtener un nuevo saliente contra Austria-Hungría. Si los rumanos tenían la intención de alinearse con la Entente, Viena necesitaba saberlo lo antes posible, de modo que pudieran tomarse medidas para la defensa de Transilvania y el resto de Hungría oriental. Tercero, habría que hacer un esfuerzo para acelerar la conclusión de una alianza con Bulgaria para contrarrestar los efectos de la relación cada vez más estrecha entre Rusia y Belgrado. Por último, habría que esforzarse por lograr que Serbia abandonara una política de confrontación mediante concesiones económicas, aunque Matscheko era escéptico sobre si sería posible doblegar de ese modo la hostilidad de Belgrado.

El memorándum de Matscheko tenía un punto de crispación y paranoia, una extraña mezcla de estridencia y fatalismo que muchos austriacos contemporáneos habrían reconocido como característica del estado de ánimo y estilo cultural de la Viena de principios del siglo xx. Pero no había en él indicio alguno de que Viena contemplara la guerra –ya fuera restringida o de carácter general– como algo inminente, necesario o deseable. Por el contrario, la atención estaba centrada en los métodos y objetivos diplomáticos, en consonancia con la propia imagen de Viena como exponente de una «política conservadora de paz ».[149]

Por otro lado, Conrad, retirado de su puesto de jefe de Estado Mayor en diciembre de 1912, seguía férreamente comprometido con una política bélica. Pero su autoridad estaba disminuyendo. En mayo de 1913, se descubrió que el coronel Alfred Redl, antiguo jefe del contraespionaje militar y jefe del Estado Mayor del 8º cuerpo del ejército en Praga, había estado pasando de manera sistemática secretos militares austriacos de alto nivel a San Petersburgo, entre ellos calendarios enteros de movilizaciones, cuyos resúmenes los rusos transmitían a su vez a Belgrado. El escándalo dejó en un lugar cuanto menos muy desfavorable las aptitudes de Conrad como interventor militar, ya que todos los nombramientos a ese nivel eran responsabilidad suya. Redl era un homosexual extravagante cuyas aventuras indiscretas y costosas hacían de él un blanco fácil para los especialistas en chantaje de la inteligencia rusa. Cabe preguntarse cómo Conrad, el hombre responsable de supervisar los avances de Redl desde 1906, no se dio cuenta de esto. En general era notorio que Conrad apenas se interesaba por este aspecto de su trabajo y solo conocía superficialmente a muchos de los militares designados para ocupar los puestos de más alto nivel. Agravó su error presionando al coronel deshonrado para que se suicidara con una pistola que le entregaron en una habitación de hotel. Redl apuntó la pistola contra sí mismo, un desenlace desagradable que molestó al heredero del trono, católico devoto, y –más concretamente– privó al Estado Mayor de la oportunidad de arrancarle a Redl un relato completo de lo que había filtrado a San Petersburgo y cómo.

Esta pudo haber sido la intención exacta de Conrad, porque resultó que entre las personas involucradas en el tráfico de secretos militares austriacos figuraba un oficial del Estado Mayor, de origen eslavo del sur y nombre Čedomil Jandrić, que casualmente era íntimo amigo del hijo de Conrad, Kurt. Čedomil y Kurt habían sido condiscípulos en la Academia Militar y mu-

chas veces salieron juntos a beber y de fiesta. Aparecieron pruebas que indicaban que Jandrić, junto con la amante italiana de Hötzendorf hijo (en este aspecto, al menos, Kurt era de tal palo tal astilla) y otros amigos de su círculo habían participado en la venta de secretos militares a los italianos, quienes luego pasaron muchos de ellos a San Petersburgo. Si hay que creer las afirmaciones del coronel Mijail Alekseevich Svechin, a la sazón jefe de la inteligencia militar para el distrito militar de San Petersburgo, cabe la posibilidad de que Kurt von Hötzendorf hubiera estado implicado directamente en acciones de espionaje para los rusos. Posteriormente, Svechin recordó que uno de los agentes austriacos que suministraban informaciones militares de gran calidad a Rusia era el hijo del jefe del Estado Mayor quien, se decía, había entrado a robar en el despacho de su padre y sacado documentos sobre planes de guerra para copiarlos. El efecto que causaron estos enredos extraños en Conrad es fácil de imaginar. El verdadero alcance de la culpabilidad de Kurt von Hötzendorf (si es que en realidad era un agente) no se reveló en el momento, pero en una reunión de alto nivel en Viena presidida por Conrad en mayo de 1913, se anunció que el joven había sido declarado culpable de ocultar información importante sobre sus cómplices. Después de haber pedido la reunión con insistencia para imponer el castigo más severo posible, Conrad se sintió mareado, dejó la presidencia y se vio obligado a abandonar la sala unos minutos.[150] A pesar de su arrogancia, el jefe del Estado Mayor estaba profundamente desmoralizado por el desastre de Redl, tanto es así que durante los meses de verano de 1913 estuvo inusitadamente tranquilo.[151]

Francisco Fernando seguía siendo el mayor obstáculo para una política bélica. El heredero del trono se esforzaba más que nadie por neutralizar el efecto de los consejos de Conrad en los principales responsables de tomar decisiones. A principios de febrero de 1913, apenas seis semanas después del cese de Con-

rad, Francisco Fernando le recordó durante una reunión en el palacio de Schönbrunn que «[era] deber del gobierno preservar la paz». Conrad respondió con su habitual franqueza: «Pero desde luego no a cualquier precio».[152] Francisco Fernando advirtió a Berchtold insistentemente de que no hiciera caso de los argumentos del jefe del Estado Mayor y envió a su asistente, el coronel Carl Bardolff, a ver a Conrad con órdenes severas de no «impulsar» al ministro de Asuntos Exteriores a «actuar». Conrad fue informado de que «en ningún caso el archiduque toleraría una guerra contra Rusia»; no quería «un solo ciruelo, ni una sola oveja de Serbia, nada había más alejado de su pensamiento».[153] Las relaciones entre los dos hombres se volvieron cada vez más ásperas. En el otoño de 1913, la hostilidad entre ellos se hizo evidente. Francisco Fernando reprendió al jefe del Estado Mayor bruscamente ante una reunión de oficiales de alto rango por cambiar los preparativos de las maniobras sin consultarle. Solo la intercesión del anterior jefe de gabinete de Francisco Fernando, Brosch von Aarenau, impidió que Conrad dimitiera. Era solo cuestión de tiempo que Conrad se viera obligado a abandonar su cargo. «Desde el caso Redl», recordaba uno de los ayudantes del archiduque, «el jefe era hombre muerto [...] solo era cuestión de fijar una fecha para el entierro.»[154] Tras nuevos intercambios airados durante las maniobras en Bosnia en el verano de 1914, Francisco Fernando decidió librarse de su molesto jefe de Estado Mayor. Si el archiduque hubiera sobrevivido a su visita a Sarajevo, Conrad hubiera sido despedido de su cargo. Los partidarios de una política bélica habrían perdido a su portavoz más decidido y consistente.

Mientras tanto, las relaciones diplomáticas con Belgrado mostraban signos de mejora, al menos en apariencia. El gobierno austrohúngaro tenía una participación del 51% en la Compañía Oriental de Ferrocarriles, una empresa internacional que operaba según una concesión inicialmente turca en Mace-

donia. Ahora que la mayor parte de sus vías había pasado a control serbio, era necesario que Viena y Belgrado llegaran a un acuerdo sobre quién era el propietario de las vías, quién debía hacerse responsable del coste de la reparación de los daños de guerra y si las obras debían continuar y cómo. Ya que Belgrado insistía en que Serbia tenía la plena propiedad, las negociaciones empezaron en la primavera de 1914 para acordar el precio y las condiciones del traspaso. Las conversaciones fueron complejas, difíciles y en ocasiones llenas de rencor, sobre todo cuando las intervenciones arbitrarias de Pašić en puntos de poca importancia interrumpían el flujo de las negociaciones, pero recibieron una cierta cobertura positiva en los periódicos austriacos y serbios y seguían en marcha cuando el archiduque viajó a Sarajevo.[155] Un hecho aún más alentador fue un acuerdo a finales de mayo, tras meses de disputa oficial, para intercambiar una pequeña cantidad de prisioneros en poder de ambos estados acusados de espionaje. Eran indicios modestos pero esperanzadores de que con el tiempo Austria-Hungría y Serbia podrían aprender a vivir como buenos vecinos.

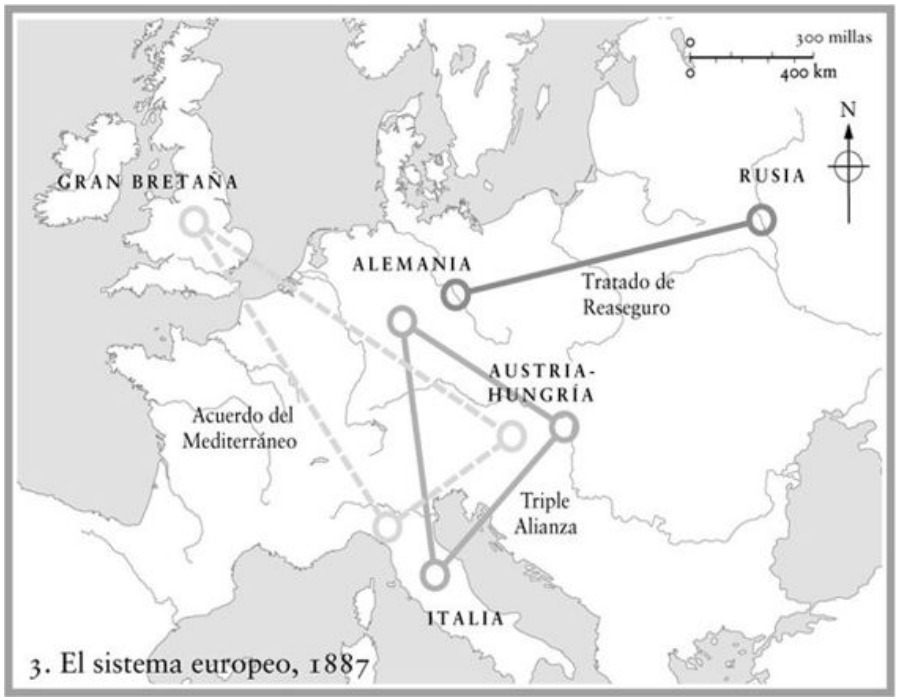
NT1 Entre los que iban a mirar las gracias de los diputados estaba el joven errante Adolf Hitler. Entre febrero de 1908 y el verano de 1909, cuando el obstruccionismo checo estaba en su apogeo, a menudo se encontraba en la galería de visitantes. Posteriormente afirmaría que la experiencia le había «curado» su admiración juvenil por el sistema parlamentario.

Parte II
UN CONTINENTE DIVIDIDO

3
La polarización de Europa, 1887-1907

Si comparamos un diagrama de las alianzas entre las grandes potencias europeas en 1887 con un mapa similar del año 1907, contemplamos los esbozos de una transformación. El primer diagrama revela un sistema multipolar, en el que multitud de fuerzas e intereses se compensan entre sí en un equilibrio inestable. Gran Bretaña y Francia eran rivales en África y en Asia meridional; Gran Bretaña se enfrentaba a Rusia en Persia y Asia Central. Francia estaba decidida a revocar el veredicto de la victoria alemana de 1870. El conflicto de intereses en los Balcanes provocó tensiones entre Rusia y Austria-Hungría. Italia y Austria eran rivales en el Adriático y peleaban esporádicamente por la situación de las comunidades italoparlantes dentro del Imperio Austrohúngaro, al tiempo que había tensiones entre Italia y Francia a causa de la política de esta última en el norte de África. La Triple Alianza entre Alemania, Austria e Italia (20 de mayo de 1882) impedía que las tensiones entre Roma y Viena estallaran en un conflicto. El Tratado de Reaseguro defensivo entre Alemania y Rusia (18 de junio de 1887) contenía cláusulas que impedían a cualquiera de las potencias buscar fortuna en la guerra contra otro Estado del continente y protegía la relación ruso-alemana frente a los efectos colaterales de las tensiones austro-rusas.[NT1] El vínculo germano-ruso también aseguraba que Francia no podría crear una coalición antialemana con Rusia. Y Gran Bretaña estaba unida al sistema continental por me-

dio del Acuerdo del Mediterráneo de 1887 con Italia y Austria –un intercambio de notas más que un tratado– cuyo propósito era frustar los avances franceses en el Mediterráneo y los rusos en los Balcanes o los estrechos de Turquía.



3. El sistema europeo, 1887

4. Los sistemas de alianzas en 1907

Avancemos veinte años y observemos un diagrama de las alianzas europeas en 1907: el panorama ha cambiado completamente. Vemos una Europa bipolar organizada alrededor de dos sistemas de alianzas. La Triple Alianza sigue vigente (aunque la lealtad de Italia hacia ella es cada vez más discutible). Francia y Rusia están unidas en la Alianza franco-rusa (redactada en 1892 y ratificada en 1894), que estipula que si un miembro cualquiera de la Triple Alianza debiera movilizarse, ambos firmantes, «nada más enterarse de la noticia del suceso y sin necesidad de un acuerdo previo», movilizarán a la totalidad de sus fuerzas y las desplegarán «a tal velocidad que Alemania se verá obligada a luchar simultáneamente en el este y en el oeste».[1] Gran Bretaña está vinculada a la Alianza franco-rusa por medio de la Entente Cordiale con Francia (1904) y el Convenio anglo-ruso de 1907. Pasarán algunos años antes de que estos alineamientos poco sólidos se tensen dentro de las coaliciones que combatirán en la

Primera Guerra Mundial en Europa, pero los perfiles de los dos bandos armados ya son claramente visibles.

La polarización del sistema geopolítico europeo era una condición previa fundamental para la guerra que estalló en 1914. Casi resulta imposible comprender cómo una crisis en las relaciones austro-serbias, por grave que fuera, pudo haber arrastrado a la Europa de 1887 a una guerra continental. La separación en dos bloques de alianzas no *causó* la guerra; de hecho, durante los años anteriores a la guerra hizo tanto por apaciguar como por intensificar el conflicto. Con todo, sin los dos bloques la guerra no hubiera estallado del modo en que lo hizo. El sistema bipolar estructuró el entorno en el que se tomaron las decisiones fundamentales. Para comprender cómo se produjo la polarización, es necesario responder a cuatro preguntas interconectadas. ¿Por qué Rusia y Francia formaron una alianza contra Alemania en la década de 1890? ¿Por qué Gran Bretaña optó por unir su suerte a la de esta alianza? ¿Qué papel desempeñó Alemania para provocar que una coalición hostil le pusiera cerco? Y ¿hasta qué punto la transformación estructural del sistema de alianzas puede explicar los acontecimientos que trajeron la guerra a Europa y al mundo en 1914?

RELACIONES PELIGROSAS: LA ALIANZA FRANCO-RUSA

Las raíces de la Alianza franco-rusa se encuentran en la situación que la formación del Imperio Alemán en 1870 creó en Europa. Durante siglos, los territorios alemanes habían estado fragmentados y eran débiles; ahora estaban unidos y era fuertes. La guerra de 1870 puso la relación entre Alemania y Francia, siempre difícil, en una situación crítica. La verdadera magnitud de la victoria alemana sobre Francia –una victoria que la mayoría de los contemporáneos no hubiera predicho– traumatizó a las élites francesas y desató una crisis que caló hondo en la cultura francesa, mientras que la anexión de Alsacia-Lorena –defendida firmemente por los militares y aceptada de mala gana

por el canciller alemán Otto von Bismarck– impuso una carga duradera en las relaciones franco-alemanas.[2] En Francia, Alsacia-Lorena se convirtió en el santo grial del culto a la *revancha*, proporcionando el epicentro de las sucesivas oleadas de agitación chovinista. Si bien las provincias perdidas nunca fueron la única fuerza motriz de la política francesa, enardecían periódicamente a la opinión pública y ejercían una presión prudente sobre los responsables de elaborar las políticas en París. Sin embargo, incluso sin la anexión, la mera existencia del nuevo Imperio Alemán habría transformado la relación con Francia, cuya seguridad se había visto garantizada por la fragmentación política de la Europa alemana.[3] Después de 1871, Francia estaba obligada a buscar todas las oportunidades posibles para frenar a la nueva y formidable potencia del otro lado de su frontera oriental. Hasta cierto punto se programó de este modo una enemistad duradera entre Francia y Alemania dentro del sistema internacional europeo.[4] Es difícil exagerar el impacto histórico mundial de esta transformación. En lo sucesivo, las relaciones entre los Estados europeos se verían impulsadas por una dinámica nueva y desconocida.

Dado el tamaño y la posible potencia militar del nuevo Imperio Alemán, el principal objetivo de la política francesa tenía que ser la contención de Alemania mediante la formación de una alianza antialemana. El mejor candidato para semejante asociación, a pesar de tener un sistema político distinto, era Rusia. En 1897, J.B. Eustis, exembajador americano en París, comentó que Francia «tenía dos opciones, bien ser autosuficiente e independiente, contando con sus propios recursos para enfrentarse a todos los peligros [...], o bien tratar de establecer una alianza con Rusia, la única potencia a la que tenía acceso».[5] Si esto sucediera, Alemania se enfrentaría a la amenaza de una alianza potencialmente hostil en dos frentes distintos.[6]

Berlín solo podría impedirlo agregando a Rusia a un sistema de alianzas propio. Esta fue la base en la que se apoyó la Liga de los Tres Emperadores que firmó Alemania con Austria y Rusia en 1873. Pero cualquier sistema de alianzas que incorporase tanto a Rusia como a Austria-Hungría era inestable por necesidad dado que los intereses de ambas potencias en los Balcanes se solapaban. Si resultaba que era imposible contener esas tensiones, Alemania se vería obligada a elegir entre Austria-Hungría y Rusia. Si Alemania elegía a Austria-Hungría, el obstáculo para una asociación franco-rusa desaparecería. El canciller alemán Otto von Bismarck, arquitecto jefe del imperio y autor principal de su política exterior hasta su salida del cargo en marzo de 1890, era plenamente consciente del problema y elaboró su política en consecuencia. Su objetivo, tal como declaró en el verano de 1877, era crear «una situación política global en la que todas las potencias, excepto Francia, nos necesiten y que en virtud de sus relaciones mutuas eviten en lo posible la formación de coaliciones en contra nuestra».[7] Bismarck adoptó una política de doble filo cuya meta era, por un lado, eludir las confrontaciones directas entre Alemania y otras grandes potencias y, por otro, aprovechar siempre que fuera posible la discordia entre las demás potencias en beneficio de Alemania.

Bismarck persiguió estos objetivos con un éxito considerable. Redujo el riesgo de aislamiento británico al quedarse fuera de la carrera por las posesiones coloniales en África y el Pacífico. Mantuvo una postura escrupulosa de falta de interés en los asuntos balcánicos y declaró, en un célebre discurso ante el Reichstag en diciembre de 1876, que la Cuestión de los Balcanes no valía «los huesos de un mosquetero de Pomerania».[8] Cuando la guerra de Rusia contra el Imperio Otomano de 1877-1878 desencadenó una grave crisis internacional, Bismarck utilizó el Congreso de Berlín para convencer a las potencias de que Alemania era capaz de actuar como el guardián desinteresado de la paz

continental. Al mediar en el conflicto sobre el acuerdo territorial de postguerra sin pedir una recompensa directa para Alemania, el canciller pretendía demostrar que la paz europea y la seguridad alemana eran de hecho una misma cosa.[9] En 1887, en el apogeo del sistema de alianzas de Bismarck, Alemania estaba atada por acuerdos de uno u otro tipo a la práctica totalidad de las potencias continentales. La Triple Alianza con Austria e Italia y el Tratado de Reaseguro con Rusia garantizaban que Francia seguiría excluida y no podría encontrar una coalición antialemana. El Acuerdo del Mediterráneo entre Gran Bretaña, Italia y Austria, sellado por mediación de Bismarck, incluso vinculaba a Berlín indirectamente (a través de la Triple Alianza) con Londres.

Sin embargo, lo que podía lograr la diplomacia de Bismarck tenía sus límites, sobre todo por lo que respecta a Rusia, cuyos compromisos en los Balcanes tenían difícil cabida dentro del frágil tejido de la Alianza de los Tres Emperadores. La crisis búlgara de mediados de la década de 1880 es un buen ejemplo. En 1885, un movimiento irredentista búlgaro tomó el control de la vecina Rumelia Oriental gobernada por los otomanos y anunció la creación de una Gran Bulgaria.[10] El gobierno ruso se opuso a la anexión porque acercaba de manera preocupante a los búlgaros al Bósforo y Constantinopla, la niña de los ojos de la estrategia rusa. En cambio, el gobierno inglés, irritado por las últimas provocaciones de Rusia en Asia Central, ordenó a sus cónsules que reconocieran el nuevo régimen búlgaro. Entonces el rey Milan de Serbia atizó el fuego al invadir Bulgaria en noviembre de 1885. Los serbios fueron rechazados, y Austria tuvo que intervenir para impedir que los búlgaros ocuparan Belgrado. En el acuerdo de paz posterior, los rusos lograron bloquear el pleno reconocimiento de la Gran Bulgaria, pero se vieron obligados a aceptar una especie de unión personal entre el norte y el sur (otomano) del país. Otras intervenciones rusas, entre

ellas el secuestro, la intimidación y la abdicación forzada del príncipe búlgaro, no lograron que el gobierno de ese país obedeciera a San Petersburgo. En la primavera de 1887, parecía del todo posible que los rusos invadieran Bulgaria e impusieran un gobierno títere, un avance al que Austria-Hungría y Gran Bretaña estaban obligados a oponerse. Al final, los rusos decidieron en contra de una guerra que tendría riesgos incalculables para Bulgaria, pero una ola de fuertes sentimientos antialemanes invadió la prensa y la ciudadanía rusas, ya que entonces la prensa paneslava consideraba a Alemania el guardián de los intereses austriacos en los Balcanes y el principal impedimento para que Rusia ejerciera su custodia sobre los eslavos balcánicos.

En todo esto había una lección que Berlín debía extraer. El problema de los Balcanes seguía estando ahí. La crisis búlgara puso de relieve por un momento el enorme peligro latente en la inestabilidad de esa región, a saber, que las actividades de un Estado de menor importancia podrían un día inducir a dos grandes potencias a adoptar unas medidas tendentes a la guerra. ¿Cómo se podría hacer frente a este desafío? Una vez más, la respuesta de Bismarck fue procurarse buenas relaciones con Rusia y de este modo acallar los conflictos de intereses, mantener a San Petersburgo alejado de París y ejercer una influencia moderada en los Balcanes. El canciller hizo las paces con el Imperio Ruso aprobando el Tratado de Reaseguro de 1887 con el ministro de Asuntos Exteriores ruso, moderado y proalemán, Nikolai Giers. Según los términos de este acuerdo, Berlín prometía apoyar los objetivos rusos en los estrechos de Turquía y mantenerse neutral en caso de que Rusia y una tercera potencia entraran en guerra, excepto, desde luego, en el caso de un ataque ruso no provocado contra Austria-Hungría, con lo cual Alemania cumpliría con sus obligaciones estipuladas en la Doble Alianza para ayudar a la monarquía dual.

No todo el mundo en Berlín estaba convencido de que este fuera el camino más sensato. Dado el tono agresivo de la prensa rusa y un aire de confrontación cada vez mayor en las relaciones germano-rusas, muchos eran escépticos acerca del valor del Tratado de Reaseguro, incluso el hijo de Bismarck, Herbert, secretario de Estado en el Ministerio de Asuntos Exteriores. «Si llegara a ocurrir lo peor», confió Bismarck hijo a su hermano, el Tratado de Reaseguro podría «mantener a los rusos alejados de nosotros durante 6-8 semanas».[11] Otros, en especial dentro del ejército, sucumbieron a un estado de paranoia y empezaron a exigir una guerra preventiva contra el Imperio Ruso. En los altos niveles de la administración apareció una facción antiBismarck alimentada, entre otras cosas, por una creciente frustración ante la complejidad excesiva y las contradicciones internas de la diplomacia del canciller. ¿Por qué deberían comprometerse los alemanes a proteger a Austria-Hungría frente a Rusia y a Rusia frente a Austria-Hungría?, preguntaban los críticos. Ninguna otra potencia se comportaba así; ¿por qué Alemania debería estar siempre protegiéndose y buscando el equilibrio, por qué a ella sola entre las grandes potencias se le habría de negar el derecho a una política independiente basada en su propio interés? A ojos de la *revuelta* antiBismarck, la notable red de compromisos continentales del canciller parecía menos un sistema que un artefacto chirriante de Heath Robinson, una obra de vigas endebles de «yesos y parches» concebida para evitar las decisiones apremiantes a las que se enfrentaba el Imperio Alemán en un mundo cada vez más peligroso.[12] En respuesta a esta corriente, el sucesor de Bismarck, el canciller Leo von Caprivi, dejó que el Tratado de Reaseguro con Rusia venciera en la primavera de 1890.

Con la no renovación del Tratado de Reaseguro entre Alemania y Rusia, se abrió la puerta para un acercamiento franco-ruso. Pero todavía quedaban muchos obstáculos. El autócrata Ale-

jandro III era un socio político infumable para la élite política republicana francesa, y a la inversa. También había dudas sobre si Rusia ganaría mucho aliándose con Francia. Al fin y al cabo, en caso de conflicto grave con Alemania, lo más probable es que, en cualquier caso, los rusos pudieran contar con la ayuda de Francia; ¿por qué tendrían que sacrificar su libertad de acción a fin de garantizarla? Si estallara la guerra entre Rusia y Alemania, era casi inconcebible que el gobierno francés se quedara al margen. Como mínimo, los alemanes se verían obligados a mantener un gran ejército defensivo en la frontera francesa, una medida que reduciría la presión en la frontera rusa; y podrían obtenerse estas ventajas sin los inconvenientes de un tratado formal. Aunque Francia y Rusia tenían el mismo interés en oponerse a las intenciones de Gran Bretaña, sus esferas de influencia en la periferia imperial estaban demasiado alejadas como para permitir una colaboración estrecha. Los franceses no estaban en buena situación para respaldar los objetivos rusos en los Balcanes, y parecía dudoso que el apoyo de Rusia a los objetivos franceses en, digamos, el norte de África, reportara algún beneficio. En ciertos asuntos, los intereses de Francia y Rusia eran diametralmente opuestos: por ejemplo, fue la política francesa para bloquear las intenciones rusas en los estrechos de Turquía la que a la larga pudo comprometer la influencia francesa en el Mediterráneo oriental: se trataba de una zona en la que los intereses comunes agrupaban a Francia con Gran Bretaña antes que con Rusia.[13]

Asimismo era difícil comprender por qué los rusos tendrían que comprometer sus buenas relaciones con Alemania. Entre los dos imperios se producían tensiones periódicas, sobre todo en relación con los aranceles alemanes sobre las importaciones rusas de cereales, pero apenas tenían conflictos de intereses directos. Las discusiones de Rusia con Berlín surgían en su mayor parte por la rivalidad con Viena en los Balcanes. Y la mera exis-

tencia de la potencia alemana era un argumento para unir a los dos vecinos, en especial en el ámbito de la política de los Balcanes, donde se esperaba que un buen entendimiento entre San Petersburgo y Berlín pudiera tener un efecto de contención sobre Viena. Esta era la fórmula que había funcionado esporádicamente en la época de la Liga de los Tres Emperadores. Por eso, la neutralidad alemana le era potencialmente más útil a Rusia que la ayuda francesa. Los rusos lo reconocieron durante mucho tiempo; esa es la razón por la que eligieron de entrada basar su política de seguridad en pactos con Alemania. Y esa fue la razón por la que el zar Alejandro III, si bien no sentía una simpatía personal por Alemania o los alemanes, hizo oídos sordos a la furia de la prensa y siguió adelante con el Tratado de Reaseguro en 1887.

¿Por qué entonces los rusos acogieron con agrado las propuestas francesas a comienzos de la década de 1890? Los alemanes facilitaron sin duda la reorientación de la política rusa al rechazar la renovación del tratado, a pesar de que el ministro ruso de Asuntos Exteriores, el proalemán Nikolai Giers, ofreciera mejorar los términos. El modesto proyecto de ley del ejército alemán de junio de 1890, que aumentó su fuerza numérica en tiempos de paz en 18.574 hombres, desempeñó también un papel ya que, al llegar poco después de la no renovación, generó una sensación de amenaza en San Petersburgo. La salida de Bismarck y la creciente importancia política del káiser Guillermo II, a quien el zar Alejandro describía como un «joven pícaro petimetre», planteaban preguntas inquietantes acerca de la orientación futura de la política exterior alemana.[14] La perspectiva de grandes préstamos franceses en buenas condiciones también era atractiva. Pero el catalizador fundamental estaba en otra parte, en el temor de los rusos de que Gran Bretaña estaba a punto de ingresar en la Triple Alianza.

Los primeros años de la década de 1890 constituyeron el punto álgido del acercamiento anglo-alemán antes de la guerra. El Tratado de Heligoland-Zanzíbar del 1 de julio de 1890, mediante el cual los ingleses y los alemanes intercambiaron o cedieron diversos territorios en África y Alemania obtuvo la isla diminuta de Heligoland en el Mar del Norte, desató la alarma en San Petersburgo. La inquietud de Rusia surgió en el verano de 1891 cuando se renovó la Triple Alianza y la visita del káiser alemán a Londres provocó efusiones germanófilas en la prensa inglesa. Gran Bretaña, proclamaba el *Morning Post*, «había ingresado en efecto en la Triple o más bien la Cuádruple Alianza»; «la amistad y alianza de Inglaterra y Alemania», opinaba el *Standard* el 11 de julio de 1891, «venía de antiguo» y las futuras amenazas contra la paz en Europa se enfrentarían «a la unión de la fuerza naval de Inglaterra y la fuerza militar de Alemania».[15] Recortes de prensa de esta índole engrosaban los comunicados de los embajadores francés y ruso en Londres. Parecía que Inglaterra, rival de Rusia en el Lejano Oriente y Asia Central, estaba a punto de unir fuerzas con su poderoso vecino del oeste y, por extensión, con Austria, su rival en la península de los Balcanes. El resultado, como advirtió el embajador francés en San Petersburgo, sería «un acercamiento continental entre los gobiernos de Londres y Berlín» con unas consecuencias potencialmente desastrosas para Rusia.[16]

La intimidad aparentemente creciente entre Gran Bretaña y Alemania amenazaba con hacer saltar el predicamento de Rusia en los Balcanes debido a las tensiones que generaba su implacable rivalidad global con Gran Bretaña, una rivalidad que se desarrolló en múltiples escenarios: Afganistán, Persia, China y los estrechos de Turquía. Para compensar esta amenaza, los rusos dejaron a un lado sus reservas y buscaron abiertamente un acuerdo con Francia. En una carta a su embajador en París de 19 de agosto de 1891, Giers, que anteriormente había presionado a

favor de la renovación del Tratado de Reaseguro con Alemania, expuso las razones para buscar un acuerdo con Francia: la renovación de la Triple Alianza junto con la «adhesión más o menos probable de Gran Bretaña a los fines políticos que persigue esta alianza», fue lo que motivó que Rusia y Francia buscaran un «intercambio de ideas para definir la postura [...] de nuestros gobiernos respectivos».[17] La Declaración de Entendimiento firmada entre los dos Estados en el verano de 1891 incorporó la debida referencia de Giers a la amenaza que planteaba la adhesión de Gran Bretaña a la Triple Alianza. Le siguió un convenio militar franco-ruso el 18 de agosto de 1892 y dos años después, en 1894, ambos países firmaron la alianza con todas las de la ley.

De esta sucesión de acontecimientos merecen resaltarse dos puntos. El primero es que los motivos para formar esta alianza eran complejos. Mientras que para París el factor clave era el deseo de frenar a Alemania, a los rusos les interesaba más cerrar el paso de Austria-Hungría a los Balcanes. Pero ambas potencias estaban muy preocupadas por lo que consideraban una intimidad creciente entre Gran Bretaña y la Triple Alianza. Para los rusos en particular, cuya política exterior era en aquel momento moderadamente germanófila, el enfrentemiento global con el Imperio Británico ocupaba el primer lugar de la agenda y no la hostilidad hacia Berlín. Sin lugar a dudas, algunos dirigentes rusos tenían una vena de intensa germanofobia: Nikolai Giers se quedó horrorizado cuando el zar Alejandro III le dijo que si estallaba una guerra entre Rusia y Austria, el objetivo de la Alianza franco-rusa sería «destruir» Alemania en su forma actual y sustituirla por «algunos Estados pequeños y débiles».[18] Pero en general, la hostilidad de Rusia hacia Alemania seguía dependiendo ante todo de la relación de Alemania con Austria y de su vínculo supuestamente cada vez más profundo con Gran Bretaña. Hasta 1900 no se añadieron al tratado franco-ruso claúsulas militares suplementarias que estipulaban que si esta-

llaba una guerra anglo-rusa, Francia destacaría 100.000 hombres en la costa del Canal, mientras que si estallaba una guerra anglo-francesa, Rusia desplazaría tropas a la frontera india siguiendo el ferrocarril que Rusia prometió mejorar con la ayuda financiera de Francia.[19]

En segundo lugar, vale la pena señalar el carácter novedoso de la Alianza franco-rusa de 1894. Al contrario que las primeras alianzas del sistema europeo, tales como la Doble y Triple Alianzas y la Liga de los Tres Emperadores, esta nació como un convenio militar, cuyas condiciones estipulaban el despliegue combinado de fuerzas terrestres contra un enemigo común (un convenio naval se añadió en 1912).[20] El objetivo ya no era «gestionar relaciones adversas» *entre* los socios de las alianzas, sino afrontar y neutralizar la amenaza desde una coalición rival. En cierto sentido, la Alianza franco-rusa señaló un «momento decisivo en la antesala a la Gran Guerra».[21]

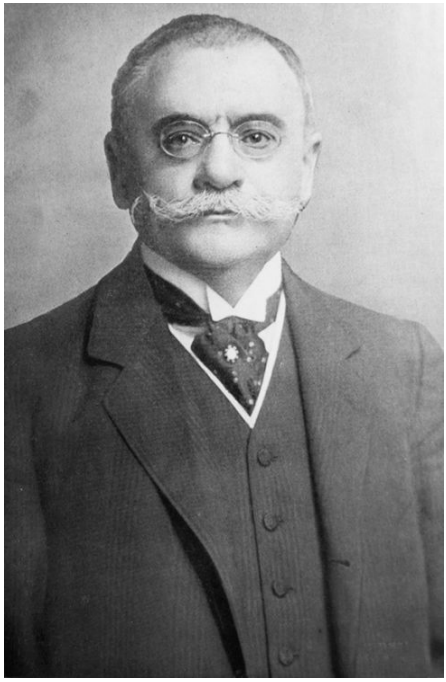
La formación de la Alianza franco-rusa en sí no hizo inevitable, ni siquiera probable, un conflicto con Alemania. La alianza arraigó enseguida en la cultura popular de ambos países por medio de las festividades asociadas a las visitas reales y navales, y mediante tarjetas postales, menús, viñetas y venta de productos.[22] Pero la disparidad de los intereses franceses y rusos siguió siendo un obstáculo para una colaboración estrecha: durante la década de 1890, los ministros de Asuntos Exteriores franceses opinaron que puesto que los rusos no estaban muy dispuestos a luchar por la devolución de Alsacia-Lorena, la alianza con San Petersburgo solo debía imponer mínimas obligaciones a Francia.[23] Por su parte, los rusos no tenían intención de permitir que la alianza les distanciara de Alemania; al contrario, consideraban que les situaba en una posición mejor para mantener buenas relaciones con Berlín. Vladimir Lamzdorf, principal ayudante del ministro ruso de Asuntos Exteriores, dijo en 1895 que el propósito de la alianza era consolidar la independencia de ac-

ción de Rusia y garantizar la supervivencia de Francia, y al mismo tiempo contener sus aspiraciones antialemanas.[24] Durante la primera década de la alianza, a los responsables políticos rusos –el zar en primer lugar– no les preocupaba la Europa central y sur-oriental, sino el avance económico y político del norte de China. Y lo más importante, la desconfianza compartida respecto a Gran Bretaña que había contribuido a establecer la Alianza franco-rusa evitó también –al menos durante un tiempo– que adquiriera una orientación exclusivamente antialemana. El interés de Rusia por conseguir el control informal sobre Manchuria llevó a San Petersburgo a oponerse a la política de la China británica y a convercerse de que las relaciones con Londres serían mucho más tensas en el futuro inmediato que las relaciones con Berlín.

LA DECISIÓN DE PARÍS

Francia también tuvo que tomar decisiones difíciles acerca de cómo equilibrar los imperativos que había generado su rivalidad con Gran Bretaña con aquellos que surgieron de sus relaciones con Alemania. Durante los primeros cuatro años de la Alianza franco-rusa, el ministro de Asuntos Exteriores francés Gabriel Hanotaux adoptó una firme política antibritánica. Alentado por los editoriales de la prensa francesa colonialista, Hanotaux cuestionó directamente la presencia británica en Egipto, una política que culminó en el «incidente de Fachoda» de 1898, cuando una fuerza expedicionaria francesa realizó un viaje épico a través de África para reclamar sus derechos sobre el Alto Nilo, al tiempo que las tropas británicas avanzaban hacia el sur desde el Egipto ocupado para encontrarse con los franceses en Fachoda, un reducto egipcio en ruinas en los pantanos sudaneses. La crisis política consiguiente llevó a ambas potencias a las puertas de la guerra durante el verano de 1898. Únicamente el retroceso de los franceses evitó el conflicto.

La política francesa con respecto a Alemania tuvo que tener en cuenta las prioridades impuestas por este enfrentamiento colonial con Gran Bretaña. En un memorándum confidencial de junio de 1892, Hanotaux señaló que la política francesa del momento solo permitía una colaboración muy limitada con Berlín. El problema de este planteamiento era que dejaba abierta la posibilidad de un acuerdo entre Alemania y Gran Bretaña, la misma perspectiva que había contribuido a impulsar la creación de la Alianza franco-rusa. Hanotaux pensaba que una forma de evitar la connivencia anglo-alemana podría ser la búsqueda de un acuerdo franco-germano-ruso más amplio. A su vez, esto permitiría que París se asegurase el apoyo alemán contra Gran Bretaña en Egipto y así destruir «la armonía que ha existido durante tanto tiempo entre Alemania e Inglaterra». El vínculo resultante con el vecino del este sería, por supuesto, temporal e instrumental: Hanotaux escribió que una conciliación duradera con Alemania solo sería posible si Berlín estuviera dispuesta a ceder de manera permanente las provincias anexionadas en 1870.[25]



Théophile Delcassé

El sucesor de Hanotaux, Théophile Delcassé, que llegó al cargo en el verano de 1898, se enfrentó a las mismas opciones. Al igual que la mayoría de los franceses que participaban en política, Delcassé era muy receloso de Alemania y retomaba constantemente este tema en sus declaraciones y escritos políticos. Su pasión por las provincias perdidas era tan intensa que los miembros de su familia no osaban mencionar los nombres de «Alsacia» y «Lorena» en su presencia; «teníamos la vaga sensación de que era demasiado delicado para hablar de ello», recordaba luego su hija.[26] Pero como potencia imperial decidida a extender su influencia en múltiples frentes, Francia afrontó otras situaciones difíciles que en ocasiones pudieron eclipsar el enfrentamiento con Alemania. En 1893, siendo subsecretario para asuntos coloniales, Delcassé presionó para que las fuerzas coloniales francesas se desplegaran y desafiaran a Gran Bretaña en el Alto Nilo.[27] Cuando llegó al cargo en pleno apogeo de la crisis de Fachoda, su primera medida fue retroceder con la espe-

ranza de obtener concesiones de Londres en el sur de Sudán. Pero cuando Londres sencillamente se negó a ceder, Delcassé dio un nuevo giro hacia una postura antibritánica e intentó (lo mismo que había hecho Hanotaux) cuestionar la ocupación británica de Egipto. Su meta final era apropiarse de Marruecos.[28]

Con el fin de aumentar la presión sobre Gran Bretaña, Delcassé trató, exactamente como había previsto Hanotaux, de meter a los alemanes en un consorcio con Francia y Rusia. Durante el otoño, el invierno y la primavera de 1899-1900, el clima político parecía propicio para llevar a cabo una empresa semejante: en conversaciones con el embajador francés en Berlín, el nuevo canciller alemán Bernhard von Bülow dio a entender que Francia y Alemania compartían intereses fuera de Europa. Todo el mundo sabía en París que la prensa alemana (así como la francesa) era hostil a la guerra de Gran Bretaña contra la República Boer. Los informes acerca de los arrebatos iracundos antibritánicos del káiser alemán por este asunto daban más motivo para el optimismo. En enero de 1900, los editoriales dictados por la oficina de prensa de Delcassé instaban a Alemania a aunar fuerzas con Francia en la cuestión egipcia, señalando que Alemania también se beneficiaría de la neutralización del Canal de Suez, y que la suma de las fuerzas navales de las potencias continentales sería suficiente para garantizar el respeto de Gran Bretaña por los acuerdos internacionales. En la comunidad diplomática todos sabían que estos artículos provenían de la oficina de Delcassé y expresaban la política oficial del ministro francés de Asuntos Exteriores.[29]

Mientras esperaba la respuesta de Alemania, y con su impetuosidad característica, Delcassé preparaba a sus colegas de París para una guerra contra Gran Bretaña que bien podría ser de ámbito mundial. «Algunos sugieren un desembarco en Inglaterra», dijo al gabinete francés el 28 de febrero de 1900, «otros una expedición a Egipto; sin embargo, otros proponen que las

tropas de Indochina ataquen Birmania, lo que coincidiría con un avance ruso sobre India.»[30] Se acordó que debería convocarse una reunión ampliada del Conseil Supérieur de la Guerre[NT2] para considerar el lugar exacto en el que Francia debería lanzar un ataque contra el Imperio Británico. Delcassé declaró que Gran Bretaña representaba una amenaza para la paz mundial y que, como comentó a un periodista en marzo de 1900, había llegado el momento de tomar cartas en el asunto «por el bien de la civilización».[31] Afirmaba que los británicos estaban trabajando en todos los frentes para distanciar a España e Italia de Francia; tenían sus ojos pequeños y brillantes puestos en Marruecos (años después, Delcassé llegó a preocuparse por los planes *americanos* para apoderarse de Marruecos[32]). Durante un tiempo, la habitual desconfianza visceral hacia Berlín volvió a centrarse en Londres.

Estas deliberaciones quedaron en nada porque los alemanes se negaron a seguir el plan de Delcassé a favor de una liga continental contra Gran Bretaña. De Berlín llegó la propuesta enojosa de que era necesario consultar al gobierno británico antes de remitir cualquier demanda a Londres. Al parecer existía una discrepancia muy grande entre las explosiones verbales del káiser contra Inglaterra y el rumbo vacilante de su política exterior: «Él *dice* "detesto a los ingleses…"», se quejaba Delcassé, «pero lo paraliza todo».[33] El verdadero motivo por el que el trato se rompió fue la exigencia de Berlín de recibir algo a cambio: el 15 de marzo de 1900, el embajador francés en Berlín informó de que los alemanes continuarían negociando la creación de una coalición antibritánica solo si previamente Francia, Rusia y Alemania se comprometieran a «garantizar el statu quo en lo referente a sus posesiones europeas». Esta era una exigencia velada para que Francia afirmara la soberanía alemana en Alsacia y Lorena.[34]

La respuesta de Berlín provocó un cambio de orientación profundo y duradero en la forma de pensar de Delcassé. A partir de ese momento, el ministro de Asuntos Exteriores francés abandonó toda idea de una colaboración francoalemana.[35] El proyecto de una actuación conjunta en Egipto se canceló sin contemplaciones. En cambio, Delcassé se dejó llevar, a través de una serie de situaciones intermedias, hacia la idea de que los objetivos franceses podrían lograrse en *colaboración* con Gran Bretaña mediante un trueque imperial: cambiarían la consolidación del control británico sobre Egipto por el consentimiento británico del control francés sobre Marruecos. Este arreglo tenía la ventaja de que impediría la temida posibilidad (aunque en realidad muy poco probable) de una iniciativa conjunta angloalemana en Marruecos.[36] En 1903, el ministro francés de Asuntos Exteriores había llegado a creer que un intercambio Marruecos-Egipto serviría de base para un acuerdo global con Gran Bretaña.

Esta reorientación tuvo enormes repercusiones en las relaciones francoalemanas, porque la decisión de apaciguar a Gran Bretaña en lugar de oponerse a ella facilitó la expresión más contundente del potencial antialemán en la política exterior francesa. Esto lo podemos ver claramente en los bandazos de Delcassé a la hora de abordar la apropiación de Marruecos. En una primera versión de su programa, Delcassé había previsto utilizar el aliciente egipcio para presionar a Gran Bretaña hasta que diera su conformidad al tema de Marruecos y sobornar a las demás potencias interesadas con concesiones. España recibiría tierras en el norte de Marruecos, Francia apoyaría las ambiciones de Italia en Libia, y los alemanes serían compensados con territorios en el África Central francesa. En cambio, la nueva política en Marruecos a partir de 1900 resultó distinta en dos aspectos importantes: en primer lugar, tenía que llevarse a cabo de común acuerdo con Gran Bretaña. Pero ante todo, Delcassé

planeaba tomar Marruecos, un país cuya independencia había sido garantizada según un tratado internacional, sin necesidad de resarcir o tan siquiera consultar al gobierno alemán. Al adoptar este programa provocador y mantenerlo a pesar de las protestas de sus colegas franceses, Delcassé colocó en el norte de África un cable trampa diplomático que se activaría durante la crisis de Marruecos de 1905.

EL FIN DE LA NEUTRALIDAD BRITÁNICA

El 9 de febrero de 1871, solo tres semanas después de la proclamación del Imperio Alemán en el Salón de los Espejos de Versalles, el estadista conservador Benjamín Disraeli pronunció un discurso ante la Cámara de los Comunes en el que reflexionaba sobre el significado histórico que tenía para el mundo la Guerra franco-prusiana. No fue, dijo a los miembros de la Cámara, «una guerra común», como la guerra entre Prusia y Austria de 1866, o las guerras francesas contra Italia, o incluso la Guerra de Crimea. «La guerra representa la revolución alemana, un acontecimiento político mayor que la Revolución Francesa del siglo pasado.» No existía una sola tradición diplomática, añadió, que no hubiera sido erradicada. «El equilibrio de poder ha sido destrozado por completo, y el país que más sufre y más percibe los efectos de este cambio es Inglaterra.»[37]

Las palabras de Disraeli se han citado a menudo como una visión profética del futuro conflicto con Alemania. Pero interpretar el discurso de este modo –a través del cristal de 1914 y 1939– es malinterpretar sus intenciones. Para el estadista británico, lo más importante después de la Guerra franco-prusiana no era el auge de Alemania, sino liberar a Rusia, vieja enemiga de Gran Bretaña, del acuerdo que le impusieron después de la Guerra de Crimea (1853-1856). Según los términos fijados por los gobiernos de Gran Bretaña y Francia en el Tratado de París de 1856, las aguas del Mar Negro quedaban «prohibidas oficialmente y a perpetuidad» a los buques de guerra tanto de las po-

tencias que poseían sus orillas como de cualquier otra.[38] El propósito del tratado era impedir que Rusia amenazara el Mediterráneo oriental o que interrumpiera las rutas británicas terrestres y marítimas a la India. Pero la derrota de Francia destrozó los fundamentos políticos del tratado de 1856. La nueva república francesa rompió con el acuerdo de Crimea renunciando a oponerse a una militarización rusa del Mar Negro. Sabiendo que Gran Bretaña sola no podría hacer cumplir las cláusulas referentes al Mar Negro, Rusia siguió adelante con la construcción de una flota de guerra. El 12 de diciembre de 1870, llegó a Londres la noticia de que Rusia había «repudiado» la Paz de 1856 y estaba construyendo un «nuevo Sebastopol» –un arsenal y un puerto para buques de guerra– en la ciudad de Poti, en la costa este del Mar Negro, a solo unas pocas millas de la frontera turca.[39]

Parecía estar naciendo una nueva era de expansionismo ruso, y en su discurso del 9 de febrero de 1871, Disraeli llamó la atención sobre esta posibilidad. Durante 200 años, observó Disraeli, Rusia había llevado a cabo una política de expansión «legítima» mientras «trataba de llegar a la costa». Pero la militarización del Mar Negro parecía anunciar una fase nueva e inquietante de agresividad por parte de Rusia, centrada en el deseo de apropiarse de Constantinopla y controlar los estrechos de Turquía. Dado que Rusia no tenía «ningún derecho moral sobre Constantinopla» ni «ninguna necesidad política de ir allí», declaró Disraeli, esta no era «una política legítima y sí perturbadora». Rusia no era la única amenaza en el horizonte de Disraeli –también le preocupaba el poder y la beligerancia crecientes de los Estados Unidos– pero lo importante es que cuando hablaba de la «revolución alemana» no se refería a la amenaza que suponía la nueva Alemania, sino más bien a las consecuencias globales e imperiales de la última guerra entre Alemania y Francia, una

guerra que había «descoyuntado» la «maquinaria entera de los Estados».[40]

En su discurso, Disraeli anunció un tema que seguiría siendo fundamental para la política exterior británica hasta 1914. Durante los años 1894-1905, fue Rusia y no Alemania la que representó «la amenaza a largo plazo más significativa» para los intereses británicos.[41] La Cuestión china que en aquellos años inquietó a los responsables políticos británicos es un buen ejemplo.[42] En China, al igual que en los Balcanes, el motor fundamental del cambio fue la pérdida de poder de un antiguo imperio. Durante los primeros años de la década de 1890, la penetración de Rusia por el norte de China desató una cascada de conflictos locales y regionales que culminó en la Guerra chino-japonesa de 1894-1895.[43] Japón venció y se alzó como rival de Rusia por el control del norte de China. Entretanto, la derrota de China inauguró la carrera de las grandes potencias por las concesiones con la esperanza de sacar provecho de la decadencia del Estado chino. A su vez, las energías negativas generadas por dicha carrera aumentaron las tensiones en Europa.[44]

Desde una perspectiva británica, el meollo del problema fue el aumento del poder y la influencia de Rusia. En China, que en materia de posibilidades comerciales era infinitamente más importante que África para Gran Bretaña, Rusia representaba una amenaza directa para los intereses británicos. El problema se agudizó aún más después de la intervención internacional para reprimir la Rebelión de los Bóxers (1898-1901), cuando los rusos aprovecharon su papel en la intervención para reforzar su posición en el norte de China.[45] Sin embargo, dada la ubicación geográfica del Imperio Ruso y el predominio de sus fuerzas terrestres, cuesta comprender cómo se podía oponer resistencia a su penetración en Asia Oriental. Había comenzado un Gran Juego y Rusia parecía tener todas las de ganar.[46] India era otra frontera vulnerable: los responsables políticos británicos observaban

alarmados que la constante penetración del ferrocarril ruso en Asia Central significaba que Rusia disfrutaba de un «acceso militar mejor» al subcontinente que la propia Gran Bretaña.[47] Puesto que parecía que Rusia proseguía una política antibritánica en Asia Central y el Lejano Oriente, y Francia era rival y contendiente de Gran Bretaña en África, Londres tenía la impresión de que la Alianza franco-rusa era un instrumento fundamentalmente antibritánico. El problema se hizo especialmente apremiante durante la Guerra de los Boer, cuando el despliegue de numerosos contingentes de soldados en Sudáfrica dejó el norte de la India desprotegido. En agosto de 1901, un informe del Departamento de Inteligencia del Ministerio de la Guerra sobre las «Necesidades militares del imperio en una guerra contra Francia y Rusia» concluía que el ejército indio no estaba en condiciones de defender los puestos fundamentales de un ataque ruso.[48] Por si fuera poco, los diplomáticos rusos no eran (a ojos de los británicos) simplemente hostiles, expansionistas y despiadados, sino también propensos a un trato turbio y falso. «Las mentiras no tienen precedente ni siquiera en los anales de la diplomacia rusa», dijo Lord George Hamilton, secretario de Estado para la India en marzo de 1901 durante las negociaciones dirigidas a lograr un acuerdo en China. «La diplomacia rusa, como usted sabe, está cargada de mentiras,» le dijo George Curzon, virrey de la India, al conde de Selborne, ministro de Marina, en 1903.[49]

Los británicos respondieron a la amenaza rusa con una política a dos bandas. La primera entrañaba un acercamiento a Japón y Francia, y la segunda la búsqueda de un acuerdo de reparto de poder con la propia Rusia que quitara la presión sobre la periferia del Imperio Británico. Después de la Guerra chino-japonesa de 1894-1895, Gran Bretaña y Japón compartían el interés en oponerse a que Rusia se expandiera aún más. Japón era el «aliado natural» de Gran Bretaña en el Lejano Oriente, como dijo el

ministro de Asuntos Exteriores Kimberley en una carta de mayo de 1895 al representante británico en Tokio.[50] La amenaza que suponían las enormes fuerzas terrestres japonesas para la frontera china de Rusia –a finales de 1895, 200.000 soldados japoneses habían entrado en Manchuria– compensaría la vulnerabilidad de la periferia del Imperio británico en el norte de la India. El rápido aumento de la flota japonesa proporcionaría otro «contrapeso a los rusos» y con ello aliviaría la presión sobre las desbordadas flotas británicas.[51] En 1901, tras un largo periodo de acercamiento cauteloso, dieron comienzo las conversaciones con vistas a una alianza formal: primero limitada a un pacto de defensa naval y luego más global firmada en Londres el 30 de enero de 1902. La Alianza Anglo-Japonesa, renovada en 1905 y 1911 (ampliando los términos), se convirtió en parte integrante del sistema internacional del mundo de preguerra.

La misma lógica subyacía en la decisión británica de buscar un acuerdo con Francia. Ya en 1896, Lord Salisbury había descubierto que las concesiones hechas a Francia a lo largo del valle del Mekong, en las zonas fronterizas entre la Birmania británica y la Indochina francesa, tuvieron el efecto secundario de atraer a los franceses y debilitar temporalmente la cohesión de la Alianza franco-rusa.[52] Del mismo modo y ante todo, la Entente Cordiale de 1904 no fue un acuerdo antialemán (al menos no desde el punto de vista de Whitehall), sino uno cuyo propósito era acallar las tensiones coloniales con Francia, mientras generaba una cierta influencia sobre Rusia. Delcassé había alentado esta conjetura al insinuar que si se materializaba una Entente, Francia ejercería una influencia moderadora sobre Rusia e incluso dejaría claro a San Petersburgo que no cabría esperar ayuda francesa si Rusia buscaba el enfrentamiento con Gran Bretaña.[53] Así que, como dijo Lord Lansdowne, existía un buen motivo para esperar que «un buen entendimiento con Francia sería

con toda probabilidad la antesala de un mejor entendimiento con Rusia».[54]

El último punto es importante. Al mismo tiempo que buscaban el equilibrio frente a Rusia en el acuerdo con Japón, los responsables políticos británicos trataban por todos los medios de responder al desafío ruso atando a San Petersburgo a un acuerdo imperial para compartir el poder. En esto no había contradicción. En mayo de 1902, Sir Thomas Sanderson, subsecretario permanente del Foreign Office, comentó en una carta al embajador británico en San Petersburgo que la alianza con Japón era útil precisamente porque «hasta que [los rusos] no vean que podemos llevar nuestros cerdos a otros mercados, no es probable que nos tengan que rendir cuentas»; de ese modo, tendería a fomentar más que ahuyentar la oportunidad [de Gran Bretaña] de un acuerdo definitivo.[55] Las previsiones de la seguridad británica seguían contemplando escenarios catastróficos en Asia Central: en diciembre de 1901, el gabinete británico fue informado de que los rusos podrían invadir Transcaspia y el Herat con 200.000 soldados. Para imponerse a semejante fuerza, la guarnición británica en India tendría que incrementarse de forma permanente en una cantidad entre 50.000 y 100.000 hombres, a un coste enorme para el gobierno, y esto en un momento en el que los mejores asesores financieros exigían recortes drásticos del gasto.[56] Y la construcción a un «ritmo frenético» del ferrocarril ruso hacia la frontera afgana indicaba que la situación evolucionaba con rapidez en perjuicio de Gran Bretaña.[57]

Estas preocupaciones aumentaron aún más cuando estalló la guerra entre Rusia y Japón en 1904. El hecho de que las fuerzas rusas navales y terrestres no tuvieran una buena actuación frente a sus adversarios japoneses no contribuyó en absoluto a tranquilizar a los británicos. Tal como advirtió el vizconde Kitchener, ¿qué hubiera pasado si a los rusos les hubiera dado por compensar sus pérdidas en Japón amenazando a la India? En es-

te caso, India hubiera necesitado refuerzos ingentes; en febrero de 1905, la cifra prevista era de 211.824 soldados según los cálculos de su gobierno.[58] El aumento del gasto que comportaba sería enorme; Kitchener calculaba que responder al «avance amenazador de Rusia» costaría «20 millones de libras más un cargo anual de otro millón y medio de libras».[59] Esta era una cuestión de cierta trascendencia para el gobierno liberal que llegó al poder en 1905 con la promesa de recortar los costes militares y ampliar los programas internos. Y si Gran Bretaña ya no podía permitirse la defensa por la fuerza de la frontera noroccidental de la India, entonces había que encontrar un medio no militar de proteger a la India de un ataque ruso.

La victoria de Japón sobre Rusia en 1905 resolvió la discusión de forma contundente a favor de un acuerdo. Dada la magnitud de la derrota rusa y la ola de turbulencia interna que paralizó el país, la afirmación de que la amenaza de Rusia justificaba una gran inversión en la defensa de la India ya no parecía tan apremiante.[60] El nuevo ministro de Asuntos Exteriores, Edward Grey, llegó al cargo en diciembre de 1905 decidido a «ver a Rusia reintegrada en los consejos de Europa y espero que en mejores términos con nosotros que hasta ahora».[61] En mayo de 1906, Grey logró dejar momentáneamente en suspenso la opción de los refuerzos en India.

Hay un aspecto de esta maraña de reajustes imperiales que merece destacarse de manera especial: los responsables políticos británicos consideraban ante todo que ni la Entente Cordiale con Francia ni el Convenio con Rusia eran instrumentos antialemanes. Si Alemania figuraba en los planes británicos era debido sobre todo a las tensiones con Francia y Rusia. El gobierno alemán suscitaba resentimiento y cólera siempre que parecía hacer causa común con Rusia y Francia en contra de Gran Bretaña, como en la primavera de 1895, por ejemplo, cuando Alemania se unió a sus dos grandes potencias vecinas con el fin

de presionar a Tokio para que devolviera a China el territorio conquistado durante la Guerra chino-japonesa, o en 1897 cuando de forma inesperada los alemanes tomaron una cabecera de puente china en Kiaochow (Jiaozhou), en la península de Shantung, una medida que Londres creyó (con razón) que los rusos habían aprobado y alentado en secreto. En ambos casos, las acciones alemanas se interpretaron dentro del marco de los planes franceses y rusos contra Gran Bretaña. En la escena china, como en otros sitios, Alemania constituía un engorro diplomático más que una amenaza existencial. Dicho de otro modo, «el antagonismo anglo-alemán» no era el determinante principal de la política británica; de hecho, más o menos hasta 1904-1905, dependió casi siempre de otras preocupaciones más acuciantes.[62]

UN IMPERIO TARDÍO: ALEMANIA

El objetivo principal de la política exterior alemana en época de Bismarck era impedir la aparición de una coalición hostil de grandes potencias. Mientras persistió la tensión entre los imperios mundiales, dicho objetivo se cumplió con relativa facilidad. De vez en cuando, la rivalidad francesa con Gran Bretaña distraía a París de su hostilidad hacia Alemania; la hostilidad rusa hacia Gran Bretaña desviaba la atención de Rusia de los Balcanes y de ese modo ayudaba a evitar un conflicto austro-ruso. Como potencia continental, Alemania podría mantenerse al margen de las luchas por África, Asia Central y China, siempre que ella misma no aspirase a fundar un imperio global. Y con tal de que Gran Bretaña, Francia y Rusia siguieran siendo imperios rivales, Berlín siempre podría aprovechar sus diferencias. Esta situación mejoró la seguridad del imperio y creó un cierto margen de maniobra para los responsables políticos de Berlín.

Pero la estrategia de Bismarck también exigía un coste. Requería que Alemania renunciara a sus aspiraciones, especialmente a cualquier delirio imperial en África, Asia y otros lugares y se quedara al margen mientras otras potencias peleaban

por cuotas de poder globales. También exigía que Berlín asumiera compromisos contradictorios con sus potencias vecinas. El resultado fue una sensación de parálisis nacional que afectó a los electores que con sus votos determinaban la composición del parlamento nacional alemán. La idea de las posesiones coloniales –imaginadas como el Dorado con mano de obra y materias primas baratas y una población nativa o colona pujante que comprara las exportaciones nacionales– era tan cautivadora para la clase media alemana como para la de los imperios europeos consolidados.

Cabe señalar que incluso las iniciativas más moderadas de los alemanes por sobrepasar los límites de su expansión imperial encontraron una fuerte resistencia por parte de las potencias mundiales ya arraigadas. A este respecto, convendría recordar una diferencia obvia pero importante entre el Imperio Alemán tardío y los imperios rivales. En tanto que poseedores de enormes porciones de superficie terrestre habitada y con presencia militar a lo largo de extensas periferias imperiales, Gran Bretaña, Francia y Rusia controlaban piezas que podían intercambiar y negociar a un coste relativamente pequeño para las metrópolis. Gran Bretaña podría ofrecer a Francia concesiones en el delta del Mekong; Rusia podría ofrecer a Gran Bretaña una demarcación de zonas de influencia en Persia; Francia podría ofrecer a Italia acceso a territorios codiciados del norte de África. Alemania no podría hacer este tipo de ofertas de manera creíble, ya que siempre ocupaba la posición de un advenedizo sin nada con que comerciar, empujando para conseguir un sitio en una mesa ya atestada. Sus intentos de asegurarse una porción de las migajas sobrantes encontraron una firme resistencia por parte del reconocido club.

En 1884-1885, por ejemplo, cuando el gobierno alemán trató de calmar sus apetitos imperialistas aprobando la adquisición de un conjunto modesto de posesiones coloniales, se encontró con

la respuesta desdeñosa de Gran Bretaña. En 1883, el comerciante de Bremen Heinrich Vogelsang compró tierra a lo largo de la costa de Angra Pequeña, el actual sur de Namibia. Durante el año siguiente, Bismarck preguntó oficialmente al gobierno británico si se proponía reclamar la zona. Desde Londres llegó una respuesta seca en la que se manifestaba que Gran Bretaña no estaba dispuesta a permitir que ningún otro país se estableciera en la región entre la Angola portuguesa y la colonia británica del Cabo. Berlín respondió con dos preguntas perspicaces: ¿en qué se basaba la reclamación británica? Y ¿se comprometerían las autoridades británicas a proteger a los colonos alemanes de la zona?[63] Pasaron meses antes de que Whitehall se dignara enviar una respuesta. A Bismarck le irritó ese estilo condescendiente, pero no tenía que habérselo tomado como algo personal: Londres adoptó exactamente la misma actitud brusca y altanera cuando trató con los estadounidenses acerca del conflicto fronterizo venezolano en 1895-1896.[64] Luego, cuando de todas formas los alemanes siguieron adelante y anunciaron la adquisición formal de la zona, el gobierno británico contrarrestó de inmediato con su propia reclamación. El ambiente se caldeó en Berlín. Bismarck echaba chispas. Era intolerable que Gran Bretaña exigiera el privilegio de una «Doctrina Monroe africana».[65] El canciller redobló la presión política. Envió a su hijo Herbert a Londres al frente de las negociaciones. Los británicos, abstraídos por problemas más graves (los planes rusos en Afganistán, las tensiones entre África y Francia), finalmente se dieron por vencidos y la crisis pasó, pero sirvió para recordar el poco sitio que quedaba en la mesa para la última de las grandes potencias de Europa.

En 1890, Alemania abandonó el Tratado de Reaseguro con Rusia en parte para escapar de las limitaciones autoimpuestas por la política de Bismarck. El relevo en los cargos ese año –la salida de Bismarck, el nombramiento de Leo von Caprivi para la

cancillería y la aparición del káiser Guillermo II como un actor clave en la política imperial– inauguró una nueva fase en las relaciones exteriores alemanas. El «nuevo rumbo», iniciado a principios de la década de 1890, no fue tanto resultado de intenciones coordinadas como de indecisión y deriva. El vacío creado por la repentina salida de Bismarck no se llenó. La iniciativa pasó a Friedrich von Holstein, jefe del departamento político del Ministerio de Asuntos Exteriores. Su política se propuso reforzar los lazos con Austria-Hungría al tiempo que compensaba los posibles riesgos en los Balcanes mediante un acuerdo con Londres, a pesar de que no era partidario de un acuerdo en toda regla con Gran Bretaña. La idea central de esta estrategia era la independencia. Una Alemania aliada con Gran Bretaña corría el riesgo de convertirse en el chivo expiatorio de Londres en el continente: el recuerdo de la Guerra de los Siete Años, cuando Federico de Prusia se encontró rodeado de una poderosa coalición continental por ser aliado de Gran Bretaña, tuvo aquí su importancia. Como dijo en marzo de 1890 Bernhard von Bülow, estrecho colaborador de Holstein, lo fundamental era que Alemania «no debía depender de ninguna potencia extranjera».[66] El precio de un acuerdo con Gran Bretaña sería la renuncia por parte de Alemania a las adquisiciones coloniales, pero Caprivi estaba encantado de que ese fuera el precio a pagar.

La política de manos libres parecía bastante inofensiva, pero comportaba riesgos considerables. En el verano de 1891, los alemanes se enteraron de que su aliado italiano mantenía conversaciones secretas con Francia con la esperanza de asegurarse el apoyo francés en las futuras conquistas italianas en el norte de África. Al mismo tiempo, llegaron noticias a Berlín de que una flotilla francesa estaba de visita oficial en el puerto ruso de Kronstadt, donde la prensa y el público rusos recibieron con júbilo a los oficiales franceses. El posterior Convenio Militar Franco-Ruso de 1892 reveló que incluso la mera apariencia de una

estrecha colaboración con Gran Bretaña conllevaba el riesgo de aumentar la exposición de Alemania en el continente sin que ello le proporcionara beneficios compensatorios de seguridad. Y lo más alarmante de todo era que la intimidad cada vez mayor entre Francia y Rusia no parecía conminar a Gran Bretaña a buscar unas relaciones más estrechas con Alemania; por el contrario, indujo a los responsables políticos británicos a empezar a considerar las ventajas contemporizadoras, primero de Francia y luego de Rusia. El hecho de que la flotilla francesa hiciera una visita simbólica a Portsmouth de camino a casa desde Rusia en 1891 también fue aleccionador para los medios políticos de Berlín.[67]

¿Era Alemania lo bastante fuerte para abrirse camino sin el apoyo de aliados poderosos? La respuesta de Caprivi a esta pregunta fue ampliar la capacidad defensiva del imperio. La aprobación de la ley militar de 1893 aumentó hasta 552.000 los efectivos del ejército –150.000 más que en la década anterior– y el gasto militar de ese año alcanzó una cifra que duplicó la de 1886. Sin embargo, estos incrementos no se integraron en una estrategia política más amplia; su propósito era lograr la disuasión.

Las repercusiones diplomáticas de esta búsqueda de autosuficiencia militar fueron motivo de discordia entre los responsables políticos más importantes de Berlín. Dado que era prácticamente imposible mejorar las relaciones con Francia, ¿debería empeñarse Alemania en buscar un acuerdo con Gran Bretaña, o la salvación se basaba en mejorar las relaciones con Rusia? La búsqueda de ambas opciones produjo resultados frustrantes. Los responsables políticos alemanes abrigaban grandes esperanzas de que el Tratado Comercial Ruso-Alemán se concretara en la primavera de 1894. Ratificado por el Reichstag en contra de las protestas vehementes de los terratenientes, el tratado marcó un hito en las relaciones comerciales que reportó beneficios

económicos enormes a ambos países. Pero no hizo nada para debilitar el compromiso ruso con su alianza con Francia; al contrario, los rusos consideraban que el tratado era una reivindicación de su política y un indicio de lo que podía lograrse cuando se mantenía a los alemanes en una posición inferior en materia diplomática.[68]

La opción británica resultaba no menos difícil. La razón principal es sencillamente que la política de «manos libres» de Caprivi era mucho más generosa con Londres que con Berlín. La conclusión de la Alianza franco-rusa permitía a Gran Bretaña fluctuar entre los bandos continentales y reducía el incentivo para buscar un acuerdo sólido con Berlín. Solo en momentos de crisis en la periferia de su imperio buscaba Londres estrechar los lazos, pero estos no equivalían, ni podrían hacerlo nunca, a la oferta de una alianza en toda regla en condiciones que Berlín pudiera razonablemente aceptar. En 1901, por ejemplo, con las fuerzas británicas comprometidas en Sudáfrica y los rusos ejerciendo una presión cada vez mayor en China, el secretario de Estado de Asuntos Exteriores Lansdowne tenía tanto interés por conseguir el apoyo de Alemania frente a Rusia que distribuyó entre los miembros del gabinete un borrador de propuesta para un tratado de alianza secreto con Alemania que en determinadas condiciones habría comprometido a Gran Bretaña y Alemania a declarar la guerra a Rusia en apoyo de Japón. Sondearon a Berlín, pero los alemanes no querían verse mezclados en ningún tipo de maniobra antirrusa por temor a que ello les dejara peligrosamente desprotegidos en un conflicto continental en el que el apoyo de la marina británica apenas tendría peso.[69] El asunto que preocupaba a Bülow era: ¿qué podrían ofrecer los británicos a los alemanes que compensara la mayor enemistad con Francia y Rusia que inevitablemente provocaría una alianza alemana con Gran Bretaña? Este era el problema estructural

que dificultaba una y otra vez los esfuerzos para formalizar un acercamiento anglo-alemán.

Otro problema, y más evidente, era que los intentos de Berlín de perseguir los intereses alemanes fuera de Europa encontraban inevitablemente la protesta de Gran Bretaña. Cuando el sultán de Turquía Abdul Hamid confió la construcción de un ramal del Ferrocarril de Anatolia hasta Bagdad, a la Deutsche Bahn-Gesellschaft, hubo enérgicas protestas desde el gobierno británico que veía en el proyecto financiado por Alemania una «penetración no autorizada en el ámbito inglés», ya que disminuiría la rentabilidad del Ferrocarril de Esmirna financiado por Gran Bretaña. En este, como en otros muchos conflictos, los responsables políticos británicos partían de la premisa de que mientras los intereses imperiales de Gran Bretaña eran «vitales» y «esenciales», los de Alemania eran un mero «lujo», la búsqueda decidida de lo que otras potencias debían interpretar como una provocación.[70] La disputa en torno al Tratado Anglo-Congoleño de 12 de mayo de 1894, mediante el cual Gran Bretaña obtenía una franja de tierra de 25 kilómetros de ancho que unía Uganda con Rodesia, era un buen ejemplo. Este tratado, destinado básicamente a entorpecer los planes franceses en el Alto Nilo, tuvo también el efecto de hacer que el sudeste del África alemana colindara con un cordón de territorio británico. Al final Londres se echó atrás cuando se vio presionada por Alemania. Este resultado suscitó alegría en una prensa alemana deseosa de ver signos de autoafirmación nacional. Los responsables políticos alemanes también vieron reforzada su creeencia de que hacerle frente a Gran Bretaña era la única forma de proteger los intereses alemanes.[71]

La tensión anglo-alemana alcanzó su punto álgido durante la crisis de Transvaal de 1894-1895. Durante mucho tiempo hubo problemas locales entre la Colonia del Cabo controlada por los británicos y la vecina República Sudafricana Boer, también co-

nocida como Transvaal. Aunque la comunidad internacional (incluida Gran Bretaña) reconocía la independencia de Transvaal, la figura dominante de la Colonia del Cabo, Cecil Rhodes, insistía en anexionar al vecino del norte atraido por los enormes depósitos de oro descubiertos allá en la década de 1880. Puesto que los colonos alemanes desempeñaban un papel destacado en la economía de Transvaal y Alemania poseía una quinta parte de todo el capital extranjero que ahí se invertía, el gobierno de Berlín estaba muy interesado en mantener la independencia de la república. En 1894, la participación de Berlín en los planes para construir un ferrocarril financiado por Alemania que uniera el interior de Transvaal con la bahía de Delagoa en el Mozambique portugués, desató las protestas de Londres. Al tiempo que el gobierno británico pensaba en obtener el control del controvertido ferrocarril mediante la anexión de la bahía de Delagoa y rechazaba cualquier arreglo que pudiera debilitar su dominio político y económico en la región, los alemanes insistían en la continuidad de la independencia política y económica de Transvaal.[72] Hubo más fricciones en el otoño de 1895, cuando el embajador británico en Berlín, Sir Edward Malet, dijo que Transvaal era un punto conflictivo en las relaciones anglo-alemanas e insinuó la posibilidad de una guerra entre ambos países si Alemania se negaba a dar marcha atrás.

Así que el gobierno alemán estaba de mal humor cuando en diciembre de 1895 un ataque británico fallido contra Transvaal provocó una crisis internacional. El gobierno de Gran Bretaña no había aprobado formalmente la incursión del Dr. Leander Starr Jameson, aunque al menos uno de los ministros del gobierno británico (Joseph Chamberlain) lo supo de antemano. Y la incursión propiamente dicha resultó un fiasco: las tropas de la República de Transvaal no tardaron en derrotar y capturar a los hombres de Jameson. En Berlín, al igual que en París y San Petersburgo, todo el mundo creía que Londres estaba detrás del

intento de invasión, a pesar de la negativa oficial de Whitehall. Decidido a mostrar su indignación, el gobierno alemán envió un telegrama personal del káiser a Paul Kruger, presidente de la República de Transvaal. El «telegrama Kruger», como llegó a conocerse, deseaba al presidente un feliz año nuevo y le felicitaba por haber defendido «la independencia de su país frente al ataque exterior» sin «recurrir a la ayuda de las potencias amigas».[73]

Este mensaje tan suave produjo un torrente de indignación en la prensa británica y la correspondiente ola de júbilo en Alemania, donde lo recibieron como una señal de que al fin algo se estaba haciendo para defender los intereses alemanes en ultramar. Pero el telegrama Kruger no fue más que una política de gestos. Alemania se retiró enseguida de la confrontación con Gran Bretaña por el sur de África. Carecía de medios para proyectar su voluntad, ni siquiera para lograr el debido respeto a un socio igualitario en este tipo de conflictos de intereses. Al final Berlín aceptó un acuerdo de compromiso, que a cambio de concesiones británicas insignificantes excluía a Alemania de participar en el futuro político del sur de África.[74] Con gran indignación de la prensa nacionalista alemana, el gobierno se negó a intervenir a favor de Transvaal antes o durante la Guerra de los Boer de 1899-1902, que tuvo como resultado la derrota de Transvaal y su conversión en una colonia británica.

Así, durante la década de 1890 Alemania se vio cada vez más aislada. Seguía siendo difícil lograr un compromiso con Gran Bretaña y parecía que la Alianza franco-rusa reducía considerablemente la libertad de movimiento en el continente. Con todo, los dirigentes alemanes tardaron mucho en comprender la magnitud del problema, sobre todo porque la tensión permanente entre los imperios del mundo era en sí misma la garantía de que nunca se unirían en contra de Alemania. Lejos de contrarrestar su aislamiento por medio de una política de acercamiento, los

responsables políticos alemanes elevaron la búsqueda de la autosuficiencia a la condición de principio rector.[75] La manifestación más importante de este hecho fue la decisión de construir una gran armada.

A mediados de la década de 1890, tras un largo periodo de estancamiento y relativa decadencia, la construcción y la estrategia navales llegaron a ocupar un lugar fundamental en la política exterior y de seguridad alemana.[76] La opinión pública jugó aquí su papel: en Alemania, al igual que en Gran Bretaña, los grandes barcos fueron el fetiche de la prensa de calidad y sus lectores de clase media culta.[77] El «navalismo» del escritor estadounidense Alfred Thayer Mahan, muy a la moda, también desempeñó un papel. Mahan predijo en *The Influence of Sea Power upon History (La influencia del poderío naval en la historia,* [1890]*)* una lucha por el poder mundial que decidirían las grandes flotas de acorazados y cruceros pesados. El káiser Guillermo II apoyaba el programa naval pues era un gran aficionado a la naútica y un ávido lector de Mahan; en los cuadernos de bocetos del joven Guillermo encontramos muchos acorazados, fortalezas flotantes llenas de cañones dibujadas a lápiz con esmero. Pero la dimensión internacional también era crucial: fue sobre todo la secuencia de enfrentamientos periféricos con Gran Bretaña lo que provocó la decisión de poseer una flota naval más imponente. Después del episodio de Transvaal, el káiser se obsesionó con que necesitaban barcos, hasta el punto que empezó a considerar que casi todas las crisis internacionales constituían una lección sobre la primacía del poder naval.[78]

La preocupación personal del káiser por los asuntos navales coincidió con una lucha enconada entre facciones de los niveles superiores de la administración naval alemana. El jefe del departamento naval, el almirante barón Gustav von Senden Bibran, y su protegido, el ambicioso Alfred von Tirpitz, insistían en la construcción a gran escala de grandes acorazados. En el

otro lado de la pelea se encontraba el prudente almirante Friedrich Hollmann, secretario de Estado de la Armada y responsable de redactar las leyes navales para el Reichstag. Hollmann mantenía su compromiso de construir una fuerza de cruceros rápidos del tipo preferido por la *jeune école* francesa que seguía estando de moda. Mientras que Tirpitz veía la estrategia naval de Alemania desde la perspectiva de un enfrentamiento futuro por la igualdad con Gran Bretaña en aguas próximas, Hollmann imaginaba un arma de larga distancia más flexible que se utilizaría para hacer valer las pretensiones de Alemania y proteger sus intereses en la periferia. Entre 1893 y 1896, Tirpitz y sus aliados emprendieron una campaña contra Hollmann poniendo en duda su competencia y bombardeando al káiser con memorándums que esbozaban sus propuestas de estrategia. Después de vacilar durante un tiempo entre los dos bandos, Guillermo II retiró su apoyo a Hollmann y nombró en su lugar a Tirpitz.[79] El 26 de marzo de 1898, y tras una intensa campaña de propaganda, el Reichstag aprobó una nueva ley naval. En lugar de las propuestas eclécticas y poco definidas de principios y mediados de la década de 1890, la Oficina Naval Imperial del almirante von Tirpitz instauró un gran programa de construcción a largo plazo que monopolizaría el gasto de defensa alemán hasta 1912. Su objetivo final era permitir que Alemania se enfrentara a la armada de Gran Bretaña en igualdad de condiciones.[80]

La decisión de Alemania de emprender un programa naval ambicioso ha ocupado un puesto preferente en la literatura sobre los orígenes de la Primera Guerra Mundial. Visto en retrospectiva, podría parecer el presagio, o incluso tal vez la explicación, del conflicto que estallló en 1914. ¿No fue la decisión de desafiar la hegemonía naval británica una provocación innecesaria que agrió para siempre las relaciones entre los dos Estados y acrecentó la polarización del sistema europeo?

Se pueden hacer muchas críticas a la estrategia naval alemana, la más seria la de que no estaba integrada en un concepto de política más amplio, más allá del afán por lograr carta blanca en los asuntos del mundo. Pero el nuevo programa naval no era una medida ni estrafalaria ni injustificada. Los alemanes tenían razones de sobra para creer que no les tomarían en serio a no ser que se hicieran con una armada creíble. No había que olvidar que los británicos estaban acostumbrados a usar un tono más bien autoritario cuando se comunicaban con los alemanes. En marzo de 1897, por ejemplo, tuvo lugar una reunión entre el subsecretario adjunto del Foreign Office británico, Sir Francis Bertie, apodado «el Toro» por sus modales agresivos, y el encargado de negocios y embajador interino alemán en Londres, el barón Hermann von Eckardstein. En el transcurso de su conversación, Eckardstein, anglófilo reconocido que vestía al estilo de Eduardo VII y le gustaba dejarse ver por los clubs de Londres, mencionó de pasada el tema de los intereses alemanes en el sur de África. La respuesta de Bertie cayó como un mazazo. Si los alemanes pusieran un solo dedo en Transvaal, declaró Bertie, el gobierno británico no se detendría ante ninguna medida, «ni siquiera la última» (una referencia inequívoca a la guerra), «para rechazar cualquier intervención alemana». «Si se llegara a una guerra con Alemania», continuó, «toda la nación inglesa la respaldaría, y el bloqueo de Hamburgo y Bremen y la aniquilación del comercio alemán en alta mar sería un juego de niños para la flota inglesa.»[81]

La política naval alemana debe considerarse en este marco de fricción y amenaza. Naturalmente, no puede haber ninguna duda acerca de la orientación antibritánica de la nueva armada; el propio Tirpitz lo dejó clarísimo: el memorándum de junio de 1897 en el que exponía al káiser su proyecto de flota empezaba con el comentario lapidario de que «En estos momentos, el enemigo naval más peligroso para Alemania es Inglaterra», y la

misma afirmación se repitió en todos los proyectos de propuestas y memorándums de los años posteriores.[82] Pero no había nada sorprendente en esto: los programas armamentistas solían compararse con el potencial mucho mayor del adversario; hasta la firma de la Entente Cordiale en 1904, los documentos programáticos de los estrategas navales franceses de la *jeune école* habían previsto –en caso de guerra– el uso sistemático de cruceros rápidos y bien armados para atacar a la navegación comercial y obligar a las Islas Británicas a pasar hambre y someterse. Todavía en 1898, esta posibilidad aparecía lo bastante real en los círculos navales británicos como para provocar el pánico ante la necesidad de más cruceros y la consolidación del suministro interno de alimentos.[83]

En todo caso, no fue la construcción de barcos alemanes después de 1898 lo que impulsó a Gran Bretaña a entablar unas relaciones más estrechas con Francia y Rusia. Las decisiones de cerrar un pacto con Francia y buscar un acuerdo con Rusia se produjeron como consecuencia de las presiones sobre la periferia del imperio. La construcción naval alemana no obsesionaba ni alarmaba tanto a los responsables políticos británicos como a menudo se supone.[84] La estrategia naval británica nunca se centró exclusivamente en Alemania, sino en la necesidad de mantener el dominio en un mundo de grandes potencias navales, entre ellas Francia, Rusia y Estados Unidos. Ni tampoco la construcción naval alemana dejó tan fascinados a los estrategas británicos como se ha afirmado a veces.[85] En 1905, el director del servicio británico de inteligencia naval pudo decir con confianza que el predominio naval de Gran Bretaña sobre Alemania era «abrumador».[86] En octubre de 1906, Charles Hardinge, subsecretario permanente en el Ministerio de Asuntos Exteriores, reconoció que Alemania no suponía una amenaza naval inmediata para Gran Bretaña. Al año siguiente, el almirante Sir A.K. Wilson señaló en un informe sobre los planes de guerra del Al-

mirantazgo que no veía probable un conflicto anglo-alemán, que ninguna de las dos potencias estaba en condiciones de hacer un «daño vital» a la otra y que «era difícil ver cómo podría presentarse semejante conflicto». El ministro de Asuntos Exteriores Edward Grey también era optimista: «Tendremos siete acorazados en el agua antes de que ellos tengan uno», comentó en noviembre de 1907. «En 1910 tendrán cuatro frente a los siete nuestros, pero de aquí a entonces hay mucho tiempo para empezar a construir otros nuevos, si es que lo hacen.»[87] Incluso el jefe del Estado Mayor de la Armada Sir John («Jackie») Fisher escribió al rey Eduardo VII en 1907 vanagloriándose de la superioridad de Gran Bretaña respecto a los alemanes: «Inglaterra tiene siete acorazados y tres invencibles, mientras que Alemania todavía no [ha] comenzado uno». Había buenas razones para tener tanta confianza, porque sin duda alguna los alemanes perdieron la carrera naval: mientras que el número de acorazados alemanes aumentó de 13 a 16 entre los años 1898-1905, la flota de guerra británica aumentó de 29 a 44 buques. El objetivo de Tirpitz había sido lograr una ratio de un acorazado alemán por cada 1,5 británico, pero nunca se acercó. En 1913, el mando naval alemán abandonó formal y unilateralmente la carrera armamentista anglo-alemana, declarando Tirpitz que estaba satisfecho con las ratios solicitadas por Gran Bretaña. En 1914, Gran Bretaña se puso de nuevo en cabeza. Las amenazas navales que se extendían periódicamente por la prensa y los círculos políticos británicos eran bastante reales, pero en gran parte incitadas por las campañas que lanzaban los navalistas para eludir las peticiones de fondos desde el ejército falto de dinero.[88]

Había pues una enorme discrepancia entre el revuelo que armaron Tirpitz y sus colegas para justificar el gasto naval y la obtención de unos resultados relativamente escasos. La construcción naval alemana tenía el propósito de dar apoyo a lo que en 1900 llegó a conocerse como *Weltpolitik*[NT3], cuyo significado

literal es «política mundial». El término denotaba una política exterior dirigida a extender la influencia de Alemania como potencia mundial y alinearse con los demás grandes actores de la escena mundial. En un importante ensayo de 1897, el historiador y publicista Hans Delbrück advertía que «en el curso de las próximas décadas se repartirán masas enormes de tierra en todos los rincones del mundo. Y la nacionalidad que se quede con las manos vacías será excluida durante la siguiente generación de las filas de esos grandes pueblos que definen el perfil del espíritu humano».[89] En un discurso popular e influyente pronunciado el 6 de diciembre de 1897, el secretario de Estado de Asuntos Exteriores, Bernhard von Bülow, expresó el nuevo clima de exaltación. Anunció que «los tiempos en los que Alemania dejaba la tierra a uno de sus vecinos, el mar a otro, y se reservaba para ella el cielo donde reina la filosofía pura, esos tiempos se han acabado. No queremos poner a nadie a la sombra, pero nosotros también demandamos nuestro lugar al sol».[90]

Durante un tiempo, la palabra *Weltpolitik* pareció captar el sentir de la clase media y la prensa de calidad nacionalista alemanas. La palabra resonaba porque agrupaba muchas aspiraciones contemporáneas. *Weltpolitik* significaba buscar la expansión de los mercados de exportación extranjeros (en un momento de menor crecimiento de las exportaciones); significaba escapar de las limitaciones del sistema de alianzas continentales para operar en un ámbito mundial más amplio. Expresaba el ansia de emprender proyectos realmente nacionales que contribuyeran a unir las distintas regiones del Imperio Alemán y reflejaba el convencimiento casi universal de que Alemania, llegada con retraso a la fiesta imperial, tendría que tratar de recuperar terreno si deseaba ganarse el respeto del resto de los grandes potencias. Sin embargo, aunque connotaba todo esto, la *Weltpolitik* nunca adquirió un significado estable o preciso.[91] Incluso Bernhard von Bülow, a quien se suele atribuir la implantación de la *Wel-*

tpolitik como principio rector de la política exterior alemana, nunca dio una explicación definitiva de lo que era. Sus contradicciones al respecto indican que era poco más que la vieja política de las «manos libres» con una marina más grande y una música ambiental más amenazadora. En su diario de enero de 1900, el exjefe del Estado General de División Alfred von Waldersee señaló en tono malhumorado que «se supone que tenemos que seguir la *Weltpolitik*. Ojalá supiera lo que es».[92]

En consecuencia, los logros concretos de la *Weltpolitik* después de 1897 fueron modestos, sobre todo si los comparamos con los saqueos imperiales de Estados Unidos en los mismos años: al tiempo que Alemania obtenía las islas Marianas y las Carolinas, un segmento de Samoa y la pequeña cabeza de puente de Kiaochow en la costa de China, los Estados Unidos luchaban contra España en Cuba y de paso se apropiaban de Filipinas, Puerto Rico y Guam en 1898, formalizaban su posesión de Hawái el mismo año y libraban una guerra colonial terrible en Filipinas (1899-1902) en la que perdieron la vida entre 500.000 y 750.000 filipinos; se adueñaron de algunas de las islas de Samoa en 1899 y posteriormente construyeron un canal a través del istmo centroamericano bajo la protección de la Zona del Canal controlada por ellos mismos, de acuerdo con la opinión expresada por su secretario de Estado según la cual eran «prácticamente soberanos» en América del Sur.[93] Cuando un Bülow exultante escribió al káiser Guillermo II que «esta adquisición animará al pueblo y a la armada a seguir a Su Majestad por el camino que conduce al poder mundial, la grandeza y la gloria eterna», se refería a la obtención de las Islas Carolinas que no tenían ningún valor económico ni estratégico.[94] No es de extrañar que algunos historiadores hayan concluido que la *Weltpolitik* de Alemania se concibiera sobre todo para consumo interno: como medio de fortalecer la solidaridad nacional, endosar al parlamento nacional compromisos presupuestarios a largo pla-

zo, silenciar el atractivo de los credos políticos disidentes tales como la socialdemocracia y de ese modo consolidar el dominio de las élites políticas e industriales existentes.[95]

Tal vez el error más destacable de la política alemana durante los años en torno a 1900 fue que no reparó en lo rápido que estaba cambiando el entorno internacional en perjuicio suyo. En los primeros años del siglo XX, los responsables políticos de Berlín seguían confiando en que la tensión entre el Imperio Británico y Rusia continuaría garantizando a Alemania una cierta libertad de maniobra. A corto plazo, se entregaron a mantener buenas relaciones con San Petersburgo. A largo plazo, creyeron que el coste de oponerse a Rusia y el aumento de la flota alemana obligarían a Gran Bretaña a mejorar las relaciones con Berlín.

¿UN GRAN MOMENTO CRUCIAL?

La noche del 8 al 9 de febrero de 1904, la flota del almirante Togo Heiachiro atacó y hundió acorazados rusos fondeados en Port Arthur, en la costa de China, iniciando con ello la Guerra ruso-japonesa. Los japoneses empezaron el conflicto, pero fueron los rusos quienes lo provocaron. Durante la década anterior, el zar y sus consejeros más influyentes estaban cautivados por la posibilidad de conseguir un gran imperio en el Oriente asiático. Los rusos avanzaban sin cesar por el norte de China, la península de Liaodong y el norte de Corea, invadiendo la esfera de interés japonesa. Utilizaron la Rebelión de los Bóxers de 1898-1901 (en parte consecuencia de las incursiones rusas en China) como pretexto para enviar 177.000 soldados a Manchuria, se supone que para proteger sus ferrocarriles. Sofocada la rebelión, Rusia hizo caso omiso de las demandas de las otras potencias para que retirase sus tropas. A principios de 1903, quedó clara su intención de ocupar Manchuria por tiempo indefinido. Las reiteradas peticiones de Japón para proceder a una demarcación formal de las esferas de influencia rusas y japonesas en Man-

churia y Corea respectivamente, fueron desestimadas en San Petersburgo.

Fortalecidos por su alianza de 1902 con Gran Bretaña, los japoneses se sentían lo bastante seguros como para tomar cartas en el asunto por su cuenta. La guerra que se libró a continuación supuso una derrota de proporciones imprevisibles para Rusia. Dos de las tres flotas rusas fueron destruidas (lo irónico es que la tercera, la flota del Mar Negro, se salvó debido a las restricciones que aún impedían que los barcos de guerra rusos pasaran por los estrechos de Turquía). Las fuerzas rusas se vieron sobrepasadas y derrotadas en Manchuria en 1904, los japoneses sitiaron Port Arthur, y el ejército enviado a socorrerlo se vio obligado a retirarse de la zona. En enero de 1905, tras un combate largo y encarnizado, Port Arthur se rindió. Dos meses después, un ejército japonés de 270.000 hombres aplastó a una fuerza rusa algo mayor cerca de Mukden en Manchuria. Al tiempo que tenían lugar estos desastres, una ola de violencia entre etnias, huelgas masivas, protestas y revueltas políticas recorrió todo el Imperio Ruso, poniendo al descubierto la fragilidad interna de la autocracia zarista; en un momento dado, hubo que destacar un ejército de casi 300.000 hombres –mayor que la fuerza que se enfrentó a los japoneses en Manchuria– para restablecer el orden.

El impacto del conflicto ruso-japonés fue profundo y ambivalente. A corto plazo, la guerra pareció ofrecer a Alemania oportunidades inesperadas para infringir las restricciones impuestas por la Alianza franco-rusa y la Entente anglo-francesa. Sin embargo, a más largo plazo tuvo precisamente el efecto contrario: produjo un endurecimiento del sistema de alianzas que volvió a centrar las tensiones otrora periféricas en el continente europeo y redujo de manera contundente la libertad de movimiento de Alemania. Ya que estos dos aspectos influyeron en los aconteci-

mientos de 1914, vale la pena examinar brevemente cada uno de ellos.

En el verano de 1904, la situación diplomática de Alemania era mucho peor de lo que había sido en 1890 cuando Bismarck dejó el cargo. Los dirigentes políticos alemanes restaron importancia a estos hechos porque creyeron que las tensiones entre Gran Bretaña y las potencias continentales mantendrían la puerta abierta a un acercamiento germano-inglés. En este contexto, las noticias de la Entente anglo-francesa fueron un duro golpe. En una carta de abril de 1904, el káiser Guillermo informaba al canciller Bülow de que la Entente le dio «mucho que pensar», porque el hecho de que Inglaterra y Francia ya no tuvieran nada que temer una de la otra significaba que su «necesidad de tomar en cuenta nuestra situación se hace cada vez menos acuciante».[96]

¿Cómo consiguió Alemania salir de esta desafortunada situación? Surgieron dos opciones. La primera era comprometer al Reich a firmar un acuerdo con Rusia y de ese modo debilitar o neutralizar la Alianza franco-rusa. La segunda era encontrar un medio para restar solidez a la nueva entente entre Gran Bretaña y Francia. La Guerra ruso-japonesa ofreció la oportunidad de probar ambas opciones. Durante algún tiempo, el káiser Guillermo estuvo pidiendo, sin éxito, un acercamiento diplomático a los rusos y enseguida se dio cuenta de las ventajas que obtendrían de la difícil coyuntura que atravesaba Rusia. En una carta al zar de febrero de 1904, señalaba que los franceses estaban suministrando materias primas a los japoneses y que por lo tanto se comportaban como unos aliados muy poco fiables.[97] En junio le dijo a Nicolás II que creía que la entente de Francia con Gran Bretaña, aliada de Japón, estaba «impidiendo que los franceses acudieran en su ayuda». En otras cartas se mostró comprensivo acerca del infortunio del ejército ruso y expresó confianza en los éxitos futuros.[98] Los alemanes también prestaban una ayuda

más práctica, como el suministro de carbón a los acorazados rusos en ruta hacia Oriente. Estos intentos de acercamiento culminaron con dos ofertas formales de alianza. La primera, presentada el 30 de octubre de 1904, proponía una alianza según la cual cada uno de los signatarios acudiría en ayuda del otro en caso de que fueran atacados en Europa o en cualquier otro lugar del mundo. Pero el zar Nicolás no estaba dispuesto a firmar un acuerdo formal sin consultar a su aliado francés. Puesto que era impensable que los franceses estuvieran de acuerdo, eso equivalía a rechazar la propuesta.

Sin embargo, en el verano de 1905, la situación interna y militar de Rusia había empeorado muchísimo. Cuando el káiser reanudó sus planteamientos a Nicolás, encontró al zar más predispuesto a considerar una oferta alemana. Ese verano, el yate real *Hohenzollern* se encaminó hacia la aldea de pescadores de Björkö, en el golfo de Finlandia, donde tenía una cita con el yate del zar *Estrella Polar*. El 23 de julio, ambas embarcaciones amarraron una al lado de la otra y el zar subió a cenar a bordo. Después mantuvieron conversaciones confidenciales, durante las cuales Guillermo se aprovechó de las inquietudes del zar acerca de los planes británicos contra Rusia y la falta de fiabilidad de los franceses, que ahora iban de la mano con Gran Bretaña. Nicolás estaba tan alterado que se echó a llorar, abrazó a su primo alemán y firmó en la línea de puntos. Pero el borrador del tratado no superó el cuidadoso examen de los funcionarios del zar en San Petersburgo. Señalaron que era imposible conciliar un acuerdo con Berlín con la alianza francesa que todavía constituía la base de la seguridad rusa. Unos informes de París confirmaron que los franceses nunca tolerarían cualquier alteración de los términos de la alianza en aras del acercamiento ruso-alemán. El zar seguía mostrándose favorable a algún tipo de acuerdo con Alemania, pero ante la insistencia de sus consejeros políticos y económicos fue abandonando la idea. De este modo, se

bloqueó la ruta hacia el este que sacaría a Alemania de su aislamiento, al menos en el futuro inmediato.

Al mismo tiempo, las autoridades alemanas buscaban la manera de abrir la puerta que poco antes había cerrado la Entente anglo-francesa. Como parte de la solución global a los conflictos coloniales que seguían abiertos y que habían sido negociados a través de la Entente Cordiale, los británicos se habían avenido a admitir que Marruecos se situara dentro de la esfera de influencia francesa a cambio de que los franceses reconocieran la supremacía británica en Egipto. Decidido a sacar el máximo rendimiento a este compromiso mientras el acuerdo con los británicos siguiera fresco, el gobierno de Francia envió en enero de 1905 una misión diplomática a Fez con miras a organizar la consolidación del control francés sobre Marruecos.

Dados los términos del acuerdo anglo-francés, no había nada extraño en el intento de consolidar el poder de Francia en Marruecos. Pero el ministro francés de Asuntos Exteriores optó por dotar a la política de un sesgo explícitamente antialemán. Las posibles desavenencias con España se resolvieron mediante el intercambio de territorios, y el acuerdo norteafricano de 1902 con Italia aseguraba la aceptación de Roma. El acuerdo británico se incluyó en los términos de la Entente. Pero a los alemanes no les ofrecieron nada. Ni siquiera informaron de antemano a Berlín de las intenciones francesas. Esto representaba un cambio de Delcassé respecto a la política anterior, la cual había previsto que el consentimiento de los alemanes se negociaría a cambio de una compensación territorial «en otras partes de África donde puedan tener ambiciones».[99] Al tomar la decisión de excluir a los alemanes, Delcassé incorporó a su política norteafricana un elemento de provocación innecesario y se expuso a las críticas de sus colegas franceses: incluso Paul Revoil, su colaborador más estrecho en la cuestión marroquí, se lamentaba de la intransigencia del ministro; la «gran desgracia», se queja-

ba Revoil, era que Delcassé encontraba «repugnante mantener conversaciones con Alemania. "Los alemanes son estafadores", dice. Pero, por el amor del cielo, no pido un intercambio de palabras de amor o anillos de enamorados sino una conversación de negocios».[100] Incluso Eugène Étienne, dirigente del Partido Colonial Francés, consideraba que la negativa de Delcassé a negociar con los alemanes sobre Marruecos era «el colmo de la imprudencia».[101]

Por su parte y durante mucho tiempo, el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán había estado observando con recelo los avances franceses en Marruecos y estaba decidido a no permitir que el gobierno francés actuara unilateralmente perjudicando los intereses alemanes en la zona. En un plano legal, el punto de vista alemán era legítimo: un acuerdo internacional de 1881 reconocía formalmente que Marruecos era una zona que solo podría alterar su estatus de forma multilateral, es decir, mediante un tratado internacional. Sin embargo, el objetivo final de la política alemana no era defender la ley internacional, sino más bien poner a prueba la solidez de la Entente. Algunos informes de Londres dieron motivos a los alemanes para suponer que el gobierno británico no se sentiría obligado a intervenir en una pugna por Marruecos entre Francia y una tercera potencia.[102] Era de esperar que esto a su vez recordaría a los franceses –según la singular expresión del káiser– que «una armada no tiene ruedas», y por lo tanto suavizarían su oposición a la firma de un acuerdo con Alemania.[103] En este sentido, la iniciativa marroquí puede verse como una versión occidental de los intentos de acercamiento a Rusia durante los años 1904-1905.

A primeros de marzo de 1905, una delegación francesa viajó a Fez, en el interior de Marruecos, para exigir el control sobre el ejército y la policía marroquí; el sultán se negó. El 31 de marzo de 1905, el káiser Guillermo II realizó una visita sorpresa a la ciudad de Tánger. En medio de las aclamaciones enardecidas de

la población, que veía en el soberano alemán una contrapartida positiva a los franceses, Guillermo cabalgó hasta la legación alemana, ninguneó al tercer secretario de la legación francesa, que le había dado la bienvenida a Marruecos «en nombre de Monsieur Delcassé», y pronunció un discurso en el que afirmó que los intereses comerciales y económicos de Alemania, unidos a la independencia e integridad de Marruecos, debían mantenerse.[104] Tras una estancia de dos horas escasas en la ciudad, regresó a su barco y zarpó.

A corto plazo, este ejercicio espectacular de política de gestos constituyó un gran éxito. El desembarco causó indignación en Francia, pero los británicos no mostraron interés en intervenir, y tras una fase de amenazas mutuas y políticas arriesgadas, el gobierno francés optó por buscar una solución pacífica. Théophile Delcassé fue destituido y durante un tiempo vio denigrada su política de provocación; un nuevo e inexperto primer ministro, Maurice Rouvier, asumió sus responsabilidades y propuso unas negociaciones bilaterales sobre el futuro de Marruecos. Pero visto en retrospectiva, los alemanes no actuaron con prudencia al tratar de forzar la situación rechazando la propuesta de Rouvier e insistiendo en cambio en que el conflicto se resolviera en una conferencia internacional como requerían los términos del tratado de 1881. Al final se aceptó la petición, pero el triunfo de los alemanes duró muy poco. En la conferencia que se celebró en enero de 1906 en la ciudad portuaria española de Algeciras, se confirmó en términos generales la cuasi independencia de Marruecos, pero los negociadores alemanes no lograron obtener ningún apoyo del resto de grandes potencias (salvo de los austriacos) en favor de las demás propuestas referentes a la internacionalización de la policía y las instituciones financieras marroquíes. Gran Bretaña, Italia y España, que habían sido compradas mediante acuerdos de compensación, y Rusia, a la que prometieron un nuevo préstamo francés a cambio de su

apoyo, se pusieron de parte de Francia. Los delegados rusos viajaron a Algeciras con instrucciones de apoyar «enérgicamente» todas las propuestas francesas.[105] La Triple Alianza demostró su inutilidad a la vista de todos. La búsqueda de una solución multilateral para un asunto que Francia ya había resuelto de manera bilateral con la mayor parte de las potencias interesadas resultó ser un gran error. Los responsables políticos alemanes se habían equivocado. El 5 de abril de 1906, el canciller Bernhard von Bülow, artífice principal de la política alemana en Marruecos, palideció y se desplomó en el Reichstag poco después de pronunciar un discurso sobre el desenlace de Algeciras. Estuvo convaleciente hasta octubre.[106]

De este modo, los esfuerzos del gobierno alemán por tantear las opciones orientales y occidentales como medio de superar el aislamiento de Alemania fracasaron estrepitosamente. Más que debilitarla, el desafío alemán a Francia en Marruecos fortaleció la Entente anglo-francesa.[107] También en el este, las oportunidades que creó la Guerra ruso-japonesa para Alemania resultaron ser ficticias. En el verano de 1907, la opción oriental quedó suspendida para el futuro inmediato cuando Gran Bretaña y Rusia firmaron un tratado que resolvía todos sus conflictos sobre Persia, Afganistán y el Tíbet.

El Convenio de 1907 no fue impulsado por la hostilidad hacia Alemania, o por temor a ella. Fue más bien al revés: ya que Rusia representaba la mayor amenaza para Gran Bretaña a lo largo de una gran variedad de puntos vulnerables, había que apaciguar a Rusia y oponerse a Alemania. Esta había sido la idea británica dominante sobre un acercamiento a Rusia desde antes del cambio de siglo y siguió en vigor tras la firma del Convenio. En marzo de 1909, Sir Charles Hardinge expuso el tema de forma sucinta. «No tenemos asuntos pendientes con Alemania salvo el de la construcción naval», le dijo a Sir Arthur Nicolson, su inmediato sucesor, «mientras que todo nuestro futuro en Asia de-

pende de que mantengamos las mejores relaciones con Rusia. No podemos permitirnos el lujo de sacrificar en modo alguno nuestra entente con Rusia, ni siquiera en aras de una reducción del programa naval.»[108] Lo mismo puede decirse de los responsables políticos rusos que aceptaron el Convenio: en su opinión, esta no era una política dirigida contra Alemania, sino más bien una medida reductora destinada a obtener un respiro para la consolidación interna o (dependiendo a quién se preguntara) una mayor libertad de acción externa. Especial interés tenía el vínculo entre el acuerdo sobre Persia y las posibilidades de un apoyo británico para mejorar el acceso de los rusos a los estrechos de Turquía. Para Izvolsky y su embajador en Londres, el conde Benckendorff, la cuestión de los estrechos era el «meollo del Convenio» y la clave para conseguir una revisión favorable de los derechos de acceso rusos en un «momento adecuado» del futuro próximo.[109]

Dicho de otro modo: mientras el nuevo sistema internacional que surgió a partir de 1907 ponía a Alemania en una situación de desventaja, no debemos suponer que este resultado fue el reflejo fiel de los designios que lo habían provocado. Únicamente en el caso de Francia se puede hablar de una política que en todo momento asignaba una elevada prioridad a frenar a Alemania. Tiene más sentido pensar que este conjunto de acuerdos fue la consecuencia en Europa de las transiciones históricas en el resto del mundo: la Guerra chino-japonesa y la aparición de Japón como potencia regional, las cargas fiscales que impusieron los conflictos en África y el Gran Juego[NT4] en Asia Central, el retroceso del poder otomano en África y la Europa suroccidental, y la eclosión de la Cuestión China, que no solo se referían a la competencia entre las grandes potencias en esas zonas sino también a los altos niveles de agitación interna que se produjeron como resultado. La «inquietud» de Alemania y su carácter advenedizo e inoportuno eran parte del cuadro, pero se

percibían dentro de un campo de visión que abarcaba preocupaciones mayores. La idea otrora generalizada de que Alemania ocasionó su propio aislamiento debido a una conducta internacional indignante no se ve confirmada por un análisis más amplio de los procesos que provocaron los realineamientos de esta época.[110]

De hecho, la relación superficial entre el antagonismo hacia Alemania y el nuevo sistema de alianzas iba en cierta medida en dirección opuesta: no es que el antagonismo hacia Alemania motivara su aislamiento, sino más bien que el nuevo sistema canalizaba e intensificaba la hostilidad hacia el Imperio Alemán. En el caso de Rusia, por ejemplo, la victoria de Japón en Oriente y la solución provisional de la disputa imperial con Gran Bretaña en Asia Central reorientó forzosamente la política exterior en el único escenario restante en el que todavía podía perseguir un sueño imperial: los Balcanes, una zona en la que el conflicto con Austria-Hungría, y por extensión con Alemania, iba a ser difícil de evitar. La antigua división de las políticas exteriores rusas entre «asianistas» y «europeístas» se resolvió a favor de estas últimas. Los europeístas, que con Izvolsky y Sazonov siempre ocuparon la mayoría de los puestos más importantes, solían recelar de Alemania y favorecer las buenas relaciones con Gran Bretaña y Francia.[111] La Entente anglo-francesa neutralizó igualmente el sentimiento antibritánico que antes de 1904 había diluido de forma esporádica la germanofobia de los estadistas franceses.

UN PESIMISMO EXAGERADO

Especialmente sorprendente es el caso de Gran Bretaña. Asombra que una serie de importantes responsables políticos británicos respondieran de un modo tan agresivo a la oposición de Alemania a la entrada de Francia en Marruecos. El 22 de abril de 1905, el secretario de Estado de Asuntos Exteriores Lord Lansdowne informó al embajador inglés en París que creía que

los alemanes podrían buscar un puerto en la costa occidental de África en compensación por la toma de Marruecos por parte de los franceses y que Inglaterra estaba dispuesta a unirse a Francia «para oponerse con firmeza a este propósito».[112] El embajador británico en París no era otro que Sir Francis «Toro» Bertie, vizconde de Thame, ex subsecretario parlamentario que había intimidado al encargado de negocios alemán Eckardstein con amenazas de guerra a causa de Transvaal. Delcassé no estaba enterado de los planes alemanes acerca de un puerto árabe, y cuando Bertie le trasladó el mensaje de apoyo de Lansdowne utilizó un lenguaje mucho más firme transmitiendo la sensación de que se trataba de un apoyo rotundo e incondicional a las medidas francesas: «El gobierno de Su Majestad Británica», le fue comunicado al Ministerio de Asuntos Exteriores francés, «considera que la conducta de Alemania en la cuestión marroquí es muy poco razonable a la vista de la actitud de Monsieur Delcassé, y desea otorgar a Su Excelencia todo el apoyo que esté a su alcance».[113] Durante una conversación privada con Delcassé, Bertie sobresaltó al ministro de Exteriores con su tono beligerante; uno o dos días después, el ministro informó a uno de sus colaboradores de que ahora la posición de Francia era invulnerable, utilizando un lenguaje que recordaba las primeras amenazas de Bertie a Eckardstein:

> [Alemania] sabe que tendría a Inglaterra en contra suya. Repito que Inglaterra nos apoyaría incondicionalmente y no firmaría la paz sin nosotros. ¿Cree usted que el emperador Guillermo puede contemplar con calma la posibilidad de ver su flota de guerra destruida, su comercio marítimo arruinado y sus puertos bombardeados por la flota inglesa?[114]

También llegaban señales combativas desde otros sectores del organismo británico de toma de decisiones. En marzo de 1905, el general Grierson, director de operaciones militares, acompañado de su segundo, realizó una visita de inspección a las zonas fronterizas franco-belgas para valorar las condiciones de desembarco de una fuerza expedicionaria británica. En abril, el jefe

del Estado Mayor de la Armada, Sir John «Jackie» Fisher, que «estaba deseando darles un repaso» a los alemanes desde que comenzó la crisis, llegó al extremo de proponer que la marina británica se desplegara hacia el canal de Kiel y desembarcara una fuerza expedicionaria en la costa de Schleswig-Holstein.[115] Estas respuestas tan beligerantes no tenían nada que ver con los aciertos o los errores de la postura adoptada por los alemanes con respecto a la toma de Marruecos por los franceses; derivaron de la percepción de que Alemania estaba poniendo a prueba la firmeza de la nueva Entente que, al fin y al cabo, estaba basada en un acuerdo para intercambiar el dominio británico en Egipto por el dominio francés en Marruecos.

La llegada de Sir Edward Grey al cargo de ministro de Asuntos Exteriores en diciembre de 1905 consolidó la influencia de una incipiente facción antialemana dentro del Foreign Office británico. Los colaboradores y subordinados de Grey le suministraban un flujo constante de memorándums y actas que advertían de la amenaza que representaba Berlín.[116] Las voces disidentes dentro del ministerio fueron marginadas. Los comunicados de los enviados ingleses en Berlín que iban a contracorriente de la opinión dominante, como los que presentaron Lascelles, De Salis y Goschen, se cubrieron de notas escépticas al margen cuando llegaron a Londres. En cambio, los informes de Sir Fairfax Cartwright, enviado a Múnich y después a Viena, que siempre daban un giro negativo a los acontecimientos contemporáneos en Alemania y Austria, fueron acogidos con elogios: «Un informe excelente y valioso en todos los aspectos», «De lo más interesante, merece la pena leerse», «Un comunicado interesante que mueve a la reflexión», «Un despacho muy hábil», «Mr. Cartwright es un observador perspicaz», «un resumen cuidadoso de la situación», y así sucesivamente.[117]

En el «espíritu oficial» de la política exterior británica, la historia de las relaciones anglo-alemanas se volvió a conceptuali-

zar como un historial negro de provocaciones germanas. El empleado subalterno del Foreign Office G.S. Spicer llegó a creer que Alemania había estado siguiendo «una línea siempre hostil a los intereses de Gran Bretaña» desde los tiempos de Bismarck.[118] Visto con años de distancia, Grey tendía a considerar que las dos décadas transcurridas entre 1884 y su toma de posesión del cargo fueron una época de concesiones equivocadas a un enemigo implacable.[119] A los dirigentes alemanes les imputaron «planes imprecisos y poco definidos de expansión germánica».[120] Los alemanes fueron acusados de intentar instaurar una dictadura en el continente, de «pretender dominar el mundo», de querer «empujarnos al agua y robarnos la ropa» tal como lo expresó Bertie en el lenguaje práctico de un alumno de Eton.[121] En noviembre de 1909, Sir Charles Hardinge describió Alemania como «la única potencia agresiva de Europa».[122] Semejantes afirmaciones, repetidas a la menor oportunidad como si fueran un mantra en comunicados, cartas y actas de departamento, se fundieron para formar una nueva realidad virtual, una forma de dar sentido al mundo.

¿Por qué esta gente se volvió tan hostil hacia Alemania? ¿Se comportaban los alemanes «peor» que las otras potencias, acosando y presionando en situaciones en las que las demás encontraban un modus operandi más conciliatorio y manejable? Desde luego, en un entorno en el que las impresiones subjetivas tenían tanto peso y las normas de un comportamiento aceptable eran tan variables, es difícil determinar con exactitud el grado de «provocación» de los procedimientos y las iniciativas concretas. ¿Fue el telegrama de Kruger más provocador que el mensaje mal redactado de Grover Cleveland, que Washington envió más o menos al mismo tiempo para recomendar a los ingleses que no realizaran incursiones en Venezuela? ¿Fue la toma de Kiaochow más provocadora que la apropiación de la Zona del Canal por los Estados Unidos o la creación de un protectorado

ruso en Mongolia? ¿Fue la torpe búsqueda de Alemania de un triunfo diplomático en Agadir más provocadora que las medidas unilaterales por las que Francia rompió el Acuerdo franco-alemán sobre Marruecos en 1911 (véase capítulo 4)? Tal vez no sean estas las preguntas que haya que hacer. Rara vez los germanófobos fueron muy concretos sobre su causa contra los alemanes. En general hablaban de la ambición ostentosa y la «conducta» intimidante de Alemania, el carácter impredecible del káiser y la amenaza que suponía el arrojo del ejército alemán para el equilibrio de poder en Europa, pero eludían identificar las afrentas alemanas reales contra la buena práctica internacional.

La relación más completa de las quejas inglesas se encuentra en el famoso memorándum sobre el estado de las relaciones británicas con Francia y Alemania redactado por Eyre Crowe, entonces jefe administrativo en el Departamento de Occidente del Foreign Office, en enero de 1907. Crowe fue una de las figuras más extraordinarias de la política exterior británica. Su padre trabajó para el servicio consular inglés, pero su madre y su esposa eran ambas alemanas, y el propio Crowe, nacido en Leipzig, aún no hablaba inglés con fluidez cuando a los 17 años fue a Inglaterra por primera vez para preparar a fondo el examen de ingreso en el Foreign Office. Durante toda su vida habló inglés con un acento «gutural» según lo describían sus coetáneos; un subalterno recordaba que le reprendió con las palabras «lo que usted ha escr-r-rito en este infor-r-rme es una per-r-fecta tonter-r-ría». Si bien era de una eficiencia y laboriosidad admirables en su forma de llevar los asuntos del departamento, la sensación de que Crowe seguía siendo germánico en método y actitud hizo que nunca ascendiera en el escalafón todo lo que su talento prometía. A pesar de sus atributos personales, o tal vez debido en parte a ellos, Crowe fue uno de los funcionarios de

Whitehall que se opuso con más firmeza a un acercamiento con Alemania.

El memorándum del 1 de enero de 1907 empieza con un breve resumen de la última crisis marroquí. Crowe dotaba a la narración del perfil de un cuento con moraleja de los que aparecían en *Boy's Own*[NT5]. El matón alemán había amenazado a Francia con la esperanza de «cortar de raíz» su «joven amistad» con Gran Bretaña. Pero el matón había subestimado el coraje y la lealtad del amigo inglés de Francia; «calculó mal la fuerza del sentimiento británico y el carácter de los ministros de Su Majestad». Al igual que muchos matones, este era un cobarde, y la posibilidad de una «coalición de armas anglo-francesa» bastaba para ahuyentarle. Pero antes de retirarse, el matón se pone aún más en ridículo tratando de congraciarse con el amigo británico «pintando con colores atractivos una política de cooperación con Alemania». ¿Cómo debería responder Gran Bretaña a este feo gesto? Crowe sostenía que como potencia mundial preeminente, Gran Bretaña estaba obligada por lo que equivalía a una «ley de la naturaleza» a resistir a cualquier Estado que aspirase a crear una coalición que se opusiera a la hegemonía británica. Sin embargo, esto era exactamente lo que la política alemana pretendía hacer. El objetivo final de Alemania era «tener la hegemonía primero en Europa y por último en el mundo». Pero mientras que la hegemonía británica fue bien acogida y disfrutada por todos y nadie la envidiaba ni temía por su política liberal y la libertad de su comercio, el vocerío del káiser y de la prensa panalemana mostraba que la hegemonía alemana equivaldría a una «dictadura política» que supondría «la ruina de las libertades en Europa».

Naturalmente, Crowe no podía en principio oponerse, ni lo hizo, al aumento de poder e influencia de Alemania. El problema era la forma desagradable y provocadora con la que esta nación perseguía sus objetivos. Pero ¿en qué consistía exactamen-

te la provocación de Alemania? Entre otras cosas en atrocidades tales como «actuaciones dudosas» en Zanzíbar, y la toma de Camerún en un momento en el que Londres ya había anunciado su intención de otorgar a los habitantes de ese país un protectorado británico. Mirasen donde mirasen –o eso le parecía a Crowe– los británicos tropezaban con los alemanes. La lista de barbaridades continuaba, desde la ayuda financiera a la República de Transvaal, a las quejas ante la conducta de Londres en la guerra de Sudáfrica, a la intromisión vejatoria en la región del valle del Yangtzé, «considerada entonces casi un coto británico». Y para colmo, estaba el «asunto un tanto despreciable» del esfuerzo de los alemanes por influir en la prensa internacional, desde Nueva York a San Petersburgo, Viena, Madrid, Lisboa, Roma, El Cairo e incluso Londres, «donde la embajada alemana mantiene relaciones confidenciales y en gran parte libres de sospecha con algunos periódicos respetables y de gran difusión».[123]

Habría mucho que decir sobre ese documento fascinante que Grey puso en circulación recomendando su lectura al primer ministro Sir Henry Campbell-Bannerman y demás ministros principales. En primer lugar existe la tendencia casi cómica de Crowe de ver las guerras, los protectorados, las ocupaciones y anexiones del Imperio Británico como una situación natural y deseable, y las maniobras, en comparación fútiles, de los alemanes como quebrantamientos gratuitos e intolerables de la paz. ¡Qué increíble por parte de los alemanes molestar a Gran Bretaña en la cuestión de Samoa cuando Londres estaba a punto de «someter» sus discrepancias con Transvaal «al arbitraje de la guerra»! Luego existía la tendencia a ver el largo brazo de la política alemana detrás de todos los conflictos entre imperios; así, fueron los alemanes los que «fomentaron los problemas de Gran Bretaña con Rusia en Asia Central y los que alentaron cuidadosamente la oposición europea a la ocupación de Egipto por

los ingleses». Allá donde hubiera fricción entre Gran Bretaña y sus rivales imperiales, se suponía a los alemanes tirando de los hilos entre bastidores. En cuanto a las manipulaciones de la prensa alemana desde El Cairo hasta Londres, Crowe manejaba este tema con algo más que una pizca de paranoia: el trabajo de la prensa alemana palidecía hasta hacerse insignificante al lado de unas operaciones de subvención mucho más grandes y mejor financiadas dirigidas por San Petersburgo y París.

Tal vez los incidentes ofensivos tenían en definitiva una importancia secundaria; el núcleo del razonamiento de Crowe era el psicodrama horripilante de la nación-estado alemana, concebida como una persona compuesta que se confabula para obtener concesiones mediante «fanfarronadas ofensivas y atosigamiento persistente», una «chantajista profesional», «intimidadora y delincuente», que a cada instante manifiesta una «indiferencia despreocupada por las susceptibilidades de los demás». Si existía un plan oculto detrás de toda esta bravuconería o si «no era más que la expresión de una habilidad política imprecisa, confusa y poco práctica, que no advertía del todo su propia deriva» no tenía demasiada importancia. El resultado era el mismo: solo la disciplina más férrea enseñaría buena conducta a los alemanes. Crowe recordaba que también los franceses habían sido antaño muy molestos, desafiando a Gran Bretaña constantemente de forma gratuita. Pero la negativa categórica de los ingleses a ceder un palmo de terreno en Egipto y Sudán, seguida de la amenaza de guerra en Fachoda, puso fin a todo esto. Ahora Gran Bretaña y Francia eran los mejores amigos. Resultó que solo la «determinación más inflexible» de mantener «los derechos y los intereses británicos en todos los rincones del globo» le haría ganar a Gran Bretaña «el respeto del gobierno alemán y de la nación alemana». Este no era un escenario que dejara mucho espacio para albergar el creciente poder del imperio más joven de Europa.

Si bien el texto de Crowe solo aludía a ello de manera indirecta, el espectáculo del colosal crecimiento económico de Alemania estaba latente bajo estos recelos. En 1862, cuando Bismark se convirtió en ministro-presidente de Prusia, las regiones manufactureras de los Estados alemanes representaban, con un 4,9%, el quinto mayor porcentaje de la producción industrial mundial; Gran Bretaña, con el 19,9%, iba en primer lugar muy por delante. En 1880-1900, Alemania subió a la tercera posición detrás de Estados Unidos y Gran Bretaña. En 1913, iba por detrás de Estados Unidos, pero por delante de Gran Bretaña. En otras palabras, durante los años 1860-1913, la participación alemana en la producción industrial mundial se cuadruplicó, mientras que la de Gran Bretaña cayó una tercera parte. Más impresionante aún fue la contribución cada vez mayor de Alemania al comercio mundial. En 1880, Inglaterra controlaba el 22,4% del comercio mundial; aunque los alemanes ocupaban el segundo puesto, iban muy por detrás con el 10,3%. En 1913, sin embargo, Alemania con un 12,3% le pisaba los talones a Gran Bretaña, cuya participación había caído al 14,2%. Por donde se mirase, se veía el perfil de un milagro económico: entre 1895 y 1913, la producción industrial alemana se disparó un 150%, la producción metalúrgica un 300%, la producción de carbón un 200%. En 1913, la economía alemana generó y consumió un 20% más de electricidad que Gran Bretaña, Francia e Italia juntas.[124] En Inglaterra, las palabras «Hecho en Alemania» llegaron a tener fuertes connotaciones de amenaza, no porque la práctica comercial o industrial alemana fuera más agresiva o expansionista que cualquier otra, sino porque daba a entender que el dominio global británico tenía sus límites.[125]

El poder económico alemán despertó las inquietudes políticas de los ejecutivos de las grandes potencias, al igual que hace hoy día el poder económico chino. Sin embargo, no había nada inevitable en la influencia de las actitudes germanófobas en la polí-

tica exterior británica.[126] No eran universales, ni siquiera dentro de los estratos más altos del mismísimo Foreign Office, e incluso eran menos comunes en el resto de la élite política. Fue necesario un arduo trabajo entre bastidores para elevar a Bertie, Nicolson y Hardinge a los cargos de mayor responsabilidad desde los que podían conformar el tono y el rumbo de la política británica. Tras años de frustración en puestos de bajo nivel, Bertie debió su rápido ascenso a su politiqueo activo con el secretario privado del rey Eduardo VII. Hardinge era también un cortesano experto e intrigante, que promovió la candidatura de Bertie para la embajada de París en 1905, y utilizó para ello sus conexiones en la corte y «superar cierta cantidad de trabas en la cúspide del F.O.».[127] A su vez, Bertie y Hardinge colaboraron para elevar a Nicolson a cargos diplomáticos superiores, a pesar de que se decía que su esposa rehuía la vida social y «se vestía como una criada».[128] La política británica podría haber tomado un rumbo distinto: si Grey y sus colaboradores no hubieran obtenido tantos puestos de influencia, las voces menos intransigentes, como las de Goschen y Lascelles o la del subsecretario parlamentario Edmond Fitzmaurice, que lamentaba «el virus antialemán» que sufrían sus colegas, podrían haber encontrado una mayor audiencia. En cambio, el grupo de Grey se aferró poco a poco a la política británica, fijando las condiciones de las relaciones con Alemania.

Como dijo Keith Wilson,[129] la «invención» de Alemania como amenaza principal de Gran Bretaña reflejaba y consolidaba un cambio estructural más general. El mundo policéntrico de los «grandes juegos» en África, China, Persia, Tíbet y Afganistán, un mundo en el que los responsables políticos tenían a menudo la sensación de ir dando tumbos de crisis en crisis y de reaccionar a desafíos remotos en vez de marcar la agenda, estaba dando paso a un cosmos más simple en el que un enemigo dominaba la escena. Esta no fue la *causa* del alineamiento de Gran Bre-

taña con Rusia y Francia, sino más bien su consecuencia. Porque la reestructuración del sistema de alianzas facilitaba –en realidad lo necesitaba– la reorientación de las inquietudes y la paranoia británicas, que fueron en aumento durante los años en torno a la Guerra de los Boers.[130] La política exterior británica –al igual que la política exterior estadounidense en el siglo XX–[131] siempre estuvo supeditada a escenarios de amenaza e invasión como mecanismo de enfoque. A mediados del siglo XIX, el temor a una invasión francesa había movido a la acción periódicamente a las élites políticas; en la década de 1890, Francia se vio desplazada de la imaginación política y pública de Gran Bretaña por Rusia, cuyas hordas de cosacos pronto invadirían India y Essex.[132] Ahora le había llegado el turno a Alemania. El objetivo era nuevo, pero los mecanismos eran conocidos.

Resulta tentador a posteriori percibir en las revueltas de 1904-1907 el nacimiento de la Triple Entente que haría la guerra de 1914. Sin duda fue así como lo vio el diplomático francés Maurice Paléologue, que tres décadas después publicó sus diarios de esos años con el título de *Un gran momento crucial*. Reescritos para incorporar la sabiduría que da la experiencia, los «diarios» de Paléologue atribuían a los responsables políticos franceses (y sobre todo a sí mismo) una previsión casi sobrenatural de la futura guerra.[133] A este respecto constituyen un ejemplo de distorsión de la percepción que es habitual en las «memorias» de posguerra de muchos estadistas de antes del conflicto. El tremendo desenlace de 1914 nos parece el horizonte inevitable de la década anterior. Sin embargo, la realidad es que solo es así a nuestros ojos, que es como decir: a posteriori.

En 1907 no estaba claro ni mucho menos que las nuevas alianzas llevarían a Europa a la guerra. La debilidad de Rusia tras el desastre de 1905 obligaba a los responsables políticos de San Petersburgo en primer lugar a establecer unas buenas relaciones con Alemania, y casi todo el mundo en San Petersburgo

admitía, al menos de momento, que la fragilidad interna de Rusia hacía imposible cualquier clase de aventura internacional.[134] Costaba imaginar en qué circunstancias Francia estaría dispuesta a arriesgar su suerte por los rusos en los Balcanes y aún costaba más imaginar a los rusos avanzando hacia Berlín por Alsacia y Lorena. En 1909, París subrayó su independencia firmando un acuerdo con Alemania sobre Marruecos, un «caso llamativo de cruce de líneas» entre bloques de alianzas.[135] Luego, en noviembre de 1910, los dirigentes rusos y alemanes se reunieron en Potsdam y Berlín para conciliar los intereses alemanes y rusos en Turquía y Persia. No era cuestión de aflojar el lazo franco-ruso, claro está, pero fue un gesto importante hacia la distensión.[136] En cuanto al Convenio anglo-ruso de 1907, pudo haber acallado las tensiones entre Rusia y Gran Bretaña pero no eliminó su causa, y hasta 1914 hubo voces en el Foreign Office que advertían de la amenaza rusa al vasto imperio de Gran Bretaña.

En resumen: el futuro no estaba predeterminado. La Triple Entente que fue a la guerra en 1914 no estaba en el horizonte mental de la mayoría de los estadistas. El gran momento crucial de 1904-1907 ayuda a explicar la aparición de las *estructuras* dentro de las que fue posible una guerra continental. Pero no puede explicar las razones específicas que originaron el conflicto. Para hacerlo, tenemos que examinar de qué manera los procesos de toma de decisiones conformaron los resultados de las políticas y cómo la frágil red de las alianzas continentales se vio mezclada en los conflictos que se desarrollaban en la península de los Balcanes.

NT1 Conforme a las claúsulas del Tratado de Reaseguro, ambas potencias acordaron mantenerse neutrales en caso de que cualquiera de los dos países se viera envuelto en una guerra con un tercero; pero también acordaron que la neutralidad no se aplicaría si Alemania atacaba a Francia o Rusia atacaba a Austria-Hungría.

NT2 Consejo Superior de la Guerra, en francés en el original (N. de los T.)

NT3 *Weltpolitik*, «política mundial» en castellano, es el término que denomina a la estrategia que adoptó el káiser Guillermo II en Alemania a finales del siglo XIX y que reemplazaba a la *Realpolitik* (N. de los T.)

NT4 El Gran Juego es el término utilizado para describir la rivalidad entre el Imperio Ruso y Gran Bretaña en su lucha por el control de Asia Central y el Cáucaso durante el siglo XIX. El término fue acuñado por Arthur Conolly, agente del Servicio de Inteligencia británico, y popularizado por el escritor Rudyard Kipling en su novela *Kim*, publicada en 1901. (N. de los T.)

NT5 Revista inglesa publicada desde 1879 a 1967 y dirigida a chicos jóvenes y adolescentes con el propósito de animarles a leer e inculcarles la moral cristiana durante sus años de formación. (N. de los T.)

4

Las numerosas voces de la política exterior europea

En una viñeta publicada a finales de la década de 1890, un artista francés pintaba la crisis que se avecinaba sobre China en vísperas de la Rebelión de los Bóxers. Observada con cautela por Gran Bretaña y Rusia, Alemania hace intención de cortar un pedazo identificado como «Kiao-Tschaou» de un pastel llamado «China», mientras Francia ofrece apoyo moral a su aliado ruso y Japón mira. Detrás de todos ellos, un funcionario Qing se lleva las manos a la cabeza desesperado, pero se ve impotente para intervenir. Como suele ocurrir con este tipo de imágenes, las potencias están representadas por personas concretas: Gran Bretaña, Alemania y Rusia por caricaturas de sus soberanos respectivos, Francia por «Marianne», la personificación de la República, y Japón y China por figuras exóticas tópicas. Personificar los Estados en individuos era parte de la clave de la caricatura política europea, pero también refleja una profundidad de pensamiento: la tendencia a reducir los Estados al concepto de individuos compuestos gobernados por organismos ejecutivos compactos animados por una voluntad indivisible.

«La pugna por China», por Henri Meyer, *Le Petit Journal*, 1898

Con todo, incluso una mirada muy rápida a los gobiernos europeos de principios del siglo XX revela que las estructuras ejecutivas de las que salían las políticas distaban mucho de estar unificadas. La elaboración de las políticas no era prerrogativa de unos individuos soberanos únicos. Las iniciativas que guardaban relación con el rumbo de la política de un país podían tener

su origen, y lo tenían, en lugares muy periféricos de la estructura política. Los alineamientos entre facciones, las fricciones entre cometidos en el seno del gobierno, las restricciones económicas o financieras y la química voluble de la opinión pública ejercían una presión sobre los procesos de toma de decisiones que variaba constantemente. A medida que el poder de influir en las decisiones cambiaba de un nódulo de la estructura ejecutiva a otro, se producían las oscilaciones correspondientes en el tono y la orientación de la política. Este caos de voces enfrentadas es decisivo para comprender las agitaciones periódicas del sistema europeo durante los últimos años anteriores a la guerra. También contribuye a explicar por qué la crisis de julio de 1914 fue la crisis política más compleja y opaca de los tiempos modernos.

SOBERANOS QUE TOMAN DECISIONES

La Europa de comienzos del siglo XX era un continente de monarquías. De las seis potencias más importantes, cinco eran monarquías de un tipo u otro; solo una (Francia) era una república. Las naciones-estado de los Balcanes –Grecia, Serbia, Montenegro, Bulgaria, Rumanía y Albania– eran relativamente nuevas y todas ellas monarquías. La Europa de los cruceros veloces, el radiotelégrafo y los mecheros eléctricos seguía llevando en su corazón a esta institución antigua y rutilante que ata Estados grandes y complejos a los caprichos de la biología humana. Los ejecutivos europeos aún giraban en torno a los tronos y los hombres y mujeres que se sentaban en ellos. En Alemania, Austria-Hungría y Rusia, los ministros eran nombramientos imperiales. Los tres emperadores tenían un acceso ilimitado a los documentos de estado y además ejercían una autoridad formal sobre sus respectivas fuerzas armadas. Las instituciones y redes dinásticas estructuraban las comunicaciones entre Estados. Los embajadores presentaban sus credenciales al soberano en persona y las comunicaciones directas y los encuentros entre monar-

cas siguieron teniendo lugar durante los años previos a la guerra; de hecho adquirieron una gran importancia, pues crearon un plano paralelo de interacción cuya relación con la diplomacia oficial era a veces difícil de determinar.

Guillermo II y Nicolás II (Hulton Royals Collection/Getty Images)

Los monarcas eran actores simbólicos así como políticos, y en este papel podían captar y concentrar las emociones y asociaciones colectivas. Cuando unos parisinos curiosos se quedaron mirando embobados a Eduardo VII despatarrado en una silla a la puerta de su hotel fumándose un puro, tuvieron la sensación de estar mirando a Inglaterra en forma de un hombre muy gordo, a la moda y seguro de sí mismo. En 1903, su ascenso triunfal

en la opinión pública parisina contribuyó a allanar el camino para la firma de la Entente con Francia al año siguiente. A pesar de su filosofía política autocrática y su escasísimo carisma, el déspota de modales suaves Nicolás II fue recibido por los franceses como un héroe conquistador cuando visitó París en 1896 porque le consideraban la personificación de la Alianza franco-rusa.[1] ¿Y quién encarnaba los aspectos más inquietantes de la política exterior alemana –su indecisión, falta de orientación y ambición frustrada– mejor que el febril, indiscreto, propenso al pánico y autoritario káiser Guillermo, el hombre que tuvo la osadía de aconsejar a Edvard Grieg cómo dirigir *Peer Gynt*?[2] Tanto si el káiser elaboraba la política alemana como si no, sin duda la simbolizaba en opinión de los adversarios de Alemania.

Guillermo II (Bettmann/Corbis)

Eduardo VII con su uniforme de coronel del 12º Cuerpo de Húsares austriacos

El núcleo del club de las monarquías que reinaba en la Europa de preguerra lo formaba el trío de primos imperiales: el zar Nicolás II, el káiser Guillermo II y Jorge V. A comienzos del si-

glo xx, la red genealógica de las familias reinantes en Europa se había hecho más densa hasta rozar el punto de fusión. El káiser Guillermo II y el rey Jorge V eran nietos de la reina Victoria. La esposa del zar Nicolás II, Alejandra de Hesse-Darmstadt, era nieta de Victoria. Las madres de Jorge V y Nicolás II eran hermanas de la casa de Dinamarca. El káiser Guillermo y el zar Nicolás eran tataranietos del zar Pablo I. La tía abuela del káiser, Carlota de Prusia, era la abuela del zar. Visto desde esta perspectiva, el estallido de la guerra en 1914 parece más bien la culminación de un conflicto de familia.

Es difícil valorar cuánta influencia ejercían estos monarcas en el seno de sus respectivos ejecutivos. Gran Bretaña, Alemania y Rusia representaban tres tipos de monarquía muy distintas. La de Rusia era, al menos en teoría, una autocracia con muy pocas restricciones parlamentarias y constitucionales a la autoridad del monarca. Eduardo VII y Jorge V eran soberanos constitucionales y parlamentarios sin acceso directo a las palancas del poder. El káiser Guillermo II se encontraba en un punto intermedio. En Alemania se había implantado un sistema parlamentario y constitucional sobre los elementos de la vieja monarquía militar prusiana que habían sobrevivido al proceso de unificación nacional. Pero las estructuras formales de gobierno no eran necesariamente las que determinaban de forma más significativa la influencia monárquica. Entre otras variables importantes figuraban la determinación, la competencia y la calidad intelectual del propio monarca, la habilidad de los ministros para bloquear las iniciativas inoportunas y la magnitud del acuerdo entre los monarcas y sus gobiernos.

Uno de los rasgos más llamativos de la influencia que ejercían los soberanos en la elaboración de la política exterior es su variación en el tiempo. Eduardo VII, responsable de los realineamientos de 1904-1907, tenía ideas muy firmes sobre política exterior y se preciaba de estar bien informado. Sus posturas eran

las de un «patriotero» imperialista; le enfureció, por ejemplo, la oposición de los liberales a la Guerra de Afganistán de 1878-1879 y dijo a su administrador colonial Sir Henry Bartle Frere: «Si por mí fuera no me daría por satisfecho hasta que hubiéramos ocupado todo Afganistán y nos lo hubiéramos quedado».[3] La noticia del ataque contra la República de Transvaal en 1895 le causó gran alegría, apoyó la participación en él de Cecil Rhodes y el telegrama del káiser a Kruger le enfureció. Durante su vida adulta se mantuvo decididamente hostil hacia Alemania. Las raíces de esta antipatía se podían encontrar en parte en su oposición a su madre, la reina Victoria, que en su opinión era excesivamente cordial con Prusia, y en parte por el temor y el odio que le despertaba el barón Stockmar, el adusto pedagogo germano que Victoria y Alberto eligieron para obligar al joven Eduardo a cumplir un estricto régimen de estudio. La guerra entre Prusia y Dinamarca de 1864 fue un episodio formativo en los comienzos de su vida política; las simpatías de Eduardo en este conflicto recayeron en los parientes daneses de su esposa.[4] Tras su ascenso al trono, Eduardo respaldó al grupo de responsables políticos antialemanes en torno a Sir Francis Bertie.[5]

La influencia del rey alcanzó su punto álgido en 1903, cuando una visita oficial a París –la visita real más importante de la historia moderna, como se la denominó– preparó el terreno hacia la Entente entre los dos imperios rivales. En ese momento, las relaciones entre ambos imperios occidentales seguían siendo agrias debido a la indignación de Francia por la Guerra de los Boers. La visita se organizó por iniciativa del propio Eduardo, supuso un triunfo de relaciones públicas e hizo mucho por aclarar las cosas.[6] Una vez firmada la Entente, Eduardo continuó trabajando para lograr un acuerdo con Rusia, aun cuando, como muchos de sus compatriotas, detestaba el sistema político zarista y siguió desconfiando de los planes de Rusia en Persia, Afganistán y el norte de la India. En 1906, cuando se enteró de que el

ministro ruso de Asuntos Exteriores Izvolsky estaba en París, se apresuró a dirigirse hacia el sur desde Escocia con la esperanza de poder fijar un encuentro. Izvolsky respondió de la misma manera y realizó el viaje a Londres, donde los dos hombres se reunieron para mantener conversaciones que –según Charles Hardinge– «contribuyeron materialmente a allanar el camino de las negociaciones que se estaban desarrollando entonces para lograr un acuerdo con Rusia».[7] En ambos casos, el rey no estaba utilizando poderes ejecutivos como tal, sino actuando como una especie de embajador supernumerario. Podía hacerlo porque sus prioridades concordaban completamente con las de la facción imperialista liberal de Whitehall, cuyo predominio en la política exterior él mismo ayudó a reforzar.

Jorge V fue un caso muy distinto. Hasta su ascensión en 1910, apenas mostró interés por los asuntos exteriores y solamente había adquirido un sentido muy superficial de las relaciones de Gran Bretaña con otras potencias. El embajador austriaco, el conde Mensdorff, estaba encantado con el nuevo rey, quien al parecer, y al contrario que su padre, carecía de los fuertes prejuicios a favor o en contra de cualquier Estado extranjero.[8] Si Mensdorff tenía la esperanza de que el cambio de guardia atenuaría el sentimiento antialemán en la política británica, pronto se sentiría decepcionado. En política exterior, la aparente neutralidad del nuevo monarca significaba simplemente que la política se mantenía firme en manos de los imperialistas liberales del entorno de Grey. Jorge V nunca consiguió una red política que rivalizara con la de su padre, se abstuvo de intrigas clandestinas y evitó hablar de política sin el permiso expreso de sus ministros.[9] Estaba en comunicación más o menos constante con Edward Grey y le concedía frecuentes audiencias siempre que estaba en Londres. Era meticuloso a la hora de buscar la aprobación de Grey sobre el contenido de las conversaciones políticas con representantes extranjeros, en especial sus parientes alema-

nes.[10] Por eso, la subida al trono de Jorge acarreó una fuerte disminución de la influencia de la corona en la orientación general de la política exterior, si bien ambos monarcas ejercieron poderes constitucionales idénticos.

Incluso dentro del marco sumamente autoritario de la autocracia rusa, la influencia del zar en la política exterior estaba sujeta a pequeñas limitaciones y sufría altibajos con el paso del tiempo. Al igual que Jorge V, el nuevo zar era una hoja en blanco cuando llegó al trono en 1894. No había creado su propia red política antes de subir al trono y por deferencia hacia su padre se abstuvo de expresar cualquier opinión sobre la política del gobierno. De adolescente había mostrado escasas aptitudes para el estudio de los asuntos de estado. Konstantin Pobedonostsev, jurista conservador designado para dar una clase magistral al joven Nicky sobre el funcionamiento interno del Estado zarista, recordó después: «Solo pude observar que estuvo completamente absorto hurgándose la nariz».[11] Incluso después de subir al trono, su timidez extrema y el terror ante la posibilidad de tener que ejercer una verdadera autoridad le impidieron imponer al gobierno sus preferencias políticas –en la medida en que las tuviera– durante los primeros años. Además, le faltó el tipo de apoyo ejecutivo que hubiera necesitado para determinar el rumbo político de un modo coherente. No poseía, por ejemplo, una secretaría ni un secretario personales. Insistía en estar informado de las decisiones ministeriales hasta las más nimias, pero en un Estado tan extenso como Rusia eso significaba simplemente que el monarca se veía inmerso en trivialidades mientras que los asuntos de verdadera importancia se quedaban por el camino.[12]

No obstante, más o menos a partir de 1900, el zar pudo imponer una cierta trayectoria a la política exterior rusa. A finales de la década de 1890, Rusia estaba metida de lleno en la penetración económica en China. Dentro de la administración no todos

estaban de acuerdo con la política en el Lejano Oriente. Algunos se sentían contrariados por el enorme coste que implicaban los compromisos militares y de infraestructuras. Otros, como el ministro de la Guerra, el general Aleksei A. Kuropatkin, consideraban que el Lejano Oriente distraía de otras preocupaciones más acuciantes en la periferia occidental, sobre todo en los Balcanes y los estrechos de Turquía. Pero en aquel momento, Nicolás II seguía creyendo firmemente que el futuro de Rusia residía en Siberia y en el Lejano Oriente y aseguraba que los defensores de la política oriental se imponían sobre sus adversarios. A pesar de algunas dudas iniciales, en 1898 apoyó la toma de la cabecera de puente china en Port Arthur (en la actualidad Lüshun) en la península de Liaodong. Nicolás llegó a respaldar una política de penetración rusa en Corea que puso a San Petersburgo al borde del enfrentamiento con Tokio.

Las intervenciones de Nicolás consistían más bien en alineamientos informales que en decisiones ejecutivas. Por ejemplo, colaboraba estrechamente con hombres de negocios aristocráticos que dirigían grandes concesiones madereras en el río Yalu, en Corea. El magnate maderero A. M. Bezobrazov, antiguo oficial de élite de la Guardia de Caballería, utilizó su vinculación personal con el zar para hacer del Yalu una plataforma para extender el Imperio Ruso extraoficial a la península de Corea. En 1901, el ministro de Finanzas Sergei Witte informó de que Bezobrazov iba a ver al zar «no menos de dos veces por semana, y cada vez durante horas» y le aconsejaba sobre la política en el Lejano Oriente.[13] La presencia en la corte de estos intrusos con poder sacaba de quicio a los ministros, pero poco podían hacer por frenar su influencia. A su vez, esos vínculos oficiosos incitaban al zar a una visión cada vez más agresiva de la política rusa en la región. «No quiero tomar Corea», dijo Nicolás al príncipe Enrique de Prusia en 1901, «pero bajo ningún concepto puedo permitir que Japón se afiance allí. Eso sería *casus belli.*»[14]

Nicolás ejerció un mayor control político nombrando un virrey del Lejano Oriente con plena responsabilidad no solo en los asuntos civiles y militares, sino también en las relaciones con Tokio. El titular del cargo, el almirante E. I. Alekseev, rendía cuentas directamente al zar y por lo tanto estaba exento de cualquier supervisión ministerial. Su nombramiento había sido planeado por la camarilla que rodeaba a Bezobrazov, que lo veía como una manera de pasar por alto la política relativamente prudente del Ministerio de Asuntos Exteriores en el Lejano Oriente. En consecuencia, Rusia manejaba lo que en realidad eran dos políticas imperiales paralelas, una oficial y otra extraoficial, que permitían a Nicolás II tener varias opciones donde escoger y enfrentar a las facciones entre sí para lograr sus propósitos.[15] El almirante Alekseev no tenía experiencia ni entendía de formas diplomáticas y mostraba un estilo áspero e intransigente que sin duda iba a enemistar y molestar a sus interlocutores japoneses. No es seguro que Nicolás II adoptara alguna vez conscientemente una política bélica respecto a Japón, pero no hay duda de que en gran medida es responsable de la guerra que estalló en 1904, y por lo tanto también de los desastres posteriores.[16]

Así pues, en vísperas de la Guerra ruso-japonesa podría decirse que la influencia del zar estaba en alza mientras que la de los ministros había disminuido. Pero este estado de cosas tenía los días contados, porque el resultado catastrófico de la política del zar redujo drásticamente su capacidad para fijar la agenda. Mientras se asimilaban las noticias de las sucesivas derrotas y Rusia se sumía en la agitación social, un grupo de ministros liderado por Sergei Witte obligó a aprobar una serie de reformas destinadas a unificar el gobierno. El poder se concentró en un Consejo de Ministros encabezado por primera vez por un «presidente» o primer ministro. Bajo el mando de Witte y su sucesor, P. A. Stolypin (1906-1911), el ejecutivo se protegió hasta

cierto punto contra las intervenciones arbitrarias del monarca. Hombre de enorme determinación, inteligencia, carisma y laboriosidad infatigable, Stolypin consiguió afirmar su autoridad personal sobre la mayoría de los ministros, logrando un nivel de coherencia en el gobierno desconocido hasta 1905. Durante los años de Stolypin, Nicolás pareció «curiosamente ausente de la actividad política».[17]

El zar no estaba conforme con esa disposición. Mientras Stolypin estuvo en el poder, Nicolás encontró la manera de sortear su control haciendo tratos con algunos ministros por separado a espaldas del primer ministro. Entre ellos estaba el de Asuntos Exteriores, Izvolsky, cuya incompetencia en la forma de llevar las negociaciones con su homólogo austrohúngaro desencadenó la crisis de la anexión de Bosnia en 1908-1909. A cambio del apoyo diplomático de Viena al acceso de Rusia a los estrechos de Turquía, Izvolsky aprobó la anexión de Bosnia-Herzegovina a Austria. Ni el primer ministro Stolypin ni el resto de los ministros habían sido informados de antemano de esta audaz operación, que fue autorizada directamente por el propio zar Nicolás. Cuando unos terroristas asesinaron a Stolypin en el otoño de 1911, su autoridad se estaba viendo debilitada por el apoyo sistemático de Nicolás II a sus adversarios políticos. Enfrentado a un grupo de ministros que amenazaba con limitar su libertad de acción, Nicolás les retiró su apoyo y empezó a intrigar contra los hombres que él mismo había colocado en el poder. Witte cayó víctima de su conducta autocrática en 1906; a Stolypin le habría pasado lo mismo de no ser porque le asesinaron, y su sucesor, el afable Vladimir Kokovtsov, fue destituido del cargo en febrero de 1914 porque él también se reveló partidario de un «gobierno unido». Volveré más adelante a las repercusiones de estas intrigas para el rumbo de la política exterior rusa; de momento, lo más importante es que los años 1911-1914 contempla-

ron una disminución de la unidad del gobierno y la reafirmación del poder autocrático.[18]

Sin embargo, este poder autocrático *no* se utilizó en apoyo de una visión política coherente; se ejerció de forma negativa para salvaguardar la autonomía y el poder del monarca desarticulando todas las formaciones políticas que hubieran podido garantizar cualquier tipo de iniciativa. De este modo, la consecuencia de la intervención autocrática no fue la imposición de la voluntad del zar como tal, sino más bien la incertidumbre de quién tenía el poder para hacer qué, una situación que alimentaba la lucha entre facciones y debilitaba seriamente la coherencia de los rusos a la hora de tomar decisiones.

De los tres primos emperadores, Guillermo II fue y sigue siendo el más polémico. La magnitud de su poder dentro del ejecutivo alemán continúa siendo objeto de discusiones acaloradas.[19] Sin lugar a dudas, el káiser llegó al trono *con la intención* de ser el autor de la política exterior de su país. «¿Un Ministerio de Asuntos Exteriores? ¿Para qué? ¡Yo soy el Ministerio de Asuntos Exteriores!» exclamó en una ocasión.[20] «Yo soy el único señor de la política alemana», comentó en una carta al príncipe de Gales (el futuro Eduardo VII), «y mi país debe seguirme dondequiera que yo vaya.»[21] Guillermo mostró un interés personal en el nombramiento de embajadores y a veces apoyaba a sus favoritos en contra del consejo del canciller y del Ministerio de Asuntos Exteriores. En mayor medida que cualquiera de sus dos primos reinantes, consideraba que las reuniones y la correspondencia que formaban parte del ajetreo habitual entre monarquías era un recurso diplomático único que había que explotar en interés de su país.[22] Al igual que Nicolás II, Guillermo prescindía muchas veces –sobre todo en los primeros años de su reinado– de sus ministros y consultaba a sus «favoritos», alentaba la lucha entre facciones con el fin de debilitar la unidad del gobierno, y exponía opiniones que no habían sido autorizadas

por los ministros pertinentes o que no concordaban con la política vigente.

Fue en este último ámbito –la manifestación de opiniones políticas no autorizadas– donde el káiser obtuvo las críticas más hostiles, tanto de sus contemporáneos como de los historiadores.[23] No cabe ninguna duda acerca de la extrañeza tanto del contenido como del estilo de muchas de las comunicaciones personales del káiser en telegramas, cartas, comentarios al margen, conversaciones, entrevistas y discursos sobre temas de política exterior e interior. Solo su volumen excepcional ya es notable: el káiser habló, escribió, telegrafió, garabateó y despotricó más o menos sin parar durante los treinta años de su reinado, y una parte enorme de estas manifestaciones quedaron registradas y se conservaron para la posteridad. Algunas de ellas eran de mal gusto o inapropiadas. Dos ejemplos, ambos ligados a los Estados Unidos, servirán para ilustrar el caso. El 4 de abril de 1906, el káiser Guillermo II fue invitado a cenar a la embajada de los Estados Unidos en Berlín. Durante una animada charla con sus anfitriones, el káiser habló de la necesidad de conseguir más espacio para la población alemana que crecía con rapidez, pues cuando subió al trono, según dijo al embajador, sumaba unos 40 millones, pero ahora ascendía a unos 60 millones. Esto era bueno en sí mismo, pero la cuestión de la alimentación se iba a agravar en los próximos veinte años. Por otro lado, había grandes zonas en Francia que parecían estar poco pobladas y necesitadas de desarrollo; tal vez habría que preguntar al gobierno francés si le importaría retroceder su frontera hacia el oeste para acomodar el exceso de alemanes. Este parloteo estúpido (es de suponer que lo dijo en broma) fue registrado concienzudamente por uno de sus interlocutores y reenviado a Washington en la siguiente valija diplomática.[24] El otro ejemplo tiene su origen en noviembre de 1908, cuando se difundió una especulación periodística sobre una posible guerra entre los Es-

tados Unidos y Japón. Inquieto por esta posibilidad y deseoso de congraciarse con el poder atlántico, el káiser envió una carta al presidente Roosevelt ofreciéndole –esta vez con toda seriedad– un cuerpo del ejército prusiano que se emplazaría en la costa de California.[25]

¿Cómo conectaron exactamente esas palabras con el mundo de las realidades políticas? Cualquier ministro de Asuntos Exteriores o embajador de una democracia moderna que se permitiera ese tipo de comunicados tan inapropiados sería despedido de inmediato. Pero ¿qué importancia tuvieron esas meteduras de pata mayúsculas en el contexto político global? La inconsistencia extrema de las palabras del káiser hace que sea difícil valorar su impacto. Si Guillermo hubiera tenido una visión de la política clara y coherente, podríamos simplemente comparar las intenciones con los resultados, pero sus intenciones siempre fueron equívocas y el foco de su atención siempre en constante movimiento. A finales de la década de 1890, el káiser quedó entusiasmado con un proyecto para la creación de una «Nueva Alemania» (*Neudeutschland)* en Brasil y «exigió con impaciencia» que la emigración a esa región se estimulara e incrementara lo más rápidamente posible; ni que decir tiene que todo quedó en nada. En 1899, informó a Cecil Rhodes de que tenía la intención de lograr que «Mesopotamia» fuera una colonia alemana. En 1900, durante la Rebelión de los Bóxers, propuso que los alemanes enviaran a China un cuerpo entero del ejército con vistas a repartirse el país. En 1903, declaró una vez más que «¡Latinoamérica es nuestro objetivo!» e instó al personal del Almirantazgo –que al parecer no tenía nada mejor que hacer– a preparar planes de invasión de Cuba, Puerto Rico y Nueva York, planes que eran una completa pérdida de tiempo, puesto que (entre otras cosas) el Estado Mayor nunca consintió en suministrar las tropas necesarias.[26]

El káiser tenía ideas, se entusiasmaba con ellas, se aburría o se desanimaba, y las abandonaba. Una semana estaba enfadado con el zar de Rusia, pero a la siguiente se encariñaba con él.[27] Había un sinfín de proyectos de alianzas: *con* Rusia y Francia *contra* Japón y Gran Bretaña; *con* Rusia, Gran Bretaña y Francia *contra* los Estados Unidos; *con* China y EEUU *contra* Japón y la Triple Entente, o *con* Japón y los Estados Unidos *contra* la Entente, y así sucesivamente.[28] En el otoño de 1896, en un momento en el que las relaciones entre Gran Bretaña y Alemania se habían enfriado a raíz de las tensiones producidas por la situación de Transvaal, el káiser propuso una liga continental con Francia y Rusia contra Gran Bretaña para la defensa conjunta de las posesiones coloniales. Casi al mismo tiempo, sin embargo, jugaba con la idea de eliminar toda causa de conflicto con Gran Bretaña simplemente liquidando todas las colonias alemanas salvo África Oriental. Pero en la primavera de 1897, Guillermo abandonó esta idea y propuso que Alemania debía iniciar una relación más estrecha con Francia.[29]

Guillermo no se contentaba con enviar notas y acotaciones a sus ministros, también mencionaba sus ideas directamente a los representantes de las potencias extranjeras. A veces sus intervenciones eran contrarias a la política oficial, otras veces la respaldaban; a veces se pasaba de la raya para llegar a una parodia exagerada de la opinión oficial. En 1890, cuando el Foreign Office enfriaba sus relaciones con los franceses, Guillermo las animaba de nuevo; hizo lo mismo durante la crisis de Marruecos de 1905: mientras el Foreign Office redoblaba la presión sobre París, Guillermo aseguró a varios generales y periodistas extranjeros y a un exministro francés que él buscaba la reconciliación con Francia y que no tenía intención de arriesgarse a una guerra por Marruecos. En marzo, la víspera de partir hacia Tánger, el káiser pronunció un discurso en Bremen en el que anunció que las lecciones de historia le habían enseñado a «no luchar

nunca por alcanzar un poder vacío sobre el mundo». El Imperio Alemán, añadió, tendría que ganarse «la más absoluta confianza como vecino tranquilo, honrado y pacífico». Algunas figuras políticas de alto nivel –sobre todo entre los halcones del mando militar– creyeron que este discurso echaba por tierra los planes de la política oficial en Marruecos.[30]

En enero de 1904, en una cena de gala, el káiser estaba sentado al lado del rey Leopoldo de Bélgica (que había ido a Berlín a celebrar el cumpleaños de Guillermo), y aprovechó la ocasión para decirle que esperaba que Bélgica apoyara a Alemania en el caso de una guerra con Francia. Guillermo prometió a Leopoldo que si optaba por apoyar a Alemania, Bélgica obtendría nuevos territorios en el norte de Francia y Guillermo le recompensaría con «la corona de la vieja Borgoña». Cuando Leopoldo, sorprendido, respondió que sus ministros y el parlamento belga difícilmente aprobarían un plan tan extravagante y atrevido, Guillermo replicó que no podía respetar a un monarca que se sentía más responsable ante los ministros y los diputados que ante Dios. Si el rey belga no era más comunicativo, el káiser se vería obligado a proceder «según principios puramente estratégicos», o dicho de otro modo, a invadir y ocupar Bélgica. Se dice que Leopoldo estaba tan molesto por estos comentarios que, cuando se levantó de su asiento al finalizar la cena, se puso el casco del revés.[31]

Debido precisamente a este tipo de episodios, los ministros de Guillermo trataban de mantenerlo alejado del verdadero proceso de toma de decisiones. Resulta extraordinario que la decisión más importante en política exterior del reinado de Guillermo –la no renovación del Tratado de Reaseguro con Rusia en 1890– se tomara sin la participación del káiser ni su conocimiento previo.[32] En el verano de 1905, el canciller Bernhard von Bülow confió a Guillermo la tarea de presentar una propuesta de alianza a Nicolás II en Björkö, frente a la costa de Finlandia,

pero cuando el káiser regresó descubrieron que Guillermo había osado realizar un cambio en el borrador del tratado. La respuesta del canciller fue presentar su dimisión. Aterrado ante la posibilidad de verse abandonado por su mandatario más poderoso, Guillermo dio marcha atrás de inmediato; Bülow aceptó permanecer en su puesto y se retiró la enmienda del tratado.[33]

El káiser se quejaba constantemente de que le mantenían al margen y le denegaban el acceso a documentos diplomáticos importantes. Sobre todo le molestaba que los funcionarios de política exterior insistieran en revisarle su correspondencia personal con los jefes de Estado extranjeros. Por ejemplo, se armó un gran alboroto cuando en 1908 el embajador alemán en Washington, Speck von Sternburg, se negó a darle al presidente Roosevelt una carta de Guillermo, en la que el káiser expresaba su profunda admiración por el presidente estadounidense. No era el contenido político de la carta lo que preocupaba a los diplomáticos, sino más bien su efusividad y la inmadurez de su tono. Era de todo punto inaceptable, comentaba un funcionario, que el soberano del Imperio Alemán escribiera al presidente de los Estados Unidos «como pudiera escribir un colegial enamorado a una bonita modistilla».[34]

Sin lugar a dudas eran manifestaciones inquietantes. En un entorno en el que unos gobiernos no dejaban de darle vueltas a las intenciones de los otros, eran potencialmente peligrosas. No obstante, hay que tener en cuenta tres puntos. El primero es que en semejantes encuentros, el káiser representaba un papel de liderazgo y control que en la práctica era incapaz de ejercer. En segundo lugar, estas amenazas retóricas estaban siempre asociadas a escenarios imaginarios en los que Alemania era la parte *atacada*. La proposición indecente de Guillermo a Leopoldo de Bélgica no se concibió como una operación ofensiva, sino como parte de una respuesta alemana a un ataque francés. Lo extraño de estas reflexiones sobre la posible necesidad de romper la

neutralidad belga en un futuro conflicto no es la *idea* de la ruptura en sí –los Estados Mayores francés y británico también discutieron y sopesaron la opción de invadir Bélgica– sino el contexto en el que se abordó y la identidad de los dos interlocutores. Una de las muchas peculiaridades de este káiser fue que era completamente incapaz de adaptar su conducta a los contextos en los que su elevado cargo le obligaba a actuar. Con demasiada frecuencia no hablaba como un monarca, sino como un adolescente sobreexcitado dando rienda suelta a sus preocupaciones presentes. Era un ejemplo extremo de esa categoría social eduardiana, el pelmazo aburrido que siempre está explicando su proyecto favorito al hombre que está sentado a su lado. No es de extrañar que la posibilidad de verse atrapado por el káiser en una comida o una cena, cuando huir era imposible, infundiera temor a muchos miembros de la realeza europea.

Las intervenciones de Guillermo preocupaban sobremanera a los hombres del Ministerio de Asuntos Exteriores, pero apenas determinaban el rumbo de la política alemana. De hecho, pudo haber sido en parte la creciente sensación de impotencia y la desconexión respecto a las verdaderas palancas del poder lo que enardeció las fantasías recurrentes de Guillermo sobre futuras guerras mundiales entre Japón y los Estados Unidos, las invasiones de Puerto Rico, la yihad global contra el Imperio Británico, un protectorado alemán en China, etc. Estos eran los escenarios irreales de un soñador geopolítico empedernido, no políticas como tales. Y siempre que un auténtico conflicto parecía inminente, Guillermo recogía velas y enseguida encontraba razones por las cuales Alemania no podía ir a la guerra. Cuando las tensiones con Francia alcanzaron su punto álgido a finales de 1905, Guillermo se asustó e informó al canciller Bülow de que la agitación socialista interna descartaba toda acción ofensiva en el exterior; al año siguiente, inquieto por la noticia de que el rey Eduardo VII acababa de hacer una visita no programada al de-

gradado ministro de Asuntos Exteriores Théophile Delcassé, advirtió al canciller de que la artillería y la armada alemanas no estaban en condiciones de resistir un conflicto.[35] Guillermo podía ser duro hablando, pero cuando aparecían los problemas daba media vuelta y echaba a correr para esconderse. Eso es lo que haría exactamente durante la crisis de julio de 1914. «Es curioso», comentó Jules Cambon, embajador francés en Berlín, en una carta a un alto funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores francés en mayo de 1912, «ver cómo este hombre, tan impetuoso, tan imprudente e impulsivo en el hablar, es tan precavido y paciente en la acción.»[36]

Una visión general de los monarcas de comienzos del siglo XX muestra que su influencia en los resultados políticos fue en última instancia relativamente discreta. El emperador Francisco José de Austria-Hungría leía una gran cantidad de despachos y se reunía con regularidad con sus ministros de Asuntos Exteriores. Sin embargo, a pesar de su formidable trabajo como «primer burócrata» de su imperio, Francisco José, al igual que Nicolás II, consideraba imposible dominar el ingente volumen de información que llegaba a su escritorio. Pocos esfuerzos se hicieron por garantizar que distribuyera su tiempo de acuerdo con la importancia relativa de los problemas que surgieran.[37] La política exterior austrohúngara no venía determinada por las órdenes del emperador, sino por la interacción de las facciones y los grupos de presión dentro y alrededor del ministerio. Víctor Manuel III de Italia (r. 1900-1946) trabajó mucho menos que Francisco José; pasaba casi todo su tiempo en el Piamonte o en sus haciendas de Castelporziano y, aunque hacía un esfuerzo por terminar algunos despachos diplomáticos, también dedicaba unas tres horas al día a leer los periódicos y a hacer una lista minuciosa de los errores que encontraba en ellos. El rey italiano mantenía relaciones estrechas con sus ministros de Asuntos Exteriores y sin duda alguna apoyó la trascendental decisión de tomar Libia en

1911, pero sus intervenciones directas fueron pocas y distantes entre sí.[38] Nicolás II podía favorecer a este o aquel grupo o ministro y con ello debilitar la cohesión del gobierno, pero era incapaz de fijar la agenda, sobre todo después del fiasco de la Guerra ruso-japonesa. Guillermo II era más dinámico que Nicolás, pero también sus ministros podían proteger mejor que sus colegas rusos el proceso de elaboración de políticas contra las intervenciones de arriba. Las iniciativas de Guillermo eran en todo caso demasiado dispares y mal coordinadas como para proporcionar algún tipo alternativo de plataforma operativa.

Intervinieran o no activamente en el proceso político, los monarcas continentales siguieron siendo, no obstante y en virtud de su propia existencia, un factor perturbador en las relaciones internacionales. La presencia en unos sistemas solo en parte democratizados de unos soberanos que supuestamente eran los centros de sus respectivos gobiernos, con acceso al personal y a todos los documentos oficiales y con la responsabilidad última en todas las decisiones ejecutivas, generaba ambigüedad. Una política exterior puramente dinástica, en la que los monarcas se reunían para resolver grandes asuntos de estado, es evidente que ya no era apropiada; el vano encuentro en Björkö lo demostró. Sin embargo, la tentación de considerar al monarca como timonel y personificación del ejecutivo se mantuvo fuerte entre los diplomáticos, los estadistas y sobre todo los propios monarcas. Su presencia creaba una incertidumbre constante acerca de dónde se situaba exactamente el eje del proceso de toma de decisiones. En este sentido, los reyes y los emperadores podían convertirse en una fuente de confusión en las relaciones internacionales. La consiguiente falta de claridad animaba a los Estados a esforzarse para establecer relaciones seguras y transparentes.

Las estructuras monárquicas también amparaban las relaciones de poder en el seno de cada gobierno. En Italia, por ejemplo,

no estaba claro quién mandaba realmente en el ejército: el rey, el ministro de la Guerra o el jefe del Estado Mayor. Este último hacía lo posible por mantener a las autoridades civiles fuera de las conversaciones con sus homólogos alemán y austriaco, y los funcionarios civiles correspondían dejando a los oficiales fuera del círculo político, con el resultado, por ejemplo, de que el jefe del Estado Mayor italiano ni tan siquiera fue informado de las estipulaciones de la Triple Alianza que definían las condiciones en las que Italia podría ser llamada a combatir en una guerra en nombre de sus aliados.[39]

En una situación como esta –y podemos encontrar condiciones análogas en todas las monarquías continentales– el rey o el emperador era el único punto en el que convergían las distintas cadenas de mando. Si no desempeñaba una función integradora, si la corona no compensaba las insuficiencias, por así decirlo, de la constitución, el sistema quedaba sin resolver, potencialmente incoherente. Y los monarcas del continente fracasaban a menudo en este papel o más bien se negaban, de entrada, a desempeñarlo, porque tenían la esperanza de que tratando por separado con funcionarios clave del gobierno conservarían lo que restaba de su propia iniciativa y de su primacía dentro del sistema. Y esto a su vez tenía un efecto perverso sobre los procesos de toma de decisiones. En un entorno en el que la decisión tomada por un ministro podía ser anulada o saboteada por un compañero o un rival, a los ministros les costaba muchas veces determinar «cómo encajaban sus actividades en el panorama general».[40] La consiguiente confusión animó a los ministros, funcionarios, mandos militares y expertos en política a pensar que tenían derecho a insistir para que se debatieran sus argumentos, pero no se hacían responsables de los resultados de las políticas. Al mismo tiempo, la presión para conseguir el favor del monarca estimulaba un clima de competencia y servilismo que incidía negativamente en los tipos de consultas interdepartamentales que

podrían haber dado un enfoque más equilibrado a la toma de decisiones. La consecuencia fue una cultura del faccionalismo y un exceso de la retórica que daría frutos peligrosos en julio de 1914.

¿QUIÉN GOBERNABA EN SAN PETERSBURGO?

Si los monarcas no fijaban el rumbo de la política exterior, ¿quién lo hacía? Sin duda la respuesta obvia debe ser: los ministros de Asuntos Exteriores. Estos hombres supervisaban las actividades del cuerpo diplomático y de su ministerio, leían y respondían a los comunicados extranjeros más importantes y eran los responsables de explicar y justificar la política ante el parlamento y la ciudadanía. En realidad, sin embargo, el poder de los ministros de Asuntos Exteriores para determinar la política variaba y fluctuaba en todas las potencias europeas al menos tanto como el tirón político de los soberanos. Su influencia dependía de una serie de factores: el poder y el favor de otros ministros, sobre todo los primeros ministros, la actitud y la conducta del monarca, la buena disposición de los altos funcionarios del ministerio y los embajadores para seguir las líneas del ministro, y el nivel de inestabilidad entre facciones dentro del sistema.

En Rusia, el ministro de Asuntos Exteriores y su familia ocupaban apartamentos privados en el ministerio, un enorme edificio de color rojo oscuro, ubicado en la gran plaza, frente al Palacio de Invierno, de modo que su vida social y la de su mujer y sus hijos estaba vinculada al trabajo del ministerio.[41] Su capacidad para fijar la política venía determinada por la dinámica de un sistema político cuyos parámetros se redefinieron después de la Guerra ruso-japonesa y la Revolución de 1905. Un grupo de ministros poderosos propusieron crear una estructura de toma de decisiones más concentrada que permitiera al ejecutivo equilibrar los imperativos internos y externos e imponer disciplina a los funcionarios de más alto nivel. Cómo debía lograrse esto exactamente fue un asunto polémico. El reformador más

activo y con más talento fue Sergei Witte, experto en finanzas y política económica que dimitió del gobierno en 1903 porque se opuso a su política en Corea. Witte deseaba un «gabinete» presidido por un «primer ministro» que no solo tuviera poder para imponer disciplina a sus compañeros ministros, sino también para controlar sus visitas al zar. El que fuera ministro de Finanzas, de carácter más conservador, Vladimir Kokovtsov[NT1] consideró que estas propuestas constituían un ataque al principio de autocracia zarista, que él consideraba la única forma de gobierno adecuada a las condiciones rusas. Llegaron a un acuerdo: se creó un gabinete, si se le puede llamar así, a modo de Consejo de Ministros, y se otorgó a su presidente o primer ministro la facultad de destituir a los ministros que no colaborasen. Pero conservaron el «derecho a un informe individual»; dicho de otro modo, el derecho de los ministros a presentar sus opiniones al zar independientemente del presidente del Consejo.

El resultado fue una disposición sin terminar de resolver, en la que todo dependía del equilibrio de las iniciativas entre los sucesivos presidentes, sus ministros y el zar. Si el presidente era de carácter fuerte, podría tener la esperanza de imponer su voluntad a sus ministros. Pero si un ministro lograba obtener el apoyo del zar, podría romper con sus colegas y seguir su propio camino. Con el nombramiento de Pyotr Stolypin como presidente del Consejo de Ministros en el verano de 1906, el nuevo sistema adquirió un dirigente carismático y dominante. Y el nuevo ministro de Asuntos Exteriores, Alexander Izvolsky, parecía la clase de político que podría hacer que la nueva disposición funcionara. Se veía a sí mismo como un hombre de la «nueva política» y enseguida creó puestos de enlace en el Ministerio de Exteriores para manejar las relaciones con la Duma. El tono de su trato con el zar era respetuoso pero menos deferente que el de sus predecesores. Estaba entregado a la reforma y la modernización del ministerio y era un entusiasta declarado

del «gobierno unido».[42] Pero lo más importante de todo es que estaba de acuerdo con la mayoría de sus colegas del Consejo de Ministros sobre la conveniencia del acuerdo con Gran Bretaña.

Sin embargo, pronto resultó que la visión de la política exterior rusa de Izvolsky difería de la de sus colegas en otros aspectos fundamentales. Stolypin y Kokovtsov consideraban que el Convenio anglo-ruso aseguraba la posibilidad de abandonar el afán aventurero de los años anteriores a la Guerra ruso-japonesa y concentrarse en las tareas de consolidación interna y crecimiento económico. Sin embargo, en opinión de Izvolsky, el acuerdo con Inglaterra era una licencia para aplicar una política más firme. Izvolsky creía que las cordiales relaciones que se iniciaron con el convenio le garantizarían que Londres aceptara el libre acceso de los buques de guerra rusos a los estrechos de Turquía. No se trataba solo de ilusiones: el ministro de Asuntos Exteriores británico Sir Edward Grey había sido explícito al animar a Izvolsky a pensar así. En una conversación con el embajador ruso en Londres en marzo de 1907, Grey había declarado que «si se establecieran unas buenas relaciones permanentes» entre los dos países, «Inglaterra ya no consideraría objeto de su política mantener el régimen actual» en los Estrechos.[43]

Pyotr Stolypin (Popperfoto/Getty Images)

Fue en este contexto cuando, en 1908, Izvolsky emprendió sus desafortunadas negociaciones con Aehrenthal, en las que prometió que los rusos aprobarían la anexión de Bosnia-Herzegovina a cambio del apoyo austriaco a una revisión del acuerdo sobre los estrechos. Se suponía que el acuerdo con Aehrenthal iba a ser el primer paso hacia una revisión completa. Este trámite se llevó a cabo con el apoyo del zar; de hecho, puede que fuera Nicolás II quien presionara a Izvolsky para que ofreciera un trato a los austriacos. El zar había sido un ardiente defensor de la expansión hacia el Lejano Oriente antes de 1904, pero ahora su atención se centraba en los Estrechos: «la idea de conquistar los Dardanelos y Constantinopla», recordaba un político ruso, «ocupaba su mente en todo momento».[44] Antes que arriesgarse al rechazo de Stolypin, Kokovtsov y los demás ministros, Izvolsky optó por aprovechar el derecho al informe individual. Ello significó el apogeo de la independencia política del ministro de Asuntos Exteriores, independencia adquirida quedándose al

margen de los distintos centros de poder del sistema. Pero el triunfo duró poco. Puesto que no se llegó a un acuerdo en Londres, la política sobre los Estrechos fracasó. Izvolsky se desacreditó ante los ojos de la opinión pública rusa y regresó para enfrentarse a la ira de Stolypin y Kokovtsov.

A corto plazo, entonces, la debacle de la crisis por la anexión de Bosnia (como la debacle de la guerra japonesa) condujo a una reafirmación de la autoridad colectiva del Consejo de Ministros. El zar perdió la iniciativa, al menos de momento. Izvolsky se vio obligado a dar marcha atrás y someterse a la disciplina del «gobierno unido». Por otro lado, Stolypin alcanzó entonces la cima de su poder. Los conservadores partidarios de la autocracia empezaron, alarmados, a verle como un «señor» o «gran visir» excesivamente poderoso que había usurpado los poderes de su amo imperial. La elección de Sergei Sazonov para sustituir a Izvolsky en septiembre de 1910 pareció reforzar el dominio de Stolypin. Sazonov era un diplomático relativamente joven, tenía poca experiencia en puestos de responsabilidad en la cancillería dentro del Ministerio de Asuntos Exteriores y carecía de conexiones aristocráticas e imperiales. Apenas tenía conocimientos sobre la política de San Petersburgo y casi ninguna influencia en los círculos gubernamentales. Sus principales cualidades para el cargo, señalaron los críticos de fuera, eran una reputación de «mediocridad y obediencia» y el hecho de que era cuñado de Stolypin.[45]

Tras la debacle de la política de Izvolsky y su salida del cargo, la política exterior rusa no llevó la marca del ministro de Asuntos Exteriores, sino la del primer ministro, Pyotr Stolypin, cuya opinión era que Rusia necesitaba la paz a toda costa y debía llevar a cabo una política de conciliación en todos los frentes. La consecuencia fue un periodo de notable acercamiento a Berlín, a pesar de las últimas tensiones a causa de Bosnia. En noviembre de 1910, una visita de Nicolás II y Sazonov a Potsdam puso

en marcha unas conversaciones que culminaron en un acuerdo que marcó el momento cumbre de la distensión ruso-alemana.[46]

Al principio, el asesinato de Stolypin apenas cambió la orientación de la política exterior rusa. Inmediatamente después de la muerte de su benefactor, Sazonov se esforzó para encontrar su propia voz. Pero su debilidad, unida a la muerte de Stolypin, aumentó a su vez la inestabilidad dentro del sistema; los agentes rusos en el extranjero con más experiencia tenían libertad para desempeñar un papel más independiente. Dos embajadores en particular, N.V. Charykov en Constantinopla y Nikolai Hartwig en Belgrado, percibieron que San Petersburgo relajaba el control y emprendieron iniciativas independientes posiblemente peligrosas a fin de sacar provecho del empeoramiento de la situación política en los Balcanes.[47] Mientras tanto, el embajador ruso en Francia no era otro que el exministro de Asuntos Exteriores Alexander Izvolsky, cuya decisión de influir en la política –sobre todo en los Balcanes– se mantuvo intacta tras su regreso al servicio diplomático. Izvolsky urdía sus propias intrigas en París y al mismo tiempo «intimidaba a Sazonov a través de la valija diplomática».[48]

El eclipse de Sazonov fue transitorio. Con el tiempo, empezó a abrirse camino en la política de los Balcanes aprovechando la debilidad de Kokovtsov, sucesor de Stolypin como presidente del Consejo de Ministros. El punto clave es que las influencias que determinaban la política en Rusia cambiaban constantemente. El poder fluía por el sistema, concentrándose en diferentes puntos: el monarca, el ministro de Asuntos Exteriores, el primer ministro, los embajadores. De hecho, podemos hablar de una «hidráulica del poder», en la que el crecimiento de un nodo en el sistema producía la disminución de otros. Y la dinámica de confrontación dentro del sistema se activaba aún más por la tensión entre opciones políticas opuestas. Lo más probable es que los nacionalistas liberales rusos y los paneslavos favorecie-

ran una política audaz en los estrechos de Turquía y una actitud de solidaridad con los «hermanos pequeños» eslavos de la península de los Balcanes. En cambio, los conservadores solían ser muy conscientes de la debilidad interna, tanto política como financiera, de Rusia y los peligros –como dijo Kokovtsov– de llevar a cabo «una política exterior a costa del estómago de los campesinos»; por lo tanto, estaban a favor de una política de paz a toda costa.[49]

Cuando en la primavera de 1909 se debatió en la Duma, por ejemplo, la importancia de la crisis de la anexión de Bosnia, el Consejo de la Nobleza Unida, en el que estaban representados los intereses conservadores, sostuvo que en modo alguno la anexión había dañado los intereses o la seguridad de Rusia y que esta debería adoptar una política de no injerencia en los asuntos de los Balcanes al tiempo que buscaba la reconciliación con Berlín. Afirmaban que el verdadero enemigo era Gran Bretaña, que intentaba empujar a Rusia a una guerra contra Alemania a fin de consolidar el control británico de los mercados mundiales. En contra de esta postura, los liberales pro franceses y pro británicos del Partido Constitucional Demócrata (Cadet) pedían la transformación de la Triple Entente en una Triple Alianza que permitiera a Rusia mostrar su poder en la región de los Balcanes y detener el declive de su condición de gran potencia.[50] Este era uno de los problemas fundamentales que afrontaban todos los ejecutivos de la política exterior (y todos aquellos que tratan de comprenderlos hoy día): objetivamente, el imperativo que presionaba al gobierno desde el exterior no era el «interés nacional», sino la proyección de los intereses concretos de la propia élite política.[51]

¿QUIÉN GOBERNABA EN PARÍS?

En Francia existía una dinámica distinta pero similar en líneas generales. En mucha mayor medida que en Rusia, el Ministerio de Asuntos Exteriores, o el Quai d'Orsay como se le cono-

cía por su ubicación, disfrutaba de un poder y una autonomía formidables. Era una organización cohesiva desde un punto de vista social y relativamente estable con un elevado sentido de su propia vocación. Una tupida red de conexiones familiares reforzaba el *espíritu de cuerpo* del ministerio: los hermanos Jules y Paul Cambon eran los embajadores en Berlín y Londres respectivamente, el embajador en San Petersburgo en 1914, Maurice Paléologue, era cuñado de Jules y Paul, y existían otras dinastías, los Herbette, los De Margerie, y los De Courcel, por nombrar solo unas cuantas. El Ministerio de Asuntos Exteriores protegía su independencia mediante hábitos de secreto. La información confidencial solo se ofrecía a los ministros del gabinete en contadas ocasiones. No era extraño que altos funcionarios ocultaran información a los políticos más avezados, incluso al mismo presidente de la república. En enero de 1895, por ejemplo, durante el mandato del ministro de Asuntos Exteriores Gabriel Hanotaux, el presidente Casimir Périer dimitió tras solo seis meses en el cargo en protesta porque dicho ministro no le había informado siquiera de los acontecimientos más importantes. Los documentos sobre política eran un misterio. Raymond Poincaré fue informado de los detalles de la Alianza franco-rusa solo cuando se convirtió en primer ministro y ministro de Asuntos Exteriores en 1912.[52]

Joseph Caillaux (Hulton Archive/Getty Images)

Pero la relativa independencia del ministerio no confería necesariamente poder y autonomía al ministro. Los ministros de Exteriores franceses solían ser flojos, de hecho más flojos que su propio personal del ministerio. Una de las razones era que los ministros se renovaban con relativa rapidez como consecuencia de los altos niveles de agitación política en la Francia de preguerra. Entre el 1 de enero de 1913 y el estallido de la guerra, por ejemplo, no hubo menos de seis ministros de Exteriores distintos. El cargo de ministro era una etapa del ciclo vital de los políticos franceses más transitoria y menos importante que en Gran Bretaña, Alemania y Austria-Hungría. Y a falta de un código de solidaridad dentro del gabinete, las energías y la ambición de los ministros se consumía en general en la lucha enconada entre facciones que formaba parte de la vida cotidiana del gobierno de la Tercera República.

Naturalmente, hubo excepciones a esta regla. Si un ministro se mantenía en el poder bastante tiempo y poseía la dedicación y la diligencia suficientes, podía sin duda imprimir su personalidad en el funcionamiento del ministerio. Théophile Delcassé es un buen ejemplo. Permaneció en el cargo la asombrosa cantidad de siete años (de junio de 1898 a junio de 1905) y dejó afianzado su dominio no solo mediante un trabajo incansable, sino también haciendo caso omiso de sus burócratas permanentes en París y cultivando una red de embajadores y funcionarios de ideas afines en toda la organización. En Francia, como en otros lugares de Europa, los altibajos que sufrían algunos cargos específicos dentro del sistema producían ajustes en la distribución del poder. Con un ministro tan enérgico como Delcassé, la cuota de poder de los altos funcionarios de la administración pública, conocidos en su conjunto como la Centrale, solía reducirse al tiempo que los embajadores, libres de las limitaciones que imponía el centro, prosperaban como lo hicieron Izvolsky y Hartwig durante los primeros años de Sazonov. El largo periodo de Delcassé en el cargo contempló la aparición de un gabinete interno de embajadores veteranos alrededor de los hermanos Cambon (Londres y Berlín) y Camille Barrère (Roma). Los embajadores se reunían en París con regularidad para hablar de política y presionar a los funcionarios clave. Se comunicaban con el ministro a través de cartas privadas, evitando a los funcionarios de la Centrale.

Los embajadores veteranos desarrollaron un sentido muy elevado de su propia importancia, sobre todo si lo comparamos con los valores y actitudes profesionales de los embajadores actuales. Paul Cambon es un ejemplo característico: en una carta de 1901 señaló que toda la historia de la diplomacia francesa equivalía a poco más que una larga lista de intentos de los agentes en el extranjero para lograr algo a pesar de la resistencia de París. Cuando no estaba de acuerdo con las instrucciones oficia-

les que le enviaban de la capital, no era raro que las quemara. Durante una tensa conversación con Justin de Selves, ministro de Asuntos Exteriores desde junio de 1911 hasta enero de 1912, Cambon le dijo con muy poco tacto que se consideraba un igual del ministro.[53] Esta afirmación parece menos extraña si tenemos en cuenta que entre 1898, cuando asumió la embajada en Londres, y el verano de 1914, Cambon vio a nueve ministros ocupar y dejar el cargo, y a dos de ellos dos veces. Cambon no se consideraba un subordinado del gobierno, sino un servidor de Francia cuya pericia le daba derecho a un papel más importante en el proceso de elaboración de las políticas.

Paul Cambon

La exaltada percepción que Cambon tenía de sí mismo venía respaldada por la creencia –que compartían muchos de los embajadores veteranos– de que no solo representaba a Francia, la *personificaba*. Aunque fue embajador en Londres desde 1898 hasta 1920, Cambon no hablaba una palabra de inglés. Cuando se reunía con Edward Grey (que no hablaba francés), insistía en

que todas las expresiones se tradujeran al francés, incluso las palabras que eran fáciles de reconocer como «yes».[54] Creía firmemente –como muchos miembros de la élite francesa– que el francés era el único idioma capaz de articular el pensamiento racional y se opuso a la instauración de escuelas francesas en Gran Bretaña aduciendo que los franceses criados en ese país suelen acabar con un retraso mental.[55] Cambon y Delcassé establecieron una estrecha relación de trabajo cuyo fruto fue la Entente Cordiale de 1904. Cambon, más que ningún otro, fue quien sentó las bases de la Entente, esforzándose desde 1901 en persuadir a sus interlocutores británicos para alcanzar un acuerdo sobre Marruecos, e instando al mismo tiempo a Delcassé a que renunciara a las supuestas reclamaciones de Francia sobre Egipto.[56]

Las cosas cambiaron tras la salida de Delcassé durante el apogeo de la primera crisis marroquí. Sus sucesores fueron menos enérgicos y autoritarios. Maurice Rouvier y Léon Bourgeois ocuparon el puesto de ministro solo durante diez y siete meses respectivamente; Stéphen Pichon estuvo un periodo más largo, desde octubre de 1906 hasta marzo de 1911, pero aborrecía el duro trabajo cotidiano y a menudo se ausentaba de su despacho del Quai d'Orsay. El resultado fue una influencia cada vez mayor de la Centrale.[57] En 1911, dos grupos de distintas facciones se habían unido dentro del mundo de los asuntos exteriores franceses. Por un lado estaban los antiguos embajadores y sus aliados en el seno de la administración, que se inclinaban por favorecer la distensión con Alemania y por una visión pragmática, sin límites, de las relaciones exteriores francesas. Por otro estaban los «Jóvenes Turcos», como les llamaba Jules Cambon, de la Centrale.

Los embajadores ejercían la autoridad de la edad y la experiencia adquirida durante largos años sobre el terreno. Por otro lado, los hombres de la Centrale tenían ventajas institucionales

y estructurales enormes. Podían emitir comunicados de prensa, controlaban la transmisión de documentos oficiales, y sobre todo tenían acceso al *cabinet noir* dentro de las dependencias ministeriales, un departamento pequeño pero importante, responsable de abrir las cartas e interceptar y descifrar el tráfico diplomático. Y al igual que en Rusia, estas divisiones estructurales y antagonistas respondían a opiniones divergentes de las relaciones externas. Las agitaciones de la lucha interna por la influencia pudieron de este modo ejercer una incidencia directa en la orientación de las políticas.

La política francesa respecto a Marruecos es un buen ejemplo de ello. Tras el enfrentamiento franco-alemán por Marruecos en 1905 y la debacle alemana en Algeciras el año siguiente, París y Berlín se esforzaron por llegar a un acuerdo que les hiciera olvidar el conflicto marroquí. En el lado francés, las opiniones sobre cómo debían manejarse las reclamaciones alemanas en relación con Marruecos estaban divididas. ¿Debería París tratar de conciliar los intereses alemanes en Marruecos, o debería actuar como si sencillamente los derechos alemanes en el territorio no existieran? El exponente más directo de la primera idea fue Jules Cambon, hermano de Paul y embajador francés en Berlín. Cambon tenía varias razones para buscar la distensión con Alemania. Sostenía que los alemanes tenían derecho a defender los intereses de sus empresarios e inversores en el extranjero. También era de la opinión de que los responsables políticos alemanes de mayor rango –desde el káiser y su íntimo amigo el conde Philipp zu Eulenburg, al canciller Bernhard von Bülow, el ministro de Asuntos Exteriores Heinrich von Tschirschky y su sucesor Wilhelm von Schoen– deseaban sinceramente mejorar sus relaciones con París. Sostenía que Francia, con su política fragmentada y su apasionada prensa nacionalista, fue la principal responsable de los malentendidos que surgieron entre ambas potencias vecinas. El fruto de los esfuerzos de Cambon fue el

Acuerdo Franco-Alemán del 9 de febrero de 1909, que excluía a Berlín de cualquier iniciativa política en Marruecos, al tiempo que ratificaba el valor de la colaboración franco-alemana en el ámbito económico.[58]

En el otro lado del debate se encontraban los hombres de la Centrale que se oponían a cualquier tipo de concesiones. Desde un segundo plano, los funcionarios clave como el maniático germanófobo Maurice Herbette, jefe de comunicaciones del Quai d'Orsay desde 1907 hasta 1911, utilizaban sus abundantes contactos en los periódicos para sabotear las negociaciones filtrando a la prensa francesa propuestas conciliatorias potencialmente polémicas antes de que las vieran los alemanes, e incluso promoviendo campañas de prensa patrioteras contra el propio Cambon.[59] Herbette fue un ejemplo excelente de funcionario que logró imprimir su propio punto de vista en las políticas francesas. En un memorándum de 1908 muy parecido al famoso memorándum de Eyre Crowe para el Foreign Office británico del año anterior (excepto por el hecho de que mientras que el documento de Crowe ocupa 25 páginas en letras de molde, el de Herbette se extiende a lo largo de unas 300 caóticas páginas manuscritas), Herbette pintaba la historia reciente de las relaciones franco-alemanas como un oscuro catálogo de artimañas malignas, «insinuaciones» y amenazas. Los alemanes, escribió, eran falsos, desconfiados, desleales, arteros. Sus esfuerzos de conciliación eran astutas estratagemas destinadas a engañar y aislar a Francia; sus protestas en nombre de sus intereses en el extranjero eran meras provocaciones; su política exterior una alternancia de «amenazas y promesas». Francia, concluía, no era responsable en absoluto del mal estado de las relaciones entre los dos Estados, su forma de tratar a Alemania siempre había sido impecable, «conciliadora y digna»: «un examen imparcial de los documentos demuestra que en modo alguno podía responsabilizarse a Francia y sus gobiernos de esta situación». Al igual

que el memorándum de Crowe del año anterior, el de Herbette se centraba en atribuir motivos y «síntomas» censurables y no en mencionar transgresiones concretas.[60] No existen indicios de que Herbette cambiara alguna vez sus opiniones sobre Alemania. Él y otros funcionarios intransigentes de la Centrale constituían un obstáculo formidable para la distensión con Berlín.

Con la caída del gobierno a comienzos de marzo de 1911 y de Pichon con él, la influencia de la Centrale alcanzó un nivel sin precedentes. El sucesor de Pichon como ministro de Asuntos Exteriores fue Jean Cruppi, un antiguo magistrado concienzudo pero carente por completo de experiencia cuya cualificación principal para ocupar dicha cartera era que muchas personas más adecuadas para el puesto ya lo habían rechazado, señal de la poca estima en la que se tenían los cargos de ministro. Durante el corto periodo de Cruppi en el ministerio –tomó posesión el 2 de marzo de 1911 y salió el 27 de junio– la Centrale tomó el control efectivo de la política. Presionado por el director político y comercial del Quai d'Orsay, Cruppi aceptó dar por finalizados todos los vínculos económicos con Alemania en Marruecos, un rechazo inequívoco del acuerdo de 1909. A esto siguió una serie de iniciativas unilaterales; las negociaciones para la gestión conjunta franco-alemana de un ferrocarril de Fez a Tánger se rompieron sin previo aviso y se redactó un nuevo acuerdo financiero con Marruecos en el que no se hacía ningún tipo de mención a la participación alemana. Cambon estaba horrorizado: advirtió que los franceses estaban manejando sus relaciones con Alemania con un «*esprit de chicane*[NT2]».[61]

Por último, en la primavera de 1911, París decide, sin consultar a otros países interesados, desplegar una fuerza considerable de tropas metropolitanas francesas en la ciudad marroquí de Fez con el pretexto de reprimir una revuelta y proteger a los colonos franceses, y al hacerlo rompe por completo tanto con el Acta de Algeciras como con el Acuerdo Franco-Alemán de 1909.

La afirmación de que este despliegue era necesario para proteger a la comunidad europea en Fez era falsa; la rebelión se había producido en el interior de Marruecos y el peligro para los europeos era remoto. El llamamiento del sultán solicitando ayuda de París había sido de hecho formulada por el cónsul francés y se la pasaron para la firma después de que París ya hubiera decidido intervenir.[62] Más adelante volveremos a la crisis en Agadir que siguió a estas medidas; de momento, la cuestión decisiva es que no fue el gobierno francés como tal el que concibió la política a seguir en Marruecos, sino los halcones del Quai d'Orsay, cuya influencia en la política no tuvo rival en la primavera y comienzos del verano de 1911.[63] Aquí, como en Rusia, el vaivén del poder de una parte del ejecutivo a otra produjo cambios rápidos en el tono y la dirección de las políticas.

¿QUIÉN GOBERNABA EN BERLÍN?

En Alemania, la interacción entre los centros de poder dentro del sistema determinaba también la política exterior. Pero existían algunas diferencias estructurales. La más importante era que, en la compleja estructura federal creada para alojar al Imperio Alemán fundado en 1871, el cargo de canciller imperial absorbía en gran parte la función de ministro de Asuntos Exteriores. Este puesto fundamental era de hecho una combinación en la que distintos cargos se unían en una misma persona. El canciller del Imperio Alemán era normalmente ministro-presidente y ministro de Asuntos Exteriores de Prusia, el Estado federal dominante, cuyo territorio comprendía alrededor de las tres quintas partes de los ciudadanos y el suelo del nuevo imperio. No había un ministro imperial de Asuntos Exteriores, solo un secretario de Estado imperial, que dependía directamente del canciller. Y la estrecha vinculación del canciller en la elaboración de la política exterior se manifestaba físicamente en el hecho de que sus apartamentos privados se encontraban en el pe-

queño y abarrotado palacio sito en la Wilhelmstrasse 76, que también albergaba el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán.

Este fue el sistema que permitió a Otto von Bismarck dominar la única estructura constitucional que contribuyó a crear después de las Guerras de Unificación alemanas y gestionar sin ayuda de nadie sus asuntos exteriores. La salida de Bismarck a comienzos de la primavera de 1890 dejó un vacío de poder que nadie pudo llenar.[64] Leo von Caprivi, primer canciller de la era posbismarckiana y ministro de Asuntos Exteriores de Prusia, no tenía experiencia en esta clase de asuntos. La decisión de Caprivi de no renovar el Tratado de Reaseguro fue impulsada en realidad por una facción del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán que durante algún tiempo se había opuesto en secreto a la línea marcada por Bismarck. Dicha facción estaba encabezada por Friedrich von Holstein, director del departamento político de ese ministerio, un individuo sumamente inteligente, muy elocuente, malicioso y solitario, que despertaba admiración pero poco afecto en sus compañeros, y que no tuvo dificultades para ganarse al nuevo canciller. Al igual que en Francia, la debilidad del ministro de Exteriores (o en este caso, el canciller) suponía que quienes tenían la iniciativa eran los funcionarios permanentes de la Wilhelmstrasse, el equivalente en Berlín de la Centrale. Esta situación continuó con el sucesor de Caprivi, el príncipe Chlodwig von Hohenlohe-Schillingsfürst, que ocupó la cancillería durante los años 1894-1899. Era Holstein quien determinaba la política exterior alemana a principios y mediados de la década de 1890, no el canciller ni el secretario imperial para Asuntos Exteriores.

Holstein podía hacerlo en parte porque mantenía excelentes relaciones tanto con los políticos responsables como con el círculo de asesores del káiser Guillermo II.[65] Fueron los años en los que Guillermo maniobrada más activamente, decidido a ser «su propio Bismarck» y a establecer su propia «norma personal»

sobre el engorroso sistema alemán. Fracasó en su objetivo, pero paradójicamente sus ocurrencias concentraron el poder ejecutivo, ya que los políticos y los funcionarios más veteranos se unieron para mantener a raya las amenazas del soberano a la integridad del proceso de toma de decisiones. Friedrich von Holstein, el conde Philipp zu Eulenburg, amigo íntimo del káiser y asesor influyente, e incluso el inútil canciller Hohenlohe se hicieron expertos en «controlar al káiser».[66] Lo hacían sobre todo no tomándole demasiado en serio. En una carta de febrero de 1897 a Eulenburg, Holstein comentó que este era el «tercer programa político» del soberano que había visto en tres meses. Eulenburg le dijo que se lo tomara con calma: los proyectos del káiser no eran «programas», le aseguró a Holstein, sino «anotaciones caprichosas al margen» de escasa importancia para la ejecución política. Al canciller también le era indiferente. «Al parecer Su Majestad está recomendando otro programa nuevo», escribió Hohenlohe, «pero no me lo tomo tan a la tremenda; he visto ir y venir demasiados programas.»[67]

Eulenburg y Holstein fueron los que encaminaron al diplomático de carrera Bernhard von Bülow hacia la cancillería. Siendo todavía secretario imperial para Asuntos Exteriores durante el mandato del canciller Hohenlohe (1897-1900), Bülow pudo, con ayuda de sus amigos, obtener el control de la política alemana. Su posición se hizo aún más fuerte después de 1900 cuando el káiser, siguiendo el consejo de Eulenburg, le nombró para la cancillería. Más que cualquier canciller antes que él, Bülow desplegó todas las artes del cortesano experimentado para ganarse la confianza de Guillermo. A pesar de las rivalidades internas y las sospechas, la troika Bülow-Holstein-Eulenburg mantuvo durante un tiempo un control estricto sobre la elaboración de las políticas.[68] El sistema funcionó bien siempre que se cumplieran tres condiciones: (i) que los socios estuvieran de

acuerdo sobre sus objetivos finales, (ii) que sus políticas tuvieran éxito, y (iii) que el káiser permaneciera inactivo.

Durante la crisis de Marruecos de 1905-1906, estas tres condiciones previas fallaron. En primer lugar, Holstein y Bülow no estaban de acuerdo sobre las intenciones alemanas en Marruecos (Bülow quería una compensación; Holstein tenía la esperanza poco realista de echar por tierra la Entente anglo-francesa). Luego, en la Conferencia de Algeciras de 1906, cuando la delegación alemana se vio aislada y desbordada por Francia, se hizo evidente que la política sobre Marruecos se había llevado desastrosamente mal. Una consecuencia de este fiasco fue que el káiser, que siempre se había mostrado escéptico acerca de la gestión diplomática en el país magrebí, se desvinculó de su canciller y resurgió como una amenaza para el proceso de elaboración de la política exterior alemana.[69]

Fue lo contrario de lo que sucedió más o menos al mismo tiempo en Rusia, en donde la debacle de la política del zar en Asia Oriental debilitó la posición del soberano y preparó el terreno para afirmar la responsabilidad del gabinete. En Alemania, en cambio, el fracaso de los altos funcionarios restableció temporalmente la libertad de movimientos del káiser. En enero de 1906, cuando el cargo de secretario de Asuntos Exteriores quedó repentinamente vacante (porque su titular había muerto por exceso de trabajo), Guillermo II impuso un sustituto de su elección desoyendo el consejo de Bülow. Muchos entendieron que se hubiera nombrado a Heinrich von Tschirschky, colaborador estrecho del káiser a quien acompañaba a menudo en sus viajes, para reemplazar la política de Bülow-Holstein por una más conciliadora. A comienzos de 1907 se habló de una pugna entre el «bando de Bülow» y el «círculo de Tschirschky».

Durante los últimos años de su cancillería, que duró hasta 1909, Bülow se esforzó denodadamente para recuperar su antigua supremacía. Al igual que había hecho Bismarck en la déca-

da de 1880, intentó crear un nuevo bloque parlamentario que se definiera por la lealtad a su persona, con la esperanza de hacerse políticamente indispensable para el káiser. Ayudó a urdir el escándalo demoledor del «Asunto del *Daily Telegraph*» (noviembre de 1908): en una entrevista publicada en el periódico inglés, Guillermo hizo unos comentarios ingenuos que provocaron una ola de protestas en una población alemana cansada de las indiscreciones públicas del káiser. Bülow, incluso, había participado indirectamente en la serie de campañas de prensa de 1907-1908 que revelaron la presencia de homosexuales dentro del círculo íntimo del káiser, entre los que figuraba Eulenburg, antiguo amigo y aliado del canciller y ahora vilipendiado por Bülow, que probablemente era él mismo homosexual, como posible rival por el favor del káiser.[70] A pesar de estas maniobras desmesuradas, Bülow nunca recuperó su anterior influencia sobre la política exterior.[71] El nombramiento de Theobald von Bethmann Hollweg para la cancillería el 14 de julio de 1909 trajo una cierta estabilidad. Puede que Bethmann careciera de experiencia en asuntos exteriores, pero era una figura extraordinaria, seria y moderada que enseguida afirmó su autoridad sobre los ministros y los secretarios imperiales.[72] A eso contribuyó que después de la conmoción y la humillación de los escándalos del *Daily Telegraph* y Eulenburg, el káiser se sentía menos inclinado que en años anteriores a desafiar en público la autoridad de sus ministros.

LA AGITADA SUPREMACÍA DE SIR EDWARD GREY

Gran Bretaña presenta un panorama bastante distinto. A diferencia de Stolypin y Kokovtsov o sus colegas alemanes Bülow y Bethmann Hollweg, el ministro de Asuntos Exteriores británico, Sir Edward Grey, no tenía motivos para temer intervenciones indeseadas del soberano. Jorge V era muy feliz dejándose dirigir por su ministro de Exteriores en asuntos internacionales. Y Grey también disfrutaba del apoyo sin límites de su primer

ministro Herbert Asquith. Tampoco tenía que lidiar, como hacía su colega francés, con funcionarios excesivamente poderosos dentro de su propio ministerio. La continuidad de Grey en el cargo le aseguraba una influencia más sistemática sobre la política de la que gozaron la mayoría de sus colegas franceses. Mientras que Edward Grey mantuvo el control del Foreign Office durante los años comprendidos entre diciembre de 1905 y diciembre de 1916, Francia contempló en ese mismo periodo el ir y venir de 15 ministros de Asuntos Exteriores. Además, la llegada de Grey al Foreign Office consolidó la influencia de una red de altos funcionarios que en términos generales compartían sus puntos de vista sobre la política exterior británica. Grey fue sin duda alguna el ministro de Exteriores más poderoso de la Europa de preguerra.

Sir Edward Grey

Como la mayoría de sus predecesores del siglo XIX, Sir Edward Grey nació en lo más granado de la sociedad británica. Era descendiente de un distinguido linaje de dirigentes liberales; un

primo de su abuelo fue el conde de Grey, el de la ley de la Reforma de 1832 y epónimo del popular té aromatizado[NT3]. De todos los políticos que salieron a la escena europea antes de 1914, Grey es uno de los más desconcertantes. Su estilo distante y altanero no caía bien en las filas del Partido Liberal. Durante mucho tiempo fue diputado liberal, y sin embargo creía que la política exterior era demasiado importante para ser sometida a las agitaciones del debate parlamentario. Era un ministro de Exteriores que sabía muy poco del mundo fuera de Gran Bretaña, nunca mostró interés en viajar, no hablaba idiomas y se sentía incómodo en compañía de extranjeros. Era un político liberal cuya visión de la política era contraria a la de la mayoría de los liberales y similar a la de gran parte de los conservadores. Se convirtió en el miembro más poderoso de la facción conocida como «los imperialistas liberales», si bien parece haberse preocupado poco por el Imperio Británico, pues sus opiniones sobre política exterior y seguridad nacional se centraban estrictamente en el continente europeo.

Existía una curiosa discrepancia entre la imagen de Grey –tanto privada como pública– y su modus operandi en política. De joven apenas dio muestras de curiosidad intelectual, ambición política o empuje. Desperdició sus años en el Balliol College de Oxford, donde pasó gran parte de su tiempo convirtiéndose en campeón del equipo Varsity de tenis antes de graduarse con un aprobado en Jurisprudencia, una materia que tenía fama de ser fácil. Su primer puesto político (no remunerado) lo consiguió por conexiones de la familia liberal. De adulto, Grey siempre cultivó la imagen de un hombre para quien la política era un deber tedioso y no una vocación. Cuando se disolvió el parlamento en 1895 después de que los liberales perdieran una votación muy importante, Grey, que a la sazón era diputado y subsecretario de Estado parlamentario para Asuntos Exteriores, declaró que no lo lamentaba. «Nunca más ocuparé un cargo y es

probable que mis días de estancia en la Cámara de los Comunes estén contados. Estamos los dos [él y su esposa Dorothy] muy aliviados.»[73] Grey era un apasionado de la naturaleza, aficionado a la ornitología y pescador. A comienzos de siglo ya era muy conocido por ser autor de un célebre ensayo, con razón, sobre la pesca con mosca. Incluso siendo ministro de Asuntos Exteriores a menudo abandonaba el despacho a la primera ocasión para salir a pasear al campo y no le gustaba que le reclamaran desde Londres si no era absolutamente necesario. Algunos de los que trabajaban con Grey, como el diplomático Cecil Spring-Rice, pensaban que las excursiones campestres se le estaban yendo de las manos y que sería aconsejable que el ministro «ahorrara algo del tiempo que dedica a sus patos para aprender francés».[74] A los compañeros de Grey les costaba apreciar una motivación política en él; les parecía «desprovisto de ambición personal, distante e inaccesible».[75]

Y sin embargo, Grey desarrolló un ansia intensa de poder y una disposición a utilizar métodos conspiratorios para conseguirlo y aferrarse a él. Su ascenso al puesto de ministro de Exteriores fue el fruto de una cuidadosa planificación con sus amigos de confianza y compañeros imperialistas liberales, Herbert Asquith y R. B. Haldane. En el «Regulas Compact», una trama urdida en el pabellón de pesca de Grey en la aldea escocesa del mismo nombre, los tres hombres acordaron apartar al dirigente liberal Sir Henry Campbell-Bannerman e instalarse en los puestos de gobierno clave. El secretismo y una preferencia por la actividad discreta y en segundo plano siguió siendo el sello distintivo de su estilo como ministro. Su actitud de retraimiento propia de un caballero contradecía una capacidad intuitiva para los métodos y tácticas de la confrontación política.

Grey no tardó en obtener el control indiscutible sobre el proceso de elaboración de la política exterior británica, consiguiendo que se centrara principalmente en la «amenaza alemana».

Naturalmente, considerar esta reorientación únicamente en función del poder de Edward Grey sería ir demasiado lejos. Grey no era el que manejaba los hilos; él no manipulaba ni controlaba a los hombres de la nueva política –Bertie, Hardinge, Nicolson, Mallet, Tyrrell, etc.– sino que trabajaban a su lado como los miembros de una coalición informal impulsada por sentimientos compartidos. De hecho, Grey dependía bastante de algunos de sus colaboradores; por ejemplo, muchas de sus decisiones y memorándums se inspiraron en los informes de Hardinge.[76] La supremacía del grupo de Grey se vio disminuida por las últimas reformas estructurales en el Foreign Office, cuyo objetivo no fue reforzar la autoridad del ministro, sino repartir más la influencia a toda una serie de altos funcionarios.[77] No obstante, la energía y la vigilancia con la que Grey mantenía su supremacía eran impresionantes. A ello contribuyó, desde luego, que gozaba del apoyo firme de su antiguo compañero de conspiración Herbert Asquith, primer ministro desde 1908 hasta 1916. El respaldo de una gran parte del bloque conservador de la Cámara de los Comunes fue otra baza importante, y Grey demostró su habilidad para mantener su encanto ante todos los partidos.

Pero la plenitud del poder y la visión coherente de Grey no protegían del todo la política exterior de las agitaciones características de los gobiernos europeos. La postura antialemana que adoptó el grupo de Grey no gozó de gran apoyo fuera del Foreign Office. Ni siquiera la respaldó la mayoría del gabinete británico. El gobierno liberal, y el movimiento liberal en general, estaban divididos por la tensión entre los elementos imperialistas liberales y los radicales. Muchos de los radicales más destacados, y entre ellos algunas de las figuras más respetables del partido, deploraban la política de alineación con Rusia del ministro de Asuntos Exteriores. Acusaban a Grey y a sus colaboradores de adoptar una postura hacia Alemania que era innecesaria-

mente provocadora. Dudaban de si las ventajas de apaciguar a Rusia superaban los posibles beneficios de una amistad con el Imperio Alemán. Les preocupaba que la creación de una Triple Entente pudiera empujar a Alemania a adoptar una postura cada vez más agresiva y presionaron a favor de una distensión con Berlín. Otro problema era el cariz de la opinión pública británica, sobre todo en el seno de la élite cultural y política, la cual, a pesar de las esporádicas «guerras de prensa» anglo-alemanas, se fue inclinando hacia un talante más proalemán durante los últimos años anteriores al estallido de la guerra.[78] El antagonismo hacia Alemania convivió en todas las élites británicas con una admiración profunda por los logros culturales, económicos y científicos del país.[79]

Grey abordó estos desafíos blindando el proceso de elaboración de sus políticas al escrutinio de ojos poco amistosos. Muchas veces, los documentos que salían de su despacho estaban marcados con un «Restringida su circulación»; una anotación típica de su secretario privado rezaba «Sir E. Grey cree que estos ejemplares son suficientes». Las consultas sobre decisiones políticas importantes –en particular las concernientes al compromiso cada vez mayor con Francia– estaban limitadas a contactos de confianza dentro de la administración. Por ejemplo, no se informó al gabinete de las conversaciones entre Francia y Gran Bretaña de diciembre de 1905 y mayo de 1906, en las que los representantes militares de ambos países acordaron en principio qué forma adoptaría una intervención militar británica en apoyo de Francia en caso de guerra. Este modo de proceder convenía a la forma elitista de Grey de entender la política y su idea declarada de la Entente, según la cual debía cultivarse «con un espíritu de lealtad y generosidad», lo que garantizaba que cualquier obstáculo que surgiera «fortalecería» el «Acuerdo» antes que debilitarlo, y que la evolución gradual hacia un compromiso cada vez mayor debería protegerse siempre de las «po-

lémicas partidistas».[80] Dicho de otro modo, Grey llevaba a cabo una política de doble vía. En público negaba reiteradamente que Gran Bretaña tuviera obligación alguna de acudir en ayuda de Francia. Londres seguía teniendo las manos absolutamente libres. Si sus colegas hostiles le presionaban, siempre podía decir que los escenarios de movilización interrelacionados del ejército no eran más que planes de contingencia. Mediante estas complejas maniobras, Grey pudo transmitir una notable coherencia interna a la gestión de la política exterior británica.

Con todo, resulta fácil ver cómo esta situación –impulsada por los cambios en el equilibrio de poder entre las facciones existentes en el seno del gobierno y la élite política de Gran Bretaña– dio lugar a confusión. Para aquellos interlocutores franceses que trataban directamente con el ministro de Asuntos Exteriores y sus colaboradores, estaba claro que «Sir Grey», como le llamaban algunos de ellos, se pondría del lado de Francia en caso de guerra, a pesar de que oficialmente se insistía en el carácter no vinculante de la Entente. Pero a los alemanes, que no estaban al tanto de estas conversaciones, les parecía como si Gran Bretaña pudiera quedarse al margen de la coalición continental, sobre todo si la Alianza franco-rusa tomaba la iniciativa contra Alemania, y no al revés.

LA CRISIS DE AGADIR DE 1911

La fluctuación del poder en los distintos puntos de las estructuras de toma de decisiones incrementaba la complejidad y la imprevisibilidad de las interacciones en el sistema internacional europeo, sobre todo en aquellos momentos de crisis política en los que dos o más gobiernos interaccionaban mutuamente en un clima de tensión y amenaza crecientes. Podemos observar este efecto con especial claridad en la pelea que enfrentó a Alemania y Francia por Marruecos en el verano de 1911. Como hemos visto, el Acuerdo franco-alemán sobre Marruecos de 1909 se rompió tras una serie de medidas emprendidas por el Quai

d'Orsay, lo que culminó con el envío al Sultanato de un gran ejército francés en abril de 1911. El 5 de junio de ese mismo año, alarmado ante la posibilidad de que Francia tomara el poder en Marruecos de manera unilateral, el gobierno español desplegó sus tropas para ocupar Larache y Ksar-el-Kebir en el norte y el noroeste de Marruecos. La intervención alemana ya era inevitable, y la cañonera *Panther*, una embarcación común y corriente que tenía que haber sido desguazada dos años antes, ancló frente a la costa de Marruecos el 1 de julio de 1911.

Hay algo muy extraño en la crisis de Agadir. Se agudizó hasta un punto en que pareció inminente una guerra en Europa occidental, y sin embargo las posturas que presentaron las partes en conflicto no eran irreconciliables y sirvieron de base para lograr un acuerdo duradero. ¿Por qué se produjo esa escalada? La razón reside en parte en la intransigencia del Quai d'Orsay. Fue la Centrale la que tomó y mantuvo la iniciativa en la primera fase de la crisis. La postura de los funcionarios permanentes se vio fortalecida por el hecho de que el ministro de Asuntos Exteriores Jean Cruppi dejara el cargo el 27 de junio, unos días antes de que la *Panther* arribara frente a la costa de Agadir. Su sucesor, Justin de Selves –candidato por omisión como Cruppi– cayó enseguida bajo el yugo de Maurice Herbette, *chef du cabinet* (jefe de gabinete) en el Ministerio francés de Asuntos Exteriores. Como jefe de comunicaciones entre 1907 y 1911, Herbette había tejido una extensa red de contactos en periódicos y durante la crisis de Agadir trabajó con ahínco para desacreditar la mera idea de establecer conversaciones con Alemania. Hasta finales de julio de 1911, el embajador francés en Berlín no recibió instrucciones de comenzar las conversaciones sobre cómo se compensaría a Alemania por la consolidación del dominio exclusivo de Francia en Marruecos, y ello fue en parte consecuencia de la intransigencia de Herbette y otros funcionarios permanentes poderosos.

Esta medida conciliadora solo fue posible porque el embajador Jules Cambon apeló, desde su destino en Berlín y sorteando a su ministro de Exteriores, al enérgico y abierto primer ministro Joseph Caillaux, que había tomado posesión el 27 de junio, justo antes de que estallara la crisis. Hijo de un ministro de Finanzas, el célebre Eugène Caillaux que pagó la indemnización francesa a Alemania con tanta rapidez después de 1870, Joseph Caillaux era un economista liberal y renovador fiscal que miraba los asuntos exteriores con los ojos pragmáticos de un empresario. No veía ninguna razón por la cual los intereses comerciales de Alemania en Marruecos no deberían tratarse en las mismas condiciones que los de otras naciones y criticaba el estilo mercantilista de la estrategia económica que se había convertido en el sello del imperialismo europeo.[81] El gabinete estaba dividido entre Caillaux, que defendía una política conciliadora en Marruecos, y Justin de Selves, que actuaba como portavoz de los halcones del Quai d'Orsay. De Selves recibía presiones de su ministerio para que enviara cruceros franceses a Agadir, una decisión que podría haber desatado una grave escalada del conflicto. Después de que Caillaux vetara esta opción, los halcones empezaron a organizarse contra él y Jules Cambon. Se utilizaron comunicados de prensa para desacreditar a los paladines de la conciliación. Caillaux se exasperó de tal manera ante los intentos de Maurice Herbette de sabotear su política que le mandó llamar a su despacho y le dijo, adaptando sus gestos a sus palabras: «Te partiré como a este lápiz».[82] Finalmente, Caillaux pudo alcanzar un acuerdo con Alemania, pero solo a través de conversaciones confidenciales y extraoficiales con Berlín (por medio de la embajada alemana en París, de Jules Cambon y de la mediación de un empresario llamado Fondère) que lograron burlar al ministro y sus funcionarios.[83] El resultado fue que para primeros de agosto Caillaux había aceptado en secreto un acuerdo de indemnización con Berlín al que su ministro de

Asuntos Exteriores, Justin de Selves, seguía oponiéndose categóricamente.[84]

Esta diplomacia clandestina ayudó al primer ministro a evitar a los halcones germanófobos del Ministerio de Exteriores francés, pero ello conllevó otros riesgos. Durante la primera semana de agosto de 1911, una breve interrupción de las comunicaciones condujo a una escalada del todo innecesaria que incluyó amenazas de envío de barcos de guerra franceses e ingleses a Agadir, aunque de hecho Caillaux y su homólogo alemán estaban dispuestos a transigir en ese punto.[85] Caillaux culpó a su mediador Fondère del malentendido, pero no habría habido necesidad de un intermediario como Fondère o de un acuerdo clandestino de Caillaux si no hubiera sido por el hecho de que los funcionarios estaban conspirando para expulsarlo del cargo y echar por tierra las negociaciones favorables a un entendimiento con Alemania. Inevitablemente, esto también significó que Caillaux se vio a veces obligado a retroceder en sus compromisos, ya que sus colegas del ministerio se negaban a aceptar las garantías que había dado a Berlín. Y estas complejas maniobras aumentaron la incertidumbre en Berlín acerca de cómo deberían interpretarse los movimientos franceses: era cuestión de comparar las tendencias contradictorias entre sí, como hizo un joven diplomático alemán cuando informó de que «a pesar del griterío de la prensa y el chovinismo del ejército», la política de Caillaux prevalecería con toda probabilidad.[86]

En cuanto a la política alemana durante la crisis, no la formuló el canciller Bethmann Hollweg, ni desde luego el káiser, que en absoluto estaba interesado en Marruecos, sino el activo secretario de Estado imperial para Asuntos Exteriores, Alfred von Kiderlen-Wächter, de origen suabo. Kiderlen había participado en la redacción del Acuerdo Franco-Alemán sobre Marruecos de febrero de 1909 y era natural que jugara un papel destacado en la formulación de la respuesta de Alemania al despliegue de tro-

pas francesas. A la manera característica de los tramos altos del ejecutivo alemán, el secretario de Exteriores tomó personalmente el control del hilo de la política en Marruecos, gestionando las comunicaciones con París y manteniendo al canciller alejado de la crisis que se estaba desarrollando.[87] Kiderlen no tenía interés en conseguir una porción alemana de Marruecos, pero estaba decidido a no permitir que Francia impusiera unilateralmente un control exclusivo en el país. Tenía la esperanza de lograr el reconocimiento de los derechos alemanes y cierta forma de compensación territorial en el Congo francés. Tenía buenas razones para creer que podría lograr este objetivo sin conflicto, pues en mayo de 1911 Joseph Caillaux, a la sazón ministro de Finanzas, había asegurado a los diplomáticos alemanes en París que «Francia estaría dispuesta a hacernos concesiones en alguna otra parte si nosotros [los alemanes] reconociésemos su interés vital en Marruecos».[88] Por eso, tras el ascenso de Caillaux al cargo de primer ministro en junio, Kiderlen supuso que esa sería la política de Francia. Rechazó los planes de enviar dos barcos a Agadir; creyó que el *Panther*, que no estaba preparado para organizar un desembarco efectivo y no tenía instrucciones de intentarlo, bastaría para una demostración simbólica.[89]

La evolución ulterior de la crisis reveló que Kiderlen se equivocó de plano al juzgar la respuesta de Francia y que también gestionó rematadamente mal el entorno alemán. Las relaciones personales de Kiderlen con el káiser Guillermo II no eran especialmente cordiales y en 1911 el emperador tenía tantas dudas acerca de la política del gobierno en el norte de África como las había tenido en 1905.[90] Con el fin de reafirmarse contra una posible oposición por este lado, Kiderlen consiguió el apoyo de los políticos ultranacionalistas alemanes y los publicistas. Pero en cuanto la campaña de prensa se puso en marcha fue incapaz de controlar su tono o su contenido. Como consecuencia, en un contexto de agitación estruendosa de la prensa nacionalista, se

desarrolló una política alemana que pretendía en todo momento mantener la crisis justo por debajo del umbral de la confrontación armada y que hizo sonar las alarmas en París y Londres. Los grandes titulares de los periódicos ultranacionalistas que clamaban «¡Marruecos occidental para Alemania!» daban pábulo a los halcones de París. También preocupaban al káiser, que criticó tan duramente la política del secretario de Asuntos Exteriores que el 17 de julio Kiderlen presentó su dimisión; solo mediante la intervención del canciller Bethmann se pudieron salvar las políticas y mantener a Kiderlen en su cargo.[91]

El 4 de noviembre de 1911, un tratado franco-alemán definió por fin los términos de un acuerdo. Marruecos se convirtió en un protectorado exclusivamente francés, los intereses empresariales alemanes obtuvieron un trato respetuoso y se concedieron a Alemania partes del Congo francés. Pero la crisis de Marruecos de 1911 puso de manifiesto la peligrosa incoherencia de la diplomacia francesa. El 18 de noviembre de 1911, un comité de disciplina interna reunido para investigar las acciones de Maurice Herbette desveló las complicadas maquinaciones de los funcionarios permanentes en París. También el prestigio de Caillaux sufrió un grave revés. Se hablaba mucho de que él y su gabinete estaban vinculados a un tratado que para muchos nacionalistas franceses había había hecho demasiadas concesiones a los alemanes, lo cual resulta extraordinario dado que concedía menos de lo que Delcassé había contemplado ofrecer a cambio de Marruecos a finales de la década de 1890. Las revelaciones de las negociaciones secretas del primer ministro con los alemanes (obtenidas como mensajes cifrados por el *cabinet noir*[NT4] y filtrados a la prensa por la Centrale por razones tácticas) sellaron el destino de Caillaux y fue destituido el 21 de enero de 1912, después de ocupar el cargo de primer ministro durante solo siete meses.

También en Alemania criticaron el tratado de noviembre de 1911 por lo poco que concedía a los alemanes. Kiderlen fue en parte culpable de ello; existía una gran discrepancia entre lo que Alemania podía esperar conseguir por desafiar a los franceses en Marruecos y los premios deslumbrantes –un «Marruecos occidental alemán», por ejemplo– que la prensa ultranacionalista ofrecía al público y cuya agitación alentó Kiderlen por poco tiempo y de manera imprudente. Al hacerlo, el secretario de Exteriores contribuyó al distanciamiento cada vez mayor entre el gobierno y los que afirmaban ser sus «seguidores naturales» en la extrema derecha. Sin embargo, este pacto faustiano con los medios nacionalistas fue necesario solo porque Kiderlen no tuvo otra manera de asegurarse que el soberano no pondría en peligro su propio control del proceso de elaboración de políticas.

Tal vez, la consecuencia más importante de la fluctuación política alemana durante la crisis fue que en París se dio una tendencia creciente a interpretar erróneamente que las acciones alemanas estaban impulsadas por la política del farol. Cuando Raymond Poincaré, nuevo primer ministro y ministro de Asuntos Exteriores, leyó los archivos del Quai d'Orsay en los primeros meses de 1912, se quedó sorprendido por la alternancia de dureza y concesiones de la política alemana: «siempre que adoptamos una actitud conciliatoria hacia Alemania», comentó Poincaré, «ha abusado de ella; por otro lado, cada vez que hemos mostrado firmeza, ha cedido». De ello sacó la conclusión ominosa de que Alemania «solo comprendía el lenguaje de la fuerza».[92]

La intervención de Gran Bretaña en la crisis también estuvo marcada por profundas divisiones dentro de la estructura del ejecutivo. Al principio, la reacción del gabinete liberal de Londres fue precavida, ya que muchos opinaban que Francia era en gran parte responsable de provocar la crisis y se la debía instar

a ceder terreno. El 19 de julio, el gabinete autorizó a Grey a informar a París de que había circunstancias en las que Gran Bretaña podría aceptar una presencia alemana en Marruecos. El gobierno francés respondió muy enfadado que el consentimiento británico en este punto equivaldría a una violación del acuerdo anglo-francés de 1904.[93] Al mismo tiempo, los antialemanes que rodeaban a Grey adoptaron una postura muy profrancesa. Nicolson, Buchanan, Haldane y el propio Grey exageraron la amenaza que representaba Alemania y reavivaron la idea de que lo que estaba en juego era la preservación de la Entente. El 19 de julio, el secretario de Estado de la Guerra Richard Haldane pidió al director de operaciones militares Sir Henry Wilson que retrasara su salida hacia el continente para que pudiera dedicar una mañana a valorar los posibles efectivos militares en caso de conflicto en la frontera franco-alemana.[94] Cuando Justin de Selves mostró su sorpresa ante la magnitud de las demandas de compensación alemanas en el Congo, Sir Francis Bertie escribió a Grey desde París sobre las exigencias «excesivas» de los alemanes, que «ellos saben que son imposibles de aceptar, y que tienen por objeto que los franceses se resignen a que los alemanes se establezcan en la costa marroquí»[95]; esta fue una interpretación errónea de la postura alemana, y estaba calculada para infundir miedo a los navalistas británicos, para quienes el establecimiento de un puerto alemán en el Atlántico habría sido inaceptable.

Esa posibilidad fue lo que permitió a Grey conseguir el 21 de julio la aprobación del gabinete para hacer llegar una advertencia privada al embajador alemán en el sentido de que si Alemania pretendía desembarcar en Agadir, Gran Bretaña se vería obligada a defender allí sus intereses; con ello Grey se refería al despliegue de los buques de guerra británicos.[96] El mismo día, el grupo de Grey elevó aún más la temperatura: la noche del 21 de julio de 1911, el ministro de Economía y Hacienda David Lloyd

George pronunció un discurso en Mansion House[NT5] en el que hizo una severa advertencia a Berlín. Era imperativo, dijo Lloyd George, que Gran Bretaña mantuviera «su lugar y su prestigio entre las grandes potencias del mundo». Más de una vez, el poder británico había «salvado» a las naciones continentales de «un desastre arrollador o incluso de la desaparición». Si Gran Bretaña se viera obligada a elegir entre la paz por un lado, y la renuncia a su supremacía internacional por otro, «entonces digo tajantemente que la paz a ese precio sería una humillación insoportable para una gran nación como la nuestra».[97] Días después, Grey avivó el fuego de un pánico naval en Londres, advirtiendo a Lloyd George y a Churchill de que la flota británica estaba en peligro de sufrir un ataque inminente e informando a Reginald McKenna, ministro de Marina, de que la flota alemana estaba movilizada y lista para atacar; en realidad, la Flota de Alta Mar estaba diseminada y los alemanes no tenían intención de concentrarla.[98]

El discurso en Mansion House no fue un arrebato espontáneo; fue una jugada que Grey, Asquith y Lloyd George planearon cuidadosamente. Al igual que Caillaux evitó pasar por su Ministerio de Asuntos Exteriores para imponer su propio programa pacifista en las negociaciones con Berlín, también los antialemanes que rodeaban a Grey prescindieron de los radicales conciliadores del gabinete liberal para transmitir a los alemanes un mensaje duro y potencialmente provocador. Los pasajes delicados del discurso de Lloyd George no habían obtenido el visto bueno del gabinete, solo los del primer ministro Asquith y el ministro de Asuntos Exteriores Grey.[99] El discurso cobró aún más importancia por el hecho de que marcó el paso de Lloyd George del bando de los radicales moderados al de los imperialistas liberales. Sus palabras causaron consternación en Berlín, donde consideraron que el gobierno británico estaba dificultando innecesariamente el avance de las negociaciones franco-ale-

manas. «¿Quién es Lloyd George para dar órdenes a Alemania y detener un rápido acuerdo franco-alemán?» preguntó Arthur Zimmermann, subsecretario de Estado para Asuntos Exteriores, al embajador británico en Berlín.[100]

Las palabras de Lloyd George también escandalizaron a los ministros del gobierno británico que no habían suscrito el programa de Grey. El vizconde Morley, secretario de Estado para la India, criticó el discurso –y Grey lo defendió posteriormente durante una conversación con el embajador alemán en Londres– por ser «una provocación injustificada y desafortunada a Alemania». El Lord Canciller[NT6], Lord Loreburn, se quedó atónito al ver que Gran Bretaña apoyaba a Francia con tanta garra en una disputa en la que (así le parecía a Loreburn) París no estaba en modo alguno libre de culpa. Suplicó a Grey que renegara del discurso y dejara claro que Gran Bretaña no tenía intención de interferir en las negociaciones entre Francia y Alemania.[101]

El grupo de Grey se impuso. En una reunión del Comité de Defensa Imperial celebrada el 23 de agosto de 1911, se acordó que si estallaba una guerra franco-alemana, Inglaterra organizaría una rápida intervención en el continente, incluyendo el traslado de una Fuerza Expedicionaria Británica. Estaban presentes Asquith, Grey, Haldane, Lloyd George y los jefes de servicio, pero los principales radicales, entre los que figuraban Morley, Crewe, Harcourt y Esher, o bien no fueron informados o no les invitaron. Las semanas siguientes estuvieron llenas de preparativos entusiastas para la guerra (para horror de los radicales). Incluso Asquith rehuyó en septiembre de 1911 las exhaustivas «conversaciones militares» con los franceses destinadas a coordinar los planes y la estrategia de movilización, pero Grey se negó a suspenderlas.[102] En mayor medida que cualquiera de las dos partes en disputa, Gran Bretaña estaba dispuesta a considerar la posibilidad de una escalada bélica drástica.[103] En una carta al embajador alemán en Londres, Bethmann señaló que en tanto

que los franceses no habían hecho preparativos para la guerra, ni siquiera en el apogeo de la crisis, «parece que Gran Bretaña ha estado preparada para atacar todos los días».[104] El ministro de Asuntos Exteriores austriaco, el conde Aehrenthal, llegó a una conclusión similar, indicando el 3 de agosto que por un momento Inglaterra pareció dispuesta a utilizar la crisis marroquí como pretexto para un «ajuste de cuentas» en toda regla con su rival alemán.[105] El contraste con la postura relativamente reservada y conciliatoria de Rusia fue especialmente llamativo.[106] Solo después de esta reacción británica Viena abandonó la política de neutralidad que había adoptado hasta ese momento sobre la cuestión de Marruecos.[107]

La batalla entre halcones y palomas[NT7] no había terminado aún. Al igual que los funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores francés planearon vengarse de Caillaux y del malhadado Justin de Selves, derribándoles de sus cargos en enero de 1912, también en Gran Bretaña los escépticos liberales radicales volvieron a arremeter contra la política de Grey. Entre los ministros había muchos que nunca apreciaron el profundo compromiso de Grey con Francia antes de Agadir. En diciembre de 1911, los diputados sin cargo oficial se rebelaron contra Grey. Parte de su hostilidad procedía de la frustración que les producía el secretismo de sus tácticas –¿por qué nadie les había hablado de los compromisos que supuestamente el gobierno estaba contrayendo en nombre del pueblo británico? Arthur Ponsonby y Noel Buxton, destacados activistas liberales contrarios a Grey, exigieron que se creara un comité para mejorar las relaciones anglo-alemanas. La reacción en contra del ministro de Asuntos Exteriores se extendió por casi toda la prensa liberal. Pero mientras en París los retrógrados lograron desacreditar a Caillaux y su actitud conciliatoria, en Gran Bretaña el grupo de presión «antialemán» no pudo desplazar a Grey ni su política.

Hubo tres razones para ello: la primera era que los ministros británicos eran de por sí menos vulnerables a este tipo de campañas, gracias a la sólida estructura de partidos de la política parlamentaria británica; luego estaba el hecho de que si la política de Grey era rechazada ampliamente, él podría dimitir llevándose con él a Lloyd George, Haldane y posiblemente a Churchill; eso sería el fin de la presencia de los liberales en el gobierno, lo que dio que pensar a los liberales no intervencionistas. No menos importante era el apoyo de los parlamentarios conservadores a favor de la política de Grey de un pacto militar con Francia. Una de las cosas que ayudó al ministro de Asuntos Exteriores a capear el temporal de la crisis de Agadir fue la garantía secreta de apoyo por parte de Arthur Balfour, líder del Partido Conservador hasta noviembre de 1911.[108] Esta dependencia de la oposición parlamentaria demostraría tener una cierta responsabilidad en el verano de 1914, cuando una crisis inminente en Irlanda suscitó dudas acerca de la continuación del apoyo conservador.

Pero si los puntos fundamentales de la política *pactista* de Grey no habían cambiado, el hecho de que tuviera que defender su postura contra una oposición interna tan vociferante e influyente le impidió, no obstante, articular sus compromisos tan inequívocamente como hubiera deseado. Después de Agadir, Grey tuvo que hacer equilibrios entre las demandas de Francia para que asumiera un compromiso más claro y la insistencia de los no intervencionistas del gobierno (que, después de todo, seguían siendo mayoría) para que no lo hiciera. En dos resoluciones del gabinete de noviembre de 1911, quince de sus compañeros ministros le llamaron al orden, exigiendo que desistiera de proponer conversaciones militares de alto nivel entre Gran Bretaña y Francia sin su conocimiento y aprobación previos. En enero de 1912, los no intervencionistas liderados por Loreburn hablaron de acordar una declaración gubernamental según la

cual Gran Bretaña «no tenía ninguna obligación, directa ni indirecta, expresa o implícita, de apoyar a Francia contra Alemania mediante la fuerza militar». Solo la enfermedad y el retiro de Loreburn evitaron este golpe a Grey y su gente.[109]

La necesidad de equilibrar esa oposición organizada desde el interior de su gobierno con una política centrada en el mantenimiento de la entente como dispositivo de seguridad, produjo una ambigüedad desconcertante en las señales diplomáticas británicas. Por un lado, a los mandos militares británicos siempre se les había concedido un cierto margen discrecional en sus relaciones con sus colegas franceses; sus garantías de un apoyo militar británico en caso de conflicto con Alemania ayudaron a endurecer la postura de Francia.[110] El gabinete no autorizó estas iniciativas y mucho menos el parlamento británico. A pesar de ello, durante la crisis de Agadir de 1911, el nuevo director de operaciones militares, el comandante general Henry Wilson, fue enviado a París a hablar con el Estado Mayor francés con el fin de acordar un calendario para una movilización conjunta contra Alemania. El memorándum resultante Wilson-Dubail de 21 de julio de 1911 (el general Auguste Dubail era en ese momento el jefe del Estado Mayor francés) estipulaba que para el decimoquinto día de la movilización se desplegarían en el flanco izquierdo francés seis divisiones de infantería, una división de caballería y dos brigadas montadas británicas (lo que comprendía 150.000 hombres y 67.000 caballos).[111] En los primeros meses de 1912 se decidió neutralizar la expansión naval alemana mediante la coordinación de una estrategia naval anglo-francesa, lo que vino a afianzar la suposición de que estaba naciendo algo parecido a una alianza defensiva.

Por otro lado, las famosas cartas entre Grey y Cambon de 22-23 de noviembre de 1912, que, como dijo Morley posteriormente, le fueron «arrancadas» a Grey por sus adversarios no intervencionistas, dejaron claro que la Entente era todo menos una

alianza, ya que afirmaban que ambas partes eran libres de actuar con independencia, aun cuando una de ellas fuera atacada por una tercera potencia. ¿Era o no obligatorio apoyar a Francia? Estaba muy bien que Grey declarase en público que eran meros planes de contingencia sin efecto vinculante. En privado, el ministro de Exteriores reconocía que en su opinión las conversaciones militares anglo-francesas «nos comprometen a colaborar con Francia», siempre y cuando sus acciones fueran «razonables y no provocadoras». Cuando a comienzos de agosto de 1914 el subsecretario permanente para Asuntos Exteriores, Sir Arthur Nicolson, insistía a Grey en que «una y otra vez usted prometió a Monsieur Cambon que si Alemania fuera el agresor usted apoyaría a Francia», Grey se limitó a responder: «Sí, pero no hay nada por escrito».[112]

Por lo tanto, la diplomacia anglo-francesa al más alto nivel llegó a estar marcada –en el lado británico– por una especie de contradicción en sí misma. Se entendía que Grey debía adaptar sus declaraciones públicas e incluso sus comunicaciones oficiales a las expectativas de los no intervencionistas del gabinete y del público en general. Sin embargo, cuando Paul Cambon escuchó a sus amigos antialemanes en Londres, o a Bertie en París, oyó lo que quería oír. Cuanto menos, este era un acuerdo difícil de aceptar para los franceses. A medida que la crisis de julio de 1914 llegaba a su punto álgido, los que tomaban las decisiones en París, el embajador francés en Londres y ciertamente el propio Grey, sufrieron momentos de gran ansiedad. Y lo que es más importante, la incertidumbre acerca del compromiso británico obligó a los estrategas franceses a compensar en el este su debilidad en el oeste mediante el compromiso cada vez más fuerte de militarizar la alianza con Rusia.[113] El barón Guillaume, embajador belga en París, señaló en la primavera de 1913 que el gobierno francés estaba obligado a «reforzar cada vez más su alianza con Rusia, porque es plenamente consciente de que la

amistad de Gran Bretaña es cada vez menos sólida y efectiva».[114] También para Alemania, la indecisión de la política británica era fuente de confusión e irritación. Por una parte, Grey se vio obligado a aparentar que dejaba una puerta abierta a Berlín con el fin de apaciguar a los no intervencionistas. Sin embargo, también se sintió obligado de vez en cuando a dirigir serias advertencias a los alemanes, por si llegaban a la conclusión de que Francia había sido completamente abandonada y podía ser atacada sin temor a una respuesta británica. El resultado de enviar esos mensajes desiguales, consecuencia del carácter oscilante de las relaciones de poder en el seno de los ejecutivos europeos, fue una incertidumbre constante acerca de las intenciones británicas que inquietaría a los responsables políticos de Berlín durante toda la crisis de julio.

SOLDADOS Y CIVILES

«La situación [en Europa] es extraordinaria», informó el coronel Edward House al presidente Woodrow Wilson tras viajar a Europa en mayo de 1914. «Es el militarismo llevado a extremos delirantes.»[115] Una experiencia personal pudo haber determinado en parte las ideas de House: era un «coronel político» del tipo norteamericano. Fue nombrado para ese grado en la milicia de Texas a cambio de algunos servicios políticos allí. Pero cuando el coronel House visitó Berlín, los alemanes le tomaron por un militar y en las cenas siempre le sentaban con los generales. Puede que sus ideas sobre el predominio del militarismo se debieran en parte a este desafortunado malentendido.[116] Sea como fuere, no hay duda de que, vista desde el otro lado del Atlántico, la preguerra europea presentaba un curioso espectáculo. Altos dirigentes, emperadores y reyes acudían a actos públicos vistiendo uniforme militar; minuciosas revistas militares eran parte integrante del ceremonial público del poder; enormes exhibiciones navales con mucha iluminación atraían a grandes muchedumbres y llenaban las páginas de las revistas ilustradas;

los ejércitos de reclutas aumentaron de tamaño hasta convertirse en microcosmos masculinos de la nación; el culto a la exhibición militar se introdujo en la vida pública y privada de las comunidades, incluso de las más pequeñas. ¿De qué modo determinó este «militarismo» las decisiones que llevaron a Europa a la guerra en 1914? ¿Se encuentran las raíces de la crisis de julio, como sostienen algunos historiadores, en una abdicación de responsabilidades por parte de los políticos civiles y en una usurpación del poder político por los generales?

Sin duda alguna había una lucha entre los soldados y los civiles dentro de los ejecutivos de preguerra: era una lucha por dinero. Los gastos de defensa representaban una parte sustancial del gasto público. Los mandos militares, deseosos de mejorar el equipamiento, la formación y la infraestructura, tenían que competir (como lo hacen hoy día) con los políticos civiles para tener acceso a los recursos públicos. En cambio, los ministros de Finanzas y sus aliados políticos luchaban para imponer moderación en nombre del rigor fiscal o la consolidación interna. Imponerse en estas contiendas dependía de la estructura del entorno institucional y la pléyade política nacional e internacional.

Hasta 1908, la estructura caótica del mando militar ruso dificultaba que los generales presionaran eficazmente al gobierno. Pero la balanza se empezó a inclinar a partir de esa fecha, cuando las reformas de la administración militar crearon una estructura ejecutiva más concentrada que erigió al ministro de la Guerra como supremo funcionario de defensa con derecho exclusivo a informar al zar acerca de los asuntos militares.[117] A partir de 1909 se desarrolló una enconada rivalidad de proporciones épicas entre el nuevo ministro de la Guerra Vladimir Sukhomlinov (que seguía siéndolo en julio de 1914) y el ministro de Finanzas Vladimir Kokovtsov, tenaz y conservador. Este último, que contaba con el respaldo del poderoso primer ministro Pyotr Stolypin y defendía la responsabilidad fiscal y el desarrollo eco-

nómico nacional, bloqueaba o recortaba sistemáticamente los proyectos de presupuestos de Sukhomlinov. Las desavenencias profesionales aumentaron rápidamente hasta convertirse en odio personal.[118] Sukhomlinov pensaba que Kokovtsov era «intolerante, ampuloso e interesado»; Kokovtsov acusaba al ministro de la Guerra (con más justicia) de incompetente, irresponsable y corrupto.[119]

El homólogo alemán de Kokovtsov era Adolf Wermuth, ministro de Hacienda en 1909-1911, quien, con el apoyo del canciller Bethmann Hollweg, se esforzó por reequilibrar el presupuesto del Reich y reducir la deuda pública. Wermouth criticó el gasto excesivo bajo el mando de Tirpitz y muchas veces se quejó de la irresponsabilidad del ministro de Marina, de la misma manera que Kokovtsov se quejaba de que Sukhomlinov derrochaba los fondos militares.[120] El lema del ministro de Hacienda era: «Sin ingresos no hay gastos».[121] También existía una tensión permanente entre el jefe del Estado Mayor y el ministro de la Guerra, ya que con frecuencia las demandas del primero de aumentar los fondos eran rechazadas o contaban con la oposición del segundo.[122] Un estudio reciente ha indicado incluso que el famoso memorándum de 1905 en el cual el jefe del Estado Mayor Alfred von Schlieffen esbozó las líneas generales de una gran ofensiva hacia el oeste, no era un «plan de guerra» como tal sino una solicitud de más dinero público; entre otras cosas, el esbozo de Schlieffen contemplaba el despliegue de 81 divisiones, más de las que tenía el ejército alemán en el momento en el que realmente se movilizó.[123] El asunto de la financiación militar era complicado en Alemania por el hecho de que la constitución federal asignaba ingresos fiscales directos a los Estados miembros más que al gobierno del Reich. La estructura descentralizada ponía un límite fiscal a los gastos de defensa del Reich que no tenía parangón en Gran Bretaña, Francia o Rusia.[124]

No obstante, el hecho de que en Alemania los presupuestos militares se sometieran al parlamento solo cada cinco años –un sistema conocido como el *Quinquennat*– silenciaba el conflicto por los recursos. Debido a que los militares de alto rango valoraban el *Quinquennat* como un medio para proteger al ejército de la constante interferencia parlamentaria, se mostraban reacios a ponerlo en peligro solicitando grandes créditos extrapresupuestarios. Este sistema obraba como un poderoso incentivo para el autocontrol. En junio de 1906, el ministro de la Guerra prusiano Karl von Einem comentó que el *Quinquennat* era una disposición engorrosa, pero aun así útil, porque «la agitación violenta y persistente contra la existencia del ejército que aparece con cada expansión militar sería aún más peligrosa si tuviera lugar todos los años».[125] Incluso en 1911, cuando el *Quinquennat* debía renovarse y el jefe del Estado Mayor Moltke y el ministro de la Guerra Heeringen aunaron fuerzas para presionar a favor de un aumento considerable, la oposición del ministro de Hacienda Wermuth y del canciller Bethmann Hollweg aseguró que el consiguiente incremento de efectivos del ejército en tiempos de paz fuera muy pequeño (10.000 hombres).[126]

Podemos percibir tensiones similares en todos los ejecutivos europeos. En Gran Bretaña, en 1906, los liberales hicieron campaña (y ganaron por mayoría absoluta) con la promesa de recortar el enorme gasto militar de los años de la Guerra de los Boers bajo el lema «Paz, Racionalización y Reforma». Las restricciones presupuestarias constituyeron un factor importante en la decisión de intentar conseguir un acuerdo con Francia y Rusia. Una consecuencia fue que, mientras los presupuestos navales británicos seguían disparándose (los gastos navales británicos triplicaron la cifra alemana en 1904 y aún la doblaron en 1913), los gastos del ejército se mantuvieron invariables durante los años de preguerra, obligando al ministro de la Guerra Haldane a centrarse en aumentar la eficacia mediante medidas de

ahorro y reorganización más que en la expansión.[127] En Austria-Hungría, las tumultuosas políticas internas del dualismo casi paralizaron el progreso militar del imperio después del cambio de siglo, ya que los grupos partidarios de la autonomía dentro del parlamento húngaro luchaban por privar al ejército conjunto imperial de reclutas e ingresos fiscales húngaros. En este ambiente, las propuestas a favor de un aumento de las asignaciones militares se agotaban en peleas legislativas interminables, y el ejército de los Habsburgo languidecía en un estado de «estancamiento persistente», como decía el jefe del Estado Mayor austriaco. Esta fue una de las razones por la que, aún en 1912, Austria-Hungría gastó en defensa solo el 2,6% de su producto nacional neto, una proporción más pequeña que cualquier otra potencia europea y desde luego muy por debajo de lo que su economía podía permitirse (las cifras de Rusia, Francia y Alemania ese año fueron 4,5%, 4,0% y 3,8% respectivamente).[128]

En Francia, el «caso Dreyfus» ocurrido en la década de 1890 había echado por tierra el consenso cívico-militar de la Tercera República y colocado a la cúpula del ejército, considerado un bastión de posturas clericales y reaccionarias, bajo la sombra de la sospecha pública, sobre todo a ojos de la izquierda republicana y anticlerical. Tras el escándalo se sucedieron tres gobiernos radicales que llevaron a cabo un programa agresivo de reforma militar «republicanizante», en especial bajo el mando de los primeros ministros Émile Combes (1903-1905) y Georges Clemenceau (1906-1909). El control del gobierno sobre el ejército se hizo más estricto, el Ministerio de la Guerra de mentalidad civil se fortaleció frente a los mandos del ejército regular y en marzo de 1905 redujo el periodo de servicio –en contra de la recomendación de los expertos militares– de tres a dos años con vistas a transformar la «guardia pretoriana» políticamente sospechosa de los años de Dreyfus en un «ejército ciudadano» de reservistas civiles para defender a la nación en tiempos de guerra.

Solo en los últimos años anteriores a la guerra empezó a cambiar la corriente de opinión a favor de los militares franceses. En Francia, como anteriormente en Rusia, la cúpula del ejército fue simplificada en 1911 y el jefe del Estado Mayor, Joseph Joffre, fue designado oficial responsable de la planificación militar en tiempos de paz y mando del ejército principal en la guerra. La «larga y dolorosa historia» de la lucha por conseguir más fondos continuaba, pero en 1912-1914 la postura favorable al ejército del gobierno de Poincaré y luego de su presidencia, fortalecida mediante realineamientos complejos en la política y la opinión pública francesas, creó un ambiente más propicio al rearme.[129] En 1913 era posible desde un punto de vista político presionar para lograr la vuelta a un régimen de formación de tres años, a pesar de las protestas del ministro de Finanzas Louis-Lucien Klotz, quien sostenía que sería más barato y más eficaz reforzar las fortificaciones fronterizas.[130] También en Alemania, el clima se había enturbiado después de Agadir, lo que alentó al ministro de la Guerra Josias von Heeringer y al jefe del Estado Mayor Helmuth von Moltke a presionar con más fuerza a favor de un ejército mayor. Desde su puesto en la administración de hacienda del Reich, Adolf Wermuth libró una fuerte batalla en la retaguardia contra un aumento de los gastos, pero dimitió en marzo de 1912 después de que quedara claro que su política ya no gozaba de un amplio apoyo gubernamental. Se abandonó el rigor fiscal de la era Wermuth, y los exponentes del gasto militar poco a poco ganaron ventaja sobre sus rivales de la fuerza naval. Tras un largo periodo de relativo estancamiento, el proyecto de ley del ejército de 3 de julio de 1913 llevó el gasto militar alemán a cotas sin precedentes.[131]

En Rusia, Vladimir Kokovtsov siguió siendo ministro de Finanzas y sucedió a Pyotr Stolypin en el cargo de primer ministro después del asesinato de este último; le resultaba cada vez más difícil repeler la presión implacable y las intrigas clandesti-

nas del ministro de la Guerra Sukhomlinov. La enemistad entre los dos hombres llegó a un punto crítico en la primavera de 1913, en una importante reunión ministerial cuando Sukhomlinov tendió una encerrona al primer ministro con una propuesta presupuestaria fundamental sobre la cual todos los de la mesa ya estaban informados salvo el propio Kokovtsov. El apoyo del soberano era crucial para este cambio en el equilibrio de poder. «En tus conflictos con Sukhomlinov tú siempre llevas la razón», le dijo Nicolás II a Kokovtsov en octubre de 1912. «Pero quiero que comprendas mi postura: he estado apoyando a Sukhomlinov no porque no confíe en ti, sino porque no puedo negarme a aprobar las asignaciones militares.»[132]

¿Conllevó esta transferencia enorme de recursos un traspaso de poder, o al menos de influencia política? La respuesta a esta pregunta ha de tener en cuenta las diversas condiciones que predominaban en los diferentes Estados. El país en el que encontramos el régimen de control civil más firme es sin duda alguna Francia. En diciembre de 1911, cuando Joffre esbozaba su nuevo plan estratégico centrado en un gran despliegue ofensivo a través de la frontera franco-alemana, el primer ministro radical Joseph Caillaux informó bruscamente al jefe del Estado Mayor que en última instancia la decisión era responsabilidad de las autoridades civiles.[133] La labor del CGS, señalaba Caillaux a menudo, era solo aconsejar a sus jefes políticos sobre los asuntos que caían dentro de su competencia. La decisión de incrementar los gastos militares e invertir en el despliegue ofensivo de Joffre de 1912-1914 no procedió de los militares, sino de los políticos bajo el liderazgo de Raymond Poincaré, civil favorable a la línea dura pero siempre dentro de la constitucionalidad.

La situación en Rusia era muy distinta. Aquí, la presencia del zar como centro del sistema autocrático hizo posible que algunos ministros en particular se labraran una cierta autonomía relativa. El ministro de la Guerra Vladimir Sukhomlinov es un

ejemplo típico. En el momento de su nombramiento en 1909, se libraba una lucha en San Petersburgo en torno al control parlamentario del ejército. Un grupo de diputados influyentes estaba intentando imponer el derecho de supervisión de la Duma sobre la política de defensa. Sukhomlinov intervino para acabar con la Duma, evitar la filtración de «posturas civiles» en el proceso de toma de decisiones militares y proteger la prerrogativa del zar, un papel que le granjeó el odio de la opinión pública, pero que le aseguró el decidido apoyo de la Corona.[134] El respaldo del soberano le permitió al ministro de la Guerra formular una política de seguridad que contradecía radicalmente los compromisos oficiales rusos de su alianza con Francia.

En vez de satisfacer las exigencias francesas de un rápido ataque ofensivo contra Alemania en la primera fase de la movilización, la reorganización de Sukhomlinov de 1910 alejó el foco de los despliegues rusos de las zonas fronterizas occidentales en el saliente polaco hacia lugares del interior de Rusia. El objetivo era conseguir un mejor equilibrio entre los efectivos y la densidad de población y crear una fuerza que pudiera desplegarse, caso de ser necesario, en un escenario de operaciones oriental. Había que abandonar el extremo oeste al enemigo en la primera fase de las hostilidades, a la espera de una gran contraofensiva conjunta de los ejércitos rusos.[135] Al parecer no se hizo ningún esfuerzo por adecuar esta innovación al Ministerio de Asuntos Exteriores. Al principio, los expertos militares franceses se quedaron horrorizados ante el nuevo plan; consideraban que privaba a la Alianza franco-rusa de la iniciativa militar contra Alemania. Al final los rusos tuvieron en cuenta estas preocupaciones francesas, pero cabe destacar no obstante que Sukhomlinov poseía la suficiente independencia para elaborar y llevar a cabo una política que parecía ir en contra de la alianza con Francia, el eje de la política exterior rusa.[136]

Con el apoyo del zar, Sukhomlinov también pudo debilitar la autoridad del primer ministro Kokovtsov, no solo desafiándole en el tema de los presupuestos militares, sino también creando un bloque hostil en el Consejo de Ministros. Y esto a su vez le facilitó una plataforma desde la que podía exponer sus ideas sobre la situación de la seguridad en Rusia. En una serie de reuniones muy importantes durante la cuarta semana de noviembre de 1912, Sukhomlinov expuso la idea de que la guerra era inevitable, «y que para nosotros sería más ventajoso empezarla lo antes posible»; sostenía que una guerra «solo traería [a Rusia] beneficios». Esta afirmación extraña e ingenua dejó atónito al prudente Kokovtsov.[137] Pero Sukhomlinov pudo hacerla porque contaba con el apoyo de otros ministros civiles, Rukhlov, Maklakov, Shcheglovitov, y más importante aún, el del poderoso A.V. Krivoshein, ministro de Agricultura y confidente del zar. En los últimos meses de 1912 apareció un «grupo bélico» en el seno del Consejo de Ministros encabezado por Sukhomlinov y Krivoshein.[138]

También en Alemania, el carácter pretoriano del sistema garantizaba a los militares una cierta libertad de maniobra. Figuras clave como el jefe del Estado Mayor podían adquirir una influencia esporádica en la toma de decisiones, sobre todo en momentos de gran tensión.[139] Establecer lo que decían los mandos militares es bastante fácil; determinar el peso de sus consejos en la toma de decisiones del gobierno es mucho menos sencillo, sobre todo en un entorno en el que la ausencia de un órgano colegiado de toma de decisiones como el Consejo de Ministros ruso eliminaba la necesidad de un conflicto abierto entre los titulares militares y civiles.

Una forma de entender la interacción entre las políticas militares y las civiles es examinar la relación entre el aparato diplomático oficial de los embajadores, ministros y secretarios de embajada y la red paralela –supervisada por el Estado Mayor y

el Almirantazgo– de los agregados militares y navales, cuyos puntos de vista sobre los acontecimientos diferían a veces del de las redes diplomáticas oficiales. Por poner solo un ejemplo: en octubre de 1911, Wilhelm Widenmann, agregado naval alemán en Londres, envió un informe alarmante a Berlín. Widenmann escribía que los oficiales de la marina británica admitían abiertamente que Inglaterra había «movilizado toda su flota» durante los meses de verano de la crisis de Agadir. Al parecer, Inglaterra «solo había estado esperando una señal de Francia para caer sobre Alemania». Por si fuera poco, el nuevo ministro de Marina era el «demagogo sin escrúpulos, ambicioso y poco fiable» Winston Churchill. Por lo tanto, Alemania debía armarse de valor ante la posibilidad de un ataque británico no provocado, al estilo del que aniquiló la flota danesa en Copenhague en 1807. Era fundamental un nuevo rearme naval, ya que «solo hay una cosa que causa buena impresión en Inglaterra: un objetivo firme y la voluntad indómita de lograrlo».[140] Estos despachos fueron entregados a Guillermo II, que los cubrió de anotaciones entusiastas: «correcto», «correcto», «excelente», etc. No había nada especialmente excepcional en ello; Widenmann reaccionaba en parte ante lo que había observado en Londres, pero su objetivo fundamental de vuelta en Berlín era impedir que el Estado Mayor utilizara la crisis de Agadir para cuestionar la supremacía financiera de la marina.[141]

La importancia de los informes de Widenmann no residía tanto en su contenido o en las reacciones del káiser como en la respuesta que provocaban en el canciller y el ministro de Exteriores. Irritado por este alarmismo paradiplomático, Bethmann Hollweg pidió al embajador alemán en Londres, el conde Metternich, que presentara un comunicado desmintiendo los argumentos de Widenmann. Metternich respondió con un informe que matizaba las afirmaciones de Widenmann. Si bien era cierto que en el verano de 1911 «toda Inglaterra» se había «preparado

para la guerra», eso no suponía que estuviera perpetrando una acción agresiva. Sin duda, había muchos oficiales de marina jóvenes a quienes una guerra «no les resultaría desagradable», pero esta era una actitud común en los funcionarios militares de otros países. De todos modos, Metternich observó –y aquí estaba el engaño– que en Inglaterra semejantes asuntos no los decidían oficiales del ejército o de la marina, tampoco los ministros de la Guerra ni de la Marina, sino más bien un gabinete compuesto de ministros responsables. «Aquí», anunció Metternich, «la flota y el ejército se consideran los instrumentos más importantes de la política, medios para lograr un fin, pero no determinantes del rumbo de la política». En todo caso, los ingleses estaban deseando dejar atrás las tensiones del verano. Por lo tanto, en lugar de jugárselo todo a la carta del armamento, el gobierno alemán debió tratar de mejorar sus relaciones con Londres.[142]

Esta vez, el káiser no estaba tan contento: «falso», «sandeces», «bazofia increíble», «miedica» clamaban los garabatos en los márgenes del documento. «¡No estoy de acuerdo con el criterio del embajador! ¡El agregado naval tiene razón!»[143] Lo curioso sobre este par de despachos contradictorios es que pasaron a determinar la política: el káiser utilizó el informe Widenmann como pretexto para exigir una nueva ley naval, en tanto que Bethmann insistía en la política de distensión que recomendaba Metternich. Tal como dijo posteriormente un alto mando, en Alemania «el káiser elaboraba una política, el canciller otra [y] el jefe del Estado Mayor ofrecía sus propias respuestas».[144]

A primera vista, parece que podemos trazar una línea entre, por un lado, Gran Bretaña y Francia, democracias parlamentarias en las que los responsables políticos civiles llevan la voz cantante, y las constituciones más autoritarias de Rusia, Austria y Alemania, donde a pesar de las diferencias en el grado de parlamentarismo, los militares podían competir con sus colegas civiles en pie de igualdad o superioridad por la influencia política

gracias a su acceso privilegiado al soberano. Pero la realidad era más compleja de lo que permitiría esta dicotomía. En Francia, la reestructuración del ejército después de 1911 produjo una enorme concentración de autoridad en manos del jefe del Estado Mayor Joffre, hasta el punto de que ejercía un poder mayor sobre las fuerzas armadas que su homólogo alemán, el aristócrata y militarista, Helmuth von Moltke; es más, las nuevas medidas francesas garantizaban al ejército una autonomía casi completa dentro del Estado, si bien esa autonomía dependía de la colaboración y el apoyo de los ministros civiles competentes a diferencia de la del ejército alemán.[145]

También en Gran Bretaña, la profundización de la Entente con Francia se vio impulsada por negociaciones y acuerdos de carácter militar más que civil. Ya hemos visto con cuánto afán algunos militares clave ofrecieron su apoyo a Francia durante la primera crisis marroquí de 1905-1906. Y no está claro ni mucho menos que los principales mandos militares británicos se considerasen siervos sumisos de sus amos políticos. Wilson no solo acataba instrucciones; tenía sus propias ideas acerca del papel militar de Gran Bretaña en una futura guerra continental y consecuentemente exigía una confrontación militar. Al igual que sus colegas continentales, Wilson menospreciaba a los políticos civiles a los que creía totalmente incapaces de entender los asuntos militares. Escribió en su diario que Sir Edward Grey era un «hombre ignorante, banal y débil, totalmente inadecuado para ser el ministro de Asuntos Exteriores de cualquier país mayor que Portugal». En cuanto al resto del gabinete liberal, no eran más que «canallas sucios e ignorantes». La idea de un gobierno civil del ejército era «perversa en teoría e imposible en la práctica».[146] De ideas políticas conservadoras, Wilson conspiró activamente contra cualquier política de corte liberal que despreciaba, desviando información del Foreign Office por medio de su estrecho colaborador y subsecretario permanente Sir Ar-

thur Nicolson y pasándosela a sus aliados del Partido Conservador. Gran Bretaña tenía en el general de división Henry Wilson «su propia versión» de lo que eran Conrad en Austria-Hungría y Apis en Serbia.[147] La importancia de las conversaciones militares con Francia residía no solo en la presión que ejercían en la autoridad civil, sino también en el hecho de que, en virtud de su mera existencia, implicaban la obligación moral de luchar con Francia en caso de guerra contra Alemania. Así, la militarización de la Entente puso de manifiesto la discrepancia cada vez mayor entre los planes militares británicos y una postura diplomática oficial para la cual los compromisos asociados al término «alianza» seguían siendo anatema.

Algo similar tuvo lugar en el contexto de la alianza francesa con Rusia. Los esfuerzos de los mandos militares franceses por anular los efectos del plan de despliegue de Sukhomlinov de 1910 provocaron una interdependencia cada vez mayor entre los planes militares de ambos Estados aliados, un proceso controlado por los militares y ratificado por la autoridad civil. Pero aunque los civiles autorizaran dicho proceso, no podían impedir que cambiara los parámetros de la toma de decisiones políticas. En las reuniones anuales del Estado Mayor conjunto franco-ruso los franceses insistieron en que los rusos gastaban cantidades enormes de dinero prestado para mejorar sus ferrocarriles estratégicos hacia el oeste, lo que tuvo el efecto de alejar el equilibrio de poder en San Petersburgo de Kokovtsov hacia sus adversarios en el mando militar ruso. Probablemente Kokovtsov tenía razón cuando acusaba al mando militar de aprovecharse de sus lazos en el seno de la alianza a fin de fortalecer su propia influencia dentro del sistema político ruso.[148]

Por el contrario, las demandas de los rusos a sus aliados franceses tuvieron consecuencias potencialmente trascendentales para la política interna francesa. En 1914, cuando los rusos advirtieron que cualquier reducción del periodo de servicio militar

nacional supondría una merma del valor de Francia como aliado, los principales estadistas del país no tuvieron otra salida que apoyar una medida (la reciente Ley de los Tres Años) que al electorado francés le resultó polémica. Incluso los detalles más técnicos de los planes operativos podrían proporcionar la pólvora para las explosiones políticas.[149] En Francia, un grupo reducido de responsables políticos trataron por todos los medios de ocultar la magnitud y la naturaleza de los compromisos estratégicos de la alianza a aquellos (sobre todo radicales y socialistas radicales) que podrían oponerse por motivos políticos. La discreción se hizo muy necesaria a comienzos de 1914, cuando Poincaré colaboraba con los militares para ocultar el carácter esencialmente ofensivo de los planes estratégicos franceses a un gabinete, una cámara y un público cada vez más comprometidos con un planteamiento defensivo. Poincaré llevaba tan en secreto el manejo de estas cuestiones que él y Joffre ni siquiera revelaron los detalles de los nuevos planes de despliegue franceses al ministro de la Guerra, Adolphe Messimy.[150] En la primavera de 1914, el acuerdo francés para coordinar una estrategia militar franco-rusa se había convertido en una fuerza potencialmente negativa en política, porque obligaba a Francia a aferrarse a una forma de planificación y preparación militar cuya legitimidad pública se había puesto en duda. Nunca sabremos cuánto tiempo pudo haber mantenido Poincaré este equilibrio, porque el estallido de la guerra en el verano de 1914 hizo que el asunto quedara desfasado.

Así que podemos hablar de dos procesos recíprocos, uno en el que se cedía generosamente una cierta iniciativa a una autoridad militar subordinada constitucionalmente, y otro en el que los hombres de estado frenaban, manejaban o bloqueaban a un ejército pretoriano que disfrutaba de una independencia relativa en términos constitucionales. El káiser y los dirigentes civiles obstaculizaron las demandas de Moltke a favor de una guerra

preventiva, lo mismo que hicieron el emperador, el archiduque Francisco Fernando y Leopoldo von Berchtold con las de Conrad.[151] Al menos durante un tiempo, Kokotvsov logró bloquear las iniciativas más ambiciosas del ministro de la Guerra. A finales de 1913, cuando Sukhomlinov intentó excluir a Kokotvsov –que era primer ministro y ministro de Finanzas– de las deliberaciones sobre el presupuesto militar, el consejo de ministros admitió que el arrogante ministro de la Guerra había ido demasiado lejos y rechazó la petición.[152] En Rusia, Alemania, Austria, Gran Bretaña y Francia, la política militar quedó en última instancia subordinada a los objetivos políticos y estratégicos de las autoridades civiles.[153]

Sin embargo: las preguntas sin respuesta acerca del equilibrio de poder entre las facciones civiles y militares y su influencia respectiva en la elaboración de las políticas, siguieron ensombreciendo las relaciones entre los ejecutivos de las potencias europeas. Todas ellas suponían la existencia de una facción militar de línea dura dentro del gobierno de cada posible rival y se esforzaron para adivinar cuánta influencia ejercían. A principios de febrero de 1913, cuando las tensiones austro-rusas estaban en lo más alto, el ministro de Asuntos Exteriores Sazonov admitió durante una conversación con el conde Pourtalès, embajador alemán en San Petersburgo, que el ministro de exteriores austrohúngaro, a quien recordaba de sus tiempos en San Petersburgo, era un hombre de intenciones y actitud pacíficas. Pero ¿era lo bastante fuerte para resistir la presión del jefe del Estado Mayor, el General Conrad von Hötzendorf, cuyos planes beligerantes conocía muy bien la inteligencia militar rusa? Y aunque, de momento, Berchtold seguía teniendo el control, ¿no podría pasar el poder a manos de los militares a medida que la monarquía dual se debilitaba y buscaba soluciones cada vez más radicales?[154] Había un elemento de predicción en estas especulaciones. Sazonov observaba en primera fila las luchas de poder entre

Sukhomlinov y Kokovtsov y hacía poco que había visto al jefe del Estado Mayor llevar a Rusia al borde de la guerra con Austria-Hungría, por lo que sabía mejor que la mayoría lo precarias que podían ser las relaciones entre los responsables militares y civiles. En un análisis sutil del clima que se respiraba en San Petersburgo en marzo de 1914, Pourtalès distinguía una especie de equilibrio entre elementos beligerantes y pacíficos: «Del mismo modo que no hay personalidades de quienes pueda decirse que posean *tanto* el deseo *como* la influencia de meter a Rusia en una aventura militar, también carecemos de hombres cuya posición e influencia sean lo bastante fuertes como para despertar la confianza de que podrán conducir a Rusia por un camino de paz durante varios años…».[155] El análisis de Kokovtsov del mismo problema era menos optimista. Le parecía que el zar pasaba cada vez más tiempo en compañía de «círculos militares» cuyas «ideas simplistas adquirían cada vez más fuerza».[156]

La dificultad intrínseca de interpretar esas relaciones desde una posición externa y ventajosa se vio acentuada por el hecho de que los políticos civiles no se mostraban reacios a aprovechar (o incluso inventar) la existencia de un «partido bélico» para dar más peso a sus argumentos; así, durante la misión de Haldane de 1912, los alemanes animaron a los británicos a creer que el gobierno de Berlín estaba dividido en una facción belicista y una facción pacifista y que las concesiones británicas fortalecerían al canciller Bethmann Hollweg frente a los elementos beligerantes de Berlín. En mayo de 1914 adoptaron la misma táctica, sosteniendo (por medio de una serie de artículos de prensa «dictados») que la continuación de las conversaciones navales anglo-rusas solo fortalecería la posición de los militaristas frente a la autoridad civil moderada.[157] Aquí, como en otras áreas de la comunicación intergubernamental, la mutabilidad de las relaciones entre civiles y militares dentro de los respectivos

sistemas aumentaba debido a errores de percepción y tergiversaciones.

LA PRENSA Y LA OPINIÓN PÚBLICA

«La mayoría de los conflictos que el mundo ha visto en las últimas diez décadas», declaró el canciller alemán Bernhard von Bülow ante el parlamento de su país en marzo de 1909, «no los ha provocado la ambición principesca ni la conspiración ministerial, sino la agitación apasionada de la opinión pública, que a través de la prensa y el parlamento se ha extendido al ejecutivo.»[158] ¿Había algo de verdad en la declaración de Bülow? ¿Se encontraba el poder de fijar la política exterior fuera de las cancillerías y de los ministerios y dentro del mundo de los grupos de presión y las publicaciones políticas?

Una cosa está fuera de toda duda: las últimas décadas anteriores al estallido de la guerra contemplaron una expansión espectacular de la esfera política pública y un gran debate público sobre cuestiones ligadas a las relaciones internacionales. En Alemania apareció una serie de grupos de presión nacionalistas que se dedicaron a encauzar el sentimiento popular y a presionar al gobierno. La consecuencia fue un cambio en la esencia y el estilo de la crítica política, que se volvió más demagógica, menos precisa y más extrema en sus objetivos, de modo que los gobiernos se encontraban a menudo a la defensiva, eludiendo acusaciones de que no habían sido lo bastante firmes en su lucha por alcanzar sus fines.[159] También en Italia podemos distinguir los inicios de una opinión pública más firme y exigente en cuestiones políticas: bajo la influencia del ultranacionalista Enrico Corradini y el demagogo Giovanni Papini se fundó el primer partido nacionalista de Italia, la Associazione Nazionalista Italiana, en 1910; a través de sus diputados en el parlamento y su periódico, *L'Idea Nazionale*, exigía la «repatriación» inmediata de los territorios de población italiana a lo largo de la costa adriática del Imperio Austrohúngaro, y estaba dispuesto a re-

frendar una guerra si no bastaban otros medios. En 1911, algunos periódicos aún más moderados como *La Tribuna* de Roma y *La Stampa* de Turín contrataron a periodistas nacionalistas.[160] Aquí, más aún que en Alemania, había amplias posibilidades de fricción con un gobierno obligado a equilibrar prioridades contradictorias.[161] También en Rusia las últimas décadas del siglo XIX vieron la aparición de una prensa de masas: en 1913, el *Russkoe Slovo*, el diario de mayor tirada de Moscú, vendía más de 800.000 ejemplares al día. Aunque la censura seguía actuando, las autoridades permitían un debate bastante libre sobre asuntos exteriores (siempre que no criticaran directamente al zar y a sus ministros) y muchos de los diarios más importantes contrataban a diplomáticos jubilados para que escribieran sobre política exterior.[162] Además, tras la crisis de Bosnia la opinión pública rusa se volvió más firme –sobre todo en los temas de los Balcanes– y más antigubernamental.[163] En Gran Bretaña, también, una prensa de masas pujante alimentaba a sus lectores con una dieta rica en patrioterismo, xenofobia, temores con respecto a la seguridad y fervor bélico. Durante la Guerra de los Boers, el *Daily Mail* vendió un millón de ejemplares diarios; en 1907, la media aún oscilaba entre 850.000 y 900.000.

Por eso, los monarcas, ministros y altos funcionarios tenían buenas razones para tomar en serio a la prensa. En los sistemas parlamentarios podía esperarse que la publicidad positiva se tradujera en votos, mientras que una información negativa suministraba agua al molino de la oposición. En sistemas más autoritarios, el respaldo público era un sucedáneo indispensable de legitimidad democrática. Algunos monarcas y hombres de estado estaban tremendamente obsesionados con la prensa y todos los días pasaban horas estudiando los recortes detenidamente. Guillermo II era un caso extremo, pero su sensibilidad a la crítica pública no estaba en sí misma fuera de lo normal.[164] «Si perdemos la confianza de la opinión pública en nuestra polí-

tica exterior», dijo el zar Alejandro III al ministro de Asuntos Exteriores Lamzdorf, «entonces todo está perdido.»[165] Cuesta encontrar algún miembro de los gobiernos europeos de comienzos del siglo XX que no admitiera la importancia de la prensa a la hora de elaborar la política exterior. Pero ¿fueron arrastrados por ella?

Una ambivalencia subyacía a la preocupación por los artículos de opinión. Por un lado, los ministros, funcionarios y monarcas creían en la prensa e incluso a veces la temían por ser el espejo y el canal de las actitudes y los sentimientos públicos. Todos los ministros de Asuntos Exteriores sabían lo que era estar expuesto a una campaña hostil de la prensa nacional que no controlaban: Grey fue blanco de la prensa liberal en 1911, los periódicos nacionalistas atacaron a Kinderlen-Wächter tras la crisis de Agadir, el káiser fue ridiculizado por muchas razones, entre ellas por su actitud respecto a la política exterior supuestamente tímida e indecisa. Los políticos franceses sospechosos de indulgencia con Alemania podían, como Joseph Caillaux, verse acosados hasta tener que abandonar el cargo. En enero de 1914, Sazonov y su ministerio fueron acusados de «pusilánimes» por la prensa nacionalista rusa.[166] El miedo a la publicidad negativa era una de las razones para el secretismo de muchos ministros de Exteriores. En 1908, Charles Hardinge comentó en una carta a Nicolson, a la sazón embajador británico en San Petersburgo, que la política de acercamiento a Rusia de Edward Grey era difícil de vender al público inglés: «Hemos tenido que suprimir la verdad y a veces recurrir a subterfugios para satisfacer a una opinión pública hostil…».[167] Durante los años de preguerra, el recuerdo del despliegue publicitario que acabó con Izvolsky seguía fresco en San Petersburgo.[168]

Muchos de los responsables políticos adoptaron un punto de vista inteligente y diferenciado sobre la prensa. La consideraban volátil, sujeta a agitaciones y arrebatos de corta duración que

pronto amainaban. Comprendían que el sentimiento público se movía por impulsos contradictorios, que las peticiones que hacía al gobierno rara vez eran realistas; parafraseando a Theodore Roosevelt, consideraban que por lo general la opinión pública mezclaba «la lengua sin freno con la mano lenta».[169] La opinión pública era exaltada y propensa al pánico, pero también era sumamente voluble –piensen en cómo la arraigada anglofobia de la prensa francesa se desvaneció en 1903 durante la visita de Eduardo VII a París: mientras el rey bajaba en coche con su séquito por los Campos Elíseos desde la estación de tren de la Porte Dauphine, hubo gritos de «¡Viva Fachoda!», «¡Vivan los Boers!» y «¡Viva Juana de Arco!», por no hablar de los titulares hostiles y las caricaturas insultantes. Sin embargo, al cabo de unos días el rey se ganó a sus anfitriones con discursos entrañables y comentarios encantadores que enseguida hicieron suyos los principales periódicos.[170] En Serbia, la ola de indignación nacional provocada por el veto de Austria a una unión aduanera con Bulgaria en 1906 pasó pronto cuando los ciudadanos serbios se dieron cuenta de que las condiciones del tratado comercial que ofrecía Austria-Hungría eran realmente mejores para los consumidores serbios que las que hubiera aportado dicha unión con Sofía.[171] En Alemania se produjeron grandes fluctuaciones del sentimiento público durante la crisis de Agadir de 1911; en Berlín, a comienzos de septiembre, una manifestación por la paz atrajo a 100.000 personas, si bien pocas semanas después el clima era menos conciliatorio, como reflejaba la decisión del Congreso de Jena del Partido Socialdemócrata de rechazar las convocatorias de huelga general en caso de guerra.[172] Aun en la primavera y el verano de 1914, el enviado francés en Belgrado observó grandes fluctuaciones en la cobertura informativa de la prensa serbia sobre las relaciones con Austria-Hungría: mientras que en marzo y abril hubo campañas activas contra Viena,

la primera semana de junio trajo un clima inesperado de distensión y conciliación a ambos lados de la frontera austro-serbia.[173]

En cuanto a esas agresivas organizaciones ultranacionalistas cuyas voces podían oírse en todas las capitales europeas, la mayoría de ellas representaban a pequeños grupos extremistas. Era llamativo que en gran parte de los beligerantes grupos de presión ultranacionalistas las luchas internas y escisiones constantes debilitaban a sus dirigentes: las luchas entre facciones escindieron la Liga Panalemana; incluso la Liga Naval, mucho mayor y más moderada, padeció durante los años 1905-1908 una «guerra civil» interna entre grupos progubernamentales y opositores. La Unión del Pueblo Ruso, una organización chovinista, antisemita y ultranacionalista fundada en agosto de 1906, con unas 900 sedes repartidas por las ciudades y pueblos de Rusia, se vino abajo en 1908-1909 tras graves luchas intestinas que la dividieron en una serie de grupos más pequeños y enemistados mutuamente.[174]

No quedó claro cómo se identificaba la opinión de las élites cultas con acceso directo a la prensa con las posturas que predominaban entre las masas de ciudadanos. El miedo a la guerra y las campañas patrioteras eran de gran interés periodístico, pero ¿cuánto calaban en la sociedad? El cónsul general alemán en Moscú advirtió en diciembre de 1912 que era un grave error suponer que la beligerancia y la germanofobia del «partido bélico» ruso y de la prensa eslavófila constituían una característica del ambiente del país, ya que esos círculos solo contemplaban «la vinculación más floja con las tendencias de la vida rusa». El cónsul sostenía que el problema de la cobertura periodística alemana de estos temas es que solía estar escrita por periodistas con poca experiencia en Rusia y un abanico muy limitado de contactos en la élite social.[175] En mayo de 1913, el embajador belga en París, el barón Guillaume, reconocía el florecimiento de «un cierto chovinismo» en Francia. No solo podía observarse

en los periódicos nacionalistas, sino también en los teatros, las revistas y los café-conciertos, en los que numerosas actuaciones ofrecían una tarifa patriotera «calculada para exaltar los ánimos». Pero, añadía, «el verdadero pueblo de Francia no aprueba estas manifestaciones…».[176]

Todos los gobiernos, a excepción de Gran Bretaña, mantenían oficinas de prensa cuyo propósito era controlar y, en la medida de lo posible, fijar la cobertura de los temas que tenían que ver con la seguridad y las relaciones internacionales. En Inglaterra, parece que el ministro de Asuntos Exteriores apenas sintió la necesidad de convencer (ni siquiera informar) al público de las ventajas de sus políticas y oficialmente no se intentó influir en la prensa; muchos de los principales periódicos recibieron generosas subvenciones que procedían de fuentes privadas o de partidarios políticos, pero no del gobierno. Naturalmente, esto no impedía que se creara una densa red de relaciones informales entre los funcionarios de Whitehall y algunos periodistas importantes.[177] En Italia el panorama era muy diferente. Giovanni Giolotti, primer ministro (por cuarta vez) en 1911-1914, realizaba pagos regulares al menos a una treintena de periodistas a cambio de apoyo a sus políticas.[178] En 1906, el Ministerio de Asuntos Exteriores ruso se procuró un departamento de prensa, y desde 1910 Sazonov organizaba en el ministerio encuentros regulares a la hora del té con los directores de los periódicos más importantes y los líderes de la Duma.[179] Un periodista informó en 1911 que las relaciones entre los diplomáticos rusos y ciertos periódicos favorecidos eran tan estrechas que el Ministerio de Exteriores ruso «parecía muchas veces una mera sucursal del *Novoye Vremya*». El director del periódico, Jegorov, era visto a menudo en el departamento de prensa del ministerio, y Nelidov, jefe de dicho departamento y experiodista, visitaba con frecuencia la redacción del periódico.[180] En Francia, la relación entre los diplomáticos y los periodistas era especialmente estre-

cha: casi la mitad de los ministros de Asuntos Exteriores de la Tercera República fueron antiguos escritores o periodistas y las «líneas de comunicación» entre dichos ministros y la prensa estaban «casi siempre abiertas».[181] En diciembre de 1912, cuando Raymond Poincaré era primer ministro de Francia lanzó una nueva revista, *La Politique Étrangère*, para promover sus ideas sobre política exterior entre la élite política francesa.

Los periódicos semioficiales y los artículos «dictados» en la prensa nacional para comprobar el clima de opinión eran instrumentos conocidos de la diplomacia continental. Ese periodismo al dictado se hacía pasar por la expresión autónoma de la prensa independiente, pero su eficacia dependía precisamente del grado en que los lectores sospechaban que emanaba de la sede del poder. Por ejemplo, todo el mundo entendía en Serbia que *Samouprava* representaba las opiniones del gobierno; el *Norddeutsche Allgemeine Zeitung* estaba considerado el órgano oficial del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán; en Rusia, el gobierno daba a conocer sus opiniones a través de su propio periódico semioficial, *Rossiya*, pero de vez en cuando también hacía campañas en otros periódicos más populares, como *Novoye Vremya*.[182] El ministro de Exteriores francés, al igual que el alemán, pagaba dinero de un fondo secreto a los periodistas y mantenía estrechos lazos con *Le Temps* y la *Agencia Havas*, al tiempo que utilizaba *Le Matin*, menos serio, para lanzar «globos sonda».[183]

Las intervenciones de este tipo podían salir mal. En cuanto se sabía que un periódico en particular contenía artículos dictados, existía el riesgo de que otras informaciones indiscretas, tendenciosas o erróneas del mismo periódico se tomaran por señales deliberadas del gobierno, como ocurrió, por ejemplo, en febrero de 1913, cuando *Le Temps* publicó un artículo basado en filtraciones *no autorizadas* procedentes de una fuente anónima que revelaban algunos de los detalles de las últimas deliberaciones

del gobierno acerca del rearme francés; después llegaron los furibundos desmentidos oficiales.[184] Los esfuerzos del ministro de Asuntos Exteriores ruso Izvolsky en 1908 para «preparar a la opinión pública y la prensa [rusas]» para la noticia de que Rusia había aprobado la anexión de Bosnia-Herzegovina a Austria resultaron del todo insuficientes dada la fuerza de la respuesta ciudadana.[185] Y en 1914, a pesar de su estrecha relación anterior con el Ministerio de Asuntos Exteriores, *Novoye Vremya* se volvió contra Sazonov acusándole de excesiva timidez en la defensa de los intereses rusos, debido posiblemente a que en ese momento se encontraba bajo la influencia del Ministerio de la Guerra.[186] Después del caso Friedjung de 1909, cuando el ministro austriaco de Exteriores Aehrenthal apoyó con todas sus fuerzas una campaña de prensa basada en falsas acusaciones de traición contra destacados políticos serbios, al descubrirse el fraude el gobierno se vio obligado a sacrificar la cabeza del departamento literario del Ministerio de Exteriores; a su sucesor le echaron en medio de un aluvión de críticas periodísticas y parlamentarias sobre el fallido «caso Prochaska» del invierno de 1912, cuando asimismo se descubrió que las acusaciones de malos tratos a un funcionario consular austriaco a manos de los serbios eran falsas.[187]

La manipulación oficial de la prensa también tuvo lugar más allá de las fronteras nacionales. A comienzos de 1905, los rusos repartían unas 8.000 libras al mes a la prensa parisina con la esperanza de estimular el apoyo de los ciudadanos a un cuantioso préstamo francés. El gobierno de Francia subvencionaba a los periódicos profranceses en Italia (y en España durante la conferencia de Algeciras), y durante la Guerra ruso-japonesa y las de los Balcanes los rusos sobornaban a los periodistas franceses con grandes sumas.[188] Los alemanes mantenían un fondo muy modesto para ayudar a los periodistas amigos de San Petersburgo y ofrecían subvenciones a los directores de los periódicos de

Londres con la esperanza, decepcionante la mayoría de las veces, de obtener una cobertura más positiva de Alemania.[189]

Los editoriales dictados también podían formularse para que los leyera un gobierno extranjero. Durante la crisis de Marruecos de 1905, por ejemplo, Théophile Delcassé utilizaba los comunicados de prensa apenas disimulados que divulgaban los detalles de los planes militares británicos con el fin de intimidar a los alemanes. En esos casos, la prensa funcionaba como una especie de comunicación internacional subdiplomática y cuestionable que podía lograr un efecto disuasorio o motivador y que no obligaba a nadie a un compromiso específico; si el propio Delcassé hubiera proferido una amenaza más explícita, habría colocado al Foreign Office en una situación imposible. En febrero de 1912, el embajador francés en San Petersburgo, Georges Louis, remitió la traducción de un artículo del *Novoye Vremya* con una carta adjunta en la que señalaba que dicho artículo reflejaba «exactamente la opinión de los círculos militares rusos».[190] En este caso, ese tipo de prensa permitía que las organizaciones independientes dentro de la administración –aquí el Ministerio de la Guerra– transmitieran sus ideas sin comprometer oficialmente al gobierno. Pero a veces ocurría que los distintos ministerios informaban a la prensa en sentidos opuestos, como en marzo de 1914 cuando el *Birzheviia Vedomosti* (Noticias de la Bolsa) publicó un editorial, que se supuso que había sido «dictado» por Sukhomlinov, anunciando que Rusia estaba «preparada para la guerra» y que había «abandonado» la idea de una estrategia puramente defensiva. Sazonov respondió con un artículo conciliador en el periódico semioficial *Rossiya.* Este fue un caso clásico de señalización paralela: Sukhomlinov tranquilizaba a los franceses en el sentido de que Rusia estaba preparada y determinada a cumplir las obligaciones derivadas de su alianza, en tanto que la respuesta de Sazonov iba destinada a los de-

partamentos de Asuntos Exteriores alemán y posiblemente británico.

Un artículo publicado más o menos al mismo tiempo en el *Kölnische Zeitung*, que atribuía intenciones agresivas a San Petersburgo debido a un aumento reciente de su gasto militar, fue colocado casi con toda seguridad por el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán con la esperanza de obtener una respuesta aclaratoria por parte rusa.[191] En las zonas en las que las potencias europeas se disputaban la influencia local, era común el uso de los órganos de prensa subvencionados para ganar amigos y desacreditar las maquinaciones de los rivales. A los alemanes les preocupaba la enorme influencia del «dinero inglés» en la prensa rusa, y los enviados alemanes en Constantinopla se quejaban a menudo del dominio de la prensa en lengua francesa, cuyos editorialistas subvencionados «hacían todo lo posible por instigar [a la hostilidad] contra nosotros».[192]

En estos contextos, la prensa era el *instrumento* de la política exterior, no su determinante. Pero eso no impedía que los responsables políticos tomaran en serio a la prensa como termómetro de opinión. En la primavera de 1912, Jules Cambon estaba preocupado por si el chovinismo de la prensa francesa elevaba el riesgo de conflicto: «Desearía que aquellos franceses cuya profesión es crear opinión o representarla [se mostraran comedidos] y no se divirtieran jugando con fuego al hablar de una guerra inevitable. En este mundo no hay nada inevitable…»[193] Seis meses después, con el inicio de la Primera Guerra de los Balcanes y el aumento del sentimiento paneslavo en algunos sectores de la prensa rusa, el embajador ruso en Berlín temía –o afirmaba temer– que el «estado de ánimo de la población de su país pudiera dominar la conducta de su gobierno».[194]

Los ministros y los diplomáticos que confiaban en la capacidad de sus gobiernos para proteger la elaboración de las distintas políticas de las vicisitudes de la opinión de los periódicos

nacionales, dudaban muchas veces de la facultad de los gobiernos extranjeros de hacer lo mismo. Después de la crisis de Agadir de 1911, el mando militar alemán temía que la agitación nacionalista y la confianza renacida en Francia pudieran presionar al gobierno de París, por lo demás pacífico, para lanzar un ataque sorpresa contra Alemania.[195] El temor a que los pacíficos dirigentes alemanes se vieran arrastrados a una guerra contra sus vecinos por unos líderes de opinión chovinistas, era a su vez un tema recurrente en las discusiones políticas francesas.[196] Existía la opinión generalizada de que el gobierno ruso en particular era muy sensible a las presiones de su ciudadanía, sobre todo cuando la agitación se debía a los asuntos balcánicos; y había algo de verdad en esa idea, tal como se demostraría durante la crisis de julio. Pero los rusos también veían a los gobiernos parlamentarios occidentales muy vulnerables a la presión pública, precisamente debido a que estaban constituidos democráticamente, y los británicos fomentaban esta deducción cuando insinuaban, como Grey solía hacer, que «el rumbo del gobierno inglés durante [...] una crisis ha de depender de la opinión pública inglesa».[197] Muchas veces los hombres de estado se escondían detrás de la afirmación de que actuaban bajo las limitaciones impuestas por la opinión de sus países: por ejemplo, en 1908-1909, los franceses advirtieron a los rusos de que no iniciaran una guerra en los Balcanes aduciendo que a los ciudadanos franceses no les importaba esa región; Izvolsky les devolvió la advertencia en 1911, cuando instó a París –sin olvidar recordar a sus interlocutores franceses su consejo anterior– a que llegara a un acuerdo con Alemania porque «Rusia tendría dificultades para hacer que su opinión pública aceptara una guerra a causa de Marruecos».[198] En noviembre de 1912, el embajador serbio en Viena afirmó que el primer ministro Nikola Pašić no tenía más remedio que llevar a cabo una política irredentista en nombre de su país; si en cambio tratara de limar asperezas con Austria,

el «partido belicista» de Belgrado le expulsaría del poder y le sustituiría por uno de los suyos, y Sazonov justificó la postura pública beligerante del dirigente serbio aludiendo al carácter «un tanto exaltado» de la opinión serbia.[199]

En noviembre de 1912, Sazonov afirmó ante el embajador alemán Pourtalès que la preocupación por la opinión pública que le obligaba a defender los intereses de Serbia frente a Austria-Hungría era característica. Empleó el mismo argumento en enero de 1913 para convencer a los rumanos de que no iniciaran un conflicto con Bulgaria: «¡Tened mucho cuidado! Si le hacéis la guerra a Bulgaria no podré resistir una opinión pública excesivamente exaltada».[200] En realidad, Sazonov respetaba muy poco a los directores y editorialistas de los periódicos y creía que él comprendía mejor que los periódicos a la opinión rusa. Estaba absolutamente dispuesto, en caso de necesidad, a navegar a contracorriente de los comentarios de la prensa, al tiempo que aprovechaba las campañas nacionales patrioteras para convencer a los representantes de otras potencias de que se veía presionado para tomar ciertas medidas.[201] Muchas veces, los que leían los partes no se creían estas evasivas: cuando los informes llegaron al káiser Guillermo en 1908 y 1909 notificándole que la opinión pública proeslava podría impulsar al gobierno ruso a actuar en Bosnia-Herzegovina, garabateó la palabra «farol» en los márgenes.[202] No obstante, la suposición generalizada de que los gobiernos *extranjeros* sufrían presiones para alinearse con su propia opinión nacional significaba que los comunicados de prensa eran el elemento primordial de los informes diplomáticos. Fajos de recortes de periódico y traducciones engrosaban los archivos que llegaban a los ministerios de Asuntos Exteriores desde todas las legaciones europeas.

Los esfuerzos de todos los gobiernos para moldear de un modo u otro la opinión impresa aumentó la importancia de controlar a la prensa, ya que ello abría la posibilidad de que esta pu-

diera proporcionar la clave, si no a la opinión pública, sí al menos a la opinión y las intenciones del gobierno. Así, en las campañas de prensa antibritánicas de la crisis de Agadir de septiembre de 1911, Grey vio una maniobra táctica del gobierno alemán destinada a movilizar los sectores favorables a aumentar los gastos navales en las próximas elecciones al Reichstag, al tiempo que el embajador austriaco acusaba al ministro de Exteriores ruso de alentar una cobertura negativa de los esfuerzos austrorusos hacia la distensión después de la crisis de Bosnia.[203] Los diplomáticos escudriñaban la prensa constantemente buscando artículos dictados que pudieran proporcionar la clave de las ideas de este o aquel ministro. Pero puesto que la mayoría de los gobiernos utilizaban diversos órganos de prensa, a menudo era difícil saber con seguridad si un artículo concreto estaba dictado o no. En mayo de 1910, por ejemplo, cuando el periódico francés *Le Temps* publicó un artículo donde criticaba duramente los últimos planes de despliegue de las tropas rusas, el ministro ruso de Asuntos Exteriores supuso (equivocadamente como ocurrió en este caso) que la reseña estaba inspirada oficialmente y envió una protesta a París.[204] Era un error, escribió el embajador alemán en París, suponer siempre que las opiniones expresadas en *Le Temps* reflejaban las del Ministerio de Exteriores o las del gobierno; su director, André Tardieu, se había peleado a veces con las autoridades debido a sus declaraciones heterodoxas sobre asuntos de interés nacional.[205] En enero de 1914, el embajador belga en París advirtió a su gobierno de que si bien los grandes editoriales políticos de *Le Temps* en general eran obra de Tardieu, normalmente estaban inspirados por el embajador ruso, Izvolsky.[206] Esta nebulosa de incertidumbre no solo significaba que los funcionarios de las embajadas tenían que estar pendientes de rastrear la prensa, sino también que los comentarios adversos sobre gobiernos extranjeros podían dar lugar de vez en cuando a peleas, en las que dos ministerios de

exteriores se enzarzaban en rifirrafes a través de las páginas de esta prensa, en un proceso que agitaba las emociones públicas de un modo que era muy difícil de controlar. Los Ministerios de Asuntos Exteriores británico y alemán solían exagerar cada uno el grado de control que el gobierno del otro ejercía sobre la opinión pública.[207]

Las disputas en la prensa también podían surgir de manera espontánea, sin la participación del gobierno. Por lo general, los gobiernos admitían que las broncas entre directores de periódicos chovinistas podían agudizarse hasta el punto de amenazar con envenenar el clima de las relaciones internacionales. En un encuentro que tuvo lugar en Reval en junio de 1908 entre el zar Nicolás II, el rey Eduardo VII y Charles Hardinge, el zar confió a Hardinge que la «libertad» de la prensa rusa le había causado a él y a su gobierno una «vergüenza considerable», ya que «todo incidente ocurrido en cualquier provincia lejana del imperio, como un terremoto o unas tormentas eléctricas, enseguida se achacaban a Alemania, y en los últimos tiempos tanto él como el gobierno habían recibido quejas muy serias acerca del tono poco amistoso de la prensa rusa». Pero el zar confesó que se sentía incapaz de remediar esta situación salvo por medio de algún que otro comunicado oficial a la prensa, y «eso tenía en general muy poco efecto». «Deseaba encarecidamente que la prensa pusiera su atención en los asuntos internos y no en los de fuera.»[208]

Entre 1896, cuando los periódicos británicos respondieron con indignación al telegrama del káiser a Kruger, y 1911, cuando los diarios británicos y alemanes se enfrentaron a causa de los acontecimientos de Marruecos, se produjeron guerras de prensa reiteradas entre Gran Bretaña y Alemania. Los esfuerzos de los dos gobiernos para lograr el «desarme de la prensa» en 1906 y 1907 mediante un intercambio de periodistas veteranos no resultaron muy eficaces.[209] Las guerras de la prensa fueron

posibles porque los periódicos de cada Estado informaban a menudo sobre las posturas que adoptaban los periódicos extranjeros acerca de cuestiones de interés nacional; no resultaba extraño que artículos enteros se volvieran a publicar o se parafrasearan. De esta manera, Tatishchev, plenipotenciario militar ruso en Berlín, pudo informar al zar Nicolás II en febrero de 1913 de que los artículos paneslavistas del *Novoye Vremya* estaban causando una «impresión penosa» en Alemania.[210] Las relaciones de la prensa eran especialmente tensas entre Austria y Serbia, en donde los principales periódicos observaban a sus homólogos del otro lado de la frontera con ojos de lince (o recibían recortes y traducciones suministrados por sus respectivos Ministerios de Asuntos Exteriores) y donde las quejas acerca de la cobertura periodística del país vecino eran un tema consabido. Este problema desempeñaría un papel destacado en la diplomacia de la crisis de julio de 1914.

Sin embargo, es discutible que la prensa europea se estuviera volviendo cada vez más belicosa durante los años anteriores a 1914. Las últimas investigaciones sobre los periódicos alemanes muestran un panorama más complejo. Un estudio de la cobertura de la prensa alemana durante una sucesión de crisis importantes anteriores a la guerra (Marruecos, Bosnia, Agadir, los Balcanes, etc.) ofrece una visión de las relaciones internacionales cada vez más polarizada y una disminución de la confianza en las soluciones diplomáticas. Pero también hubo periodos de calma en esos años, y la época de las guerras de prensa anglo-alemanas acabó de forma repentina en 1912; efectivamente, los últimos dos años antes de la guerra constituyeron un periodo de «paz y armonía poco comunes».[211] Incluso Friedrich von Bernhardi, cuyo libro *Alemania y la próxima guerra* (1911) se cita con frecuencia como ejemplo de la creciente beligerancia de la opinión pública alemana, comienza su panfleto de una tremenda agresividad con un largo pasaje en el que se lamenta del «pa-

cifismo» de sus compatriotas.[212] Tampoco el chovinismo hablaba siempre con una sola voz. En Gran Bretaña, el sentimiento antirruso era todavía una fuerza pública poderosa en los años previos al estallido de la guerra, a pesar del Convenio anglo-ruso de 1907. En el invierno de 1911-1912, mientras la crisis de Agadir iba cediendo, las bases del Partido Liberal acusaron a Grey de buscar una amistad excesivamente íntima con Rusia a costa de una relación de mayor colaboración con Alemania. Las manifestaciones públicas convocadas por todo el país a finales de enero de 1912 para exigir un acuerdo anglo-alemán, estuvieron impulsadas en parte por la hostilidad hacia Rusia, cuyas maquinaciones se consideraban una amenaza a los intereses británicos en numerosos puntos de la periferia del Imperio.[213]

Los políticos hablaban, o se quejaban, a menudo de la opinión como una fuerza externa que presionaba al gobierno. Al hacerlo, daban a entender que la opinión –tanto pública como periodística– era algo externo al gobierno, como una niebla que empañaba los vidrios de las ventanas de los departamentos ministeriales, algo que los responsables políticos podían optar por excluir de su propia esfera de acción. Y por opinión se referían principalmente a la aprobación o rechazo de sus personas y políticas. Pero hay algo más profundo que la opinión, algo que podríamos llamar mentalidad, un tejido de «supuestos tácitos», como lo llamaba James Joll, que determinaba las posturas y la conducta tanto de los estadistas y los legisladores como de los publicistas.[214] En este ámbito podemos distinguir tal vez una creciente disposición para la guerra en toda Europa, en especial dentro de las élites ilustradas. No se trataba de llamadas sanguinarias a la violencia contra otro Estado, sino más bien de un «patriotismo defensivo»[215] que incluía la posibilidad de una guerra sin que ello les alegrase necesariamente, un punto de vista respaldado por la convicción de que el conflicto era un rasgo «natural» de la política internacional. «La idea de una paz

prolongada es un sueño inútil,» escribió en 1910 el vizconde Esher, promotor de la Entente anglo-francesa y amigo íntimo y consejero de Eduardo VII. Dos años después, dijo ante una audiencia de estudiantes universitarios de Cambridge que no subestimaran los «aspectos poéticos y románticos del choque de armas», advirtiendo que hacerlo sería «mostrar un espíritu débil y una imaginación muy pobre».[216] La guerra, observó Henry Spencer Wilkinson, profesor titular de la cátedra Chichele de Historia Militar de Oxford en su primera clase, era «una de las modalidades de las relaciones humanas». Esta aceptación fatalista del carácter inevitable de la guerra se mantenía merced a un conjunto impreciso de argumentos y posturas; algunos se apoyaban en principios de Darwin y Huxley según los cuales, en vista de su energía y ambición, Inglaterra y Alemania estaban destinadas a llegar a las manos, a pesar de su estrecho parentesco racial; otros afirmaban que la agitación era un rasgo natural de las civilizaciones muy desarrolladas con sus armamentos sofisticados; sin embargo, otros proclamaban que la guerra era terapéutica, «beneficiosa para la sociedad y una fuerza para el avance social».[217]

Una «ideología del sacrificio» vino a reforzar la acogida de semejantes ideas, tanto en Gran Bretaña como en Alemania, alimentada, a su vez, por las representaciones positivas del conflicto militar que se encontraban en los periódicos y los libros que leían los chicos en edad escolar.[218] Un panfleto escrito por un clérigo beligerante de Nueva Zelanda y publicado por la Liga del Servicio Nacional instaba a todos los escolares a recordar que «se interponga entre su madre y sus hermanas, sus novias y amigas y todas las mujeres que conozca y vea y la infamia inconcebible de una invasión extranjera».[219] Incluso el movimiento Scout, fundado en 1908, poseía desde sus inicios –a pesar de la fiesta de las navajas de supervivencia, las fogatas y la aventura al aire libre– una «fuerte identificación militar que se vio

acentuada durante todo el periodo de preguerra».[220] En Rusia, los años siguientes a la Guerra ruso-japonesa fueron testigos de un «renacimiento militar» impulsado por el deseo de una reforma militar: en 1910, se publicaron 572 nuevos títulos sobre temas militares. La mayor parte de ellos no eran tratados belicistas, sino intervenciones políticas en el debate sobre cómo debería vincularse la reforma del ejército a unos procesos más amplios de cambio social que orientarían a la sociedad hacia los sacrificios que exigía un gran esfuerzo bélico.[221]

Estos hechos, que tienen su equivalente en todos los Estados europeos, ayudan a explicar la buena disposición de las asambleas legislativas para aceptar la carga financiera de un aumento del gasto armamentista durante el periodo de preguerra. En Francia, en 1913, y tras una acalorada polémica, la Asamblea Nacional apoyó la nueva ley del servicio militar de tres años, lo cual reflejó un renacer del «prestigio de la guerra» en una esfera pública que desde el caso Dreyfus solía exhibir unos fuertes valores antimilitaristas, si bien no debemos olvidar que los diputados radicales respaldaron esta ley en parte porque por primera vez se financiaría mediante un impuesto progresivo sobre la propiedad.[222] Asimismo en Alemania, Bethmann Hollweg logró obtener el apoyo del centroderecha para el proyecto de ley de 1913 de un gran ejército; para el proyecto de ley de financiación de estas medidas pudo conseguir el voto de una coalición de centroizquierda, aunque solo porque estaba dispuesto a recaudar parte del dinero mediante el cobro de un nuevo impuesto a las clases hacendadas. En ambos casos, a los argumentos a favor de un aumento de la preparación militar hubo que añadir otros incentivos sociopolíticos que asegurasen el apoyo necesario para impulsar en el parlamento proyectos de ley de tanta importancia. En Rusia, por el contrario, el entusiasmo de la élite política por el armamento era tal en 1908 que la Duma aprobó las asignaciones aún antes de que los mandos militares pudie-

ran decidir qué hacer con ellas; aquí fue el bloque octubrista de la Duma, y no los ministros, los que impulsaron la campaña a favor de la expansión del ejército ruso.[223] También en Gran Bretaña, el clima dominante de patriotismo defensivo dejó su sello en la asamblea legislativa: mientras que en 1902 solo tres diputados apoyaron la Liga del Servicio Nacional, en 1912 la cifra se había incrementado a 180.[224]

La prensa entró en los cálculos de los responsables políticos de muchas maneras diferentes. Nunca la controlaron y nunca les controló. Más bien deberíamos hablar de una reciprocidad entre la opinión y la vida públicas, un proceso de interacción constante, en el que los responsables políticos trataban esporádicamente de orientar la opinión en una dirección favorable, pero se cuidaban de proteger su propia autonomía y la integridad de los procesos de toma de decisiones. Por otro lado, los estadistas seguían considerando que la prensa extranjera era un indicador no ya de la opinión pública, sino de las ideas y las intenciones oficiales, y esto significaba que las dudas acerca de quién inspiraba o autorizaba tales o cuales declaraciones podían complicar aún más las comunicaciones entre Estados. Pero lo más fundamental –y lo más difícil de evaluar– eran los cambios de mentalidad que encontraban su expresión no en los llamamientos de los chovinistas a la firmeza o el enfrentamiento, sino en una disposición generalizada a aceptar la guerra, concebida como una certeza impuesta por la índole de las relaciones internacionales. El peso acumulado de dicha disposición se manifestaría durante la crisis de julio de 1914 no a modo de declaraciones programáticas agresivas, sino por medio del silencio elocuente de los dirigentes civiles que, en un mundo mejor, hubiera cabido esperar que señalaran que una guerra entre grandes potencias sería el peor de los escenarios.

Aunque llegáramos a suponer que las políticas exteriores de las potencias europeas de preguerra fueron formuladas y dirigidas por gobiernos compactos, animados por un propósito unificado y coherente, la reconstrucción de las relaciones entre ellas seguiría siendo una tarea desalentadora dado que la relación entre dos potencias cualesquiera no puede comprenderse del todo sin hacer referencia a sus relaciones con todas las demás. Pero en la Europa de 1903-1914, la realidad era aún más compleja de lo que hubiera sugerido el modelo «internacional». Las intervenciones caóticas de los monarcas, la ambigüedad de las relaciones entre civiles y militares, la confrontación entre políticos clave en unos sistemas caracterizados por unos bajos niveles de solidaridad en los ministerios o en el gabinete, agravados por la agitación de una prensa crítica en un marco de crisis intermitente y mayor tensión sobre los problemas de seguridad, hicieron de este un periodo de incertidumbre sin precedentes en las relaciones internacionales. Los vaivenes de las políticas y la diversidad de señales a que dieron lugar hicieron que no solo los historiadores, sino los hombres de estado de los últimos años de preguerra, tuvieran dificultades para interpretar el entorno internacional.

Sería un error llevar esta observación demasiado lejos. Las complejas políticas de los poderes ejecutivos, incluso los autoritarios, están sometidas a fluctuaciones y tensiones internas.[225] La literatura sobre las relaciones exteriores de Estados Unidos en el siglo XX se detiene extensamente en las luchas de poder y las intrigas dentro del gobierno. En un estudio brillante sobre la entrada de Estados Unidos en la Guerra de Vietnam, Andrew Preston revela que mientras los presidentes Lyndon B. Johnson y John F. Kennedy se mostraban reacios a hacer la guerra y el Departamento de Estado se oponía en gran parte a la intervención, el Consejo de Seguridad Nacional, que defendía la guerra con fuerza y obraba fuera de la vigilancia del Congreso, fue re-

duciendo las opciones del presidente sobre Vietnam hasta que la guerra fue prácticamente inevitable.[226]

Sin embargo, la situación en la Europa anterior a la Primera Guerra Mundial era distinta (y peor) en un aspecto importante. Pese a todas las tensiones que puedan crearse en su seno, el ejecutivo americano es en realidad –en términos constitucionales– una organización muy cohesionada en la que la responsabilidad de las decisiones en política exterior recae en definitiva y sin ambages en el presidente. Este no fue el caso de los gobiernos europeos de preguerra. Siempre existieron dudas de si Grey tenía derecho a comprometerse como lo hizo sin consultar al gabinete o al parlamento; de hecho, estas dudas fueron tan acuciantes que le impidieron hacer cualquier declaración clara e inequívoca de sus intenciones. La situación era aún más confusa en Francia, donde el balance de las iniciativas entre el Ministerio de Asuntos Exteriores, el gabinete y la presidencia seguía sin resolverse, y en la primavera de 1914 incluso el dominante y decidido Poincaré se enfrentó a quienes pretendían dejarle fuera del proceso de toma de decisiones. En Austria-Hungría, y en menor medida en Rusia, el poder que determinaba la política exterior fluía por un circuito humano poco rígido dentro de la estructura de colmena de la élite política, concentrándose en diferentes sectores del sistema y dependiendo de quién formaba las alianzas políticas más eficaces y definidas. En estos casos, al igual que en Alemania, la presencia de un soberano «todopoderoso» no aclaraba, sino que más bien enturbiaba, las relaciones de poder dentro del sistema.

No se trata, como sucedió en la crisis de los misiles de Cuba, de reconstruir los razonamientos de dos superpotencias que examinan cuidadosamente sus opciones, sino de comprender la rápida sucesión de interacciones entre las estructuras ejecutivas que apenas conocen sus mutuas intenciones, que obran con un bajo nivel de seguridad y confianza (incluso dentro de las res-

pectivas alianzas) y con altos niveles de hostilidad y paranoia. La inestabilidad inherente a semejante constelación se incrementó a causa de la indecisión del poder dentro de cada ejecutivo y su tendencia a migrar de un nodo del sistema a otro. Bien puede ser cierto que la discrepancia y la polémica dentro de los servicios diplomáticos podrían haber tenido un efecto beneficioso, ya que planteaban cuestiones y objeciones que podrían haberse suprimido en un entorno político más disciplinado.[227] Pero seguramente los riesgos superaban a los beneficios: cuando los halcones dominaban el proceso de señalización a ambos lados de una interacción posiblemente conflictiva, como ocurrió en la crisis de Agadir y ocurriría de nuevo después del 28 de junio de 1914, el resultado podría ser una intensificación rápida e impredecible.

NT1 Kokovtsov dimitió como ministro de Finanzas en octubre de 1905 pero retomó el cargo en abril de 1906, conservándolo hasta febrero de 1914. A partir de 1911 fue además primer ministro.

NT2 En francés en el original. En español sería «espíritu de enredar». (N. de los T.)

NT3 Se refiere a la variedad de té Earl Grey aromatizado a la bergamota. (N. de los T.)

NT4 En Francia llamaban *cabinet noir* a la oficina del Servicio de Inteligencia encargada de la inquisición postal y la criptografía. En ella, funcionarios públicos abrían y leían cartas de personas sospechosas antes de reenviarlas a su destino. (N. de los T.)

NT5 Mansion House es la residencia oficial del alcalde de Londres en la que, entre otros actos, el ministro de Economía y Hacienda suele pronunciar un discurso todos los años sobre el estado de la economía y las finanzas del país. (N. de los T.)

NT6 El Lord Canciller es el presidente de la Cámara de los Lores y máxima autoridad judicial en Gran Bretaña. (N. de los T.)

NT7 Los términos halcones y palomas hacen referencia al carácter bélico o pacifista, respectivamente, de los miembros de gobiernos o administraciones centrales. (N. de los T.)

5
Caos en los Balcanes

En un primer momento, la Primera Guerra Mundial fue la Tercera Guerra de los Balcanes.. ¿Cómo fue esto posible? Los conflictos y las crisis en la periferia sudoriental, donde el Imperio Otomano lindaba con la Europa cristiana, no eran nada nuevo. El sistema europeo siempre había tenido cabida para ellos sin poner en peligro la paz del continente en su conjunto. Pero los últimos años anteriores a 1914 contemplaron un cambio fundamental. En el otoño de 1911, Italia emprendió una guerra de conquista en una provincia africana del Imperio Otomano, provocando una cadena de ataques oportunistas sobre los territorios otomanos en los Balcanes. El sistema de equilibrios geopolíticos que permitió reprimir conflictos locales fue erradicado. Después de las dos Guerras de los Balcanes de 1912 y 1913, Austria-Hungría se enfrentó a una situación nueva y amenazadora en su periferia sudoriental, mientras que la retirada de la potencia otomana suscitó cuestiones estratégicas que los diplomáticos y responsables políticos rusos pensaban que no podían pasar por alto. Los dos bloques de alianzas continentales se involucraron de lleno en las antipatías de una región que estaba entrando en un periodo de inestabilidad sin precedentes. En el proceso, los conflictos en el escenario de los Balcanes se entretejieron firmemente con la geopolítica del sistema europeo, creando un conjunto de mecanismos de escalada que permitiría

que un conflicto iniciado en los Balcanes en el verano de 1914 se extendiera al continente en un plazo de cinco semanas.

ATAQUES AÉREOS SOBRE LIBIA

A primera hora de la mañana del 5 de enero de 1912, una serie de gritos y disparos despertaron a George Frederick Abbott mientras dormía en su tienda en el desierto de Libia. Salió fuera corriendo y vio a los soldados árabes y turcos de su campamento mirando fijamente al cielo. Un monoplano italiano volaba a unos 600 metros y el sol de la mañana acariciaba sus alas. Haciendo caso omiso del fuego de fusilería, el avión se alejó con mucha elegancia hacia el sudoeste. La invasión italiana de Libia duraba ya cuatro meses. Abbott sentía simpatía por los turcos y se había unido allí a las fuerzas otomanas como observador británico con la intención de escribir una historia de la campaña. Observó que los árabes, «aparte de disparar sus fusiles», no parecían impresionados por la máquina voladora: «Tienen una gran capacidad para asumir las novedades como algo natural». Cuando el avión regresó al día siguiente, bombardeó el campamento con fajos de proclamas que revolotearon al sol «como copos de nieve de juguete». Los árabes, recordaba Abbott, «dejaron de disparar y se agacharon a recoger las hojas con entusiasmo con la esperanza de que pudieran ser billetes de banco».[1]

Los compañeros otomanos de Abbott tuvieron suerte de que solo les bombardearan con ampulosa propaganda de guerra italiana en árabe arcaico. En otros lugares, el enorme desequilibrio tecnológico entre las fuerzas armadas italianas y los súbditos otomanos cuyas provincias invadían tenía un efecto más letal. Antes de llevar a cabo acciones más importantes en la Guerra de Libia, los aeroplanos realizaban misiones de reconocimiento, señalando la posición y la fuerza del enemigo, de modo que los italianos pudieran bombardear los cañones turcos de las baterías de campaña o de los acorazados anclados mar adentro. Esta fue la primera guerra en que se emplearon bombardeos aéreos.

En febrero de 1912, la retirada de los otomanos entre el oasis de Zanzur y Gargaresch hacia al sudeste de Trípoli se convirtió en una derrota aplastante cuando el dirigible italiano *P3* bombardeó a las tropas en retirada.[2] Los dirigibles podían transportar hasta 250 bombas cargadas de un explosivo muy potente. Las bombas también se lanzaban en pequeñas cantidades desde los aeroplanos, si bien este era un asunto delicado, ya que el aviador tenía que conducir la máquina mal que bien mientras sujetaba la bomba entre las rodillas y utilizando su mano libre introducir el detonador antes de lanzarlas contra las tropas que estaban debajo.[3]

El reflector militar, aunque era una tecnología menos novedosa (la Marina Real británica había utilizado reflectores contra el ejército egipcio en Alejandría ya en 1882) era un arma de alta tecnología que figuró de manera destacada en las crónicas de la Guerra de Libia. Probablemente tenía una importancia táctica mayor que los aviones y los dirigibles, ya que su utilización impedía que las fuerzas otomanas montaran ataques nocturnos, o al menos se saldaban con muchas más víctimas. El observador británico Ernest Bennett recordaba andar con mucho cuidado con un grupo pequeño de combatientes árabes por un sendero costero hacia su campamento en Bir Terin, cuando el grupo fue localizado por el reflector de un crucero italiano: «La visión de la silueta de los pobres árabes recortada contra los rayos eléctricos me entristeció. Reflectores, ametralladoras Maxim, baterías, buques de guerra, aeroplanos, ¡las probabilidades parecían tan terribles!».[4]

La multitud de guerras que llevó el caos a los Balcanes comenzó en África. Fue el ataque italiano sobre Libia en 1911 el que dio luz verde para iniciar un ataque sin cuartel sobre la periferia otomana. A diferencia de Egipto (en aquel momento británico) y Marruecos (de hecho francés en esa época), los tres *vilayets*[NT1] conocidos después como Libia eran provincias integra-

das en el Imperio Otomano. El ataque italiano sobre estas últimas posesiones otomanas en África sin que mediara provocación «rompió el hielo», como dijo un observador británico contemporáneo, para los Estados balcánicos.[5] Durante años se habló de una campaña conjunta para expulsar a los turcos de los Balcanes, pero no hubo tales medidas. Solo después del ataque de Italia los Estados balcánicos tuvieron valor para empuñar las armas. En 1924, Miroslav Spalajković, antiguo jefe político del Ministerio de Asuntos Exteriores serbio en Belgrado, examinó retrospectivamente estos acontecimientos y recordó que fue el ataque italiano sobre Trípoli el que inauguró el proceso que condujo a la guerra: «todos los acontecimientos posteriores no son más que la evolución de esta primera agresión».[6]

La diplomacia italiana había estado tratando de conseguir una esfera de interés italiana en el norte de África desde antes del cambio de siglo. En el verano de 1902, y según los términos del Acuerdo Prinetti-Barrère, Roma y París acordaron en secreto que en caso de una mayor redistribución del territorio, Francia se quedaría con Marruecos, mientras que a Italia le concederían carta blanca en Libia. El acuerdo ratificaba un proceso de acercamiento con Francia, el archirrival en el norte de África, que se había iniciado en 1898.[7] En una nota de marzo de 1902, Londres prometía amablemente que Gran Bretaña garantizaría que «cualquier alteración en la situación de Libia sería conforme a los intereses italianos». Estos acuerdos son el ejemplo de una política de concesiones destinada a relajar el control de la Triple Alianza sobre Italia, su componente menos fiable. De acuerdo con este planteamiento, el zar Nicolás II y el rey Víctor Manuel III firmaron el Tratado de Racconigi en 1909, en el cual Rusia reconocía el interés especial de Italia en Libia a cambio del apoyo italiano a la política rusa relativa al acceso a los estrechos de Turquía.[8]

Vender una política de invasión y anexión a los ciudadanos italianos con inquietudes políticas no resultó difícil. El colonialismo se había puesto en marcha en Italia, como en otras partes, y el «recuerdo» del África Romana, cuando Libia era el granero del imperio, aseguraba a Tripolitania un lugar principal en los horizontes coloniales del reino. En 1908, el modesto Ufficio Coloniale (Oficina Colonial) de Roma fue ampliado y ascendido a la categoría de Direzione Centrale degli Affari Coloniali (Dirección Central de Asuntos Coloniales), una señal del peso cada vez mayor de los asuntos africanos en el gobierno.[9] De 1909 en adelante, el nacionalista Enrico Corradini, apoyado por el órgano nacionalista *L'Idea Nazionale*, llevó a cabo una enérgica campaña a favor de una empresa imperialista centrada en Libia; en la primavera de 1911 exigió abiertamente una política de invasión y toma de poder.[10] En general, la élite política creía que Italia necesitaba un lugar «fructífero» en el que colocar a sus emigrantes. Incluso los socialistas eran sensibles a estos argumentos, si bien solían envolverlos en un lenguaje de necesidad económica.[11]

Hasta el verano de 1911, sin embargo, los principales estadistas italianos siguieron siendo fieles al antiguo axioma según el cual Italia no debía provocar la disolución del Imperio Otomano. Aún en el verano de 1911, el primer ministro Giovanni Giolitti seguía rechazando categóricamente las demandas para que adoptara una postura más agresiva con respecto a Constantinopla en una serie de asuntos relativos al gobierno de la Albania otomana.[12] La intervención francesa en Marruecos lo cambió todo. El Ministerio de Asuntos Exteriores italiano creyó que tenía excelentes motivos para exigir un *quid pro quo* en Libia. Un alto funcionario del Ministerio de exteriores italiano señaló que en vista del «cambio radical» de la situación que había obrado Francia en el Mediterráneo, en aquel momento hubiera sido im-

posible «justificar» una política de inactividad continuada «ante la opinión pública».[13]

Fueron Gran Bretaña, Francia y Rusia, las potencias de la Entente, y no los aliados de Italia en la Triple Alianza, los que animaron a Roma a tomar cartas en el asunto. A comienzos de julio de 1911, los italianos mencionaron al gobierno británico las «vejaciones» que supuestamente las autoridades otomanas infligían a los súbditos italianos en Trípoli (era una práctica normal que las potencias europeas legitimaran sus depredaciones afirmando que su presencia era necesaria para proteger a sus ciudadanos). El 28 de julio, cuando el embajador italiano en Londres, el marqués Guiglielmo Imperiali, planteó la cuestión de una verdadera intervención al ministro de Asuntos Exteriores, la reacción de Grey fue sorprendentemente favorable. Grey «deseaba simpatizar con Italia», le dijo al embajador, «habida cuenta de las buenas relaciones entre ellos». Si los italianos recibían un tratamiento injusto en Trípoli e «Italia se veía obligada a actuar», Grey se comprometía a «expresar a los turcos la opinión de que, ante el tratamiento injusto impuesto a los italianos, el gobierno turco no podía esperar otra cosa».[14] Como era lógico, los italianos interpretaron estas expresiones confusas como la luz verde para atacar Libia.[15] Y Grey se mantuvo fiel a esta línea: el 19 de septiembre informó al subsecretario de Estado permanente Sir Arthur Nicolson de que era «de la mayor importancia» que ni Inglaterra ni Francia obstaculizaran los planes de Italia.[16] Las indagaciones italianas en San Petersburgo produjeron una respuesta aún más complaciente. El embajador italiano en San Petersburgo fue informado de que Rusia no protestaría si Italia se apoderaba de Libia: de hecho, San Petersburgo instó a Italia a actuar de una «manera rápida y decidida».[17]

Hubo, pues, un intenso debate previo con los Estados de la Entente. Por el contrario, Italia trataba a sus aliados de la Triple Alianza con una indiferencia displicente. El 14 de septiembre,

Giolitti y el marqués de San Giuliano, ministro de Asuntos Exteriores de Italia, se reunieron en Roma para convenir una acción militar que debía emprenderse lo antes posible, de modo que estuviera en marcha «antes de que los gobiernos austriaco y alemán tuvieran conocimiento de ello».[18] Esta reticencia era comprensible, pues los alemanes no deseaban ver a sus aliados italianos ir a la guerra contra sus amigos otomanos y ya estaban haciendo lo que podían para lograr una resolución pacífica de las cuestiones pendientes entre Roma y Constantinopla. El embajador alemán en la capital otomana advirtió incluso a su colega italiano de que una ocupación de Libia por parte de Italia podría derribar al régimen del Joven Turco y desatar una serie de disturbios que reabriría la Cuestión Oriental.[19] El ministro de Asuntos Exteriores austriaco, el conde Aehrenthal, instó a los italianos en repetidas ocasiones a que se mostraran comedidos, advirtiéndoles que una acción precipitada en Libia podría tener consecuencias indeseables en la península de los Balcanes y recordándoles que ellos mismos siempre habían proclamado que la estabilidad y la integridad del Imperio Otomano era lo que más le convenía a Italia.[20]

El marqués de San Giuliano era plenamente consciente de las contradicciones de la política italiana y conocía las «consecuencias indeseables» que preocupaban a los austriacos. En un largo informe al rey y al primer ministro de 28 de julio de 1911, el ministro de Asuntos Exteriores sopesaba los argumentos a favor y en contra de una invasión. Admitía la «probabilidad» de que el daño infligido al prestigio del Imperio Otomano «animaría a los pueblos balcánicos a actuar contra él y aceleraría una crisis que casi podría [...] obligar a Austria a actuar en los Balcanes».[21] La línea de pensamiento que subyace a estos comentarios proféticos no era la preocupación por la seguridad del Imperio Austrohúngaro como tal, sino más bien el temor ante la posibilidad de que una ola de revueltas pudiera favorecer los intereses de

los austriacos en los Balcanes a costa de Italia, sobre todo en Albania, que en muchos ámbitos se consideraba todavía una futura colonia italiana.[22] Sin embargo, en la mente de San Giuliano estos peligros balcánicos se compensaban con la idea de que a los italianos se les podría estar acabando el tiempo para una aventura en el norte de África:

> Si las causas políticas no debilitan o disuelven el Imperio Otomano, en el plazo de dos o tres años tendrá una flota poderosa que haría que una iniciativa contra Trípoli fuera más difícil y tal vez imposible para nosotros...[23]

El rasgo más llamativo de este último razonamiento es que carece por completo de fundamento. Sin lugar a dudas, el gobierno otomano se esforzaba por mejorar una flota que había quedado obsoleta; había encargado a Inglaterra un buque de guerra moderno y preparaba otro pedido a Brasil. Pero estos modestos intentos fueron eclipsados por los planes italianos de construcción naval, por no decir la fortaleza real de la flota italiana, y no había motivo para suponer que alguna vez llegaran a inquietar la cómoda superioridad naval de Italia sobre los otomanos en el Mediterráneo oriental.[24] Por lo tanto, el argumento de San Giuliano estaba basado no tanto en la realidad del equilibrio de poder naval como en una especie de claustrofobia temporal que invadía el razonamiento de muchos estadistas europeos de esa época, una sensación de que el tiempo se estaba acabando, que en un entorno en el que los recursos disminuían y las amenazas aumentaban, cualquier retraso conllevaría sin duda graves consecuencias.

De modo que, después de una serie de escaramuzas navales menores, el 3 de octubre de 1911 la señal para que se prepararan para el combate resonó en todo un escuadrón de buques de guerra italianos amarrados ante el puerto de Trípoli. Un capitán de fragata italiano a bordo de uno de los barcos recordaba «una avalancha de artilleros a los cañones, de cargadores a las salas de municiones, de encargados de señales a los tubos acústicos».

Los elevadores de munición subían a las baterías los obuses blancos con un punto rojo y los disponían en filas ordenadas detrás de cada cañón. Exactamente a las tres de la tarde y trece minutos, el *Benedetto Brin* disparó el primer obús al Fuerte Rojo que se hallaba en la lengua de tierra que rodeaba el puerto de Trípoli. Fue la señal para una descarga colosal que «tronó por todo el mar en nubes de humo blanco».[25] La ciudad de Trípoli cayó tras una leve resistencia, y solo 48 horas después del inicio de las hostilidades fue ocupada por 1.700 marines italianos. Pocas semanas después tuvo lugar la ocupación de Tobruk, Derna, Bengasi y Homs. Durante los meses siguientes, las tropas italianas, al principio 20.000 hombres y luego 100.000, cayeron sobre el *vilayet* de Tripolitania que apenas estaba defendido.

La «rápida liquidación» que San Giuliano había esperado no se produjo. A los italianos les costó introducirse en el interior del país y durante los primeros seis meses de guerra permanecieron confinados en sus cabeceras de puente costeras. Un decreto italiano del 2 de noviembre que anunciaba oficialmente la «anexión» de Tripolitania y Cirenaica fue un gesto destinado a evitar una mediación prematura de las demás potencias, no un fiel reflejo de la situación militar. En una serie de operaciones navales frente a la costa libanesa durante enero y febrero de 1912, los italianos destruyeron la presencia naval otomana en Beirut y eliminaron la única amenaza que quedaba para el dominio naval italiano en el Mediterráneo meridional. Pero la guerra en tierra firme se prolongaba en medio de informaciones espeluznantes sobre las atrocidades cometidas por los italianos contra la población árabe. A pesar de su inferioridad tecnológica, los defensores otomanos y sus tropas auxiliares infligieron dolorosas derrotas a los invasores. Durante el primer mes de guerra, una serie de ataques concéntricos turcoárabes sobre el perímetro italiano que rodeaba Trípoli rompieron las líneas en diversos puntos, aniquilando algunas unidades y cobrándose

numerosas bajas, mientras que los «rebeldes» armados dentro del perímetro acosaban a las fuerzas defensoras desde atrás.[26] Durante todo el conflicto, algunas pequeñas escaramuzas, emboscadas y guerras de guerrillas impidieron el movimiento entre los principales bastiones costeros o hacia el interior. Los italianos tardaron veinte años en «pacificar» el interior de Libia.

San Giuliano comprendió que la invasión y toma de Libia podía tener un efecto desinhibidor en los Estados cristianos de la península de los Balcanes. Si tras la invasión inicial este era el resultado más que probable, se hizo inevitable cuando Italia intentó, para poner fin al punto muerto al que se había llegado en tierra, llevar la guerra marítima a aguas territoriales otomanas. El 18 de abril de 1912, cañoneras italianas bombardearon los dos fuertes externos que guardaban la entrada a los estrechos de Turquía. Los artilleros dispararon 346 obuses desde amarraderos a siete millas de la orilla matando a un soldado y un caballo y dañando un barracón. Fue una demostración simbólica más que un verdadero golpe a la fuerza militar del enemigo. Los turcos respondieron, como era de esperar, cerrando los Estrechos al comercio de los países neutrales.

Diez días después, hubo un nuevo ataque naval en las islas del Dodecaneso, en el extremo sur del Mar Egeo; entre el 28 de abril y el 21 de mayo de 1912, los italianos tomaron el control de trece islas, cuyos nativos griegos les recibieron como héroes y libertadores. Tras una tregua, los italianos aumentaron la presión en julio enviando ocho submarinos a los Estrechos. Una vez más, se habló del cierre, si bien en esta ocasión Constantinopla aceptó, presionada por Rusia, reducir la anchura del canal sembrando minas. En octubre de 1912, el gobierno italiano amenazó con emprender una gran campaña naval en el Egeo si el gobierno otomano no aceptaba firmar un tratado de paz. Presionados por las grandes potencias –sobre todo Rusia y Austria que estaban preocupadas, respectivamente, por la interrupción

de la navegación y el peligro cada vez mayor de las complicaciones en los Balcanes– los turcos cedieron finalmente y firmaron un tratado de paz secreto el 15 de octubre en el que se estipulaba la autonomía de Tripolitania y Cirenaica. Un *Ferman* (decreto) imperial de la misma fecha anunció la retirada del gobierno otomano de las provincias perdidas. Tres días después, el Tratado de Lausana confirmó públicamente este acuerdo.[27]

La Guerra italo-turca, hoy día en gran medida olvidada, perturbó los sistemas europeo e internacional de manera significativa. La lucha de los libios contra la ocupación italiana fue uno de los primeros catalizadores fundamentales en la aparición del nacionalismo árabe moderno.[28] Las potencias de la Entente fueron las que alentaron a Italia a llevar a cabo ese acto audaz de depredación no provocado, mientras los socios de Italia en la Triple Alianza consentían a regañadientes.[29] Hubo algo profético en esta constelación. Las intervenciones de las potencias pusieron de manifiesto la debilidad, de hecho la incoherencia, de la Triple Alianza. Las reiteradas advertencias de Austria y Berlín de que la actuación de Italia desestabilizaría toda la península de los Balcanes de manera peligrosa e impredecible fueron desoídas. Al parecer, Italia solo era un aliado de nombre.

Aún no había indicios evidentes de la posterior deserción de Italia de la Entente. La política exterior italiana seguía jugando a un juego complejo y ambiguo en el que compromisos contradictorios entre sí mantenían un equilibrio precario. La rivalidad tradicional con Francia por el norte de África aún bullía bajo la superficie. Algunos episodios navales sensacionales, como la incautación por embarcaciones italianas de vapores franceses sospechosos de transportar armas y personal militar turcos, lograron que la guerra incitara a la paranoia y al rencor mutuos entre Italia y su *sorellastra* (hermanastra) latina, molesta desde hacía mucho tiempo.[30] No obstante, la guerra confirmó a París y Londres una apreciación de gran importancia, a saber, que de

momento, Italia constituía un activo más valioso para la Entente si estaba dentro de la Triple Alianza que fuera de ella. En una carta de enero de 1912 al primer ministro Raymond Poincaré, Paul Cambon señalaba que «como aliada, Italia era más molesta que útil»:

> Alberga contra Austria una hostilidad latente que nada puede aplacar y, en lo que respecta a Francia, tenemos razones para pensar que en caso de conflicto, se mantendría neutral o más probablemente esperaría acontecimientos antes de tomar parte. Por lo tanto, no necesitamos ligarla más estrechamente a nosotros...[31]

Un hecho de una importancia aún más fundamental subyacía al desbarajuste de la Triple Alianza. Cuando Italia montó su ataque sobre Libia, la mayor parte de Europa se mostró reticente a darle su apoyo. Esta situación era de por sí digna de tener en cuenta, ya que revelaba que la coalición europea pro otomana se había disuelto por completo. En la década de 1850, las potencias se pusieron de acuerdo para contener las actividades predatorias rusas en el Imperio Otomano; el resultado fue la Guerra de Crimea. Esta agrupación se reconstruyó de manera diferente en la Conferencia de Berlín de 1878 tras la Guerra ruso-turca y se reagrupó durante la crisis de Bulgaria a mediados de la década de 1880. Ahora no se la veía por ninguna parte. En la fase inicial de la guerra italiana, el Imperio Otomano buscó una alianza con Gran Bretaña, pero Londres, reacia a enemistarse con Italia, no respondió. Las dos Guerras Balcánicas que vinieron después rompieron el acuerdo irremediablemente.[32]

Estaba teniendo lugar una transición de profunda trascendencia: Gran Bretaña se estaba distanciando poco a poco de su compromiso, mantenido durante siglos, de mantener a los rusos encerrados en el Mar Negro y así preservar la integridad del Imperio Otomano. Sin duda, los británicos sospechaban aún lo bastante de Rusia como para permitir que aflojara la vigilancia en los Estrechos. En 1908, Izvolsky solicitó a Grey una relajación de las restricciones al acceso de Rusia a los estrechos de

Turquía, pero Grey se negó a acceder a pesar de que el año anterior se había firmado el Convenio anglo-ruso. Hasta 1914, la flota otomana en el Bósforo seguía comandada por un británico, el almirante Sir Arthur Henry Limpus. Pero la flexibilización gradual del compromiso británico con el régimen otomano creó paulatinamente un vacío geopolítico en el que Alemania se fue introduciendo poco a poco.[33] En 1887, Bismarck aseguró al embajador ruso en Berlín que Alemania no tendría inconveniente en considerar a los rusos «los amos de los Estrechos, los dueños de la entrada al Bósforo y de la mismísima Constantinopla».[34] Pero la retirada de Bismarck en 1890 aflojó el tradicional lazo con Rusia y los dirigentes alemanes buscaron estrechar los vínculos con Constantinopla. En octubre de 1889 y una vez más en octubre de 1898, el káiser Guillermo II realizó sendos viajes al Imperio Otomano que tuvieron una gran publicidad, y a partir de la década de 1890 Alemania participó muy activamente en la financiación de la construcción de los ferrocarriles otomanos, primero el Ferrocarril de Anatolia y luego el célebre Ferrocarril de Bagdad iniciado en 1903, y que una vez terminado debía conectar Berlín con el Irak otomano vía Constantinopla.

A este cambio de guardia anglo-alemán subyacía una continuidad estructural. El problema de los estrechos –que es otra forma de expresar el problema de frenar el poder ruso en el Mediterráneo oriental– seguiría siendo una de las constantes del sistema europeo moderno (si dejamos aparte el breve intervalo de 1915-1917, cuando Francia y Gran Bretaña trataron de obligar a los rusos a unirse a la coalición de guerra prometiéndoles Constantinopla y los estrechos de Turquía). Seguía siendo manifiesto después de 1945, cuando una alianza con los Estados Unidos protegió a Turquía frente a una posible agresión soviética. Este acuerdo estratégico importantísimo supuso que Turquía, aunque sigue excluida de la Unión Europea, haya sido miembro de la OTAN desde 1952. La sustitución gradual de Gran

Bretaña por Alemania como guardián de los estrechos en *esa* coyuntura concreta fue de capital importancia, ya que coincidió con el desgarro de Europa en dos bloques de alianzas. La cuestión de los estrechos de Turquía, que en su día contribuyó a unificar el concierto europeo, estaba ahora mucho más implicada si cabe en los antagonismos de un sistema bipolar.

DESCONTROL EN LOS BALCANES

Cuando en el otoño de 1912 los otomanos llamaron a la paz con Italia, ya estaban en marcha los preparativos de un gran conflicto en los Balcanes. El 28 de septiembre de 1911, el día que Italia envió el ultimátum a Constantinopla, el ministro serbio de Asuntos Exteriores advirtió que si la Guerra italo-turca se alargaba, repercutiría inevitablemente en los Balcanes.[35] Casi al mismo tiempo que se conoció la declaración italiana de guerra en octubre de 1911, se iniciaron los preparativos para celebrar una reunión entre representantes de los gobiernos serbio y búlgaro a fin de discutir una operación militar conjunta.[36] En noviembre de 1911, los serbios completaron el borrador de un tratado de alianza con Bulgaria que explicaba con todo detalle las condiciones para una guerra ofensiva contra Turquía. A la alianza defensiva serbo-búlgara firmada en marzo de 1912 le siguió una ofensiva abierta en mayo, justo cuando Italia tomaba el Dodecaneso. Los acuerdos serbo-búlgaros se centraban principalmente en objetivos militares situados en la Europa suroriental otomana, pero solo preveían la posibilidad de una acción combinada contra Austria-Hungría.[37] Al núcleo serbobúlgaro se unió una Liga Balcánica secreta cuyo propósito era la expulsión de los turcos de la península. Las negociaciones de paz entre Italia y el Imperio Otomano seguían prolongándose cuando los Estados de la Liga empezaron a movilizarse a favor de una guerra balcánica. Las hostilidades comenzaron el 8 de octubre de 1912 con un ataque de Montenegro contra las posiciones otomanas. El 18 de octubre de 1912, mientras se firmaba la paz en

Lausana, el rey Pedro I hizo una declaración en la que anunciaba que «por la gracia de Dios había ordenado a [su] valiente ejército unirse a la Guerra Santa para liberar a nuestros hermanos y garantizar un futuro mejor».[38]

Casi todo el mundo había previsto la guerra que estalló en los Balcanes en octubre de 1912. Lo que sorprendió a los observadores contemporáneos fue la rapidez y la magnitud de las victorias que obtuvieron los Estados de la Liga Balcánica. Se libraban batallas por toda la península al tiempo que los ejércitos serbio, búlgaro, griego y montenegrino avanzaban sobre los baluartes otomanos. La geografía dictaba que el fulcro de la guerra búlgara estuviera en Tracia oriental, cuyas amplias y onduladas llanuras se estrechan hasta convertirse en el istmo en cuyo extremo se encuentra Constantinopla. Los búlgaros desplegaron en esta zona casi 300.000 hombres, aproximadamente el 15% de la población masculina del país (en total, durante la Primera Guerra de los Balcanes fue movilizado algo más del 30% de los varones búlgaros).[39] En Kirk Kilisse (Lozengrado), una encarnizada batalla se prolongó durante tres días a lo largo de un frente de 58 km que se extendía hacia el este de la fortaleza otomana de Edirne (Adrianópolis). La infantería búlgara, encabezada por el increíblemente activo Dimitriev, conocido como «Napoleón» debido a su baja estatura y su preferencia por ponerse al frente de la batalla, atacó con una gran determinación y fiereza. Cuando los otomanos se replegaron en desbandada, los búlgaros continuaron por el barro y la lluvia torrencial hasta que llegaron a un país que no reconocían y para el que no tenían buenos mapas: sus mandos nunca esperaron que llegaran tan lejos. El violento ataque búlgaro se topó al fin con la línea de fortificaciones de Çatalca, a solo 32 km de Constantinopla. Aquí, el 17 de noviembre de 1912, con la capital a sus espaldas, los otomanos ocuparon la línea, utilizaron fuego de artillería precisa causando bajas espantosas en las filas de avanzada de la infantería, y re-

chazaron oleada tras oleada de ataques. Esto fue lo más cerca que alguna vez llegaron los búlgaros de Constantinopla.

Mientras los búlgaros se abrían paso en Tracia, el 1er Ejército serbio avanzaba hacia el norte de Macedonia con unos 132.000 hombres. El 22 de octubre, antes de lo esperado, encontraron un ejército otomano acampado en las cercanías de la ciudad de Kumanovo. Al día siguiente, se libró una batalla a lo largo de un frente de 16 km bajo una lluvia fría y torrencial. Tras dos días de combates, los serbios infligieron una derrota aplastante a los otomanos que no tuvo una secuela inmediata. Pero el ejército serbio siguió avanzando hacia el sur y al cabo de tres días de combates esporádicos pero arduos alrededor de la ciudad de Prilep, de nuevo bajo la lluvia otoñal, los serbios expulsaron una vez más a los otomanos de sus posiciones. A petición de sus aliados búlgaros, que estaban deseando asegurar Salónica antes de que los griegos le pusieran la mano encima y no tenían más soldados disponibles, el mando serbio ordenó a su 1er Ejército que avanzara hacia Bitola, una ciudad pintoresca a orillas del río Dragor en el sudoeste de Macedonia. Esto ocurría el 8 de noviembre. Los otomanos se habían detenido y consolidado su posición allí, y habían colocado su artillería en los cerros de Oblakov que dominaban el principal acceso desde el norte. Al principio, el fuego de la artillería pesada impidió el avance de los serbios. Solo después de haber asaltado y tomado la cresta de Oblakov el 17 de noviembre, la batalla se decantó decisivamente a favor de los serbios. Su artillería destruyó las baterías otomanas que defendían la ciudad disparando con gran destreza desde los cerros, abriendo el paso a un ataque de la infantería que desbarataría el flanco otomano. Esta fue la última batalla de los otomanos en Macedonia. Y mientras tanto, el 3er Ejército serbio había avanzado hacia el oeste hasta el norte de Albania, donde respaldaron al ejército montenegrino en el asedio a la ciudad fortificada de Scutari.

Desde el inicio del conflicto, los griegos se centraron con una determinación inquebrantable en conseguir Salónica, la mayor ciudad de Macedonia y el puerto estratégico más importante de la región. Dejando los bastiones macedonios de su flanco izquierdo a los serbios y los búlgaros, el ejército griego de Tesalia marchó hacia el nordeste, invadiendo las posiciones otomanas en el paso de Sarantaporos y Yanitsa el 22 de octubre y el 2 de noviembre. El camino a Salónica estaba ahora despejado. A continuación se produjo un intervalo casi cómico. Durante la primera semana de noviembre, las unidades griegas comenzaron a rodear la ciudad. Al darse cuenta de que los griegos estaban a punto de obtener este codiciado premio, los búlgaros ordenaron a su 7ª División Rila que se apresurase hacia el sur con la esperanza de adelantarse a una ocupación griega, un despliegue que les obligó a dejar Bitola a los serbios. A medida que se aproximaban a la ciudad, enviaron mensajeros que instaron al mando otomano a rendirse al ejército búlgaro en condiciones favorables. Desde el mando llegó la triste respuesta: «Solo tengo una Tesalónica y ya la he entregado»; los griegos habían llegado primero. Al principio los griegos negaron la entrada a los búlgaros, pero finalmente permitieron que 15.000 búlgaros ocuparan la ciudad junto con 25.000 griegos. En una campaña paralela llevada a cabo en la región de Epiro (actualmente en Albania meridional) los griegos se quedaron estancados en el asedio a las posiciones otomanas bien fortificadas alrededor de Yanina. Los combates se alargaron en algunas zonas, pero la magnitud del éxito de los aliados fue extraordinaria: en solo seis semanas habían conquistado casi la mitad de la Turquía europea. El 3 de diciembre de 1912, cuando se firmó un armisticio, los únicos puntos donde los otomanos seguían resistiendo al oeste de la línea Çatalca eran Adrianópolis, Yanina y Scurati, todas ellas aún bajo asedio.

Como indican las peleas por Salónica, la Primera Guerra de los Balcanes contenía las semillas de un segundo conflicto por los desechos territoriales del primero. En el tratado constitutivo de su alianza en marzo de 1912, Serbia y Bulgaria acordaron un plan de reparto bien definido: los búlgaros obtenían el sur de Macedonia, incluidas las ciudades de Ocrida, Prilep y Bitola. A Serbia le adjudicaban Kosovo –corazón del paisaje mitológico serbio– y el Sanjak de Novi Pazar. El norte de Macedonia, que incluía la importante ciudad de Skopie, se designó «zona en litigio»: si ambas partes no lograban llegar a un acuerdo se comprometían a aceptar el arbitraje del zar de Rusia. Los búlgaros estaban encantados con este acuerdo, sobre todo porque esperaban que los rusos gobernaran a su favor.[40]

Por el contrario, los serbios distaban mucho de estar contentos. En la élite política muchos tenían la sensación de que la alianza de marzo, que había sido negociada por el moderado primer ministro Milovan Milovanović, había hecho demasiadas concesiones. Entre los críticos estaba el jefe del Estado Mayor Radomir Putnik y el líder del Partido Radical Nikola Pašić. «En mi opinión», comentó Pašić posteriormente, «concedimos demasiado, o mejor dicho, abandonamos algunas zonas serbias que nunca deberíamos haber osado abandonar, aunque nos hubiéramos quedado sin acuerdo.»[41] Unos meses después, en julio de 1912, Milovanović murió repentinamente y con él desapareció uno de los principales exponentes de la moderación de la política exterior serbia. Seis semanas después de su muerte, el ferviente nacionalista Pašić tomó posesión del cargo de primer ministro y ministro de Asuntos Exteriores.

5. Los Balcanes en 1912

6. Los Balcanes: líneas de tregua tras la Primera Guerra de los Balcanes

7. Los Balcanes tras la Segunda Guerra de los Balcanes

La primera señal inequívoca de que el gobierno serbio tenía intención de incumplir los términos del tratado con Bulgaria llegó incluso antes de que estallara la Primera Guerra de los Balcanes. El 15 de septiembre de 1912, Pašić envió una circular confidencial a las delegaciones serbias ante las potencias europeas, en la que hacía referencia a la «Antigua Serbia» y la definía como la zona que englobaba Prilep, Kicevo y Ocrida, localidades que en marzo se habían prometido a Bulgaria. Mientras la guerra seguía su curso, los planes serbios en Macedonia se eclipsaron temporalmente debido al avance de Albania hacia el norte, lo que distrajo a los dirigentes con la cautivadora posibilidad de un puerto en el Adriático. Este era el viejo problema de la «unificación» nacional serbia: que pudiera implicar una expansión en distintas direcciones, obligando a los responsables de tomar decisiones a elegir entre diferentes opciones. Sin embargo, en cuanto se hizo patente que Austria-Hungría no tenía intención de permitir que los serbios obtuvieran una franja de Albania y se desvanecía la posibilidad de un puerto en el Adriá-

tico, los dirigentes de Belgrado empezaron a mencionar en público la idea de revisar los términos del tratado con Bulgaria a favor de Serbia. Una ciudad talismán particular era Monastir, que los serbios habían tomado «a la bayoneta» tras reiteradas cargas y grandes pérdidas.[42] Los búlgaros, alarmados, pidieron aclaraciones, pero como de costumbre Pašić se mostró evasivo; «todas las diferencias podrían y deberían resolverse con facilidad», aseguró a los búlgaros, si bien al mismo tiempo se hablaba en la sombra de anexionar no solo Prilep y Bitola de la zona búlgara, sino también la codiciada ciudad de Skopie de la «zona en litigio».[43] Las noticias del maltrato de los búlgaros por los serbios en las «tierras liberadas» encresparon aún más los ánimos. No ayudó el hecho de que el príncipe Alejandro, heredero al trono, se paseara por varias ciudades macedonias durante un recorrido por las zonas conquistadas entablando con los búlgaros de la localidad el siguiente diálogo convencional:

> «Tú qué eres?»
>
> «Búlgaro.»
>
> «Tú no eres búlgaro. Al diablo con tus orígenes.»[44]

Durante unos meses pareció que podría evitarse un conflicto, porque tanto Belgrado como Sofía acordaron a finales de abril de 1913 someter la disputa por Macedonia al arbitraje de Rusia. Deseosa de resolver el asunto, Sofía envió a Belgrado a Dimitar Rizov, el diplomático búlgaro que había asistido al nacimiento del tratado de la alianza serbo-búlgara en 1904 (véase capítulo 2), para exponer las bases de un acuerdo amistoso.[45] Conocido como un exponente de la colaboración serbo-búlgara, Rizov era el hombre adecuado para lograr un acuerdo, si es que alguno era posible. Pero sus conversaciones con el gobierno serbio le convencieron de que Belgrado no tenía la más mínima intención de renunciar a ninguna de las tierras y bastiones que ocupaba en ese momento dentro de la «zona búlgara». Le impresionaba especialmente la influencia que ejercía el embajador ruso.

El peso de Hartwig en los asuntos serbios era tal, decía en un informe al primer ministro búlgaro, «que sus colegas [diplomáticos] en privado le llamaban "el Regente", ya que, en realidad, cumplía las funciones del rey serbio aquejado de enfermedad».[46] El 28 de marzo, un día después de que Rizov partiera de Belgrado, Pašić hizo pública por fin su política de anexión, declarando ante la Skupština que Serbia conservaría todas las tierras que había conseguido con tanto esfuerzo.

Era inevitable un nuevo conflicto por Macedonia. Durante la última semana de mayo de 1913, grandes contingentes de soldados serbios fueron trasladados hacia posiciones adelantadas a lo largo de la frontera búlgara y el tráfico ferroviario de civiles se cerró temporalmente.[47] El 30 de junio, Pašić se presentó de nuevo ante la Skupština defendiendo su política macedonia frente a los diputados del nacionalismo extremo que sostenían que Serbia debería haberse apoderado inmediatamente de las provincias apresadas. En el calor del debate llegó un mensajero para informar al primer ministro que a las dos de la madrugada las fuerzas búlgaras habían atacado las posiciones serbias en las zonas en litigio. No había habido declaración de guerra. Esto provocó un gran revuelo en la Skupština y Pašić abandonó la sesión para coordinar los preparativos del gobierno para una contraofensiva.

En la guerra que vino a continuación, Serbia, Grecia, Turquía y Rumanía unieron sus fuerzas para arrancar fragmentos de territorio de los flancos de Bulgaria. A comienzos de julio los serbios frenaron la entrada de las fuerzas búlgaras en Macedonia en el río Bregalnica. Luego, las tropas búlgaras, bien atrincheradas alrededor de Kalimantsi al nordeste de Macedonia, repelieron un contraataque serbio los días 15-18 de julio e impidieron a los serbios invadir el oeste de Bulgaria. Mientras el frente serbio se estancaba, los griegos atacaron desde el sur en una campaña que culminó en la sangrienta e inútil batalla de Kresna

Gorge. Al mismo tiempo, un ataque rumano en el este, que llevó a las tropas rumanas a unos once kilómetros de Sofía, obligó al gobierno búlgaro a pedir un armisticio. En la Paz de Bucarest firmada el 10 de agosto de 1913, Bulgaria, tras una sangría tremenda, perdió gran parte de los territorios que había conseguido en la primera guerra.

EL INDECISO

La política rusa sobre los acontecimientos en los Balcanes se desarrolló a la sombra de la crisis de la anexión de Bosnia de 1908-1909. Los rusos olvidaron (o nunca supieron) el papel que había desempeñado Izvolsky al proponer Bosnia-Herzegovina a cambio del apoyo diplomático de Austria en el asunto de los estrechos. El contexto internacional más general –la negativa de Gran Bretaña, por ejemplo, a apoyar la pretensión rusa de acceder a los estrechos de Turquía– fue asimismo eliminado de la memoria. La anexión bosnia, simplificada para servir a los fines de la propaganda nacionalista y paneslavista, se recordaba como un capítulo tristemente célebre de la historia de la perfidia austriaca, empeorado por la intervención de Alemania en defensa de su aliado en marzo de 1909. Nunca Rusia hubiera debido sufrir de nuevo una «humillación» así. Pero la debacle bosnia también puso de manifiesto la magnitud del aislamiento de Rusia en los asuntos de los Balcanes, ya que ni Gran Bretaña ni Francia habían mostrado mucho afán en ayudar a San Petersburgo a librarse del desorden que Izvolsky había contribuido a crear. Era evidente que en el futuro Rusia tendría que encontrar una forma de ejercer presión en la región sin perder el apoyo de sus socios occidentales.

Lo más sorprendente de la política rusa en los Balcanes en 1911-1912 era la falta de control y de coordinación. El asesinato de Stolypin el 18 de septiembre de 1911 hundió el sistema en el caos. El primer ministro llevaba muerto diez días cuando el gobierno italiano envió su ultimátum al gobierno otomano. El

nuevo primer ministro, Vladimir Kokovtsov, todavía se estaba habituando al puesto. Entre marzo y diciembre de 1911, Sazonov estuvo fuera del país convaleciente de una grave enfermedad. En su ausencia, el ministro adjunto de Asuntos Exteriores Neratov se esforzó por mantenerse al día de los acontecimientos. Las riendas del control ministerial se aflojaron. El resultado fue una fractura de la política rusa en elementos paralelos y mutuamente incompatibles. Por un lado, el embajador ruso en Constantinopla, N. V. Charykov, intentó sacar provecho del aprieto otomano para negociar una mejora de las condiciones del transporte ruso en los estrechos de Turquía.[48] Mientras la crisis libia se desarrollaba, Charykov propuso al gobierno otomano que Rusia garantizaría la posesión turca de Constantinopla junto con la defensa del interior de Tracia. A cambio, el gobierno otomano concedería a los buques de guerra rusos vía libre a través de los Dardanelos y el Bósforo.[49]

Al mismo tiempo, Nikolai Hartwig, embajador en Belgrado, seguía una línea muy diferente. Hartwig se había formado en el Departamento Asiático del Ministerio ruso de Asuntos Exteriores, una escuela que se caracterizaba por una preferencia por las posturas firmes y los métodos implacables.[50] Desde su llegada a la capital serbia en el otoño de 1909, fue el paladín de una política rusa activa en la península de los Balcanes. No se esforzó en ocultar sus opiniones austrófobas y paneslavas. Era indudable que Andrey Toshev, embajador búlgaro en la capital serbia, exageraba cuando afirmaba que «poco a poco [Hartwig] tomaba en sus manos la verdadera dirección del reino [serbio]», pero no cabe duda de que Hartwig ocupaba una posición de influencia sin igual en la vida política de Belgrado.[51] La popularidad de Hartwig en la corte del zar Nicolás II y en general la falta de una vigilancia y un control enérgicos por parte de San Petersburgo significaban que, como comentó con pesar el encargado de negocios de la misión rusa en Belgrado, era relativamente

libre de elaborar sus propias opiniones extremas, aunque entraran en conflicto con las señales oficiales que emanaban del ministerio. Había «adquirido una posición tal que podía dar a los serbios su propia versión de las medidas que Rusia estaba a punto de tomar».[52]

Mientras Charykov examinaba la posibilidad de un acercamiento duradero con Constantinopla, Hartwig presionaba a los serbios para que formaran una alianza ofensiva con Bulgaria en contra del Imperio Otomano. Se encontraba en una posición excelente para coordinar estos intentos, ya que su viejo amigo Miroslav Spalajković, que prácticamente vivió en la misión rusa durante el escándalo del proceso Friedjung, había aceptado un puesto de embajador serbio en Sofía donde ayudó a allanar el camino hacia un tratado serbo-búlgaro. Además de apremiar al gobierno serbio con sus argumentos, Hartwig no paró de mandar cartas al ministro adjunto Neratov insistiendo en que la formación de una Liga Balcánica contra los otomanos (e, implícitamente, Austria-Hungría) era la única forma de garantizar los intereses rusos en la región. «El momento presente es tal», le dijo a Neratov el 6 de octubre de 1911, tres días antes del bombardeo de Trípoli por los italianos, «que ambos Estados [Serbia y Bulgaria] cometerían la mayor ofensa contra Rusia y los eslavos si mostraran la más mínima vacilación.»[53]

Así que Sazonov tuvo que elegir entre opciones irreconciliables cuando a finales de 1911 regresó de su convalecencia. Optó por desautorizar a Charykov. Al gobierno otomano le dijeron que no tomara en consideración las propuestas del embajador y Charykov fue destituido de su cargo unos meses después.[54] Sazonov afirmó que castigaba a su embajador por no hacer caso de sus instrucciones, saltar por encima de «todas las barreras» que fijó San Petersburgo y de ese modo «liarla parda».[55] Pero fue una cortina de humo: Charykov había logrado que el ministro adjunto Neratov apoyara sus propuestas y desde luego no

era el único enviado ruso que elaboraba políticas sin parar; en este sentido, Hartwig era con mucho el mayor culpable. La verdadera razón de Sazonov para desautorizar a su embajador en Constantinopla fue su preocupación de que aún no era el momento propicio para renovar la iniciativa rusa en los estrechos.[56] En diciembre de 1911, en el viaje de vuelta de su convalecencia en Suiza, Sazonov se enteró por Izvolsky y por el embajador ruso en Londres, el conde Benckendorff, de que insistir directamente en la cuestión de los estrechos sometería las relaciones con Francia y Gran Bretaña a grandes tensiones. Las posturas británicas eran especialmente preocupantes porque durante el invierno de 1911-1912 reaparecieron las tensiones acerca del acuerdo anglo-ruso sobre Persia. Cuanto más empeorasen estas tensiones, menos probable era que Gran Bretaña adoptase una opinión benevolente respecto a los objetivos rusos en los estrechos. Entretanto, el apoyo poco entusiasta de Rusia a la aventura de Francia en Marruecos en la primavera y el verano de 1911, debilitó el vínculo con París. En todo caso, el gobierno francés se mostraba reacio a que los rusos lograran un mejor acceso al Mediterráneo oriental, al que consideraban su propia esfera de interés. Pero lo más importante de todo fue que la enorme magnitud de la inversión francesa en el Imperio Otomano hizo que París sospechara en grado sumo de cualquier iniciativa rusa que pareciera comprometer su salud financiera. En un momento en el que los lazos que mantenían unida la Entente parecían relativamente endebles, las propuestas que pudieran causar divisiones en una zona de semejante importancia estratégica como los estrechos eran inoportunas. Por el momento, dicho de otro modo, Sazonov se vio obligado a priorizar la cohesión de la Entente frente al interés de Rusia de mejorar su acceso a los estrechos.

Al mismo tiempo que se desvinculaba de la iniciativa de Charykov, Sazonov apoyaba la política de Hartwig a favor de los

serbios y de la Liga en los Balcanes como forma de contrarrestar los planes de Austria y de presionar a los otomanos de manera indirecta. Pero el ministro ruso de Asuntos Exteriores evitó cuidadosamente desafiar a los otomanos de un modo que pudiera alejar a los socios occidentales de la Entente. Había que sopesar el deseo de aprovechar las oportunidades que se abrían en el Bósforo y los riesgos de actuar en solitario. Alentó las incursiones relámpago de los italianos en los Dardanelos, a pesar de que con toda probabilidad provocarían que los turcos cerraran el canal y que el tráfico comercial ruso quedara gravemente interrumpido. Sazonov dijo a los británicos y a los franceses que su objetivo era involucrar a los italianos en una asociación balcánica; como le dijo a Sir Charles Buchanan, embajador inglés en San Petersburgo, veía en Italia «un valioso contrapeso de Austria»; en realidad, tenía la esperanza de que las incursiones italianas pudieran en algún momento ofrecer a los rusos una excusa para exigir que se permitiera el acceso a sus buques de guerra.[57] A principios de octubre de 1912, Sazonov le dijo a Izvolsky que lo esencial era que Rusia «no se presentara como el aglutinante de la oposición a Turquía».[58]

Sergei Sazonov (Cortesía de las Bibliotecas de la Universidad de Texas, Universidad de Texas en Austin)

Sazonov también apoyaba y auspiciaba la creación de la Liga Balcánica. Fue favorable a la Liga desde su llegada al cargo y afirmaba que la visión de medio millón de bayonetas formando una muralla entre las potencias principales y los Estados balcánicos le arrebataba.[59] Sus motivos para auspiciar la institución del tratado de alianza serbo-búlgara en marzo de 1912 eran tanto anti austriacos como anti turcos. El tratado determinaba que los firmantes «acudirían a ayudarse mutuamente con todas sus fuerzas» en caso de que «cualquier Gran Potencia tratara de anexionar, ocupar o invadir temporalmente» cualquier territorio balcánico otrora turco –en clara alusión, si bien implícita, a Austria, sospechosa de tener los ojos puestos en el Sanjak de Novi Pazar.[60]

Sazonov sabía perfectamente que con toda probabilidad la península de los Balcanes se volvería muy inestable después de la Guerra de Libia. Creía que era esencial que Rusia mantuviera el control de cualquier conflicto resultante. Por consiguiente, los términos del tratado serbo-búlgaro asignaban a Rusia un papel de coordinación y arbitraje en todo acuerdo posconflicto. Un protocolo secreto estipulaba que los firmantes debían advertir a Rusia con antelación de sus intenciones de hacer la guerra; si los dos Estados discrepaban en si iniciar un ataque (contra Turquía), o cuándo, el veto ruso sería vinculante. Si un acuerdo sobre la repartición del territorio conquistado resultara impreciso, debía someterse al arbitraje de Rusia; la decisión de Rusia era vinculante para ambas partes del tratado.[61]

Así que todo parecía indicar que la alianza iba a ser un instrumento valioso para el logro de los intereses rusos.[62] Sin embargo subsistían algunas dudas. La experiencia pasada indicaba que la Liga Balcánica que Rusia había contribuido a crear podría no someterse a las instigaciones de San Petersburgo. En octubre

y noviembre de 1911, las desavenencias sobre este punto llevaron a Hartwig, que defendía una política agresiva de la Liga Balcánica, y A.V. Nekliudov, y al embajador ruso en Sofía, a quien preocupaba que la alianza resultante escapara al control ruso, a una amarga disputa. Nekliudov tenía razón; ¿y si los dos Estados firmantes estuvieran de acuerdo en la viabilidad y el momento oportuno de un ataque? En ese caso, el veto ruso al tratado no tendría sentido (de hecho, fue lo que ocurrió). Y ¿qué ocurriría si los dos signatarios incorporaran otros Estados vecinos –Montenegro y Grecia, por ejemplo– a su coalición sin consultar a San Petersburgo? Esto también sucedió: Rusia fue informada, pero no consultada, acerca de los artículos militares secretos anexos a la alianza; las objeciones de San Petersburgo a la inclusión de Montenegro y Grecia no se tuvieron en cuenta. La Liga amenazaba con escapar al control aún antes de haber nacido del todo.[63]

Cuando en octubre de 1912 el tigre balcánico saltó fuera de su jaula, Sazonov se esforzó por frenarle. Por otro lado, el embajador ruso en Londres fue informado de que no debía acceder a ninguna propuesta que entrañara la colaboración de Rusia con Austria.[64] Al mismo tiempo, los Estados de la Liga fueron advertidos de que no podrían contar con la ayuda de Rusia.[65] Estas advertencias debieron sonar extrañas a los oídos serbios y búlgaros, habida cuenta de que Rusia había animado a ambos Estados a hacer causa común contra los turcos. Milenko Vesnić, enviado serbio a Francia, recordaba una reunión en París con Sazonov en octubre de 1912, justo cuando la guerra estaba en sus inicios. En el Quai d'Orsay, y ante un grupo de funcionarios franceses, Sazonov dijo a Vesnić que creía que la movilización serbia había sido un «paso mal concebido» y que era fundamental detener y dar la guerra por finalizada enseguida. Irritado pero impertérrito, Vesnić recordó a Sazonov que el ministro ruso de Asuntos Exteriores había tenido «pleno conocimiento del

acuerdo al que habían llegado Serbia y Bulgaria». Molesto –¡había funcionarios franceses presentes!– Sazonov respondió que era cierto, pero que solo se aplicaba al primer tratado, que era «meramente defensivo»; una afirmación dudosa, cuando menos.[66] La diplomacia rusa desempeñaba dos papeles al mismo tiempo: instigaba y pacificaba. Sazonov dijo a Sofía que no se oponía a una guerra balcánica como tal, pero que le preocupaba la oportunidad del momento: una guerra en los Balcanes podría provocar consecuencias en muy diversos aspectos, y Rusia todavía no estaba preparada militarmente para arriesgarse a una conflagración general.[67] La confusión generada por la ambivalencia del mensaje de Sazonov se vio agravada por el belicismo entusiasta de Hartwig y del agregado militar ruso en Sofía, quienes alentaron a sus respectivos interlocutores a creer que si las cosas iban mal, Rusia no dejaría que sus «hermanos pequeños» de los Balcanes se las arreglaran solos. Se dijo que Nekliudov, el embajador ruso en Sofía, lloró de alegría cuando se anunciaron las movilizaciones serbo-búlgaras.[68]

Pero ¿y si la política rusa en los Balcanes, en vez de favorecer los planes rusos en los Estrechos, los pusiera en peligro? Los dirigentes políticos de San Petersburgo podían vivir con la idea de que los Estrechos seguirían estando por el momento bajo la débil custodia de los otomanos, pero la idea de que otra potencia se estableciera en las orillas del Bósforo era totalmente inaceptable. En octubre de 1912, el rápido avance inesperado de los ejércitos búlgaros sobre la línea de Çatalca al este de Tracia –las últimas grandes obras defensivas antes de llegar a la capital otomana– alarmó a Sazonov y sus colegas. ¿Cómo debería responder Rusia si los búlgaros tomaran y ocuparan Constantinopla teniendo como tenían un rey obstinado que como era bien sabido aspiraba a la antigua corona de Bizancio? En ese caso, dijo Sazonov a Buchanan, «Rusia se vería obligada a advertirles que se fueran», porque, añadió de un modo más bien cínico, «si bien

Rusia no deseaba establecerse en Constantinopla no podía permitir que ninguna otra potencia tomara posesión de ella».[69] En una carta a Nekliudov, con copia a las legaciones de París, Londres, Constantinopla y Belgrado, Sazonov utilizó el conocido argumento de que una toma de Constantinopla por los búlgaros pondría a la opinión pública rusa en contra de Sofía.[70] El embajador búlgaro en San Petersburgo recibió una advertencia que no auguraba nada bueno: «Bajo ningún concepto entréis en Constantinopla, porque de lo contrario complicaréis vuestros asuntos gravemente».[71] Únicamente el fracaso sangriento del avance búlgaro sobre la línea de fortificaciones de Çatalca libró a Sazonov de intervenir de un modo que podría haber inquietado a las potencias aliadas.

Mientras se llevaban a cabo estas maniobras, crecía la agitación de la prensa rusa. Las noticias de la lucha que se desarrollaba entre los Estados balcánicos y el enemigo ancestral en el Bósforo exaltaban a los directores de los periódicos. Ningún otro asunto tenía una fuerza comparable para provocar entusiasmo, solidaridad, indignación y cólera en los ciudadanos rusos. «Si los eslavos y los griegos resultan victoriosos», preguntó *Novoye Vremya* a finales de octubre de 1912, «¿dónde está la mano de hierro que [...] les arrebatará los frutos de las victorias que habrán pagado con su sangre?»[72] Es difícil valorar el efecto que tuvieron estas corrientes en Sazonov. Al ministro ruso de Asuntos Exteriores le molestaba el interés de la prensa por los detalles de su política y adoptaba una actitud de desprecio hacia los periodistas y sus opiniones. Por otro lado, parece haber sido muy sensible a las críticas de la prensa. En una ocasión, convocó una rueda de prensa para quejarse del trato hostil que había recibido de los periodistas. En una circular del 31 de octubre a los embajadores rusos ante las grandes potencias, Sazonov declaraba que no tenía intención de permitir que las voces nacionalistas de la prensa rusa influyeran en su modo de manejar la

política. Pero llegó a sugerir que los enviados podrían considerar el uso de la agitación en los informes de prensa para «inclinar a los gobiernos [extranjeros] a pensar en la necesidad de tomar en cuenta la dificultad de nuestra posición»[73]; dicho de otro modo, al tiempo que negaba que la prensa influyera en su toma de decisiones, consideraba que una cobertura informativa adversa podrían aprovecharla en el extranjero para conseguir un cierto margen de maniobra en las negociaciones diplomáticas. Pocos documentos evocan mejor la complejidad de las relaciones entre los responsables políticos más importantes y la prensa.

La improvisación y la indecisión siguieron siendo una característica de la política de Sazonov durante la Primera Guerra de los Balcanes. A finales de octubre anunció solemnemente su apoyo a la política de Austria de mantener el statu quo territorial en la península de los Balcanes. Pero luego, el 8 de noviembre, Sazonov informó al gobierno italiano de que el acceso serbio al Mar Adriático era una necesidad absoluta, y añadió severamente: «Es peligroso ignorar los hechos.» Sin embargo, tres días después dijo a Hartwig que la creación de un Estado *albano* independiente en la costa del Adriático era una «necesidad inevitable», añadiendo una vez más: «Ignorar los hechos es peligroso.»[74] Hartwig recibió la orden de advertir a Pašić de que si los serbios exigían demasiado, Rusia podría verse obligada a apartarse y abandonarlos a su suerte, una tarea que el ministro ruso llevó a cabo con reservas y un desagrado manifiesto. Sazonov reenvió copias de este mensaje a Londres y París.[75] Y sin embargo, para el 17 de noviembre estaba otra vez abogando por un corredor serbio hacia la costa.[76] Se despacharon notas a París y Londres en las que se declaraba que Rusia podría verse obligada a intervenir militarmente contra Austria-Hungría si esta última atacaba Serbia; se pidió a los dos gobiernos aliados que expresaran sus opiniones.[77] «Sazonov cambia su punto de vista

tan a menudo», escribió el embajador británico George Buchanan desde San Petersburgo en noviembre de 1912, «que es difícil seguir las fases de pesimismo y optimismo sucesivas por las que pasa.»[78] «Más de una vez le he reprochado a Sazonov su incoherencia y sus frecuentes cambios de frente», informó Buchanan dos meses después. Pero para ser justos, continuaba, el ministro ruso «no era libre», estaba obligado sobre todo a tener en cuenta las opiniones del zar, que últimamente había caído bajo la influencia de los militares de San Petersburgo.[79] Robert Vansittart, antiguo tercer secretario en París y Teherán, y ahora en el Foreign Office en Londres, resumió el problema de forma sucinta: «Mister Sazonov es un triste indeciso».[80]

LA CRISIS BALCÁNICA DEL INVIERNO DE 1912-1913

Mientras Sazonov vacilaba, había signos de que los dirigentes rusos endurecían sus posturas sobre los Balcanes. La decisión de anunciar unas maniobras militares el 30 de septiembre de 1912, justo cuando los Estados balcánicos se estaban movilizando, indicaba que Rusia se proponía cubrir su diplomacia en los Balcanes con acciones militares dirigidas a intimidar a Viena. El Estado Mayor austriaco informó de que 50.000-60.000 reservistas rusos habían sido llamados a filas en el distrito de Varsovia del saliente polaco (colindante con la Galitzia austriaca) y que se esperaban otros 170.000 más, creando una concentración enorme de tropas rusas a lo largo de la frontera austrohúngara. Cuando le preguntaron acerca de estas medidas, Sazonov afirmó que no había tenido conocimiento de ellas; por el contrario, Sukhomlinov mantuvo que el ministro de Asuntos Exteriores había sido debidamente informado.[81] Tanto si Sazonov había tomado parte en la decisión como si no (y ambos escenarios eran igualmente verosímiles), las maniobras militares –y la decisión de seguir adelante con ellas aunque estallara la guerra– evidenciaron que la política rusa abandonaba la precaución que la había frenado hasta entonces. Empezó a adoptar una estrategia de

«verdadero poder» en el que la amenaza de la fuerza militar garantizaba los esfuerzos diplomáticos. «Es probable que podamos confiar en el verdadero apoyo de Francia e Inglaterra», comentó Sazonov en una carta a Kokovtsov de 10 de octubre de 1912, «solo en la medida en que ambos Estados reconozcan la magnitud de nuestra disposición a asumir posibles riesgos.»[82] En un razonamiento paradójico característico de su política de los últimos años previos al estallido de la guerra, dijo a Izvolsky que solo el mayor grado de disposición militar permitiría a Rusia ejercer una «presión pacífica» en aras de sus objetivos.[83]

La mayor firmeza de la política rusa en los Balcanes modificó también el equilibrio de poder entre Kokovtsov y Sukhomlinov. En el transcurso de las negociaciones sobre el presupuesto militar de 1913 en octubre-noviembre de 1912, se puso de manifiesto que el zar ya no estaba dispuesto a apoyar la reducción del gasto militar que pedía Kokovtsov. En una serie de reuniones entre el 31 de octubre y el 2 de noviembre, el Consejo de Ministros acordó un crédito militar adicional de 66,8 millones de rublos. El autor de este paso no fue Sukhomlinov, sino Sazonov, que el 23 de octubre escribió a Kokovtsov diciendo que era su intención que el ejército estuviera preparado para un enfrentamiento con Austria-Hungría o Turquía. Kokovtsov no tuvo más remedio que remitir la carta a Sukhomlinov, que entonces solicitó oficialmente el crédito. Esto fue fundamental para debilitar la posición de Kokovtsov: el primer ministro no tenía poder para anular una iniciativa respaldada por los ministros de Asuntos Exteriores y de la Guerra y apoyada desde un segundo plano por el zar.[84] Después del 5 de noviembre, cuando el zar autorizó una orden que aplazaba los turnos de regreso a casa de los reclutas veteranos, el número de reservistas a los que se les prolongó el servicio ascendió a 400.000.[85] Según la información que San Petersburgo transmitió a los franceses, el nivel de efectivos militares en la frontera era ahora un poco menor que en tiem-

pos de guerra, y estas medidas estaban flanqueadas por otras: el despliegue de algunas unidades cerca de la frontera de Galitzia con Austria, la confiscación de armas y la retención de material rodante. Como le dijo el jefe del Estado Mayor Zhilinsky al agregado militar francés, el objetivo era asegurar que «podamos [...] adaptarnos a cualquier eventualidad».[86]

El paso decisivo hacia una nueva escalada llegó la cuarta semana de noviembre de 1912, cuando el ministro de la Guerra Sukhomlinov y miembros del mando militar casi lograron convencer al zar para que ordenara una movilización parcial contra Austria-Hungría. Kokovtsov recordaba que el 22 de noviembre le dijeron que el zar deseaba verles a él y a Sazonov a la mañana siguiente. Cuando llegaron, descubrieron con horror que una conferencia militar ya había decidido dictar órdenes de movilización en los distritos militares de Kiev y Varsovia, que lindaban con territorio austrohúngaro. Al parecer, Sukhomlinov hubiera querido movilizarlos el día anterior, pero el zar retrasó la orden a fin de consultar primero a los ministros pertinentes. Indignado ante estas maniobras arbitrarias de los militares, Kokovtsov señaló la estupidez de la medida propuesta. Ante todo, una movilización parcial contra Austria no tenía absolutamente ningún sentido, ya que Alemania estaba obligada a ayudar a Austria si fuera atacada. ¿Y Francia? Puesto que no hubo consultas con París, una movilización repentina bien podría dejar a Rusia sola frente a las consecuencias de su locura. Luego estaba el tema constitucional: Kokovtsov sostenía que Sukhomlinov no tenía derecho siquiera a abordar semejante política con el zar sin consultar primero al ministro de Asuntos Exteriores. Nicolás II se echó atrás y consintió en cancelar las órdenes del ministro de la Guerra.[87] En esta ocasión, Sazonov se adhirió a la denuncia del primer ministro Vladimir Kokovtsov de que la propuesta era políticamente absurda, estratégicamente inviable y sumamente

peligrosa. Fue uno de los últimos coletazos del «gobierno unido» en la Rusia imperial.

Sin embargo, el hecho es que durante la crisis del invierno de 1912-1913 Sazonov había apoyado una política de confrontación con Austria, que garantizaba que la frontera ruso-austriaca siguiera estando «en el centro de la tormenta diplomática».[88] Se produjo un breve cambio de actitud tras el enfrentamiento del 23 de noviembre entre los mandos civiles y militares por el asunto de la movilización, pero el clima en San Petersburgo siguió siendo beligerante. A mediados de diciembre, el ministro de la Guerra Sukhomlinov propuso al Consejo de Ministros una serie de medidas: reforzar las unidades de la caballería fronteriza en los distritos militares de Kiev y Varsovia, llamar a filas a los reservistas para recibir instrucción y reforzar las unidades fronterizas, transportar caballos a las zonas fronterizas, reforzar las guardias militares y prohibir la exportación de caballos. Si todas estas medidas se hubieran llevado a cabo, podrían haber llevado la crisis de invierno a las puertas de la guerra: con toda seguridad se hubiera producido una escalada paneuropea, dado que en ese momento París instaba a los rusos a intensificar sus medidas contra Austria y había prometido su apoyo en caso de un conflicto militar en el que participara Alemania. Pero en opinión de Sazonov eso era ir demasiado lejos, y de nuevo se adhirió a Kokovtsov en el rechazo a la propuesta de Sukhomlinov. Esta vez, los partidarios de la paz solo lograron una victoria parcial: el llamamiento a filas de los reservistas de infantería y la prohibición de las exportaciones de caballos fueron rechazadas por ser demasiado provocadoras, pero las demás medidas salieron adelante, previsiblemente con efectos inquietantes en el humor de Viena.[89]

En vista de lo ocurrido anteriormente, la oferta que hizo Sazonov en la última semana de diciembre de 1912 de retirar una parte de los refuerzos rusos a lo largo de la frontera con Gali-

tzia, aunque solo a condición de que Viena retirara sus fuerzas primero, pareció un nuevo acto de intimidación más que un auténtico esfuerzo por reducir la escalada militar y acordar la retirada.[90] Cuando los austriacos se negaron a cumplirla, San Petersburgo redobló la amenaza una vez más insinuando la posibilidad de anunciar públicamente una nueva prórroga a los reclutas veteranos que hubiera desatado el pánico general a una guerra. A comienzos de enero de 1913, Sazonov dijo incluso al embajador británico George Buchanan que tenía en «proyecto una movilización en la frontera austriaca» y que había previsto hacer avanzar más tropas. Se volvió a hablar de la movilización del distrito militar de Kiev (esta vez por parte de Sazonov, no solo Sukhomlinov) y de un ultimátum ruso a Viena.[91]

El consiguiente punto muerto armado al que llegaron Austria y Rusia fue política y financieramente penoso para ambas partes: en Viena, el conflicto fronterizo impuso una carga desastrosa sobre las precarias finanzas de la monarquía. También suscitó dudas acerca de la lealtad de los reservistas checos, eslavos del sur y de otras minorías nacionales, muchos de los cuales se exponían a perder sus puestos de trabajo civiles si el estado de máxima alerta continuaba. También en el lado ruso se dudaba de la fiabilidad política de las unidades fronterizas –la insubordinación entre los reservistas llamados al deber amenazaba con extenderse al ejército de tiempos de paz y los oficiales del frente de Galitzia exigieron o bien la guerra inmediata o la retirada de los reservistas. El Ministerio de Finanzas y su jefe, Vladimir Kokovtsov, se quejaban también de la carga financiera impuesta por el mantenimiento de los reservistas aunque, en términos generales, las preocupaciones financieras parecen haber desempeñado un papel menos destacado en San Petersburgo, donde el ejército nadaba en dinero, que en Viena, donde los ministros temían que el control financiero se viniera abajo.[92] Kokovtsov logró inclinar de nuevo la balanza a favor de la desescalada y con-

venció al zar de no tomar más medidas potencialmente provocadoras.

Llegado el momento, fueron los austriacos quienes dieron el primer paso atrás, reduciendo poco a poco sus fuerzas militares fronterizas desde finales de enero. En febrero y marzo, Berchtold siguió con las concesiones a Belgrado. El 21 de febrero, Francisco José propuso una reducción considerable de efectivos en Galitzia y a cambio Nicolás II acordó proponer la liberación de los reclutas veteranos. La desescalada se hizo oficial la segunda semana de marzo, y se anunció públicamente una importante reducción de tropas a ambos lados de la frontera.[93]

La crisis balcánica del invierno 1912-1913 había pasado, para alivio general. Pero cambió el perfil de la política en Viena y San Petersburgo de manera indeleble. Los responsables políticos austriacos se acostumbraron a un estilo de diplomacia más militarizado.[94] En San Petersburgo apareció un partido belicista ruso. Entre sus miembros más intransigentes estaban los grandes duques Nikolai Nikolaievich y Pyotr Nikolaievich, altos mandos militares y ambos casados con princesas montenegrinas. «Todo el pacifismo del emperador», escribió el embajador belga en San Petersburgo a comienzos de 1913, «es incapaz de acallar a quienes [en la corte] proclaman que no se puede retroceder nunca más ante Austria.»[95] Las opiniones beligerantes ganaban terreno, no solo porque las apoyaban el zar (de vez en cuando) y los altos mandos militares y navales, sino también porque las defendía una camarilla influyente de ministros civiles, de los cuales el más importante era el ministro de Agricultura, Alexander Krivoshein.

Krivoshein era una de las figuras más dinámicas e interesantes de la escena política rusa, el creador consumado de una red de contactos políticos: inteligente, sofisticado, astuto y poseedor de un don asombroso para hacer los amigos adecuados.[96] De joven se distinguió por su habilidad para amistarse con los hijos

de ministros poderosos que posteriormente le ayudaron a encontrar puestos de trabajo atractivos. En 1905, se introdujo en el círculo del secretario del zar D. Trepov (el otoño de 1905 fue el único momento en que el zar utilizó los servicios de un secretario privado). En 1906, aunque todavía carecía de un puesto oficial permanente, Krivoshein ya era recibido por el soberano.[97] Era también inmensamente rico, pues se casó con una mujer de la familia Morozov, herederos de un gran imperio textil, una alianza que también le aseguró estrechas relaciones con la élite industrial moscovita.

Krivoshein nació y se crió en Varsovia y su posicionamiento político se forjó durante su temprana experiencia de la Polonia rusa. La región era caldo de cultivo para los funcionarios nacionalistas rusos. Los burócratas rusos de las *gubernias*[NT2] polacas occidentales se sentían, en palabras de un alto funcionario, «como en un campamento sitiado, obsesionados siempre con la cuestión nacional».[98] Después de 1905, los nacionalistas de la Duma se afianzaron en el saliente occidental. Al principio, la política exterior no estaba entre las especialidades de Krivoshein. Modernizó la agricultura y la administración al estilo de Stolypin. Le costaba comunicarse con los extranjeros porque, a diferencia de la mayoría de los de su clase en Rusia, no hablaba con fluidez ni alemán ni francés. No obstante, a medida que su estrella política iba en ascenso, le entraron ansias de influir en la política exterior, el ámbito más prestigioso de la actividad de gobierno. Además, su nombramiento como ministro de Agricultura y Regulación de la Propiedad de la Tierra en mayo de 1908 entrañaba una dimensión geopolítica mayor de la que sugería su título. El ministerio de Krivoshein participó en la promoción de los asentamientos rusos en el Lejano Oriente y por eso puso mucho interés en los asuntos relacionados con la seguridad de la frontera entre el Lejano Oriente ruso y la Manchuria interior china.[99] Como muchos políticos pro orientales, Krivoshein fo-

mentó las buenas relaciones con Alemania. No compartía la idea apocalíptica de Izvolsky sobre la anexión austriaca de Bosnia-Herzegovina y resistió las llamadas a la «venganza» del ministro de Exteriores contra las potencias de la Triple Alianza.[100]

Alexander V. Krivoshein

Sin embargo, durante los últimos años antes del verano de 1914, Krivoshein pasó por un periodo de transición. Stolypin, que había sido un mentor poderoso, había muerto. El gobierno estaba totalmente desorganizado. Krivoshein empezó a cultivar intensamente los círculos nacionalistas de la Duma y de la esfera pública. Durante la crisis balcánica del invierno de 1912-1913 apoyó la política audaz de Sukhomlinov en los Balcanes aduciendo que había llegado el momento de «dejar de arrastrarse ante los alemanes» y de confiar más bien en el pueblo ruso y en su amor ancestral por la patria.[101] En la primavera de 1913, dirigió una campaña a gran escala para revisar los términos del tratado arancelario con Alemania. El tratado con los alemanes lo negociaron Sergei Witte y Kokovtsov en 1904; en 1913, la opi-

nión generalizada entre las clases políticas rusas era que el tratado permitía «al industrial alemán astuto y frío» recaudar «impuestos» de los «ingenuos agricultores rusos».[102] La campaña, un claro desmentido de la política agrícola de Kokovtsov, provocó el enfrentamiento entre la prensa alemana y la rusa. El hijo de Krivoshein recordaba después que a medida que la polémica se caldeaba y las relaciones con Alemania se enfriaban, Krivoshein se convertía en un asiduo de la embajada francesa, donde a menudo se le veía con su nuevo círculo de amigos franceses.[103]

El creciente entusiasmo de Krivoshein por una política exterior firme reflejaba también la aspiración (importante asimismo para Izvolsky y Sazonov) de encontrar temas que crearan lazos entre la sociedad y el gobierno. Krivoshein y su ministerio destacaban entre el gobierno y los círculos oficiales por su estrecha colaboración con los *zemstvos* (órganos electos del gobierno local) y una serie de organizaciones asentadas en la sociedad civil. En julio de 1913, inauguró una exposición agrícola en Kiev con una breve alocución que se hizo famosa como el discurso del «nosotros y ellos». En él declaraba que Rusia lograría el bienestar solo cuando dejara de haber una división dañina entre «nosotros», el gobierno, y «ellos», la sociedad. En resumen: Krivoshein representaba una mezcla formidable de modernismo tecnocrático, populismo, defensa del sector agrario, autoridad parlamentaria y, en asuntos exteriores, opiniones cada vez más conformes con la línea dura. En 1913, era sin lugar a dudas el ministro civil más poderoso y mejor relacionado. No es de extrañar que Kokovtsov hablara con desesperación de su propio «aislamiento» e «impotencia total» frente a un equipo ministerial que estaba claramente decidido a destituirle de su cargo.[104]

¿BULGARIA O SERBIA?

Existía una opción estratégica que Sazonov y sus colegas tarde o temprano tenían que encarar. ¿Debería Rusia apoyar a Bulgaria o a Serbia? Estaba claro que de los dos países Bulgaria te-

nía una mayor importancia estratégica. Su ubicación en la costa del Mar Negro y el Bósforo la convertía en un socio importante. La derrota del ejército otomano en la Guerra ruso-turca de 1877-1878 había creado las condiciones para la aparición de un Estado autónomo búlgaro custodiado por Rusia y bajo el protectorado nominal de la Puerta Otomana.[NT3] Así pues, Bulgaria era históricamente un Estado cliente de San Petersburgo. Pero Sofía nunca fue el satélite obediente que Rusia hubiera deseado. Las facciones políticas pro rusas y «occidentales» se disputaban el control de la política exterior (como de hecho siguen haciendo en la actualidad) y los dirigentes aprovechaban la ubicación del país, delicada desde un punto de vista estratégico, trasladando sus lealtades de una potencia a otra.

Tras la ascensión al trono de Fernando de Sajonia-Coburgo y Gotha-Kóhary, que gobernó Bulgaria de 1885 a 1918, primero como príncipe reinante (*knjaz)* y después como rey (zar), estos vaivenes se hicieron más frecuentes. Fernando maniobraba entre los grupos ministeriales pro rusos y pro alemanes.[105] El monarca búlgaro «siempre tuvo como norma no comprometerse con ninguna línea de acción determinada», recordaba posteriormente Sir George Buchanan. «Es un oportunista que únicamente sigue los dictados de sus propios intereses personales y prefiere [...] coquetear primero con una de las potencias y luego con otra...»[106] La crisis de la anexión de Bosnia de 1908-1909 produjo un enfriamiento en las relaciones con San Petersburgo porque Fernando se alineó provisionalmente con Viena y aprovechó el momento para dejar de lado el Tratado de Berlín (en el que Bulgaria se definía como un principado autónomo del Imperio Otomano), declarar la unidad e independencia de Bulgaria y proclamarse zar de los búlgaros en una espléndida ceremonia en Turnovo, la antigua capital del país. Esta deslealtad consternó a Izvolsky y avisó que muy pronto los búlgaros pagarían un precio por traicionar a sus amigos. Fue un berrinche pasajero:

cuando fracasaron las negociaciones entre Sofía y Constantinopla sobre el reconocimiento de la independencia del reino, y los otomanos empezaron a concentrar tropas en la frontera búlgara, Sofía pidió ayuda a San Petersburgo y todo quedó perdonado. Los rusos pactaron un acuerdo de independencia con Constantinopla y durante un tiempo Bulgaria se convirtió en un socio leal de la Entente en la región.[107]

Sin embargo, los responsables políticos más pro búlgaros de San Petersburgo admitían que las relaciones con Sofía tenían que tener en cuenta los intereses serbios, sobre todo después de la crisis de la anexión bosnia, la cual había creado una ola de sentimientos pro serbios en la opinión pública rusa. En diciembre de 1909, deseoso de restablecer una posición aventajada en la península de los Balcanes, el Ministerio ruso de la Guerra preparó un convenio secreto que preveía unas operaciones conjuntas ruso-búlgaras contra el Imperio de los Habsburgo, Rumanía o Turquía, y prometía a Bulgaria la totalidad de Macedonia y la Dobruja (una zona en litigio a lo largo de la frontera con Rumanía). Pero el convenio fue archivado por orden de Izvolsky porque consideró que perjudicaba demasiado los intereses serbios. Con Hartwig en Belgrado incitando a los serbios contra Austria-Hungría y haciendo campaña a su favor en San Petersburgo, se hizo cada vez más evidente que las opciones serbias y búlgaras eran irreconciliables.

En marzo de 1910, delegaciones de Sofía y Belgrado visitaron San Petersburgo con dos semanas de diferencia a fin de entablar conversaciones de alto nivel. Los búlgaros presionaban a sus interlocutores rusos para que abandonaran Serbia y se comprometieran con Sofía; solo sobre esta base podría emerger una coalición estable de Estados balcánicos. El primer ministro búlgaro Malinov dijo a Izvolsky que era imposible que los rusos crearan una Gran Bulgaria y una Gran Serbia al mismo tiempo:

> Una vez que os decidáis por nosotros en aras de vuestros propios intereses, resolveremos fácilmente la cuestión macedonia con los serbios. En cuanto comprendan esto en Belgrado –y debéis dejarlo muy claro para que se entienda– los serbios se volverán más conciliadores.[108]

Apenas se habían ido los búlgaros cuando el rey Pedro, que era mucho más popular en la corte del zar que el artero Fernando, llegó para defender la causa serbia. Recibió garantías importantísimas: Rusia ya no pensaba conceder a Bulgaria la categoría de cliente privilegiado. El viejo compromiso ruso de apoyar a los búlgaros en su reclamación de Macedonia se mantendría oficialmente en vigor, pero en la sombra Izvolsky prometió que encontraría el modo de «satisfacer los intereses y los derechos de Serbia». Sobre todo –esta fue una noticia que entusiasmó al ministro de Asuntos Exteriores en Belgrado– Rusia aceptaba que una parte de Macedonia debía corresponder a Serbia.[109]

Uno de los atractivos de la política de la Liga Balcánica a ojos de Rusia era precisamente que permitía vencer la contradicción entre las opciones, al menos de momento. Una vez que la alianza serbo-búlgara de marzo de 1912 encontró lo que parecía ser una solución aceptable para ambas partes al problema de Macedonia, cabía pensar que la Liga podría resultar un instrumento perdurable de la política rusa en la península. La disposición de un arbitraje ruso en la zona en litigio parecía proteger el papel especial de Rusia en la península al tiempo que creaba un mecanismo mediante el cual el protector eslavo podía frenar y encauzar el conflicto entre sus clientes.

El avance rápido e inesperado de los ejércitos búlgaros sobre Constantinopla provocó el pánico en San Petersburgo. Sazonov había instado a Sofía a ser lo bastante «sensata» y prudente como para «detenerse en el momento adecuado»; la extraña sospecha de que Francia estaba incitando a los búlgaros a tomar la capital otomana aumentó su alarma.[110] Pero los ánimos se calmaron tras el fracaso del avance búlgaro y tras la guerra, San

Petersburgo centró su interés en mediar en un acuerdo entre los dos Estados vencedores en las condiciones estipuladas en el tratado de marzo de 1912. Pero Serbia se negó a abandonar los territorios que había conquistado y Bulgaria a renunciar a reclamarlos. La mediación fue prácticamente imposible: los búlgaros pretendían que ninguna mediación debía tener lugar porque ya existía el tratado de marzo de 1912, en tanto que el gobierno serbio consideraba que los sucesos sobre el terreno habían invalidado el tratado. Tal como lo expresó el zar Nicolás, los Estados balcánicos eran como «jóvenes bien educados» que «con la edad se convertían en vándalos rebeldes».[111]

Al principio, Sazonov sentía atracción por Bulgaria y culpaba a Serbia, con bastante razón, por negarse a abandonar las tierras conquistadas, pero a finales de marzo de 1913, el ministro ruso de Asuntos Exteriores dio un nuevo giro hacia Belgrado e instó a Sofía a hacer concesiones. Cuando se enteró de que los búlgaros estaban a punto de retirar a su embajador en Belgrado, Andrey Toshev, Sazonov montó en cólera y acusó a los búlgaros de actuar a las órdenes de Viena; debido a su «impertinencia hacia Rusia y la condición eslava», los búlgaros se habían sumido «en la ruina».[112] Se avinieron a no retirar al embajador Toshev y las cosas se arreglaron, pero en Rusia se produjo una reorientación que la alejó de Sofía. A ello contribuyó que fueran los búlgaros quienes comenzaron las hostilidades el 29 de junio, ya que Sazonov había advertido reiteradamente que quienquiera que comenzara la siguiente guerra iba a pagar un precio muy alto. (Sin embargo, los rusos también tuvieron su parte en esto, pues Hartwig había dado instrucciones a Nikola Pašič de que bajo ningún concepto tomara la iniciativa y que esperase un ataque de los búlgaros.)

Al mismo tiempo, cambió la política rusa respecto a Rumanía. Durante la Primera Guerra de los Balcanes, Sazonov había intercedido ante Bucarest para asegurarse de que no se produje-

ra un ataque oportunista de los rumanos en territorio búlgaro: se refería a la Dobruja, la región fronteriza reclamada por ambos Estados. En cambio, a principios del verano de 1913, cuando fracasó el acuerdo serbo-búlgaro sobre Macedonia, Sazonov dejó entrever en Bucarest que Rusia *no* emprendería acciones si Rumanía intervenía contra el agresor en una guerra serbo-búlgara.[113] Esta era la medida más firme contra Bulgaria hasta el momento; y por una vez dejó clara la postura de Rusia.

El hecho de que San Petersburgo adoptara una postura exclusivamente pro serbia se vio reforzada en los aspectos financieros. Según la investigación de la Fundación Carnegie sobre las causas de las Guerras de los Balcanes y su proceder, los Estados beligerantes quedaron después de la segunda guerra en situación de «mendigos [que] tratan de pedir dinero prestado para pagar sus deudas y volver a levantar sus ejércitos y su fuerza productiva».[114] Ninguno se encontraba en un estado más lamentable que Bulgaria, que había luchado contra cuatro adversarios con un coste humano y económico demoledor (Bulgaria sufrió 93.000 bajas en la segunda guerra, más que sus cuatro contrincantes juntos).[115] Bajo el mandato del primer ministro liberal Vasil Radoslavov, que asumió el cargo a la cabeza de una coalición el 17 de julio de 1913, el gobierno búlgaro presentó diversas solicitudes para un crédito enorme. Viena fue la primera en responder a finales de octubre, con un pequeño adelanto de 30 millones de francos, pero esta cantidad ni siquiera era suficiente para permitirle al gobierno búlgaro seguir pagando los intereses de sus deudas. A pesar de las garantías de que Sofía cedería los Dardanelos a perpetuidad a la esfera de influencia rusa, San Petersburgo no estaba dispuesta a echar una mano. Sazonov era de la opinión que Rusia debía suspender toda ayuda financiera a Sofía en tanto en cuanto el gobierno de Radoslavov, al que consideraba hostil a Rusia, permaneciera en el poder. En todo caso, Rusia no estaba en condiciones de conceder créditos de la mag-

nitud que solicitaba Sofía ni aunque hubiera querido. Lo más importante, no obstante, era la presión que ejercían sobre Francia, que seguía teniendo acceso a depósitos considerables de capital financiero, para que siguiera la línea marcada por Rusia y retirase el apoyo a Sofía.[116]

No es que los franceses necesitaran que les insistieran mucho. Habían estado enviando financiación a Belgrado por motivos políticos desde la «guerra de los cerdos» austro-serbia. Los préstamos internacionales eran un instrumento sumamente eficaz de la diplomacia francesa. André de Panafieu, embajador francés en Sofía, comprendió la relación entre el dinero y la política exterior cuando en un despacho de 20 de enero de 1914 escribió que con tal de que las relaciones de Sofía con Viena siguieran siendo buenas, no costaría encontrar razones para negar un préstamo a Bulgaria.[117] Sin embargo, Sazonov también tenía claro que llevar esta política demasiado lejos podría ser contraproducente. Cuando el nuevo embajador ruso, Alexander Savinsky, fue enviado a Sofía en enero de 1914, su misión era impedir que Bulgaria se acercara a las potencias germánicas.[118] El encargado de negocios ruso en Sofía advirtió que bloquear el préstamo significaría sencillamente que Bulgaria acabaría usando el dinero alemán para comprar armas austriacas.[119] Presionado por estos argumentos que Izvolsky trasmitió a París, el Quai d'Orsay empezó en febrero a considerar la posibilidad de conceder un préstamo a Bulgaria, pero en condiciones onerosas, una de ellas la exigencia de que el dinero debía utilizarse solo para comprar armamento y municiones a Francia.[120]

Como tal vez cabía esperar, los alemanes acudieron al rescate. A mediados de marzo, el gobierno alemán aceptó respaldar un préstamo a Bulgaria avalado por bancos alemanes. Esto no reflejaba un plan alemán que viniera de largo para hacer caer a Bulgaria en las garras de la Triple Alianza. Durante el verano los alemanes también ofrecieron grandes préstamos a Serbia en

condiciones generosas.[121] Dio la casualidad de que mientras los serbios ya tenían una línea de crédito abultada y no tenían intenciones de aceptar ninguna oferta que pudiera poner en duda la fuerza de su compromiso con la Entente, los búlgaros estaban desesperados. En cuanto se enteraron de que Berlín y Sofía mantenían negociaciones, los gobiernos ruso y francés respondieron con un último esfuerzo para evitar que el préstamo saliera adelante. Savinsky colocó artículos dictados en la prensa búlgara pro rusa e instó a Sazonov a redoblar la presión sobre Sofía.[122] Y entonces, en el último momento, el banco francés Périer & Cie, especialistas en préstamos a Latinoamérica y Oriente, apareció en escena con una contraoferta: 500 millones de francos al 5%. Casi con toda seguridad, los rusos habían negociado la oferta de Périer en París a través de Izvolsky, y estipulaba que los rusos garantizarían el préstamo con un aval: en caso de mora, Rusia se comprometía a asumir las obligaciones de Bulgaria. El objetivo era combinar un gran crédito con un elemento de dependencia política que reforzaría la influencia de la Entente en los Balcanes; el plan era convencer a los búlgaros para que aceptaran el préstamo y luego, en una fecha posterior, presionarlos hasta que cambiaran de gobierno.[123] Pero la oferta de Périer se ultimó demasiado tarde (el 16 de junio de 1914) para cambiar de táctica y fue el préstamo alemán el que ganó al final después de unas negociaciones complicadas para lograr unas mejores condiciones.[124] El 16 de julio, en medio de escenas de clamor, el Sobranje búlgaro (el parlamento nacional) aprobó, si es que se puede decir así, el paquete financiero alemán. En realidad, el proyecto de ley ni se leyó, ni se discutió, ni se votó formalmente. Al término de la sesión, el gobierno anunció simplemente que la Cámara lo había aprobado. La oposición reaccionó acusando al gobierno de vender al país y de «arrojar libros y escribanías a la cabeza de los ministros». El primer ministro Radoslavov fue visto llamando al orden y blandiendo un revól-

ver.[125] El préstamo se había vuelto un instrumento peligroso en manos de los bloques aliancistas. Esta conversión del crédito internacional en un arma no era nada nuevo, pero su utilización en este caso atrapaba a Bulgaria en la política de la Triple Alianza, del mismo modo que Serbia se había integrado en el sistema político de la Entente.

Lo que estaba ocurriendo en los Balcanes no era más que una alteración del viejo modelo de lealtades. En el pasado Rusia había respaldado a Bulgaria, mientras que Austria-Hungría miraba por Belgrado y Bucarest. Para 1914, esta disposición se había dado la vuelta. También Rumanía formó parte de este proceso. Al comienzo del verano de 1913, Sazonov invitaba al gobierno de Bucarest a servirse un trozo de Bulgaria en el caso de una guerra serbo-búlgara. Era el momento propicio para hacer semejante propuesta, porque a los rumanos les molestaba lo que veían como un coqueteo de Viena con Sofía; el rey Carol de Rumanía también estaba molesto por la oposición de Austria al Tratado de Bucarest, al que consideraba su éxito diplomático personal.[126] El creciente acercamiento entre San Petersburgo y Bucarest se formalizó el 14 de junio de 1914 cuando el zar visitó al rey Carol en Constanza, a orillas del Mar Negro. La ocasión tuvo una carga simbólica muy fuerte. El único representante extranjero que recibió una condecoración de manos del zar fue el embajador francés en Rumanía, Camille Blondel, a quien casualmente hacía poco que el rey Pedro de Serbia había concedido una alta condecoración. En las celebraciones estaba presente Ottokar Czernin, embajador austrohúngaro en Bucarest, que lo interpretó como la consumación del «realineamiento de Rumanía con la Triple Entente».[127]

La consecuencia fue una nueva y drástica disminución de la influencia política de Austria-Hungría en la península. El irredentismo rumano se desviaría entonces de Besarabia, donde entraba en conflicto con los intereses rusos, y se orientaría hacia

Transilvania, donde amenazaría la integridad de la monarquía de los Habsburgo. Como es natural, la buena disposición de Rumanía para incorporarse a los objetivos rusos tenía sus límites. Cuando Sazonov preguntó a Ion Brătianu, primer ministro y ministro de Asuntos Exteriores rumano, qué postura adoptaría Rumanía «en caso de un conflicto armado entre Rusia y Austria-Hungría, *si Rusia se viera obligada por las circunstancias a empezar las hostilidades*», el estadista rumano, visiblemente horrorizado por la pregunta de Sazonov, dio una «respuesta evasiva». Sin embargo, cuando le insistió, Brătianu admitió que Rumanía y San Petersburgo tenían un interés común en evitar «que Serbia se debilitara». Esto fue suficiente para Sazonov. De ese modo, el acercamiento ruso-rumano constituyó, como se decía en un informe ministerial francés, «una nueva forma de presionar a Austria».[128] Pero tal vez el rasgo más sorprendente de esta reestructuración de la geopolítica balcánica fue la rapidez con que se produjo. Este no fue un fenómeno de larga duración, que habría tardado años en enmendarse, sino más bien un ajuste a corto plazo a los rápidos cambios que se producían en el entorno geopolítico. En noviembre de 1913, Sazonov dijo al embajador belga en San Petersburgo que creía que la actual reorientación búlgara hacia Viena probablemente sería efímera: era obra de una facción parlamentaria concreta, apoyada por el voluble rey Fernando, «por quien no tenemos ni un ápice de respeto».[129] En un momento determinado, el nuevo alineamiento balcánico podría dar paso con la misma rapidez a más ajustes y nuevos sistemas. Lo que importa es que este modelo de alineamiento en particular seguía en vigor en el verano de 1914.

Serbia era ahora la proyección de Rusia en los Balcanes. Esta situación no era ni necesaria ni natural. En 1909, Aehrenthal clamaba contra la «loca reivindicación» de Rusia de actuar como protectora de Serbia, incluso en situaciones en las que no surgía ninguna cuestión serbia que afectara a los intereses de

las potencias. Tenía cierta razón. La reclamación rusa de actuar en nombre de sus «hijos» balcánicos ortodoxos solo era la justificación populista de una política destinada a debilitar a Austria-Hungría, ganar popularidad en su país y asegurar la hegemonía desde el interior de los Balcanes hasta los Estrechos de Turquía. Puede que la doctrina del paneslavismo gozara de popularidad entre la prensa nacionalista rusa, pero como plataforma para la acción política no era más legítima que el concepto de Hitler de *Lebensraum* (espacio vital). Tampoco constituía en absoluto una base coherente para la política, ya que los búlgaros también eran eslavos ortodoxos y los rumanos, aunque ortodoxos, no eran eslavos. El compromiso de Rusia con Serbia estaba impulsado por la política del poder, no por la fuerza difusa del paneslavismo. Creaba una asimetría peligrosa en las relaciones entre las dos grandes potencias balcánicas, ya que Austria-Hungría no poseía una proyección comparable en la periferia del Imperio Ruso.

Aunque no se puede negar, es difícil cuantificar, el efecto galvanizador del compromiso ruso con el reino de Serbia. En febrero de 1914, Pašić regresó de su visita a Rusia «completamente embriagado y tocado en lo más profundo de su alma» por el favor que el zar ruso le había mostrado:

> En cada palabra de vuestro zar [dijo Pašić a Hartwig], sentí la simpatía especial de Su Majestad Imperial por Serbia; para nosotros representó una valiosa recompensa por nuestra profunda veneración por Rusia, cuyo asesoramiento en todos los órdenes de la política exterior he seguido sin vacilar. La buena voluntad del zar garantiza también a nuestros ojos un futuro brillante para Serbia que, sin la gran ayuda moral de Rusia no estaría en situación de superar las dificultades que la monarquía vecina, siempre hostil a Serbia, nos crea en todo momento.[130]

Los comunicados de Spalajković desde San Petersburgo transmitían igualmente una confianza exultante en la fuerza del apoyo ruso. El zar «declaró sus simpatías por Serbia», informó Spalajković tras una reunión con el soberano ruso el 21 de enero de 1914, «y me aseguró que lo mismo podía decirse de toda

la nación rusa y en especial de aquellos que influyen en la toma de decisiones».[131] «Toda la prensa rusa es pro Serbia», anunció el 27 de marzo. Los periódicos rusos acogían con una gran hostilidad las críticas de la prensa búlgara a los serbios. «En otro tiempo fueron los búlgaros quienes tuvieron influencia en la prensa rusa, ahora nos toca a nosotros», declaró. Solamente un periódico, *Rech*, se mostraba menos amistoso; en los últimos meses había publicado reportajes en los que criticaba el comportamiento del gobierno serbio en las zonas recién conquistadas de Macedonia.[132] Pero estas informaciones negativas no parecían tener efecto en la idea oficial rusa de las nuevas provincias, que era tan halagüeña que resultaba tranquilizadora. Spalajković había hablado con el segundo de Sazonov, Neratov, y según él el ministro ruso de Asuntos Exteriores estaba impresionado por lo bien que lo estaban haciendo los serbios en los territorios anexionados, hablando alegremente de cómo construyeron carreteras y rehabilitaron edificios «de modo que en muy poco tiempo fue imposible reconocerlos»; no se hizo mención de las expulsiones ni las matanzas.[133]

Monsieur Descos, enviado francés a Belgrado, se dio cuenta del nuevo clima de confianza en el reino. En un informe sobre un discurso de Pašić ante la Skupština, señaló que el elemento clave de «la actual política de paz del gobierno» era lograr que Serbia «fortalezca su ejército y cultive su alianza y trate de sacar el mayor partido posible de los acontecimientos a medida que se vayan presentando». Cabe destacar que «Monsieur Pašić, normalmente tan modesto, parece querer arrogarse una cierta autoridad en los asuntos balcánicos; tal vez piensa que ha llegado el momento de que Serbia adopte un papel de liderazgo». Por otra parte, añadía Descos, el dirigente serbio vive «en tan estrecho contacto con el embajador ruso que es difícil distinguir a este último de aquellos estadistas [serbios] cuyas ideas son las que dominan el asunto».[134] Seguros de la creciente con-

sonancia de los intereses serbios y rusos, los dirigentes de Belgrado estaban por su parte cada vez más dispuestos a aceptar los dictados de San Petersburgo. A finales de 1912, por ejemplo, el embajador ruso en Viena se quejó a San Petersburgo de que el embajador serbio parecía excesivamente amistoso en su trato con los austriacos. El resultado fue una nota del ministro ruso de Asuntos Exteriores a Pašić instándole a que los serbios eviten «toda discusión abierta» con los austriacos, no sea que dé pie a que «corra el rumor de un acuerdo especial [serbio] con Viena». Pašić respondió enviando un telegrama a su representante que solo comprendía las palabras «Ten cuidado» y escrito en presencia de Hartwig.[135] En su carta de Año Nuevo de enero de 1914, Hartwig aseguró a Sazonov: «Por supuesto seguirán nuestras instrucciones».[136]

LOS PROBLEMAS DE AUSTRIA

El 17 de octubre de 1912, el corresponsal de *Times* Wickham Steed informó desde Viena de que «el comienzo real de la gran Guerra de los Balcanes se considera aquí un momento de solemnidad histórica. Sea cual sea el rumbo que tome, cambiará radicalmente la situación».[137] A ninguna otra gran potencia el conflicto que se desarrolló en los Balcanes le planteó unos problemas tan urgentes y de tanta magnitud. Las victorias rápidas e inesperadas de los Estados de la Liga enfrentaron a Austria-Hungría a una madeja de problemas entrelazados. En primer lugar estaba el hecho de que la política austriaca en los Balcanes estaba arruinada sin remedio. El axioma de Viena, de que siempre se debía mantener a Turquía como la fuerza de orden fundamental en la región, ya no venía al caso. Era necesario improvisar y con rapidez. Había que abandonar la «coyuntura de conservadurismo» del verano de 1912; en su lugar apareció un nuevo programa centrado en gestionar los cambios que se estaban produciendo en los Balcanes para minimizar el perjuicio a los intereses austrohúngaros. Las conquistas territoriales serbias

eran aceptables, pero Serbia debía asegurar que en el futuro se comportaría como es debido, preferiblemente a través de algún tipo de cooperación económica institucionalizada (Viena estaba dispuesta a resolver esto de una manera mucho más generosa que con la vieja unión aduanera, y envió una misión a Belgrado para proponer las condiciones).[138] Por otro lado, no se permitiría bajo ningún concepto que Serbia ampliara su frontera hacia la costa adriática. El razonamiento subyacente era que, con el tiempo, un puerto serbio podría estar bajo el control de una potencia extranjera (principalmente Rusia). Este temor parece descabellado, pero adquirió verosimilitud por la reputación de Hartwig de ser el «rey de Belgrado» sin corona vehementemente pro austriaco.

Viena insistía también –acorde con su política oficial– en que había que fundar y mantener Albania como un Estado independiente. Esta política, hecha pública bajo el lema «los Balcanes para los pueblos balcánicos», apoyaba al veto a la apropiación serbia de tierras en el Adriático, ya que cualquier puerto que obtuviera Belgrado se encontraría forzosamente en medio de un país habitado por albaneses.[139] El anuncio de esta política provocó gritos de protesta de elementos favorables a Belgrado dentro de la monarquía; en una sesión de la Dieta bosnia en Sarajevo, en noviembre de 1912, los diputados serbios aprobaron una resolución según la cual «los sacrificios y las victorias» de los ejércitos serbios «justificaban la "restitución" de Albania a Serbia» y expresaron su decepción ante el hecho de que la monarquía austrohúngara siguiera rechazando los «derechos autonómicos» de sus eslavos del sur al tiempo que defendía la causa de los «albaneses sin cultura».[140] Sin embargo, a las potencias europeas les parecía que el programa de Berchtold era una respuesta moderada a los cambios espectaculares que se desarrollaban en los Balcanes. Al final, hasta Sazonov se sumó al consenso a favor de la independencia de Albania.

El comodín de la baraja era Serbia. A finales de octubre de 1912, los ejércitos serbios ya se abrían camino hacia la costa, cortando brutalmente la resistencia de los albaneses que encontraban a su paso. Una serie de provocaciones menores agrió aún más las relaciones: los serbios interceptaron el correo consular austriaco e interrumpieron otras comunicaciones consulares, y se dijo que los cónsules habían sido detenidos o secuestrados. Por ejemplo, ¿fue el cónsul austrohúngaro en Mitrovitza puesto cuatro días bajo arresto domiciliario por el ejército serbio para protegerlo, como afirmaban las autoridades serbias, o «para que no fuera testigo de la "expulsión" de la población albanesa local», como el propio cónsul mantenía? En medio del pánico, el ministro de Asuntos Exteriores austrohúngaro hizo otro intento de dar a las informaciones un sesgo positivo a su favor. Cuando resultó imposible establecer contacto con Oskar Prochaska, cónsul austrohúngaro en Prizren, circularon rumores en Viena de que había sido secuestrado y castrado por sus raptores serbios. El ministerio investigó y descubrió que aunque de hecho le habían detenido ilegalmente (bajo la acusación amañada de alentar la resistencia turca), el rumor de la castración era falso. En lugar de suprimir el rumor, el ministerio lo dejó seguir durante una semana o dos a fin de extraer el máximo capital propagandístico de la supuesta indignación. Prochaska apareció unas semanas después con sus genitales intactos. La estratagema salió mal y hubo muchos comentarios adversos. El caso Prochaska fue un ejercicio de manipulación periodística modesto pero torpe que proporcionó más munición a los que afirmaban que Austria siempre presentaba documentos amañados y falsas acusaciones.[141]

Durante un tiempo pareció que la Cuestión Albanesa podía encender un gran conflicto europeo. A mediados de noviembre de 1912, las fuerzas montenegrinas y serbias ocuparon una franja del norte de Albania que incluía Alessio (Lezhë) y las ciuda-

des portuarias de San Giovanni di Medua (Medva) y Durazzo (Durrës). Una fuerza en gran parte montenegrina puso sitio a la ciudad de Scutari (Shkodër) en la que habitaban 30.000 albaneses. La invasión amenazó con crear *hechos consumados* que debilitarían la política de Viena. Berchtold seguía insistiendo en la creación de una Albania independiente y en la expulsión de las fuerzas de ocupación. Pero los serbios y los montenegrinos se negaron a renunciar a sus posiciones en Albania. De ser absolutamente necesario, Viena estaba decidida a desalojar a los invasores por la fuerza. Pero las maniobras militares rusas y el reforzamiento de las tropas rusas en las zonas fronterizas colindantes con Austria-Hungría indicaban que San Petersburgo también podría estar dispuesta a apoyar a sus clientes mediante medios militares. El 22 de noviembre, el rey Nicolás de Montenegro informó al embajador austriaco en Cetiña que «si la Monarquía trata de expulsarme a la fuerza, lucharé hasta el final y hasta el último cartucho».[142]

La Cuestión Albanesa siguió desestabilizando la política europea durante todo el invierno y la primavera de 1912-1913. El 17 de diciembre de 1912, el tema se planteó en la primera reunión de la conferencia de embajadores de las grandes potencias, convocada en Londres bajo la presidencia de Edward Grey para resolver los problemas derivados de la Guerra de los Balcanes. Los embajadores acordaron que debía crearse un Estado albanés autónomo y neutral bajo la garantía solidaria de las potencias. Después de algunas vacilaciones, Sazonov aceptó los argumentos a favor de la autonomía albanesa. Pero trazar las fronteras del nuevo Estado resultó ser un asunto muy discutido. Los rusos exigían que las localidades de Prizren, Peć, Dibra, Djakovica y Scutari se asignaran a sus clientes serbo-montenegrinos, mientras que Austria deseaba verlas incorporadas a la nueva Albania. Finalmente Viena aplacó a San Petersburgo aceptando conceder a Serbia la mayor parte de las zonas en litigio a lo largo de

la frontera albanesa, una política que inicialmente no impulsó Berchtold sino su embajador en Londres, el conde Mensdorff, que junto con su colega ruso, el conde Benckendorff, hicieron mucho por reconciliar los divergentes puntos de vista durante la conferencia.[143] Para marzo de 1913, el tema de la frontera albano-serbia estaba –al menos en teoría– en gran parte resuelto.

Sin embargo, la situación seguía siendo tensa porque más de 100.000 soldados serbios permanecían en Albania. Pero el 11 de abril el gobierno de Belgrado anunció que retiraría sus tropas del país. Los montenegrinos eran ahora el centro de atención internacional, pues seguían sitiando Scutari y se negaban a moverse. El rey Nicolás declaró que tal vez estaría dispuesto a ceder si las grandes potencias organizaban un ataque directo sobre territorio montenegrino y con ello le proporcionaban un pretexto para una «retirada honrosa»; es imposible saber si hablaba en serio o sencillamente se burlaba de la comunidad internacional.[144] La noche del 22-23 de abril, Essad Pasha Toptani, el comandante de origen albanés de Scutari, capituló y retiró su guarnición de la ciudad. Las banderas montenegrinas fueron izadas por toda la población y su fortaleza, y Montenegro y Serbia se llenaron de júbilo. Según el embajador holandés en Belgrado, la noticia de la caída de Scutari se recibió con un «júbilo inenarrable» en la capital serbia; la ciudad estaba adornada con banderas, todos los negocios estaban cerrados y una muchedumbre de 20.000 bulliciosos ovacionaba la embajada rusa.[145]

Al comprobar que los mensajes conjuntos enviados desde Londres exigiendo la retirada de Montenegro eran ignorados, se acordó que la siguiente reunión de la Conferencia de Embajadores (fijada para el 5 de mayo) decidiría una respuesta conjunta de las potencias. Mientras tanto, los austriacos empezaron a prepararse para una acción unilateral contra el invasor montenegrino por si fallaba la diplomacia. Lo que no estaba claro era cómo responderían los rusos a una acción militar austriaca. A

finales de enero de 1913, la corte rusa y el Ministerio de Asuntos de Exteriores se estaban cansando del impetuoso rey montenegrino. Puede que Nicolás creyera que estaba actuando en interés de los eslavos y que por ello merecía el apoyo incondicional de Rusia. En realidad, el Ministerio de Exteriores de San Petersburgo le consideraba un elemento peligroso, cuyo principal objetivo era realzar su reputación en su país.[146] En abril de 1913, este ministerio tomó la medida sumamente insólita de emitir una declaración desautorizando públicamente a Nicolás y sus planes en Scutari. En ella Sazonov [a quien no se nombraba si bien se reconocía su autoría] reprendía a la prensa por la ignorancia con la que manejaba los asuntos y manifestaba que Nicolás no tenía derecho a Scutari, que era una población «puramente albanesa».[147] De este modo, Rusia estaba preparada para aceptar una iniciativa conjunta de las potencias. Pero cuando la crisis de Scutari llegó a un punto crítico, Sazonov advirtió asimismo que la opinión del pueblo ruso podría obligarle a intervenir militarmente si los austriacos actuaban por su cuenta. «El panorama político», informó Buchanan desde San Petersburgo, «es más negro que en ningún otro periodo de la crisis.»[148]

Tras meses de tensión internacional, de repente el problema desapareció. El 4 de mayo, el día antes de la reunión de embajadores en Londres, el rey Nicolás anunció que ponía «el destino de la ciudad de Scutari en manos de las potencias». Posteriormente, la ciudad se asignó al Estado albanés. El 30 de mayo de 1913 se firmó en Londres un tratado de paz que dio por finalizada oficialmente la Primera Guerra de los Balcanes. El 29 de julio, en la quincuagésima cuarta sesión de la conferencia, los embajadores confirmaron que Albania se convertiría en un Estado soberano independiente, pese al hecho de que casi la mitad de las zonas pobladas por albaneses (en particular Kosovo) se encontraban fuera de las fronteras acordadas en Londres.[149]

Apenas se había secado la tinta del Tratado de Paz cuando de nuevo estalló la guerra en los Balcanes, esta vez por la distribución del botín de la primera guerra. El Tratado de Bucarest de 10 de agosto de 1913 asignaba a Serbia nuevas zonas del sudeste de Macedonia, confirmando con ello un aumento de la extensión territorial del reino –comparado con la situación previa a 1912– de casi el 100% y un incremento de su población de más del 64%. En Viena no sabían cómo responder a la nueva situación. Berchtold seguía tratando de recuperar el control político en medio de una cacofonía de propuestas políticas distintas cuando en el verano de 1913 llegaron informes a Viena sobre un renovado malestar en la frontera albanoserbia. A pesar de reiterados reproches y advertencias, Belgrado siguió negándose a evacuar sus tropas de determinadas zonas del lado albanés de la frontera acordada en la conferencia de Londres. Su propósito aparente era proteger a Serbia del bandidaje albanés; la realidad era que el mal comportamiento de los soldados serbios constituía la razón principal de los disturbios a lo largo de la frontera. En julio, Viena exigió la retirada, pero en vano. Entonces, un grupo de grandes potencias, coordinado por Edward Grey, presentó una demanda colectiva a favor de la evacuación, pero tampoco tuvo efecto. A comienzos de septiembre Francia y Rusia bloquearon una nueva protesta colectiva; cuando Austria, Alemania y Gran Bretaña elevaron protestas a Belgrado por separado, la respuesta fue un anuncio del ministro de Exteriores en funciones, Miroslav Spalajković, negando que hubiera tropas serbias en la zona en disputa, seguido días después de una declaración algo incoherente en el sentido de que las tropas en cuestión se habían retirado detrás de la línea del río Drina. Pero eso seguía dejando las tropas serbias dentro de los límites establecidos por Londres. El 17 de septiembre se informó de que Belgrado estaba a punto de crear oficinas de aduanas en varias

de las zonas invadidas, lo que causó aún más consternación en Viena.[150]

La ardua serie de encuentros entre Viena y Belgrado permite explicar por qué los que tomaban las decisiones en Austria perdieron poco a poco la confianza en la eficacia de los procedimientos diplomáticos de siempre cuando se trataba de conflictos de intereses con Serbia. Cuando los albaneses de las zonas fronterizas respondieron a las provocaciones serbias (denegando, por ejemplo, el acceso al mercado de las principales poblaciones albanesas del otro lado de la frontera serbia, lo que contravenía el acuerdo de Londres) con la reanudación de la actividad guerrillera, las unidades serbias penetraron aún más en territorio albanés. El embajador serbio en Viena, Jovanović, hizo saltar la alarma cuando en una entrevista a un periódico vienés el 26 de septiembre declaró que ante la dificultad de encontrar un organismo albanés al que hacer responsable de los disturbios fronterizos, Serbia podría verse «obligada a tomar medidas por su cuenta». Pašić agravó el problema el 30 de septiembre anunciando que Serbia se proponía «para su propia protección» ocupar «puntos estratégicos» en el interior del territorio de Albania.[151] El 1 de octubre, los austriacos enviaron una nota exigiendo una aclaración al gobierno de Pašić, que respondió con evasivas.

El 3 de octubre, Pašić realizó una corta visita a Viena que no hizo nada por mejorar la situación. El carácter cordial y afable del dirigente serbio desarmó a Berchtold, que perdió la oportunidad de hacerle ver que a ojos de los austriacos la situación era muy grave. Pašić aseguró a los representantes de la prensa en Viena que «se había formado una opinión favorable de las relaciones futuras entre Serbia y la Monarquía Dual», pero también habló de la necesidad de «modificar los límites» de la frontera albanesa.[152] Los anuncios desde Belgrado de que Serbia no tenía intención de «desafiar a Europa» y apropiarse de territorio al-

banés fueron tranquilizadores, como lo fueron las muestras de amistad de un alto funcionario de Asuntos Exteriores de Belgrado, que recibió al encargado de negocios austriaco Ritter von Storck «con tanta cordialidad como si Pašić hubiera acabado de firmar una alianza defensiva en Viena».[153] Sin embargo, los intentos de averiguar el estado exacto de la política en Albania obtuvieron evasivas corteses. Y al mismo tiempo, las tropas serbias continuaban internándose en Albania. El 9 de octubre, cuando el encargado de negocios austriaco insistió en ver a Pašić para discutir el asunto, una vez más encontró al primer ministro muy animado, si bien seguía hablando de una ocupación serbia «temporal» de territorio albanés.[154] Luego, el 15 de octubre, el periódico semioficial *Samouprava* anunció que al fin y al cabo la intención de Serbia era ocupar «puntos estratégicos» en Albania.[155] Una nueva advertencia de los austriacos obtuvo una respuesta desafiante, tras lo cual, el 17 de octubre, Belgrado recibió un ultimátum. Serbia tenía diez días para desalojar el territorio albanés. Si no lo hacía, Austria-Hungría utilizaría «los medios adecuados para garantizar el cumplimiento de sus exigencias».[156]

El ultimátum fue un éxito. En el otoño de 1913 las grandes potencias estuvieron de acuerdo en que las demandas de Serbia de una parte de Albania no eran legítimas. Incluso el ministro ruso de Asuntos Exteriores Sazonov carraspeó y reconoció que «Serbia había tenido más culpa de la que normalmente se suponía en los hechos que llevaron a ese ultimátum» e instaba a Belgrado a ceder.[157] Dos días después de recibir el ultimátum, Pašić anunció que las tropas serbias serían retiradas. Para el 26 de octubre se habían desalojado las zonas en litigio.

El pulso con Serbia de octubre de 1913 sentó varios precedentes para la forma en que los austriacos manejaron la crisis que estalló entre los dos Estados tras los acontecimientos de Sarajevo. El primero y más evidente fue que pareció demostrar la efi-

cacia de un ultimátum. La nota de Austria del 17 de octubre fue ampliamente apoyada por la prensa y la noticia de que los serbios habían retirado finalmente sus tropas de Albania fue recibida en Viena con euforia. Berchtold había sido vilipendiado por su supuesta tibieza durante la crisis de Scutari; ahora era el hombre del momento. El manejo de las comunicaciones serbias con Viena dejó también una impresión inquietante: una cortesía ladina rayana en la cordialidad escondía una política de incumplimiento y provocaciones cuidadosamente dosificadas. Aquí no solo había un conflicto de intereses, sino también de estilos de hacer política. Al parecer, Belgrado solo se retiraría en la medida en que lo exigiera Viena, aceptando todas las humillaciones que pudieran derivarse; cuando los austriacos se relajaran se reanudarían las provocaciones. El axioma de que en última instancia Serbia solo entendería la fuerza cobró más peso.

Para Austria-Hungría, las Guerras de los Balcanes lo cambiaron todo. Sobre todo pusieron de manifiesto lo aislada que estaba Viena y la poca comprensión que mostraban las cancillerías extranjeras hacia su visión de los acontecimientos en los Balcanes. La hostilidad de San Petersburgo hacia el imperio y su absoluto desprecio por los intereses de Viena en la región podían darse por sentados. Lo más preocupante era la indiferencia de las demás potencias. La reticencia de la comunidad internacional a comprender que las amenazas de seguridad a las que Austria se enfrentaba en su periferia meridional eran auténticas y que tenía derecho a contrarrestarlas, reflejaba un cambio general de posturas. Tradicionalmente, las potencias occidentales habían considerado a Austria el eje de la estabilidad en Europa central y oriental y por ello una potencia que debía preservarse a toda costa. Pero en 1913, esta máxima ya no parecía tan convincente. La estaba debilitando la tendencia –que ganaba terreno rápidamente entre los Estados de la Entente después de 1907– a pensar en Europa desde una perspectiva de bloques de

alianzas más que como un ecosistema geopolítico continental en el que cada potencia tenía un papel que desempeñar. El espíritu antiaustriaco de gran parte de las informaciones políticas de Gran Bretaña y Francia durante los últimos años de preguerra reforzó esta tendencia difundiendo la idea de que Austria-Hungría era un ente anacrónico y condenado o, como decían los periódicos serbios, el «segundo enfermo de Europa» (tras el Imperio Otomano, al que normalmente se aplicaba este epíteto).[158]

Especialmente alarmante fue la tibieza del apoyo alemán. En octubre de 1913, Berlín refrendó una política de confrontación con Serbia –en un momento en el que se podía ofrecer apoyo sin apenas riesgo de un conflicto mayor– pero su historial fue muy desigual. En febrero de 1913, cuando las fuerzas de los ejércitos a ambos lados de la frontera de Galitzia eran tan numerosas que la guerra parecía inminente, hasta los militares instaban a la prudencia. Moltke escribió a su colega Conrad von Hötzendorf asegurándole que si bien Alemania no dudaría en apoyar a Austria-Hungría en contra de un ataque ruso, «sería difícil legitimar una intervención alemana en una guerra provocada por Austria, y que el pueblo alemán no la comprendería».[159]

Una de las principales preocupaciones de Viena era la actitud del káiser alemán Guillermo II. Lejos de instar a su gobierno a la solidaridad con los austriacos, Guillermo prohibió al Ministerio de Asuntos Exteriores en Berlín participar en cualquier acción que «pudiera obstruir el progreso victorioso de los búlgaros, serbios y griegos».[160] Sostenía que las Guerras de los Balcanes formaban parte de un acontecimiento histórico mundial que haría retroceder al Islam fuera de Europa. Si se dejara que los Estados balcánicos se consolidaran a expensas de Turquía, eso crearía las bases para que un conjunto estable de entidades pudieran formar a su debido tiempo una confederación de algún

tipo, los «Estados Unidos de los Balcanes». Nada podría ser más adecuado para la conservación de la paz, para paliar las tensiones austro-rusas y para la aparición de un nuevo mercado regional para las exportaciones alemanas.[161] Y Guillermo seguía explayándose en esta línea. Durante la crisis de noviembre de 1912 por el acceso de Serbia al Adriático, Guillermo rechazó explícitamente la idea de que el gobierno alemán tuviera alguna obligación de apoyar a Viena contra Belgrado. Sin duda, los cambios que se estaban produciendo en la península eran «incómodos» para Viena, pero «bajo ningún concepto consideraría enfrentarse a París y Moscú por apoyar a Albania y Durazzo». El 9 de noviembre, propuso incluso al Ministerio de Asuntos Exteriores que debía instar a Viena a que situase a Albania bajo la soberanía de un príncipe serbio.[162]

Los responsables de tomar decisiones en Viena, que se sentían acosados, apenas encontraban consuelo en estas especulaciones quijotescas. El 22 de noviembre de 1912, en una reunión secreta con su amigo el archiduque Francisco Fernando, Guillermo expresó su disposición a apoyar la postura de Austria sobre la presencia de tropas en Albania, aun a riesgo de una guerra con Rusia, pero solo en el caso de que no intervinieran Gran Bretaña ni Francia; añadió que sería muy poco probable que una Rusia aislada se arriesgara a un conflicto semejante.[163] Sin embargo, tres días después, unos comunicados oficiales de Bethmann Hollweg y Kinderlen-Wächter echaron por tierra cualquier señal levemente alentadora de que Alemania trataría de buscar una solución multilateral.[164] En febrero de 1913, cuando la crisis balcánica de invierno estaba en su apogeo, Guillermo escribió una carta a Francisco Fernando instándole a buscar un acuerdo para reducir la tensión con Rusia aduciendo que los temas en cuestión no eran lo bastante importantes como para justificar una continuación del actual enfrentamiento armado.[165] El 18 de octubre, cuando la crisis de Albania estaba en su punto ál-

gido, Guillermo admitió en una conversación con Conrad que «posiblemente» se había llegado a una situación «en la que una gran potencia ya no puede solo mirar sino que debe coger la espada». Sin embargo, solo diez días después le dijo al embajador austriaco en Berlín que Viena debía apaciguar a Belgrado sobornando a los dirigentes con grandes cantidades en efectivo («del rey hacia abajo todos se venden por dinero»), programas de intercambios militares y una mejora de las condiciones comerciales.[166] En diciembre de 1913, Guillermo aseguró al enviado de Austria en Múnich que «unos cuantos millones» bastarían para comprar en Belgrado el apoyo firme a Berchtold.[167]

En un informe enviado el 25 de abril de 1914, el conde Fritz Szapáry, un funcionario del Ministerio de Exteriores ambicioso, con talento y especialista en las relaciones austroalemanas que ahora ocupaba el cargo de embajador en San Petersburgo, pintaba un panorama sombrío de la reciente política alemana en los Balcanes. Afirmaba que el sólido respaldo alemán que contribuyó a poner fin a la crisis de la anexión de Bosnia en marzo de 1909 era agua pasada. Lo sustituyó –Szapáry citaba la jerga excesivamente comedida de los responsables de tomar decisiones en Berlín– «un diálogo sin discrepancias dirigido a consolidar las áreas económica y cultural». Las posiciones avanzadas de Berlín con respecto a Rusia se habían abandonado, y no se tomaba absolutamente ninguna medida sin consultar primero a San Petersburgo. Durante las Guerras de los Balcanes, Alemania había comprometido la posición austriaca uniéndose al coro de voces que apoyaban el *désinteressement*[NT4], insistiendo para que Viena aceptara las conquistas y provocaciones serbias. Todo ello equivalía al «sacrificio total de los intereses de Austria-Hungría en los Balcanes». Este era un punto de vista bastante histriónico, influido por los temores, que Szapáry compartía con los húngaros, a un creciente apoyo de Rusia a Rumanía, pero captaba el clima de frustración generalizada ante el fracaso de

Berlín a la hora de ejercer una verdadera influencia en la península de los Balcanes. Especialmente mortificante era la rapidez con la que Berlín había ratificado el Tratado de Bucarest, privando a Austria de la oportunidad de mejorar la posición de Bulgaria, a la que los austriacos, aunque no los alemanes, consideraban un posible contrapeso al poder de Serbia.[168]

Esta sensación de aislamiento, junto con las reiteradas provocaciones de 1912-1913, aumentó a su vez la disposición de Viena a recurrir a medidas unilaterales. La resistencia a las soluciones extremistas entre los principales responsables de tomar decisiones en Viena mostraba signos de decaimiento. El signo más evidente del cambio de actitud fue la decisión de llamar a Conrad en el momento álgido de la amenaza rusa de movilizar su ejército. «Debe usted volver a ser el jefe del Estado Mayor», informó cansinamente el emperador al general en una audiencia el 7 de diciembre de 1912.[169] Una vez reincorporado, Conrad seguía aconsejando la guerra, por supuesto, pero eso no era nada nuevo. Lo más preocupante era que entre los demás actores principales iba disminuyendo la resistencia a las medidas extremas. En un momento u otro, durante el otoño de 1912, casi todo el mundo (incluido el primer ministro Tisza) era partidario de una política de confrontación respaldada por la amenaza de una acción militar. Una excepción notable fue Francisco Fernando, que en una carta contundente del 12 de octubre advirtió a Berchtold que no permitiría que la monarquía se viera arrastrada a la «cocina de brujas de la guerra de Conrad». También había que pensar en Rusia, y en Bulgaria, y en los alemanes, que presumiblemente retrocederían ante cualquier iniciativa de alto riesgo. En cuanto a Belgrado, añadió Francisco Fernando, los únicos que allí buscaban un enfrentamiento era el partido belicista regicida (el partido que le asesinaría ocho meses después). Concluía diciendo que no creía que «la guerra fuera necesaria». La presión para librarla procedía exclusivamente de aquellos servidores de

la corona austro-húngara que «consciente o inconscientemente trabajaban para perjudicar a la monarquía».[170] Y sin embargo, el 11 de diciembre de 1912, durante una reunión de altos funcionarios con el emperador en el palacio de Schönbrunn, hasta Francisco Fernando rompió con su habitual defensa de la paz a cualquier precio para abogar por un enfrentamiento militar con Serbia.

Esto fue, sin lugar a dudas, un lapsus momentáneo: nada más escuchar los argumentos contrarios de Berchtold y los ministros civiles, el príncipe heredero abandonó inmediatamente su idea inicial y expresó su apoyo a la solución diplomática de Berchtold. Cuatro meses después fue el turno de Berchtold de romper filas. En una reunión del Consejo Ministerial Conjunto el 2 de mayo de 1913, Berchtold, irritado porque los montenegrinos habían vuelto a atacar Scutari, aceptó por primera vez los argumentos a favor de una movilización contra Montenegro. Esto no equivalía, desde luego, a hacer un llamamiento a una guerra europea, ni siquiera local, ya que Montenegro estaba en aquel momento completamente aislado, hasta los serbios les habían retirado su apoyo.[171] Berchtold tenía la esperanza de que la sola movilización bastaría para desalojar a los invasores de Albania y creía muy poco probable la intervención de Rusia. Casualmente, hasta la movilización resultó innecesaria; Nicolás cedió antes de que se presentara el ultimátum.[172] No obstante, el tono firme de esa reunión hacía presagiar una actitud más beligerante en Viena. En septiembre-octubre de 1913, tras la segunda invasión serbia del norte de Albania, y Conrad suplicando la guerra como de costumbre, Berchtold volvió a apoyar una política de confrontación, lo mismo que Francisco José, sorprendentemente. En ese momento, Francisco Fernando y Tisza (por motivos muy distintos) seguían siendo los únicos pacifistas entre los responsables de tomar decisiones. Y el éxito del ultimátum al conseguir que los serbios retiraran sus tropas de Albania vino a

refrendar la reivindicación de un estilo de diplomacia más agresivo.[173]

Esta actitud beligerante coincidió con una conciencia creciente de hasta qué punto las restricciones económicas estaban empezando a limitar las opciones estratégicas de Austria-Hungría. Las movilizaciones parciales durante las crisis de las Guerras de los Balcanes infligieron enormes tensiones financieras a la monarquía. Los gastos extraordinarios para 1912-1913 ascendieron a 390 millones de coronas, tanto como la totalidad del presupuesto anual del ejército austrohúngaro, un asunto muy serio en un momento en el que la economía de la monarquía estaba entrando en recesión.[174] A este respecto deberíamos recordar que Austria-Hungría gastaba muy poco en su ejército: de las grandes potencias, solo Italia gastaba menos. Cada año llamaba a filas a un porcentaje más pequeño de su población (0,27%) que Francia (0,63%) o Alemania (0,46%). Los años 1906-1912 fueron años de auge para la economía del imperio, pero solo una cantidad muy pequeña de esta riqueza se asignó a los presupuestos militares. El imperio envió menos batallones de infantería en 1912 que en 1866, cuando sus ejércitos se enfrentaron a los prusianos e italianos en Königgrätz y Custoza, a pesar de que durante el mismo periodo la población se había duplicado. Una de las razones de ello fue el dualismo: los húngaros bloqueaban sistemáticamente cualquier expansión militar;[175] la presión para apaciguar a las nacionalidades con proyectos de infraestructuras costosas suponía un nuevo obstáculo a la inversión militar. Para colmo de males, las movilizaciones en verano y/o primeros días del otoño perturbaron gravemente la economía agraria, ya que quitaron una gran parte de la mano de obra rural de las labores de cosecha.[176] En 1912-1913, los críticos del gobierno podían sostener que las movilizaciones en tiempos de paz habían incurrido en gastos enormes y trastornado la economía sin apenas hacer nada por mejorar la seguridad del imperio. Al parecer,

las movilizaciones tácticas constituían un instrumento que la monarquía ya no se podía permitir el lujo de utilizar. Pero si este fuera el caso, la flexibilidad del gobierno en el manejo de las crisis en la periferia de los Balcanes debía reducirse muchísimo. Sin la opción intermedia de movilizaciones puramente tácticas, el proceso de toma de decisiones tendría inevitablemente menos matices. Sería cuestión de paz o guerra.

LA BALCANIZACIÓN DE LA ALIANZA FRANCO-RUSA

En el verano de 1912 no estaba del todo claro que Francia apoyara a Rusia en un conflicto estrictamente balcánico. Las condiciones del convenio militar franco-ruso de 1893-1894 eran ambiguas a ese respecto. El Artículo 2 estipulaba que en caso de una movilización general por parte de *una cualquiera* de las potencias de la Triple Alianza, Francia y Rusia movilizarían simultánea e inmediatamente la totalidad de sus fuerzas y las desplegarían lo antes posible hacia sus fronteras sin necesidad de un acuerdo previo.[177] Al parecer esto daba a entender que una crisis balcánica lo bastante grave como para provocar una movilización austriaca podría, en determinadas circunstancias, producir automáticamente una contramovilización conjunta franco-rusa, que con toda seguridad provocaría a su vez una contramovilización alemana, ya que los Artículos 1 y 2 de la Alianza Dual austro-alemana de 1879 establecían que los signatarios se prestarían ayuda mutua en el caso de que Rusia o una potencia apoyada por Rusia atacara a cualquiera de los dos. Este era un mecanismo que, a primera vista, parecía capaz de convertir una crisis balcánica en una guerra continental, tanto más por cuanto no hacía distinciones entre una movilización austriaca parcial y una total.

Para mayor confusión, el Artículo 1 del convenio militar franco-ruso contemplaba la obligación de intervenir solo en las circunstancias siguientes: (a) un ataque de Alemania a Francia o (b) un ataque a Rusia tanto por parte de Alemania como de

Austria-Hungría apoyada por Alemania. Este artículo ponía el listón para una intervención militar francesa mucho más alto que el Artículo 2. La discrepancia en el texto reflejaba las necesidades dispares que en un principio dieron lugar al tratado. Para Francia, la alianza y el convenio militar ligado a ella constituían un medio de contrarrestar y contener a Alemania. Para Rusia, la preocupación fundamental era Austria-Hungría: por mucho que lo intentaran, los negociadores franceses eran incapaces de convencer a sus homólogos rusos para que renunciaran al vínculo establecido en el Artículo 2 entre una movilización general austrohúngara y una francesa. Y esto, a su vez, ponía de hecho un detonador en manos de los rusos, quienes –al menos sobre el papel– eran dueños en cualquier momento de provocar una guerra continental a favor de sus objetivos balcánicos.[178]

Pero las alianzas, al igual que las constituciones, solo son, a lo sumo, una orientación aproximada de la realidad política. En París, los responsables políticos admitieron los riesgos implícitos en el Artículo 2 y se apresuraron a reivindicar una interpretación restrictiva de las obligaciones francesas. En 1897, por ejemplo, durante la Guerra de los Treinta Días entre Grecia y el Imperio Otomano, el ministro de Asuntos Exteriores Gabriel Hanotaux informó a San Petersburgo de que Francia no consideraría una intervención austrohúngara un *casus foederis*[NT5] (una causa estipulada por tratado).[179] Y hemos visto cuán reacia se mostró Francia a verse envuelta en la crisis de la anexión de Bosnia de 1908-1909, una crisis en la que se negó a reconocer una auténtica amenaza para los «intereses vitales» tanto de Francia como de Rusia.[180] En 1911, los términos del convenio militar se modificaron a instancias de los franceses. La obligación de prestar ayuda mutua e inmediata se mantuvo en el caso de una movilización general *alemana*; sin embargo, en el caso

de una movilización austriaca total o parcial se decidió que Rusia y Francia acordarían una línea de actuación adecuada.[181]

En 1912, esta tendencia dio un giro repentino en lo que resultaría uno de los ajustes políticos más importantes de la preguerra. Durante algunos años, el gobierno de París había tratado de proteger a Francia de las consecuencias de las convulsiones balcánicas, y ahora ampliaba el compromiso francés con la posibilidad de intervenir con las armas en una crisis estrictamente balcánica. El promotor principal del cambio de rumbo fue Raymond Poincaré, primer ministro y ministro de Asuntos Exteriores desde el 14 de enero de 1912 hasta el 21 de enero de 1913, y de ahí en adelante presidente de la República. Al día siguiente de su nombramiento, Poincaré declaró públicamente que «mantendría con Rusia unas relaciones de lo más honestas» y «que dirigiría la política exterior de Francia con el pleno consentimiento de su aliado».[182] Era muy poco habitual que nada más tomar posesión del cargo los ministros de Asuntos Exteriores hicieran declaraciones programáticas de este tipo. En una serie de conversaciones con Alexander Izvolsky en París, Poincaré aseguró a los rusos que podrían contar con el apoyo de Francia en el caso de una guerra que estallara a raíz de una disputa austro-serbia.[183] En noviembre de 1912, informó a Izvolsky que el gobierno ruso no tenía motivos para temer «una falta de apoyo por parte de Francia».[184]

Seguir la evolución de esta línea de pensamiento no es fácil. La obsesión visceral de Poincaré con la amenaza que suponía Alemania fue un factor determinante. Tenía 10 años cuando los alemanes invadieron su Lorena natal en 1870, obligando a su familia a huir. Los alemanes ocuparon su pueblo de origen, Barle-Duc, durante tres años en espera del pago de la indemnización francesa. Esto no significaba que Poincaré fuera un *revanchista* al modo de Boulanger, sino que siguió sospechando de los alemanes; sus esfuerzos por lograr una distensión con Rusia y

Francia fueron desestimados por tramposos y engañosos. Poincaré creía que la salvación solo residía en el fortalecimiento de la Alianza franco-rusa, la piedra angular de la seguridad francesa.[185] También quería evitar que se repitiera el caos de la crisis de Agadir, cuando una serie de discusiones políticas simultáneas no lograron otra cosa que generar confusión. Su personalidad desempeñó aquí un papel: le gustaba la claridad y perseguía sus objetivos con una notable coherencia. Sus críticos veían en esta lucha decidida por alcanzar unos objetivos claramente definidos la prueba de una falta lamentable de flexibilidad. Paul Cambon sostenía que la «rigidez» (*raideur*) de Poincaré reflejaba su «inexperiencia diplomática y la estructura intelectual del hombre de leyes».[186] Su hermano Jules hablaba de una «mente en la que todo está numerado, clasificado y registrado, como en un archivo».[187]

Pero Poincaré no era el único que deseaba dotar a la política de seguridad francesa de una orientación más agresiva. Su ascenso al alto cargo tuvo lugar en el marco de un cambio de tono de la política francesa después de los acontecimientos de Agadir que los historiadores han llamado el «Renacer Nacionalista». Tras el caso Dreyfus, los políticos republicanos se inclinaron por dar un enfoque *défenciste* a la política de seguridad francesa caracterizada por hacer hincapié en el reforzamiento de las fronteras, la artillería pesada, y un corto periodo de instrucción para un ejército conceptualizado como la «nación-en-armas». En cambio, los años después de Agadir contemplaron el regreso de Francia a una política que tenía en cuenta los intereses profesionales del ejército, que aceptaba la necesidad de periodos de instrucción más largos y una estructura de mando más concentrada y eficaz, y que preveía que la siguiente guerra tendría un enfoque inequívocamente ofensivo.[188] Al mismo tiempo, el clima popular pacifista y antimilitarista que había prevalecido en 1905 dio paso a una actitud más beligerante. No toda Francia se vio

inundada por la ola nacionalista –los que abrazaron el nuevo belicismo eran sobre todo parisinos jóvenes e instruidos–, pero la recuperación del poderío militar se convirtió en uno de los credos regeneradores de la política republicana.[189]

Probablemente fue el ataque italiano a Libia y el derrumbe incipiente del poder otomano en Europa lo que impulsó a Poincaré a incorporar los Balcanes a su pensamiento estratégico. Ya en marzo de 1912, dijo a Izvolsky que la antigua distinción entre las crisis balcánicas locales y los problemas de mayor significado geopolítico «no tenía ninguna importancia práctica». Habida cuenta del sistema de alianzas europeas, costaba imaginar «un acontecimiento en los Balcanes que no afectara al equilibrio general de Europa». «Cualquier choque armado entre Rusia y Austria-Hungría por los Balcanes constituiría un *casus foederis* para la alianza austro-alemana. Y esto a su vez supondría la activación de la Alianza franco-rusa.»[190]

¿Era consciente Poincaré de los riesgos que acarreaba apoyar la política rusa en los Balcanes? Una conversación que mantuvieron el primer ministro francés y el ministro de Exteriores Sazonov durante una visita a San Petersburgo en agosto de 1912 resulta esclarecedora en este aspecto. Poincaré sabía que los serbios y los búlgaros habían firmado un tratado porque Izvolsky le había informado de ello en abril, pero no conocía su contenido.[191] Cuando el ministro francés de Asuntos Exteriores pidió a San Petersburgo que lo aclarase, no hubo respuesta (posteriormente Sazonov afirmó que había retrasado el envío del texto a Poincaré por temor a que se filtrara a la prensa francesa).[192] En agosto, durante una entrevista con el ministro de Exteriores en San Petersburgo, Poincaré preguntó de nuevo. Sazonov presentó el texto en ruso y lo tradujo para el primer ministro francés. Los detalles le sorprendieron algo, sobre todo las estipulaciones relativas a las movilizaciones simultáneas contra Turquía y, si fuera necesario, contra Austria, por no hablar de la referencia al

reparto de tierras que aún se encontraban en el interior de la Macedonia otomana y –tal vez lo más alarmante– el papel de árbitro en todas las disputas futuras asignado a Rusia, un papel que, observó Poincaré, «aparece en cada línea del convenio». Las notas que escribió después del encuentro transmiten una cierta turbación:

> Parece que el tratado contiene las semillas no solo de una guerra contra Turquía sino de una guerra contra Austria. Además, establece la hegemonía de Rusia en los reinos eslavos, pues se identifica a Rusia como árbitro en todos los asuntos. Le comento al Sr. Sazonov que este convenio no se corresponde lo más mínimo con la información que me dieron sobre él, que, a decir verdad, es un convenio de guerra, y que no solo revela los motivos ocultos de los serbios y los búlgaros, sino también da motivos para temer que los rusos alientan sus esperanzas…[193]

Poincaré no era el único que estaba asustado por el grado de participación de Rusia en la política de los Balcanes. Jean Doulcet, un consejero de la embajada francesa en San Petersburgo, anotó más o menos al mismo tiempo que los acuerdos de los Balcanes eran en efecto «tratados de partición»; el apoyo que les daba Rusia indicaba que «los rusos estaban dispuestos a no tener en cuenta a Austria y proceder a la liquidación de Turquía sin preocuparse por sus intereses [es decir, los de Austria]».[194]

Llegados a este punto, hubiera sido de esperar que Poincaré empezara a albergar dudas de que fuera sensato apoyar a San Petersburgo en los Balcanes. Pero el descubrimiento de que los rusos ya se habían instalado cómodamente en los asuntos turbulentos de la península parece haber tenido el efecto contrario. Tal vez sencillamente era cuestión de admitir que en vista del cariz general de la política rusa, un futuro conflicto balcánico no era solo probable, sino casi seguro, y por lo tanto era necesario incorporarlo dentro de los horizontes de la alianza. Un factor añadido fue la creencia de Poincaré, compartida por algunos sectores del ejército francés, de que una guerra de origen balcánico era lo que con más probabilidad provocaría que Rusia participara plenamente en una campaña conjunta contra Alemania.

Una guerra austro-serbia comprometería –así se lo dijeron a Poincaré sus asesores militares– entre la mitad y dos tercios de las fuerzas austriacas, lo que dejaría grandes contingentes de tropas rusas libres para el servicio contra Alemania, obligando con ello a los alemanes a desplegar más soldados hacia el este y aliviar la presión sobre el ejército francés en el oeste.[195]

Fueran cuales fuesen los motivos de su cambio de rumbo, en el otoño de 1912 Poincaré apoyó firmemente una intervención armada de Rusia en los Balcanes. En una conversación con Izvolsky durante la segunda semana de septiembre, cuando la Primera Guerra de los Balcanes se vislumbraba pero todavía no había empezado, el primer ministro francés dijo al embajador ruso que si Turquía destruía Bulgaria, o Austria-Hungría atacaba a Serbia «obligaría a Rusia a abandonar su papel pasivo». Si Rusia considerase necesario organizar una intervención militar contra Austria-Hungría, y si esto desatara una intervención de Alemania (lo que era inevitable, dados los términos de la Alianza Dual), «el gobierno francés lo admitiría de antemano como un *casus foederis* y no vacilaría un instante en cumplir las obligaciones contraídas con respecto a Rusia».[196] Seis semanas después, con la guerra ya en marcha, Izvolsky informó a Sazonov que a Poincaré «no le asustaba» la idea de que pudiera resultar necesario «iniciar una guerra en determinadas circunstancias» y que estaba seguro de que los Estados de la Triple Entente vencerían. Izvolsky añadió que esta confianza se basaba en un análisis minucioso del Estado Mayor francés que hacía poco había llegado a la mesa del primer ministro.[197]

De hecho, Poincaré anticipaba sus obligaciones con tanta energía que había momentos en que parecía correr el riesgo de adelantarse a los rusos. El 4 de noviembre de 1912, un mes después de iniciada la Primera Guerra de los Balcanes, escribió a Sazonov proponiendo que Rusia se uniera a Francia e Inglaterra para oponerse de manera preventiva a una intervención aus-

triaca en el conflicto.[198] Esta propuesta fue tan inesperada que Izvolsky escribió a Sazonov explicándoselo. Hasta hacía poco, señaló el embajador, el gobierno francés no deseaba verse involucrado en lo que consideraba problemas estrictamente balcánicos. Pero últimamente había habido un cambio de opinión. París reconocía ahora que «cualquier conquista territorial por parte de Austria-Hungría constituiría una ruptura del equilibrio europeo y *afectaría a intereses fundamentales de Francia*» (aquí, el lenguaje que los franceses habían utilizado para justificar su desinterés en la crisis de la anexión de Bosnia se había invertido de manera inequívoca). Izvolsky concluyó que la aproximación proactiva de Poincaré a los asuntos balcánicos significaba un «nuevo punto de vista» en el Ministerio francés de Asuntos Exteriores. Aconsejó al Ministerio de Exteriores en San Petersburgo que lo aprovechara inmediatamente y se asegurara para el futuro el respaldo tanto de Francia como de Inglaterra.[199]

A mediados de noviembre, Sazonov anticipó de hecho la posibilidad de un ataque austriaco a Serbia (o al menos a las fuerzas serbias en Albania) y quiso saber cómo reaccionarían Londres y París ante una respuesta armada de Rusia. La contestación de Grey fue la típica evasiva: la pregunta, replicó, era académica y «uno no podía pronunciarse sobre un suceso hipotético que no se ha presentado».[200] En cambio, la respuesta de Poincaré fue exigir claridad a Sazonov: ¿qué se proponía exactamente el gobierno ruso?, preguntó. Había que ser claro en esto; de lo contrario, «al tomar la iniciativa, el gobierno francés se arriesgaba a adoptar una postura que no estuviera a la altura o excediera las intenciones de su aliado». Los rusos no debían dudar de que Francia les apoyaría en caso de una crisis balcánica: «si Rusia va a la guerra, Francia hará lo mismo, porque sabemos que en estas cosas Alemania respaldará a Austria».[201] Solo unos días después, en una conversación con el embajador italiano en París, Poincaré confirmó que «si el conflicto austro-serbio lleva-

ra a una guerra general, Rusia podría contar enteramente con la ayuda armada de Francia».[202]

En sus memorias, Poincaré negaba con vehemencia haber brindado esas garantías.[203] Y hay que admitir que Izvolsky no es un testigo totalmente desinteresado. Fue el hombre que arruinó su carrera en San Petersburgo por lo mal que había gestionado la crisis de la anexión de Bosnia, un diplomático que dejó el alto cargo en circunstancias sospechosas y siguió obsesionado con la supuesta perfidia de Aehrenthal y Austria. ¿No podría haber mentido para reforzar la decisión de su colega (y antiguo subordinado) Sazonov en los asuntos balcánicos? ¿No podría haber exagerado –como sugirió posteriormente el propio Poincaré– el compromiso del primer ministro francés con el fin de dar más importancia a su propio papel en la consolidación de la alianza?

Estos supuestos son verosímiles, pero la evidencia indica que son erróneos. Por ejemplo: Izvolsky comunicó el 12 de septiembre que la afirmación de Poincaré de que el ejército francés confiaba en la victoria en el caso de que una guerra iniciada en los Balcanes se intensificara hasta hacerse continental viene corroborada por un memorándum exaltado del Estado Mayor de 2 de septiembre, un documento del que Izvolsky no pudo tener una información independiente; esto indica que por lo menos la conversación en cuestión tuvo lugar en realidad.[204] El 17 de noviembre, Izvolsky anotó que el malestar de Poincaré acerca de sobrepasar a los rusos sonaba convincente; Poincaré confiaría a su diario exactamente las mismas dudas durante la crisis de julio de 1914. Y hay testigos que lo confirman, como el exprimer ministro y ministro de Asuntos Exteriores Alexandre Ribot, jurista brillante y experto en ciencia política que se reunió con Poincaré en diversas ocasiones durante el otoño de 1912. En una nota privada fechada el 31 de octubre de 1912, Ribot hacía constar: «Poincaré cree que Serbia no desalojará Üsküb y que si Austria interviene, Rusia no podrá dejar de intervenir. Alemania

y Francia se verán obligadas por sus tratados a entrar en escena. El Consejo de Ministros ha deliberado sobre ello y ha decidido que Francia debe cumplir sus compromisos».[205]

El cambio de rumbo de Poincaré provocó una diversidad de reacciones entre los responsables políticos y los funcionarios de mayor nivel. Su desconfianza respecto a Alemania y sus opiniones sobre el *casus foederis* resonaban positivamente en un grupo influyente del Ministerio de Exteriores formado en el Instituto de Estudios Políticos de París (popularmente conocido como *Sciences Po*), para quienes la simpatía hacia las naciones eslavas y la hostilidad hacia Alemania eran axiomáticas. Y también entre los militares de mayor graduación existía un gran apoyo. En su memorándum de 2 de septiembre de 1912 (el que cita Poincaré en sus conversaciones con el embajador ruso), el coronel Vignal del 2º Departamento del Estado Mayor francés informaba al primer ministro que *una guerra en los Balcanes* aseguraría las mejores condiciones para una victoria de la Entente. Puesto que los austriacos estarían comprometidos en una lucha con los eslavos del sur, Alemania se vería obligada a trasladar una buena parte de las fuerzas de su ofensiva en el oeste para defender el este contra Rusia. En estas circunstancias, «la Triple Entente tendría las mayores probabilidades de éxito y lograría una victoria que le permitiría redibujar el mapa de Europa, a pesar de los éxitos locales de Austria en los Balcanes».[206]

Otros eran más críticos con la nueva orientación. El embajador en Londres, Paul Cambon, estaba horrorizado ante la postura contenciosa que adoptó Poincaré hacia Austria-Hungría durante las semanas iniciales de la Primera Guerra de los Balcanes. El 5 de noviembre de 1912, durante una visita a París, Paul escribió a su hermano Jules quejándose de un artículo aparecido en *Le Temps*, a todas luces inspirado por Poincaré, que cuestionaba directamente a Austria, reconviniendo a Viena de un modo «impaciente, imprudente y sin matices». Paul pasó a infor-

mar de una conversación con Poincaré la noche del sábado 2 de noviembre. Cambon había osado sugerirle que Francia podría aceptar que Austria se llevara una parte del Sanjak de Novi Pazar, un simple «montón de rocas», a cambio de garantizar que no le interesaba ningún otro territorio balcánico. La respuesta del primer ministro le sorprendió: «sería imposible permitir que [Austria], una potencia que no había hecho la guerra, que no tenía derecho, etc., lograra una ventaja; eso agitaría la opinión francesa y supondría un contratiempo para la Triple Entente». Francia, prosiguió Poincaré, «que ha hecho tanto desde el comienzo de esta guerra» –aquí Cambon introdujo un signo de admiración entre corchetes– «también se vería obligada a exigir ventajas, una isla en el Mar Egeo, por ejemplo…». A la mañana siguiente (domingo, 3 de noviembre), Cambon, que había pasado la noche muy preocupado por esta conversación, fue a ver a Poincaré para exponerle sus objeciones. No merecía la pena un conflicto por el Sanjak, dijo al primer ministro; una isla en el Egeo causaría más problemas de lo que vale. Cambon también tenía sus dudas acerca de la afirmación de Poincaré de que estaba actuando presionado por la «opinión». Al contrario de lo que decía Poincaré, la opinión pública francesa se mostraba «indiferente» a estas cuestiones; Cambon advirtió que era importante que el propio gobierno no provocara una «corriente de opinión que hiciera imposible una solución». Poincaré las rechazó, y dio la conversación por terminada:

> «He sometido mis ideas al gobierno en el Consejo [de Ministros]», replicó Poincaré secamente. «Las ha aprobado, es una decisión del Gabinete, no nos podemos echar atrás.»
>
> «¿Cómo que no nos podemos echar atrás?» contesté. «Salvo 2 o 3 ministros, los miembros del Gabinete no saben nada de política exterior y el debate siempre puede quedar abierto a cuestiones de este tipo.»
>
> «El gobierno lo ha decidido», respondió muy secamente, «no sirve de nada insistir en el tema.»[207]

Lo que resulta interesante de este intercambio no es el asunto propiamente dicho, porque lejos de coger o exigir una porción del Sanjak, Austria retiró sus tropas de la zona y la dejó para los Estados vecinos, Serbia y Montenegro. El asunto pasó y se olvidó. Mucho más significativa es la impresión que transmitían los comentarios de Poincaré sobre la participación honda y directa de Francia en los problemas de los Balcanes, y de manera más llamativa la expresada en la extraña idea del primer ministro de que dejar una porción del Sanjak a Austria obligaría a París a buscar una compensación a modo de «isla en el Egeo». Y aún más ominosa era la sensación que no solo transmitía la carta de Cambon, sino también la nota de Ribot, de que la política francesa en los Balcanes ya no se improvisaría en respuesta a las situaciones nuevas, sino que se fundamentaría en compromisos irrevocables, en «decisiones» sobre las que «no podría haber vuelta atrás».

PARÍS FUERZA EL PASO

En una carta del 19 de diciembre de 1912, el coronel Ignatiev, agregado militar ruso en París, informaba de una larga y reveladora conversación con Alexandre Millerand, ministro de la Guerra francés. Millerand planteó la cuestión de los refuerzos de tropas austriacas en las fronteras con Serbia y Galitzia:

> MILLERAND: ¿Cuál cree usted que es el objetivo de la movilización austriaca?
>
> YO [es decir, Ignatiev]: Es difícil hacer predicciones sobre este asunto, pero sin lugar a dudas los preparativos austriacos con respecto a Rusia han tenido hasta ahora carácter defensivo.
>
> MILLERAND: Bien, pero ¿no cree usted que la ocupación de Serbia[NT6] fue una provocación directa [*vyzov*] para que entraran ustedes en guerra?
>
> YO: No puedo responder a esta pregunta, pero sé que no deseamos una guerra europea ni tomar medidas que puedan provocar una conflagración europea.
>
> MILLERAND: Así que, ¿dejarán ustedes a Serbia sola? Eso es asunto suyo, desde luego. Pero hay que comprender que no es por culpa nuestra. Nosotros estamos preparados [*My gotovy*].[208]

Ignatiev informó que Millerand parecía «perturbado» e incluso «molesto» por sus respuestas evasivas. El ministro francés insistía en que no solo se trataba de una cuestión de Albania, o de los serbios o Durazzo, sino de la «hegemonía austriaca en toda la península de los Balcanes», un asunto sobre el que sin duda el gobierno ruso no podía permitirse el lujo de confiarse.[209]

Hay algo extraordinario en estas afirmaciones del ministro francés de la Guerra, un político socialista respetado y poco ducho en asuntos exteriores, cuya carrera se había centrado en las pensiones, la educación y las condiciones de trabajo más que en asuntos geopolíticos. Sin embargo, Millerand, amigo íntimo de Poincaré a quien conoció en el colegio, se había convertido en 1912 en uno de los líderes del renacer nacional francés. Muy admirado por su tenacidad, diligencia e intenso patriotismo, no solo trataba de levantar la moral militar y reforzar la autonomía del mando del ejército, sino también de infundir en la ciudadanía un espíritu marcial.[210] Las palabras que le había dirigido a Ignatiev reflejaban una actitud que se extendió entre los dirigentes franceses durante la crisis balcánica del invierno de 1912-1913. «El general Castelnau», informó Ignatiev, «me dijo dos veces que él personalmente está preparado para la guerra e incluso que le gustaría una guerra.» De hecho, el gobierno francés en su conjunto está «plenamente dispuesto a apoyarnos contra Austria y Alemania, no solo por la vía diplomática sino también, si fuera necesario, por la fuerza de las armas». Ignatiev creía que la razón de esta disposición residía en la confianza de los franceses en que una guerra balcánica proporcionaría un punto de partida de lo más ventajoso para un conflicto mayor, ya que obligaría a Alemania a centrar sus medidas militares en Rusia, «dejando a los franceses en la retaguardia».[211] En efecto, los mensajes que llegaban de París en noviembre y diciembre de 1912 eran tan entusiastas que el propio Sazonov pidió encarecidamente a los franceses que se tranquilizaran.[212]

Poincaré era el coordinador de esta política. Hubo muchos ministros de Asuntos Exteriores y muchos primeros ministros que llegaron y se fueron sin dejar mucha huella en la política exterior francesa. Pero Poincaré fue una excepción. Utilizó la combinación de los dos cargos de primer ministro y ministro para protegerse de las influencias no deseadas. Con frecuencia aparecía temprano en el trabajo, señal inequívoca de que en el pausado Ministerio de Exteriores de aquella época las intenciones eran serias. Insistía en leer y anotar expedientes y en abrir su propio correo; se rumoreaba que a veces escribía sus propios despachos. Tenía poca paciencia con la autosuficiencia de los embajadores, que según comentó malhumorado en enero de 1914, solían adoptar con demasiada facilidad el punto de vista del gobierno ante el que estaban acreditados.[213] Con el fin de asegurarse de que el Quai d'Orsay no se le fuera de las manos, Poincaré creó un gabinete interno de consejeros leales y de confianza, al igual que había hecho Delcassé a comienzos de siglo.

En enero de 1913, Poincaré fue elegido presidente de la República, convirtiéndose en el primer hombre que saltó directamente desde el cargo de primer ministro al de jefe del Estado. Curiosamente, esto suponía, en teoría, una disminución de su facultad para influir en la elaboración de la política exterior, ya que por costumbre y tradición el cargo de presidente no solía ser, a pesar de sus extraordinarias prerrogativas, una sede importante del poder. Elegido por las dos cámaras del parlamento, se esperaba de él que actuara de «parapalos de bolera», recogiendo los gobiernos que caían a medida que la cámara los derribaba.[214] Pero el exprimer ministro no tenía intención de soltar las riendas; antes incluso de su elección, Poincaré había dejado claro que tenía el propósito de explotar al máximo los instrumentos constitucionales de los que estaba provista la presidencia. Su sabiduría y un profundo conocimiento del derecho constitucional garantizaban que lo haría con un cierto arrojo. En 1912 incluso

publicó un manual de ciencia política en el que sostenía que los poderes del presidente –el derecho a disolver las cámaras del parlamento, por ejemplo– eran un factor de estabilidad fundamental en la constitución y que el presidente debería desempeñar debidamente un papel preponderante en los asuntos internacionales.[215]

En cuanto le eligieron presidente de la República, Poincaré desplegó su influencia indirecta en la elección de candidatos para garantizar que sus sucesores en el Ministerio de Asuntos Exteriores o bien fueran débiles, e inexpertos, o bien compartieran la visión estratégica y diplomática de Poincaré, o, mejor aún, una mezcla de los tres. Charles Jonnart, que sucedió a Poincaré hasta marzo de 1913, fue un buen ejemplo: era un antiguo gobernador general de Argelia que no sabía casi nada de relaciones exteriores y para la gestión diaria de los asuntos dependía del protegido de Poincaré, Maurice Paléologue, jefe del departamento político.[216] «Sigo al mando de Jonnart», confió Poincaré a su diario el 26 de enero de 1913. «Todas las mañanas voy al Quai d'Orsay.»[217]

Mientras los dirigentes franceses ampliaban las atribuciones de la alianza para incluir a Rusia en caso de posibles incidentes en los Balcanes, tenían lugar cambios importantes en las estipulaciones asociadas al convenio militar franco-ruso. El mando militar francés se había alarmado ante el plan de despliegue de Sukhomlinov de 1910, que desplazó las zonas de concentración de tropas rusas retirándolas del saliente polaco cientos de kilómetros al este, lo que alargaba los tiempos de movilización previstos para un ataque hacia el oeste y minaba el supuesto de simultaneidad consagrado en el texto del convenio.[218] En las conversaciones anuales del Estado Mayor franco-ruso de 1911, los delegados franceses insistieron a sus colegas rusos sobre este asunto. La respuesta del jefe del Estado Mayor ruso Yakov Zhilinsky no fue precisamente de las que inspiran confianza. Pro-

metió que las fuerzas armadas rusas tratarían por todos los medios de comenzar su ataque lo antes posible después del decimoquinto día de movilización. Pero también admitió que hasta 1913 o 1914 no se acabarían de suministrar al ejército la artillería de campaña y las ametralladoras.[219]

La cuestión de con qué rapidez y cuántos hombres movilizaría Rusia en caso del *casus foederis*, y en qué dirección los desplegaría, dominó los diálogos entre los Estados Mayores francés y ruso en los veranos de 1912 y 1913. En las conversaciones de julio de 1912, el jefe del Estado Mayor francés, Joseph Joffre, pidió que todas las líneas de ferrocarril rusas hacia las fronteras de Prusia Oriental y Galitzia fueran de doble vía. Incluso algunas líneas de importancia estratégica tenían que cuadruplicarse para facilitar el transporte rápido de grandes cantidades de soldados. El Convenio Naval franco-ruso de julio de 1912 fue un resultado más de estos esfuerzos, pues estipulaba una colaboración y una coordinación más estrechas de las dos marinas. Y las garantías rusas mejoraron poco a poco: mientras que en 1912 Zhilinsky prometía atacar Alemania con 800.000 hombres antes del decimoquinto día, al año siguiente se sintió capaz, una vez que las mejoras se pusieron en marcha, de recortar dos días lo previsto.[220] La dirección de la movilización era otro elemento de preocupación. Los protocolos de las conversaciones entre Estados Mayores registran los esfuerzos incansables de los funcionarios del Estado Mayor francés para que los rusos siguieran centrándose en Alemania y no en Austria como principal adversario. Porque aunque los franceses estuvieran dispuestos a reconocer la legitimidad de un *casus belli* balcánico, todo el propósito militar de la alianza (desde el punto de vista francés) se vería frustrado si los rusos desplegaban el grueso de su poderío militar contra el Imperio de los Habsburgo y dejaban que los franceses se las apañaran solos con un ataque alemán masivo en el oeste. Cuando se planteó este asunto en la reunión de 1912, Zhi-

linsky objetó que los rusos tenían también otras amenazas en las que pensar: los austriacos, asimismo, habían mejorado sus ferrocarriles estratégicos, y dada la sensibilidad nacionalista en la región, resultaba inaceptable que los rusos se arriesgaran a una derrota en los Balcanes. Suecia era otra amenaza potencial, y luego estaba Turquía. Pero Joffre insistía en que la «destrucción de las fuerzas de Alemania» –*l'anéantissement des forces de l'Allemagne*– resolvería de hecho todos los demás problemas que se le presentaran a la alianza; era fundamental concentrarse en este objetivo «a cualquier precio».[221] El Estado Mayor preparó después una nota que resumía el resultado de las conversaciones y en la que constaba debidamente que «el mando ruso reconoce que Alemania es su principal adversario».[222]

Poincaré hizo lo que pudo para convencer a Rusia lo antes posible. Antes de viajar a San Petersburgo en agosto de 1912, preguntó a Joffre qué temas debería plantear a sus anfitriones; el jefe del Estado Mayor francés «señaló la mejora de los ferrocarriles y no mencionó nada más».[223] Una vez en la capital rusa, el entonces todavía primer ministro francés asedió a conciencia a todos sus interlocutores sobre el asunto de los ferrocarriles: «Hago que [el zar Nicolás II] tome conciencia de nuestro interés en las mejoras que solicita nuestro Estado Mayor»; «Le explico [a Sazonov] la necesidad de duplicar o cuadruplicar las rutas», y así sucesivamente.[224] Las notas de Poincaré ofrecen incluso un atisbo de la lucha por el poder que se desarrollaba en el seno de la administración rusa entre Kokovtsov y el mando militar. El primer ministro ruso dudaba de los planes sobre una política audaz en los Balcanes y, como buen hombre de finanzas, no le entusiasmaba la posibilidad de gastar cantidades ingentes de dinero prestado en unos ferrocarriles de dudoso valor comercial. Cuando respondió a las instigaciones de Poincaré con el comentario de que los rusos estaban «estudiando» en ese momento el asunto de las mejoras del ferrocarril, Poincaré in-

sistió en que «este estudio es muy urgente, porque es probable que las consecuencias de la guerra se decidan en la frontera alemana [de Rusia]». Es fácil imaginar lo que pensaba Kokovtsov de esta vana presunción de una guerra inminente. Poincaré solo anotó que su colega parecía «irritado» por la idea de que el mando del ejército ruso hubiera conseguido el apoyo del gobierno francés a fin de asegurar las asignaciones militares sin tener que consultar directamente al ministro de Finanzas (es decir, el mismísimo Kokovtsov).[225] Siempre que tenía la oportunidad, Poincaré contribuía a redoblar la presión para que los rusos se rearmaran.[226]

Los franceses practicaban en su país lo que recomendaban a los rusos. El nombramiento de Joseph Joffre como jefe del Estado Mayor en julio de 1911, en el apogeo de la crisis de Agadir, puso la estrategia francesa en manos de un hombre comprometido con las teorías de la «escuela ofensiva». Los estrategas franceses solían dar un enfoque defensivo a la posibilidad de un enfrentamiento con Alemania: los dos planes de campaña XV (1903) y XVI (1909) preveían despliegues defensivos en una primera fase, seguidos de un contragolpe decisivo nada más conocerse las intenciones del enemigo, al contrario del plan de despliegue de Sukhomlinov de 1910. Pero Joffre modificó el plan de campaña XVI para permitir un avance agresivo en territorio alemán a través de Alsacia, convencido de que «solo la ofensiva puede romper la voluntad del adversario». También su trabajo con los socios de Francia en la alianza y la Entente fue mucho más proactivo que el de sus predecesores. Joffre fue la fuerza motriz del lado francés en las reuniones entre Estados Mayores de 1911, 1912 y 1913; su asociación con su homólogo ruso Zhilinsky fue fundamental para su éxito. Hubo también intensos debates con los mandos militares ingleses, y en especial con Henry Wilson. Joffre fue el primer estratega francés en integrar la Fuerza Expedicionaria Británica en sus disposiciones; sus re-

visiones al Plan XVI incluían estipulaciones detalladas sobre la concentración de las tropas británicas a lo largo de la frontera belga.[227]

Poincaré encontró en Joffre un compañero militar adecuado para su estrategia. Naturalmente, hubo puntos de desacuerdo. Uno de los más reveladores hacía referencia a la cuestión de la neutralidad belga. La filtración de algunos documentos alemanes y otras informaciones militares puso de manifiesto que en caso de guerra los alemanes atacarían Francia a través de la Bélgica neutral. El 21 de febrero de 1912, cuando Poincaré, recién instalado como primer ministro, convocó una reunión informal en el Quai d'Orsay para revisar las medidas defensivas de Francia, Joffre abogó por un ataque preventivo a través del territorio belga. Sostenía que era la única manera de compensar la inferioridad numérica francesa en relación con Alemania. Los británicos comprenderían sin duda la necesidad de semejante medida, y los últimos indicios de frialdad entre Bélgica y Alemania sugerían que tal vez fuera posible llegar a un acuerdo con Bélgica de antemano. Pero Poincaré se negó rotundamente a considerar el argumento de Joffre aduciendo que una invasión de Bélgica podría soliviantar a la opinión pública británica y hacer que Edward Grey no pudiera cumplir sus promesas con París. Esto constituyó una muestra palpable del predominio de la autoridad civil sobre la militar en la República francesa, pero también de la previsión y la genialidad de Poincaré al combinar una interpretación sumamente agresiva del *casus foederis* en el este con un planteamiento estratégicamente defensivo en la frontera francesa. Así fue cómo París resolvió un dilema al que se enfrentaron varios de los beligerantes de 1914, a saber, el «requisito paradójico de que una guerra defensiva se inicie de forma agresiva».[228]

El endurecimiento de los compromisos continuó tras el ascenso de Poincaré a la presidencia de la República. El nombra-

miento de Théophile Delcassé como embajador en San Petersburgo en la primavera de 1913 constituyó una señal inequívoca. El de Delcassé iba a ser un puesto de corta duración: desde el principio dejó claro que solo se quedaría en San Petersburgo hasta las elecciones francesas de 1914. No obstante, la elección de este eminente exministro de Asuntos Exteriores de dilatada experiencia, destituido en pleno apogeo de la primera crisis marroquí, no dejó lugar a dudas sobre la orientación de la política francesa. Con Delcassé en San Petersburgo e Izvolsky en París, ambos aliados estaban representados por embajadores con una fuerte animadversión personal contra Alemania. Delcassé se había vuelto aún más germanófobo en los últimos años. Cuando se encontró con Jules Cambon de camino al este vía Berlín, se negó a bajarse de su tren para evitar tocar suelo alemán con la suela de su zapato.[229] El nuevo embajador era conocido por su experiencia en el área de los ferrocarriles estratégicos (como ministro de Asuntos Exteriores a principios de siglo, Delcassé había insistido al gobierno ruso para construirlos en contra del Imperio Británico).[230] No es de extrañar que la prensa rusa recibiera con agrado la noticia de su nombramiento, observando que su «temperamento combativo» sería una ventaja para la Triple Entente.[231] La carta de presentación que escribió Poincaré al zar anunciaba que el objetivo del nuevo embajador sería «estrechar los lazos de la alianza franco-rusa», y a continuación le recordaba la importancia de reforzar con la mayor rapidez posible las rutas estratégicas rusas hacia las fronteras occidentales del imperio.[232] Ignatiev comunicó que Delcassé había recibido autorización del gobierno francés «para ofrecernos cualquier préstamo que necesitemos para este propósito».[233]

Delcassé trabajó con tanto ahínco como siempre durante su breve destino (del 23 de marzo de 1913 al 30 de enero de 1914), de hecho estuvo tan ocupado que rara vez le vieron en los círculos sociales de San Petersburgo. En su primera audiencia con

el zar, un día después de su llegada, subrayó la importancia de «completar la red de ferrocarriles, conforme a los deseos del jefe del Estado Mayor» y tomó la medida insólita de solicitar directamente que los fondos necesarios los proporcionara Kokovtsov.[234] Durante el tiempo que pasó en San Petersburgo, Delcassé casi nunca se reunió con nadie excepto con Sazonov y Kokovtsov; incluso el embajador británico tuvo dificultades para concertar una reunión con él. «Dirijo la totalidad de la política exterior rusa», dijo alardeando a sus colegas franceses. «La gente de por aquí no tiene ni la menor idea.»[235] Delcassé supervisó las negociaciones que fructificaron en un nuevo préstamo francés de gran magnitud: 2.500 millones de francos, captados en el mercado de capitales francés por compañías de ferrocarriles privadas rusas durante un periodo de cinco años en cuotas anuales de 500 millones, con la condición de que los ferrocarriles estratégicos del saliente occidental se reforzaran de acuerdo con lo tratado en las conversaciones conjuntas de los Estados Mayores de 1913.[236] Maurice Paléologue, sucesor de Delcassé en la embajada en San Petersburgo desde enero de 1914, era un hombre del mismo estilo que se propuso combinar el refuerzo estratégico con una mayor firmeza a la hora de considerar los asuntos de política exterior.

EL AGOBIO DE POINCARÉ

Durante los primeros dieciocho meses de su presidencia (hasta el estallido de la guerra), Poincaré reforzó la orientación ofensiva del proyecto militar francés. Apoyó la campaña a favor de la Ley de los Tres Años, que fue aprobada por la Cámara y el Senado franceses en el verano de 1913, y elevó el ejército permanente a unos 700.000 hombres, lo que redujo la diferencia en el número de soldados entre Francia y Alemania a solo 50.000 y demostró a los rusos que los franceses desempeñaban seriamente su papel en el esfuerzo conjunto contra el «principal adversario».[237] Por elegir primeros ministros dóciles, tomar el control

del Consejo Superior de Guerra y utilizar al máximo los poderes que le confería el *secteur réservé* relativos al derecho del presidente a formular decisiones en el ámbito de las políticas exterior y militar, Poincaré se convirtió en uno de los presidentes más poderosos de la Tercera República.[238]

Todo este activismo tenía una dimensión pública. El chovinismo de la propaganda gubernamental desde la formación del ministerio Poincaré-Millerand-Delcassé era un tema recurrente en los despachos del embajador belga en París, el barón Guillaume. A Guillaume le impresionaba especialmente la vehemencia retórica de la campaña a favor de la Ley de los Tres Años, que después de haber contribuido a garantizar la elección de Poincaré a la presidencia de la República, ahora continuaba a paso acelerado, «ignorante de los peligros que origina».[239] «Fueron los Sres. Poincaré, Delcassé y Millerand», comentó Guillaume en enero de 1914, «quienes inventaron y llevaron a cabo políticas nacionalistas, patrioteras y chovinistas» cuyo renacer constituía ahora un rasgo destacado de la vida pública en Francia. Veía en esto «el mayor peligro para la paz en la Europa actual».[240] Poincaré no era solo un gerifalte parisino, escribió el embajador belga en mayo de 1914, sino un verdadero político de ámbito nacional que trabajaba muchísimo y con gran habilidad para crear su base de apoyo en provincias. Era un orador excelente que a menudo viajaba a lo largo y ancho de Francia, pronunciaba numerosos discursos y era aclamado en todas las poblaciones que visitaba.[241]

A pesar de estos éxitos en provincias, la inestabilidad intrínseca del sistema político francés no garantizaba que la posición de Poincaré en París se mantuviera firme. Entre otras cosas, los vaivenes de las carteras ministeriales seguían siendo constantes y el ministro de Asuntos Exteriores, Charles Jonnart, el favorito de Poincaré, dejó el cargo solo dos meses después. Con su sucesor, el lánguido Stéphen Pichon, los mecanismos examinados en

el capítulo 4 comenzaron una vez más a hacerse notar: Pichon se alineó con los embajadores influyentes y sus aliados en el seno de la Centrale. La consecuencia fue un giro temporal hacia un acercamiento a Berlín más conciliador o como mínimo menos intransigente. Cuando Pichon dejó el cargo en el gobierno de Barthou en diciembre de 1913, Poincaré buscó un hombre de paja para sustituirlo. Antes de tomar posesión, el nuevo primer ministro y ministro de Asuntos Exteriores, Gaston Doumergue, tuvo que aceptar que mantendría la Ley de los Tres Años y la política exterior de Poincaré. El presidente esperaba que Doumergue, carente de toda experiencia en relaciones exteriores, se viera obligado a dejar en sus manos todos los asuntos importantes. Pero le salió el tiro por la culata, porque al tiempo que Doumergue se mostraba como un defensor a ultranza de la alianza con Rusia, también obraba en contra de Poincaré nombrando ministro de Finanzas a su archirrival Joseph Caillaux y dejándole fuera poco a poco de las discusiones de política exterior.[242]

Poincaré seguía teniendo enemigos poderosos y sin escrúpulos. En mayo de 1913 quedó claro lo vulnerable que era a sus maquinaciones políticas cuando se desencadenó una crisis de gobierno por la interceptación de unas comunicaciones diplomáticas que sacaban a la luz negociaciones secretas entre el presidente y dirigentes de la Iglesia Católica. En la primavera de 1913, Poincaré y Pichon celebraron estas conversaciones con la esperanza de garantizar la elección de un sucesor al trono papal que apoyara a Francia. Todo ello podía parecer bastante inofensivo, dado el interés de Francia en consolidar su influencia sobre sus protectorados religiosos en el levante. Pero los contactos de este tipo entre un político destacado de la República y la Iglesia Católica eran asuntos enormemente delicados en la Francia anterior a 1914, donde el anticlericalismo era el marco habitual de la cultura política. Las conversaciones se mantuvieron absolutamente en secreto con el fin de no dar munición a los radicales y

sus aliados para una campaña anticlerical. Pero en abril y mayo de 1913, la Sûreté del Ministerio del Interior interceptó y descifró tres telegramas del embajador italiano en París que hacían referencia a las negociaciones entre Poincaré, Pichon y el Vaticano. El 6 de mayo, el ministro del Interior Louis-Lucien Klotz presentó los telegramas en una reunión del gabinete. Durante el consiguiente revuelo, Pichon amenazó con dimitir si se seguían interceptando y filtrando telegramas. No hubo más intercepciones, pero el daño estaba hecho, pues en el futuro cualquiera sin escrúpulos podría aprovechar este material tan delicado para difamar a Poincaré como un «clerical» no apto para un cargo público.

El problema tenía otro aspecto más personal: Poincaré se había casado con su esposa Henriette –dos veces divorciada– en una ceremonia estrictamente civil, como se esperaba de los altos cargos de la República. Pero en mayo de 1913, después de saberse que los dos primeros maridos de Henriette habían muerto aceptó, presionado por su esposa y en deferencia a los deseos de su querida madre recientemente fallecida, solemnizar su unión con una ceremonia religiosa. De nuevo fue una decisión que posiblemente escandalizaría a la opinión anticlerical. La ceremonia se celebró en el más estricto secreto, pero a partir de entonces Poincaré vivió con el temor de que una campaña anticlerical arruinara su popularidad. Confió a un colega que le espiaban y delataban, incluso dentro de los muros del Elíseo, donde «agentes de policía, criados, ujieres, visitantes, más de cien personas al día me vigilan, observan todos mis gestos y los divulgan con más o menos exactitud».[243] Tan preocupado estaba ante esta posibilidad que llegó al extremo de sobornar a radicales destacados. Para gran disgusto de los hermanos Cambon, ofreció incluso la embajada en Londres al dirigente radical anglófilo y hostigador de Poincaré Georges Clemenceau (que la rechazó).[244] La preocupación por las intrigas en la sombra y las

revelaciones hostiles continuó inquietando al presidente hasta el estallido de la guerra.

En otras palabras: Poincaré seguía siendo vulnerable. E incluso parecía que el momento de gloria del hombre y sus políticas podría estar pasando. La ola de brío nacionalista en cuya cresta entró a ocupar altos cargos después de la crisis de Agadir estaba decayendo a comienzos de 1914, dando paso a un nuevo y complejo alineamiento de fuerzas.[245] Los socialistas y la unión de radicales «odiaban cada vez más» a Poincaré, y sus rivales Clemenceau y Caillaux nunca perdían ocasión de atacarle y provocarle.[246] Lo más preocupante de todo era la posibilidad de que una nueva formación opositora pudiera forzar la derogación de la Ley de los Tres Años y con ello aflojar el armazón de la Alianza franco-rusa.[247] En un país que se distinguía –sobre todo después del caso Dreyfus– por unas fuertes corrientes de sentimiento antimilitarista, la prolongación del servicio militar era una medida sumamente polémica. Los resultados de las tumultuosas elecciones generales del 26 de abril y del 10 de mayo de 1914 fueron difíciles de interpretar, pero indicaban que el apoyo mayoritario a la Ley de los Tres Años pendía de un hilo. Tras la caída del gobierno de Doumergue el 2 de junio de 1914, Poincaré tuvo que buscar una combinación política que salvara la ley. Tras varios intentos fallidos –incluido el desplome de un gobierno el día de su primera aparición en el parlamento, un acontecimiento sin apenas precedentes históricos–[248] Poincaré tendió la mano al exsocialista René Viviani, que el 12 de junio formó un nuevo gabinete en el que diez de los diecisiete ministros apoyaban el servicio militar de tres años. Cuando el 16 de junio el nuevo gobierno ganó en la Cámara por mayoría, pareció que la crisis había pasado. La Ley de los Tres Años estaba a salvo, al menos de momento. ¿Pero quién podría decir cuánto tiempo sobreviviría?

Los acontecimientos internacionales añadían motivos de preocupación. Durante 1913 y 1914, los responsables políticos de París eran cada vez más conscientes del crecimiento del poder ruso. Los observadores militares franceses informaron de que el ejército ruso había hecho enormes avances desde los reveses de la guerra japonesa; el soldado ruso era «de primer orden, resistente, bien entrenado, disciplinado y entregado» y se espera que el ejército ruso prevalezca sobre sus «posibles enemigos».[249] Los expertos en finanzas franceses corroboraron esta visión de las perspectivas de Rusia. Un estudiante entusiasta de la economía rusa era M. de Verneuil, síndico de los corredores con poder para vetar la admisión de valores en la Bolsa de París. Verneuil llevaba mucho tiempo participando en empresas rusofrancesas cuando viajó a San Petersburgo para discutir las condiciones del nuevo préstamo francés con el primer ministro Kokovtsov. En una carta de 7 de julio de 1913, contó sus impresiones al ministro de Asuntos Exteriores Pichon. Verneuil escribió que ya se había formado una opinión muy favorable del progreso de la economía rusa, pero su reciente visita a la capital rusa le había convencido de que la realidad era aún más impresionante:

> Se está preparando algo verdaderamente fantástico, cuyos indicios sorprenderán incluso a los analistas más informados. Tengo la impresión clarísima de que en los próximos treinta años veremos en Rusia un crecimiento económico ingente que igualará –si es que no lo supera– el progreso colosal que tuvo lugar en los Estados Unidos durante el último cuarto del siglo XIX.[250]

Verneuil no estaba solo: en 1914, los informes del agregado militar francés en San Petersburgo, el general de Laguiche, evocaban un «coloso» ruso dotado de «recursos inagotables», provisto de soldados «de primer orden» y que ejercía un «poder sin límites». Después de asistir a las maniobras de primavera de ese año, Laguiche no cabía en sí de entusiasmo: «cuanto más voy, más admiro este material humano, el hombre ruso es superior a cualquiera que conozca. Nunca he encontrado en ningún

otro ejército una fuerza y una energía como en este.»[251] Las informaciones de prensa solían reforzar esta impresión. En noviembre de 1913, *Le Temps* publicó un artículo en el que el corresponsal del periódico en Rusia Charles Rivert afirmaba que:

> Nunca podremos admirar lo bastante este gran esfuerzo [militar] ruso. Se produce sin crear el más mínimo inconveniente a la prosperidad del país. [...] mientras que en Francia los nuevos gastos militares plantean un problema presupuestario, Rusia no necesita ir a buscar una nueva fuente de ingresos. [...] Así, en esta carrera armamentista, Rusia está en mejores condiciones que nadie para aguantar la competencia. El desarrollo de su población viene acompañado de un crecimiento de la riqueza; las circunstancias le permiten hacer frente –incluso a largo plazo– al constante aumento de los gastos y los contingentes militares. Nunca se verá obligada a proponer una disminución del ritmo de este crecimiento, ni, en realidad, los dirigentes militares rusos están dispuestos a hacerlo.[252]

Entre los que suscribían esta visión idealista de Rusia estaba el propio Poincaré.[253]

A primera vista, todo esto era bueno para la Alianza franco-rusa. Pero en París también despertaba dudas inquietantes. ¿Y si Rusia se volvía tan rica y tan poderosa que dejaba de depender para su seguridad de la prometida ayuda francesa? Como mínimo, semejante crecimiento vertiginoso sin duda inclinaría la correlación de fuerzas en el seno de la alianza en perjuicio de París ya que, como observó el general Laguiche en febrero de 1914, «cuanto menos necesite Rusia de otras naciones, más podrá liberarse de nuestra presión».[254] Este clima de aprensión nos parece irrisorio a posteriori: estaba basado en una sobrevaloración absurda del progreso económico y el poderío militar rusos.[255] Pero esas falsas posibilidades eran bastante reales para las personas que las percibían; unidas a otros factores en un entorno que cambiaba con rapidez, indicaban que los instrumentos de los que se disponía en esos momentos para frenar a Alemania podrían dejar de estar ahí en poco tiempo.

Durante las últimas semanas de junio de 1914, y para su sorpresa, Poincaré seguía manteniendo el control. Su política esta-

ba asegurada, al menos hasta que cayera el gobierno vigente. René Viviani era un político parlamentario muy eficaz, pero un completo novato en asuntos exteriores. Si se produjera una crisis, al presidente le resultaría fácil dirigir la política. La estrategia militar ofensiva y el compromiso con el *casus foederis* balcánico permanecieron intactos. Pero a medio y largo plazo, el futuro de Poincaré y de su política era más bien incierto. Esta mezcla de fortaleza en el presente y vulnerabilidad a largo plazo marcó la gestión de la crisis que estalló tras los disparos mortales realizados por Gavril Princip el 28 de junio en Sarajevo. Al igual que tantos responsables políticos atrapados en aquellos acontecimientos, Poincaré tendría la sensación de estar trabajando contrarreloj.

NT1 En español valiato o vilayato, es una subdivisión administrativa de algunos países musulmanes y era el nombre que recibían las antiguas provincias del Imperio Otomano. (N. de los T.)

NT2 *Gubernia* es una subdivisión administrativa principal del Imperio Ruso que normalmente se traduce por gobierno o provincia y estaba regida por un gobernador. (N. de los T.)

NT3 La Puerta Otomana o Puerta Sublime es una figura retórica que designaba al gobierno central del Imperio Otomano y que alude a la puerta de entrada al bloque de edificios que albergaba los principales departamentos estatales de Estambul. Hoy día los edificios alojan al gobernador de Estambul. (N. de los T.)

NT4 En francés en el original. *Désinteressement* significa generosidad, desinterés, altruismo. (N. de los T.)

NT5 *Casus foederis* es una expresión latina que significa «motivo de la alianza». En la terminología diplomática describe la situación por la cual entrarán en juego los miembros de una alianza: por ejemplo, cuando una nación sea atacada por otra. (N. de los T.)

NT6 Lo que Millerand quiere decir aquí no está claro, ya que en 1912 no había «ocupación» austriaca de Serbia: propablemente se refería a la anexión de Bosnia, en cuyo caso, lo que aquí se cuenta puede ser atribuido a Ignatiev más que a Millerand.

6

Últimas oportunidades: Distensión y peligro, 1912-1914

«Desde que trabajo en el Foreign Office», escribía Arthur Nicolson a principios de mayo de 1914, «no había visto unas aguas tan tranquilas».[1] El comentario de Nicolson llama nuestra atención sobre uno de los rasgos más curiosos de los últimos dos años previos a la guerra, a saber, que incluso mientras el acopio de armas seguía adquiriendo velocidad y las actitudes de algunos líderes militares y civiles se hacían más agresivas, el sistema internacional europeo en su conjunto demostraba una sorprendente capacidad para la gestión de las crisis y la distensión. ¿Quiere decir esto que una guerra global fue haciéndose cada vez *menos* probable durante el año y medio anterior a su estallido? ¿O fue el fenómeno de la distensión lo que simplemente encubría la realidad de un creciente antagonismo estructural entre los bloques aliados? Y si esto último es cierto, ¿cómo interactuaron los procesos implicados en la distensión con los elementos de causalidad que acabarían haciendo posible el estallido de una guerra mundial en 1914?

LOS LÍMITES DE LA DISTENSIÓN

Durante el verano de 1912, el káiser de Alemania y el zar de Rusia, acompañados por una comitiva de importantes hombres de estado, se reunieron para conversar de manera informal en Puerto Báltico (Paldiski), unas instalaciones de la Armada rusa en la península de Pakri, en lo que actualmente es el noroeste de Estonia. La reunión, programada como devolución de la visi-

ta que realizó el zar a Potsdam en 1910, fue extraordinariamente bien. Mientras los monarcas paseaban, cenaban y pasaban revista a las tropas, los hombres de estado se reunían para mantener conversaciones amistosas sobre los más diversos temas. Kokovtsov y Bethmann Hollweg, que se conocieron en Puerto Báltico, se cayeron muy bien desde el primer momento. Eran dos individuos sobrios y conservadores con puntos de vista decididamente moderados. Durante una charla sosegada y franca, los dos primeros ministros analizaron en profundidad las políticas armamentistas de ambas potencias. Cada uno le garantizaba al otro la naturaleza esencialmente defensiva de sus intenciones, y ambos se mostraban de acuerdo en que el actual aumento del gasto militar era algo profundamente lamentable, debido al efecto desestabilizador que tenía sobre la opinión pública. Era de esperar, comentaba Bethmann, «que todos los países tuviesen tantos intereses en común que les hiciesen contemplar el armamento como una medida de prevención, sin que llegaran nunca a utilizarlo».[2]

El conde Vladimir Kokovtsov (Getty Images)

Las conversaciones entre Bethmann y Sazonov, ministro de Asuntos Exteriores, abarcaron una amplia variedad de temas, pero se caracterizaron por un mismo esfuerzo por emplear un lenguaje conciliador. Sobre el tema de la creciente inestabilidad de la península de los Balcanes, Sazonov le aseguró a Bethmann que la «misión» rusa frente a los Estados eslavos cristianos históricamente había llegado a su fin, y por consiguiente resultaba obsoleta. Aseguraba Sazonov que Rusia no tenía la mínima intención de aprovecharse de las dificultades por las que pasaba en aquellos momentos el Imperio Otomano. Bethmann declaró que aunque a Alemania se le acusaba a veces de querer interferir en los asuntos internos de la Entente, nada podía estar más lejos de su ánimo. Por otra parte, no veía ninguna razón por la que Alemania no pudiese cultivar una relación de amistad con las potencias de la Entente. «¿Y qué me dice de Austria?», preguntó Sazonov casi al final de la entrevista. Bethmann le garantizó que en absoluto podía hablarse de una política agresiva de Austria en los Balcanes. «¿Así que [Alemania] no animará a Austria?», preguntó Sazonov, a lo que Bethmann respondió que Berlín no tenía la más mínima intención de apoyar actitudes aventureras de Viena. Antes de separarse, los dos hombres convinieron en que sería una excelente idea hacer de estas cumbres una «institución fija», a repetir regularmente cada dos años.[3]

Sorprendentemente, incluso el káiser se comportó lo mejor que sabía en Puerto Báltico. El zar siempre tenía pavor a las reuniones con su locuaz primo alemán –él era reacio a decir lo que pensaba porque, como observaba Kokovtsov, «temía el carácter afable del emperador alemán, tan ajeno a su propia naturaleza».[4] En una nota redactada con anterioridad a la visita, el conde Pourtalès, embajador alemán en San Petersburgo, instó a que aconsejaran al káiser que evitara los temas de conversación tendenciosos, y que adoptase, siempre que fuera posible, una

«actitud de escucha», para que el zar pudiese meter baza de vez en cuando.[5] Durante la mayor parte del tiempo, Guillermo exhibió una contención admirable; pero hubo una serie de meteduras de pata: después del primer almuerzo a bordo del *Standart*, el yate del zar, el káiser hizo un aparte con Sazonov y estuvo hablando detalladamente con él («hablándole» sería una expresión más adecuada) durante más de una hora sobre la relación que tenía con sus padres, que, según decía, nunca le habían querido. Sazonov consideró aquello un terrible ejemplo de «la marcada tendencia del emperador alemán a sobrepasar las fronteras de la cautela y la dignidad» que cabía esperar de una persona con un rango tan elevado.[6] El segundo día del viaje, durante una visita bajo un sol abrasador a las ruinas de las fortificaciones construidas alrededor del puerto por Pedro el Grande, Guillermo volvió a olvidarse de sus instrucciones y acorraló a Kokovtsov para comentarle su última obsesión, la importancia de establecer un consorcio petrolero paneuropeo capaz de competir con la empresa estadounidense Standard Oil. Según rememoraba Kokovtsov, la conversación «se volvió sumamente animada, y sobrepasó los límites protocolarios impuestos por la etiqueta de la corte».

> El sol resultaba abrasador. El zar no quería interrumpir nuestra conversación, pero empezó a hacerme gestos de impaciencia a espaldas del emperador Guillermo. No obstante, el káiser siguió respondiendo a mis argumentos con creciente fervor. Finalmente, al zar debió de agotársele la paciencia, se acercó a nosotros, y empezó a escuchar nuestra conversación, momento en que el emperador Guillermo se volvió hacia él, dirigiéndole las palabras siguientes (en francés): «Tu presidente del Consejo no simpatiza con mis ideas, y no estoy dispuesto a que siga mostrándose escéptico. Quiero que me permitas demostrarle que estoy en lo cierto con datos que tengo que recopilar en Berlín y, cuando esté preparado, me gustaría que me dieras permiso para reanudar esta conversación con él».[7]

Vale la pena imaginarse esta escena –el resplandor del sol sobre las ruinas del viejo fuerte, Kokovtsov asfixiándose en su chaqueta, el káiser con la cara roja, su bigote temblando mien-

tras se entusiasmaba con aquel asunto, gesticulando, ajeno a la incomodidad de sus compañeros, y detrás de él el zar, intentando desesperadamente poner fin a aquella ordalía y llevarse a los asistentes a un lugar resguardado del sol. Se desconoce si Guillermo le envió finalmente a Kokovtsov «los datos recopilados en Berlín» sobre consorcios petroleros, pero resulta improbable –sus arrebatos de entusiasmo solían ser tan breves como intensos. No es de extrañar que el káiser fuera una figura aterradora entre los círculos monárquicos.

Los lapsus pasajeros de Guillermo no afectaron al buen ánimo de las dos comitivas, y la cumbre concluyó de un inesperado buen humor. Un comunicado oficial conjunto, transmitido a la prensa el 6 de julio, declaraba que la reunión «había tenido un carácter especialmente afable», lo que suponía una nueva demostración de «las relaciones de amistad» que mantenían los dos monarcas, y confirmaba la «firme resolución» de ambas potencias de mantener «las venerables tradiciones existentes entre ellas».[8]

El encuentro de Puerto Báltico fue el cénit de la distensión ruso-alemana durante los últimos años previos al inicio de la guerra en 1914.[9] Sin embargo, lo conseguido allí tenía unos límites sumamente estrechos. Las conversaciones, aunque amistosas, no dieron lugar a decisiones sustanciales. El comunicado oficial emitido a la prensa se limitaba a expresar generalizaciones vacuas y manifestaba explícitamente que la reunión no había producido ningún «nuevo acuerdo» ni producido «ningún tipo de cambio en el agrupamiento de las potencias, cuyo valor para el mantenimiento del equilibrio y la paz había quedado demostrado».[10] Las garantías ofrecidas por Bethmann y Sazonov respecto a la situación en los Balcanes escondían una peligrosa incongruencia: mientras que los alemanes efectivamente aconsejaron prudencia a los austriacos, provocando incertidumbre en Viena acerca de la firmeza del compromiso de Berlín con la

alianza, los rusos estaban haciendo lo contrario con sus clientes de los Balcanes, e iban a seguir haciéndolo. La garantía que le dio Sazonov a Bethmann de que Rusia no tenía intención de aprovecharse de las dificultades que afrontaba el Imperio Otomano, y que su «misión histórica» en la península ya era cosa del pasado, resultaba, como mínimo, engañosa. Si aquella iba a ser la base del entendimiento ruso-alemán, se trataba de un fundamento ciertamente frágil. E incluso las comedidas fórmulas de los comunicados de Puerto Báltico fueron suficientes para desatar espasmos de paranoia en Londres y en París. Tanto antes como después de aquel encuentro, el Ministerio de Asuntos Exteriores de San Petersburgo transmitió firmes garantías a Londres y a París de que su compromiso con la «triple entente» era más fuerte que nunca. Así pues, en cierto sentido, los intentos de acercamiento en Puerto Báltico revelaron lo esquiva que podía resultar una distensión verdaderamente multilateral.

Una serie de restricciones análogas de tipo estructural y político se interponían en el camino de una distensión duradera entre Alemania y Gran Bretaña. La misión Haldane de febrero de 1912, cuando Alemania y Gran Bretaña no consiguieron llegar a un acuerdo sobre limitaciones de armamento naval, es un buen ejemplo. El artífice original de la misión fue Bethmann. Su objetivo era lograr un entendimiento con Gran Bretaña que permitiera resolver los asuntos internacionales (sobre todo coloniales) por medio de la colaboración, y no a través de la competencia o la confrontación. El canciller veía en el ambicioso programa de construcción naval del almirante Tirpitz el principal obstáculo para dicho entendimiento. Pero el apoyo personal del káiser al programa naval, así como la estructura inconexa y pretoriana del Ejecutivo alemán implicaba la necesidad de llevar a cabo maniobras indirectas para desbancar la política vigente. A fin de debilitar la sólida postura de Tirpitz, Bethmann se alió con el Almirantazgo en su campaña a largo plazo contra la Oficina Na-

val Imperial (el Almirantazgo criticaba el hecho de que Tirpitz se centrara más en el número de buques que en la educación y entrenamiento del personal naval). Animó al Ejército de Tierra, que llevaba mucho tiempo sufriendo escasez de financiación mientras que los presupuestos navales se disparaban, a que insistiese en su renovación y su expansión.[11] Y por supuesto, instruyó a Metternich, embajador alemán en Londres, para que le suministrase la munición que iba a necesitar para persuadir al káiser de que poner freno al crecimiento naval podría tener un efecto más convincente en Londres que la actual política de fuerza y desafío. Resumiendo, Bethmann manejó asiduamente los distintos resortes del sistema con la esperanza de desenganchar la política de defensa del Reich de su adicción al crecimiento naval.

Al igual que Joseph Caillaux durante la crisis de Agadir, Bethmann hizo uso de un mediador no oficial, Albert Ballin, el magnate naviero con base en Hamburgo, quien desempeñó un papel crucial a la hora de establecer un canal de comunicación. Como muchas de las principales figuras del sector comercial y bancario, Ballin creía totalmente en el valor civilizador del comercio internacional y en la estupidez criminal que supondría una guerra europea. A través de sus contactos con el banquero británico Sir Ernest Cassel, Ballin pudo llevar a Berlín un mensaje que expresaba el interés británico en propiciar un acuerdo bilateral sobre los problemas surgidos a raíz del armamento naval y las cuestiones coloniales. En febrero de 1912, Lord Haldane, el secretario de Estado para la Guerra, viajó a Berlín para sondear las posibilidades.

¿Por qué fracasó la misión Haldane? La respuesta no es únicamente la intransigencia alemana respecto a la magnitud y el ritmo de la construcción naval, puesto que Bethmann y –aunque de mala gana– el káiser Guillermo II estaban dispuestos a hacer concesiones en ese aspecto.[12] El verdadero escollo era la

insistencia de Berlín en obtener a cambio algo tangible, concretamente la promesa de neutralidad por parte de Gran Bretaña en caso de una guerra entre Alemania y otra potencia continental. ¿Por qué los británicos se mostraron tan reacios a conceder lo que se les pedía? El argumento de que estaban obligados por los términos de sus compromisos con Francia es endeble, ya que Bethmann estaba dispuesto a limitar el acuerdo de neutralidad que proponía su Gobierno a los casos en los que «no pueda decirse que Alemania sea el agresor», y reconocía expresamente que cualquier acuerdo alcanzado «podría no ser aplicable en la medida que no sea compatible con los acuerdos existentes que ya hayan suscrito las partes contratantes».[13] La verdadera razón de la reticencia británica estaba más bien en una comprensible aversión a dar algo sin recibir nada a cambio: Gran Bretaña estaba ganando con gran facilidad la carrera armamentista naval y disfrutaba de una indiscutible superioridad. Bethmann y Guillermo querían un acuerdo de neutralidad a cambio de reconocer dicha superioridad de forma permanente. Pero, ¿por qué iba Gran Bretaña a aceptar un trato a cambio de algo que ya poseía?[14] En resumen: lo que impidió un acuerdo no fueron los buques en sí, sino más bien la incompatibilidad de los intereses percibidos por ambas partes.[15]

Haldane volvió de Berlín sin poder dar crédito al desconcierto que había observado allí: hasta para un forastero resultaba obvio que Bethmann no había logrado que el káiser y la Oficina Naval del Reich respaldaran su política. Pero también en Gran Bretaña poderosos intereses se alinearon en contra del éxito de la misión.[16] Desde el principio, en Londres se concibió como una mera iniciativa exploratoria. Haldane se vio obligado a viajar a Berlín bajo el pretexto de una comisión informativa de educación (por entonces presidía la Comisión Real de la Universidad de Londres) y no poseía, como decía el borrador de la nota del Reino Unido al Gobierno alemán, «autoridad alguna para esta-

blecer ningún tipo de acuerdo ni para vincular a ninguno de sus colegas».[17] El objeto de la misión, como le aseguraba el propio Haldane a Jules Cambon, era la *distensión,* no un *entendimiento*[NT1].[18] En París, Bertie hizo todo lo posible para sabotear el acuerdo, por el procedimiento de prevenir a Poincaré y de instar al Quai d'Orsay a que presionara a Londres.[19] Además, resulta revelador que el hombre encargado de proporcionarle a Haldane la documentación y de asesorarle durante las conversaciones no fuera otro que Sir Arthur Nicolson, un hombre que siempre había creído que cualquier concesión hecha a Alemania suponía un riesgo de enemistarse con Rusia, cuya benevolencia era esencial para la seguridad del Reino Unido. Nicolson no hizo el mínimo esfuerzo por disimular su hostilidad a la tarea de Haldane. «Personalmente, no veo el motivo», le dijo a Sir Francis Bertie, embajador británico en París, en febrero de 1912, «de que tengamos que abandonar la excelente posición en la que nos encontramos y renunciar a ella para enredarnos en unos denominados "acuerdos", que muy probablemente, cuando no con toda seguridad, pondrían en peligro nuestras relaciones con Francia y Rusia.»[20] El embajador estaba de acuerdo: la misión Haldane era un «paso insensato» que se daba simplemente para silenciar a los radicales detractores de Grey.[21] Así pues, desde el principio, no existía ninguna posibilidad realista de que la misión tuviera éxito.[22] Para gran alivio de Nicolson y Bertie, Grey rechazó considerar la posibilidad de una «cláusula de neutralidad», y las conversaciones se vinieron abajo. El embajador Goschen escribió desde Berlín para felicitar a Nicolson: «Ha sido usted fundamental en esta gran tarea».[23]

Como sugieren las observaciones de Nicolson, el desarrollo de la distensión se vio limitado –por lo menos en Gran Bretaña– por el pensamiento en términos de bloques, que todavía se aceptaba como fundamento indispensable de la seguridad nacional. La distensión podía ofrecer un complemento a la estrate-

gia de bloques, pero nunca desbancarla. Sir Edward Grey lo exponía de manera elegante en un discurso dirigido a la Cámara de los Comunes en noviembre de 1911: «Uno no entabla nuevas amistades que valgan la pena a base de abandonar a las antiguas. Hagamos nuevas amistades, desde luego, pero no a expensas de las que tenemos».[24]

Precisamente porque se había invertido muy poco en la misión de Haldane, su fracaso se asimiló fácilmente, y la distensión anglo-alemana posterior a Agadir siguió adelante. El hecho de que no se lograra un acuerdo naval pudo parecer históricamente significativo tan solo a la luz de los acontecimientos que vinieron después. En otoño de 1912, cuando estalló la crisis balcánica, el secretario de Exteriores alemán, Kiderlen-Wächter le propuso a Goschen, embajador británico en Berlín, que los dos países coordinasen su respuesta a fin de evitar que las potencias acabaran formando dos bandos antagónicos. Grey, por su parte, le hizo saber a Bethmann que deseaba una «estrecha cooperación política» con Gran Bretaña.[25] Esta y Alemania se unieron para patrocinar la Conferencia de Embajadores que se celebró en Londres entre diciembre de 1912 y julio de 1913. Las dos potencias contribuyeron a negociar soluciones de compromiso a los problemas más espinosos surgidos de la Primera Guerra de los Balcanes, e instaron a la prudencia a sus respectivos socios de bloque: Rusia y Austria.[26]

Naturalmente, entraban en juego otros móviles. El secretario de Asuntos Exteriores, Jagow, que se hizo cargo del hilo de la política cuando Kiderlen falleció repentinamente en diciembre de 1912, esperaba que una colaboración sostenida en los Balcanes contrarrestaría la dependencia británica de las potencias de la Entente por el procedimiento de abrirle los ojos a Londres acerca de la agresividad de la política de Rusia en la región. Grey esperaba que los alemanes siguieran refrenando a los austriacos, y que con ello evitaran que los conflictos regionales de

los Balcanes amenazaran la paz en Europa. Pero ninguno de los dos bandos estaba dispuesto a realizar ningún tipo de cambio sustancial en su respectiva estrategia basada en los bloques. La «distensión balcánica» anglo-alemana funcionaba en gran medida porque se ceñía estrictamente a una región (la península de los Balcanes) donde ninguno de los dos Estados tenía intereses fundamentales en juego. Esa distensión también dependía de la voluntad de Austria y Rusia de no entrar en guerra. Era un asunto muy endeble, que carecía de un contenido sustancial, y que únicamente podía subsistir en tanto no hubiera ninguna amenaza grave para la paz.

Así pues, podría decirse que una potencial distensión se veía limitada por la capacidad de resistencia de las alianzas. Eso es bastante cierto, salvo que lo es en la medida que implica que los bloques de alianzas eran una parte integrante, sustancial e inamovible, del sistema internacional. Pero vale la pena señalar lo frágil y propenso a cambios constantes que les parecía el sistema de alianzas a muchos de los principales dirigentes políticos. De forma intermitente los austriacos temían que los alemanes estuvieran a punto de zanjar sus diferencias con Rusia y de dejar en la estacada a sus aliados Habsburgo, y esa preocupación no carecía de justificación, ya que las evidencias sugieren que la política de contención de Alemania respecto a Viena a lo largo del periodo 1910-1913 lo único que hizo fue envalentonar a los rusos en los Balcanes, sin aportar ningún beneficio en materia de seguridad como compensación.[27] Poincaré vio en el insustancial encuentro en Puerto Báltico el ominoso presagio de una asociación ruso-alemana en los Balcanes y en los Estrechos. Durante la primavera de 1913 se produjo incluso cierta irritación en París ante los «coqueteos» entre las cortes de Londres y Berlín, y se sospechaba que Jorge V aspiraba a unas relaciones más cordiales con Alemania.[28] Para Sir George Buchanan, embajador británico en San Petersburgo, el más mínimo indicio de un des-

hielo entre Viena y San Petersburgo era suficiente para invocar la aterradora perspectiva de que Rusia abandonara la Entente y uniera sus fuerzas con Alemania y Austria, como había hecho en tiempos de las Ligas de los Tres Emperadores, durante las décadas de 1870 y 1880.

En el caso de las relaciones entre el Reino Unido y Rusia, los temores ante la perspectiva de perder un amigo poderoso se acentuaban debido al miedo a ganarse un enemigo poderoso. Durante los tres años previos al estallido de la guerra, las viejas tensiones geopolíticas entre Rusia y Gran Bretaña estaban volviendo al primer plano. Había problemas a lo largo de la frontera china en Asia Central, desde el Tíbet y Mongolia Exterior hasta el Turquestán y Afganistán, pero la cuestión más apremiante era Persia. Durante el verano de 1912, la penetración armada de Rusia en el norte de Persia ya suscitaba dudas sobre si era posible prorrogar el Convenio anglo-ruso en su forma original. En una fecha tan temprana como noviembre de 1911, Grey advertía al conde Beckendorff, embajador ruso en Londres, de que cabía la posibilidad de que muy pronto su ministerio no tuviera más remedio que emitir una «desautorización» pública de la actividad de Rusia en Persia, y que Rusia estaba poniendo en peligro el futuro del Convenio.[29] Y aquel era un asunto que suscitaba el interés no solo del Foreign Office, sino del Gobierno, del Parlamento y de la prensa. Cuando Sazonov y Grey se reunieron en Balmoral en septiembre de 1912 para unas conversaciones centradas principalmente en la cuestión de Persia, hubo manifestaciones públicas contra el ministro ruso. A los temores por el futuro del Imperio Británico se unía la tradicional rusofobia del movimiento liberal y de la prensa británica, formando una potente combinación. Y esas preocupaciones siguieron muy presentes durante 1913 y principios de 1914. En distintas cartas dirigidas a Buchanan, embajador en San Petersburgo, con fecha de febrero y marzo de 1914, Grey comentaba con en-

fado los planes de Rusia para construir una línea férrea de interés estratégico a través de Persia hasta la frontera con India. Los rusos habían empezado a dejar a un lado los intereses comerciales británicos en Persia, incluso dentro de la zona asignada al Reino Unido en virtud de los términos del Convenio. La situación a lo largo de la frontera china no era mucho más tranquilizadora: en 1912-1913, los despachos de los agentes británicos informaban de que los rusos estaban llevando a cabo una «actividad militar inusitada» entre Mongolia y el Tíbet; se había detectado el paso de cargamentos de fusiles rusos a través de Urga hasta Lhasa, y los «monjes» buryat rusos estaban adiestrando al Ejército tibetano, al mismo tiempo que los rusos iban adentrándose en el Turquestán chino para establecer posiciones fortificadas a tan solo 250 kilómetros de la guarnición británica en Srinagar.[30] Daba la impresión de que Rusia estaba esperando la ocasión más propicia para invadir India.[31]

Aquellas aparentes amenazas produjeron pequeñas fisuras en el tejido de las políticas del Foreign Office. A juicio de Grey, la irritante conducta de los rusos daba mayor realce al valor de la distensión anglo-alemana en los Balcanes. Era imposible que pasara inadvertida la facilidad con la que colaboraban los diplomáticos británicos y alemanes, justo en el momento en que los oportunistas zigzagueos de Sazonov respecto a los Balcanes exasperaban a los socios británicos de Rusia. Y a Grey le respaldaba en sus reflexiones su inveterado secretario particular, William Tyrrell, un hombre que tenía más acceso al secretario de Asuntos Exteriores que cualquiera de sus colegas. Anteriormente, Tyrrel había apoyado «la política antialemana», pero más adelante se volvió «partidario convencido de un entendimiento».[32] El atractivo de esa opción se veía indudablemente reforzado por la conciencia de que, dado que Alemania había perdido la carrera naval, la principal amenaza que planteaba Berlín había «perdido su mordiente».[33] El retorno a una política más fle-

xible prometía a un mismo tiempo acallar los argumentos rusófobos de la oposición radical y echar por tierra los planes del sector que exigía la dimisión de Grey, y que veía en la hostilidad hacia Berlín del secretario de Exteriores una amenaza innecesaria para la independencia británica y para la paz en Europa.

Sin embargo, esa opción no pasaba de ser quimérica siempre y cuando los beneficios de una colaboración más estrecha con Alemania no parecieran compensar los riesgos de perder la lealtad de Rusia. Mientras no se llegara a ese punto de inflexión –cosa que no parecía inminente en 1913-1914– el argumento a favor del apaciguamiento con Rusia y de oposición a Alemania siguió teniendo un peso considerable. Rusia era un enemigo mucho más peligroso en 1913 de lo que lo había sido en 1900, sobre todo si se contemplaba a través de los ojos de los responsables políticos británicos, quienes, al igual que sus colegas franceses, evaluaban de manera sumamente exagerada el poderío ruso. A lo largo de los años que transcurren entre la Guerra ruso-japonesa y la crisis de julio de 1914, y a pesar de la gran cantidad de evidencias en sentido contrario, los agregados militares y los expertos británicos dieron muestra de lo que, retrospectivamente, parece una imagen absurdamente positiva de la destreza militar de Rusia.[34] En un informe absolutamente típico, elaborado en septiembre de 1909, el general Sir Ian Hamilton, que, en calidad de antiguo agregado militar ante las fuerzas japonesas en Manchuria, había visto al Ejército ruso en acción, informaba de que desde entonces se habían llevado a cabo inmensas mejoras. Gracias a un «extraordinario avance» en las tácticas de «disparar y avanzar», en aquel momento cabía calificar a las tropas rusas de «soldados más hábiles y más entusiastas en el combate que los alemanes». Dado que Hamilton también había asistido a las maniobras del Ejército alemán, sus palabras fueron acogidas con respeto.[35]

En el fuero interno de algunos de los principales dirigentes de Londres, la amenaza de Rusia seguía eclipsando la que planteaba Alemania. «Lo que teme nuestra gente», admitía un alto funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores a comienzos de diciembre de 1912, en el momento del máximo apogeo de la primera crisis de Albania, «es que Alemania vaya a San Petersburgo y le proponga contener a Austria, a cambio de que Rusia abandone la Entente. Ese es el verdadero peligro, no un conflicto entre las potencias. Sinceramente, nos inquieta la posibilidad de que entre el alboroto de la crisis, Rusia acabe apuntándose al bando de la [Triple] Alianza».[36] A juicio de Nicolson, la seguridad de Gran Bretaña y de su imperio mundial seguía dependiendo del Convenio anglo-ruso, que él deseaba ver convertido (conjuntamente con la Entente con Francia) en una alianza en toda regla. Resultaba «mucho más desfavorable tener una Francia y una Rusia hostiles que una Alemania hostil».[37] «Para nosotros, es absolutamente esencial seguir en los mejores términos con Rusia», escribía Nicolson en mayo de 1914, «ya que, en caso de tener en frente a una Rusia hostil o incluso indiferente, nos veríamos en grandes apuros en determinadas zonas donde por desgracia no estamos en condiciones de defendernos».[38] Incluso el más leve gesto en el sentido de un acercamiento con Berlín podía poner en riesgo el prestigio de la fiabilidad de Londres, y una vez que ese prestigio se esfumara, cabía el peligro de que Rusia sencillamente abandonara al Reino Unido y volviera a su papel de rival imperial. Detrás del punto de vista de Nicolson estaba la convicción –compartida por muchos en Londres durante los últimos años previos a la guerra– de que la impresionante expansión del poderío económico y de la fuerza militar de Rusia muy pronto pondría al país en una situación de relativa independencia, lo que convertiría al Reino Unido en un aliado prescindible.

Eso significaba que era necesario comprar la lealtad de Rusia prácticamente a cualquier precio. Nicolson se quedó horrorizado ante el papel que desempeñó Sazonov a la hora de patrocinar la alianza serbo-búlgara contra Turquía, y más en general por el modo en que Rusia azuzaba al gobierno serbio, pero esas preocupaciones eran minucias en comparación con la catástrofe de una defección de Rusia. Así pues, en algunos aspectos, los diplomáticos británicos se sentían más cómodos con una situación de tensión controlada en los Balcanes que con la perspectiva de una vuelta al condominio austro-ruso de la era anterior a 1903, lo que a su vez habría facilitado un regreso a la situación de rivalidad declarada entre el Reino Unido y Rusia que existía antes de 1907, un escenario para el que los diplomáticos de Londres se sentían todavía peor preparados en 1913 que en la era de la Guerra de los Boers.[39] Durante el verano de 1912, Nicolson incluso llegó a propagar la idea de que la expansión de Rusia por la región de los Balcanes era inevitable, y por consiguiente el Reino Unido no debía oponerse a ella. «La determinación de Rusia, ahora que ha puesto sus finanzas en perfecto orden, y que ha reorganizado su Ejército», le decía Nicolson al embajador británico en Viena, «es reafirmar y volver a consolidar su posición de predominio en los Balcanes».[40]

La distensión interactuaba de forma compleja con la arquitectura variable de los bloques de alianzas. Podía elevar los niveles de confrontación a base de adormecer la conciencia del riesgo entre los principales protagonistas políticos. La Conferencia de Embajadores de Londres, de la que Grey se llevó una gran parte del mérito, le dejó una sensación de confianza en su capacidad de resolver las crisis y de «salvar la paz», una confianza que posteriormente entorpecería su capacidad de reaccionar adecuadamente ante los acontecimientos de julio de 1914. De la distensión anglo-alemana en los Balcanes, Grey aprendió la lección de que Alemania iba a seguir conteniendo a su aliado aus-

triaco, pasara lo que pasara. Jagow y Bethmann extrajeron la conclusión, igualmente problemática, de que por fin Londres había abierto los ojos al auténtico carácter de la política de Rusia en la península, y de que el Reino Unido probablemente permanecería neutral en caso de que los rusos iniciaran un conflicto en la región. Por añadidura, la distensión en una parte del sistema internacional europeo también podía producir un endurecimiento de los compromisos en otro lugar. Así, por ejemplo, las incertidumbres respecto a Londres –alimentadas por la colaboración anglo-alemana en los Balcanes– afectaban a las relaciones de Francia con San Petersburgo. «El Gobierno francés», escribía en 1913 el embajador belga en París, «aspira a estrechar más y más su alianza con Rusia, ya que es consciente de que la amistad de Inglaterra es cada vez menos sólida y eficaz.»[41]

Esas reflexiones parecen sugerir que, de alguna manera, el sistema europeo se había bloqueado en una posición cuya única salida era una guerra. Podría parecer una simple deducción del hecho de que incluso la distensión suponía una amenaza para la paz. Pero no debemos olvidar lo dinámico que todavía seguía siendo el sistema, o lo abierto que parecía ser su futuro. Durante los últimos meses previos al estallido de la guerra, algunos de los más altos dirigentes británicos empezaron poco a poco a darse cuenta de que existía la posibilidad de que el Convenio con Rusia sobre Persia no sobreviviera a su renovación, programada para 1915.[42] Durante la primavera de 1913, la opinión de Tyrrell era que Gran Bretaña debía tolerar la mala conducta de Rusia hasta que se apaciguara la crisis de los Balcanes, y posteriormente –¿tal vez en 1914 o 1915?– endurecer su posición con los rusos en lo referente a Persia, Mongolia y China. Se abrió una brecha entre Grey y Nicolson, quien, a partir de 1914, se convirtió en una figura cada vez más aislada. Muchos colegas suyos, altos responsables del Foreign Office, contemplaban con creciente escepticismo el apego incondicional de Nicolson al

Convenio anglo-ruso. Tyrrell y Grey –y otros veteranos funcionarios del ministerio– se mostraban profundamente molestos por la negativa de San Petersburgo a respetar los términos del acuerdo firmado en 1907, y empezaban a opinar que algún tipo de acuerdo con Alemania podría servir como útil correctivo a San Petersburgo. En la primavera de 1914, incluso Nicolson captaba el mensaje: el 27 de marzo de 1914 le advertía a un colega suyo que no diera por supuesto que la configuración de fuerzas entre las potencias vigente en aquel momento fuera a durar mucho tiempo: «Creo que es sumamente probable que dentro de poco asistamos a nuevos acontecimientos y distintos agrupamientos en la situación política europea».[43]

«AHORA O NUNCA»

¿Qué significaba todo aquello para los alemanes? A la hora de responder a esa pregunta, resulta útil destacar la ambivalencia de los acontecimientos internacionales a lo largo de los dos años previos a la guerra. Por una parte, durante el periodo posterior a la crisis de Agadir se asistió a una disminución de la tensión, sobre todo entre Alemania y el Reino Unido, y surgieron indicios de que los bloques de alianzas continentales podrían acabar, con el tiempo, perdiendo su funcionalidad y su cohesión. Así pues, había motivos para creer que la distensión no era simplemente una tregua temporal en las hostilidades recíprocas, sino una verdadera potencialidad del sistema internacional. Contemplado desde ese punto de vista, una guerra generalizada era cualquier cosa menos inevitable.[44] Por otra parte, las crisis de Agadir y de los Balcanes dieron lugar a un drástico aumento de la preparación militar, y a indicios de una política más agresiva de Rusia en la península de los Balcanes, respaldada por París. Y el temor a que los lazos de la Entente estuvieran debilitándose producía a corto plazo el endurecimiento de los compromisos de las alianzas, una tendencia reforzada por la

prevalencia a lo largo y ancho de Europa de facciones relativamente beligerantes en materia de política exterior.

La política de Alemania reflejaba la incoherencia y la ambigüedad de ese cuadro general. En primer lugar, cabe señalar que los alemanes estaban tan impresionados como el resto de Europa por el crecimiento económico y la vitalidad de Rusia. Tras su viaje a Rusia, en el verano de 1912, Bethmann resumía sus impresiones a Jules Cambon en unos términos parecidos al relato que Verneuil le haría a Pichon nueve meses después:

> El canciller manifestó un sentimiento de admiración y asombro tan profundo que está afectando a su política. La grandiosidad del país, su tamaño, su riqueza agrícola, al igual que el vigor de la población, que todavía carece, señaló el canciller, de cualquier tipo de intelectualismo. Comparaba a la juventud de Rusia con la de Estados Unidos, y a él le parece que mientras que la [juventud] de Rusia está impregnada de futuro, da la impresión que América no está añadiendo ningún elemento nuevo al patrimonio común de la humanidad.[45]

Desde el punto de vista de los jefes militares alemanes más influyentes, resultaba manifiestamente obvio que la situación geopolítica estaba cambiando rápidamente en perjuicio de Alemania. Helmuth von Moltke, el sucesor de Schlieffen (a partir de enero de 1906) como jefe de Estado Mayor, adoptó un punto de vista inquebrantablemente sombrío y belicoso al analizar la situación internacional de Alemania. Su actitud puede reducirse a dos supuestos axiomáticos. El primero era que a largo plazo era inevitable una guerra entre los dos bloques de aliados. El segundo era que el tiempo no corría a favor de Alemania. Con cada año que pasaba, los eventuales enemigos de Alemania, y Rusia en particular, con su economía en rápida expansión y sus recursos humanos prácticamente ilimitados, irían aumentando su pericia militar hasta gozar de una superioridad incontestable que les permitiría elegir el momento para un conflicto que se libraría y se decidiría en sus propios términos.

Helmuth von Moltke (dpa/Corbis)

Había una diferencia cualitativa fundamental entre esos dos axiomas. El primero era una proyección psicológica indemostrable, surgida de la propia paranoia y el pesimismo de Moltke.[46] Por el contrario, el segundo, aunque también incorporaba cierto grado de paranoia, por lo menos estaba justificado por un análisis comparativo del poderío militar de las potencias europeas. La preocupación de Moltke por el creciente desequilibrio entre los dos bloques, y por el constante deterioro de la capacidad de Alemania para imponerse en un futuro conflicto fue ganando plausibilidad sin parar a partir de 1910, cuando los rusos dieron comienzo al primer ciclo de rearme en armamento y fuerzas terrestres.[47]

La siguiente escalada en el estado de preparación para la guerra y en las inversiones en armamento de las potencias europeas se produjo a raíz de Agadir y de la crisis desencadenada por las Guerras Balcánicas. En noviembre de 1912, mientras los rusos intensificaban sus medidas contra Austria-Hungría, al

tiempo que el Gobierno francés les animaba desde la banda, el Gobierno alemán dio muestra de una prudencia extraordinaria –no se previno a los reservistas, ni se retuvo a las quintas de reclutas, ni hubo ningún ensayo de movilización.[48] Pero a partir de mediados de noviembre, cuando quedó de manifiesto la colosal dimensión de los preparativos militares rusos, el alto mando alemán empezó a preocuparse cada vez más. Resultaba especialmente alarmante la retención de la quinta de reclutas más veteranos, lo que incrementó repentinamente el contingente de tropas a lo largo de la frontera rusa con Alemania en el saliente polaco. Y aquella preocupación se veía incrementada por informaciones de inteligencia, procedentes de una amplia gama de fuentes y lugares, que indicaban que el punto de vista predominante entre los altos escalafones del Ejército ruso era que el conflicto con Austria era inevitable, y que «el mejor momento para atacar era el momento actual».[49]

El canciller alemán, Theobald von Bethmann Hollweg, incomodado por aquellos augurios y por los movimientos de tropas a ambos lados de la frontera de Galitzia, y deseoso de desmentir la impresión de que a Alemania ya no le interesaba defender a Austria-Hungría frente a las amenazas regionales, pronunció un discurso de diez minutos ante el Reichstag el 2 de diciembre de 1912. Se trataba de una adaptación –en un formato más conciso, y en un registro más modesto– del discurso que había pronunciado Lloyd George en la Mansion House el año anterior. El canciller empezaba señalando que, hasta la fecha, Alemania «había utilizado su influencia a fin de localizar la guerra», y que «efectivamente, hasta ese momento el conflicto había estado localizado» –una observación que provocó una ovación de la Cámara. A continuación venía una advertencia redactada con sumo cuidado:

> Si –y espero que no se dé el caso– posteriormente surgieran dificultades imposibles de resolver, será tarea de las Potencias directamente implicadas hacer efec-

> tivas sus reivindicaciones. Eso es válido para nuestros aliados. Si, al hacer efectivos sus intereses, nuestros aliados, en contra de todas las expectativas, fueran atacados por un tercer bando, y por consiguiente vieran amenazada su existencia, nosotros, por lealtad para con nuestro deber como aliados, nos veríamos obligados a adoptar una postura firme y decidida a su lado. (Aplausos de los partidos de derecha y de los liberales nacionales.) En ese caso, nosotros lucharíamos en defensa de nuestra propia posición en Europa y en nombre de la protección de nuestro propio futuro y nuestra seguridad. (Aplausos de la derecha.) Estoy convencido de que a la hora de llevar adelante tal política tendríamos el respaldo de todo el pueblo. (Aplausos.)[50]

The Times, que publicó el texto íntegro del discurso al día siguiente, no encontró nada «nuevo o que causara sensación» en las palabras del canciller. «Hasta ahora ha quedado perfectamente claro», escribía el corresponsal del diario en Berlín, «que Alemania desea la paz y al mismo tiempo la persigue.»[51] Edward Grey veía el asunto de una forma muy distinta. En un gesto totalmente inesperado, convocó en su despacho al embajador alemán, el conde Lichnowsky, y le informó de que en caso de una guerra entre Alemania y la Alianza franco-rusa, lo más probable es que Gran Bretaña luchara al lado de los enemigos de Alemania. El informe que hizo Lichnowsky de aquella conversación con Grey provocó el pánico en Berlín, o más exactamente en el káiser, quien, siempre sensible a las señales de Londres, afirmaba percibir en la advertencia de Grey una «declaración moral de guerra».[52] Guillermo, profundamente afectado, ordenó a Moltke, a Tirpitz, a Heeringen, jefe del Almirantazgo, y al almirante Müller, jefe del Gabinete Naval, que acudieran a verle de inmediato para una reunión de emergencia en el Palacio Real a las 11 de la mañana del domingo 8 de diciembre. La reunión se inició con una bravuconada beligerante del káiser: Austria debía mostrarse firme en sus tratos con Serbia (cuyas tropas, en aquellos momentos, todavía seguían en Albania) y Alemania debía acudir en su ayuda si Rusia atacaba. Si tal cosa ocurriera, vociferaba el káiser, Alemania lanzaría al grueso de su Ejército y utilizaría sus submarinos para torpedear los bu-

ques británicos de transporte de tropas. Hacia el final del debate que se produjo a continuación, el káiser insistió en que la Armada acelerara el ritmo de producción de submarinos, exigió que «se hicieran mayores esfuerzos a través de la prensa para preparar la popularidad de una guerra contra Rusia», y respaldó la observación del jefe de Estado Mayor, Helmuth von Moltke, en el sentido de que «la guerra es inevitable, y cuanto antes, mejor».[53]

Los historiadores discrepan sobre la relevancia de ese «comité de guerra», como lo denominaba irónicamente Bethmann, que no fue invitado. Algunos han argumentado que el comité de guerra de diciembre de 1912 no solo puso de manifiesto que el káiser seguía desempeñando un papel primordial en el proceso de toma de decisiones, sino que también sentó las bases de un exhaustivo plan bélico que consistía en poner en pie de guerra a la Armada, al Ejército, a la economía y a la opinión pública alemana, como preparativo para desatar un conflicto premeditado.[54] Otros han visto la reunión como una respuesta refleja a una crisis internacional, y han rechazado la idea de que a partir de aquel momento los líderes militares y políticos alemanes iniciaron la cuenta atrás para una guerra europea planificada con anterioridad. ¿Quién tiene razón? No cabe duda de la beligerancia de las recomendaciones en materia militar que se ofrecieron en aquel comité, y está claro que por el momento el káiser parecía estar dispuesto a respaldar el punto de vista de sus comandantes más agresivos. Por otra parte, en realidad la reunión no puso en marcha ninguna cuenta atrás para una guerra preventiva. El único testimonio directo que tenemos de aquella ocasión, el diario del almirante Müller, concluye sus comentarios sobre el comité con la observación de que sus consecuencias vinieron a ser «prácticamente cero». No se produjo a continuación ninguna campaña de propaganda nacional, ni se realizaron esfuerzos coordinados para poner en pie de guerra a la economía ale-

mana.[55] La figura clave en los dramáticos sucesos del 8 de diciembre no fue Guillermo, sino Bethmann, quien posteriormente «puso al káiser en su sitio» y «dejó sin efecto» las decisiones adoptadas en la reunión.[56] El comité de guerra del 8 de diciembre no pasó de ser un episodio: a comienzos de enero ya se había disipado en Berlín la sensación de crisis, y Guillermo había recobrado la calma. Bethmann le disuadió de los planes para una expansión del programa naval, la aceleración en la construcción de submarinos que exigía el káiser nunca se produjo, y cuando estalló una nueva crisis en los Balcanes, en abril-mayo de 1913 debido a la ocupación por fuerzas serbias y montenegrinas de la ciudad albanesa de Scutari, estaba claro que Guillermo seguía oponiéndose a cualquier medida que conllevara el riesgo de una guerra.[57]

Mucho más relevante que la reunión de diciembre en el Neues Palais fue la decisión, tomada el mes anterior, de aspirar a un aumento sin precedentes del poderío militar alemán en tiempos de paz. Los orígenes de la ley militar de 1913 hay que buscarlos en la inquietud por el empeoramiento de la seguridad de Alemania, agravada por la alarma ante la forma en que Rusia había manejado la crisis de los Balcanes. En un detallado memorándum del mes de diciembre, Moltke argumentaba a favor de un ambicioso programa de expansión y mejora. En caso de que estallara una guerra, argumentaba, parecía probable que Alemania iba a tener que afrontar un conflicto en dos frentes, contra Francia y contra Rusia, con muy poca ayuda de Austria, y ninguna de Italia. Si, como parecía sumamente probable a la luz de la advertencia lanzada por Grey el 3 de diciembre, el Reino Unido también se sumaba a la refriega, los alemanes iban a poder desplegar en el frente occidental 192 batallones de infantería menos que Gran Bretaña, Francia y Bélgica juntas. Y Rusia ya no era una suma despreciable –su poderío iba aumentando de año en año.[58] Durante sus comparecencias en las sesio-

nes secretas del Comité Presupuestario del Reichstag a lo largo del mes de abril, los generales dibujaron unas perspectivas sombrías para Alemania; veían pocas posibilidades de que el cerco al que se veía sometida Alemania en aquel momento se disolviese pacíficamente, y se mostraban pesimistas acerca de las posibilidades de éxito del Ejército alemán. Los rusos acabarían gozando de una superioridad militar irreversible para el año 1916. Los franceses ya gozaban de superioridad en materia de ferrocarriles estratégicos y de plazos de movilización y despliegue – mientras que en 1913 los alemanes disponían de trece líneas férreas directas a la frontera común, Francia tenía dieciséis, todas ellas de doble vía, con tramos auxiliares para sortear los bucles, las estaciones y las intersecciones.[59]

Tras muchos regateos por los detalles y las finanzas, el nuevo presupuesto se convirtió en ley en julio de 1913. El Ejército en tiempos de paz aumentó en 136.000 hombres, hasta los 890.000 oficiales y soldados. Sin embargo, las nuevas medidas siguieron sin satisfacer las necesidades de Alemania en materia de seguridad, ya que provocaron un aumento del gasto en armamento de Francia y de Rusia, que rápidamente compensó el crecimiento del gasto alemán. Durante el primer ciclo de expansión armamentista, los que habían marcado el paso eran los rusos; ahora eran los alemanes. La ley militar de 1913 fue crucial para la promulgación en Francia, durante el mes de agosto de 1913, de la Ley de los Tres Años. Y en Rusia, la ley militar alemana (más la instigación por parte de Francia) desencadenó el programa de ampliación y renovación conocido como el «Gran Programa». En marzo de 1913, el zar aprobó ingentes sumas para la adquisición de artillería y otros armamentos en un plan enormemente ambicioso, que para 1917 habría incrementado el contingente invernal de tropas en tiempos de paz en 800.000 hombres, de los cuales la mayoría (a diferencia del plan de despliegue de 1910) iba a estar concentrada en la Rusia europea.[60] A consecuencia

de ello, el contingente de tropas para tiempos de paz del Ejército ruso en 1914 era el doble que el alemán, con aproximadamente un millón y medio de hombres, y superaba en 300.000 la suma de las tropas de los Ejércitos alemán y austrohúngaro; para 1916-1917, se esperaba que la cifra de soldados rusos superara los 2 millones.[61] Y en 1914, esas medidas se complementaron con el plan de ferrocarriles estratégicos de Rusia, financiado por Francia. Desde 1905, la respuesta de Alemania a esa difícil situación había sido el Plan Schlieffen, concebido para resolver el problema de una guerra en dos frentes por el procedimiento de organizar primero un ataque masivo contra Francia, acompañado de una operación de contención en el este. Una vez resuelta la situación en el frente occidental, y solo entonces, Alemania se volvería hacia el este para atacar a Rusia. Pero, ¿qué ocurriría si el equilibrio de fuerzas entre los dos bloques variara hasta el punto que el Plan Schlieffen acabara careciendo de sentido?

Se ha señalado que Alemania fue más rápida a la hora de implementar sus mejoras que sus dos adversarios de la Entente, y que ello brindaba a los líderes militares alemanes una ventaja estratégica a corto plazo en 1914.[62] Y los fundamentos económicos del poderío militar de Rusia seguían siendo endebles: de hecho, entre 1900 y 1913, la fuerza productiva rusa fue disminuyendo respecto a la de Alemania.[63] Pero las perspectivas desde el punto de vista de Berlín seguían siendo desalentadoras. En 1904, la fuerza combinada de los Ejércitos francés y ruso había superado a la de los Ejércitos austriaco y alemán en 260.982 hombres. Para 1914, se estimaba que la diferencia sería de aproximadamente un millón, y la brecha iba aumentando rápidamente. En un informe fechado el 25 de mayo de 1914, el agregado militar alemán en San Petersburgo informaba del último incremento del contingente de reclutas (de 445.000 a 585.000), calculaba el crecimiento estimado del contingente de tropas en tiempos de paz a lo largo de los siguientes tres o cuatro años, y

concluía que «Por consiguiente, el crecimiento del Ejército ruso aumentará a un ritmo que nunca se había visto en las Fuerzas Armadas de ningún país». Moltke contemplaba el crédito franco-ruso como «uno de los golpes estratégicos más sensibles que Francia nos ha asestado desde la guerra de 1870-1871», y vaticinaba que ello provocaría «un punto de inflexión decisivo en perjuicio de Alemania».[64] A juicio de los estrategas alemanes, para 1916-1917 el poder de ataque de Rusia sería suficiente para dejar sin efecto los cálculos incorporados en el Plan Schlieffen.[65]

Moltke, obsesionado con los peligros que acechaban desde el este y el oeste, y convencido de que se le estaba agotando el tiempo, se convirtió en el exponente más elocuente de una «guerra preventiva» que iba a permitir al Imperio Alemán resolver el inminente conflicto en términos ventajosos. Llegó al extremo de ver en cada crisis superada a lo largo de los años previos a la guerra una oportunidad perdida para corregir un desequilibrio estratégico cada vez mayor, que muy pronto pondría a Alemania en una situación de desventaja irreversible.[66] El pensamiento favorable a una guerra preventiva se generalizó entre el alto mando militar –un reciente estudio ha identificado varias docenas de ocasiones en las que los máximos jefes militares instaban a una guerra «más pronto que tarde», aunque ello implicara tomar la iniciativa y aceptar el oprobio de ser el agresor.[67] No eran solo los alemanes los que veían la cuestión de esa forma. A principios de 1914, Poincaré le comentaba al director de *Le Matin* que los alemanes temían el crecimiento de Rusia: «Saben que ese gran cuerpo mejora cada día en cohesión; quieren atacarlo y destruirlo antes de que alcance la plenitud de su poderío».[68] En marzo de 1914, cuando se envió al general de división Henry Wilson, director de operaciones militares del Ejército británico, un resumen de un despacho donde se destacaban las mejoras introducidas en el Ejército ruso desde 1913, Wilson adjuntó el siguiente comentario:

> Se trata de un despacho de suma importancia. Ahora es fácil comprender por qué Alemania es tan cauta con respecto a su futuro, y por qué es posible que piense que se trata de un caso de «ahora o nunca».[69]

Un toque de fatalismo impregnaba el belicismo de los militares alemanes. Cuando hablaban de la guerra, los militares alemanes tendían a hablar no tanto de la victoria como de las «amenazas gemelas de la derrota y la aniquilación».[70] El peligro inherente a esa forma de pensar, que permitía que los comandantes dieran el visto bueno incluso a las iniciativas más agresivas considerándolas esencialmente defensivas, es suficientemente obvio. Pero, ¿en qué medida los argumentos de una guerra preventiva que sostenían los militares condicionaron la política exterior de Alemania? Incluso en un sistema pretoriano como el prusiano-alemán, gran parte de la política dependía de la capacidad de los más altos jefes militares para convencer a sus colegas civiles y lograr que adoptaran su punto de vista estratégico. En eso no tuvieron demasiado éxito. Moltke presionó a favor de una guerra «más pronto que tarde» en el Neues Palais en diciembre de 1912, pero aunque durante unos días pareció que el káiser refrendaba el punto de vista del jefe de Estado Mayor, la cosa no fue a más.

Paradójicamente, la inexistencia en Berlín de un órgano colectivo de toma de decisiones como el Consejo de Ministros en San Petersburgo hacía más difícil que los militares constituyeran un grupo de presión política en apoyo de sus ideas, utilizando las necesidades militares como ariete para echar abajo las limitaciones presupuestarias. En París, los más altos responsables civiles y militares colaboraban estrechamente a fin de lograr un aumento del gasto en apoyo de una estrategia de orientación más ofensiva. En Alemania las barreras institucionales y constitucionales destinadas a separar las cadenas de mando militar y civil eran de tal magnitud que resultaba mucho más difícil lograr ese tipo de sinergia. No había un equivalente alemán de

Krivoshein, y el canciller Bethmann Hollweg era una figura más poderosa y temible que su homólogo ruso, Vladimir Kokovtsov. Tras la crisis de Agadir de 1911, Bethmann llevó adelante de forma sistemática una política centrada en una colaboración discreta y pragmática con Gran Bretaña y con Rusia. «Nuestra tarea más importante es encontrar una forma de coexistir con Inglaterra», declaraba en diciembre de 1911. «Tenemos que mantener en jaque a Francia mediante una política de prudencia hacia Rusia e Inglaterra», escribía Bethmann en marzo de 1913. «Naturalmente, eso no agrada a nuestros chovinistas, y resulta impopular. Pero no veo otra alternativa para Alemania a corto plazo.»[71] Así pues, los argumentos a favor de una guerra preventiva nunca llegaron a ser la base para las políticas en Alemania antes de 1914: fueron rechazados –al igual que las exigencias aún más estridentes de Conrad en Viena– por los líderes civiles. Ni en 1905, ni en 1908-1909, ni en 1911 (cuando de hecho las condiciones eran mucho más favorables desde el punto de vista alemán que durante el verano de 1914) el Gobierno alemán consideró la posibilidad de iniciar una guerra preventiva. En el asunto de Agadir, en 1911, fueron los británicos, más que los franceses o los alemanes, quienes más contribuyeron a militarizar la crisis. Y durante la crisis del invierno de 1912-1913, fue la política francesa, más que la alemana, la que estuvo más cerca (aunque solo de forma intermitente) de adoptar el concepto de una guerra preventiva. Berlín se mostró mucho más prudente en sus consejos a Viena que París en sus comunicaciones con San Petersburgo.

En cuanto al káiser, aunque era propenso a los arranques de retórica beligerante, le entraba el pánico y aconsejaba prudencia siempre que surgía la posibilidad de un conflicto real, para enorme frustración de los generales. Guillermo nunca dejó de tener esperanzas de lograr un acuerdo a largo plazo con Gran Bretaña. Sus comentarios a lo largo de 1913 sugieren que seguía

considerando «impensable» una guerra entre Inglaterra y Alemania. Además, seguía confiando en que la destreza militar de los alemanes disuadiría a Rusia de una intervención armada en un conflicto entre Austria y Serbia.[72] Esa complacencia indujo al general Falkenhayn, del sector de los halcones, y que muy pronto sería nombrado ministro de la Guerra, a observar en una carta de enero de 1913 que la quimérica fe de los líderes políticos –incluido Guillermo– en la posibilidad de una paz duradera «dejaba solo» a Moltke en su «lucha» con el káiser en pro de una política exterior más agresiva.[73] La negativa del káiser a pensar en términos de una guerra preventiva se convirtió en la bestia negra de una creciente «oposición militar».[74] La primacía de los líderes civiles sobre los militares permanecía intacta.[75] No obstante, eso no significa que debamos pasar por alto los argumentos a favor de una acción preventiva porque resulten irrelevantes en las decisiones de los dirigentes alemanes o de otros países. Al contrario, la lógica de la guerra preventiva ejerció una presión sigilosa pero importante en la forma de pensar de los principales dirigentes durante la crisis del verano de 1914.

ALEMANES EN EL BÓSFORO

Los responsables políticos alemanes (los que no estaban preocupados por armar a Alemania para una futura guerra en dos frentes) también exploraron las posibilidades de que en un futuro Alemania defendiese sus intereses evitando al mismo tiempo los incalculables riesgos de la guerra. Un influyente grupo de funcionarios, como el secretario de Estado de la Oficina Colonial, Bernhard Dernburg, o el embajador en Londres, Paul Metternich, y su colega Richard von Kühlmann, quien posteriormente sería nombrado secretario de Estado de Asuntos Exteriores en Berlín, siguió presionando a favor de una política de distensión y de concesiones frente a Londres. Esa línea de pensamiento se plasmó en el panfleto político *A German World Policy Without War!* [Una política mundial alemana sin guerra], publi-

cado anónimamente en Berlín en 1913, pero escrito por Richard Plehn, que había colaborado estrechamente con Kühlmann en Londres.[76] Y había potenciales aliados para tal política en Whitehall, sobre todo entre los miembros del grupo de liberales contrarios a Grey, como Lewis Harcourt, secretario de Estado para las Colonias.[77]

Pese al fracaso de la misión de Haldane, la búsqueda de la distensión con Gran Bretaña había dado frutos tangibles. Durante el verano de 1912 se inició una nueva ronda de negociaciones sobre asuntos coloniales; en abril de 1913, los dos Estados firmaron un acuerdo sobre los territorios africanos que a la sazón se encontraban bajo la autoridad del Imperio Portugués, cuyo colapso financiero se esperaba de forma inminente. El acuerdo nunca fue ratificado, debido a las diferencias entre Berlín y Londres acerca de cuándo y cómo hacer público su contenido, pero denotó en principio la predisposición de ambas partes a demarcar unas esferas de interés y colaborar para impedir la intervención de terceros.[78]

Dadas las muy limitadas opciones de que disponía Alemania en la arena imperial mundial, y teniendo en cuenta la situación relativamente cerrada en la Europa de los bloques de alianzas, una región por encima del resto atraía la atención de los estadistas interesados en una «política mundial sin guerra»: el Imperio Otomano.[79] Tradicionalmente la política alemana había sido más bien moderada en esa parte del mundo, donde las rivalidades inter-imperiales eran especialmente encarnizadas, pero durante la década de 1880 Berlín se volvió más activo. Fue animado a ello por el Gobierno de Constantinopla, que, consternado por la ocupación británica de Egipto (1882), intentó activamente lograr nuevos socios en Berlín.[80] Los bancos, las empresas de construcción y la compañías ferroviarias de Alemania empezaron a tomar posiciones en las zonas menos desarrolladas del Imperio del sultán, adquiriendo concesiones y esferas de in-

terés. En 1888 comenzaron las obras del Ferrocarril de Anatolia, financiado y construido en gran parte por Alemania, para unir Constantinopla con Ankara y Konya; ambas líneas se terminaron en 1896. El apoyo del gobierno a esos proyectos, si bien al principio fue intermitente, fue haciéndose más pronunciado y consistente. Para 1911, el embajador alemán en Constantinopla podía hablar del Imperio como una «esfera de interés político, militar y económico» para Alemania.[81] Al invertir en tierras otomanas –sobre todo en proyectos de infraestructuras cruciales– los alemanes esperaban estabilizar el Imperio Otomano frente a la amenaza que suponían para él las demás potencias imperiales, sobre todo Rusia. Y en caso de que el hundimiento del Imperio Otomano abriera la puerta a una partición territorial entre los imperios mundiales, los alemanes querían asegurarse un puesto en la mesa en la que se repartiría el botín.[82]

Se depositaron grandes esperanzas en el Ferrocarril de Anatolia. Las autoridades otomanas en Constantinopla tenían la intención de pacificar e integrar el «salvaje este» de Anatolia, que en aquellos tiempos todavía seguía sufriendo los estragos de los bandidos circasianos, y de civilizar los territorios otomanos más subdesarrollados. Veían Anatolia a través de unos lentes orientalistas, como una colonia necesitada de mejora. Se introdujeron nuevos cultivos alimentarios en las áreas que se abrieron gracias al ferrocarril –entre ellos algunos, como la remolacha azucarera o la patata, que ya habían sido cultivadas en la región durante algún tiempo– y se hicieron esfuerzos para establecer plantas industriales, como el esparto, que podía ser procesado para fabricar papel. Muchos de aquellos proyectos no pasaron de la fase experimental, ya fuera porque el clima y el suelo no eran los adecuados, o porque los lugareños se negaban a adoptar las nuevas técnicas. Para los habitantes de la Anatolia rural, algunos de los cuales llevaban balas de hierba a las estaciones para dar de comer a los caballos que, como ellos imaginaban,

arrastraban los trenes, la aparición de las locomotoras de vapor fue una sensación difícil de olvidar.[83]

También en Alemania, el proyecto de Anatolia tuvo un efecto incendiario en el imaginario colonial. Algunos panalemanes veían Anatolia (lo que resultaba bastante inverosímil) como un posible destino para futuros asentamientos masivos alemanes; otros estaban más interesados en el acceso a los mercados, a las rutas comerciales y a las materias primas.[84] A comienzos del siglo XX los ferrocarriles (al igual que las presas hidroeléctricas en los años 1930 a 1950, o los viajes espaciales en los años sesenta) ocupaban un lugar especial en el imaginario imperial. En Gran Bretaña y en la Colonia del Cabo había un plan en marcha para construir una vía férrea desde el Cabo hasta El Cairo; más o menos por aquella misma época los franceses estaban planificando una colosal vía férrea rival que cruzaría África de oeste a este, desde Senegal a Yibuti. La historia de las grandes redes telegráficas mundiales ya había consolidado una íntima relación entre infraestructuras y poder, sobre todo en aquellas áreas del Imperio Británico donde las estaciones telegráficas eran puestos de avanzada en miniatura de la autoridad y la disciplina imperiales.

Así pues, hubo consternación en 1903 cuando se supo que el gobierno otomano le había encargado a una empresa propiedad de los bancos alemanes la construcción de una gigantesca vía férrea que se extendería desde el extremo de Ankara del Ferrocarril de Anatolia, vía Adana y Alepo, a través de Mesopotamia, hasta Bagdad y (finalmente) hasta Basora, en el Golfo Pérsico. El proyecto, que en teoría haría posible que algún día se pudiera viajar en tren directamente desde Berlín hasta Bagdad, se topó con el recelo y los impedimentos de las demás potencias imperiales. A los británicos les preocupaba la perspectiva de que los alemanes lograran tener un acceso privilegiado a los campos petrolíferos del Irak otomano, cuya importancia iba en aumen-

to, en una época en que la Armada inglesa estaba planificando la transición desde los buques con propulsión de carbón a los buques con motores de gasóleo.[85] Temían que los alemanes, liberados de las restricciones impuestas por el predominio naval británico en todo el mundo gracias a una ruta terrestre hasta Oriente Próximo, pudieran llegar a amenazar la preeminencia británica en el comercio colonial. Pese a que la ruta del ferrocarril había sido trazada –para gran enfado de ingenieros e inversores– lo más lejos posible de las áreas de interés de Rusia, San Petersburgo seguía temiendo que aquella vía férrea pudiera poner a los alemanes en condiciones de amenazar el control de Rusia sobre el Cáucaso y el norte de Persia.

En retrospectiva, esas proyecciones de ansiedad estratégica parecen un tanto rebuscadas, pero ejercieron una fuerte influencia en los responsables políticos del momento, que tendían a asumir que la inversión económica inevitablemente traía de la mano la capacidad de influencia geopolítica. El intermitente posicionamiento político pro-otomano y proislámico del káiser Guillermo II tampoco contribuía a aplacar tales sospechas. En 1898, durante su segunda visita a Oriente Próximo, Guillermo había ofrecido un improvisado brindis en el Ayuntamiento de Damasco, que fue mencionado en los periódicos de todo el mundo: «Que Su Majestad el sultán y los 300 millones de musulmanes que viven por todo el mundo, y que ven en él su califa, tengan la seguridad de que el káiser alemán será su amigo en todo momento».[86] Esta efusividad, resultado del estado de euforia provocado por los vítores de las muchedumbres árabes, despertó el temor a una Alemania aliada con las fuerzas panislámicas y con el nacionalismo árabe, que ya iban ganado terreno en los imperios británico y ruso.[87]

En realidad, la participación económica alemana no era desproporcionada en términos internacionales. Había una inversión alemana intensiva en materia de suministro eléctrico, agri-

cultura, minería y transporte municipal; el comercio entre Alemania y el Imperio Otomano iba en aumento. Aun así, los alemanes todavía (en 1913) iban rezagados respecto a Gran Bretaña, Francia y Austria-Hungría en materia de importaciones desde el Imperio Otomano, y respecto a Gran Bretaña y Austria-Hungría en materia de exportaciones. Las inversiones francesas todavía superaban en un 50 por ciento a las de Alemania. Y tampoco podía decirse que el capital alemán se comportase de una forma más agresiva que sus competidores europeos. En la carrera para asegurar el control estratégico de las valiosísimas concesiones petrolíferas de Mesopotamia, por ejemplo, los bancos e inversores británicos, respaldados por Londres, maniobraron fácilmente hasta lograr colocar a Alemania en una situación de desventaja, mediante una combinación de duras negociaciones y una diplomacia financiera despiadada.[88] Incluso en el ámbito de la construcción ferroviaria, donde estaba comprometida más de la mitad de la inversión alemana en su conjunto (340 millones de francos oro), la contribución francesa era de un tamaño similar (aproximadamente 320 millones de francos oro). Mientras que los franceses eran dueños de un 62,9 por ciento de la deuda pública otomana, administrada por un organismo internacional en nombre de los acreedores del Imperio, Alemania y Gran Bretaña poseían sendas participaciones, aproximadamente iguales, de casi todo el resto. Y la institución financiera más poderosa en Constantinopla, la Banque Impériale Ottomane, que además de controlar el lucrativo monopolio del tabaco y un buen número de otras empresas, también poseía el derecho exclusivo de emitir papel moneda en el Imperio Otomano, era una empresa franco-británica, no alemana; además era un instrumento de la política francesa, en el sentido de que su crédito y sus operaciones fiscales se dirigían desde París.[89]

Una serie de acuerdos internacionales fruto de largas negociaciones, contribuyó enormemente a neutralizar la tensión por

el Ferrocarril de Bagdad. Un acuerdo franco-alemán del 15 de febrero de 1914 delimitó las fronteras entre las esferas de interés de los principales inversores alemanes y franceses (el capital francés era crucial para la financiación del proyecto), y el 15 de junio los alemanes consiguieron vencer las objeciones de los británicos al cederles, entre muchas otras cosas, el control del tramo crucial entre Basora y el Golfo Pérsico de la futura vía férrea –una concesión que despojaba al proyecto de una gran parte del supuesto valor geoestratégico para Alemania. Estos y otros episodios de colaboración, en los que se dejaban a un lado las cuestiones políticas en aras de lograr acuerdos pragmáticos en la esfera económica, daban motivos para esperar que en efecto el Imperio Otomano aportara el escenario para una «política mundial sin guerra» que con el tiempo sentaría las bases para algún tipo de asociación con el Reino Unido.[90]

Mucho más grave que las discusiones por el control del Ferrocarril de Bagdad fue la crisis que estalló en diciembre de 1913 por la llegada de una misión militar alemana a Constantinopla. Tras su desastrosa campaña en los Balcanes, el Gobierno otomano buscaba desesperadamente ayuda extranjera para fortalecer sus Fuerzas Armadas mediante reformas radicales. Aunque el alto mando militar otomano consideró durante un tiempo la posibilidad de invitar a una misión militar francesa, los socios más evidentes eran los alemanes. Sus asesores militares habían tenido una presencia constante en Constantinopla desde finales de la década de 1880 y durante los años noventa, cuando «Goltz Pasha» había dirigido los cursos de formación para los cuadros de oficiales turcos.[91] Pero aquella nueva misión iba a ser de una escala mayor que los esfuerzos anteriores. A su jefe iba a asignársele una función de mando (que no tenían los anteriores asesores, lo cual se consideraba un motivo crucial de su fracaso), e iba a ser responsable de la totalidad de la instrucción militar del Ejército otomano, incluida la formación del Estado Ma-

yor. También gozaría de poderes ilimitados de inspección militar, y le acompañaría una falange de cuarenta oficiales alemanes en servicio activo. Y lo más importante: en calidad de general al mando del 1º Cuerpo de Ejército otomano, esa persona también iba a ser responsable de la defensa de los Estrechos y de la propia Constantinopla.[92] El hombre escogido para encabezar la misión fue el teniente general Liman von Sanders, comandante de la 22ª División en Kassel.

Dado que ni el káiser ni el canciller Bethmann Hollweg consideraban aquella misión como un cambio fundamental respecto a la práctica anterior, y teniendo en cuenta que los detalles se acordaron de forma interna entre los altos mandos militares otomanos y alemanes, nadie lo contempló como un asunto susceptible de una negociación diplomática oficial con Rusia. Por el contrario, el káiser mencionó la cuestión de modo informal en mayo de 1913, durante un encuentro con Nicolás II y Jorge V con ocasión de la boda de la princesa Victoria Luisa de Prusia y el príncipe Ernesto Augusto de Hannover. Ninguno de los monarcas puso la mínima objeción a la misión prevista. No se hizo mención del asunto cuando Bethmann y Sazonov se vieron para unas breves conversaciones en noviembre de 1913, dado que el canciller suponía que Sazonov había sido informado por el zar.[93] Sin embargo, cuando empezaron a filtrarse los detalles de la tarea encomendada a Liman, se alzó un clamor de protestas en la prensa rusa. Detrás de la indignación pública, fomentada por el ministro de Exteriores ruso, estaba la inquietud por el hecho de que la misión no solo iba a reforzar la influencia de Alemania en Constantinopla, que se percibía cada vez más como un cuello de botella estratégico de una enorme importancia para Rusia, sino que también iba a renovarse la viabilidad del Imperio Otomano en sí, cuyo hundimiento y partición estaba convirtiéndose en un elemento axiomático del pensamiento estratégico ruso a corto y medio plazo.[94] El plenipotenciario militar ruso en Berlín

describía a Liman, en una carta dirigida al zar, como un personaje «muy enérgico y aficionado al autobombo».[95] Y para empeorar las cosas, el káiser, en una audiencia secreta con los miembros de la misión, que estaba a punto de partir, los había instado a construirle «un ejército fuerte» que «obedezca a mis órdenes» y que ejerza de «contrapeso a los agresivos designios de Rusia». Esas palabras fueron comunicadas a San Petersburgo por Bazarov, el agregado militar ruso en Berlín.[96] Por consiguiente, Sazonov vio en la misión alemana un asunto de «una significación eminentemente política».[97] Había consternación en San Petersburgo –«Nunca les he visto tan alterados», le comentaba Edward Grey al embajador alemán en Londres.[98]

¿Por qué los rusos reaccionaron con tanta vehemencia a la misión de Liman? Debemos recordar que incluso durante las crisis de 1912-1913, cuando dio la impresión de que la política de Sazonov priorizaba la península de los Balcanes al intento de hacerse con el control de los Dardanelos, los Estrechos habían seguido ocupando el centro del pensamiento estratégico ruso. La importancia de los Estrechos para la vida económica de Rusia nunca había sido más evidente. Entre los años 1903 y 1912, el 37 por ciento de las exportaciones rusas pasaron por los Dardanelos; la cifra de las exportaciones de trigo y centeno, ambas vitales para la economía en vías de industrialización de Rusia, y sedienta de efectivo, era mucho más elevada, entre el 75 y el 80 por ciento aproximadamente.[99] Para los rusos, la importancia de esa relación había quedado de manifiesto a raíz de las dos Guerras Balcánicas. Desde el principio del conflicto, Sazonov elevó numerosas protestas tanto a los países beligerantes como a las grandes potencias aliadas en el sentido de que el cierre de los Estrechos al transporte marítimo comercial de los países neutrales ocasionaría «enormes pérdidas» a los exportadores rusos, y que había que evitar las medidas que pudieran provocar dicho cierre.[100] Se da la circunstancia de que efectivamente las guerras

provocaron dos cierres temporales de los Dardanelos, lo que trastornó gravemente el comercio de Rusia.

Una cosa eran los trastornos, pero mucho más grave era la preocupación por la pérdida definitiva de la influencia en un área de vital interés geopolítico. Durante el verano de 1911, Sukhomlinov se había mostrado preocupado por la posibilidad de que los alemanes pusieran un pie en el Bósforo: «Detrás de Turquía», advertía, «está Alemania».[101] En noviembre de 1912, fueron los búlgaros los que parecieron estar a punto de apoderarse de Constantinopla. En aquella ocasión, Sazonov había ordenado a Izvolsky que advirtiera a Poincaré que si la ciudad era tomada, los rusos se verían obligados a desplegar allí de inmediato la totalidad de la Flota del Mar Negro.[102] Durante las semanas siguientes, Sazonov examinó con el Estado Mayor y el Almirantazgo los planes para un desembarco de tropas rusas a fin de proteger Constantinopla y defender los intereses de Rusia. El ministro rechazó una propuesta británica para internacionalizar la capital otomana, alegando que aquello probablemente acabaría diluyendo la influencia de Rusia en la región. Se diseñaron nuevos planes para apoderarse por la fuerza de Constantinopla y la totalidad de los Estrechos.[103] En un dossier preparado para Kokovtsov y los jefes de servicio el 12 de noviembre, Sazonov explicaba las ventajas de una invasión por parte de Rusia: aseguraría uno de los centros del comercio mundial, la «llave al Mar Mediterráneo», y «el fundamento para un desarrollo sin precedentes del poderío de Rusia». Rusia, argumentaba Sazonov, se consolidaría «en una posición global que es la culminación natural de sus esfuerzos y sacrificios a lo largo de dos siglos de nuestra historia». En una reveladora alusión a la importancia de la opinión pública, Sazonov concluía que un logro de tamaña grandiosidad «uniría al Gobierno y a la sociedad» en pos de una cuestión de «indiscutible importancia pannacional», con lo que «contribuiría a sanar nuestra vida interior».[104]

Sazonov le señalaba a Nicolás II el 23 de noviembre de 1912 que Rusia había perdido millones de rublos en transacciones comerciales durante los recientes trastornos en los Estrechos: «Imaginaos lo que ocurriría si, en lugar de Turquía, los Estrechos acabaran en manos de un Estado que fuera capaz de resistirse a las exigencias de Rusia».[105] La preocupación a cuenta de ese asunto provocó que, a lo largo del verano y el otoño de 1913, el alto mando naval ruso en el Mar Negro permaneciera atento a la posibilidad de una toma inminente de los Dardanelos. Como declaraba el comodoro A. V. Nemitz, del Estado Mayor de la Armada, «Rusia debe estar preparada para llevarla a cabo [la ocupación de los Estrechos] en un futuro inmediato».[106] La preocupación por el creciente poderío de la Armada turca acentuaba la urgencia de esas propuestas. Los turcos ya habían encargado un acorazado, que en aquel momento se estaba construyendo en el Reino Unido, y encargaron otros dos en 1912-1914, aunque ninguno de ellos se entregó antes del estallido de la guerra. No obstante, la perspectiva de una superioridad local turca sobre el poderío naval de Rusia provocaba malos presagios en los expertos navales de San Petersburgo, que en parte no era más que la inversión de sus propios designios imperialistas.[107]

Así pues, los rusos –y en particular Sazonov, que estaba íntimamente involucrado en todos los debates relevantes sobre estrategia– ya eran sumamente susceptibles a la cuestión del control sobre los Estrechos cuando la misión de Liman von Sanders llegó a Constantinopla. Lo que al ministro de Exteriores le parecía particularmente inadmisible era la función de mando de los alemanes. En un primer momento éstos se mostraron reacios a echarse atrás en esa cuestión, porque el hecho de no haber otorgado una autoridad real a las anteriores generaciones de asesores militares se consideraba (tanto por parte de los alemanes como de los otomanos) el motivo fundamental de su incapacidad

para introducir auténticas reformas. La experiencia sugería que el derecho a dictar instrucciones resultaba insuficiente sin la facultad de asegurarse su puesta en práctica. A Sazonov aquel argumento no le parecía convincente, e intentó incrementar la presión sobre Berlín. Propuso a Londres y a París la redacción de una nota conjunta de las potencias de la Entente para manifestar su oposición a la misión en los términos más drásticos, que concluiría con la amenaza implícita de que «en caso de que Alemania lograra afianzar semejante predominio en Constantinopla, las demás potencias se verían obligadas a actuar en consonancia con sus propios intereses en Turquía».[108]

La iniciativa no tuvo éxito, sobre todo porque los rusos eran los únicos que percibían la misión de Liman von Sanders como una amenaza para sus intereses vitales. Ni el agregado militar francés en Constantinopla ni el británico se mostraron especialmente alarmados ante la llegada de Liman. Tenía sentido, informaban, que los alemanes insistieran en un control más estricto, tras el fracaso de anteriores misiones a la hora de conseguir resultados de un valor duradero. Grey alegó que la gravedad de la Cuestión Irlandesa y «la difícil situación interna del país» excluían cualquier tipo de participación directa del Reino Unido en el asunto.[109] En cualquier caso, los británicos estaban menos preocupados por los progresos de Alemania en Turquía que por el creciente predominio de la capital de Francia. «La independencia de Turquía va desapareciendo ante los avances de los financieros franceses», le decía Sir Louis Mallet a Edward Grey en marzo de 1914. En un furibundo discurso pronunciado ante la Cámara de los Comunes el 18 de marzo, el diputado conservador Sir Mark Sykes, experto en asuntos del Imperio Otomano y de Oriente Próximo, advirtió de que el dominio de las finanzas francesas en la Siria otomana acabaría en última instancia «allanando el camino a la anexión».[110]

Por otra parte estaba el hecho de que ya había una misión naval británica operando en el Bósforo, cuyo ámbito había sido ampliado con motivo de la llegada en 1912 del almirante Arthur Limpus, cuyo contrato de trabajo especificaba que era «*commandant de la flotte*».[111] Además de supervisar las mejoras en materia de instrucción e intendencia de la Armada otomana, Limpus coordinaba el despliegue de las lanchas torpederas y la colocación de minas en los estrechos turcos, uno de los principales medios con los que se impedía el acceso a los buques de guerra extranjeros.[112] Limpus concebía su misión en un sentido político amplio –su correspondencia con el Almirantazgo otomano abarcaba no solo cuestiones de modernización técnica, de abastecimientos y de formación, sino también asuntos más genéricos de importancia estratégica, como el grado de poderío naval necesario «para lograr que a los rusos les resulte peligroso trasladar tropas a través del Mar Negro».[113] En otras palabras, la presencia de Limpus en Constantinopla estaba al servicio de unos objetivos muy semejantes a los de Liman. Limpus contemplaba con una juiciosa ecuanimidad el condominio anglo-alemán sobre la defensa otomana con base naval y terrestre. «Inglaterra tiene la máxima experiencia en cuestiones navales y en materia de instalaciones costeras», le decía al Almirantazgo otomano en junio de 1912:

> Alemania tiene el Ejército más poderoso, y también se le considera el más eficaz. Estoy convencido que ha sido una decisión muy acertada recurrir a asesores alemanes para todo lo que tenga que ver con el Ejército de Tierra. Estoy seguro de que será una decisión muy acertada traer de Inglaterra a todos los asesores en cuestiones navales.[114]

Por consiguiente, a Sazonov le resultaba difícil suscitar en sus socios de la Entente la misma indignación que despertó en Rusia la llegada de la misión alemana. Grey se opuso a la nota conjunta de tono amenazante que proponía Sazonov, y en cambio sugirió enviar a Constantinopla una mucho más inocua *comisión informativa* acerca del ámbito de la misión alemana. A pe-

sar de los enérgicos gestos de asentimiento de Delcassé en San Petersburgo,[115] el Quai d'Orsay era aún menos entusiasta que el Foreign Office, porque advertía en el lenguaje de la nota conjunta de Sazonov la perspectiva de una completa «disolución de la Turquía asiática», con unas consecuencias potencialmente catastróficas para los intereses financieros franceses. Así pues, París optó por apoyar la propuesta más pacífica de Grey.[116] En otras palabras: había demasiadas modalidades diferentes de ambición imperial y de paranoia centradas en el renqueante Imperio Otomano como para permitir que las potencias de la Entente se unieran en contra de una supuesta amenaza.

A pesar de todo ello: el episodio de Liman desencadenó una peligrosa escalada en el estado de ánimo de los principales dirigentes rusos. Sazonov estaba furioso por la tibieza de las reacciones del Reino Unido y de Francia ante las protestas de Rusia. En un telegrama del 12 de diciembre de 1913 al embajador ruso en Londres, el ministro hablaba amargamente de su confianza decreciente en la efectividad del apoyo británico, y añadía que «la falta de solidaridad entre las potencias de la Entente suscita una grave preocupación por nuestra parte».[117] En un informe del 23 de diciembre que Sazonov envió al zar, el ministro adoptaba una posición abiertamente beligerante. Instaba a que se prepararan y se coordinaran de inmediato con Francia y Gran Bretaña «medidas militares conjuntas». Las potencias de la Entente debían «apoderarse y ocupar determinados puntos de Asia Menor y declarar su intención de permanecer allí hasta que se hayan cumplido sus designios». Por supuesto, una iniciativa tan drástica corría el riesgo de desencadenar «complicaciones en Europa», pero una postura de «firme resolución» tenía más posibilidades de forzar una rectificación de Alemania. Por otra parte, ceder «podría tener unas consecuencias absolutamente funestas». Era preciso convocar una conferencia en la cumbre para debatir las cuestiones surgidas del asunto Liman.[118]

La conferencia, que comenzó el 13 de enero de 1913, estuvo presidida por el primer ministro Vladimir Kokovtsov. También asistieron Sazonov, Sukhomlinov, ministro de la Guerra, Zhilinsky, jefe del Estado Mayor, y Grigorovich, ministro de Marina. La reunión empezó con un debate sobre las «medidas de coerción» necesarias para presionar a Constantinopla a fin de que retirara su petición de una misión militar alemana. Se rechazó la idea de utilizar sanciones económicas para ejercer presión sobre el Gobierno otomano –ese tipo de medidas también habrían perjudicado a los considerables intereses financieros franceses en el Imperio Otomano y crearían tensiones en la cohesión de la Entente. Una alternativa era la ocupación armada por fuerzas de la Entente de algunos puntos fuertes del Imperio Otomano. Una precondición crucial, señalaba Sazonov, era el apoyo de Francia. Kokovtsov argumentó, como de costumbre, en contra de todos aquellos discursos beligerantes, señalando que la guerra era sencillamente un riesgo demasiado grande. A lo largo del encuentro Kokovtsov se esforzó por imponer un tono moderado y razonable a la reunión. En vez de actuar por despecho, con represalias *ad hoc*, era importante, señaló Kokovtsov, establecer exactamente los límites de lo que Rusia estaba dispuesta a tolerar y lo que no. Los alemanes, observaba Kokovtsov, estaban buscando una forma de huir «de la situación creada por las exigencias de Rusia», y ya habían manifestado su disposición a hacer concesiones. Así pues, era crucial evitar «declaraciones categóricas de carácter coactivo» que pudieran obligarles a endurecer su posición.[119] Pero en aquella ocasión el primer ministro fue puesto en entredicho unánimemente por Sukhomlinov, Sazonov, Grigorovich y Zhilinsky, que argumentaron que la probabilidad de una intervención armada de Alemania era mínima, y que, en el peor de los casos, la guerra, aunque indeseable, era sin embargo aceptable. Tanto Sukhomlinov, ministro de la Guerra, como Zhilinsky, jefe del Estado Mayor, proclamaron categó-

ricamente «que Rusia estaba totalmente preparada para una guerra directa contra Alemania, por no hablar de una guerra directa contra Austria».[120]

Aquellos escenarios tan drásticos acabaron siendo irrelevantes, porque los alemanes rápidamente dieron marcha atrás y la crisis se superó. El Gobierno de Berlín, alarmado por la intensidad de la reacción de Rusia, y decidido a negociar a instancias de Londres y París, acordó asignar a Liman al Ejército del sultán: seguiría siendo inspector general, pero su ascenso a «mariscal de campo del Imperio Otomano» significaba que podía renunciar al mando del 1º Cuerpo de Ejército salvando la cara.[121]

El asunto Liman von Sanders nunca degeneró en una guerra continental, pero fue, en retrospectiva, un momento esclarecedor. Demostró, en primer lugar, lo beligerante que se había vuelto el pensamiento de algunos dirigentes rusos. En particular, Sazonov había dejado atrás las vacilaciones de sus primeros tiempos en el cargo y había adoptado una postura más firme y germanófoba –había empezado a construir una narración de las relaciones entre Alemania y Rusia que no dejaba margen para un entendimiento con Berlín: Rusia siempre había sido el vecino dócil y amante de la paz, y Alemania el artero depredador, que avasallaba y humillaba a los rusos a la mínima oportunidad. ¡Había llegado el momento de ponerse firmes! No hay que subestimar la fuerza de ese tipo de narraciones a la hora de estrechar los horizontes políticos. Y las reiteradas garantías dadas por París habían dejado claramente su huella: en la conferencia del 13 de enero, Sazonov observó que, aunque no estaba claro cómo podrían reaccionar los británicos ante una guerra entre Rusia y Alemania, era seguro que en caso de una guerra con Alemania, los franceses estarían dispuestos a ofrecer «una ayuda activa, incluso hasta el último extremo». Sazonov informó de que *monsieur* Delcassé, embajador de Francia, le había asegurado recientemente que «Francia estaba dispuesta a llegar hasta

donde Rusia quisiera». En cuanto a Gran Bretaña, aunque era posible que al principio en Londres hubiera algún titubeo, estaba «fuera de toda duda» que estaba dispuesta a intervenir en cuanto el conflicto resultante se desarrollara en perjuicio de Francia y Rusia.[122]

También el zar empezaba a adoptar un punto de vista de mayor firmeza: en una conversación con el embajador Buchanan a principios de abril de 1914, Nicolás observó que «generalmente se supone que no hay nada que pudiera enemistar a Alemania y a Rusia». Sin embargo, «eso no era cierto: estaba la cuestión de los Dardanelos», en la que el zar temía que los alemanes estuvieran trabajando para encerrar a Rusia en el Mar Negro. En caso de que Alemania intentara una cosa así, era esencial que las tres potencias de la Entente se unieran más estrechamente para dejarle claro a Berlín que «las tres estaban dispuestas a luchar juntas contra la agresión de Alemania».[123] Por otra parte, la ferocidad de la reacción de Rusia a la misión de Liman, junto con la amargura por la capitulación ante las exigencias de Rusia, crearon en Alemania la sensación de que a partir de ese momento una brecha insalvable separaba Berlín y San Petersburgo. «¡Las relaciones entre Rusia y Prusia están muertas para siempre!», se lamentaba el káiser. «¡Nos hemos convertido en enemigos!»[124]

Para Kokovtsov, del sector de las palomas, el asunto Liman von Sanders fue el episodio final de su ya debilitada posición. Cuando estalló la crisis, Kokovtsov estaba en Francia negociando el nuevo crédito para el ferrocarril. Sazonov le pidió que fuera a Berlín para negociar con los alemanes. Los informes de Kokovtsov sobre aquellas conversaciones ponen de manifiesto que él ya sentía de forma acusada lo mucho que le habían dejado al margen. Le había resultado difícil, como le comentaba a Sazonov en una queja a duras penas disimulada, conseguir que sus interlocutores alemanes comprendieran las «peculiaridades» de

un sistema, el ruso, que atribuía «poderes y prerrogativas» tan limitados al presidente del Consejo de Ministros.[125] La conferencia del 13 de enero fue la última ocasión en que desempeñaría ese papel. A finales de enero de 1914 fue destituido por el zar tanto de su cargo de presidente del Consejo de Ministros como del cargo de ministro de Hacienda.

La destitución de Kokovtsov fue una derrota no solo para el hombre sino también para sus políticas, y más en general para la tendencia prudente y conservadora que él representaba. El nuevo presidente del Consejo de Ministros fue Goremykin, al que todo el mundo consideraba una figura decorativa, un «anciano», como posteriormente recordaba Sazonov, «que hacía mucho tiempo que había perdido no solo su capacidad para interesarse por nada que no fuera su tranquilidad y su bienestar personales, sino también la facultad percibir lo que ocurría a su alrededor».[126] La verdadera fuerza motriz del nuevo gobierno era Krivoshein, un hombre excepcionalmente bien relacionado, que llevaba coordinando la campaña en contra de Kokovtsov desde 1913. El sustituto de Kokovtsov en Hacienda, P. A. Bark, era una figura competente pero mediocre, y un protegido de Krivoshein. Krivoshein era un entusiasta partidario de la línea dura que defendían cada vez con mayor energía Sukhomlinov y Sazonov. Sin Kokovtsov como exponente de la prudencia, el equilibro en el Consejo de Ministros se desplazó hacia las soluciones más beligerantes.

Por último, la crisis del asunto Liman von Sanders puso de manifiesto lo apremiante que se había vuelto la preocupación de Rusia con los Estrechos.[127] Al mismo tiempo, planteó inquietantes preguntas sobre lo lejos que seguían estando los socios de la Entente de apoyar a Rusia en su intento de acceder sin trabas a los Estrechos. Las dudas de Sazonov al respecto se reflejaban en la conclusión, un tanto insustancial, de la conferencia del 13 de enero, donde, por un lado, se acordaba que los rusos

debían emprender, con apoyo de la Entente, una serie de acciones cada vez más coercitivas contra Constantinopla, y por otro, que si la Entente seguía *sin brindar* su apoyo, los rusos debían limitarse a medidas de coerción de tipo no militar. Los rusos tenían razones para ser escépticos acerca del respaldo de la Entente. Incluso una vez pasada la crisis, los británicos siguieron inquietos por la posibilidad de que Rusia «volviera a plantear la cuestión [de los estrechos turcos] en un futuro no muy lejano».[128]

Ivan Goremykin

Dicho de otra forma, resultaba difícil imaginar un escenario en el que los rusos fueran capaces de recabar el apoyo internacional necesario para una política encaminada directa y abiertamente a asegurarse el control de los Estrechos. Ese era el problema al que Charykov se había enfrentado en noviembre de 1911, cuando exploró la posibilidad de un acuerdo bilateral con el Gobierno turco. En aquella ocasión, Sazonov había optado por desautorizar a su embajador en Constantinopla, porque to-

davía le parecía prematuro intentar hacerse con el control de los Estrechos. En cambio, optó por aproximarse a Hartwig, cuya beligerante política paneslavista se centraba en la península de los Balcanes, y en Serbia en particular. La lógica de esa elección sugería que el fracaso o la frustración de la política de los Estrechos probablemente provocaría que el énfasis volviera a situarse en el saliente balcánico. En ciertos aspectos, se trataba de una opción por defecto, o residual. Pero una política más atrevida en los Balcanes no implicaba en absoluto el abandono del interés por excelencia de Rusia en los Estrechos. Por el contrario, suponía un camino más largo y tortuoso hacia el mismo destino. En 1912-1914, el pensamiento estratégico ruso tendió cada vez más a considerar a los Balcanes como el territorio interior de los Estrechos, la clave para garantizar en última instancia el control del cuello de botella de los otomanos sobre el Bósforo.[129] Detrás de esa convicción estaba la creencia, cada vez más relevante en la forma de pensar de Sazonov durante los últimos años previos al estallido de la guerra, de que las aspiraciones de Rusia a controlar los Estrechos únicamente podrían hacerse realidad en el contexto de una guerra europea generalizada, que Rusia libraría con el objetivo primordial de asegurarse el control del Bósforo y los Dardanelos.[130]

Esas preocupaciones quedaron reflejadas en los protocolos de la Conferencia Especial de Estado del 8 de febrero de 1914. Convocada y presidida por Sazonov, y caracterizada, una vez que Kokovtsov había abandonado el escenario, por una marcada desinhibición en el tono y en las perspectivas, la conferencia reafirmó la importancia del control de los Estrechos por parte de Rusia. Y sin embargo, como reconocía Sazonov, resultaba difícil imaginar cómo ocupar los Estrechos sin desencadenar una «guerra europea general». Así pues, el debate se volcó en cómo Rusia debía priorizar dos tareas bastante diferentes: la toma de los Dardanelos y la victoria en una guerra europea que de por sí

iba a exigir la dedicación de todas las fuerzas disponibles. Respondiendo a las observaciones de Sazonov, Zhilinsky, jefe del Estado Mayor, señaló que en el caso de una guerra europea, Rusia iba a necesitar en el frente occidental las tropas que se requerían para una ocupación de los Estrechos. Pero –y ese era el paso conceptual más importante– en caso de que Rusia se impusiera en el frente occidental, también la cuestión de los Dardanelos se resolvería por sí sola, junto con otros problemas regionales diversos, como parte de un conflicto más amplio. Danilov, general jefe de Intendencia, estaba de acuerdo. Se oponía a cualquier operación militar dirigida exclusivamente a hacerse con el control de los Estrechos.

> La guerra en el frente occidental exigiría en última instancia la participación de todas las fuerzas del Estado; no podríamos prescindir ni siquiera de un Cuerpo de Ejército a fin de reservarlo para otras tareas. Debemos centrarnos en garantizar el éxito en el teatro más importante de la guerra. La victoria en dicho teatro implicaría decisiones ventajosas en todas las cuestiones menores.[131]

Sin embargo, aquel no era el único punto de vista que se manifestó en la conferencia. El comodoro Nemitz, director del departamento de operaciones del Almirantazgo ruso, advirtió de que el escenario concebido por Sazonov, Zhilinsky y Danilov únicamente tenía sentido si se diera la circunstancia de que el enemigo que amenazara Constantinopla fuera el mismo que estuviera enfrentándose a Rusia en el frente occidental (es decir, Alemania y/o Austria Hungría). En ese caso, efectivamente, Rusia podría centrarse exclusivamente en el conflicto principal, presuponiendo que los Estrechos acabarían cayendo en su poder en su debido momento. Pero Rusia, en su lucha por hacerse con los Estrechos, tenía otros oponentes aparte de Alemania y Austria. Era posible, observó el oficial en una velada referencia a Gran Bretaña, que «flotas y ejércitos de países extranjeros» pudieran ocupar los Estrechos mientras Rusia combatía y se desangraba en los frentes alemán y austriaco.[132] A Nemitz no le faltaba razón: la experiencia de los últimos años sugería que

cualquier intento por parte de Rusia de cambiar unilateralmente el régimen de los Estrechos tenía muchas probabilidades de encontrarse con la resistencia tanto de sus aliados como de sus enemigos.[133]

A su vez, esas reflexiones ayudan a explicar por qué la crisis del asunto Liman von Sanders fue una coyuntura tan crucial en la política de Rusia respecto al Reino Unido.[134] Sazonov empezó a presionar inmediatamente a favor de adoptar medidas que transformaran la Entente en una alianza en toda regla, y él fue el principal protagonista de las conversaciones sobre cooperación naval con Londres que comenzaron el 7 de junio de 1914. Posteriormente, en sus memorias, Sazonov recordaba que la misión militar alemana en el Bósforo había «obligado» a Rusia a buscar un «acuerdo concreto» con el Reino Unido «por la conciencia del peligro compartido» que planteaba Berlín –y, por supuesto, eso encaja con nuestra visión retrospectiva, que se orienta hacia el estallido de la guerra en 1914. Sin embargo, aunque no hay duda de que Sazonov soñaba con enfrentarse y contener a Alemania mediante la «mayor alianza conocida en la historia de la humanidad»,[135] también está claro (aunque sobre esta cuestión el ministro de Exteriores no podía permitirse el lujo de ser franco) que un acuerdo de cooperación naval con Inglaterra albergaba la esperanza de *amarrar* a la máxima potencia naval del mundo, y de evitar que tomara cualquier iniciativa no deseada en los Estrechos. Esta inferencia queda reafirmada por la protesta que Rusia elevó oficialmente a Londres en mayo de 1914 por el papel que estaban desempeñando los oficiales británicos en el desarrollo de la Armada turca.[136] Para Rusia, al igual que para Gran Bretaña, este mundo seguía siendo un lugar donde había más de un enemigo potencial. Por debajo del entramado de alianzas acechaban las antiguas rivalidades imperialistas.

En una carta que Sazonov escribió a Hartwig en mayo de 1913, y cuyo contenido fue transmitido a Pašić, el ministro esbozaba un panorama general de los acontecimientos más recientes en los Balcanes y de su relevancia para el reino. «Serbia», señalaba, tan solo había completado «la primera etapa de su camino histórico»:

> A fin de llegar a su destino, todavía tiene que pasar por una terrible lucha, en la que se verá cuestionada su entera existencia. [...] La tierra prometida de Serbia se halla en el territorio de la actual Austria-Hungría, y no en dirección hacia la que actualmente se afana, donde los búlgaros le cortan el camino. En esas circunstancias, es de vital importancia para Serbia [...] ponerse, mediante un trabajo decidido y paciente, en condiciones de preparar el inevitable conflicto futuro. El tiempo corre a favor de Serbia y de la caída de sus enemigos, que ya muestran claros síntomas de descomposición.[137]

Lo interesante de esta carta no es solo la franqueza con la que Sazonov desviaba de Bulgaria la agresividad de Serbia y la encauzaba hacia Austria-Hungría, sino también su afirmación de que, al hacerlo, el país simplemente estaba mostrando su conformidad con el veredicto de la Historia, que ya había decidido que los días de la administración austrohúngara estaban contados. A menudo encontramos ese tipo de narraciones sobre el inevitable declive de Austria en la retórica de los estadistas de la Entente, y vale la pena señalar lo útiles que resultaban. Servían para legitimar la lucha armada de los serbios, que figuraban en ellas como los heraldos de una modernidad predeterminada, destinada a borrar de un plumazo las obsoletas estructuras de la monarquía dual. Al mismo tiempo, pasaban por alto las superabundantes evidencias de que, mientras que el Imperio Austrohúngaro era uno de los centros de la modernidad cultural, administrativa e industrial de Europa, los Estados balcánicos –y en especial Serbia– seguían atascados en una espiral de atraso económico y de productividad decreciente. Pero la función más

importante de ese tipo de narraciones grandiosas era sin duda que permitían a los dirigentes políticos ocultar, incluso a sí mismos, su responsabilidad por las consecuencias de sus actos. Si el futuro ya estaba trazado, la política ya no significaba elegir entre distintas opciones, cada una de las cuales implicaba un futuro diferente. La tarea era más bien alinearse con la inercia impersonal del avance de la Historia.

En la primavera de 1914, la Alianza franco-rusa ya había construido un detonador geopolítico a lo largo de la frontera entre Austria y Serbia. Ambos países habían vinculado la política de defensa de tres de las mayores potencias del mundo al incierto futuro de la región más violenta e inestable de Europa. Para Francia, el compromiso con el saliente serbio era una consecuencia lógica de su compromiso con la Alianza franco-rusa, que a su vez era la consecuencia de lo que los dirigentes franceses consideraban limitaciones insalvables de sus políticas. La primera de esas limitaciones era demográfica. Incluso tras la inmensa expansión que había posibilitado la Ley de los Tres Años, el Ejército francés no poseía el número suficiente de efectivos que sus comandantes consideraban necesarios para responder por sí solos a la amenaza de Alemania. Así pues, la victoria contra los alemanes iba a depender de dos cosas: de la presencia de una fuerza expedicionaria británica en el frente occidental aliado, y de una rápida ofensiva a través de Bélgica que permitiera a las fuerzas francesas sortear el territorio de Alsacia y Lorena, densamente fortificado. Por desgracia, esas dos opciones eran mutuamente excluyentes, porque violar la neutralidad de Bélgica habría significado renunciar al apoyo del Reino Unido. Aún así, incluso el hecho de renunciar a las ventajas estratégicas de una invasión de Bélgica no garantizaba necesariamente una intervención británica en la primera fase, la más decisiva, de la guerra que se avecinaba, porque la ambigüedad de la polí-

tica exterior británica había creado un margen de duda sustancial.

Por consiguiente, Francia se veía obligada a buscar un medio de compensar en Oriente las deficiencias en seguridad que tenía Occidente. Como dijo el embajador belga durante la primavera de 1913, cuanto menos «sólida y efectiva» parecía la amistad de Gran Bretaña, mayor era la necesidad que sentían los estrategas franceses de «estrechar» los lazos de su alianza con Rusia.[138] Desde 1911 en adelante, el Gobierno francés se centró en fortalecer la capacidad ofensiva de Rusia y, en 1912-1913, en asegurarse de que los planes de despliegue rusos se dirigieran contra Alemania, más que contra Austria, el adversario más evidente en los Balcanes. Las relaciones militares fueron estrechándose cada vez más mediante la aplicación de poderosos incentivos financieros. Esa política se conseguía pagando un cierto coste estratégico, porque apostar tan fuerte por la capacidad de Rusia para tomar la iniciativa contra Alemania implicaba inevitablemente una cierta disminución de la autonomía de Francia. Que los responsables de la política exterior francesa estaban dispuestos a aceptar las limitaciones que ello acarreaba lo demuestra su disposición a ampliar los términos de la Alianza franco-rusa a fin de que abarcaran específicamente el escenario de un conflicto con origen en los Balcanes, una concesión que, a todos los efectos, ponía la iniciativa en manos de Rusia. Los franceses estaban dispuestos a correr ese riesgo porque su principal preocupación no era que Rusia actuara precipitadamente, sino más bien que no actuara en absoluto, y que su predominio llegara a ser tal que perdiera el interés en el valor de la alianza, o que centrara sus energías en derrotar a Austria, en vez de al «adversario principal», Alemania.

El escenario de un conflicto con origen en los Balcanes resultaba atractivo precisamente porque parecía la vía más verosímil de asegurarse el apoyo total de Rusia en las operaciones con-

juntas, no solo porque la región de los Balcanes era un área donde tradicionalmente Rusia había tenido fuertes intereses, sino porque el conflicto de los Serbios con Austria-Hungría era una cuestión que con toda seguridad agitaría los sentimientos patrióticos en Rusia, de tal forma que dejaría a los líderes con pocas opciones que no fueran intervenir. De ahí la importancia de que los enormes créditos de Francia (en aquellos tiempos estaban entre los más grandes de la historia financiera), se vincularan al programa de construcción de ferrocarriles estratégicos que lanzaría el grueso de las fuerzas de Rusia contra Alemania, obligando así a Alemania (eso era lo esperado) a dividir sus ejércitos, a reducir el peso de su ofensiva hacia Occidente, y a brindarle a Francia el margen necesario para asegurarse la victoria.

El compromiso de Rusia con el saliente serbio se componía de diferentes elementos. Durante mucho tiempo los rusos habían llevado adelante políticas concebidas para lograr algún tipo de asociación con una liga de Estados balcánicos capaz de formar un baluarte contra Austria-Hungría. Los rusos reavivaron esa política durante la guerra de Italia contra Libia, favoreciendo la creación de la alianza serbo-búlgara que definía a Rusia como la potencia mediadora en la península. Cuando estalló la Segunda Guerra de los Balcanes por el botín territorial de la primera, los rusos se dieron cuenta de que la política de la Liga había quedado obsoleta y decidieron, tras alguna que otra vacilación, adoptar a Serbia como su principal cliente, en detrimento de Bulgaria, que rápidamente fue cayendo en la órbita financiera y (posteriormente) política de las potencias centrales. La intensificación del compromiso con Serbia colocaba a Rusia en una posición de confrontación directa con Austria-Hungría, como habían demostrado los acontecimientos de diciembre de 1912 a enero de 1913.

Sin embargo, los rusos tardaron bastante tiempo en adoptar la visión estratégica que el Estado Mayor francés les ofrecía con tanta insistencia. El Plan de Redespliegue de 1910 de Sukhomlinov irritó a los franceses, porque hacía retroceder las zonas de concentración a lugares muy alejados de las fronteras occidentales con Alemania. A lo largo de los años siguientes, los franceses hicieron todo lo posible, y con éxito, para vencer la resistencia de Rusia a una estrategia que se centraba en descargar el máximo poder ofensivo contra la frontera occidental en el menor plazo posible, por medio de arterias ferroviarias cuádruples, diseñadas para llevar ingentes cantidades de tropas al interior del territorio enemigo.

Si al final los pensamientos estratégicos de Rusia y de Francia entraron en cierta sintonía, fue por varias razones. La promesa de créditos masivos por parte de Francia suponía un poderoso incentivo a la colaboración. Dado que era imposible que un ataque ruso contra Austria no arrastrara a Alemania a intervenir, cada vez resultaba más evidente que la aniquilación del poderío austriaco en la península de los Balcanes únicamente sería posible en el caso de que Rusia estuviera en condiciones de derrotar a Alemania. Por último, y lo más importante, la llegada de la misión de Liman von Sanders a Constantinopla provocó no solo un aumento del estado de preparación para la guerra por parte de Rusia, y de los recelos frente a los propósitos de Alemania, sino también clarificó en qué medida la política de Rusia en los Balcanes estaba ligada a sus intereses más fundamentales en los estrechos turcos. Como dejó claro la Conferencia Especial del 8 de febrero, Sazonov, Sukhomlinov y Zhilinsky habían acabado aceptando que el objetivo de asegurarse el acceso a los Estrechos, o de controlarlos, aunque todo el mundo estaba de acuerdo en que era de suma importancia para el futuro económico y estratégico de Rusia, debía subordinarse a la victoria en un conflicto europeo contra las potencias centrales, no solo, o ni si-

quiera principalmente, por el temor de que Alemania pudiera hacerse con una participación en el control de los estrechos, sino porque las propias potencias de la Entente todavía no estaban dispuestas a apoyar un intento directo de Rusia de hacerse con el control de esa crucial baza estratégica. De hecho, las perspectivas de las tres potencias de la Entente respecto a los estrechos eran tan diversas que el ministro de Asuntos Exteriores ruso acabó considerando que una guerra generalizada –lo que, a todos los efectos, significaba una guerra originada en los Balcanes– era el único contexto en que Rusia se aseguraría el apoyo de sus aliados occidentales.[139]

Es preciso establecer una importante distinción: en ningún momento los estrategas franceses ni rusos implicados planearon desencadenar una guerra de agresión contra las potencias centrales. Aquí estamos hablando de escenarios, no de planes en sentido estricto. Aún así, resulta llamativa la poca importancia que los responsables de las políticas concedían al efecto que con toda probabilidad iban a tener sus actos en Alemania. Los dirigentes franceses eran conscientes de en qué medida el equilibrio de la amenaza militar se había modificado en perjuicio de Alemania –un informe del Estado Mayor francés de junio de 1914 señalaba con satisfacción que «la situación militar ha variado en detrimento de Alemania», y las evaluaciones militares de los británicos informaban en términos muy parecidos. Pero, dado que todos ellos consideraban que sus actos eran puramente defensivos, y achacaban las intenciones agresivas únicamente al enemigo, los principales responsables de las políticas nunca se tomaron en serio la posibilidad de que las medidas que ellos mismos estaban poniendo en práctica pudieran estar reduciendo las opciones de que disponía Berlín. Se trataba de un curioso ejemplo de lo que los teóricos de las relaciones internacionales denominan el «dilema de la seguridad», donde los pasos que da un Estado para incrementar su seguridad «provocan que los de-

más se sientan más inseguros y les obligan a prepararse para lo peor».[140]

¿Eran conscientes los británicos de los riesgos que planteaba la balcanización de la política de seguridad de la Entente? Los responsables de la política exterior británica veían claramente que la deriva en la geopolítica europea había creado un mecanismo que, en caso de que se detonara de la forma adecuada, podría transformar un contencioso balcánico en una guerra europea. Y los británicos contemplaban esa posibilidad –igual que contemplaban prácticamente todos y cada uno de los aspectos de la situación en Europa– con ambivalencia. Ni siquiera los dirigentes británicos más rusófilos dejaban de criticar la política de San Petersburgo en los Balcanes: en marzo de 1912, cuando Arthur Nicolson se enteró del papel que habían desempeñado los rusos a la hora de auspiciar un tratado entre Serbia y Bulgaria, deploró la reciente iniciativa de Rusia, «ya que demuestra que el Gobierno ruso no tiene intención de trabajar en colaboración con el Gobierno austriaco en los asuntos de los Balcanes y eso es algo que, personalmente, lamento mucho».[141] Cuando Sazonov se entrevistó con algunos hombres de estado de alto nivel en Londres y Balmoral en septiembre de 1912, al ministro le sorprendió la «exagerada prudencia» de los puntos de vista británicos sobre los Balcanes, y su desconfianza hacia cualquier movimiento de Rusia que pudiera parecer calculado para ejercer presión sobre el Gobierno otomano.[142] En noviembre de 1912, mientras el Ejército serbio avanzaba a través de Albania hasta la costa adriática, el vizconde Bertie, embajador británico en París, advirtió al ministro de Asuntos Exteriores francés de que Gran Bretaña no estaba dispuesta a ir a la guerra para conseguir que Belgrado tuviera un puerto en el Adriático.[143]

Sin embargo, tan solo unos días más tarde, el 4 de diciembre, Edward Grey convocó al conde Lichnowsky, embajador de Alemania, y le trasladó una firme advertencia:

> En caso de que surgiera una guerra europea debido a un ataque de Austria contra Serbia, y de que Rusia, obligada por la opinión pública, invadiera Galitzia para no tener que volver a soportar una humillación como la de 1909, lo que obligaría a Alemania a acudir en ayuda de Austria, Francia se vería inevitablemente arrastrada al conflicto, *y nadie podría predecir los acontecimientos que vendrían después.*[144]

Cabe recordar que el pretexto para aquella conversación era el discurso de diez minutos que pronunció el canciller Bethmann ante el Parlamento alemán, donde había advertido de que si, en contra de todas las expectativas, Austria era atacada por otra gran potencia (en una clara referencia a Rusia, cuyas medidas militares a lo largo de la frontera con Galitzia habían desatado el temor a una guerra), Alemania intervendría para proteger a su aliado. Lichnowsky interpretó el comentario de Grey como una «insinuación inequívoca»; significaba que «para Inglaterra resultaba una necesidad vital *evitar que [Francia] fuera aplastada por Alemania*».[145] Algunos días después, al leer el resumen de Lichnowsky, a Guillermo II le entró el pánico, ya que lo consideró una «declaración moral de guerra» contra Alemania. Aquella fue la advertencia que desencadenó el comité de guerra de Potsdam del 8 de diciembre de 1912. Y por los documentos franceses está claro que posteriormente Grey –el mismo día de la advertencia– trasladó el contenido de su conversación con el conde Lichnowsky al embajador Paul Cambon, quien a su vez le transmitió los detalles a Poincaré.[146]

Lo que resulta más llamativo de la advertencia de Grey es lo convincentemente que se exponía la concatenación causal del escenario de un conflicto con origen en los Balcanes, y la cantidad de supuestos que llevaba incorporados. Grey se alineaba, en primer lugar, con el punto de vista de Sazonov e Izvolsky respecto a la «humillación» de 1909, aparentemente olvidando que fue la negativa del Reino Unido de hacer tratos con Izvolsky a propósito de los Estrechos lo que había instigado al entonces ministro de Asuntos Exteriores ruso a exacerbar la crisis al ale-

gar que había sido embaucado por su colega austriaco. La idea de que Rusia había sufrido reiteradas humillaciones a manos de las potencias centrales resultaba dudosa, como mínimo –lo cierto era justo lo contrario, es decir que los rusos tuvieron suerte de salir tan bien parados de unos peligros que ellos mismos habían creado.[147] Y además estaba la idea, sumamente cuestionable, de que los dirigentes rusos no tendrían más opción que atacar a Austria en caso de que un conflicto entre Austria y Serbia enardeciera a la opinión pública del país. De hecho, no estaba nada claro que la opinión pública rusa exigiera una acción precipitada en defensa de Serbia; ese era el punto de vista de algunos periódicos nacionalistas, por supuesto, pero había otros, como el diario conservador *Grazhdanin*, del príncipe Meshchersky, que denunciaban el «romanticismo impotente» de los eslavófilos, y criticaban la idea de que Rusia tuviera inevitablemente que ponerse del lado de Serbia en un conflicto austro-serbio. En febrero de 1913, en el punto álgido de la crisis de invierno en los Balcanes, el ex primer ministro ruso Sergei Witte estimaba que tal vez el 10 por ciento de la población rusa estaba a favor de la guerra, y el 90 por ciento en contra.[148] Igualmente llamativa era la suposición de Grey en el sentido de que esa intervención por parte de Rusia, aunque implicaría una agresión contra un Estado cuyos actos no suponían una amenaza directa contra la seguridad de Rusia, tuviera «inevitablemente» que arrastrar a Francia a entrar en el conflicto –un punto de vista que básicamente refrendaba, o por lo menos aceptaba implícitamente, la ampliación por parte de Poincaré de los compromisos del tratado para que abarcaran la posibilidad de un ataque de Rusia contra otra gran potencia europea. Y eso, daba a entender Grey, en algún momento acabaría obligando a Gran Bretaña a intervenir al lado de Francia. Puede que Grey sintiera desasosiego –desde luego él lo manifestaba esporádicamente– ante la perspectiva de «luchar en defensa de Serbia», pero había com-

prendido y legitimado el escenario de un conflicto con origen en los Balcanes, y lo había incorporado a su forma de pensar. Y ese escenario, es importante recordarlo, no era un rasgo neutro del sistema internacional. No encarnaba una necesidad impersonal; más bien se componía de actitudes partidistas, de compromisos y de amenazas. Ponía de manifiesto hasta qué punto Grey había abandonado una política pura de equilibrio de poder en favor de una política encaminada a maximizar la seguridad de la Entente.[149] Al esbozar el escenario ante Lichnowsky, Grey no estaba vaticinando un futuro predeterminado, sino que él mismo estaba exponiendo una parte de un conjunto de acuerdos que hacían posible ese futuro.

Una precondición crucial para todos esos cálculos era la negativa –ya fuera explícita o implícita– de reconocer el derecho de Austria-Hungría a defender sus intereses más inmediatos a la manera de una potencia europea. Los dirigentes franceses y británicos se mostraban tentadoramente poco claros acerca de las condiciones precisas en las que podría surgir un conflicto entre Austria y Serbia. Poincaré no hacía el mínimo esfuerzo a la hora de definir los criterios en sus conversaciones con Izvolsky, y el ministro de la Guerra francés y los altos mandos militares presionaron a favor de una acción agresiva durante el invierno de 1912-1913, aunque todavía no se había producido ninguna agresión de Austria contra Serbia. Grey se mostraba un poco más ambivalente, e intentaba diferenciar: en una nota que le envió a Bertie a París, escrita el 4 de diciembre de 1912, el mismo día en que había comunicado la advertencia a Lichnowsky, el ministro de Asuntos Exteriores británico sugería que las reacciones del Reino Unido ante un conflicto en los Balcanes iban a depender de «cómo estallara la guerra»:

> En caso de que Serbia provocara a Austria y le diera un justo motivo para el rencor, la sensación sería diferente de la que tendríamos si Austria se mostrara a todas luces agresiva.[150]

Pero, ¿que podía suponer un «justo motivo para el rencor»? En un entorno tan polarizado como Europa entre 1912 y 1914, iba a resultar difícil ponerse de acuerdo en qué grado de provocación habría justificado una respuesta armada. Y la renuencia a integrar en ese cálculo los imperativos de seguridad de Austria-Hungría era una evidencia más de lo indiferentes que se habían vuelto las potencias respecto a la futura integridad de la monarquía dual, ya fuera porque la veían como el perro faldero de Alemania, carente de una identidad geopolítica autónoma, bien porque sospechaban que abrigaba designios agresivos en la península de los Balcanes, o bien porque aceptaban el punto de vista de que al Imperio Austrohúngaro se le había agotado el tiempo y muy pronto iba a tener que dejar paso a sus sucesores, una serie de Estados más jóvenes y mejores. Lo irónico de esta situación era que daba igual que el ministro de Exteriores austrohúngaro fuera un personaje enérgico como Aerenthal o una figura más acomodaticia como Berchtold: el primero resultaba sospechoso de agresividad, el segundo de sumisión a Berlín.[151]

Un codicilo que venía a reforzar aquella sentencia de muerte para el Estado de los Habsburgo era una visión de Serbia que parecía sacada de un cuento de hadas: una nación de luchadores por la libertad, a la que ya se le había prometido el mejor de los futuros. Es posible advertir esa tendencia no solo donde más cabría esperarla, en los entusiastas informes de Hartwig desde Belgrado, sino en los despachos llenos de un caluroso apoyo que enviaba Descos, el embajador francés destinado en la capital serbia. La inveterada política de ayuda financiera por parte de Francia siguió adelante. En enero de 1914, llegó otro importante crédito francés (que ascendía al doble de la totalidad del presupuesto del Estado serbio para 1912) a fin de hacer frente a los colosales gastos militares de Belgrado, y Pašić negoció con San Petersburgo un paquete de ayuda militar que incluía 120.000 fusiles, veinticuatro obuses, treinta y seis cañones «del

sistema más moderno», y su correspondiente munición, alegando –falsamente– que Austria-Hungría estaba suministrando una mercancía similar a Bulgaria.[152]

Grey adoptó una política latentemente pro-serbia en las negociaciones de la Conferencia de Londres de 1913, y favoreció las reivindicaciones de Belgrado frente a las del nuevo Estado albanés, no porque apoyara la causa de la Gran Serbia como tal, sino porque consideraba que el apaciguamiento de Serbia resultaba crucial para la pervivencia de la Entente.[153] Las fronteras resultantes dejaban a más de la mitad de la población albanesa fuera del recién creado Reino de Albania. Muchos de los que cayeron bajo el dominio de Serbia padecieron persecuciones, deportaciones, maltrato y matanzas.[154] Sin embargo, el embajador británico en funciones, Crackanthorpe, que tenía muchos buenos amigos entre la élite política serbia, al principio silenció, y posteriormente restó importancia a las noticias de las atrocidades que se estaban produciendo en las zonas recién conquistadas. A medida que fueron acumulándose más y más pruebas de aquellas fechorías, se produjeron esporádicas manifestaciones internas de desaprobación, pero nada lo suficientemente grave como para modificar una política concebida para mantener a Rusia en el bando del Reino Unido.

Otros dos factores incrementaron la sensibilidad del detonador balcánico. El primero fue la creciente determinación de Austria de poner coto a las ambiciones territoriales de Serbia. Hemos visto que, a medida que iba deteriorándose la situación en la península de los Balcanes, los dirigentes de Viena fueron inclinándose hacia soluciones más beligerantes. El estado de ánimo siguió fluctuando a medida que las crisis iban y venían, pero había un efecto de acumulación: con cada una de ellas, un número cada vez mayor de dirigentes iba alineándose con las posturas agresivas. Y la susceptibilidad de los políticos se veía reforzada por factores financieros y por la moral del país. A me-

dida que se agotaba el dinero para nuevas movilizaciones en tiempos de paz, y que aumentaba la preocupación por los efectos que estas tenían en los reclutas de las minorías étnicas, el repertorio de opciones de Austria-Hungría iba estrechándose, y su actitud política iba haciéndose cada vez menos elástica. Sin embargo, no debemos olvidar que el último informe estratégico general sobre la región antes de la guerra, redactado por un funcionario austriaco, el sombrío memorándum Matscheko, elaborado para Berchtold en junio de 1914, no hacía mención alguna de la acción militar como medio para resolver los muchos problemas a los que se enfrentaba Austria en la península.

Por último estaba la creciente dependencia de Alemania de la «política de fuerza». La costumbre de buscar la autonomía y la seguridad por el procedimiento de maximizar la fuerza era un rasgo profundamente consolidado de la política alemana, desde Bismarck, pasando por Bülow, hasta Bethmann Hollweg. Que la aspiración de Alemania a la fuerza pudiera provocar el antagonismo de sus vecinos y el distanciamiento de sus potenciales aliados era un problema que nunca llegaron a abordar los sucesivos responsables de sus políticas. Sin embargo, mientras esa política siguiera generando un efecto disuasorio suficiente como para excluir la posibilidad de una agresión combinada por parte del bando contrario, la amenaza de aislamiento, aunque grave, no resultaba abrumadora. Para 1912, el enorme aumento del estado de preparación militar de la Entente ya había socavado la viabilidad a largo plazo de ese enfoque.

Dos cuestiones preocupaban a los estrategas y a los dirigentes alemanes durante los últimos años previos al estallido de la guerra. La primera, que ya hemos mencionado, era durante cuánto tiempo Alemania podía esperar mantenerse en una posición de una fuerza relativa suficiente como para hacer frente a sus adversarios, en caso de que se declarara una guerra. La segunda preocupación tenía que ver con las intenciones de Rusia.

¿Los líderes rusos estaban preparándose activamente para una guerra preventiva contra Alemania? Las dos cuestiones estaban interrelacionadas, porque si uno llegaba a la conclusión de que realmente Rusia estaba *buscando una guerra* con Alemania, los argumentos a favor de evitar una guerra ahora por medio de concesiones políticamente costosas se antojaban mucho más débiles. Si de verdad resultaba imposible evitar la guerra, y lo único que podía hacerse era posponerla, tenía sentido aceptar ya la guerra que ofrecía el antagonista, en vez de esperar a una reiteración posterior del mismo escenario, pero en unas circunstancias mucho menos ventajosas. Esos pensamientos tuvieron una gran influencia en los dirigentes alemanes durante la crisis que siguió a los asesinatos de Sarajevo.

¿UNA CRISIS DE MASCULINIDAD?

Si pasamos revista a las cancillerías europeas en la primavera y principios del verano de 1914, es imposible que no nos llame la atención la desafortunada configuración de personalidades. Desde Castelnau y Joffre, hasta Zhilinsky, Conrad von Hötzendorf, Wilson y Moltke, todos los militares de mayor rango eran exponentes de una estrategia volcada en la ofensiva y ejercían una influencia variable pero importante sobre los responsables de las decisiones políticas. En 1913-1914, primero Delcassé y después Paléologue, ambos partidarios de la línea dura, representaron a Francia en San Petersburgo; Izvolsky, que seguía decidido a vengar la «humillación» de 1909, desempeñaba sus funciones en París. El embajador francés en Sofía, André Panafieu, comentaba en diciembre de 1912 que Izvolsky era el «mejor embajador en París» porque tenía «intereses personales contra Alemania y Austria», y sus colegas rusos se percataron de que siempre que hablaba de la política austriaca respecto a Belgrado su voz adoptaba «un palpable tono de amargura que no le había abandonado desde los tiempos de la anexión».[155] Miroslav Spalajković, austrófobo y excitable, estaba en aquellos

momentos en la embajada serbia en San Petersburgo; su viejo enemigo, el conde Forgách ayudaba a formular la política en Viena. Todo ello nos recuerda a una obra de Harold Pinter, donde los personajes se conocen muy bien y se aprecian muy poco.

La obra solo tenía personajes masculinos –¿en qué medida era ello importante? La masculinidad es y era una categoría muy amplia que abarcaba muchas formas de comportamiento; la virilidad de aquellos hombres en particular venía modulada por identidades de clase, etnia y profesión. Sin embargo, resulta llamativa la frecuencia con la que los protagonistas recurren a modos de comportamiento deliberadamente masculinos, y lo estrechamente que dichos comportamientos estaban entretejidos con su forma de entender la política. «Confío sinceramente en que no nos dobleguemos en este asunto», le escribía Arthur Nicolson a su amigo Charles Hardinge, aconsejando que Londres rechazara cualquier propuesta de acercamiento por parte de Berlín.[156] En marzo de 1912, el embajador alemán en París, Wilhelm von Schoen, escribía que era esencial que el Gobierno de Berlín mantuviera una actitud de «completa frialdad y serenidad» en sus relaciones con Francia, y que abordara «con sangre fría» las tareas de defensa nacional impuestas por la situación internacional.[157] Cuando Bertie hablaba del peligro de que los alemanes «nos empujen al agua y nos roben la ropa», estaba describiendo metafóricamente el sistema internacional como un parque de juegos rural atestado de varones adolescentes. Sazonov elogiaba la «rectitud» del carácter de Poincaré y «la firmeza inquebrantable de su voluntad»;[158] Paul Cambon veía en él la «rigidez» del jurista profesional, mientras que el encanto de hombre «amante de la naturaleza», reservado e independiente, era fundamental para la identidad de Grey como personalidad pública. Echarse atrás y no apoyar a Austria-Hungría durante la crisis de 1914, comentaba Bethmann en sus memorias, habría sido un acto de «autocastración».[159]

Semejantes invocaciones a la virilidad finisecular resultan tan omnipresentes en la correspondencia y los memorandos de aquellos años que es difícil localizar su impacto. Sin embargo, indudablemente reflejan un momento muy concreto de la historia de la masculinidad europea. Los historiadores del género han indicado que en torno a las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del siglo XX, un tipo relativamente expansivo de identidad patriarcal, que se centraba en la satisfacción de los apetitos (comida, sexo, materias primas), cedió el paso a una actitud más adusta, dura y abstinente. Al mismo tiempo, la competencia por parte de unas masculinidades subordinadas y marginalizadas –proletarias y no blancas, por ejemplo– acentuaba la expresión de la «verdadera masculinidad» en el seno de las élites. Entre los grupos de dirigentes de carácter específicamente militar, el aguante, la dureza, el deber y la abnegación en el servicio fue reemplazando poco a poco a un anticuado énfasis en el origen social elevado, que pasó a considerarse afeminado.[160] «Ser viril [...] lo más viril posible [...] es la verdadera distinción a ojos [de los hombres]», escribía en 1905 la feminista y librepensadora vienesa Rosa Mayreder. «Son insensibles a la brutalidad de la derrota o a la pura injusticia de un acto a condición de que coincida con el canon tradicional de masculinidad.»[161]

Sin embargo, los tipos de masculinidad cada vez más hipertróficos entraban en conflicto con los ideales de obediencia, cortesía, refinamiento cultural y caridad que todavía se consideraban rasgos distintivos de todo «caballero».[162] Tal vez podamos atribuir los síntomas de la tensión y el agotamiento que observamos en muchos de los principales dirigentes –cambios de humor, obsesividad, «tensión nerviosa», vacilación, enfermedades psicosomáticas y escapismo, por nombrar solo unos cuantos– a una acentuación de los roles de género que habían empezado a imponer cargas intolerables en algunos hombres. Conrad von

Hötzendorf combinaba la crispada personalidad pública de un tirano beligerante con una profunda necesidad de apoyo de las mujeres, en cuya compañía se desprendía de la hierática máscara del mando, mostrando un ego insaciable con una extrema necesidad de consuelo y refuerzo psicológico. Su madre, Barbara, vivió con Conrad, o cerca de él, hasta la muerte de ella en 1915. Él llenó el vacío casándose finalmente con la ya divorciada Gina von Reininghaus y llevándosela a vivir al cuartel general austrohúngaro de Teschen –para gran sorpresa de sus colegas y de la sociedad vienesa.[163]

Otro caso interesante es el embajador francés en Belgrado, Léon Descos. Un colega ruso que conocía bien a Descos informaba de que «el profundo golpe moral» de las dos guerras balcánicas había deteriorado su «sistema nervioso». «Empezó a volverse más solitario [...] y de vez en cuando repetía su cantinela favorita sobre la inviolabilidad de la paz.»[164] Durante las Guerras de los Balcanes, Berchtold se quejaba constantemente en su diario de sus pesadillas, de sus noches en vela y de sus dolores de cabeza.[165] Cuando el nuevo primer ministro francés René Viviani, un hombre de temperamento básicamente pacífico, viajó a San Petersburgo para asistir a las conversaciones en la cumbre de julio de 1914, estuvo a punto de sufrir un colapso nervioso total. Hartwig también estaba estresado. Alexander Savinsky, embajador ruso en Sofía, creía que Hartwig había «perdido el equilibrio» durante las Guerras de los Balcanes. Savinsky observó que Hartwig «por todas partes ve enemigos que él mismo ha creado». A comienzos del verano de 1914, Hartwig se quejaba continuamente del lamentable estado de su corazón y esperaba con impaciencia las vacaciones de verano y su cura en el balneario de Bad Nauheim. No sobreviviría a la crisis de julio.[166] El nerviosismo, que muchos consideraban el distintivo de aquella época, se manifestaba en esos hombres poderosos no solo en forma de ansiedad, sino también en un deseo obsesi-

vo de triunfar sobre la «debilidad» de la propia voluntad, de ser una «persona valerosa» y no una «persona temerosa», como decía Walther Rathenau en 1904.[167] Comoquiera que uno ubique a los personajes de esta narración dentro de los contornos más amplios de la historia de género, es muy probable que un código de conducta basado en la preferencia por la fortaleza inquebrantable, en vez de por la agilidad, la flexibilidad táctica y la astucia de la que había sido ejemplo una generación anterior de estadistas (Bismarck, Cavour, Salisbury), acentuara la posibilidad de un conflicto.

¿CUÁN ABIERTO ESTABA EL FUTURO?

En su *Sistema de los derechos públicos subjetivos*, publicado en 1892, el jurista austriaco Georg Jellinek analizaba lo que él denominaba «el poder normativo de lo fáctico». Con ello se refería a la tendencia de los seres humanos a atribuir una autoridad normativa a situaciones que ya existen en la realidad. Sostenía que los seres humanos hacen eso porque su percepción de las situaciones está determinada por las fuerzas que ejercen esas situaciones. Atrapados en esta circularidad hermenéutica, los hombres tienden a pasar rápidamente de la observación de lo que existe a la presunción de que una situación que ya existe es normal, y de que por tanto debe de encarnar una determinada necesidad ética. Cuando se producen episodios de agitación social o disturbios, las personas se adaptan enseguida a las nuevas circunstancias, atribuyéndoles la misma cualidad normativa que habían percibido en el anterior orden de cosas.[168]

Algo vagamente similar ocurre cuando contemplamos acontecimientos históricos, sobre todo catástrofes como la Primera Guerra Mundial. Una vez que suceden, nos imponen (o parecen hacerlo) la sensación de su necesidad. Se trata de un proceso que se desarrolla a muchos niveles. Lo vemos en las cartas, en los discursos y en las memorias de los principales protagonistas, quienes se apresuran a subrayar que no había alternativa al ca-

mino que se tomó, que la guerra era «inevitable», y por tanto que nadie tenía la facultad de prevenirla. Estas narraciones de inevitabilidad asumen formas muy diversas; puede que simplemente achaquen la responsabilidad a otros Estados o actores, o puede que atribuyan al propio sistema la propensión a generar guerras, independientemente de la voluntad de los actores individuales, o puede que apelen a las fuerzas impersonales de la Historia o el Destino.

La búsqueda de las causas de la guerra, que durante casi un siglo ha dominado la literatura sobre este conflicto, reafirma esa tendencia: se rebuscan todo tipo de causas a lo largo y ancho de las décadas previas a la guerra en Europa y se apilan como pesas en la balanza hasta que esta se inclina desde la probabilidad a la inevitabilidad. La contingencia, la decisión y la acción quedan excluidas del campo de visión. En parte se trata de un problema de perspectiva. Cuando miramos atrás desde nuestro alejado punto de vista de principios del siglo XXI y contemplamos los vaivenes de las relaciones internacionales europeas antes de 1914, no podemos evitar verlas a través de la lente de lo que ocurrió a continuación. Los acontecimientos se ensamblan dando lugar a algo semejante a la definición que daba Diderot de un cuadro con una buena composición: «un todo contenido en un único punto de vista».[169] Naturalmente, al intentar corregir ese problema, sería perverso convertir en fetiche la contingencia o la inadvertencia. Entre otras cosas, eso solo sustituiría un problema de sobredeterminación por uno de infradeterminación – el de una guerra sin causas. Por muy importante que sea comprender que esta guerra podría muy bien no haber ocurrido, y por qué, ese punto de vista debe equilibrarse con una apreciación de cómo y por qué sucedió en realidad.

Un rasgo llamativo de las interacciones entre los Gobiernos europeos era la persistente incertidumbre que existía por doquier acerca de las intenciones de amigos y potenciales enemi-

gos por igual. Las fluctuaciones de poder entre las facciones y los titulares de los cargos seguía siendo un problema, al igual que la preocupación por el posible impacto de la opinión pública. ¿Prevalecería Grey frente a sus adversarios del Gobierno y el Parlamento? ¿Mantendría Poincaré el control de la diplomacia francesa? Durante los últimos tiempos, las voces militares habían estado marcando el tono de los debates estratégicos en Viena, pero a raíz del caso Redl, el poder de Conrad parecía estar en declive, y su destitución era cuestión de tiempo. Por otra parte, los halcones iban ganando influencia en San Petersburgo. Esas incertidumbres de origen nacional se veían agravadas por la dificultad a la hora de interpretar las relaciones de poder en el seno de los Gobiernos extranjeros. Algunos observadores británicos creyeron (erróneamente, como sabemos a posteriori) que los conservadores pacifistas como Kokovtsov (a pesar de su reciente destitución) y Pyotr Durnovo habían reforzado su influencia sobre el zar, y estaban a punto de volver a entrar en escena. En París se hablaba con preocupación de la inminente victoria de una facción proalemana liderada por el ex primer ministro Sergei Witte. Por otra parte, estaba el nerviosismo permanente por la susceptibilidad de los principales dirigentes a las tendencias de la opinión pública. En un informe presentado desde Berlín el último día de febrero de 1914, el plenipotenciario militar ruso, el general de división Ilya Leonidovich Tatishchev, amigo del káiser alemán, admitía que aunque había advertido un alto nivel de hostilidad hacia Rusia en la prensa alemana, no era capaz de valorar en qué medida podía influir en Guillermo II: «Sin embargo, en general creo que el amor de Su Majestad por la paz es inquebrantable. Pero tal vez entre su séquito se esté debilitando». No obstante, dos semanas después, el embajador avisaba del fin del peligro, señalando que la última batalla periodística entre Rusia y Alemania no parecía haber impresionado en absoluto al soberano alemán.[170] Por debajo de toda esa

paranoia y agresividad había una incertidumbre fundamental sobre cómo interpretar el humor y las intenciones de las demás cancillerías, por no decir sobre cómo anticipar sus reacciones ante eventualidades todavía no materializadas.

El futuro seguía abierto –a duras penas. Pese al endurecimiento de los frentes en los dos bandos armados de Europa, había síntomas de que el momento de un enfrentamiento de primera magnitud podía estar quedando atrás. Había una gran tensión en la alianza anglo-rusa –no parecía probable que sobreviviera a la fecha programada para su renovación en 1915. E incluso había indicios de un cambio de actitud entre los dirigentes británicos, quienes en los últimos tiempos habían degustado los frutos de la distensión con Alemania en los Balcanes. No es ni mucho menos obvio ni cierto que Poincaré hubiera sido capaz de mantener su política de seguridad a más largo plazo. Incluso hubo intentos de mejorar las relaciones entre Viena y Belgrado, ya que se buscaron y firmaron acuerdos sobre intercambio de prisioneros y la resolución del asunto del Ferrocarril Oriental. Por encima de todo, ninguna de las grandes potencias europeas contemplaba en aquel momento la posibilidad de emprender una guerra de agresión contra sus vecinos. Todos temían que los demás tomaran una iniciativa semejante, y a medida que el estado de preparación militar de la Entente aumentaba vertiginosamente, en Viena y Berlín los militares hablaban de un ataque preventivo para salir del impasse, pero una guerra preventiva no se había convertido en política del Gobierno. Ni tampoco Viena había decidido invadir Serbia sin mediar provocación –un acto que habría significado su suicidio geopolítico. El sistema aún requería que alguien encendiera la mecha desde fuera por medio del detonador que los rusos y los franceses habían establecido en la frontera austro-serbia. Si el Gobierno serbio de Pašić hubiera llevado a cabo una política que tuviera como objetivo la consolidación interna y hubiera cortado de raíz el movi-

miento irredentista que representaba una amenaza igual de grave para su propia autoridad y para la paz en Europa, es muy posible que aquellos muchachos nunca hubieran cruzado el río Drina, que Belgrado hubiera podido advertir del peligro a Viena, sin ambages y con tiempo suficiente, y que los disparos nunca se hubieran producido. Los compromisos entrelazados que dieron lugar al catastrófico resultado de 1914 no eran rasgos permanentes del sistema europeo, sino la consecuencia de numerosos ajustes a corto plazo que en sí mismos constituían la prueba de lo rápidamente que evolucionaban las relaciones entre las potencias.

Y si nadie hubiera apretado el gatillo, el futuro que se convirtió en historia en 1914 habría dado paso a un futuro distinto, en el que, cabe la posibilidad, la Triple Entente podría no haber sobrevivido a la resolución de la crisis de los Balcanes, y la distensión anglo-alemana podría haberse consolidado en algo más sustancial. Paradójicamente, la plausibilidad del segundo futuro contribuyó a incrementar la probabilidad del primero –Francia redobló la presión sobre San Petersburgo precisamente para evitar el abandono de Rusia y asegurarse el máximo grado de apoyo posible. Si el entramado de las alianzas hubiera parecido más fiable y duradero, es posible que los principales dirigentes se hubieran sentido menos presionados para actuar como lo hicieron. En sentido inverso, los momentos de distensión, tan característicos de los últimos años previos a la guerra, tuvieron un impacto paradójico: al provocar que la guerra continental *pareciera* retroceder hacia los horizontes de la probabilidad, esos momentos de distensión alentaron a los dirigentes a subestimar los riesgos que se derivaban de sus intervenciones. Esa es una de las razones por las que el peligro de un conflicto entre los grandes bloques de alianzas parecía estar alejándose, justo en el momento en que se había puesto en marcha la cadena de acon-

tecimientos que en última instancia acabaría arrastrando a Europa a una guerra.

NT1 *Détente…entente*, en el original (N. de los T.).

Parte III
CRISIS

7

Asesinato en Sarajevo

EL ASESINATO

La mañana del domingo 28 de junio de 1914, el archiduque Francisco Fernando, heredero al trono del Imperio Austrohúngaro, y su esposa, Sofía Chotek von Chotkowa y Wognin llegaron en tren a la ciudad de Sarajevo y subieron a un automóvil para recorrer el trayecto a lo largo del muelle de Appel hasta el Ayuntamiento. La comitiva estaba formada por seis vehículos. En el coche que abría la marcha iban el alcalde de Sarajevo, Fehim Effendi Čurčić, ataviado con un fez y un traje oscuro, y el comisario de policía de Sarajevo, Edmund Gerde. Sentados detrás de ellos, en el segundo coche, un espléndido deportivo cupé de la marca Graef und Stift con la capota recogida para que la multitud de entusiastas que abarrotaban las calles pudieran ver a los pasajeros, iban el archiduque y su esposa. Frente a ellos, en el asiento abatible, iba el general Oskar Potiorek, gobernador de Bosnia. Sentado en el asiento del pasajero de delante, junto al chófer, iba el conde Franz von Harrach, teniente coronel del Ejército. Tras ellos iban otros tres coches con varios policías locales y miembros del séquito del archiduque y del gobernador.

Ante la pareja se desplegó un panorama pintoresco en el momento que la comitiva enfiló el muelle Appel, un amplio bulevar que discurre paralelo al ribazo del río Miljačka, a través del centro de Sarajevo. En ambas orillas del río, que nace en un desfiladero situado a pocos kilómetros al este de la ciudad, se alzan

unos escarpados montes hasta una altura de más de 1.600 metros. Las laderas estaban salpicadas de chalets y casas rodeadas de huertos. Por encima estaban los cementerios, con sus brillantes puntos de mármol blanco, coronados por oscuros abetos y calveros de roca desnuda. Entre los árboles y los edificios que bordeaban el río podían divisarse los minaretes de numerosas mezquitas, un recordatorio del pasado otomano de la ciudad. En el centro de la ciudad, justo a la izquierda del muelle Appel estaba el bazar, un laberinto de callejuelas bordeadas de tenderetes de madera con sus toldos, adosados a sus respectivos almacenes de piedra maciza. Tiendas de alfombras, verdulerías, guarnicionerías, hojalaterías, comercios de todo tipo ejercían sus oficios allí, cada uno en el barrio que tenía asignado. Una casucha en el centro del bazar ofrecía café gratis a los pobres a cuenta del *waqf*, una organización benéfica otomana. La víspera había sido un día fresco y lluvioso, pero la mañana del 28 de junio la ciudad estaba bañada por la cálida luz del sol.

Francisco Fernando y Sofía en Sarajevo, 28 de junio (Hulton Royals Collection/Getty Images)

Los austriacos habían elegido un día desafortunado para la visita. En esa fecha, el día de san Vito del año 1389, las fuerzas otomanas habían destruido un ejército comandado por los ser-

bios en el Campo de los Mirlos (Kosovo), poniendo fin a la era del Imperio serbio en los Balcanes, y creando las condiciones para la posterior integración de lo que quedaba de Serbia en el Imperio Otomano. Las conmemoraciones a lo largo y ancho de los territorios serbios iban a ser especialmente intensas en 1914, dado que se trataba del primer día de san Vito desde la «liberación» de Kosovo durante la Segunda Guerra de los Balcanes el año anterior. «La llama sagrada de Kosovo, que ha inspirado a muchas generaciones [de serbios] acaba de convertirse en un imponente incendio», anunciaba la revista *Pijemont* del movimiento Mano Negra el 28 de junio de 1914. «¡Kosovo es libre! ¡Kosovo ha sido vengado!»[1] Para los ultranacionalistas serbios, tanto los de la propia Serbia como los de toda la red irredentista serbia de Bosnia, la llegada a Sarajevo del heredero al trono justamente aquel día suponía un ultraje simbólico que exigía una respuesta.

Siete terroristas, organizados en dos células se congregaron en la ciudad unos días antes de la visita. La mañana de la llegada del archiduque, se posicionaron a intervalos a lo largo del muelle. Cada uno de ellos llevaba sujeta a la cintura una bomba no más grande que una pastilla de jabón, con un detonador y una mecha química de doce segundos. En el bolsillo llevaban un revólver cargado. Aquella superabundancia de armas y personal era esencial para el éxito de la empresa. Si la policía registraba y detenía a alguno de los terroristas, o simplemente alguno no lograba actuar, otro ocupaba su lugar. Cada uno llevaba un envoltorio de papel con polvo de cianuro para poder suicidarse una vez cometido el atentado.

Las medidas oficiales en materia de seguridad brillaban por su ausencia. A pesar de las advertencias de que era probable que se cometiera algún acto terrorista, el archiduque y su esposa viajaban en un coche descapotable a lo largo de un itinerario abarrotado de gente y totalmente previsible. El refuerzo de tro-

pas que habitualmente flanqueaban las aceras en ese tipo de ocasiones no se veía por ninguna parte, de modo que la comitiva pasaba prácticamente sin protección ante la apretada multitud. Incluso faltaba el destacamento especial de seguridad –su jefe se había subido por error a uno de los coches en compañía de tres oficiales locales bosnios, dejando al resto de sus hombres en la estación del ferrocarril.[2]

La pareja archiducal se mostraba sorprendentemente despreocupada por su propia seguridad. Francisco Fernando y su esposa habían pasado los tres días anteriores en la pequeña localidad turística de Ilidze, donde no habían visto más que rostros cordiales. Incluso habían tenido tiempo para una improvisada visita al bazar de Sarajevo, donde habían paseado por las estrechas calles abarrotadas sin que nadie les molestara. Lo que no podían adivinar era que Gavrilo Princip, el joven serbobosnio que iba a matarles a tiros al cabo de solo tres días, también estaba en el bazar siguiendo sus movimientos. Durante una cena en Ilidze, la víspera de que los archiduques tomaran el tren para Sarajevo, Sofía había conocido casualmente al líder bosnio croata Josip Sunarić, quien había advertido a las autoridades locales en contra de la visita de la pareja a Bosnia en un momento de fuertes emociones nacionalistas para los serbios de la región. «Querido señor Sunarić», le dijo Sofía, «al final estaba usted equivocado [...] Dondequiera que hemos estado, nos han tratado con muchísima simpatía –también por parte de todos y cada uno de los serbios– ¡con tanta cordialidad y cariño no fingido que estamos muy contentos por ello!»[3] En cualquier caso, Francisco Fernando era famoso por su impaciencia con las medidas de seguridad, y quería que aquella última parte de su visita a Bosnia tuviera un tono marcadamente relajado y civil. Se había pasado los últimos días desempeñando el papel de inspector general en las maniobras militares realizadas en los montes de los

alrededores; en aquel momento deseaba estar entre sus futuros súbditos en calidad de heredero al trono de los Habsburgo.

Y lo más importante de todo: el domingo 28 de junio era el aniversario de boda de Francisco Fernando y Sofía. Pese a los muchos obstáculos que había interpuesto en su camino la etiqueta de la corte de los Habsburgo, el archiduque y su esposa habían consolidado desde su boda una vida familiar sumamente dichosa. Casarse con «mi Sofía» era lo más inteligente que había hecho en su vida, le confiaba Francisco Fernando a un amigo en 1904. Ella era su «entera felicidad», y sus hijos eran «todo su gozo y su orgullo». «Estoy sentado con ellos y les admiro todo el día, porque les quiero mucho.»[4] No hay razón para creer que el cariño de aquella relación –insólito en el contexto de los matrimonios dinásticos de aquella época– hubiera menguado en lo más mínimo cuando la pareja fue a visitar Sarajevo. Sofía había insistido en que le permitieran estar al lado de Francisco Fernando durante el día del aniversario, e indudablemente había un regusto especial en el hecho de que en aquel atractivo y exótico puesto de avanzada del Imperio Austrohúngaro, ambos podían celebrarlo juntos de una forma que a menudo resultaba imposible en Viena.

Los coches avanzaban entre casas y tiendas engalanadas con las banderas negras y amarillas de la casa de Habsburgo y rojas y amarillas de Bosnia, hacia Muhamed Mehmedbašić, que era natural de Sarajevo, y que había ocupado una posición junto al puente Ćumurija. Cuando los vítores se intensificaron a su alrededor el terrorista se preparó para cebar y lanzar su bomba. Se trataba de un momento tenso, porque una vez que se partiera la cápsula fulminante –un acto que de por sí genera un sonoro estallido– ya no había vuelta atrás, y era necesario lanzar la bomba. Mehmedbašić logró sacar la bomba de su envoltorio, pero en el último momento le dio la impresión de que alguien –tal vez un policía– se colocaba detrás de él, y se quedó paralizado por

el terror, igual que le había ocurrido cuando abortó la misión para asesinar a Oskar Potiorek a bordo de un tren en enero de 1914. Los coches pasaron de largo. El siguiente magnicida, y el primero que entró en acción, era el serbobosnio Nedeljiko Čabrinović, que se había colocado en el lado del muelle que bordeaba el río. Sacó su bomba y rompió el detonador contra una farola. Al oír el sonoro estallido de la cápsula fulminante, el escolta personal del archiduque, el conde Harrach, supuso que había reventado un neumático, pero el chófer vio la bomba volando por el aire hacia el coche y apretó el acelerador. No está claro si el propio archiduque vio la bomba y logró apartarla de un manotazo, o si simplemente el artefacto rebotó contra la lona de la capota plegada detrás del habitáculo de los pasajeros. En cualquier caso, la bomba no dio en el blanco, cayó al suelo y explotó debajo del coche que venía detrás, hiriendo a varios de los oficiales que iban a bordo, y abriendo un hoyo en la carretera.

El archiduque reaccionó ante aquel percance con una asombrosa sangre fría. Miró hacia atrás, y pudo ver que el tercer vehículo se había detenido. El aire estaba lleno de polvo y de humo, y todavía resonaba con la potencia de la explosión. Una esquirla le había hecho un corte en la mejilla a Sofía, pero aparte de eso, la pareja estaba ilesa. Los pasajeros del tercer coche estaban heridos, pero vivos; algunos intentaban apearse. El herido más grave era el ayudante del general Potiorek, el coronel Erik von Merizzi, que, aunque estaba consciente, sangraba abundantemente por una herida en la cabeza. También habían resultado heridos numerosos espectadores.

Nada más arrojar su bomba, Čabrinović se tragó el polvo de cianuro que llevaba y se lanzó al río Miljačka por encima del pretil. Ninguna de las dos acciones tuvo el resultado deseado. El veneno era de baja calidad, de modo que provocó quemaduras en la garganta y en la pared del estómago del joven, pero no lo mató, ni siquiera le dejó inconsciente. Y, con el calor del verano,

el caudal del río era demasiado escaso como para que el terrorista se ahogara o para que lo arrastrara la corriente. Por el contrario, simplemente cayó desde una altura de ocho metros sobre la arena de la orilla del cauce del río, donde rápidamente fue detenido, por un tendero, un barbero armado con una pistola y dos policías.

En vez de abandonar inmediatamente la zona de peligro, el archiduque se aseguró de que se atendiera a los heridos, y a continuación ordenó que la comitiva siguiera adelante hasta el Ayuntamiento, en el centro de la ciudad, y después volviera a recorrer el muelle de Appel, para poder visitar en compañía de su esposa a los heridos en el hospital. «Vamos», dijo el archiduque. «Ese tipo es claramente un demente; sigamos adelante con nuestro programa.» La comitiva volvió a ponerse en marcha, y los conductores de los coches de atrás tuvieron que rodear los restos humeantes del cuarto coche. Así pues, a los magnicidas restantes, que seguían esperando en sus puestos, se les brindó todo tipo de oportunidades para llevar a cabo su misión. Pero eran jóvenes e inexpertos; tres de ellos se acobardaron cuando el coche y sus pasajeros se pusieron a tiro. Vaso Čubrilović, el más joven de los terroristas, quedó paralizado, igual que Mehmedbašić, en el último momento –al parecer porque le desanimó la inesperada presencia de la esposa del archiduque junto a él a bordo del coche imperial. «No saqué el revólver porque vi que la duquesa estaba allí», recordaba más tarde Čubrilović; «sentí pena por ella.»[5] A Cvijetko Popović también le venció el miedo. Permaneció en su posición, preparado para lanzar su artefacto, pero fue incapaz de hacerlo porque «se acobardó en el último momento cuando logró ver al archiduque».[6] Cuando oyó la detonación de la bomba de Čabrinović, Popović echó a correr hacia el edificio de *Prosvjeta*, una asociación cultural serbia, y ocultó su bomba en el sótano, detrás de una caja.

Al principio, Gavrilo Princip se quedó desconcertado. Al oír la explosión, supuso que el complot ya había tenido éxito. Corrió hacia la posición de Čabrinović, justo en el momento en que se lo llevaban sus captores, retorciéndose de dolor por culpa del veneno que le abrasaba la garganta. «Vi de inmediato que no había tenido éxito, y que no había logrado envenenarse. Pensaba matarle rápidamente con mi revólver. En aquel momento empezaron a pasar los coches».[7] Princip abandonó el plan de matar a su cómplice y centró su atención en la comitiva, pero para cuando logró ver al archiduque –cuya figura era inconfundible, por su casco adornado con brillantes plumas verdes de avestruz– el coche iba demasiado rápido para que pudiera apuntar con precisión. Princip mantuvo la calma, una hazaña extraordinaria dadas las circunstancias. Al darse cuenta de que la pareja iba a volver a pasar por allí muy pronto, ocupó una nueva posición en la acera derecha de la calle Francisco José, de acuerdo con el itinerario, anunciado públicamente, por el que la pareja iba a abandonar la ciudad. Trifko Grabež había dejado su puesto para ir en busca de Princip, y se había visto atrapado entre el vaivén de la multitud tras la primera explosión. Cuando la comitiva pasó junto a él, tampoco fue capaz de actuar, probablemente por miedo, aunque posteriormente alegó que la multitud era tan densa que fue incapaz de sacar su bomba de entre su ropa.

Al principio, daba la impresión de que el archiduque tenía razón al haber insistido en seguir adelante con el programa. La comitiva llegó a su destino ante el Ayuntamiento de Sarajevo sin más contratiempos. A continuación se produjo un interludio tragicómico. Le correspondía al alcalde, Fehim Efendi Čurčić, pronunciar el habitual discurso de bienvenida a los augustos visitantes. Desde su privilegiado punto de vista a la cabeza de la comitiva, Čurčić sabía que el día ya se había torcido irremediablemente, y que su inocuo texto resultaba manifiestamente ina-

decuado para la situación, pero estaba demasiado nervioso como para improvisar un discurso alternativo, ni siquiera para modificar sus palabras a fin de acusar recibo de lo que acababa de ocurrir. En un estado de gran agitación, y sudando profusamente, Čurčić se adelantó para pronunciar su discurso, que contenía algunas perlas como las siguientes: «Todos los ciudadanos de la ciudad capital de Sarajevo sienten que su alma se llena de felicidad, y saludan con el mayor entusiasmo la muy ilustre visita de Su Alteza con la más cordial de las bienvenidas…». El alcalde acababa de comenzar su discurso cuando fue interrumpido por un furioso exabrupto del archiduque, cuya ira y desconcierto, reprimidos desde el ataque, estallaron en aquel momento. «¡Vengo como invitado y ustedes me reciben con bombas!» Durante el horrorizado silencio que se produjo a continuación, pudo verse a Sofía diciéndole algo al oído a su esposo. Francisco Fernando recobró la calma: «Muy bien. Puede proseguir».[8] Después de que el alcalde pronunciara no sin dificultades el resto de su discurso, hubo otra pausa, cuando se descubrió que las hojas que contenían la respuesta de Francisco Fernando, redactada por él mismo, estaban manchadas con la sangre del oficial herido que iba en el tercer coche.[9] Francisco Fernando pronunció un discurso muy digno, donde con gran tacto hizo alusión a los acontecimientos de aquella mañana. «Le doy cordialmente las gracias, señor alcalde, por las sonoras ovaciones con que la población nos ha recibido a mí y a mi esposa, y más cuando veo en la expresión de la gente el alivio por el fracaso del intento de asesinato.»[10] Hubo algunos comentarios finales en serbo-croata, en los que el archiduque le pedía al alcalde que le transmitiera sus mejores deseos a los habitantes de la ciudad.

Después de los discursos, llegó el momento en que la pareja tenía que separarse. Estaba previsto que Sofía se reuniera con una delegación de mujeres musulmanas en la primera planta del Ayuntamiento. Los hombres tenían prohibido acceder a la sala

para que las mujeres pudieran quitarse el velo. La delegación se mostró cariñosa y cercana, y la duquesa tenía un aspecto sombrío y preocupado, pensando en sus hijos –al ver a una niña pequeña que había acudido con su madre a la reunión, Sofía dijo: «Sabe, esta niña es casi igual de alta que mi Sofía». En otro momento, la duquesa declaró que ella y su esposo estaban deseando volver a reunirse con sus hijos –«nunca hemos dejado a nuestros hijos solos tanto tiempo».[11] Mientras tanto, el archiduque había dictado un telegrama dirigido al emperador asegurándole que ambos cónyuges estaban bien, y le estaban enseñando el vestíbulo del Ayuntamiento. La conmoción de los acontecimientos de la mañana parecía estar empezando a hacer mella en él. Hablaba con una «voz extraña y queda», recordaba más tarde un testigo. «Asumía una postura bastante grotesca, levantaba mucho las piernas, como si estuviera haciendo el paso de la oca. Supongo que estaba intentando demostrar que no tenía miedo.»[12] Se hacían comentarios hirientes sobre Potiorek, cuyas medidas de seguridad habían fracasado de una forma tan manifiesta.

¿Cómo debía proseguir la visita? El programa original consistía en recorrer en coche un breve trecho de vuelta a lo largo del muelle, y posteriormente girar a la derecha, inmediatamente después del bazar, por la calle Francisco José hasta el Museo Nacional. El archiduque le preguntó a Potiorek si consideraba probable un nuevo ataque. Según su propio testimonio, la desalentadora respuesta de Potiorek fue que «esperaba que no, pero incluso con todas las medidas posibles de seguridad, no era posible impedir un intento de ese tipo desde corta distancia».[13] Por precaución, Potiorek propuso cancelar el resto del programa y salir directamente de la ciudad de vuelta a Ilidze, o en todo caso a la residencia oficial del gobernador, el palacio de Konak, y de ahí a la estación ferroviaria de Bistrik, en la orilla izquierda del río. Sin embargo, el archiduque quería visitar al herido, el ayu-

dante de Potiorek, que en aquel momento estaba ingresado en el hospital militar del cuartel situado a las afueras, al oeste de la ciudad. Acordaron cancelar la visita al museo, y que la comitiva enfilara directamente por la avenida que bordea el muelle Appel en vez de por la calle Francisco José, tal y como probablemente esperaría cualquier otro eventual magnicida. El programa original preveía que la pareja se separara en aquel lugar, que el archiduque acudiera al museo, y su esposa al palacio del gobernador. Pero Sofía tomó la iniciativa y le anunció a su marido delante de toda la comitiva: «Voy a ir contigo al hospital».[14] Como precaución adicional, el conde Harrach decidió viajar de pie en el estribo del coche, del lado izquierdo (el del río), por si se producía un nuevo ataque.

La comitiva volvió a ponerse en marcha por la ciudad, donde el calor iba en aumento, hacia el oeste, desde el Ayuntamiento. Pero nadie había advertido a los conductores del cambio de itinerario. Cuando pasaban por barrio del bazar, el vehículo que iba en cabeza giró a la derecha y embocó la calle Francisco José, y el coche donde iban Francisco Fernando y Sofía hizo lo mismo. Potiorek reprendió al conductor: «¡Te has equivocado de camino! ¡Teníamos que haber cogido el muelle de Appel!». El chófer puso punto muerto y hubo que empujar lentamente el coche (que carecía de marcha atrás) hasta la vía principal.

Ese fue el momento de Gavrilo Princip. Se había posicionado delante de una tienda en el lado derecho de la calle Francisco José, y se puso a la altura del coche cuando reducía la velocidad casi hasta detenerse. Al verse incapaz de desatar a tiempo la bomba que llevaba adosada a la cintura, Princip sacó su revólver y disparó dos veces a quemarropa, mientras Harrach, que iba de pie sobre el estribo, asistía horrorizado a la escena desde el lado izquierdo. El tiempo –como sabemos por el posterior testimonio de Princip– pareció ralentizarse cuando el asesino salió de debajo del toldo de la tienda para apuntar su arma. Al

ver a la duquesa tuvo un instante de vacilación: «cuando vi que junto a él iba sentada una señora, dudé por un momento si disparar o no. Al mismo tiempo, me invadía un sentimiento peculiar...».[15] El recuerdo de Potiorek transmite una sensación de irrealidad parecida –el gobernador recordaba que se quedó sentado inmóvil en el coche, contemplando el rostro del asesino mientras disparaba, pero sin ver el humo ni las llamaradas que salían del cañón, y tan solo oyó el ruido atenuado de los disparos, que parecía provenir de muy lejos.[16] Al principio parecía que el pistolero no había dado en el blanco, porque Francisco Fernando y su esposa permanecían inmóviles y erguidos en sus asientos. En realidad, ambos ya estaban agonizando. La primera bala había atravesado la puerta del coche y había impactado en el abdomen de la duquesa, seccionándole la arteria gástrica; la segunda le había dado al archiduque en el cuello, desgarrándole la vena yugular. Mientras el coche cruzaba a toda velocidad el río hacia el palacio de Konak, Sofía se desplomó hacia un lado hasta que su rostro quedó entre las rodillas de su marido. Al principio, Potiorek pensaba que Sofía se había desmayado por la impresión; se dio cuenta de que se hallaba ante un hecho mucho más grave solo cuando vio brotar sangre de la boca del archiduque. El conde Harrach, todavía a horcajadas, con un pie en el estribo, e inclinado sobre el habitáculo de los pasajeros, logró mantener erguido al archiduque sujetándole por el cuello de la camisa. Oyó hablar a Francisco Fernando con una voz muy tenue, y aquellas palabras que iban a hacerse célebres en todo el reino: «¡Sofía, Sofía, no te mueras, sigue viviendo, hazlo por nuestros hijos!».[17] El casco con penacho, con sus plumas verdes de avestruz, resbaló de la cabeza del archiduque. Cuando Harrach le preguntó si sentía dolor, el archiduque repitió varias veces en un susurro: «¡No es nada!», y a continuación perdió el conocimiento.

Detrás del coche que emprendía la huida, la multitud rodeó a Gavrilo Princip. Le arrebataron de la mano el revólver en el momento que se lo colocaba en la sien para suicidarse. Lo mismo ocurrió con el paquete de cianuro que intentó tragarse sin éxito. Recibió puñetazos, patadas y bastonazos de la turbamulta que le rodeaba; habría sido linchado allí mismo de no ser porque unos policías lograron sacarle de allí a rastras y encerrarle.

Sofía ya estaba muerta cuando llegaron al palacio de Konak, y la pareja fue llevada a toda prisa a dos habitaciones de la primera planta. Francisco Fernando estaba comatoso. Su ayuda de cámara, el conde Morsey, que había acudido corriendo desde la escena del atentado para estar al lado del archiduque, intentó facilitarle la respiración cortándole el uniforme por delante. La sangre le salpicó, y manchó los puños del uniforme del ayuda de cámara. Morsey se arrodilló junto a la cama y le preguntó a Francisco Fernando si tenía algún mensaje que dar a sus hijos, pero no obtuvo respuesta; los labios del archiduque ya se estaban poniendo rígidos. Transcurrieron tan solo unos minutos hasta que los presentes estuvieron de acuerdo en que el heredero al trono había fallecido. Acababan de dar las once de la mañana. A medida que la noticia se difundía desde el palacio, las campanas empezaron a tañer por todo Sarajevo.

INSTANTES CONGELADOS

El asesinato se le manifestó por primera vez a Stefan Zweig como una perturbación del ritmo de la existencia. La tarde del 28 de junio estaba de vacaciones en Baden, un pequeño balneario próximo a Viena. Tras encontrar un lugar tranquilo, apartado de las multitudes, en el Kurpark, se instaló con un libro, un ensayo sobre Tolstoi y Dostoyevski de Dmitri Sergeyevich Merezhkovsky, el escritor simbolista de San Petersburgo. Muy pronto se vio profundamente inmerso en su lectura:

> pero el rumor del viento entre los árboles, los trinos de los pájaros y la música que llegaba flotando desde el otro lado del parque formaban al mismo tiempo

> parte de mi conciencia. Podía oír claramente las melodías sin distraerme, ya que el oído es tan adaptable que un ruido continuo, una calle bulliciosa, o un torrente que fluye con fuerza rápidamente se integran en la conciencia; tan solo una pausa inesperada del ritmo nos hace aguzar el oído. [...] De repente, la música se interrumpió en medio de un compás. No sabía qué pieza habían estado tocando. Tan solo me di cuenta de que la música se había interrumpido de repente. Instintivamente, levanté la mirada de mi libro. Daba la impresión de que la multitud, que paseaba entre los árboles formando una única masa circulante, también cambiaba; también hizo una pausa abrupta en su movimiento de aquí para allá. Tenía que haber ocurrido algo.[18]

Los asesinatos de Sarajevo, igual que el del presidente John F. Kennedy en Dallas en 1963, fueron un acontecimiento cuyo destello congeló a las personas y los lugares de un instante y las grabó a fuego en la memoria. La gente recordaba exactamente dónde y con quién estaba cuando se enteró de la noticia.[19] Rosa Mayreder, la librepensadora y feminista vienesa, estaba viajando en aquel momento por Alemania con su esposo Karl, un depresivo crónico, cuando vieron la noticia de los asesinatos en un cartel colocado en el escaparate de unos grandes almacenes de Dresde situados en la acera de enfrente de la habitación de su hotel.[20] Medio siglo después del suceso, el príncipe Alfons Clary-Aldringen recuerda que estaba cazando corzos en un bosque de Bohemia con unos familiares suyos, los Kinsky. Al anochecer, cuando los cazadores se reunieron junto a la carretera que bordeaba el bosque, el cocinero de la finca de los Kinsky llegó en bicicleta portando un mensaje del jefe de la oficina de correos de la zona.[21] En el caso del parlamentario Joseph Redlich, la terrible noticia le llegó por teléfono; se pasó el resto de la tarde realizando una frenética serie de llamadas a sus amigos, a sus familiares y a sus colegas de la política. El dramaturgo Arthur Schnitzler, que tan solo cuatro semanas atrás había soñado que la orden de los jesuitas le había encargado que asesinara al archiduque, también se enteró de los asesinatos por teléfono.[22]

Leon von Biliński

Leon von Biliński, cominstro de Hacienda, sintió la conmoción de la noticia incluso antes de que llegara. La mañana del 28 de junio estaba en su casa de Viena leyendo el diario *Neue Freie Presse*. A la puerta de su casa le aguardaban los caballos para llevarle a misa de once. Casualmente su mirada tropezó con un artículo donde se esbozaban los actos organizados con motivo de la visita del archiduque a Bosnia.

> Hasta el día de hoy recuerdo exactamente la sensación de auténtico dolor físico que sentí mientras leía los detalles de aquel viaje [a Sarajevo]. Pero, al no tener conciencia de ninguna causa racional de aquel dolor, tuve que convencerme de que no tenía motivos para guardarle rencor al archiduque con motivo de aquella celebración. Unos instantes después sonó el teléfono.[23]

El embajador ruso en Viena informaba de que la noticia parecía tan espantosa que al principio mucha gente se negaba a darle crédito. La verdad se hizo patente tan solo por la tarde, cuando aparecieron las ediciones especiales de los periódicos, y se vieron las primeras banderas a media asta en señal de duelo en

los edificios oficiales. «Los habitantes de la ciudad se congregaban por las calles, y estuvieron comentando el terrible suceso hasta bien entrada la noche.»[24] Al cabo de veinticuatro horas la noticia había llegado a todas partes, incluso a la imaginaria pensión de Praga donde el señor Švejk, el *idiot savant* checo, y acreditado tratante de chuchos, estaba sentado aplicándose linimento en su rodilla reumática. En el mundo imaginario de *El buen soldado Švejk*, la obra maestra del género picaresco de la posguerra, obra de Jaroslav Hašek, la narración arranca con la noticia –que le da su asistenta, la señora Müller– de la muerte del archiduque, lo que suscita en el héroe un monólogo político carente de malicia (el primero de muchos) que acaba dando con sus huesos en la cárcel, acusado de sedición, y posteriormente en un manicomio por ser sospechoso de imbecilidad.

> «Lo han matado en Sarajevo, señor, con un revólver, mientras iba coche con aquella mujer, la archiduquesa.»
>
> «¡Caramba, señora Müllerová! ¡En coche! Claro, un señor como él se puede permitir ese lujo, pero no se imaginaría que un viaje así pudiera acabar mal. ¡Y además en Sarajevo, es decir, en Bosnia, señora Müllerová! Seguramente, habrá sido cosa de los turcos. Nunca les deberíamos haber quitado Bosnia-Herzegovina.»[25]

La noticia de Sarajevo iba a resonar durante muchos años en la imaginación literaria del desaparecido Imperio Austrohúngaro, desde el ominoso clamor de los teléfonos en *Los últimos días de la humanidad*, de Karl Kraus, hasta el teniente Trotta von Sipolje, de Joseph Roth, quien recibió la mala noticia como «la materialización de algo con lo que a menudo había soñado».[26]

Resulta difícil evaluar el impacto que tuvo en aquel momento el asesinato del archiduque en sus contemporáneos austrohúngaros. Un experto ha afirmado que el «rasgo más destacado» de la personalidad pública de Francisco Fernando «era su acusada impopularidad a todos los niveles de la vida pública».[27] Francisco Fernando no era un ídolo de masas. Era una persona poco carismática, irritable, propenso a repentinos arrebatos de ira.

Sus rasgos rechonchos y hieráticos resultaban muy poco simpáticos para quienes nunca hubieran visto cómo podía llegar a animarse su semblante, iluminado por unos ojos de un color azul intenso, en compañía de su familia o de sus amigos más íntimos. Sus contemporáneos comentaban la constante necesidad de respeto y autoafirmación del archiduque. Le horrorizaba el mínimo atisbo de insubordinación. Por otra parte, detestaba que la gente se mostrara demasiado sumisa, de modo que era una persona difícil de complacer. Era, como observaba su aliado político y admirador, el conde Ottokar Czernin, un «buen odiador», que nunca olvidaba una mala pasada. Sus ataques de ira eran tan temibles que los ministros y los altos funcionarios «raramente le atendían sin que se les acelerara el pulso».[28] Tenía pocos amigos íntimos de verdad. La desconfianza era la emoción dominante en su trato con los demás: «Doy por supuesto que todas las personas que me presentan son unos vulgares sinvergüenzas», comentó una vez, «y solo me permito convencerme de lo contrario muy poco a poco».[29] Su obsesión por la caza, que resultaba exagerada incluso para los estándares de la época, provocaba gran cantidad de comentarios negativos, sobre todo en los valles que rodeaban su pabellón de caza, Schloss Blühnbach: a fin de proteger las reservas de caza de la zona de cualquier riesgo de enfermedad, Francisco Fernando clausuró la finca que rodeaba el castillo, para indignación de los alpinistas de clase media, a los que se negaba el acceso a los senderos más populares de la zona, y de los pastores locales, que ya no podían llevar a pastar a sus cabras a las montañas que se alzaban por encima de sus aldeas.[30] En una anotación de su diario, escrita el día de los asesinatos, el dramaturgo Arthur Schnitzler señalaba lo rápidamente que se había disipado el «shock inicial» de los asesinatos, atenuado por los recuerdos de la «tremenda impopularidad» del archiduque.[31]

Así pues, no hubo un clamor de duelo colectivo cuando se difundió la noticia. Eso contribuye a explicar por qué los asesinatos siempre se han denominado por el lugar donde ocurrieron, más que por sus víctimas. (Por el contrario, nadie se refiere al asesinato de John F. Kennedy como el «asesinato de Dallas»).[32] En ocasiones los historiadores han inferido de la impopularidad del archiduque que su asesinato no fue de por sí un importante factor desencadenante de los acontecimientos, sino en el mejor de los casos un pretexto para unas decisiones cuyos orígenes había que buscarlos en un pasado más remoto. Sin embargo, esa conclusión es engañosa. En primer lugar está el hecho de que, fuera o no popular, casi todo el mundo reconocía la energía y el ardor reformista del heredero al trono. El embajador austriaco en Constantinopla le dijo a su colega serbio que Francisco Fernando era un hombre de un «insólito dinamismo y de una fuerte voluntad», que estaba totalmente dedicado a los asuntos de Estado, y que habría llegado a ejercer una gran influencia.[33] Era un hombre que había congregado a su alrededor a todos «aquellos que comprendían que únicamente un completo cambio de rumbo en el ámbito de la política nacional» podía salvaguardar la supervivencia del Imperio.[34] Por añadidura, lo que contaba no era solo la extinción de la persona de Francisco Fernando, era el golpe que suponía al futuro de la dinastía, del Imperio y de la «idea del Estado de los Habsburgo» que lo unificaba.

En cualquier caso, la reputación de Francisco Fernando se vio transfigurada por la forma en que murió, un proceso que llevaron a cabo sobre todo, y con una increíble rapidez, los medios impresos. A las veinticuatro horas del asesinato, el público ya disponía de la mayor parte de la narración de los sucesos de Sarajevo, desde el fallido lanzamiento de la bomba de Čabrinović y su posterior salto al río Miljačka, hasta la estoica negativa del archiduque a cancelar la visita tras la primera bomba, su preocupación por los heridos del cuarto coche, su intempestivo in-

tercambio con el alcalde Čurčić, el fatídico giro equivocado por la calle Francisco José, e incluso las últimas palabras del archiduque agonizante a su esposa inconsciente.[35] La cobertura de los periódicos generó una arrolladora sensación de oportunidad. Las gruesas franjas de color negro en señal de duelo de las primeras páginas de los diarios tenían su remedo en las banderas y crespones negros que transformaron las calles y los edificios de las ciudades del imperio –incluso los tranvías iban engalanados de negro. Los editorialistas se explayaban en la energía y la clarividencia política del fallecido archiduque, en el final violento de un matrimonio lleno de amor, en el duelo de sus tres hijos huérfanos, en la resignada consternación de un anciano emperador que ya había sufrido más pérdidas de las que en justicia le correspondían.

Además, por primera vez, se ponía a la vista del público la personalidad privada y la vida doméstica del archiduque. Puede servir de ejemplo un párrafo del *Reichspost* del 30 de junio, que citaba unas palabras del archiduque a propósito de su familia: «Cuando vuelvo al círculo de mi familia tras una larga y agotadora jornada de trabajo, y veo a mi esposa dedicada a su costura entre mis hijos que están jugando, dejo todas mis preocupaciones al otro lado de la puerta, y a duras penas soy capaz de absorber toda la felicidad que me rodea».[36] Estos retazos verídicos, aportados por los íntimos colaboradores del finado, echaron abajo la barrera que había separado al individuo particular de la repelente personalidad pública, generando unas emociones que, no por ser fruto de la influencia de los medios, eran menos reales. Como escribía Karl Kraus tan solo dos semanas después de los asesinatos, lo que había permanecido en silencio durante la vida de Francisco Fernando se hizo elocuente después de su muerte.[37]

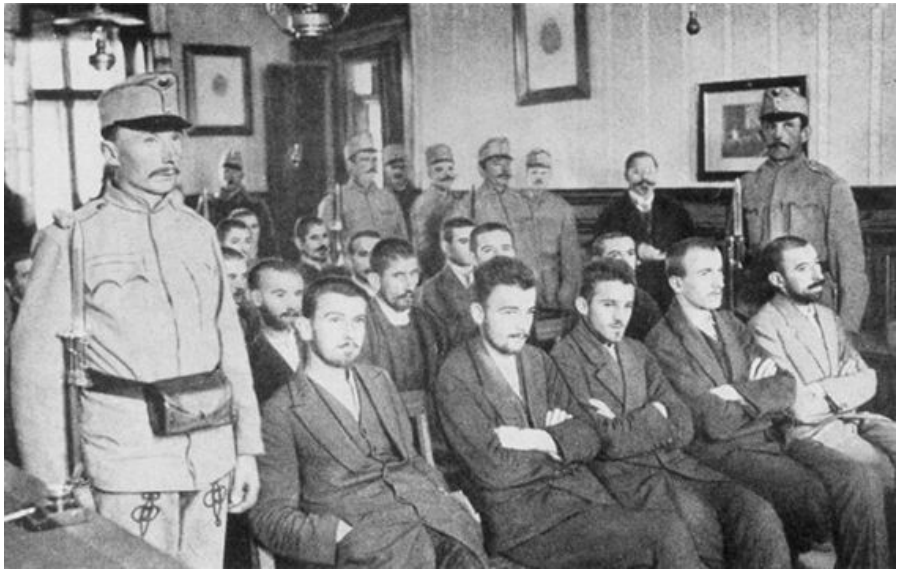
No obstante, para la mayoría de la gente, el asesinato tuvo un significado esencialmente político, más que sentimental. Los

editorialistas rápidamente fueron alimentando la sensación de la relevancia histórica del suceso. El *Neue Freie Presse*, el periódico de la burguesía culta vienesa, hablaba de un «golpe del destino» (el término «*Schicksalsschlag*» puede encontrarse en toda la prensa durante los días posteriores al asesinato).[38] Cuando el «horrible suceso [...] se hizo público», proclamaba el editorial, «fue como si una tormenta estuviera abatiéndose por todo el imperio, como si la Historia hubiera escrito el espantoso axioma de una nueva época con una pluma de color rojo sangre». El *Innsbrucker Nachrichten* hablaba de «un acontecimiento único en la historia de Austria». Con la muerte del archiduque, observaba el editorial del *Reichspost*, la monarquía no había perdido simplemente a su futuro soberano, sino a una figura pública de una energía y una determinación inusitadas, «en la que los pueblos del Imperio Austrohúngaro habían depositado todas sus esperanzas, todo su futuro».[39] Esas eran las voces austriacas, por supuesto. El panorama era bastante diferente en Budapest, donde muchos habían acogido con una sensación de disimulado alivio la noticia de que la Némesis de la cultura magiar había fallecido. Pero incluso allí, la prensa burguesa encuadraba el suceso como un momento histórico mundial, y despotricaba contra los autores del atentado.[40] Tan solo las naturalezas más introvertidas podían ser incapaces de apreciar la concentración y el ensombrecimiento del estado de ánimo del público. El caso de Franz Kafka en Praga, cuyo diario personal guardaba silencio sobre los acontecimientos políticos de aquel día para en cambio recrearse en una crónica de infortunios puramente privados –extraviarse al acudir a una cita, equivocarse al coger un tranvía y no llegar a responder a una llamada telefónica– era excepcional.[41]

COMIENZA LA INVESTIGACIÓN

La investigación judicial del asesinato comenzó en cuanto Princip realizó sus disparos. En el plazo de pocas horas desde el

suceso, Gavril Princip, enfermo por el cianuro que había ingerido a medias, y cubierto de magulladuras y cortes debido al intento de linchamiento en la calle Francisco José, compareció ante Leo Pfeffer, un juez austriaco de Sarajevo. «El joven magnicida», recordaba posteriormente Pfeffer, «tenía una estatura más baja que la media, un aspecto famélico, cetrino, y unos rasgos angulosos. Resultaba difícil imaginar que un individuo de aspecto tan frágil pudiera haber cometido un crimen tan grave.» Inicialmente Princip parecía incapaz de hablar, pero cuando Pfeffer se dirigió a él directamente, él respondió «con una claridad perfecta, y una voz que iba haciéndose constantemente más fuerte y más segura».[42] A lo largo de los días siguientes, Princip realizó un esfuerzo heroico para evitar que los austriacos reconstruyeran los antecedentes del crimen. En el primer interrogatorio, que tuvo lugar la tarde del 28 de junio, declaró que había actuado completamente solo, y negó tener cualquier tipo de relación con Čabrinović. «Cuando oí la explosión [de la bomba arrojada por Čabrinović]», declaraba Princip, «me dije a mí mismo: he aquí a alguien que siente lo mismo que yo.» Al día siguiente añadió otro detalle para reforzar la verosimilitud de su explicación: se había quedado tan desconcertado por el ruido de la explosión de Čabrinović que había olvidado abrir fuego contra el archiduque cuando pasó por el muelle de Appel, y se vio obligado a encontrar una nueva posición desde la que lanzar su ataque. Al principio Čabrinović corroboró esa visión del asunto. La tarde del asesinato él también declaró que había actuado sin cómplices, y que había utilizado una bomba que le había comprado en Belgrado a un «anarquista», cuyo nombre no era capaz de recordar.



Los asesinos ante el tribunal (Getty Images)

Sin embargo, a la mañana siguiente, el lunes 29 de junio, Čabrinović cambió repentinamente su historia. Pasó a admitir que él y Princip eran cómplices, y que habían planeado juntos el crimen en Belgrado. Las armas las habían conseguido de unos «antiguos partisanos» en aquella ciudad, unos hombres que habían combatido en las Guerras Balcánicas y que habían conservado sus armas tras la desmovilización. Al ser presionado para que identificara a aquellos «partisanos», Čabrinović mencionó al ordenanza ferroviario Ciganović, el eslabón más bajo de la cadena de mando de Apis. Cuando a Princip le pusieron delante aquellos detalles la mañana del lunes, él también admitió que ambos eran compañeros de conspiración.

Resulta concebible que en aquel punto la investigación pudiera haber llegado a un punto muerto. Los dos jóvenes se habían puesto de acuerdo en una historia plausible y completa. Pfeffer no era un interrogador especialmente agresivo o inquisitivo. No hubo intimidación física contra los detenidos, ni se utilizaron amenazas extrajudiciales. Al parecer Pfeffer era reacio incluso a presionar a cada uno de los sospechosos con detalles incrimina-

torios o contradictorios de la declaración del otro, porque consideraba que el testimonio independiente y sin coacciones era el único medio sensato para llegar a la verdad. En realidad, la independencia de los testimonios era más que cuestionable, ya que Čabrinović y Princip fueron capaces de comunicarse desde sus respectivas celdas utilizando un sistema de golpes codificados que habían copiado de una novela rusa.[43]

Arresto de un sospechoso (De Agostini/Getty Images)

Lo que dio un nuevo empuje a la investigación no fue el testimonio del que arrojó la bomba y del autor de los disparos, sino el operativo de arrestos rutinarios de la policía, basado en la sospecha de que tenía que haber otros cómplices.[44] Entre los que cayeron en manos de la policía por ese sistema estaba nada menos que Danilo Ilić. La policía no tenía pruebas contra Ilić. Los investigadores tan solo sabían que era un colaborador de Princip y que estaba afiliado a los círculos nacionalistas serbios. Por otro lado, Ilić no tenía ni idea de cuánto sabía la policía, y debía de sospechar que o bien Princip o bien Čabrinović, o ambos, ya

le habían incriminado. Cuando la policía le llevó ante el juez Pfeffer, el miércoles 1 de julio, Ilić se dejó llevar por el pánico y propuso negociar la condena. Estaba dispuesto a revelar todo lo que sabía si el juez instructor se comprometía a protegerle de la pena de muerte. Pfeffer no podía hacer promesas vinculantes, pero sí le señaló a Ilić que las leyes austriacas contemplaban la aportación de pruebas de cargo como una circunstancia atenuante.

Aquello fue suficiente para Ilić. Su declaración echó por tierra la historia de Princip y de Čabrinović, y dio una nueva dimensión a la investigación. Ilić declaró que los dos terroristas no habían actuado solos. Eran miembros de un equipo formado por siete hombres, tres de los cuales habían venido desde Belgrado. El propio Ilić había reclutado a los otros tres. Nombró a todos y cada uno de los miembros del grupo, y ofreció conjeturas sobre su posible paradero en aquel momento. Electrizado por aquellas revelaciones, Pfeffer salió a toda prisa de la sala de interrogatorios para llamar por teléfono. Se cursaron órdenes de arresto contra todas las personas que Ilić había nombrado.

El primero al que encontró la policía fue a Trifko Grabež, el tercer miembro de la célula de Belgrado. Después de que Princip efectuara los disparos, Grabež había tomado sofisticadas precauciones para evitar levantar sospechas. Se alejó de la escena caminando lentamente hasta la casa de un tío suyo en Sarajevo, donde ocultó su pistola y su bomba. A continuación fue paseando de un lado a otro de la ciudad hasta la casa de otro tío suyo, un diputado del Parlamento de Bosnia, donde almorzó y pasó la noche. Al día siguiente tomó un tren hasta Pale, su ciudad natal, desde donde esperaba poder huir a Serbia. Fue detenido en un pueblo próximo a la frontera. Čubrilović y Popović también fueron arrestados en el plazo de nueve días desde los asesinatos. Tan solo Mehdmedbašić seguía en libertad. Ya había cruzado la frontera de Montenegro, por lo que se encontraba

fuera del alcance de la policía austriaca, por el momento. Sin embargo, aun sin tener en su poder a Mehdmedbašić, la policía de Sarajevo tenía muchas líneas de investigación. Las confesiones de Ilić incriminaron a numerosos cómplices adicionales, como el maestro, el contrabandista y los distintos y desventurados campesinos que ayudaron a los muchachos durante su viaje, ya fuera dándoles alojamiento para pasar la noche o transportando u ocultando sus armas.

Reconstruir los vínculos con Serbia resultaba más difícil. Las armas en sí eran de fabricación serbia; los revólveres habían sido fabricados bajo licencia serbia, y las bombas que se incautaron procedían de la armería estatal serbia de Kragujevac. El 29 de junio, Čabrinović nombró a Ciganović como el hombre que había suministrado al comando las pistolas y las bombas en Belgrado. Pero Ciganović era una figura poco relevante dentro de la organización, y en cualquier caso era un exiliado bosnio. Involucrarle no apuntaba de por sí a la complicidad oficial de Serbia. Si Ciganović estaba actuando, como concluía el historiador italiano Albertini, en calidad de agente de Nikola Pašić, y de informador dentro de la Mano Negra,[45] ese papel era informal, y habría logrado eludir incluso la investigación más minuciosa. La situación era distinta en el caso del comandante Voja Tankosić, un ciudadano serbio, una figura prominente en el movimiento partisano, y ayudante personal de Apis, el jefe de la inteligencia militar serbia. Ilić dio su nombre por voluntad propia, afirmando que Tankosić no solo había suministrado las armas a los asesinos, sino que también les había enseñado a afinar la puntería en Belgrado, y que había sido el autor de la orden de que los terroristas se suicidaran antes de que les capturaran vivos. Los jóvenes de Belgrado inicialmente negaron conocer a Tankosić; Princip, Čabrinović y Grabež tan solo admitieron que Tankosić había participado en la preparación del complot después de que les sometieran uno por uno a un careo con Ilić (una de las esca-

sísimas ocasiones en que se utilizaron los careos entre detenidos para recabar confesiones).

Sin embargo, para entonces, habían transcurrido más de dos semanas, y los austriacos no habían conseguido implicar a Apis, el verdadero autor de la conspiración. Repasando las declaraciones de los testigos, es difícil no estar de acuerdo con el historiador Joachim Remak en el sentido de que Princip, Grabež y Čabrinović llevaron a cabo una estrategia de intoxicación deliberada que les llevó «por medio de una espléndida confusión desde la negación inicial hasta una admisión a regañadientes e incompleta».[46] Los tres se tomaron muy en serio la tarea de paliar el daño que habían provocado las revelaciones de Ilić, y de evitar en la medida de lo posible la inculpación de los círculos oficiales de Belgrado. Nadie hizo la mínima alusión a la Mano Negra; por el contrario, insinuaron una posible relación entre Ciganović y la Narodna Odbrana, una pista falsa que apartaba mucho a los investigadores austriacos del auténtico rastro. Y la forma de proceder más bien indolente del juez Pfeffer les concedió a los asesinos detenidos mucho tiempo para armonizar sus historias, con lo que se aseguraban de que el cuadro más amplio tardaría mucho en salir a la luz.

Como es natural, el lento avance de la investigación policial no era óbice para que los líderes austriacos intuyeran una posible relación con Belgrado ni para que se hicieran una idea de los antecedentes más generales del complot. Los telegramas que envió Potiorek, el gobernador de Bosnia, a las pocas horas de los asesinatos ya insinuaban la complicidad de Serbia. Potiorek informaba de que el «terrorista que lanzó la bomba», Čabrinović, pertenecía a un grupo socialista serbio «que habitualmente recibe órdenes de Belgrado». Princip, que había sido alumno de un colegio «serbio-ortodoxo», había estudiado durante algún tiempo en la capital serbia, y los registros policiales habían revelado la existencia de «toda una biblioteca de publicaciones

nacionalistas y revolucionarias procedentes de Belgrado» en la casa del hermano mayor de Princip, en la localidad de Hadzici.[47] Desde la embajada austriaca en Belgrado llegó un telegrama cifrado que informaba de que Čabrinović había sido empleado de una editorial de Belgrado hasta pocas semanas antes del asesinato. En un informe más extenso, enviado el 29 de junio, el embajador austriaco observaba que los muchachos habían recibido su «educación política» en Belgrado, y relacionaba los asesinatos con la cultura de la memoria nacional serbia. Resultaba particularmente significativa la figura de Miloš Obilić, el célebre asesino suicida de la Edad Media, que «es considerado un héroe dondequiera que vivan los serbios».

> Yo todavía no me atrevería a acusar directamente del asesinato a[l Gobierno de] Belgrado, pero indudablemente son responsables de forma indirecta, y los cabecillas deben buscarse no solo entre las masas incultas, sino en el Departamento de Propaganda del Ministerio de Asuntos Exteriores [de Serbia], y entre los profesores universitarios y los directores de periódicos serbios que durante años han estado sembrando el odio y que ahora han cosechado un asesinato.[48]

El gobernador Potiorek era todavía menos comedido. En un telegrama cifrado dirigido al ministro de la Guerra, señalaba que los asesinos habían confesado que recibieron las armas en Belgrado. Pero, incluso a falta de una confesión, el gobernador estaba «plenamente convencido» de que las verdaderas causas del atentado había que buscarlas en Serbia. Decidir qué medidas había que adoptar no era asunto suyo, pero su opinión personal era que únicamente «una acción contundente en el ámbito de la política exterior podía restablecer la paz y la normalidad en Bosnia-Herzegovina».[49] La conmoción del suceso todavía resuena en aquellos primeros informes: «todavía no nos hemos recuperado del arrollador impacto de la catástrofe de ayer», escribía el embajador austriaco en Belgrado, «de modo que me resulta difícil evaluar con la compostura, la objetividad y la tranquilidad necesarias la sangrienta tragedia de Sarajevo…».[50] Furia vengativa, veladas suposiciones hostiles acerca de los objetivos

de Serbia, y un número cada vez mayor de pruebas circunstanciales configuraron desde el primer momento la percepción oficial de Austria respecto al crimen, en un proceso que estaba vinculado solo de forma indirecta con los descubrimientos realizados por la propia investigación judicial.

LAS RESPUESTAS DE SERBIA

En Austria se prestó una especial atención a las reacciones de Serbia ante el asesinato. El Gobierno de Belgrado hizo un esfuerzo por cumplir con las cortesías de rigor, pero desde el principio los observadores austriacos advirtieron una discrepancia abismal entre la farsa de las condolencias oficiales y el júbilo que sentía y manifestaba la mayoría de la población serbia. El embajador austriaco en Belgrado informaba al día siguiente del suceso que se había cancelado un homenaje en memoria del asesino Miloš Obilić que estaba programado para la tarde del 28 de junio. Pero también trasladó los partes de sus informadores, en el sentido de que había habido expresiones privadas de satisfacción por toda la ciudad.[51] Desde los campos de Kosovo, donde estaba prevista una masiva celebración del día de san Vito, el cónsul austriaco informaba de que las noticias que llegaban desde Sarajevo fueron aclamadas por las «masas fanatizadas» con unas expresiones de júbilo «que yo únicamente podría calificar de salvajes».[52] Un primer anuncio donde se afirmaba que la corte serbia iba a decretar seis semanas de luto oficial fue posteriormente corregido: tan solo serían ocho días de luto oficial. Pero incluso aquel modesto reconocimiento contradecía la realidad de que las calles y los cafés estaban llenos de patriotas serbios que se regodeaban del golpe infligido a los Habsburgo.[53]

Las dudas de los austriacos se vieron ulteriormente reafirmadas por los constantes vituperios por parte de la prensa nacionalista serbia. El 29 de junio, el reparto masivo de panfletos condenando el supuesto «exterminio» de los serbios en Bosnia-Herzegovina por «masas a sueldo», mientras que las autorida-

des de Viena se ponían cómodas y se quedaban «de brazos cruzados», irritaba al personal de la embajada austriaca, igual que lo hacía al día siguiente un editorial del órgano nacionalista *Politika*, donde se culpaba a los propios austriacos de los asesinatos, y se denunciaba al Gobierno de Viena por manipular la situación a fin de propagar la «mentira» de la complicidad de Serbia. Otros artículos elogiaban a los asesinos, calificándolos de «jóvenes buenos y honorables».[54] La prensa austro-húngara traducía y citaba regularmente extractos de los artículos de ese cariz (y había muchos), lo que contribuía a azuzar el rencor popular. Particularmente peligrosos –dado que contenían un elemento de verdad– eran los artículos que afirmaban que el Gobierno de Belgrado había advertido oficialmente y por anticipado a Viena del complot contra el archiduque. Un artículo titulado «Una advertencia ignorada», publicado en *Stampa*, un periódico de Belgrado, afirmaba que Jovan Jovanović, el embajador serbio en Viena, le había trasladado los detalles del complot al conde Berchtold, que se había mostrado «muy agradecido» por la revelación del embajador y había alertado tanto al emperador como al heredero al trono.[55] Había un elemento de verdad en esa afirmación, que resultaba doblemente dañina, porque por un lado implicaba negligencia por parte de los austriacos, y por otro que los serbios lo sabían de antemano.

Naturalmente, poco podían hacer los líderes serbios para evitar aquellas recriminaciones. El Gobierno de Belgrado no podía prohibir a los juerguistas que celebraran los asesinatos en los cafés, ni tampoco era capaz de controlar el comportamiento de la multitud en el Campo de Kosovo. La prensa era una zona gris. Desde Viena, Jovanović se daba cuenta de la amenaza que suponían los periódicos más furibundos de Belgrado, e instó en repetidas ocasiones a Pašić a que tomara medidas contra los más transgresores a fin de evitar que las afirmaciones extremistas fueran explotadas por la prensa vienesa.[56] También los aus-

triacos comunicaron su desagrado, y las embajadas serbias en el extranjero recibían advertencias en el sentido de que era preciso refrenar a la prensa.[57] Sin embargo, el Gobierno de Pašić tenía formalmente razón al insistir en que carecía de instrumentos constitucionales para controlar los órganos de la prensa libre de Serbia. Y de hecho Pašić dio instrucciones al jefe de la oficina de prensa serbia para que instara a la prudencia a los periodistas de Belgrado.[58] También cabe destacar que los artículos que hablaban de una advertencia oficial a Viena por parte del Gobierno de Belgrado se evaporaron rápidamente tras un desmentido oficial por parte de Pašić el 7 de julio.[59] Que Pašić habría podido utilizar los poderes del estado de emergencia para moderar el tono de los periódicos es otra cuestión –en cualquier caso, decidió no hacerlo, probablemente porque consideró que tomar unas medidas tan severas contra la prensa nacionalista habría sido políticamente inoportuno, estando tan reciente el enconado conflicto de mayo de 1914 entre el Gobierno radical y los elementos pretorianos del Ejército serbio. Por añadidura, las siguientes elecciones estaban previstas para el 14 de agosto; en la acalorada atmósfera de una campaña electoral, Pašić difícilmente podía permitirse el lujo de ofender a la opinión pública nacionalista.

Hubo otros descuidos más evitables. El 29 de junio, Miroslav Spalajković, el embajador serbio en San Petersburgo, envió un comunicado a la prensa rusa donde justificaba la agitación bosnia en contra de Viena, y denunciaba las medidas adoptadas por Austria contra los súbditos serbios sospechosos de colaborar con los grupos irredentistas. Spalajković declaró al periódico *Vecherneye Vremya* que durante años los líderes políticos de Viena habían estado fabricando organizaciones anti-austriacas, como «la denominada "Mano Negra", que es un invento». En Serbia no existían organizaciones revolucionarias de ningún tipo, recalcaba Spalajković. En una entrevista que concedió al día

siguiente al periódico *Novoye Vremya*, el diplomático serbio negaba que los asesinos hubieran recibido las armas desde Belgrado, culpaba a los jesuitas por azuzar un conflicto entre los croatas y los serbios en Bosnia, y advertía de que la detención de destacadas personalidades serbias en Bosnia podría incluso provocar un ataque militar por parte de Serbia contra el Imperio.[60] Spalajković tenía un largo historial de relaciones hostiles con sus homólogos diplomáticos austriacos, y fama de ser una persona excitable. Incluso Sazonov, el ministro de Asuntos Exteriores ruso, y amigo del embajador serbio, le calificaba de «desequilibrado».[61] Pero esas declaraciones públicas, que rápidamente fueron trasladadas a los altos mandatarios de Viena, contribuyeron a envenenar el ambiente durante los días inmediatamente posteriores a los asesinatos.

También Pašić añadió leña al fuego con algunas bravuconadas poco juiciosas. En un discurso que pronunció en Nueva Serbia el 29 de junio, al que asistieron varios ministros del Gobierno, veintidós miembros del *Skuptina* [parlamento], numerosos funcionarios locales, y una delegación de serbios procedentes de distintas regiones del Imperio Austrohúngaro, Pašić advirtió de que si los austriacos pretendieran aprovechar políticamente el «lamentable suceso» en contra de Serbia, los serbios «no vacilarían en defenderse y en cumplir con su deber».[62] Se trataba de un gesto extraordinario, en un momento en que el sentimiento que había provocado el acontecimiento estaba tan reciente. En una circular enviada a todas las embajadas de Serbia el 1 de julio, Pašić adoptaba una línea parecida, y yuxtaponía los honestos y denodados esfuerzos del Gobierno de Belgrado con las nefandas manipulaciones de la prensa vienesa. Serbia y sus representantes debían oponerse a cualquier intento por parte de Viena de «seducir a la opinión pública europea». En un comunicado posterior sobre el mismo tema, Pašić acusaba a los directores de periódicos vieneses de tergiversar deliberadamen-

te el tono de la cobertura de la prensa serbia, y rechazaba la idea de que el Gobierno de Belgrado tuviera que poner coto a lo que a todos los efectos eran reacciones justificadas ante las provocaciones austriacas.[63] En suma, hubo momentos en que daba la impresión de que Pašić parecía estar más cerca de ponerse a la cabeza de los periódicos serbios para que entraran en la refriega que de moderar el tono de su cobertura.

Los contactos de Pašić con los embajadores y los diplomáticos austriacos nunca habían sido fáciles; fueron especialmente incómodos durante los días inmediatamente posteriores a los asesinatos. El 3 de julio, por ejemplo, durante una misa de réquiem oficial en Belgrado en memoria del archiduque, Pašić le aseguró al embajador austriaco que Belgrado iba a ocuparse de aquel asunto «como si incumbiera a uno de sus propios gobernantes». Indudablemente lo dijo con buena intención, pero en un país con un historial tan vehemente y reciente de magnicidios, a su interlocutor austriaco debieron de parecerle de mal gusto, cuando no macabras.[64]

Más importante que el tono de Pašić era la cuestión de si se podía confiar en que él o su Gobierno colaboraran con los austriacos a la hora de investigar las raíces de la conspiración para asesinar al heredero al trono y a su esposa. Ahí también había serios motivos de duda. El 30 de junio, Ritter von Storck, embajador austriaco en Belgrado, se reunió con el secretario general del Ministerio de Asuntos Exteriores serbio, Slavko Gruić, y le pidió que le informara acerca de lo que había estado haciendo la policía serbia para seguir el rastro de la conspiración, que, como todo el mundo sabía, conducía a territorio serbio. Gruić respondió con una asombrosa (y probablemente sincera) ingenuidad que la policía no había hecho absolutamente nada –¿acaso el Gobierno austriaco deseaba solicitar tal investigación? En aquel momento Storck perdió la paciencia y declaró que consideraba un deber elemental por parte de la policía de Belgrado investi-

gar la cuestión lo mejor que pudiera, independientemente de si Viena lo solicitaba o no.[65]

Sin embargo, pese a las garantías oficiales, las autoridades serbias nunca realizaron una investigación acorde con la gravedad del crimen y con la crisis a la que había dado pie. A instancias de Gruić, el ministro del Interior, Protić, ordenó, es cierto, al jefe de la policía de la capital serbia, Vasil Lazarević, que investigara los vínculos de los asesinos con la ciudad. Una semana después, Lazarević concluía su «investigación» con un alentador informe que afirmaba que el magnicidio de Sarajevo no tenía ningún tipo de relación con la capital serbia. El jefe de policía añadía que en Belgrado «no existía ni ha existido nunca» nadie con el nombre de «Ciganović».[66] Cuando Storck solicitó la ayuda de la policía serbia y del Ministerio de Asuntos Exteriores para localizar un grupo de estudiantes sospechosos de estar planeando un nuevo asesinato, le proporcionaron un enredo tal de información confusa y contradictoria que el embajador llegó a la conclusión de que el Ministerio de Asuntos Exteriores era incapaz de actuar como un socio de confianza, a pesar de las garantías dadas por Nikola Pašić. No hubo ninguna acción policial preventiva contra la Mano Negra; Apis siguió en su cargo; y la tímida investigación ordenada por Pašić en los regimientos fronterizos involucrados en actividades de contrabando fue mucho menos rigurosa de lo necesario.

En vez de ir al encuentro de los austriacos, Pašić (y más en general, las autoridades serbias) se replegaron en sus habituales posturas y actitudes: las víctimas de aquel asunto eran los propios serbios de Bosnia-Herzegovina, y más ahora, después de Sarajevo; de todas formas, los austriacos se lo habían buscado; los serbios tenían derecho a defenderse, tanto de palabra como, si fuera necesario, con la fuerza armada, etcétera. A juicio de Pašić, todo aquello encajaba con su idea de que el asesinato no tenía absolutamente nada que ver con la «Serbia oficial».[67] Des-

de ese punto de vista, cualquier medida independiente contra personas o grupos involucrados en el asesinato habría supuesto aceptar la responsabilidad de Belgrado en el crimen. Por el contrario, una postura de frío distanciamiento enviaba el mensaje de que Belgrado consideraba el asunto como una crisis exclusivamente nacional del Imperio Austrohúngaro, que los políticos sin escrúpulos de Viena pretendían aprovechar en contra de Serbia. De acuerdo con esa visión, los comunicados oficiales de Serbia calificaban las recriminaciones austriacas de agresión totalmente injustificada contra el prestigio de Serbia, ante la que la respuesta más adecuada era un altivo silencio oficial.[68] Todo aquello tenía sentido desde el punto de vista de la política de Belgrado, pero no podía sino enfurecer a los austriacos, que no veían en aquella actitud más que insolencia, engaño y evasivas, por no decir una confirmación adicional de la corresponsabilidad del Estado serbio en el desastre. Por encima de todo, los insustanciales desmentidos de Belgrado sugerían que el Gobierno serbio no era, ni estaba dispuesto a desempeñar el papel de un socio o un vecino a la hora de resolver los apremiantes asuntos que habían suscitado los asesinatos. Nada de aquello era de extrañar para Viena, que se había resignado a esperar evasivas y duplicidad en sus tratos con Belgrado, pero a pesar de todo era importante, porque hacía muy difícil imaginar cómo podrían normalizarse las relaciones tras el atentado sin aplicar algún tipo de medida coercitiva desde fuera.

¿QUÉ HACER?

El impacto de los asesinatos en la élite gobernante del Imperio Austrohúngaro fue inmediato y profundo. En el plazo de unos días desde el atentado del 28 de junio, se creó un consenso entre los principales responsables políticos de Austria en el sentido de que únicamente una acción militar podía resolver el problema de las relaciones del Imperio con Serbia. Había que hacer algo para responder a la provocación. Los halcones, más nume-

rosos y unidos que nunca, presionaban al ministro de Asuntos Exteriores, Leopold von Berchtold, exigiéndole una acción inmediata. «El año pasado me tomé la libertad de escribirle para decirle que tendríamos que aprender a tolerar las impertinencias de Serbia sin recurrir a la guerra», le decía Ritter von Storck a Berchtold en una carta el 30 de junio. «Ahora la cuestión ha adquirido un aspecto totalmente diferente.»

> A la hora de responder a la cuestión de la paz o la guerra, ya no debemos guiarnos por el pensamiento de que no podemos conseguir nada a través de una guerra con Serbia, sino que más bien debemos aprovechar la primera oportunidad para asestar un golpe demoledor contra el reino sin conceder ningún tipo de miramiento a tales escrúpulos.[69]

El príncipe Gottfried von Hohenlohe-Schillingsfürst, un veterano diplomático que ya había sido nombrado para suceder a Szögyényi, quien llevaba muchos años prestando servicio como embajador austriaco en Berlín, se encaró con Berchtold a la mañana siguiente de los asesinatos. Si no se adoptaban medidas serias de inmediato, decía Hohenlohe en tono de amenaza, con una insolencia rayana en la insubordinación, él se negaba a asumir su destino en Berlín.[70] Aquella noche, después de una tarde en la que Berchtold debió de soportar muchas conversaciones de ese tipo, llegó Conrad. Liberado por los asesinatos de Sarajevo de la presencia que suponía la más temible limitación a su influencia política, el jefe del Estado Mayor se dedicó a repetir su ya conocido estribillo. Era el momento de tomar medidas: había que decretar la movilización sin ulteriores negociaciones con Belgrado. «Si uno tiene una víbora venenosa a sus pies, le pisotea la cabeza, no se queda esperando su mortífera mordedura». El consejo del jefe de Estado Mayor podía resumirse, como más tarde recordaba Berchtold, en tres palabras: «¡Guerra! ¡Guerra! ¡Guerra!».[71] Algo muy parecido vino a decir Krobatin, el ministro de la Guerra, que acababa de regresar de una visita de inspección por el Tirol del Sur, y que se reunió con Berchtold y Conrad la mañana del martes 30 de junio. El Ejército estaba

listo para la acción, dijo Krobatin; la guerra era la única salida para la difícil situación en que se hallaba el Imperio en aquel momento.[72]

Leon Biliński, cominstro de Hacienda, se unió al coro. En su calidad de uno de los tres cominstros que constituían lo que se consideraba un Gobierno imperial en el Imperio Austrohúngaro, Biliński iba a desempeñar un importante papel a la hora de formular la política durante la crisis. Biliński no era serbófobo. Como ministro responsable de la administración de Bosnia, era conocido por su talante flexible y accesible en su trato con las minorías nacionales de la provincia. Aprendió a leer y a entender el serbocroata, y hablaba ruso en vez de alemán con sus colegas eslavos del sur; así a ellos les resultaba más fácil entenderle, y se ponía el acento en su ascendencia eslava común. Las reuniones se celebraban de una forma marcadamente informal y cordial, y los debates se amenizaban con grandes dosis de café solo bien cargado y una abundante provisión de buenos cigarrillos.[73] Hasta los acontecimientos de Sarajevo, Biliński había seguido trabajando para establecer una relación constructiva a largo plazo con las minorías nacionales de Bosnia-Herzegovina. Incluso después de los asesinatos, se opuso a los intentos del tiránico *Landeschef* Potiorek por imponer medidas represivas en Bosnia.[74]

Sobre la cuestión de las relaciones exteriores con Serbia, Biliński había fluctuado entre una actitud conciliatoria y una actitud belicosa durante las recientes turbulencias de los Balcanes. Fue partidario de la guerra durante el enfrentamiento por Albania septentrional en mayo de 1913, y también durante la crisis de Albania en octubre, aunque en aquella ocasión advirtió de que dado que ni el emperador ni el heredero al trono accedían a una guerra abierta, probablemente Viena debía procurar no ordenar una movilización.[75] Por otra parte, Biliński mantenía unas excelentes relaciones con Jovanović, el embajador serbio en

Viena, y las utilizó eficazmente para contribuir a poner fin a la disputa sobre las modificaciones de la frontera entre Serbia y Albania con una resolución armoniosa. Durante la Segunda Guerra de los Balcanes, se opuso a la política de apoyar a Bulgaria en contra de Belgrado, y en cambio presionó a favor de un acercamiento a una Serbia victoriosa y en proceso de expansión. Se opuso sistemática y vehementemente a la idea defendida por Conrad de maquinar deliberadamente una guerra contra el Estado vecino, con el argumento de que ello estigmatizaría al Imperio Austrohúngaro como país agresor y provocaría su aislamiento entre las grandes potencias.[76]

Los asesinatos pusieron un abrupto fin a esa ambigüedad. Desde la tarde del 28 de junio, Biliński fue un acérrimo partidario de la acción directa contra Serbia. Nunca había tenido una relación particularmente estrecha con Francisco Fernando, pero le resultaba difícil quitarse de encima la sensación de que había fracasado en su deber de proteger a las víctimas del atentado. En retrospectiva, está claro que Biliński no tuvo ningún tipo de responsabilidad. No había sido informado por Potiorek del plan de llevar al archiduque y a su esposa de visita por la ciudad –de ahí el ataque de náusea que sufrió cuando leyó en el periódico los detalles del programa de la visita. Y tampoco le habían consultado sobre las medidas de seguridad. No obstante, tras el atentado de Sarajevo, el ministro dedicó sus primeras reuniones con el emperador y con Berchtold a defenderse con pedantería –aportando pruebas documentales– de la imaginaria acusación de que había sido negligente a la hora de cumplir con sus obligaciones.[77]

Uno de los halcones más furibundos era Potiorek, subordinado de Biliński. A diferencia de su superior, el gobernador tenía serios motivos para autoinculparse de negligencia. Para empezar, fue Potiorek quien presionó para que las maniobras militares se llevaran a cabo en Bosnia. Había sido el responsable de

las risibles medidas de seguridad el día de la visita. Y fue él quien organizó mal la partida del archiduque de la ciudad tras la recepción en el Ayuntamiento. Pero si Potiorek sentía algún tipo de remordimiento de conciencia, lo disfrazaba bajo una actitud de impetuosa belicosidad.[78] En los informes que envió desde Sarajevo al Estado Mayor y al Ministerio de la Guerra, Potiorek propugnaba una rápida operación militar contra Belgrado. Al Imperio se le estaba agotando el tiempo. Muy pronto Bosnia sería ingobernable por culpa de las actividades de las redes de los irredentistas serbios, hasta el punto de que resultaría imposible desplegar grandes unidades de tropas en la zona. El Imperio únicamente podía resolver sus problemas de seguridad en los Balcanes adoptando medidas enérgicas contra las organizaciones nacionalistas serbias en la provincia, y eliminando la raíz del problema en Belgrado. Aunque Potiorek no pertenecía al restringido círculo de responsables de tomar decisiones, sus informes fueron importantes. Francisco Fernando siempre había argumentado que la fragilidad del Imperio Austrohúngaro descartaba categóricamente cualquier posibilidad de tomar en consideración una guerra con un enemigo exterior. Potiorek le daba completamente la vuelta a ese argumento, y afirmaba que la guerra iba a resolver, no a exacerbar, los problemas internos del Imperio. Esa referencia un tanto artificiosa a lo que posteriormente los historiadores denominarían la «primacía de la política interior» ayudó a Conrad y a Krobatin a echar por tierra las objeciones de algunos de sus colegas civiles.

Los escalafones más altos del Ministerio de Asuntos Exteriores se apresuraron a respaldar una política beligerante. En una fecha tan temprana como el 30 de junio, el barón Tschirschky, embajador de Alemania en Viena, informaba de que sus contactos –en su mayoría personal del Ministerio de Exteriores– manifestaban el deseo de «un ajuste de cuentas definitivo con Serbia».[79] Los motivos de su adhesión a una política beligerante va-

riaban en cierta medida de un individuo a otro: el barón Alexander von Musulin, el autoproclamado «experto en Serbia» del Ministerio de Asuntos Exteriores, que posteriormente redactaría el ultimátum a Belgrado, y que participó en numerosas reuniones iniciales importantes en el Ministerio, era un croata profundamente hostil al nacionalismo de la Gran Serbia, que veía en la crisis provocada por el atentado de Sarajevo la última oportunidad de detener el avance del movimiento panserbio con la ayuda de los croatas del Imperio.[80] A Frigyes («Fritz») Szapáry, embajador austriaco en San Petersburgo, que casualmente se encontraba en Viena durante las dos semanas posteriores al asesinato debido a que su esposa estaba enferma, lo que le preocupaba era sobre todo la creciente influencia de Rusia en la península de los Balcanes. El conde Forgách, director del Departamento Político del Ministerio de Exteriores desde octubre de 1913, no había olvidado los tristes años que pasó en Belgrado, ni su trato hostil con Spalajković. Una beligerancia colectiva se apoderó del Ministerio. Detrás de aquella preferencia por una política de confrontación estaba la retórica habitual de la política exterior activa –que se veía como el polo opuesto de la pasividad y de la actitud de «salir del paso» de la que supuestamente había adolecido la política austriaca. Aehrenthal había argumentado su postura en esos términos durante la crisis de la anexión de Bosnia en 1908-1909, contraponiendo su propio enfoque proactivo con el «fatalismo» de sus predecesores. Forgách, el conde Alexander («Alek») Hoyos (jefe de gabinete de Berchtold), Szapáry, el conde Albert Nemes, jefe de departamento, y el barón Musulin eran todos ellos discípulos entusiastas de Aehrenthal. Durante las crisis balcánicas de 1912 y 1913, aquellos hombres habían presionado reiteradamente a Berchtold para que no cediera ni ante las intimidaciones de Rusia ni ante la «creciente impertinencia» de Serbia, y deploraban

en privado lo que ellos consideraban un enfoque excesivamente conciliador del ministro.[81]

Sarajevo no solo puso a los halcones en pie de guerra. También destruyó la principal esperanza a favor de la paz. Si Francisco Fernando hubiera sobrevivido a su visita a Bosnia en 1914, habría seguido advirtiendo en contra de lo arriesgado de una aventura militar, como a menudo había hecho anteriormente. A su regreso de las maniobras de verano, habría destituido de su puesto a Conrad. En esa hipotética ocasión no habría habido posibilidad de vuelta atrás para el belicoso jefe de Estado Mayor. «El mundo no sabe que el archiduque siempre estuvo en contra de la guerra», le dijo un veterano diplomático austriaco al político Joseph Redlich la última semana de julio. «Con su muerte, nos ha ayudado *a nosotros* a encontrar la energía que *él* nunca habría encontrado mientras viviera!»[82]

Durante los primeros días posteriores a los asesinatos, nadie estuvo bajo una presión mayor que el cominístro austrohúngaro de Asuntos Exteriores, Leopold von Berchtold. La noticia de Sarajevo le afectó muy profundamente en lo personal. Francisco Fernando y él tenían casi la misma edad, y se conocían desde la infancia. Pese a todas las diferencias que había entre el irascible archiduque, seguro de sí mismo y dogmático, y el refinado, sensible y afeminado conde, ambos hombres se tenían un profundo respeto mutuo. Berchtold había gozado de todo tipo de posibilidades para familiarizarse con el individuo vivaz e impulsivo que había detrás de la personalidad pública cascarrabias del heredero al trono. Y había una dimensión familiar más amplia en la relación: Nandine, la esposa de Berchtold, había sido la amiga íntima de Sofía Chotek durante la infancia, y ambas habían seguido estando muy unidas desde entonces. Berchtold se quedó estupefacto cuando recibió la noticia durante un evento benéfico que se celebraba cerca de su castillo de Buchlau, y tomó a toda prisa un tren para Viena, donde inmediatamente se vio envuelto

en una vorágine de reuniones. «La sombra de un hombre muerto, de un gran hombre muerto, presidía aquellos debates», recordaba más tarde Berchtold. «Me resultaban insoportablemente dolorosos. Constantemente me parecía estar viendo ante mí la imagen de aquel a quien habían asesinado sin tener ninguna culpa, [...] con sus ojos grandes y relucientes, azules como el agua, bajo una frente sombría y decidida...»[83]

¿Hubo que obligar a Berchtold a aceptar los argumentos a favor de la guerra contra Serbia? No cabe duda de que los halcones que le asediaban con consejos desde el día siguiente al asesinato suponían que era necesario acosar al ministro de Exteriores para que aceptara una política de confrontación. Aunque Berchtold ocasionalmente había adoptado posturas de firmeza (por ejemplo, en la cuestión de Albania), en general seguía considerándosele un hombre prudente y conciliador, y por tanto fácil de manipular en asuntos de política exterior. Un veterano embajador austriaco afirmaba en mayo de 1914 que Berchtold era un «diletante», cuya «incoherencia y falta de voluntad» habían privado a la política del Imperio de cualquier sensación clara de dirección.[84] A fin de empujar al ministro a optar por la acción después de Sarajevo, los más belicosos de entre sus colegas acompañaban sus recomendaciones sobre la crisis de aquel momento con mordaces críticas a la política del Imperio Austrohúngaro desde la muerte de Aehrenthal en 1912. Conrad, como siempre, era el más directo. El 30 de junio Conrad le dijo al ministro que si el Imperio se encontraba en aquel atolladero era por culpa de su actitud vacilante y cauta durante las Guerras de los Balcanes.

Sin embargo, en realidad parece que el propio Berchtold se comprometió desde un principio, y probablemente por su cuenta, con una política de acción directa. El hombre de las maniobras y la contención se convirtió de la noche a la mañana en un líder de una fuerza inquebrantable.[85] Tuvo la oportunidad de ex-

poner su punto de vista sobre la crisis en su primera audiencia con el emperador tras el atentado, en el Palacio de Schönbrunn a la una del mediodía del 30 de junio. Aquella entrevista tuvo una importancia crucial; Berchtold la recordaba posteriormente con todo detalle en sus memorias inéditas. Cabe señalar que encontró al emperador profundamente entristecido por los asesinatos de Sarajevo, pese a lo difícil que era su relación con el archiduque y su esposa morganática. Rompiendo el protocolo, el monarca, de 83 años de edad, agarró al ministro de la mano y le pidió que se sentara. Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras discutían los recientes acontecimientos.[86] Berchtold afirmó –y el emperador se mostró de acuerdo– que la «política paciente» del Imperio había agotado su plausibilidad. Si Austria-Hungría mostraba debilidad en un caso tan extremo como aquel, advertía Berchtold, «los vecinos del sur y del este se convencerían aún más de nuestra impotencia y llevarían adelante su trabajo de destrucción con más determinación todavía». El Imperio se encontraba en aquel momento en una «posición de coacción». El emperador, recordaba Berchtold, parecía estar muy bien informado de la situación actual, y aceptaba plenamente la necesidad de acción. Pero también insistía en que Berchtold acordara cualquier medida ulterior con el conde István Tisza, el primer ministro de Hungría, que en aquel momento se encontraba en Viena.[87]

Ahí radicaba el germen de un problema potencialmente grave: Tisza se oponía virulentamente a cualquier política encaminada a orquestar un conflicto inmediato. Primer ministro en los años 1903-1905 y nuevamente a partir de 1913, era la figura dominante en la política húngara. Aquel hombre ambicioso, y de una energía excepcional, ferviente admirador de Bismarck, había ido edificando su poder mediante una combinación de corrupción electoral, de implacable intimidación policial contra sus oponentes políticos, y de reformas modernizadoras de la

economía y las infraestructuras, diseñadas para atraerse la simpatía de las clases medias hungaroparlantes, y de los elementos asimilacionistas de las demás élites nacionales. Tisza encarnaba el sistema del Compromiso creado en 1867. Era un nacionalista, pero creía profundamente en la unión con Austria, que consideraba indispensable para la futura seguridad de Hungría. Estaba totalmente decidido a defender la hegemonía de la élite magiar, y por consiguiente se oponía firmemente a cualquier ampliación del restrictivo derecho al voto, que excluía de la política a los ciudadanos no magiares.

Para Tisza, el asesinato del heredero al trono no era motivo de duelo sino de gran alivio. Las reformas que tenía pensadas Francisco Fernando habrían puesto en peligro toda la estructura de poder en la que Tisza había desarrollado su carrera. Las estrechas relaciones del archiduque con algunos sectores de la *intelligentsia* rumana le resultaban especialmente desagradables. Por consiguiente, el asesinato del heredero suponía una liberación inesperada, y el primer ministro húngaro no compartía ni la ira ni la sensación de urgencia que sentían muchos de sus colegas austriacos. En una reunión con Berchtold que tuvo lugar la tarde del 30 de junio, y nuevamente en una carta dirigida al emperador al día siguiente, Tisza prevenía en contra de permitir que el asesinato se convirtiera en el «pretexto» de una guerra con Serbia. La principal razón a favor de la contención radicaba en la desventajosa configuración de fuerzas entre los Estados balcánicos. El problema principal era Rumanía, que en verano de 1914 ya estaba muy cerca de alinearse con San Petersburgo y las potencias de la Entente. Teniendo en cuenta el enorme tamaño de la minoría rumana en Transilvania, y la imposibilidad de defender la extensa frontera con Rumanía, el cambio de bando de Bucarest planteaba una grave amenaza para la seguridad. Era una locura, argumentaba Tisza, correr el riesgo de una guerra con Serbia mientras no se solucionara la cuestión de la leal-

tad de Rumanía y su comportamiento en un eventual conflicto. Tisza imaginaba dos opciones: o bien había que convencer a los rumanos –con la ayuda de Berlín– de que volvieran a la órbita de la Triple Alianza; o bien había que refrenarles mediante la consolidación de unas relaciones más sólidas de Austria-Hungría y Alemania con Bulgaria, la enemiga de Rumanía en la Segunda Guerra de los Balcanes.

> Pese a todos los delirios de grandeza de los rumanos, la fuerza motriz en la psique de ese pueblo es el temor a Bulgaria. Cuando vean que no pueden impedirnos firmar una alianza con Bulgaria, tal vez aspiren a ser admitidos en la [Triple] Alianza a fin de, por ese medio, protegerse de una agresión de Bulgaria.[88]

Se trataba del habitual cálculo político de los Balcanes, refractado en el prisma de un punto de visa específicamente húngaro sobre la complicada situación de seguridad en que se encontraba el Imperio. Rumanía se erguía amenazante en los horizontes de las políticas de la élite magiar y, en el caso de Tisza, esa preocupación se veía amplificada por el hecho de ser descendiente de una familia aristocrática de Transilvania. Tisza y sus principales asesores consideraban que unas buenas relaciones con San Petersburgo eran la clave de la seguridad de Hungría, y la idea de reconstruir la vieja entente con Rusia estaba de moda en aquella época entre los líderes magiares. Cabe señalar que la oposición a la guerra del primer ministro húngaro no era absoluta. Tisza había apoyado una intervención militar contra Serbia durante la segunda crisis de Albania, en octubre de 1913, y le agradaba considerar la posibilidad de una guerra con Serbia más adelante, en caso de que surgiera una provocación apropiada, en unas circunstancias más propicias. Pero estaba firmemente en contra de la política de acción directa propugnada por la mayoría de los dirigentes austriacos.[89]

Por muy violentas que fueran las emociones que circulaban entre la élite política austriaca durante los días posteriores a los asesinatos, muy pronto quedó claro que una respuesta militar

inmediata era totalmente imposible. En primer lugar estaba el problema de convencer a Tisza para que apoyara el punto de vista que se estaba imponiendo en Viena; sencillamente, era política y constitucionalmente imposible pasar por encima de aquel poderoso protagonista en el sistema dual. Después estaba la cuestión de demostrar con hechos la implicación de Serbia. En una reunión con Berchtold, la tarde del 30 de junio, Tisza argumentaba que había que dar tiempo al Gobierno serbio para «demostrar su buena voluntad». Berchtold era escéptico a ese respecto, pero sí admitía que había que posponer cualquier acción militar hasta una ulterior confirmación de la culpabilidad de Serbia.[90] Había que esperar unos días antes de que se perfilara un cuadro más completo de los vínculos con Belgrado. Otra cuestión delicada era el plazo de demora necesario para una acción militar. Conrad instaba reiteradamente a sus colegas civiles a «atacar de inmediato» (es decir, sin esperar al resultado de la investigación), aunque el 30 de junio informó a Berchtold de que el Estado Mayor necesitaría dieciséis días para movilizar a sus Fuerzas Armadas para un ataque contra Serbia –posteriormente ese plazo resultó estar muy por debajo de la realidad.[91] Así pues, era inevitable una demora sustancial, aun cuando los líderes llegaran a acordar un plan de acción preciso.

Por último, y lo más importante, estaba la cuestión de Alemania. ¿Apoyaría Berlín una política de confrontación con Belgrado? En los últimos tiempos el apoyo alemán a la política austrohúngara en los Balcanes había sufrido altibajos. Tan solo ocho semanas antes, el embajador Fritz Szapáry, en una carta enviada desde San Petersburgo, se había quejado del sistemático «sacrificio» por parte de Alemania de los intereses austrohúngaros en los Balcanes. Durante los primeros días de la crisis Berlín envió mensajes contradictorios. El 1 de julio, el célebre periodista alemán Viktor Naumann fue a ver al conde Alek Hoyos, jefe de gabinete de Berchtold, para decirle que estaba con-

vencido de que los líderes alemanes verían con buenos ojos un ataque de Austria-Hungría contra Serbia, y que estaban dispuestos a correr el riesgo de una guerra con Rusia, en caso de que San Petersburgo decidiera forzar la cuestión. Naumann no tenía ningún cargo oficial, pero dado que todo el mundo sabía que estaba en contacto directo con Wilhelm von Stumm, director del departamento político del Ministerio de Asuntos Exteriores de Berlín, sus palabras tenían cierto peso.[92] Sin embargo, al mismo tiempo, el embajador alemán, el barón Tschirschky, instaba a los austriacos a actuar con cautela. El 30 de junio, Tschirschky escribía que siempre que los austriacos le hablaban de la necesidad de medidas contundentes, «me servía de tales oportunidades para prevenirles, de una forma tranquila pero muy categórica y seria, en contra de adoptar medidas precipitadas».[93] Y en una conversación con el embajador austriaco en Berlín, el subsecretario de Estado del Ministerio de Exteriores alemán, Arthur Zimmermann, manifestaba su empatía con la difícil situación de Viena, pero prevenía en contra de plantearle «exigencias humillantes a Belgrado ».[94]

El punto de vista del emperador alemán era otro motivo de preocupación. Durante el otoño y el invierno de 1913, Guillermo II había aconsejado reiteradamente a los austriacos que se granjearan la amistad de Belgrado con regalos en dinero y programas de intercambio. En una fecha tan reciente como junio de 1914, durante su último encuentro con Francisco Fernando, el káiser se había negado a comprometerse. A la pregunta de si Austria-Hungría «podía seguir contando incondicionalmente con Alemania en el futuro», Guillermo había «eludido la pregunta y no nos ofreció ninguna respuesta».[95] En un informe enviado al emperador Francisco José el 1 de julio, Tisza advertía de que el emperador alemán albergaba un «sesgo pro-serbio», e iba a ser necesario persuadirle a fin de que se mostrara dispuesto a apoyar la política de Viena en los Balcanes.[96] Al principio,

los líderes austrohúngaros esperaban que los dos emperadores tuvieran la posibilidad de intercambiar puntos de vista cara a cara cuando Guillermo II acudió a Viena para asistir al funeral del archiduque, pero esa visita se canceló a raíz de unos rumores sobre un nuevo complot serbio para asesinar al káiser alemán. Era necesario encontrar otra forma de sincronizar las políticas con Berlín.

Se trataba, por lo menos, de un paso en el que sí podían estar de acuerdo Berchtold, Tisza y los demás dirigentes austriacos: era imprescindible consultar adecuadamente con Alemania antes de emprender cualquier medida ulterior. Berchtold supervisó la preparación de una misión diplomática a Berlín. Había que entregarle dos documentos al aliado alemán. El primero era una carta personal de Francisco José al káiser Guillermo II, firmada de su puño y letra, pero en realidad redactada por el jefe de gabinete de Berchtold, Alek Hoyos; el segundo era una versión apresuradamente revisada del memorándum de Matscheko, anterior al atentado de Sarajevo, al que se había añadido una breve posdata después del asesinato.

La lectura de esos dos documentos provoca una gran extrañeza hoy en día. El memorándum revisado de Matscheko exponía el mismo panorama deslavazado del deterioro de las alianzas en los Balcanes que figuraba en el original, pero con un mayor énfasis en las catastróficas consecuencias de la infidelidad de Rumanía –un punto dirigido tanto a las cordiales relaciones de Berlín con Bucarest como a la preocupación de Tisza por Transilvania. Se destacaba más en primer plano la agresividad de la Alianza franco-rusa y se presentaba como una amenaza no solo para Austria-Hungría sino también para Alemania. Al final del memorándum había una posdata encabezada por las siguientes palabras: «el presente Memorándum acababa de concluirse cuando tuvieron lugar los terribles acontecimientos de Sarajevo». La posdata hablaba del «peligro e intensidad» de una «agi-

tación a favor de la gran Serbia que no se detendrá ante nada», y señalaba que los esfuerzos del Imperio para garantizar unas buenas relaciones con Serbia, a través de una política de buena voluntad y compromiso, en aquel momento parecían carecer de sentido. No se hacía una referencia directa a la guerra, pero la posdata mencionaba la «irreconciliabilidad» del antagonismo entre Austria y Serbia a la luz de los recientes acontecimientos. El documento concluía con una torpe metáfora: el águila austrohúngara «ahora debe rasgar con mano decidida los hilos que sus enemigos están tejiendo para crear una red por encima de su cabeza».[97]

La nota personal de Francisco José al káiser Guillermo II era más directa. También hacía cierto hincapié en la cuestión de Rumanía y de las intrigas de los rusos, pero concluía con una clara insinuación de una inminente acción contra Serbia. El asesinato, señalaba la carta, no era el acto de un individuo, sino una «conspiración bien organizada [...] cuyos hilos se extienden hasta Belgrado». Austria-Hungría únicamente podría considerarse a salvo cuando Serbia «fuera neutralizada como factor de poder en los Balcanes».

> Usted también estará convencido, tras los recientes y terribles sucesos acaecidos en Bosnia, de que ya es impensable resolver mediante la conciliación la diferencia que separa a Serbia de nosotros, y que la política de mantenimiento de la paz que auspician todos los monarcas europeos estará en peligro mientras permanezca impune ese hervidero de agitación criminal que tiene su sede en Belgrado.[98]

Lo que llama la atención del lector contemporáneo en esos comunicados es su precipitada falta de concisión, la preferencia por las metáforas ampulosas frente a las formulaciones claras, el empleo de mecanismos histriónicos para lograr un efecto emocional, la yuxtaposición de perspectivas diferentes a falta de una meta-narración unificadora. No hay una petición explícita de ayuda a Alemania; no hay propuestas sobre políticas ni listas de opciones, tan solo un sombrío y desdibujado panorama de

amenazas y presagios. Y tampoco estaba claro de qué forma los párrafos donde se diagnosticaba la situación de los Balcanes en términos generales –que apuntan a la necesidad de una solución diplomática– se relacionan con los párrafos sobre Serbia, que no le dejan la mínima duda al lector de que los autores están pensando en la guerra.

En un primer momento Berchtold tenía intención de enviar a Berlín la carta imperial y el memorándum revisado de Matscheko mediante un correo regular del Gobierno. Sin embargo, a última hora del sábado 4 de julio, el ministro telegrafió a Szögyényi, el embajador en Berlín, para informarle de que su jefe de gabinete, el conde Hoyos, iba a llevar personalmente los documentos a Berlín. Szögyényi tenía que organizar audiencias con el káiser y con el canciller Theobald von Bethmann Hollweg. Pese a su juventud –tan solo tenía treinta y seis años– Hoyos era uno de los miembros más enérgicos y ambiciosos del sector duro de la nueva generación de funcionarios del Ministerio de Exteriores. Además, tenía buenos contactos en Berlín. En 1908, tras ser retirado de un destino en la capital alemana, el embajador Szögyényi había comentado con aprobación las relaciones de insólita «intimidad y confianza» que Hoyos había establecido con los principales círculos políticos alemanes.[99] Durante un destino en China, Hoyos también había conocido y trabado amistad con Arthur Zimmermann, que en aquel momento sustituía a su jefe, el secretario de Estado, Gottlieb von Jagow, que estaba disfrutando de su luna de miel cuando estalló la crisis. Hoyos consideraba que la relación con Alemania era la piedra angular de la seguridad del Imperio Austrohúngaro, y el prerrequisito para una política activa en los Balcanes –esa era, a su juicio, la lección de la crisis de la anexión de 1908-1909, en la que él mismo había desempeñado un papel marginal. Y lo más importante, Hoyos era un exponente de la línea dura, que propugnaba desde el principio una solución militar; durante el tira

y afloja para lograr el consentimiento de Tisza, el joven jefe de gabinete prestó un muy necesitado apoyo moral a su atribulado jefe.[100]

Al escoger a Hoyos para la misión en Berlín, Berchtold se aseguraba de que los documentos procedentes de Viena iban respaldados por una formulación inequívocamente belicosa. A los alemanes no les cabría la mínima duda de que los austriacos iban en serio. Aunque respetando en apariencia el consejo de Tisza, que se había negado a aprobar cualquier medida adicional hasta que no se consultara con los alemanes, a todos los efectos Berchtold utilizó la misión para excluir al líder húngaro del proceso de toma de decisiones y para asegurarse de que la política del Imperio evolucionara de acuerdo con su propia preferencia por una respuesta rápida y decisiva al atentado de Sarajevo.[101] Era un asunto de cierta importancia, porque, como el embajador alemán le recordó sin rodeos a Berchtold el 3 de julio, los discursos grandilocuentes, para los que los austriacos tenían un talento innegable, no constituían de por sí un plan de acción.[102]

El calendario de movilizaciones, las discrepancias políticas, el progreso de la investigación policial en Sarajevo, la necesidad de asegurarse el apoyo de Alemania –eran todos ellos excelentes motivos para posponer una acción militar contra Serbia. Ni siquiera Conrad era capaz de ofrecer una alternativa creíble a sus colegas civiles. Y sin embargo, durante toda la crisis de julio, a los austriacos les atormentó la sospecha de que en realidad lo mejor habría sido sencillamente un ataque contra Belgrado, sin una movilización plena y sin una declaración de guerra, en lo que habría sido universalmente percibido como una respuesta refleja a una grave provocación. ¿Por qué Austria-Hungría sencillamente no atacó a Serbia de inmediato, y santas pascuas?, preguntaba Ion Brătianu, primer ministro de Rumanía, el 24 de julio, cuando la crisis entró en su fase decisiva. «Así habríais te-

nido de vuestra parte la simpatía de Europa.»[103] Tan solo podemos especular sobre los derroteros por los que habría discurrido la crisis en tal caso, pero una cosa está clara: cuando Alek Hoyos subió a bordo del tren nocturno para Berlín, la ventana de oportunidad para ese escenario virtual ya se había cerrado.

8

El círculo se ensancha

REACCIONES EN EL EXTRANJERO

La tarde del domingo 28 de junio, el káiser estaba navegando frente a la costa septentrional de Alemania, preparándose para competir con su yate *Meteor* en la regata de Kiel. La lancha a motor *Hulda* se colocó al lado del yate, haciendo sonar su bocina, y el almirante Müller, jefe del gabinete naval del emperador comunicó a voz en grito la noticia de los asesinatos de un barco al otro. Tras una breve reunión a bordo del yate, se decidió que Guillermo debía regresar a Berlín de inmediato para «hacerse cargo personalmente de la situación y mantener la paz en Europa».[1] Aproximadamente a la misma hora, el presidente de Francia, Raymond Poincaré, recibía un telegrama en el hipódromo de Longchamp, donde asistía al Gran Premio, en compañía de otros miembros del cuerpo diplomático. El conde Szécsen, embajador austrohúngaro, se retiró inmediatamente. El presidente y la mayoría de los demás representantes extranjeros se quedó a disfrutar de las carreras de la tarde.

Esas estampas, insignificantes en sí mismas, apuntan a una divergencia en las respuestas y en las perspectivas, lo que iba a ser una constante en la Crisis de julio de 1914. En Alemania, según el embajador británico en Berlín, la noticia de los asesinatos provocó consternación general. El emperador acababa de regresar de una visita al archiduque en Konopischte (hoy Konopiště) su residencia de Bohemia, y la «intimidad» que existía

entre los dos hombres era «del dominio público, así como motivo de satisfacción para los alemanes». Además, en Alemania había una gran simpatía por el anciano emperador.[2] Para los alemanes, igual que para los austriacos, el impacto del suceso se manifestó en incontables impresiones personales, como la del historiador Friedrich Meinecke, que sintió que todo se volvía negro ante sus ojos cuando leyó los titulares expuestos en la redacción de un periódico.[3]

También en Rumanía el pesar ante la noticia fue profundo y generalizado, pese al reciente distanciamiento político entre Bucarest y Viena. La prensa rumana era unánime a la hora de alabar al finado como un «protector de las minorías y defensor de las aspiraciones nacionales» en el seno de su imperio.[4] El embajador ruso en Bucarest informaba de que los rumanos de ambos lados de la cordillera de los Cárpatos habían visto en Francisco Fernando la fuerza motriz que había impulsado los recientes esfuerzos para fomentar un compromiso entre la administración húngara y los rumanos de Transilvania; había muchos «estadistas y políticos», señalaba el embajador, que habían abrigado la esperanza de que el acceso al trono del archiduque abriría las puertas a un restablecimiento de las buenas relaciones con Viena. El embajador serbio en Bucarest también señalaba con cierta tristeza que la reacción de los rumanos había sido «mucho menos amistosa con Serbia de lo que cabría esperar».[5]

En otros países el cuadro era distinto. El contraste más acusado era con la propia Serbia, donde el embajador británico informaba de «una sensación de estupefacción, más que de pesar» entre el pueblo llano.[6] En el vecino Montenegro, el primer secretario de la embajada austriaca, Lothar Egger Ritter von Möllwald, informaba de que aunque había manifestaciones de empatía por las víctimas del atentado de Sarajevo, se decía que eran los propios austriacos quienes se habían buscado aquella desgracia.[7] En la pequeña localidad de Metalka, al otro lado de

la frontera con Montenegro, las banderas de celebración seguían ondeando el 2 de julio; las indagaciones de los austriacos revelaron que las banderas se habían colocado el 30 de junio: no para conmemorar el día de Kosovo, sino para zaherir a las tropas fronterizas austriacas acuarteladas cerca de allí.[8] Desde San Petersburgo, el empecinado embajador serbio Spalajković informaba el 9 de julio de que la noticia del asesinato de Francisco Fernando había sido acogida «con satisfacción».[9]

En Italia, aliada y rival de Austria, la muerte del archiduque y de su esposa suscitó sentimientos encontrados. El archiduque se había mostrado casi igual de hostil hacia los italianos de Austria-Hungría que hacia los húngaros. Entre todas las manifestaciones oficiales de pesar, era obvio, escribía Rennell Rodd, embajador británico en Roma, «que la gente en general ha considerado la eliminación del fallecido archiduque como algo casi providencial». Los informes del embajador austriaco y los del embajador serbio confirmaban esa impresión.[10] Según un informe del embajador ruso, la multitud que asistía a la sesión del domingo por la tarde en un abarrotado cine de Roma había acogido la noticia con vítores y peticiones a la orquesta para que interpretara el himno nacional – «*Marcia reale! Marcia reale!*». Cuando la orquesta accedió, hubo una estruendosa ovación. «El crimen es espantoso», comentó el ministro de Asuntos Exteriores, San Giuliano, al embajador Sverbeyev, «pero la paz mundial no saldrá perjudicada». En una conversación con el embajador serbio en Roma, un periodista italiano resumía sus sentimientos con las palabras «*Grazie Serbia!*».[11]

En París, la noticia procedente de Sarajevo se vio desplazada de las primeras páginas de los periódicos por un escándalo de proporciones memorables. El 16 de marzo de 1914, *madame* Caillaux, esposa del ex primer ministro Joseph Caillaux, había entrado en el despacho de Gaston Calmette, director del diario *Le Figaro*, y le había disparado seis tiros. El motivo del asesinato

era la campaña que el periódico había realizado contra su esposo, durante la cual Calmette había publicado las cartas de amor que ella le había escrito a Joseph Caillaux mientras seguía casado con su primera esposa. El juicio debía comenzar el 20 de julio, y el interés del público por aquella historia, que combinaba un escándalo sexual y un crimen pasional cometido por una mujer muy conspicua en la vida pública francesa era enorme, como es natural. En una fecha tan tardía como el 29 de julio, el prestigioso diario *Le Temps* dedicaba el doble de espacio en sus páginas a la absolución de *madame* Caillaux (basada en que la ofensa contra su honor justificaba el crimen) que a la crisis que se estaba fraguando en Europa central.[12] En la medida que la prensa de París sí prestó atención a la noticia de Sarajevo, la actitud predominante fue que Viena no tenía derecho a acusar al Gobierno serbio de complicidad en los asesinatos –todo lo contrario, los periódicos franceses culpaban a la prensa de Viena por azuzar el sentimiento anti-serbio.[13]

Por el contrario, desde Londres, el embajador serbio informaba con consternación que aparentemente la prensa británica estaba «haciendo caso a la propaganda de los austriacos» y responsabilizando a Serbia del asesinato: «Dicen que fueron actos cometidos por un revolucionario serbio, y que tenía vínculos con Belgrado; eso no es bueno para Serbia».[14] Un editorial de *The Times* del 16 de julio afirmaba que los austriacos tenían todo el derecho a insistir en una rotunda investigación de todas las ramificaciones del complot, y a exigir que en lo sucesivo Serbia erradicara la agitación irredentista contra el Imperio.[15]

Como sugieren estas diferencias, las actitudes ante los asesinatos se refractaban a través de la geopolítica de las relaciones entre los países. Rumanía es un caso interesante. En general, la opinión pública había manifestado una buena disposición hacia el fallecido archiduque, que era conocido por su punto de vista a favor de los rumanos. Pero el rey Carlos, el hombre que había

protagonizado el reciente realineamiento de Rumanía hacia las potencias de la Entente, adoptó un punto de vista favorable a Belgrado; estaba convencido de que el Gobierno serbio iba a llevar a cabo una investigación completa y rigurosa del crimen, y de que, por consiguiente, Austria no tenía derecho a imponer sus exigencias a Belgrado.[16]

Un giro mucho más ominoso fue la acumulación de un entramado de suposiciones que minimizaban la relevancia del suceso, y por consiguiente lo deslegitimaban como potencial *casus belli*. En primer lugar estaba la afirmación, de la que se hacían eco de forma generalizada en los círculos diplomáticos de las potencias de la Entente y de su socio durmiente, Italia, de que el fallecido archiduque había encabezado una facción partidaria de la guerra en el Imperio Austrohúngaro –un punto de vista que no se ajustaba a la verdad. El énfasis en la impopularidad de la víctima servía para arrojar dudas sobre la autenticidad de la sensación de ultraje por los crímenes que manifestaba Austria, al mismo tiempo que respaldaba la pretensión de que el complot era un reflejo de la impopularidad de la dinastía Habsburgo entre los eslavos del sur del Imperio y que, por consiguiente, dicho complot no tenía absolutamente nada que ver con Serbia. Y después estaba la suposición, sumamente atrevida –que se proclamaba como si fuera fruto de una prolongada y profunda investigación– de que la Serbia oficial no tenía absolutamente nada que ver con el atentado de Sarajevo. Según un despacho del 13 de julio de 1914 enviado por el embajador serbio en Berlín, el Ministerio de Asuntos Exteriores ruso había informado al embajador ruso en Berlín de que no había «implicación de Serbia en el asesinato de Sarajevo» –y eso en un momento en que la investigación austriaca, pese a su lasitud, ya había obtenido claras evidencias en sentido contrario. Desde San Petersburgo, Miroslav Spalajković informaba con aprobación de que pese al dossier de pruebas que el *Korrespondenz-Bureau* austriaco había

enviado a la prensa rusa, los periódicos de San Petersburgo permanecían fieles a la línea del Gobierno ruso y trataban el incidente de Sarajevo como un «asunto puramente interno de Austria».[17]

Si hacemos un seguimiento del asunto en los partes rusos, veremos cómo esos puntos de vista se fundieron en un argumento que negaba a Viena el derecho a tomar contramedidas, y convertía los asesinatos en un pretexto confeccionado a medida para justificar una acción cuyas verdaderas motivaciones había que buscar en otra parte. Durante los últimos años, Francisco Fernando había sido poco más que una comparsa del káiser, informaba el embajador Shebeko desde Viena. En la medida que existía algún sentimiento genuino contra Serbia en Viena tras los asesinatos, era obra de «elementos alemanes» (Shebeko no hacía mención alguna del importante papel que desempeñaron los croatas en las manifestaciones antiserbias que tuvieron lugar tras los asesinatos, aunque en un despacho posterior añadía misteriosamente que también estaban involucrados «elementos búlgaros». Shebeko informaba el 1 de julio de que en particular el embajador alemán, Heinrich von Tschirschky, estaba haciendo todo lo posible para «explotar el triste suceso», a base de azuzar a la opinión pública en contra de Serbia y de Rusia (en realidad, en aquellos momentos Tschirschky estaba haciendo justamente lo contrario: instaba a la prudencia a todo el mundo, para disgusto del emperador en Berlín; solo cambió de enfoque más adelante).[18]

Desde Belgrado, Hartwig informaba a San Petersburgo de que todas las acusaciones de las autoridades austrohúngaras eran falsas: en Serbia no había *Schadenfreude*, por el contrario, la totalidad de la nación serbia estaba conmovida y sentía lástima por los espantosos asesinatos de Sarajevo; las redes con base en Belgrado que supuestamente habían ayudado a los terroristas en su complot contra el archiduque no existían; Čabrinović

no había conseguido sus bombas ni sus armas en la armería de Kragujevac, etcétera. La acusación de que los austriacos estaban falsificando pruebas era importante, no solo porque recordaba el escándalo de los juicios de Friedjung, que en Serbia no se habían olvidado (véase el capítulo 2), ni porque fuera una acusación falsa (aunque lo era, sin duda alguna), sino porque implicaba que Viena estaba manipulando deliberadamente los asesinatos de Sarajevo a fin de tener un pretexto para un ataque contra Belgrado, motivado por un expansionismo depredador.[19] Y, supuestamente, detrás de todas aquellas maquinaciones estaban los alemanes, quienes, como señalaba el embajador ruso en Sofía, muy bien podrían estar viendo en los acontecimientos del momento la oportunidad de lanzar un ataque preventivo contra su vecino del este, y con ello poner coto a la creciente preponderancia militar de la Alianza franco-rusa.[20] Surgió una cadena de argumentos –¡muchas semanas antes de que la guerra hubiera empezado siquiera!– que iba a tener una larga vida en la literatura histórica.

Como es natural, la consecuencia de todo ello, a ojos de los dirigentes rusos, era que Austria no tenía derecho a tomar ningún tipo de medidas contra Serbia. El argumento axiomático de la postura de Rusia era que no se podía responsabilizar a un Estado soberano de los actos de personas particulares en un país extranjero, sobre todo teniendo en cuenta que los autores en cuestión eran unos «anarquistas inmaduros» –las fuentes rusas casi nunca hacen referencia a la orientación nacionalista serbia o eslava del sur de los asesinos.[21] Estaba mal, y sería un error, responsabilizar a toda una etnia por las fechorías de unos individuos cometidas en territorio extranjero.[22] Era «injusto», le decía el embajador Shebeko a un colega británico en Viena el 5 de julio, que los austriacos siquiera acusaran a Serbia de haber «favorecido indirectamente con su antipatía el complot de que fue víctima el archiduque».[23] Una conversación que mantuvieron el

8 de julio Sazonov y Ottokar von Czernin, encargado de negocios de la embajada de Austria en San Petersburgo, pone de manifiesto el escaso margen que la política rusa estaba dispuesta a permitirle a Viena después de Sarajevo. Czernin había mencionado la «posibilidad» de que el Gobierno austrohúngaro pudiera «exigir el apoyo del Gobierno serbio en una investigación en su territorio del reciente asesinato». La respuesta de Sazonov consistió en advertirle al diplomático austriaco de que aquel paso «causaría una muy mala impresión en Rusia». Los austriacos tenían que abandonar aquella idea «so pena de poner el pie en un camino peligroso».[24] En una conversación del 18 de julio con Fritz Szapáry, que mientras tanto había regresado a San Petersburgo tras un tiempo de permiso que dedicó a cuidar de su esposa agonizante en Viena, Sazonov mantuvo ese mismo punto de vista en unos términos todavía más incisivos, y afirmó que «jamás aparecerá prueba alguna de que el Gobierno serbio haya tolerado semejantes maquinaciones».[25]

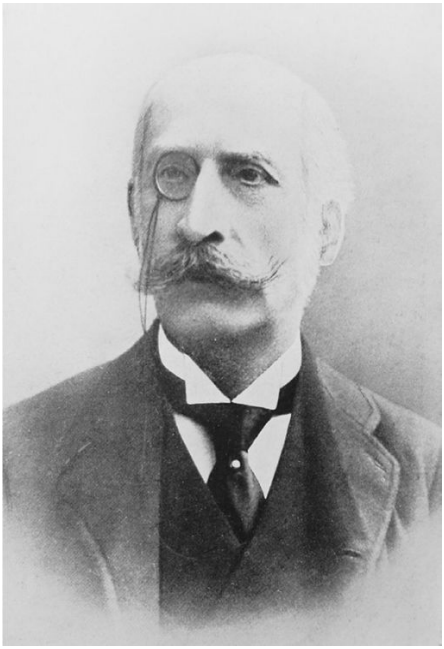
Ese modo de encuadrar los acontecimientos era importante, porque formaba parte del proceso por el que Rusia decidió cómo reaccionar en caso de que Austria tomara medidas contra Serbia. Había que deslindar quirúrgicamente el acto sanguinario de Sarajevo, cuyo carácter moralmente abominable podía aceptarse como un hecho, de su contexto serbio, a fin de poner en evidencia la supuesta intención de Austria de «aprovechar el crimen con el propósito de asestar un golpe mortal contra Belgrado».[26] Se trataba, por supuesto de una visión muy rusa de los acontecimientos, impregnada de su simpatía histórica hacia la heroica lucha de los «hermanos menores» serbios. Pero dado que eran los rusos quienes tenían que determinar si el contencioso austro-serbio justificaba o no su propia intervención, y en qué momento, lo más importante era su punto de vista sobre la cuestión. Y no había demasiados motivos para esperar que las demás potencias de la Entente insistieran en una forma más ri-

gurosa de arbitraje. El Gobierno francés ya le había concedido carta blanca a San Petersburgo en la cuestión de un conflicto austro-serbio. Sin haber examinado por su cuenta la cuestión, Poincaré negaba rotundamente cualquier relación entre Belgrado y los asesinatos. El 4 de julio de 1914, en una interesante conversación con el embajador austriaco en París, el presidente francés comparó los asesinatos de Sarajevo con el asesinato del presidente francés Sadi Carnot a manos de un anarquista italiano en 1894. Era un gesto que aparentemente expresaba solidaridad, pero que en realidad pretendía encuadrar el atentado de Sarajevo como el acto de un individuo aberrante del que no podía hacerse responsable a ningún organismo político ni mucho menos a un Estado soberano. El austriaco respondió recordándole –en vano– al presidente que el asesinato de Carnot no había tenido «ninguna relación con cualquier tipo de agitación antifrancesa en Italia, mientras que en el caso de Sarajevo había que admitir que en Serbia llevaban muchos años haciendo propaganda contra el Imperio utilizando todo tipo de medios lícitos e ilícitos».[27]

Edward Grey por lo menos había expresado un interés teórico en determinar si el provocador era Austria o Serbia, alegando que la opinión pública británica no iba a apoyar una guerra de la Triple Entente para defender a una Serbia agresora. Pero se había expresado en términos muy imprecisos acerca de la forma en que podía arbitrarse aquel contencioso, y sus comentarios durante los días inmediatamente posteriores a los asesinatos no sugerían que tuviera la intención de exigir a los rusos unos criterios demasiado estrictos. El 8 de julio, el conde Benckendorff, embajador ruso en Londres, le comentó a Edward Grey que «no veía en qué argumentos podía fundamentarse una medida contra Serbia». La respuesta del secretario de Asuntos Exteriores fue vacilante, como era su costumbre:

Yo le dije que no sabía lo que se contemplaba. Tan solo podía suponer que algún descubrimiento realizado durante el juicio contra las personas implicadas en el asesinato del archiduque –por ejemplo, que las bombas se hubieran conseguido en Belgrado– podría constituir, a ojos del Gobierno austriaco, el fundamento de una acusación de negligencia contra el Gobierno serbio. Pero se trataba únicamente de imaginaciones y suposiciones por mi parte.

El conde Benckendorff dijo que esperaba que Alemania contuviera a Austria. No podía pensar que Alemania quisiera precipitar un conflicto.[28]



Conde Benckendorff

Grey no respondió (o no dejó constancia de su respuesta) a ese último argumento, que tenía una importancia considerable, porque ponía en manos de Alemania la responsabilidad de contener a su aliado, y aceptaba lisa y llanamente la inevitabilidad de un «conflicto» –lo que en aquel contexto significaba una guerra entre las grandes potencias– en caso de que Alemania no lo hiciera. Ese mismo argumento figuraba de una forma más explícita en un telegrama procedente de Viena que Grey recibió al día siguiente. Describía una conversación entre el embajador británico en Viena y su colega ruso, donde este anunciaba que

no podía creer que Austria fuera tan insensata como para consentir que «la arrastren a una guerra»:

> ya que un combate aislado con Serbia sería imposible, y Rusia se vería obligada a empuñar las armas en defensa de Serbia. De eso no podía haber duda alguna. Una guerra contra Serbia significaba una guerra general en Europa.[29]

En el plazo de diez días, los rusos habían consolidado una sólida contra-narración del suceso de Sarajevo. Desde luego, había contradicciones en el relato. Como señalaba un diplomático austriaco, no tenía sentido que los rusos dijeran, por un lado, que los eslavos del sur que vivían en Bosnia-Herzegovina estaban unidos en su odio a la tiranía de los Habsburgo, y por otro que se quejaran de los ataques contra los bienes de los serbios en aquella región por parte de grupos de croatas airados. Y la afirmación rusa de que Serbia no aspiraba a otra cosa que a vivir en paz y armonía con su vecino no se compadecía con las anteriores garantías de Sazonov a Pašić (vía Hartwig) de que muy pronto Serbia iba a heredar las tierras de los eslavos del sur en manos del Imperio Austrohúngaro, que estaba a punto de desmoronarse. La declaración de Spalajković a la prensa de San Petersburgo, que tuvo una gran difusión en los medios, en el sentido de que el Gobierno de Belgrado había advertido por anticipado a Viena del complot de asesinato, planteaba algunas preguntas incómodas –que los rusos no tenían en cuenta– sobre el conocimiento previo por parte de los serbios. Y sobre todo, el historial de Rusia como patrocinadora del expansionismo de Serbia y de la inestabilidad de los Balcanes en general, se omitía completamente. Por último, brillaba por su ausencia cualquier reconocimiento de los vínculos de la propia Rusia con las redes clandestinas serbias. Después de la guerra, el coronel Artamonov, agregado militar ruso en Belgrado, admitió con toda franqueza su estrecha relación con Apis antes de la guerra. Incluso llegó a admitir que había suministrado fondos al jefe de la Mano Negra para apoyar sus operaciones de espionaje en Bosnia,

aunque negaba cualquier conocimiento previo del complot para asesinar al archiduque.[30]

En cualquier caso, ya estaba claro que ni Londres ni París tenían intención de poner en duda la versión rusa de los acontecimientos. Un tirano impopular y belicista había sido eliminado por ciudadanos de su propio país, arrastrados a la desesperación por muchos años de humillación y maltrato. Y entonces, el régimen corrupto, tambaleante, y a pesar de todo supuestamente depredador que había representado aquel hombre pretendía echarle la culpa de esa muerte, que nadie lamentaba, a un vecino eslavo, sin tacha y pacífico. Encuadrar de esa forma el suceso de Sarajevo no era de por sí equivalente a formular una decisión de actuar. Pero quitaba de en medio algunos de los obstáculos a una intervención militar rusa en caso de un conflicto entre Austria y Serbia. El escenario de un conflicto con origen en los Balcanes se había convertido en una posibilidad inminente.

EL CONDE HOYOS VA A BERLÍN

Antes incluso de que Alek Hoyos llegara a Berlín en el tren nocturno la mañana del domingo 5 de julio, allí iba ganando terreno la idea de que estaría justificado que Austria-Hungría adoptara algún tipo de medida contra Belgrado. Una figura clave en el cambio de actitud fue el káiser. Cuando Guillermo leyó el despacho de Tschirschky del 30 de junio, donde le informaba de que había estado instando a los austriacos a que mantuvieran la calma, Guillermo añadió con enfado algunos comentarios al margen:

> ¿Quién le autorizó a hacer eso? ¡Es una completa estupidez! Eso no es asunto suyo, dado que únicamente le corresponde a Austria [determinar] lo que quiere hacer. Si las cosas se torcieran, más tarde la gente diría: ¡Alemania no estaba dispuesta! ¡Que Tschirschky tenga la amabilidad de poner fin a este disparate! Ya era hora de que alguien quitara de en medio a los serbios.[31]

Alguien debió de comunicárselo a Tschirschky, porque el 3 de julio ya estaba garantizándole a Berchtold el apoyo de Berlín a

una acción por parte de Austria, siempre y cuando los objetivos estuvieran claramente definidos y la situación diplomática fuera favorable.[32] Así pues, Hoyos tenía garantías de que iba a ser cordialmente recibido a su llegada a la capital alemana. Su primera tarea era despachar con Szögyényi, el embajador austriaco en Berlín, sobre los documentos que Hoyos traía consigo, el memorándum de Matscheko revisado y la carta personal del emperador austriaco al emperador alemán. A continuación Szögyényi partió hacia Potsdam con copias de ambos documentos, y allí almorzó con el káiser, mientras Hoyos se reunía con Arthur Zimmermann, subsecretario del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán.

Guillermo II recibió al embajador en el Neues Palais, un enorme edificio barroco en el extremo oeste del parque del palacio en Potsdam. De acuerdo con el informe de Szögyényi, Guillermo leyó rápidamente ambos documentos y a continuación comentó que había «esperado que hubiera por nuestra parte una acción seria contra Serbia», pero que también debía considerar que ese camino muy bien podría traer consigo «una grave complicación a nivel europeo». Por consiguiente, no iba a ser capaz de dar una «respuesta definitiva sin antes despachar con el canciller del Reich». A continuación el emperador se retiró a almorzar. Szögyényi escribía:

> Después del almuerzo, cuando volví a subrayar la gravedad de la situación del modo más enfático, Su Majestad me facultó para comunicarle a nuestro Supremo Soberano [Francisco José] que podemos contar, también en este caso, con el pleno apoyo de Alemania. Como ya me había dicho, primero debía escuchar la opinión del canciller del Reich, pero no dudaba lo más mínimo de que *Herr* von Bethmann Hollweg iba a estar totalmente de acuerdo con su punto de vista. Eso era especialmente válido en lo referente a nuestra ofensiva contra Serbia. No obstante, según su punto de vista [del káiser Guillermo], no había que demorar esa acción. La actitud de Rusia iba a ser hostil en cualquier caso, pero hacía años que estaba preparado para esa posibilidad, y si al final la cosa desembocara en una guerra entre Austria-Hungría y Rusia, podíamos estar seguros de que Alemania se pondría de nuestro lado con la habitual lealtad de un país aliado. Rusia, dicho

> sea de paso, tal y como estaban las cosas actualmente, no estaba en absoluto preparada para la guerra, y sin duda tendría que pensárselo mucho a la hora de llamar a las armas. [...] Pero si nosotros realmente constatáramos la necesidad de una acción militar contra Serbia él (el káiser) lamentaría que no aprovecháramos el momento actual, que se presenta tan ventajoso para nosotros.[33]

Mientras el embajador y el emperador conversaban en Potsdam, Hoyos se reunía con el subsecretario Zimmermann en el Ministerio de Exteriores en Berlín para una charla informal –el secretario de Estado, Gottlieb von Jagow, seguía disfrutando de su luna de miel, y por tanto no estaba disponible para una entrevista. Hoyos y Zimmermann acordaron que en principio Alemania apoyaría una acción de Austria contra Serbia. Zimmermann leyó atentamente ambos documentos, señaló que no estaba en condiciones de ofrecer un punto de vista oficial, y a continuación comentó –de acuerdo con lo que más tarde recordaba Hoyos– que si los austriacos tomaban medidas contra Serbia, existía «un 90 por ciento de probabilidades de una guerra europea», para a continuación garantizarle al embajador, pese a todo, el apoyo de Alemania al plan de Austria.[34] La anterior actitud de aprensión por parte del subsecretario, manifestada en su llamada a la prudencia en Viena, claramente se había esfumado.

Aquella tarde, a las cinco en punto, un reducido grupo de personas se reunió en el Neues Palais para comentar los acontecimientos de la mañana y para coordinar puntos de vista. Los asistentes eran el káiser, su ayudante, el general Plessen, el jefe de su gabinete militar, el general Lynker, y el ministro de la Guerra, el general Falkenhayn. También estaban presentes el subsecretario Zimmermann y el canciller imperial, que entretanto había regresado de su finca. Plessen hace constar los detalles en su diario. El káiser leyó en voz alta la carta de Francisco José, de la que todo el mundo dedujo que los austriacos estaban «preparándose para una guerra contra Serbia», y que querían «primero estar seguros de Alemania». «La opinión que predominaba entre nosotros era que cuanto antes actuaran los aus-

triacos contra Serbia, mejor, y que los rusos –pese a ser amigos de Serbia– al final no entrarían en guerra».[35]

Al día siguiente, 6 de julio, Bethmann Hollweg recibió al conde Hoyos y al embajador Szögyényi, con la presencia de Zimmermann para ofrecer a los austriacos una respuesta oficial a sus reclamaciones (mientras tanto, el káiser Guillermo se había marchado de Berlín para realizar su excursión anual en yate por Escandinavia). Para empezar, Bethmann se explayó sobre la situación general de la seguridad en los Balcanes. Era preciso integrar más estrechamente a Bulgaria en la Triple Alianza, había que pedirle a Bucarest que moderara su apoyo al irredentismo rumano en Transilvania, etcétera. Solo entonces abordó la cuestión de la acción militar propuesta:

> Por lo que respecta a nuestra relación con Serbia, [según informó Szögyényi] Bethmann dijo que el punto de vista del Gobierno alemán era que debíamos evaluar lo que habría que hacer para solucionarla; cualquiera que resultara ser nuestra decisión, podíamos confiar en que Alemania, como aliada nuestra y amiga del Imperio Austrohúngaro, nos respaldaría. Durante el transcurso del resto de la conversación, llegué a la conclusión de que tanto el canciller como su jefe, el emperador, contemplan una intervención inmediata por nuestra parte contra Serbia como la solución mejor y más radical de nuestros problemas en los Balcanes. Desde un punto de vista internacional, considera que el momento actual es más favorable que uno posterior.[36]

Pese a las peculiaridades de esa breve alocución –entre otras cosas, tan solo nueve de las cincuenta y cuatro líneas del texto impreso que contenía el resumen de Szögyényi hablaban realmente de las medidas propuestas contra Serbia, y no se hacía mención a una posible respuesta de Rusia– nos encontramos ante una clara decisión, y de una importancia trascendental. Por una vez, el Gobierno alemán estaba hablando con una única voz. El káiser y el canciller (que también era el ministro de Asuntos Exteriores) estaban de acuerdo, igual que el subsecretario del Ministerio, en sustitución de Jagow, el secretario de Estado para Asuntos Exteriores. El ministro de la Guerra había sido

informado, y había comunicado al emperador que el Ejército alemán estaba preparado para cualquier eventualidad. El resultado fue que la garantía del apoyo alemán ha pasado a la historia con el término de «cheque en blanco».

En la medida que esa metáfora, por otra parte ligeramente engañosa, connota una promesa de apoyo para el socio de una alianza, es una descripción adecuada de las intenciones de Alemania. El káiser y el canciller creían que los austriacos tenían justificación para adoptar medidas contra Serbia, y merecían poder hacerlo sin temor a la intimidación de Rusia. Mucho más problemática es la afirmación de que los alemanes hicieron una interpretación exagerada de los mensajes de Austria, suscribieron compromisos que iban más allá de las intenciones austriacas, y con ello los presionaron para que entraran en guerra.[37] Aunque es cierto que la nota de Francisco José no se refería directamente a una «guerra» contra Serbia, no dejaba la más mínima duda al lector de que Viena estaba contemplando la más radical de todas las acciones posibles. De lo contrario, ¿cómo habría que interpretar su insistencia en que ya no era posible «una conciliación del conflicto» entre los dos países, y que el problema únicamente se resolvería cuando Serbia hubiera sido «eliminada como factor de poder en los Balcanes»? En cualquier caso, el conde Hoyos no había dejado margen de duda sobre lo que pensaba Viena. Ejerció un control personal de las reclamaciones de Austria durante su «misión» en Berlín; posteriormente le reveló al historiador Luigi Albertini que fue él, y no el veterano embajador, quien había redactado el despacho de Szögyényi donde se resumían las garantías ofrecidas por Bethmann.[38]

¿Cómo evaluaron los líderes alemanes el riesgo de que un ataque de Austria contra Serbia provocara una intervención de Rusia, obligara a Alemania a socorrer a su aliada, activara la Alianza franco-rusa, y por consiguiente desencadenara una

guerra a escala continental? Algunos historiadores han argumentado que Guillermo, Bethmann y sus asesores militares consideraron la crisis que se estaba gestando a causa del atentado de Sarajevo como una oportunidad de entrar en conflicto con las demás grandes potencias en unos términos favorables para Alemania. Durante los años precedentes, algunos sectores de las Fuerzas Armadas alemanas habían argumentado reiteradamente a favor de una guerra preventiva, y para ello aducían que, teniendo en cuenta que el equilibrio del poder de ataque militar iba siendo cada vez más desfavorable a la Triple Alianza, a Alemania se le estaba agotando el tiempo. Una guerra librada en aquel momento todavía podría ganarse; en el plazo de cinco años, la brecha en materia de armamento se habría ampliado hasta el punto de que las probabilidades a favor de las potencias de la Entente serían aplastantes.

¿En qué medida exactamente influyeron tales argumentos en las deliberaciones de los líderes alemanes? Para responder a esa cuestión, primero hemos de señalar que los principales dirigentes no consideraban probable una intervención rusa, y tampoco deseaban provocarla. El 2 de julio, Salza Licthenau, el representante de Sajonia en Berlín, informaba de que, aunque algunas personalidades militares de alto rango argumentaban que sería deseable «que la guerra tenga lugar ahora», mientras Rusia seguía sin estar preparada, le parecía poco probable que el káiser aceptara ese punto de vista. Un informe entregado al día siguiente por el plenipotenciario militar sajón señalaba que, a diferencia de quienes eran favorables a una guerra más pronto que tarde, «se dice que el káiser se ha pronunciado a favor de mantener la paz». Todos los que asistieron a la reunión con Guillermo II en Potsdam la tarde del 5 de julio eran del parecer que los rusos, pese a ser amigos de Serbia, «al final no entrarían en guerra». Así pues, cuando, durante aquella reunión, Falkenhayn, ministro de la Guerra, le preguntó al káiser si desea-

ba que «se hiciera algún tipo de preparativos», para la eventualidad de un conflicto entre las grandes potencias, la respuesta de Guillermo fue negativa. La renuencia de los alemanes a iniciar los preparativos militares, una cuestión que fue un rasgo constante del manejo de la crisis por su parte hasta finales de julio, puede que por un lado reflejara la confianza del Ejército en su estado de preparación en aquel momento, pero también certificaba el deseo de los líderes alemanes de confinar el conflicto a los Balcanes, aunque aquella política pusiera en peligro su estado de preparación en caso de que dicho confinamiento no diera resultado.[39]

En particular, el káiser seguía confiando en que era posible localizar el conflicto. La mañana del 6 de julio, antes de partir de Berlín, le dijo al secretario de Estado en funciones de la Armada, el almirante Von Capelle, que «no creía que hubiera ulteriores complicaciones militares», dado que «el zar, en el caso en cuestión, no iba a ponerse del lado de los regicidas. Además, Rusia y Francia no estaban preparadas para la guerra». El monarca despachó con otras importantes personalidades militares en esos mismos términos. No era solo que el káiser estuviera aparentando tranquilidad: desde hacía mucho tiempo opinaba que aunque el estado de preparación militar de Rusia era cada vez mayor, pasaría cierto tiempo antes de que los rusos estuvieran dispuestos a arriesgarse a atacar. A finales de octubre de 1913, tras las repercusiones de la crisis de Albania, el káiser le había dicho al embajador Szögyényi que «por el momento Rusia no le daba motivos de preocupación; por ese lado no habría nada que temer durante los seis años siguientes».[40]

Esa línea de razonamiento no era una alternativa al argumento de la guerra preventiva; todo lo contrario, en parte estaba interrelacionada con él. El argumento a favor de lanzar una guerra preventiva estaba formado por dos elementos diferenciados y separables. El primero era que las probabilidades de un éxito

militar de Alemania en una guerra europea iban disminuyendo rápidamente; el segundo era la inferencia de que Alemania debía afrontar ese problema por sí misma, provocando una guerra antes de que fuera demasiado tarde. Lo que influía en la forma de pensar de los principales dirigentes civiles era la primera parte, no la segunda. Al fin y al cabo, las evidencias que sugerían la disminución de las probabilidades de éxito también implicaban que el riesgo de una intervención de Rusia era mínimo. Si las probabilidades de éxito de los rusos en una guerra contra Alemania realmente iban a ser mucho mayores en el plazo de tres años que en 1914, ¿por qué iba San Petersburgo a correr el riesgo de desencadenar un conflicto continental en aquel momento, cuando el país solo estaba preparado a medias?

El razonamiento en esas líneas abría dos escenarios posibles. El primero, que a Bethmann y a sus colegas les parecía el más probable, era que los rusos iban a abstenerse de intervenir, y a dejar que los austriacos zanjaran su disputa con Serbia, tal vez reaccionando por vía diplomática conjuntamente con una o más potencias en un momento posterior. El segundo escenario, que se consideraba menos probable, era que los rusos negaran la legitimidad de los argumentos de Austria, que pasaran por alto que su programa de rearme era incompleto, e intervinieran a pesar de todo. Y ahí, en ese nivel secundario de condicionalidad, era donde encajaba la lógica de la guerra preventiva: porque si iba a haber una guerra *de todas formas*, lo mejor era que estallara en aquel momento.

Detrás de todos esos cálculos estaba la firme y, como podemos ver en retrospectiva, errónea suposición de que no era probable que los rusos intervinieran. Los motivos de aquel flagrante error de estimación del nivel de riesgo no son difíciles de identificar. La aceptación por Rusia del ultimátum de Austria en octubre de 1913 hablaba en favor de esa hipótesis. Además, estaba la profunda convicción, ya mencionada, de que el tiempo

jugaba a favor de Rusia. En Berlín los asesinatos se contemplaban como una agresión al principio monárquico, lanzada desde una cultura política con una fuerte propensión al regicidio (un punto de vista que también puede encontrarse en un sector de la prensa británica). Por muy fuerte que pudiera ser la solidaridad paneslava de Rusia, resultaba difícil imaginar que el zar se pusiera «del lado de los regicidas», como observaba una y otra vez el káiser. A todo ello hay que añadirle el eterno problema de adivinar las intenciones del Gobierno ruso. Los alemanes no eran conscientes de hasta qué punto el contencioso austro-serbio estaba ya integrado en el pensamiento estratégico franco-ruso. Los alemanes no fueron capaces de entender lo indiferentes que iban a mostrarse las dos potencias occidentales ante la cuestión de quién había provocado el contencioso.

Por añadidura, los alemanes todavía no habían captado la importancia de la destitución de Kokovtsov del cargo de presidente del Consejo de Ministros, y les resultaba difícil adivinar el equilibrio de poder que existía en el seno del nuevo Consejo. En eso no eran los únicos –también los diplomáticos británicos tenían dificultades a la hora de descifrar la nueva configuración de poder, y llegaron a la conclusión totalmente engañosa de que la influencia de los conservadores contrarios a la guerra, como Kokovtsov y Durnovo, volvía a estar en alza, y en París existía la preocupación de que una facción «pro-alemana», encabezada por Sergei Witte, estuviera a punto de asumir el control de las políticas.[41] La opacidad del sistema hacía difícil –en aquel momento, igual que en muchas ocasiones anteriores– evaluar el riesgo. Al mismo tiempo, la reciente experiencia alemana de estrecha colaboración con Londres en los asuntos de los Balcanes sugería que Inglaterra bien podría comprender –pese a las últimas conversaciones en materia naval– el punto de vista de Berlín, y que presionaría a San Petersburgo para que se mostrara comedido. Ese era uno de los peligros de la distensión: que ani-

maba a los dirigentes a infravalorar el peligro que podían conllevar sus actos.

Así pues, se podría hablar, como han hecho algunos historiadores, de una política de riesgo calculado.[42] Pero esa calificación excluye del cuadro otro importante eslabón en la cadena del pensamiento alemán. Consistía en la suposición de que una intervención de Rusia –que era una política indefendible en términos ético-jurídicos o de seguridad– en realidad sería una prueba de otra cosa más ominosa, esto es el deseo de San Petersburgo de *ir en busca* de una guerra contra las potencias centrales, de aprovechar la oportunidad que le ofrecía la acción de Austria a fin de iniciar una campaña que acabara con el poderío de la Triple Alianza. Desde ese punto de vista, la crisis austroserbia parecía una buena oportunidad no tanto de ir en busca de una guerra, sino más bien de determinar la verdadera naturaleza de las intenciones de Rusia. Y si resultaba que Rusia quería la guerra (lo que resultaba plausible para los alemanes, teniendo en cuenta el gran alcance de su rearme, la intensa colaboración con Francia, su indignación por la misión Liman, y las recientes conversaciones en materia de cooperación naval con Gran Bretaña) –y ahí volvía a entrar en juego el argumento «probabilidades decrecientes / guerra preventiva» como parte de una condicionalidad de segundo nivel–, sería mejor aceptar en aquel momento la guerra ofrecida por Rusia que evitarla dando marcha atrás. Si se hacía esto último, Alemania corría el riesgo de perder el único aliado que le quedaba, y de ser objeto de una presión cada vez más intensa por parte de los países de la Entente, cuya capacidad de imponer sus preferencias iría en aumento a medida que la balanza del poderío militar fuera inclinándose irreversiblemente en detrimento de Alemania y de lo que quedara de Austria-Hungría.[43]

Así pues, no se trataba, en sentido estricto, de una estrategia basada en el riesgo, sino concebida para averiguar el verdadero

nivel de amenaza que suponía Rusia. Dicho de otra forma, si los rusos *decidían* movilizarse contra Alemania, desencadenando así una guerra continental, ello no reflejaría el riesgo generado por las decisiones de Alemania, sino la firmeza de la determinación de Rusia de modificar el equilibrio de poder del sistema europeo mediante una guerra. Desde ese punto de vista, hay que admitir que bastante limitado, los alemanes no estaban asumiendo riesgos, sino verificando las amenazas. Esa era la lógica subyacente de las frecuentes referencias de Bethmann a la amenaza que suponía Rusia durante los meses anteriores al estallido de la guerra.

A fin de comprender esa preocupación, es preciso que recordemos brevemente lo prominente que llegó a ser esa cuestión en el mundo público que compartían dirigentes políticos y directores de periódicos durante la primavera y el verano de 1914. El 2 de enero de 1914, el diario parisino *Le Matin* empezó a publicar una sensacional serie de cinco largos artículos que llevaba por título «*La plus grande Russie*». La serie, escrita por el redactor jefe del periódico, Stéphane Lauzanne, que acababa de volver de un viaje a Moscú y San Petersburgo, impresionó a los lectores en Berlín, no solo por la socarrona beligerancia de su tono, sino también por la aparente exactitud y el cariz de las informaciones que contenía. Lo más alarmante de todo era un mapa que llevaba el pie «Disposiciones de Rusia para la guerra» y que representaba todo el territorio comprendido entre el Mar Báltico y el Mar Negro como un denso archipiélago de concentraciones de tropas, comunicadas entre sí por un entramado de vías férreas. El comentario que acompañaba al mapa informaba de que aquellas eran «las disposiciones exactas del Ejército ruso a fecha de 31 de diciembre de 1913», e instaba a los lectores a observar «la extraordinaria concentración de fuerzas en la frontera ruso-prusiana». Aquellos artículos reflejaban una visión un tanto fantasiosa y exagerada del poderío militar ruso, y de he-

cho es posible que tuvieran el propósito de socavar la oposición al nuevo préstamo a Rusia, pero a los lectores alemanes, que eran conscientes de los enormes créditos recientemente acordados entre Rusia y Francia, les resultaba una lectura alarmante. Su efecto se vio amplificado por la sospecha de que la información que contenían procedía de fuentes gubernamentales –era del dominio público que *Le Matin* estaba muy próximo a Poincaré, y se sabía que Lauzanne se había entrevistado con Sazonov y con altos mandos militares rusos durante su viaje a Rusia.[44] Hubo muchas otras incursiones parecidas, que también ponían los pelos de punta, en el género del periodismo inspirado desde arriba; en un editorial publicado el día de Año Nuevo, más o menos por aquella misma época, la revista militar *Razvechik*, generalmente considerada el órgano del Estado Mayor imperial ruso, ofrecía una espeluznante visión de la guerra con Alemania que se avecinaba:

> No solo las tropas, sino todo el pueblo ruso debe acostumbrarse a que nos estamos armando para la guerra de exterminio contra los alemanes, y que los imperios [*sic*] alemanes deben ser destruidos, aunque nos cueste cientos de miles de vidas.[45]

Ese tipo de intentos semioficiales de infundir pánico prosiguió hasta el verano. Tuvo un efecto particularmente desestabilizador un artículo publicado el 13 de junio en el diario *Birzhevia Vedomosti* (Noticias de la Bolsa) cuyo titular decía: «Nosotros estamos preparados, Francia también debe estarlo». Fue ampliamente reproducido en la prensa francesa y alemana. Lo que alarmaba especialmente a los dirigentes de Berlín era el parecer (acertado) de Pourtalés, el embajador en San Petersburgo, en el sentido que el promotor de aquel artículo no era otro que el ministro de la Guerra, Vladimir Sukhomlinov. El artículo esbozaba un impresionante panorama de la gigantesca maquinaria militar que se abatiría sobre Alemania en caso de una guerra –el artículo presumía de que el Ejército ruso muy pronto contaría con

2.320.000 hombres (en cambio, Alemania y Austria sólo disponían de 1.800.000 entre las dos). Además, gracias a una red ferroviaria estratégica en rápida expansión, los plazos de movilización estaban reduciéndose vertiginosamente.[46]

Con toda probabilidad, la intención principal de Sukhomlinov no era aterrorizar a los alemanes, sino persuadir al Gobierno francés del alcance del compromiso militar ruso con la alianza, y recordar a sus homólogos franceses que ellos también tenían que cargar con su parte. De todas formas, como era de prever, el efecto de aquel artículo en los lectores alemanes fue desconcertante. Uno de aquellos lectores fue el káiser, que salpicó la traducción con sus habituales y espontáneas notas al margen, como la siguiente: «¡Ja! ¡Por fin los rusos han puesto sus cartas sobre la mesa! A quienquiera que en Alemania no esté convencido de que la alianza ruso-gala está trabajando con vistas a una inminente guerra contra nosotros [...] ¡habría que ingresarlo en el manicomio de Dalldorf!»[47] Otro de los lectores fue el canciller Bethmann Hollweg. En una carta del 16 de junio a Lichnowsky, el embajador en Londres, el canciller observaba que el ansia de guerra del «partido militarista» de Rusia nunca se había manifestado «de una forma tan implacable». Hasta ese momento, proseguía la carta, quienes habían sospechado que Rusia estaba preparándose para una guerra de agresión contra Alemania eran solo los «extremistas», los panalemanes y los militaristas. Pero ya «incluso los políticos más sosegados», entre los que probablemente Bethmann se contaba a sí mismo, estaban «empezando a inclinarse por ese punto de vista».[48] Entre ellos estaba el secretario de Asuntos Exteriores, Gottlieb von Jagow, que era del parecer que aunque Rusia *todavía* no estaba preparada para la guerra, muy pronto «arrollaría» a Alemania con sus enormes ejércitos, con su Flota del Báltico y su red ferroviaria estratégica.[49] Los informes del Estado Mayor del 27 de noviembre de 1913 y del 7 de julio de 1914 aportaban análisis actualiza-

dos del programa ruso de ferrocarriles estratégicos, acompañados de un mapa donde las nuevas líneas arteriales –en su mayoría con numerosas vías paralelas, que se internaban en lo más profundo del interior de Rusia, y que convergían en las fronteras alemana y austriaca– estaban marcadas con franjas de tinta de colores vivos.[50]

Aquellos temores se vieron reafirmados por las conversaciones anglo-rusas sobre cooperación naval de junio de 1914, que sugerían que la estrategia de las potencias de la Entente había entrado en una nueva y peligrosa fase. En mayo de 1914, como respuesta a las presiones del Ministerio de Asuntos Exteriores de Francia, el Gobierno británico aprobó unas conversaciones conjuntas de su Estado Mayor naval con los rusos. Pese al estricto secreto en que se celebraron, lo cierto es que los alemanes estuvieron bien informados sobre los detalles de los debates anglo-rusos a través de un agente de la embajada rusa en Londres, el segundo secretario, Benno von Siebert, un alemán del Báltico al servicio de Rusia. A través de aquella fuente Berlín se enteró, entre otras cosas, de que Londres y San Petersburgo habían debatido la posibilidad de que, en caso de guerra, la flota británica apoyaría el desembarco de un cuerpo expedicionario ruso en Pomerania. Aquella noticia provocó alarma en Berlín. En 1913-1914, el gasto naval de Rusia superó por primera vez al de Alemania. Había preocupación por aquella política exterior más agresiva de Rusia, y por la creciente presión de la Entente, que muy pronto privaría de cualquier libertad de movimiento a la política exterior alemana. Las discrepancias entre las evasivas respuestas de Edward Grey a las preguntas del conde Lichnowsky, y los detalles enviados por Siebert transmitían la alarmante sensación de que los británicos tenían algo que ocultar, lo que produjo una crisis de confianza entre Berlín y Londres, una cuestión de cierta relevancia para Bethmann Hollweg, cuya política siempre se había basado en la suposición de que el

Reino Unido, aunque estaba parcialmente integrado en la Entente, nunca habría apoyado una guerra de agresión contra Alemania por parte de los Estados de la Entente.[51]

Los diarios del diplomático y filósofo Kurt Riezler, el asesor más cercano, y confidente de Bethmann, reflejan la evolución del pensamiento del canciller en el momento que se tomó la decisión de apoyar a Viena. Tras la reunión con Szögyényi y Hoyos el 6 de julio, los dos hombres habían regresado a la finca del canciller en Hohenfinow. Riezler recordaba su conversación de aquella noche con Bethmann:

> Larga conversación en la terraza bajo el cielo nocturno. La información secreta [aportada por el informador alemán de la embajada rusa en Londres] que me revela dibuja un cuadro demoledor. Él considera las negociaciones ruso-británicas sobre un convenio de cooperación naval y un desembarco en Pomerania un asunto muy grave, el último eslabón de la cadena. [...] El poderío militar de Rusia va creciendo rápidamente; el refuerzo estratégico del saliente polaco hará insostenible la situación. Austria cada vez más débil y con menos movilidad [...]

Estas preocupaciones acerca de Rusia se entrelazaban con dudas sobre la fiabilidad y la longevidad de la alianza con Austria:

> El canciller habla de decisiones de peso. El asesinato de Francisco Fernando. Involucrada la Administración serbia. Austria quiere recuperar la serenidad. Carta de Francisco José preguntando acerca de la disposición de la alianza a actuar.
>
> Es nuestro viejo dilema con cada acción de Austria en los Balcanes. Si los animamos, dirán que los hemos empujado a hacerlo. Si les aconsejamos que no lo hagan, dirán que los hemos dejado en la estacada. Entonces se acercarán a las potencias occidentales, que están con los brazos abiertos, y perderemos nuestro último aliado razonable.[52]

Al día siguiente, durante una conversación con Riezler, Bethmann comentó que Austria era incapaz de «entrar en una guerra como aliada nuestra en defensa de una causa alemana».[53] En cambio, una guerra «desde el este», surgida de un conflicto en los Balcanes, e impulsada en primera instancia por los intereses austrohúngaros, garantizaría que los intereses de Viena estuvieran totalmente comprometidos: «Si la guerra viene del este, de modo que podamos entrar en la batalla en defensa de Austria-

Hungría, y no Austria-Hungría en defensa nuestra, tenemos algunas perspectivas de éxito».[54] Ese argumento era un reflejo exacto de uno de los razonamientos centrales de los dirigentes franceses, a saber, que una guerra con origen en los Balcanes tenía las máximas probabilidades de involucrar plenamente a Rusia en apoyo de la empresa común contra Alemania. Ni los dirigentes franceses ni los alemanes confiaban en que sus respectivos aliados se comprometieran plenamente en un conflicto en que estaban en juego sobre todo los intereses de sus propios países.

EL CAMINO HACIA EL ULTIMÁTUM AUSTRIACO

Podría decirse que se había tomado una decisión: los austriacos, o por lo menos el entorno de Berchtold, aspiraban a buscar una resolución militar de su conflicto con Serbia. Pero en todas las demás cuestiones, la polifacética actitud de Viena en materia de políticas todavía no había logrado llegar a una postura coherente. Por ejemplo, cuando Hoyos partió para Berlín, seguía sin haber acuerdo sobre qué política había que adoptar frente a Serbia tras una victoria de Austria. Cuando Zimmermann preguntó por los objetivos de Austria para después de la guerra, Hoyos respondió con una extravagante improvisación: Serbia, dijo, iba a repartirse entre Austria, Bulgaria y Rumanía. Hoyos no tenía autoridad para proponer semejante plan a Zimmermann, y tampoco sus colegas austriacos habían acordado una política de partición. Posteriormente Hoyos recordaba que se había inventado la política de partición porque temía que los alemanes perdieran la fe en los austriacos si llegaban a la conclusión de «que éramos incapaces de formular con precisión nuestra política para Serbia, y que no teníamos unos objetivos claros»; era irrelevante qué objetivos, lo que importaba era transmitir al aliado una apariencia de determinación y firmeza.[55] Tisza se puso furioso cuando se enteró de la indiscreción de Hoyos; los húngaros, en medida aún mayor que la élite política de Viena, consi-

deraban con auténtico espanto la perspectiva de que en el Imperio Austrohúngaro hubiera todavía más súbditos eslavos del sur descontentos. Posteriormente Viena dejó claro que no tenía intención de anexionarse ningún territorio serbio. Pero la extraordinaria metedura de pata de Hoyos revela en cierta medida el modo inconexo en que evolucionó la política de Austria durante la crisis.

Otro problema eran los tiempos. Los alemanes habían insistido en que si iba a producirse una acción contra Serbia, debía ser a la mayor brevedad posible, aprovechando que la indignación popular por los asesinatos estaba todavía caliente. Pero la rapidez no era un rasgo destacado de la cultura política austriaca. Muy pronto quedó claro que pasaría algún tiempo antes de que pudiera iniciarse una acción militar. Había dos motivos principales para aquella lentitud. El primero era político. En una reunión del Consejo de Ministros conjunto, celebrada en Viena el 7 de julio, al día siguiente del regreso de Hoyos de Berlín, quedó claro que seguía habiendo desacuerdo entre los principales dirigentes sobre la forma de proceder. Berchtold inició la reunión recordando a sus colegas que únicamente era posible estabilizar Bosnia-Herzegovina si se solucionaba la amenaza exterior que planteaba Belgrado. Si no se emprendía acción alguna, la capacidad del Imperio para afrontar el problema de los movimientos irredentistas patrocinados por Rusia en las zonas de población eslava del sur y rumana iría deteriorándose rápidamente. Se trataba de un argumento calculado para recabar el apoyo del primer ministro húngaro, el conde Tisza, para quien la estabilidad de Transilvania era una preocupación fundamental. Tisza no parecía convencido. En su respuesta a Berchtold, Tisza admitió que la actitud de la prensa serbia y los resultados de la investigación policial en Sarajevo reforzaban los argumentos a favor de un ataque militar. Pero primero había que agotar las opciones diplomáticas. Había que presentarle un ultimátum a Belgra-

do, cuyas condiciones debían ser «firmes, pero no imposibles de cumplir». Había que movilizar fuerzas suficientes para proteger a Transilvania de un ataque oportunista por parte de Rumanía. Después, Viena debía procurar consolidar su posición entre las potencias balcánicas: debía tratar de estrechar sus relaciones con Bulgaria y con el Imperio Otomano, con la esperanza de crear un contrapeso a Serbia en los Balcanes, y «obligar a Rumanía a reintegrarse en la Triple Alianza».[56]

En todo lo anterior no había nada que pudiera extrañar a ninguno de los asistentes a la reunión: se trataba de la postura habitual de Budapest, en la que Transilvania ocupaba un lugar primordial. Pero Tisza se enfrentaba a un bloque compacto de colegas decididos a plantearle a Serbia unas exigencias que todos esperaban que Belgrado rechazara. Un éxito meramente diplomático, advertía el ministro de la Guerra, Krobatin, no tendría valor alguno, ya que en Belgrado, en Bucarest, en San Petersburgo, y en las zonas de población eslava del sur del Imperio se interpretaría como una señal de la debilidad y la falta de decisión de Viena. A Austria-Hungría se le estaba agotando el tiempo –con cada año que pasaba, la situación de seguridad del Imperio en la península de los Balcanes se iba volviendo cada vez más frágil. Las conclusiones que figuran en las actas, y que fueron redactadas nada menos que por el conde Hoyos, reflejaban una combinación curiosa y no del todo coherente de las principales posturas. Todo el mundo coincidía, en primer lugar, en la necesidad de una rápida resolución del contencioso con Serbia, «ya fuera por medios militares o pacíficos». En segundo lugar, los ministros accedían a aceptar la sugerencia del conde Tisza en el sentido de que la movilización contra Serbia debía producirse únicamente después de plantearle un ultimátum a Belgrado. Por último, se señalaba que todos los asistentes, a excepción del primer ministro húngaro, eran de la opinión de que un éxito puramente diplomático, aunque entrañara una «humi-

llación sensacional» de Serbia, carecería de valor, y que por consiguiente el ultimátum debía formularse en unos términos lo suficientemente duros como para que su rechazo estuviera asegurado, «de modo que quede despejado el camino para una solución radical por medio de una intervención militar».[57]

Después del almuerzo, Conrad y Karl Kailer, en representación del jefe de Estado Mayor de la Armada, se incorporaron a la reunión y los ministros pasaron revista a los planes militares. A instancias de Krobatin, ministro de la Guerra, Conrad explicó que aunque el plan contra Serbia (denominado «Plan B», por «Balcanes») preveía el despliegue de un gran número de tropas en la frontera sur, una intervención de Rusia en el conflicto obligaría a los austriacos a trasladar el foco de las operaciones desde el sur al nordeste. Puede que hiciera falta algún tiempo para determinar si, y cuándo, sería necesario ese traslado, pero Conrad esperaba saber si iba a tener que tomar en cuenta a Rusia al cabo de cinco días desde el comienzo de la movilización. Esa demora podría incluso significar la necesidad de cederles a los rusos una parte del norte de Galitzia en primera instancia. Todavía no estaba claro cómo iba a llevarse a cabo exactamente la complicada tarea de cambiar de marcha de un plan de guerra a otro, y los ministros no lo preguntaron.[58]

Aquella discusión marcó un antes y un después. Una vez concluida la reunión, las probabilidades de una salida pacífica eran mínimas.[59] No obstante, seguía sin haber indicios de una acción precipitada. Se rechazó la opción de un ataque inmediato por sorpresa y sin declaración de guerra. Tisza, cuya aprobación era constitucionalmente necesaria para una resolución de tanta importancia, seguía insistiendo en que primero había que humillar diplomáticamente a Serbia. Únicamente cedió ante la opinión de la mayoría al cabo de una semana, sobre todo porque terminó por convencerse de que no afrontar la cuestión serbia tendría un efecto desestabilizador en la Transilvania húngara. Sin em-

bargo, existía otro impedimento mucho más complicado en contra de una acción rápida. En las áreas rurales del Imperio Austrohúngaro, el servicio militar durante el verano creaba graves trastornos, porque apartaba de sus hogares y de los campos a los hombres jóvenes justo en el momento que se recogía la mayoría de las cosechas. A fin de paliar el problema, el Estado Mayor austriaco había ideado un sistema de permisos para la cosecha que permitía a los hombres que estaban en servicio activo regresar a sus granjas familiares para ayudar, y después reincorporarse a sus unidades a tiempo para las maniobras de verano. El 6 de julio, la víspera de la reunión, Conrad había averiguado que las tropas que prestaban servicio en las unidades de Agram (Zagreb), Graz, Pressburg (Bratislava), Cracovia, Temesvar (Timisoara), Innsbruck y Budapest, en aquellos momentos estaban de permiso de cosecha, y no volverían a estar de servicio hasta el 25 de julio.

Así pues, Conrad no tenía muchas opciones: podía cursar una orden para cancelar los nuevos permisos (cosa que hizo), pero no podía llamar a filas a los muchos miles de hombres que ya estaban de permiso de verano sin perturbar gravemente la cosecha, provocando así el descontento entre los campesinos de muchas áreas con minorías nacionales, sobrecargando el sistema ferroviario, y levantando la sospecha por toda Europa de que Austria estaba planeando un inminente ataque militar. Resulta extraño, cuando menos, que Conrad, que era el arquitecto de aquellas disposiciones sobre permisos, no previera ese problema cuando le propuso a Berchtold, la tarde del día siguiente a los asesinatos, que Austria organizara un ataque inmediato contra Serbia, a la manera del ataque japonés contra la flota rusa en Port Arthur en 1904, que se inició sin una previa declaración de guerra.[60]

Mientras tanto, en Viena se había alcanzado cierto grado de unanimidad sobre el rumbo a seguir. Durante una nueva reu-

nión celebrada en la ciudad el 14 de julio, se acordó que el Consejo de Ministros del domingo 19 de julio revisaría y aprobaría el texto del ultimátum. Pero el ultimátum en sí únicamente se presentaría al Gobierno de Belgrado el jueves 23 de julio. Con ello se quería evitar que coincidiera con una visita de Estado del presidente Raymond Poincaré y de su nuevo primer ministro, René Viviani, a San Petersburgo, programada para los días 20 a 23 de julio. Berchtold y Tisza estaban de acuerdo en que «enviar un ultimátum durante ese encuentro en San Petersburgo se consideraría una afrenta, y que la conversación personal entre el presidente de la República y Su Majestad el emperador de Rusia [...] incrementaría la probabilidad de una intervención militar de Rusia y Francia».[61]

A partir de aquel momento, el secreto era de la máxima importancia, tanto por razones estratégicas como por razones diplomáticas. El 10 de julio, Conrad informaba a Berchtold de que era esencial evitar cualquier acción que pudiera suponer un aviso por anticipado a los serbios de las intenciones de Austria, lo que les concedería tiempo para anticiparse al Ejército austriaco.[62] Las últimas evaluaciones austriacas de la fuerza militar serbia sugerían que el Ejército serbio no iba a ser un enemigo cualquiera. (Lo acertado de esas estimaciones quedaría claro durante el invierno de 1914, cuando el Ejército serbio logró expulsar a los austriacos de su territorio.) El secreto también resultaba esencial porque para Viena representaba la única esperanza de presentar sus exigencias a Belgrado antes de que las potencias de la Entente tuvieran la oportunidad de deliberar conjuntamente acerca de cómo responder –de ahí la importancia de evitar los días en que Poincaré y Viviani iban a estar de visita en San Petersburgo. Por consiguiente, Berchtold ordenó que se exigiera firmemente a la prensa que evitara el asunto de Serbia. Esa medida aparentemente dio resultado: hubo una notable disminución de los artículos sobre temas serbios en los periódicos

durante las semanas centrales de la crisis –un estado de cosas que contribuyó a generar una engañosa sensación de tranquilidad entre el público, justo en el momento en que en realidad la crisis estaba a punto de entrar en su fase más peligrosa. En sus relaciones oficiales con Rusia, Viena se tomó muchas molestias a fin de evitar el mínimo roce; Szapáry, el embajador austriaco en San Petersburgo, fue especialmente solícito en sus esfuerzos para tranquilizar al Ministerio de Exteriores ruso, asegurándole que todo iba bien.[63]

Por desgracia, aquella política de sigilo se vio comprometida por culpa de una filtración que tuvo su origen, por extraño que parezca, en Berlín. El 11 de julio, el secretario de Estado alemán, Gottlieb von Jagow, informó al embajador alemán en Roma de las intenciones de Austria. Flotow le trasladó esa información al ministro de Asuntos Exteriores italiano, San Giuliano, y el Ministerio de Exteriores italiano rápidamente transmitió la información por telégrafo codificado a las embajadas italianas en San Petersburgo, Bucarest y Viena. Los austriacos, que habían descifrado el código italiano y que vigilaban muy de cerca el tráfico diplomático entre Viena y Roma, se enteraron casi de inmediato de que los italianos ya tenían conocimiento de los planes de Austria a través de una fuente alemana, y que se los habían comunicado a dos capitales hostiles, con la intención de alentar a los rusos y a los rumanos para impedir la acción de Austria adoptando una «actitud amenazadora» en Viena y en Berlín.[64] Además, los austriacos también tenían buenos motivos para suponer que los propios rusos, cuya habilidad para descifrar mensajes no tenía parangón en toda Europa, habían interceptado los telegramas italianos y se habían enterado de la inminencia del ultimátum. De hecho, los rusos no tenían ninguna necesidad de esas intercepciones de los mensajes de Italia, ya que también se habían enterado del proyecto de ultimátum a través de otras dos filtraciones, procedentes de Alemania y de Austria. El 16 de

julio, durante una conversación con el conde Lützow, un diplomático alemán jubilado, el embajador ruso en Viena se enteró de que los austriacos estaban redactando una nota, expresada «en unos términos muy duros» y que contenía, en palabras del embajador, «exigencias inaceptables para cualquier Estado independiente». La fuente de Lützow, por asombroso que parezca, fue una larga y franca conversación con Berchtold y Forgách en Viena. El informe de Shebeko sobre aquel sensacional descubrimiento fue a parar directamente, a través del Ministerio de Exteriores ruso, a manos del zar Nicolás II. El zar añadió un sorprendente comentario: «A mi juicio, ningún país puede presentar exigencias a otro, a menos que haya decidido librar una guerra».[65] Nada podría expresar más claramente la negación por parte de Rusia del derecho de Austria a insistir en que Belgrado le ofreciera todo tipo de reparaciones.

Esos fallos del secretismo austriaco tuvieron dos importantes efectos. El primero fue sencillamente que hacia el 20 de julio, los rusos y sus grandes potencias aliadas estaban bastante al tanto de lo que tramaban los austriacos. También las autoridades serbias estaban informadas, como sabemos por un informe del 17 de julio redactado por Crackanthorpe, el embajador británico en Belgrado.[66] Tanto en San Petersburgo como en Belgrado, ese conocimiento previo facilitó la formulación y la coordinación –*con anterioridad a la presentación del ultimátum a Belgrado*– de una firme posición de rechazo, elocuentemente expresada en la circular de Pašić del 19 de julio a las embajadas serbias en el extranjero: «no podemos aceptar unas exigencias que ningún otro país que respete su propia independencia y dignidad estaría dispuesto a aceptar».[67] Aquello significaba, entre otras cosas, que había habido tiempo suficiente para que maduraran los puntos de vista respecto a un posible ultimátum cuando el Jefe del Estado francés y su primer ministro llegaron a San Petersburgo el 20 de julio. La idea –proclamada por Sazonov y

posteriormente difundida por la literatura– de que la noticia del ultimátum resultó un tremendo shock para los rusos y los franceses el 23 de julio, cuando se presentó la nota al ministro de Asuntos Exteriores serbio, es absurda.

El segundo efecto tenía que ver con el manejo por parte de Viena de su aliado alemán. Berchtold recriminaba a los alemanes que hubieran puesto en peligro su estrategia de sigilo, y respondió a las filtraciones cortando las comunicaciones con Berlín, con el resultado de que los alemanes no estaban mejor informados del contenido exacto del inminente ultimátum austriaco que sus adversarios de la Entente. Uno de los rasgos más extraños de la forma en que Austria manejó la crisis es que tan solo se envió una copia del ultimátum a los dirigentes de Berlín el 22 de julio por la tarde.[68] Sin embargo, las alegaciones de desconocimiento por parte de los alemanes, como es natural, sonaron falsas entre los diplomáticos de la Entente, que las consideraron una prueba de que los alemanes y los austriacos estaban de acuerdo en la planificación en secreto de una empresa conjunta largamente preparada, que debía afrontarse con una respuesta coordinada y firme –una suposición que no auguraba nada bueno para la paz en el momento en que la crisis entraba en su fase final.

Vale la pena mencionar una vez más las peculiaridades del proceso de toma de decisiones de los austrohúngaros. Berchtold, menospreciado por muchos de los halcones de la administración porque le consideraban una persona fácil de manipular e incapaz de tomar una postura clara, asumió el control del debate sobre la política a seguir después del 28 de junio de una forma bastante admirable. Pero únicamente fue capaz de hacerlo a través de un arduo proceso de construcción de consenso, que le llevó mucho tiempo. Las desconcertantes disonancias de los documentos que van desgranando el avance de la decisión

de Austria a favor de la guerra reflejan la necesidad de incorporar puntos de vista opuestos –sin conciliarlos necesariamente.

Tal vez el defecto más llamativo de la toma de decisiones de los austriacos era la estrechez de los campos de visión individuales y colectivos. Los austriacos parecían erizos correteando para cruzar una autopista, pero sin querer mirar los coches que pasaban a toda velocidad.[69] No cabe duda de que los dirigentes austriacos atisbaban la trascendental posibilidad de una movilización general de Rusia, y de la guerra europea generalizada que inevitablemente le seguiría, y la debatieron en varias ocasiones. Pero esa posibilidad nunca se integró en el proceso por el que se sopesaban y se evaluaban las distintas opciones. No se prestó una atención constante a la cuestión de si Austria-Hungría estaba en condiciones de librar una guerra con una o más potencias europeas.[70] Existen numerosas razones posibles para explicarlo. Una de ellas era la extraordinaria confianza de la administración austrohúngara en el poderío militar alemán, lo que en primera instancia bastaría, o eso se creía, para disuadir a Rusia, y, en caso contrario, para derrotarla.[71] La segunda era que la estructura en forma de colmena de la élite política austrohúngara sencillamente no favorecía la formulación de decisiones a través de la criba y la compensación de informaciones contradictorias. Los participantes en el debate tendían a prodigarse en fuertes declaraciones de opinión, a menudo agudizadas por recriminaciones mutuas, en vez de intentar contemplar exhaustivamente todos los problemas a los que se enfrentaba Viena. El solipsismo de la toma de decisiones de los austriacos también reflejaba una profunda sensación de aislamiento geopolítico. La idea de que los estadistas austrohúngaros tenían «una responsabilidad para con Europa» era una estupidez, como señalaba un miembro de los círculos políticos, «porque Europa no existe. La opinión pública de Rusia y de Francia [...] siempre sostendrá que nosotros somos los culpables, aunque los serbios, en una si-

tuación de paz, nos invadieran una noche por millares, armados con bombas».[72] Pero la razón más importante de la desconcertante estrechez del debate político austriaco es sin duda que los austriacos estaban tan convencidos de la rectitud de su caso y del remedio que proponían contra Serbia que no eran capaces de concebir ninguna otra alternativa –incluso Tisza, al fin y al cabo, había aceptado a partir del 7 de julio que Belgrado estaba implicada en los crímenes de Sarajevo, y en principio estaba dispuesto a contemplar una respuesta militar, siempre y cuando los tiempos y el contexto diplomático fueran los adecuados. La inacción simplemente confirmaría la convicción generalizada de que el Imperio Austrohúngaro tenía los días contados. Por otra parte, el efecto moral de una acción decidida resultaría transformador: «Austria-Hungría [...] volvería a creer en sí misma. Significaría: "Tengo voluntad, luego existo"».[73]

En resumen, los austriacos estaban en el proceso de tomar lo que los teóricos de la decisión han denominado una «decisión de opción», donde lo que está en juego es de una importancia inimaginable, donde las repercusiones son transformadoras e irreversibles, los niveles de emoción son elevados, y las consecuencias de no actuar son potencialmente duraderas. Las decisiones de ese tipo pueden adquirir una dimensión existencial, en el sentido de que prometen reinventar al sujeto que toma la decisión, y convertirlo en algo que no era anteriormente. En el núcleo de ese tipo de decisiones hay algo que está arraigado en la identidad, y que no es fácil de racionalizar.[74] Eso no implica que la toma de decisiones de los austriacos fuera «irracional». Aquella crisis se evaluó a la luz de los acontecimientos pasados, y en el debate se tuvieron en cuenta distintos factores y riesgos. Tampoco resulta fácil concebir cómo habrían podido lograr que funcionara una solución menos drástica, teniendo en cuenta la renuencia de las autoridades serbias a cumplir las expectativas austriacas, la inexistencia de organismos jurídicos internaciona-

les capaces de arbitrar en ese tipo de casos, y la imposibilidad en el clima internacional de aquellos años de hacer cumplir a Belgrado dichas expectativas en el futuro. No obstante, en la raíz de la respuesta austriaca –en mucha mayor medida que para los demás actores de 1914– había un salto al vacío temperamental, intuitivo, un «descarnado acto de decisión»[75] basado en un concepto compartido de lo que era el Imperio Austrohúngaro y de lo que debía ser si pretendía seguir siendo una gran potencia.

LA EXTRAÑA MUERTE DE NIKOLAI HARTWIG

Durante aquella fase de tranquilización de la política exterior austriaca falleció repentinamente el embajador ruso en Belgrado. Hartwig había padecido durante algún tiempo una angina de pecho. Era obeso, y propenso a unos dolores de cabeza cada vez más intensos, una consecuencia no solo del estrés, sino probablemente también de la hipertensión. Tenía la costumbre de realizar todos los veranos una cura de adelgazamiento en Bad Nauheim, de donde regresaba con la moral restablecida y con unos cuantos kilos menos. Cuando un subordinado suyo, Basil Strandmann, al enterarse de la noticia de los asesinatos, interrumpió sus vacaciones en Venecia y regresó a Belgrado, encontró a Hartwig en un estado físico deficiente, y ansioso por emprender su cura. El embajador le informó que «dado que no cabe esperar ningún acontecimiento importante antes del otoño», había cursado una solicitud para tomarse vacaciones a partir del 13 de julio.

El 10 de julio, tres días antes de la fecha prevista para su partida, Hartwig se enteró de que el embajador austriaco, el barón Giesl, acababa de regresar a Belgrado. Telefoneó a la embajada austriaca y concertó una visita con el fin de clarificar diversos malentendidos. En Belgrado se había dado amplia difusión a la noticia de que el 3 de julio, el día de la misa de réquiem en honor al archiduque, la embajada rusa había sido la única en toda

la capital serbia que no hizo ondear su bandera a media asta. Tanto el jefe de la legación italiana como el de la británica habían advertido la omisión.[76] Por añadidura, la tarde del día siguiente a los asesinatos, se dijo que Hartwig había celebrado una recepción en su embajada, y los gritos de júbilo y las risas podían oírse desde las calles adyacentes. Probablemente el embajador ruso también estaba preocupado porque pudieran haber llegado noticias de alguna otra indiscreción a oídos de su colega austriaco.[77] De hecho, la entrevista fue bastante amistosa. Giesl aceptó cordialmente las explicaciones y las disculpas de Hartwig, y los dos hombres se pusieron cómodos para sostener una larga conversación en el despacho de Giesl.

Tras hablar durante un rato de su mala salud y de sus planes para las vacaciones, Hartwig pasó al asunto principal de su visita, la defensa de la inocencia de Serbia en los asesinatos y sus intenciones para el futuro. Pero apenas había terminado de decir su primera frase cuando, aproximadamente a las 9.20 de la noche, perdió el conocimiento y fue deslizándose, con el cigarrillo todavía encendido entre los dedos, desde el diván hasta la alfombra. El coche de Hartwig partió a toda prisa en busca de su hija Ludmilla, y acudió un médico serbio de la zona, seguido del médico personal de Hartwig, pero a pesar de la aplicación de agua, colonia, éter y hielo, resultó imposible que recobrara el conocimiento. La hija de Hartwig hizo caso omiso de las muestras de empatía de la baronesa Giesl, con el comentario de que «las palabras de los austriacos» no le interesaban. Ludmilla von Hartwig, que había pasado la velada con el príncipe heredero Alejandro de Serbia, insistió en inspeccionar la habitación donde había fallecido su padre, hurgó en el interior de unos grandes jarrones japoneses, olfateó el frasco de colonia que se había utilizado para reanimar a Hartwig, y preguntó secamente si a su padre le habían dado algo de comer o de beber. Giesl respondió que el embajador únicamente se había fumado unos cigarrillos

rusos que había traído consigo. La hija pidió las colillas y se las llevó en el bolso. Ni la evidencia de la enfermedad de Hartwig, quien nunca la había ocultado ni las garantías del embajador austriaco pudieron impedir que circularan teorías de un asesinato por toda la capital.[78] Un periódico se refería a Giesl y a su esposa como «modernos Borgias», que envenenaban a los invitados incómodos, y unos días después el propio Giesl oyó en su barbería una conversación entre dos clientes:

> Austria nos envía unos embajadores extraños. Primero tuvimos a un imbécil [Forgách] y ahora tenemos a un asesino. Giesl se ha traído de Viena una silla eléctrica que provoca la muerte instantánea del que se sienta en ella, sin dejar el mínimo rastro.[79]

Afortunadamente, ninguno de los dos interlocutores reconoció a Giesl, que estaba sentado en el sillón de al lado. A petición de la familia de Hartwig y del Gobierno de Belgrado, Sazonov dio permiso para que Hartwig fuera enterrado en Serbia, un procedimiento muy insólito en el caso de un diplomático ruso fallecido estando de servicio en el extranjero.[80] Las expresiones públicas de dolor, y la pompa sin precedentes que acompañaron al funeral de Estado de Hartwig en Belgrado, testimoniaban el extraordinario lugar que ocupaba en la conciencia pública serbia. Comoquiera que se valore la contribución de Hartwig a la política en los Balcanes, sería una grosería negar que el embajador ruso ya había logrado sus principales objetivos cuando se desmayó en el diván de Giesl. En palabras de Descos, el embajador francés, Hartwig falleció justo en el momento en que su «voluntad indomable» había triunfado a base de «imponer su autoridad absoluta al nacionalismo serbio, y a Europa la cuestión serbia de la forma violenta que tanto le gustaba».[81]

9

Los franceses en San Petersburgo

EL CONDE DE ROBIEN CAMBIA DE TREN

El 6 de julio de 1914, Louis de Robien, diplomático francés de 26 años, partió de París para San Petersburgo, donde había sido nombrado agregado en la embajada francesa. La fecha de su partida se había adelantado a fin de que llegara con tiempo suficiente para echar una mano con los preparativos de la visita de Estado del presidente Poincaré, que estaba programada para el 20 de julio. Para ganar tiempo, De Robien no tomó el Expreso del Norte, que no tenía una frecuencia diaria, sino que viajó en un coche-cama normal a bordo del tren rápido a Colonia. Tuvo tiempo de contemplar brevemente el Rin y la gran catedral gótica antes de que el tren al que trasbordó le condujera a través de la región industrial del Ruhr, «siempre tan impresionante y no carente de cierta belleza». Desde allí el tren avanzaba hacia el este, cruzando Alemania por su punto más ancho, hasta llegar a Wirballen (la actual ciudad lituana de Kybartai), en la frontera este de Prusia Oriental. Allí, no sin cierto enojo, De Robien tuvo que abandonar su cómodo coche-cama alemán y cambiar de tren debido a la diferencia entre el ancho de vía ruso y el del resto de Europa. Su primer encuentro con los lugareños al otro lado de la frontera le provocó una profunda impresión: en cuanto el tren se detuvo, los vagones fueron invadidos por una «horda de personas barbudas», que llevaban botas y delantales blancos, y que se hicieron cargo de su equipaje con tanta premura

que fue incapaz de seguirles. De Robien y sus compañeros de viaje fueron encauzados hacia una barricada ante la que se hallaban unos «soldados con grandes sables». Allí se verificaron sus pasaportes, un procedimiento que asombró a De Robien, porque «en aquella era de libertad, uno podía viajar a cualquier parte de Europa, salvo a Rusia, sin llevar un pasaporte». Tras presentar su documentación de viaje, De Robien esperó en una enorme sala en cuyos rincones había unos iconos, iluminados con atriles llenos de velas encendidas, un «extraño equipamiento», a su juicio, para lo que a todos los efectos era una sala de espera. Finalmente concluyeron las formalidades y el tren atravesó una campiña «de una terrible tristeza», tachonada de pueblos por encima de los cuales se erguían las cúpulas acebolladas de las iglesias. Intentó hablar con algunos funcionarios, que parecían ser maquinistas, pero no hablaban más que unas pocas palabras de alemán. «Nos daba la sensación», recuerda De Robien, «de estar en China.»[1]

Su llegada a San Petersburgo, donde iba a pasar los años de la guerra, y donde iba a vivir el cataclismo de dos revoluciones, no contribuyó a disipar su sensación de extrañeza. Por el contrario, simplemente «culminó nuestra decepción». La capital de Rusia estaba llena de «horribles y pequeños carruajes, calles largas y mal conservadas, y cocheros barbudos y de aspecto exótico». Inicialmente había hecho una reserva en el Hotel France, donde las habitaciones eran grandes, pero el mobiliario era tan feo, y el ambiente tan poco confortable y tan «distinto del ambiente al que estamos acostumbrados en Europa», que decidió cancelar su reserva y trasladarse al Hotel d'Europe, en la «famosa Prospekt Nevsky». Pero tampoco el Hotel d'Europe era particularmente europeo, y las tiendas de la gran avenida que bordea el río resultaban decepcionantes –la mejor de aquellas tiendas, escribía el noble parisino, le recordaba a una ciudad de provincias francesa.[2]

Moverse por la ciudad resultaba difícil, porque casi ningún transeúnte era capaz de entenderle, lo que le resultó chocante, dado que sus colegas de París le habían asegurado que todo el mundo estaba familiarizado con la lengua francesa. La comida y la bebida de la ciudad fueron de escaso consuelo para el exigente conde: la cocina rusa, relataba, era espantosa, sobre todo las sopas de pescado, que eran «detestables»; tan solo el *borshch* le llamó la atención como «una receta digna de figurar en el menú». En cuanto a «su vodka», que se bebía de un trago, era «indigno de un paladar civilizado, educado en el pausado disfrute de nuestros coñacs, nuestros armañacs, nuestros orujos y nuestros kirsch».[3]

Tras lograr orientarse en la ciudad, De Robien se dirigió a su nuevo lugar de trabajo. Le sirvió de algún consuelo que la embajada francesa, que ocupaba un excelente palacio que había pertenecido a la familia Dolgoruki, estuviera situada en uno de los puntos más bonitos de la orilla del Neva. A De Robien le llamaron especialmente la atención los lacayos, con sus libreas azules y sus pantalones bombachos. En la planta baja, con vistas al río, se hallaba el despacho del embajador, decorado con tapices y cuadros de Van der Meulen. Al lado del despacho había una habitación más pequeña donde se encontraba el teléfono –allí era donde el personal de la embajada se congregaba todas las tardes para el ritual de tomar el té. Junto a aquella habitación estaba el despacho del consejero, *monsieur* Doulcet, cuyas paredes estaban decoradas con retratos de todos los embajadores de Francia en la corte de Rusia. Al fondo, detrás de un despacho abarrotado de secretarias y archivadores, había una puerta que daba a la cámara acorazada de la embajada, donde se guardaban los documentos secretos y los códigos de las transmisiones. El orgullo de la embajada eran el gran salón de la primera planta y un precioso tocador tapizado de damasco verde y oro, con unos cuadros de Guardi que pertenecían al embajador,

y unos sillones dorados que se decía que habían embellecido las habitaciones de María Antonieta.[4]

De Robien ya conocía al embajador Maurice Paléologue, una imponente figura que llevaba en el cargo desde el mes de enero, y que iba a presidir la vida de la embajada hasta su partida tres años después. Unas fotografías tomadas en 1914 muestran a un hombre pulcro, de mediana estatura, con la cabeza afeitada y «unos ojos muy brillantes profundamente hundidos en sus órbitas». Paléologue era un «soñador, más que un diplomático», recordaba De Robien. Contemplaba todos los acontecimientos desde un punto de vista teatral y literario. «Siempre que relataba un acontecimiento o intentaba recordar una conversación, los recreaba casi totalmente en su imaginación, y les confería más intensidad que en la realidad». Paléologue estaba sumamente orgulloso de su apellido, que él afirmaba (engañosamente) haber heredado de los emperadores de la antigua Bizancio. Compensaba su «exótico» abolengo (su padre era un refugiado político griego y su madre una música belga) con un patriotismo apasionado y efusivo y un deseo de proyectarse como la encarnación del refinamiento y de la superioridad cultural de Francia.

Una vez instalado en San Petersburgo, Paléologue, que nunca había ocupado un cargo tan alto, muy pronto se puso a la altura de las dimensiones de su nuevo despacho. De Robien observaba la forma en que el embajador dejaba sentir su importancia a los representantes de los países «menores»: cuando el secretario anunciaba la llegada del embajador belga, Buisseret, o de su colega holandés, Sweerts, Paléologue tenía la costumbre de salir a dar un paseo por la puerta de atrás, a fin de saludarles en la antesala una hora después con los brazos abiertos diciendo «Querido amigo, hoy he tenido tanto que hacer…». Su afición por la extravagancia y la ostentación era excepcional, incluso en el mundo de los embajadores de alto rango. En la alta socie-

dad de San Petersburgo se daba mucha importancia al hecho de que las cenas de la embajada corrían a cargo del *chef* que Paléologue había traído consigo desde París. De Robien achacaba todo aquello al origen «oriental» de Paléologue, y añadía maliciosamente que, igual que ocurre con muchos advenedizos, la afición de Paléologue a la magnificencia resultaba un tanto afectada y poco natural.[5]

A Paléologue le horrorizaba el tipo de informes detallados que eran el pan de cada día de la diplomacia más prosaica, y prefería dar forma a sus impresiones mediante animadas escenas, reforzadas con diálogos donde las expresiones pegadizas sustituían a los largos y a menudo ambiguos circunloquios que formaban parte de los intercambios cotidianos de los diplomáticos que trabajaban en Rusia. De Robien recordaba un día en particular, en que estaba previsto que el embajador fuera recibido en audiencia por el zar para mantener una conversación sobre un importante asunto militar. Paléologue quería que el despacho se enviara inmediatamente después de su regreso a la embajada, para que llegara a París en el momento en que «tuviera el máximo efecto». Para lograrlo, redactó por anticipado el relato de su reunión, incluso antes de salir de la embajada para ir a ver al soberano ruso. De Robien y sus colegas se pusieron manos a la obra para codificar una detallada narración de una conversación que nunca tuvo lugar. En todo aquel falso informe, el conde recordaba una expresión muy típica de Paléologue: «En aquel momento, la entrevista llegó a un punto de inflexión crucial, y el emperador me ofreció un cigarrillo».[6]

Los comentarios de De Robien sobre el embajador, aunque hostiles, probablemente eran acertados. Paléologue era una de las personalidades más iridescentes que hayan desempeñado el cargo de embajador al servicio de Francia. Durante muchos años había languidecido en la Central de París, condenado a tediosas tareas de copista. Posteriormente le encargaron llevar el

registro de los archivos secretos, sobre todo los referentes a la Alianza franco-rusa, y actuó de enlace entre el Ministerio de Asuntos Exteriores y los servicios de inteligencia del Ejército, un trabajo que le encantaba. Sus largos años como guardián de la visión acumulada de la alianza y de las amenazas a las que se enfrentaba –por ejemplo Paléologue tuvo acceso a la información secreta de Francia sobre el plan alemán de movilización en dos flancos– le infundieron una visión de las relaciones exteriores de Francia que se centraba estrechamente en la amenaza alemana y en la importancia primordial de la cohesión de los aliados.[7] Sus escritos sobre historia transmiten un concepto romántico del gran hombre como alguien que se entrega a los momentos decisivos para la historia mundial:

> En determinados casos [decía Paléologue en su biografía del conde de Cavour], el hombre sabio deja muchas cosas al azar; la razón le insta a obedecer ciegamente los impulsos o los instintos que están más allá de la razón, que parecen enviados por el cielo. Ningún hombre puede decir cuándo hay que atreverse a seguirlos y cuándo hay que dejarlos a un lado; ni los libros ni las normas ni la experiencia pueden enseñárselo; únicamente un cierto sentido común y una cierta osadía pueden servirle de guía.[8]

La acusada e inquebrantable germanofobia de Paléologue iba acompañada de su gusto por los escenarios catastróficos, que muchos colegas suyos consideraban peligroso. Durante su destino en Sofía (1907-1912), uno de los pocos puestos en el extranjero que Paléologue había ocupado antes de aceptar la embajada en San Petersburgo, un colega suyo destacado allí informaba de que tanto los despachos como las conversaciones de Paléologue estaban llenos de una sombría verborrea sobre «horizontes, sobre nubarrones y tormentas amenazadoras». Realmente, es difícil encontrar algún comentario de aquella época sobre el futuro embajador que le elogie de una forma inequívoca. Sencillamente había demasiados informes negativos, observaba un veterano funcionario del Ministerio de Exteriores en mayo de 1914, para que pudiera hablarse de «confianza» en el nuevo embajador.[9]

Izvolsky le definía como un «inventor de frases, una persona fantasiosa y con mucha labia». Incluso sus propios colegas británicos en Sofía describían a Paléologue en 1912 como una persona «excitable», propensa a difundir rumores sensacionalistas y alarmistas, y un «traficante de patrañas».[10]

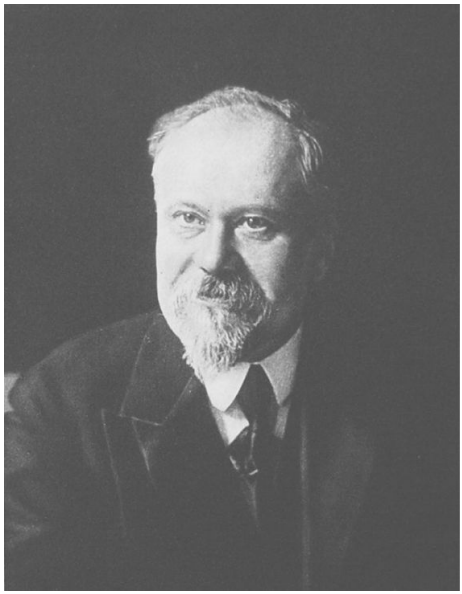
Así pues, el nombramiento de Paléologue para la embajada de San Petersburgo, el destino más sensible e importante desde el punto de vista estratégico de toda la diplomacia francesa, podría parecer un tanto sorprendente. Paléologue debía su ascenso por el escalafón más a la alineación política predominante que a la habitual batería de cualificaciones profesionales. Delcassé descubrió a Paléologue y le ascendió con decisión, principalmente porque ambos tenían la misma opinión sobre la amenaza alemana contra Francia –Delcassé encontró en Paléologue un subordinado que podía hacerse eco y reafirmar sus ideas. La estrella de Paléologue se eclipsó tras la caída de Delcassé en 1905, y acabó apañándoselas en distintos cargos menores. Fue Poincaré quien le rescató; los dos habían sido íntimos desde los tiempos en que coincidieron en el liceo Louis le Grand de París. El «gran don» de Paléologue, comentaba De Robien con maldad, consistía en haber sido compañero de clase de Poincaré y de Millerand durante el bachillerato: «debía su asombrosa trayectoria profesional a su amistad con ellos».[11] Siendo primer ministro, Poincaré mandó llamar a Paléologue desde Sofía en 1912 y le nombró director político en el Quai d'Orsay. Aquel espectacular ascenso –un asombroso salto de categoría para un hombre tan extravagante y polémico– resultó chocante a muchos de los embajadores más veteranos. El embajador francés en Madrid le comentó a Bertie que Paléologue «no estaba hecho de la pasta adecuada para ser director general», mientras que el embajador francés en Japón lo calificó de una «elección lamentable».[12] Eran palabras mayores, incluso para los estándares del servicio diplomático, donde las personas que ascendían con más facili-

dad a menudo atraían las críticas de los envidiosos. «Debemos esperar», señalaba Eyre Crowe en Londres, «que la atmósfera de París tenga un efecto sedante en *monsieur* Paléologue, aunque habitualmente ese no sea el efecto de París.»[13]

Poincaré era consciente de la mala reputación de Paléologue, e hizo lo que pudo para poner coto a sus excesos, pero los dos amigos fueron trabando una estrecha relación de trabajo, basada en un profundo acuerdo en todas las cuestiones clave. Poincaré acabó dependiendo del criterio de Paléologue.[14] De hecho, fue Paléologue quien instó a Poincaré a una mayor implicación de Francia en los Balcanes. Paléologue no creía que fuese posible conciliar los intereses de Austria y Rusia en la región, y su obsesión con los alevosos designios de Berlín y Viena le impedía ver las maquinaciones políticas de Rusia. Vio en las dos Guerras de los Balcanes una oportunidad para que Rusia consolidara su posición en la península.[15] La estrecha relación que unía a Paléologue con Poincaré fue uno de los motivos por los que Sazonov, pese a estar al tanto de sus idiosincrasias, vio con buenos ojos su nombramiento como embajador en San Petersburgo.[16] Era el hombre indicado para reanudar en enero de 1914 la tarea en el punto en que la había dejado Delcassé. En una conversación con un diplomático ruso que casualmente pasaba por París, Paléologue declaraba poco antes de partir que iba a asumir el puesto de San Petersburgo para intentar poner fin a la política de concesiones que había prevalecido hasta ese momento, y que «iba a luchar a favor de una futura política de línea dura, sin compromisos ni vacilaciones». «¡Basta ya de concesiones, debemos demostrarle nuestra fuerza a Alemania!»[17] Aquellas eran las convicciones, las actitudes y las relaciones que iban a guiar al nuevo embajador a lo largo de la crisis del verano de 1914.

POINCARÉ ZARPA HACIA RUSIA

A las 23.30 del miércoles 15 de julio, el tren presidencial partió de la Gare du Nord de París hacia Dunkerque. A bordo viajaban Raymond Poincaré, René Viviani, el nuevo primer ministro, y Pierre de Margerie, sucesor de Paléologue como director político en el Quai d'Orsay. A primera hora de la mañana siguiente, los tres hombres embarcaron en el acorazado *France* para realizar el viaje por el Báltico hasta Kronstadt y San Petersburgo. Viviani era nuevo en el cargo –el exsocialista llevaba tan solo cuatro semanas como primer ministro, y no tenía ni experiencia ni conocimiento de ningún tipo en materia de asuntos exteriores. Su principal utilidad para Poincaré consistía en que Viviani se había convertido recientemente a la causa de la Ley de los Tres Años, gozaba de numerosos seguidores en la Cámara y estaba dispuesto a apoyar el punto de vista de Poincaré en materia de defensa. Conforme fue desarrollándose la visita a Rusia, pronto quedó en evidencia que Viviani no tenía el suficiente calado político. Por el contrario, Pierre de Margerie era un experimentado diplomático de carrera que había sido llamado a París por Poincaré durante la primavera de 1912, a la edad de cincuenta y un años, para ocupar el cargo de director asociado en el Quai d'Orsay. Poincaré había creado aquel puesto de perro guardián con la esperanza de que De Margerie vigilara de cerca a Paléologue y pusiera coto a cualquier indiscreción grave por su parte. Se dio el caso de que no fue necesario. Paléologue desempeñó el cargo de forma satisfactoria para Poincaré, y cuando le llegó su recompensa en forma de un destino en San Petersburgo, De Margerie le sucedió en la dirección política. Demostró su eficacia en el cargo y –lo más importante a ojos del presidente– su lealtad política.[18] Ni Viviani ni De Margerie fueron capaces de organizar un alternativa eficaz al control de la política exterior por parte del presidente.



Raymond Poincaré

René Viviani

Poincaré tenía muchas cosas en las que pensar cuando se embarcó en el *France* en Dunkerque a las 5.00 de la mañana el 16 de julio. En primer lugar estaba la sensacional acusación por parte de Charles Humbert contra la administración militar francesa. El 13 de julio, en un discurso pronunciado ante el Senado con motivo de la entrega de su informe sobre la votación presupuestaria especial para material militar, Humbert, senador por la circunscripción del Mosa (un departamento en la frontera con Bélgica), había lanzado un durísimo ataque contra la administración militar francesa. Los fuertes franceses, afirmaba, eran de mala calidad, los cañones de las fortalezas carecían de munición y las instalaciones de radio para las comunicaciones entre un fuerte y otro eran deficientes. Cada vez que la instalación de radio alemana en Metz se ponía a transmitir, afirmaba Humbert, la estación de Verdún se estropeaba. La artillería francesa era cuantitativamente inferior a la alemana, sobre todo en cañones pesados. Hubo sobre todo un detalle que llamó la atención del público francés, y en particular de las madres de todo el país: el

Ejército sufría una lamentable escasez de botas; si estallaba una guerra, declaraba Humbert, los soldados franceses iban a tener que ir al frente tan solo con un par de botas, más una única bota de reserva, de treinta años de antigüedad, en la mochila. El discurso desencadenó una gran conmoción política. En su respuesta, el ministro de la Guerra, Adolphe Messimy, no negó la sustancia de las acusaciones, pero insistió en que se estaban logrando rápidos progresos en todos los frentes.[19] Las deficiencias en la dotación de artillería estarían subsanadas para 1917.

Todo aquello resultaba aún más irritante debido a que el hombre que encabezó la consiguiente agitación parlamentaria era Georges Clemenceau, el viejo enemigo de Poincaré, que afirmaba que la incompetencia que había dejado al descubierto el informe justificaba retirar el apoyo parlamentario al nuevo presupuesto militar. A duras penas había sido posible resolver el problema y aprobar el nuevo presupuesto militar a tiempo para evitar un aplazamiento del viaje del presidente. El día que partieron para Dunkerque, Viviani parecía nervioso y preocupado al pensar en las intrigas y las conspiraciones, pese a los esfuerzos de Poincaré para tranquilizarle.[20]

Por si aquello no fuera suficiente, estaba previsto que el juicio a *madame* Caillaux comenzara el 20 de julio, y había motivos para temer que las denuncias y revelaciones ante el tribunal pudieran desencadenar una oleada de escándalos que hiciera tambalearse al Gobierno. El calado de aquella amenaza quedó de manifiesto cuando empezó a circular el rumor de que Calmette, el director de periódico asesinado, también tenía en su poder telegramas alemanes descifrados que revelaban el alcance de las negociaciones de Caillaux con Alemania durante la crisis de Agadir en 1911. En aquellas comunicaciones –por lo menos según los telegramas–, Caillaux decía que era deseable un acercamiento con Berlín. Además, Caillaux afirmaba poseer declaraciones juradas que demostraban que Poincaré había orquestado

la campaña en su contra. El 11 de julio, tres días antes del comienzo del viaje del presidente a Rusia, Caillaux amenazó con revelar esos documentos al público si Poincaré no presionaba a favor de la absolución de su esposa.[21] La maquinaria oculta de las intrigas políticas parisinas seguía funcionando a todo gas.

A pesar de aquellas preocupaciones, Poincaré se embarcó en su viaje por el Mar Báltico en un estado de ánimo sorprendentemente tranquilo y decidido. Debió de suponerle un enorme alivio huir de París en un momento en que el juicio contra Caillaux había puesto a los periódicos en un estado de frenesí. El presidente pasó la mayor parte de los tres primeros días de la travesía sobre la cubierta del *France*, dando instrucciones a Viviani, cuyo desconocimiento de la política exterior le resultaba «chocante», para la misión en San Petersburgo.[22] Su resumen de aquellas lecciones individuales, que nos da una clara idea de lo que pensaba el propio Poincaré cuando partió de París incluía «detalles sobre la alianza», una perspectiva general de los «distintos asuntos mencionados en San Petersburgo en 1912», «los convenios militares de Francia y Rusia», el acercamiento entre Rusia e Inglaterra en relación con un convenio naval, y las «relaciones con Alemania». «Nunca he tenido problemas con Alemania», declaraba Poincaré, «porque siempre la he tratado con gran firmeza.»[23] Entre los «asuntos mencionados en San Petersburgo en 1912» estaban el refuerzo de los ferrocarriles estratégicos, la importancia de los ataques ofensivos masivos desde el saliente polaco, y la necesidad de concentrarse en Alemania como el principal adversario. Y la referencia a Inglaterra es un indicio de que Poincaré estaba pensando no solo en términos de la alianza con Rusia, sino del embrión de la Triple Entente. Allí estaba condensado el credo de Poincaré en materia de seguridad: nuestros cimientos son la alianza; es la clave indispensable para nuestra defensa militar; únicamente puede mantenerse a través de la intransigencia frente a las exigencias del bloque

contrario. Esos eran los axiomas que iban a enmarcar su interpretación de la crisis que estaba gestándose en los Balcanes.

A juzgar por las anotaciones de su diario, a Poincaré los días en el mar le resultaban profundamente relajantes. Mientras Viviani se consumía con las noticias sobre los escándalos y las intrigas de París que llegaban en fragmentos a través del radio-telégrafo desde la capital, Poincaré disfrutaba en cubierta del aire templado y del juego del sol sobre la superficie de un mar azul, peinado por «olas imperceptibles». Tan solo hubo un pequeño problema: mientras se aproximaba al puerto de Kronstadt, el *France*, que navegaba a una velocidad de 15 nudos entre las tinieblas de la madrugada del 20 de julio, tuvo la mala suerte de embestir a un remolcador ruso que acarreaba una fragata a su punto de amarre. El incidente despertó a Poincaré en su camarote. Era muy enojoso que un buque de guerra francés que navegaba por aguas neutrales, a las órdenes de un almirante de la flota, embistiera y dañara un remolcador de un país aliado. Fue, como el presidente anotó con irritación en su diario, «un gesto carente de destreza y de elegancia».

El presidente recobró su buen humor cuando contempló la brillante escena que se ofrecía a la vista del *France* mientras entraba en el puerto de Kronstadt. Desde todas direcciones acudían a dar la bienvenida a los visitantes buques de la Armada y barcos de carga y de recreo engalanados en tono festivo, y la lancha imperial se arrimó al acorazado para trasladar a Poincaré al yate del zar, el *Alexandria*. «Abandono el *France*», señaló Poincaré, «con la emoción que siempre me desborda cuando, al son de los cañones, desembarco de uno de nuestros buques de guerra.»[24] A escasa distancia, de pie junto al zar sobre el puente del *Alexandria*, donde gozaba de una excelente vista de toda la escena, Maurice Paléologue ya estaba redactando mentalmente un párrafo para sus memorias:

> Fue un espectáculo magnífico. Bajo una luz temblorosa y plateada, el *France* avanzaba lentamente sobre las olas de color turquesa y esmeralda, dejando tras de sí una larga estela blanca. Después se detuvo majestuosamente. El imponente buque de guerra, que ha traído al Jefe del Estado francés bien merece su nombre. Era realmente como si Francia estuviera viniendo a Rusia. Yo sentía los latidos de mi corazón.[25]

LA PARTIDA DE PÓQUER

No se conservan las actas de las reuniones de la cumbre que tuvo lugar a lo largo de los tres días siguientes. En la década de 1930 las buscaron en vano los directores de *Documents Diplomatiques Français*.[26] Y también se han perdido los registros rusos de las reuniones, lo que tal vez resulte menos de extrañar, teniendo en cuenta los problemas para la continuidad de los archivos habidos durante los años de la guerra y de la guerra civil. A pesar de todo, leyendo la versión que figura en los diarios de Poincaré, así como en las memorias de Paléologue y las notas que tomaron otros diplomáticos presentes durante aquellos fatídicos días, es posible hacerse una idea bastante clara de lo que trascendió.

Las reuniones tuvieron como asunto principal la crisis que se estaba gestando en Europa central. Es importante destacarlo, porque a menudo se ha insinuado que, dado que se trataba de una visita de Estado planificada con mucha antelación, y no de un ejercicio en materia de cumbres en momentos de crisis, los asuntos que se debatieron debían seguir una agenda planificada con anterioridad, donde la cuestión serbia ocupaba un lugar subordinado. De hecho, sucedió casi lo contrario. Antes siquiera de que Poincaré hubiera desembarcado del *France*, el zar ya le estaba comentando al embajador lo mucho que deseaba reunirse con el presidente de la República: «Tenemos que discutir asuntos de peso. Estoy seguro de que nos pondremos de acuerdo en todos los puntos… Pero hay una cuestión que me preocupa mucho: nuestro entendimiento con Inglaterra. *Tenemos* que conseguir que se integre en nuestra alianza».[27]

Nada más terminar con las formalidades, el zar y su invitado se dirigieron a la popa del *Alexandria*, e iniciaron la conversación. «O acaso debería decir el debate», escribía Paléologue, «ya que era evidente que estaban hablando de cosas serias, lanzándose preguntas el uno al otro, y discutiendo». Al embajador le parecía que Poincaré dominaba la conversación; muy pronto era «el único que hablaba, mientras que el zar simplemente hacía gestos de aquiescencia, pero todo su aspecto reflejaba su sincera aprobación».[28] De acuerdo con el diario de Poincaré, la conversación que ambos mantuvieron en el yate trató en primer lugar sobre la alianza, de la que el zar habló «con gran firmeza». El zar le preguntó por el escándalo de Humbert, del que afirmó que había causado muy mala impresión en Rusia, e instó a Poincaré a hacer lo que fuera necesario para evitar que se derogara la Ley de los Tres Años. A su vez, Poincaré le aseguró al zar que el nuevo Parlamento francés había demostrado su verdadera voluntad al votar el mantenimiento de la ley, y que además Viviani la apoyaba firmemente. Entonces el zar mencionó la cuestión de las relaciones entre Sergei Witte y Joseph Caillaux, de los que se decía que eran exponentes de una nueva política exterior basada en un acercamiento entre Rusia, Francia, Alemania y el Reino Unido. Pero los dos hombres estaban de acuerdo en que se trataba de un proyecto irrealizable que no suponía ninguna amenaza para el alineamiento geopolítico vigente.[29]

En resumen, ya mientras se dirigían a tierra, Poincaré y el zar constataron que ambos pensaban en los mismos términos. El punto crucial era la solidaridad dentro de la alianza, y eso significaba no solo apoyo diplomático sino también una disposición a emprender acciones militares. El segundo día de la cumbre (21 de julio), el zar acudió a ver a Poincaré a su residencia del palacio de Peterhof, y los dos pasaron una hora hablando a solas. En aquella ocasión, la conversación se centró primero en la tensión

entre Rusia y el Reino Unido en Persia. Poincaré adoptó un tono conciliador, e insistió en que se trataba de problemas menores, que no debían poner en peligro las buenas relaciones anglo-rusas. Ambos estaban de acuerdo en que el origen del problema no radicaba en Londres ni en San Petersburgo, sino en «intereses locales» sin especificar que no tenían mayor importancia. Y el zar señaló con cierto alivio que Edward Grey no había permitido que el descubrimiento de las conversaciones sobre cooperación naval echara por tierra la búsqueda de un convenio. Se mencionaron algunos otros temas –Albania, la tensión entre Grecia y Turquía por las islas del Egeo, y la política exterior italiana– pero la «preocupación más intensa» del zar, señalaba Poincaré, tenía que ver con Austria y con sus planes tras los sucesos de Sarajevo. En ese momento de la conversación, contaba Poincaré, el zar hizo un comentario sumamente revelador: «Me reitera que en las actuales circunstancias, una completa alianza entre nuestros dos Gobiernos se le antoja más necesaria que nunca». Nicolás se marchó poco después.[30]

Una vez más, el tema central era la solidaridad inquebrantable de la Alianza franco-rusa ante las posibles provocaciones de Austria. Pero, ¿qué significaba en la práctica? ¿Significaba que la alianza iba a responder a la acción de Austria contra Serbia con una guerra que, necesariamente, iba a tener un alcance continental? Poincaré le dio al zar una respuesta en clave a su pregunta aquella misma tarde (21 de julio), cuando, junto con Viviani y Paléologue, recibió a los distintos embajadores. El segundo en comparecer fue el embajador austrohúngaro, Fritz Szapáry, que acababa de regresar de Viena, donde había estado al lado de su esposa agonizante. Tras unas palabras de condolencias por el asesinato, Poincaré preguntó si había noticias de Serbia. «La investigación judicial sigue adelante», respondió Szapáry. La versión que daba Paléologue de la respuesta de

Poincaré concuerda bastante con la que figura en el despacho de Szapáry:

> Por supuesto, estoy inquieto por el resultado de esa investigación, *Monsieur l'Ambassadeur*. Me vienen a la mente dos investigaciones anteriores que no contribuyeron a mejorar sus relaciones con Serbia... ¿No se acuerda? ¿El asunto Friedjung y el asunto Prochaska?[31]

Se trataba de una respuesta inaudita, para tratarse de un jefe de Estado que está de visita en una capital extranjera y que contestaba al representante de un tercer país. Dejando a un lado el tono hiriente, a todos los efectos la respuesta estaba negando por anticipado la credibilidad de cualesquiera averiguaciones que los austriacos pudieran alegar en su investigación sobre los antecedentes de los asesinatos. Equivalía a decir que Francia no aceptaba, ni iba a aceptar, que se achacara cualquier tipo de responsabilidad al Gobierno serbio por los asesinatos de Sarajevo, y que cualesquiera exigencias que se plantearan a Belgrado serían ilegítimas. Los asuntos Friedjung y Prochaska eran un pretexto para un rechazo *a priori* de las reclamaciones de Austria. Por si no había quedado suficientemente claro, Poincaré prosiguió:

> Le recuerdo al embajador con toda firmeza que Serbia tiene amigos en Europa que se asombrarían ante una acción de ese tipo.[32]

Paléologue recordaba una formulación aún más cortante:

> Serbia tiene en el pueblo ruso un amigo muy querido. Y Rusia tiene un aliado, Francia. ¡Cabe temer gran cantidad de complicaciones![33]

También Szapáry informó de que el presidente había dicho que una acción por parte de Austria podía generar «una situación peligrosa para la paz». Fueran cuales fueran las palabras exactas de Sazonov, su efecto fue chocante, y no solo para Szapáry, sino incluso para los rusos que se encontraban allí, algunos de los cuales, como informaba De Robien, eran «conocidos por su antipatía hacia Austria».[34] Al final de su despacho, Szapáry señalaba –y es difícil ponerle peros a su opinión– que «la

actitud carente de tacto, casi amenazante» del presidente francés, un «estadista extranjero, invitado en este país» contrastaba visiblemente con la «actitud reservada y cauta del señor Sazonov». La escena en su conjunto sugería que la llegada de Poincaré a San Petersburgo iba a tener «un efecto muy poco tranquilizador».[35]

Al comentar el contraste entre Sazonov y Poincaré, Szapáry estaba identificando un asunto sensible en la relación franco-rusa. Aquella noche, durante una cena en la embajada –una velada espléndida en honor del presidente– Poincaré se sentó al lado de Sazonov. En medio de un calor asfixiante –la habitación estaba mal ventilada–, ambos estuvieron comentando la situación de Austria y Serbia. Para su consternación, Poincaré vio a Sazonov preocupado, y poco dispuesto a una postura de firmeza. «El momento es desfavorable para nosotros», dijo Sazonov, «nuestros campesinos todavía están muy atareados con sus faenas del campo.»[36] Mientras tanto, en el *petit salon* de al lado, donde se agasajaba a los invitados de menor rango, predominaba un estado de ánimo diferente. Allí se oyó a un coronel del séquito de Poincaré proponer un brindis «por la próxima guerra y por una victoria segura».[37] A Poincaré le desconcertó la falta de decisión de Sazonov. Poincaré le dijo a Paléologue: «debemos advertir a Sazonov de los malvados designios de Austria, animarle a mantenerse firme, y prometerle nuestro apoyo».[38] Unas horas después, tras una recepción por parte de la asamblea municipal, Poincaré estaba sentado en la popa del yate imperial en compañía de Viviani y de Izvolsky, que había regresado de París para participar en las reuniones. Izvolsky parecía preocupado –puede que hubiera estado hablando con Sazonov. Viviani parecía «triste y malhumorado». Mientras el yate navegaba casi en silencio hacia el palacio de Peterhof, Poincaré levantó la mirada para contemplar el cielo nocturno y se preguntó: «Qué nos tendrá preparado Austria».[39]

El día siguiente, 22 de julio, fue particularmente difícil. Daba la impresión de que Viviani estaba sufriendo una crisis nerviosa. Tuvo su momento culminante por la tarde, cuando al primer ministro francés, al que le había correspondido sentarse a la izquierda del zar, parecía resultarle imposible responder a ninguna de las preguntas que se le hacían. A media tarde su conducta se había vuelto aún más estrafalaria. Mientras Nicolás y Poincaré estaban sentados, escuchando a una banda militar se vio a Viviani de pie, solo junto a la carpa imperial hablando entre dientes, refunfuñando, diciendo palabrotas en voz alta, y en general llamando la atención. Los esfuerzos de Paléologue por tranquilizarle no sirvieron de nada. El diario de Poincaré registra la situación con un comentario lapidario: «Viviani se está poniendo cada vez más triste, y todo el mundo está empezando a notarlo. La cena es excelente».[40] Finalmente se anunció que Viviani padecía una «crisis hepática» y que tenía que retirarse antes de tiempo.

Resulta imposible determinar a ciencia cierta por qué el primer ministro se encontraba tan mal. Es muy probable que lo que precipitara el colapso, como han sugerido algunos historiadores, fuera su angustia por los acontecimientos de París –el miércoles había llegado un telegrama informando de que Caillaux había amenazado con desvelar ante el tribunal distintas transcripciones sobre temas delicados.[41] Pero lo más probable es que Viviani –un hombre profundamente pacífico– se sintiera alarmado por la creciente intensidad del tono de beligerancia en las distintas reuniones franco-rusas. Desde luego, eso era lo que pensaba De Robien. Para el agregado francés estaba claro que Viviani estaba «alterado por todas aquellas manifestaciones del espíritu militar». El 22 de julio, señalaba De Robien, no se habló de otra cosa más que de guerra – «daba la impresión de que la atmósfera había cambiado desde la noche anterior». De Robien se rió cuando los infantes de marina que formaban la tripula-

ción del *France* le dijeron que estaban preocupados por la posibilidad de sufrir un ataque durante la travesía de vuelta, pero aquel nerviosismo era una señal ominosa. El punto álgido se produjo el jueves 23 de julio –el último día de Poincaré en Rusia– cuando ambos Jefes de Estado pasaron revista a un contingente de 70.000 hombres, con un fondo de música militar que consistía básicamente en *Sambre et Meuse* y la *Marche Lorraine*, que al parecer los rusos consideraban «el himno personal de Poincaré». Resultaba particularmente llamativo que las tropas no llevaran puestos sus elaborados uniformes de gala, sino el uniforme de combate de color caqui que se llevaba durante la instrucción –De Robien lo interpretó como otro indicio más de un ansia general por entrar en guerra.[42]

Poincaré y Paléologue asistieron a una de las más curiosas expresiones de solidaridad entre aliados la noche del 22 de julio, cuando el gran duque Nikolai Nikolaevich, comandante de la Guardia Imperial, ofreció una cena a los invitados en Krasnoye Selo, un suburbio de vacaciones a las afueras de San Petersburgo, con abundantes y hermosas villas, incluidas las residencias veraniegas de los zares. La escena era pintoresca: se habían colocado tres largas mesas bajo unas carpas abiertas por un lado, todo ello rodeado de un jardín recién regado y cuajado de aromáticas flores. Cuando llegó el embajador francés, fue recibido por Anastasia, esposa del gran duque, y por su hermana, Militza, que estaba casada con Piotr, el hermano de Nikolai Nikolaevich. Las dos hermanas eran hijas del rey Nicolás de Montenegro, un hombre extraordinariamente enérgico y ambicioso. «¿Se da usted cuenta» dijeron (hablando las dos a un tiempo), «de que estamos viviendo unos días históricos?»

> Mañana, durante la revista, las bandas no tocarán más que la *Marche Lorraine* y *Sambre et Meuse*. Hoy he recibido un telegrama (con un cifrado preestablecido) de mi padre. Me dice que habrá guerra antes de final de mes... ¡Qué gran héroe es mi padre!... ¡Merecería figurar en la *Ilíada*! Basta con echar un vistazo a esa cajita que siempre llevo conmigo. Contiene tierra de Lorena, auténtica tierra de Lorena

que recogí al otro lado de la frontera cuando estuve en Francia con mi marido hace dos años. Mire ahí, en la mesa presidencial: está cubierta de abrojos. Yo no quería que en esa mesa hubiera ninguna otra flor. ¡Se da cuenta, son abrojos de Lorena! Reuní unas cuantas plantas en el territorio anexionado, las traje aquí y mandé que plantaran las semillas en mi jardín… Militza, sigue hablando con el embajador. Dile todo lo que el día de hoy significa para nosotras mientras yo voy a recibir al zar…[43]

Militza no hablaba en sentido figurado. Una carta de noviembre de 1912 enviada por el agregado militar francés en San Petersburgo, el general Laguiche, confirma que durante el verano de aquel año, mientras su marido asistía a las maniobras de Francia en los alrededores de Nancy, la gran duquesa había enviado a una persona al otro lado de la frontera, a la parte de Lorena controlada por los alemanes, con instrucciones de recoger una planta de abrojo y un poco de tierra. Ella se llevó el abrojo de vuelta a Rusia, lo cuidó hasta que germinó, a continuación plantó las semillas en la tierra de Lorena, las regó cuidadosamente hasta que crecieron nuevos abrojos, después mezcló la tierra de Lorena con tierra de Rusia para simbolizar la Alianza franco-rusa y se los dio a su jardinero para que los multiplicara, advirtiéndole de que si los abrojos se marchitaban, él perdería su empleo. Los ejemplares que le mostró a Poincaré en julio de 1914 procedían de aquel jardín.[44] Aquellos gestos extravagantes tenían una importancia política real; el marido de Anastasia, el gran duque Nikolai, paneslavista y sobrino segundo del zar, era uno de los más activos a la hora de presionar a Nicolás II para que interviniera militarmente a favor de Serbia en caso de que Austria presionara a Belgrado con exigencias «inaceptables».

La rapsodia montenegrina prosiguió durante la cena, ya que Anastasia obsequiaba a sus vecinos con profecías: «Va a haber una guerra… No quedará ni rastro de Austria… Ustedes van a recuperar Alsacia y Lorena… Nuestros ejércitos se reunirán en Berlín… Alemania será destruida…»,[45] etcétera. También Poin-

caré vio a las princesas en acción. Estaba sentado al lado de Sazonov durante un entreacto en el ballet, cuando Anastasia y Militza se acercaron y empezaron a reprender al ministro de Asuntos Exteriores por no mostrar suficiente ardor en su apoyo a Serbia. Una vez más, la falta de energía del ministro de Exteriores daba que pensar, pero Poincaré advirtió con satisfacción que «el zar, por su parte, sin ser tan extático como las dos gran duquesas, me parece más decidido que Sazonov a defender diplomáticamente a Serbia».[46]

Aquellas disonancias no impidieron que los socios de la alianza acordaran una estrategia común. A las 6 de la tarde del 23 de julio, poco antes de la partida de los franceses, Viviani, que parecía algo recuperado de su «ataque de hígado», acordó con Sazonov las instrucciones que había que enviar a los embajadores ruso y francés en Viena. Ambos tenían que acordar una actitud común y amistosa para recomendar moderación a Austria, y manifestar la esperanza de que el Imperio no hiciera nada que pudiera poner en peligro ni el honor ni la independencia de Serbia. Por supuesto, aquellas palabras fueron escogidas cuidadosamente para salir al paso por anticipado del ultimátum que ambos países ya sabían que los austriacos estaban a punto de presentar. George Buchanan accedió a sugerir que su propio Gobierno enviara un mensaje análogo.[47]

Aquella noche, durante la cena anterior a la partida que tuvo lugar sobre la cubierta del *France*, hubo una discusión sumamente emblemática entre Viviani y Paléologue a propósito del texto de un comunicado que había que redactar para la prensa. El borrador de Paléologue concluía aludiendo a Serbia con las palabras siguientes:

> Los dos Gobiernos han descubierto que sus puntos de vista y sus intenciones para el mantenimiento del equilibrio de poder en Europa, sobre todo en la península de los Balcanes, son absolutamente idénticos.

A Viviani no le satisfacía aquella formulación –«Me parece que nos implica un tanto excesivamente en la política de Rusia en los Balcanes», dijo. Se redactó otro borrador más anodino:

> La visita que acaba de realizar el presidente de la República a S. M. el emperador de Rusia ha brindado a los dos Gobiernos amigos y aliados la oportunidad de descubrir que están totalmente de acuerdo en sus puntos de vista acerca de los distintos problemas que la preocupación por la paz y el equilibrio de poder en Europa ha planteado a las potencias, sobre todo en los Balcanes.[48]

Se trataba de un excelente ejercicio en el arte del eufemismo. Sin embargo, pese a su tono prudente, el comunicado revisado fue fácilmente descifrado y utilizado por los periódicos liberales y paneslavos rusos, que empezaron a presionar abiertamente a favor de una intervención militar para apoyar a Belgrado.[49]

Poincaré no estaba especialmente contento con la forma en que había transcurrido la cena. La fuerte lluvia que había caído por la tarde prácticamente había tirado abajo la carpa de la cubierta de popa donde se suponía que iban a sentarse los invitados, y el cocinero del barco tampoco se cubrió de gloria: la sopa llegó con retraso, y «nadie elogió los platos», señalaba posteriormente Poincaré. Pero el presidente podía estar satisfecho con el impacto de la visita en su conjunto. Había ido a predicar el evangelio de la firmeza, y sus palabras no habían caído en saco roto. En aquel contexto, firmeza significaba una oposición intransigente a cualquier medida de Austria en contra de Serbia. En ningún momento las fuentes sugieren que ni Poincaré ni sus interlocutores rusos prestaran la mínima consideración a las medidas que Austria-Hungría tenía derecho a adoptar legítimamente como consecuencia de los asesinatos. No había necesidad de improvisaciones ni de nuevas declaraciones sobre políticas: Poincaré sencillamente se aferraba al rumbo que se había fijado desde el verano de 1912. Eso puede ayudar a explicar por qué, a diferencia de muchos de los que le rodeaban, él permaneció visiblemente tranquilo a lo largo de toda la visita. Se trataba del

escenario de un conflicto con origen en los Balcanes que se había previsto en tantas conversaciones franco-rusas. Siempre y cuando los rusos también se mantuvieran firmes, todo iba a desarrollarse de la forma prevista. Poincaré lo llamaba una política para la paz, porque él imaginaba que Alemania y Austria podrían perfectamente echarse atrás ante una solidaridad tan inquebrantable. Pero si fallaba todo lo demás, había cosas peores que una guerra al lado de la poderosa Rusia y, cabía esperar, del poderío militar naval, comercial e industrial de Gran Bretaña.

A De Robien, que observaba todo aquello desde muy cerca, no le causaba impresión. Opinaba que Poincaré, al ofrecerle todo tipo de garantías y promesas a Nicolás II, había pasado deliberadamente por encima de la autoridad de Viviani, que era el titular responsable en su calidad de presidente del Gobierno y ministro de Asuntos Exteriores. Justo antes de despedirse, Poincaré le recordó al zar: «Esta vez tenemos que mantenernos firmes».

> Casi exactamente en aquel mismo momento [recordaba De Robien], se presentaba ante Belgrado el ultimátum de Austria. También nuestros adversarios habían decidido «mantenerse firmes». Desde ambos bandos todos se imaginaban que «echarse un farol» iba a ser suficiente para lograr el éxito. Ninguno de los actores pensaba que iba a ser necesario llegar hasta las últimas consecuencias. La trágica partida de póquer acababa de empezar.[50]

Estaba en la naturaleza de los grandes hombres, escribiría posteriormente Paléologue, jugar a ese tipo de juegos fatídicos. El «hombre de acción» que él había analizado en su estudio de Cavour, se convierte en «un jugador, porque cada acción trascendental implica no solo una anticipación del futuro, sino también una reivindicación de la facultad de decidir los acontecimientos, de encabezarlos y controlarlos».[51]

10

El ultimátum

AUSTRIA EXIGE

Al mismo tiempo que Poincaré y Viviani navegaban hacia el puerto de Kronstadt, los austriacos estaban dando los últimos toques al ultimátum que iban a presentar en Belgrado. Los miembros del Consejo de Ministros conjunto, que viajaban en vehículos sin distintivo oficial para pasar desapercibidos, se dirigían a la residencia privada de Berchtold el domingo 19 de julio para celebrar una reunión a fin de tomar una decisión sobre la «inminente acción diplomática contra Serbia». Hubo un debate informal acerca de la nota que se iba enviar a Belgrado, y se acordó el texto definitivamente. Se decidió que el ultimátum debía ser presentado a las 5 de la tarde del 23 de julio (más tarde se pospuso a las 6 para tener la seguridad de que llegara después de la partida de Poincaré). Berchtold, de forma un tanto quijotesca, declaró que no consideraba probable que «se conociera públicamente detalle alguno de nuestra medida antes de que [Poincaré] abandonara San Petersburgo», pero, dado que era consciente de que las noticias de los planes de Viena ya habían llegado a Roma, la rapidez resultaba esencial. Se concedía al Gobierno serbio un plazo de cuarenta y ocho horas para responder; si no era aceptado íntegramente por los serbios, el ultimátum expiraría la tarde del sábado 25 de julio.

¿Y qué ocurriría después? El resto de la discusión abordó distintos aspectos del escenario posterior al ultimátum. Conrad ga-

rantizó a Tisza que se dotarían suficientes tropas para defender Transilvania de un posible ataque de Rumanía. Tisza insistía en que Austria-Hungría debía declarar desde el principio que no tenía «planes expansionistas contra Serbia» y que no pretendía anexionarse ningún territorio del reino. El primer ministro húngaro se oponía firmemente, igual que en la reunión anterior, a cualquier medida que incorporara más eslavos del sur descontentos al Imperio; también temía que la perspectiva de que Austria se anexionara algún territorio hacía imposible que los rusos se echaran atrás. Aquella exigencia desencadenó un importante debate. En particular, Berchtold sostenía que una reducción territorial de Serbia podría resultar, una vez finalizado el conflicto, un medio indispensable para neutralizar la amenaza que dicho país representaba para la seguridad austrohúngara. Tisza se mantuvo firme, y los presentes acordaron un compromiso: Viena anunciaría en su momento que el Imperio no estaba librando una guerra de conquista, y que no tenía pretensiones sobre el territorio serbio. No obstante, dejaba abierta la posibilidad de que otros Estados, en particular Bulgaria, pudieran obtener determinadas áreas del territorio controlado en aquel momento por los serbios.[1]

Ni en aquella reunión, ni en las demás que celebraron los dirigentes austriacos, se acordó nada remotamente parecido a lo que hoy en día denominaríamos una estrategia de salida. Serbia no era un Estado canalla en una región por lo demás tranquila: la vecina Albania seguía siendo sumamente inestable; siempre existía la posibilidad de que Bulgaria, después de hincharse con las tierras de Macedonia, a la sazón controladas por Serbia, reanudara su anterior política rusófila; ¿y cómo podían equilibrarse las anexiones búlgaras en Macedonia frente a la necesidad de apaciguar a Rumanía con compensaciones territoriales?[2] ¿Debía permanecer en el trono la dinastía Karadjorjević, enemiga de Austria, y en caso contrario, quién o qué habría de sustituirla? Y

había cuestiones prácticas de orden menor: ¿quién iba a encargarse de las embajadas austriacas en Belgrado y Cetiña si el Imperio se veía obligado a cortar las relaciones diplomáticas: tal vez los alemanes?[3] Todas esas preguntas seguían estando en el aire. Y de nuevo, igual que en la reunión del 7 de julio, la posibilidad de una intervención de Rusia recibió tan solo una atención sumarísima. Los comentarios de Conrad sobre la situación militar se centraban exclusivamente en el Plan B de Austria, un escenario militar estrictamente balcánico, en vez de en el Plan R, que preveía la posibilidad de un ataque de Rusia contra la Galitzia austriaca. No obstante, a ninguno de los ministros presentes se le ocurrió insistirle a Conrad sobre la cuestión de cómo iba a responder en caso de que los rusos realmente intervinieran, ni preguntarle si iba a resultar sencilla la transición de un escenario de despliegue al otro.[4] Los ojos de la élite política austriaca seguían clavados en el contencioso con Belgrado, y excluían cualquier otra preocupación más general. Incluso cuando llegaron a Viena las noticias de la extraordinaria advertencia de Poincaré a Szapáry en el sentido de que Serbia tenía «amigos» –un mensaje que revelaba que Francia y Rusia habían armonizado sus puntos de vista sobre cómo pensaban reaccionar ante una ofensiva austriaca–, Berchtold no consideró la posibilidad de cambiar de rumbo.[5]

La nota y el ultimátum fueron redactados por el barón Musulin von Gomirje, una figura relativamente subalterna, consejero desde 1910 en los departamentos de política eclesiástica y de Asia oriental. Se le encargó la redacción del ultimátum porque tenía fama de muy buen estilista. Musulin era, tal y como posteriormente lo describía Lewis Namier, «uno de esos hombres normales, personalmente honesto, bienintencionado, al que un oscuro destino había escogido como peón en la partida que iba a acabar siendo el mayor desastre de la historia europea».[6] Musulin pulió su texto como lo haría un joyero con una piedra pre-

ciosa.[7] La nota adjunta al ultimátum comenzaba recordando que Serbia había prometido, tras el final de la crisis de la anexión de Bosnia, llevarse con Austria-Hungría «en pie de buena vecindad». A pesar de aquella promesa, seguía diciendo la nota, el Gobierno serbio había seguido tolerando la existencia en su territorio de un «movimiento subversivo» que había promovido «actos de terrorismo, mediante una serie de atentados y de asesinatos» –una referencia un tanto histriónica a los aproximadamente doce complots terroristas abortados de los eslavos del sur que habían precedido a los asesinatos de Sarajevo. Lejos de intentar erradicar ese tipo de actividades, alegaba la carta, el Gobierno serbio había «tolerado las maquinaciones criminales de distintas sociedades y asociaciones» y «tolerado todas las manifestaciones concebidas para inculcar en la población serbia el odio al Imperio y a sus instituciones».[8] La investigación preliminar del complot para asesinar al archiduque había revelado que había sido planificado y aprovisionado en Belgrado, y que la entrada de los asesinos en Bosnia había sido facilitada por los funcionarios del servicio fronterizo de Serbia. Por consiguiente, ya se había acabado el tiempo de la «tolerancia» que había venido mostrando el Imperio en sus relaciones con Serbia. La última parte de la carta estipulaba que el Gobierno de Belgrado debía publicar un bando público en todo su territorio (también se aportaba el texto) repudiando el irredentismo panserbio.

Tal vez el rasgo más interesante de aquel texto, que suministraba la materia prima para la circular que se enviaría a las demás potencias cuando, al cabo de cinco días, Austria declarara la guerra a Serbia, es que no afirma una complicidad directa del Estado serbio en los asesinatos de Sarajevo. Por el contrario, alega más modestamente que las autoridades serbias habían «tolerado» las organizaciones y las actividades que dieron lugar a los asesinatos. Esa cuidadosa elección de las palabras era en parte un reflejo de lo que sabían los austriacos, y de lo que no

sabían. El Ministerio de Asuntos Exteriores de Viena había enviado a Sarajevo al consejero de departamento, Friedrich von Wiesner, a recopilar y analizar todas las pruebas disponibles sobre los antecedentes del complot. El 13 de julio, tras una escrupulosa investigación, Wiesner envió un informe cuya conclusión era que hasta el momento no había pruebas que demostraran ni la responsabilidad ni la complicidad del Gobierno de Belgrado.[9] Posteriormente, ese informe iba a ser citado por quienes afirmaban que Austria, que ya estaba decidida a librar una guerra, había utilizado Sarajevo simplemente como un pretexto. Pero en aquel momento la situación era más compleja. Como más tarde Wiesner le explicaba al historiador estadounidense Bernadotte Everly Schmitt, su telegrama había sido «ampliamente malinterpretado».

> Personalmente [recordaba Wiesner], en aquel momento él estaba bastante convencido, a la luz de las evidencias obtenidas durante la investigación, de la culpabilidad moral del Gobierno serbio del crimen de Sarajevo, pero dado que las pruebas no eran del tipo que aceptaría un tribunal de justicia, él no quería que se utilizaran en la acusación oficial contra Serbia. Dijo que lo había dejado claro a su regreso a Viena.[10]

Dado que los austriacos estaban decididos a formular una acusación lo más sólida posible desde el punto de vista jurídico, resultaba inviable afirmar la culpabilidad directa por parte del Estado serbio en los asesinatos de Sarajevo. Tan solo había pruebas suficientes, en lo referente a la preparación y formación de los jóvenes, y a su paso por la frontera serbia, para confirmar la implicación de distintos organismos estatales subalternos. Por añadidura, al rastrear las nebulosas estructuras de la Narodna Odbrana, los austriacos habían pasado por alto la Mano Negra, mucho más importante, y cuyas redes llegaban a lo más profundo del Estado serbio. No habían sido capaces de seguir el rastro hasta llegar a Apis ni habían podido dejar sentada la cuestión del conocimiento previo de la conspiración por parte del Gobierno serbio, tal vez porque Biliński, avergonzado por

no haber informado a Berchtold de su breve conversación con el embajador serbio, posteriormente guardó silencio sobre todo el episiodio. En caso de que hubieran tenido un conocimiento más completo, no cabe duda de que los austriacos se habrían sentido más justificados ante las medidas que planeaban adoptar. Por el momento, el oprobio del juicio de Friedjung, que los rusos y los franceses ya estaban esgrimiendo como argumento para no aceptar las exigencias de Viena, obligaba a los redactores del ultimátum a ceñir su lenguaje a lo que podía demostrarse más allá de toda duda, sobre la base de la información que ya había trascendido de la investigación en Sarajevo.

A continuación iban las diez exigencias del ultimátum propiamente dicho. Los tres primeros puntos se centraban en la eliminación de los órganos irredentistas y de la propaganda antiaustriaca que generaban. Los puntos 4, 6 y 8 abordaban la necesidad de emprender acciones contra las personas implicadas en el atentado de Sarajevo, incluido el personal militar involucrado y los funcionarios de fronteras, y los «cómplices del complot del 28 de junio que estén en territorio serbio». El punto 7 era más específico: exigía la detención «sin dilación» del comandante Voja Tankosić y de Milan Ciganović. Tankosić era, sin que los austriacos lo supieran, un agente de la Mano Negra próximo a Apis; fue él quien reclutó a los tres jóvenes que formaban el núcleo del comando para el asesinato. Los austriacos solo sabían de Ciganović que era «un empleado del Estado serbio implicado por las averiguaciones de la investigación preliminar en Sarajevo», pero era también, según el testimonio posterior de Ljuba Jovanović, un miembro de la Mano Negra que al mismo tiempo trabajaba secretamente como agente para Pašić.[11] El punto 9 exigía que Belgrado ofreciera explicaciones a Viena acerca de las «injustificables manifestaciones de altos funcionarios serbios, tanto en Serbia como en el extranjero, que a pesar de su cargo oficial no han dudado, con posterioridad al atentado del

28 de junio, en manifestarse en las entrevistas en términos de hostilidad hacia el Imperio Austrohúngaro». Ese punto aludía, entre otras cosas, a las entrevistas que había concedido Spalajković en San Petersburgo; también nos recuerdan lo mucho que influyeron en la actitud de los austriacos las respuestas de Serbia ante el atentado. El punto 10 simplemente exigía una notificación oficial «sin dilación» de las medidas adoptadas a fin de cumplir los puntos anteriores.

Los puntos más polémicos eran el 5 y el 6. El punto 5 exigía que el Gobierno de Belgrado «acepte la colaboración en Serbia de organismos del Real Gobierno Imperial [de Austria-Hungría] para la erradicación del movimiento subversivo dirigido contra la integridad territorial del Imperio», y el punto 6 afirmaba que los «organismos delegados» por Austria-Hungría «tomarán parte en las investigaciones» relativas a los cómplices del crimen. Como era habitual en Viena, el texto fue redactado por muchas manos, pero fue Berchtold quien insistió en incorporar una referencia a la participación de Austria.[12] La razón es evidente: Viena no confiaba en que las autoridades serbias llevaran a buen término la investigación sin alguna forma de supervisión y verificación por parte de Austria. Y cabe destacar que nada de lo que hizo el Gobierno serbio entre el 28 de junio y la presentación del ultimátum daba pie a que los austriacos pensaran otra cosa.

Aquella era la exigencia incompatible con la soberanía serbia, que ya había sido identificada en París, en San Petersburgo y en Belgrado como el eventual desencadenante de una confrontación más amplia. Cabe preguntarse legítimamente, por supuesto, si es posible responsabilizar a un Estado por los actos de ciudadanos particulares planeados en su territorio. Pero plantear la cuestión en términos de la inviolable soberanía de Serbia sesgaba un tanto el cuadro. En primer lugar, estaba la cuestión de la reciprocidad. El Estado serbio –o por lo menos los estadistas

que lo dirigían –aceptaba la responsabilidad de una eventual «reunión» de todos los serbios, incluidos los que vivían en el reino dual austrohúngaro. Eso implicaba en el mejor de los casos un reconocimiento parcial de los derechos soberanos del Imperio en los territorios no liberados de la «nación serbia». Además, había que tener en cuenta que el Estado serbio gobernado por Pašić tan solo podía ejercer un control muy limitado sobre las redes irredentistas. La interpenetración de las redes dedicadas a conspirar en el Estado serbio y las afiliaciones transnacionales del irredentismo étnico hacían absurdo cualquier intento de plantear las fricciones entre Serbia y Austria-Hungría en términos de una interacción entre Estados territoriales soberanos. Y por supuesto, entonces no existían los organismos transnacionales ni el marco jurídico que hoy en día arbitran en ese tipo de conflictos y supervisan su resolución.

Cuando Edward Grey vio el texto íntegro del ultimátum austriaco, lo describió acertadamente como «el documento más formidable dirigido por un Estado a otro Estado independiente que había visto en su vida»; en una carta dirigida a su esposa, Winston Churchill describía la nota como «el documento de su clase más insolente que se haya ideado nunca».[13] No sabemos en qué términos de comparación estaban pensando Grey y Churchill, y las circunstancias específicas de la situación histórica que se creó a raíz de los crímenes de Sarajevo dificulta las valoraciones comparativas. Pero ciertamente sería engañoso calificar la nota de Austria como una anómala regresión a una era bárbara y pretérita, anterior al surgimiento de los Estados soberanos. Por ejemplo, la nota de Austria era mucho más suave que el ultimátum que presentó la OTAN a Serbia-Yugoslavia en la forma de los Acuerdos de Rambouillet que se redactaron en febrero y marzo de 1999 para obligar a los serbios a atenerse a la política de la OTAN en Kosovo. Entre sus disposiciones se encontraba la siguiente:

> El personal de la OTAN gozará, con sus vehículos, navíos, aviones y equipamientos, del poder de desplazarse libremente y sin condiciones por todo el territorio de la Antigua República de Yugoslavia, lo que incluye el acceso a su espacio aéreo y a sus aguas territoriales. Esto incluirá, mas no se limitará a, el derecho de acampar, maniobrar y utilizar cualquier área o instalación necesarios para el mantenimiento, adiestramiento y puesta en marcha de las operaciones.[14]

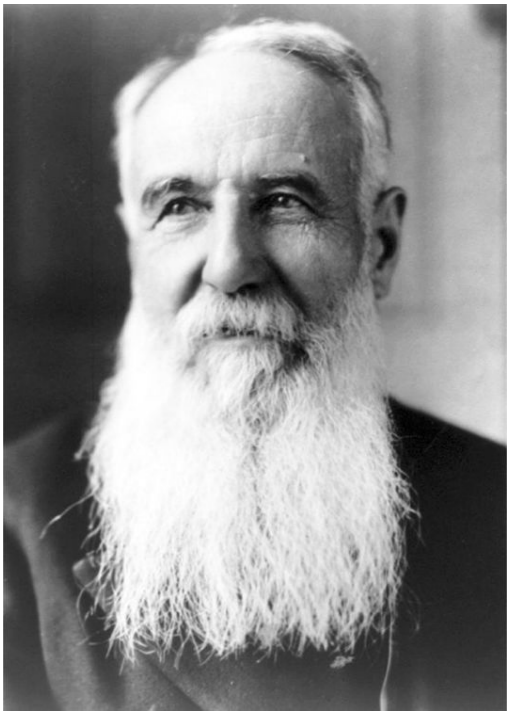
No cabe duda de que Henry Kissinger estaba en lo cierto cuando describía los Acuerdos de Rambouillet como «una provocación, una excusa para empezar a bombardear», cuyos términos resultaban inaceptables incluso para el ciudadano serbio más moderado.[15] La nota de Austria palidece en comparación.

El ultimátum de Viena había sido redactado, desde luego, bajo el supuesto de que probablemente los serbios no iban a aceptarlo. No se trataba de un último intento de salvar la paz entre los dos vecinos, sino una declaración intransigente de la postura de Austria. Por otra parte, a diferencia de Rambouillet, la nota no exigía una postración completa del Estado serbio; sus términos se ceñían estrictamente a la amenaza que suponía el irredentismo serbio para la seguridad de Austria, e incluso los puntos 5 y 6 reflejaban la preocupación, que los redactores tenían motivos para considerar legítima, por la fiabilidad del cumplimiento por parte de Serbia. No olvidemos que, en una fecha tan tardía como el 16 de julio, cuando el embajador británico Dayrell Crackanthorpe le manifestó a Slavko Gruić, secretario general del Ministerio de Asuntos Exteriores en Belgrado, que sería una buena idea que Serbia pusiera en marcha una investigación independiente de los crímenes, Gruić insistió en la «imposibilidad de adoptar ninguna medida concreta antes de conocer las conclusiones de la investigación de Sarajevo». Según Gruić, una vez que se publicara el informe, el Gobierno serbio cumpliría «cualquier petición de una ulterior investigación que aconsejaran las circunstancias y que fuera compatible con los usos internacionales». En caso de que llegara a ocurrir lo peor, añadió Gruić en tono amenazador, «Serbia no estaría sola. Rusia no

permanecería impasible si Serbia fuera atacada de forma gratuita».[16] Aquellas confusas formulaciones sugerían que las posibilidades de que Serbia cumpliera sin coerción las exigencias de un vecino hostil eran verdaderamente mínimas. Las cuestiones relativas a la aplicación y el cumplimiento eran precisamente las que había mencionado el Gobierno serbio en su circular dirigida a las potencias para justificar el ataque de los Estados balcánicos contra el Imperio Otomano en 1912. La reiterada negativa de los otomanos a afrontar la necesidad de reformas en Macedonia, argumentaban, significaba que su rechazo a aceptar cualquier forma de «participación extranjera» en tales reformas, y sus promesas de «aplicar por sí mismos reformas serias» habían sido recibidas «en todo el mundo» con «una desconfianza profundamente arraigada».[17] No es probable que, en julio de 1914, alguien advirtiera el paralelismo en Belgrado.

SERBIA RESPONDE

La mañana del 23 de julio, el barón Giesl, embajador de Austria, telefoneó al Ministerio de Asuntos Exteriores en Belgrado para informar de que Viena iba a entregar un «importante comunicado» para el primer ministro serbio aquella tarde. Pašić no se encontraba en Belgrado, estaba haciendo campaña para las elecciones; en su ausencia, se había designado para sustituirle al ministro de Hacienda, Lazar Paču. Al recibir el aviso de la nota por anticipado, Paču logró ponerse en contacto telefónico con Pašić, que se encontraba en Niš. Pese a las súplicas del ministro, Pašić se negó a regresar a la capital. Sus instrucciones fueron:«Recibe [a Giesl] en mi lugar». Cuando Giesl compareció personalmente en el Ministerio a las 6 de la tarde (la entrega se había pospuesto una hora), fue recibido por Paču y por Gruić, a quien le habían pedido que asistiera a la reunión porque el ministro de Hacienda no hablaba francés.



Nikola Pašić en 1919 (Harris and Ewing Collection, Biblioteca del Congreso)

Giesl le entregó a Paču el ultimátum, un anexo de dos páginas y una nota adjunta dirigida a Paču en calidad de primer ministro en funciones, y le informó de que el plazo límite para la respuesta era exactamente de cuarenta y ocho horas. Cuando expirara dicho plazo, en caso de que hubiera una respuesta no satisfactoria o no hubiera respuesta alguna, Giesl rompería las relaciones diplomáticas y regresaría a Viena con todo el personal de la embajada. Sin abrir el dossier, Paču respondió que, dado que las elecciones estaban en su apogeo, y que muchos ministros se habían ausentado de Belgrado, podría resultar imposible reunir a los titulares responsables a tiempo para tomar una decisión. Giesl respondió que «en la era de los ferrocarriles y los telégrafos, y en un país de este tamaño, el regreso de los ministros podría ser solo cuestión de pocas horas». En cualquier caso, añadió, «eso era un asunto interno del Gobierno serbio, en

el que él [Giesl] no tenía por qué opinar».[18] El despacho telegráfico de Giesl a Viena concluye con las palabras «no hubo más discusión», pero en unas conversaciones con el historiador italiano Luigi Albertini, el antiguo embajador austriaco recordó que Paču titubeó, diciendo que no podía aceptar la nota. Giesl respondió que en ese caso iba a dejarla sobre la mesa, y que «Paču podía hacer con ella lo que quisiera».[19]

En cuanto Giesl se hubo marchado, Paču congregó a los ministros serbios que todavía estaban presentes en la capital, y todos juntos examinaron el texto. Paču estaba especialmente sorprendido porque él esperaba, pese a todos los indicios en sentido contrario, que en última instancia los alemanes disuadirían a Viena de cualquier paso que «pudiera arrastrarla también a ella [Alemania] a una guerra». Durante un rato los ministros estudiaron la nota en «un silencio sepulcral, porque nadie se atrevía a ser el primero en expresar lo que pensaba». El primero en hablar fue el ministro de Educación, Ljuba Jovanović, que recorrió la sala de un lado a otro varias veces y después declaró: «No tenemos más opción que luchar».[20]

A continuación se produjo un curioso interludio. A la vista de la suma importancia de la nota, para todos los presentes estaba claro que Pašić debía regresar inmediatamente a Belgrado. Pašić se había pasado la mañana haciendo campaña en Niš, al sur de Serbia, para las elecciones del 14 de agosto. Tras pronunciar un discurso, de repente dio la impresión que el primer ministro había perdido interés en la campaña. «Estaría muy bien si nos tomáramos un pequeño descanso», le dijo a Sajinović, el director político del Ministerio de Asuntos Exteriores, que viajaba con él. «¿Qué te parecería si nos fuéramos a Salónica [es decir, Thessaloniki, anexionada por Grecia en 1913 en virtud del Tratado de Bucarest], donde podríamos pasar dos o tres días de incógnito?» Mientras Pašić y el director político esperaban que engancharan el vagón especial del primer ministro al tren con destino

a Salónica, un guarda de la estación le informó de que tenía una llamada telefónica urgente de Belgrado. Era Lazar Paču, pidiéndole que regresara a la capital. Pašić no tenía la mínima intención de apresurarse en volver. «Le he dicho a Laza que cuando regrese a Belgrado les daremos la respuesta. Laza me ha dicho, por lo que le han contado, que no iba a ser una nota cualquiera. Pero yo me he mantenido firme en mi respuesta.» Y sin más, él y Sajinović fueron a ocupar sus asientos en el tren a Salónica. El primer ministro se convenció de la necesidad de regresar tan solo después de recibir un telegrama de Alejandro, el príncipe regente, cuando el tren ya estaba en Lescovac, a casi cincuenta kilómetros al sur de Niš.[21]

Se trataba de una conducta extravagante, pero no insólita en el primer ministro. Cabe recordar que durante el verano de 1903, cuando los regicidas le comunicaron por anticipado los detalles de los planes para asesinar al rey Alejandro y a la reina Draga, la reacción de Pašić fue llevarse a su familia en tren a la costa adriática, a la sazón bajo el dominio de Austria, donde podía esperar tranquilamente las consecuencias. Resulta imposible determinar en qué estaría pensando exactamente Pašić la tarde del 23 de julio. Puede que sencillamente, como sugería Albertini, esperaba eludir la onerosa responsabilidad de aceptar la nota. Curiosamente, Berchtold se había enterado, a través de un conducto secreto sin especificar, que Pašić tuvo intención de dimitir inmediatamente después de recibir el comunicado.[22] Es posible que le entrara el pánico, o tal vez sintió la necesidad de despejarse la cabeza y reflexionar sobre sus opciones. Las exigencias de unas elecciones generales, sumadas a la mayor crisis exterior de la historia del moderno Estado serbio indudablemente le sometieron a una considerable presión. Fuera lo que fuese, el momento pasó y el primer ministro y el director político llegaron a Belgrado a las 5 de la madrugada del 24 de julio.

Hizo falta un tiempo para que cristalizara la respuesta de Serbia al ultimátum. El 23 de julio por la noche, mientras Pašić viajaba de regreso a la capital, Paču envió una circular a las embajadas de Serbia afirmando que las exigencias planteadas en la nota de Austria eran «tales que ningún Gobierno serbio podría aceptarlas en su integridad». Paču reafirmó su punto de vista cuando acudió a visitar a Strandmann, el encargado de negocios, que a raíz del fallecimiento de Hartwig era el jefe en funciones de la embajada rusa. Tras la marcha de Paču, acudió el príncipe Alejandro, para comentar la crisis con Strandmann. También él insistió en que la aceptación del ultimátum era «una imposibilidad absoluta para cualquier Estado que tenga una mínima consideración por su dignidad», y añadió que depositaba su confianza en la magnanimidad del zar de Rusia, «cuya poderosa palabra era la única que podía salvar a Serbia». A primera hora de la mañana siguiente, le tocó el turno a Pašić de hacerle una visita a Strandmann. El primer ministro era de la opinión de que Serbia no debía ni aceptar ni rechazar la nota de Austria, y que debía solicitar de inmediato una prórroga del plazo. Se iba a hacer un llamamiento a las potencias para que protegieran la independencia de Serbia. «Pero», añadió Pašić, «si la guerra fuera inevitable, lucharemos.»[23]

Todo lo anterior parece sugerir que los líderes políticos serbios llegaron casi de inmediato al punto de vista unánime de que Serbia debía resistir y –si fuera necesario– ir a la guerra. Pero todas esas manifestaciones proceden de los informes de Strandmann. Es probable que el deseo de lograr el apoyo de Rusia animara a los ministros presentes en Belgrado a insistir en la imposiblidad de aceptar el ultimátum. Otros testimonios sugieren que, entre ellos, los dirigentes estaban profundamente alarmados ante la perspectiva de un ataque de los austriacos, y no veían más alternativa que la aceptación.[24] El recuerdo de octubre de 1913, cuando Sazonov había aconsejado a Belgrado que

cediera ante un ultimátum de Austria por la cuestión de Albania, era todavía lo suficientemente reciente como para alimentar dudas sobre si los rusos estarían dispuestos a apoyar a Serbia en la crisis actual. Resultaba difícil determinar la actitud de Francia, porque sus principales líderes estaban regresando de Rusia, y el embajador francés, Descos, que llevaba un tiempo manifestando síntomas de estrés, había sufrido un colapso y había sido llamado a París; su sustituto no había llegado todavía.

En el primer Consejo de Ministros convocado por Paču la tarde del 23 de julio no se llegó a una decisión, y la situación seguía sin resolverse tras el regreso de Pašić a la mañana siguiente. Pašić simplemente dictaminó que no debía tomarse ninguna decisión hasta que los rusos dieran a conocer su punto de vista. Además de las conversaciones con Strandmann, sobre las que naturalmente se informó de inmediato a San Petersburgo, hubo dos peticiones oficiales de aclaración. Pašić telegrafió a Spalajković, pidiéndole que constatara los puntos de vista del Gobierno ruso. Aquel mismo día, el príncipe regente Alejandro le envió un telegrama al zar donde afirmaba que Serbia «no podía defenderse» y que el Gobierno de Belgrado estaba dispuesto a aceptar cualesquiera puntos del ultimátum «cuya aceptación sea recomendada por Su Majestad [es decir, el zar de Rusia]».[25] El historiador italiano Luciano Magrini llegó a la conclusión, a raíz de sus entrevistas con los principales dirigentes serbios, y con otros testigos de los acontecimientos de aquellos días, de que el Gobierno de Belgrado había decidido efectivamente aceptar el ultimátum y evitar la guerra. «Se pensaba que en la situación en la que todo el mundo sabía que se hallaba, no cabía esperar que Serbia hiciera otra cosa que ceder ante una amenaza tan terrible.»[26] El 25 de julio, evidentemente en un estado de resignación, Pašić redactó un telegrama dirigido a las embajadas de Serbia donde declaraba que Belgrado se disponía a enviar una respuesta que sería «conciliadora en todos los puntos» y a

ofrecer «plena satisfacción» a Viena».[27] Indudablemente, aquello era un importante paso atrás respecto a la circular mucho más firme que había enviado Paču dos días antes. Un telegrama de Crackanthorpe a Grey, enviado poco después del mediodía del 25 de julio, confirma que en ese momento los serbios estaban dispuestos a aceptar incluso los notorios puntos 5 y 6, que exigían una comisión mixta de investigación, «siempre y cuando la designación de dicha comisión resulte ser conforme a los usos internacionales».[28]

Es posible que lo que provocó que los serbios volvieran a levantar la cabeza fueran las garantías por parte de los rusos. Aproximadamente a las 8.30 de la mañana llegó un telegrama que había sido enviado la noche del día anterior por Spalajković, donde informaba de su conversación con Poincaré durante la visita de Estado. El presidente francés le había preguntado al embajador serbio si había noticias de Belgrado; cuando Spalajković respondió que la situación estaba muy mal, Poincaré había dicho: «Les ayudaremos a ustedes a mejorarla».[29] Aquello resultaba gratificante, pero no era especialmente sustancioso. Aproximadamente a medianoche del 24 de julio llegó a Belgrado un telegrama anunciando que era inminente «una enérgica decisión».[30]

Los despachos más importantes de Spalajković fueron dos telegramas enviados por la noche del 24 al 25 de julio, donde detallaba una conversación con Sazonov poco antes de las 7 de la tarde del 24 de julio, donde el ministro de Asuntos Exteriores ruso había comunicado al embajador serbio los resultados de una reunión del Consejo de Ministros que se había celebrado a las tres de la tarde. En el primer telegrama, Spalajković informaba de que el ministro de Exteriores ruso había «condenado con desagrado el ultimátum austrohúngaro», y había declarado que ningún Estado podría aceptar ese tipo de exigencias sin «suicidarse». Sazonov le había garantizado a Spalajković que

Serbia podía «contar extraoficialmente con la ayuda de Rusia». Pero no especificó la forma que iba a adoptar esa ayuda, porque se trataba de cuestiones que «corresponde decidir al zar, y consultarlas con Francia». Mientras tanto, Serbia debía evitar cualquier provocación innecesaria. Si el país fuese atacado y se viera incapaz de defenderse, en primera instancia debía retirar sus Fuerzas Armadas hacia el sureste, hacia el interior.[31] Lo que se pretendía no era aceptar una ocupación austriaca, sino más bien mantener los ejércitos de Serbia listos para su posterior despliegue. El segundo telegrama de aquella noche, enviado a la 1.40 de la madrugada del 25 de julio, informaba de que el Consejo de Ministros de Rusia había decidido adoptar «medidas enérgicas, incluso la movilización», y estaba a punto de hacer público un «comunicado oficial donde Rusia anunciaría que ponía a Serbia bajo su protección».[32]

A las 8 de la tarde del 25 de julio, Spalajković envió otro despacho informando de que había hablado con el agregado militar serbio, que acababa de regresar de Tsarskoe Selo, la residencia del zar. El agregado había estado hablando con el jefe del Estado Mayor ruso, y le había dicho a Spalajković que el Consejo Militar había mostrado «un enorme grado de preparación para la guerra» y que estaba decidido a «llegar hasta donde fuera para proteger a Serbia». En particular, el zar había sorprendido a todo el mundo por su determinación. Por añadidura, se había ordenado que a las 6 de la tarde exactamente, la hora en que expiraba el plazo para la respuesta de Serbia, los cadetes militares del último curso de toda Rusia fueran ascendidos al grado de oficiales, una clara señal de la inminencia de una movilización total. «En todos los círculos sin excepción imperan la resolución y el júbilo más absolutos debido a la postura adoptada por el zar y su Gobierno.»[33] Otros despachos informaban de las medidas militares que ya se estaban tomando, el estado de ánimo de «orgullo y [disposición a] cualquier sacrificio» que cundía entre los

círculos dirigentes y la esfera pública, y el entusiasmo con el que se acogió la noticia procedente de Londres que afirmaba que la Armada británica había recibido la orden de estar preparada.[34]

Fueron probablemente las noticias procedentes de Rusia lo que disipó la sensación de fatalismo que imperaba en Belgrado, y disuadió a los ministros de intentar evitar la guerra plegándose a las exigencias del ultimátum.[35] El telegrama de Spalajković del 24 de julio, donde transmitía la vaga garantía de apoyo de Sazonov, llegó a Belgrado en dos partes, la primera a las 4.17 de la madrugada, y la segunda a las 10 de la mañana del 25 de julio. El telegrama que apuntaba a una movilización por parte de Rusia llegó a las 11.30 de la mañana de aquel mismo día, a tiempo de que la conocieran los ministros serbios antes de redactar su respuesta a la nota de Austria.[36]

A pesar de aquel restablecimiento del ánimo, los ministros serbios dedicaron enormes esfuerzos a pulir su respuesta a Viena, a fin de crear la apariencia de que estaban ofreciendo la máxima colaboración posible sin comprometer la soberanía de Serbia. Pašić, Ljuba Jovanović y la mayoría de ministros presentes en aquel momento en Belgrado, incluidos los de Interior, Economía y Justicia, Stojan Protić, Velizar Janković y Marko Djuričić, participaron en las numerosas redacciones del texto. Slavko Gruić, secretario general del Ministerio de Asuntos Exteriores serbio, le describió posteriormente a Luigi Albertini la frenética actitud que precedió a la presentación de la respuesta. Durante la tarde del sábado 25 de julio hubo numerosos borradores, ya que los ministros se iban turnando para añadir y tachar distintos pasajes; incluso la versión final estaba tan plagada de alteraciones, añadidos y tachaduras que resultaba prácticamente ilegible.

Por fin, después de las 4 de la tarde, parecía que el texto ya estaba decidido, y se hizo un intento de mecanografiarlo. Pero el mecanógrafo era inexperto y esta-

ba muy nervioso, y la máquina de escribir se negaba a funcionar, por lo que hubo que escribir la respuesta a mano con tinta hectográfica, de la que se hicieron copias con gelatina [...] La última media hora fue de trabajo febril. La respuesta fue corregida aquí y allá a mano, con una pluma. Toda una frase que iba entre paréntesis se tachó con tinta para que resultara ilegible. A las 5.45 Gruić le entregó el texto a Pašić dentro de un sobre.[37]

Pašić esperaba que Gruić u otra figura subalterna le llevara la respuesta al barón Giesl, pero cuando vio que nadie se ofrecía voluntario, dijo: «Muy bien, la llevaré yo mismo», bajó las escaleras y acudió a pie a la cita con Giesl, mientras los ministros y los altos funcionarios se apresuraron a tomar el tren para Niš, donde iba a reubicarse el Gobierno serbio en previsión de un inminente conflicto.

Puede que la respuesta serbia tuviera un aspecto descuidado, pero era una obra maestra del subterfugio diplomático. El barón Musulin, que había redactado el primer borrador del ultimátum austriaco, describió la respuesta de Serbia como «el ejemplo más brillante de habilidad diplomática» que había visto en su vida.[38] La respuesta comenzaba con un ademán de confianza. El Gobierno serbio, se decía, había demostrado en muchas ocasiones durante las Guerras Balcánicas su actitud moderada y pacífica. De hecho, «si se [había] mantenido la paz, era gracias a Serbia y al sacrificio que había realizado exclusivamente en aras de la paz europea». Por consiguiente, los redactores de la nota confiaban en que su respuesta despejara cualquier malentendido entre ambos países. Dado que no podía responsabilizarse al Gobierno de los actos de unos individuos particulares, y que dicho Gobierno no ejercía un control directo sobre la prensa ni sobre el «trabajo pacífico de las sociedades», le habían causado sorpresa y pesar las acusaciones que se hacían desde Viena.[39]

En sus respuestas a los puntos individuales, los redactores ofrecían un sutil cóctel de aceptaciones, aceptaciones condicionales, evasivas y rechazos. Aceptaban oficialmente condenar toda propaganda encaminada a la disolución del Imperio Aus-

trohúngaro o a la anexión de sus territorios (aunque utilizaban un tiempo verbal que eludía reconocer que ese tipo de propaganda realmente hubiera existido alguna vez). Sobre la cuestión de la eliminación de las organizaciones irredentistas, la respuesta afirmaba que el Gobierno serbio no poseía «ninguna prueba de que la Narodna Odbrana u otras sociedades similares» hubieran cometido hasta el momento «ningún acto criminal» –y a pesar de ello accedían a disolver la Narodna Odbrana y cualquier otra sociedad «que pudiera estar dirigiendo sus esfuerzos en contra de Austria-Hungría». El punto 3 afirmaba que el Gobierno estaba totalmente dispuesto a eliminar de la educación pública serbia cualquier propaganda anti-austriaca, «siempre que el Real Gobierno Imperial le aporte datos y pruebas de tal propaganda». El punto 4 aceptaba la expulsión de las Fuerzas Armadas de las personas sospechosas, pero de nuevo únicamente después de que las autoridades austrohúngaras le comunicaran al Gobierno serbio «los nombres y los actos de esos oficiales y funcionarios». Sobre la cuestión de la creación de comisiones de investigación mixtas austro-serbias (punto 5), la respuesta declaraba que el Gobierno serbio «no comprendía claramente el significado ni el alcance de la petición», pero se comprometía a aceptar tal colaboración, en la medida que resultara conforme con «el principio del derecho internacional, con el procedimiento penal y con las buenas relaciones de vecindad». El punto 6 (sobre la participación de funcionarios austriacos en el procesamiento de las personas implicadas) se rechazaba de plano, sobre la base de que sería contrario al ordenamiento jurídico serbio –esa era la cuestión que afectaba a la soberanía de Serbia, sobre la que Sazonov había instado a Belgrado a mantenerse firme. En cuanto al punto 7, que demandaba el arresto de Tankosić y de Ciganović, el Gobierno serbio afirmaba que ya había detenido a Tankosić «justamente la misma noche de la entrega de la nota»; que «todavía no había sido posible arrestar

a Ciganović». Una vez más, se pedía al Gobierno austriaco que aportara las «presuntas evidencias de culpabilidad, así como las pruebas de culpabilidad, si las hubiere [...] a efectos de la investigación posterior». Se trataba de una respuesta un tanto taimada: en cuanto surgió el nombre de Ciganović en relación con la investigación de Sarajevo, la prefectura de la policía de Belgrado le había sacado precipitadamente de la capital para una misión especial, al mismo tiempo que negaba oficialmente que existiera en la ciudad una persona con el nombre de Milan Ciganović.[40] La respuesta aceptaba sin condiciones los puntos 8 y 10, referentes a la imputación de los funcionarios de fronteras que resultaran culpables de actividades ilegales, y al deber de informar al Gobierno austrohúngaro sobre las medidas adoptadas. Pero el punto 9, por el que los austriacos habían exigido una explicación de los comentarios hostiles en público por parte de funcionarios serbios durantes los días posteriores a los asesinatos, suscitaba una respuesta más equívoca: el Gobierno serbio estaba dispuesto a «dar gustosamente» tales explicaciones, una vez que el Gobierno austriaco le «comunicara los pasajes en cuestión contenidos en esos comentarios y siempre y cuando demuestre que los comentarios fueron realmente realizados por dichos funcionarios».[41]

Es difícil no estar de acuerdo con la asombrada admiración de Musulin por un texto tan primorosamente elaborado. La afirmación que a menudo figura en las narraciones genéricas, en el sentido de que aquella respuesta constituía una capitulación casi total a las exigencias de Austria es profundamente engañosa. Se trataba de un documento concebido para los amigos de Serbia, no para su enemigo. Concedía a los austriacos increíblemente poco.[42] Por encima de todo, hacía recaer sobre Viena la carga de impulsar el proceso de abrir la investigación a los antecedentes serbios de la conspiración, sin, por otro lado, conceder el tipo de colaboración que habría permitido un seguimiento

efectivo de las pistas relevantes. En ese sentido, el texto constituía una continuación de la política que habían venido siguiendo las autoridades serbias desde el 28 de junio: negar de plano cualquier forma de implicación y abstenerse de cualquier iniciativa que pudiera interpretarse como un indicio del reconocimiento de tal implicación. Muchas de las respuestas a los puntos específicos abrían la perspectiva de largas, conflictivas y con toda probabilidad inútiles negociaciones con los austriacos acerca de lo que suponía exactamente «hechos y pruebas» de propaganda irredentista, o de actividad de conspiración por parte de oficiales y funcionarios. La apelación al «derecho internacional», aunque eficaz como propaganda, era una pura maniobra de confusión, ya que no existía ningún tipo de jurisprudencia internacional para casos de ese tipo, ni organismos internacionales con autoridad para resolverlos de una forma legal y vinculante. Sin embargo, el texto estaba perfectamente modulado para transmitir el tono de voz de unos estadistas razonables en un estado de sincera perplejidad, que intentan dar sentido a unas exigencias ofensivas e inaceptables. Se trataba de la voz mesurada de la Serbia política y constitucional, renegando de cualquier vínculo con su gemela panserbia y expansionista, de una forma profundamente arraigada en la historia de las relaciones exteriores de Serbia. Por supuesto, el texto bastaba para convencer a los amigos de Serbia de que, ante una capitulación total como aquella, Viena no podía alegar motivo alguno para tomar medidas.

Así pues, en realidad, se trataba de un rechazo muy edulcorado a la mayoría de los puntos. Y cabe preguntarse razonablemente si a Pašić le quedaba alguna otra opción en aquel momento, ya que al negarse a tomar la iniciativa para eliminar las redes irredentistas, había permitido que la crisis llegara hasta ese punto. Ya se han considerado distintas razones para explicar la peculiar pasividad del primer ministro después del 28 de ju-

nio –su permanente vulnerabilidad tras los recientes enfrentamientos con el partido militar y la red de la Mano Negra, el hábito profundamente arraigado de mostrarse reticente y hermético que había adquirido a lo largo de más de treinta años en la peligrosa cumbre de la política serbia, y la simpatía ideológica fundamental de Pašić y sus colegas con la causa irredentista. A esas razones cabría añadir una consideración ulterior. Pašić debía de tener buenas razones para temer cualquier investigación exhaustiva del crimen, porque ello podría perfectamente poner al descubierto vínculos que condujeran al corazón de la élite política serbia. Cualquier luz que se arrojara sobre las maquinaciones de Apis habría perjudicado a la causa de Belgrado, por decirlo suavemente. Pero mucho más preocupante era la posibilidad de que la búsqueda e investigación del agente doble Ciganović, a quien los austriacos habían identificado como sospechoso, pudiera revelar un conocimiento previo por parte de Pašić y sus ministros, que Pašić había negado de forma vehemente en su entrevista con *Az Est* (La tarde) el 7 de julio. En cierto sentido, tal vez, en realidad los austriacos estaban exigiendo lo imposible, es decir que la Serbia oficial acabara con la Serbia étnica y expansionista del irredentismo. El problema era que ambas era interdependientes e inseparables, eran dos caras de una misma entidad. En el Ministerio de la Guerra de Belgrado, una ubicación oficial como ninguna, había colgado, delante del salón de actos principal, la imagen de un paisaje serbio, ante el cual se alzaba una alegórica figura femenina armada, en cuyo escudo se enumeraban las «provincias que aún han de ser liberadas»: Bosnia, Herzegovina, Voivodina, Dalmacia, etcétera.[43]

Incluso antes de recibir en mano la respuesta, Giesl ya sabía que la aceptación no iba a ser incondicional. Aquella tarde, desde las tres en punto, había entrado en vigor una orden de movilización general en Serbia, la guarnición de la ciudad había salido con gran estruendo y precipitación a ocupar las colinas que

rodean la ciudad, el Banco Nacional y los archivos estatales estaban evacuando Belgrado, y adentrándose en el interior del país, y el cuerpo diplomático ya estaba preparándose para seguir al Gobierno a su ubicación provisional en Kragujevac, de camino hacia Niš.[44] Además, hubo una advertencia confidencial de uno de los ministros que participaron en la redacción de la respuesta.[45] A las 17.55 del sábado 25 de julio, cinco minutos antes de la hora límite, Pašić apareció en la legación austriaca y entregó la nota, diciendo en un pobre alemán (no hablaba francés): «Hemos aceptado una parte de sus exigencias; [...] para el resto ponemos nuestras esperanzas en su lealtad y caballerosidad en calidad de general austriaco», y se marchó. Giesl echó un vistazo desdeñoso al texto, vio que no era satisfactorio, y firmó una carta preparada con antelación donde informaba al primer ministro que se disponía a abandonar Belgrado aquella noche con su personal. Se confiaba oficialmente la protección de los ciudadanos austrohúngaros y de sus bienes a la embajada alemana, se sacaron los códigos de la cámara acorazada y se quemaron, y el equipaje –ya preparado– se sacó y se cargó en los coches que esperaban delante de la puerta. A las 18.30, Giesl, su esposa y el personal de la embajada estaban a bordo del tren que salía de Belgrado. Diez minutos después cruzaban la frontera austriaca.

¿Aquello significaba la guerra? En un curioso telegrama que le envió el 24 de julio a Mensdorff, en Londres, Berchtold le encargaba al embajador que informara a Edward Grey de que la nota de los austriacos no era un ultimátum oficial, sino una «medida limitada en el tiempo» cuyo vencimiento sin un resultado satisfactorio provocaría el cese de las relaciones diplomáticas y el inicio de los preparativos militares pertinentes. No obstante, la guerra no era inevitable todavía: si posteriormente Serbia decidía echarse atrás, «bajo la presión de nuestros preparativos militares», proseguía Berchtold, se le exigiría que pagara

una indemnización en concepto de los costes incurridos por Austria.[46] Al día siguiente, durante el viaje de Berchtold hacia Bad Ischl, al oeste de Viena, para reunirse con el emperador Francisco José, en la estación de Lambach le esperaba un telegrama enviado desde Viena por el conde Macchio, jefe de la Primera Sección. Macchio informaba de que el encargado de negocios ruso en Viena, Kudaschev, había realizado una petición oficial de una prórroga del plazo. En su respuesta, Berchtold afirmaba que resultaba imposible una prórroga, pero añadía que incluso después del vencimiento del plazo, Serbia podía evitar la guerra cumpliendo las exigencias de Austria.[47] Tal vez aquellas palabras reflejaban, como creía Albertini, una transitoria falta de valor;[48] por otra parte, tal vez se trataba tan solo de una forma de ganar tiempo –hemos visto lo mucho que les preocupaba a los austriacos que se retrasaran sus preparativos militares una vez que se hicieran necesarios.

Retrospectivamente, está claro que aquellas estratagemas de última hora no tenían posibilidades de éxito. El 26 y el 27 de julio, llegaron sendos despachos de Spalajković, llenos de júbilo, con la noticia de que los rusos estaban movilizando un ejército de 1.700.000 hombres y que estaban planeando «iniciar de inmediato una enérgica ofensiva contra Austria-Hungría en el momento que ataque a Serbia». El 26 de julio Spalajković informaba de que el zar estaba convencido de que los serbios iban a «luchar como leones», y que incluso podían derrotar ellos solos a los austriacos desde su reducto en el interior del país. La postura de Alemania todavía no estaba clara, pero aunque los alemanes no entraran en la refriega, el zar creía que había grandes posibilidades de lograr «una partición de Austria-Hungría»; de lo contrario, los rusos «ejecutarían los planes militares franceses, de modo que la victoria contra Alemania también es segura».[49]

Spalajković, antiguo jefe político del Ministerio de Asuntos Exteriores serbio, estaba tan entusiasmado que se dedicó a proponer políticas: «A mi juicio, eso nos brinda una espléndida oportunidad de utilizar juiciosamente este acontecimiento, y lograr la plena unificación de los serbios. Por consiguiente, es deseable que Austria-Hungría nos ataque. En ese caso, ¡adelante, en nombre de Dios!». Aquellas efusiones procedentes de San Petersburgo contribuyeron a una ulterior radicalización del estado de ánimo. A partir de aquel momento era inconcebible hacer concesiones de última hora a las exigencias de Austria. Pašić opinaba desde hacía mucho tiempo que la unión de los serbios no podía lograrse en tiempos de paz, que solo podía forjarse en el calor de una gran guerra, y con la ayuda de una gran potencia. No se trataba de un plan propiamente dicho, y nunca lo había sido –era un futuro imaginado, cuyo momento parecía inminente dadas las circunstancias. Iban a transcurrir casi dos semanas antes de que empezaran los combates en serio, pero ya se divisaba el camino a la guerra. Para Serbia, ya no había vuelta atrás.

COMIENZA UNA «GUERRA LOCAL»

La mañana del 28 de julio de 1914, el emperador Francisco José firmó su declaración de guerra contra Serbia con una pluma de avestruz, sentado ante el escritorio de su despacho en la villa imperial de Bad Ischl. Ante él había un busto tallado en brillante mármol blanco de su fallecida esposa. A su derecha tenía un encendedor de puros último modelo, una aparatosa estructura de bronce sobre una peana de madera oscura, cuyo cable trenzado llegaba hasta un enchufe situado en la pared que había detrás del escritorio. El texto seguía el formato de manifiesto que los austriacos habían utilizado para declarar la guerra a Prusia en 1866:

> ¡A mis pueblos! Era mi ferviente deseo consagrar los años que, por la gracia de Dios, aún me quedan por vivir, a las tareas de la paz y a proteger a mis pueblos

de los pesados sacrificios y cargas de la guerra. La Providencia, en su sabiduría, ha dictaminado otra cosa. Las intrigas de un adversario malévolo me obligan, en defensa del honor de mi Reino, en aras de la protección de su dignidad y su posición como potencia, y para la seguridad de sus posesiones, a empuñar la espada tras largos años de paz.[50]

Para entonces, Belgrado ya era una ciudad casi desierta. Todos los hombres en edad militar habían sido llamados a filas, y muchas familias se habían marchado para refugiarse en casas de familiares en el interior del país. La mayoría de los ciudadanos extranjeros se habían ido. A las 2 de la tarde del 28 de julio, el rumor de la inminencia de la guerra corrió como la pólvora por la ciudad. Las ediciones especiales de los periódicos se agotaban en cuanto los vendedores lograban ponerlas en la calle.[51] Antes de que concluyera el día, dos barcos de vapor serbios que navegaban por el Danubio con un cargamento de munición y minas habían sido apresados por exploradores y guardias austriacos. Poco después de la una del mediodía siguiente, las tropas serbias volaron el puente sobre el río Sava entre Semlin (Zemun) y Belgrado. Las cañoneras austriacas abrieron fuego, y tras una breve escaramuza, las tropas serbias se replegaron.

La noticia de que por fin se había declarado la guerra llenó de alegría a Sigmund Freud, que a la sazón tenía cincuenta y ocho años: «Por primera vez en treinta años, siento que soy un austriaco, y tengo ganas de darle otra oportunidad a este Imperio no demasiado prometedor. Toda mi libido está dedicada a Austria-Hungría».[52]

11
Disparos de advertencia

SE IMPONE LA FIRMEZA

Tras cuatro días frenéticos de recepciones, revistas militares, discursos, cenas y brindis, Maurice Paléologue necesitaba un descanso. Después de despedir a Poincaré a bordo del *France*, la tarde del 23 de julio, le dijo a su criado que no le despertara a la mañana siguiente. Pero no iba a poder: a las siete en punto llegó una llamada telefónica urgente anunciando el ultimátum de Austria. Mientras el embajador estaba en su cama, todavía medio dormido, la noticia penetró en su mente como si estuviera soñando despierto:

> El acontecimiento me parecía irreal y sin embargo seguro, imaginario pero auténtico. Me parecía estar prosiguiendo mi conversación de ayer con el zar, exponiéndole mis teorías y conjeturas. Al mismo tiempo tenía una sensación, una sensación potente, positiva y elocuente, de que me encontraba ante un *fait accompli*.[1]

Paléologue canceló su cita para almorzar y convino una reunión en la embajada francesa con el ministro de Asuntos Exteriores, Sazonov, y el embajador británico, Sir George Buchanan.[2] De acuerdo con sus propias memorias, Paléologue les recordó a sus dos invitados los brindis que se habían intercambiado el presidente francés y el zar la noche anterior, y repitió que las tres potencias de la Entente debían adoptar una política de «firmeza». Sazonov se quedó sorprendido: «Pero supongamos que esa política está abocada a llevarnos a una guerra». La firmeza únicamente daría lugar a la guerra, respondió Paléologue, en

caso de que las «potencias germánicas» *ya* «hubieran decidido recurrir a la fuerza para asegurar su hegemonía sobre el Este» (ahí el embajador francés utilizaba exactamente el mismo argumento que le había planteado Bethmann a Riezler durante la segunda semana de julio).

Es dudoso que Sazonov se mostrara realmente tan pasivo como sugiere el relato de Paléologue: en el despacho que envió George Buchanan sobre aquella misma conversación, era Sazonov el que elevaba la apuesta, declarando que «en cualquier caso Rusia tendría que movilizarse».[3] Quienquiera que dijera lo que fuese, los tres hombres claramente tenían un punto de vista drástico sobre la situación creada a raíz de la presentación de la nota de Austria a Belgrado. Sazonov y Paléologue unieron sus fuerzas para instar a Buchanan a disuadir a su Gobierno de una política de neutralidad que sería «equivalente a un suicidio». Buchanan se mostró de acuerdo, y se comprometió a realizar «enérgicas protestas» ante Grey a favor de una política de «resistencia ante la arrogancia alemana».[4] El conde de Robien, que habló con el embajador aquella tarde, estaba horrorizado. «Durante aquel nocivo almuerzo», recordaba, «todos se animaban unos a otros. Al parecer Paléologue estuvo particularmente vehemente, presumiendo de sus conversaciones con Poincaré…»[5]

De hecho, no hacía falta que Paléologue ni nadie más convenciera a Sazonov. Incluso antes de su almuerzo en la embajada francesa, el ministro había reprendido al embajador austriaco en unos términos que no dejaban lugar a dudas de cómo interpretaba la situación ni de cómo pretendía responder a ella. Después de que Fritz Szapáry, conforme a los usos habituales en tales casos, le hubiera leído en voz alta la nota de Austria, Sazonov exclamó varias veces: «¡Ya sé lo que significa eso. Ustedes quieren librar una guerra contra Serbia! Los periódicos alemanes han estado empujándoles. Están prendiendo fuego a Euro-

pa. Es una gran responsabilidad la que están asumiendo ustedes, ya verá el efecto que tiene en Londres y en París, y tal vez también en algún otro lugar». Szapáry le propuso enviarle un dossier con las pruebas en las que se basaban las alegaciones de Viena, pero Sazonov hizo un gesto rechazando la oferta, diciendo que no le interesaba: «Ustedes quieren la guerra y han quemado sus puentes». Cuando Szapáry replicó que Austria tenía derecho a defender sus intereses vitales y que era «la potencia que más amaba la paz de todo el mundo», Sazonov contestó con una respuesta sarcástica: «Salta a la vista lo pacíficos que son ustedes, ahora que están prendiéndole fuego a Europa».[6] Szapáry salió de la reunión en un estado de gran excitación y fue directamente a la embajada austriaca para cifrar y enviar su informe.

Nada más marcharse el embajador austriaco, Sazonov convocó al jefe del Estado Mayor de Rusia, el general Yanushkevich, para que acudiera al Ministerio de Asuntos Exteriores. El Gobierno, declaró, iba a emitir en breve un comunicado de prensa afirmando que Rusia no tenía intención de «permanecer inactiva» si la «dignidad y la integridad del pueblo serbio, hermano de sangre, se veía amenazada» (al día siguiente se remitió a la prensa la nota correspondiente). A continuación Sazonov comentó con Yanushkevich los planes para una «movilización parcial únicamente contra Austria-Hungría».[7] Durante los días siguientes a la presentación de la nota, el ministro de Exteriores ruso se atuvo a su política de firmeza, adoptando posturas y tomando decisiones que no hacían más que agudizar la crisis.

A las 3 de aquella misma tarde, hubo una reunión de dos horas del Consejo de Ministros. Sazonov, que acababa de almorzar con Paléologue y Buchanan, fue el primero en hablar. Empezó esbozando lo que a su juicio eran los antecedentes más generales de aquella crisis. Alemania, dijo, llevaba mucho tiempo dedicándose a realizar «preparativos sistemáticos», encaminados no

solo a incrementar su poder en Europa central, sino a asegurarse sus objetivos «en todos los asuntos internacionales, sin tomar en consideración la opinión ni la influencia de las potencias que no pertenecen a la Triple Alianza». A lo largo de la última década, Rusia había afrontado esos desafíos con una moderación y una paciencia inquebrantables, pero esas concesiones no habían hecho más que «alentar» a los alemanes a utilizar «métodos agresivos». Había llegado el momento de plantarles cara. El ultimátum de Austria había sido redactado «con la connivencia de Alemania»; su aceptación por parte de Belgrado convertiría de hecho a Serbia en un protectorado de las potencias centrales. En el caso de que Rusia abandonara su «misión histórica» de garantizar la independencia de los pueblos eslavos, se la «consideraría un Estado decadente», renunciaría a «toda su autoridad» y su «prestigio en los Balcanes» y «de ahora en adelante tendría que colocarse en un segundo plano entre las potencias». Una postura firme, advertía Sazonov, implicaría el riesgo de guerra con Austria y Alemania, una perspectiva aún más peligrosa por el hecho de que todavía era incierta la posición que iba a adoptar Gran Bretaña.[8]

El siguiente en hablar fue el ministro de Agricultura, A. V. Krivoshein, uno de los ministros que se habían opuesto a Vladimir Kokovtsov, y que habían intrigado en su contra. Krivoshein gozaba de un favor especial con el zar, y estaba íntimamente relacionado con el *lobby* nacionalista de la Duma. En calidad de ministro de Agricultura, también estaba en estrecho contacto con los *zemstvos*, órganos electivos de gobierno local dominados por la nobleza, que abarcaban la mayor parte del Imperio Ruso. Durante años estuvo vinculado al diario *Novoye Vremya*, conocido por sus campañas nacionalistas sobre las cuestiones de los Balcanes y los estrechos turcos.[9] Había apoyado la política de Sukhomlinov a favor de una movilización parcial contra Austria en noviembre de 1912, alegando que «ya era hora de

que Rusia dejara de arrastrarse ante los alemanes».[10] Al parecer, Krivoshein también tenía muy buena relación con la locuaz Militza de Montenegro, quien le consideraba un aliado en la lucha de Montenegro para liberar a los eslavos del sur.[11] Tras la marcha de Kokovtsov, Krivoshein se convirtió en el hombre más poderoso del Consejo de Ministros. Sus ideas sobre política exterior eran las de un halcón, y cada vez más germanófobas.

En las palabras que dirigió al Consejo de Ministros el 24 de julio, Krivoshein invocó una compleja serie de argumentos a favor y en contra de una respuesta militar, pero en última instancia optó por una firme reacción en contra de la acción de Austria. Rusia, señalaba, estaba sin duda en unas condiciones políticas, financieras y militares incomparablemente mejores que después de la catástrofe de 1904-1905. Pero el programa de rearme todavía no había concluido, y era dudoso que las Fuerzas Armadas rusas llegaran alguna vez a competir con las de Alemania y Austria-Hungría en términos de «eficiencia técnica moderna». Por otro lado, «las condiciones generales» habían mejorado durante los últimos años (tal vez se estaba refiriendo al fortalecimiento de la Alianza franco-rusa), y al Gobierno imperial le iba a resultar difícil explicarle al público y a la Duma por qué se mostraba «reacio a actuar con contundencia». Y ahí estaba el quid de la cuestión. En el pasado, las «actitudes exageradamente prudentes» de Rusia no habían logrado «aplacar» a las potencias centrales de Europa. No cabía duda de que los riesgos que afrontaba Rusia en caso de un inicio de hostilidades eran grandes, y la guerra ruso-japonesa lo había dejado bien claro. Pero aunque Rusia deseaba la paz, proseguir con una «actitud conciliadora» no era la forma de lograrla. «La guerra podría estallar pese a nuestros esfuerzos de conciliación.» Por consiguiente, dadas las circunstancias, la mejor política era «una actitud más firme y enérgica frente a las exigencias poco razonables de las potencias centrales».[12]

La intervención de Krivoshein causó una profunda impresión entre los asistentes a la reunión, y ninguno de los oradores que hablaron después dijo nada para matizar sus conclusiones. El ministro de la Guerra, Sukhomlinov, y el ministro de Marina, Grigorovich, admitieron que el programa de rearme todavía no estaba completo, pero ambos «afirmaron a pesar de todo que los titubeos ya no eran pertinentes», y no veían «objeción alguna a hacer alarde de una mayor firmeza». Peter Bark, que hablaba en nombre del ministro de Hacienda, manifestó cierta preocupación acerca de la capacidad de Rusia para soportar la carga financiera y económica de una guerra continental, pero incluso él reconocía que hacer más concesiones no era de por sí una garantía para la paz, y «dado que estaban en juego el honor, la dignidad y la autoridad de Rusia», no veía motivo para disentir de la opinión de la mayoría. Recapitulando aquellas opiniones, el primer ministro Goremykin concluyó que «el deber del Gobierno imperial era decidirse inmediatamente en favor de Serbia». Era más probable que se asegurara la paz con una actitud de firmeza que con una actitud conciliadora, y, en caso contrario, «Rusia debería estar preparada para hacer los sacrificios que se le exigen».[13] Por último, el Consejo acordó las cinco resoluciones siguientes: (i) pedir a Austria que prorrogara el plazo del ultimátum; (ii) aconsejar a Serbia que no presentara batalla en la frontera, sino que retirara sus Fuerzas Armadas al centro del país; (iii) solicitar al zar que aprobara «en principio» la movilización de las regiones militares de Kiev, Odesa, Kazán y Moscú; (iv) dar instrucciones al ministro de la Guerra para que acelere el acopio de equipos militares, y (v) retirar los fondos rusos que estuvieran invertidos en aquel momento en Alemania y en Austria.[14]

«ESTA VEZ ES LA GUERRA»

Al día siguiente (25 de julio), hubo una nueva reunión, más solemne, del Consejo de Ministros, presidido por el zar, y al que

asistieron tanto el jefe del Estado Mayor, Yanushkevich, como el gran duque Nikolai, comandante de la región militar de San Petersburgo y esposo de Anastasia de Montenegro, que había hablado con tanta franqueza con el presidente Poincaré durante la visita de Estado. Aquella reunión ratificó las decisiones adoptadas por el Consejo el día anterior y decretó nuevas medidas militares, más elaboradas. Y lo más importante, el Consejo decidió autorizar un complejo paquete de medidas conocidas como el «Periodo Preparatorio para la Guerra». Aquellas medidas, que implicaban numerosas disposiciones encaminadas a prepararse para una movilización, no se circunscribían a las regiones fronterizas con Austria, sino que eran aplicables a todo el territorio de la Rusia europea.[15]

Resultaría difícil exagerar la importancia histórica de las reuniones del 24 y el 25 de julio. En cierto sentido, constituían una especie de renacimiento en el último minuto del Consejo de Ministros, cuya influencia en la política exterior había ido declinando desde la muerte de Stolypin. Era bastante insólito que el Consejo debatiera de aquella forma sobre política exterior.[16] Al centrar la atención de sus colegas en Alemania como instigadora de aquella crisis, Sazonov ponía de manifiesto en qué medida había interiorizado la lógica de la Alianza franco-rusa, en virtud de la cual Alemania, y no Austria, era el «adversario principal». Daba igual que se tratara de una crisis que afectaba a Austria, más que a Alemania, ya que se consideraba que Austria era el pretexto de una malévola política alemana cuyos verdaderos objetivos –más allá de lograr la «hegemonía en el Este de Europa»– seguían sin estar claros. En cuanto al problema de la relativa falta de preparación de Rusia para la guerra (en comparación con la situación prevista en un plazo de tres años), los ministros afrontaban la cuestión aludiendo en términos vagos a una guerra que podría llegar «de todas formas», incluso aunque Rusia decidiera mostrarse «conciliadora» con los alemanes no

atacando a sus aliados, los austriacos. Esa línea argumental se asemejaba superficialmente a la concatenación de ideas que preocupaba a Bethmann durante las primeras semanas de julio: que la crisis de Sarajevo podía contemplarse como un método para comprobar las intenciones de Rusia –si los rusos optaban, a pesar de todo, por una guerra europea, eso significaría que habían querido la guerra de todas formas. Pero había una diferencia crucial: en el caso de Bethmann, ese argumento se utilizaba para justificar *la aceptación* de una guerra, en el caso de que Rusia decidiera iniciarla; en ningún momento (hasta después de una movilización general por parte de Rusia) se utilizaba ese argumento para justificar medidas militares *preventivas* por parte de Alemania. Por el contrario, en San Petersburgo, las medidas que se estaban tomando en consideración eran de tipo proactivo, no surgían a raíz de una amenaza directa contra Rusia, y era sumamente probable (cuando no seguro) que agravaran aún más la crisis.

Las medidas prácticas en materia militar adoptadas en ambas reuniones son especialmente desconcertantes. En primer lugar, estaba el hecho de que la movilización parcial decretada por Sazonov y Yanushkevich, y posteriormente adoptada en principio en la reunión del 24 de julio, era un trámite sumamente engorroso y potencialmente peligroso. Incuso una movilización parcial, en caso de que supusiera una amenaza directa contra Austria-Hungría, tendría como consecuencia inevitable, conforme a la lógica de la alianza austro-alemana, la adopción de contramedidas por parte de Berlín, exactamente igual que una movilización parcial de Alemania contra Rusia habría desencadenado automáticamente la adopción de contramedidas por Francia, independientemente de si Alemania decidía movilizar o no su frente occidental. Y en caso de que se produjeran dichas contramedidas, las áreas fronterizas donde *no* se hubieran decretado contramedidas se verían doblemente expuestas, igual que lo es-

taría el flanco derecho del grupo del ejército del sur que se había movilizado contra Austria. Así pues, el margen de maniobra creado por el carácter parcial de la movilización era en gran parte ilusorio. Aún más preocupante era el hecho de que los planes de Rusia sencillamente no preveían una movilización parcial. No existía un programa diferenciado para una movilización únicamente contra Austria. El régimen de planificación de aquel momento, conocido como el Programa de Movilización nº 19, no hacía distinciones entre los dos adversarios.[17] Las variaciones en la densidad de población entre las diferentes regiones militares implicaban que la mayoría de los cuerpos del ejército se nutrían de reservistas de otras zonas de movilización. Por añadidura, algunos cuerpos del ejército de las zonas limítrofes con Austria estaban reservados, en caso de una movilización total, para su despliegue en áreas del saliente polaco fronterizo con Alemania. Por si fuera poco, una movilización restringida a determinados sectores provocaría el caos en los planes sumamente complejos para el tránsito ferroviario hacia las zonas de concentración de tropas, y a través de ellas. Por consiguiente, improvisar una movilización únicamente contra Austria no sólo resultaba arriesgado de por sí, sino que ponía en peligro la capacidad de Rusia para llevar a cabo la transición a una movilización total, en caso de que posteriormente fuera necesario.[18]

A la vista de esas dificultades, es asombroso que la política de movilización parcial siquiera llegara a considerarse seriamente. ¿Por qué Sazonov insistió en ella? Es comprensible el atractivo superficial de una medida que parecía ofrecer algo menos drástico que una movilización total, que necesariamente habría desencadenado una guerra continental. Indudablemente, Sazonov se acordaba de la crisis del invierno de 1912-1913, cuando el Ejército improvisó un plan de movilización provisional contra Austria-Hungría. Y, en calidad de civil en un entorno donde la pericia militar se guardaba celosamente, y donde la comunica-

ción entre civiles y militares dejaba mucho que desear, puede que a Sazonov, cuyo desconocimiento sobre cuestiones militares era notorio, no se le ocurriera nada mejor. Evidentemente, fue asesorado muy deficientemente por el jefe del Estado Mayor, Yanushkevich, un hombre de muy modestas capacidades, a quien aquel cargo seguía viniéndole demasiado grande, incluso después de llevar cinco meses en él. Yanushkevich, que era más un cortesano que un soldado, no había servido en el campo de batalla, y su ascenso, del que se decía que había suscitado la sorpresa de todo el mundo, probablemente se debía más al cariño que el zar sentía por él que a sus cualificaciones personales.[19] No obstante, incluso después de que los subordinados de Yanushkevich, y él mismo, hubieran señalado lo absurdo del plan de movilización parcial, Sazonov se negó a descartarlo. Puede que sintiera la necesidad de poder ofrecerle al zar una alternativa a la movilización total; puede que esperara que una movilización parcial fuera suficiente para convencer a los austriacos y a los alemanes de que dieran marcha atrás. Pero, por otro lado, es posible que Sazonov esperara, mediante la oferta de una movilización parcial, convencer al zar para que entrara en una situación desde la que no tuviera más remedio que avanzar a una guerra en toda regla. Como mínimo, esas incertidumbres sugieren cierta falta de coherencia en la cúspide del Gobierno de Rusia, una impresión reforzada por el hecho de que se permitió que el zar añadiera la flota del Báltico al plan de movilización parcial de Sazonov, pese a que esa decisión era totalmente contradictoria con la intención del ministro de Exteriores de no despertar el antagonismo de Alemania.[20]

En cualquier caso, por el momento, la política de movilización parcial seguía siendo una pista falsa –por lo menos hasta el 28 de julio, cuando el Gobierno decidió anunciarla a todos los efectos. Mientras tanto, el Consejo de Ministros había acordado otra decisión más importante, esto es la activación de la «Nor-

mativa sobre el Periodo Preparatorio para la Guerra del 2 de marzo de 1913». Aquella ley sobre los preparativos para la movilización preveía un aumento de la seguridad y del estado de preparación en los almacenes y centros de aprovisionamiento, la conclusión acelerada de las reparaciones en los ferrocarriles, comprobaciones del grado de preparación en todos los departamentos, el despliegue de tropas de cobertura en posiciones de los frentes amenazados, y la llamada de los reservistas a los campamentos de instrucción. Y había otras medidas: las tropas que estuvieran de instrucción en lugares distantes de sus bases debían de ser llamadas de inmediato; se ascendía al grado de oficial a aproximadamente 3.000 cadetes de las academias a fin de que el cuerpo de oficiales estuviera a la altura de su dotación en tiempos de guerra; había que minar los puertos, congregar caballos y carretas, y declarar el estado de guerra en todas las fortalezas de las regiones militares de Varsovia, Vilna y San Petersburgo, a fin de que las autoridades militares estuvieran en posesión de la totalidad de los poderes necesarios para garantizar una rápida movilización general cuando llegara la orden. Y esas medidas se aplicaron no solo en las zonas fronterizas con Austria, sino a lo largo y ancho de toda la Rusia europea.[21]

Huelga decir que aquellas medidas resultaban enormemente peligrosas. ¿Cómo podían distinguir los alemanes y los austriacos entre las importantes medidas de premovilización de Rusia y la fase inicial de una movilización en toda regla? El texto de la Normativa del 2 de marzo da una buena idea de la magnitud de las medidas adoptadas. De acuerdo con sus disposiciones, había que convocar a las reservas a las divisiones fronterizas e «instruirlas en materia de uniformidad y probable disposición del enemigo».

> Es necesario volver a herrar los caballos. No deben concederse más permisos, y los oficiales y los soldados de permiso, o destacados en otras unidades, deben regresar de inmediato a sus divisiones de tropa. Es preciso arrestar a los sospecho-

sos de espionaje. Deben cumplirse las medidas para evitar la exportación de caballos, ganado y grano. Es necesario retirar el dinero y los títulos de valor de los bancos próximos a la frontera y llevarlos al interior. Los buques de la Armada deben regresar a sus puertos y dotarse de suministros y del equipo de guerra completo.[22]

Yanushkevich elevó la probabilidad de un malentendido al recomendar expresamente a los comandantes de cada región militar que no se sintieran coartados por la letra de la Normativa del 2 de marzo y que fueran más allá de las medidas prescritas si lo consideraban pertinente.

Y en efecto, muchos observadores confundieron la premovilización con una movilización parcial. El agregado militar belga en San Petersburgo informaba el 26 de julio que el zar había ordenado la movilización de «diez cuerpos del ejército en las regiones militares de Kiev y Odesa», añadía que la noticia «había sido recibida con el mayor de los entusiasmos en los círculos militares», y señalaba en un despacho del día siguiente que se había informado a la prensa que quedaba estrictamente prohibida cualquier discusión pública sobre la «movilización del Ejército».[23] Los cónsules, los diplomáticos y los agregados de Alemania y Austria empezaron a enviar informes alarmantes. Desde Copenhague, el embajador austriaco, el conde Széchényi, informaba el 26 de julio que el ministro de Asuntos Exteriores danés, Eric Scavenius, había recibido noticias de San Petersburgo que sugerían que Rusia ya había empezado a movilizarse –aunque a la vista de aquellas precipitadas medidas ofensivas, Széchényi consideraba poco probable que ni Francia ni Inglaterra se sintieran obligadas a intervenir.[24] Al día siguiente, el cónsul austriaco en Kiev, Hein, informaba de la llamada a sus acuartelamientos de los oficiales, y de largas columnas de unidades de artillería que marchaban hacia el oeste desde sus campamentos de Kiev, con destino desconocido. Aquel mismo día (27 de julio), unas horas más tarde, Hein informaba de que habían partido de Kiev dieciséis trenes cargados con artillería y regimientos de cosacos,

y otros veintiséis trenes militares que transportaban artillería y unidades de zapadores procedentes de Odesa y con destino a la frontera austriaca. El inmenso acuartelamiento militar de Kiev estaba vacío –las tropas se habían trasladado a sus cuarteles de invierno, o bien estaban congregándose en la estación para embarcar.[25] Desde Szczakowa, una localidad situada en el saliente polaco, llegó un despacho cifrado que informaba de la interrupción de las maniobras que se estaban llevando a cabo en la zona, y que todas las tropas se habían concentrado en la ciudad; se había cargado en varios vagones un «gran contingente» de artillería en la estación de Viena de la localidad. Durante la noche anterior, habían pasado por la estación siete trenes llenos de zapadores.[26] Desde Moscú se informaba de que la Fuerza Aérea Imperial rusa, la segunda en tamaño después de la francesa, se había trasladado al oeste, mientras que un regimiento de caballería había llegado a la ciudad procedente de la lejana Ekaterinoslav (la actual Dniepropetrovsk), a casi 1.000 kilómetros al sur.[27] Las autoridades austriacas de Galitzia informaban de contingentes de tropas «decididamente grandes» que incluían artillería y unidades de cosacos, que estaban tomando posiciones justo al otro lado de la frontera.[28] Desde Batum, en la costa oriental del Mar Negro, llegaban noticias de la presencia de regimientos de infantería, cosacos y dragones de camino hacia Varsovia.[29] Hasta la embajada alemana en San Petersburgo llegaban despachos consulares desde muchos lugares de Rusia que informaban del minado de los ríos, de la confiscación de material rodante, de que se había visto a toda una división de artillería salir de Kiev y marchar hacia el oeste, de la inhabilitación del telégrafo cifrado alemán a través de la oficina telegráfica de Moscú, de tropas que regresaban de sus maniobras, de unidades de infantería y caballería que se aproximaban a Lublin y a Kovel, de la congregación de grandes cantidades de caballos en sus puntos de concentración, de grandes convoyes de vehículos mi-

litares en marcha, y de otros indicios de que un gigantesco ejército se estaba preparando para ir a la guerra.[30] En una fecha tan temprana como el 25 de julio por la tarde, cuando Maurice Paléologue acudió a la estación de Varsovia en San Petersburgo para despedir a Izvolsky, que debía regresar «a toda prisa» a París, a ambos les llamó la atención el alboroto que les rodeaba:

> Había una gran agitación en los andenes. Los trenes iban abarrotados de oficiales y tropa. Aquello tenía todo el aspecto de una movilización. Intercambiamos impresiones rápidamente y llegamos a la misma conclusión: «Esta vez es la guerra».[31]

LAS RAZONES DE RUSIA

Al adoptar esas medidas Sazonov y sus colegas agudizaron la crisis e incrementaron mucho la probabilidad de una guerra general en Europa. Por lo pronto, la premovilización de Rusia modificó la química política en Serbia, y provocó que resultara impensable la idea de que el Gobierno de Belgrado, que originalmente había considerado seriamente la posibilidad de aceptar el ultimátum, diera marcha atrás ante la presión de Austria. También incrementó la presión nacional sobre la Administración rusa, ya que la presencia en las calles de hombres uniformados y la noticia de que Rusia no iba a «permanecer indiferente» al destino de Serbia avivó la euforia de la prensa nacionalista. Hizo sonar las alarmas en Austria-Hungría. Y lo más importante, aquellas medidas aumentaron drásticamente la presión sobre Alemania, que hasta entonces se había abstenido de iniciar preparativos militares, y seguía apostando por una localización del conflicto entre Austria y Serbia.

¿Por qué lo hizo Sazonov? No era un hombre franco, y nunca dio una explicación fiable de sus actos ni sus motivaciones durante aquellos días, pero la respuesta más plausible y obvia está en su primera reacción a la noticia del ultimátum: «*C'est la guerre européenne!*». Sazonov creía desde un principio que una acción militar de Austria contra Serbia debía desencadenar un

contraataque ruso. Su respuesta ante el ultimátum era totalmente coherente con sus lealtades anteriores. Sazonov nunca había reconocido que Austria-Hungría tuviera derecho a tomar contramedidas ante el irredentismo serbio. Por el contrario, había refrendado la política del irredentismo en los Balcanes, y se había alineado explícitamente con la idea de que Serbia era la legítima heredera de los territorios de los pueblos eslavos del sur no liberados que formaban parte del Imperio dual, una estructura multiétnica obsoleta cuyos días estaban, a su juicio, contados de todas formas. No parece que se le pasara por la cabeza que los días del Imperio Ruso autocrático y multiétnico, cuyas relaciones con las minorías estaban en peores condiciones que las de Austria-Hungría, también pudieran estar contados.

Sazonov había negado desde el principio el derecho de Austria a tomar medidas *de cualquier tipo* contra Belgrado a raíz de los asesinatos. Había señalado reiteradamente, en distintos contextos, que estaba dispuesto a responder militarmente ante cualquier acción contra el Estado cliente de Rusia. Ya el 18 de julio, poco después de que se supiera que Austria estaba preparando algún tipo de comunicado, Sazonov le había dicho a Sir George Buchanan que «cualquier cosa que se parezca a un ultimátum austriaco a Belgrado no podría dejar indiferente a Rusia, y tal vez se vería obligada a adoptar algunas medidas militares de precaución».[32] Sazonov debía de ser consciente de los inmensos riesgos que implicaba aquello, ya que había apoyado a Kokovtsov a la hora de oponerse a una movilización parcial parecida contra Austria en noviembre de 1912 en el punto álgido de la crisis de los Balcanes, con el argumento –en palabras de Kokovtsov– de que «comoquiera que llamemos a las medidas previstas, una movilización seguía siendo una movilización, a la que nuestros adversarios se opondrán con una guerra de verdad».[33]

Por supuesto, la situación en 1914 era distinta. Los riesgos eran mayores, y con Kokovtsov fuera de juego, el estado de ánimo era menos inhibido. Pero había otra importante diferencia: incluso en noviembre de 1912, Sazonov había añadido una condición a su apoyo a una retirada, diciendo que «aunque estuviéramos preparados para la guerra [...] no tenemos derecho a dar ese paso sin llegar previamente a un acuerdo con nuestros aliados».[34] Respecto a dicho acuerdo –por lo menos con Francia– ya no podía quedar ninguna duda en el verano de 1914. No era solo que Poincaré y Paléologue hubieran insistido tanto en que Rusia se mostrara firme en la cuestión de Serbia, era que una crisis de ese tipo se ajustaba exactamente al escenario de un conflicto con origen en los Balcanes que la alianza, a lo largo de muchos debates y reuniones en distintas cumbres, había llegado a definir durante los últimos años como el *casus belli* ideal. En un fascinante despacho enviado el 30 de julio, el agregado militar ruso en París, el conde Ignatiev, que tenía numerosos contactos entre los comandantes militares franceses de mayor rango, informaba de que a su alrededor solo veía «una alegría no disimulada ante la perspectiva de tener la posibilidad de aprovechar lo que, a juicio de los franceses, son unas circunstancias estratégicas favorables».[35] El embajador belga en París constataba el mismo estado de ánimo optimista: «El Estado Mayor francés es partidario de la guerra» escribía el 30 de julio. «El Estado Mayor quiere la guerra, porque a su juicio el momento es favorable, y porque ha llegado el momento de zanjar la cuestión de una vez por todas.»[36]

Sencillamente no es cierto, como a veces se ha afirmado, que Paléologue tergiversara las intenciones de Francia y adquiriera compromisos con San Petersburgo para los que no tenía autorización de París. Y tampoco es verdad que diera información errónea a París acerca de la movilización de Rusia a fin de permitir que la crisis madurara hasta un punto en que París fuera

incapaz de contener a su aliado. Por el contrario, el embajador alertó en todo momento al Ministerio de Asuntos Exteriores francés sobre las medidas adoptadas por el Gobierno ruso. Un telegrama redactado a las 18.30 del 24 de julio refrendaba el principio de solidaridad de la alianza en aras de «preservar la paz mediante el uso de la fuerza»; otro telegrama enviado a las once de aquella misma noche aludía a las medidas que Rusia «sin duda se vería obligada a tomar en caso de que Serbia se viera amenazada en su independencia o en su integridad territorial». Y un tercer telegrama redactado a las 16.45 del día siguiente, con el sello de «urgente» y «secreto» informaba de que ese día el Consejo de Ministros había acordado «en principio» la movilización «de los 13 cuerpos del ejército que se han destinado a operar contra Austria». A continuación iba la frase crucial:

> La movilización se hará pública y será efectiva tan solo cuando el Gobierno austrohúngaro intente obligar a Serbia por la fuerza de las armas. No obstante, los preparativos clandestinos [*préparatifs clandestins*] empezarán a partir de hoy.[37]

Posteriormente Viviani explotaría de indignación ante la noticia de que se hubiera permitido que las cosas llegaran tan lejos tan deprisa, y le exigiría a Paléologue una completa explicación de sus actividades durante los días cruciales de la crisis, acusándole de haber retenido información vital sobre las medidas adoptadas por Rusia (ahí fue donde comenzó el mito de las manipulaciones no autorizadas de Paléologue). Pero aunque Viviani no estaba al tanto del secreto (tal y como indudablemente quería Poincaré), Poincaré y París sí lo estaban. Por si no fueran suficientes las notas de Paléologue, hubo despachos en paralelo a cargo del agregado militar francés, el general Laguiche, quien, por ejemplo, el 26 de julio informaba de que ya estaban en marcha «disposiciones militares secretas» en Varsovia, Vilna y San Petersburgo, todas ellas regiones militares colindantes con la

frontera alemana.[38] Sin embargo, no hubo indicaciones de contención desde el Quai d'Orsay. Ni tampoco Poincaré, pese a que posteriormente falsificó algunos detalles cruciales de su propia implicación en la crisis, desautorizó en ningún momento a Paléologue ni renegó de la política que su embajador había representado con tanto entusiasmo en San Petersburgo.

Desde luego hubo momentos en que la fe de Sazonov en una salida pacífica pareció revivir. Ya hemos visto que los austriacos hicieron una pausa tras recibir el ultimátum el 25 de julio, con la esperanza de que la realidad de los preparativos militares de Austria pudiera instigar a Belgrado a hacer concesiones de última hora. Sazonov entendió erróneamente aquello como un indicio de que Viena podría estar intentando dar marcha atrás, y empezó a hablar de un acuerdo negociado. «Hasta el último momento» le dijo al embajador francés el 26 de julio, «me mostraré dispuesto a negociar.» Lo que quería decir con ello quedó claro cuando convocó a Szapáry para darle una «explicación franca y leal» de su punto de vista. Repasando punto por punto la nota de Austria, Sazonov insistía en el carácter «inaceptable, absurdo e insultante» de cada uno de los apartados, y concluyó con un ofrecimiento: «Retiren ustedes el ultimátum, modifiquen su forma, y yo les garantizo que llegaremos a un resultado».[39] Aquella «negociación» difícilmente podía ser la base de ulteriores debates fructíferos. En cualquier caso, el breve paréntesis de Austria tras la entrega del ultimátum no se basaba en las dudas de los austriacos sobre la rectitud del rumbo que habían elegido, sino en la esperanza de que Belgrado diera marcha atrás en el último minuto. Naturalmente, la noticia de la pre-movilización rusa echó por tierra aquellas esperanzas. Nadie estaba más entusiasmado con el espectáculo de los cosacos subiendo a los trenes que Miroslav Spalajković, que veía en ellos el presagio de una lucha final a favor de la unidad y la libertad de todos los serbios. A la vista de la invocación del zar a que los serbios lu-

charan «como leones», era muy poco probable que Belgrado tuviera la mínima duda acerca de la respuesta al ultimátum. Y, mientras tanto, Sazonov había aconsejado explícitamente a Belgrado que *no* aceptara una oferta de mediación británica.

Aunque estuvieran permitiendo que la crisis fuera a más, los rusos debían observar ciertas precauciones. Los franceses estaban comprometidos a apoyar a Rusia en una intervención en los Balcanes, al margen de las circunstancias precisas por las que se hubiera considerado necesaria dicha intervención. Pero seguía siendo necesario apaciguar a las opiniones públicas francesa y británica, y mantener inactivos a los alemanes durante el mayor tiempo posible. Desde noviembre de 1912, un supuesto consolidado de las movilizaciones rusas en la práctica era que la concentración de tropas y material debía concluirse, a ser posible, «sin iniciar las hostilidades, a fin de no privar de forma irrevocable al enemigo de la esperanza de que la guerra todavía podría evitarse». Durante ese periodo de movilización latente, era preciso emplear «unas inteligentes negociaciones diplomáticas» a fin de «adormecer en la medida de lo posible los temores del enemigo».[40] Cuando se ordene la movilización en Rusia, informaba Paléologue a París el 25 de julio tras una conversación con Sazonov, se hará únicamente en contra de Austria, y se evitará tomar la ofensiva «a fin de dejarle a Alemania un pretexto para no invocar inmediatamente el *casus foederis*».[41] También era esencial, a efectos de las opiniones públicas rusa, francesa y británica, que *Austria*, y no Rusia, fuera percibida como la agresora. «Debemos dejar que Austria se equivoque hasta el fondo», le dijo Sazonov a Paléologue el 24 de julio.[42] Esa idea, la de que era preciso conseguir que el adversario apareciera como el agresor, iba a surgir en todos los centros de decisión de ambos bandos durante los últimos días de la crisis.

¿Todo aquello se hacía únicamente por defender a Serbia? ¿De verdad Rusia estaba dispuesta a correr el riesgo de una gue-

rra a fin de proteger la integridad de su lejano cliente? Hemos visto que la importancia de Serbia a ojos de Rusia fue en aumento durante los últimos años previos a la guerra, en parte debido al creciente alejamiento de Sofía y en parte porque Serbia era mejor instrumento que Bulgaria para ejercer presión sobre el Imperio Austrohúngaro. La simpatía por la causa serbia era muy grande en los círculos paneslavistas y nacionalistas rusos – se trataba de una cuestión con la que el Gobierno podía construir útiles puentes hacia su público de clase media. Por otra parte, San Petersburgo había estado dispuesto a dejar que Belgrado se las arreglara por su cuenta en octubre de 1913, cuando los austriacos emitieron un ultimátum exigiendo su retirada del norte de Albania. Y, a diferencia de Bulgaria, vecina de Rusia, y que poseía una franja de la costa del Mar Negro, Serbia difícilmente podía considerarse un país geopolíticamente crucial para la seguridad de Rusia.

La contundencia de la respuesta de Rusia tiene pleno sentido tan solo si la interpretamos ante el telón de fondo de la creciente inquietud de los dirigentes rusos por el futuro de los estrechos turcos. Los rusos (o, más exactamente, el alto mando de la Armada rusa) llevaba planificando expediciones con la esperanza de adueñarse del Bósforo desde la década de 1890.[43] Y hemos visto que la marcha de Bulgaria sobre Constantinopla, los trastornos para la exportación de cereales durante las Guerras de los Balcanes, y la crisis de Liman von Sanders colocaron esa cuestión en lo más alto de la agenda en 1912-1914.[44] Durante el verano de 1914, ulteriores factores contribuían a agudizar la preocupación de Rusia por los estrechos turcos. Y lo más importante, se había desatado una carrera armamentista y naval entre el Imperio Otomano y Grecia, impulsada por una disputa acerca del futuro de las islas del Egeo septentrional. A fin de conservar su ventaja sobre los griegos, las autoridades navales otomanas habían encargado dos acorazados a la empresa británica Arms-

trong and Vickers, el primero de los cuales estaba previsto que llegara a finales de julio de 1914.[45]

Aquella lucha de poder regional resultaba sumamente alarmante para los rusos. En primer lugar estaba el peligro, en caso de conflicto armado, de un nuevo cierre de los estrechos a la navegación comercial rusa, con todos los costes y perturbaciones económicas que entrañaba. Después estaba la posibilidad de que algún estado menor (Grecia o Bulgaria) se adueñara de repente de un trozo de territorio otomano sobre el que los propios rusos tuvieran puestos los ojos. Otra preocupación era que una guerra entre Grecia y Turquía podía provocar la entrada en escena de la Armada británica, justamente cuando los rusos estaban presionando a Londres para que redujera su misión naval. Pero lo más importante, con gran diferencia, era la perspectiva de la presencia de los acorazados turcos en el Mar Negro, donde los rusos no poseían buques de esa clase. La llegada de los nuevos acorazados turcos, advertía el ministro de Marina ruso en enero de 1914, crearía un poderío naval con una «superioridad aplastante, casi de seis contra uno» sobre la Flota rusa del Mar Negro.[46] «Están claras las catastróficas consecuencias que tendría para nosotros la pérdida de nuestra posición de superioridad en el Mar Negro», le decía Sazonov al embajador ruso en Londres en mayo de 1914. «Y por consiguiente no podemos quedarnos de brazos cruzados contemplando la constante y por ende muy rápida expansión de las fuerzas navales otomanas».[47] A finales de julio de 1914, Sazonov seguía suplicándole a los británicos que retuvieran los acorazados destinados a Constantinopla.[48]

Resulta difícil determinar exactamente el peso que tuvieron tales preocupaciones en la forma de pensar de los rusos durante la crisis de julio.[49] Dado que los documentos oficiales tendían a poner el acento en el epicentro austro-serbio de la crisis, había cierta tendencia a racionalizar las decisiones rusas exclusivamente en términos de la solidaridad con los «hermanos meno-

res» eslavos, y en la necesidad de mantener el prestigio de Rusia en la península de los Balcanes. Sazonov había aprendido la lección, y sabía que un intento manifiesto por hacerse con el control de los Estrechos probablemente no iba a ser bien recibido entre sus aliados. No obstante, el cuadro se complica en cierta medida por el hecho de que el Bósforo era una obsesión específica de la Armada, no compartida por el Estado Mayor del Ejército.

Por otro lado, la cuestión de los Estrechos tenía sin duda un peso considerable para Krivoshein, ya que, al ser el responsable de las exportaciones agrícolas, era especialmente consciente de la vulnerabilidad de la navegación comercial rusa. La reciente inestabilidad en los Balcanes había dado lugar a una cierta fusión del teatro de los Balcanes con la cuestión de los Estrechos, de modo que la península acabó convirtiéndose cada vez más en el territorio interior estratégico de los Estrechos.[50] El control de los Balcanes por parte de Rusia había colocado a esta en una posición mucho mejor para impedir intrusiones no deseadas en el Bósforo. Así pues, los designios sobre los estrechos fueron un importante factor de refuerzo en la decisión de adoptar una posición de firmeza ante la amenaza contra Serbia.

Independientemente del orden exacto de las prioridades geopolíticas, los rusos ya estaban en pie de guerra. A partir de ese momento, el horizonte de posibilidades empezó a estrecharse. En retrospectiva resulta más difícil (aunque no imposible) imaginar alternativas a la guerra que de hecho estalló en los primeros días de agosto de 1914. A eso se refería sin duda el general Dobrorolsky, jefe del departamento de movilización del Ejército ruso, cuando comentaba en 1921 que después de las reuniones en San Petersburgo de los días 24 y 25 de julio, «la guerra ya era cosa decidida, y todo el aluvión de telegramas entre los Gobiernos de Rusia y de Alemania no fue más que la puesta en escena de un drama histórico».[51] Y sin embargo, a lo largo de los cru-

ciales días de la cuarta semana de julio, los rusos y sus socios franceses siguieron hablando de una política de paz. La política de «firmeza» que esgrimían Poincaré, Sazonov, Paléologue, Izvolsky, Krivoshein y sus colegas era una política que aspiraba, en palabras del zar, «a salvaguardar la paz mediante la demostración de fuerza».

Es tentador descalificar ese lenguaje como una pura cortina de humo de eufemismos concebidos para disimular la agresividad de las políticas de Rusia y de Francia, y tal vez también para evitar desagradar a los dirigentes de Londres. Sin embargo, esas mismas formulaciones pueden encontrarse en la correspondencia interna y en las declaraciones privadas. Ahí se da un interesante contraste con los documentos alemanes análogos, que hablan más directamente de la guerra como una amenaza externa, como una necesidad y un instrumento de las políticas. No obstante, una observación más minuciosa de lo que realmente estaban haciendo los estadistas rusos y franceses cuando hablaban de la necesidad de salvaguardar la paz sugiere que la diferencia era discursiva, más que sustancial. No está del todo claro por qué tendría que existir esa diferencia, pero debemos cuidarnos de ver en ella un síntoma del militarismo o del ansia de guerra de Alemania. Podría muy bien tratarse de un reflejo del profundo impacto de Clausewitz en el lenguaje político alemán. La guerra de 1914-1918 fue la negación absoluta de todo lo que Clausewitz representaba y defendía, pero sus sutiles escritos sobre los conflictos habían descrito la guerra como un instrumento eminentemente político, cuyo despliegue –como medida de último recurso– siempre debía estar al servicio de unos fines políticos. Por el contario, el lenguaje de los dirigentes rusos y franceses reflejaba el supuesto de que la guerra y la paz suponían una drástica alternativa existencial. Sin embargo, ni los sabios preceptos de Clausewitz sobre la primacía de la política ni las sentidas invocaciones a la paz como el bien supremo de la

humanidad lograron poner freno a los dirigentes políticos que llevaron a Europa a la guerra en julio de 1914.

12

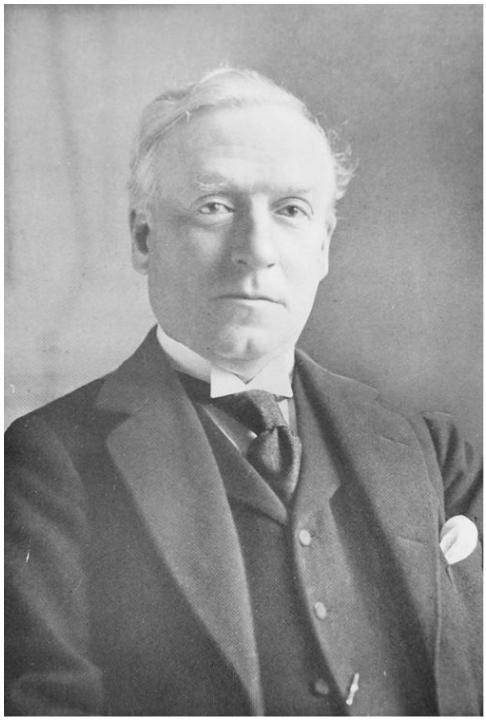
Los últimos días

UNA EXTRAÑA LUZ INCIDE SOBRE EL MAPA DE EUROPA

A lo largo de la mayor parte de la crisis de julio de 1914, los ojos de los dirigentes de Londres estaban clavados en los nueve condados del Ulster, en el norte de Irlanda. El 21 de mayo de 1914, la Cámara de los Comunes aprobó, en tercera lectura, una ley para introducir el Estatuto de Autonomía (*Home Rule*) de Irlanda, pero la Cámara de los Lores la rechazó. El Gobierno del Partido Liberal de Asquith, que dependía de los votos nacionalistas irlandeses, decidió utilizar las disposiciones de la Ley del Parlamento, que permite que, en tales circunstancias, un Gobierno salve el obstáculo de los Lores y promulgue una ley por el procedimiento de Consentimiento Real. La perspectiva de una transferencia parcial de las funciones ejecutivas a la católica Irlanda provocó una profunda y enconada controversia. La cuestión más espinosa tenía que ver con los condados, si es que había alguno, de población confesionalmente mixta del Ulster que debían quedar al margen del Estatuto de Autonomía, y por consiguiente seguir perteneciendo al Reino Unido. Sin esperanzas de encontrar una solución que cumpliera sus exigencias, ambos bandos –los nacionalistas irlandeses católicos y los unionistas protestantes– empezaron a prepararse para una lucha armada por el poder. Durante aquella primavera, Irlanda estuvo al borde de una guerra civil en toda regla. Aquel fue el semillero

de los Problemas[NT1] que seguirían envenenando la política de Irlanda del Norte hasta comienzos del siglo XXI.[1]

Las tensiones generadas por la Cuestión del Ulster llegaban a lo más profundo de la vida política del Reino Unido, porque afectaban a la identidad pasada, presente y futura del sistema de gobierno británico. El Partido Conservador (cuyo nombre oficial era Partido Conservador y Unionista) se oponía apasionadamente al Estatuto de Autonomía. Los sentimientos unionistas también predominaban entre el cuerpo de oficiales del Ejército británico, muchos de cuyos reclutas procedían de familias angloirlandesas protestantes con un fuerte apego a la Unión. De hecho, no estaba del todo claro que el Ejército siguiera siendo leal en caso de que recibiera la orden de hacer cumplir el Estatuto de Autonomía. En el Incidente de Curragh, ocurrido el 20 de marzo de 1914, cincuenta y siete oficiales británicos con base en el cuartel de Curragh, en el condado de Kildare, plantearon la posibilidad de dimitir antes que hacer cumplir el Estatuto en contra de la resistencia de los unionistas.[2]



H. H. Asquith

Entre los líderes del Ejército que apoyaron la insubordinación unionista estaba el director de operaciones militares, Henry Wilson, que había desempeñado un papel muy importante a la hora de ampliar el ámbito de los planes de contingencia británicos para una intervención continental. Wilson cada vez se esforzaba menos en disimular su desprecio hacia «Squiff[NT2]» (como llamaba a Asquith) y a su «asqueroso Gobierno». Wilson no tuvo reparos en utilizar la cuestión del *Home Rule* como medio para chantajear al primer ministro a fin de que cumpliera las exigencias de los unionistas. En un memorándum que presentó al Consejo del Ejército, que a su vez debía presentarlo al Consejo de Ministros el 29 de junio de 1914, Wilson y sus colegas argumentaban que el Ejército no tendría más remedio que desplegar la totalidad de la fuerza expedicionaria británica en Irlanda en caso de que tuviera que imponer el Estatuto de Autonomía y restablecer el orden en la isla.[3] En otras palabras: si el Gobierno

británico quería imponer el Estatuto de Autonomía, tendría que renunciar a cualquier intervención militar en Europa en un futuro inmediato; y en sentido contrario, una intervención militar en el continente implicaba la renuncia a la introducción del Estatuto. A su vez, eso significaba que los oficiales con tendencias unionistas –que estaban sumamente generalizadas, en un cuerpo de oficiales dominado por las familias angloirlandesas protestantes– tendían a ver en una intervención continental británica un posible medio de posponer, o de evitar del todo, la introducción del Estatuto. En ningún otro país de Europa, con la posible excepción de Austria-Hungría, las condiciones internas ejercían una presión tan directa en las actitudes políticas de los comandantes militares de más alto rango.

El Ulster seguía absorbiendo la atención del Gobierno británico cuando llegaron las noticias de Sarajevo. El primer ministro no llevaba un diario, pero su correspondencia íntima con Venetia Stanley, su joven amiga y compañera del alma, una elegante e inteligente mujer de la alta sociedad, se asemeja a un diario por sus sinceras y detalladas explicaciones sobre las preocupaciones cotidianas de Asquith. Las cartas sugieren que la muerte violenta de los «miembros de la realeza austriaca» el 28 de junio no tuvieron demasiada repercusión en la conciencia política del primer ministro, que estaba totalmente centrado en «las extrañas cosas que están pasando a propósito del Ulster».[4] Asquith no hizo ninguna otra mención a la situación internacional hasta el 24 de julio, cuando informaba compungido del fracaso de la enésima ronda de negociaciones sobre el Ulster, que había embarrancado por culpa de la compleja geografía confesional de los condados de Tyrone y Fermanagh. Tan solo al final de una larga disertación sobre las cuestiones norirlandesas el primer ministro mencionaba, casi como una posdata, que Austria acababa de enviar «un ultimátum intimidatorio y humillante a Serbia, que no podría aceptarlo de ninguna manera».

> Estamos a una distancia medible, o imaginable, de un verdadero Armagedón, que reduciría a los Voluntarios del Ulster y a los Voluntarios Nacionalistas[NT3] a sus auténticas dimensiones. Afortunadamente, no parece que haya motivos para pensar que no vayamos a ser otra cosa que espectadores.[5]

Aquella carta empezaba con el sorprendente anuncio de que «la luz se ha apagado», pero Asquith se refería a que Venetia se marchaba aquella mañana de Londres y se iba a la casa de campo de su familia en Anglesey, no a la inminente extinción de la civilización europea.

Para Edward Grey, aquellos días estuvieron cargados de preocupaciones personales: su vista iba deteriorándose –cada vez le resultaba más difícil seguir la pelota durante los partidos de squash, y ya no era capaz de localizar su estrella favorita por la noche. Estaba pensando en pasar más tiempo en el campo, y se hablaba de una visita a la consulta de un famoso oculista alemán. Sin embargo, a diferencia de Asquith, Grey se dio cuenta inmediatamente de la gravedad de la crisis que se estaba gestando en el sureste de Europa.

En sus conversaciones durante el mes de julio con los embajadores de las grandes potencias en Londres, Grey trazó, como ya había hecho tantas otras veces, un camino sinuoso que sorteaba cualquier tipo de compromiso directo. El 8 de julio Grey advirtió a Paul Cambon que si el emperador austriaco se viera forzado por la opinión pública austriaca a emprender medidas contra Serbia, Francia y el Reino Unido tendrían que hacer todo lo posible para apaciguar a San Petersburgo; Cambon se mostró «calurosamente de acuerdo».[6] Aquel mismo día, Grey le recordaba al embajador ruso que Berlín estaba nervioso por las recientes conversaciones anglo-rusas sobre cooperación naval, y que era crucial que Rusia no le diera a Alemania ningún motivo para sospechar que se estaba preparando un golpe de mano contra ella.[7] El 9 de julio le aseguró al embajador alemán, el conde Lichnowsky, que no existía ningún acuerdo secreto y

vinculante entre el Reino Unido y Francia o Rusia. Pero también añadió que las relaciones de Gran Bretaña con sus socios de la Entente no habían perdido ni un ápice de «afecto», y que Lichnowsky debía ser consciente de que desde 1906 se habían llevado a cabo determinadas «conversaciones» entre las distintas autoridades del Ejército y de la Armada, aunque sin ninguna «intención agresiva».[8]

Las conversaciones del secretario de Exteriores con el embajador austriaco fueron cordiales, pero reservadas y sin ningún tipo de compromiso. Cuando el conde Mensdorff se quejó ante Grey de los excesos de la prensa de Belgrado, Grey preguntó –lo que resulta un tanto extraño– si tal vez no había *un* periódico serbio que se hubiera comportado decentemente. Mensdorff admitió que era posible, pero a continuación afirmó que el Imperio dual ya no podía seguir tolerando una subversión política de tal nivel de intensidad. «Sir Edward Grey admitió que era cierto», informaba Mensdorff, «pero no entró a debatir ulteriormente el asunto.»[9] Después de recibir el texto de la nota de Austria a Belgrado, Grey invitó a Mensdorff a hacerle una nueva visita el 24 de julio –fue en aquella ocasión cuando el ministro calificó la nota como el documento de ese tipo más «formidable» que había visto en su vida. Pero, incluso en aquella ocasión, el secretario de Exteriores admitió que las denuncias de Austria sobre la complicidad de determinados organismos estatales serbios, e incluso algunas de las exigencias enumeradas en la nota, estaban «justificadas».[10] Aquel mismo día, tras obtener la aprobación del Consejo de Ministros, Grey propuso que las cuatro potencias que estaban menos implicadas en el contencioso –Reino Unido, Francia, Italia y Alemania– mediaran conjuntamente en caso de un altercado entre Rusia y Austria.[11]

Nada de aquello daba a entender que Grey tuviera intención de entrar en el conflicto. A menudo había comentado que la opinión pública (se refería básicamente a la opinión publicada)

sería en última instancia el factor determinante de la acción del Reino Unido, pero desde ese ámbito había poco apoyo a favor de una intervención. Casi todos los principales periódicos consideraban con desagrado la posibilidad de una participación británica en una guerra europea. El *Manchester Guardian* afirmaba que el Reino Unido no estaba en peligro de verse arrastrado al conflicto austro-serbio por ningún «tratado de alianza», y fue muy comentada su declaración de que a Manchester le importaba Belgrado tan poco como a Belgrado le importaba Manchester. El 29 de julio, el *Daily News* manifestaba su desagrado ante la idea de que pudieran sacrificarse vidas inglesas «en nombre de la hegemonía de Rusia sobre el mundo eslavo».[12] El 1 de agosto, su director, Alfred George Gardiner, un liberal, publicó un artículo titulado «Por qué no debemos combatir», cuyos dos argumentos principales eran que no existían conflictos de intereses fundamentales entre el Reino Unido y Alemania, y que aplastar a Alemania consolidaría a todos los efectos una dictadura de Rusia sobre «Europa y Asia». Se trataba de cabeceras liberales, pero incluso los periódicos conservadores se mostraban poco entusiastas. Por ejemplo, el *Yorkshire Post* dudaba de que una victoria austro-alemana sobre la Alianza franco-rusa dejara a Inglaterra peor parada que una victoria franco-rusa, y no «veía ninguna razón por la que Gran Bretaña debía verse implicada». El *Cambridge Daily News* se mostraba de acuerdo el 28 de julio en que los intereses británicos en el conflicto que amenazaba con estallar eran irrelevantes, y el *Oxford Chronicle* proclamaba el 31 de julio que el deber del Gobierno era limitar el ámbito de la disputa y mantenerse alejado de ella.[13] Únicamente *The Times* argumentaba sistemáticamente a favor de una intervención del Reino Unido: aunque Wickham Steed ofrecía una versión moderadamente comprensiva de la postura de Austria el 17 de julio, a partir del 22 de julio el periódico empezó a anticipar la posibilidad de un conflicto continental, y los días 27, 29

y 31 de julio se expresaba en términos favorables a una implicación de Gran Bretaña. Particularmente vehementes fueron las diatribas del periodista, propagandista de sí mismo y estafador Horatio Bottomley, cuyo editorial de la publicación de su propiedad, *John Bull*, durante la primera semana de julio, comenzaba con las siguientes palabras: «Siempre hemos considerado a Serbia como un hervidero de conspiración y subterfugio», y exigía que «se borrara del mapa a Serbia» antes de pasar, en contra de toda lógica, a aconsejar que el Gobierno británico «se sirva de la crisis» para «aniquilar» la flota alemana.[14] El embajador serbio en Londres, Bosković, se quedó tan horrorizado por la cobertura de *John Bull* que elevó una protesta oficial ante el Foreign Office y consultó con sus abogados la posibilidad de demandar al periódico por sus «mentiras» sobre Serbia.[15]

Así pues, por lo menos hasta principios de agosto, no puede decirse que la opinión pública estuviera presionando al Gobierno británico para que interviniera. Y tampoco parecía probable que el Consejo de Ministros tomara la iniciativa. La mayoría de los ministros eran todavía no intervencionistas a ultranza. Se trataba de la misma conjunción de elementos que había dado lugar a la revuelta del Consejo de Ministros contra la política de Grey en noviembre de 1911. Ese era el problema fundamental al que siempre tenía que enfrentarse Grey: que una gran parte de su propio partido desconfiaba de su política exterior. Había podido contar durante un tiempo con el apoyo de los conservadores en el Parlamento, pero en el verano de 1914, cuando el sentimiento en contra del Estatuto de Autonomía para Irlanda estaba por las nubes, también aquella base de apoyo se antojaba frágil. A la vista de aquellas presiones, Grey se replegó a su práctica habitual de restringir sus discusiones sobre la situación internacional a sus tres colegas liberales imperialistas: Asquith, Haldane y Churchill.

No fue hasta la reunión del Consejo de Ministros del 24 de julio, tras largos y difíciles debates sobre los pormenores de los límites del gobierno local en el Ulster, cuando Grey sacó a colación la cuestión de la política británica ante la crisis del momento, y propuso establecer un órgano colectivo formado por las cuatro potencias menos vinculadas con el contencioso entre Austria y Serbia a fin de mediar entre los dos adversarios. Era la primera vez en más de un mes que el Gobierno debatía sobre política exterior. Churchill rememoraba posteriormente, en un pasaje ligeramente grandilocuente pero sorprendentemente eficaz, la repentina toma de conciencia del Consejo de Ministros de la gravedad de las palabras de Grey: «Los distritos de Fermanagh y Tyrone volvieron a desvanecerse entre las brumas y los aguaceros de Irlanda, y una extraña luz empezó a incidir, con sutiles matices, sobre el mapa de Europa».[16] El Consejo aprobó la propuesta de Grey a favor de una intervención de las cuatro potencias, y a continuación se levantó la sesión y los asistentes se marcharon de fin de semana.

Mientras la cuarta semana de julio llegaba a su fin, Grey empezó a ejercer mayor presión para clarificar las circunstancias en las que el Gobierno podría estar dispuesto a intervenir. El lunes 27 de julio preguntó si el Gobierno apoyaría una intervención en caso de que Francia fuera atacada por Alemania. Morley, Simon, Burns, Beauchamp y Harcourt, los eternos adversarios de Grey, amenazaron con dimitir de inmediato si se tomaba semejante decisión. En una reunión hasta altas horas de la noche del 29 al 30 de julio, después de que una larga discusión no diera lugar a ninguna resolución, Grey presionó a favor de una promesa de apoyo a Francia. Tan solo cuatro colegas del Gobierno (entre ellos Asquith, Haldane y Churchill) apoyaron la propuesta; los demás se opusieron.

Ni siquiera la cuestión de Bélgica tenía visos de desencadenar una intervención. Casi todo el mundo suponía, basándose tanto

en la información de inteligencia obtenida por el Estado Mayor francés, como en la inferencia militar, que los alemanes iban a dirigirse a Francia a través de Bélgica, violando el tratado internacional de 1839 que garantizaba la neutralidad del país. Pero el Gobierno adoptó el punto de vista de que, aunque efectivamente el Reino Unido era uno de los países firmantes del tratado, la obligación de hacerlo cumplir recaía colectivamente en los signatarios, no en uno de ellos de forma individual. En caso de que efectivamente surgiera el problema, concluía el Gobierno, la respuesta británica se basaría «más en la política, que en la obligación».[17] De hecho, llama la atención la sangre fría con la que los militares y los políticos británicos de alto rango contemplaban una infracción de la neutralidad de Bélgica por parte de Alemania. Sobre la base de las conversaciones entre los Estados Mayores inglés y francés de 1911, Henry Wilson había llegado a la conclusión de que los alemanes optarían por cruzar Las Ardenas a través del sur de Bélgica, limitando la presencia de sus tropas a la zona al sur de los ríos Sambre y Mosa; aquellas conclusiones fueron presentadas ante la 114ª reunión del Comité de Defensa Imperial del Reino Unido.[18] Ese mismo escenario se debatió durante el Consejo de Ministros del 29 de julio, cuando Lloyd George mostró, utilizando un mapa, por qué era probable que los alemanes atravesaran «únicamente [...] el rincón del extremo sur» de Bélgica. Lejos de acoger esa posibilidad con indignación, los ministros la aceptaron como algo estratégicamente necesario (desde el punto de vista de Alemania), y por consiguiente casi inevitable. Las preocupaciones estratégicas británicas se centraban principalmente en Amberes y en la desembocadura del río Escalda, que siempre se había considerado uno de los puntos clave para la seguridad del Reino Unido. «No veo por qué», comentó Churchill, «tendríamos que atacar si tan solo penetran un poco en Bélgica.»[19] Más tarde Lloyd George afirmaría que se habría negado a entrar en guerra si la invasión

alemana de Bélgica se hubiera limitado a la ruta a través de las Ardenas.[20] En cualquier caso, los dirigentes británicos daban por supuesto que los propios belgas no resistirían con todas sus fuerzas en el sur, sino que, tras ofrecer una resistencia simbólica a fin de demostrar que no habían consentido la invasión, se replegarían hasta sus líneas fortificadas más al norte.[21] Así pues, no había nada de automático en la relación entre una invasión de Bélgica por Alemania y la intervención británica en el conflicto.

No obstante, habría sido un error inferir de esos síntomas de renuencia que el propio Grey o sus colaboradores más cercanos hubieran abandonado su compromiso de tanto tiempo con la Entente. Por el contrario, Grey contemplaba la crisis que se estaba desarrollando en Europa casi exclusivamente a través del prisma de la Entente. La perspectiva de que el Parlamento no cumpliera con la obligación moral con Francia, que a Grey tanto le había costado crear y proteger, le provocaba una profunda angustia. Compartía con sus colegas el desagrado personal por las políticas aventureras de Belgrado, y era consciente de las masacres y del hostigamiento que se producían en las zonas recientemente conquistadas. Indudablemente, Grey disponía de suficiente información como para comprender el tipo de amenaza que suponía Serbia para el Imperio Austrohúngaro. Manifestaba su desagrado ante la idea de que cualquier gran potencia se viera «arrastrada a una guerra por Serbia».[22] Sin embargo, no mostraba el mínimo interés por el tipo de intervención que habría podido brindarle otras opciones a Austria, aparte del ultimátum. La mediación por parte de las cuatro potencias que propuso en el Consejo de Ministros del 24 de julio no tenía la más mínima posibilidad.[23] De las cuatro potencias implicadas (Reino Unido, Alemania, Italia y Francia) tan solo una tenía visos de defender los intereses de Austria-Hungría. Por añadidura, Austria-Hungría y el sistema internacional carecían de los medios

necesarios para garantizar el cumplimento de cualesquiera disposiciones que se acordaran. Por último, la gran potencia más directamente implicada en fomentar el irredentismo serbio no se habría visto afectada, ni vinculada, por las decisiones de la comisión conjunta. La confianza de Grey en su capacidad de apañar algún tipo de mediación se debía sin duda a la buena fama que se había ganado cuando presidió la Conferencia de Embajadores celebrada en 1913 en Londres. Pero los debates sobre las franjas fronterizas de Albania y una mediación de la que dependía la paz o la guerra entre las grandes potencias eran dos cosas muy distintas.

En sus reacciones ante la crisis, Grey subordinaba su manera de entender el contencioso austro-serbio a los imperativos más generales de la Entente, lo que implicaba, a todos los efectos, apoyar tácitamente las políticas de Rusia. Grey llegó a hablar esporádicamente de la importancia de «tranquilizar» a Rusia, y efectivamente le pidió a San Petersburgo que evitara las medidas innecesariamente provocadoras, pero mostró un conocimiento increíblemente escaso de, y muy poco interés por, lo que estaba ocurriendo realmente en Rusia durante los cruciales días posteriores a la presentación del ultimátum austriaco. Aquel desconocimiento no era del todo culpa suya, ya que los rusos ocultaron deliberadamente el alcance de sus «preparativos clandestinos» a Sir George Buchanan, y el 26 de julio le dijeron que se habían activado las «medidas de protección» en Moscú y San Petersburgo simplemente para hacer frente a una oleada de huelgas que estaban perturbando el funcionamiento de la industria rusa. Buchanan no quedó del todo convencido: el 26 de julio, en un breve despacho a Grey, señalaba que, dado que las huelgas «prácticamente se habían terminado», las medidas que había observado tenían que ver «indudablemente» con la «intención de una movilización».[24] Pero Grey no estaba interesado; Buchanan no intentó seguir el rastro de aquellos indicios, ni re-

cibió la orden de hacerlo desde Londres. Y ese enfoque era característico de la forma que tenía el Ministerio de Asuntos Exteriores de manejar sus comunicaciones con Rusia. El 26 de julio, el día en que Buchanan envió su informe, Nicolson se reunió con el conde Lichnowsky, que acudió con un telegrama urgente de su Gobierno donde se informaba que aparentemente Rusia estaba llamando a filas a «quintas de reservistas», lo que a todos los efectos era sinónimo de movilización. Nicolson respondió que Londres «no tenía información referente a una movilización general ni tampoco de cualquier tipo de movilización a corto plazo». Pero a continuación añadió:

> No obstante, nos habría resultado difícil y delicado pedirle a San Petersburgo que no se movilice en absoluto mientras Austria estaba contemplando esa medida; no nos habrían escuchado. Lo más importante era evitar, en la medida de lo posible, las operaciones militares *activas*.[25]

Se trataba, como mínimo, de una extraña interpretación de la situación, ya que implicaba una equivalencia entre las movilizaciones de Austria y de Rusia, pasando por alto que mientras que las medidas de Austria se centraban exclusivamente en Serbia, las de Rusia estaban dirigidas contra Austria (y contra Alemania, en la medida que la Normativa del 2 de marzo de 1913 afectaba a casi todas las regiones militares occidentales de Rusia, y en cualquier caso se había ampliado para cubrir la movilización de la Flota del Báltico). Además, los comentarios de Grey también revelaban un total desconocimiento (que tal vez era en parte deliberado) del significado de las medidas de movilización, en una época en que la velocidad de concentración y ataque se consideraba un factor determinante para el éxito militar. Por último, si a Grey le hubiera interesado adoptar un enfoque imparcial del problema, hay que reconocer que enrevesado, de la mediación y de la localización geográfica, probablemente habría procurado examinar con detalle los puntos fuertes y débiles del contencioso de Austria contra Serbia, y evitar unas contramedi-

das por parte de Rusia que con toda seguridad iban a desencadenar un conflicto más generalizado. Pero no hizo nada de eso. En su reunión con Benckendorff el 8 de julio, y en distintos momentos posteriores, Grey ya había dado su beneplácito, al fin y al cabo, al punto de vista ruso de que «una guerra en Serbia significaba inevitablemente una guerra europea».[26]

Grey sabía en términos generales lo que había trascendido durante la visita de los franceses a San Petersburgo. En un despacho del 24 de julio (tras la partida de Poincaré), el embajador Buchanan informaba de que las reuniones en la capital rusa habían puesto de manifiesto una «perfecta comunión de puntos de vista» entre Rusia y Francia acerca de «la paz general y el equilibrio de poder en Europa», y que ambos Estados habían realizado «una solemne declaración de las obligaciones que les imponía su alianza»; Sazonov le había pedido a Buchanan que transmitiera a Grey su esperanza de que el Gobierno británico «proclamara su solidaridad con Francia y Rusia».[27] Al comentar ese despacho, Eyre Crowe utilizó una formulación más incisiva de la que habría escogido Grey, pero con ella captaba la lógica interna de la postura que iba a adoptar el ministro de Exteriores:

> Al margen de lo que nosotros podamos pensar sobre la validez de las acusaciones de Austria contra Serbia, Francia y Rusia consideran que esos son los pretextos, y que aquí está indudablemente en juego la causa más general de la Triple Alianza frente a la Triple Entente. Yo creo que sería poco político, por no decir peligroso, que Inglaterra intentara contradecir esa opinión, o proponerse minimizar la obviedad de la cuestión, mediante cualquier tipo de protesta ante San Petersburgo y París. […] Nuestros intereses están ligados a los de Francia y Rusia en este contencioso, que no es por la posesión de Serbia, sino entre una Alemania que aspira a una dictadura política en Europa y las Potencias que desean conservar su libertad individual.[28]

Grey le aseguró a Lichnowsky que Gran Bretaña no tenía ninguna obligación jurídica con sus socios de la Entente. Pero también le advirtió al embajador alemán, el 29 de julio (sin una

autorización específica previa del Consejo de Ministros), que si Alemania y Francia se veían arrastradas a la guerra, era posible que el Reino Unido se viera obligado a adoptar medidas drásticas.[29] Cuando Bethmann Hollweg se puso en contacto con Londres el 30 de julio para sugerir que Alemania se abstendría de anexionarse territorio francés si Gran Bretaña accedía a permanecer neutral, Grey telegrafió a Goschen (el embajador británico en Berlín) para informarle de que aquella propuesta «no podía tomarse en consideración ni por un instante».[30]

Los actos y las omisiones de Grey ponían de manifiesto lo profundamente que influía el pensamiento en términos de la Entente en su punto de vista de la crisis que se estaba gestando. Se trataba, efectivamente, de una nueva iteración del escenario de un conflicto con origen en los Balcanes que se había convertido en la lógica que animaba la Alianza franco-rusa, y que Grey había interiorizado en su advertencia al embajador alemán a principios de diciembre de 1912 (véase el capítulo 5). Iba a producirse un conflicto en los Balcanes –realmente daba igual quién lo iniciara–, Rusia iba a meterse de por medio, arrastrando a Alemania, y Francia intervendría «inevitablemente» al lado de su aliado; en esa situación, el Reino Unido no podría quedarse a un lado viendo cómo Francia era aplastada por Alemania. Ese es precisamente el guión –pese a las dudas y evasivas momentáneas– que siguió Grey en 1914. No examinó ni sopesó los argumentos de Austria contra Serbia, de hecho no mostró el mínimo interés en ello, no porque estuviera convencido de que el Gobierno serbio fuera inocente de las acusaciones en su contra,[31], sino porque comulgó con el punto de vista franco-ruso en el sentido de que la amenaza de Austria contra Serbia constituía un «pretexto», en palabras de Eyre Crowe, para activar la alianza.

Un rasgo crucial de aquel escenario era que el Reino Unido aceptara –o por lo menos no pusiera en entredicho– la legitimi-

dad de un ataque de Rusia contra Austria para resolver una disputa entre Austria y Serbia, así como la inevitabilidad del apoyo de Francia a la iniciativa rusa. Las circunstancias exactas de la disputa austro-serbia, y la cuestión de la culpabilidad eran asuntos de un interés secundario; lo que importaba era la situación que se desencadenara una vez que se involucraran los rusos (y los franceses). Y, naturalmente, definir el problema de aquella manera cargaba la responsabilidad en Alemania, cuya intervención en defensa de Austria tenía necesariamente que desencadenar la movilización de Francia, y una guerra a escala continental.

POINCARÉ REGRESA A PARÍS

Al mismo tiempo que Grey proponía su idea de la mediación de cuatro potencias al final del Consejo de Ministros del 24 de julio, Poincaré y Viviani cruzaban el Golfo de Finlandia a bordo del *France*, escoltado por lanchas torpederas rusas. Al día siguiente, al llegar a Suecia, Poincaré aprovechó el acceso a conexiones telegráficas seguras para asegurarse de que la formulación de las políticas seguía en sus manos y (nominalmente) en las de Viviani. Ordenó al primer ministro que emitiera un comunicado a la prensa francesa anunciando que Viviani estaba en contacto con todas las partes afectadas y que había vuelto a asumir la dirección de los asuntos exteriores. «Es importante», señaló Poincaré, «que en Francia no parezca que hemos dejado que Bienvenu-Martin [el inexperto ministro de Exteriores en funciones en París] se las arregle solo.»[32] A lo largo de las últimas veinticuatro horas, habían ido llegando al *France* fragmentos de información sobre la evolución de la crisis austro-serbia a través de la emisora de radio de a bordo. A medida que iba surgiendo un cuadro más completo, Poincaré se atuvo a la postura que había esbozado en San Petersburgo: las medidas de Austria eran ilegítimas, las exigencias de Viena eran «obviamente inaceptables para Serbia», y de hecho constituían una «violación

de los derechos humanos». La responsabilidad de salvar la paz ya no estaba en manos de Rusia, cuyos preparativos militares eran totalmente acordes con las posturas manifestadas y acordadas durante la visita de Estado de los franceses, sino en manos de Alemania, que debía refrenar a su aliado austriaco. Si los alemanes no estaban dispuestos a hacerlo, anotaba Poincaré en su diario el 25 de julio, «se colocarían en una posición muy ilegítima, ya que estarían asumiendo la responsabilidad de las acciones violentas de Austria».[33]

Nicolás II y Poincaré (Hulton Royals Collection/Getty Images)

El detalle más revelador de la forma tan proactiva en que Poincaré contemplaba su propio papel en los acontecimientos nos lo ofrece su reacción a la noticia, que le comunicaron a su llegada a Estocolmo, de que Sazonov había instado a los serbios a no ofrecer resistencia contra los austriacos en la frontera, sino a replegar sus fuerzas al interior del país, a denunciar ante la comunidad internacional que Serbia había sido invadida, y a apelar a las potencias para que emitieran un veredicto. El objetivo de Sazonov al brindar aquellos consejos era lograr la solidaridad internacional con la causa serbia, pero al mismo tiempo

incitar a los austriacos a un despliegue lo más profundo posible de su Plan B, con lo que debilitarían las disposiciones dictadas para evitar un ataque ruso contra Galitzia. Poincaré malinterpretó aquella noticia, y la vio como un indicio de que Sazonov se había puesto nervioso y había recomendado una «abdicación» de las responsabilidades de Rusia para con el Estado balcánico. «No cabe duda de que no podemos mostrarnos más *valientes* [es decir más comprometidos con Belgrado] *que los rusos*», escribía. «Con toda probabilidad Serbia va a verse humillada.»[34] Era, o mejor dicho, parecía, una vuelta a aquellos días del invierno de 1912-1913 cuando los dirigentes franceses presionaron a Rusia para que adoptara una posición más firme contra Austria en los Balcanes. En aquella ocasión, el agregado militar ruso en París había reaccionado con asombro ante el discurso belicoso de los militares franceses. En 1914 la situación era diferente. Se había acordado aquella política, y los temores de Poincaré en el sentido de que Sazonov estaba a punto de titubear de nuevo eran infundados.

Podría parecer extraño que Poincaré, a la vista de la escalada de la crisis en Europa central, no cancelara directamente la visita a Suecia que tenía programada durante el trayecto de vuelta. Algunos han citado aquella escala en Estocolmo como una prueba de la sustancial pasividad del líder francés en relación con la crisis. ¿Por qué, de ser cierto que Poincaré pretendía desempeñar un papel proactivo en los acontecimientos, él y Viviani iban a permitirse el lujo de hacer turismo marítimo durante el viaje de regreso a París?[35] La respuesta a la pregunta es que la visita a Suecia no era en absoluto por turismo, sino una pieza crucial de la estrategia de alianzas reafirmada en San Petersburgo. Poincaré y el zar habían hablado de la necesidad de asegurarse la neutralidad de Suecia (en previsión, cabe inferir, de una inminente guerra europea). Las relaciones entre Suecia y Rusia se habían deteriorado recientemente por una agresiva actividad

de espionaje por parte de Rusia, y por los temores en Estocolmo a un inminente ataque ruso, bien a través de su frontera común o a través del Báltico.[36] El último día que ambos pasaron juntos en San Petersburgo, Nicolás II le había pedido a Poincaré que le transmitiera personalmente al rey Gustavo V de Suecia las intenciones pacíficas del zar respecto a Suecia. Poincaré debía informar al rey de que el zar no abrigaba intenciones agresivas contra su vecino del Báltico, y que, aunque hasta entonces no había tenido conocimiento de ninguna actividad de espionaje, a partir de ese momento iba a ponerle fin.[37] Por encima de todo, era crucial impedir que Suecia cayera en brazos de los alemanes, con las graves complicaciones estratégicas que ello podría conllevar. El 25 de julio, tras pasar una tarde con Gustavo V, Poincaré cumplió con éxito el encargo, y pudo informar de que el rey correspondía cordialmente el deseo del zar, y que Suecia iba a permanecer neutral.[38]

Por supuesto, resultaba embarazoso estar brindando y cenando en Suecia mientras se agravaba la crisis europea, sobre todo teniendo en cuenta que la tensión empezaba a manifestarse de nuevo en el pobre Viviani. Pero la opinión pública francesa todavía estaba tranquila –la atención seguía centrada en el juicio de Caillaux, que no iba a concluir hasta el 28 de julio, con la sorprendente absolución de *madame* Caillaux. En aquellas circunstancias, como bien sabía Poincaré, anticipar el regreso probablemente habría alarmado a la opinión pública francesa y europea, en vez de tranquilizarla. Por añadidura, «daría pie a la impresión de que Francia puede involucrarse en el conflicto».[39] Pero una vez que se hizo público, el 27 de julio, que el káiser había anticipado su regreso a Berlín, interrumpiendo su travesía por el Báltico en el yate imperial, Poincaré, que para entonces estaba siendo bombardeado con telegramas de sus ministros, que le instaban a volver a París, no vaciló en cancelar las restantes visitas de Estado a Dinamarca y a Noruega, que en cual-

quier caso eran mucho menos apremiantes desde el punto de vista estratégico, y en ordenar a la tripulación del *France* que regresara directamente a Dunkerque.[40]

Acababan de virar de rumbo cuando al *France* y a su buque de escolta, el acorazado *Jean Bart*, les salió al encuentro un crucero de la Armada alemana que había zarpado de Kiel y navegaba por el golfo de Mecklenburgo, seguido de una lancha torpedera que dio media vuelta y abandonó la escena. El crucero alemán ofreció el saludo habitual, disparando salvas desde todos los cañones, uno por uno, al paso del convoy francés, y el *Jean Bart* hizo otro tanto –el *France* permaneció en silencio, como era costumbre cuando a bordo de un buque viajaba un jefe de Estado. Minutos después, la emisora de telégrafos del *France* interceptó una transmisión cifrada de radio que había enviado el crucero inmediatamente después del saludo– probablemente para alertar a Berlín de que el presidente francés ya iba de regreso a París.[41]

Poincaré y Viviani acabaron adoptando puntos de vista cada vez más divergentes sobre la situación internacional. Poincaré advirtió que el primer ministro parecía «cada vez más consternado e inquieto», y preocupado por «las ideas más contradictorias».[42] Cuando, el 27 de julio, se recibió un telegrama donde se informaba de la afirmación de Edward Grey en el sentido de que Inglaterra no iba a permanecer inactiva en caso de que estallara una guerra en los Balcanes, Poincaré «le puso aquellas palabras como ejemplo de firmeza a Viviani», con la intención de levantarle el ánimo. El presidente se pasó gran parte del día, igual que lo había hecho durante el trayecto a San Petersburgo, explicándole a Viviani que «la debilidad es [...] siempre la madre de las complicaciones», y que el único camino sensato era manifestar una «firmeza imperecedera». Pero Viviani siguió mostrándose «nervioso, agitado [y] no paraba de decir palabras o expresiones inquietantes que denotaban una visión desolado-

ra de las cuestiones de política exterior». A Pierre de Margerie (director del departamento político del Quai d'Orsay) también le desconcertaba el «insólito estado mental» de Viviani. Para gran consternación de Poincaré, el primer ministro parecía incapaz de hablar coherentemente de nada que no fueran los congresos del partido y las alianzas políticas en torno al líder socialista Jean Jaurès.[43]

También a Poincaré le afectaba la tensión. Resultó particularmente enojosa una secuencia de confusos y casi ininteligibles radiogramas el 27 de julio, que informaban de distintas declaraciones de Sir Edward Grey. Tras advertirle al embajador austriaco que el Reino Unido no se quedaría al margen en una guerra originada en los Balcanes, Grey le advertía al embajador francés, Paul Cambon, que la opinión pública británica no iba a apoyar la participación del Reino Unido en una guerra por la cuestión serbia. Pero mientras que Viviani temía que el país se precipitara de cabeza a una guerra, lo que Poincaré temía por encima de todo era que nunca se llegara a afrontar y a combatir una ofensiva de Austria contra Serbia.

> ...si Austria quiere llevar su victoria más allá [por «victoria» Poincaré entendía la supuesta aceptación por Belgrado de las exigencias de Austria], si declara la guerra o entra en Belgrado, ¿Europa le permitirá que lo haga? ¿[Europa] únicamente se interpondría entre Austria y Rusia para ponerle fin [a un ulterior agravamiento]? Eso significaría ponerse del lado de Austria y levantar la veda respecto a Serbia. Le planteé todas estas objeciones a Viviani...[44]

El 28 de julio, al entrar en el Mar del Norte y aproximarse a la costa francesa, Poincaré pidió al oficial de telégrafos que transmitiera la orden de cancelar la recepción en Dunkerque –y que prepararan el tren del presidente para que la comitiva pudiera viajar directamente desde el puerto hasta París. El aire del Mar del Norte era más frío y más gris, el mar estaba picado y caían frecuentes aguaceros. Los últimos radiogramas informaban de que los británicos apoyaban una «gestión colectiva» por parte de las potencias a fin de desactivar la crisis, una noticia alenta-

dora para el presidente, porque significaba que se esperaba que los rusos se retiraran únicamente si lo hacían los austriacos. Y por último llegó una noticia muy esperanzadora desde París: en respuesta al embajador alemán, Von Schoen, que había insistido en que el contencioso austro-serbio era una cuestión que ambos países debían resolver entre ellos, el ministro de Asuntos Exteriores en funciones, Bienvenu-Martin, había declarado que Francia no pensaba hacer nada para contener a Rusia a menos que Alemania contuviera a Austria-Hungría. Encantado con aquella respuesta inesperadamente firme, Poincaré dio instrucciones a De Margerie para que Viviani telegrafiara a París dando su aprobación a la respuesta del ministro en funciones. Era un claro ejemplo de la cadena de mando que imperaba en la política exterior francesa durante los últimos días de julio de 1914.[45]

Cuando llegó a Francia, Poincaré ya tenía decidido –pese a que todavía no había indicios de contramedidas militares por parte de Alemania– que ya era imposible evitar una guerra europea.[46] Encontró a los ministros en un estado de ánimo tranquilo y decidido, y le alivió ver que su actitud era más enérgica que la del apocado Viviani. Poincaré ya había telegrafiado a Bienvenu-Martin para ordenarle que se pusiera en contacto con sus colegas de los Ministerios de la Guerra, de Marina, de Interior y de Hacienda para asegurarse de que estuvieran en vigor todas las «precauciones necesarias» en caso de un aumento de la tensión; le agradó comprobar que se habían realizado grandes progresos en todos los sectores relevantes. Abel Ferry, el subsecretario de Estado para Asuntos Exteriores, y René Renoult, ministro de Obras Públicas, que había viajado hasta Dunkerque para recibir a la comitiva presidencial, informó a Poincaré que se había llamado a filas a los soldados de permiso, que las tropas que habían estado en campamentos de instrucción habían regresado a sus cuarteles, que se había alertado a los prefectos,

que los funcionarios habían recibido órdenes de permanecer en sus puestos, y que París había adquirido provisiones básicas; «en resumen, se habían tomado las medidas que, en caso de necesidad, iban a permitir una movilización inmediata».[47] Cuando Renoult le preguntó a Poincaré a bordo del tren que les llevaba desde Dunkerque a la capital si todavía era posible un acuerdo político entre las grandes potencias, el presidente respondió: «No, no puede haber acuerdo. No puede haber ningún arreglo».[48] Lo más esclarecedor de todo es la descripción que hace Poincaré en su diario de la multitud que se congregó para recibirle de camino a París; da una idea del estado de ánimo de un líder político que ya estaba en pie de guerra:

> Advertimos de inmediato que la moral de la población es excelente, sobre todo la de los trabajadores y los estibadores. Una multitud muy densa se había volcado sobre los muelles y embarcaderos y nos saludaban gritando sin parar: *Vive la France! Vive Poincaré!* Yo domino mis emociones e intercambio unas pocas palabras con el alcalde, con los senadores y los diputados. Todos ellos me dicen, y el prefecto me lo confirma, que podemos contar con la unidad y la determinación del país.[49]

El Gobierno ruso ya había puesto en práctica importantes medidas de premovilización. París estaba bien informado de ello, tanto a través de Paléologue, en su breve nota del 25 de julio y, con más detalle al día siguiente, como por el agregado militar francés en San Petersburgo, el general Pierre de Laguiche.[50] Después llegó la noticia, que anunció el embajador Izvolsky el 29 de julio por la mañana, de que para aquel mismo día estaba prevista una movilización parcial de Rusia contra Austria-Hungría. Es difícil seguir el rastro de la reacción de Poincaré a aquella noticia, porque posteriormente él (mientras preparaba sus memorias) eliminó del manuscrito de su diario la segunda mitad de sus anotaciones del 29 de julio, una página que aparentemente tenía que ver con las medidas de Rusia.[51] Y no han sobrevivido las actas de las deliberaciones del Consejo de Ministros que se celebró aquel día. Pero, según el relato que un ministro

que había asistido (el ministro del Interior, Louis Malvy) le confió aquella noche a Joseph Caillaux, el Consejo de Ministros aprobó explícitamente las medidas adoptadas por Rusia.[52] Ni entre los días 26 y 27, ni tampoco el 29 de julio, el Gobierno de París consideró oportuno instar a la moderación a su socio de alianza.

Todo ello era acorde con el escenario de conflicto con origen en los Balcanes, y con el pensamiento estratégico francés, que atribuía una gran importancia a la velocidad y la eficacia de la movilización de Rusia. Pero había que equilibrar aquella prioridad con la necesidad de asegurarse la intervención británica. A finales de julio el Gobierno británico seguía sin tomar una decisión sobre la cuestión de si participar en la inminente guerra europea, y en caso afirmativo, cuándo y de qué manera. Una cosa estaba clara: si la opinión pública percibía que Francia entraba en una guerra de agresión al lado de su aliado, su derecho moral a pedir ayuda al Reino Unido perdería mucha fuerza. Sin embargo, la seguridad de Francia ante un ataque de Alemania hacia el oeste exigía que París insistiera en una respuesta militar lo más rápida posible de San Petersburgo. Se trataba de la paradoja habitual: la guerra que había que librar a la defensiva en el oeste tenía que empezar a la ofensiva en el este. Aquellos imperativos contradictorios ejercían una enorme presión sobre los dirigentes de París. Y la presión se volvió especialmente agobiante la noche del 29 de julio, cuando los alemanes advirtieron a San Petersburgo que estaban dispuestos a considerar la posibilidad de movilizar a sus propias fuerzas a menos que Rusia pusiera fin a su movilización.

La madrugada del 29 al 30 de julio llegó un telegrama de Sazonov a la embajada rusa en París, donde el ministro le informaba a Izvolsky de la advertencia de Alemania. Dado que Rusia no podía echarse atrás, decía Sazonov, la intención del Gobierno ruso era «acelerar nuestras medidas defensivas y asumir la pro-

bable inevitabilidad de una guerra». Le pedía a Izvolsky que le diera las gracias al Gobierno francés en nombre de Sazonov por sus generosas garantías «de que podemos contar absolutamente con el apoyo de Francia como aliado».[53] Dado que los rusos ya habían avisado a Francia de su anterior decisión de poner en marcha una movilización *parcial* (solo contra Austria), cabe inferir que la «aceleración» a la que aludía Sazonov era una inminente movilización *general* de Rusia, una medida que en efecto haría prácticamente inevitable una guerra continental.[54] No es de extrañar que aquel mensaje desencadenara un torbellino de actividad en París. Izvolsky envió al Quai d'Orsay a su secretario de embajada a altas horas de la noche, y fue él personalmente a ver a Viviani para mostrarle el telegrama de Sazonov. Poco después, a las cuatro de la madrugada del 30 de julio, Viviani se reunió con el ministro de la Guerra, Adolphe Messimy, y con Poincaré en el Palacio del Elíseo para comentar la noticia. El resultado fue una respuesta de Francia, cuidadosamente redactada, que se envió a la mañana siguiente:

> Francia está decidida a cumplir todas las obligaciones de la alianza. Sin embargo, en el interés de la paz general, y dado que todavía hay deliberaciones en curso entre las potencias menos afectadas, creo que sería deseable que, entre las medidas de precaución y defensa que Rusia considera que debe adoptar, no dicte inmediatamente cualquier disposición que pudiera ofrecerle a Alemania un pretexto para una movilización total o parcial de sus fuerzas.[55]

Algunos han citado esa respuesta como una prueba de que el Gobierno francés, alarmado por las medidas de Rusia, estaba dispuesto a poner en riesgo, en aras de la paz, los acuerdos de seguridad de la Alianza franco-rusa.[56] Indudablemente, así se lo parecía a Viviani: durante una reunión celebrada aquella tarde con Gabriel Hanotaux, ex ministro de Asuntos Exteriores, Viviani se quejó de que los rusos «están poniéndonos ante hechos consumados, y casi no nos consultan en absoluto».[57] Pero el cometido de la nota era más complejo. Estaba pensado para convencer a los británicos de que Francia estaba esforzándose por

contener a su aliado –y teniendo en cuenta ese cometido se envió inmediatamente una copia del mensaje a Paul Cambon, embajador en Londres. El vínculo con la Entente anglo-francesa se menciona explícitamente en el diario de Poincaré, donde consta que el mensaje enviado a San Petersburgo se formuló «en función de la actitud ambigua de Inglaterra».[58] Sin embargo, al mismo tiempo, De Margerie y Messimy habían recibido órdenes de Poincaré –al parecer sin el conocimiento de Viviani– para que le aclararan a Izvolsky la auténtica naturaleza de las intenciones del Gobierno francés. El informe que hizo Izvolsky sobre sus conversaciones con el diplomático y el ministro amortiguaron sustancialmente el impacto del telegrama anterior, donde se instaba a la moderación:

> Margerie, con el que acabo de hablar, me ha dicho que el Gobierno francés *no desea interferir en nuestros preparativos militares*, pero considera que es sumamente deseable, en aras de la prosecución de las negociaciones para el mantenimiento de la paz, que dichos preparativos eviten asumir en la medida de lo posible un carácter manifiesto y provocador. Desarrollando esa misma idea, el ministro de la Guerra también le ha dicho al conde Ignatiev [el agregado militar ruso en París] que podríamos hacer una declaración en el sentido de que estamos dispuestos, en nombre de los elevados intereses de la paz, a reducir temporalmente el ritmo de nuestras medidas de movilización, *lo que, por otra parte no debería impedirnos seguir adelante con nuestros preparativos militares, ni de hecho hacerlo con más energía, siempre y cuando nos abstengamos de realizar transportes masivos de tropas.*[59]

Esos dos telegramas, ambos enviados el 30 de julio, reflejan las complejas triangulaciones de una política francesa que tenía que mediar entre los estrictos imperativos de la Alianza franco-rusa y la lógica difusa de la Entente anglo-francesa. Apelar a los «elevados intereses de la paz» significaba básicamente ofrecerle al adversario la oportunidad de echarse atrás –una posibilidad que cada vez parecía más improbable. Mientras tanto, los preparativos bélicos de Rusia seguían adelante, en forma de una movilización casi total, a falta de las concentraciones de grandes contingentes de tropas en la frontera occidental. Las notas que

tomó Albert Ferry, subsecretario de Estado en el Quai d'Orsay, durante el Consejo de Ministros celebrado el 30 de julio por la mañana, resumían la política francesa de la forma siguiente: «*No impedir la movilización de Rusia. Movilizar, pero no concentrar*».[60] En el diario de Poincaré, tras el párrafo de aquel día donde se informa del envío del telegrama instando a la moderación a San Petersburgo, figura la siguiente frase: «Al mismo tiempo, adoptamos las medidas necesarias para que nuestras tropas de cobertura tomen posiciones en el este».[61]

RUSIA SE MOVILIZA

El 29 de julio por la tarde, el jefe del Estado Mayor ruso entregó el *Ukaz* para la movilización general al general Sergei Dobrorolsky. En su calidad de director de movilización, le correspondía a Dobrorolsky recoger las firmas de los ministros sin las que la orden no podía entrar en vigor. Posteriormente el general recordaba su visita a los Ministerios de la Guerra, de Marina y de Interior. El estado de ánimo era lúgubre. Sukhomlinov, que anteriormente era tan categórico en su beligerancia, se había vuelto muy taciturno en los últimos días. Tal vez, pensaba Dobrorolsky, en aquel momento se arrepentía del incendiario artículo que había colocado hacía unos meses en el *Brizheviia Vedomosti*, donde declaraba que Rusia estaba «preparada para la guerra».[62] El ministro de Marina, el almirante Grigorovich, se quedó atónito al ver el *Ukaz*: «Cómo, ¿guerra con Alemania? Nuestra flota no está en condiciones de resistir ante la flota alemana». Telefoneó a Sukhomlinov para que se lo confirmara, y a continuación firmó «con gran pesadumbre». En el despacho de Nikolay Maklakov, el reaccionario y ultramonárquico ministro del Interior, Dobrorolsky encontró «una atmósfera de oración»: grandes iconos colocados sobre una estrecha tabla resplandecían a la luz de una lámpara de iglesia. «En Rusia», dijo el ministro, «la guerra nunca será popular entre las profundas masas del pueblo. Son más de su gusto las ideas revolucionarias que

una victoria sobre Alemania. Pero uno no puede huir de su destino…» Después de santiguarse, también Maklakov firmó la orden.[63]

Aproximadamente a las 9 de la noche, tras reunir todas las firmas necesarias, Dobrorolsky se encaminó hacia la Oficina Central de Telégrafos de San Petersburgo, donde el director general de correos y telégrafos había sido advertido por anticipado de que tenía que estar disponible para una transmisión «de la máxima importancia». Se mecanografiaron con sumo cuidado varias copias del texto, para que pudiera ser enviado simultáneamente desde las máquinas del vestíbulo principal que comunicaban San Petersburgo con los principales centros del Imperio Ruso. Desde dichos centros sería transmitido a todas las ciudades de todos los distritos. Siguiendo el protocolo para el envío de las órdenes de movilización, la oficina de telégrafos había suspendido el tráfico restante. A las 21.30, justo antes de que se iniciara la transmisión, sonó el teléfono: era Yanushkevich, el jefe del Estado Mayor, que le ordenó a Dobrorolsky que no transmitiera el texto, y que se quedara a la espera de nuevas órdenes. Unos minutos después, llegó un mensajero, en la persona del capitán del Estado Mayor Turgan-Baranowsky, en estado de agitación. El zar había cambiado de opinión. En lugar de la orden de movilización, iba a promulgarse una orden de movilización *parcial*, según las directrices acordadas «en principio» en las reuniones del 24 y el 25 de julio. Se redactó y se transmitió oportunamente la nueva orden aproximadamente a medianoche del 29 al 30 de julio, lo que activó las medidas de movilización en las regiones militares de Kiev, Odesa, Moscú y Kazán.[64]

Esa repentina contraorden dio lugar a un nivel de confusión casi cómico en la embajada francesa. Los rusos advirtieron poco después de las 10 de la noche al general Laguiche, agregado militar, de la inminencia de una movilización, pero le pidieron que no informara al embajador Paléologue, por temor a que una in-

discreción suya pudiera poner en peligro el secreto de la decisión. Pero Paléologue se enteró una hora después a través de una fuente distinta (un ruso indiscreto) y envió inmediatamente a su primer secretario, Chambrun, al Ministerio de Asuntos Exteriores ruso para alertar a París por medio de un telegrama urgente de que estaba en marcha una movilización general secreta (se eligió la oficina de telégrafos del Ministerio porque se temía que el cifrado de los franceses no fuera seguro; al mismo tiempo, Paléologue envió un telegrama al Quai d'Orsay en cifrado francés con el texto siguiente: «Por favor, recojan en la embajada rusa, por motivos de máxima urgencia, mi telegrama nº 304»). Al llegar al Ministerio, Chambrun se topó con Laguiche, que acababa de enterarse de que el zar había revocado la orden de movilización. Laguiche ordenó a Chambrun que borrara la parte de su telegrama que mencionaba la decisión de «iniciar la movilización en secreto». El telegrama que se envió a la embajada rusa en París pasó a anunciar simplemente la movilización de Rusia contra Austria, de modo que Viviani y sus colegas no se enteraron de lo cerca que había estado San Petersburgo de ordenar una movilización general. A la mañana siguiente, Paléologue estaba furibundo por los intentos del agregado militar y de su propio primer secretario de entorpecer sus comunicaciones con París.

En cualquier caso, la movilización parcial anunciada el 29 de julio no era una disposición sostenible. La movilización parcial planteaba unas dificultades insuperables a los planificadores del Estado Mayor ruso, porque amenazaba con perturbar las disposiciones para una posterior movilización total A menos que se rescindiera la orden, o se sustituyera por una orden de movilización general, se iba a causar un daño irreparable al estado de preparación de Rusia para un ataque hacia el oeste. A primera hora de la mañana del 30 de julio, Sazonov y Krivoshein se consultaron por teléfono –ambos estaban «sumamente preocupa-

dos por la revocación de la movilización general».[65] Sazonov propuso que Krivoshein solicitara una audiencia con el zar a fin de convencerle de la urgencia de una movilización general. A las 11 de la mañana, Sazonov y Yanushkevich se reunieron en el despacho de este, y el jefe de Estado Mayor volvió a exponer los motivos para proceder de inmediato a una movilización general. Desde el despacho del jefe del Estado Mayor, Sazonov pidió a la centralita que le pusieran con el palacio de Peterhof. Al cabo de unos minutos de angustiosa espera, Sazonov escuchó la voz, al principio irreconocible, de un hombre «poco acostumbrado a hablar por teléfono, que deseaba saber con quién estaba hablando».[66] El zar aceptó recibir a Sazonov a las tres en punto de la tarde (se negó a recibir a Krivoshein al mismo tiempo, porque le molestaba mucho que los ministros unieran sus fuerzas y formaran un grupo de presión).

Al llegar al palacio de Peterhof, Sazonov fue conducido de inmediato al despacho del emperador, donde encontró al soberano «cansado y preocupado». A instancias del zar, la audiencia tuvo lugar en presencia del general Tatishchev, que estaba a punto de regresar a su destino como agregado militar ruso ante el emperador alemán. Sazonov habló durante cincuenta minutos, exponiendo las dificultades técnicas, recordándole a Nicolás que los alemanes habían rechazado «todas nuestras ofertas de conciliación, que iban mucho más allá del espíritu de indulgencia que cabría esperar de una gran potencia cuyas fuerzas están intactas», y concluía que «no quedaba ninguna esperanza de salvar la paz». El zar puso fin a la reunión con una decisión definitiva: «Tiene usted razón, no nos queda otro remedio que prepararnos para un ataque. Transmita al jefe de Estado Mayor mis órdenes de movilización».[67]

Por fin, con enorme alivio, Yanushkevich recibió la llamada que había estado esperando. «Curse sus órdenes, general», le dijo Sazonov, «y después… desaparezca durante el resto del

día.» Sin embargo, el temor de Sazonov a que hubiera una nueva contraorden resultó infundado. Una vez más, le correspondió al general Dobrorolsky dirigirse a la Oficina Central de Telégrafos y transmitir el telegrama donde se ordenaba una movilización general. En aquella ocasión, todo el mundo ya sabía lo que estaba en juego. Cuando Dobrorolsky entró en el vestíbulo principal de la oficina de telégrafos aproximadamente a las seis de la tarde, «reinaba un solemne silencio entre los telegrafistas, hombres y mujeres». Cada uno de ellos estaba sentado ante su máquina, esperando la copia del telegrama. No hubo ningún mensajero del zar. Pasados varios minutos de las 6 de la tarde, aunque los operadores humanos guardaban silencio, las máquinas empezaron a chasquear y repiquetear, llenando el vestíbulo con un denso ruido de fondo cargado de significado.[68]

La movilización general de Rusia fue una de las decisiones más trascendentales de la crisis de julio. Fue la primera de todas las movilizaciones generales. Llegó en un momento en que el Gobierno alemán todavía no había declarado siquiera el Estado de Prealerta de Guerra, el equivalente a Periodo Preparatorio para la Guerra de los rusos, que estaba vigente desde el 26 de julio. Por su parte, Austria-Hungría seguía aferrada a su movilización parcial, centrada en derrotar a Serbia. Posteriormente hubo cierta desazón entre los políticos franceses y rusos por esa secuencia de acontecimientos. En el Libro Naranja que hizo público el Gobierno ruso tras el estallido de la guerra, con el fin de justificar sus actos durante la crisis, los editores situaban la orden de movilización general de Austria tres días antes de la fecha real, para hacer que la medida adoptada por Rusia pareciera una simple reacción a unos acontecimientos que habían ocurrido en otro lugar. A un telegrama del embajador en Viena, Shebeko, con fecha del 29 de julio, donde se afirmaba que se «preveía» una orden de movilización general para el día siguiente, se le cambió la fecha al 28 de julio, y se manipuló su texto para

que dijera que «Se ha firmado la orden de movilización general» –en realidad la orden de una movilización general en Austria no se cursaría hasta el 31 de julio, para que entrara en vigor al día siguiente. El Libro Amarillo de Francia jugaba de una forma aún más audaz con el registro documental, por el procedimiento de incluir un comunicado ficticio de Paléologue con fecha del 31 de julio donde afirmaba que la orden de Rusia había sido cursada «a consecuencia de la movilización general de Austria» y de las «medidas de movilización, adoptadas en secreto, pero de forma continuada, por Alemania durante los últimos seis días…». En realidad Alemania había sido, en términos militares, una isla de relativa tranquilidad a lo largo de toda la crisis.[69]

¿Por qué dieron aquel paso los rusos? Para Sazonov, el factor decisivo fue indudablemente la declaración de guerra de Austria contra Serbia el 28 de julio, a la que él respondió casi de inmediato con un telegrama a las embajadas de Londres, París, Viena, Berlín y Roma diciendo que al día siguiente Rusia iba a anunciar la movilización (parcial) de las regiones militares limítrofes con Austria.[70] (Se trata del telegrama que se comentó en el Consejo de Ministros de Francia el 29 de julio.) En ese momento, para Sazonov seguía siendo importante que los alemanes tuvieran la seguridad de la «ausencia por parte de Rusia de cualquier intención agresiva hacia Alemania»: optar por una movilización parcial, en vez de general, formaba parte de esa política.[71] Así pues, ¿por qué cambió tan rápidamente de una movilización parcial a una general? Se nos ocurren cuatro razones. Ya hemos considerado la primera, a saber la imposibilidad técnica de combinar una movilización parcial (para la que no existía un plan en sentido estricto) con la opción de una posterior movilización general.

Otro factor era la convicción de Sazonov –que abrigaba desde el comienzo de la crisis, pero que cada vez le indignaba y le do-

minaba más– de que la intransigencia de Austria era en realidad una política de Alemania. Se trataba de una idea profundamente arraigada en la política rusa en los Balcanes, que desde hacía ya un tiempo había dejado de tomar en serio a Austria-Hungría como un factor autónomo en los asuntos de Europa –como lo atestigua la petición de Sazonov a Bethmann en Puerto Báltico durante el verano de 1912 para que Alemania no alentara aventuras por parte de Austria. Y esa idea se veía reforzada por los informes que apuntaban (correctamente) a que Alemania seguía apoyando la postura de Austria, en vez de presionar a su aliado para que diera marcha atrás. En sus memorias, Sazonov recordaba que el 28 de julio, el día de la declaración de guerra de Austria contra Serbia, recibió un telegrama de Benckendorff, el embajador en Londres, donde se le informaba de que una conversación con el conde Lichnowsky (el embajador alemán en aquella ciudad) había «confirmado su convicción» de que Alemania estaba «apoyando la obstinación de Austria». Se trataba de una idea de suma importancia, porque permitía a los rusos determinar que Berlín era el fulcro moral de la crisis, y el actor sobre cuyos hombros recaían todas las esperanzas de paz. Como dijo sucintamente Benckendorff: «Claramente, la clave de la situación hay que buscarla en Berlín».[72]

El propio Sazonov expresaba ese punto de vista en un breve telegrama que envió a las embajadas de París y Londres el 28 de julio, donde declaraba que había inferido de una conversación con el conde Pourtalès, embajador alemán en San Petersburgo, que «Alemania era partidaria de la actitud implacable de Austria».[73] La postura del ministro de Asuntos Exteriores ruso se endureció considerablemente al día siguiente, cuando Pourtalès pasó a visitarle por la tarde para leerle un mensaje del canciller alemán donde se decía que si Rusia seguía adelante con sus preparativos militares, también Alemania se vería obligada a movilizarse. Sazonov, que consideró que la advertencia del canciller

equivalía a un ultimátum, respondió de forma cortante: «Ahora no me cabe duda de la verdadera causa de la intransigencia de Austria», lo que provocó que Pourtalès se levantara de su asiento y exclamara: «Protesto con todas mis fuerzas, *monsieur le Ministre*, contra esa hiriente afirmación».[74] La reunión acabó con frialdad. La cuestión, tal y como la veían los rusos, era que si Alemania, pese a su aparente pasividad, era en realidad la fuerza motriz que estaba detrás de la política de Austria, la movilización parcial carecía de sentido, dada la solidez del bloque austro-alemán: ¿por qué no reconocer la verdadera naturaleza de la amenaza y movilizarse del todo contra ambas potencias? Por último, el apoyo de Sazonov a la movilización general se vio reforzado por las garantías ofrecidas por Maurice Paléologue el 28 de junio «por orden de su Gobierno» en el sentido de que los rusos podían contar «en caso de necesidad» con «la total disposición de Francia a cumplir sus obligaciones como aliado».[75] Es posible que los rusos, en aquellos primeros momentos, confiaran incluso en el apoyo del Reino Unido. «Hoy, en San Petersburgo están firmemente convencidos, y de hecho incluso les han dado garantías», escribía el 30 de julio Bernard de l'Escaille, el agregado militar belga, «de que Inglaterra apoyará a Francia. Ese apoyo es de una enorme importancia, y ha contribuido de modo no desdeñable a dar ventaja al bando que está a favor de la guerra.»[76] No está claro a que «garantía» (si es que se dio alguna) alude De l'Escaille, ni cuándo se dio a conocer exactamente, pero casi con seguridad acertó al decir que los líderes rusos seguían confiando en una intervención británica, por lo menos a largo plazo.

Sin embargo, nada más acordarse la decisión de una movilización general, posteriormente sancionada por el zar, se revocó en favor de la opción, oficialmente acordada pero imposible de aplicar, de una movilización parcial contra Austria. El motivo fundamental era el temor y la aversión que tenía el zar a la gue-

rra, dado que en aquel momento debía afrontar la tarea de hacerla realidad. Prácticamente todos los que conocieron al zar y dejaron escritas para la posteridad observaciones sobre la personalidad del soberano coinciden en que combinaba dos características que estaban en tensión entre sí. Una de ellas era un muy comprensible pavor ante la perspectiva de la guerra y de los trastornos que ocasionaría a su país; el otro era una susceptibilidad al elevado tono de los políticos nacionalistas y a su retórica, una predilección por los hombres y las medidas que avivaran las emociones patrióticas. Lo que provocó que el zar se inclinara por la prudencia el 29 de julio fue un telegrama del káiser Guillermo II, que llegó a las 21.20, justo en el momento en que estaba a punto de enviarse desde la Oficina Central de Telégrafos la orden para una movilización general, donde el primo alemán del zar aseguraba que su Gobierno todavía tenía esperanzas de promover un «entendimiento directo» entre Viena y San Petersburgo, y que concluía con las siguientes palabras:

> Por supuesto, unas medidas militares por parte de Rusia que Austria pudiera considerar amenazadoras precipitarían una calamidad que ambos querríamos evitar, y pondrían en peligro mi papel de mediador, que acepté de buena gana cuando apelaste a mi amistad y solicitaste mi ayuda.[77]

«No quiero ser responsable de una monstruosa matanza», dijo el zar, e insistió en que se cancelara la orden. Yanushkevich agarró el teléfono para intentar detener a Dobrorolsky, y se envió corriendo a un mensajero a la oficina de telégrafos para explicarle que, en vez de una movilización general, iba a promulgarse una orden para una movilización parcial.

Vale la pena detenerse un momento a reflexionar sobre el hecho de que un telegrama enviado por un primo tercero del zar desde Berlín fuera suficiente para suspender una orden de movilización general durante casi veinticuatro horas. Tras la revolución de febrero de 1917, Vladimir Burtsev, el propagandista revolucionario ruso, y azote del zarismo, se hizo cargo de los

documentos privados del zar, entre los que descubrió un paquete de telegramas personales que se habían intercambiado los emperadores alemán y ruso. Firmando como «Willy» y «Nicky», los dos hombres se comunicaban entre sí en inglés, y adoptaban un tono informal, a veces incluso íntimo. El descubrimiento de aquellos documentos causó una gran sensación. En septiembre de 1917, el periodista Hermann Bernstein, que estaba informando sobre los acontecimientos revolucionarios, publicó los telegramas en el *New York Herald*, y cuatro meses más tarde volvieron a publicarse en forma de libro (con un prólogo de Theodore Roosevelt).[78]

Los «telegramas Willy-Nicky», como pasó a conocérselos, han ejercido una fascinación duradera, en parte porque, al leerlos, uno tiene la sensación de estar escuchando a escondidas una conversación privada entre dos emperadores de una Europa que hoy ha desaparecido, y en parte porque transmiten la sensación de un mundo donde el destino de las naciones todavía estaba en manos de unos individuos sumamente poderosos. De hecho, ambas impresiones son engañosas, por lo menos en lo que respecta a los famosos telegramas de 1914. Lo que ambos monarcas se intercambiaron durante la crisis de julio no eran ni secretos –dado que su existencia era conocida y comentada por mucha gente–[79] ni privados. Eran, a todos los efectos, comunicaciones telegráficas diplomáticas formuladas en términos de correspondencia personal. A ambos extremos de la conversación, el contenido de aquellos telegramas era cuidadosamente supervisado por el personal de Asuntos Exteriores. Eran un ejemplo de aquellas curiosas transmisiones de un monarca a otro, que siguieron siendo un rasgo del sistema europeo hasta el estallido de la guerra, aunque en este caso los monarcas eran los transmisores, más que los redactores, de las comunicaciones enviadas. Su existencia refleja la estructura monárquica de los Gobiernos europeos, no el poder de los monarcas para dirigir

las políticas. El telegrama del 29 de julio fue un caso excepcional: llegó en un momento muy especial, cuando, por una vez, todo dependía de la decisión del zar, no porque fuera el actor dominante en el proceso de toma de decisiones políticas, sino porque su autorización (y su firma) era necesaria para cursar una orden de movilización general. Y no se trataba tanto de una cuestión de influencia política como tal, sino del absolutismo militar residual del sistema autocrático. En un momento en que al zar le resultaba angustiosamente difícil dar su consentimiento –lo que es comprensible, teniendo en cuenta lo mucho que había en juego–, el telegrama de «Willy» fue suficiente para inclinar la balanza del lado contrario a la movilización general. Pero el efecto duró menos de un día, porque ambos monarcas estaban simplemente manifestando las posiciones rotundamente antagónicas de sus respectivos Gobiernos. La mañana del 30 de julio, cuando el zar recibió un telegrama de Guillermo II reiterando la advertencia que le había comunicado la víspera el embajador Pourtalès, Nicolás II abandonó cualquier esperanza de que un acuerdo entre los dos primos pudiera salvar la paz, y volvió a la opción de una movilización general.[80]

Una última reflexión sobre la decisión de Rusia de movilizarse: cuando Sazonov fue a ver al zar el 30 de julio por la tarde, le encontró preocupado por la amenaza que suponía para Rusia la movilización de Austria. «Ellos [los alemanes] no quieren reconocer que Austria se ha movilizado antes que nosotros. Ahora exigen que se detenga nuestra movilización, sin mencionar la de los austriacos. [...] Ahora mismo, si yo aceptara las exigencias de Alemania, estaríamos desarmados frente a Austria.»[81] No obstante, ya sabemos que en aquel momento los preparativos de Austria seguían totalmente centrados en asegurar una victoria contra Serbia, al margen de la creciente amenaza de una respuesta por parte de Rusia. La angustia del zar no era una manifestación de una paranoia individual; más bien reflejaba una

tendencia más amplia en el análisis militar de las amenazas por parte de los rusos. La inteligencia militar rusa sobrevaloraba sistemáticamente la capacidad militar de Austria y, lo que es más importante, le suponía una muy formidable capacidad de ataque preventivo basada en el sigilo, una suposición reafirmada durante la crisis balcánica de 1912-1913, cuando los austriacos lograron incrementar su contingente de tropas en Galitzia sin llamar la atención de los rusos en un primer momento.[82] Aquellas tendencias se vieron reforzadas, paradójicamente, por el muy detallado conocimiento que tenían los rusos (gracias al ya desaparecido coronel Redl, y a otras fuentes bien situadas) de los planes de despliegue militar de los austriacos. No se trataba de un problema nuevo; ya en 1910, Sukhomlinov, recién nombrado ministro de la Guerra, presumía de que había visto los planes específicos de despliegue del Ejército y la Armada de Austria para la «conquista de Macedonia». Dichas evidencias, afirmaba Sukhomlinov, ponían de manifiesto la enorme magnitud de la amenaza que suponía el expansionismo austrohúngaro en la península de los Balcanes para los intereses de Rusia, y convertían en papel mojado todas las garantías diplomáticas. Que aquellos documentos –que en realidad eran anticuados y obsoletos– pudieran ser planes de contingencia y no una manifestación de la política de Austria no parecía habérsele ocurrido a Sukhomlinov, que probablemente pretendía utilizarlos como un argumento a favor de un aumento del presupuesto militar.[83] La tendencia a una lectura exagerada y paranoica de los documentos de planificación aprehendidos siguió aquejando a las políticas de seguridad de Rusia hasta 1914. Precisamente porque estaban tan bien enterados de los programas de movilización austriacos, los rusos tendían, por un lado, a interpretar las medidas individuales como una parte de un todo coherente, y por otro, a considerar cualquier desviación de la secuencia esperada como una amenaza potencial.

Por ejemplo, en 1913, los rusos supieron a través de sus fuentes de inteligencia que los austriacos habían reservado nada menos que siete cuerpos del ejército para la eventualidad de una guerra con Serbia. Pero en julio de 1914, unos informes (de dudosa fiabilidad) del embajador, Shebeko, y del agregado militar ruso, Vineken, sugerían que el número de cuerpos que estaban preparándose en aquel momento podía ascender incluso a ocho o nueve. La inteligencia rusa interpretó esa discrepancia como un indicio de que Conrad podría estar pasando de su Plan B, centrado en Serbia, al Plan R, centrado en Rusia, en otras palabras, emprendiendo «un cambio encubierto a una movilización total, o casi total, de Austria».[84] En retrospectiva, sabemos que en realidad las estimaciones austriacas de la eficacia de Serbia habían ido en aumento, lo que modificó al alza el despliegue de tropas que a su juicio era necesario para doblegar a las Fuerzas Armadas de aquel país. Y en el transcurso del primer año de la guerra iba a ponerse de manifiesto que ni siquiera aquellas estimaciones revisadas de los austriacos habían sido suficientes para lograr una victoria decisiva contra los serbios, quienes verdaderamente «lucharon como leones», tal y como el zar había predicho. Fue un ejemplo típico de los errores de interpretación que pueden surgir cuando una dosis de inteligencia relevante y de alto nivel tienta al receptor a amoldar los datos obtenidos en una pauta que carece de contexto y que puede estar anticuada. En un entorno saturado de paranoia, era prácticamente imposible una evaluación sensata de los niveles de amenaza reales. Pero lo más importante de esas interpretaciones de las medidas de Austria es que el zar, que era un ávido lector de los informes diarios de inteligencia del Estado Mayor, se las tomó en serio. Y eso, a su vez, explica la tendencia, por otra parte desconcertante, de los rusos a considerar que su movilización general era equivalente a las medidas de Austria, y estaba justificada por

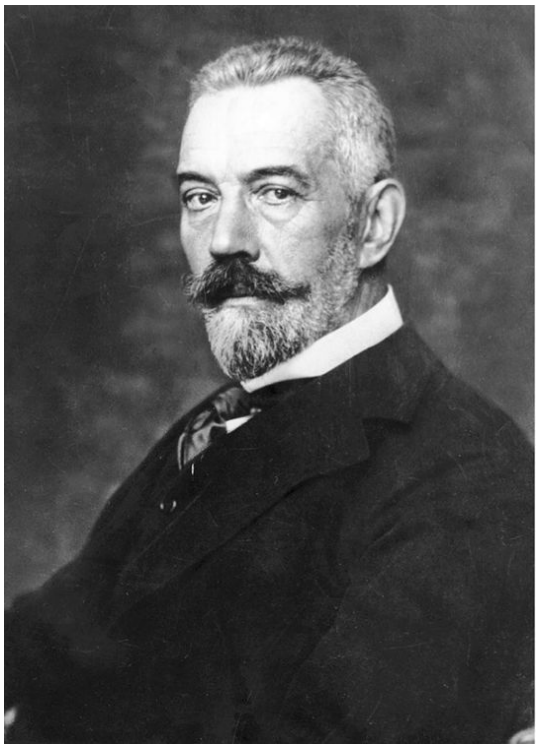
ellas. Al igual que casi todo el mundo en aquella crisis, los rusos podían alegar que se encontraban entre la espada y la pared.

EL SALTO AL VACÍO

A lo largo de las semanas centrales de julio de 1914, los dirigentes alemanes se aferraron como lapas a su política de localización del conflicto. Durante los primeros días todavía resultaba bastante fácil imaginar una resolución muy rápida de la crisis. El 6 de julio, Guillermo II le dijo al emperador Francisco José que «la situación se despejará en el plazo de una semana porque Serbia dará marcha atrás…», aunque era posible, como le comentó al ministro de la Guerra, Erich von Falkenhayn, que el «periodo de tensión» durara un poco más, tal vez hasta «tres semanas».[85] Sin embargo, incluso durante la tercera semana de julio, cuando ya no parecía realista la esperanza de una rápida resolución, los líderes políticos siguieron aferrados a la localización. El 17 de julio, el encargado de negocios de la legación de Sajonia en Berlín fue informado de que «se espera que el conflicto pueda localizarse, dado que Inglaterra es absolutamente pacífica, y Francia, al igual que Rusia, no siente inclinación por la guerra».[86] En una circular del 21 de julio a los embajadores alemanes en Roma, Londres y San Petersburgo, Bethmann declaraba: «Deseamos urgentemente una localización del conflicto; una intervención por parte de cualquier otra potencia daría lugar, a la vista de los divergentes compromisos de las alianzas, a unas consecuencias imprevisibles».[87]

Una condición para el éxito de la localización era que los propios alemanes evitaran a toda costa cualquier acción que pudiera desencadenar una escalada. En parte por ese motivo, y en parte a fin de asegurarse la autonomía necesaria para una adecuada gestión de la crisis, así como para librarse de cualquier distracción, Bethmann alentó al káiser a que abandonara Berlín para realizar el crucero que tenía previsto realizar por el Báltico. Por ese mismo motivo, a los comandantes militares de alto ran-

go se les animó a que se fueran o siguieran de vacaciones. Helmuth von Moltke, jefe del Estado Mayor, el almirante Von Tirpitz, jefe de la Oficina Naval Imperial, y Hugo von Pohl, jefe del Estado Mayor del Almirantazgo ya estaban de vacaciones. El conde Waldersee, general jefe de Intendencia, se marchó de Berlín para descansar unas semanas en la finca de su suegro, en Mecklenburgo, y otro tanto hizo el ministro de la Guerra, Erich von Falkenhayn, que partió para realizar una breve gira de inspección, y después tomarse sus vacaciones anuales.



Theobald von Bethmann Hollweg (Hulton Archive/Getty Images)

Sería un error conceder demasiada importancia a esas ausencias. Los interesados eran conscientes de la gravedad de la crisis, y confiaban en el estado de preparación de las Fuerzas Armadas alemanas en aquel momento; también comprendían que no era probable una ulterior escalada hasta que los austriacos

emprendieran algún tipo de acción contra Belgrado.[88] Por otra parte, resultaría excesivo hablar de una sofisticada finta alemana para distraer la atención del mundo de sus preparativos para una guerra continental, unos preparativos que ya habrían sido decididos y planificados por anticipado. Los memorandos internos y la correspondencia de aquellos días sugieren que tanto los líderes políticos como los mandos del Ejército y la Armada confiaban en que funcionara la estrategia de localización. No hubo discusiones en la cumbre entre los altos mandos militares alemanes, y Helmut von Moltke no regresó de tomar las aguas en Carlsbad, Bohemia, hasta el 25 de julio. El día 13 le escribió al agregado militar alemán en Viena que lo mejor sería que Austria «derrotara a los serbios y después firmara rápidamente la paz, poniendo como única condición una alianza austro-serbia, igual que Prusia hizo con Austria en 1866»: al parecer, en aquel momento, para Moltke todavía era posible que Austria lanzara y concluyera su ataque contra Serbia sin desencadenar una intervención de Rusia.[89]

Resulta particularmente llamativa la falta de actividad por parte de las redes de inteligencia militar. El comandante Walter Nicolai, director del Departamento IIIb del Estado Mayor, responsable del espionaje y el contraespionaje, estaba de vacaciones familiares en las montañas del Harz, y no le ordenaron que regresara a su puesto. Los puestos de inteligencia de la frontera oriental no recibieron instrucciones especiales tras las reuniones de Potsdam, y aparentemente no tomaron especiales precauciones. Tan solo el 16 de julio a algún responsable del departamento de operaciones se le ocurrió que podría ser «deseable observar los acontecimientos de Rusia con más detalle de lo habitual en épocas de total tranquilidad política», pero incluso aquella circular dejaba claro que no había necesidad de «medidas especiales de ningún tipo».[90] En muchos de los distritos limítrofes con Rusia, se permitió que los oficiales de inteligencia

de la zona siguieran de vacaciones, al igual que Moltke, hasta el 25 de julio.[91]

A fin de no poner en riesgo el plan de localización, Bethmann y el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán instaron reiteradamente a Austria a ponerse manos a la obra y ejecutar el hecho consumado que se esperaba con tanta tensión. Pero los dirigentes de Viena fueron incapaces de cumplirlo, o no estaban dispuestos. La aparatosa maquinaria del Estado austrohúngaro no se prestaba a las acciones rápidas y decisivas. Ya el 11 de julio Bethmann empezaba a ponerse nervioso ante la angustiosa lentitud de los preparativos de Austria. En una anotación de su diario, que escribió en la finca de Bethmann, Kurt Riezler resumía el problema: «Aparentemente [los austriacos] necesitan muchísimo tiempo para movilizarse. Dieciséis días, dice [Conrad von] Hotzendorff. Eso es muy peligroso. Un rápido hecho consumado, y después mostrarse cordial con la Entente –así es como podría tolerarse el trauma».[92] En una fecha tan tardía como el 17 de julio, el secretario de la embajada alemana en Viena, Stolberg, notificaba a Bethmann que todavía estaban en curso las «negociaciones» entre Berchtold y Tisza.[93] Berchtold fijó el plazo para la respuesta al ultimátum de Austria en tan solo cuarenta y ocho horas precisamente a fin de cumplir la necesidad de rapidez y de minimizar la probabilidad de complicaciones internacionales. Por esa misma razón, Jagow presionaba a los austriacos para que adelantaran la fecha de su declaración de guerra contra Serbia del 29 al 28 de julio.

Si la lentitud de la respuesta de Austria echaba por tierra una de las precondiciones para el éxito de la política de localización, ¿por qué los alemanes se aferraban tan obstinadamente a ella? Una de las razones era que seguían convencidos de que algunos factores estructurales más profundos –como el hecho de que el programa de armamento de Rusia estuviera incompleto– iban en contra de una intervención armada. Las intenciones del Go-

bierno francés resultaban más difíciles de adivinar, sobre todo porque el presidente, el primer ministro y el director del departamento político del Quai d'Orsay estuvieron en Rusia o navegando durante la tercera y la cuarta semanas de julio. Pero la confianza de Alemania en una probable pasividad de la Entente se veía reafirmada por el informe de Humbert sobre el estado de preparación de las Fuerzas Armadas francesas.

Los alemanes acogieron con escepticismo las sensacionales revelaciones de Humbert sobre una supuesta deficiencia de los preparativos militares franceses, ya que adivinaron que detrás del desaforado lenguaje del informe de Humbert había un ataque eminentemente político contra Adolphe Messimy, el ministro de la Guerra, y sus subordinados. Los expertos militares alemanes señalaron de inmediato que las piezas de artillería ligera francesas eran de hecho de mejor calidad que las de Alemania. Dado que el Ejército francés había abandonado su enfoque defensivo de otros tiempos, en favor de una estrategia ofensiva, el relativo declive de las fortificaciones fronterizas era una pista falsa.[94] Sin embargo, en un memorándum secreto posterior a las revelaciones de Humbert, Moltke concluía que los preparativos militares de Francia en la frontera oriental eran efectivamente deficientes, sobre todo en materia de artillería pesada, morteros y almacenamiento de munición a prueba de bombardeos.[95] Como mínimo, el informe de Humbert sugería que el Gobierno francés, y en particular el alto mando militar, no estaría de humor para presionar a la Alianza franco-rusa a entrar en una guerra por Serbia; y seguramente también los rusos desistirían de ello.[96]

Otra razón a favor de la apuesta alemana por la localización era la precariedad –a juicio de los alemanes– de las opciones alternativas. Abandonar al aliado Habsburgo era impensable, y no solo por motivos de prestigio y de política de poder, sino también porque los dirigentes alemanes creían de verdad en la legi-

timidad de los argumentos de Austria contra Serbia. Si el equilibrio del poderío militar ofensivo estaba variando en detrimento de Alemania, la situación sería infinitamente peor en caso de que los alemanes se vieran privados de su único aliado entre las grandes potencias –los planificadores alemanes ya habían dado por imposible a Italia, por ser demasiado poco de fiar como un activo sustancial.[97] Además, la ambivalencia italiana socavaba la plausibilidad de la propuesta, propugnada por Grey, de que una comisión conjunta de las cuatro potencias menos comprometidas trabajara para la resolución de la disputa: si Italia se ponía del lado de las dos potencias de la Entente, Gran Bretaña y Francia –cosa que parecía muy probable, teniendo en cuenta su oposición a la política de Austria en los Balcanes– ¿qué posibilidades había de lograr una resolución justa para Austria-Hungría? Los alemanes estaban dispuestos a trasladar a Viena la propuesta británica, pero el punto de vista de Bethmann era que Alemania debía apoyar una intervención multilateral únicamente entre Rusia y Austria, no entre Austria y Serbia.[98]

Como factor subyacente a la estrategia de localización –lo que al mismo tiempo impedía la aparición de alternativas– seguía estando la convicción, importantísima para Bethmann, de que si, a pesar de todo, los rusos decidían intervenir en defensa de su cliente, la consiguiente guerra surgiría como algo que estaría más allá del control de Alemania, como un destino impuesto a las potencias centrales por una agresiva Rusia y sus socios de la Entente. Encontramos esa concatenación de ideas en una carta que el Secretario de Exteriores, Gottlieb von Jagow, le escribió el 12 de julio a Lichnowsky, el embajador en Londres:

> Tenemos que procurar localizar el conflicto entre Austria y Serbia. La posibilidad de que ocurra dependerá en primer lugar de Rusia, y en segundo lugar de la influencia de los demás miembros de la Entente. [...] No deseo una guerra preventiva, pero si surgiera el combate, no dejaríamos de cumplir con nuestra obligación.[99]

He aquí una vez más la tendencia que podemos advertir en el razonamiento de muchos de los protagonistas de esta crisis, la de percibirse a sí mismo como alguien que actúa bajo unas limitaciones externas irresistibles, al tiempo que se hace recaer con firmeza sobre los hombros del adversario toda la responsabilidad de la decisión entre la paz y la guerra.

Con su apoyo a Austria-Hungría y con su despreocupada confianza en la viabilidad de la localización, los líderes alemanes hicieron su propia contribución al desarrollo de la crisis. Y sin embargo, nada sugiere, en su forma de reaccionar frente a los acontecimientos del verano de 1914, que los alemanes contemplaran la crisis como una oportunidad de poner en práctica un plan urdido desde hacía mucho tiempo para librar una guerra preventiva contra los vecinos de Alemania. Por el contrario, Zimmermann, Jagow y Bethmann fueron asombrosamente lentos a la hora de comprender la magnitud del desastre que se estaba gestando a su alrededor. El 13 de julio, Zimmermann seguía confiando en que no hubiera un «gran conflicto europeo». En una fecha tan tardía como el 26 de julio, los altos responsables del Ministerio de Asuntos Exteriores seguían pensando que tanto Francia como Inglaterra se mantendrían al margen de cualquier conflicto en los Balcanes. Lejos de ser los amos de la situación, los dirigentes alemanes parecían tener dificultades para estar a la altura de los acontecimientos. Durante los días decisivos de la crisis, Jagow llamó la atención de sus colegas de alto rango por su aspecto «nervioso, indeciso, temeroso» y por «no estar a la altura de las responsabilidades de su cargo», mientras que a Tirpitz, Bethmann le recordaba a «un hombre que se estuviera ahogando».[100]

Durante aquellas calurosas semanas de julio, el káiser estaba realizando su crucero por Escandinavia. Hacía mucho tiempo que las largas travesías en barco, sobre todo por el Báltico, formaban parte del calendario veraniego de Guillermo II. Le per-

mitían huir de la tensión, de la complejidad y de la sensación de impotencia que le atenazaban en Berlín. A bordo del yate real *Hohenzollern*, rodeado de agradables aduladores a los que siempre se podía obligar a participar en las diversiones imperiales, el káiser podía ser el amo de todas las situaciones y dar rienda suelta a las impetuosas corrientes de su personalidad. Tras unos agradables días en la regata de Kiel, donde pudo confraternizar jovialmente con los oficiales de la Armada Real, Guillermo navegó hasta la ciudad costera noruega de Balholm, donde permaneció fondeado hasta el 25 de julio. Desde allí envió, el 14 de julio, una primera respuesta personal al mensaje de Francisco José solicitando la ayuda de Alemania. La carta reiteraba las garantías de apoyo previas y condenaba a los «fanáticos enloquecidos» cuya «agitación paneslavista» amenazaba al Imperio dual, pero curiosamente no hacía ninguna referencia a entrar en guerra. Guillermo afirmaba que aunque debía «abstenerse de adoptar un punto de vista sobre el asunto de las actuales relaciones entre Viena y Belgrado», consideraba un «deber moral de todos los Estados civilizados» combatir la «propaganda antimonárquica del atentado» con «todos los instrumentos de poder disponibles». Pero el resto de la carta aludía exclusivamente a iniciativas *diplomáticas* en la región de los Balcanes, a fin de evitar la aparición de una «Liga Balcánica» anti-austriaca «bajo los auspicios de Rusia». La carta concluía con los mejores deseos de un rápido restablecimiento del emperador por la pérdida sufrida.[101]

Los comentarios del káiser sobre los papeles de Estado que le enviaron al yate revelan que, al igual que muchas de las principales figuras políticas y militares de Berlín, estaba impaciente por oír una decisión de Viena.[102] Al parecer, su principal preocupación consistía en que dejar pasar mucho tiempo supondría desperdiciar las ventajas de la indignación internacional ante los asesinatos de Sarajevo, o que los austriacos se desmoraliza-

ran del todo. Le agradó enterarse, hacia el 15 de julio, de que era inminente «una enérgica decisión». Lo único que lamentaba era que iba a haber una demora ulterior antes de que se pudieran plantear a Belgrado las exigencias de Austria.[103]

Sin embargo, el 19 de julio, un telegrama que Jagow, el secretario de Estado de Asuntos Exteriores, envió al *Hohenzollern* puso a Guillermo en un estado de «gran ansiedad». El telegrama no contenía ninguna novedad esencial, pero la advertencia de que se preveía enviar un ultimátum el 23 de julio y que era preciso adoptar medidas para asegurar que el káiser estuviera localizable «en caso de que alguna circunstancia imprevista hiciera necesaria la toma de decisiones importantes [una movilización]» puso a Guillermo ante la cruda realidad del potencial alcance de la crisis que ya se avecinaba.[104] Dictó inmediatamente una orden a la Flota de alta mar para que cancelara una visita que tenía prevista a Escandinavia, y que por el contrario permaneciera agrupada en estado de preparación para zarpar de inmediato. Su angustia era comprensible, teniendo en cuenta que casualmente la Armada británica estaba en aquel momento en medio de unas maniobras de movilización, y por consiguiente tenía un alto grado de disponibilidad para el combate. Pero Bethmann y Jagow opinaban acertadamente que aquello simplemente iba a levantar sospechas y exacerbar la crisis porque disuadiría a los británicos de una desmovilización; el 22 de junio desautorizaron a Guillermo y ordenaron que la estancia en Noruega procediera según lo previsto. En aquel momento, las prioridades diplomáticas todavía pesaban más que las consideraciones estratégicas.[105]

Pese al aumento de la tensión, Guillermo seguía confiando en que podía evitarse una crisis más general. Cuando le presentaron una copia del texto del ultimátum a Belgrado, el káiser comentó: «Bueno, qué le vamos a hacer, al fin y al cabo *se trata* de una nota firme» –evidentemente, Guillermo compartía el punto

de vista, muy difundido en su entorno, de que en última instancia Austria se abstendría de enfrentarse a Serbia. Cuando el almirante Müller sugirió que el ultimátum significaba que la guerra era inminente, el káiser le contradijo enérgicamente. Los serbios, insistía, nunca se arriesgarían a entrar en guerra contra Austria. Müller interpretó aquello –y su interpretación resultó ser correcta– como un síntoma de que el káiser no estaba en absoluto preparado psicológicamente para las complicaciones militares, y que cedería en cuanto se diera cuenta de que la guerra era una posibilidad real.[106]

Guillermo regresó a Potsdam el 27 de julio por la tarde. A primera hora de la mañana siguiente leyó por primera vez el texto de la respuesta serbia al ultimátum que le había enviado Viena cinco días atrás. Su reacción fue, como mínimo, inesperada. Apuntó en su copia de la respuesta serbia las siguientes palabras: «Un resultado excelente para [un plazo de] cuarenta y ocho horas. ¡Es mas de lo que podíamos esperar! ¡Pero esto elimina cualquier necesidad de una guerra!». Se quedó atónito cuando se enteró de que los austriacos ya habían cursado la orden de una movilización parcial: «*Yo* nunca habría ordenado una movilización por ese motivo».[107] A las diez en punto de aquella mañana, el káiser le escribió a toda prisa una carta a Jagow donde declaraba que, dado que Serbia había presentado una «capitulación de la clase más humillante», «ya se había eliminado cualquier razón para una guerra». En vez de invadir el país directamente, los austriacos debían considerar la posibilidad de ocupar temporalmente Belgrado, una ciudad evacuada, como medio de garantizar el cumplimiento por parte de Serbia. Y lo más importante, Guillermo ordenaba a Jagow que informara a los austriacos de que aquel era su deseo, que «se había esfumado cualquier motivo para una guerra», y que el propio Guillermo estaba dispuesto a «mediar a favor de la paz con Austria». «Lo haré a mi manera, y con el máximo respeto posi-

ble al sentimiento nacional de Austria y al honor de sus armas.»[108] También le comunicó por escrito a Moltke que si Serbia se mantenía fiel a sus compromisos con Austria-Hungría, dejaría de haber motivos para una guerra. A lo largo de aquel día, según el ministro de la Guerra, el káiser realizó «discursos confusos que dan la clara impresión de que ya no quiere la guerra, y que está decidido a [evitarla], aunque eso implique dejar a Austria-Hungría en la estacada».[109]

Los historiadores han visto en aquella repentina manifestación de cautela un indicio de falta de valor. El 6 de julio, cuando el káiser se había reunido con Gustav Krupp en Kiel, le había asegurado reiteradamente al industrial: «Esta vez no me acobardaré» –a Krupp le llamó la atención el patetismo de aquellos débiles intentos de demostrar su valor.[110] Como acertadamente lo describió Albertini: «Guillermo se ponía muy bravucón cuando el peligro estaba lejos, pero se le bajaban los humos cuando veía una amenaza de verdad o la inminencia de una guerra».[111] Algo de eso hay: la disposición del emperador a comprometerse con la defensa de los intereses de Austria siempre había sido inversamente proporcional a su evaluación del riesgo de conflicto. Y el 28 de julio, los riesgos parecían verdaderamente muy graves. Los últimos telegramas que había enviado Lichnowsky desde Londres informaban de que Sir Edward Grey había dicho que Serbia había ofrecido unas satisfacciones hasta un grado que «él nunca habría creído posible», y advertía que era de prever una importante conflagración si Austria no moderaba su postura.[112] Dado que Guillermo era tan hipersensible al punto de vista británico, debió de tomarse en serio aquellas advertencias –de hecho, podrían incluso explicar su interpretación de la respuesta de Serbia, que contradecía totalmente el punto de vista del canciller y del Ministerio de Asuntos Exteriores. No obstante, en algunos aspectos, la nota de Guillermo del 28 de julio es menos incoherente con sus anteriores intervenciones de lo que se des-

prendería de una pérdida de valor; sus comentarios durante la crisis sugieren que, a diferencia de las personalidades de Viena y Berlín que veían el ultimátum como un mero pretexto para una acción militar, el káiser lo consideraba un verdadero instrumento diplomático, con un papel que desempeñar en la resolución del conflicto, y que Guillermo seguía aferrado a la idea de una solución política al problema de los Balcanes.

Se había abierto una grieta en el seno de la estructura de toma de decisiones de Alemania. El punto de vista del soberano contradecía el de los más veteranos dirigentes políticos. Pero aquella grieta se cerró muy pronto. Lo más llamativo de la carta que el káiser le escribió a Jagow el 28 de julio fue que no se actuó en consecuencia. Si el káiser Guillermo II hubiera gozado de la plenitud de poderes que a veces se le atribuye, aquella intervención podría haber cambiado el curso de la crisis, y probablemente de la historia mundial. Pero el káiser estaba desconectado de lo que estaba ocurriendo en Viena, donde los líderes ya estaban impacientes por seguir adelante con el ataque a Serbia. Y, lo que es más importante, al haber estado navegando durante casi tres semanas, estaba desconectado de lo que había ocurrido en Berlín. Las instrucciones que le dio a Jagow no tuvieron ninguna influencia en las protestas de Berlín a Viena. Bethmann no informó a los austriacos de la opinión de Guillermo a tiempo para evitar que presentaran su declaración de guerra el 28 de julio. Y el telegrama urgente del canciller a Tschirschky, que se envió tan solo un cuarto de hora después de la carta del káiser a Jagow, incorporaba algunas de las propuestas de Guillermo, pero omitía su crucial insistencia en que ya no podía haber ningún motivo para una guerra. Por el contrario, Bethmann se atuvo a la línea anterior, que ya había sido abandonada por Guillermo, en el sentido de que los alemanes debían «evitar cuidadosamente dar pie a la impresión de que deseamos contener a los austriacos».[113]

Resulta difícil determinar por qué Bethmann hizo aquello. Los documentos no pueden avalar la hipótesis de que el canciller ya había comprometido su diplomacia con una política de guerra preventiva. Es más probable que sencillamente ya se hubiera comprometido con una estrategia alternativa, centrada en trabajar conjuntamente con Viena a fin de convencer a Rusia para que no reaccionara de forma excesiva ante las medidas de Austria. El 28 de julio por la tarde, Bethmann persuadió al káiser para que enviara un telegrama a Nicolás II asegurándole que el Gobierno alemán estaba haciendo todo lo posible para lograr un acuerdo satisfactorio entre Viena y San Petersburgo; tan solo veinticuatro horas antes, Guillermo había rechazado hacerlo por considerarlo prematuro.[114] El resultado fue la nota que mencionábamos anteriormente dirigida a Nicky, donde se le pedía que no pusiera en peligro el papel de Willy como mediador. Bethmann estaba pensando en términos de localizar el conflicto, no de evitarlo, y estaba decidido a proteger esa política contra las intervenciones desde arriba.

A partir del 25 de julio empezaron a proliferar las evidencias de movimientos militares en Rusia. El oficial de inteligencia de Königsberg informaba de que se había interceptado un lote «inusualmente largo» de transmisiones cifradas entre la Torre Eiffel y la estación de radio rusa en Bobruysk.[115] El domingo 26 de julio por la mañana, el teniente general Chelius, plenipotenciario militar alemán en la corte de Nicolás II, informaba que daba la impresión que las autoridades habían dado comienzo a «todos los preparativos para una movilización contra Austria».[116] A fin de recabar un cuadro más completo de lo que estaba ocurriendo al otro lado de la frontera, el comandante Nicolai, del Departamento IIIb, regresó a Berlín, interrumpiendo su permiso de vacaciones, y cursó la orden para que se movilizara a los «viajeros de tensión» (*Spannungreisende*). Se trataba de voluntarios de distintas procedencias cuya tarea era, ante el pri-

mer indicio de tensión internacional, viajar a Francia y a Rusia disfrazados de veraneantes o de viajantes de comercio, y registrar observaciones encubiertas a fin de determinar, tal y como decía el comandante Nicolai en sus instrucciones, «si estaban teniendo lugar preparativos de guerra en Francia y en Rusia».[117] Algunos de ellos realizaron numerosas excursiones breves al otro lado de la frontera, e informaron en persona de sus observaciones, como el infatigable *Herr* Henoumont, que consiguió visitar Varsovia dos veces en el plazo de tres días, y se quedó atrapado durante un tiempo en la Polonia rusa cuando se cerraron las fronteras. Otros se internaron más, y enviaron telegramas ligeramente cifrados utilizando el servicio público de telégrafos. Todavía no había sensación de apremio –a los oficiales de inteligencia que se encargaban de los viajeros se les informó el 25 de julio que el periodo de tensión podría prolongarse bastante. Si, por el contrario, la tensión se disipaba, los viajeros cuyos permisos se hubieran cancelado podrían volver a marcharse de vacaciones.[118]

Los viajeros de tensión y otros agentes que operaban con base en los puestos de inteligencia de la frontera oriental empezaron a dibujar de inmediato un cuadro de los preparativos militares rusos. Desde el puesto de Königsberg llegaban informes de trenes de mercancías vacíos que se dirigían hacia el este, de movimientos de tropas en los alrededores de Kovno, y de alertas a las unidades de guardia fronteriza. A las 22 horas del 26 de julio, el viajero de tensión Ventsky informaba desde Vilna, a través del servicio comercial de telégrafos, que los preparativos de guerra ya estaban claramente en marcha en la ciudad. A lo largo de los días 27 y 28, un flujo constante de detalles enviados por los viajeros de tensión y por otros agentes fue llegando al recién creado «comité de evaluación de inteligencia» del Estado Mayor. El 28 de julio por la tarde, el comité emitió una evaluación donde resumía las últimas informaciones disponibles:

> Rusia aparentemente movilización parcial. Magnitud todavía no apreciable con certeza. Regiones militares Odesa y Kiev bastante seguras. Moscú todavía incierta. Informes aislados sobre movilización de la región militar de Varsovia todavía no verificados. En otras regiones, sobre todo Vilna, movilización todavía no ordenada. No obstante, es seguro que Rusia está adoptando algunas medidas militares también en la frontera alemana, que deben considerarse preparativos para una guerra. Probable proclamación de su «Periodo preparatorio para la Guerra» en todo el imperio. La guardia fronteriza en todas partes equipada para el combate y lista para marchar.[119]

Este drástico empeoramiento de la situación, ulteriormente reafirmado por la noticia de la movilización parcial el 29 de julio, infundió un elemento de pánico en la diplomacia alemana: Bethmann, preocupado por los mensajes procedentes de Londres y por el constante flujo de datos sobre los preparativos militares de Rusia, cambió repentinamente de táctica. Después de socavar los esfuerzos de Guillermo por contener a Viena el 28 de julio, el canciller intentó hacer lo mismo enviándole al día siguiente al embajador Tschirschky una serie de telegramas en términos de la máxima urgencia.[120] Pero a su vez, sus esfuerzos se vieron frustrados por la rapidez de los preparativos de Rusia, que amenazaban con obligar a los alemanes a adoptar contramedidas antes de que la mediación pudiera empezar a surtir efecto.

Tras las noticias de la movilización de Rusia el 30 de julio, tan solo era cuestión de tiempo que Berlín respondiera con sus propias medidas militares. Dos días antes, Erich von Falkenhayn, ministro de la Guerra, había logrado, después de un enfrentamiento con Bethmann, que se ordenara el regreso a sus bases a todas las tropas que estuvieran en zonas de instrucción. Las medidas tempranas de preparación que se ordenaron en aquel momento –comprar trigo en la zona de ataque occidental, poner guardias especiales en los ferrocarriles, y ordenar el regreso de las tropas a los cuarteles– todavía podían mantenerse en secreto, y por consiguiente podían, en teoría, desarrollarse paralela-

mente a los esfuerzos diplomáticos para contener el conflicto. Pero no ocurrió lo mismo con el Estado de Peligro Inminente de Guerra (EPIG), la última fase del estado de preparación anterior a la movilización. La cuestión de si Alemania debía adoptar o no esa medida, y cuándo, una medida que llevaba en vigor en Rusia desde el 26 de julio, fue una de las principales manzanas de la discordia entre los líderes de Berlín durante los últimos días de paz.

En una reunión celebrada el 29 de julio, el día de la movilización parcial de Rusia, todavía había discrepancias entre los jefes militares: Falkenhayn, ministro de la Guerra, estaba a favor de declarar el EPIG, mientras que el jefe del Estado Mayor, Helmuth von Moltke, y el canciller Bethmann Hollweg eran simplemente partidarios de ampliar el servicio de guardia a las estructuras de transporte más importantes. Al parecer, el káiser estuvo vacilando entre las dos opciones. En Berlín, igual que en San Petersburgo, la creciente concentración de los líderes políticos en las decisiones *soberanas* más trascendentales y polémicas permitió al Jefe del Estado resurgir como un participante crucial del proceso de toma de decisiones. El telegrama del zar que había recibido Guillermo aquella mañana, amenazando con «medidas extremas [de Rusia] que conducirían a una guerra», al principio le llevó a apoyar al ministro de la Guerra. Pero, al ser presionado por Bethmann, el káiser cambió de opinión, y decidió que no debía declararse el EPIG. Falkenhayn lamentó esa decisión, pero anotó en su diario que podía entender los motivos, «porque cualquiera que crea en el mantenimiento de la paz, o por lo menos que lo desee, difícilmente puede apoyar la declaración de la amenaza de guerra».[121]

El 31 de julio, tras nuevos titubeos acerca de las medidas militares, el embajador en Moscú, Pourtalès, transmitió la noticia de que los rusos habían ordenado una movilización total a partir de la medianoche anterior. Entonces el káiser ordenó por telé-

fono que se declarara el EPIG, y Falkenhayn cursó la orden a las Fuerzas Armadas a las 13 horas del 31 de julio. En ese momento, la responsabilidad de haberse movilizado el primero era claramente de Rusia, una cuestión de cierta importancia para los líderes de Berlín, que estaban empeñados, a la vista de las manifestaciones pacifistas que se produjeron en algunas ciudades alemanas, en que no hubiera la mínima duda acerca del carácter defensivo de la entrada de Alemania en la guerra. Había que tener en cuenta especialmente a los líderes del Partido Socialdemócrata (SPD), que habían conseguido más de un tercio de los votos de toda Alemania en las últimas elecciones al Reichstag. Bethmann se había reunido el 28 de julio con el líder del ala derecha del SPD, Albert Südekum, quien le había prometido que su partido no se opondría a un Gobierno que se viera obligado a defenderse de un ataque de Rusia (los sentimientos anti-rusos eran tan fuertes en el seno del SPD como entre el movimiento liberal del Reino Unido). El 30 de julio, el canciller fue capaz de tranquilizar a sus colegas diciéndoles que no tenían que temer, en caso de guerra, una subversión desde dentro por parte de la clase trabajadora organizada.[122]

A la vista de los acontecimientos en Rusia, Guillermo difícilmente podía seguir bloqueando la declaración del EPIG, pero es interesante señalar que, según el testimonio de Von Weininger, el plenipotenciario militar de Baviera, Falkenhayn no tuvo que «sacarle a la fuerza» esa decisión. El soberano ya había recobrado la sangre fría por la tarde, sobre todo porque se había convencido a sí mismo de que a partir de aquel momento estaba actuando obligado por las circunstancias externas, una cuestión de gran importancia para casi todos los protagonistas de la crisis de julio. Durante una reunión a la que asistió Falkenhayn, ministro de la Guerra, Guillermo dio una vehemente explicación de la situación en aquel momento, donde se achacaba toda la responsabilidad del inminente conflicto a Rusia. «Su conduc-

ta y su lenguaje», anotaba Falkenhayn en su diario, «eran dignos de un emperador alemán, de un rey de Prusia» –eran unas palabras sorprendentes tratándose de un militar que encabezaba el sector de los halcones que habían vilipendiado al monarca por su amor por la paz y su temor a la guerra.[123] Cuando el Gobierno ruso se negó a revocar su orden de movilización, Alemania declaró la guerra a Rusia el 1 de agosto de 1914.

«TIENE QUE HABER ALGÚN MALENTENDIDO»

Durante los últimos días de julio, la atención del káiser alemán seguía centrada en el Reino Unido. Eso se debía en parte a que Guillermo II, como muchos alemanes, veía a Gran Bretaña como la potencia sobre la que basculaba todo el sistema continental, de la que dependía la posibilidad de evitar una guerra general. Guillermo era partícipe de una tendencia más general que consistía tanto en sobrevalorar el peso del Reino Unido en la diplomacia de Europa continental como en subestimar el grado en que sus principales dirigentes (y Grey en particular) ya se habían comprometido con un rumbo específico. Pero indudablemente también había una dimensión psicológica: Inglaterra era el país donde Guillermo había buscado desesperadamente –pero únicamente lo había conseguido en contadas ocasiones– aplauso, reconocimiento y afecto. Representaba muchas de las cosas que él admiraba: una Armada equipada con los mejores cañones y equipos que era capaz de fabricar la tecnología moderna, riqueza, sofisticación, mucho mundo, y (por lo menos en los círculos que frecuentaba en sus visitas) una especie de actitud aristocrática y desenvuelta que él admiraba, pero que le resultaba imposible imitar. Era la patria de su difunta abuela, de la que posteriormente Guillermo comentaría que, de haber seguido viva, nunca habría permitido que Nicky y Jorge se confabularan de aquel modo contra él. Era el reino de su envidiado y odiado tío, Eduardo VII, que había logrado mejorar la posición internacional de su país (mientras que Guillermo había fracasado). Y,

por supuesto, era el lugar donde había nacido su madre, fallecida hacía ya trece años, con la que había tenido una relación muy tormentosa y no resuelta. Una maraña de emociones y asociaciones entraba en juego siempre que Guillermo intentaba interpretar las políticas del Reino Unido.

Al káiser le animó enormemente un mensaje de su hermano, el príncipe Enrique de Prusia, enviado el 28 de julio, que insinuaba que Jorge V tenía la intención de mantener a Gran Bretaña al margen de la guerra. A primera hora de la mañana del día 26, Enrique, que había estado navegando en Cowes, acudió apresuradamente al palacio de Buckingham para despedirse del rey antes de regresar a Alemania. Entre ambos tuvo lugar una conversación, en la que, según Enrique, Jorge V había dicho: «Intentaremos hacer todo lo que podamos para mantenernos al margen del asunto y permanecer neutrales».[124] El 28 de julio, nada más arribar al puerto de Kiel, el príncipe le telegrafió aquellas palabras al káiser. Guillermo consideró que aquella declaración garantizaba oficialmente la neutralidad británica. Cuando Tirpitz le contradijo en su interpretación, Guillermo respondió, con la mezcla de pomposidad e ingenuidad que le caracterizaba: «Tengo la palabra de un rey, y eso es suficiente para mí».[125] No está claro que el rey de Inglaterra pronunciara realmente aquellas palabras. Como era de esperar, su diario no aclara la cuestión, tan solo dice: «Enrique de Prusia vino a verme a primera hora; se marcha de inmediato para Alemania». Pero otra versión del encuentro, probablemente redactada por el monarca a petición de Edward Grey, aporta más detalles. De acuerdo con esa fuente, cuando Enrique de Prusia le preguntó a Jorge V qué haría Inglaterra en caso de una guerra europea, el monarca británico contestó:

> No sé lo que haremos, no tenemos contenciosos con nadie, y espero que permanezcamos neutrales. Pero si Alemania le declarara la guerra a Rusia, y Francia se suma a Rusia, me temo que nos veremos arrastrados al conflicto. ¡Pero ten la

seguridad de que yo y mi Gobierno haremos todo lo que podamos para evitar una guerra europea![126]

Así pues, había una buena dosis de ilusiones bienintencionadas en la versión que dio Enrique de la conversación, aunque tampoco podemos excluir del todo la posibilidad de que Jorge V adaptara su propio relato del encuentro a las expectativas del secretario de Exteriores, en cuyo caso la verdad estaría entre ambas versiones. En cualquier caso, el telegrama de Enrique fue suficiente para restablecer la confianza del káiser en que el Reino Unido iba a mantenerse al margen, y su optimismo parecía confirmado por la renuencia del Gobierno británico, y específicamente de Grey, a dar a conocer sus intenciones.

Por consiguiente, Guillermo se quedó atónito al enterarse, el 30 de julio por la mañana, de una conversación entre Grey y el embajador alemán en Londres, el conde Lichnowsky, donde el ministro había advertido de que si bien el Reino Unido estaba dispuesto a quedarse al margen en caso de que el conflicto se limitara a Austria, Serbia y Rusia (una idea extravagante), su país intervendría al lado de la Entente si Alemania y Francia entraran en guerra. El despacho del embajador provocó un aluvión de furiosas anotaciones del monarca alemán: los ingleses eran unos «granujas» y unos «tenderos mezquinos» que querían obligar a Alemania a dejar a Austria «en la estacada», y que se atrevían a amenazar a Alemania con funestas consecuencias al tiempo que se negaban a apartar de la refriega a sus aliados continentales.[127] Cuando al día siguiente llegó la noticia de la movilización general de Rusia, los pensamientos de Guillermo volvieron a centrarse en el Reino Unido. Considerándola conjuntamente con las advertencias de Grey, la movilización rusa venía a «demostrarle» a Guillermo que en aquel momento Inglaterra pretendía aprovechar el «pretexto» que le brindaba la extensión del conflicto a fin de «¡jugar la carta de todas las naciones europeas favorables a Inglaterra en contra nuestra!».[128]

El conde Lichnowsky

Entonces, poco después de las 5 de la tarde del sábado 1 de agosto, llegó la formidable noticia. Tan solo unos minutos después de que Berlín diera la orden de una movilización general, llegó desde Londres un telegrama de Lichnowsky donde el embajador describía una reunión que había tenido aquella mañana con el secretario de Exteriores británico. Al parecer Grey se ofrecía no solo a mantener a su país al margen de la guerra si Alemania se abstenía de atacar a Francia, sino también a garantizar la neutralidad de Francia. El texto del telegrama decía así:

> Sir Edward Grey acaba de enviarme el recado a través de Sir W. Tyrrell de que esta tarde espera, a resultas del Consejo de Ministros que está celebrándose en estos momentos [Lichonowsky envió el telegrama a las 11.14 de la mañana], poder entregarme un comunicado que podría resultar útil para evitar la gran catástrofe. A juzgar por un comentario de Sir W. Tyrrell, eso parecería indicar que, en caso de que nosotros no atacáramos a Francia, Inglaterra también permanecería neutral, y además garantizaría la pasividad de Francia. Me enteraré de los detalles esta tarde. Sir Edward Grey acababa de llamarme por teléfono para preguntarme si me parecía que podía darle garantías de que en caso de que Francia permaneciera neutral en una guerra entre Rusia y Alemania, nosotros no atacaríamos a

los franceses. Yo le aseguré que podía asumir la responsabilidad de tal garantía y él utilizará esa garantía en el Consejo de Ministros de hoy. Adicionalmente: Sir W. Tyrrell me pidió encarecidamente que utilizara mi influencia para evitar que nuestras tropas traspasen la frontera francesa. Todo dependía de eso. Dijo que en un caso en que las tropas alemanas ya habían cruzado la frontera, las tropas francesas se habían retirado.[129]

Anonadados ante aquella inesperada oferta, los dirigentes de Berlín se pusieron manos a la obra para redactar una respuesta calurosamente positiva a la nota. Pero aquel borrador quedó incompleto tras la llegada de un nuevo telegrama desde Londres hacia las 8 de la tarde: «Como continuación [de mi telegrama anterior], Sir W. Tyrrell acaba de venir a verme y me ha dicho que Sir Edward Grey quiere proponer esta tarde la neutralidad de Inglaterra, incluso en el caso de que nosotros declaremos la guerra a Francia, así como a Rusia. Iré a ver a Sir Edward Grey a las 15.30 e informaré de inmediato».[130]

Los mensajes procedentes de Londres fueron motivo de una violenta discusión entre el emperador y el jefe del Estado Mayor. La movilización de Alemania ya estaba en marcha, lo que significaba que se había puesto en funcionamiento la gigantesca maquinaria del Plan Schlieffen. Después de ver el primer telegrama de Lichnowsky, Guillermo consideró que, aunque la *orden* de movilización no podía revocarse por el momento, él estaba dispuesto a suspender cualquier movimiento en contra de Francia a cambio de la promesa de neutralidad anglo-francesa. El káiser, apoyado por Bethmann, Tirpitz y Jagow, ordenó que no hubiera más movimientos de tropas hasta la llegada de un nuevo mensaje desde Londres que clarificara la naturaleza de la oferta británica. Pero, mientras que Guillermo y Bethmann deseaban aprovechar la oportunidad de evitar la guerra en el frente occidental, Moltke opinaba que, una vez puesta en marcha, la movilización general no podía detenerse. «Aquello dio pie a una disputa sumamente enérgica y dramática» recordaba un observador. «Moltke, muy excitado, con los labios temblorosos, insis-

tía en su postura. El káiser y el canciller, y todos los demás, intentaban razonar con él en vano.»[131] Sería suicida, argumentaba Moltke, dejar las espaldas de Alemania expuestas a una movilización de Francia; en cualquier caso, las primeras patrullas ya habían penetrado en Luxemburgo, y la 16ª División de Tréveris las seguía a corta distancia. Aquellos argumentos no convencieron a Guillermo. Mandó que cursaran la orden a Tréveris de que la 16ª División se detuviera ante la frontera con Luxemburgo. Cuando Moltke le suplicó al káiser que no entorpeciera la ocupación de Luxemburgo, alegando que ello pondría en peligro el control de su ruta ferroviaria, Guillermo respondió: «¡Utilicen otras rutas!». El argumento llegó a un impasse. Mientras tanto, Moltke se había puesto casi histérico. En un aparte privado con el ministro de la Guerra, Erich von Falkenhayn, el jefe del Estado Mayor le confió, a punto de echarse a llorar, «que se sentía destrozado, porque aquella decisión del káiser le demostraba que todavía tenía esperanzas de paz».[132]

Incluso después de la llegada del segundo telegrama, Moltke siguió argumentando que el plan de movilización ya no podía alterarse en una fase tan tardía para que excluyera a Francia, pero Guillermo se negó a escucharle: «Su ilustre tío no me habría dado semejante contestación. Si yo lo ordeno, tiene que ser posible».[133] Guillermo ordenó que trajeran champán, mientras que Moltke se marchó enfurruñado, y le dijo a su esposa que estaba perfectamente dispuesto a luchar contra el enemigo, pero no con «un káiser como este». A juicio de la esposa de Moltke, el estrés de aquella discusión fue tal que le provocó un ligero derrame cerebral al jefe del Estado Mayor.[134]

Mientras los tapones del champán salían volando de sus botellas, Bethmann y Jagow todavía estaban redactando su respuesta al primer telegrama de Londres. Alemania aceptaría la propuesta, escribían, «a condición de que Inglaterra pudiera garantizar con la totalidad de sus Fuerzas Armadas la neutralidad in-

condicional de Francia en un conflicto entre Alemania y Rusia». La movilización iba a continuar, pero las tropas alemanas no cruzarían la frontera francesa hasta las 7 de la mañana del 3 de agosto, en espera de una conclusión del acuerdo. El káiser respaldó el mensaje con un telegrama personal al rey Jorge V, donde aceptaba afectuosamente la oferta de «neutralidad francesa con la garantía de Gran Bretaña», y manifestaba la esperanza de que Francia no se pusiera «nerviosa». Las tropas que están en mi frontera están recibiendo por telégrafo y por teléfono la orden de no penetrar en Francia».[135] También Jagow envió un telegrama pidiéndole a Lichnowsky que le diera las gracias a Grey por su iniciativa.[136]

Poco después llegó un nuevo despacho de Lichnowsky. Entretanto se había producido la ansiada cita de las 15.30 con Grey pero, para sorpresa del embajador alemán, Grey no había presentado una propuesta de neutralidad británica ni francesa, y al parecer tampoco había planteado la cuestión ante sus colegas del Gobierno. Por el contrario, Grey simplemente insinuó la posibilidad de que los ejércitos alemán y francés pudieran, «en caso de una guerra con Rusia, permanecer uno frente a otro sin que ninguno de los bandos ataque», y a continuación se centró en las acciones de Alemania que podrían desencadenar una intervención del Reino Unido. En particular, advertía Grey, «resultaría muy difícil contener los sentimientos de los ingleses en caso de cualquier violación de la neutralidad de Bélgica por parte de uno de los dos [Francia o Alemania]». Lichnowsky respondió con una pregunta que le devolvía la pelota al ministro de Asuntos Exteriores: ¿estaba dispuesto Grey a garantizarle la neutralidad de Gran Bretaña si Alemania se comprometía a no invadir territorio belga? Curiosamente esa insinuación pilló desprevenido a Grey –se vio obligado a declarar que no podía dar tal garantía, ya que Inglaterra quería tener las manos libres. En otras palabras, daba la impresión de que Grey se estaba re-

tractando de su propuesta anterior. Al mismo tiempo reveló –tal vez sin querer– que había hecho aquella propuesta sin consultarlo previamente con los franceses. En su relato de aquella conversación un tanto inconcluyente, Lichnowsky informaba sencillamente que daba la impresión de que los británicos no estaban dispuestos a cerrar ningún compromiso que limitara su libertad de acción, pero que Grey había accedido a investigar la posibilidad de un impasse militar entre Francia y Alemania.[137] En Berlín, aquel despacho, que llegó a primera hora de la tarde, dio lugar a un desconcierto general, y no se envió respuesta alguna.

Sin embargo, mientras tanto, el telegrama del káiser al rey Jorge V, donde aceptaba cariñosamente la propuesta de neutralidad francesa que le hacía el Gobierno británico, había llegado a su destino, provocando consternación en Londres. Al parecer nadie estaba al corriente de los tejemanejes que Grey había urdido aquel día, y el secretario de Exteriores fue convocado urgentemente al palacio de Buckingham para dar explicaciones y redactar una respuesta. En torno a las 9 de la noche, Grey escribió el texto que pasó a ser la respuesta de Jorge V al telegrama del káiser Guillermo:

> Tiene que haber algún malentendido en torno a una sugerencia habida durante la cordial conversación que han mantenido esta tarde el príncipe Lichnowsky y Sir Edward Grey cuando debatían sobre cómo podría evitarse un enfrentamiento real entre los ejércitos alemán y francés mientras todavía haya posibilidades de acuerdo entre Austria y Rusia. Sir Edward Grey procederá a entrevistarse con el príncipe Lichnowsky mañana a primera hora para aclarar si se ha producido algún malentendido por su parte.[138]

Cualquier ambigüedad que pudiera subsistir se desvaneció con la llegada de un nuevo telegrama del príncipe Lichnowsky, que había recibido la «aceptación» de Jagow de la «propuesta» británica más o menos al mismo tiempo que el rey Jorge había recibido el eufórico telegrama de su primo. Con escueta claridad, Lichnowsky decía: «Dado que no hay ninguna propuesta

británica en absoluto, vuestro telegrama es inoperante. Por consiguiente no he tomado ulteriores medidas».[139]

Para entonces ya eran más de las 11 de la noche en Berlín. A Moltke, que se encontraba en el cuartel general del Estado Mayor, llorando de desesperación por la orden del káiser de detener el avance de la 16ª División, le esperaban noticias tranquilizadoras. Poco antes de la medianoche, Moltke recibió la orden de acudir de nuevo al palacio para oír lo que decía el último despacho. A su llegada, Guillermo le mostró al jefe del Estado Mayor otro telegrama que había recibido donde se esbozaba la postura (corregida) del Reino Unido, y le dijo: «Ahora ya puedes hacer lo que quieras».[140]

¿Qué se había propuesto Grey? Sus comunicaciones con Lichnowsky, Cambon y diversos colegas británicos a lo largo del 1 de agosto resultan tan difíciles de desentrañar que los intentos por darles algún sentido ha generado un subdebate en la literatura sobre los orígenes de la guerra. El 29 de julio, Grey le había advertido a Lichnowsky que el Reino Unido podría verse obligado a tomar una rápida decisión en caso de que Alemania y Francia se vieran arrastradas a la guerra –esa era la advertencia que dio lugar a las airadas anotaciones del káiser sobre los «granujas» y los «tenderos mezquinos».[141] Sin embargo, el 31 de julio Grey también había advertido a su embajador en París, Bertie, que no cabía esperar que los ciudadanos británicos apoyaran una intervención británica en una disputa tan alejada de los intereses propios del país.[142] Tal vez Grey le planteó de verdad a Lichnowsky la perspectiva de la neutralidad británica –lo que implicaría que en realidad no hubo malentendido alguno por parte de Lichnowsky acerca de sus intenciones básicas.[143] Conforme a esa interpretación, el «malentendido» consistiría en la forma en que Grey se escabulló del lío en que se había metido. O tal vez estaba intentando encajar su incertidumbre acerca de si el Gobierno británico iba a respaldar o no su política de

apoyo a Francia. Si el Gobierno no le apoyaba, la propuesta de neutralidad por lo menos le brindaría al Reino Unido una palanca con la que obtener distintas garantías de Alemania (por ejemplo, la promesa de que se abstendría de un ataque preventivo contra Francia).[144] O tal vez Grey no estaba interesado en absoluto en la neutralidad, pero se vio brevemente presionado por su aliado imperialista, el Lord canciller Haldane, para que encontrara una forma de evitar o posponer el inicio de las hostilidades entre Francia y Alemania para que diera tiempo a preparar e instruir mejor a la fuerza expedicionaria británica. Puede que también le obligara a pensárselo más detenidamente la creciente fragilidad de los mercados financieros internacionales durante la última semana de julio.[145]

Comoquiera que lo consideremos –y las discrepancias entre los historiadores son elocuentes de por sí– está claro que las ambigüedades de Grey rayaban en la contradicción manifiesta. Proponer la neutralidad del Reino Unido, incluso ante la posibilidad de una guerra continental que involucrara a Francia, habría significado un vuelco supino de las posturas que el secretario de Exteriores había adoptado previamente –tanto es así, que realmente resulta difícil creer que esa fuera su verdadera intención. Por otra parte, la propuesta de que Francia y Alemania mantuvieran un impasse militar se menciona inequívocamente en los documentos. En un telegrama que le envió a Bertie a las 17.25 del 1 de agosto, el propio Grey informaba de que le había planteado al embajador alemán la posibilidad de que «tras la movilización en la frontera occidental, los ejércitos francés y alemán se quedaran donde estaban, y que ninguno de los dos cruzara la frontera en tanto el otro no lo hiciera. No puedo decir que eso sea coherente con las obligaciones de Francia en virtud de su alianza».[146] Pero incluso esa sugerencia resultaba extravagante, ya que se basaba en la suposición de que Francia pudiera estar dispuesta a abandonar la alianza con Rusia, después de

que Poincaré y sus colegas hubieran hecho tantos esfuerzos por reforzarla a lo largo de los últimos años. En el mejor de los casos, eso sugiere una deficiente comprensión de las realidades de la situación política y militar más en general. En cualquier caso, Grey fue llamado enseguida al orden por Bertie, quien manifestó su frustración ante las especulaciones del ministro de Exteriores en una respuesta extraordinariamente impertinente:

> No soy capaz de concebir que, en el caso de que Rusia entrara en guerra con Austria y fuera atacada por Alemania, el hecho de que Francia se quedara al margen fuese coherente con sus obligaciones para con Rusia. Si Francia decidiera permanecer así, los alemanes atacarían primero a los rusos, y en caso de que les derrotaran, seguidamente se volverían contra Francia. ¿He de informarme sobre cuáles son exactamente las obligaciones de los franceses en virtud de la Alianza franco-rusa?[147]

Como sabemos, aquella curiosa opción política quedó en nada; el propio Grey la había descartado antes incluso de que la mordaz nota de Bertie llegara al escritorio del secretario de Exteriores. Una cosa sí sabemos con certeza: durante aquellos días, Grey estaba actuando bajo una presión extrema. Dormía muy poco. No tenía forma de saber si el Gobierno iba a apoyar o no su política a favor de una intervención, ni, en caso afirmativo, cuándo, y estaba siendo presionado en distintas direcciones por diferentes colegas suyos, incluidos los anti-intervencionistas de su propio Gobierno (que seguían controlando una mayoría en el Gabinete) y los pro-intervencionistas de la oposición conservadora.

Una fuente adicional de presión que podría contribuir a explicar las evasivas del 1 de agosto fue la orden de movilización de Rusia del 30 de julio. El 31 de julio por la noche, la embajada alemana comunicaba a Londres que, en respuesta a la orden de Rusia, Berlín había declarado el Estado de Peligro Inminente de Guerra, y anunciaba que si Rusia no revocaba de inmediato su orden de movilización general, Alemania se vería obligada a movilizar sus propias fuerzas, lo que a su vez «significaría la

guerra».[148] Aquella noticia hizo sonar las alarmas en Londres. A la 1.30 de la madrugada, el primer ministro, Herbert Asquith y el secretario particular de Grey, Sir William Tyrrell, acudieron a toda prisa en taxi al palacio de Buckingham para pedir que despertaran al rey a fin de que pudiera enviar un telegrama pidiéndole al zar que suspendiera la movilización de Rusia. Posteriormente Asquith describía la escena:

> El pobre rey fue levantado de la cama, y una de mis experiencias más extrañas (y, como ya sabes, he tenido unas cuantas) fue sentarme con él –el rey llevaba una bata marrón encima de su camisón, y con abundantes signos de que le habían despertado de un «sueño reparador»– mientras yo le leía el mensaje con la respuesta que proponíamos. Lo único que hizo fue sugerir que la hiciéramos más personal y directa –insertando las palabras «Mi querido Nicky»– ¡y añadiendo al final de la firma: «Georgie»![149]

La actividad diplomática se intensificó a partir del amanecer de aquel día.

Podríamos considerar las repercusiones de las noticias procedentes de San Petersburgo a la luz de lo que sabemos hoy en día acerca de la ambivalencia de la actitud del Foreign Office hacia Rusia durante los últimos meses previos al estallido de la crisis de julio. Como hemos visto, Grey y Tyrrell llevaban algún tiempo replanteándose la relación con Rusia. A la luz de la incesante presión de Rusia sobre Persia y sobre otros territorios periféricos del Impero Británico, se había hablado de la posibilidad de abandonar el Convenio anglo-ruso en pro de una política más abierta que no excluyera necesariamente algún tipo de acercamiento con Alemania. Esa posibilidad nunca llegó a convertirse en una política del Foreign Office, pero la noticia de que la movilización de Rusia acababa de desencadenar contramedidas por parte de Alemania como mínimo puso en primer plano la responsabilidad de Rusia en aquella crisis que iba en aumento. Los dirigentes británicos no tenían un interés ni una simpatía especiales por Serbia. Se trataba de una guerra que provenía del este, cuya chispa habían sido unos asuntos muy distantes de la

mentalidad oficial de Whitehall. ¿Acaso aquello provocó las dudas de Grey respecto al escenario de un conflicto con origen en los Balcanes?

El 29 de julio por la mañana, Grey le recordó a Cambon (para espanto de este) que Francia estaba dejándose «arrastrar a un conflicto que no es suyo, pero que, debido a su alianza, su honor y sus intereses la obligaban a involucrarse»; por el contrario, el Reino Unido estaba «libre de compromisos, y tendría que decidir lo que los intereses británicos exigían que hiciera el Gobierno». «Nuestra idea», añadía Grey, «siempre había sido evitar que nos arrastraran a una guerra por alguna cuestión de los Balcanes.»[150] Dos días después, tras recibirse la noticia de la declaración del EPIG en Berlín, Grey volvió sobre aquel mismo argumento, insistiendo, en contra de las alegaciones de Cambon, en que no había comparación posible entre la crisis actual y la de Agadir en 1911, cuando Gran Bretaña había acudido en apoyo de Francia, porque «en este caso Francia está siendo arrastrada a un conflicto que no es suyo».[151] Cuando Cambon manifestó su gran consternación ante aquella respuesta, y preguntó si Gran Bretaña estaría dispuesta a ayudar a Francia si Alemania iniciara un ataque contra ella, Grey expuso sus argumentos de una forma aún más significativa: «Las últimas noticias eran que Rusia había ordenado una movilización completa de su Armada y su Ejército. Eso, a mi juicio, precipitaría una crisis, y daría la impresión de que Rusia estaba obligando a Alemania a movilizarse».[152] Únicamente a la luz de esa perspectiva sobre los acontecimientos podría decirse que tendría sentido proponer un impasse entre Alemania y Francia, mientras que Rusia, abandonada por su aliado, se enfrentaría ella sola a Alemania y a Austria en el este. «Si Francia no era capaz de aprovecharse de esto [de la oferta]», le dijo Grey a Cambon el día 1 de agosto por la tarde, «es porque se ve obligada en virtud de una alianza de la que nosotros no formamos parte, y *cuyos términos desconoce-*

mos.»[153] Cuando Grey escribió aquellas palabras, estaba haciendo algo más que enfriar la temperatura por el procedimiento de dejar en suspenso su apoyo, o que ganar tiempo para los preparativos militares; estaba luchando contra el automatismo de una interpretación específica de la Triple Entente –una interpretación que en distintos momentos él mismo había compartido y expresado. Claramente a Grey le producía incomodidad, por lo menos en aquella coyuntura, que una remota disputa en el sureste de Europa pudiera aceptarse como el detonante de una guerra continental, a pesar de que ninguna de las tres potencias de la Entente fuera objeto de un ataque directo ni de una amenaza de ataque. En última instancia, Grey permaneció fiel a la línea «ententista» que había venido siguiendo desde 1912, pero aquellos momentos de cautela nos recuerdan un rasgo que venía a complicar la crisis de julio, esto es que las duras alternativas entre las opciones contrarias no solo dividían a los partidos y a los gobiernos, sino también la mente de los principales dirigentes.

LAS TRIBULACIONES DE PAUL CAMBON

Aquellos fueron los peores días de la vida de Paul Cambon. Desde el momento que se enteró de la nota de Austria a Belgrado, estaba convencido de la inminencia de una guerra europea. Aunque Cambon había criticado en alguna ocasión que Poincaré alentara los compromisos de Rusia en los Balcanes, en aquel momento estaba convencido de que la Alianza franco-rusa debía mantenerse firme frente a la amenaza de Austria contra Serbia. De hecho, Cambon partió de Londres el 25 de julio por la tarde a fin de informar al inexperto ministro de Asuntos Exteriores en funciones, Bienvenu-Martin; probablemente el ministro en funciones emitió a instancias de Cambon la firme respuesta al embajador alemán, que tanto le agradó a Poincaré cuando se enteró de ella el 28 de julio durante su travesía.[154]

Para Cambon, igual que para Guillermo, todo dependía del Reino Unido. «Si el Gobierno británico pone el pie en todo este asunto hoy mismo, es posible que se salve la paz», le dijo al periodista André Géraud el 24 de julio.[155] En una reunión con Grey el 28 de julio a primera hora, Cambon planteó el mismo argumento: «si en algún momento se diera por sentado que Gran Bretaña pretende mantenerse al margen de una guerra europea, la probabilidad de mantener la paz se vería gravemente amenazada».[156] Una vez más, se trataba del acto reflejo de desviar la responsabilidad y hacer recaer la carga de decidir entre la paz y la guerra sobre los hombros de otros. Conforme a esa interpretación, era el Reino Unido el que en aquel momento cargaba con la responsabilidad de mantener la paz por el procedimiento de añadir su inmenso poderío naval y comercial a la balanza en contra de Berlín, con lo que la disuadiría de apoyar a su aliado. Durante años, Cambon había estado diciéndoles a sus jefes políticos que podían confiar absolutamente en el apoyo británico.

Cambon se encontraba en una situación muy poco envidiable. Al fin y al cabo no se trataba, en sentido estricto, de una guerra defensiva, sino de una guerra en la que Francia había sido llamada a apoyar la intervención de Rusia en un conflicto en los Balcanes –una obligación por la que el propio Cambon había manifestado anteriormente su inquietud. El Gobierno francés había hecho todo lo posible a fin de paliar ese inconveniente por el método de evitar escrupulosamente cualquier tipo de medida agresiva contra Alemania: el 30 de julio por la mañana, el Consejo de Ministros celebrado en París acordó que las tropas de cobertura francesas tomaran posiciones a lo largo de una línea que iba desde la cordillera de los Vosgos hasta Luxemburgo, pero sin acercarse a menos de diez kilómetros de la frontera. La idea era evitar cualquier posibilidad de escaramuzas fronterizas con las patrullas alemanas, y convencer a Londres del carácter pacífico de la política de Francia. Se consideraba que el efecto

moral y el valor propagandístico de la zona de exclusión compensaba los riesgos militares. Se notificó inmediatamente a Londres la nueva política por medio de Cambon.[157] Pero resultaba innegable que el Reino Unido no era, como Grey señalaba una y otra vez, miembro de la alianza que supuestamente obligaba a Francia a intervenir, y tampoco había sido informado de los términos de dicha alianza. Ni Rusia ni Francia habían sido atacadas, ni estaban bajo la amenaza directa de un ataque. Daba igual que Cambon alegara ante Grey que Francia «estaba obligada a ayudar a Rusia en caso de que fuera atacada», pero por el momento no había ningún indicio de que ni Austria ni Alemania tuvieran intención de atacar a Rusia.[158] Y tampoco parecía muy probable que una declaración de sus intenciones de intervenir por parte del Reino Unido pudiera disuadir a las potencias centrales de una política en la que se habían embarcado sin consultar con Gran Bretaña.

Por debajo de aquella situación había una divergencia de puntos de vista profundamente arraigada en la historia de la Entente anglo-francesa. Cambon siempre había abrigado la esperanza de que el Reino Unido, igual que Francia, contemplara la Entente como un instrumento para contrarrestar y contener a Alemania. No era capaz de ver que para los dirigentes británicos, la Entente estaba al servicio de unos objetivos más complejos. Era, entre otras cosas, un medio para desviar la amenaza que suponía para los dispersos territorios del Imperio Británico la potencia mejor colocada para hacerle daño, es decir Rusia. Una probable razón del error de interpretación de Cambon era que había llegado a depender demasiado de las garantías y los consejos del subsecretario permanente, Sir Arthur Nicolson, que estaba apasionadamente encariñado con la relación con rusos y franceses, y estaba decidido a que ambas se consolidaran en una alianza en toda regla. Pero Nicolson, a pesar de ser un hombre influyente, no era el árbitro de las políticas en Londres,

y sus puntos de vista estaban cada vez menos de acuerdo con los del grupo de Grey, que cada vez desconfiaba más de Rusia y estaba cada vez más abierto a adoptar un rumbo más proalemán (o por lo menos, menos anti-alemán).[159] Se trata de un ejemplo típico de lo difícil que les resultaba incluso a los contemporáneos mejor informados adivinar las intenciones de los aliados y los enemigos.

Las divergencias en los puntos de vista geopolíticos se veían reforzados por la profunda antipatía del *establishment* político británico hacia cualquier forma de compromiso vinculante, una antipatía que se complementaba con una profunda hostilidad hacia Rusia, sobre todo entre los principales radicales liberales. Así pues, la Entente Cordiale llegó a representar dos cosas bastante distintas para los dos socios.[160] A lo largo de la vida de la alianza, el Foreign Office «procuró minimizar el alcance de la Entente, mientras que el Quai d'Orsay hacía todo lo posible para aprovecharlo al máximo».[161] Y todas aquellas disonancias se veían amplificadas por los dos individuos que encarnaban la Entente en Londres: Edward Grey y Paul Cambon, el primero cauto, evasivo y totalmente ajeno a Francia y Europa, el segundo hipertróficamente francés, y totalmente comprometido con la Entente, que era, y seguía siendo, el máximo logro no solo de su trayectoria política sino de su vida de patriota.

También Grey estaba funcionando bajo unas estrechas limitaciones. El 27 de julio no logró el apoyo del Gobierno a una intervención. Volvió a fracasar dos días después, cuando su petición de una promesa oficial de ayuda a Francia fue apoyada tan solo por cuatro de sus colegas (Asquith, Haldane, Churchill y Crewe). Fue durante el Consejo de Ministros en que el Gobierno rechazó el punto de vista según el cual, el estatus del Reino Unido como país firmante del tratado de neutralidad de Bélgica de 1839, le obligaba a oponerse a una infracción por parte de Alemania por medio de la fuerza militar. La obligación de hacer

cumplir el tratado no recaía específicamente en el Reino Unido, argumentaban los radicales, sino en todas las potencias firmantes. En caso de que surgiera la cuestión, el Gobierno decidió que la decisión sería «una cuestión de política, más que de obligación legal».[162] Tanto los franceses como los rusos insistían en que únicamente una clara declaración de solidaridad del Reino Unido con la Alianza anglo-francesa lograría persuadir a Alemania y a Austria de «envainar las espadas».[163] Y Grey estaba bajo la presión de sus propios colegas más cercanos –tanto Nicolson como Eyre Crowe estaban presionándole mucho a favor de una declaración de solidaridad con los Estados de la Entente. En un memorándum del 31 de julio, Crowe le proporcionaba munición a Grey para que la utilizara contra sus oponentes en el Gobierno. Puede que no hubiera una obligación moral con Francia, decía en su escrito, pero la obligación «moral» de Gran Bretaña para con su «amigo» del otro lado del Canal de la Mancha era ciertamente innegable:

> El argumento de que no existe un compromiso por escrito que nos vincule con Francia es estrictamente correcto. No hay una obligación contractual. Pero la Entente se ha creado, se ha reforzado, se ha puesto a prueba, y se ha alabado de una manera que justifica la convicción de que se estaba forjando un vínculo moral. Toda la política de la Entente carecería de sentido si no significara que en una disputa justa Inglaterra estará al lado de sus amigos. Se ha suscitado esa honorable expectativa. No podemos renegar de ella sin exponernos a que nuestro buen nombre sea objeto de graves críticas.[164]

Por el contrario, Nicolson se centraba en Bélgica y en la obligación del Reino Unido de defender su neutralidad. Pero las condiciones en las que anteriormente el grupo de Grey había decidido las políticas ya no estaban vigentes. El epicentro del proceso de toma de decisiones se había trasladado del Foreign Office al Gobierno, dejando al margen las distintas opiniones del grupo de asesores «ententistas» que rodeaba a Grey.

Tras un Consejo de Ministros celebrado el 1 de agosto por la mañana, Grey le explicó a un consternado Cambon que el Go-

bierno sencillamente se oponía a cualquier tipo de intervención. Cambon respondió enérgicamente que no iba a transmitir aquel mensaje a París; simplemente iba a afirmar que no se había llegado a ninguna decisión. Pero *sí que* había una decisión, contestó Grey. El Gobierno había decidido que los intereses británicos no estaban lo suficientemente involucrados como para justificar el envío de una fuerza expedicionaria al continente. Desesperado, el embajador francés cambió la base de su argumentación: le recordó a Grey que, en virtud de los términos del convenio naval de 1912, Francia había eliminado las defensas navales de sus puertos del norte, confiando a todos los efectos la seguridad de su costa septentrional a la Armada británica. Incluso en ausencia de una alianza oficial, argumentó Cambon, «¿acaso no tiene Gran Bretaña el deber moral de ayudarnos, de proporcionaros por lo menos la ayuda de su Armada, dado que por consejo vuestros hemos trasladado la nuestra a otro lugar?». Resulta un tanto extraordinario que hiciera falta que Cambon se lo recordara a Grey, pero el argumento dio en el blanco. El secretario de Exteriores reconoció que un ataque de Alemania contra la costa francesa y/o una violación de la neutralidad belga podría modificar la actitud de la opinión pública británica. Y lo que era más importante, Grey se comprometió a plantear la cuestión de las costas francesas durante el Consejo de Ministros del día siguiente. Cambon salió de aquella reunión pálido y al borde del llanto. Entró tambaleándose en la sala de los embajadores, contigua al despacho de Grey, donde Nicolson le llevó hasta un asiento, mientras decía entre dientes: «Van a dejarnos en la estacada. Van a dejarnos en la estacada».[165]

EL REINO UNIDO INTERVIENE

En realidad, la situación era mucho menos desesperada de lo que Cambon imaginaba. En la situación de crisis de los primeros días de agosto de 1914, los ánimos estaban caldeados. A Cambon, el miedo a que dejaran a su país en la estacada, y a

Grey, el temor a quedar fuera de juego antes del plazo que necesitaba para conseguir apoyo a su política, les provocó una proliferación y una polarización de sus declaraciones que podría llevarnos a malinterpretar las realidades subyacentes de la situación. El equilibrio de la iniciativa ya se estaba desplazando a intervalos imperceptibles a favor de una intervención del Reino Unido en el continente. El 29 de julio, el Gobierno había accedido a la petición formulada por Churchill, en calidad de ministro de Marina, de una movilización preventiva de la Flota. Y aquella tarde, Asquith consiguió transmitirle a Churchill, por medio de una «dura mirada» y de una «especie de gruñido», su consentimiento tácito a un despliegue de la flota a sus posiciones de combate. El 1 de agosto, sin solicitar la autorización del Gobierno (pero con la aprobación implícita del primer ministro), Churchill movilizó su Flota.

Al mismo tiempo, la oposición conservadora empezó a presionar en serio a favor de la intervención. La prensa *tory* ya había empezado a manifestarse abiertamente partidaria de la intervención. Mientras que el *Manchester Guardian*, el *Daily News* y el *Standard*, todos ellos portavoces liberales, se aferraban a una política de neutralidad, *The Times* encabezaba la prensa conservadora a la hora de exigir una posición de fuerza contra Austria y Alemania, y la participación en la inminente guerra continental. Y entre bastidores, el director de operaciones militares, Henry Wilson, un acérrimo partidario de la intervención, al que durante aquellos días se veía a menudo pulular entre la embajada francesa y el Foreign Office, alertó a los líderes conservadores de que existía el riesgo de que Gran Bretaña dejara a Francia en la estacada.

El 1 de agosto, poco después de la entrevista de Cambon con Grey, el diputado conservador George Lloyd le hizo una visita al embajador francés. Cambon todavía estaba fuera de sí: ¿qué había sido, se preguntaba, de los acuerdos anglo-franceses en ma-

teria de cooperación naval, o de las consultas entre Estados Mayores, que presuponían una política de seguridad interdependiente? ¿Y qué había sido de las numerosas garantías del apoyo del Reino Unido habidas a lo largo de los últimos años? «Todos nuestros planes se han dispuesto en común», exclamó el embajador. «Nuestros Estados Mayores se han consultado entre sí. Ustedes han visto todos nuestros planes y preparativos.»[166] Sobreponiéndose a su consternación, Cambon manejó con habilidad a su interlocutor. A todos los efectos, dijo, el Foreign Office había responsabilizado de su propia inacción a la oposición conservadora, al sugerir que no se podía confiar en los *tories* para que apoyaran cualquier iniciativa que pudiera desembocar en una guerra. Lloyd lo desmintió enérgicamente y salió de la reunión decidido a movilizar un grupo de presión conservador a favor de la intervención. Aquella noche tuvo lugar una reunión en casa de Austen Chamberlain, y a las diez de la mañana del día siguiente (2 de agosto) un nutrido grupo de destacados políticos conservadores, incluidos Lansdowne y Bonar Law, los líderes conservadores de ambas Cámaras del Parlamento, ya habían sido reclutados para la causa de una acción decidida. Se envió una carta a Asquith, donde se afirmaba que la oposición apoyaría una intervención, y se advertía que una decisión a favor de la neutralidad británica no solo dañaría el prestigio del país, sino que socavaría su seguridad.[167]

No obstante, la batalla crucial iba a librarse en el seno del Gobierno. Allí la opinión seguía estando firmemente del lado de la no intervención. La mayoría desconfiaba de la Entente con Francia, y era profundamente hostil al convenio con Rusia.[168] «Todo el mundo desea quedarse al margen», le contaba Asquith a Venetia Stanley el 31 de julio.[169] Por lo menos tres cuartas partes de sus miembros, como más tarde recordaba Churchill, estaban decididos a que el Reino Unido no se viera arrastrado a una «disputa europea» a menos que el propio país fuera atacado,

«cosa que parecía poco probable».[170] Y los anti-intervencionistas podían alegar, con cierta justicia, que gozaban del apoyo de los intereses bancarios y comerciales de Londres –el 31 de julio una delegación de financieros de la *City* visitó a Asquith para prevenirle en contra de permitir que Gran Bretaña se viera arrastrada a un conflicto europeo.

La reunión del Consejo de Ministros del 1 de agosto por la mañana trajo consigo una polarización y una clarificación de los puntos de vista. Morley y Stanley encabezaban el grupo anti-intervencionista, y pedían una declaración «ahora y de inmediato» en el sentido de que «*bajo ninguna circunstancia*» el Gobierno británico debía intervenir. Por el contrario, Churchill se mostraba «muy belicoso», y exigía una «movilización inmediata». Grey daba la sensación de estar dispuesto a dimitir si el Gobierno se comprometía con la neutralidad. Haldane se mostraba «difuso» y «nebuloso».[171] El Gobierno decidió en contra de un despliegue inmediato de la Fuerza Expedicionaria británica en el continente –una decisión a la que no se opusieron ni Grey ni los demás imperialistas liberales (aquella fue la decisión que sumió en la desesperación a Paul Cambon). John Morley estaba tan seguro de la no intervención que alardeaba delante de Churchill de la victoria del «partido de la paz», diciendo: «Al final, os hemos derrotado».[172]

Y sin embargo, al finalizar el día siguiente –el domingo 2 de agosto– el Gobierno británico había dado los pasos cruciales hacia la intervención. Durante la primera reunión del Consejo de Ministros de aquel día, desde las once de la mañana hasta las dos de la tarde, Grey fue autorizado a informar al embajador francés de que en caso de que la Armada alemana cruzara el Mar del Norte, o entrara en el Canal de la Mancha, ya fuera para interferir con el tráfico de mercancías de Francia o para atacar la costa francesa, la Armada británica desplegaría su plena protección. Walter Runciman, presidente del Consejo de Agri-

cultura y Pesca, posteriormente describió aquella reunión como «el Consejo de Ministros que decidió que la guerra con Alemania era inevitable».[173] En una segunda reunión, celebrada entre las 18.30 y las 20 horas, se acordó que una «violación sustancial» de la neutralidad de Bélgica «nos obligaría a tomar medidas».[174] Se daba por sentado que este último compromiso implicaría inevitablemente una intervención, ya que los alemanes le habían dejado bien claro al Gobierno británico que tenían la intención de avanzar sobre Francia a través de Bélgica. Al darse cuenta de que los partidarios de la intervención tenían los días contados, Burns anunció su dimisión al concluir la primera reunión; al final de la segunda, también el vizconde John Morley avisó de su inminente dimisión. El «partido de la paz» estaba desarbolado.

¿Cómo fue posible un vuelco tan espectacular? Para responder a esa pregunta cabe señalar, en primer lugar, la habilidad con la que el grupo intervencionista estableció los términos del debate. El ministro Herbert Samuel contribuyó a encuadrar la discusión redactando con anterioridad a las dos reuniones dos fórmulas que identificaban, en primer lugar, un bombardeo alemán de la costa francesa, y en segundo lugar, una «violación sustancial» de la neutralidad de Bélgica como potenciales factores desencadenantes de una respuesta armada del Reino Unido. Una parte del atractivo de esas dos propuestas residía en que habían sido diseñadas para garantizar que la «causa del fracaso» fuese «una acción de Alemania y no nuestra».[175] En la reunión del 2 de agosto por la mañana, Grey afirmaba con gran emoción que Gran Bretaña tenía la obligación moral de apoyar a Francia en el inminente conflicto, añadiendo que «Hemos dado pie a Francia para que confíe en nosotros, y a menos que la apoyemos en su sufrimiento, yo no puedo seguir al frente del Foreign Office…».[176] Y mientras que los pro-intervencionistas se congregaban en torno a Grey y al primer ministro, el «partido

de la paz» era incapaz de suscitar apoyos entre los distintos partidos o fuera del Parlamento, y no logró presentar un líder que pudiera plantar cara a los imperialistas y a sus aliados conservadores.

¿Cómo fueron de importantes los argumentos presentados por los imperialistas liberales? Teniendo en cuenta que la declaración de guerra del Reino Unido contra Alemania el 4 de agosto se produjo realmente a consecuencia de la invasión de Bélgica por parte de Alemania, y dado que la Entente se consolidó rápidamente como una alianza en toda regla, cuya historia posteriormente se reescribiría como un relato de la imperecedera amistad anglo-francesa, generalmente se ha dado por supuesto que los asuntos que arrastraron al Gobierno, al parlamento y al pueblo británico a la guerra fueron Bélgica y Francia. Ese punto de vista no es erróneo: resulta imposible negar su importancia, tanto a la hora de legitimar la política adoptada como de cimentar la *union sacrée* entre el Gobierno, el parlamento y la opinión popular, que fue un rasgo tan llamativo del Reino Unido los primeros tiempos de la guerra.[177] En un discurso, brillantemente medido, ante la Cámara de los Comunes, Grey integraba la Entente anglo-francesa en el emergente consenso a favor de la guerra. Los compromisos del Reino Unido con Francia, dijo, siempre se habían quedado a las puertas de «un acuerdo para cooperar en la guerra». Pero el simple hecho de la cooperación naval entre los dos países implicaba una obligación moral:

> Actualmente la Armada francesa está en el Mediterráneo, y las costas septentrionales y occidentales de Francia están absolutamente indefensas. Al estar la flota francesa concentrada en el Mediterráneo, la situación es muy distinta de la que había anteriormente, porque la amistad que ha ido creciendo entre los dos países les ha dado una sensación de seguridad en que no tenían nada que temer de nosotros. Las costas francesas están absolutamente indefensas. La Armada francesa está en el Mediterráneo, y durante los últimos años ha estado concentrada allí debido al sentimiento de confianza y amistad que ha existido entre los dos países.[178]

Y a ese cálculo moral Grey agregaba un argumento basado en el interés, al sugerir que en caso de que Francia retirara su flota del Mediterráneo oriental, Italia podría aprovechar la oportunidad para apartarse de su neutralidad, y era posible que posteriormente el Reino Unido se viera obligado a entrar en la refriega a fin de defender las rutas comerciales del Mediterráneo que eran «vitales para nuestro país». Se trató, a juicio de todo el mundo, del discurso más logrado de la carrera política de Grey: es imposible que quien lo lea hoy en día no se quede impresionado por la forma en que el ministro, en el estilo cautivadoramente vacilante y caballeroso que era su distintivo personal, reafirmaba las credenciales morales de la postura imperialista. Uno de los tributos más reveladores provino del liberal Christopher Addison, que anteriormente había estado en contra de la intervención: «[el discurso de Grey] ha convencido, creo, a toda la Cámara, con tal vez tres o cuatro excepciones, de que no teníamos más remedio que participar».[179] Y, una vez tomada la decisión, el país la secundó con una rapidez asombrosa, creando una *unión sacrée* británica que abarcaba a todo el mundo, desde los unionistas de todas las tendencias hasta el partido laborista, e incluso los nacionalistas irlandeses.[180] Así pues, la confianza de Cambon en el secretario de Asuntos Exteriores británico se vio recompensada. Había habido unos cuantos momentos dolorosos, por supuesto, pero el embajador francés había acertado a largo plazo, y a fin de cuentas aquel plazo fue de tan solo unos días.

A pesar de todo, el hecho de que ni Bélgica ni Francia hubieran sido razones de peso para el Gobierno durante los últimos días de julio sugiere que necesitamos matizar el argumento y distinguir entre los motivos para tomar las decisiones y los argumentos escogidos para publicitarlas y justificarlas. Puede que hubiera otros factores catalizadores en la transición de la neutralidad a la intervención, sobre todo entre los ministros indeci-

sos, cuyo apoyo era necesario para la aprobación de una resolución del Gobierno. En el seno de ese escenario más restringido, indudablemente las inquietudes políticas dentro de los partidos acerca de cómo iba a sobrevivir el Gobierno liberal a la dimisión de Grey y Asquith fueron cruciales. Teniendo en cuenta el apoyo de la oposición conservadora a la intervención (que a su vez en parte se alimentaba de las actitudes ante la Cuestión Irlandesa, donde se suponía que la intervención iba a exigir el aplazamiento indefinido del *Home Rule*), la caída del Gobierno liberal simplemente habría tenido como consecuencia la adopción levemente tardía de la política propugnada por Grey. Para los que no quedaron convencidos por las cuestiones de la neutralidad de Bélgica y de los acuerdos anglo-franceses de cooperación naval, aquel era un argumento de peso en contra de permitir que el debate sobre la intervención tumbara al Gobierno.[181]

Detrás de todos aquellos cálculos había una preocupación más profunda por la amenaza que suponía el inminente conflicto para la seguridad del Reino Unido. Desde aproximadamente el año 1900, la necesidad de desviar la amenaza de Rusia había sido un tema central de las políticas de Gran Bretaña. En 1902, el Reino Unido había utilizado la alianza anglo-japonesa para hacer de contrapeso a Rusia en el Extremo Oriente. La Entente anglo-francesa de 1904 había debilitado ulteriormente a Rusia, por lo menos como adversaria del Reino Unido, y el Convenio de 1907 con Rusia suponía –por lo menos en teoría– un medio de gestionar las tensiones a lo largo de la periferia del Imperio, que Gran Bretaña ya no podía permitirse el lujo de guarnecer de tropas eficazmente. En 1914, la amenaza rusa todavía no había desaparecido; de hecho, había vuelto a aflorar durante el año anterior al estallido de la guerra. En aquella época, la conducta sumamente prepotente y provocadora de los rusos en Persia y en Asia Central dio lugar a que algunos dirigentes de Londres pensaran que el Convenio anglo-ruso podría estar to-

cando a su fin, y a que otros políticos presionaran todavía más a favor de una alianza con San Petersburgo. Buchanan lo expresaba de la forma siguiente en abril de 1914 en una carta a Nicolson: «Rusia se está volviendo rápidamente tan poderosa que debemos conservar su amistad casi a toda costa. Si llega a convencerse de que no somos de fiar, y que como país amigo somos inútiles, puede que algún día llegue a algún trato con Alemania y reanude su libertad de acción contra Turquía y contra Persia».[182] O, en la formulación más explícita que hacía Nicolson en 1912:

> [...] sería mucho más perjudicial tener a una Francia y a una Rusia hostiles que a una Alemania hostil. [Alemania puede] darnos muchos quebraderos de cabeza, pero en realidad no puede amenazar a ninguno de nuestros intereses más importantes, mientras que, sobre todo Rusia, podría causarnos gravísimas dificultades, y de hecho suponer un peligro en Oriente Próximo y en nuestra frontera india, y sería muy inoportuno que tuviéramos que volver al estado de cosas que existía antes de 1904 y 1907.[183]

No obstante, el Reino Unido fue a la guerra en 1914 para pararle los pies a Alemania, no a Rusia. Ha habido cierta controversia entre los historiadores acerca de las respectivas repercusiones de lo que parecen ser dos paradigmas de seguridad bastante diferenciados: mientras que los estudios más antiguos (y algunos de los más recientes) subrayan la importancia del equilibrio de poder continental para la mentalidad y la política exterior del Reino Unido, las explicaciones revisionistas más recientes han globalizado el campo de visión, argumentando que la vulnerabilidad de Gran Bretaña como potencia mundial la obligaba a centrarse en Rusia como la principal amenaza. Es cierto que los argumentos continentalistas adquirieron mayor peso en la forma de pensar británica tras las crisis de 1905 y 1911.[184] Pero resulta engañoso exagerar la tensión entre ambos puntos de vista, que a menudo se combinan en los argumentos que ofrecen los dirigentes. Un ejemplo es el memorándum que adjuntaba Eyre Crowe el 25 de julio a un telegrama del embajador Bu-

chanan desde San Petersburgo. El punto de vista de Crowe era, y siempre lo había sido, el de un continentalista centrado en el equilibrio de poder y en la contención de Alemania. Sin embargo, también apelaba explícitamente a la seguridad del Imperio Británico:

> Si llegara la guerra, e Inglaterra se mantuviera al margen, tendría que ocurrir una de las dos cosas siguientes. (a) O bien que Alemania y Austria ganaran, aplastaran a Francia y humillaran a Rusia. ¿Cuál sería la posición de una Inglaterra sin amigos? (b) O bien que ganaran Francia y Rusia. Entonces, ¿cuál sería su actitud hacia Inglaterra? ¿Qué ocurriría con India y el Mediterráneo?[185]

En resumen, en 1914 los principales dirigentes británicos no se vieron obligados a escoger entre una opción continentalista y una opción imperialista. Daba igual si se identificaba a Rusia o a Alemania como la principal amenaza, porque el resultado era el mismo, dado que la intervención británica al lado de la Entente suponía un medio de apaciguar y amarrar a Rusia, *y al mismo tiempo* de oponerse y contener a Alemania. En las condiciones de 1914, las lógicas de la seguridad global y continental convergieron en la decisión británica de ayudar a las potencias de la Entente contra Alemania y Austria.

BÉLGICA

La política francesa combinaba una postura ofensiva en el teatro ruso con una postura defensiva en su propio teatro. En el caso de Alemania, los polos se invertían. La necesidad de combatir en dos frentes obligaba a los planificadores alemanes a buscar una victoria decisiva primero en un frente y después en el otro. Se concedía prioridad al ataque hacia el oeste, porque allí era donde los alemanes esperaban encontrar la resistencia más decidida y eficaz. Mientras tanto, en el frente oriental, se dejaba a una simple fuerza de contención para detener el avance de Rusia. El equilibrio entre los contingentes oriental y occidental había variado durante los últimos años previos a la guerra, ya que Moltke se esforzaba por afrontar la amenaza que su-

ponía la expansión militar y las mejoras en materia de infraestructuras de Rusia, pero la lógica subyacente del plan seguía siendo la misma: Alemania iba a atacar primero y con más fuerza en el oeste, y a destruir a su adversario occidental antes de darse media vuelta para enfrentarse a su enemigo del este. Desde 1905 los planificadores alemanes daban por sentado que un éxito militar en el oeste sólo sería posible si Alemania atacaba a Francia a través de Luxemburgo y Bélgica, ambos neutrales. El ataque discurriría por dos pasillos a ambos lados del bosque de las Ardenas, de los que uno pasaba por Luxemburgo, y el otro rozaba la lengua de territorio holandés conocida como el saliente de Maastricht para cruzar el sur de Bélgica. Un ataque concéntrico, amplio, de cinco brazos, podría sortear las plazas fuertes de los alrededores de Verdún, Nancy, Épinal y Belfort, lo que permitiría a los ejércitos alemanes amenazar a París desde el nordeste y con ello lograr una rápida resolución del conflicto en el oeste.

Moltke y sus subordinados del Estado Mayor contemplaban ese plan de despliegue como la pura expresión de una necesidad militar incontrovertible. No se habían ideado planes alternativos que habrían podido ofrecer opciones donde elegir a los líderes civiles. El único escenario alternativo de despliegue, el Plan de Campaña Oriental, que preveía una movilización exclusivamente contra Rusia, se había descartado en 1913. Curiosamente, a los líderes militares les preocupaban muy poco las repercusiones políticas que pudiera tener la violación de la neutralidad de Bélgica en la libertad de maniobra de Alemania durante la fase crucial de la crisis entre la paz y la guerra. Los historiadores han criticado con razón la rigidez de la planificación alemana, y ven en ella los frutos de un sistema político donde el Ejército perseguía sus propios sueños de «destrucción absoluta», ajeno al control o a la supervisión civil.[186] Pero detrás de aquella restricción de las opciones también había un cuidadoso razona-

miento: los acuerdos cada vez más interdependientes en el seno de la Alianza franco-rusa hacían prácticamente inconcebible una guerra en un solo frente –de ahí el abandono del Plan de Campaña Oriental. Y los militares alemanes (a diferencia de sus homólogos franceses, y de los líderes *civiles* alemanes) no concedían demasiada importancia a la cuestión de la intervención británica, una cuestión que la mayoría de los planificadores alemanes consideraban militarmente irrelevante –otro fallo de imaginación estratégica y política.

A medida que se aproximaba el momento de la movilización de Alemania, que tuvo lugar el 1 de agosto, los dirigentes de Berlín cometieron otros dos errores garrafales de dimensiones épicas. La ejecución del plan de despliegue occidental exigía una rápida e inmediata invasión de Bélgica. Demorar la intrusión era algo impensable, argumentaba Moltke, porque en caso de que Bélgica lograra completar sus medidas defensivas en Lieja, una ciudad fortificada, y sus alrededores, interrumpiría el avance alemán y supondría innumerables bajas. Aquella insistencia en una acción inmediata era políticamente problemática. En caso de que Alemania hubiera esperado hasta que sus fuerzas estuvieran efectivamente concentradas y dispuestas para el ataque antes de cruzar la frontera con Bélgica, los ejércitos belga y francés habrían tenido más tiempo para consolidar su cooperación defensiva. Por otra parte, habría resultado mucho más difícil (aunque probablemente no imposible) que Grey y sus colegas argumentaran a favor de una intervención. Los oponentes de Grey podrían haber señalado que Rusia y (por extensión) Francia, y no Alemania, eran las que estaban forzando la situación; los intervencionistas británicos se habrían visto privados de uno de sus argumentos más eficaces. Más tarde, al reconocer este hecho, el almirante Tirpitz, un experto naval que comprendía la importancia del papel del Reino Unido, planteaba airado la pregunta: «¿Por qué no esperamos?».[187]

La presentación de un ultimátum al Gobierno belga el 2 de agosto fue otro error catastrófico. Teniendo en cuenta que ya se había tomado la decisión de violar la neutralidad de Bélgica, y dada la urgente necesidad de actuar con rapidez, claramente habría sido preferible (desde el punto de vista de Alemania) sencillamente irrumpir en territorio belga y atravesar el país, pidiendo las disculpas pertinentes sobre la marcha, y afrontando más adelante la cuestión como un hecho consumado por medio de una indemnización. Eso era exactamente lo que el Gobierno británico esperaba que hicieran los alemanes. Y los ministros del Gabinete de Asquith –incluido Churchill– habían manifestado reiteradamente la idea de que el Reino Unido no debía considerar necesariamente un *casus belli* el *tránsito* de los alemanes a través de Bélgica, siempre y cuando se mantuvieran al sur de la línea de los ríos Sambre y Mosa, y por consiguiente lejos de la región estratégicamente sensible de Amberes y sus alrededores, y del estuario del Escalda.

Por otra parte, los líderes civiles alemanes no veían más alternativa que un ultimátum, ya que parecía la única forma posible de llegar a algún tipo de acuerdo con Bruselas y así conseguir que el Reino Unido no entrara en la guerra. El ultimátum, redactado por Moltke el 26 de julio, y posteriormente revisado por el Ministerio de Asuntos Exteriores en Berlín, se formuló para apelar a una evaluación razonada por parte de Bélgica del interés nacional a la luz del enorme desequilibrio de las fuerzas implicadas. El texto comenzaba afirmando que los alemanes consideraban inminente un ataque francés a través de territorio belga, y que el Gobierno alemán consideraría «profundamente lamentable que Bélgica viera como un acto de hostilidad contra ella el hecho de que las medidas tomadas por los adversarios de Alemania obligaran a esta, a entrar, en aras de su propia protección, en territorio belga». A continuación venían una serie de puntos: Alemania se comprometía a (punto 1) garantizar todo el

territorio y las posesiones de Bélgica, (punto 2) evacuar el territorio belga en cuanto concluyeran las hostilidades, y (punto 3) cubrir todos los costes y perjuicios ocasionados a Bélgica mediante una indemnización en metálico. Sin embargo, en caso de que Bélgica se opusiera a las tropas alemanas (punto 4), «Alemania se vería obligada, muy a su pesar, a considerar a Bélgica un país enemigo». Pero si se lograba evitar ese desenlace, los «lazos de amistad que unen a ambos estados vecinos se harían más fuertes y duraderos».[188]

Se hicieron dos reveladoras modificaciones de última hora en aquella nota. El plazo que se concedía a Bélgica para responder se redujo de veinticuatro a doce horas, a petición de Moltke, que estaba ansioso por ponerse en marcha lo antes posible. En segundo lugar, se eliminó del texto una cláusula que sugería que, en caso de que mantuvieran una «actitud amistosa», los belgas podrían esperar una compensación territorial «a expensas de Francia», porque el Ministerio de Exteriores se dio cuenta de repente de que esa cláusula podría enfurecer al Reino Unido aún más que la invasión prevista del territorio belga. El hecho de que en un primer momento Bethmann no fuera capaz de apreciarlo no arroja una luz demasiado favorecedora sobre su buen criterio político en el punto álgido de la crisis.[189]

Desde el momento en que el embajador alemán, Below Saleske, entregó la nota a Davignon, el ministro belga de Asuntos Exteriores, las cosas empezaron a ponerse espantosamente mal para los alemanes. Si Moltke se hubiera limitado a abrirse paso a través del sur de Bélgica, habría sido posible encuadrar la invasión en términos de conveniencia militar. Pero la nota obligaba al Gobierno belga a formular un punto de vista basado en los principios en previsión de la acción prevista. Esa tarea recayó en el rey de Bélgica, y en el presidente del Gobierno belga, el conde Charles de Broqueville. De Broqueville llevaba consigo una traducción al francés del texto cuando acudió a ver al rey a

palacio a las 8 de la tarde. No cabía ninguna duda sobre cómo iban a responder ambos mandatarios. El rey belga tenía fama de persona recta, y De Broqueville era un digno patriota belga a la antigua usanza. Ambos consideraron la nota como una afrenta al honor de Bélgica –¿qué otra cosa podían decir? Una hora después, a las 9 de la noche, el Consejo de Ministros debatió la cuestión del ultimátum alemán, y posteriormente lo hizo el Consejo de la Corona, en que a los ministros se les sumaban numerosos hombres ilustres de Estado con títulos ministeriales nominales. No hubo debate –estaba claro desde el primer momento que Bélgica iba a resistir. A lo largo de la noche, el Ministerio de Asuntos Exteriores redactó una respuesta de una dignidad y una claridad profundamente admirables, que culminaba con un altruista rechazo de la oferta de Alemania: «El Gobierno belga, en caso de aceptar la propuesta que se le ha presentado, estaría sacrificando el honor de la nación, y al mismo tiempo estaría traicionando sus obligaciones para con Europa».[190]

El 3 de agosto por la mañana se mostraron los textos del ultimátum y de la respuesta belga al embajador francés en Bruselas, *monsieur* Klobukowski, quien inmediatamente comunicó la noticia a la agencia Havas. Una tormenta informativa sacudió Bélgica y los países de la Entente, provocando indignación por doquier. En Bélgica hubo una explosión de emoción patriótica. En Bruselas y en otras ciudades importantes, las calles se llenaron de banderas nacionales; todos los partidos, desde los liberales anticlericales y los socialistas, hasta los católicos clericales, proclamaron su determinación de defender su patria y el honor nacional en contra del invasor.[191] En la Cámara de Diputados, donde el 5 de agosto el rey habló de la necesidad de unidad nacional en defensa de la patria y preguntó a los diputados allí reunidos: «¿Estáis decididos a conservar a toda costa el legado sagrado de nuestros antepasados?», hubo una apasionada ova-

ción desde todos los bandos.[192] Así pues, el ultimátum alemán resultó ser una «terrible metedura de pata psicológica».[193] Tuvo un gran eco en la propaganda de los tiempos de guerra, eclipsó las complejidades de los motivos de la guerra, y refrendó el esfuerzo de guerra de la Entente con una inquebrantable sensación de superioridad moral.

A muchos alemanes les chocó la decisión de los belgas de resistir a ultranza. «¡Oh, pobres idiotas!», exclamó un diplomático de la embajada alemana en Bruselas. «¡Oh, pobres idiotas! ¿Por que no se apartan del camino de la apisonadora? No queremos hacerles daño, pero si se interponen en nuestro camino los pulverizaremos contra el suelo. ¡Oh, pobres idiotas!»[194] Tal vez precisamente debido a que los alemanes se dieron cuenta de ello, volvieron a apelar a la razón de los belgas tan solo seis días después, el 8 de agosto. Mientras tanto, la fortaleza de Lieja, que era tan importante para Moltke, había sido tomada tras una enconada defensa, con un considerable coste en vidas humanas. En una nota que le entregaron a Brand Whitlock, el embajador estadounidense en Bruselas, el Gobierno de Berlín expresaba su pesar por los «sangrientos enfrentamientos en Lieja», y añadía:

> Ahora que el Ejército belga ha defendido el honor de sus armas con su heroica resistencia ante una fuerza muy superior, el Gobierno alemán ruega al rey de los belgas y al Gobierno belga que le ahorre a Bélgica los ulteriores horrores de la guerra. [...] Una vez más, Alemania garantiza solemnemente que no es su intención apropiarse de Bélgica, y que tal intención está muy alejada de sus pensamientos. Alemania sigue dispuesta a evacuar Bélgica en cuanto el estado de la guerra se lo permita.[195]

Aquella oferta también fue rechazada.

BOTAS

Con la secuencia de las movilizaciones generales, de los ultimátums y de las declaraciones de guerra, la historia que se había propuesto contar este libro toca a su fin. Durante su última reunión con Sazonov en San Petersburgo, el sábado 1 de agosto, el embajador Pourtalès masculló unas «palabras incomprensi-

bles», rompió a llorar, exclamó tartamudeando: «¡De modo que este es el resultado de mi misión!» y salió corriendo de la habitación.[196] Cuando el conde Lichnowsky fue a ver a Asquith el día 2, encontró al primer ministro «bastante destrozado», con lágrimas «corriendo por sus mejillas».[197] En Bruselas, los consejeros de la embajada alemana, a punto de marcharse, estaban sentados en el borde de sus sillones, en una sala con las persianas cerradas, rodeados de sus cajas de equipaje y sus archivadores embalados, enjugándose el sudor de la frente y fumando sin parar para dominar su nerviosismo.[198]

El tiempo de la diplomacia tocaba a su fin, había empezado el tiempo de los soldados y los marineros. Cuando el plenipotenciario militar bávaro en Berlín visitó al ministro alemán de la Guerra después de que se hubiera cursado la orden de movilización, encontró «por todas partes rostros radiantes, apretones de manos en los pasillos; la gente se felicita por haber superado el obstáculo».[199] El 30 de julio, en París, el coronel Ignatiev informaba de la «alegría no disimulada» de sus colegas franceses, «por tener la oportunidad de aprovechar, a juicio de los franceses, las circunstancias estratégicas favorables».[200] A Winston Churchill, ministro de Marina, le alegraba pensar en el conflicto que se avecinaba. «Todo tiende hacia la catástrofe y el colapso», le escribía a su esposa el 28 de julio. «Yo estoy interesado, preparado y contento.»[201] En San Petersburgo, un jovial Alexander Krivoshein le aseguraba a una delegación de diputados de la Duma que Alemania sería aplastada muy pronto, y que la guerra sería una «gran ayuda» para Rusia: «Créannos, caballeros, todo va a ir a las mil maravillas».[202]

Mansell Merry, párroco de la iglesia de San Miguel, en Oxford, había viajado a San Petersburgo a mediados de julio para oficiar como capellán durante los meses estivales en la iglesia inglesa de la ciudad. Cuando se anunció la orden de movilización, intentó huir en un barco de vapor hacia Estocolmo. Pero

su barco, el *Døbel*, tuvo que quedarse en tierra –se habían apagado los faros de toda la costa del Golfo de Finlandia, y los fuertes de Kronstadt habían recibido la orden de disparar de inmediato contra cualquier barco que intentara atravesar el campo minado. El 31 de julio, un día desapacible, gris y borrascoso en San Petersburgo, Merry se encontró confinado a bordo junto con los demás aspirantes a viajeros, viendo pasar las multitudes de soldados y reservistas de la Armada por el muelle Nicolaevskaya. Algunos marchaban al «son cantarín» de una banda de música, pero la mayoría «caminaba pesadamente, con el petate a la espalda o en la mano, en un hosco silencio, mientras las mujeres, muchas de ellas llorando como si su corazón fuera a romperse, se afanaban sin resuello por mantenerse a la altura de sus maridos, de sus hijos o de sus amantes a ambos lados, mientras ante nosotros iba desfilando una compañía tras otra».[203]

A altas horas de la madrugada entre el 1 y el 2 de agosto, el Boulevard du Palais, en el centro de París, se llenaba de ese mismo sonido de hombres marchando, encaminándose en largas columnas hacia el norte, hacia las estaciones del Este y del Norte. No había ni música ni cánticos ni vítores, tan solo el roce de las botas, el repiqueteo de los cascos de cientos de caballos, el rumor del motor de los camiones y el crujido de las llantas de metal sobre los adoquines, al paso de las piezas de artillería bajo las ventanas sin luz de los apartamentos, muchos de cuyos ocupantes debían de estar despiertos en sus camas o contemplando soñolientos desde sus ventanas el sombrío espectáculo.[204]

Las reacciones públicas a la noticia de la guerra dieron pie a la afirmación, a menudo proclamada por los gobernantes, de que los dirigentes se vieron obligados por la opinión popular a tomar aquella decisión. Desde luego, no hubo resistencia en contra de la llamada a filas. Casi por doquier, los hombres acudían de mejor o peor gana a sus puntos de reunión.[205] Detrás de

esa disposición a servir a la patria no había entusiasmo por la guerra en sí, sino un patriotismo defensivo, ya que la etiología de aquel conflicto era tan compleja y extraña que permitía que los soldados y los civiles de todos los estados beligerantes estuvieran seguros de que en su caso se trataba de una guerra defensiva, de que su país había sido atacado o provocado por un enemigo decidido, de que sus respectivos Gobiernos habían hecho todo lo posible por mantener la paz.[206] Mientras los grandes bloques de países aliados se preparaban para la guerra, la intrincada cadena de acontecimientos que había prendido la mecha de la conflagración se perdió rápidamente de vista. «Nadie parece recordar», apuntaba en su diario el 2 de agosto un diplomático estadounidense destinado en Bruselas, «que hace unos días Serbia estaba desempeñando un papel estelar en este asunto. Da la impresión de que ahora se ha esfumado entre bastidores».[207]

Hubo manifestaciones aisladas de entusiasmo chovinista por el conflicto que se avecinaba, pero eran la excepción. El mito de que los hombres de Europa daban saltos de alegría ante la oportunidad de derrotar a un enemigo aborrecido se ha disipado completamente.[208] En casi todas partes, y para la mayoría de la gente, la noticia de la movilización supuso un profundo shock, «un trueno procedente de un cielo despejado». Y cuanto más se alejaba uno de los centros urbanos, menos sentido parecía tener la noticia de la movilización para las personas que iban a luchar, a morir, a quedar mutiladas o a perder un ser querido en la guerra que se avecinaba. En los pueblos de la campiña rusa reinaba un «asombrado silencio», roto únicamente por el sonido de «hombres, mujeres y niños llorando».[209] En Vatilieu, una pequeña localidad de la región de Ródano-Alpes, al sureste de Francia, el toque a rebato de las campanas congregó a los trabajadores y los campesinos en la plaza del pueblo. Algunos, que habían acu-

dido corriendo desde los campos, todavía llevaban la horca en la mano.

> «¿Qué puede significar? ¿Qué va a pasar con nosotros?», preguntaban las mujeres. Las esposas, los hijos, los maridos, todos estaban desbordados por la emoción. Las esposas se aferraban a los brazos de sus maridos. Los hijos, viendo a sus madres llorando, también se ponían a llorar. A nuestro alrededor todo era alarma y consternación. Qué escena más perturbadora.[210]

Un viajero inglés recuerda la reacción que observó en el asentamiento cosaco de Altai (Semipalatinsk) cuando la «bandera azul» que enarbolaba un jinete y el sonido de las cornetas tocando la alarma trajeron la noticia de la movilización. El zar había hablado, y los cosacos, con su peculiar vocación y tradición militar, «ardían en deseos de combatir al enemigo». Pero, ¿quién *era* ese enemigo? Nadie lo sabía. El telegrama de movilización no aportaba detalles. Abundaban los rumores. Al principio todo el mundo imaginaba que la guerra debía de ser con China –«Rusia se había adentrado demasiado en Mongolia y China había declarado la guerra». Después circuló otro rumor: «Es con Inglaterra, con Inglaterra». Esa fue la idea que prevaleció durante un tiempo.

> Tan solo al cabo de cuatro días nos llegó algo parecido a la verdad, y entonces nadie se lo creyó.[211]

NT1 *The Troubles* (los problemas) en el original, expresión habitual en el Reino Unido e Irlanda para referirse a la violencia (N. de los T.).

NT2 La palabra inglesa *squiffy* significa «achispado» (N. de los T.).

NT3 Milicias de signo contrario que aspiraban, respectivamente, a impedir y a defender la implantación del *Home Rule* en Irlanda (N. de los T.).

Conclusión

«Nunca seré capaz de comprender cómo ocurrió», le comentaba la novelista Rebecca West a su marido, cuando ambos se asomaron al balcón del Ayuntamiento de Sarajevo en 1936. No era porque hubiera pocos datos disponibles, sino porque había demasiados, reflexionaba la escritora.[1] Una de las tesis centrales de este libro ha sido que la crisis de 1914 fue muy compleja. Parte de esa complejidad provenía de las conductas que todavía siguen formando parte de nuestra escena política. Los últimos capítulos de este libro fueron escritos en 2011 y 2012, durante el punto álgido de la crisis financiera de la eurozona, un acontecimiento contemporáneo de una complejidad desconcertante. Es digno de mención que los protagonistas de la crisis de la eurozona, al igual que los de 1914, eran conscientes de que existía un posible desenlace que habría resultado catastrófico para todos (el fracaso del euro). Todos los protagonistas principales esperaban que no ocurriera, pero además de ese interés compartido, también tenían intereses particulares –y antagónicos– propios. Teniendo en cuenta las interrelaciones que existen a lo largo y ancho del sistema, las consecuencias de una determinada acción dependían de las reacciones de los demás, que resultaban difíciles de calcular por anticipado, debido a la opacidad de los procesos de toma de decisiones. Y mientras tanto, los actores políticos de la eurozona aprovechaban la *posibilidad* de esa ca-

tástrofe general como palanca para asegurarse sus propias ventajas específicas.

En ese sentido, los hombres de 1914 son contemporáneos nuestros. Pero las diferencias son tan significativas como los elementos en común. Por lo menos, los ministros encargados de resolver la crisis de la eurozona estaban de acuerdo, en términos generales, en *cuál* era el problema –por el contrario, en 1914, una profunda quiebra de las perspectivas éticas y políticas socavaba el consenso y minaba la confianza. Las poderosas instituciones supranacionales que hoy en día aportan un marco para definir las tareas, mediar en los conflictos e identificar los remedios brillaban por su ausencia en 1914. Por añadidura, la complejidad de la crisis de 1914 no se debía a la difusión de los poderes y responsabilidades a lo largo y ancho de un único marco político-financiero, sino a las interacciones de fuego graneado entre centros de poder autónomos y fuertemente armados, que se enfrentaban a unas amenazas distintas y muy cambiantes, y que funcionaban bajo unas condiciones de alto riesgo y escasa confianza y transparencia.

Las huellas de Gavrilo Princip, Sarajevo (una foto de 1955). (Hulton Archive/Getty Images)

En la complejidad de los acontecimientos de 1914 desempeñaron un papel crucial los rápidos cambios en el sistema internacional: la repentina aparición de un Estado territorial albanés, la carrera armamentista entre Turquía y Rusia en el Mar Negro, o la reorientación de la política rusa, que se apartó de Sofía y se aproximó a Belgrado, por citar solo algunas. No se trataba de transiciones históricas a largo plazo, sino de realineamientos a corto plazo. Sus consecuencias se vieron amplificadas por la

precariedad de las relaciones de poder en el seno de los Gobiernos europeos: los esfuerzos de Grey para contener la amenaza de los radicales liberales, la frágil autoridad de Poincaré y su política de alianzas, o la campaña que libró Sukhomlinov contra Kokovtsov. Según las memorias inéditas de un miembro de los círculos políticos, tras la destitución de Vladimir Kokovtsov en enero de 1914, el zar Nicolás II ofreció su cargo en primera instancia al político profundamente conservador Piotr N. Durnovo, un hombre enérgico y decidido que se oponía categóricamente a cualquier tipo de enredo en los Balcanes. Pero Durnovo rechazó el cargo, y este acabó recayendo en Goremykin, cuya debilidad permitió que Krivoshein y el mando militar ejercieran una influencia desproporcionada en los Consejos de Ministros de julio de 1914.[2] Sería un error conceder demasiada importancia a ese detalle, pero sirve para llamar nuestra atención sobre el papel de los reajustes contingentes y a corto plazo a la hora de influir en las condiciones en que se desarrolló la crisis de 1914.

Ello, a su vez, hizo que el sistema fuera mucho más opaco e impredecible, lo que alimentó una actitud generalizada de desconfianza mutua, incluso dentro de las respectivas alianzas, un giro que fue peligroso para la paz. Los niveles de confianza entre los líderes rusos y británicos ya eran relativamente bajos en 1914, y seguían disminuyendo, pero ello no mermó la disposición del Foreign Office a aceptar una guerra europea en los términos que marcó Rusia; por el contrario, reafirmó los argumentos a favor de la intervención. Lo mismo puede decirse de la Alianza franco-rusa: las dudas acerca de su futuro tuvieron el efecto, en ambos bandos, de amplificar, en vez de silenciar, la disposición de arriesgarse a una guerra. Las fluctuaciones en las relaciones de poder en el seno de cada uno de los Gobiernos –combinadas con unas condiciones objetivas rápidamente cambiantes– produjeron a su vez las oscilaciones de las políticas y la ambigüedad de los mensajes que fueron un rasgo crucial du-

rante las crisis previas a la guerra. De hecho, no está claro que el término «política» resulte apropiado en el contexto del periodo anterior a 1914, teniendo en cuenta lo difuso y lo ambiguo de muchos de los compromisos que entraban en juego. Es cuestionable que Rusia o Alemania tuvieran una política respecto a los Balcanes en los años 1912-1914 –por el contrario, lo que se aprecia es una multiplicidad de iniciativas, escenarios y actitudes cuya tendencia general a veces resulta difícil discernir. En el seno de los Gobiernos de los respectivos Estados, la mutabilidad de las relaciones de poder también significaba que los encargados de formular las políticas lo hacían bajo una considerable presión interior, no tanto la que ejercía la prensa, la opinión pública, o los grupos de presión industriales o financieros, sino más bien la que ejercían sus adversarios dentro de sus propias élites y Gobiernos. Y también eso acentuó la sensación de urgencia que acució a los dirigentes durante el verano de 1914.

Es preciso hacer una distinción entre los factores objetivos que influían en los dirigentes y las historias que esos dirigentes se contaban a sí mismos, y unos a otros, acerca de lo que creían estar haciendo, y por qué lo hacían. Todos los protagonistas principales de nuestra historia filtraban el mundo a través de narraciones que habían sido construidas a partir de fragmentos de experiencia amalgamados con miedos, proyecciones e intereses disfrazados de máximas. En Austria, el relato sobre una nación de jóvenes bandoleros y regicidas que provocaban e incitaban constantemente a un paciente y anciano vecino entorpeció una evaluación serena de cómo gestionar las relaciones con Belgrado. En Serbia, las fantasías de victimismo y opresión por parte de un Imperio Austrohúngaro rapaz y todopoderoso hacían algo muy parecido en sentido contrario. En Alemania, una sombría visión de futuras invasiones y particiones envenenó la toma de decisiones durante el verano de 1914. Y la saga rusa sobre reiteradas humillaciones a manos de las potencias centrales

tuvo un impacto similar, que a un tiempo distorsionaba el pasado y clarificaba el presente. Pero lo más importante de todo fue la narración ampliamente difundida del declive históricamente necesario de Austria-Hungría, que, tras sustituir poco a poco a la anterior serie de supuestos sobre el papel de Austria como fulcro de la estabilidad en Europa central y oriental, desinhibió a los enemigos de Viena, socavando la idea de que Austria-Hungría, al igual que cualquier otra gran potencia, tenía unos intereses y el derecho a defenderlos con todas sus fuerzas.

Puede que parezca evidente que el escenario de los Balcanes fue esencial para el estallido de la guerra, teniendo en cuenta el lugar de los asesinatos que desencadenaron la crisis. Pero cabe destacar dos cuestiones en particular. La primera fue que las Guerras Balcánicas modificaron las relaciones entre las grandes potencias y las potencias menores en un sentido peligroso. A ojos de los líderes tanto de Austria como de Rusia, los esfuerzos por controlar los acontecimientos en la península de los Balcanes adquirieron un aspecto nuevo y más amenazador, sobre todo durante la crisis del invierno de 1912-1913. Una de sus consecuencias fue la balcanización de la Alianza Franco-rusa. Francia y Rusia, a ritmos distintos y por motivos diferentes, construyeron un detonante geopolítico a lo largo de la frontera entre Austria y Serbia. El escenario de un conflicto con origen en los Balcanes no fue ni una política ni un plan ni un complot que fue madurando constantemente a lo largo del tiempo, ni tampoco hubo una relación necesaria ni lineal entre las posturas adoptadas en 1912 y 1913 y el estallido de la guerra al año siguiente. No es que el escenario de un conflicto con origen en los Balcanes –que en realidad tuvo su origen en Serbia– fuera empujando a Europa hacia una guerra que realmente se produjo en 1914, sino más bien al contrario, el escenario aportó el marco conceptual en virtud del cual se interpretó la crisis, una vez que estalló. Y así fue como Rusia y Francia vincularon de una forma suma-

mente asimétrica el futuro de dos de las mayores potencias mundiales al incierto destino de un Estado turbulento y esporádicamente violento.

Para Austria-Hungría, cuya configuración de seguridad regional se había visto arruinada por las Guerras de los Balcanes, los asesinatos de Sarajevo no fueron un pretexto para llevar a cabo una política preconcebida de invasión y guerra. Fueron un acontecimiento transformador, cargado de una amenaza real y simbólica. Desde la perspectiva del siglo XXI es fácil afirmar que Viena debió resolver los problemas surgidos de los asesinatos mediante una sosegada negociación bilateral con Belgrado, pero en el escenario de 1914 esa no era una opción creíble. Ni, por cierto, tampoco lo era la desganada propuesta de Grey a favor de una «mediación de las cuatro potencias», que se basaba en una indiferencia partidista hacia las realidades de la política de poder de la situación de Austria-Hungría. No solo se daba la circunstancia de que las autoridades serbias eran en parte reacias y en parte incapaces de erradicar la actividad irredentista que, para empezar, había dado pie a los asesinatos; además ocurría que los amigos de Serbia no le concedían a Viena el derecho de incorporar en sus exigencias a Belgrado un medio de supervisar y hacer cumplir lo acordado. Rechazaban tales exigencias alegando que eran incompatibles con la soberanía de Serbia. En este punto hay semejanzas con el debate que tuvo lugar en el seno del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas en octubre de 2011 acerca de una propuesta –apoyada por los Estados de la OTAN– para imponer sanciones al régimen de Assad en Siria a fin de evitar ulteriores matanzas de los ciudadanos disidentes de aquel país. En contra de la propuesta, el representante de Rusia argumentó que la idea reflejaba un «enfoque impropiamente contencioso» que era típico de las potencias occidentales, mientras que el representante de China alegó que las sanciones no

eran pertinentes porque eran incompatibles con la «soberanía» de Siria.

¿Cómo incide todo esto en la cuestión de la culpabilidad? Al afirmar que Alemania y sus aliados eran moralmente responsables del estallido de la guerra, el Artículo 231 del Tratado de Paz de Versalles garantizaba que la cuestión de la culpabilidad siguiera estando en el centro del debate, o muy cerca de él, sobre los orígenes de la guerra. El juego de la culpa nunca ha perdido su atractivo. La formulación más influyente de esa tradición es la «tesis de Fischer» –sinónimo de toda una serie de argumentos elaborados durante la década de 1960 por Fritz Fischer, Imanuel Geiss y un nutrido grupo de colegas alemanes más jóvenes, que identificaron a Alemania como la potencia más culpable del estallido de la guerra. Según ese punto de vista (dejando a un lado las muchas variaciones que se dan en la escuela de Fischer), los alemanes no se tropezaron con la guerra, ni se vieron arrastrados poco a poco hacia ella. La *eligieron* –y lo que es peor, la planificaron por anticipado, con la esperanza de salir de su aislamiento europeo e intentar aspirar a la supremacía mundial. Los últimos estudios sobre la consiguiente polémica en torno a la tesis de Fischer han destacado los vínculos entre ese debate y el espinoso proceso por el que los intelectuales alemanes se reconciliaron con el contaminante legado moral de la época nazi, y los argumentos de Fischer han sido objeto de críticas en muchos de sus puntos.[3] A pesar de todo, una versión edulcorada de la tesis de Fischer sigue predominando en los estudios sobre el camino de Alemania hacia la guerra.

¿De verdad necesitamos argumentar contra un único Estado culpable o clasificar a los Estados en virtud de su parte de responsabilidad en el estallido de la guerra? En un estudio clásico de la literatura sobre los orígenes del conflicto, Paul Kennedy señalaba que resulta «endeble» eludir la búsqueda de un culpable por el procedimiento de culpar a todos los estados belige-

rantes, o a ninguno.[4] Un enfoque más firme, viene a decir Kennedy, no debería tener miedo de señalar un culpable. El problema de una explicación centrada en la culpa no es que uno puede acabar echándole la culpa al bando equivocado. Es más bien que las explicaciones estructuradas en torno a la culpa vienen con suposiciones incorporadas. Tienden, en primer lugar, a presuponer que en las interacciones conflictivas tiene que haber un protagonista que tenga razón en última instancia, y otro que esté equivocado. ¿Se equivocaban los serbios al aspirar a unificar la «nación serbia»? ¿Se equivocaron los austriacos al insistir en la independencia de Albania? ¿Alguna de esas dos aspiraciones era más errónea que la otra? La pregunta carece de sentido. Otro inconveniente de las narraciones acusatorias es que estrechan el campo de visión al centrarse en el temperamento político y en las iniciativas de un Estado en particular, en vez de en los procesos multilaterales de interacción. Además, existe el problema de que la búsqueda de culpables predispone al investigador a interpretar que los actos de los dirigentes son planeados y están movidos por una intención coherente. Es necesario demostrar que alguien deseaba la guerra y que además la provocó. En su forma más extrema, esa forma de proceder da lugar a narraciones conspirativas, donde un círculo de individuos poderosos, como los malos con chaqueta de terciopelo de las películas de James Bond, controla los acontecimientos entre bastidores de acuerdo con un maléfico plan. La satisfacción moral que proporciona ese tipo de narraciones resulta innegable, y por supuesto no es imposible desde un punto de vista lógico que la guerra se produjera de esa forma durante el verano de 1914, pero la idea que se expone en este libro es que ese tipo de argumentos no están avalados por la evidencia.

El estallido de la guerra en 1914 no es una obra de teatro de Agatha Christie, donde al final descubriremos al culpable, con una pistola humeante en la mano, de pie ante un cadáver en el

invernadero. En esta historia no hay ninguna pistola humeante; o, mejor dicho, hay una en la mano de todos y cada uno de los personajes principales. Visto bajo esa luz, el estallido de la guerra fue una tragedia, no un crimen.[5] Reconocerlo no significa que tengamos que restar importancia a la beligerancia y a la paranoia imperialista de los dirigentes austriacos y alemanes, que con razón llamaron la atención de Fritz Fischer y de sus aliados historiográficos. Pero los alemanes no eran los únicos imperialistas, y tampoco fueron los únicos que sucumbieron a la paranoia. La crisis que desencadenó la guerra en 1914 fue el fruto de una cultura política común. Pero también fue multipolar y genuinamente interactiva –y por ese motivo es el acontecimiento más complejo de la era moderna, y por consiguiente el debate sobre los orígenes de la Primera Guerra Mundial prosigue un siglo después de que Gavrilo Princip realizara aquellos dos disparos en la calle Francisco José.

Una cosa está clara: ninguno de los trofeos por los que compitieron los políticos de 1914 valía lo que supuso el cataclismo que vino a continuación. ¿Comprendían los protagonistas lo mucho que había en juego? Antiguamente se pensaba que los europeos suscribían la quimérica creencia de que el siguiente conflicto continental iba a ser una guerra breve, súbita, entre príncipes, al estilo del siglo XVIII; que los hombres iban a estar «en casa antes de Navidad», como solía decirse. Más recientemente se ha cuestionado la difusión de aquella «ilusión de una guerra breve».[6] El Plan Schlieffen de Alemania se basaba en un ataque masivo y rápido como el rayo contra Francia, pero incluso en el seno del Estado Mayor de Schlieffen había voces que advertían de que la siguiente guerra no iba a traer consigo victorias rápidas sino más bien «un avance tedioso, sangriento y lento, paso a paso».[7] Helmuth von Moltke esperaba que una guerra europea, en caso de que estallara, se resolviera rápidamente, pero también reconocía que podía prolongarse durante

años, provocando una ruina inconmensurable. Herbert Asquith, el primer ministro británico, escribía durante la cuarta semana de julio de 1914 que se avecinaba un «Armagedón». Los generales rusos y franceses hablaban de una «guerra de exterminio» y de la «extinción de la civilización».

Lo sabían, pero ¿de verdad lo sentían? Esa es tal vez una de las diferencias entre los años previos a 1914 y los años posteriores a 1945. Durante los años cincuenta y sesenta, los dirigentes y el público en general comprendían por igual, y de una forma visceral, el significado de una guerra nuclear –las imágenes de los hongos atómicos sobre Hiroshima y Nagasaki formaban parte de las pesadillas de los ciudadanos corrientes. A consecuencia de ello, la mayor carrera armamentista de la historia de la humanidad nunca culminó en una guerra nuclear entre las superpotencias. Antes de 1914 las cosas eran distintas. Da la impresión de que, en el fuero interno de muchos estadistas, la esperanza de una guerra breve y el temor a una guerra larga se anulaban mutuamente, por así decirlo, y mantenían a raya una apreciación más completa de los riesgos. En marzo de 1913, un periodista de *Le Figaro* informaba de una serie de conferencias recientemente pronunciadas en París por las principales luminarias de la medicina militar de Francia. Entre los oradores estaba el profesor Jacques-Ambroise Monprofit, que acababa de regresar de una misión especial en los hospitales militares de Grecia y de Serbia, donde había ayudado a establecer unos mejores estándares de cirugía militar. Monprofit observaba que «las heridas provocadas por los cañones franceses [que se habían vendido a los Estados balcánicos antes del estallido de la Primera Guerra de los Balcanes] no solo eran las más numerosas, sino también espantosamente graves, con huesos aplastados, tejidos lacerados, y pechos y cráneos despedazados». El sufrimiento resultante era tan terrible que un prominente experto en cirugía militar, el profesor Antoine Depage, proponía un embargo in-

ternacional al futuro uso en combate de ese tipo de armamento. «Comprendemos la generosidad de su motivación», comentaba el periodista, «pero si, como parece probable, algún día nos vemos superados en número en el campo de batalla, lo mejor es que nuestros enemigos sepan que disponemos de ese tipo de armas para defendernos, unas armas a las que habrá que temer…» El artículo concluía con la declaración de que Francia debería felicitarse tanto por la terrible fuerza de sus armas como por poseer «una organización médica que con toda confianza podemos calificar de maravillosa».[8] Podemos encontrar ese tipo de reflexiones insustanciales dondequiera que miremos en la Europa de antes de la guerra. En ese sentido, los protagonistas de 1914 eran como sonámbulos, vigilantes pero ciegos, angustiados por los sueños, pero inconscientes ante la realidad del horror que estaban a punto de traer al mundo.

Notas

ABREVIATURAS

AMAE – Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, París

AN – Archivos Nacionales, París

AS – Arkhiv Srbije, Belgrado

AVPRI – Arkhiv Vneshnei Politiki Rossiiskoi Imperii (Archivo de Política Exterior del Imperio Ruso), Moscú

BD – G. P. Gooch y H. Temperley (eds.), *British Documents on the Origins of the War: 1898-1914* (11 vols., Londres, 1926-1938)

BNF – Biblioteca Nacional de Francia, París

DD – Karl Kautsky, conde Max Montgelas y Walter Schücking (eds.), *Deutsche Dokumente zum Kriegsausbruch* (4 vols., Berlín, 1919)

DDF – Comisión de publicación de documentos relativos a los orígenes de la guerra de 1914 (ed.), *Documents diplomatiques français relatifs aux origines de la guerre de 1914* (41 vols., París, 1929-1959)

DSP – Vladimir Dedijer y Života Anić (eds.), *Dokumenti o Spoljnoj Politici Kraljevine Srbije* (7 vols., Belgrado, 1980)

GARF – Gosudarstvennyi Arkhiv Rossiiskoi Federatsii (Archivos Estatales de la Federación Rusa), Moscú

GP – Johannes Lepsius, Albrecht Mendelssohn-Bartholdy y Friedrich Wilhelm Thimme (eds.), *Grosse Politik der europäischen Kabinette, 1871–1914* (40 vols., Berlín 1922-1927)

HHStA – Haus-Hof-und Staatsarchiv, Viena

HSA – Hauptstaatsarchiv, Stuttgart

IBZI – Kommission beim Zentralexekutivkomitee der Sowjetregierung under dem Vorsitz von M. N. Pokrowski (ed.), *Die internationalen Beziehungen im Zeitalter des Imperialismus. Dokumente aus den Archiven der zarischen und der provisorischen Regierung*, trad. Otto Hoetzsch (9 vols., Berlín, 1931-1939)

KA – Krasnyi Arkhiv

MAEB AD – Ministerio de Asuntos Exteriores de Bélgica – Archivos Diplomáticos, Bruselas

MAE – Ministerio de Asuntos Exteriores británico

MID-PO – Ministerstvo Inostrannikh Del – Politicko Odelenje (Ministerio Serbio de Asuntos Exteriores, Departamento Político)

NA – Nationaal Archief, La Haya

NMM – Museo Nacional Marítimo, Greenwich

ÖUAP – Ludwig Bittner y Hans Uebersberger (eds.), *Österreichs-Ungarns Aussenpolitik von der bosnischen Krise bis zum Kriegsausbruch 1914*

PA-AA – Das Politische Archiv des Auswärtigen Amtes, Berlín

PA-AP – Papeles de Agentes – Archivos Privados

RGIA – Rossiiskii Gosudarstvennyi Istoricheskii Arkhiv (Archivo Histórico del Estado Ruso), San Petersburgo

RGVIA – Rossiiskii Gosudarstvennyi Voenno-istoricheskii Arkhiv (Archivo de Historia Militar del Estado Ruso), Moscú

TNA – The National Archives (Archivos Nacionales), Kew

INTRODUCCIÓN

1. Citado en David Fromkin, *Europe's Last Summer. Who Started the Great War in 1914?* (Nueva York, 2004), p. 6.

2. El Ministerio de Asuntos Exteriores alemán financiaba las actividades del Arbeitsauschuss Deutscher Verbände dedicado a coordinar la campaña contra la culpabilidad de la guerra y apoyaba extraoficialmente un Zentralstelle zur Erforschung der Kriegsursachen atendida por eruditos; véase Ulrich Heinemann, *Die verdrängte Niederlage: politische Öffentlichkeit und Kriegsschuldfrage in der Weimarer Republik* (Gotinga, 1983), esp. pp. 95-117; Sacha Zala, *Geschichte unter der Schere politischer Zensur. Amtliche Aktensammlung im internationalen Vergleich* (Múnich, 2001), esp. pp. 57-77; Imanuel Geiss, «Die manipulierte Kriegsschuldfrage. Deutsche Reichspolitik in der Julikrise 1914 und deutsche Kriegsziele im Spiegel des Schuldreferats des Auswärtigen Amtes, 1919-1931», *Militäreschichtliche Mitteilungen*, 34 (1983), pp. 31-60.

3. Barthou a Martin, carta del 3 de mayo de 1934, citada en Keith Hamilton, «The Historical Diplomacy of the Third Republic», en Keith M. Wilson (ed.), *Forging the Collective Memory. Government and International Historians through Two World Wars* (Providence, Oxford, 1996), pp. 29-62, aquí p. 45; sobre la crítica francesa a la edición alemana, véase por ejemplo, E. Bourgeois, «Les archives d'État et l'enquête sur les origines de la guerre mondiale. À propos de la publication allemande: Die grosse Politik d. europ. Kabinette et de sa traduction française», *Revue historique*, 155 (mayo-agosto de 1927), pp. 39-56. Bourgeois acusaba a los editores alemanes de estructurar

la edición de un modo que ocultaba las omisiones tácticas del registro documental; una respuesta del editor alemán se encuentra en Friedrich Thimme, «Französische Kritiken zur deutschen Aktenpublikation», *Europäische Gespräche*, 8/9 (1927), pp. 461-479.

4. Ulfried Burz, «Austria and the Great War. Official Publications in the 1920s and 1930s», en Wilson, *Forging the Collective Memory*, pp. 178-191, aquí p. 186.

5. J.-B. Duroselle, *La grande guerre des Français, 1914–1918: L'incompréhensible* (París, 1994), pp. 23-33; J. F. V. Keiger, *Raymond Poincaré* (Cambridge, 1997), pp. 194-195.

6. Keith M. Wilson, «The Imbalance in British Documents on the Origins of the War, 1898-1914. Gooch, Temperley and the India Office», en id. (ed.), *Forging the Collective Memory*, pp. 230-264, aquí p. 231; véase también en el mismo volumen «Introduction. Governments, Historians and "Historical Engineering"» de Wilson, pp. 1-28, esp. pp. 12-13.

7. Bernhard Schwertfeger, *Der Weltkrieg der Dokumente. Zehn Jahre Kriegsschuldforschung und ihr Ergebnis* (Berlín, 1929). Este problema se trata de un modo más general en Zala, *Geschichte unter der Schere*, esp. pp. 31-36, 47-91, 327-338.

8. Theobald von Bethmann Hollweg, *Betrachtungen zum Weltkriege* (2 vols., Berlín, 1919), esp. vol. 1, pp. 113-184; Sergei Dmitrievich Sazonov, *Les Années fatales* (París, 1927); Raymond Poincaré, *Au service de la France – neuf années de souvenirs* (10 vols., París, 1926-1933), esp. vol. 4, *L'Union sacrée*, pp. 163-431. Para un análisis más detallado, pero no necesariamente más revelador, de la crisis por parte del expresidente véanse las declaraciones que figuran en René Gerin, *Les responsabilités de la guerre: quatorze questions, par René Gerin … quatorze réponses, par Raymond Poincaré* (París, 1930).

9. Vizconde Edward Grey de Fallodon, *Twenty-Five Years*, 1892-1916 (Londres, 1925).

10. Bernadotte Everly Schmitt, *Interviewing the Authors of the War* (Chicago, 1930).

11. Ibid., p. 11.

12. Luigi Albertini, *The Origins of the War of 1914*, trad. Isabella M. Massey (3 vols., Oxford, 1953), vol. 2, p. 40; Magrini trabajaba a petición del historiador italiano Luigi Albertini.

13. Derek Spring, «The Unfinished Collection. Russian Documents on the Origins of the First World War», en Wilson (ed.), *Forging the Collective Memory*, pp. 63-86.

14. John W. Langdon, *July 1914: The Long Debate, 1918–1990* (Oxford, 1991), p. 51.

15. Carecería de sentido ofrecer aquí una muestra de la literatura. Para encontrar discusiones útiles sobre el debate y su historia, véanse John A. Moses, *The Politics of Illusion: The Fischer Controversy in German Historiography* (Londres 1975); Annika Mombauer, *The Origins of the First World War: Controversies and Consensus* (Londres,

2002); W. Jäger, *Historische Forschung und politische Kultur in Deutschland. Die Debatte um den Ausbruch des Ersten Weltkriegs 1914–1980* (Gotinga, 1984); Langdon, *The Long Debate*; id., «Emerging from Fischer's Shadow: Recent Examinations of the Crisis of July 1914», *The History Teacher*, vol. 20, nº 1 (nov. 1986), pp. 63-86; James Joll, «The 1914 Debate Continues: Fritz Fischer and His Critics», *Past & Present*, 34/1 (1966), pp. 100-113, y la respuesta en P. H. S. Hatton, «Britain and Germany in 1914: The July Crisis and War Aims», *Past & Present*, 36/1 (1967), pp. 138-143; Konrad H. Jarausch, «Revising German History. Bethmann Hollweg Revisited», *Central European History*, 21/3 (1988), pp. 224-243; Samuel R. Williamson y Ernest R. May, «An Identity of Opinion. Historians and July 1914», *Journal of Modern History*, 79/2 (junio de 2007), pp. 335-387; Jay Winter y Antoine Prost, *The Great War in History. Debates and Controversies, 1914 to the Present* (Cambridge, 2005).

16. Sobre el «ornamentalismo», véase David Cannadine, *Ornamentalism. How the British Saw Their Empire* (Londres, 2002); véase Barbara Tuchman, *Proud Tower. A Portrait of the World before the War, 1890–1914* (Londres, 1966) [*La torre del orgullo: una semblanza del mundo antes de la Primera Guerra Mundial*, Barcelona, Península, 2007] y *August 1914* (Londres, 1962) para un ejemplo magnífico de lo distante que resultaba el enfoque desde la perspectiva del «mundo-que-fue» frente al mundo anterior a 1914.

17. Richard F. Hamilton y Holger Herwig, *Decisions for War 1914–1917* (Cambridge, 2004), p. 46.

18. Svetoslav Budinov, *Balkanskite Voini (1912–1913). Istoricheski predstavi v sistemata na nauchno-obrezovatelnata komunikatsia* (Sofía, 2005), p. 55.

19. Véase esp. Holger Afflerbach, «The Topos of Improbable War in Europe before 1914», en id. y David Stevenson (eds.), *An Improbable War? The Outbreak of World War I and European Political Culture before 1914* (Oxford, 2007), pp. 161-182, así como la introducción de los editores al mismo volumen, pp. 1-17.

CAPÍTULO 1

1. Sir George Bonham al marqués de Lansdowne, telegrama (copia), Belgrado, 12 de junio de 1903, TNA, FO 105/157, fo. 43.

2. Durante las semanas siguientes a los asesinatos circularon por Belgrado crónicas contradictorias del regicidio, ya que varias personas trataban de ocultar los detalles más incriminatorios o de minimizar o magnificar su propio papel en el complot. Para los primeros comunicados de prensa, detallados y bien informados sobre los sucesos del 10 y 11 de junio véase *Neue Freie Presse*, 12 de junio, pp. 1-3, y 13 de junio de 1903, pp. 1-2; las crónicas del embajador británico son especialmente esclarecedoras acerca de la constante acumulación de hechos en medio de rumores; estos pueden consultarse en TNA, FO 105/157, «Servia. Coup d'Etat. Extirpation of the Obrenovitch dynasty & Election of King Peter Karageorgević. Suspension of diplomatic relations with Ser-

via June 1903»; también Wayne S. Vucinich, *Serbia Between East and West. The Events of 1903–1906* (Stanford, 1954), pp. 55-59; para crónicas solventes en la literatura secundaria, véanse Slobodan Jovanović, *Vlada Aleksandra Obrenovica* (3 vols., Belgrado, 1934-1936), vol. 3, pp. 359-362; Dragisa Vasić, *Devetsto treća (majski prevrat) prilozi za istoriju Srbije od 8. jula 1900. do 17. januara 1907* (Belgrado, 1925), pp. 75-112; Rebecca West, *Black Lamb and Grey Falcon. A Journey through Yugoslavia* (Londres, 1955), pp. 11-12, 560-564 [*Cordero negro, halcón gris: un viaje al interior de Yugoslavia*, Barcelona, Ediciones B, 2001].

3. David MacKenzie, *Apis: The Congenial Conspirator. The Life of Colonel Dragutin T. Dimitrejević* (Boulder, 1989), p. 26; Alex N. Dragnich, *Serbia, Nikola Pašić and Yugoslavia* (New Brunswick, 1974), p. 44.

4. MacKenzie, *Apis*, p. 29.

5. Véanse, por ejemplo, los pasajes del diario de Vukasin Petrović donde describe una conversación con Alexandar Obrenović transcrita en Vladan Georgevitch, *Das Ende der Obrenovitch. Beiträge zur Geschichte Serbiens 1897–1900* (Leipzig, 1905), pp. 559-588.

6. Vucinich, *Serbia between East and West*, p. 9.

7. Ibid., p. 10.

8. Branislav Vranesević, «Die Aussenpolitischen Beziehungen zwischen Serbien und der Habsburgermonarchie», en Adam Wandruszka y Peter Urbanitsch (eds.), *Die Habsburgermonarchie 1848–1918* (10 vols., Viena, 1973-2006), vol. 6/2, pp. 319-386, aquí pp. 36-37.

9. Véase *The Times*, 7 de abril, p. 3, número 37048, col. B; 23 de abril, nº 37062, col. A.

10. Vucinich, *Serbia between East and West*, p. 21; Gale Stokes, «The Social Role of the Serbian Army before World War I: A Synthesis», en Stephen Fischer-Galati y Béla K. Király (eds.), *War and Society in Central Europe, 1740–1920* (Boulder, 1987), pp. 105-117.

11. Sobre el «carisma para los grupúsculos», véase Roger Eatwell, «The Concept Charismatic Leadership», *Totalitarian Movements and Political Religions*, 7/2 (2006), pp. 141-156, aquí pp. 144, 153, 154; id., «Hacia un nuevo modelo de liderazgo carismático de derecha», en Miguel Ángel Simón Gómez (ed.), *La extrema derecha en Europa desde 1945 a nuestros días* (Madrid, 2007), pp. 19-38.

12. Ambos comentarios se citan en MacKenzie, *Apis*, p. 50.

13. Vucinich, *Serbia between East and West*, p. 47.

14. MacKenzie, *Apis*, p. 35; Vucinich, *Serbia between East and West*, p. 51; Vladimir Dedijer, *The Road to Sarajevo* (Londres, 1967), p. 85.

15. *The Times*, 27 de abril, p. 6, nº 37065, col. B.

16. Jovanović, *Vlada Aleksandra Obrenovica*, vol. 3, p. 359.

17. Sir G. Bonham al marqués de Lansdowne, telegrama descifrado, Belgrado, 19.45, 11 de junio de 1903, TNA, FO 105/157, fo. 11.

18. Bonham al marqués de Lansdowne, telegrama (copia), Belgrado, 12 de junio de 1903, TNA, FO 105/157, fo. 43.

19. Sir F. Plunkett al marqués de Lansdowne, Viena, 12 de junio de 1903, ibid., fo. 44.

20. Véase la proclamación de Pedro del 25 de junio (calendario juliano) en Djurdje Jelenić, *Nova Srbija I Jugoslavija. Istorija nacionalnog oslobodjenja i ujedinjenja Srba, Hrvata I Slovenaca, od Kočine krajine do vidovdanskog ustava (1788–1921)* (Belgrado, 1923), p. 225.

21. Para los relatos que describen el golpe de 1903 como el umbral de una edad de oro serbia véanse M. Popović, *Borba za parlamentarni režim u Srbiji* (Belgrado, 1938), esp. pp. 85-108, 110-111; Z. Mitrović, *Srpske politicke stranke* (Belgrado, 1939), esp. pp. 95-114; Alex N. Dragnich, *The Development of Parliamentary Government in Serbia* (Boulder, 1978), pp. 95-98; id., *Serbia, Nikola Pašić and Yugoslavia.*

22. Comentarios de M. Kalievć, referidos en Bonham al marqués de Lansdowne, 21 de junio de 1903, TNA, FO 105/157, fos. 309-311, aquí fo. 310; véase también Vucinich, *Serbia between East and West*, pp. 70-71.

23. Wilfred Thesiger al marqués de Lansdowne, Belgrado, 15 de noviembre de 1905, TNA, FO 105/158, fos. 247-252, aquí fo. 250. (Thesiger era el padre del famoso explorador y escritor.)

24. Thesiger al marqués de Lansdowne, Belgrado, 5 de diciembre de 1905, ibid., fos. 253-255, aquí fos. 254-255; Dragnich, *Serbia, Nikola Pašić and Yugoslavia,* pp. 73-74.

25. MacKenzie, *Apis*, p. 56.

26. Conde Mérey von Kapos-Mére a Aehrenthal, 27 de noviembre de 1903, citado en F. R. Bridge, *From Sadowa to Sarajevo. The Foreign Policy of Austria-Hungary, 1866–1914* (Londres, 1972), p. 263; la valoración de Mérey viene corroborada en Kosztowits (cónsul de los Países Bajos en Belgrado) a Melvil van Lijnden, Belgrado, 4 de septiembre de 1903, NA, 2.05.36, doc. 10, «Rapporten aan en briefwisseling met het Ministerie van Buitenlandse Zaken».

27. David MacKenzie, «Officer Conspirators and Nationalism in Serbia, 1901–1914», en S. Fischer-Galati y B. K. Kiraly (eds.), *Essays on War and Society in East Central Europe, 1720–1920* (Boulder, 1987), pp. 117-150, aquí p. 125; D. Djordjević, «The Role of the Military in the Balkans in the Nineteenth Century», en R. Melville y H.-J. Schroeder (eds.), *Der Berliner Kongress von 1878* (Wiesbaden, 1982), pp. 317-347, esp. pp. 343-345.

28. D. T. Bataković, «Nikola Pašić, les radicaux et la "Main Noire"», *Balcanica*, 37 (2006), pp. 143-169, aquí p. 154; para un relato de la «contraconspiración de Niš» véase Vasić, *Devetsto treća*, pp. 131-184.

29. Para un perspicaz análisis de la personalidad de Pašić, véase Djordje Stanković, *Nikola Pašić. Prilozi za biografiju* (Belgrado, 2006), 2ª parte, cap. 8, p. 322.

30. Slobodan Jovanović, «Nicholas Pašić: After Ten Years», *Slavonic and East European Review*, 15 (1937), pp. 368-376, aquí p. 369.

31. Para la rusofilia de Pašić, que era más pragmática que ideológica, véanse Čedomir Popov, «Nova Osvetljenja Rusko-Srpskih odnosa» (reseña de Latinka Petrović y Andrej Šemjakin (eds.), *Nikola Pašić. Pisma članci i govori* (Belgrado, 1995)), en *Zbornik Matice Srpske za Slavistiku*, 48-49 (1995), pp. 278-283, aquí p. 278; Vasa Kazimirović, *Nikola Pašić i njegovo doba 1845–1926* (Belgrado, 1990), pp. 54-55, 63. Para un relato que hace hincapié en la dimensión ideológica de la rusofilia de Pašić, véase Andrej Šemjakin, *Ideologia Nikole Pašića. Formiranje i evolucija (1868–1891)* (Moscú, 1998); sobre la misión a San Petersburgo, véase MacKenzie, *Apis*, p. 27.

32. Nikac Djukanov, *Bajade: anegdote o Nikoli Pašiću* (Belgrado, 1996), p. 35.

33. Stanković, *Nikola Pašić*, pp. 315-316.

34. Bataković, «Nikola Pašić», pp. 150-151; Dragnich, *Serbia, Nikola Pašić and Yugoslavia*, pp. 3, 6, 7, 27-28; MacKenzie, *Apis*, pp. 26-28.

35. Bataković, «Nikola Pašić», p. 151; Dragnich, *Serbia, Nikola Pašić and Yugoslavia*, p. 76; MacKenzie, *Apis*, p. 57; Constantin Dumba, *Memoirs of a Diplomat*, trad. Ian F.D. Morrow (Londres, 1933), pp. 141-143.

36. Vucinich, *Serbia between East and West*, p. 102.

37. Para el texto de *Načertanije*, véase Dragoslav Stranjaković, «Kako postalo Garašaninovo "Načertanije"», en *Spomenik Srpske Kraljevske Akademije*, VCI (1939), pp. 64-115, aquí p. 75, citado en Wolf Dietrich Behschnitt, *Nationalismus bei Serben und Kroaten 1830–1914* (Múnich, 1980), p. 55.

38. Citado en Behschnitt, *Nationalismus*, p. 57; véase también Horst Haselsteiner, «Nationale Expansionsvorstellungen bei Serben und Kroaten im 19. Jahrhundert», *Österreichische Osthefte*, 39 (1997), pp. 245-254, aquí pp. 247-248.

39. Para el texto de *Srbi svi i svuda*, véase Vuk Stefanović Karadžić, *Kovčežic za istoriju, jezik, običaje Srba sva tri zakona* [Un tesoro de historia, lengua y costumbres populares de los serbios de las tres confesiones] (Viena, 1849), pp. 1-27, aquí pp. 1, 7, 19, 22; sobre la desconcertante negativa de los croatas a adoptar el apelativo «serbio», pp. 2-3; Haselsteiner, «Nationale Expansionsvorstellungen», pp. 246-247.

40. Karadžić, *Kovčežic*, pp. 2-3; Haselsteiner, «Nationale Expansionsvorstellungen», p. 248.

41. Stranjaković, «Kako postalo Garašaninovo "Načertanije"», p. 84, citado en Behschnitt, *Nationalismus*, p. 56; Haselsteiner, «Nationale Expansionsvorstellungen», p. 249.

42. David MacKenzie, «Serbia as Piedmont and the Yugoslav Idea, 1804–1914», *East European Quarterly*, 28 (1994), pp. 153-182, aquí p. 160.

43. Leopold von Ranke, *The History of Servia and the Servian Revolution*, trad. Alexander Kerr (Londres, 1853), p. 52.

44. Tim Judah, *The Serbs. History, Myth and the Destruction of Yugoslavia* (2ª ed., New Haven, 2000), pp. 29-47.

45. Arthur J. Evans, *Through Bosnia and the Herzegovina on Foot during the Insurrection, August and September, 1875* (Londres, 1877), p. 139.

46. Barbara Jelavich, «Serbia in 1897: A Report of Sir Charles Eliot», *Journal of Central European Affairs*, 18 (1958), pp. 183-189, aquí p. 185.

47. Dedijer, *Road to Sarajevo*, pp. 250-260.

48. Se desconocen las cifras exactas de población de la «Vieja Serbia» (que incluye Kosovo, Metohija, Sandzak y Bujanovac); véase Behschnitt, *Nationalismus*, p. 39

49. Véase Justin McCarthy, *Death and Exile. The Ethnic Cleansing of Ottoman Muslims, 1821–1922* (Princeton, 1996), pp. 161-164 y passim.

50. Para una excelente perspectiva general (con mapa), véase Andrew Rossos, *Macedonia and the Macedonians. A History* (Stanford, 2008), p. 4.

51. John Shea, «Macedonia in History: Myths and Constants», *Österreichische Osthefte*, 40 (1998), pp. 147-168; Loring M. Danforth, «Competing Claims to Macedonian Identity: The Macedonian Question and the Breakup of Yugoslavia», *Anthropology Today*, 9/4 (1993), pp. 3-10; Rossos, *Macedonia*, p. 5.

52. Jelavich, «Serbia in 1897», p. 187.

53. Carnegie Foundation Endowment for International Peace, *Enquête dans les Balkans: rapport présenté aux directeurs de la Dotation par les membres de la commission d'enquête* (París, 1914), pp. 448, 449.

54. Citado en Djordje Stanković, *Nikola Pašić, saveznivi i stvaranje Jugoslavije* (Zajecar, 1995), p. 29; sobre la creencia de Pašić en la unidad esencial de serbios, croatas y eslovenos, véase también id., *Nikola Pašić. Prilozi za biografiju*, esp. el primer capítulo.

55. Citado en David MacKenzie, *Ilja Garašanin: Balkan Bismarck* (Boulder, 1985), p. 99.

56. Vucinich, *Serbia between East and West*, p. 122.

57. Kosztowits a Melvil de Lijnden, Belgrado, 25 de agosto de 1903, NA, 2.05.36, doc. 10, «Rapporten aan en briefwisseling met het Ministerie van Buitenlandse Zaken».

58. MacKenzie, «Officer Conspirators», pp. 128-129; Vucinich, *Serbia between East and West*, pp. 158-159.

59. Haselsteiner, «Nationale Expansionsvorstellungen», p. 249.

60. Citado en Vucinich, *Serbia between East and West*, pp. 172, 174.

61. Bridge, *From Sadowa to Sarajevo*, pp. 122-123.

62. Kazimirović, *Nikola Pašić*, p. 607.

63. Sobre las cuesiones de comercio y armamento, véase Jovan Jovanović, *Borba za Narodno Ujedinjenje, 1903–1908* (Belgrado, [1938]), pp. 108-116.

64. Kosztowits a W. M. de Weede, Belgrado, 24 de mayo de 1905, NA, 2.05.36, doc. 10, «Rapporten aan en briefwisseling met het Ministerie van Buitenlandse Zaken».

65. M. B. Hayne, *The French Foreign Office and the Origins of the First World War 1898–1914* (Oxford, 1993), pp. 52, 150.

66. Herbert Feis, *Europe, the World's Banker 1870–1914. An Account of European Foreign Investment and the Connection of World Finance with Diplomacy before the War* (New Haven, 1930), p. 264.

67. Čedomir Antić, «Crisis and Armament. Economic Relations between Great Britain and Serbia 1910–1912», *Balcanica*, 36 (2006), pp. 151-161.

68. J. B. Whitehead, «General Report on the Kingdom of Servia for the Year 1906», en David Stevenson (ed.), *British Documents on Foreign Affairs. Reports and Papers from the Foreign Office Confidential Print*, Part 1, *From the Mid-Nineteenth Century to the First World War*, Serie F, *Europe, 1848–1914*, vol. 16, *Montenegro, Romania, Servia 1885–1914*, doc. 43, pp. 205-220, aquí p. 210.

69. Michael Palairet, *The Balkan Economies c. 1800–1914. Evolution without Development* (Cambridge, 1997), p. 28.

70. Ibid., pp. 86-87.

71. Holm Sundhaussen, *Historische Statistik Serbiens. Mit europäischen Vergleichsdaten, 1834–1914* (Múnich, 1989), pp. 26-28.

72. Palairet, *Balkan Economies*, p. 23.

73. Ibid., pp. 112, 113, 168; John R. Lampe, «Varieties of Unsuccessful Industrialisation. The Balkan States Before 1914», *Journal of Economic History*, 35 (1975), pp. 56-85, aquí p. 59.

74. Palairet, *Balkan Economies*, p. 331.

75. Martin Mayer, «Grundschulen in Serbien während des 19. Jahrhunderts. Elementarbildung in einer "Nachzüglergesellschaft"», en Norbert Reiter y Holm Sundhaussen (eds.), *Allgemeinbildung als Modernisierungsfaktor. Zur Geschichte der Elementarbildung in Südosteuropa von der Aufklärung bis zum Zweiten Weltkrieg* (Berlín, 1994), pp. 77-102, aquí pp. 87, 88, 91, 92.

76. Andrei Simić, *The Peasant Urbanites. A Study of Rural-Urban Mobility in Serbia* (Nueva York, 1973), pp. 28-59, 148-151.

77. Véanse las reflexiones de Mira Crouch sobre el Belgrado de entreguerras en «Jews, Other Jews and "Others": Some Marginal Considerations Concerning the Limits of Tolerance», en John Milfull (ed.), *Why Germany? National Socialist Anti-Semitism and the European Context* (Providence, 1993), pp. 121-138, aquí p. 125.

78. Whitehead, «General Report… 1908», pp. 312-334, aquí p. 314.

79. Citado en Violeta Manojlović, «Defense of National Interest and Sovereignty: Serbian Government Policy in the Bosnian Crisis, 1906–1909», tesis de máster, Universidad Simon Fraser, 1997, p. 58.

80. Citado ibid., pp. 68-69.

81. Ibid., p. 3.

82. Paul Miliukov, *Political Memoirs 1905–1917*, trad. Carl Goldberg (Ann Arbor, 1967), p. 182.

83. Whitehead, «General Report… 1908», pp. 314-315.

84. Jovan Cvijić, *The Annexation of Bosnia and Herzegovina and the Serb Problem* (Londres, 1909), p. 14; sobre su infuencia en Pašić, véase Vladimir Stojancević, «Pašićevi pogledi na resavanje pitanja Stare Srbije i Makedonije do 1912. godine», en Vasilije Krestic, *Nikola Pašić. Zivot i delo. Zbornik radova za Naucnog Skupa u Srpskoj Akademiji Nauka i Utmetnosti* (Belgrado, 1997), pp. 284-301, aquí p. 285.

85. Príncipe Lazarovich-Hrebelianovich, *The Servian People. Their Past Glory and Destiny* (Nueva York, 1910), p. 142.

86. Behschnitt, *Nationalismus*, p. 108.

87. MacKenzie, «Officer Conspirators», pp. 130-131; id., *Apis*, p. 63.

88. Citado en Milorad Radusinović, «Antanta i aneksiona kriza», *Istorija 20. Veka*, 9 (1991), pp. 7-22, aquí p. 9.

89. Aleksandar Pavlović, *Liudi i dogadaji, ideje i ideali* (Belgrado, 2002), pp. 30-38. Pavlović era un político socialdemócrata y miembro de la élite intelectual de Belgrado – esta edición de su diario, cuya existencia era desconocida por el público, fue publicada por sus hijas en 2002.

90. Citado en Manojlović, «Defense of National Interest and Sovereignty», p. 78.

91. Radusinović, «Antanta i aneksiona kriza», p. 18

92. Citado en Milan St. Protić, *Radikali u Srbjii: Ideje i Pokret* (Belgrado, 1990), p. 246.

93. Manojlović, «Defense of National Interest and Sovereignty», p. 109.

94. Milovije Buha, «*Mlada Bosna*» – *Sarajevski atentat. Zavod za udžbenike i nastavna sredstva* (Sarajevo, 2006), p. 171.

95. Behschnitt, *Nationalismus*, p. 117.

96. Para los detalles de la fundación de Ujedinjenje ili smrt!, véanse MacKenzie, «Serbia as Piedmont», pp. 153-182; id., *Apis*, pp. 64-68; Dragoslav Ljubibratic, *Mlada Bosna i Sarajevski atentat* (Sarajevo, 1964), pp. 35-37; Behschnitt, *Nationalismus*, pp. 115-117.

97. Buha, «*Mlada Bosna*», p. 170.

98. *Pijemont*, 12 de noviembre de 1911, citado en Bataković, «Nikola Pašić», pp. 143-169, aquí p. 158; el vínculo con el protofascismo también se establece en Vladimir Dedijer y Branko Pavičević, «Dokazi za jednu tezu», *Novi Misao* (Belgrado), junio de 1953.

99. Citado en Joachim Remak, *Sarajevo. The Story of a Political Murder* (Londres, 1959), p. 46; sobre la autoría y participación de Jovanović, véase David MacKenzie, «Ljuba Jovanović-Čupa and the Search for Yugoslav Unity», *International History Review*, 1/1 (1979), pp. 36-54.

100. Dedijer, *Road to Sarajevo*, p. 379.

101. Remak, *Sarajevo*, p. 49.

102. Citado en MacKenzie, *Apis*, p. 71.

103. Vojislav Vučković, *Unutrašnje krize Srbije i Prvi Svetski Rat* (Belgrado, 1966), p. 179.

104. Bataković, «Nikola Pašić», p. 160.

105. MacKenzie, *Apis*, p. 73.

106. Ugron a Aehrenthal, Belgrado, 12 de noviembre de 1911, HHStA Viena, PA Serbien XIX 62, nº 94a.

107. Buha, «*Mlada Bosna*», pp. 143, 175.

108. Véase, por ejemplo, *Politika*, Belgrado, 18 de agosto de 1910, que aclama a Žerajić como un «noble vástago de [su] raza», cuyo nombre «hoy día se menciona entre el pueblo como algo sagrado». Da la impresión que el artículo se publicó para conmemorar el cumpleaños del rey Pedro Karadjordjević; aunque se cita en el «Libro Rojo» austriaco, aquí está tomado de la dirección de Internet http://209.85.135.104/search?q=cache:oYxuZRIgw9YJ:www.geocities.com/veldes1/varesanin.html+%22bogdan+zerajic%22=en&ct=clnk&cd=4&gl=uk&ie=UTF-8.

109. Remak, *Sarajevo*, pp. 36-37.

110. Dedijer, *Road to Sarajevo*, p. 236; Jean-Jacques Becker, «L'ombre du nationalisme serbe», *Vingtième Siècle*, 69 (2001), pp. 7-29, aquí p. 13.

111. Paget a Grey, Belgrado, 6 de junio de 1913, TNA, FO 371/1748.

112. Crackanthorpe a Grey, Belgrado, 7 de septiembre de 1913, ibid., fos. 74-76.

113. Fundación Carnegie, *Enquête dans les Balkans*, p. 144; Katrin Boeckh, *Von den Balkankriegen zum Ersten Weltkrieg. Kleinstaatenpolitik und ethnische Selbstbestim-*

mung auf dem Balkan (Múnich, 1996), pp. 125-126.

114. Boeckh, *Von den Balkankriegen*, p. 164.

115. Peckham a Crackanthorpe, Üsküb, 23 de octubre de 1913; Crackanthorpe a Grey, Belgrado, 17 de noviembre, TNA, FO 371/1748, fos. 147-148, 158.

116. Greig a Crackanthorpe, Monastir, 25 de noviembre de 1913, ibid., fo. 309.

117. Greig a Crackanthorpe, Monastir, 30 de noviembre de 1913, ibid., fos. 341-350, aquí fo. 341.

118. Greig a Crackanthorpe, Monastir, 16 de diciembre de 1913, ibid., fo. 364.

119. Greig a Crackanthorpe, Monastir, 24 de diciembre de 1913, TNA, FO 371/2098, fos. 11-15, aquí fos. 13-14.

120. Nota al margen de «RGV» (Robert Gilbert Vansittart) en la Circular del Foreign Office, 9 de diciembre de 1913, TNA, FO 371/1748, fo. 327.

121. Véanse los comentarios de Pašić, con fecha 3 de abril de 1914, adjuntos a Djordjević al MAE DE Belgrado, Constantinopla, 1 de abril de 1914, en *DSP* (7 vols., Belgrado, 1980), vol. 7/1, doc. 444, p. 586.

122. La ayuda fue denegada aduciendo que el miembro ruso del equipo, Paul Miliukov, era un «enemigo de Serbia» porque había hablado ante la Duma en apoyo de la autonomía de Macedonia; véase Boeckh, *Von den Balkankriegen*, p. 172.

123. Remak, *Sarajevo*, p. 57.

124. Buha, «*Mlada Bosna*», pp. 173-174.

125. Sobre el efecto radicalizador de las guerras en el ejército serbio: Descos a Doumergue, Belgrado, 7 de mayo de 1914, *DDF*, 3ª serie, vol. 10, doc. 207, pp. 333-335.

126. No está claro si Apis pretendía llevar a cabo un golpe de este tipo, y sigue siendo objeto de debate, véase MacKenzie, *Apis*, pp. 119-120; sobre los vínculos entre la Mano Negra y la oposición parlamentaria, véase Vučković, *Unutrašnje krize*, p. 187.

127. Dedijer, *Road to Sarajevo*, p. 389.

128. En 1917, Apis afirmó durante su juicio en Salónica que había confiado la organización de todos los detalles del asesinato al agente Rade Malobabić. Sobre la controversia de si participó todo el Ujedinjenje ili smrt! en su conjunto, o solo una camarilla de oficiales y agentes del entorno de Apis, véanse David MacKenzie, *The «Black Hand» on Trial: Salonika, 1917* (Boulder, 1995), pp. 45, 261-262; Fritz Würthle, *Die Sarajewoer Gerichtsakten* (Viena, 1975), Miloš Bogičević, *Le Procès de Salonique, Juin 1917* (París, 1927), pp. 36, 63; MacKenzie, *Apis*, pp. 258-259.

129. Bogičević, *Procès de Salonique*, pp. 78-80, 127.

130. Luigi Albertini, *The Origins of the War of 1914*, trad. Isabella M. Massey (3 vols., Oxford, 1953), vol. 2, p. 73; MacKenzie, *Apis*, p. 128.

131. Sesión del 12 de octubre de 1914, transcrito en Albert Mousset, *Un drame historique: l'attentat de Sarajevo* (París, 1930), p. 131.

132. Albertini, *Origins*, vol. 2, pp. 86-88.

133. J. Kohler (ed.), *Der Prozess gegen die Attentäter von Sarajevo. Nach dem amtlichen Stenogramm der Gerichtsverhandlung aktenmässig dargestellt* (Berlín, 1918), p. 44.

134. Remak, *Sarajevo*, p. 63.

135. Kohler, *Der Prozess*, p. 4.

136. Ibid., p. 23.

137. Sobre la polémica cuestión de la situación económica de Bosnia respecto a Serbia, véanse Evelyn Kolm, *Die Ambitionen Österreich-Ungarns im Zeitalter des Hochimperialismus* (Frankfurt, 2001), pp. 235-240; Robert J. Donia, *Islam under the Double Eagle. The Muslims of Bosnia and Herzegovina, 1878–1914* (Nueva York, 1981), p. 8; Peter F. Sugar, *The Industrialization of Bosnia-Herzegovina, 1878–1918* (Seattle, 1963); Palairet, *Balkan Economies*, pp. 171, 231, 369; Robert A. Kann, «Trends towards Colonialism in the Habsburg Empire, 1878–1918: The Case of Bosnia-Hercegovina 1878–1918», en D. K. Rowney y G. E. Orchard (eds.), *Russian and Slavic History* (Columbus, 1977), pp. 164-180; Kurt Wessely, «Die wirtschaftliche Entwicklung von Bosnien-Herzegowina», en Wandruszka y Urbanitsch (eds.), *Die Habsburgermonarchie*, vol. 1, pp. 528-566.

138. En sentido estricto, *La Corona de Montañas* no trata sobre Miloš Obilić, pero su nombre, que aparece veinte veces a lo largo del texto, se invoca reiteradamente como símbolo de todo lo mejor de la tradición serbia de la lucha valiente y de sacrificio. Un texto completo en inglés acompañado de una crítica útil se encuentra en http://www.rastko.rs/knjizevnost/njegos/njegos-mountain_wreath.html.

139. Testimonio de Gavrilo Princip en Professor Pharos (pseud.), *Der Prozess gegen die Attentäter von Sarajewo*, (Berlín, 1918), p. 40.

140. Kohler, *Der Prozess*, p. 41.

141. Ibid., pp. 30, 53.

142. Ibid., p. 5.

143. Ibid., p. 6.

144. Ibid., p. 6.

145. Ibid., p. 9.

146. Ibid., p. 24.

147. Ibid., pp. 137, 147.

148. Ibid., pp. 145-146, 139.

149. Sobre las peleas de Čubrilović con sus profesores, véase Zdravko Antonić, «Svedočenje Vase Čubrilovića o sarajevskom atentatu i svom tamnovanju 1914–1918», *Zbornik Matice srpske za istoriju*, 46 (1992), pp. 163-180, aquí pp. 165, 167.

150. Ljuba Jovanović, «Nach dem Veitstage des Jahres 1914», *Die Kriegsschuldfrage. Berliner Monatshefte für Internationale Aufklärung*, 3/1 (1925), pp. 68-82, aquí pp. 68-69; sobre el significado de este documento, véase Albertini, *Origins*, vol. 2, p. 90; pero esta version de los acontecimientos no ha sido universalmente aceptada: véase, por ejemplo, Buha, «*Mlada Bosna*», p. 343, quien sostiene (sin tener ninguna prueba directa) que Pašić sabía que los jóvenes habían cruzado la frontera, pero que desconocía la naturaleza de su misión; véanse también Bataković, «Nikola Pašić», p. 162; Stanković, *Nikola Pašić*, esp. p. 262.

151. La prueba de que Pašić tenía conocimiento del hecho con anterioridad se discute en Albertini, *Origins*, vol. 2, pp. 90-97. Albertini se centra en el testimonio de L. Jovanović, reforzado por el supuesto de que Ciganović era agente de Pašić; Luciano Magrini, colaborador de Albertini, añadió otros dos testimonios de colaboradores de Pašić, registrados durante la guerra, véase id., *Il dramma di Seraievo. Origini e responsabilità della guerra europea* (Milán, 1929), pp. 106-108, 114-116. La información disponible en ese momento se valora con rigor en Sidney Bradshaw Fay, *The Origins of the First World War* (2 vols., Nueva York, 1929), vol. 2, pp. 140-146; Hans Uebersberger, *Österreich zwischen Russland und Serbien. Zur südslawischen Frage und der Entstehung des Ersten Weltkrieges* (Colonia, Graz, 1958), pp. 264-265 complementa estas pruebas con una nota garabateada a mano por Pašić y hallada entre los papeles del Ministerio de Asuntos Exteriores serbio, donde menciona «escolares», «bombas» y «revólveres». El relato sumamente detallado de Vladimir Dedijer de los antecedentes del complot, *Road to Sarajevo*, admite que Pašić probablemente conocía con antelación el complot, pero sugiere que solo lo sabía porque podía intuir su existencia a partir de la información incompleta que tenía a mano. Las crónicas más recientes, entre ellas la muy detallada de Friedrich Würthle, *Die Spur führt nach Belgrad* (Viena, 1975), ofrecen un abanico de interpretaciones, pero no añaden nuevas pruebas a este corpus.

152. La prueba de que Ciganović era un confidente es indirecta pero firme; véanse Bogičević, *Procès de Salonique*, pp. 32, 131-132; Fay, *Origins*, vol. 2, pp. 146-148; y Albertini, *Origins*, vol. 2, p. 98. El sobrino de Pašić también era miembro de Ujedinjenje ili smrt!

153. Véanse Jefe del Distrito de Podrinje a Protić, Sabac, 4 de junio de 1914; Protić a Pašić (con un resumen de informes desde la frontera), Belgrado, 15 de junio de 1914; Jefe del Distrito de Podrinje al Comandante del 5º de Guardias Fronterizos en Loznice, Sabac, 16 de junio de 1914; Comandante del Área de la División del Drina, Valevo, al ministro de la Guerra, 17 de junio de 1914, *DSP* vol. 7, docs. 155, 206, 210, 212, pp. 290, 337-339, 344-345, 347.

154. Ministro del Interior al Jefe del Distrito de Podrinje en Sabac, 10 de junio de 1914, ibid., respuesta de Protić adjunta al doc. 155, p. 290.

155. Jefe del Distrito de Podrinje a Protić, Sabac, «Alto Secreto», 14 de junio de 1914, ibid., doc. 198, p. 331.

156. Capitán del 4º Guardias Fronterizos al comandante de 5ª Área de Frontera, 19 de junio de 1914; comandante 5ª Área de Frontera al jefe del Estado Mayor, misma fecha, ibid., ambos adjuntos al doc. 209, p. 343; véanse también Dedijer, *Road to Sarajevo*, pp. 390-391; Buha, «*Mlada Bosna*», p. 178.

157. El texto completo en serbio de la declaración judicial de Apis puede encontrarse en Milan Z. Živanović, *Solunski process hiljadu devetsto sedamnaeste. Prilog zaproucavanje politicke istorije Srbije od 1903. do 1918. god.* (Belgrado, 1955), pp. 556-558; véase también MacKenzie, *«Black Hand» on Trial*, p. 46.

158. Departamento de Información del Estado Mayor Real (Apis) al Departamento Operativo del Estado Mayor, 21 de junio de 1914, en *DSP*, vol. 7/2, doc. 230, pp. 364-365.

159. Pašić a Stepanović, Belgrado, 24 de junio de 1914, ibid., doc. 254, pp. 391-392.

160. Albertini, *Origins*, vol. 2, p. 99; Stanković, *Nikola Pašić, saveznivi i stvaranje Jugoslavije*, p. 40.

161. Véase «Die Warnungen des serbischen Gesandten», *Neue Freie Presse*, 3 de julio de 1914, p. 4.

162. «Note de M. Abel Ferry», 1 de julio de 1914, *DDF*, serie 3, vol. 10, doc. 466, pp. 670-671.

163. Testimonio de Lešanin, referido en Magrini, *Il dramma di Seraievo*, p. 115.

164. Carta de Jovanović al *Neues Wiener Tageblatt*, 177, 28 de junio de 1924, citado en Albertini, *Origins*, vol. 2, p. 105; Bogičević, *Procès de Salonique*, pp. 121-125; Magrini, *Il dramma di Seraievo*, pp. 115-116; Fay, *Origins*, vol. 2, pp. 152-166.

165. Remak, *Sarajevo*, p. 75.

166. Ibid., p. 74; Albertini, *Origins*, vol. 2, p. 102.

167. Vučković, *Unutrašnje krize*, p. 192.

168. Stanković, *Nikola Pašić. Prilozi za biografiju*, p. 264.

169. Radusinović, «Antanta i aneksiona kriza», p. 18.

170. Stanković, *Nikola Pašić, saveznivi i stvaranje Jugoslavije*, pp. 30-32; Dragnich, *Serbia, Nikola Pašić and Yugoslavia*, p. 106.

171. Stanković, *Nikola Pašić, saveznivi i stvaranje Jugoslavije*, p. 36.

172. Ibid., p. 41.

173. Sobre el conocimiento de Pašić de la política rusa en los Balcanes, véase A. Šemjakin, «Rusofilstvo Nikole Pasica», p. 28.

174. Citado en Behschnitt, *Nationalismus*, p. 128.

175. Los informes del agregado militar serbio en San Petersburgo están resumidos en Protić a Pašić, Belgrado, 12 de junio de 1914; hubo más informes entusiastas sobre el estado de preparación militar de Rusia en la embajada serbia en Belgrado (Spalajković) al ministro de Asuntos Exteriores, San Petersburgo, 13 de junio de 1914, *DSP*, vol. 7, docs. 185, 189, pp. 317, 322.

176. Bogičević, *Procès de Salonique*, p. iii.

CAPÍTULO 2

1. Norman Stone, «Constitutional Crises in Hungary, 1903–1906», *Slavonic and East European Review*, 45 (1967), pp. 163-182; Peter F. Sugar, «An Underrated Event: The Hungarian Constitutional Crisis of 1905-1906», *East European Quarterly* (Boulder), 15/3 (1981), pp. 281-306.

2. A. Murad, *Franz Joseph and His Empire* (Nueva York, 1978), p. 176; Andrew C. Janos, «The Decline of Oligarchy: Bureaucratic and Mass Politics in the Age of Dualism (1867–1918)», en Andrew C. Janos y William B. Slottman (eds.), *Revolution in Perspective: Essays on the Hungarian Soviet Republic of 1919* (Berkeley, 1971), pp. 1–60, aquí pp. 23-24.

3. Citado en Alan Sked, *The Decline and Fall of the Habsburg Empire 1815–1918* (Nueva York, 1991), p. 190.

4. Samuel R. Williamson, *Austria-Hungary and the Origins of the First World War* (Houndmills, 1991), p. 24; cifras de 1880 en Sked, *Decline and Fall*, pp. 278-279.

5. Sked, *Decline and Fall*, pp. 210-211; Janos, «The Decline of Oligarchy», pp. 50-53.

6. Brigitte Hamann, *Hitlers Wien. Lehrjahre eines Diktators* (Múnich, 1996), pp. 170-174.

7. Steven Beller, *Francis Joseph* (Londres, 1996), p. 173; Arthur J. May, *The Hapsburg Monarchy, 1867–1914* (Cambridge, MA, 1951), p. 440; C. A. Macartney, *The House of Austria. The Later Phase, 1790–1918* (Edimburgo, 1978), p. 240; R. A. Kann, *A History of the Habsburg Empire, 1526–1918* (Berkeley, 1977), pp. 452-461; Robin Okey, *The Habsburg Monarchy, c. 1765–1918. From Enlightenment to Eclipse* (Londres, 2001), pp. 356-360.

8. Para una interesante reflexión sobre este problema, véase Arthur J. May, «R. W. Seton-Watson and British Anti-Habsburg Sentiment», *American Slavic and East European Review*, vol. 20, nº 1 (febrero de 1961), pp. 40-54.

9. Para un breve y excelente análisis, véase Lothar Höbelt, «Parliamentary Politics in a Multinational Setting: Late Imperial Austria», CAS Working Papers en Austrian Studies Series, Working Paper 92–6; sus argumentos se exponen con más detalle en id., «Parteien und Fraktionen im Cisleithanischen Reichsrat», en Adam Wandruszka y Peter Urbanitsch (eds.), *Die Habsburgermonarchie 1848–1918* (10 vols., Viena, 1973-2006), vol. 7/1, pp. 895-1006.

10. László Katus, «The Common Market of the Austro-Hungarian Monarchy», en András Gerö (ed.), *The Austro-Hungarian Monarchy Revisited*, trad. Thomas J. y Helen D. DeKornfeld (Nueva York, 2009), pp. 21-49, aquí p. 41.

11. István Deák, «The Fall of Austria-Hungary: Peace, Stability, and Legitimacy», en Geir Lundestad (ed.), *The Fall of Great Powers* (Oxford, 1994), pp. 81-102, aquí pp. 86-87.

12. György Köver, «The Economic Achievements of the Austro-Hungarian Monarchy. Scales and Speed», en Gerö (ed.), *Austro-Hungarian Monarchy*, pp. 51-83, aquí p. 79; Nachum T. Gross, «The Industrial Revolution in the Habsburg Monarchy 1750–1914», en Carlo C. Cipolla (ed.), *The Emergence of Industrial Societies* (6 vols., Nueva York, 1976), vol. 4/1, pp. 228-278; David F. Good, «"Stagnation" and "Take-Off" in Austria, 1873–1913», *Economic History Review*, 27/1 (1974), pp. 72-88 sostiene que si bien no hubo, en sentido estricto, un «despegue» austriaco, el crecimiento en la parte austriaca del Imperio se mantuvo firme a lo largo del periodo de preguerra; John Komlos, «Economic Growth and Industrialisation in Hungary 1830–1913», *Journal of European Economic History*, 1 (1981), pp. 5-46; id., *The Habsburg Monarchy as a Customs Union. Economic Development in Austria-Hungary in the Nineteenth Century* (Princeton, 1983), esp. pp. 214-220; para una explicación que subraya la fortaleza del PIB per cápita austriaco (en comparación con el húngaro), véase Max Stephan Schulze, «Patterns of Growth and Stagnation in the Late Nineteenth-Century Habsburg Economy», *European Review of Economic History*, 4 (2000), pp. 311-340.

13. Henry Wickham Steed, *The Habsburg Monarchy* (Londres, 1919), p. 77.

14. John Leslie, «The Antecedents of Austria-Hungary's War Aims. Policies and Policy-makers in Viena and Budapest before and during 1914», en Elisabeth Springer y Leopold Kammerhold (eds.), *Archiv und Forschung. Das Haus-, Hof- und Staatsarchiv in seiner Bedeutung für die Geschichte Österreichs und Europas* (Viena, 1993), pp. 307-394, aquí p. 354.

15. Kann, *History*, p. 448; May, *Habsburg Monarchy*, pp. 442-443; Sked, *Decline and Fall*, p. 264; Sazonov a Nicolás II, 20 de enero de 1914, GARF, Fond 543, op. 1, del. 675.

16. Okey, *Habsburg Monarchy*, pp. 303, 305.

17. Wolfgang Pav, «Die dalmatinischen Abgeordneten im österreichischen Reichsrat nach der Wahlrechtsreform von 1907», tesis de máster, Universidad de Viena, 2007, p. 144, consultada en Internet en http://othes.univie.ac.at/342/1/11-29-2007_0202290.pdf.

18. Sobre esta tendencia, véase John Deak, «The Incomplete State in an Age of Total War. Or: The Habsburg Monarchy and the First World War as a Historiographical Problem», manuscrito inédito, Universidad de Notre Dame, 2011; John Deak presentó una versión de este artículo en el Seminario sobre Historia Europea Moderna de

Cambridge en 2011; le estoy sumamente agradecido por dejarme ver una versión del texto completo antes de su publicación.

19. Maureen Healy, *Vienna and the Fall of the Habsburg Empire. Total War and Everyday Life in World War I* (Cambridge, 2004), p. 24; John W. Boyer, «Some Reflections on the Problem of Austria, Germany and Mitteleuropa», *Central European History*, 22 (1989), pp. 301-315, aquí p. 311.

20. Sobre el crecimiento del Estado en esos años, Deak, «The Incomplete State in an Age of Total War».

21. Gary B. Cohen, «Neither Absolutism nor Anarchy: New Narratives on Society and Government in Late Imperial Austria», *Austrian History Yearbook*, 29/1, (1998), pp. 37-61, aquí p. 44.

22. Robert Musil, *Der Mann ohne Eigenschaften* (Hamburgo, 1978), pp. 32-33 [*El hombre sin atributos*, Barcelona, Seix Barral, 2007].

23. Barbara Jelavich, *History of the Balkans* (2 vols., Cambridge, 1983), vol. 2, p. 68.

24. F. Palacky a la «Comisión de los Cincuenta» del Parlamento de Frankfurt, 11 de abril de 1848, en Hans Kohn, *Pan-Slavism. Its History and Ideology* (Notre Dame, 1953), pp. 65-69.

25. Citado en May, *Habsburg Monarchy*, p. 199.

26. Lawrence Cole, «Military Veterans and Popular Patriotism in Imperial Austria, 1870–1914», en id. y Daniel Unowsky (eds.), *The Limits of Loyalty. Imperial Symbolism, Popular Allegiances and State Patriotism in the Late Habsburg Monarchy* (Nueva York, Oxford, 2007), pp. 36-61, aquí p. 55.

27. Sobre Francisco José como hombre «falto de personalidad» y un «demonio de mediocridad», véase Karl Kraus, *The Last Days of Mankind. A Tragedy in Five Parts*, trad. Alexander Gode y Sue Ellen Wright, ed. F. Ungar (Nueva York, 1974), Acto IV, Escena 29, p. 154 [*Los últimos días de la humanidad*, Barcelona, Tusquets, 1991]; véase también Hugh LeCaine Agnew, «The Flyspecks on Palivec's Portrait. Franz Joseph, the Symbols of Monarchy and Czech Popular Loyalty», en Cole y Unowsky (eds.), *Limits of Loyalty*, pp. 86-112, aquí p. 107.

28. Lothar Höbelt, *Franz Joseph I. Der Kaiser und sein Reich. Eine politische Geschichte* (Viena, 2009); sobre el papel del emperador en la promulgación de leyes y estatutos, véase László Péter, «Die Verfassungsentwicklung in Ungarn», en Wandruszka y Urbanitsch (eds.), *Die Habsburgermonarchie*, vol. 7/1, pp. 239-540, esp. pp. 403-14.

29. Beller, *Francis Joseph*, p. 173.

30. Joseph Maria Baernreither, *Fragmente eines politischen Tagebuches. Die südslawische Frage und Österreich-Ungarn vor dem Weltkrieg*, ed. Joseph Redlich (Berlín, 1928), p. 210.

31. Sobre la lealtad al emperador, véanse Stephen Fischer-Galati, «Nationalism and Kaisertreue», *Slavic Review*, 22 (1963), pp. 31-36; Robert A. Kann, «The Dynasty and the Imperial Idea», *Austrian History Yearbook*, 3/1 (1967), pp. 11-31; Lawrence Cole y Daniel Unowsky, «Introduction. Imperial Loyalty and Popular Allegiances in the Late Habsburg Monarchy», en id. (eds.), *Limits of Loyalty*, pp. 1-10; en el mismo volumen, véanse también los siguientes capítulos: Christiane Wolf, «Representing Constitutional Monarchy in Late Nineteenth-Century and Early Twentieth-Century Britain, Germany and Austria», pp. 199-222, esp. p. 214; Alice Freifeld, «Empress Elisabeth as Hungarian Queen: The Uses of Celebrity Monarchy», pp. 138-161.

32. Joseph Roth, *The Radetzky March*, trad. Michael Hofmann (Londres, 2003), p. 75 [*La marcha Radetzky*, trad. Arturo Quintana, Barcelona, Edhasa, 2001].

33. F. R. Bridge, *From Sadowa to Sarajevo. The Foreign Policy of Austria-Hungary, 1866–1914* (Londres, 1972), p. 71.

34. Noel Malcolm, *Bosnia. A Short History* (Londres, 1994), p. 140.

35. Michael Palairet, *The Balkan Economies c. 1800–1914. Evolution without Development* (Cambridge, 1997), pp. 171, 369; Peter F. Sugar, *The Industrialization of Bosnia-Herzegovina, 1878–1918* (Seattle, 1963); una evaluación menos entusiasta, que subraya el carácter instrumental e interesado de las inversiones austriacas es Kurt Wessely, «Die wirtschaftliche Entwicklung von Bosnien-Herzegovina», en Wandruszka y Urbanitsch (eds.), *Die Habsburgermonarchie*, vol. 1, pp. 528-566.

36. Robert J. Donia, *Islam under the Double Eagle. The Muslims of Bosnia and Herzegovina 1878–1914* (Nueva York, 1981), p. 8; Robert A. Kann, «Trends towards Colonialism in the Habsburg Empire, 1878–1914: The Case of Bosnia-Hercegovina 1878–1918», en D. K. Rowney y G. E. Orchard (eds.), *Russian and Slavic History* (Columbus, 1977), pp. 164-180.

37. Martin Mayer, «Grundschulen in Serbien während des 19. Jahrhunderts. Elementarbildung in einer "Nachzüglergesellschaft"», en Norbert Reiter y Holm Sundhaussen (eds.), *Allgemeinbildung als Modernisierungsfaktor. Zur Geschichte, der Elementarbildung in Südosteuropa von der Aufklärung bis zum Zweiten Weltkrieg* (Berlín, 1994), p. 93.

38. Malcolm, *Bosnia*, p. 144.

39. Vladimir Dedijer, *The Road to Sarajevo* (Londres, 1967), p. 278.

40. Comentario que hace constar el exministro de Comercio austriaco Joseph Maria Baernreither, *Der Verfall des Habsburgerreiches und die Deutschen. Fragmente eines politischen Tagebuches 1897–1917*, ed. Oskar Mitis (Viena, 1939), pp. 141-142.

41. William Eleroy Curtis, *The Turk and His Lost Provinces: Greece, Bulgaria, Servia, Bosnia* (Chicago y Londres, 1903), p. 275; el presidente Roosevelt pudo perfectamente haber leído a Curtis, quien también lo relaciona con Filipinas.

42. Edvard Beneš, *Le Problème Autrichien et la Question Tchèque* (París, 1908), p. 307, citado en Joachim Remak, «The Ausgleich and After – How Doomed the Habsburg Empire?», en Ludovik Holotik y Anton Vantuch (eds.), *Der Österreich-Ungarische Ausgleich 1867* (Bratislava, 1971), pp. 971-988, aquí p. 985.

43. Wickham Steed, carta al director, *TLS*, 24 de septiembre de 1954; id., *The Habsburg Monarchy*, p. xiii.

44. Tomáš G. Masaryk, *The Making of a State. Memories and Observations, 1914–1918* (Londres, 1927 [las ediciones originales en checo y alemán aparecieron en 1925]), p. 8. Para un análisis del punto de vista de Steed y de este pasaje, véase Deak, «The Incomplete State in an Age of Total War».

45. Oszkár Jászi, *The Dissolution of the Habsburg Monarchy* (Chicago, 1929), pp. 23, 451.

46. Oszkár Jászi, «Danubia: Old and New», *Proceedings of the American Philosophical Society*, 93/1 (1949), pp. 1-31, aquí p. 2.

47. Mihály Babits, *Keresztükasul életemen* (Budapest, 1939), citado en Mihály Szegedy-Maszák, «The Re-evaluated Past. The Memory of the Dual Monarchy in Hungarian Literature», en Gerö (ed.), *Austro-Hungarian Monarchy*, pp. 192-216, aquí p. 196.

48. Para una útil recopilación de estudios país por país, véase Marian Kent (ed.), *The Great Powers and the End of the Ottoman Empire* (Londres, 1984).

49. Williamson, *Austria-Hungary*, pp. 59-61; Bridge, *From Sadowa to Sarajevo*, pp. 211-309.

50. El texto del tratado de la Liga de los Tres Emperadores (versión de 1881) y su protocolo aparte puede consultarse en Bridge, *From Sadowa to Sarajevo*, pp. 399-402.

51. Citado ibid., p. 141. Pero véase también Ernst R. Rutkowski, «Gustav Graf Kálnoky. Eine biographische Skizze», *Mitteilungen des Österreichischen Staatsarchivs*, 14 (1961), pp. 330-343.

52. Memorándum de Kálnoky a Taaffe, septiembre de 1885, citado en Bridge, *From Sadowa to Sarajevo*, p. 149.

53. Edmund Glaise von Horstenau, *Franz Josephs Weggefährte: das Leben des Generalstabschefs, Grafen Beck nach seinen Aufzeichnungen und hinterlassenen Dokumenten* (Zúrich, Viena, 1930), p. 391.

54. Bridge, *From Sadowa to Sarajevo*, p. 263.

55. Kosztowits a Tets van Goudriaan, Belgrado, 22 de enero de 1906, NA, 2.05.36, doc. 10, «Rapporten aan en briefwisseling met het Ministerie van Buitenlandse Zaken».

56. Para un análisis esclarecedor de estos acuerdos, basado en las memorias y los diarios del diplomático búlgaro Christophor Khesapchiev, véase Kiril Valtchev Merjanski, «The Secret Serbian-Bulgarian Treaty of Alliance of 1904 and the Russian Po-

licy in the Balkans before the Bosnian Crisis», tesis de máster, Universidad Estatal de Wright, 2007, pp. 30-31, 38-39, 41-42, 44, 50-51, 53-78. Véanse también Constantin Dumba, *Memoirs of a Diplomat*, trad. Ian F. D. Morrow (Londres, 1933), pp. 137-139; Miloš Bogičević, *Die auswärtige Politik Serbiens 1903–1914* (3 vols., Berlín, 1931), vol. 3, p. 29.

57. Para una discusión clásica de este problema, véase Solomon Wank, «Foreign Policy and the Nationality Problem in Austria-Hungary, 1867–1914», *Austrian History Yearbook*, 3 (1967), pp. 37-56.

58. Pomiankowski a Beck, Belgrado, 17 de febrero de 1906, citado en Günther Kronenbitter, *«Krieg im Frieden». Die Führung der k.u.k. Armee und die Grossmachtpolitik Österreich-Ungarns 1906–1914* (Múnich, 2003), p. 327.

59. «Konzept der Instruktion für Forgách anlässlich seines Amtsantrittes in Belgrad», Viena, 6 de julio de 1907, en Solomon Wank (ed.), *Aus dem Nachlass Aehrenthal. Briefe und Dokumente zur österreichisch-ungarischen Innenund Aussenpolitik 1885–1912* (2 vols., Graz, 1994), vol. 2, doc. 377, pp. 517-520, aquí p. 518.

60. Solomon Wank, «Aehrenthal's Programme for the Constitutional Transformation of the Habsburg Monarchy: Three Secret Memoires», *Slavonic and East European Review*, 42 (1963), pp. 513-536, aquí p. 515.

61. Sobre los antecedentes de la anexión, véase Bernadotte E. Schmitt, *The Annexation of Bosnia 1908–1909* (Cambridge, 1937), pp. 1-18.

62. Okey, *Habsburg Monarchy*, p. 363.

63. Holger Afflerbach, *Der Dreibund. Europäische Grossmacht- und Allianzpolitik vor dem Ersten Weltkrieg* (Viena, 2002), p. 629.

64. N. Shebeko, *Souvenirs. Essai historique sur les origines de la guerre de 1914* (París, 1936), p. 83.

65. Harold Nicolson, *Die Verschwörung der Diplomaten. Aus Sir Arthur Nicolsons Leben 1849–1928* (Frankfurt, 1930), pp. 301-302; Williamson, *Austria-Hungary*, pp. 68-69; Schmitt, *The Annexation of Bosnia*, pp. 49-60; un relato de la época que confirma esta opinión es del barón M. de Taube, *La politique russe d'avant-guerre et la fin de l'empire des Tsars* (París, 1928), pp. 186-187.

66. Theodor von Sosnosky, *Die Balkanpolitik Österreich-Ungarns seit 1866* (Berlín, 1913), pp. 170-172; Schmitt, *Annexation of Bosnia*, pp. 43-44; Afflerbach, *Dreibund*, pp. 750-754, 788-814; R. J. B. Bosworth, *Italy, the Least of the Great Powers: Italian Foreign Policy before the First World War* (Cambridge, 1979), pp. 87-88, 223-224, 245.

67. W. M. Carlgren, *Iswolsky und Aehrenthal vor der bosnischen Annexionskrise. Russische und österreichisch-ungarische Balkanpolitik 1906–1908* (Upsala, 1955), pp. 86-87.

68. David Stevenson, *Armaments and the Coming of War. Europe 1904–1915* (Oxford, 1996), pp. 162-163.

69. Paul Miliukov, *Political Memoirs 1905–1917*, trad. Carl Goldberg (Ann Arbor, 1967), p. 242; V. N. Strandmann, *Balkanske Uspomene*, trad. del ruso al serbio por Jovan Kachaki (Belgrado, 2009), p. 238.

70. G. Schödl, *Kroatische Nationalpolitik und «Jugoslavenstvo». Studien zur nationalen Integration und regionaler Politik in Kroatien-Dalmatien am Beginn des 20. Jahrhunderts* (Múnich, 1990), p. 289.

71. Tomáš G. Masaryk, *Der Agramer Hochverratsprozess und die Annexion von Bosnien und Herzegowina* (Viena, 1909), un panfleto que contiene la mayor parte de los discursos clave de Masaryk sobre el escándalo del juicio de Agram; véanse también von Sosnosky, *Die Balkanpolitik*, pp. 221-224; Baernreither, *Fragmente. Die südslawische Frage*, pp. 133-145.

72. Forgách a Aehrenthal, Belgrado, 9 de noviembre de 1910, *ÖUAP*, vol. 3, doc. 2296, p. 40; Forgách a Aehrenthal, Belgrado, 13 de noviembre de 1910, ibid., doc. 2309, p. 49; Forgách a Aehrenthal, Belgrado, 15 de noviembre de 1910, ibid., doc. 2316, pp. 56-58; Forgách a Aehrenthal, Belgrado, 22 de noviembre de 1910, ibid., doc. 2323, pp. 64-66.

73. Forgách a Aehrenthal, Belgrado, 26 de noviembre de 1910, ibid., doc. 2329, pp. 72-74.

74. Forgách a Macchio, Belgrado, 17 de enero de 1911, ibid., doc. 2413, p. 146.

75. Forgách a Aehrenthal, Belgrado, 12 de diciembre de 1910, ibid., doc. 2369, pp. 109-110.

76. Forgách a Aehrenthal, Belgrado, 1 de abril de 1911, ibid., doc. 2490, p. 219.

77. Véase Miroslav Spalajković, *La Bosnie et l'Herzégovine. Étude d'histoire diplomatique et de droit international* (París, 1897), esp. pp. 256-279, 280-316.

78. Notas de Jean Doulcet sobre una conversación con Descos, San Petersburgo, 8 de diciembre de 1913, AMAE Papiers Jean Doulcet, vol. 23, Saint Petersburg IV, Notes personelles, 1912–1917.

79. Leslie, «Antecedents», p. 341; sobre la hostilidad entre Forgách y Spalajković, véase también Friedrich Würthle, *Die Spur führt nach Belgrad* (Viena, 1975), pp. 186-192.

80. Tschirschky a Bethmann Hollweg, Viena, 13 de febrero de 1910, PA-AA, R 10984.

81. Notas sobre una conversación con André Panafieu, San Petersburgo, 11 de diciembre de 1912, AMAE Papiers Jean Doulcet, vol. 23.

82. Strandmann, *Balkanske Uspomene*, p. 249.

83. Malenković a Pašić, Budapest, 12 de julio de 1914, AS, MID – PO, 416, fo. 162.

84. Andrew Lamb, «Léhar's *Die Lustige Witwe* – Theatrical Fantasy or Political Reality?», artículo en el programa de *La viuda alegre*, Royal Opera, Londres, 1997; revisada y accesible en Internet en http://www.josef-weinberger.com/mw/politics.html.

85. Egon Erwin Kisch, *Mein Leben für die Zeitung 1906–1913. Journalistische Texte 1* (Berlín y Weimar, 1983), pp. 140-142.

86. Polivanov a Neratov, San Petersburgo, 14 de agosto de 1911, *IBZI*, serie 3, vol. 1, parte 1, doc. 318, pp. 383-384.

87. Kronenbitter, *Grossmachtpolitik Österreich-Ungarns*, p. 321; Christopher Seton Watson, *Italy from Liberalism to Fascism, 1870–1925* (Londres, 1967), pp. 333-338.

88. Seton Watson, *Italy*, p. 344.

89. El texto de Racconigi (en francés y ruso) está en Narodnii komissariat po inostrannym delam (ed.), *Materialy po istorii franko-russkikh otnoshenii za 1910–1914 g.g. Sbornik sekretnykh diplomaticheskikh dokumentov byvshego Imperatorskogo rossiiskogo ministerstva inostrannykh del* (Moscú, 1922), p. 298; sobre el acuerdo posterior entre Austria-Hungría e Italia, véase Guido Donnino, *L'Accordo Italo-Russo di Racconigi* (Milán, 1983), pp. 273-279.

90. Čedomir Antić, «Crisis and Armament. Economic Relations between Great Britain and Serbia 1910–1912», *Balcanica*, 36 (2006), pp. 158-159.

91. Aehrenthal a Szögyényi, Erlass nach Berlin, 29 de diciembre de 1911, *ÖUAP*, vol. 3, doc. 3175, p. 733; Radoslav Vesnić, *Dr. Milenko Vesnić, Gransenjer Srbske Diplomatije* (Belgrado, 2008), pp. 275, 280.

92. Von Haymerle al MAE de Viena, Belgrado, 9 de octubre de 1910, *ÖUAP*, vol. 3, doc. 2266, pp. 13-14.

93. Ugron a Aehrenthal, Belgrado, 12 de noviembre de 1911, *ÖUAP*, vol. 3, doc. 2911, p. 539; Ugron a Aehrenthal, Belgrado, 14 de noviembre de 1911, ibid., doc. 2921, pp. 545-546; Gellinek al jefe del Estado Mayor, Belgrado, 15 de noviembre de 1911, ibid., doc. 2929, pp. 549-550.

94. Gellinek al jefe del Estado Mayor, Belgrado, 22 de noviembre de 1911, ibid., doc. 2966, p. 574; véase también Ugron a Aehrenthal, Belgrado, 29 de enero de 1912, transcrito en Barbara Jelavich, «What the Habsburg Government Knew about the Black Hand», *Austrian History Yearbook*, 22 (1991), pp. 131-150, aquí p. 141.

95. Gellinek al jefe del Estado Mayor, Belgrado, 15 de noviembre de 1911, *ÖUAP*, vol. 3, doc. 2928, p. 549; Gellinek al jefe del Estado Mayor, Belgrado, 15 de noviembre de 1911, ibid., doc. 2929, pp. 549-550.

96. Gellinek al jefe del Estado Mayor, Belgrado, 3 de diciembre de 1911, ibid., doc. 3041, p. 627; Gellinek al jefe del Estado Mayor, Belgrado, 2 de febrero de 1912, ibid., doc. 3264, pp. 806-807.

97. Ugron al MAE de Viena, Belgrado, 6 de febrero de 1912, ibid., doc. 3270, pp. 812-814.

98. Jelavich, «What the Habsburg Government Knew», p. 138.

99. Gellinek al jefe del Estado Mayor, Belgrado, 18 de enero 1914, transcrito en Jelavich, «What the Habsburg Government Knew», pp. 142-144, aquí p. 143.

100. Gellinek al jefe del Estado Mayor, Belgrado, 10 de mayo de 1914, transcrito en ibid., pp. 145-147, aquí p. 145.

101. Gellinek al jefe del Estado Mayor, Belgrado, 21 de mayo de 1914, transcrito en ibid., pp. 147-149, aquí pp. 147-148.

102. Gellinek al jefe del Estado Mayor, Belgrado, 21 de junio de 1914, transcrito en ibid., pp. 149-150, aquí p. 150.

103. Hugo Hantsch, *Leopold Graf Berchtold. Grandseigneur und Staatsmann* (2 vols., Graz, 1963), vol. 2, p. 489.

104. Leon Biliński, *Wspomnienia i dokumenty* (2 vols., Varsovia, 1924), vol. 1, pp. 260-262; para un sutil análisis de este encuentro véase también un capítulo manuscrito inédito de Samuel R. Williamson, titulado «Serbia and Austria-Hungary: The Final Rehearsal, October 1913», pp. 13-15. Estoy sumamente agradecido al profesor Williamson por dejarme ver ese capítulo, lo que me ayudó a comprender la evolución de las relaciones austro-serbias después de la Segunda Guerra de los Balcanes.

105. Sobre la «politesse exquise, mais peu sincère, léger, peu sûr de lui-même, et à cause de cela reéservé et peu communicatif», véase Shebeko, *Souvenirs*, p. 167.

106. Jelavich, «What the Habsburg Government Knew», pp. 131-150.

107. Kronenbitter, *Grossmachtpolitik Österreich-Ungarns*, p. 386.

108. Gellinek, historial sobre el ejército serbio tras su campaña contra Bulgaria en el verano de 1913, citado ibid., pp. 434-435; sobre la valoración austriaca de la fuerza militar serbia, véase también Rudolf Jerábek, *Potiorek. General im Schatten von Sarajevo* (Graz, 1991), p. 106.

109. Para un análisis brillante de las estructuras de toma de decisiones en Austria-Hungría, véase Leslie, «Antecedents», pássim.

110. Condesa Gina Conrad von Hötzendorf, *Mein Leben mit Conrad von Hötzendorf* (Leipzig, 1935), p. 12.

111. Lawrence Sondhaus, *Franz Conrad von Hötzendorf: Architect of the Apocalypse* (Boston, 2000), p. 111.

112. Holger Herwig, *The First World War. Germany and Austria-Hungary, 1914–1918* (Londres, 1997), p. 10.

113. Hans Jürgen Pantenius, *Der Angriffsgedanke gegen Italien bei Conrad von Hötzendorf. Ein Beitrag zur Koalitionskriegsführung im Ersten Weltkrieg* (2 vols., Colonia, 1984), vol. 1, pp. 350-357; Herwig, *The First World War*, pp. 9-10.

114. Roberto Segre, *Vienna e Belgrado 1876–1914* (Milán, 1935), p. 43.

115. Condesa Conrad von Hötzendorf, *Mein Leben mit Conrad*, p. 44.

116. Conrad, Memorándum del 31 de diciembre de 1907, citado en Kronenbitter, *Grossmachtpolitik Österreich-Ungarns*, p. 330.

117. Condesa Conrad von Hötzendorf, *Mein Leben mit Conrad*, p. 101.

118. Herwig, *First World War*, pp. 19-21.

119. Sobre la visión de Conrad del conflicto armado, véanse Kronenbitter, *Grossmachtpolitik Österreich-Ungarns*, pp. 135-137, 139, 140; István Deák, *Beyond Nationalism. A Social and Political History of the Habsburg Officer Corps* (Nueva York, 1990), p. 73; Pantenius, *Angriffsgedanke*, pp. 231, 233-236.

120. Aehrenthal, memorándum del 22 de octubre de 1911, citado en Kronenbitter, *Grossmachtpolitik Österreich-Ungarns*, pp. 363-365.

121. Conrad von Hötzendorf, *Aus meiner Dienstzeit, 1906–1918.* (5 vols., Viena, 1921-1925), vol. 2, p. 282.

122. Deák, *Beyond Nationalism*, p. 73.

123. Bridge, *From Sadowa to Sarajevo*, p. 336; Sondhaus, *Architect of the Apocalypse*, p. 106.

124. Rudolf Sieghart, *Die letzten Jahrzehnte einer Grossmacht* (Berlín, 1932), p. 52; Georg Franz, *Erzherzog Franz Ferdinand und die Pläne zur Reform der Habsburger Monarchie* (Brünn, 1943), p. 23.

125. Lawrence Sondhaus, *The Naval Policy of Austria-Hungary 1867–1918. Navalism, Industrial Development and the Politics of Dualism* (West Lafayette, 1994), p. 176; fue el primer ministro austriaco, Koerber, quien utilizó la frase «gobierno en la sombra», véase Franz, *Erzherzog Franz Ferdinand*, p. 25.

126. Citado en Kronenbitter, *Grossmachtpolitik Österreich-Ungarns*, p. 66.

127. Lavender Cassels, *The Archduke and the Assassin* (Londres, 1984), p. 23; Franz, *Erzherzog Franz Ferdinand*, p. 18.

128. Keith Hitchins, *The Nationality Problem in Austria-Hungary. The Reports of Alexander Vaida to Archduke Franz Ferdinand's Chancellery* (Leiden, 1974), pp. x, 8-14, 176-179 y pássim.

129. Stephan Verosta, *Theorie und Realität von Bündnissen. Heinrich Lammasch, Karl Renner und der Zweibund, 1897–1914* (Viena, 1971), pp. 244, 258-259, 266.

130. Kronenbitter, *Grossmachtpolitik Österreich-Ungarns*, pp. 74, 163; Sondhaus, *Architect of the Apocalypse*, p. 118.

131. Sondhaus, *Architect of the Apocalypse*, pp. 104-105.

132. Francisco Fernando a Aehrenthal, 6 de agosto de 1908, citado en Leopold von Chlumecky, *Erzherzog Franz Ferdinands Wirken und Wollen* (Berlín, 1929), p. 98.

133. Francisco Fernando a Aehrenthal, 20 de octubre de 1908, citado en Kronenbitter, *Grossmachtpolitik Österreich-Ungarns*, pp. 338-339.

134. Francisco Fernando al comandante Alexander Brosch von Aarenau, 20 de octubre de 1908, citado en Chlumecky, *Erzherzog Franz Ferdinands Wirken und Wollen*, p. 99; Rudolf Kiszling, *Erzherzog Franz Ferdinand von Österreich-Este. Leben, Pläne und Wirken am Schicksalsweg der Donaumonarchie* (Graz, 1953), pp. 127-130; Sondhaus, *Architect of the Apocalypse*, p. 102.

135. Sobre sus motivos para aceptar el cargo, véase Berchtold, anotación en su diario, 2 de febrero de 1908, citado en Hantsch, *Berchtold*, vol. 1, p. 88.

136. Ibid., p. 86.

137. Berchtold a Aehrenthal, San Petersburgo, 19 de noviembre de 1908, citado en ibid., pp. 132-134.

138. Ibid., pp. 206; la opinión de Berchtold sobre la paletería de la alta sociedad de San Petersburgo se encuentra en la p. 233.

139. Leslie, «Antecedents», p. 377.

140. Francisco Fernando a Berchtold, Viena, 16 de enero de 1913, citado en Bridge, *From Sadowa to Sarajevo*, p. 342.

141. Citado en Hantsch, *Berchtold*, vol. 1, p. 265.

142. Informe del Cónsul General Jehlitschka en Üsküb, 24 de octubre de 1913, copiado como anexo a Griesinger al Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, Belgrado, 30 de octubre, PA-AA, R14 276, citado en Katrin Boeckh, *Von den Balkankriegen zum Ersten Weltkrieg. Kleinstaatenpolitik und ethnische Selbstbestimmung auf dem Balkan* (Múnich, 1996), p. 168.

143. Jovanović a Pašić, Viena, 6 de mayo de 1914, AS, MID – PO, 415, fo. 674.

144. Storck a Berchtold, Belgrado, 28 de octubre de 1913, citado en Katrin Boeckh, *Von den Balkankriegen zum Ersten Weltkrieg. Kleinstaatenpolitik und ethnische Selbstbestimmung auf dem Balkan* (Múnich, 1996), pp. 171-172.

145. Giesl al MAE de Viena, Belgrado, 30 de mayo de 1914, en *ÖUAP*, vol. 8, doc. 9774, pp. 96-97.

146. Gellinek al MAE de Viena, ibid., doc. 9883, pp. 158-159.

147. El texto inglés del memorándum de Matscheko puede verse en Bridge, *From Sadowa to Sarajevo*, pp. 443-448, aquí p. 443.

148. Sobre la necesidad de ayuda exterior, véase De Veer y Thomson (misión holandesa a Albania) al ministro de la Guerra de los Países Bajos, NA, 2.05.03, doc. 652 «Algemeine Correspondentie over Albanië, Ministerie van Buitenlandse Zaken».

149. Todas las citas del memorándum de Matscheko proceden de la transcripción en Bridge, *From Sadowa to Sarajevo*. Sobre la paranoia que expresa el memorándum y la «estridencia» de su tono, véase Williamson, *Austria-Hungary*, pp. 165-170; sobre su

punto de vista pacífico en términos generales, véanse Bridge, *From Sadowa to Sarajevo*, pp. 334-335; para una opinión distinta que indica que los objetivos expuestos en el memorándum (a saber, la apropiación de Rumanía) no podían alcanzarse sin desencadenar una crisis, véase Paul Schroeder, «Romania and the Great Powers before 1914», *Revue Roumaine d'Histoire*, 14/1 (1975), pp. 39-53.

150. Véase Kronenbitter, *Grossmachtpolitik Österreich-Ungarns*, pp. 236-237; sobre la implicación de Hötzendorf hijo, véase Bruce W. Menning, «Russian Military Intelligence, July 1914. What St. Petersburg Perceived and Why It Mattered», manuscrito inédito. Estoy sumamente agradecido al profesor Menning por compartir este artículo conmigo antes de su publicación en el *Journal of Modern History*, y por comentar conmigo sus ideas sobre el papel de los servicios de espionaje en la toma de decisiones de Rusia. Para las memorias de Svechin, discutidas por Menning, véase Mikhail Svechin, *Zapiski starogo generala o bylom* (Niza, 1964), esp. p. 99.

151. Williamson, *Austria-Hungary*, p. 146.

152. Citado en Sondhaus, *Architect of the Apocalypse*, p. 122.

153. Von Hötzendorf, *Aus meiner Dienstzeit*, vol. 3, p. 169; Karl Bardolff, *Soldat im alten Österreich* (Jena, 1938), p. 177; Kiszling, *Erzherzog Franz Ferdinand*, p. 196.

154. Citado en Kronenbitter, *Grossmachtpolitik Österreich-Ungarns*, p. 71.

155. Strandmann, *Balkanske Uspomene*, pp. 245-250; para las quejas de los negociadores serbios sobre las intervenciones de Pašić, véase Mikhail Ilić a Pašić, Viena, 9 de marzo de 1914; id. a id., Viena, 10 de marzo de 1914, y sobre todo, id. a id., 11 de marzo de 1914, donde Ilić le pide a Pašić que desista de entorpecer las negociaciones con «novedades», AS, MID – PO, 415, fos. 9-12, 14-24, 25-27; sobre la buena disposición de ambas partes a llegar a un acuerdo, véase Hartwig a Sazonov, Belgrado, 4 de marzo de 1914, *IBZI*, serie 3, vol. 1, doc. 379, p. 375.

CAPÍTULO 3

1. Para el texto del tratado véase El Proyecto Avalon. Documentos de Derecho, Historia y Diplomacia, Facultad de Derecho de Yale, consultado en http://avalon.law.yale .edu/19th_century/frrumil.asp.

2. Claude Digeon, *La Crise allemande dans la pensée française 1870–1914* (París, 1959), pp. 535-542.

3. Klaus Hildebrand, *Das vergangene Reich. Deutsche Aussenpolitik von Bismarck bis Hitler 1871–1945* (Stuttgart, 1995), p. 18.

4. Para un análisis perspicaz de este problema, véase Paul W. Schroeder, «The Lost Intermediaries: The Impact of 1870 on the European System», *International History Review*, 6/1 (1984), pp. 1-27.

5. J. B. Eustis, «The Franco-Russian Alliance», *The North American Review*, 165 (1897), pp. 111-118, aquí p. 117.

6. Ulrich Lappenküper, *Die Mission Radowitz. Untersuchungen zur Russlandpolitik Otto von Bismarcks (1871–1875)* (Gotinga, 1990), p. 226.

7. La cita procede del famoso Memorándum de Bad Kissingen del 15 de junio de 1877, que se redactó con la vista puesta en los Balcanes, pero que capta muchos de los temas más importantes de la política del canciller; el texto está en *GP*, vol. 2, pp. 153-154.

8. Otto von Bismarck, discurso en el Reichstag el 5 de diciembre de 1876, en Horst Kohl (ed.), *Politische Reden Bismarcks. Historisch-kritische Gesamtausgabe* (14 vols., Stuttgart, 1892–1905), vol. 6, p. 461.

9. Hildebrand, *Das vergangene Reich*, pp. 50-51; véase también Hermann Oncken, *Das Deutsche Reich und die Vorgeschichte des Weltkrieges* (2 vols., Leipzig, 1933), vol. 1, p. 215.

10. Para un buen resumen de la crisis búlgara, véase J. M. Roberts, *Europe, 1880–1945* (3ª ed., Harlow, 2001), pp. 75-78.

11. Herbert von Bismarck a su hermano Wilhelm, 11 de noviembre de 1887, en Walter Bussmann (ed.), *Staatssekretär Graf Herbert von Bismarck: aus seiner politischen Privatkorrespondenz* (Gotinga, 1964), pp. 457-458.

12. Sobre la *Fronda* de Bismarck, véanse J. A. Nicholls, *Germany After Bismarck* (Cambridge, MA, 1958), pp. 101-103, 132-134; Katherine Lerman, *Bismarck. Profiles in Power* (Harlow, 2004), pp. 244-248; Konrad Canis, *Bismarcks Aussenpolitik 1870 bis 1890: Aufstieg und Gefährdung* (Paderborn, 2004), pp. 381-383; Ernst Engelberg, *Bismarck. Das Reich in der Mitte Europas* (Múnich, 1993), pp. 309-313; Otto Pflanze, *Bismarck and the Development of Germany* (3 vols., Princeton, 1990), vol. 3, *The Period of Fortification 1880–1898*, pp. 313-316.

13. William L. Langer, «The Franco-Russian Alliance (1890–1894)», *The Slavonic Review*, 3/9 (1925), pp. 554-575, aquí pp. 554-555.

14. Sobre las repercusiones que la no renovación tuvo en San Petersburgo, véanse Peter Jakobs, *Das Werden des französisch-russischen Zweibundes, 1890–1894* (Wiesbaden, 1968), pp. 56-58; George F. Kennan, *The Decline of Bismarck's European Order. Franco-Prussian Relations, 1875–1890* (Princeton, 1979), p. 398.

15. *Morning Post*, 1 de julio de 1891, y *Standard*, 4 de julio de 1891, ambos citados en Patricia A. Weitsman, *Dangerous Alliances, Proponents of Peace, Weapons of War* (Stanford, 2004), p. 109.

16. Antoine Laboulaye a Alexandre Ribot, 22 de junio de 1890, citado en ibid., p. 105.

17. Giers a Mohrenheim, 19-21 de agosto de 1891, citado en ibid., pp. 105-106.

18. George F. Kennan, *The Fateful Alliance. France, Russia and the Coming of the First World War* (Manchester, 1984), pp. 153-154.

19. Francis R. Bridge y Roger Bullen, *The Great Powers and the European States System 1815–1914* (Harlow, 1980), p. 259; sobre la orientación anti-británica de la nueva alianza (a ojos de Rusia), véase también Jakobs, *Das Werden des französisch-russischen Zweibundes*, pp. 73-78.

20. Kennan, *Fateful Alliance*, pássim.

21. Weitsman, *Dangerous Alliances*, p. 117.

22. Sobre la alianza y la cultura popular, véase I. S. Rybachenok, *Rossiia i Frantsiia: soiuz interesov i soiuz serdets, 1891–1897: russko-frantsuzskyi soiuz v diplomaticheskikh dokumentakh, fotografiakh, risunkakh, karikaturakh, stikhakh, tostakh i meniu* (Moscú, 2004).

23. Thomas M. Iiams, *Dreyfus, Diplomatists and the Dual Alliance: Gabriel Hanotaux at the Quai d'Orsay, 1894–1898* (Ginebra, 1962), pp. 27-28.

24. Conversación entre Lamzdorf y Lobanov-Rostovsky registrada el 9 de octubre de 1895, en V. N. Lamzdorf, *Dnevnik: 1894–1896*, ed. V. I. Bovykin y I. A. Diakonova (Moscú, 1991), pp. 264-266; D. C. B. Lieven, *Nicholas II. Emperor of All the Russias* (Londres, 1993), p. 93.

25. Sobre la opinión de Hanotaux en el sentido de que las colonias son muy importantes para la restitución del prestigio perdido, véase Peter Grupp, *Theorie des Kolonialimperialismus und Methoden der imperialistischen Aussenpolitik bei Gabriel Hanotaux* (Berna y Frankfurt, 1962), esp. pp. 78-84, 122-127, 142-145; véase también Alf Heggoy, *The African Policies of Gabriel Hanotaux, 1894–1898* (Athens , GA, 1972), esp. pp. 10-11; Christopher Andrew y A. S. Kanya-Forstner, «Gabriel Hanotaux, the Colonial Party and the Fashoda Strategy», en E. F. Penrose (ed.), *European Imperialism and the Partition of Africa* (Londres, 1975), pp. 55-104.

26. Citado en Christopher Andrew, *Théophile Delcassé and the Making of the Entente Cordiale. A Reappraisal of French Foreign Policy 1898–1905* (Londres, 1968), p. 19; M. B. Hayne, *The French Foreign Office and the Origins of the First World War, 1898–1914* (Oxford, 1993), p. 95.

27. G. N. Sanderson, *England, Europe and the Upper Nile, 1882–1889* (Edimburgo, 1965), pp. 140-161.

28. Hayne, *French Foreign Office*, p. 97.

29. Andrew, *Delcassé*, p. 168.

30. Ibid., p. 171.

31. Jules Clarétie, «Vingt-huit ans à la Comédie-Française – Journal», anotación del 8 de marzo de 1900, *Revue des deux mondes* (noviembre de 1949/6), pp. 122-140, aquí p. 129.

32. Ibid., p. 129; Andrew, *Delcassé*, pp. 307-308; Hayne, *French Foreign Office*, p. 113.

33. Andrew, *Delcassé*, p. 172; sobre la reacción francesa a los indicios de acercamiento anglo-alemán a finales de la década de 1890, véase también P. J. V. Rolo, *Entente Cordiale. The Origins and Negotiation of the Anglo-French Agreements of 8 April 1904* (Londres, 1969), p. 73.

34. Rolo, *Entente Cordiale*, p. 106.

35. Maurice Paléologue, *Un grand tournant de la politique mondiale (1904–1906)* (París, 1914), p. 196.

36. Hayne, *French Foreign Office*, p. 55.

37. Discurso de Disraeli ante la Cámara de los Comunes, consultado por Internet en Hansard 1803-2005, http://hansard.millbanksystems.com/commons/1871/feb/09/address-to-her-majesty-on-her-most.

38. Editorial, *The Times*, 15 de febrero de 1871, p. 9, col. C.

39. «The Eastern Question: The Russian Repudiation of the Treaty of 1856, A New Sebastopol Wanted…», *The New York Times*, 1 de enero de 1871, p. 1.

40. Discurso de Disraeli ante la Cámara de los Comunes, consultado por Internet en Hansard 1803–2005, http://hansard.millbanksystems.com/commons/1871/feb/09/address-to-her-majesty-on-her-most.

41. Keith Neilson, *Britain and the Last Tsar. British Policy and Russia 1894–1917* (Oxford, 1995), p. xiii.

42. Para el análisis definitivo de la Cuestión China, véase Thomas Otte, *The China Question. Great Power Rivalry and British Isolation, 1894–1905* (Oxford, 2007).

43. Payson J. Treat, «The Cause of the Sino-Japanese War, 1894», *The Pacific Historical Review*, 8 (1939), pp. 149-157; Stewart Lone, *Japan's First Modern War. Army and Society in the Conflict with China, 1894–1895* (Londres, 1994), p. 24.

44. Keith Neilson, «Britain, Russia and the Sino-Japanese War», en Keith Neilson, John Berryman e Ian Nish, *The Sino-Japanese War of 1894–1895 in its International Dimension* (Londres, 1994), pp. 1-22.

45. Rolo, *Entente Cordiale*, pp. 64, 108.

46. D. Gillard, *The Struggle for Asia, 1828–1914. A Study in British and Russian Imperialism* (Londres, 1977), pp. 153-166.

47. Godley (subsecretario permanente, Ministerio de India) a Curzon, 10 de noviembre de 1899, citado en Neilson, *Britain and the Last Tsar*, p. 122.

48. Departamento de Inteligencia, Ministerio de la Guerra, «Military Needs of the Empire in a War with France and Russia», 12 de agosto de 1901, citado en ibid., p. 123.

49. Citado ibid., pp. 16-17.

50. Citado en Otte, *China Question*, p. 71.

51. Citado en una carta del agregado militar británico en Pekín a Kimberley, ibid., p. 71.

52. Sobre las reacciones británicas al gradual avance francés desde Indochina y el vínculo con la política de la Entente, véanse J. D. Hargreaves, «Entente Manquée: Anglo-French Relations, 1895–1896», en *Historical Journal*, 11 (1953-1955), pp. 65-92; Otte, *China Question*, p. 330.

53. Neilson, *Britain and the Last Tsar*, p. xiv; Rolo, *Entente Cordiale*, p. 273; sobre Delcassé, Keith M. Wilson, *The Policy of the Entente. Essays on the Determinants of British Foreign Policy, 1904–1914* (Cambridge, 1985), p. 71.

54. Citado en Wilson, *Policy of the Entente*, p. 71.

55. Citado en Neilson, *Britain and the Last Tsar*, p. 22.

56. Ibid., pp. 124-125.

57. Sobre la «prisa febril» de los preparativos militares rusos junto a la frontera india, véase el informe secreto del agregado militar británico H. D. Napier, San Petersburgo, 9 de noviembre de 1904, al que se adjunta Charles Hardinge a Lansdowne, 10 de noviembre de 1904, Documentos Hardinge, Biblioteca de la Universidad de Cambridge, vol. 46.

58. «Demands for Reinforcements by the Government of India», 20 de febrero de 1905, citado en Neilson, *Britain and the Last Tsar*, p. 131.

59. Stanley Wolpert, *Morley and India, 1906–1910* (Berkeley, 1967), p. 80.

60. Neilson, *Britain and the Last Tsar*, pp. 134-135; Wilson, *Policy of the Entente*, p. 7.

61. Grey a Spring Rice, Londres, 22 de diciembre de 1905, citado en Neilson, *Britain and the Last Tsar*, p. 12.

62. Otto, *China Question*, pp. 71, 90, 333.

63. Sobre las pretensiones de Alemania sobre Angra Pequeña, véase Hildebrand, *Das vergangene Reich*, pp. 87-88; también Canis, *Bismarcks Aussenpolitik*, pp. 209-217.

64. Sobre los «cuatro meses de silencio altivo» con que el Gobierno de Salisbury acogió la nota del presidente Cleveland del 20 de julio de 1895, donde protestaba por las agresiones británicas en Venezuela, y la «condescendiente» respuesta del Gobierno inglés a las ulteriores comunicaciones estadounidenses, véase Bradford Perkins, *The Great Rapprochement: England and the United States 1895–1914* (Londres, 1969), pp. 13-16; también H. C. Allen, *Great Britain and the United States: A History of Anglo-American Relations (1783–1952)* (Londres, 1954), pp. 532-541.

65. Comentario de Bismarck sobre la carta del conde Hatzfeldt a Bismarck, 24 de mayo de 1884, *GP*, vol. 4, p. 58.

66. Bülow a Eulenburg, 2 de marzo de 1890, citado en Peter Winzen, *Bülow's Weltmachtkonzept. Untersuchungen zur Frühphase seiner Aussenpolitik 1897–1901* (Boppard

am Rhein, 1977), p. 50.

67. Konrad Canis, *Von Bismarck zur Weltpolitik. Deutsche Aussenpolitik, 1890 bis 1902* (Berlín, 1997), pp. 93-94.

68. Ibid., p. 124.

69. Rolo, *Entente Cordiale*, p. 116.

70. Gordon Martel, *Imperial Diplomacy: Rosebery and the Failure of Foreign Policy* (Londres, 1986), p. 187.

71. Sobre las objeciones alemanas al tratado, véanse Jacques Willequet, *Le Congo Belge et la Weltpolitik (1894–1914)* (Bruselas, 1962), pp. 14-21; Canis, *Von Bismarck zur Weltpolitik*, pp. 134-135; cf. A. J. P. Taylor, «Prelude to Fashoda: The Question of the Upper Nile, 1894–1895», *English Historical Review*, 65 (1950), pp. 52-80.

72. Canis, *Von Bismarck zur Weltpolitik*, pp. 142-143.

73. El texto completo del telegrama a Kruger se encuentra en *GP*, vol. 11, doc. 2610, pp. 31-32.

74. Sobre el desarrollo y las consecuencias de la crisis del Transvaal, véase Harald Rosenbach, *Das deutsche Reich, Grossbritannien und der Transvaal (1896–1902). Anfänge deutsch-britischer Entfremdung* (Gotinga, 1993).

75. Friedrich Kiessling, *Gegen den grossen Krieg? Entspannung in den internationalen Beziehungen 1911–1914* (Múnich, 2002), p. 137.

76. P. Winzen, «Zur Genesis von Weltmachtkonzept und Weltpolitik», en J. C. G. Röhl (ed.), *Der Ort Kaiser Wilhelms in der deutschen Geschichte* (Múnich, 1991), pp. 189-222; aquí pp. 192-193.

77. Jan Rüger, *The Great Naval Game. Britain and Germany in the Age of Empire* (Cambridge, 2007).

78. Gregor Schöllgen, *Imperialismus und Gleichgewicht. Deutschland, England und die orientalische Frage, 1871–1914* (Múnich, 1984), p. 76; Christopher Clark, *Kaiser Wilhelm II. A Life in Power* (Londres, 2008), p. 184.

79. Jonathan Steinberg, *Yesterday's Deterrent; Tirpitz and the Birth of the German Battle Fleet* (Londres, 1965), pp. 71, 101-102, 109; Ivo Nikolai Lambi, *The Navy and German Power Politics, 1862–1914* (Boston, 1984), pp. 68-86.

80. Steinberg, *Yesterday's Deterrent*, p. 201; también pp. 125-148.

81. Citado en Rosenbach, *Transvaal*, p. 70.

82. El texto de este memorándum figura en Steinberg, *Yesterday's Deterrent*, pp. 209-221. Véase también Volker R. Berghahn y Wilhelm Deist (eds.), *Rüstung im Zeichen der wilhelminischen Weltpolitik* (Düsseldorf, 1988), esp. docs. II/11, II/12 y VII/1.

83. Véase James Ainsworth, «Naval Strategic Thought in Britain and Germany 1890–1914», tesis doctoral, Universidad de Cambridge, 2011; sobre el miedo persistente de los británicos al poderío naval francés alrededor de 1900 y la prioridad relati-

vamente baja concedida a la «amenaza alemana», véase Andreas Rose, *Zwischen Empire und Kontinent. Britische Aussenpolitik vor dem Ersten Weltkrieg* (Múnich, 2011), pp. 209-211.

84. Incluso Lord Selborne, citado a menudo como testigo de la acusación a favor de la tesis de que el miedo al poderío naval alemán modificó la estrategia británica, estaba igual de preocupado por las flotas rusa y francesa que por la alemana, véanse Dominik Geppert y Andreas Rose, «Machtpolitik und Flottenbau vor 1914. Zur Neuinterpretation britischer Aussenpolitik im Zeitalter des Hochimperialismus», *Historische Zeitschrift*, 293 (2011), pp. 401-437, aquí p. 409; Rose, *Zwischen Empire und Kontinent*, pp. 223-226.

85. La literatura sobre la rivalidad naval anglo-alemana lleva un tiempo bastante revuelta. La opinión tradicional, defendida en Arthur J. Marder, *From the Dreadnought to Scapa Flow. The Royal Navy in the Fischer Era, 1904–1919* (5 vols., Oxford, 1961-1970), de que la amenaza alemana dominó y transformó las ideas de la marina británica ha sido puesta en duda en numerosos estudios más recientes; véase, por ejemplo: Jon T. Sumida, «Sir John Fischer and the Dreadnought. The Sources of Naval Mythology», *The Journal of Military History*, 59 (1995), pp. 619-638; Charles H. Fairbanks Jr., «The Origins of the Dreadnought Revolution. A Historiographical Essay», *International History Review*, 13 (1991), pp. 246-272; Nicholas A. Lambert, «Admiral Sir John Fischer and the Concept of Flotilla Defence, 1904–1909», *The Journal of Military History*, 59 (1995), pp. 639-660. El estudio revisionista más importante es ahora Rose, *Zwischen Empire und Kontinent*.

86. Citado en Niall Ferguson, *Pity of War* (Londres, 1998), p. 71.

87. Hardinge, Wilson y Grey citado en Wilson, *Policy of the Entente*, p. 106.

88. Rose, *Zwischen Empire und Kontinent*, pp. 202-217 y 404-424; sobre la «renuncia» de Tirpitz a la carrera armamentista, véase Hew Strachan, *The First World War* (Oxford, 2001), p. 33 [*La Primera Guerra Mundial*, Barcelona, Crítica, 2004].

89. Hans Delbrück en *Preussische Jahrbücher*, 87 (1897), p. 402, citado en Canis, *Von Bismarck zur Weltpolitik*, p. 225.

90. Bernhard von Bülow, discurso ante el Reichstag el 6 de diciembre de 1897, en Johannes Penzler (ed.), *Fürst Bülows nebst urkundlichen Beiträgen zu seiner Politik. Mit Erlaubnis des Reichskanzlers gesammelt und herausgegeben* (2 vols., Berlín, 1907), vol. 1, 1897-1903, p. 6.

91. Canis, *Von Bismarck zur Weltpolitik*, pp. 255-256.

92. Waldersee, anotación en su diario, 13 de julio de 1900, en Heinrich Otto Meisner, *Denkwürdigkeiten des General-Feldmarschalls Alfred Grafen von Waldersee* (3 vols., Stuttgart, 1922-1923), vol. 2, p. 449.

93. George C. Herring, *From Colony to Superpower: US Foreign Relations since 1776* (Nueva York, 2009), p. 307; Ferguson, *Pity of War*, pp. 54-55.

94. Citado en Paul Kennedy, *The Rise of the Anglo-German Antagonism, 1860–1914* (Londres, 1980), pp. 365, 236.

95. Sobre la *Weltpolitik* como instrumento «imperialista social» concebido para fines de política nacional, véase sobre todo el clásico de Hans-Ulrich Wehler, *Das deutsche Kaiserreich 1871–1918* (Gotinga, 1973), p. 178; id., *Deutsche Gesellschaftsgeschichte* (5 vols., Múnich, 1987-2008), vol. 3, p. 1139; una idea similar se presenta en Wolfgang M. Mommsen, *Grossmachtstellung und Weltpolitik. Die Aussenpolitik des Deutschen Reiches, 1870 bis 1914* (Frankfurt, 1993), pp. 139-140; sobre la Armada como instrumento para la «gestión de la crisis» interna, véase Volker Berghahn, *Der Tirpitz-Plan. Genesis und Verfall einer innenpolitischen Krisenstrategie unter Wilhelm II.* (Düsseldorf, 1971), pp. 11-20, 592-604 y pássim.

96. Guillermo II a Bülow, Syracuse, 19 de abril de 1904, en *GP*, vol. 20/1, doc. 6378, pp. 22-23.

97. Guillermo II al zar Nicolás II, 11 de febrero de 1904, en W. Goetz (ed.), *Briefe Kaiser Wilhelms II. an den Zaren, 1894–1914* (Berlín, 1920), pp. 337-338.

98. Guillermo II a Nicolás II, 6 de junio, 19 de agosto 1904, ibid., pp. 340-341.

99. Delcassé a Barrère, 28 de febrero de 1900, citado en Andrew, *Delcassé*, p. 151.

100. Abel Combarieu, *Sept ans à l'Élysée avec le président Émile Loubet: de l'affaire Dreyfus à la conférence d'Algésiras, 1899–1906* (París, 1932), pp. 183-184.

101. Citado en Andrew, *Delcassé*, p. 271; Samuel R. Williamson, *The Politics of Grand Strategy. Britain and France Prepare for War, 1904–1914* (Cambridge, MA, 1969), p. 14; cf. J. C. G. Röhl, *Wilhelm II. Der Weg in den Abgrund, 1900–1941* (Múnich, 2008), p. 372.

102. Metternich (embajador alemán en Londres) al Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, Londres, 4 de junio de 1904, *GP*, vol. 20/1, doc. 6384, pp. 29-30.

103. Hildebrand, *Das vergangene Reich*, pp. 222-223; Williamson, *Grand Strategy*, pp. 31-32.

104. «The German Emperor at Tangier», *The Times*, 1 de abril de 1905, p. 5, col. A.

105. «The Morocco Question», *The Times*, 8 de enero de 1906, p. 9, col. A.

106. Katherine Lerman, *The Chancellor as Courtier: Bernhard von Bülow and the Governance of Germany, 1900–1909* (Cambridge, 1990), pp. 147-148; sobre la «inutilidad» de la Triple Alianza, véase príncipe Max von Lichnowsky, *My Mission to London, 1912–1914* (Londres, 1929), p. 3.

107. Kennedy, *Anglo-German Antagonism*, p. 280.

108. Hardinge a Nicolson, Londres, 26 de marzo de 1909, citado en Zara S. Steiner, *The Foreign Office and Foreign Policy, 1898–1914* (Cambridge, 1969), p. 95.

109. Marina Soroka, *Britain, Russia and the Road to the First World War. The Fateful Embassy of Count Aleksandr Benckendorff (1903–1916)* (Londres, 2011), p. 146; Rogers

Platt Churchill, *The Anglo-Russian Convention of 1907* (Cedar Rapids, 1939), p. 340; David MacLaren McDonald, *United Government and Foreign Policy in Russia, 1900–1914* (Cambridge, MA, 1992), p. 110.

110. Para una explicación que hace justicia a las presiones que ejerció la periferia sobre la diplomacia europea, véanse Thomas Otte, *China Question*, id., *The Foreign Office Mind. The Making of British Foreign Policy, 1865–1914* (Cambridge, 2011); Nils Petersson, *Imperialismus und Modernisierung. Siam, China und die europäischen Mächte, 1895–1914* (Múnich, 2000); para una crítica de las bases teórica y empírica de la «opinión de consenso» de que los propios poderes alemanes «provocaron» su propio aislamiento por su atroz comportamiento internacional, véase Paul W. Schroeder, «Embedded Counterfactuals and World War I as an Unavoidable War», se puede consultar por Internet en http://ir.emu.edu.tr/staff/ekaymak/courses/IR515/Articles/Schroeder%20on%20counterfactuals.pdf; pp. 28-29 y passim.

111. Fiona K. Tomaszewski, *A Great Russia. Russia and the Triple Entente* (Westport, 2002), p. 68.

112. Lansdowne a Bertie, Londres, 22 de abril de 1905, *BD*, vol. 3, doc. 90, pp. 72-73.

113. Memorándum de la embajada británica en París, París, 24 de abril de 1905, *DDF*, serie 2, vol. 6, doc. 347, pp. 414-415; sobre el desconocimiento de Delcassé de los supuestos designios alemanes de conseguir un puerto en la costa occidental de Marruecos, véase la nota 5 de id.

114. Conversación entre Delcassé y Paléologue el 26 de abril, recogida en Maurice Paléologue, *The Turning Point. Three Critical Years 1904–1906*, trad. F. Appleby Holt (Londres, 1935), p. 233.

115. Andrew, *Delcassé*, pp. 283-285; sobre el «antialemanismo» de Fisher: Strachan, *First World War*, p. 18.

116. Steiner, *Foreign Office*, pp. 100, 102.

117. Véanse, por ejemplo, las memorandos adjuntados por Grey, Crowe y Edward VII a distintas cartas de Cartwright a Grey; Múnich, 12 de enero de 1907, 23 de abril de 1907, 7 de agosto de 1907, 8 de enero de 1908, *BD*, vol. 6, docs. 2, 16, 23; y los memorandos adjuntos al despacho de Cartwright desde Múnich el 8 de enero de 1908, pp. 11, 32, 42, 108. Sidney B. Fay analiza la reacción de Londres a los despachos de Cartwright en su revisión de este volumen en Gooch y Temperley, *British Documents in American Historical Review*, 36 (1930), pp. 151-155.

118. G. S. Spicer, memorándum adjunto a Bertie a Grey, París, 12 de septiembre de 1907, *BD*, vol. 6, doc. 35, pp. 55-58, aquí p. 56.

119. Edward Grey, *Twenty-Five Years, 1892–1916* (2 vols., Londres, 1925), vol. 1, p. 33.

120. Eyre Crowe, «Memorandum on the Present State of British Relations with France and Germany», 1 de enero de 1907, *BD*, vol. 3, apéndice al doc. 445, pp. 397-

420, aquí p. 406.

121. Grey, *Twenty-Five Years*, vol. 2, p. 29; J. A. S. Grenville, *Lord Salisbury and Foreign Policy. The Close of the Nineteenth Century* (Londres, 1970), p. 213.

122. Memorándum de Hardinge, con fecha del 10 de noviembre de 1909, adjunto a Goschen a Grey, Berlín, 4 de noviembre de 1909, *BD*, vol. 6, doc. 204, pp. 304-312, aquí p. 311; para un análisis sugerente y cáusticamente revisionista de esta y otras declaraciones, véase Keith M. Wilson, *The Policy of the Entente. Essays on the Determinants of British Foreign Policy, 1904–1914* (Cambridge, 1985), p. 100.

123. Eyre Crowe, «Memorandum on the Present State of British Relations with France and Germany», 1 de enero de 1907, *BD*, vol. 3, apéndice al doc. 445, pp. 397-420, aquí p. 406. Sobre la consolidación de la «Falange antialemana» en la cúspide del Foreign Office, véase Jürgen Angelow, *Der Weg in die Urkatastrophe. Der Zerfall des alten Europas 1900–1914* (Berlín, 2010), pp. 51-52.

124. Estas cifras están sacadas de Hans-Ulrich Wehler, *Deutsche Gesellschaftsgeschichte* (5 vols., Múnich, 2008), vol. 3, *Von der "deutschen Doppelrevolution" bis zum Beginn des Ersten Weltkrieges, 1849–1914*, pp. 610-612.

125. Clive Trebilcock, *The Industrialisation of the Continental Powers 1780–1914* (Londres, 1981), p. 22.

126. Keith Neilson, «Quot homines, tot sententiae: Bertie, Hardinge, Nicolson and British Policy, 1906–1916», manuscrito inédito; estoy sumamente agradecido al profesor Neilson por dejarme ver una versión del texto completo antes de su publicación.

127. Carta personal de Hardinge a Bertie, 14 de febrero de 1904, Bertie Papers, TNA, FO 800/176; carta personal de Hardinge a Bertie, 11 de mayo de 1904, Bertie Papers, ibid., FO 800/183, ambas citadas en Neilson, «Quot homines, tot sententiae».

128. Keith Neilson, «My Beloved Russians: Sir Arthur Nicolson and Russia, 1906–1916», *International History Review*, 9/4 (1987), pp. 521-554, aquí pp. 524-525.

129. «The Invention of Germany» es el título del sexto capítulo de Wilson, *Policy of the Entente*, pp. 100-120.

130. Sobre la preocupación británica de su capacidad defensiva tras la Guerra de los Boers, véanse Aaron L. Friedberg, *The Weary Titan. Britain and the Experience of Relative Decline, 1895–1905* (Princeton, 1988), pp. 232-234 y passim; David Reynolds, *Britannia Overruled. British Policy and World Power in the Twentieth Century* (2ª ed., Harlow, 2000), pp. 63-67.

131. Sobre este rasgo de la política exterior estadounidense, véase John A. Thompson, «The Exaggeration of American Vulnerability: The Anatomy of a Tradition», *Diplomatic History*, 16/1 (1992), pp. 23-43.

132. Ejemplos de esta clase de fantasías pueden verse en A. Dekhnewallah (seud.), *The Great Russian Invasion of India. A Sequel to the Afghanistan Campaign of 1879–9* (Londres, 1879); William Le Queux, *The Great War in England in 1897* (Londres, 1894), pronostica una invasión franco-rusa de Gran Bretaña que se ve frustrada por la valiente intervención del Imperio Alemán); para un excelente resumen, véase I. F. Clarke, *Voices Prophesying War, 1763–1984* (Londres, 1970).

133. Anotación en su diario, 29 de noviembre de 1906, en Paléologue, *The Turning Point*, p. 328.

134. David M. McDonald, *United Government and Foreign Policy in Russia 1900–1914* (Cambridge, MA, 1992), pp. 103-111.

135. E. W. Edwards, «The Franco-German Agreement on Morocco, 1909», *English Historical Review*, 78 (1963), pp. 483-513, aquí p. 413; sobre la respuesta hostil de británicos y rusos, véanse la carta de Paul Cambon a Jules Cambon, 9 de diciembre de 1911, en Paul Cambon, *Correspondance 1870–1924* (3 vols., París, 1940-1946), vol. 2, pp. 354-355; Jean-Claude Allain, *Agadir, 1911. Une Crise impérialiste en Europe pour la conquête du Maroc* (París, 1976), pp. 232-246.

136. Hildebrand, *Das vergangene Reich*, pp. 256-257; Uwe Liszkowski, *Zwischen Liberalismus und Imperialismus. Die zaristische Aussenpolitik vor dem Ersten Weltkrieg im Urteil Miljukovs und der Kadettenpartei, 1905–1914* (Stuttgart, 1974), pp. 70, 156; sobre las tendencias a favor de la distensión en general durante este periodo, véase Kiessling, *Gegen den grossen Krieg?*, pássim.

1. Johannes Paulmann, *Pomp und Politik: Monarchenbegegnungen in Europa zwischen Ancien Régime und Erstem Weltkrieg* (Paderborn, 2000), pp. 338-340.

2. Sobre la capacidad del káiser para modular el lenguaje con el que los alemanes corrientes entendían las relaciones, véase Michael A. Obst, «*Einer nur ist Herr im Reiche». Wilhelm II als politischer Redner* (Paderborn, 2010), pp. 406-407.

3. Christopher Hibbert, *Edward VII. A Portrait* (Londres, 1976), p. 282.

4. Virginia Cowles, *Edward VII and His Circle* (Londres, 1956), p. 110.

5. Zara S. Steiner, *The Foreign Office and Foreign Policy, 1898–1914* (Cambridge, 1969), pp. 69-71.

6. Robert e Isabelle Tombs, *That Sweet Enemy. The French and British from the Sun King to the Present* (Londres, 2006), p. 438; Hibbert, *Edward VII*, pp. 259 (cita), 258; Roderick McLean, *Royalty and Diplomacy in Europe, 1890–1914* (Cambridge, 2001), pp. 147-148.

7. Citado en Hibbert, *Edward VII*, pp. 261-262.

8. Harold Nicolson, *King George the Fifth* (Londres, 1952), p. 175.

9. Kenneth Rose, *George V* (Londres, 1983), p. 166.

10. Nicolson, *King George the Fifth*, p. 175.

11. Citado en Miranda Carter, *The Three Emperors. Three Cousins, Three Empires and the Road to World War One* (Londres, 2009), p. 82.

12. D. C. B. Lieven, *Nicholas II. Emperor of All the Russias* (Londres, 1993), p. 117.

13. Citado en David M. McDonald, *United Government and Foreign Policy in Russia 1900–1914* (Cambridge, MA, 1992), p. 31.

14. Citado en Lieven, *Nicholas II*, p. 97.

15. McDonald, *United Government*, pp. 38-57.

16. Lieven, *Nicholas II*, p. 100.

17. McDonald, *United Government*, p. 106.

18. Ibid., pp. 168-198.

19. J. C. G. Röhl, *Germany Without Bismarck. The Crisis of Government in the Second Reich, 1890–1900* (Londres, 1967); id., «The "kingship mechanism" in the Kaiserreich», en Röhl, *The Kaiser and His Court. Wilhelm II and the Government of Germany*, trad. T. F. Cole (Cambridge, 1994), pp. 107-130; Hans-Ulrich Wehler, *Das deutsche Kaiserreich, 1871–1918* (Gotinga, 1973), pp. 60-69; id., *Deutsche Gesellschaftsgeschichte* (5 vols., Múnich, 1995), vol. 3, pp. 1016-1020.

20. L. Cecil, «Der diplomatische Dienst im kaiserlichen Deutschland», en K. Schwabe (ed.), *Das diplomatische Korps, 1871–1945* (Boppard am Rhein, 1985), pp. 15-39, aquí p. 39.

21. Citado en J. C. G. Röhl, «Kaiser Wilhelm II: A Suitable Case for Treatment?», en id., *The Kaiser and His Court. Wilhelm II and the Government of Germany* (Cambridge, 1994), pp. 2-27, aquí p. 12.

22. J. C. G. Röhl, «The Splendour and Impotence of the German Diplomatic Service», en id., *The Kaiser and His Court*, pp. 150-161, aquí p. 159; F.-C. Stahl, «Preussische Armee und Reichsheer, 1871–1914», en O. Hauser, *Zur Problematik Preussen und das Reich* (Colonia y Viena, 1984), pp. 181-245, aquí p. 202; Johannes Paulmann, «"Dearest Nicky..." Monarchical Relations between Prussia, the German Empire and Russia during the Nineteenth Century», en R. Bartlet y K. Schönwalder (eds.), *The German Lands and Eastern Europe. Essays on the History of Their Social, Cultural and Political Relations* (Londres, 1999), pp. 157-181.

23. El relato crítico más fidedigno lo encontramos en J. C. G. Röhl, *Wilhelm II. Der Weg in den Abgrund 1900–1941* (Múnich, 2008), p. 26.

24. O'Brien a Elihu Root, Berlín, 7 de abril de 1906, citado en Alfred Vagts, *Deutschland und die Vereinigten Staaten in der Weltpolitik* (2 vols., Nueva York, 1935), p. 1878, citado en Röhl, *Der Weg in den Abgrund*, p. 488.

25. Ragnhild Fiebig-von Hase, «Die Rolle Kaiser Wilhelms II in den deutschamerikanischen Beziehungen, 1890–1914», en John C. G. Röhl (ed.), *Wilhelm II* (Múnich, 1991), pp. 223-257, aquí p. 251; id., *Der Weg in den Abgrund*, p. 653.

26. Röhl, *Der Weg in den Abgrund*, pp. 253, 125, 109, 269.

27. Véase Holstein a Eulenburg, Berlín, 20 de octubre de 1891, en Röhl (ed.), *Philipp Eulenburgs Politische Korrespondenz* (3 vols., Boppard am Rhein, 1976-1983), vol. 1, p. 716.

28. Röhl, *Der Weg in den Abgrund*, pp. 82, 90.

29. Harald Rosenbach, *Das deutsche Reich, Grossbritannien und der Transvaal (1896–1902). Anfänge deutsch-britischer Entfremdung* (Gotinga, 1993), pp. 58-61; sobre la confusión parecida que había en la política del káiser en el Lejano Oriente, véase Gordon Craig, *Germany 1866–1945* (Oxford, 1981), p. 244.

30. Röhl, *Der Weg in den Abgrund*, p. 375; Holger Afflerbach, *Falkenhayn: Politisches Denken und Handeln im Kaiserreich* (Múnich, 1994), pp. 58-59.

31. Este episodio se discute en Röhl, *Der Weg in den Abgrund*, p. 348.

32. K. Hildebrand, *Das vergangene Reich. Deutsche Aussenpolitik von Bismarck bis Hitler 1871–1945* (Stuttgart, 1995), pp. 155-156; Rainer Lahme, *Deutsche Aussenpolitik 1890–1894. Von der Gleichgewichtspolitik Bismarcks zur Allianzstrategie Caprivis* (Gotinga, 1994), p. 18; N. Rich, M. H. Fisher y W. Frauendienst (eds.), *Die geheimen Papiere Friedrich von Holsteins* (4 vols., Gotinga, Berlín, Frankfurt, 1957), vol. 1, p. 130.

33. Guillermo a Bülow, 11 de agosto de 1905, en *GP*, vol. 19/2, pp. 496-498; véanse también Katherine Lerman, *The Chancellor as Courtier Bernhard von Bülow and the*

Governance of Germany, 1900–1909 (Cambridge, 1990), pp. 129-130; Christopher Clark, *Kaiser Wilhelm II. A Life in Power* (Londres, 2008), pp. 99-100.

34. Röhl, *Der Weg in den Abgrund*, p. 543.

35. Ibid., pp. 366, 473; Holstein, nota sin fecha, Rich, Fischer y Frauendienst (eds.), *Geheime Papiere*, vol. 4, p. 366.

36. Jules Cambon a Maurice Paléologue, Berlín, 10 de mayo de 1912, AMAE PA-AP, 43 Jules Cambon 56, fo. 204.

37. Jean-Paul Bled, *Franz Joseph*, trad. Theresa Bridgeman (Londres, 1994), pp. 200-203.

38. R. J. B. Bosworth, *Italy, the Least of the Great Powers: Italian Foreign Policy before the First World War* (Cambridge, 1979), pp. 14-17.

39. Fortunato Minniti, «Gli Stati Maggiori e la politica estera italiana», en R. J. B. Bosworth y Sergio Romano (eds.), *La Politica estera italiana (1860–1985)* (Bolonia, 1991), pp. 91-120, aquí p. 120; Bosworth, *Italy, the Least of the Great Powers*, p. 219.

40. Lieven, *Nicholas II*, p. 105.

41. Sus hijos, por ejemplo, jugaban con los hijos de los embajadores de países amigos, véase Helene Izvolsky, «The Fateful Years: 1906–1911», *Russian Review*, 28/2 (1969), pp. 191-206.

42. David MacLaren McDonald, *United Government and Foreign Policy in Russia, 1900–1914* (Cambridge, MA, 1992), pp. 84-85, 94-96.

43. Memorándum de Edward Grey, 15 de marzo de 1907; Grey a Nicolson, Londres, 19 de marzo de 1907, TNA FO 418/38, fos. 79, 90-91.

44. Paul Miliukov, *Political Memoirs 1905–1917*, trad. Carl Goldberg (Ann Arbor, 1967), p. 184.

45. McDonald, *United Government*, pp. 153, 157-158; Andrew Rossos, *Russia and the Balkans. Inter-Balkan Rivalries and Russian Foreign Policy 1908–1914* (Toronto, 1981), p. 11; Ronald Bobroff, *Roads to Glory. Late Imperial Russia and the Turkish Straits* (Londres, 2006), pp. 13-15.

46. Sobre los antecedentes del Acuerdo de Potsdam, véase I. I. Astaf'ev, *Russkogermanskie diplomaticheskie otnosheniia, 1905–1911 g.g.* (Moscú, 1972).

47. Sobre Hartwig, véase Rossos, *Russia and the Balkans*, pp. 50-51; sobre la diplomacia de Charykov en 1911, véase Bobroff, *Roads to Glory*, pp. 23-26.

48. McDonald, *United Government*, p. 166.

49. Citado en Lieven, *Nicholas II*, p. 82.

50. Rossos, *Russia and the Balkans*, p. 9; Uwe Liszkowski, *Zwischen Liberalismus und Imperialismus. Die zaristische Aussenpolitik vor dem Ersten Weltkrieg im Urteil Miljukovs und der Kadettenpartei 1905–1914* (Stuttgart, 1974), pp. 173-174.

51. Sobre este aspecto de la política rusa, véase Dietrich Geyer, *Russian Imperialism. The Interaction of Domestic and Foreign Policy 1860–1914*, trad. Bruce Little (Leamington Spa, 1987), pp. 293-317 y pássim.

52. M. B. Hayne, *The French Foreign Office and the Origins of the First World War, 1898–1914* (Oxford, 1993), p. 34.

53. Ibid., p. 81.

54. «Un Diplomate» (seud.), *Paul Cambon, ambassadeur de France* (París, 1937), p. 234.

55. Hayne, *French Foreign Office*, pp. 84, 103.

56. Ibid., p. 85.

57. Ibid., pp. 174, 200.

58. Sobre el Acuerdo de Marruecos del 8 de febrero de 1909, véase Paul Cambon a Henri Cambon, 7 de febrero de 1909, en Cambon, *Correspondance*, vol. 2, pp. 272-273.

59. Hayne, *French Foreign Office*, pp. 199, 207

60. Herbette, «Relations avec la France de 1902 à 1908. Notes de Maurice Herbette», AMAE NS Allemagne 26, esp. fos. 3 verso, 25, 27, 34, 36, 37, 58, 87, 91, 113, 150, 160, 175, 182, 200, 212, 219, 249, 343; para un análisis de este documento, véase Hayne, *French Foreign Office*, p. 209.

61. Citado en Jean-Claude Allain, *Agadir. Une Crise impérialiste en Europe pour la conquête du Maroc* (París, 1976), p. 284; véase también Hayne, *French Foreign Office*, p. 212; sobre el manejo por parte de Francia de sus relaciones con Alemania en Marruecos, véase también E. Oncken, *Panthersprung nach Agadir. Die deutsche Politik während der zweiten Marokkokrise 1911* (Düsseldorf, 1981), pp. 98-109.

62. E.W. Edwards, «The Franco-German Agreement on Morocco, 1909», *English Historical Review*, 78 (1963), pp. 483-513.

63. Para un análisis sutil de la transición hacia una «diplomacia aventurerista» en París en 1910-1911, véase Allain, *Agadir*, pp. 279-297.

64. Hildebrand, *Das vergangene Reich*, p. 161.

65. Wolfgang J. Mommsen, *Grossmachtstellung und Weltpolitik. Die Aussenpolitik des Deutschen Reiches, 1870 bis 1914* (Frankfurt, 1993), p. 125.

66. Geoff Eley, «The View from the Throne: The Personal Rule of Kaiser Wilhelm II», *Historical Journal*, 28/2 (1985), pp. 469-485.

67. Holstein a Eulenburg, Berlín, 3 de febrero de 1897; véase también Eulenburg a Holstein, Viena, 7 de febrero de 1897, en Rich, Fisher y Frauendienst (eds.), *Die geheimen Papiere*, docs. 599 y 601, vol. 4, pp. 8, 12; véase también Hohenlohe a Eulenburg, Berlín, 4 de febrero de 1897, en C. Z. Hohenlohe-Schillingsfürst, *Denkwürdigkeiten der Reichskanzlerzeit,* ed. K. A. v. Müller (Stuttgart, Berlín,1931), p. 297.

68. Lerman, *Chancellor as Courtier*, p. 110.

69. Guillermo a Bülow, 11 de agosto de 1905, en *GP*, vol. 19/2, pp. 496-498; véase también Lerman, *Chancellor as Courtier*, pp. 129-130.

70. Peter Winzen, *Reichskanzler Bernhard Fürst von Bülow: Weltmachtstratege ohne Fortune, Wegbereiter der grossen Katastrophe* (Gotinga, 2003), pp. 134-146.

71. Lerman, *Chancellor as Courtier*, p. 258.

72. Konrad H. Jarausch, *The Enigmatic Chancellor. Bethmann Hollweg and the Hubris of Imperial Germany* (New Haven, 1973), pp. 72, 110.

73. Sir Edward y Lady Grey, *Cottage Book. The Undiscovered Country Diary of an Edwardian Statesman,* ed. Michael Waterhouse (Londres, 2001), p. 63; sobre la manifiesta aversión hacia la vida política de Grey, véase también p. 21.

74. Spring-Rice a Ferguson (Lord Nova), 16 de julio de 1898, en Stephen Gwynn (ed.), *The Letters and Friendships of Sir Cecil Spring-Rice* (Londres, 1929) pp. 252-253.

75. Arthur Ponsonby, citado en Steiner, *British Foreign Office*, p. 84.

76. Ibid., p. 92.

77. Ibid., p. 91.

78. Dominik Geppert, *Pressekriege. Öffentlichkeit und Diplomatie in den deutsch-britischen Beziehungen (1896–1912)* (Múnich, 2007), pp. 412-418.

79. Sobre las relaciones de las élites con Alemania, véase Thomas Weber, «*Our Friend "The Enemy"». Elite Education in Britain and Germany before World War I* (Stanford, 2008).

80. Discurso de Grey en el Eighty Club, relatado en *The Times*, 1 de junio de 1905, p. 12, col. B.

81. Jean-Claude Allain, *Joseph Caillaux* (2 vols., París, 1978), vol. 1, esp. pp. 327-333; W. Henry Cooke, «Joseph Caillaux. Statesman of the Third Republic», *Pacific Historical Review*, 13/3 (1944), pp. 292-297.

82. Allain, *Joseph Caillaux*, vol. 1, p. 388.

83. John Keiger, *France and the Origins of the First World War* (Londres, 1983), pp. 35, 42.

84. Allain, *Agadir*, p. 402.

85. Ralf Forsbach, *Alfred von Kiderlen-Wächter (1852–1912). Ein Diplomatenleben im Kaiserreich* (2 vols., Gotinga, 1997), vol. 2, pp. 500-501.

86. Oscar Freiherr von der Lancken-Wakenitz a Langwerth von Simmern, París, 21 de agosto de 1911, *GP*, vol. 29, doc. 10717.

87. Sobre el hecho de que Kiderlen no mantuviera a Bethmann Hollweg informado de los acontecimientos, véase la anotación del diario de Kurt Riezler de 30 de julio de 1911, en Karl Dietrich Erdmann (ed.), *Kurt Riezler. Tagebücher, Aufsätze, Dokumente* (Gotinga, 1972), pp. 178-179.

88. Informe de Schoen al Ministerio de Asuntos Exteriores de Berlín, París, 7 de mayo de 1911, *GP*, vol. 29, doc. 10554, fo. 113.

89. David Stevenson, *Armaments and the Coming of War: Europe 1904–1914* (Cambridge, 1996), pp. 182-183; Oncken, *Panthersprung*, pp. 136-144; sobre la misión del *Panther* como manifestación de la «prudencia» y el deseo de Kiderlen de evitar «complicaciones bélicas», véase esp. Allain, *Agadir*, p. 333.

90. G. P. Gooch, «Kiderlen-Wächter», *Cambridge Historical Journal*, 5/2 (1936), pp. 178-192, aquí p. 187.

91. Forsbach, *Kiderlen-Wächter*, pp. 469, 471, 474, 476, 477.

92. Estos comentarios constan en «Indications données à M. Stéphen Pichon à M. de Margerie, 18 October 1918», en AMAE, NS Allemagne 51, fo. 202, citado en Stefan Schmidt, *Frankreichs Aussenpolitik in der Julikrise 1914. Ein Beitrag zur Geschichte des Ausbruchs des Ersten Weltrieges* (Múnich, 2009), p. 228.

93. Grey a Bertie, 19 y 20 de julio de 1911; Bertie a Grey, 21 de julio de 1911, *BD*, vol. 7, docs. 397, 405, 408, pp. 376, 382, 385; véase también Samuel R. Williamson, *The Politics of Grand Strategy. Britain and France Prepare for War, 1904–1914* (Cambridge, MA, 1969), pp. 146-147.

94. Keith M. Wilson, «The Agadir Crisis, the Mansion House Speech and the Double-edgedness of Agreements», *Historical Journal*, 15/3 (1972), p. 517.

95. Bertie a Grey, París, 17 de julio de 1911, *BD*, vol. 7, doc. 391, pp. 370-371.

96. Grey a Goschen, Londres, 21 de julio de 1911, ibid., doc. 411, p. 390.

97. «Mr Lloyd George on British Prestige», *The Times*, 22 de julio de 1911, p. 7, col. A.

98. Stevenson, *Armaments*, p. 186.

99. Timothy Boyle, «New Light on Lloyd George's Mansion House Speech», *Historical Journal*, 23/2 (1980), pp. 431-433; sobre el sesgo antialemán del discurso, véase Richard A. Cosgrove, «A Note on Lloyd George's Speech at the Mansion House, 21 July 1911», *Historical Journal*, 12/4 (1969), pp. 698-701; sobre la planificiación de los imperialistas liberales que hay detrás del discurso, véase Wilson, «The Agadir Crisis», pp. 513-532; también id., *The Policy of the Entente. Essays on the Determinants of British Foreign Policy, 1904–1914* (Cambridge, 1985), p. 27; Williamson, *Grand Strategy*, pp. 153-155.

100. Citado en Wilson, «The Agadir Crisis», pp. 513-514.

101. Wilson, *Policy of the Entente*, p. 27.

102. Steiner, *British Foreign Office*, p. 125.

103. Sobre el lugar que ocupa la «opción de la guerra» en la política de Grey, véase Jost Dülffer, Martin Kröger y Rolf-Harald Wippich, *Vermiedene Kriege. Deeskalation*

von Konflikten der Grossmächte zwischen Krimkrieg und Ersten Weltkrieg 1856–1914 (Múnich, 1997), p. 639.

104. Bethmann a Metternich, 22 de noviembre de 1911, *GP*, vol. 29, doc. 10657, pp. 261-266 (sobre «la orden de prepararse para la guerra» del gobierno británico); Bethmann a Metternich, 22 de noviembre de 1911, *GP*, vol. 31, doc. 11321, pp. 31-33 (p. 32 sobre la «disposición a atacar»). Sobre el papel británico en la escalada de la crisis, Hew Strachan, *The First World War* (Oxford, 2001), p. 26.

105. Aehrenthal, audiencia con el emperador Francisco José, Mendel, 3 de agosto de 1911, *ÖUAP*, vol. 3, doc. 2579, pp. 292-294, aquí p. 294.

106. Conversación entre Kiderlen y Osten-Sacken, referida en Osten-Sacken a Neratov, Berlín, 20 de agosto de 1911, *IBZI*, serie 3, vol. 1, part 1, doc. 238, p. 344.

107. Friedrich Kiessling, *Gegen den grossen Krieg? Entspannung in den internationalen Beziehungen, 1911–1914* (Múnich, 2002), p. 59.

108. Wilson, *Policy of the Entente*, pp. 31-36.

109. Ibid., p. 29.

110. Williamson, *Grand Strategy*, p. 46; Christopher Andrew, *Théophile Delcassé and the Making of the Entente Cordiale. A Reappraisal of French Foreign Policy (1898–1905)* (Londres, 1968), pp. 283-284; sobre la participación de Haldane en estos acontecimientos, véase Edward M. Spiers, *Haldane. An Army Reformer* (Edimburgo, 1980), p. 78.

111. Williamson, *Grand Strategy*, esp. cap. 7.

112. Wilson, *Policy of the Entente*, p. 123.

113. Schmidt, *Frankreichs Aussenpolitik*, pp. 156-171, 196.

114. Barón Guillaume a Davignon, 14 de abril de 1913, MAEB AD, France 11, «Correspondance politique–légations».

115. Edward House, *The Intimate Papers of Edward House* (2 vols., Londres, 1926), vol. 1, *Behind the Political Curtain, 1912–1915*, pp. 254-255.

116. Le debo esta perla al profesor Laurence W. Martin, autor de *Peace Without Victory. Woodrow Wilson and the British Liberals* (Port Washington, 1973).

117. Peter Gatrell, *Government, Industry and Rearmament in Russia, 1900–1914. The Last Argument of Tsarism* (Cambridge, 1994), pp. 128-129; William C. Fuller, *Strategy and Power in Russia, 1600–1914* (Nueva York, 1992), p. 411; Stevenson, *Armaments*, p. 156.

118. Gatrell, *Government*, pp. 147-148.

119. V. A. Sukhomlinov, *Erinnerungen* (Berlín, 1924), pp. 271-277; V. N. Kokovtsov, *Out of My Past: The Memoirs of Count Kokovtsov, Russian Minister of Finance, 1904–1914, Chairman of the Council of Ministers, 1911–1914*, ed. H. H. Fischer, trad. Laura Matveev (Stanford, 1935), pp. 229, 313-315.

120. Stevenson, *Armaments*, p. 178.

121. Peter-Christian Witt, *Die Finanzpolitik des Deutschen Reiches von 1903 bis 1913. Eine Studie zur Innenpolitik des wilhelminischen Deutschland* (Lübeck, 1970), pp. 318-320, 323.

122. Stig Förster, *Der doppelte Militarismus. Die deutsche Heeresrüstungspolitik zwischen Status-Quo-Sicherung und Aggression, 1890–1913* (Stuttgart y Wiesbaden, 1985), pp. 112-116, 224.

123. Véase Terence Zuber, *Inventing the Schlieffen Plan* (Oxford, 2002), pássim.

124. Sobre las restricciones estructurales del gasto militar del Reich, véase Niall Ferguson, «Public Finance and National Security. The Domestic Origins of the First World War Revisited», *Past & Present*, 142 (1994), pp. 141-168.

125. Karl von Einem a Bernhard von Bülow, 18 de junio de 1906, citado en David G. Herrmann, *The Arming of Europe and the Making of the First World War* (Princeton, 1996) , p. 67.

126. Annika Mombauer, *Helmuth von Moltke and the Origins of the First World War* (Cambridge, 2001), p. 88.

127. Herrmann, *The Arming of Europe*, pp. 64-65.

128. Conrad, citado ibid., p. 98; Stevenson, *Armaments*, p. 6; Norman Stone, «Army and Society in the Habsburg Monarchy 1900–1914», *Past & Present*, 33 (abril de 1966), pp. 95-111; István Deák, «The Fall of Austria-Hungary: Peace, Stability, and Legitimacy», en Geir Lundestad (ed.), *The Fall of Great Powers* (Oxford, 1994), p. 89.

129. Sobre la lucha por la financiación, véanse Joseph Joffre, *Mémoires du Maréchal Joffre (1910–1917)* (París, 1932), pp. 41-59, citado p. 58; Gerd Krumeich, *Armaments and Politics in France on the Eve of the First World War. The Introduction of the Three-Year Conscription 1913–1914*, trad. Stephen Conn (Leamington Spa, 1984); Stevenson, *Armaments*, p. 218; sobre los reajustes de opinión, véase Paul B. Miller, *From Revolutionaries to Citizens. Antimilitarism in France, 1870–1914* (Durham y Londres, 2002), pp. 173-200.

130. Krumeich, *Armaments and Politics*, p. 47.

131. Förster, *Der doppelte Militarismus*, pp. 216-220, 272; Herrmann, *The Arming of Europe*, p. 190; Witt, *Die Finanzpolitik*, pp. 356-357.

132. William C. Fuller, *Civil-Military Conflict in Imperial Russia 1881–1914* (Princeton, 1985), p. 225; cita: H. H. Fisher (ed.), *Out of My Past. The Memoirs of Count Kokovtsov Russian Minister of Finance, 1904–1911, Chairman of the Council of Ministers, 1911–1914*, trad. Laura Matveev (Stanford, 1935), p. 340.

133. Joseph Caillaux, *Mes Mémoires* (3 vols., París, 1942-1947), vol. 2, *Mes audaces – Agadir... 1909–1912*, pp. 211-215; Krumeich, *Armaments and Politics*, p. 24.

134. Lieven, *Nicholas II*, p. 175; la referencia a «las actitudes de los civiles» es de Durnovo, véase D. C. B. Lieven, *Russia's Rulers Under the Old Regime* (New Haven, 1989), p. 218.

135. Bruce W. Menning, *Bayonets Before Bullets. The Imperial Russian Army, 1861–1914* (Bloomington, 1992), pp. 221-237.

136. Fuller, *Strategy and Power*, pp. 424-433.

137. Fisher (ed.), *Memoirs of Count Kokovtsov*, p. 348.

138. David M. McDonald, «A Lever without a Fulcrum: Domestic Factors and Russian Foreign Policy, 1904–1914», en Hugh Ragsdale (ed.), *Imperial Russian Foreign Policy* (Cambridge, 1993), pp. 268-314, aquí p. 302; sobre el apoyo del Consejo a Sukhomlinov, véase Fisher (ed.), *Memoirs of Count Kokovtsov*, p. 349.

139. Véase, por ejemplo, Peter Rassow, «Schlieffen und Holstein», *Historische Zeitschrift*, 173 (1952), pp. 297-313.

140. Widenmann a Tirpitz, Londres, 28 de octubre y 30 de octubre de 1911, *GP*, vol. 31, docs. 11313, 11314, pp. 11-15, 16-17.

141. Para un esclarecedor análisis de los informes de Widenmann, que me ha resultado útil en mi exposicón, véase Kiessling, *Gegen den grossen Krieg?*, pp. 73-74.

142. Bethmann Hollweg a Metternich, Berlín, 31 de octubre de 1911; Metternich a Bethmann Hollweg, Londres, 1 de noviembre de 1911, *GP*, vol. 31, docs. 11315, 11316, pp. 17-18, 18-24.

143. Kiessling, *Gegen den grossen Krieg?*, p. 74.

144. «Der Kaiser machte eine, der Kanzler eine andere Politik, der Generalstab seine Antworthen für sich». Alfred von Waldersee a Jagow (Secretario de Estado de Asuntos Exteriores), 6 de mayo de 1919, citado en Dieter Hoffmann, *Der Sprung ins Dunkle: Oder wie der 1. Weltkrieg entfesselt wurde* (Leipzig, 2010), p. 137.

145. D. Ralston, *The Army of the Republic* (Cambridge, MA, 1967), pp. 338-340 observa que Moltke, a diferencia de Joffre, tenía que lidiar con un emperador que se tomaba en serio sus obligaciones de «comandante supremo»; para una crítica de este punto de vista, Douglas Porch, *The March to the Marne. The French Army, 1871–1914* (Cambridge, 1981), pp. 171-172.

146. Anotaciones del diario de Wilson del 9 de agosto de 1911 y del 16 de noviembre de 1911, Museo Imperial de la Guerra de Londres; tercera cita: Hew Strachan, *The Politics of the British Army* (Oxford, 1997), p. 114; sobre la política de Wilson y sus puntos de vista sobre la constitución, véase ibid., pp. 114-115, 125-126.

147. Samuel Williamson y Russell Van Wyk, *Soldiers, Statesmen and the Coming of the Great War. A Brief Documentary History* (Boston, 2003), p. 218.

148. Raymond Poincaré, «Entretien avec Kokowtsoff – Chemins de fer stratégiques», San Petersburgo, agosto de 1912, AMAE, NS Russie 41, fo. 280.

149. Porch, *March to the Marne*, p. 175; sobre el efecto vinculante de la alianza rusa en las medidas de seguridad francesas, véanse también los comentarios de Maurice Herbett del 17 de junio de 1914 relatados en Georges Louis, *Les Carnets de Georges Louis* (2 vols., París, 1926), vol. 2, p. 114.

150. Krumeich, *Armaments and Politics*, p. 214.

151. Mombauer, *Moltke*, p. 45.

152. Fuller, *Civil-Military Conflict*, p. 225.

153. Marc Trachtenberg, «The Coming of the First World War: A Reassessment», en id., *History and Strategy* (Princeton, 1991).

154. Pourtalès a Bethmann Hollweg, San Petersburgo, 1 de febrero de 1913, informa de una conversación con Sazonov, PA-AA, R 10896.

155. Ibid., 11 de marzo de 1914, PA-AA, R 10898.

156. Miliukov, *Political Memoirs*, p. 235.

157. Modris Eksteins, «Sir Edward Grey and Imperial Germany in 1914», *Journal of Contemporary History*, 6/3 (1971), pp. 121-131.

158. Bernhard von Bülow, discurso ante el Reichstag, 29 de marzo de 1909, citado en Bernhard Rosenberger, *Zeitungen als Kriegstreiber? Die Rolle der Presse im Vorfeld des Ersten Weltkrieges* (Colonia, 1998), p. 33.

159. Sobre estos acontecimientos y su impacto en la política alemana, véanse Joachim Radkau, *Das Zeitalter der Nervosität. Deutschland zwischen Bismarck und Hitler* (Múnich, 1998); Mommsen, *Bürgerstolz und Weltmachtstreben*, p. 187; Hans-Ülrich Wehler, *Deutsche Gesellschaftsgeschichte* (5 vols., Múnich, 1987–2008), vol. 3, p. 905; J. Sperber, *The Kaiser's Voters. Electors and Elections in Imperial Germany* (Cambridge, 1997); J. N. Retallack, *Notables of the Right. The Conservative Party and Political Mobilization in Germany* (Winchester, 1988); G. Eley, *The Reshaping of the German Right. Radical Nationalism and Political Change after Bismarck* (New Haven, 1980); T. Nipperdey, *Die Organisation der deutschen Parteien vor 1918* (Düsseldorf, 1961); D. Blackbourn, «The Politics of Demagogy in Imperial Germany», en id., *Populists and Patricians. Essays in Modern German History* (Londres, 1987), pp. 217-245, aquí pp. 222 y ss.

160. Bosworth, *Italy*, p. 44.

161. Sobre Corradini y su influencia, en un contexto paneuropeo, véase Monique de Taeye-Henen, *Le Nationalisme d'Enrico Corradini et les origines du fascisme dans la revue florentine Il Regno, 1903–1906* (París, 1973); y la útil introducción a Enrico Corradini, *Scritti e discorsi*, ed. Lucia Strappini (Turín, 1980), pp. vii–ix.

162. William Mulligan, *The Origins of the First World War* (Cambridge, 2010), p. 139.

163. McDonald, *United Government*, p. 182; Louise McReynolds, *The News Under Russia's Old Regime. The Development of a Mass-Circulation Press* (Princeton, 1991),

pp. 223-252.

164. Véase Bosworth, *Italy*, p. 17; Clark, *Kaiser Wilhelm II*, pp. 218-255; Geppert, *Pressekriege*, pássim.

165. Lieven, *Nicholas II*, p. 96.

166. Buisseret (embajador belga en San Petersburgo) a Davignon (ministro de Asuntos Exteriores belga), 17 de enero de 1914, MAEB AD, «Empire Russe» 34, 1914.

167. Hardinge a Nicolson, 28 de octubre de 1908, citado en Keith Neilson, «"My Beloved Russians": Sir Arthur Nicolson and Russia, 1906–1916», *International History Review*, 9/4 (1987), pp. 538-539.

168. Judith A. Head, «Public Opinions and Middle-Eastern Railways. The Russo-German Railway Negotations of 1910–1911», *International History Review*, 6/1 (1984), pp. 28-47, aquí pp. 46-47.

169. Theodore Roosevelt, *America and the World War* (Londres, 1915), p. 36.

170. Hibbert, *Edward VII*, pp. 256-257; Tombs y Tombs, *That Sweet Enemy*, pp. 438-440.

171. Kosztowits a Tets van Goudriaan, 7 de marzo de 1906, NA, 2.05.36, doc. 10, «Rapporten aan en briefwisseling met het Ministerie van Buitenlandse Zaken».

172. Stevenson, *Armaments*, p. 193; Allain, *Agadir*, pp. 379-382.

173. Descos (embajador francés en Belgrado) a Doumergue (ministro de Asuntos Exteriores francés), 23 de marzo de 1914, 22 de abril de 1914, 9 de junio de 1914 en *DDF*, 3ª serie (1911-1914), vol. 10, docs. 17, 145, 347, pp. 26-27, 252-255, 513-515.

174. Fuller, *Civil-Military Conflict*, p. 210.

175. Kohlhaas, memorándum a Pourtalès, Moscú, 3 de diciembre de 1912, PA-AA, R 10895.

176. Guillaume a Davignon, París, 5 de mayo de 1913, MAEB AD, Francia 11, 1914.

177. Keith Robbins, «Public Opinion, the Press and Pressure Groups», en F. H. Hinsley (ed.), *British Foreign Policy under Sir Edward Grey* (Cambridge, 1977), pp. 70-88, aquí p. 72; Geppert, *Pressekriege*, pp. 59-69.

178. Denis Mack Smith, *Italy and Its Monarchy* (New Haven, 1989), p. 191.

179. D. W. Spring, «Russia and the Coming of War», en R. J. W. Evans y H. Pogge von Strandmann (eds.), *The Coming of the First World War* (Oxford, 1988), pp. 57-86, aquí pp. 59-60.

180. Informe de un periodista alemán anónimo del *Lokal-Anzeiger* de San Petersburgo, adjunto en Pourtalès a Bethmann, San Petersburgo, 17 de marzo de 1911, PA-AA, R 10544.

181. Hayne, *French Foreign Office*, pp. 43-44.

182. McDonald, *United Government*, pp. 133, 134, 191.

183. Hayne, *French Foreign Office*, p. 47.

184. Krumeich, *Armaments and Politics*, pp. 46-47.

185. Fuller, *Strategy and Power in Russia*, pp. 419-420.

186. Buisseret a Davignon, San Petersburgo, 17 de enero de 1914, 27 de marzo de 1914, 9 de junio de 1914, MAEB AD, «Empire Russe» 34, 1914.

187. Leopold Kammerhofer, *Diplomatie und Pressepolitik 1848–1918*, en Adam Wandruszka y Peter Urbanitsch (eds.), *Die Habsburgermonarchie 1848–1918* (10 vols., Viena, 1973-2006), vol. 6/1, *Die Habsburger Monarchie im System der internationalen Beziehungen*, pp. 459-495, aquí pp. 489-490; Joseph Goričar y Lyman Beecher Stowe, *The Inside Story of Austro-German Intrigue or How the World War Was Brought About* (Nueva York, 1920).

188. Hayne, *French Foreign Office*, p. 45.

189. Sobre las subvenciones a los periodistas en San Petersburgo: Pourtalès a Bethmann Hollweg, San Petersburgo, 2 de diciembre de 1911, PA-AA, R 10544; sobre subvenciones en el Reino Unido, Mulligan, *Origins of the First World War*, p. 169.

190. Georges Louis al Departamento Político y Comercial, MAE, San Petersburgo, 24 de febrero de 1912, AMAE NS Russie 41.

191. Genther Kronenbitter, «*Krieg im Frieden». Die Führung der k.u.k. Armee und die Grossmachtpolitik Österreich-Ungarns 1906–1914* (Múnich, 2003), p. 450.

192. «Dinero inglés»: conde Mirbach-Sorquitten a Bethmann Hollweg, 3 de julio de 1914, PA-AA, R 10544; Constantinopla, Sean McMeekin, *The Berlin–Baghdad Express. The Ottoman Empire and Germany's Bid for World Power 1898–1918* (Londres, 2010), p. 69.

193. Jules Cambon a Maurice Paléologue, Berlín, 10 de mayo de 1912, AMAE PA-AP, 43 Cambon Jules, 56, fo. 204.

194. Jules Cambon a Raymond Poincaré, Berlín, 26 de octubre de 1912, AMAE PA-AP, 43 Cambon Jules 56, fos. 51-52.

195. Moltke a Bethmann, 2 de diciembre de 1912 PA-AA Berlín, R789.

196. Krumeich, *Armaments and Politics*, p. 48; Schmidt, *Frankreichs Aussenpolitik*, pp. 216-218, 227.

197. Citado en H. Temperley y L. Penson, *Foundations of British Foreign Policy from Pitt to Salisbury* (Cambridge, 1938), pp. 519-520.

198. Justin de Selves a Georges Louis, 21 de agosto de 1911, *DDF*, 2ª serie, vol. 14, doc. 200, pp. 255-256; Louis a de Selves, 1 de septiembre de 1911, ibid., doc. 234, pp. 305-307.

199. Tschirschky a Bethmann Hollweg, donde se informa de una conversación con Jovanović, 18 de noviembre de 1912; Pourtalès a Bethmann Hollweg, donde se infor-

ma de una conversación con Sazonov, San Petersburgo, 10 de diciembre de 1912, PA-AA, R 10895.

200. Pourtalès a Bethmann Hollweg, San Petersburgo, 17 de noviembre de 1912, ibid.; sobre esta práctica de la diplomacia rusa, véase también Geyer, *Russian Imperialism*, p. 315.

201. Ronald Bobroff, «Behind the Balkan Wars. Russian Policy towards Bulgaria and the Turkish Straits, 1912–1913», *Russian Review*, 59/1 (2000), pp. 76-95, aquí p. 79.

202. Pourtalès a Bülow, San Petersburgo, 11 de diciembre de 1908, *GP*, vol. 26/1, doc. 9187, pp. 387-388; Guillermo II a Francisco José, Berlín, 26 de enero de 1909, *GP*, vol. 26/2, doc. 9193, pp. 401-402; Nicolás II a Guillermo II, San Petersburgo, 25 de enero de 1909, *GP*, vol. 26/2, doc. 9194, pp. 402-404.

203. Grey a Asquith, 13 de septiembre de 1911, citado en Kiessling, *Gegen den grossen Krieg?*, p. 40; Pourtalès a Bethmann Hollweg, San Petersburgo, 12 de febrero de 1910, PA-AA, R 10894.

204. Stevenson, *Armaments*, p. 160.

205. Radolin a Bethmann Hollweg, París, 10 de febrero de 1910, PA–AA, R 10894.

206. Guillaume a Davignon, 5 de enero de 1914, MAEB AD, Francia 12, 1914.

207. Geppert, *Pressekriege*, pp. 123, 230.

208. Lieven, *Nicholas II*, p. 192.

209. Geppert, *Pressekriege*, p. 358.

210. Tatishchev a Nicolás II, 27 de febrero de 1913, GARF, Fond 601, op. 1, del 746 (2).

211. Rosenberger, *Zeitungen*, pássim; Geppert, *Pressekriege*, p. 27.

212. Friedrich von Bernhardi, *Germany and the Next War*, trad. Allen H. Powles (Londres, 1912), esp. cap. 1 [*Alemania y la próxima guerra*, trad. Francisco A. de Cienfuegos. Barcelona: Gustavo Gili, 1916].

213. Kiessling, *Gegen den grossen Krieg?*, pp. 70, 99.

214. James Joll, *1914: The Unspoken Assumptions. An Inaugural Lecture Delivered 25 April 1968* (Londres, 1968).

215. Sobre el «patriotismo defensivo» como postura por defecto de todas las esferas públicas europeas, véase Mulligan, *Origins*, p. 159.

216. R. B. Brett, 2º vizconde Esher, «To-day and to-morrow», en id., *To-day and To-morrow and Other Essays* (Londres, 1910), p. 13; id., *Modern War and Peace* (Cambridge, 1912), p. 19.

217. Citado en John Gooch, «Attitudes to War in Late Victorian and Edwardian England» en id., *The Prospect of War: Studies in British Defence Policy, 1847–1942* (Londres, 1981), pp. 35-51.

218. Sobre la «ideología del sacrificio», véase Alexander Watson y Patrick Porter, «Bereaved and Aggrieved: Combat Motivation and the Ideology of Sacrifice in the First World War», *Historical Research*, 83 (2010), pp. 146-164; sobre las representaciones positivas del conflicto véase Glenn R. Wilkinson, «"The Blessings of War": The Depiction of Military Force in Edwardian Newspapers», *Journal of Contemporary History*, 33 (1998), pp. 97-115.

219. Citado en C. E. Playne, *The Pre-War Mind in Britain: A Historical Review* (Londres, 1928), p. 148.

220. Para una excelente explicación de estos asuntos, véase Zara Steiner, «Views of War: Britain Before the Great War – and After», *International Relations*, 17 (2003), pp. 7-33.

221. Fuller, *Civil-Military Conflict*, p. 197, id., *Strategy and Power*, p. 395.

222. Krümeich, *Armaments and Politics*, pp. 101-102; Herrmann, *The Arming of Europe*, p. 194.

223. Stevenson, *Armaments*, p. 150; Herrmann, *The Arming of Europe*, pp. 113-114.

224. Playne, *The Pre-War Mind*, pp. 147-148.

225. Brendan Simms, *The Impact of Napoleon. Prussian High Politics, Foreign Policy and the Crisis of the Executive, 1797–1806* (Cambridge, 1997).

226. Andrew Preston, *The War Council: McGeorge Bundy, the NSC, and Vietnam* (Cambridge, MA, 2006).

227. Philip E. Mosely, «Russian Policy in 1911–1912», *Journal of Modern History*, 12 (1940), pp. 69-86, aquí p. 86.

CAPÍTULO 5

1. G. F. Abbott, *The Holy War in Tripoli* (Londres, 1912), pp. 192-195.

2. Teniente coronel Gustavo Ramaciotti, *Tripoli. A Narrative of the Principal Engagements of the Italian-Turkish War* (Londres, 1912), p. 117.

3. Ernest N. Bennett, *With the Turks in Tripoli. Being Some Experiences of the Turco-Italian War of 1911* (Londres, 1912), pp. 24-25.

4. Ibid., p. 77.

5. George Young, *Nationalism and War in the Near East* (Oxford, 1915).

6. «M. Miroslaw Spalaïkovitch», entrevista con Spalajković en *La Revue Diplomatique*, 31 de julio de 1924, recorte archivado en AS, fondos personales de Miroslav Spalajković, Ficha 101, fo. 95.

7. William C. Askew, *Europe and Italy's Acquisition of Libya 1911–1912* (Durham, NC, 1942), p. 19; sobre la incorporación de una garantía libia en la segunda renovación de la Triple Alianza de 1887, véase Holger Afflerbach, *Der Dreibund. Europäische Grossmacht- und Allianzpolitik vor dem Ersten Weltkrieg* (Viena, 2002), p. 691.

8. R. J. B. Bosworth, *Italy, the Least of the Great Powers. Italian Foreign Policy before the First World War* (Cambridge, 1979), pp. 137-138.

9. Enrico Serra, «La burocrazia della politica estera italiana», en R. J. B. Bosworth y Sergio Romano (eds.), *La Politica estera italiana (1860–1985)* (Bolonia, 1991), pp. 69-90, aquí p. 80.

10. Miles Ignotus (seud.), «Italian Nationalism and the War with Turkey», *Fortnightly Review*, 90 (diciembre de 1911), pp. 1084-1096, aquí pp. 1088-1091; Askew, *Europe and Italy's Acquisition of Libya*, pp. 25, 27; Francesco Malgeri, *Guerra Libica (1911–1912)* (Roma, 1970), pp. 37-96.

11. Sobre el patrioterismo socialista en el momento de la invasión, véase Bennett, *With the Turks*, p. 7.

12. Bosworth, *Italy*, p. 151.

13. Pietro di Scalea a San Giuliano, 13 de agosto de 1911, citado en ibid., p. 158.

14. Así resumía Grey su conversación con el embajador en una carta posterior dirigida a Sir Rennell Rodd, véase Grey a Rodd, 28 de julio de 1911, TNA FO 371/1250, fo. 311.

15. Bosworth, *Italy*, pp. 152-153.

16. Grey a Nicolson, Londres, 19 de septiembre de 1911, *BD*, vol. 9/1, doc. 231, p. 274.

17. Bosworth, *Italy*, p. 159; Afflerbach, *Dreibund*, p. 693.

18. Citado en Bosworth, *Italy*, p. 160.

19. El embajador Marschall von Bieberstein, anterior secretario de Estado de Asuntos Exteriores, se oponía firmemente a la campaña italiana. Sobre las tensiones en la política alemana véanse W. David Wrigley, «Germany and the Turco-Italian War, 1911–1912», *International Journal of Middle Eastern Studies*, 11/3 (1980), pp. 313-338, esp. pp. 315, 319-320; también Malgeri, *Guerra Libica*, p. 138; Afflerbach, *Dreibund*, pp. 693-694.

20. Malgeri, *Guerra Libica*, p. 119.

21. Memorándum de San Giuliano a Giolitti, Fiuggi, 28 de julio de 1911, en Claudio Pavone, *Dalle carte di Giovanni Giolitti: quarant'anni di politica italiana* (3 vols., Milán, 1962), vol. 3, *Dai prodromi della grande guerra al fascismo, 1910–1928*, doc. 49, pp. 52-56.

22. Timothy W. Childs, *Italo-Turkish Diplomacy and the War Over Libya* (Leiden, 1990), pp. 44-45.

23. Informe de San Giuliano a Giolitti, 28 de julio de 1911, en Pavone, *Dalle carte*, pp. 52-56.

24. Childs, *Italo-Turkish Diplomacy*, pp. 46-47.

25. Chevalier Tullio Irace, *With the Italians in Tripoli. The Authentic History of the Turco-Italian War* (Londres, 1912), pp. 11-12.

26. Para una buena crónica de los combates alrededor de Trípoli en octubre y noviembre de 1911, a pesar de su marcado sesgo proitaliano, véase W. K. McLure, *Italy in North Africa. An Account of the Tripoli Enterprise* (Londres, 1913), pp. 60-109; sobre las denuncias internacionales de las atrocidades italianas y la resistencia árabe más en general, véase Malgeri, *Guerra Libica*, pp. 195, 165-194.

27. Textos de los tratados y el *Ferman* [edicto] imperial que concedía autonomía, en Childs, *Italo-Turkish Diplomacy*, pp. 243-253.

28. Sergio Romano, *La Quarta Sponda: La Guerra di Libia, 1911–1912* (Milán, 1977), p. 14.

29. Malgeri, *Guerra Libica*, pp. 303, 306-308, 309.

30. Ibid., pp. 327-329.

31. Paul Cambon a Poincaré, 25 de enero de 1912, *DDF*, 3ª serie, vol. 1, doc. 516, pp. 535-538, aquí p. 536.

32. Sobre el fracaso del «sistema de concertación» en los últimos años antes de la guerra, véase Richard Langhorne, *The Collapse of the Concert of Europe. International Politics, 1890–1914* (Nueva York, 1981), esp. pp. 97-107; Günther Kronenbitter, «Diplomatisches Scheitern: Die Julikrise 1914 und die Konzertdiplomatie der europäischen Grossmächte», en Bernhard Chiari y Gerhard P. Gross (eds.), *Am Rande Europas? Balkan–Raum und Bevölkerung als Wirkungsfelder militärischer Gewalt* (Múnich, 2009), pp. 55-66. F. R. Bridge, «Österreich(-Urgarn) unter der Grossmächten», en Wandruszka y Urbanitsch (eds.), *Die Habsburgermonarchie*, vol. 6/1, pp. 196-373, aquí pp. 329-332.

33. Rainer Lahme, *Deutsche Aussenpolitik 1890–1894. Von der Gleichgewichtspolitik Bismarcks zur Allianzstrategie Caprivis* (Gotinga, 1990), pp. 316-337, 494.

34. Citado en William L. Langer, *The Franco-Russian Alliance, 1890–1894* (Cambridge, 1929), p. 83.

35. Treadway, *Falcon and Eagle*, pp. 88-89.

36. Andrew Rossos, *Russia and the Balkans. Inter-Balkan Rivalries and Russian Foreign Policy, 1908–1914* (Toronto, 1981), p. 36.

37. Richard C. Hall, *The Balkan Wars, 1912–1913. Prelude to the First World War* (Londres, 2000), p. 11.

38. Citado en Robert Elsie (ed.), *Kosovo. In the Heart of the Balkan Powder Keg* (Boulder, 1997), p. 333.

39. Cifras calculadas a partir de Hall, *Balkan Wars*, p. 24.

40. Richard C. Hall, *Bulgaria's Road to the First World War* (Boulder, 1997), pp. 78-79.

41. Alex N. Dragnich, *Serbia, Nikola Pašić and Yugoslavia* (New Brunswick, 1974), p. 101.

42. Rapaport (cónsul general de los Países Bajos) a Vredenburch (embajador de los Países Bajos en Bucarest, oficialmente responsable para Serbia), Belgrado, 23 de marzo de 1913, NA, 2.05.36, 9 Consulaat-Generaal Belgrado en Gezantschap Zuid-Slavië.

43. Rossos, *Russia and the Balkans*, p. 161; Ivan T. Teodorov, *Balkanskite voini (1912–1913). Istorischeski, diplomaticheski i strategicheski ocherk* (Sofía, 2007), p. 182.

44. Teodorov, *Balkanskite voini*, pp. 259, 261.

45. Kiril Valtchev Merjansky, «The Secret Serbian-Bulgarian Treaty of Alliance of 1904 and the Russian Policy in the Balkans before the Bosnian Crisis», tesis de máster, Universidad Estatal de Wright, 2007, pp. 19, 27, 52, 79.

46. Rossos, *Russia and the Balkans*, p. 175.

47. Rapaport a Vredenburch, Belgrado, 27 de mayo de 1913, NA, 2.05.36, doc. 9, Consulaat-Generaal Belgrado en Gezantschap Zuid-Slavië, 1891–1940.

48. Philip E. Mosely, «Russian Policy in 1911–1912», *Journal of Modern History*, 12 (1940), pp. 73-74; Rossos, *Russia and the Balkans*, pp. 12, 15.

49. Ronald Bobroff, *Roads to Glory. Late Imperial Russia and the Turkish Straits* (Londres, 2006), pp. 23-24.

50. Véase David Schimmelpenninck van der Oye, «Russian Foreign Policy: 1815–1917», en D. C. B. Lieven (ed.), *Cambridge History of Russia* (3 vols., Cambridge, 2006), vol. 2, *Imperial Russia, 1689–1917*, pp. 554-574, aquí p. 573.

51. Citado en Rossos, *Russia and the Balkans*, p. 27.

52. V. N. Strandmann, *Balkanske Uspomene,* trad. del ruso al serbio por Jovan Kachaki (Belgrado, 2009) pp. 238-239.

53. Hartwig a Neratov, Belgrado, 6 de octubre de 1911 en *IBZI*, serie 3, vol. 1, 2ª parte, doc. 545.

54. Mosely, «Russian Policy», p. 74; para un relato de estos acontecimientos, véase Edward C. Thaden, «Charykov and Russian Foreign Policy at Constantinople in 1911», *Journal of Central European Affairs*, 16 (1956-1957), pp. 25-43; también Alan Bodger, «Russia and the End of the Ottoman Empire», en Marian Kent (ed.), *The Great Powers and the End of the Ottoman Empire* (Londres, 1984), pp. 76-110; Bobroff, *Roads to Glory*, pp. 24-25.

55. Buchanan a Nicolson, San Petersburgo, 21 de marzo de 1912, *BD*, vol. 9/1, doc. 563, pp. 561-562; Edward C. Thaden, *Russia and the Balkan Alliance of 1912* (University Park, TX, 1965), pp. 56-57 y «Charykov and Russian Foreign Policy at Constantinople», en id. y Marianna Forster Thaden, *Interpreting History. Collective Essays on Russia's Relations with Europe* (Boulder, 1990), pp. 99-119.

56. Bobroff, *Roads to Glory*, pp. 26-27.

57. Ibid., pp. 30-31.

58. Sazonov a Izvolsky, San Petersburgo, 2 de octubre de 1912, AVPRI, Fond 151 (PA), op. 482, d. 130, l. 5.

59. Sazonov, conversación con Nekliudov, Davos, octubre de 1911, citado en Thaden, *Russia*, p. 78.

60. Sazonov creía que los austriacos habrían ocupado el Sanjak si los rusos no hubieran «maniatado» a Viena con un acuerdo de *statu quo*; véase Sazonov, carta confidencial a los embajadores rusos en París, Londres, Berlín, Viena, Roma, Constantinopla, Sofía, Belgrado, Cetiña, Atenas, Bucarest y San Petersburgo, 18 de octubre de 1912, AVPRI, Fond 151 (PA), op. 482, d. 130, ll. 79-81.

61. Katrin Boeckh, *Von den Balkankriegen zum Ersten Weltkrieg. Kleinstaatenpolitik und ethnische Selbstbestimmung aufden Balkan* (Múnich, 1996), pp. 26-27; David Stevenson, *Armaments and the Coming of War. Europe 1904–1915* (Oxford, 1996), pp. 232-233.

62. Rossos, *Russia and the Balkans*, p. 45.

63. Sobre los artículos secretos y el convenio militar posterior del 12 de mayo de 1912, véase Boeckh, *Von den Balkankriegen*, pp. 25-27; Thaden, *Russia*, pp. 56, 101, 103; Bobroff, *Roads of Glory*, pp. 43-44.

64. Sazonov a Benckendorff, 24 de octubre de 1912, transcrito en «Pervaya Balkanskaya voina (okonchanie)», *KA*, 16 (1926), pp. 3-24, doc. 36, p. 9; véanse también Benno Siebert (ed.), *Benckendorffs diplomatischer Schriftwechsel* (3 vols., Berlín, 1928), vol. 2, doc. 698, pp. 462-463; David M. McDonald, *United Government and Foreign Policy in Russia 1900–1914* (Cambridge, MA, 1992), p. 180.

65. McDonald, *United Government*, Cambridge, MA, 1992 p. 181.

66. Radoslav Vesnić, *Dr. Milenko Vesnić, Gransenjer Srbske Diplomatije* (Belgrado, 2008), p. 296.

67. Stevenson, *Armaments*, p. 234; Ernst Christian Helmreich, *The Diplomacy of the Balkan Wars, 1912–1913* (Cambridge, MA, 1938), p. 153; Thaden, *Russia*, p. 113.

68. Helmreich, *Balkan Wars*, pp. 156-157.

69. Conversación con Sazonov de la que se informa en Buchanan a Grey, 18 de septiembre de 1912, *BD*, vol. 9/1, doc. 722, pp. 693-695, aquí p. 694.

70. Sazonov a Nekliudov, San Petersburgo, 18 de octubre de 1912, AVPRI Fond 151 (PA), op. 482, d. 130, ll. 69-70.

71. Rossos, *Russia and the Balkans*, pp. 87-88.

72. *Novoye Vremya*, citado en Buchanan a Grey, 30 de octubre de 1912, *BD*, 9/2, doc. 78, pp. 63-66.

73. Sazonov a Izvolsky, Benckendorff, Sverbeev etc., 31 de octubre de 1912, *KA*, vol. 16, doc. 45, citado en Bobroff, *Roads to Glory*, p. 48.

74. Buchanan a Grey, 30 de octubre de 1912, *BD*, vol. 9/2, doc. 78, pp. 63-66; Sazonov a Krupensky (embajador ruso en Roma), San Petersburgo, 8 de noviembre de 1912; Sazonov a Hartwig, San Petersburgo, 11 de noviembre de 1912, ambos en AVPRI, Fond 151 (PA), op. 482, d. 130, ll. 110, ll. 121-121 verso.

75. Sazonov a Hartwig, «telegrama secreto», San Petersburgo, 11 de noviembre de 1912, AVPRI, Fond 151 (PA), op. 482, d. 130, ll. 121-122; «Nota de la embajada de Rusia», 12 de noviembre de 1912, *DDF*, 3ª serie, vol. 4, doc. 431, pp. 443-444; Rossos, *Russia and the Balkans*, p. 97.

76. Pourtalès a Bethmann Hollweg, San Petersburgo, 17 de noviembre de 1912, PA-AA, R 10895.

77. Sazonov a Izvolsky, San Petersburgo, 14 de noviembre de 1912, en Friedrich Stieve (ed.), *Der diplomatische Schriftwechsel Iswolskis, 1911–1914* (Berlín, 4 vols., 1925), vol. 2, *Der Tripoliskrieg und der Erste Balkankrieg*, doc. 566, p. 345.

78. Informe de Buchanan fechado el 28 de noviembre de 1912, citado en L. C. F. Turner, *Origins of the First World War* (Londres, 1973), p. 34; véase también comentario adjunto de Pourtalès, en Pourtalès a Bethmann Hollweg, San Petersburgo, 17 de noviembre de 1912, PA-AA, R 10895.

79. Buchanan a Nicolson, San Petersburgo, 9 de enero de 1913, *BD*, vol. 9, doc. 481, p. 383.

80. Citado en Rossos, *Russia and the Balkans*, p. 109; más en general, sobre la incapacidad de Rusia para «establecer y seguir su propia agenda», véase Hew Strachan, *The First World War* (Oxford, 2001), p. 20.

81. Stevenson, *Armaments*, p. 234; Helmreich, *Russia and the Balkans*, pp. 157-162.

82. Sazonov a Kokovtsov, «muy confidencial», San Petersburgo, 23 de octubre de 1912, AVPRI, Fond 151 (PA), op. 482, d. 130, ll. 46-46 verso.

83. Ibid., ll. 47-47 verso.

84. V. I. Bovykin, *Iz istorii vozniknoveniya pervoi mirovoi voiny: Otnosheniya Rossii i Frantsii v 1912–1914 gg* (Moscú, 1961), pp. 136-137.

85. Bruce W. Menning, «Russian Military Intelligence, July 1914. What St. Petersburg Perceived and Why It Mattered», manuscrito inédito.

86. Laguiche al Ministerio de la Guerra, San Petersburgo, 16 de diciembre de 1912, citado en Stevenson, *Armaments*, p. 237.

87. McDonald, *United Government*, p. 185.

88. Stevenson, *Armaments*, p. 260.

89. Bovykin, *Iz istorii vozniknoveniya*, pp. 152-153.

90. Sobre la respuesta de Viena a ese intento de acercamiento, véanse Tschirschky al MAE de Viena, 28 de diciembre de 1912; Zimmermann a Tschirschky, Berlín, 3 de

enero de 1913; Tschirschky a Bethmann Hollweg, Viena, 2 de enero de 1913, *GP*, vol. 34/1, docs. 12580, 12605, 12607, pp. 91, 117-119, 120-121.

91. Sobre las medidas militares de Rusia, véase Grey a Buchanan, 2 de enero de 1913; Buchanan a Grey, 30 de diciembre de 1912, *BD*, vol. 9/2, docs. 419, 438; sobre la «movilización», véase Louis a Poincaré, 25 y 27 de diciembre de 1912, *DDF*, 3ª serie, vol. 5, docs. 122, 131, pp. 142-143, 153.

92. Sobre la situación en Austria, véase Stevenson, *Armaments*, p. 262; sobre Rusia: Pourtalès a Bethmann Hollweg, San Petersburgo, 20 de febrero de 1913, PA-AA, R 10896.

93. Sobre la crisis y la posterior retirada, véanse Lucius a MAE, 23 de diciembre de 1912, *GP*, 43/1, doc. 12570; Buchanan a Grey, 30 de diciembre de 1912; Grey a Buchanan, 2 de enero de 1913, *BD*, 9 (2), docs. 419, 438; Louis a Poincaré, 25 y 27 de diciembre de 1912, *DDF*, 3ª serie, vol. 5, docs. 122, 131.

94. Sobre las repercusiones de la crisis de invierno en las relaciones austro-rusas en torno a los Balcanes, véase Samuel R. Williamson, «Military Dimensions of Habsburg-Romanov Relations During the Era of the Balkan Wars», en Béla K. Király y Dimitrije Djordjević (eds.), *East Central European Society and the Balkan Wars* (Boulder, 1987), pp. 317-337.

95. Buisseret a Davignon, San Petersburgo, 7 de enero de 1913, MAEB AD, «Russie 3, 1906–1913».

96. V. I. Gurko, *Cherty i Siluety Proshlogo. Pravitel'stvo i Obshchestvennost' v Tsarstvovanie Nikolaya II v Izobrazhenii Sovremennika* (Moscú, 2000), p. 241.

97. A. Yu Ariev (ed.), *Sud'ba Veka. Krivosheiny* (San Petersburgo, 2002), p. 91.

98. S. E. Kryzhanovskii, *Vospominaniia* (Berlín, 1938), p. 20.

99. En 1910, Krivoshein incluso le escribió a Stolypin solicitando un aumento de los contingentes de tropas a lo largo del valle del río Amur, en la zona fronteriza de los asentamientos rusos. Krivoshein a Stolypin, San Petersburgo, 30 de abril de 1910, RGIA, F. 1276, op. 6, d. 690, L 129-130 recto.

100. Ariev (ed.), *Sud'ba Veka*, p. 189.

101. H. H. Fisher (ed.), *Out of My Past. The Memoirs of Count Kokovtsov Russian Minister of Finance, 1904–1914, Chairman of the Council of Ministers, 1911–1914*, trad. Laura Matveev (Stanford, 1935), p. 349.

102. I. V. Bestuzhev, *Bor'ba v Rossii po Voprosam Vneshnei Politiki Nakanune Pervoi Mirovoi Voiny* (Moscú, 1965) pp. 74, 162; Krivoshein también se enfrentó a Kokovtsov por los créditos subvencionados a los agricultores, una medida a la que Kokovtsov se oponía en nombre del rigor fiscal; sobre las tensiones políticas generadas a ambos lados de las relaciones comerciales ruso-alemanas, véase Horst Linke, *Das Zarische*

Russland und der Erste Weltkrieg. Diplomatie und Kriegsziele 1914–1917 (Múnich, 1982), pp. 23-24.

103. Ariev (ed.), *Sud'ba Veka*, p. 189.

104. McDonald, *United Government*, p. 185.

105. Paul Miliukov, *Political Memoirs 1905–1917*, trad. Carl Goldberg (Ann Arbor, 1967), p. 177.

106. Sir George Buchanan, *My Mission to Russia and Other Diplomatic Memories* (2 vols., Londres, 1923), vol. 1, p. 71.

107. Rossos, *Russia and the Balkans*, p. 19.

108. Citado ibid., p. 28.

109. Ibid., p. 29.

110. Consejo de Sazonov a Sofía: Sazonov a Nekliudov, San Petersburgo, 31 de octubre de 1912; desconfianza hacia Francia, Sazonov a Izvolsky, San Petersburgo, 8 de noviembre de 1912, ambos citados en Bovykin, *Iz istorii vozniknoveniya*, pp. 138, 142.

111. Esa es la versión que daba Sazonov del punto de vista del zar, citado en Teodorov, *Balkanskite voini*, p. 192.

112. Sazonov a Bobchev, 12 de junio de 1913, citado ibid., p. 233.

113. Rossos, *Russia and the Balkans*, p. 192; Teodorov, *Balkanskite voini*, pp. 42, 212.

114. Carnegie Endowment for International Peace (ed.), *Report of the International Commission to Enquire into the Causes and Conduct of the Balkan Wars* (Washington, 1914), p. 264.

115. Hall, *Balkan Wars*, p. 135.

116. Wolfgang-Uwe Friedrich, *Bulgarien und die Mächte 1913–1915* (Stuttgart, 1985), pp. 21-26.

117. Panafieu a Pichon, Sofía, 20 de enero de 1914, *DDF*, 3ª serie, vol. 9, doc. 118, pp. 139-141.

118. Savinsky a Sazonov, Sofía, 1 de febrero de 1914, *IBZI*, 3ª serie, vol. 1, 157, pp. 144-148, esp. p. 147.

119. Friedrich, *Bulgarien und die Mächte*, p. 27.

120. Nota ministerial, condiciones para un crédito a Bulgaria, París, 16 de febrero de 1914, *DDF*, 3ª serie, vol. 9, doc. 306, pp. 389-390.

121. Malenic a Pašić, Berlín, 30 de junio de 1914, AS, MID – PO, 415, fos. 613-620.

122. Alexander Savinsky, *Reflections from a Russian Diplomat* (Londres, 1927), pp. 215-223; Dard (embajador francés en Sofía) a Doumergue (ministro de Asuntos Exteriores francés), Sofía, 18 de mayo de 1914, *DDF*, 3ª serie, vol. 10, doc. 246, pp. 379-382.

123. Friedrich, *Bulgarien und die Mächte*, pp. 33-35; Doumergue a Izvolsky, París, 30 de mayo de 1914, *DDF*, 3ª serie, vol. 10, doc. 305, p. 455.

124. Matthew A. Yokell, «Sold to the Highest Bidder. An Investigation of Diplomacy Regarding Bulgaria's Entry into World War I» (tesis de máster, Universidad de Richmond, 2010), pp. 33-35, consultado en Internet en: https://dspace.lasrworks.org/bitstream/handle/10349/911/10HIS YokellMatthew.pdf?sequence=1; Dard a Doumergue, Sofía, 29 de mayo de 1914, *DDF*, 3ª serie, vol. 10, doc. 302, p. 452.

125. Savinsky, *Reflections*, pp. 223-224.

126. Samuel R. Williamson, «Vienna and July 1914: The Origins of the Great War Once More», en id. y Peter Pastor (eds.), *Essays on World War I: Origins and Prisoners of War* (Nueva York, 1983), pp. 9-36, esp. p. 19.

127. Czernin a Berchtold, Bucarest-Sinaia, 22 de junio de 1914, *ÖUAP*, vol. 8, doc. 9902, pp. 173-176, aquí p. 174.

128. La conversación entre Sazonov y Bratianu figura en Sazonov, «Audience text for Nicholas II», 18 de junio de 1914, en *IBZI*, serie 1, vol. 3, doc. 339, p. 296 (la cursiva es mía); Ministerio de Asuntos Exteriores de Francia, Departamento de Asuntos Políticos y Comerciales (Europa), «Note pour le Président du Conseil», París, 11 de julio de 1914, AMAE NS, Rusia 46 (Política exterior, Austria-Hungría-Rusia), fos. 312-314, aquí fo. 314.

129. Buisseret a Davignon, San Petersburgo, 25 de noviembre de 1913, MAEB AD, Rusia 3 1906-1914.

130. Hartwig a Sazonov, Belgrado, 24 de febrero de 1914, *IBZI*, serie 3, vol. 1, 314, pp. 311-313.

131. Spalajković a Pašić, San Petersburgo, 8-21 de enero de 1914, AS, MID – PO, 416, fos. 420-421.

132. Spalajković a Pašić, San Petersburgo, 14-27 de marzo de 1914, ibid., fo. 451.

133. Spalajković a Pašić, San Petersburgo, 24 de abril-7 de mayo de 1914, ibid., fo. 475.

134. Descos (embajador francés en Belgrado) a Doumergue (ministro de Asuntos Exteriores francés), Belgrado, 6 de abril de 1914, *DDF*, 3ª serie (1911-1914), vol. 10, doc. 80, pp. 124-126.

135. Milos Bogičević, *Die auswärtige Politik Serbiens 1903–1914* (3 vols., Berlín, 1931), vol. 1, p. 280; Friedrich Würthle, *Die Spur führt nach Belgrad* (Viena, 1975), p. 28.

136. Hartwig a Sazonov, Belgrado, 14 de enero de 1914, *IBZI*, serie 3, vol. 1, doc. 7, pp. 5-6.

137. «Austrian Sympathies», *The Times*, 18 de octubre de 1912, p. 5 col. B.

138. Boeckh, *Balkankriegen*, pp. 26-27.

139. F. R. Bridge, *From Sadowa to Sarajevo. The Foreign Policy of Austria-Hungary, 1866–1914* (Londres, 1972), p. 346; véase también «Servia and the Sea», *The Times*, 9

de noviembre de 1912, p. 7, col. A.

140. [Wickham Steed], «The Problem of Albania», *The Times*, 18 de noviembre de 1912, p. 5 col. A. La prensa paneslava y nacionalista rusa adoptó una línea parecida.

141. Samuel R. Williamson, *Austria-Hungary and the Origins of the First World War* (Houndmills, 1991), pp. 127-128; Bridge, *From Sadowa to Sarajevo*, p. 347; un excelente y minucioso estudio del asunto Prochaska se encuentra en Robert A. Kann, *Die Prochaska-Affäre vom Herbst 1912. Zwischen kaltem und heissem Krieg* (Viena, 1977).

142. Citado en Treadway, *Falcon and Eagle*, p. 125.

143. Friedrich Kiessling, *Gegen den grossen Krieg? Entspannung in den internationalen Beziehungen* (Múnich, 2002), p. 186.

144. Citado en Treadway, *Falcon and Eagle*, p. 137.

145. Rapaport a Vredenburch, Belgrado, 23 de abril de 1913, NA, 2.05.36, 9, «Consulaat-Generaal Belgrado en Gezantschap Zuid-Slavië 1891–1940».

146. Giers (enviado ruso a Montenegro) a Nicolás II, Cetiña [principios de enero de] 1913 y 21 de enero de 1913, GARF, Fond 601, op. 1, del. 785.

147. Buisseret a Davignon, San Petersburgo, 11 de abril de 1913, MAEB AD, «Russie 3».

148. Buchanan a Nicolson, 1 de mayo de 1913, citado en Treadway, *Falcon and Eagle*, p. 148.

149. Para el texto de esta resolución, véase Robert Elsie, «Texts and Documents of Albanian History», consultado en Internet en http://www.albanianhistory.net/texts20_1/AH1913_2.html.

150. Esta narración sigue la secuencia trazada en el capítulo titulado «Serbia and Austria-Hungary: The Final Rehearsal, October 1913» del manuscrito inédito de Samuel R. Williamson.

151. Declaraciones de Jovanović, embajador serbio en Viena, al diario *Neue Freie Presse*, del que se informa en el artículo «The Albanian Outbreak», *The Times*, 27 de septiembre de 1913, p. 5, col. A; «Return of M. Pashitch to Belgrado, *The Times*, 1 de octubre, p. 6, col. E.

152. Williamson, «Serbia and Austria-Hungary», pp. 14-15.

153. «M. Pashitch in Viena», *The Times*, 4 de octubre de 1913, p. 5, col. C; Williamson, «Serbia and Austria-Hungary», p. 19.

154. Williamson, «Serbia and Austria-Hungary», p. 21.

155. «Servian Aggression in Albania», *The Times*, 16 de octubre de 1913, p. 7, col. C.

156. Citado en Williamson, *Austria-Hungary*, p. 153.

157. Informe sobre el comentario de Sazonov en O'Beirne (encargado de negocios británico en San Petersburgo) a Grey, San Petersburgo, 28 de octubre de 1913, en *BD*,

vol. 10 (i), doc. 56, p. 49.

158. Paul Schroeder, «Stealing Horses to Great Applause. Austria-Hungary's Decision in 1914 in Systemic Perspective», en Holger Afflerbach y David Stevenson (eds.), *An Improbable War*, pp. 17-42, esp. pp. 38-40.

159. Comandante von Fabeck al Estado Mayor, Berlín, 11 de febrero de 1913, adjunto: borrador de una carta de Moltke a Conrad, Berlín, 10 de febrero de 1913, PA-AA, R 10896.

160. Guillermo II, comentario al margen en un telegrama del Wolffsches Telegraphenbureau a Guillermo II, Berlín, 4 de noviembre de 1912, en *GP*, vol. 33, pp. 276-277 (doc. 12321); Varnbüler a Weizsäcker, Berlín, 18 de noviembre de 1812, HSA Stuttgart E50/03 206.

161. Guillermo II, comentario al margen en Kiderlen-Wächter a Guillermo II, Berlín, 3 de noviembre de 1912, en *GP*, vol. 33, pp. 274-276 (doc. 12320).

162. Guillermo II al Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, Letzlingen, 9 de noviembre de 1912, ibid., vol. 33, p. 302 (doc. 12348).

163. E. C. Helmreich, «An Unpublished Report on Austro-German Military Conversations of November 1912», *Journal of Modern History*, 5 (1933), pp. 197-207, aquí p. 206. Así informaba el archiduque Francisco Fernando sobre el contenido de la conversación; Szögyény, el embajador austriaco, informaba de una postura más agresiva, esto es que el káiser había manifestado su disposición a asumir el riesgo de una guerra con las tres potencias de la Entente.

164. Stevenson, *Armaments*, pp. 250, 259; Helmreich, «Unpublished Report», pp. 202-3.

165. Guillermo II a Francisco Fernando (borrador), 24 de febrero de 1913, PA-AA, R 10896.

166. Szögyényi al MAE de Viena, Berlín, 28 de octubre de 1913, *ÖUAP*, vol. 7, doc. 8934, p. 512.

167. Velics a Berchtold, Múnich, 16 de diciembre de 1913, ibid., doc. 9096, p. 658.

168. Szapáry a MAE, San Petersburgo, 25 de abril de 1914, ibid., doc. 9656, pp. 25-27.

169. Lawrence Sondhaus, *Architect of the Apocalypse* (Boston, 2000), p. 120.

170. Williamson, «Serbia and Austria-Hungary», p. 23; Hugo Hantsch, *Leopold Graf Berchtold. Grandseigneur und Staatsmann* (2 vols., Graz, 1963), vol. 2, pp. 499-500.

171. Treadway, *Falcon and Eagle*, pp. 143-144, 145.

172. Ibid., pp. 150-156.

173. Stevenson, *Armaments*, p. 271; véase también Williamson, *Austria-Hungary*, pp. 155-156.

174. Williamson, *Austria-Hungary*, pp. 157-158.

175. Norman Stone, «Army and Society in the Habsburg Monarchy 1900–1914», *Past & Present*, 33 (abril de 1966), pp. 95-111; sobre las cifras de infantería, véase Holger Herwig, *The First World War. Germany and Austria-Hungary, 1914–1918* (Londres, 1997), p. 12.

176. Kronenbitter, *Grossmachtpolitik Österreich-Ungarns*, pp. 146, 147, 149, 154.

177. Véase el texto del convenio en el apéndice de George F. Kennan, *The Fateful Alliance. France, Russia and the Coming of the First World War* (Manchester, 1984), p. 271.

178. Ibid., pp. 250-252.

179. Hanotaux a Montebello (embajador francés en San Petersburgo), París, 10 de abril de 1897, *DDF*, serie 1, vol. 13, doc. 193, pp. 340-346.

180. Stevenson, *Armaments*, p. 125.

181. Para un análisis de estas cuestiones, con el que mi propio relato está sustancialmente en deuda, véase Stefan Schmidt, *Frankreichs Aussenpolitik in der Julikrise 1914. Ein Beitrag zur Geschichte des Ausbruchs des Ersten Weltkrieges* (Múnich, 2009), pp. 246-250; véase también Murielle Avice-Hanoun, «L'Alliance franco-russe (1892–1914)», en Ilja Mieck y Pierre Guillen (eds.), *Deutschland–Frankreich–Russland. Begegnungen und Konfrontationen. La France et l'Allemagne face à la Russie* (Múnich, 2000), pp. 109-124, aquí pp. 113-114.

182. Friedrich Stieve, *Iswolski und der Weltkrieg. Auf Grund der neuen Dokumenten-Veröffentlichung des Deutschen Auswärtigen Amtes* (Berlín, 1924), p. 45.

183. Sobre esta cuestión, véanse D. C. B. Lieven, *Russia and the Origins of the First World War* (Londres, 1983), p. 48; Luigi Albertini, *The Origins of the War of 1914*, trad. Isabella M. Massey (3 vols., Oxford, 1953), vol. 1, pp. 372-373; Thaden, *Russia*, pp. 115-118; para el relato exculpatorio que hace Poincaré de aquellas conversaciones, que él niega que tuvieran la mínima relevancia política, véase id., *Au service de la France – neuf années de souvenirs* (10 vols., París, 1926-1933), vol. 2, p. 202.

184. Poincaré a Izvolski, París, 16 de noviembre de 1912, *DDF*, 3ª serie, vol. 4, doc. 468, pp. 480-481.

185. Gerd Krumeich, *Armaments and Politics in France on the Eve of the First World War. The Introduction of the Three-Year Conscription 1913–1914*, trad. Stephen Conn (Leamington Spa, 1984), p. 28.

186. Paul Cambon a Jules Cambon, París, 5 de noviembre de 1912, AMAE PA-AP, 43, fos. 251-257, aquí fo. 252.

187. Jules Cambon a Paul Cambon, Berlín, 14 de diciembre de 1912, ibid., 100, fos. 178-180.

188. Douglas Porch, *The March to the Marne. The French Army, 1871–1914* (Cambridge, 1981), pp. 169-170.

189. Ibid.

190. Izvolsky a Sazonov, París, 28 de marzo de 1912, *IBZI*, serie 3, vol. 2, 2ª parte, doc. 699.

191. Risto Ropponen, *Die Kraft Russlands. Wie beurteilte die politische und militärische Führung der europäischen Grossmächte in der Zeit von 1905 bis 1914 die Kraft Russlands?* (Helsinki, 1968), p. 235.

192. Krumeich, *Armaments and Politics*, p. 28; Mosely, «Russian Policy», p. 84; Sergei Dmitrievic Sazonov, *Les Années fatales* (París, 1927), p. 57.

193. Raymond Poincaré, «Entretien avec M. Sazonoff», agosto de 1912, AMAE, AE NS, Russie 41, fos. 270-272, 282-283. Para la versión que da Sazonov de aquella misma reunión, donde señala el descontento del ministro francés, pero observa que muy pronto encontró buenos motivos para apreciar la «gran importancia política» del tratado serbo-búlgaro, véase Sazonov, *Les Années fatales*, p. 60.

194. Notas sobre distintas conversaciones, San Petersburgo, 12 de agosto de 1913, AMAE, Papiers Jean Doulcet, vol. 23, Saint Petersbourg IV, «Notes personnelles», 1912–1917, fo. 312.

195. Ropponen, *Die Kraft Russlands*, p. 236.

196. Izvolsky a Sazonov, París, 12 de septiembre de 1912, en Stieve, *Schriftwechsel Iswolskis*, vol. 2, doc. 429, pp. 249-252, aquí p. 251.

197. Izvolsky a Sazonov, París, 24 de octubre de 1912, citado en Bovykin, *Iz istorii vozniknoveniya*, p. 137.

198. Poincaré a Izvolsky, 4 de noviembre de 1912, en Narodnogo komissariata po inostrannym delam (ed.), *Materialy po istorii franko-russkikh otnoshenii za 1910–1914 gg: sbornik sekretnykh diplomaticheskikh dokumentov byvshego Imperatorskogo rossiiskogo ministerstva inostrannykh del* (Moscú, 1922), p. 297; véase también Bovykin, *Iz istorii vozniknoveniya*, p. 142.

199. Izvolsky a Sazonov (carta), París, 7 de noviembre de 1912, ibid., pp. 295-297; Stieve, *Schrifwechsel Iswolskis*, vol. 2, doc. 554, pp. 335-337, aquí p. 336 (la cursiva es mía).

200. Rossos, *Russia and the Balkans*, p. 100.

201. Izvolsky a Sazonov, 17 de noviembre de 1912, en Narodnogo komissariata po inostrannym delam (ed.), *Materialy po istorii franko-russkikh otnoshenii za 1910–1914 g.g: sbornik sekretnykh diplomaticheskikh dokumentov byvshego Imperatorskogo rossiikogo ministerstva inostrannykh del* (Moscú, 1922), pp. 299-300, doc. 169; sobre las garantías ofrecidas por Poincaré, véase Stieve, *Iswolski und der Weltkrieg*, pp. 99, 121; id.

(ed.), *Schriftwechsel Iswolskis*, vol. 2, doc. 567, p. 346; véase también Bovykin, *Iz istorii vozniknoveniya*, p. 146.

202. Izvolsky a Sazonov, 20 de noviembre de 1912; e Izvolsky a Sazonov, 20 de noviembre, *IBZI*, serie 3, vol. 4, 1ª parte, docs. 298 y 300.

203. Poincaré, *Au service de la France*, vol. 2, pp. 199-206, donde el autor acusaba a Izvolsky de transformar su conversación con el embajador en «un cuento pintoresco y un tanto sobrado de color».

204. Schmidt, *Frankreichs Aussenpolitik*, p. 256.

205. Alexandre Ribot, Nota del 31 de octubre de 1912, AN, 563 AP 5, citado en ibid., p. 257.

206. «Note de l'État-Major de l'Armée», 2 de septiembre de 1912; y Paul a Jules Cambon, Dieppe, 3 de septiembre de 1912, *DDF*, 3ª serie, vol. 3, dos. 359, 366, pp. 439-440, 449-451.

207. Paul Cambon a Jules Cambon, París, 5 de noviembre de 1912, AMAE, PA-AP, 43, Cambon, Jules, Lettres de Paul à Jules 1882–1922, 101, fos. 251-257, aquí fos. 252-253.

208. Ignatiev a Zhilinsky (jefe del Estado Mayor ruso), París, 19 de diciembre de 1912, citado en Bovykin, *Iz istorii vozniknoveniya*, p. 149.

209. Ibid., p. 149.

210. Sobre Millerand como ministro de la Guerra, de enero de 1912 a enero de 1913, véase Marjorie M. Farrar, «Politics Versus Patriotism: Alexandre Millerand as French Minister of War», *French Historical Studies*, 11/4 (1980), pp. 577-609; sobre la trayectoria anterior del ministro como socialista moderado, véase Leslie Derfler, *Alexandre Millerand. The Socialist Years* (La Haya, 1977); para una versión de conjunto y equilibrada sobre la transición, véase Marjorie M. Farrar, *Principled Pragmatist: The Political Career of Alexandre Millerand* (Nueva York, 1991); hay interesantes reflexiones sobre las tensiones de la trayectoria de Millerand en Antoine Prost, Marie-Louise Goorgen, Noelle Gérome y Danielle Tartakowsky, «Four French Historians Review English Research on the History of French Labour and Socialism», *The Historical Journal*, 37/3 (1994), pp. 709-715, esp. p. 714.

211. Ignatiev a Zhilinsky, París, 4 de diciembre de 1912, citado en Bovykin, *Iz istorii vozniknoveniya*, p. 150.

212. Lucius a Bethmann Hollweg, San Petersburgo, 8 de enero de 1913, donde se informa de una conversación con Sazonov, PA-AA, R 10896.

213. Raymond M. B. Poincaré, «Notes journalières», 29 de enero de 1914, BNF (NAF 16026), Poincaré MSS; Hayne, *The French Foreign Office and the Origins of the First World War, 1898–1914* (Oxford, 1993), p. 239.

214. G. Wright, *The Reshaping of French Democracy. The Story of the Founding of the Fourth Republic* (Nueva York, 1948), p. 10.

215. John Keiger, *France and the Origins of the First World War* (Londres, 1983), p. 117.

216. Para sus relaciones con Jonnart, ministro de Asuntos Exteriores, véanse las anotaciones del diario de Paléologue del 22 de enero y el 13 de febrero de 1913, en M. Paléologue, *Au Quai d'Orsay à la veille de la tourmente. Journal 1913–1914* (París, 1947), pp. 15, 42.

217. Citado en Keiger, *France and the Origins*, p. 120.

218. William C. Fuller, *Strategy and Power in Russia, 1600–1914* (Nueva York, 1992), pp. 440, 444.

219. Stevenson, *Armaments*, p. 161.

220. Fuller, *Strategy and Power*, p. 439.

221. «8ème Conférence. Procès-verbal de l'entretien du 13 Juillet 1912 entre les Chefs d'État-Major des armées française et russe», AMAE, AE NS, «Russie 41», fos. 131-137, aquí fos. 134-135.

222. État-Major de l'Armée, 3ème bureau, «Note sur l'action militaire de la Russie en Europe», ibid., fos. 255-263.

223. Stevenson, *Armaments*, p. 162.

224. Raymond Poincaré, «Entretien avec l'Empéreur – Chemins de fer stratégiques»; «Entretien avec M. Sazonoff – Mobilisation», San Petersburgo, agosto de 1912, AMAE, AE NS, «Russie 41», fos. 278-279, 288.

225. Raymond Poincaré, «Entretien avec Kokowtsoff – Chemins de fer stratégiques», San Petersburgo, agosto de 1912, ibid., fo. 280.

226. Bovykin, *Iz istorii vozniknoveniya*, p. 147.

227. S. R. Williamson, «Joffre Reshapes French Strategy, 1911–1913», en Paul Kennedy (ed.), *The War Plans of the Great Powers, 1880–1914* (Londres, 1979), pp. 133-154, aquí pp. 134-136.

228. Sobre la versión alemana de ese mismo interrogante, véase Jonathan Steinberg, «A German Plan for the Invasion of Holland and Belgium, 1897», en Kennedy (ed.), *War Plans*, pp. 155-170, aquí p. 162. Steinberg se refiere aquí al pensamiento estratégico alemán, pero era el mismo problema que tenían que afrontar los dirigentes en París.

229. Hayne, *French Foreign Policy*, p. 266.

230. D. N. Collins, «The Franco-Russian Alliance and Russian Railways, 1891–1914», *The Historical Journal*, 16/4 (1973), pp. 777-788, aquí p. 779.

231. Buisseret a Davignon, San Petersburgo, 25 de febrero de 1913, MAEB AD, «Russia 3», 1906-1913.

232. François Roth, «Raymond Poincaré et Théophile Delcassé: Histoire d'une relation politique», en Conseil général de l'Ariège (ed.), *Delcassé et l'Europe à la veille de la Grande Guerre* (Foix, 2001), pp. 231-246, aquí p. 236.

233. Bovykin, *Iz istorii vozniknoveniya*, p. 151.

234. Delcassé a Pichon, San Petersburgo, 24 de marzo de 1913, *DDF*, 3ª serie, vol. 6, doc. 59, pp. 81-82; sobre la misma cuestión planteada a Sazonov, véase Delcassé a Jonnart, San Petersburgo, 21 de marzo de 1913, ibid., doc. 44, p. 66.

235. Informe de una conversación con Delcassé el 18 de junio de 1914 por el general Laguiche, agregado militar en San Petersburgo, en Georges Louis, *Les Carnets de Georges Louis* (2 vols., París, 1926) vol. 2, p. 126.

236. B. V. Ananich, *Rossiya I mezhdunarodyi kapital 1897–1914. Ocherki istorii finansovykh otnoshenii* (Leningrado, 1970), pp. 270-271.

237. Sobre la Ley de los Tres Años y el papel de Poincaré para su aprobación, véase J. F. V. Keiger, *Raymond Poincaré* (Cambridge, 1997), pp. 152-153, 162-163; Krumeich, *Armaments and Politics*, pp. 112-113.

238. Keiger, *France and the Origins*, p. 144.

239. Guillaume a Davignon, París, 17 de abril de 1913, 12 de junio de 1913, MAEB AD, France 11, Correspondance politique – légations.

240. Guillaume a Davignon, París, 16 de enero de 1914, ibid.

241. Guillaume a Davignon, París, 28 de mayo de 1914, ibid.

242. Keiger, *France and the Origins*, pp. 136-137.

243. Anotación en su diario, jueves 18 de abril de 1913, en Maurice Paléologue, *Journal, 1913–1914*, p. 103.

244. Keiger, *France and the Origins*, p. 136; sobre estos acontecimientos, véase también las anotaciones en su diario, 16 de abril al 5 de mayo de 1913, en Paléologue, *Journal, 1913–1914*, pp. 100-124.

245. Krumeich, *Armaments and Politics*, pássim.

246. Guillaume a Davignon, París, 9 de junio de 1914, MAEB AD, France 12, «Correspondance politique – légations».

247. Sobre la creciente oposición a la Ley de los Tres Años, véase Guillaume a Davignon, París, 16 de enero de 1914, ibid.

248. Sobre la caída del Gobierno de Ribot el día de su primera comparecencia ante el Parlamento, véase Guillaume a Davignon, París, 13 de junio de 1914, ibid.

249. Informe del capitán Parchement en el «escenario», del Distrito de Vilna en octubre de 1912, citado en Pertti Luntinen, *French Information on the Russian War Plans, 1880–1914* (Helsinki, 1984), p. 175.

250. Verneuil a [Pichon], Brolles, 7 de julio de 1913, AMAE NS, «Russie 42», fos. 58-60, aquí fo. 59.

251. Citado en Schmidt, *Frankreichs Aussenpolitik*, pp. 271-273.

252. Charles Rivet, «Lettre de Russie: L'Effort militaire russe», en *Le Temps*, 13 de noviembre de 1913, recorte de prensa en Buisseret a Davignon, San Petersburgo, 15 de noviembre de 1913, MAEB AD, «Russie 3» 1906–1914.

253. Ibid., p. 275.

254. Laguiche a Dupont, 14 de febrero de 1914, citado en ibid., p. 279.

255. Paul Kennedy, «The First World War and the International Power System», en Steven E. Miller (ed.), *Military Strategy and the Origins of the First World War* (Princeton, 1985), pp. 7-40, aquí p. 28.

CAPÍTULO 6

1. Citado en Zara S. Steiner, *The Foreign Office and Foreign Policy, 1898–1914* (Cambridge, 1969), p. 153.

2. Sobre el encuentro del 4 al 6 de julio de 1912 en Puerto Báltico, véase H. H. Fisher (ed.), *Out of My Past. The Memoirs of Count Kokovtsov, Russian Minister of Finance, 1904–1911, Chairman of the Council of Ministers, 1911–1914*, trad. Laura Matveev (Stanford, 1935), p. 322.

3. Notas de Bethmann Hollweg sobre su conversación con Sazonov, 6 de julio de 1912, *GP*, vol. 31, doc. 11542, pp. 439-444.

4. Fisher (ed.), *Memoirs of Count Kokovtsov*, p. 320.

5. Notas de Pourtalès, 29 de junio de 1912, *GP*, vol. 31, doc. 11537, pp. 433-436.

6. Sergei Dmitrievich Sazonov, *Les Années fatales* (París, 1927), pp. 48-49.

7. Fisher (ed.), *Memoirs of Count Kokovtsov*, pp. 320-321.

8. Bethmann a MAE, Puerto Báltico, a bordo del *Hohenzollern*, 6 de julio de 1912, *GP*, vol. 31, doc. 11540, pp. 437-438.

9. Sobre la distensión como un potencial del sistema internacional antes de 1914, véase Friedrich Kiessling, *Gegen den grossen Krieg? Entspannung in den internationalen Beziehungen, 1911–1914* (Múnich, 2002), pp. 77-148.

10. Bethmann a MAE, Puerto Báltico, a bordo del *Hohenzollern*, 6 de julio de 1912, *GP*, vol. 31, doc. 11540, pp. 437-438.

11. Klaus Hildebrand, *Das vergangene Reich. Deutsche Aussenpolitik von Bismarck bis Hitler, 1871–1945* (Stuttgart, 1995), pp. 269-276.

12. Cf. Volker Berghahn, *Germany and the Approach of War in 1914* (Basingstoke, 1993), pp. 120-122; e Imanuel Geiss, «The German Version of Imperialism: Weltpolitik», en G. Schöllgen, *Escape into War? The Foreign Policy of Imperial Germany* (Oxford, Nueva York, Múnich, 1990), pp. 105-120; aquí p. 118.

13. Así rezaba el «Esbozo de una Fórmula Concebible» para las negociaciones anglo-alemanas que proponía Bethmann, citado en R. Langhorne, «Great Britain and

Germany, 1911–1914», en Francis Harry Hinsley (ed.), *British Foreign Policy under Sir Edward Grey* (Cambridge, 1977), pp. 288-314, aquí pp. 293-294.

14. Niall Ferguson, *Pity of War* (Londres, 1998), p. 72; Langhorne, «Great Britain and Germany», pp. 294-295.

15. R. Langhorne, «The Naval Question in Anglo-German Relations, 1912–1914», *Historical Journal*, 14 (1971), pp. 359-370, aquí p. 369; cf. Fritz Fischer, *War of Illusions. German Policies from 1911 to 1914*, trad. Marian Jackson (Londres, 1975), pp. 123-131.

16. R. J. Crampton, *Hollow Détente. Anglo-German Relations in the Balkans, 1911–1914* (Londres, 1980), pp. 56-58, 72-73; Kiessling, *Gegen den grossen Krieg?*, p. 103.

17. Sobre los objetivos de la misión y la «desautorización» de Haldane por el gobierno británico, véase B. D. E. Kraft, *Lord Haldane's Zending naar Berlijn in 1912. De duitsch-engelsche onderhandelingen over de vlootquaestie* (Utrecht, 1931), pp. 209-211, 214-217, 220-221; borrador de nota al gobierno alemán, marzo de 1912, citado en Gregor Schöllgen, *Imperialismus und Gleichgewicht. Deutschland, England und die orientalische Frage, 1871–1914* (Múnich, 1984), p. 330.

18. Kraft, *Zending naar Berlijn*, p. 246.

19. Samuel R. Williamson, *The Politics of Grand Strategy. Britain and France Prepare for War, 1904–1914* (Cambridge, MA, 1969), p. 258.

20. Nicolson a Bertie, 8 de febrero de 1912, TNA FO 800 / 171, citado en Steiner, *Foreign Office*, p. 127.

21. Bertie a Nicolson, París, 11 de febrero de 1912, citado en Thomas Otte, *The Foreign Office Mind. The Making of British Foreign Policy, 1865–1914* (Cambridge, 2011), p. 364; sobre la participación de Nicolson y su compromiso con el Convenio anglo-ruso, véase Keith Neilson, «"My Beloved Russians": Sir Arthur Nicolson and Russia, 1906–1916», *International History Review*, 9/4 (1987).

22. Jonathan Steinberg, «Diplomatie als Wille und Vorstellung: Die Berliner Mission Lord Haldanes im Februar 1912», en Herbert Schottelius y Wilhelm Deist (eds.), *Marine und Marinepolitik im kaiserlichen Deutschland, 1871–1914* (Düsseldorf, 1972), pp. 263-282, aquí p. 264; sobre la misión y su fracaso, véanse también Michael Epkenhans, *Die wilhelminische Flottenrüstung. Weltmachtstreben, industrieller Fortschritt, soziale Integration* (Múnich, 1991), pp. 113-137; David Stevenson, *Armaments and the Coming of War: Europe 1904–1914* (Cambridge, 1996), pp. 205-207.

23. Goschen a Nicolson, Berlín, 20 de abril de 1912, TNA FO 800/355, fos. 20-22.

24. «Foreign Affairs. The Morocco Crisis. Sir E. Grey's Speech», *The Times*, 28 de noviembre de 1911, p. 13, col. B.

25. Kühlmann a Bethmann, Londres, 14 de octubre de 1912, *GP*, vol. 33, doc. 12284, p. 228; véase también el análisis en Jost Dülffer, Martin Kröger y Rolf-Harald Wippi-

ch, *Vermiedene Kriege. Deeskalation von Konflikten der Grossmächte zwischen Krimkrieg and Ersten Weltkring 1856–1914* (Múnich,1997), p. 650.

26. Crampton, *Hollow Détente*.

27. Kiessling, *Gegen den grossen Krieg?*, pp. 89, 122; Paul W. Schroeder, «Embedded Counterfactuals and World War I as an Unavoidable War», pp. 28-29.

28. Ronald Bobroff, *Roads to Glory. Late Imperial Russia and the Turkish Straits* (Londres, 2006); sobre la inquietud de Francia por Jorge V, Guillaume a Davignon, París, 11 de abril de 1913, MAEB AD, France 11, «Correspondance politique – légations».

29. Ira Klein, «The Anglo-Russian Convention and the Problem of Central Asia, 1907–1914», *Journal of British Studies*, 11 (1971), pp. 126-147, aquí p. 128.

30. Ibid., p. 141.

31. Grey a Buchanan, Londres, 11 de febrero de 1914; Grey a Buchanan, Londres, 18 de marzo de 1914, TNA, Grey Papers, FO 800/74, citado en Thomas McCall, «The Influence of British Military Attachés on Foreign Policy Towards Russia, 1904–1917», tesis de máster, Universidad de Cambridge, 2011, p. 53.

32. Príncipe Max von Lichnowsky, *My Mission to London, 1912–1914* (Londres, 1918), p. 29.

33. Steiner, *Foreign Office*, pp. 121-140, 49; Otte, *Foreign Office Mind*, p. 380.

34. McCall, «British Military Attachés», pp. 33-75.

35. Hamilton a Haldane, 1 de septiembre de 1909, citado en ibid., p. 60.

36. Notas de H. A. Gwynne, director del *Morning Post*, sobre una entrevista confidencial en el MAE, probablemente con Sir William Tyrrell, citadas y analizadas en Keith M. Wilson, «The British Démarche of 3 y 4 de diciembre de 1912: H. A. Gwynne's Note on Britain, Russia and the First Balkan War», *Slavonic and East European Review*, 60/4 (1984), pp. 552-559, aquí p. 556.

37. Nicolson a Goschen, Londres, 15 de abril de 1912, *BD*, vol. 6, doc. 575, p. 747.

38. Nicolson a Goschen, Londres, 25 de mayo de 1914, TNA, FO fos. 162-14, aquí fo. 163. 800/374.

39. Kiessling, *Gegen den grossen Krieg?*, pp. 82-83, Bovykin, *Iz istorii vozniknoveniya*, p. 180.

40. Citado en Steiner, *British Foreign Office*, p. 134; sobre los puntos de vista de Nicolson más en general, véase pp. 128, 129, 131, 133, 134, 136-137; Otte, *Foreign Office Mind*, p. 384.

41. Guillaume a Davignon, París, 14 de abril de 1914, MAEB AD, France 11, «Correspondance politique – légations».

42. Otte, *Foreign Office Mind*, pp. 358-359, 387-388.

43. Nicolson a Bunsen, Londres, 30 de marzo de 1914, TNA, FO 800/373, fos. 80-83, aquí fo. 83.

44. Estos aspectos del sistema internacional se examinan en Kiessling, *Gegen den grossen Krieg?*; y en Holger Afflerbach y David Stevenson (eds.), *An Improbable War? The Outbreak of World War I and European Political Culture before 1914* (Oxford, 2007), ambos pássim.

45. Jules Cambon a Poincaré, Berlín, 28 de julio de 1912, AMAE, PA-AP, 43, Cambon Jules 56, fo. 45.

46. Annika Mombauer, *Helmuth von Moltke and the Origins of the First World War* (Cambridge, 2001), pp. 145, 211, 281.

47. Stevenson, *Armaments*, pp. 159-163.

48. Ibid., p. 247.

49. Para las interpretaciones que hacía Alemania de las actitudes entre los altos mandos militares rusos, véanse por ejemplo Pourtalès a Bethmann Hollweg, San Petersburgo, 20 de noviembre de 1912; Griesinger (embajador alemán en Belgrado) a Bethmann Hollweg, 5 de febrero de 1913; la cita es de Romberg (embajador alemán en Berna) a Bethmann Hollweg, Berna, 1 de febrero de 1913, donde se informa de una conversación entre el agregado militar ruso en aquella ciudad y un miembro de la legación diplomática austrohúngara, todo ello en PA-AA, R 10895.

50. *The Times*, 3 de diciembre de 1912, p. 6, col. B.

51. Ibid.

52. Citado en Lamar Cecil, *Wilhelm II* (2 vols., Chapel Hill, 1989 y 1996), vol. 2, *Emperor and Exile, 1900–1941*, p. 186; sobre el discurso de Bethman y su relevancia, véase Dülffer, Kröger y Wippich, *Vermiedene Kriege*, pp. 652-654.

53. Para una reconstrucción completa de la reunión y un análisis de su relevancia, véase J. C. G. Röhl, «Dress Rehearsal in December: Military Decision-making in Germany on the Eve of the First World War», en id., *The Kaiser and His Court. Wilhelm II and the Government of Germany* (Cambridge, 1994), pp. 162-189, aquí pp. 162-163.

54. Röhl, «Dress Rehearsal», pássim; también en id., «Admiral von Müller and the Approach of War, 1911–1914», *Historical Journal*, 12 (1969), pp. 651-673. La interpretación que hacía Röhl del «comité de guerra» de diciembre de 1912 como el momento en que se inició la cuenta atrás para una guerra planificada por anticipado por Alemania ha sido un punto de vista minoritario. En un congreso celebrado en Londres en octubre de 2011 («The Fischer Controversy 50 Years On», 13-15 de octubre de 2011, German Historical Institute, Londres), Röhl radicalizaba el argumento, insinuando que el Comité de Guerra fue el momento en que los alemanes decidieron no iniciar la guerra de inmediato, sino «posponerla» hasta el verano de 1914, un argumento planteado anteriormente por Fischer, *War of Illusions*, pp. 164, 169. La tesis de una postergación de la guerra también es crucial en la argumentación presentada en

el tercer tomo de la biografía del káiser por Röhl, véase J. C. G. Röhl, *Wilhelm II. Der Weg in den Abgrund, 1900–1941* (Múnich, 2008).

55. Röhl, «Dress Rehearsal»; Stevenson, *Armaments*, pp. 288-289; F. Fischer, «The Foreign Policy of Imperial Germany and the Outbreak of the First World War», en Schöllgen, *Escape into War?*, pp. 19-40; aquí p. 22; M. S. Coetzee, *The German Army League* (Nueva York, 1990), pp. 36-37; Wolfgang J. Mommsen, «Domestic Factors in German Foreign Policy before 1914», *Central European History*, 6 (1973), pp. 3-43, aquí pp. 12-14.

56. E. Hölzle, Die *Selbstentmachtung Europas. Das Experiment des Friedens vor und im Ersten Weltkrieg* (Gotinga, 1975), pp. 180-183; Hildebrand, *Das vergangene Reich*, p. 289.

57. Jagow a Lichnowsky, Berlín, 26 de abril de 1913; Jagow a Flotow, Berlín, 28 de abril de 1913, *GP*, 34/2, pp. 737-738, 752; sobre la construcción de submarinos y otras medidas navales, véanse Holger H. Herwig, *«Luxury» Fleet. The Imperial German Navy, 1888–1918* (Londres, 1980), pp. 87-89; Gary E. Weir, «Tirpitz, Technology and Building U-boats 1897–1916», *International History Review*, 6 (1984), pp. 174-190; Hew Strachan, *The First World War* (Oxford, 2001), pp. 53-55.

58. Moltke a Bethmann y Heeringen, 21 de diciembre de 1912, citado en Stevenson, *Armaments*, pp. 291-292.

59. David Stevenson, «War by Timetable? The Railway Race Before 1914», *Past & Present*, 162 (1999), pp. 163-194, aquí p. 175.

60. Peter Gattrell, *Government, Industry and Rearmament in Russia, 1900–1914. The Last Argument of Tsarism* (Cambridge, 1994), pp. 133-134.

61. Fritz Fischer, *Griff nach der Weltmacht. Die Kriegszielpolitik des kaiserlichen Deutschland 1914–1918* (Düsseldorf, 1961), p. 48.

62. Véase Stevenson, *Armaments*, pp. 298, 314; I. V. Bestuzhev, «Russian Foreign Policy, February–June 1914», *Journal of Contemporary History*, 1/3 (1966), pp. 93-112, aquí p. 96.

63. Paul Kennedy, «The First World War and the International Power System», en Steven E. Miller (ed.), *Military Strategy and the Origins of the First World War* (Princeton, 1985), p. 29.

64. Militär-Bericht Nr. 28, San Petersburgo, 8-21 de mayo de 1914 (copia para el Almirantazgo del Reich), BA-MA Freiburg, RM5/1439. Gracias a Oliver Griffin por enviarme una fotocopia de ese documento. Las ideas de Moltke (del 15 de diciembre de 1913 y 11 de julio de 1914) se citan en Stevenson, «War by Timetable?», p.186.

65. Matthew Seligmann y Roderick McLean, *Germany from Reich to Republic* (Londres, 2000), pp. 142-144.

66. Ferguson, «Public Finance and National Security. The Domestic Origins of the First World War Revisited», *Past & Present*, 142 (1994); sobre los motivos aducidos por Moltke para una guerra preventiva en 1908-1909, véanse Fischer, *Griff nach der Weltmacht*, pp. 49-50; id., *War of Illusions*, p. 88; Norman Stone, «Moltke-Conrad: Relations Between the German and Austro-Hungarian General Staffs», *Historical Journal*, 9 (1966), pp. 201-228; Isabel V. Hull, «Kaiser Wilhelm II and the "Liebenberg Circle"», en J. C. G. Röhl y N. Sombart (eds.), *Kaiser Wilhelm II. New Interpretations* (Cambridge, 1982), pp. 193-220, esp. 212; Holger H. Herwig, «Germany, en Richard F. Hamilton y Holger H. Herwig (eds.), *The Origins of World War I* (Cambridge, 2003), pp. 150-187, esp. p. 166.

67. Dieter Hoffmann, *Der Sprung ins Dunkle oder wie der 1. Weltkrieg entfesselt wurde* (Leipzig, 2010), véase esp. la tabla de las pp. 325-330.

68. Citado en Stefan Schmidt, *Frankreichs Aussenpolitik in der Julikrise 1914. Ein Beitrag zur Geschichte des Ausbruchs des Ersten Weltkrieges* (Múnich, 2009), p. 276.

69. Henry Wilson, comentario al margen de un resumen para el Estado Mayor del último despacho del coronel Knox desde San Petersburgo, 23 de marzo de 1914, TNA, WO 106/1039.

70. Kevin Kramer, «A World of Enemies: New Perspectives on German Military Culture and the Origins of the First World War», *Central European History*, 39 (2006), pp. 270-298, aquí p. 272; sobre la relación entre el temor a la guerra y la disposición a ella, véase también Kiessling, *Gegen den grossen Krieg?*, p. 57.

71. Bethmann Hollweg a Eisendecher, 26 de diciembre de 1911 y 23 de marzo de 1913, ambos citados en Konrad H. Jarausch, «The Illusion of Limited War: Chancellor Bethmann Hollweg's Calculated Risk, July 1914», *Central European History*, 2/1(1969), pp. 48-76.

72. Cecil, *Wilhelm II*, vol. 2, p. 195.

73. Falkenhayn a Hanneken, 29 de enero de 1913, citado en Holger Afflerbach, *Falkenhayn: Politisches Denken und Handeln im Kaiserreich* (Múnich, 1994), p. 102 (Falkenhayn sería nombrado ministro de la Guerra, el 7 de junio de 1913).

74. Ibid., p. 76.

75. Sobre la primacía de los líderes civiles en la Europa de 1914, véase Marc Trachtenberg, «The Coming of the First World War: A Reassessment», en id., *History and Strategy* (Princeton, 1991), pp. 47-99.

76. Anon., *Deutsche Weltpolitik und kein Krieg!* (Berlín, 1913).

77. Hildebrand, *Das vergangene Reich*, p. 278.

78. Strachan, *First World War*, p. 33.

79. Sobre las opciones de Alemania en materia de políticas, véase Hildebrand, *Das vergangene Reich*, pp. 277-282.

80. Mehmet Yerçil, «A History of the Anatolian Railway, 1871–1914», tesis doctoral, Cambridge, 2010.

81. Marschall von Bieberstein a Bethmann, Constantinopla, 4 de diciembre de 1911, *GP*, vol. 30, doc. 10987.

82. Carl Mühlmann, *Deutschland und die Türkei 1913–1914. Die Berufung der deutschen Militärmission nach der Türkei 1913, das deutsch-türkische Bündnis 1914 und der Eintritt der Türkei in den Weltkrieg* (Berlín, 1929), p. 5.

83. Yerçil, «Anatolian Railway», p. 91.

84. Ibid., pp. 95-120.

85. Helmut Mejcher, «Oil and British Policy Towards Mesopotamia», *Middle Eastern Studies*, 8/3 (1972), pp. 377-391, esp. pp. 377-378.

86. Citado en J. C. G. Röhl, *Wilhelm II. The Kaiser's Personal Monarchy, 1888–1900*, trad. Sheila de Bellaigue (Cambridge, 2004), p. 953.

87. Sobre el interés de Alemania por el panislamismo como instrumento de política exterior, véase Sean McMeekin, *The Berlin–Baghdad Express. The Ottoman Empire and Germany's Bid for World Power, 1898–1918* (Londres, 2010), pp. 7-53.

88. Fischer, *Griff nach der Weltmacht*, p. 54.

89. Herbert Feis, *Europe, The World's Banker 1870–1914* (Nueva York, 1939), p. 53; Ulrich Trumpener, *Germany and the Ottoman Empire 1914–1918* (Princeton, 1968), pp. 3-11; Harry N. Howard, *The Partition of Turkey, 1913–1923* (Norman, 1931), pp. 49-50.

90. Hildebrand, *Das vergangene Reich*, pp. 281-282.

91. Sobre «Goltz Pascha» y otros asesores militares alemanes en Constantinopla anteriores a Liman, véase Bernd F. Schulte, *Vor dem Kriegsausbruch 1914. Deutschland, die Türkei und der Balkan* (Düsseldorf, 1980), pp. 17-38.

92. Mühlmann, *Deutschland und die Türkei*, pp. 10-11; Hildebrand, *Das vergangene Reich*, p. 297.

93. Theobald von Bethmann Hollweg, *Betrachtungen zum Weltkriege* (2 vols., Berlín, 1919), vol. 1, pp. 88-89.

94. Sobre la campaña de prensa de *Novoye Vremya*, instigada desde círculos oficiales, véase David MacLaren McDonald, *United Government and Foreign Policy in Russia, 1900–1914* (Cambridge, MA, 1992), p. 191; sobre la determinación de las autoridades otomanas de utilizar la misión alemana para mejorar sus Fuerzas Armadas y con ello prevenir ulteriores anexiones, véase Sverbeyev (embajador ruso en Berlín) a Sazonov, 16 de enero de 1914, *IBZI*, serie 3, vol. 1, doc. 21, pp. 22-23.

95. Tatishchev a Nicolás II, Berlín, 6 de noviembre de 1913, GARF, Fond 601, op. 1, del 746 (2).

96. Citado del informe de Bazarov del 16 de diciembre de 1913, en Fischer, *War of Illusions*, p. 334. No está claro cómo consiguió enterarse Bazarov del contenido de

aquella alocución.

97. Pourtalès al MAE alemán, 28 de noviembre y 5 de diciembre de 1913, *GP*, vol. 38, docs. 15457, 15466; Mühlmann, *Deutschland und die Türkei*, p. 12.

98. Citado en Lichnowsky, *My Mission to London*, p. 14.

99. Bovykin, *Iz istorii vozniknoveniya*, pp. 125-126; Fischer, *War of Illusions*, pp. 147-148.

100. Sazonov a Demidov (embajador ruso en Atenas), San Petersburgo, 16 de octubre de 1912, con copias a Constantinopla, París y Londres; Sazonov a Girs, San Petersburgo, 18 de octubre de 1912; Sazonov a los embajadores rusos en París, Londres, Berlín, Viena y Roma, 5 de octubre de 1912, todos en AVPRI, Fond 151 (PA), op. 482, d. 130, ll. 14, 20, 22.

101. Sukhomlinov a Neratov, 11 de agosto de 1911, *IBZI* serie 3, vol. 1, doc. 310, pp. 375-378, aquí p. 376.

102. Sazonov a Izvolsky, 4 de noviembre de 1912 (copias a Londres y Constantinopla); Sazonov a Girs (embajador en Constantinopla), «telegrama», San Petersburgo, 2 de noviembre de 1912, ambos en AVPRI, Fond 151 (PA), op. 482, d. 130, ll. 96, 87.

103. Bobroff, *Roads to Glory*, pp. 52-53.

104. Sazonov a Kokovtsov y a los jefes de servicio, 12 de noviembre de 1912, citado en ibid., p. 55.

105. Sazonov a Nicolás II, 23 de noviembre de 1912, citado en Bovykin, *Iz istorii vozniknoveniya*, p. 126.

106. Ia. Zakher, «Konstantinopol i prolivy», *KA*, 6 (1924), pp. 48-76, aquí p. 55, y 7 (1924), pp. 32-54.

107. Bobroff, *Roads to Glory*, pp. 76-95.

108. Sazonov al encargado de negocios de la embajada rusa, Londres, 7 de diciembre de 1913, en B. von Siebert (ed.), *Graf Benckendorffs diplomatischer Schriftwechsel* (Berlín, 1928), vol. 3, doc. nº 982, pp. 208-209.

109. D. C. B. Lieven, *Russia and the Origins of the First World War* (Londres, 1983), p. 47; Etter (encargado de negocios ruso en Londres) a Sazonov, Londres, 14 de enero de 1914, *IBZI*, serie 3, vol. 1, doc. 3, pp. 2-3.

110. Louis Mallet a Edward Grey, Londres, 23 de marzo de 1914, TNA FO 800/80; «Great Britain, House of Commons Debates, 1914», vol., 59 cols. 2169-2170, ambos citados en William I. Shorrock, «The Origin of the French Mandate in Syria and Lebanon: The Railroad Question, 1901–1914», *International Journal of Middle East Studies*, 1/2 (1970), pp. 133-153, aquí p. 153; véase también Stuart Cohen, «Mesopotamia in British Strategy, 1903–1914», *International Journal of Middle East Studies*, 9/2 (1978), pp. 171-181, esp. pp. 174-177.

111. Nota de conformidad entre S.E. Khourshid Pasha, ministro de Marina, en nombre del Gobierno otomano, y el almirante Limpus, 25 de mayo de 1912, «Limpus Papers. Caird Library», NMM, LIM/12; sobre el nombramiento de Limpus, véase también Paul G. Halpern, *The Mediterranean Naval Situation*, 1908–1914 (Cambridge, MA, 1971), p. 321.

112. Véase «Instructions for Hallifax Bey», 11 de mayo de 1914, ibid., LIM/9.

113. Limpus al Almirantazgo otomano, 5 de junio de 1912, ibid., LIM 8/1 (libro de correspondencia), fos. 63-67.

114. Limpus al Almirantazgo otomano, 5 de junio de 1912, ibid., LIM 8/1 (libro de correspondencia), fos. 68-69.

115. Delcassé a MAE, 29 de enero de 1914, AMAE NS, «Russie 42», fos. 223-224; véase también Izvolsky a Sazonov, París, 15 de enero de 1914, *IBZI*, serie 3, vol. 1, doc. 12, pp. 12-14, donde se informa de la oposición de Francia a un boicot financiero de Rusia contra el Imperio Otomano.

116. lzvolsky a Sazonov, París, 18 de diciembre de 1913; Izvolsky a Sazonov, París, 18 de diciembre de 1913, en Stieve (ed.), *Der diplomatische Schriftwechsel Izwolskis*, vol. 3, docs. 1179, 1181, pp. 425-425, 428-431; Dülffer, Kröger y Wipplich, *Vermiedene Kriege*, pp. 663-664.

117. Sazonov a Benckendorff, San Petersburgo, 11 de diciembre de 1913, en Benno Siebert (ed.), *Benckendorffs diplomatischer Schriftwechsel* (3 vols., Berlín, 1928), vol. 3, doc. 991, p. 217.

118. Sobre este informe, véase McDonald, *United Government*, p. 193; sobre el efecto «centrador» del asunto Liman, véase Strachan, *First World War*, p. 61.

119. M. Pokrowski, *Drei Konferenzen. Zur Vorgeschichte des Krieges*, trad. Anon (Berlín, 1920), pp. 34, 38.

120. Ibid., p. 42.

121. Hildebrand, *Das vergangene Reich*, p. 298.

122. Pokrowski, *Drei Konferenzen*, pp. 39, 41; sobre el papel de Sazonov en aquellos debates, véase Horst Linke, *Das Zarische Russland and der Erste Weltkrieg. Diplomatie and Kriegsziele 1914–1917* (Múnich, 1982), p.22.

123. Buchanan a Grey, 3 de abril de 1914, citado en Lieven, *Russia and the Origins*, p. 197.

124. Comentario final al margen de Pourtalès a Bethmann, San Petersburgo, 25 de febrero de 1914, *GP*, vol. 39, doc. 15841, p. 545; véase también el análisis en Dülffer, Kröger y Wippich, *Vermiedene Kriege*, p. 670.

125. Citado en McDonald, *United Government*, p. 193.

126. Sergei Dmitrievich Sazonov, *Fateful Years, 1909–1996: The Reminiscences of Serge Sazonov*, trad. N. A. Duddington (Londres, 1928), p. 80.

127. Liszkowski, *Zwischen Liberalismus und Imperialismus. Die Zaristische Aussenpolitik vor dem Ersten Weltkrieg im Urteil Miljukovs und der Kadettenpartei, 1905–1914* (Stuttgart, 1974), pp. 224-225.

128. Mallet a Grey (nº 400), 2 de junio de 1914, y las actas de Russell y Crowe, 9 y 14 de junio de 1914, citado en Thomas Otte, *Foreign Office Mind*, pp. 378-379.

129. Lieven, *Russia and the Origins*, pp. 42-46; véase también Bovykin, *Iz istorii vozniknoveniya*, p. 129.

130. Bobroff, *Roads to Glory*, p. 151; id., «Behind the Balkan Wars», p. 78.

131. «Journal der Sonderkonferenz, 8. Februar 1914», en Pokrowski, *Drei Konferenzen*, pp. 47, 52.

132. Ibid., pp. 52-53.

133. Bovykin, *Iz istorii vozniknoveniya*, p. 128.

134. Stephen Schröder, *Die englisch-russische Marinekonvention* (Gotinga, 2006), pp. 97-101; Linke, *Das Zarische Russland*, pp. 28-30.

135. Citado en Schröder, *Die englisch-russische Marinekonvention*, p. 128.

136. William A. Renzi, «Great Britain, Russia and the Straits, 1914–1915», *Journal of Modern History*, 42/1 (1970), pp. 1-20, aquí pp. 2-3; Mustafa Aksakal, *The Ottoman Road to War in 1914. The Ottoman Empire and the First World War* (Cambridge, 2008), p. 46.

137. Sazonov a Hartwig, citado en Friedrich Stieve, *Iswolski und der Weltkrieg, auf Gund der neuen Dokumenten-Veröffentlichung des Deutschen Auswärtigen Amtes* (Berlín, 1924), p. 178.

138. Guillaume a Davignon, París, 14 de abril de 1914, MAEB AD, France 11, «Correspondance politique – légations».

139. Sobre la crucial importancia de esta idea para Sazonov, véase Bobroff, *Roads to Glory*, pp. 151-156.

140. John H. Herz, «Idealist Internationalism and the Security Dilemma», *World Politics*, 2/2 (1950), pp. 157-180, aquí p. 157; sobre la relevancia de este problema para la crisis de 1914, véanse Jack L. Snyder, «Perceptions of the Security Dilemma in 1914», en Robert Jervis, Richard Ned Lebow y Janice Gross Stein, *Psychology and Deterrence* (Baltimore, 1989), pp. 153-179; Klaus Hildebrand, «Julikrise 1914: Das europäische Sicherheitsdilemma. Betrachtungen über den Ausbruch des Ersten Weltkrieges», *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht*, 36 (1985), pp. 469-502; Gian Enrico Rusconi, *Rischio 1914. Come si decide una guerra* (Bolonia, 1987), pp. 171-187.

141. Nicolson a Cartwright, Londres, 18 de marzo de 1912, TNA, FO, 800/354, fos. 253-254.

142. Sazonov, *Les Années fatales*, p. 63.

143. Bertie a Grey, París, 26 de noviembre de 1912, en *BD*, vol. 9/2, doc. 280, p. 206.

144. Príncipe Max von Lichnowksy, *Heading for the Abyss* (Nueva York, 1928), pp. 167-168; en cursiva en el original.

145. Ibid., pp. 167-168; en cursiva en el original.

146. Cambon a Poincaré, Londres, 4 de diciembre de 1912, *DDF*, 3ª serie, vol. 4, doc. 622, pp. 642-643; véase también Wilson, «The British Démarche», p. 555.

147. Schroeder, «Embedded Conterfactuals», p. 37.

148. Informe de un agente especial de la Hamburg-Amerika Linie sobre una conversación con Witte, adjuntado en Müller a Bethmann Hollweg, Hamburgo, 21 de febrero de 1913, PA-AA, R 10137, «Allgemeine Angelegenheiten Russlands», 1 de enero 1907-1931 de diciembre de 1915; para otro informe que argumentaba que la guerra tan solo era popular entre un reducido sector de la élite rusa, véase Kohlhaas (cónsul general alemán en Moscú), memorándum, Moscú, 3 de diciembre de 1912, PA-AA, R 10895.

149. Sobre esta tendencia de la política exterior británica, véanse Christopher John Bartlett, *British Foreign Policy in the Twentieth Century* (Londres, 1989), p. 20; Paul W. Schroeder, «Alliances, 1815–1914: Weapons of Power and Tools of Management», en Klaus Knorr (ed.), *Historical Dimension of National Security Problems* (Lawrence, KS, 1976), pp. 227-262, aquí p. 248; Christel Gade, *Gleichgewichtspolitik oder Bündnispflege? Maximen britischer Aussenpolitik (1909–1914)* (Gotinga, 1997), p. 22; sobre la renuncia de Francia a una política de «equilibrio de poder», véase Bovykin, *Iz istorii vozniknoveniya*, p. 133.

150. Grey a Bertie, Londres, 4 de diciembre de 1912, *BD*, vol. 9/2, doc. 328, p. 244; Grey le decía algo muy parecido a Buchanan, embajador en San Petersburgo, véase Grey a Buchanan, 17 de febrero de 1913, ibid., doc. 626, p. 506.

151. Sobre las sospechas del Reino Unido respecto a los designios de Austria-Hungría, a la suposición de que Viena era un satélite de Berlín y a la disfuncionalidad del sistema austrohúngaro, véase Kiessling, *Gegen den grossen Krieg?*, pp. 127-129; Strachan, *First World War*, p. 81.

152. Katrin Boeckh, *Von den Balkankriegen zum Ersten Weltkrieg. Kleinstaatenpolitik und ethnische Selbstbestimmung auf dem Balkan* (Múnich, 1996), pp. 121, 131; V. N. Strandmann, *Balkanske Uspomene*, trad. del ruso al serbio por Jovan Kachaki (Belgrado, 2009), p. 244; Pašić a Sazonov, 2 de febrero de 1914, *IBZI*, serie 3, vol. 1, doc. 161, pp. 149-150. Sobre aquellas entregas, que necesitaron su tiempo para abrirse camino a través del sistema ruso: Sukhomlinov a Sazonov, 30 de marzo de 1914; Sazonov a Hartwig, San Petersburgo, 9 de abril de 1914; Sazonov a Hartwig, San Petersburgo, 14 de abril de 1914; Hartwig a Sazonov, 28 de abril de 1914, todo ello en *IBZI*, serie 1, vol. 1, doc. 161, pp. 149-150; ibid., serie 1, vol. 2, docs. 124, 186, 218, 316, pp. 124, 198, 227-228 y 309.

153. Miranda Vickers, *The Albanians. A Modern History* (Londres y Nueva York, 1999), p. 70.

154. Mark Mazower, *The Balkans* (Londres, 2000), pp. 105-106 [*Los Balcanes*, Barcelona, Mondadori, 2001].

155. Notas de Jean Doulcet, secretario de la embajada francesa en San Petersburgo, sobre una conversación con André Panafieu, San Petersburgo, 11 de diciembre [de 1912], AMAE, «Papiers Jean Doulcet», vol. 23, «Notes personnelles», 1912-1917; Strandmann, *Balkanske Uspomene*, p. 239.

156. Nicolson a Hardinge, Londres, 1 de febrero de 1912, citado en Richard Langhorne, «Anglo-German Negotiations Concerning the Future of the Portuguese Colonies, 1911–1914», *Historical Journal*, 16/2 (1973), pp. 361-387, aquí p. 371.

157. Schoen a Bethmann Hollweg, París, 22 de marzo de 1912, *GP*, vol. 31, doc. 11520, pp. 396-401, aquí pp. 400-401.

158. Sazonov, *Les Années fatales*, p. 61.

159. Bethmann, *Betrachtungen zum Weltkrieg*, vol. 2, p. 133.

160. Sobre el «endurecimiento» de la masculinidad de los oficiales antes de 1914, véase Markus Funck, «Ready for War? Conceptions of Military Manliness in the Prusso-German Officer Corps before the First World War», en Karen Hagemann y Stephanie Schüler-Springorum (eds.), *Home/Front. The Military, War and Gender in Twentieth-Century Germany* (Nueva York, 2002), pp. 43-68.

161. Rosa Mayreder, «Von der Männlichkeit», en Mayreder, *Zur Kritik der Weiblichkeit*, ensayos ed. Hana Schnedl (Múnich, 1981), pp. 80-97, aquí p. 92.

162. Christopher E. Forth, *The Dreyfus Affair and the Crisis in French Masculinity* (Baltimore, 2004); véanse también los ensayos en Hagemann y Schüler-Springorum (eds.), *Home/Front*, esp. Karen Hagemann, «Home/Front. The Military, Violence and Gender Relations in the Age of the World Wars», pp. 1-42; sobre las masculinidades de las élites en una comparación entre Reino Unido y Alemania, véase Sonja Levsen, «Constructing Elite Identities. University Students, Military Masculinity and the Consequences of the Great War in Britain and Germany», *Past & Present*, 198/1 (2008), pp. 147-183; sobre las tensiones en el seno de los modelos hegemónicos de masculinidad, Mark Connellan, «From Manliness to Masculinities», *Sporting Traditions*, 17/2 (2001), pp. 46-63.

163. Samuel R. Williamson, «Vienna and July: The Origins of the Great War Once More», en id. y Peter Pastor (eds.), *Essays on World War I: Origins and Prisoners of War* (Nueva York, 1983), pp. 9-36, esp. pp. 13-14.

164. Strandmann, *Balkanske Uspomene*, p. 241.

165. Hugo Hantsch, *Leopold Graf Berchtold. Grandseigneur und Staatsmann* (2 vols., Graz, 1963), vol. 2, pp. 374, 455, 475 n. 14, 500, 520.

166. Strandmann, *Balkanske Uspomene*, p. 244.

167. Joachim Radkau, *Das Zeitalter der Nervosität. Deutschland zwischen Bismarck und Hitler* (Múnich, 1998), pp. 396-397.

168. Georg Jellinek, *System der subjektiven Öffentlichen Rechte* (Freiburg, 1892), pp. 8-17, 21-28; sobre la «normative Kraft des Faktischen» de Jellinek, véase Oliver Lepsius, *Besitz und Sachherrschaft im öffentlichen Recht* (Tubinga, 2002), pp. 176-179.

169. Denis Diderot, «Composition in Painting», *Encyclopédie*, vol. 3 (1753), en Beatrix Tollemache, *Diderot's Thoughts on Art and Style* (Nueva York, 1893–1971), pp. 25-34.

170. Tatishchev a Nicolás II, Berlín, 28 de febrero de 1914 y 13 de marzo de 1914, GARF, Fond 601, op. 1, del 746 (2).

1. *Pijemont*, 28 de junio de 1914, citado en Wolf Dietrich Behschnitt, *Nationalismus bei Serben und Kroaten, 1830–1914* (Múnich, 1980), p. 132.

2. Leon Biliński, *Wspomnienia i dokumenty* (2 vols., Varsovia , 1924-1925), vol. 1, p. 282.

3. Citado en Vladimir Dedijer, *The Road to Sarajevo* (Londres, 1967), p. 10.

4. Citado en Joachim Remak, *Sarajevo. The Story of a Political Murder* (Londres, 1959), p. 25.

5. Declaración de Veljko Čubrilović, en J. Kohler (ed.), *Der Prozess gegen die Attentäter von Sarajevo. Nach dem amtlichen Stenogramm der Gerichtsverhandlung aktenmässig dargestellt* (Berlín, 1918), p. 72.

6. Declaración de Cvijetko Popović, ibid., p. 77.

7. Declaración de Gavril Princip, ibid., p. 30.

8. Igelstroem (cónsul general ruso en Sarajevo) a Shebeko, Sarajevo, 7 de julio de 1914, *IBZI*, serie 3, vol. 4, doc. 120, p. 123.

9. Rebecca West, *Black Lamb and Grey Falcon. A Journey through Yugoslavia* (Londres, 1955), p. 332.

10. Citado en Remak, *Sarajevo*, p. 131.

11. Citado en ibid., p. 134.

12. Los recuerdos son los del director yugoslavo de la oficina de turismo de Sarajevo, tal y como los documentó Rebecca West cuando visitó la ciudad en 1936-1937, véase West, *Black Lamb and Grey Falcon*, pp. 333, 350.

13. Declaración de Oskar Potiorek, en Kohler (ed.), *Der Prozess*, pp. 156-157.

14. Citado en Dedijer, *Road to Sarajevo*, p. 15; Rudolf Jeřábek, *Potiorek. General im Schatten von Sarajevo* (Graz, 1991), pp. 82-86.

15. Kohler (ed.), *Der Prozess*, p. 30.

16. Declaración de Oskar von Potiorek, ibid., p. 157.

17. Declaración de Franz von Harrach, ibid., p. 159.

18. Stefan Zweig, *Die Welt von gestern. Erinnerungen eines Europäers* (2ª ed., Hamburgo, 1982), p. 251 [*El mundo de ayer. Memorias de un europeo*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2002]

19. R. J. W. Evans, «The Habsburg Monarchy and the Coming of War», en id. y H. Pogge von Strandmann (eds.), *The Coming of the First World War* (Oxford, 1988), pp. 33-57.

20. Anotación de su diario, 17 de septiembre de 1914, en Rosa Mayreder, *Tagebücher 1873–1936*, ed. Harriet Anderson (Frankfurt, 1988), p. 145.

21. Príncipe [Alfons] Clary[-Aldringen], *A European Past*, trad. Ewald Osers (Londres, 1978), p. 153.

22. Anotación de su diario, 1 de junio de 1914, en Arthur Schnitzler, *Tagebücher 1913–1916*, ed. P. M. Braunwarth, R. Miklin, S. Pertlik, W. Ruprechter y R. Urbach (Viena, 1983), p. 117.

23. Biliński, *Wspomnienia i dokumenty*, vol. 1, p. 276.

24. Shebeko a Sazonov, 1 de julio de 1914, *IBZI*, serie 3, vol. 4, doc. 46, p. 52.

25. Jaroslav Hašek, *The Good Soldier Švejk*, trad. Cecil Parrott (Londres, 1974; reimpr. 2000), p. 4 [*Las aventuras del buen soldado Švejk*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2009].

26. Joseph Roth, *The Radetzky March*, trad. Michael Hofmann (Londres, 2003), p. 327.

27. Robert A. Kann, «Gross-Österreich», en id., *Erzherzog Franz Ferdinand Studien* (Múnich, 1976), pp. 26-46, aquí p. 31.

28. Conde Ottokar Czernin, *In the World War* (Londres, 1919), p. 36.

29. Rudolf Kiszling, *Erzherzog Franz Ferdinand von Österreich-Este. Leben, Pläne und Wirken am Schicksalsweg der Donaumonarchie* (Graz, 1953), pp. 49-50.

30. Robert Hoffmann, *Erzherzog Franz Ferdinand und der Fortschritt. Altstadterhaltung und bürgerliche Modernisierungswille in Salzburg* (Viena, 1994), pp. 94-95.

31. Anotaciones en su diario, 28 de junio y 24 de septiembre de 1914, en Schnitzler, *Tagebücher*, pp. 123, 138.

32. Véase Bernd Sösemann, «Die Bereitschaft zum Krieg. Sarajevo 1914», en Alexander Demandt (ed.), *Das Attentat in der Geschichte* (Colonia, 1996), pp. 295-320.

33. Djordjević a Pašić, Constantinopla, 30 de junio de 1914, AS, MID – PO, 411, fos. 744-748, aquí fos. 744-745.

34. Shebeko a Sazonov, 1 de julio de 1914, *IBZI*, serie 3, vol. 4, doc. 47, p. 53.

35. Véanse, por ejemplo, «Die Ermordung des Thronfolgerpaares», en *Prager Tagblatt*, 29 de junio de 1914, 2nd Extra-Ausgabe, p. 1; «Ermordung des Thronfolgerpaares», en *Innsbrucker Nachrichten*, 29 de junio de 1914, p. 2; «Die erste Nachricht», «Das erste Attentat», «Das tödliche Attentat», en *Pester Lloyd*, 29 de junio de 1914, p. 2; «Die letzten Worte des Erzherzogs», en *Vorarlberger Volksblatt*, 1 de julio de 1914, p. 2.

36. «Franz Ferdinand über Seine Ehe», en *Die Reichspost*, 30 de junio de 1914, edición de la tarde, p. 4.

37. Karl Kraus, «Franz Ferdinand und die Talente», *Die Fackel*, 10 de julio de 1914, pp. 1-4.

38. Véase, por ejemplo, «Nichtamtlicher Teil», en *Wiener Zeitung*, 29 de junio de 1914, p. 2.

39. «Ermordung des Thronfolgerpaares», en *Innsbrucker Nachrichten*, 29 de junio de 1914, p. 1; «Die Ermordung des Thronfolgers und seiner Gemahlin», en *Die Reichspost*, 29 de junio de 1914, p. 1; sobre el archiduque como portador del futuro de los Habsburgo, véase también, «Erzherzog Franz Ferdinand. Das Standrecht in Sarajevo», en *Neue Freie Presse*, 30 de junio de 1914, p. 1.

40. Józef Galántai, *Hungary in the First World War* (Budapest, 1989), pp. 26-7.

41. Franz Kafka, *Tagebücher*, ed. Hans-Gerhard Koch, Michael Müller y Malcolm Pasley (Frankfurt, 1990), p. 543 [*Diarios*, Barcelona, Debolsillo, 2006].

42. Citado en Remak, *Sarajevo*, p. 183.

43. Ibid., p. 186.

44. Potiorek a Biliński, Sarajevo, 29 de junio de 1914, *ÖUAP*, vol. 8, doc. 9947, pp. 213-214, aquí p. 214.

45. Luigi Albertini, *The Origins of the War of 1914*, trad. Isabella M. Massey (3 vols. Oxford, 1953), vol. 2, pp. 55, 97-98.

46. Remak, *Sarajevo*, pp. 194-196, 198.

47. Potiorek a Biliński, Sarajevo, 28 de junio de 1914; Potiorek a Biliński, Sarajevo, 28 de junio de 1914; Potiorek a Biliński, Sarajevo, 29 de junio de 1914, *ÖUAP*, vol. 8, docs. 9939, 9940, y 9947, pp. 208, 209, 213-214; sobre la necesidad que sentía Potiorek de mitigar sus sentimientos de culpa, probablemente inconscientes, en relación con los asesinatos al ordenar la detención de todos los individuos serbios supuestamente sospechosos en Bosnia, véase Jeřábek, *Potiorek*, p. 88.

48. Wilhelm Ritter von Storck al MAE de Viena, Belgrado, 29 de junio de 1914; Wilhelm Ritter von Storck al MAE de Viena, Belgrado, 29 de junio de 1914, *ÖUAP*, vol. 8, docs. 9941, 9943, pp. 209-210, 210-212.

49. Potiorek a Krobatin, Sarajevo, 29 de junio de 1914, ibid., doc. 9948, p. 214; sobre la insistencia de Potiorek en la complicidad de Belgrado en el crimen, véase también Roberto Segre, *Vienna e Belgrado 1876–1914* (Milán, 1935), p. 48.

50. Wilhelm Ritter von Storck al MAE de Viena, Belgrado, 29 de junio de 1914, *ÖUAP*, vol. 8, doc. 9943, pp. 210-212.

51. Storck al MAE de Viena, Belgrado, 29 de junio de 1914, ibid., doc. 9943, pp. 210-212.

52. Heinrich Jehlitschka al MAE de Viena, telegrama, Üsküb, 1 de julio de 1914, ibid., doc. 9972, pp. 237-240, aquí p. 239.

53. Storck al MAE de Viena, Belgrado, 30 de junio de 1914, ibid., doc. 9951, pp. 218-219. Se enviaron informes similares desde otros lugares de Serbia, véase, por ejemplo, Informe de Josef Umlauf, director del consulado en Mitrovica, 5 de julio de 1914, ibid., doc. 10064, pp. 311-312.

54. Documentos adjuntos a Storck al MAE de Viena, Belgrado, 1 de julio de 1914, ibid., doc. 9964, pp. 232-234; panfleto publicado por Straza el 30 de junio, HHStA, PA I, Liasse Krieg, 810, fo. 78.

55. De hecho, la «advertencia» se había formulado en términos imprecisos y generales, no se aportaban detalles del complot, y Jovanović habló con Biliński, no con Berchtold; transcripciones de *Stampa*, 30 de junio de 1914, ibid., fo. 24.

56. Jovanović (embajador serbio en Viena) a Pašić, Viena, 1 de julio de 1914; véase también id. a id., Viena, 6 de julio de 1914, AS, MID – PO, 411, fos. 659, 775.

57. Djordjević (embajador serbio en Constantinopla) a Pašić, Constantinopla, 29 de junio de 1914. Djordjević informaba de que el embajador rumano en Constantinopla había avisado de que la prensa serbia tuviera cuidado de «no celebrar aquel acto, sino de condenarlo»; Djordjević no estaba de acuerdo, e instó a Pašić a que procurara adoptar un tono de «decorosa reserva»; Vesnić a Pašić, París, 1 de julio de 1914, ibid., 411, fos. 662, 710.

58. Mark Cornwall, «Serbia», en Keith M. Wilson (ed.), *Decisions for War 1914* (Londres, 1995), pp. 55-96, aquí p. 62.

59. Sobre la negativa de Pašić, véase Albertini, *Origins*, vol. 2, p. 99; Djordje Stanković, *Nikola Pašić, saveznivi i stvaranje Jugoslavije* (Zajecar, 1995), p. 40.

60. Véase informe de Czernin (embajador austrohúngaro en San Petersburgo) al MAE de Viena, San Petersburgo, 3 de julio de 1914, *ÖUAP*, vol. 8, doc. 10017, pp. 282-283; transcipción completa del artículo en *Vecherneye Vremya*, 29 de junio de 1914, ibid., doc. 10017, pp. 283-284.

61. Szapáry al MAE de Viena, San Petersburgo, 21 de julio de 1914, ibid., doc. 10461, pp. 567-568.

62. Cónsul general Heinrich Jehlitschka al MAE de Viena, telegrama, Üsküb, 1 julio 1914, ibid., doc. 9972, pp. 237-240, aquí p. 239.

63. Pašić a todas las embajadas serbias, Belgrado, 1 de julio de 1914; Pašić a todas las embajadas serbias, Belgrado, 14 de julio de 1914, en *DSP*, vol. 7/1, docs. 299, 415.

64. Storck al MAE de Viena, Belgrado, 3 de julio de 1914; Storck al MAE de Viena, Belgrado, 3 de julio de 1914, *ÖUAP*, vol. 8, docs. 10000, 10004, pp. 274, 276.

65. Storck al MAE de Viena, Belgrado, 30 de junio de 1914, ibid., doc. 9950, p. 218.

66. *Neue Freie Presse*, 7 de julio de 1914 (nº 17911), p. 4, col. 1.

67. Cornwall, «Serbia», pássim.

68. Sobre la política de silencio altivo, véase por ejemplo Hartwig a Sazonov, 9 de julio de 1914, *IBZI*, serie 3, vol. 4, doc. 148, p. 147.

69. Storck al MAE de Viena, Belgrado, 30 de junio de 1914, *ÖUAP*, vol. 8, doc. 9951, pp. 218-219.

70. Hugo Hantsch, *Leopold Graf Berchtold. Grandseigneur und Staatsmann*, (2 vols., Graz, 1963), vol. 2, p. 557.

71. Citado en ibid., p. 558.

72. Ibid., p. 559.

73. Biliński, *Wspomnienia i dokumenty*, vol. 1, p. 238.

74. Véase por ejemplo, Biliński a Potiorek, Viena, 30 de junio y 3 de julio de 1914, *ÖUAP*, vol. 8, docs. 9962, 10029, pp. 227-231, 289-291.

75. Véase el relato del encuentro del 13 de octubre de 1913 en Conrad von Hötzendorf, *Aus meiner Dienstzeit, 1906–1918* (5 vols., Viena, 1921-1925), vol. 3, pp. 464-466.

76. John Leslie, «The Antecedents of Austria-Hungary's War Aims. Policies and Policy-makers in Viena and Budapest before and during 1914», en Elisabeth Springer y Leopold Kammerhold (eds.), *Archiv und Forschung. Das Haus- Hof und Staatsarchiv in seiner Bedeutung für die Geschichte Österreichs und Europas* (Viena, 1993) pp. 366-367.

77. Biliński, *Wspomnienia i dokumenty*, vol. 1, p. 277.

78. N. Shebeko, *Souvenirs. Essai historique sur les origins de la guerre de 1914* (París, 1936), p. 185.

79. Tschirschky a Bethmann Hollweg, Viena, 30 junio, en *DD*, vol. 1, doc. 7, pp. 10-11.

80. Sobre la motivación de Musulin, véanse las memorias redactadas por el conde Alexander Hoyos y transcritas en Fritz Fellner, «Die Mission "Hoyos"», en id., *Vom Dreibund zum Völkerbund. Studien zur Geschichte der internationalen Beziehungen 1882–1919*, ed. H. Maschl y B. Mazohl-Wallnig (Viena,1994), pp. 112-141, aquí p. 135.

81. Leslie, «Antecedents », p. 378 (cita: Szapáry a Berchtold, 19 de noviembre de 1912).

82. Joseph Redlich, anotación en su diario, 24 de julio de 1914, en Fritz Fellner (ed)., *Schicksalsjahre Österreichs, 1908–1919: Das politische Tagebuch Josef Redlichs*, (2 vols., Graz, 1953-1954), vol. 1, p. 239.

83. Berchtold, «Die ersten Tage nach dem Attentat vom 28. Juni», citado en Hantsch, *Berchtold*, vol. 2, p. 552.

84. Embajador Mérey (Roma) a su padre, 5 de mayo de 1914, citado en Fellner, «Die Mission "Hoyos"», p. 119.

85. Véase R. A. Kann, *Kaiser Franz Joseph und der Ausbruch des Krieges* (Viena, 1971), p. 11, donde cita una entrevista a Biliński en un periódico; William Jannen, «The Austro-Hungarian Decision for War in July 1914», en Samuel R. Williamson y Peter Pastor (eds.), *Essays on World War I: Origins and Prisoners of War* (Nueva York, 1983), pp. 55-81, esp. p. 72.

86. Este comentario le fue presuntamente comunicado a Margutti por el edecán del emperador, el general conde Paar, véase [Albert Alexander] Barón von Margutti, *The Emperor Francis Joseph and His Times* (Londres, 1921), pp. 138-139.

87. Memorias de Berchtold, citado en Hantsch, *Berchtold*, vol. 2, pp. 559-560.

88. Tisza, memorádum al emperador Francisco José, Budapest, 1 de julio de 1914, *ÖUAP*, vol. 8, doc. 9978, pp. 248-249.

89. Günther Kronenbitter, *Krieg in Frieden. Die Führung der k.u.k. Armee und die Grossmachtpolitik Österreich-Ungarns 1906–1914* (Múnich, 2003), pp. 465-466; Segre, *Vienna e Belgrado*, p. 49; Sidney Bradshaw Fay, *The Origins of the First World War* (2 vols., Nueva York), vol. 2, pp. 224-236.

90. Memorias de Berchtold, citado en Hantsch, *Berchtold*, vol. 2, pp. 560, 561.

91. Conrad, *Aus meiner Dienstzeit*, vol. 4, p. 34; Samuel R. Williamson, *Austria-Hungary and the Origins of the First World War* (Houndmills, 1991), pp. 199-200.

92. Notas de Hoyos sobre una conversación con Naumann, 1 de julio de 1914, *ÖUAP*, vol. 8, doc. 9966, pp. 235-236; también Albertini, *Origins*, vol. 2, pp. 129-130; Dieter Hoffmann, *Der Sprung ins Dunkle: Oder wie der 1. Weltkrieg entfesselt wurde* (Leipzig, 2010), pp. 181-182; Fritz Fischer, *War of Illusions. German Policies from 1911 to 1914*, trad. Marian Jackson (Londres, 1975), p. 473.

93. Citado en Albertini, *Origins*, vol. 2, p. 138.

94. Szögyényi a Berchtold, Berlín, 4 de julio de 1914, *ÖUAP*, vol. 8, doc. 10039, p. 295.

95. Ibid., p. 36; cf. Fischer, *War of Illusions*, p. 418.

96. Tisza, memorándum al emperador Francisco José, Budapest, 1 de julio de 1914, *ÖUAP*, vol. 8, doc. 9978, pp. 248-249.

97. Ibid., apéndice al doc. 9984, pp. 253-261.

98. Francisco José al káiser Guillermo II, 2 de julio de 1914, ibid., doc. 9984, pp. 250-252.

99. Informe de Szögyényi sobre Hoyos (1908), citado en Verena Moritz, «"Wir sind also fähig, zu wollen!" Alexander Hoyos und die Entfesselung des Ersten Weltkrieges», en Verena Moritz y Hannes Leidinger (eds.), *Die Nacht des Kirpitschnikow. Eine andere Geschichte des Ersten Weltkrieges* (Viena, 2006), pp. 66-96, aquí pp. 82-83.

100. Fellner, «Die Mission "Hoyos"», pp. 119, 125, 115-116.

101. Para un inteligente análisis de las intenciones de Berchtold, con la que estoy en deuda por lo expuesto anteriormente, véase Williamson, *Austria-Hungary*, pp. 195-196; sobre la misión de Hoyos, véase también Manfred Rauchensteiner, *Der Tod des Doppeladlers. Österreich-Ungarn und der Erste Weltkrieg* (Graz, 1994), pp. 70-73; Hantsch, *Berchtold*, vol. 2, pp. 567-573.

102. Informe de Berchtold sobre una conversación con el embajador alemán, Viena, 3 de julio de 1914, *ÖUAP*, vol. 8, doc. 1006, pp. 277-278.

103. Conversación con Brătianu, de la que se informa en Czernin al MAE de Viena, Sinaia, 24 de julio de 1914, HHStA, PA I, Liasse Krieg 812, fos. 699-708.

CAPÍTULO 8

1. Citado en David Fromkin, *Europe's Last Summer. Who Started the Great War in 1914?* (Nueva York, 2004), p. 138.

2. Rumbold a Grey, Berlín, 3 de julio de 1914, *BD*, vol. 11, doc. 26, p. 18.

3. Friedrich Meinecke, *Erlebtes, 1862–1919* (Stuttgart, 1964), p. 245.

4. Akers-Douglas a Grey, Bucarest, 30 de junio de 1914, *BD*, vol. 11, doc. 30, p. 23.

5. Poklewski-Koziell a Sazonov, 4 de julio de 1914, *IBZI*, vol. 4, doc. 81, p. 87; Hristić a Pašić, Bucarest, 30 de junio de 1914, AS, MID – PO, 411, fo. 689.

6. Crackanthorpe a Grey, Belgrado, 2 de julio de 1914, *BD*, vol. 11, doc. 27, pp. 19-20.

7. Möllwald al MAE de Viena, Cetiña, 29 de junio de 1914, HHStA, PA I, Liasse Krieg, 810, fo. 22.

8. Nota del Ministerio de la Guerra (firma de Krobatin), Viena, 2 de julio de 1914; Berchtold a Möllwald, *ÖUAP*, vol. 8, docs. 9996, 10040, pp. 270-271, 295-296.

9. Spalajković a Pašić, San Petersburgo, 9 de julio de 1914, AS, MID – PO, 412, fo. 28.

10. Rodd a Grey, Roma, 7 de julio de 1914, *BD*, vol. 11, doc. 36, p. 28; Mérey a Berchtold, Roma, 2 de julio de 1914, *ÖUAP*, vol. 8, doc. 9988, p. 263; Mikhailović a Pašić, Roma, 1 de julio de 1914, AS, MID – PO, 411, fos. 762-765.

11. Sverbeyev a Sazonov, carta privada, Roma, 30 de junio de 1914, *IBZI*, serie 3, vol. 4, doc. 29, p. 37; Mikhailović a Pašić, Roma, 1 de julio de 1914, AS, MID – PO, 411, fols. 762-765.

12. John Keiger, *France and the Origins of the First World War* (Londres, 1983), pp. 139, 145.

13. Szécsen a Berchtold, París, 1 de julio de 1914, *ÖUAP*, vol. 8, doc. 9970, p. 237.

14. Bosković a Pašić, Londres, 18 de julio de 1914, AS, MID – PO, 411, fo. 684.

15. Mensdorff al MAE de Viena, Londres, 16 de julio de 1914, HHStA, PA I, Liasse Krieg, 812, fo. 478.

16. Czernin al MAE de Viena, Bucarest, 10 de julio de 1914, ibid., 810, fo. 369.

17. Jovanović a Pašić, Berlín, 13 de julio de 1914, AS, MID – PO, 412, fos. 63-64; Spalajković a Pašić, San Petersburgo, 12 de julio de 1914, ibid., fos. 105-106.

18. Shebeko a Sazonov, Viena, 30 de junio de 1914; Viena, 1 de julio de 1914, Viena, 1 de julio de 1914, *IBZI*, serie 3, vol. 8, docs. 32, 46, 47, pp. 39, 53, 54.

19. Hartwig a Sazonov, Belgrado, 30 de junio de 1914, ibid., vol. 4, doc. 35, p. 43; sobre la importancia de Friedjung como pretexto para rechazar de plano los argumentos de Austria contra Serbia, véase también Manfred Rauchensteiner, *Der Tod des Doppeladlers. Österreich-Ungarn und der Erste Weltkrieg* (Graz, 1994), p. 77.

20. Bronewsky a Sazonov, Sofía, 8 de julio de 1914, *IBZI*, serie 3, vol. 4, doc. 136, p. 143.

21. Sverbeyev (embajador en Berlín) a Sazonov, 2 julio de 1914, ibid., doc. 62, p. 68.

22. Benckendorff a Sazonov, Londres, 30 de junio de 1914, ibid., doc. 26, p. 32.

23. Bunsen (enviado británico en Viena) a Grey, 5 de julio de 1914, *BD*, vol. 11, doc. 40, pp. 31-32.

24. Carlotti a San Giuliano, San Petersburgo, 8 de julio de 1914, *IBZI*, serie 3, vol. 4, doc. 128, p. 128; la publicación en ruso de este comunicado señala que no hay documentos relativos a esta conversación en los archivos del Ministerio de Exteriores ruso, y que el relato que hacía Czernin de aquella misma reunión describe la conversación, pero no menciona ese punto. El motivo podría ser que Czernin hubiera obtenido información privilegiada de algún contacto en Viena, pero que quisiera ocultar que había puesto a Sazonov al corriente de las intenciones de Austria. No obstante, la estrecha correlación entre la revelación de Czernin y el pensamiento oficial de Viena en aquellos momentos sugiere que efectivamente el comentario se hizo, y que el intercambio fue auténtico.

25. Szapáry a Berchtold, 18 de julio de 1914, *ÖUAP*, vol. 8, doc. 10365, p. 495.

26. Así se lo comunicó verbalmente Shebeko a Berchtold el 30 de julio en Viena, véase N. Shebeko, *Souvenirs. Essai historique sur les origines de la guerre de 1914* (París, 1936), p. 258.

27. Szécsen a Berchtold, 4 de julio de 1914, *ÖUAP*, vol. 8, doc. 10047, p. 299.

28. Grey a Buchanan, Londres, 8 de julio de 1914, *BD*, vol. 11, doc. 39, p. 31.

29. Bunsen a Grey, 5 julio de 1914, ibid., doc. 41, pp. 31-32.

30. Bernadotte Everly Schmitt, *Interviewing the Authors of the War* (Chicago, 1930), p. 10. Mientras que Schmitt aceptaba el descargo de responsabilidades de Artamonov, Albertini se mostraba más escéptico, véase Luigi Albertini, *The Origins of the War of 1914*, trad. Isabella M. Massey (3 vols., Oxford, 1953), vol. 2, pp. 81-86.

31. Guillermo II, comentarios al margen en Tschirschky a Bethmann Hollweg, Viena, 30 de julio de 1914, en Imanuel Geiss (ed.), *Julikrise und Kriegsausbruch 1914. Eine Dokumentensammlung* (2 vols., Hannover, 1963-1964), aquí vol. 1, doc. 2, p. 59.

32. Informe de Berchtold sobre una conversación con Tschirschky, 3 de julio de 1913, *ÖUAP*, vol. 8, doc. 10006, p. 277; Hugo Hantsch, *Leopold Graf Berchtold. Grandseigneur und Staatsmann* (2 vols., Graz, 1963), vol. 2, pp. 566-568.

33. Szögyényi a Berchtold, Berlín, 5 de julio de 1914, en *ÖUAP*, vol. 8, doc. 10058, pp. 306-307.

34. Memorias de Hoyos en Fritz Fellner, «Die Mission "Hoyos"», en id., *Vom Dreibund zum Völkerbund. Studien zur Geschichte der Internationalen Beziehungen 1882–1919*, ed. H. Mashl y B. Mazohl-Wallnig (Viena, 1994), p. 137.

35. Holger Afflerbach, *Falkenhayn: Politisches Denken und Handeln im Kaiserreich* (Múnich, 1994), p. 151; Albertini, *Origins*, vol. 2, p. 142; Annika Mombauer, *Helmut von Moltke and the Origins of the First World War* (Cambridge, 2001), p. 190; Geiss (ed.), *Julikrise*, vol. 1, p. 79.

36. Szögyényi a Berchtold, Berlín, 6 de julio de 1914, *ÖUAP*, vol. 8, doc. 10076, p. 320.

37. Imanuel Geiss, *July 1914. The Outbreak of the First World War. Selected Documents* (Nueva York, 1974), p. 72; Albertini, *Origins*, vol. 2, pp. 137-140.

38. Albertini, *Origins*, vol. 2, p. 147; Hantsch, Berchtold, vol. 2, pp. 571-572.

39. Albertini, *Origins*, vol. 2, pp. 159, 137-138; Afflerbach, *Falkenhayn*, p. 151; Stevenson, *Armaments*, pp. 372, 375.

40. Geiss, *July 1914*, p. 72; David Stevenson, *Armaments and the Coming of War. Europe 1904–1915* (Oxford, 1996), p. 372; Szögyényi a Berchtold, Berlín, 28 de octubre de 1913, *ÖUAP*, vol. 7, doc. 8934, pp. 513-515.

41. Sobre la inquietud británica durante la primavera y el verano de 1914 acerca de la fiabilidad de los rusos, véase Thomas Otte, *The Foreign Office Mind. The Making of British Foreign Policy, 1865–1914* (Cambridge, 2001) pp. 376-378; sobre la inquietud francesa respecto a Sergei Witte, Stefan Schmidt, *Frankreichs Aussenpolitik in der Julikrise 1914. Ein Beitrag zur Geschichte des Ausbruchs des Ersten Weltkrieges* (Múnich, 2009), pp. 266-268.

42. Konrad H. Jarausch, «The Illusion of Limited War: Chancellor Bethmann Hollweg's Calculated Risk, July 1914», *Central European History*, 2/1 (1969), pp. 48-76; Gian Enrico Rusconi, *Rischio 1914. Come si decide una guerra* (Bolonia, 1987), pp. 95-115.

43. Jarausch, «Bethmann Hollweg's Calculated Risk», p. 48.

44. Dieter Hoffmann, *Der Sprung ins Dunkle: Oder wie der 1.Weltkrieg entfesselt wurde* (Leipzig, 2010), pp. 159-162; *Le Matin*, 4 de enero de 1914; véase también Ignatiev a Danilov (general jefe de Intendencia), París, 22 de enero de 1914, *IBZI*, serie 3, vol. 1, 77, pp. 65-68, aquí p. 66. Izvolsky sospechaba que el artículo había sido inspirado por un funcionario de nivel medio del Quai d'Orsay, véase ibid., p. 66, n. 1.

45. Citado en Hermann von Kuhl, *Der deutsche Generalstab in Vorbereitung und Durchführung des Weltkrieges* (Berlín, 1920), p. 72.

46. Pourtalès a Bethmann, 13 de junio de 1914, *DD*, vol.1, doc. 1, p. 1.

47. Guillermo II, notas al margen en la traducción del mismo artículo, ibid., doc. 2, p. 3.

48. Bethmann a Lichnowsky, Berlín, 16 de junio de 1914, *GP*, vol. 39, doc. 15883, pp. 628-630, esp. p. 628.

49. I. V. Bestuzhev, «Russian Foreign Policy, febrero-junio de 1914», *Journal of Contemporary History*, 1/3 (1966), p. 96.

50. Memorándum del Estado Mayor, Berlín, 27 de noviembre de 1913 y 7 de julio de 1914, PA-AA, R 11011.

51. Zara S. Steiner, *Britain and the Origins of the First World War* (Londres, 1977), pp. 120-124; Wolfgang J. Mommsen, «Domestic Factors in German Foreign Policy before 1914», *Central European History*, 6 (1973), pp. 3-43, aquí pp. 36-39.

52. Karl Dietrich Erdmann (ed.), *Kurt Riezler. Tagebücher, Aufsätze, Dokumente* (Gotinga, 1972), anotación en su diario, 7 de julio de 1914, pp. 182-183. La publicación de los diarios desencadenó un largo y a menudo enconado debate, tanto acerca del alcance de la responsabilidad de Alemania por el estallido de la guerra (la «controversia de Fisher» no se había extinguido todavía) como sobre la autenticidad de los diarios (sobre todo las secciones de antes de la guerra). En particular, Bernd Söseman acusaba a Erdmann de haber descrito erróneamente el manuscrito, que estaba formado por hojas sueltas, minuciosamente corregidas, y en parte truncadas, con una combinación de lo que parecen ser las anotaciones originales e inserciones posteriores, y de presentarlo como un «diario» que proporcionaba al lector una ventana abierta sobre los acontecimientos del momento. Véase Bernd Sösemann, «Die Erforderlichkeit des Unmöglichen. Kritische Bemerkungen zu der Edition: Kurt Riezler, Tagebücher, Aufsätze, Dokumente», *Blätter für deutsche Landesgeschichte*, 110 (1974); id., «Die Tagebücher Kurt Riezlers. Untersuchungen zu ihrer Echtheit und Edition», *Historische Zeitschrift*, 236 (1983), pp. 327-369, y la detallada réplica de Erdmann, Karl Dietrich Erdmann, «Zur Echtheit der Tagebücher Kurt Riezlers. Eine Antikritik», *Historische Zeitschrift*, 236 (1983), pp. 371-402. Sobre el valor duradero de la edición, y de las notas de Riezler a pesar de las complejas características de la fuente, véase la introducción de Holger Afflerbach a la nueva versión de la edición de Erdmann (Gotinga, 2008).

53. Erdmann, *Riezler*, anotación de su diario, 7 de julio de 1914, p. 182.

54. Ibid., anotación de su diario, 8 de julio de 1914, p. 184; sobre la importancia de este argumento para la política de Alemania, véase también Jürgen Angelow, *Der Weg in die Urkatastrophe. Der Zerfall des alten Europa 1900–1914* (Berlín, 2010), pp. 25-26.

55. A. Hoyos, «Meine Mission nach Berlín», en Fellner, «Die Mission "Hoyos"», p. 137.

56. «Protocol of the Ministerial Council for Joint Affairs convened on 7 July 1914», *ÖUAP*, vol. 8, doc. 10118, pp. 343-351, aquí pp. 343-345.

57. Ibid., p. 349.

58. Gunther E. Rothenberg, *The Army of Francis Joseph* (Lafayette, 1976), pp. 177-179; Rauchensteiner, *Tod des Doppeladlers*, pp. 74-75; Roberto Segre, *Vienna e Belgrado 1876–1914* (Milán, 1935), p. 61.

59. Samuel R.Williamson, *Austria-Hungary and the Origins of the First World War* (Houndmills, 1991), p. 199.

60. Conrad von Hötzendorf, *Aus meiner Dienstzeit, 1906–1918* (5 vols., Viena, 1921-1925), vol. 4, p. 33.

61. Berchtold, informe al emperador, 14 de julio de 1914, *ÖUAP*, vol. 8, doc. 10272, pp. 447-448.

62. Conrad a Berchtold, Viena, 10 de julio de 1914, ibid., doc. 10226, pp. 414-415.

63. Shebeko, *Souvenirs*, p. 214; Sidney Bradshaw Fay, *The Origins of the First World War* (2 vols., Nueva York), vol. 2, pp. 243-248.

64. El embajador austriaco, el conde Mérey, informaba exasperado a Viena en un telegrama del 18 de julio de graves indiscreciones por parte de Alemania; en su respuesta, Berchtold indicaba que se había enterado a través de «fuentes secretas fiables» –una alusión en clave a información procedente de mensajes interceptados– de las instrucciones de Roma a los embajadores en Bucarest y en San Petersburgo, véase Mérey a Berchtold, Roma, 18 de julio de 1914; y Berchtold a Mérey, Viena, 20 de julio de 1914, *ÖUAP*, vol. 8, docs. 10364, 10418, pp. 494, 538. Sobre las implicaciones del quebrantamiento del secreto, véase Williamson, *Austria-Hungary and the Origins*, p. 201; id., «Confrontation with Serbia: The Consequences of Viena's Failure to Achieve Surprise in July 1914», *Mitteilungen des Österreichischen Staatsarchivs*, 43 (1993), pp. 168-177; id., «The Origins of the First World War», *Journal of Interdisciplinary History*, 18 (1988), pp. 795-818, aquí pp. 811-812. Sobre todo lo anterior, véase también, San Giuliano a Berlín, San Petersburgo, Viena y Belgrado, 16 de julio de 1914, en MAE italiano (ed.), *I Documenti Diplomatici Italiani*, 4ª serie, 1908-1914 (12 vols., Roma, 1964), vol. 12 doc. 272; R. J. B. Bosworth, *Italy, the Least of the Great Powers: Italian Foreign Policy before the First World War* (Cambridge, 1979), pp. 380-386.

65. Véase Shebeko, *Souvenirs*, p. 213.

66. Crackanthorpe a Grey, Belgrado, 17 de julio de 1914, *BD*, vol. 11, doc. 53, p. 41.

67. Pašić a las embajadas de Serbia, Belgrado, 19 de julio, AS, MID – PO 412, fo. 138.

68. Albertini, *Origins*, vol. 2, pp. 254-257, con más detalles.

69. Robin Okey, *The Habsburg Monarchy, c. 1765–1918. From Enlightenment to Eclipse* (Londres, 2001), p. 377.

70. William Jannen, «The Austro-Hungarian Decision for War in July 1914», en Samuel R. Williamson y Peter Pastor (eds.), *Essays on World War I: Origins and Prisoners of War* (Nueva York, 1983), esp. pp. 58-60.

71. Sobre la confianza de Viena en la disuasión, véase Segre, *Vienna e Belgrado*, p. 69.

72. Memorándum redactado entre el 28 de junio y el 7 de julio de 1914 por Berthold Molden, periodista y escritor *freelance* para el departamento de prensa del MAE de Viena, citado en Solomon Wank, «Desperate Counsel in Viena in July 1914: Berthold Molden's Unpublished Memorandum», *Central European History*, 26/3 (1993), pp. 281-310, aquí p. 292.

73. Memorándum de Molden , citado en ibid., p. 293.

74. Edna Ullmann-Margalit, «Big Decisions: Opting, Converting, Drifting», Universidad Hebrea de Jerusalén, Centre for the Study of Rationality, Discussion Paper # 409, consultado en Internet en http://www.ratio.huji.ac.il/. Véase también, Edna Ullmann-Margalit y Sidney Morgenbesser, «Picking and Choosing», *Social Research*, 44/4 (1977), pp. 758-785. Quisiera darle las gracias a Ira Katznelson por llamar mi atención sobre dichos artículos.

75. Ullmann-Margalit, «Big Decisions», p. 11.

76. Storck al MAE de Viena, Belgrado, telegrama, 6 de julio de 1914, HHStA, PA I, Liasse Krieg 810, fo. 223; según ese informe, Crackanthorpe, el embajador británico, le había confesado a Storck que la conducta de sus colegas de la Triple Entente «le parecía algo más que extraña».

77. Esa era la sospecha del embajador italiano, Cora, que había estado presente en distintas ocasiones (incluida la famosa velada de bridge) donde Hartwig había ridiculizado al archiduque asesinado; véase Storck a Berchtold, Belgrado, 13 de julio de 1914, ibid., fo. 422.

78. Giesl a Berchtold, Belgrado, 11 de julio de 1914, *ÖUAP*, vol. 8, doc. 10193, pp. 396-398; hay otro informe completo del fallecimiento del embajador en Strandmann a Sazonov, Belgrado, 11 de julio de 1914, *IBZI*, serie 1, vol. 4, doc. 164, p. 163.

79. Citado en Albertini, *Origins*, vol. 2, p. 277.

80. Sazonov a Strandmann, San Petersburgo, 13 de julio de 1914, *IBZI*, serie 1, vol. 4, doc. 192, p. 179.

81. Descos a Viviani, Belgrado, 11 de julio de 1914, *DDF*, 3ª serie, vol. 10, doc. 499, pp. 719-721, aquí p. 721.

CAPÍTULO 9

1. Louis de Robien, «Arrivée en Russie», Louis de Robien MSS, AN 427, AP 1, vol. 2, fos. 1-2.

2. Ibid., fos. 3-4.

3. Ibid., fos. 6-7.

4. Ibid., fos. 8-9.

5. Ibid., fo. 13.

6. Ibid., fo. 12.

7. M. B. Hayne, *The French Foreign Office and the Origins of the First World War, 1898–1914* (Oxford, 1993), pp. 117-118.

8. Maurice Paléologue, *Cavour*, trad. I. F. D. y M. M. Morrow (Londres, 1927), p. 69.

9. Daeschner a Doulcet, París, 25 de mayo de 1914, AMAE, PA-AP, 240 Doulcet, vol. 21.

10. Izvolsky a Sazonov, París, 15 de enero de 1914, *IBZI*, serie 3, vol. 1, doc. 13, pp. 14-16; Bertie a Grey, París, 26 de enero y 15 de junio de 1912; véase Bertie a Nicolson, 26 de enero de 1912, TNA FO 800/165, fos. 133-134.

11. De Robien, «Arrivée», fo. 10.

12. Bertie a Nicolson, 26 de enero de 1912, TNA FO 800/165, fos. 133-134; «lamentable choix»: comentarios de Gérard, embajador en Japón, 18 de junio de 1914, que figuran en Georges Louis, *Les Carnets de Georges Louis* (2 vols., París, 1926), vol. 2, p. 125.

13. Crowe, comentario al margen en Bertie a Grey, París, 26 de enero de 1912, citado en John Keiger, *France and the Origins of the First World War* (Londres, 1983), p. 5.

14. Ibid., p. 51.

15. Hayne, *French Foreign Office*, pp. 133, 253-254.

16. Izvolsky a Sazonov, París, 15 de enero de 1914, *IBZI*, serie 3, vol. 1, doc. 13, pp. 14-16.

17. Informe de una conversación con Paléologue, comienzos de enero de 1914, en V. N. Strandmann, *Balkanske Uspomene*, trad. del ruso al serbio por Jovan Kachaki (Belgrado, 2009), p. 240.

18. Sobre la fama de De Margerie por su lealtad a Poincaré, véase Sevastopulo (encargado de negocios de Rusia en París) a Sazonov, París, 15 de enero de 1914, *IBZI*, serie 3, vol. 1, doc. 16, p. 19; sobre el afecto y la lealtad de De Margerie hacia Poincaré, véase Bernard Auffray, *Pierre de Margerie, 1861–1942 et la vie diplomatique de son temps* (París, 1976), pp. 243-244; Keiger, *France and the Origins*, p. 51.

19. «The French Army», *The Times*, 14 de julio de 1914, p. 8, col. D; «French Military Deficiencies», «No Cause for Alarm», *The Times*, 15 de julio de 1914, p. 7, col. A.; Gerd Krumeich, *Armaments and Politics in France on the Eve of the First World War. The Introduction of the Three-Year Conscription 1913–1914*, trad. Stephen Conn (Leamington Spa, 1984), p. 214; Keiger, *France and the Origins*, p. 149.

20. Poincaré, anotación en su diario, 15 de julio de 1914, «Notes journalières», BNF 16027.

21. Poincaré, anotación en su diario, 11 de julio de 1914, ibid.

22. Poincaré, anotación en su diario, 18 de julio de 1914, ibid.

23. Poincaré, anotación en su diario, 16 de julio de 1914, ibid.

24. Poincaré, anotación en su diario, 20 de julio de 1914, ibid.

25. Maurice Paléologue, *An Ambassador's Memoirs 1914–1917*, trad. Frederick A. Holt (Londres, 1973), p. 5.

26. Luigi Albertini, *The Origins of the War of 1914*, trans, Isabella M. Massey (3 vols., Oxford, 1953), vol. 2, p. 189.

27. Paléologue, *An Ambassador's Memoirs*, p. 4.

28. Ibid., p. 5.

29. Poincaré, anotación en su diario, 20 de junio de 1914, «Notes journalières», BNF 16027.

30. Poincaré, anotación en su diario, 21 de junio de 1914, ibid.

31. Paléologue, *An Ambassador's Memoirs*, p. 10; Szapáry también informaba de «una referencia indirecta al "asunto Prochaska"», véase Szapáry a Berchtold, San Petersburgo, 21 de julio de 1914, *ÖUAP*, vol. 8, doc. 10461, pp. 567-568; Friedrich Würthle, *Die Spur führt nach Belgrad* (Viena, 1975), pp. 207, 330-331.

32. Poincaré, anotación en su diario, 21 de junio de 1914, «Notes journalières», BNF 16027.

33. Paléologue, *An Ambassador's Memoirs*, p. 10.

34. Louis de Robien, «Voyage de Poincaré», AN 427 AP 1, vol. 2, fo. 54. De Robien no estaba presente cuando se pronunciaron aquellas palabras, pero se enteró de su efecto a través de testigos rusos.

35. Szapáry a Berchtold, San Petersburgo, 21 de julio de 1914, *ÖUAP*, vol. 8, doc. 10461, p. 568; cf. para una versión distinta de aquel diálogo, Keiger, *France and the Origins*, p. 151, quien argumenta que Szapáry se equivocó al ver una amenaza en las palabras del presidente.

36. Poincaré, anotación en su diario, 21 de junio de 1914, «Notes journalières», BNF 16027.

37. De Robien, «Voyage de Poincaré», fo. 55.

38. Ibid., fo. 57.

39. Poincaré, anotación en su diario, 21 de junio de 1914, «Notes journalières», BNF 16027.

40. Poincaré, anotación en su diario, 22 de junio de 1914, ibid.

41. Christopher Andrew, «Governments and Secret Services: A Historical Perspective», *International Journal*, 34/2 (1979), pp. 167-186, aquí p. 174.

42. De Robien, «Voyage de Poincaré», fos. 56-58.

43. Paléologue, *An Ambassador's Memoirs*, p. 15.

44. Esta anécdota figura en una carta de Laguiche al embajador francés en San Petersburgo (a la sazón Georges Louis) y al Ministerio de la Guerra francés, con fecha 25 de noviembre de 1912; que puede consultarse en el Service Historique de la Défence, Château de Vincennes, Carton 7 N 1478. Le agradezco al profesor Paul Robinson, de la Graduate School of Public and International Affairs de la Universidad de Ottawa por llamar mi atención sobre dicho documento y por proporcionarme la referencia.

45. Paléologue, *An Ambassador's Memoirs*, p. 15.

46. Poincaré, anotación en su diario, 22 de junio de 1914, «Notes journalières», BNF 16027.

47. Poincaré, anotación en su diario, 23 de junio de 1914, ibid.

48. Paléologue, *An Ambassador's Memoirs*, pp. 16-17.

49. De Robien, «Voyage de Poincaré», fo. 62.

50. Ibid., fols. 62-63.

51. Paléologue, *Cavour*, p. 70.

CAPÍTULO 10

1. «Protocols of the Ministerial Council held in Viena on 19 July 1914», *ÖUAP*, vol. 8, doc. 10393, pp. 511-514; Conrad von Hötzendorf, *Aus meiner Dienstzeit 1906–1918* (5 vols., Viena, 1921-1925), vol. 4, pp. 87-92.

2. Esta cuestión se plantea en Czernin a Berchtold, «máximo secreto», Sinaia, 27 de julio de 1914, HHStA, PA I, Liasse Krieg 812, fos. 193-198.

3. Szögyényi al MAE de Viena, Berlín, 14 de julio de 1914, ibid., fo. 446.

4. Ibid., fo. 512.

5. Samuel R. Williamson, *Austria-Hungary and the Origins of the First World War* (Houndmills, 1991), p. 203.

6. Lewis Bernstein Namier, *In the Margin of History* (Londres, 1939), p. 247.

7. Manfred Rauchensteiner, *Der Tod des Doppeladlers. Österreich-Ungarn und der Erste Weltkrieg* (Graz, 1994), p. 78.

8. Véase el texto de la nota y el ultimátum de Austria en *ÖUAP*, vol. 8, doc. 10395, pp. 515-517.

9. Wiesner a Berchtold (dos telegramas), Sarajevo, 13 de julio de 1914, *ÖUAP*, vol. 8, docs. 10252, 12253, pp. 436-437; sobre las repercusiones del informe Wiesner, véase Sidney Bradshaw Fay, *The Origins of the First World War* (2 vols., Nueva York), vol. 2, pp. 236-239.

10. Bernadotte Everly Schmitt, *Interviewing the Authors of the War* (Chicago, 1930), p. 22.

11. Luigi Albertini, *The Origins of the War of 1914*, trad. Isabella M. Massey (3 vols., Oxford, 1953), vol. 2, pp. 90-97.

12. Musulin había redactado el punto 6; fue revisado por Berchtold, Musulin lo volvió a revisar, y finalmente fue formulado de nuevo por Forgách, ibid., vol. 2, pp. 255-256.

13. Grey a Bunsen (embajador en Viena), donde informa de su conversación con Lichnowsky, *BD*, vol. 11, doc. 91, pp. 73-74; Churchill citado en David Fromkin, *Europe's Last Summer. Who Started the Great War in 1914?* (Nueva York, 2004), p. 184.

14. Acuerdos de Rambouillet, Interim Agreement for Peace and Self-Government in Kosovo, página web del Departamento de Estado de Estados Unidos, en http://www.state.gov/www/regions/eur/ksvo_rambouillet_text.html.

15. Ian Bancroft, «Serbia's Anniversary is a Timely Reminder», Guardian Unlimited, 24 de marzo de 2009, consultado en http://global.factiva.com/ha/default.aspx.

16. Crackanthorpe a Grey, Belgrado, 18 de julio de 1914, *BD*, vol. 11, doc. 80, pp. 64-65.

17. Real Embajada de Serbia, Londres, al MAE de los Países Bajos, 18 de octubre de 1912, NA 2.05.3, «Ministerie van Buitenlandsa Zaken, doc. 648, Correspondentie over de Balkan-oorlog».

18. Giesl a Berchtold, Belgrado, 23 de julio de 1914, *ÖUAP*, vol. 8, doc. 10526, p. 596.

19. Albertini, *Origins*, vol. 2, p. 285.

20. Recuerdo de Ljuba Jovanović, citado ibid., vol. 2, p. 347.

21. Estos detalles fueron recordados por Gruić, citado ibid., p. 347.

22. Berchtold a Giesl, Viena, 23 de julio de 1914, *ÖUAP*, vol. 8, doc. 10519, p. 594.

23. Strandmann a Sazonov, 24 de julio de 1914, *IBZI*, serie 3, vol. 5, doc. 35, p. 38.

24. Así lo recordaba el coronel Pavlović en sus conversaciones con Luciano Magrini en octubre de 1915, durante la retirada de Serbia, véase Magrini, *Il dramma di Seraievo. Origini e responsabilità della guerra europea* (Milán, 1929), pp. 203-205.

25. Pašić a Spalajković, Belgrado, 24 de julio de 1914, *DSP*, vol. 7/2, doc. 501; El regente Alejandro al zar Nicolás II, transcripción en Strandmann a Sazonov, 24 de julio de 1914, *IBZI*, serie 3, vol. 5, doc. 37, p. 39.

26. Magrini, *Il dramma di Seraievo*, pp. 205-206.

27. N. Pašić a las embajadas serbias en el extranjero, Belgrado, 25 de julio de 1914, British Foreign Office (ed.), *Collected Diplomatic Documents Relating to the Outbreak of the European War* (Londres, 1915), pp. 389-390.

28. Crackanthorpe a Grey, Belgrado, 12.30 p.m., 25 de julio de 1914, *BD*, vol. 11, doc. 114, pp. 87-88.

29. Spalajković a Pašić, San Petersburgo, enviado a las 18.15 del 22 de julio de 1914, *DSP*, vol. 7/2, doc. 484.

30. Albertini, *Origins*, vol. 2, p. 354.

31. Spalajković a Pašić, San Petersburgo, enviado a medianoche del 24 de julio de 1914, *DSP*, vol. 7/2, doc. 527.

32. Gale Stokes, «The Serbian Documents from 1914: A Preview», *Journal of Modern History*, 48 (1976), pp. 69-84, aquí p. 72. Spalojković a Pašić, San Petersburgo, enviado a la 1.40 del 25 de julio (erróneamente atribuido al 24 de julio por los editores), *DSP*, vol. 7/2, doc. 503.

33. Spalajković a Pašić, San Petersburgo, 20.00 del 25 de julio de 1914, *DSP*, vol. 7/2, doc. 556.

34. Spalajković a Pašić, San Petersburgo, 15.22 del 25 de julio de 1914, id. a id., 14.55 del 26 de julio de 1914, ibid., docs. 559, 556.

35. Sobre los efectos de los telegramas procedentes de Rusia, véase Albertini, *Origins*, vol. 2, pp. 354-356; y específicamente sobre el rechazo de Sazonov a los puntos 5 y 6 del ultimátum, véase Magrini, *Il dramma di Seraievo*, p. 206; Stokes, «Serbian Documents»; cf. Mark Cornwall, «Serbia», en Keith M. Wilson (ed.), *Decisions for War 1914* (Londres, 1995), pp. 79-80. Cornwall, cuyo análisis de los acontecimientos de Belgrado es insuperable, argumenta que el texto de los telegramas enviados por San Petersburgo era demasiado vago como para que Pašić estuviera seguro, sin el mínimo asomo de duda, de que los rusos tenían la intención de acudir en ayuda de Serbia. Es cierto que Sazonov se mostró impreciso –y de hecho no tenía más remedio que serlo– sobre los detalles de lo que haría Rusia, y cuándo, pero a mi juicio el constante tono *in crescendo* de las indicaciones contenidas en los telegramas de Spalajković debieron de bastar para tranquilizar a los líderes serbios en el sentido de que los rusos se inclinaban por intervenir. Pero también hay que admitir que la determinación de los serbios a resistir era muy firme desde el principio, como indica el manejo de la crisis por parte de Belgrado desde el primer momento.

36. Sobre el tráfico de telegramas y las horas de llegada, véase la nota del editor en Spalajković a Pašić, San Petersburgo, enviado a medianoche del 24 de julio de 1914, *DSP*, vol. 7/2, doc. 527; y Stokes, «Serbian Documents».

37. Recuerdo de Gruić, citado en Albertini, *Origins*, vol. 2, pp. 363-364.

38. Alexander Musulin von Gomirje, *Das Haus am Ballhausplatz. Erinnerungen eines österreich-ungarischen Diplomaten* (Múnich, 1924), p. 241.

39. Texto de la respuesta (en francés) en «Note der serbischen Regierung und die Belgrader Gesandtschaft», Belgrado, sin fecha [25 de julio de 1914], *ÖUAP*, vol. 8, doc. 10648, pp. 660-663.

40. Miloš Bogičević, *Le Procès de Salonique, Juin 1917* (París, 1927), p. 132; Joachim Remak, *Sarajevo. The Story of a Political Murder* (Londres, 1959), p. 207.

41. Texto de la respuesta (en francés) en «Note der serbischen Regierung an die Belgrader Gesandschaft», Belgrado, sin fecha [25 de julio de 1947], *ÖUAP*, vol. 8, doc.

10648, pp. 660-663.

42. Roberto Segre, *Vienna e Belgrado 1876–1914* (Milán, 1935), p. 78; véanse también James Joll, *The Origins of the First World War* (Londres, 1984), p. 13; Joachim Remak, «1914 – The Third Balkan War: Origins Reconsidered», *Journal of Modern History*, 43 (1971), pp. 353-366.

43. Véase «Monarchiefeindliche Bilder im Belgrader Kriegsministerium», una nota incluida en el dossier enviado a las embajadas austrohúngaras tras la recepción de la respuesta de Serbia, *ÖUAP*, vol. 8, doc. 10654, pp. 665-704, aquí p. 704.

44. Agregado militar en Belgrado al jefe del Estado Mayor, Belgrado, 25 de julio de 1914, Kriegsarchiv Wien, AOL Evidenzbureau, 3506, 1914, Resumés d. vertraulichen Nachrichten – Italian, Russland, Balkan, «B» [Balkan]; N. Shebeko, *Souvenirs. Essai historique sur les origines de la guerre de 1914* (París, 1936), p. 231.

45. Mi relato de la partida de Giesl está basado en gran parte en Albertini, *Origins*, vol. 2, p. 373.

46. Berchtold a Mensdorff, Viena, 24 de julio de 1914, *ÖUAP*, vol. 8, doc. 10599, p. 636.

47. Macchio a Berchtold, Viena, 25 de julio de 1914; Berchtold a Macchio, Lambach, 25 de julio de 1914, ibid., vol. 8, docs. 10703, 10704, pp. 731-732.

48. Albertini, *Origins*, vol. 2, pp. 376-380.

49. Spalajković al MAE de Serbia en Niš, San Petersburgo, 4.10, 26 de julio de 1914, *DSP*, vol. 7/2, doc. 584.

50. Francisco José, «The Imperial Rescript and Manifesto», 28 de julio de 1914, trad. y repr. en «Austria-Hungary's Version of the War», *New York Times Current History of the European War*, 1/2 (26 de diciembre de 1914), pp. 223-226, aquí p. 223, consultado en Internet a través de Periodical Archives Online.

51. Rapaport a Vredenburch, Belgrado, 28 de julio de 1914, NA, 2.05.36, 9, «Consulaat-Generaal Belgrado en Gezandschap Zuid-Slavië».

52. Ernest Jones, *Sigmund Freud: Life and Work* (3 vols., Londres, 1953-1957), vol. 2, p. 192 [*Vida y obra de Sigmund Freud*, Barcelona, Anagrama, 2003].

CAPÍTULO 11

1. Maurice Paléologue, anotación en su diario, 24 de julio de 1914, *An Ambassador's Memoirs 1914–1917*, trad. Frederick A. Holt (Londres, 1973), p. 21.

2. De Robien, «Copie des notes prises par Chambrun du 23 juillet au 3 août 1914», AN 427, AP 1, Louis de Robien MSS, vol. 2, fo. 2, enfrente. Esta interesante fuente está formada por notas que De Robien adjuntó a la copia en papel carbón de un relato mecanografiado redactado por Chambrun a petición de Viviani donde se enumeran las actividades del embajador durante los días previos al estallido de la guerra.

3. Buchanan a Grey, 24 de julio de 1914, *BD*, vol. 11, doc. 101, p. 81.

4. Paléologue, anotación en su diario, 24 de julio de 1914, *An Ambassador's Memoirs*, p. 22.

5. De Robien, «Copie des notes prises par Chambrun», fo. 2, enfrente.

6. Szapáry a Berchtold, San Petersburgo, 24 de julio de 1914, *ÖUAP*, vol. 8, docs. 10616, 10617, 10619, pp. 645, 646-647, 648.

7. Así le contaba Yanushkevich la conversación al general Dobrorolsky, jefe del Departamento de Movilización del Ejército ruso, véase S. K. Dobrorolsky, «La Mobilisation de l'armée russe en 1914», *Revue d'Histoire de la Guerre Mondiale*, 1 (1923), pp. 53469, 144-159, aquí p. 64; sobre el comunicado de prensa, véase Paléologue, anotación en su diario, 25 de julio de 1914, *An Ambassador's Memoirs*, p. 25.

8. Estas citas, basadas en las memorias inéditas de Peter Bark, ministro de Hacienda, están sacadas de las transcripciones que figuran en D. C. B. Lieven, *Russia and the Origins of the First World War* (Londres, 1983), p. 142.

9. A. Yu Ariev (ed.), *Sud'ba Veka. Krivosheiny* (San Petersburgo, 2002), p. 76; véanse también las cartas enviadas por Menshikov, uno de los principales columnistas de *Novoye Vremya*, a Krivoshein, en RGIA, esp. F. 1571, op. 1, d. 181, ll. 2-3.

10. H. H. Fisher (ed.), *Out of My Past. The Memoirs of Count Kokovtsov, Russian Minister of Finance, 1904–1914, Chairman of the Council of Ministers, 1911–1914*, trad. Laura Matveev (Stanford, 1935), p. 349.

11. Véase su carta a Krivoshein en RGIA, F. 1571, op. 1, d. 289, ll. 3, 7.

12. Del relato de Bark sobre la reunión citado en Lieven, *Russia and the Origins*, pp. 142-143.

13. Ibid., pp. 143-144.

14. «Sonderjournal des russischen Ministerrats», 24 de julio de 1914, *IBZI*, serie 3, vol. 5, doc. 19, pp. 25-26.

15. Leonard Turner, «Russian Mobilisation in 1914», *Journal of Contemporary History*, 3/1 (1968), pp. 75-76.

16. Lieven, *Russia and the Origins*, pp. 59-61; sobre la importancia de las decisiones tomadas por Rusia el 24 y el 25 de julio, véase también Jürgen Angelow, *Der Weg in die Urkatastrophe. Der Zerfall des alten Europa 1900–1914* (Berlín, 2010), p. 145.

17. Bruce W. Menning, «Russian Military Intelligence, July 1914. What St. Petersburg Perceived and Why It Mattered», manuscrito inédito, p. 20; Dobrorolsky, «La Mobilisation de l'armée russe», pp. 64-67.

18. Dobrorolsky, «La Mobilisation de l'armée russe», pássim; Sidney Bradshaw Fay, *The Origins of the First World War* (2 vols., Nueva York), vol. 2, pp. 286-300.

19. Turner, «Russian Mobilisation», pp. 65-88, aquí p. 75; A. Knox, *With the Russian Army, 1914–1917* (2 vols., Nueva York, 1921), vol. 1, p. 42.

20. Luigi Albertini, *The Origins of the War of 1914*, trad. Isabella M. Massey (3 vols., Oxford, 1953), vol. 2, p. 558; Turner, «Russian Mobilisation».

21. Lieven, *Russia and the Origins*, pp. 144-145; Dobrorolsky, «La Mobilisation de l'armée russe», p. 68; Turner, «Russian Mobilisation», p. 76.

22. Normativa Referente al Periodo Preparatorio para la Guerrra, 2 de marzo de 1913, parafraseado en Fay, *Origins*, vol. 2, pp. 316-318.

23. De l'Escaille a Davignon, San Petersburgo, 26 y 27 de julio de 1914; véase también Buisseret a Davignon, San Petersburgo, 26 de julio de 1914, MAEB AD, «Empire Russe», 34.

24. Széchényi al MAE de Viena, Copenhague, 26 de julio de 1914, HHStA, PA, I. Liasse Krieg, 812, fo. 63.

25. Hein al MAE de Viena, Kiev, 27 de julio de 1914, ibid., fo. 226.

26. Andrian al MAE de Viena, 27 de julio de 1914, Szczakowa, 27 de julio de 1914, ibid., fo. 237.

27. Von Haydin al MAE de Viena, Moscú, 28 de julio de 1914, ibid., fo. 3.

28. Stürghk (con extractos de un informe del Statthalter [gobernador] de Galitzia) al MAE de Viena, Viena, 28 de julio de 1914, ibid., fo. 26.

29. Corossacz al MAE de Viena, Tiflis, 28 de julio de 1914, ibid., fo. 69.

30. Sobre estos informes, véase Sean McMeekin, *The Russian Origins of the First World War* (Cambridge, MA, 2011), p. 62; sobre las alarmantes concentraciones de caballos, Dobrorolsky, «La Mobilisation de l'armée russe», pp. 68-69.

31. Paléologue, anotación en su diario, 25 de julio de 1914, *An Ambassador's Memoirs*, p. 25.

32. Buchanan a Grey, San Petersburgo, 18 de julio de 1914, *BD*, vol. 11, doc. 60, p. 47.

33. Fisher (ed.), *Memoirs of Count Kokovtsov*, pp. 346-347.

34. Ibid., p. 347.

35. Ignatiev al Estado Mayor, París, 30 de julio de 1914, RGVIA, Fond 15304 – «Upravlenie Voennogo Agenta vo Frantsii», op. 2, d. 16, Informes y comunicaciones realizados con libretas especiales, l. 38.

36. Guillaume a Davignon, París, 30 de julio de 1914, MAEB AD, France 12, «Correspondance politique – légations».

37. Paléologue a Quai d'Orsay, 18.30, 24 de julio de 1914; 23.00, 24 de julio de 1914; 16.45, 25 de julio de 1914, todos en borrador, AMAE, PA-AP, Maurice Paléologue, «Correspondance politique» 1, fos. 30-32; este documento se examina en M. B. Hayne, *The French Foreign Office and the Origins of the First World War, 1898–1914* (Oxford, 1993), p. 298.

38. Laguiche al Estado Mayor francés, extractos en Paléologue al MAE de París, San Petersburgo, 26 de julio de 1914, citado en McMeekin, *Russian Origins*, p. 69.

39. Así le informaba Sazonov de la conversación a Paléologue, véase Paléologue a Quai d'Orsay, 7.30 p.m., 26 de julio de 1914, AMAE, PA-AP, Maurice Paléologue, «Correspondance politique» 1, fo. 35; el informe de Szapáry sobre aquel encuentro destacaba el tono amistoso y cordial del ministro, pero concluía con la sugerencia de que, dado que los preparativos militares de Rusia ya estaban en marcha, aquel gesto de acercamiento era simplemente un intento de ganar tiempo, *ÖUAP*, vol. 8, doc. 10835, pp. 804-806.

40. El 8 de noviembre de 1912, una comisión militar secreta rusa adoptó nuevas directrices sobre las medidas previas a una movilización total, véase Fay, *Origins*, vol. 2, p. 308.

41. Paléologue a Quai d'Orsay, 4.45 p.m. 25 de julio de 1914, en borrador, AMAE, PA-AP, Maurice Paléologue, «Correspondance politique» 1, fol. 32 verso.

42. Paléologue a Quai d'Orsay, 11.00 p.m. 24 de julio de 1914, en borrador, ibid., fol. 31 verso.

43. McMeekin, *Russian Origins*, p. 34.

44. Ronald Bobroff, *Roads to Glory. Late Imperial Russia and the Turkish Straits* (Londres, 2006), pp. 52-53.

45. Mustafa Aksakal, *The Ottoman Road to War in 1914. The Ottoman Empire and the First World War* (Cambridge, 2008), p. 43; sobre la carrera naval greco-turca, véase Paul G. Halpern, *The Mediterranean Naval Situation, 1908–1914* (Cambridge, MA, 1971), pp. 314-354.

46. Grigorovich a Sazonov, 19 de enero de 1914, *IBZI*, serie 3, vol. 1, doc. 50, pp. 45-47.

47. Sazonov a Benckendorff, San Petersburgo, 8 de mayo de 1914, ibid., vol. 2, doc. 384, pp. 381-382, aquí p. 382; Aksakal, *Ottoman Road to War*, p. 46.

48. Sazonov a Benckendorff, San Petersburgo, 30 de julio de 1914, *IBZI*, serie 3, vol. 5, doc. 281, p. 195.

49. Sobre los Estrechos como un tema constante en la política exterior rusa, véase Bobroff, *Roads to Glory*, pássim; para una exposición del punto de vista de que el control del Bósforo era el móvil crucial de la política exterior rusa durante la crisis de julio, véase McMeekin, *Russian Origins*, pp. 6-40, y pp. 98-114, donde McMeekin destaca la creciente importancia de los Estrechos tras el estallido de la guerra.

50. Lieven, *Russia and the Origins*, pp. 45-47, 99-101.

51. Dobrorolsky, «La Mobilisation de l'armée russe», p. 68.

CAPÍTULO 12

1. El relato clásico es A. T. Q. Stewart, *The Ulster Crisis* (Londres, 1969).

2. Véase Ian F. W. Beckett, *The Army and the Curragh Incident 1914* (Londres, 1986); James Fergusson, *The Curragh Incident* (Londres, 1964).

3. Zara S. Steiner, *Britain and the Origins of the First World War* (Londres, 1977), p. 215: Keith Jeffery, *Field Marshal Sir Henry Wilson. A Political Soldier* (Oxford, 2006), p. 126.

4. Asquith a Venetia Stanley, 30 de junio de 1914, en Michael y Eleanor Brock (eds.), *H. H. Asquith. Letters to Venetia Stanley* (Oxford, 1985), p. 93.

5. Asquith a Venetia Stanley, 24 de julio de 1914, ibid., p. 122.

6. Grey a Bertie, Londres, 8 de julio de 1914, Imanuel Geiss (ed,), *Julikrise und Kriegsausbruch 1914. Eine Dokumentensammlung* (2 vols., Hannover, 1963-1964), vol. 1, doc. 55, p. 133; *BD*, vol. 11, doc. 38, p. 30.

7. Grey a Buchanan, Londres, 8 de julio de 1914, Geiss (ed,), *Julikrise*, vol. 1, doc. 56, pp. 133-135: *BD*, vol. 11, doc. 39, pp. 30-31.

8. Conversaciones referidas en Lichnowsky a Bethmann Hollweg, Londres, 9 de julio de 1914, Geiss (ed.), *Julikrise*, vol. 1, doc. 60, pp. 136-137.

9. Mensdorff al MAE de Viena, Londres, 17 de julio de 1914, *ÖUAP*, vol. 8, doc. 10337, pp. 480-481.

10. Mensdorff al MAE de Viena, Londres, 24 de julio de 1914, ibid., vol. 8, doc. 10660, p. 636.

11. Steiner, *Britain and the Origins*, p. 222.

12. Citado en H. D. Lasswell, *Propaganda Technique in the World War* (Nueva York, 1927), p. 49.

13. Adrian Gregory, «A Clash of Cultures. The British Press and the Opening of the Great War», en Troy E. Paddock (ed.), *A Call to Arms. Propaganda, Public Opinion and Newspapers in the Great War* (Westport, 2004), pp. 15-50, aquí p. 20.

14. *John Bull*, 11 de julio de 1914, p. 6; Niall Ferguson, *Pity of War* (Londres, 1998), p. 219; Gregory, «A Clash of Cultures», pp. 20-21.

15. Bosković a Pašić, Londres, 12 de julio de 1914, AS, MID – PO 412, fo. 36: el artículo polémico está en *John Bull*, 11 de julio de 1914, p. 6.

16. Winston S. Churchill, *The World Crisis* (2 vols., Londres, reimpr. 1968), vol. 1, p. 114.

17. Steiner, *Britain and the Origins*, pp. 224-225.

18. Hay extractos de la presentación de Wilson ante el Comité de Defensa Imperial el 23 de agosto de 1911 en *BD*, vol. 8, doc. 314, pp. 381-382.

19. Citado en Michael Brock, «Britain Enters the War», en R. J. W. Evans y H. Pogge von Strandmann (eds.), *The Coming of the First World War* (Oxford, 1988), pp. 145-178, aquí pp. 150-151.

20. Véase Trevor Wilson (ed.), *The Political Diaries of C. P. Scott 1911–1928* (Londres, 1970), pp. 96-97, 104.

21. Brock, «Britain Enters the War», pp. 153-154.

22. Grey a Rumbold, Londres, 20 de julio de 1914, *BD*, vol. 11, doc. 68, p. 54.

23. Sobre la incoherencia y la imposibilidad práctica de la propuesta de una intervención conjunta, véase Sidney Bradshaw Fay, *The Origins of the First World War* (2 vols., Nueva York), vol. 2, pp. 360-362.

24. Buchanan a Grey, San Petersburgo, 26 de julio de 1914, *BD*, vol. 11, doc. 155, p. 107.

25. Nicolson a Grey, donde se informa de una «Comunicación a través del embajador alemán», 26 de julio de 1914, *BD*, vol. 11, doc. 146, p. 155.

26. El largo informe de Benckendorff sobre su conversación con Grey el 8 de julio confirma que el secretario de Asuntos Exteriores británico no ponía en duda la visión de Rusia sobre la situación en Serbia, sino que contemplaba la crisis exclusivamente en términos de la relación entre las dos alianzas de países, Benckendorff a Sazonov, Londres, 9 de julio de 1914, *IBZI*, serie 3, vol. 4, doc. 146, pp. 141-144.

27. Buchanan a Grey, San Petersburgo, 24 de julio de 1914, *BD*, vol. 11, doc. 101, pp. 80-82 (memorandos incluidos).

28. Crowe, memorándum con fecha de 25 de julio en Buchanan a Grey, San Petersburgo, 24 de julio de 1914, *BD*, vol. 11, doc. 101, p. 81.

29. Lichnowsky a Jagow, Londres, 29 de julio de 1914, en Max Montgelas y Karl Schücking (eds.), *Deutsche Dokumente zum Kriegsausbruch*, vol. 1, doc. 368, pp. 86-89, aquí p. 87.

30. Grey a Goschen, Londres, 30 de julio de 1914, *BD*, vol. 11, doc. 303, pp. 193-194.

31. Sobre la aceptación por parte de Grey del contencioso de Austria contra Serbia, véase Steiner, *Britain and the Origins*, pp. 220-223.

32. Poincaré, anotación en su diario, 25 de julio de 1914, «Notes journalières», BNF 16027.

33. Ibid.,

34. Ibid., la cursiva es mía.

35. Jean-Jacques Becker, 1914. *Comment les français sont entrés dans la guerre. Contribution à l'étude de l'opinion publique printemps-été 1914* (París, 1977), p. 140; sobre la pasividad de Francia, véase John Keiger, *France and the Origins of the First World War* (Londres, 1983), pp. 166, 167; también id., «France», en Keith M. Wilson (ed.), *Decisions for War 1914* (Londres, 1995), pp. 121-149, esp. pp. 122-123.

36. Sobre la opinión pública sueca, de la que se decía que «vivía con miedo a Rusia», véase Buisseret a Davignon, San Petersburgo, 28 de noviembre de 1913, MAEB AD, «Russie 3», 1906–1914.

37. La conversación se menciona en Poincaré, anotación en su diario, 23 de julio de 1914, «Notes journalières», BNF 16027.

38. Poincaré, anotación en su diario, 25 de julio de 1914, ibid.

39. Poincaré, anotación en su diario, 25 de julio de 1914, ibid.

40. Poincaré, anotación en su diario, 27 de julio de 1914, ibid. El *France* ya navegaba rumbo a Copenhague cuando se tomó la decisión de regresar a París.

41. Ibid.

42. Ibid.

43. Ibid.

44. Ibid.

45. Poincaré, anotación en su diario, 28 de julio de 1914, «Notes journalières», BNF 16027.

46. Keiger, «France», en Wilson (ed.), *Decisions*, p. 123; Schmidt, *Frankreichs Aussenpolitik*, p. 313.

47. Poincaré, anotación en su diario, 29 de julio de 1914, «Notes journalières», BNF 16027.

48. Joseph Caillaux, *Mes Mémoires* (3 vols., París, 1942-1947), vol. 3, *Clairvoyance et force d'âme dans mes épreuves, 1912–1930*, pp. 169-170.

49. Poincaré, anotación en su diario, 29 de julio de 1914, «Notes journalières», BNF 16027.

50. Laguiche a Messimy, San Petersburgo, 26 de julio de 1914, *DDF*, 3ª serie, vol. 11, doc. 89, pp. 77-78.

51. Falta esa página del manuscrito que hay en la Bibliothèque Nationale, véase Poincaré, anotación en su diario, 29 de julio de 1914, «Notes journalières», BNF 16027, fo. 124. El último párrafo toma nota de que los británicos le han pedido a Sazonov que manifieste su opinión sobre la idea de convocar en Londres una conferencia de embajadores de las cuatro potencias a fin de resolver la cuestión austro-serbia, y concluye con el enigmático fragmento siguiente: «*Sazonoff a malheureusement* –».

52. Caillaux, *Mes Mémoires*, vol. 3, pp. 170-171.

53. Sazonov a Izvolsky, San Petersburgo, 29 de julio de 1914, *IBZI*, serie 3, vol. 5, doc. 221, pp. 159-160; también «Note de l'Ambassade de Russie. Communication d'un télégramme de M. Sazonoff», 30 de julio de 1914, *DDF*, 3ª serie, vol. 11, doc. 301, pp. 257-258.

54. Stefan Schmidt, *Frankreichs Aussenpolitik in der Julikrise 1914. Ein Beitrag zur Geschichte des Ausbruchs des Ersten Weltkriegs* (Múnich, 2009), p. 321.

55. Extractos en Viviani a Paléologue y a Paul Cambon, París, 30 de julio de 1914, *DDF*, 3ª serie, vol. 11, doc. 305, pp. 261-263; mi interpretación de este documento es la misma que la de Schmidt en *Frankreichs Aussenpolitik*, pp. 317-320.

56. Véase Keiger, «France», en Wilson (ed.), *Decisions for War*, pp. 121-149, aquí p. 147.

57. Gabriel Hanotaux, *Carnets (1907–1925)*, ed. Georges Dethan, Georges-Henri Soutou y Marie-Renée Mouton (París, 1982), pp. 103-104.

58. Poincaré, anotación en su diario, 30 de julio de 1914, «Notes journalières», BNF 16027; sobre esa conexión, véase Schmidt, *Frankreichs Aussenpolitik*, p. 322.

59. Izvolsky a Sazonov, París, 30 de julio de 1914, *IBZI*, serie 3, vol. 5, doc. 291, pp. 201-202; la cursiva es mía; véase también el análisis en Keiger, «France», p. 127; Schmidt, *Frankreichs Aussenpolitik*, pp. 323-324.

60. Citado en Schmidt, *Frankreichs Aussenpolitik*, p. 326. Schmidt argumenta que la movilización sin concentración era probablemente lo que quería decir Messimy cuando mencionaba una aceleración sin «transportes masivos de tropas».

61. Poincaré, anotación en su diario, 30 de julio de 1914, «Notes journalières», BNF 16027.

62. Dobrorolsky, «La Mobilization de l'armée russe», p. 147; el artículo «Rossiya khochet mira, no gotova voine» se publicó en el *Birzheviia Vedomosti* y fue reproducido en el diario nacionalista *Rech* el 13 de marzo de 1914.

63. Dobrorolsky, «La Mobilization de l'armée russe», p. 147.

64. Ibid., pp. 148-149.

65. Barón M. F. Schilling (ed.), *How the War Began in 1914. Being the Diary of the Russian Foreign Office from the 3rd to the 20th (Old Style) of July, 1914*, trad. W. Cyprian Bridge (Londres, 1925), p. 62.

66. Sazonov, *Les Années fatales*, p. 216.

67. Ibid., pp. 217-220; hay una excelente explicación de aquellos acontecimientos en Fay, *Origins*, vol.2, pp. 450-481.

68. Dobrorolsky, «La Mobilization de l'armée russe», p. 151.

69. Estas discrepancias se examinan en Bruce W. Menning, «Russian Military Intelligence, July 1914. What St. Petersburg Perceived and Why It Mattered», manuscrito inédito, p. 23; véase también Ministère des affaires étrangères (ed.), *Documents diplomatiques, 1914. La guerre européenne. Pièces relatives aux négotiations qui ont précédé la déclaration de guerre de l'Allemagne à la Russie et à la France* (París, 1914), doc. 118, p. 116; sobre otras omisiones y eliminaciones, véase también Konrad G. W. Romberg, *The Falsifications of the Russian Orange Book*, trad. W. Cyprian Bridge (Londres, 1923).

70. Telegrama nº 1538 a Londres, París, Viena, Berlín y Roma, 28 de julio de 1914, citado en Schilling, *How the War Began*, p. 44.

71. Telegrama nº 1539 a Berlín, París, Londres, Viena y Roma, 28 de julio de 1914, citado en ibid.

72. Telegrama de Benckendorff a Sazonov, citado en Sazonov, *Les Années fatales*, pp. 200-201.

73. Citado en Schilling (ed.), *How the War Began*, p. 43.

74. Sobre la opininón de Sazonov ante la advertencia de Bethmann, véanse Luigi Albertini, *The Origins of the War of 1914*, trad. Isabella M. Massey (3 vols., Oxford, 1953), vol. 2, p. 491; Horst Linke, *Das Zarische Russland und der Erste Weltkrieg. Diplomatie und Kriegsziele, 1914–1917* (Múnich, 1982), p. 33; sobre la conversación con Pourtalès, véase «16/29 July», Schilling (ed.), *How the War Began*, pp. 48-49.

75. «15/28 July», ibid, p. 43.

76. De l'Escaille a Davignon, San Petersburgo, 30 de julio de 1914, MAEB AD, «Empire Russe 34», 1914; este telegrama, que fue interceptado por los alemanes y publicado durante la guerra, se convirtió en un elemento famoso en el debate de posguerra sobre los culpables de la contienda, véase por ejemplo Ministerio de Asuntos Exteriores de Alemania (ed.), *Belgische Aktenstücke, 1905–1914* (Berlín, 1917); véase también Bethmann Hollweg, *Betrachtungen zum Weltkrieg* (2 vols., Berlín, 1919), vol. 1, p. 124.

77. Telegrama del káiser Guillermo al zar, Berlín, 29 de julio de 1914, citado en Schilling (ed.), *How the War Began*, p. 55.

78. Véanse, por ejemplo, Herman Bernstein, «Kaiser Unmasked as Cunning Trickster Who Plotted for War While He Prated of Peace. "Nicky" Telegrams Reveal Czar as No Better, Falling Readily into Snares that "Willy" Set», *Washington Post*, 18 de septiembre de 1917, recorte de prensa en AMAE NS, «Russie 45 Allemagne-Russie»; Herman Bernstein, *The Willy-Nicky Correspondence. Being the Secret and Intimate Telegrams Exchanged Between the Kaiser and the Tsar* (Nueva York, 1918); Sidney B. Fay, «The Kaiser's Secret Negotiations with the Tsar, 1904-1905», *American Historical Review*, 24 (1918), pp. 48-72; Isaac Don Levine (ed.), *The Kaiser's Letters to the Tsar. Copied from Government Archives in Petrograd and Brought from Russia by Isaac Don Levine* (Londres, 1920). Esas primeras ediciones no incluyen la serie de telegramas que se intercambiaron ambos soberanos en 1914, probablemente porque en realidad no se trataba de telegramas personales, sino de cables diplomáticos, por lo que se archivaron al margen de la correspondencia personal del monarca; estoy en deuda con John Röhl por esa explicación, y por ello le doy cordialmente las gracias.

79. Michael S. Neiberg, *Dance of the Furies, Europe and the Outbreak of World War I* (Cambridge, MA, 2011), p. 116.

80. Sergei Dmitrievich Sazonov, *Les Années fatales* (París, 1927), p. 218.

81. Ibid., pp. 218-219.

82. Menning, «Russian Military Intelligence», pp. 13-18; D. C. B. Lieven, *Russia and the Origins of the First World War* (Londres, 1983), pp. 148-149.

83. Tschirschky a Bethmann Hollweg, Viena, 2 de julio de 1910, donde se informa de una conversación entre Kulakovsky y Sukhomlinov, PA-AA, R 10894.

84. Menning, «Russian Military Intelligence», pp. 30-31.

85. Citado en V. R. Berghahn y W. Deist, «Kaiserliche Marine und Kriegsausbruch 1914», *Militärgeschichtliche Mitteilungen*, 1 (1970), pp. 37-58; Albert Hopman (alto funcionario del Ministerio de Marina Imperial), anotaciones en su diario, 6 y 7 de julio de 1914, en Michael Epkenhans (ed.), *Albert Hopman. Das ereignisreiche Leben eines «Wilhelminers». Tagebücher, Briefe, Aufzeichnungen*, 1901 bis 1920 (Oldenbourg, 2004), pp. 383, 385.

86. Biedermann (plenipotenciario de Sajonia en Berlín) a Vitzthum (ministro de Asuntos Exteriores de Sajonia), Berlín, 17 de julio de 1914, en Geiss (ed.), *Julikrise*, vol. 1, doc. 125, pp. 199-200.

87. Bethmann Hollweg a los embajadores en San Petersburgo, París y Londres, Berlín, 21 de julio de 1914, ibid., doc. 188, pp. 264-266, aquí p. 265.

88. Annika Mombauer, *Helmuth von Moltke and the Origins of the First World War* (Cambridge, 2001), pp. 190-193, 196; sobre la confianza de Alemania en la superioridad de su estado de preparación militar, véase Mark Hewitson, *Germany and the Causes of the First World War* (Oxford, 2006), pássim.

89. Citado en L. C. F. Turner, *Origins of the First World War* (Londres, 1973), p. 86.

90. Citado en Ulrich Trumpener, «War Premeditated? German Intelligence Operations in July 1914», *Central European History*, 9 (1976), pp. 58-85, aquí p. 64.

91. Ibid.

92. Riezler, anotación en su diario, 11 de julio de 1914, en Karl Dietrich Erdmann (ed.), *Kurt Riezler. Tagebücher Aufsätze Dokumente* (Gotinga, 1972), p. 185.

93. Geiss (ed.), *Julikrise*, vol. 1, doc. 123, p. 198.

94. «German View of French Disclosures», *The Times*, 17 de julio de 1914, p. 7, col. C; «Attitude of Germany», ibid., 25 de julio de 1914, p. 10, col. C.

95. Mombauer, *Helmuth von Moltke*, pp. 194-195, n 44.

96. Eso era lo que había inferido el conde Kageneck, agregado militar en Viena, véase ibid., p. 194. Sobre las repercusiones de las revelaciones de Humbert en el pensamiento alemán durante la crisis, véase también Theodor Wolff (redactor jefe del *Berliner Tageblatt*), anotación en su diario, 24 de julio de 1914, donde informa del escepticismo oficial sobre el estado de preparación de Francia, en Bernd Sösemann (ed.), *Tagebücher 1914–1919: der Erste Weltkrieg und die Entstehung der Weimarer Republik in Tagebüchern, Leitartikeln und Briefen des Chefredakteurs am «Berliner Tageblatt» und Mitbegründers der «Deutschen Demokratischen Partei» Theodor Wolff* (Boppard, 1984), pp. 64-65; Hopman, anotación en su diario, 14 de julio de 1914, en Epkenhans (ed.), *Tagebücher*, p. 389.

97. Risto Ropponen, *Italien als Verbündeter. Die Einstellung der politischen und militärischen Führung Deutschlands und Österreich-Ungarns zu Italien von der Niederlage von Adua 1896 bis zum Ausbruch des Weltkrieges 1914* (Helsinki, 1986), pp. 139, 141-142, 209-210.

98. Bethmann a Schoen y Bethmann a Lichnowsky, ambos Berlín, 27 de julio de 1914, en Geiss (ed.), *Julikrise*, vol. 2, docs. 491, 492, p. 103.

99. Jagow a Lichnowsky (carta privada), Berlín, 18 de julio de 1914, en Karl Kautsky (ed.), *Die deutschen Dokumente zu Kriegsausbruch* (4 vols., Berlín, 1927), vol. 1, doc. 72, pp. 99-101, aquí p. 100.

100. Sobre la confianza de Alemania en la «localización», véase Hopman, anotaciones en su diario, 8, 13, 24, 26 de julio de 1914, pp. 386, 388, 394-395, 397-398; sobre la angustia de Jagow, véase ibid., 21 de julio, pp. 391-392; sobre Bethmann como «hombre ahogándose», véase Alfred von Tirpitz, *Erinnerungen* (Leipzig, 1920), p. 242; sobre esos aspectos de la crisis, véase también Williamson y May, «An Identity of Opinion», esp. n 107, p. 353.

101. Guillermo II a Francisco José, Balholm, 14 de julio de 1914, *ÖUAP*, vol. 8, doc. 10262, pp. 422-423.

102. Véase esp. las notas de Guillermo en Tschirschky a Jagow, Viena, 10 de julio de 1914, en Imanuel Geiss, *July 1914. The Outbreak of the First World War. Selected Documents* (Nueva York, 1974), doc. 16, pp. 106-107.

103. Guillermo II, comentarios en Tschirschky a Bethmann, Viena, 14 de julio de 1914, ibid., doc. 21, pp. 114-115.

104. Lamar Cecil, *Wilhelm II* (2 vols., Chapel Hill, 1989 y 1996), vol. 2, *Emperor and Exile, 1900–1941*, p. 202; Jagow a Wedel (séquito imperial), Berlín, 18 de julio de 1914, en Geiss, *July 1914*, doc. 29, p. 121.

105. David Stevenson, *Armaments and the Coming of War, Europe 1904–1914* (Oxford, 1996), p. 376.

106. Véase G. A. von Müller, *Regierte der Kaiser? Aus den Kriegstagebüchern des Chefs des Marinekabinettes im Ersten Weltkrieg Admiral Georg Alexander von Müller* (Gotinga, 1959); Holger Afflerbach, *Kaiser Wilhelm II. als Oberster Kriegsherr im Ersten Weltkrieg. Quellen aus der militärischen Umgebung des Kaisers* (Múnich, 2005), p. 11.

107. Holger Afflerbach, *Falkenhayn: Politisches Denken und Handeln im Kaiserreich* (Múnich, 1994), p. 153.

108. Guillermo a Jagow, Neues Palais, 28 de julio de 1914, en Geiss, *July 1914*, doc. 112, p. 256; Afflerbach, *Falkenhayn*, p. 153.

109. Citado en Afflerbach, *Falkenhayn*, p. 154.

110. Citado en Volker Berghahn, *Germany and the Approach of War in 1914* (Basingstoke, 1993), pp. 202-203.

111. Albertini, *Origins*, vol. 2, p. 467; Geiss, *July 1914*, p. 222.

112. Lichnowsky a Jagow, Londres, 27 de julio de 1914, Geiss, *July 1914*, doc. 97, pp. 238-239.

113. Bethmann a Tschirschky, Berlín 10.15, 28 de julio de 1914, Geiss, *July 1914*, doc. 115, p. 259; Stevenson, *Armaments*, pp. 401-402; sobre la divergencia de los puntos de vista de Bethmann y Guillermo aquel día, véase Geiss (ed.), *Julikrise*, vol. 2, pp. 164-165 (comentario de Geiss).

114. Bethmann a Guillermo II, Berlín 22.15, 28 de julio de 1914, en Geiss, *July 1914*, docs. 114, 117, pp. 258, 261.

115. Trumpener, «War Premeditated?», pp. 66-67.

116. Chelius a Guillermo II, San Petersburgo, 26 de julio de 1914, en Geiss (ed.), *Julikrise*, vol. 2, doc. 441, pp. 47-49, aquí p. 48.

117. Citado en Trumpener, «War Premeditated?», p. 66.

118. Ibid.

119. Estado Mayor, informe del Consejo de Evaluación de Inteligencia, 28 de julio de 1914, citado en ibid., p. 72.

120. Véase, por ejemplo, Bethmann a Tschirschky, Berlín, 29 de julio de 1914, e id. a id, dos veces, el 30 de julio de 1914, en Geiss (ed.), *Julikrise*, vol. 2, docs. 690, 695, 696, pp. 287-268, 289-290, 290.

121. Diario de Falkenhayn, 29 de julio de 1914, citado en Afflerbach, *Falkenhayn*, p. 155.

122. Berghahn, *Germany and the Approach of War*, p. 215.

123. Diario de Falkenhayn, 31 de julio de 1914, citado en Afflerbach, *Falkenhayn*, p. 160.

124. Jorge V, informe del príncipe Enrique de Prusia, Enrique a Guillermo II, 28 de julio de 1914, en *DD*, vol. 1, pp. 32-89.

125. Harold Nicolson, *King George the Fifth* (Londres, 1952), p. 245; Berghahn, *Germany and the Approach of War*, p. 219.

126. Nicolson, *King George the Fifth*, p. 246.

127. Lichnowsky a Jagow, Londres, 29 de julio de 1914, en Geiss, *July 1914*, doc. 130, pp. 288-290.

128. Guillermo II, notas en Pourtalès a Jagow, San Petersburgo, 30 de julio de 1914, Geiss, *July 1914*, doc. 135, pp. 293-295.

129. Lichnowsky a Jagow, Londres, 1 de agosto de 1914, *DD*, vol. 3, doc. 562, p. 66.

130. Lichnowsky a Jagow, Londres, 1 de agosto de 1914, ibid., doc. 570, p. 70.

131. Citado en Afflerbach, *Falkenhayn*, p. 164.

132. Diario de Falkenhayn, 1 de agosto de 1914, citado en ibid., pp. 165-166. La versión de Falkenhayn sobre esta conversación fue ampliamente avalada por Moltke, pero puede que no sea totalmente de fiar. Según las memorias de Max von Mutius, edecán y testigo ocular, el káiser le pidió consejo a Moltke sobre si todavía era posible evitar una violación de las fronteras en el oeste, específicamente la entrada de la 16ª División en Luxemburgo. Moltke respondió que no lo sabía, y fue un subordinado del Departamento de Operaciones del Estado Mayor, el teniente coronel Tappen, quien afirmó que todavía era posible. Según ese relato, el káiser no desautorizó directamente a Moltke, sino que se mantuvo dentro de los límites convencionales de su cargo. En cualquier caso, los relatos que nos han llegado coinciden en el traumático efecto que tuvo ese episodio en el jefe del Estado Mayor, quien no dejaba de volver una y otra vez obsesivamente sobre el incidente; véase Afflerbach, *Kaiser Wilhelm II als Oberster Kriegsherr im Ersten Weltkrieg. Quellen aus der militärischen Umgebung des Kaisers, 1914–1918* (Múnich, 2005), p.13.

133. Cecil, *Wilhelm II*, vol. 2, p. 107.

134. Mombauer, *Helmuth von Moltke*, p. 222.

135. Guillermo II a Jorge V, Berlín, 1 de agosto de 1914, *DD*, vol. 3 doc. 575, p. 74.

136. Bethmann a Lichnowsky, Berlín, 1 de agosto de 1914, ibid., vol. 3, doc. 578, p. 76; Guillermo II a Jorge V, Berlín, 1 de agosto de 1914, ibid., vol. 3, doc. 575, p. 74.

137. Lichnowsky a Jagow, Londres, 1 de agosto de 1914, ibid., vol. 3, doc. 596, pp. 89-91.

138. Jorge V a Guillermo II, Londres, 1 de agosto de 1914, ibid., vol. 3, doc. 612, pp. 103-104.

139. Lichnowsky a Jagow, Londres, 1 de agosto de 1914, ibid., vol. 3, doc. 603, p. 95.

140. Citado en Afflerbach, *Falkenhayn*, p. 167.

141. Lichnowsky a Jagow, Londres, 29 de julio de 1914, *DD*, vol. 1, doc. 368, pp. 86-89.

142. Grey a Bertie, Londres, 31 de julio de 1914, *BD*, vol. 11, doc. 352, p. 220.

143. Harry F. Young, «The Misunderstanding of August 1, 1914», *Journal of Modern History*, 48/4 (1976), pp. 644-665.

144. Stephen J. Valone, «"There Must Be Some Misunderstanding": Sir Edward Grey's Diplomacy of August 1, 1914», *Journal of British Studies*, 27/4 (1988), pp. 405-424.

145. Keith M. Wilson, «Understanding the "Misunderstanding" of 1 August 1914», *Historical Journal*, 37/4 (1994), pp. 885-889; sobre las repercusiones de la inestabilidad financiera internacional en la forma de pensar de los británicos, véase Nicholas A. Lambert, *Planning Armageddon. British Economic Warfare and the First World War*

(Cambridge, MA, 2012), pp. 185-231; para un análisis del punto de vista de Lambert, véase Williamson, «July 1914: Revisited and Revised», pp. 17-18; mi agradecimiento a Sam Williamson por llamar mi atención sobre esa línea de la argumentación de Lambert.

146. Grey a Bertie, Londres, 1 de agosto de 1914, *BD*, vol. 11, doc. 419, p. 250.

147. Bertie a Grey, París, 2 de agosto de 1914, ibid., doc. 453, p. 263; sobre la «impertinencia» de esta respuesta, véase Wilson, «Understanding the "Misunderstanding"», p. 888.

148. Comunicado de la embajada alemana, Londres, 31 de julio de 1914, *BD*, vol. 11, doc. 344, p. 217; la advertencia se repitió al día siguiente, véase comunicado de la embajada alemana, Londres, 1 de agosto de 1914, ibid., doc. 397, p. 241.

149. Asquith a Venetia Stanley, Londres, 1 de agosto de 1913, en Brock y Brock (eds.), *Letters to Venetia Stanley*, p. 140.

150. Grey a Bertie, Londres, 29 de julio de 1914, *BD*, vol. 11, doc. 283, p. 180.

151. Grey a Bertie, Londres, 31 de julio de 1914, ibid., doc. 352, p. 220.

152. Grey a Bertie, Londres, 31 de julio de 1914, ibid., doc. 367, pp. 226-227.

153. Grey a Bertie, Londres, 20.20, 1 de agosto de 1914, ibid., doc. 426, p. 426; obsérvese la hora del despacho: se trata de un telegrama posterior al que se cita anteriormente de ese mismo día, y aporta al embajador nuevos detalles sobre la conversación con Cambon.

154. Keith Eubank, *Paul Cambon: Master Diplomatist* (Norman, 1960), pp. 170-171.

155. Conversación con Cambon el 24 de julio, recordada en André Géraud, «The Old Diplomacy and the New», *Foreign Affairs*, 23/2 (1945), pp. 256-270, aquí p. 260.

156. Grey a Bertie, Londres, 28 de julio de 1914, *BD*, vol. 11, doc. 238, p. 156.

157. Keiger, «France», p. 133.

158. Cambon a Viviani, Londres, 29 de julio de 1914, *DDF*, 3ª serie, vol. 11, doc. 281, pp. 228-229.

159. Steiner, *Britain and the Origins*, pp. 181-186.

160. Sobre este aspecto de la Entente, véase John Keiger, «Why Allies? Necessity or Folly», manuscrito inédito de una ponencia del congreso «Forgetful Allies: Truth, Myth and Memory in the Two World Wars and After», Cambridge, 26-27 de septiembre de 2011. Mi agradecimiento a John Keiger por permitirme ver una copia de dicha ponencia antes de su publicación.

161. Géneviève Tabouis, *Perfidious Albion – Entente Cordiale* (Londres, 1938), p. 109.

162. Citado en Steiner, *Britain and the Origins*, p. 225.

163. Asquith a Stanley, Londres, 29 de julio de 1914, en Brock y Brock (eds.), *Letters to Venetia Stanley*, p. 132.

164. Eyre Crowe, memorándum del 31 de julio de 1914, *BD*, vol. 11, adjunto al doc. 369, pp. 228-229.

165. Sobre la creciente importancia del Gobierno, Steiner, *Britain and the Origins*, p. 228. Cambon aparece citado en John Keiger, «How the Entente Cordiale Began», en Richard Mayne, Douglas Johnson y Robert Tombs (eds.), *Cross Channel Currents. 100 Years of the Entente Cordiale* (Londres, 2004), pp. 3-10, aquí p. 10.

166. Austen Chamberlain, *Down the Years* (Londres, 1935), p. 94.

167. Colin Forbes Adams, *Life of Lord Lloyd* (Londres, 1948), pp. 59-60; Chamberlain, *Down the Years*, pp. 94-101; Ian Colvin, *The Life of Lord Carson* (3 vols., Londres, 1932-1936), vol. 3, pp. 14-20; sobre la conversación de Cambon con Lloyd, esp. pp. 14-15; Leopold S. Amery, *My Political Life* (3 vols., Londres, 1953-1955), vol. 2, pp. 17-19.

168. Keith M. Wilson, *The Policy of the Entente. Essays on the Determinants of British Foreign Policy, 1904–1914* (Cambridge, 1985), p. 135.

169. Asquith a Stanley, Londres, 31 de julio de 1914, en Brock y Brock (eds.), *Letters to Venetia Stanley*, p. 138.

170. Winston S. Churchill, *The World Crisis* (Londres, 1931), p. 114.

171. Asquith a Stanley, Londres, 1 de agosto de 1914, en Brock y Brock (eds.), *Letters to Venetia Stanley*, p. 140.

172. John Morley, *Memorandum on Resignation, August 1914* (Londres, 1928), p. 5.

173. Citado en Wilson, *Policy of the Entente*, p. 137.

174. Lord Crewe a Jorge V, donde le informa del Consejo de Ministros del 2 de agosto de 1914, 18.30, en J. A. Spender y Cyril Asquith, *Life of Herbert Henry Asquith* (2 vols., Londres, 1932), vol. 2, p. 82; Morley, *Memorandum*, p. 21.

175. Sobre la responsabilidad de Samuel por esas fórmulas, y su éxito a la hora de conseguir apoyo para ellas entre sus colegas, véase Wilson, *Policy of the Entente*, p. 142; también Herbert Samuel a su esposa, Beatrice, 2 de agosto de 1914, en C. J. Lowe y M. L. Dockrill, *The Mirage of Power* (3 vols., Londres, 1972), vol. 1, pp. 150-151; Cameron Hazlehurst, *Politicians at War, July 1914 to May 1915: A Prologue to the Triumph of Lloyd George* (Londres, 1971), pp. 93-98.

176. Sobre las palabras de Grey y su «emoción», véase George Allardice Riddell (propietario del *News of the World*), *Lord Riddell's War Diary, 1914–1918* (Londres, 1933), p. 6.

177. Sobre el lugar de Bélgica en la opinión británica favorable a la guerra, véase John Keiger, «Britain's "Union Sacrée" in 1914», en Jean-Jacques Becker y Stéphane Audoin-Rouzeau (eds.), *Les Sociétés européennes et la guerre de 1914–1918* (París, 1990), pp. 39-52, esp. pp. 48-49.

178. Citado en Hermann Lutz, *Lord Grey and the World War*, trad. E. W. Dickes (Londres, 1928), p. 101.

179. C. Addison, *Four and a Half Years* (2 vols., Londres, 1934), vol. 1, p. 32, citado en Brock, «Britain Enters the War», p. 161.

180. Keiger, «Britain's "Union Sacrée"», en Becker y Audoin-Rouzeau (eds.), *Les Sociétés européennes*, pp. 39-52; Samuel R. Williamson, *The Politics of Grand Strategy. Britain and France Prepare for War, 1904–1914* (Cambridge, MA, 1969), pp. 357-360.

181. Ese es el argumento planteado en Keith M. Wilson, «The British Cabinet's Decision for War, 2 August 1914», *British Journal of International Studies* (1975), pp. 148-159; reeditado como cap. 8 de id., *The Policy of the Entente*.

182. Buchanan a Nicolson, San Petersburgo, 16 de abril de 1914, *BD*, vol. 10/2, doc. 538, pp. 784-785.

183. Nicolson a Goschen, 15 de abril de 1912, ibid., vol. 6, doc. 575, p. 747; Steiner, *Foreign Office*, p. 131; véase también Wilson, *The Policy of the Entente*, p. 78; Zara S. Steiner, «The Foreign Office under Sir Edward Grey'», en Francis Harry Hinsley (ed.), *British Foreign Policy under Sir Edward Grey* (Cambridge, 1977), pp. 22-69, aquí p. 45.

184. Williamson, *Politics of Grand Strategy*, pp. 108-114, 167-204.

185. Memorándum de Eyre Crowe en Buchanan a Grey, San Petersburgo, 24 de julio de 1914, *BD*, vol. 11, doc. 101, pp. 80-82, aquí p. 82.

186. Isabel V. Hull, *Absolute Destruction. Military Culture and the Practices of War in Imperial Germany* (Ithaca, 2005), pp. 160-181; Mombauer, *Helmuth von Moltke*, pp. 102, 105, 164-167, 225.

187. Alfred von Tirpitz, *Erinnerungen* (Leipzig, 1920), pp. 241-242.

188. Nota presentada el 2 de agosto a las siete de la tarde por M. Below Saleske a M. Davignon, ministro de Asuntos Exteriores [belga], recorte del «Libro Verde» belga, en TNA, FO 371/1910 (2 de agosto de 1914) consultado en Internet en http://www.nationalarchives.gov.uk/pathways/firstworldwar/first_world_war/p_ultimatum.htm.

189. Jean Stengers, «Belgium», en Wilson (ed.), *Decisions for War*, pp. 151-174.

190. Ibid.; respuesta del Gobierno belga al ultimátum alemán, 3 de agosto de 1914 a las 7.00., en Hugh Gibson, *A Journal from Our Legation in Belgium* (Nueva York, 1917), p. 19.

191. Stengers, «Belgium», pp. 161, 162.

192. Gibson, *A Journal*, p. 15.

193. Stengers, «Belgium», p. 163.

194. Gibson, *A Journal*, p. 22.

195. Citado en Stengers, «Belgium», p. 164.

196. Maurice Paléologue, anotación en su diario, 1 de agosto de 1914, *An Ambassador's Memoirs 1914–1917*, trad. Frederick A. Holt (Londres, 1973), pp. 38-39.

197. Príncipe Max von Lichnowsky, *My Mission to London, 1912–1914* (Londres, 1918), p. 28.

198. Gibson, *A Journal*, p. 21.

199. Bernd F. Schulte, «Neue Dokumente zu Kriegsausbruch und Kriegsverlauf 1914», *Militärgeschichtliche Mitteilungen*, 25 (1979), pp. 123-185, aquí p. 140.

200. Informe del coronel Ignatiev, 30 de julio de 1914, RGVIA, Fond 15304 –Upravlenie Voennogo Agenta vo Frantsii, op. 2, d. 16, Informes y comunicaciones realizados con libretas especiales, l. 38.

201. Citado en Hew Strachan, *The First World War* (Oxford, 2001), p. 103.

202. V. I. Gurko, *Cherty i Siluety Proshlogo, Pravitel'stvo i Obschchestvennost' v Tsarstvovanie Nikolaya II Izobrazhenii Sovremennika* (Moscú, 2000), p. 651.

203. W. Mansell Merry, *Two Months in Russia: July–September 1914* (Oxford, 1916), pp. 76-77.

204. Así consta en el resumen de Richard Cobb sobre las impresiones que figuran en Roger Martin du Gard, *L'Été 1914* (4 vols., París, 1936-1940), en Cobb, «France and the Coming of War», en Evans y Pogge von Strandmann (eds.), *The Coming of the First World War*, pp. 125-144, aquí p. 137.

205. Strachan, *The First World War*, pp. 103-162, esp. p. 153; sobre los disturbios por el reclutamiento en Rusia, véase Joshua Sanborn, «The Mobilization of 1914 and the Question of the Russian Nation», *Slavic Review*, 59/2 (2000), pp. 267-289.

206. Neiberg, *Dance of the Furies*, p. 128.

207. Gibson, anotación en su diario, 2 de agosto en id., *A Journal*, p. 8.

208. Véase Adrian Gregory, *The Last Great War. British Society and the First World War* (Cambridge, 2008), esp. pp. 9-39; id., «British War Enthusiasm: A Reassessment», en Gail Braybon (ed.), *Evidence, History and the Great War. Historians and the Impact of 1914–1918* (Oxford, 2003), pp. 67-85; para un relato con una textura extraordinaria sobre las reacciones a la noticia de la guerra en la Francia de provincias, véase Becker, 1914: *Comment les français*, pp. 277-309; id., *L'Année 14* (París, 2004), pp. 149-153; Stéphane Audoin-Rouzeau y Annette Becker, *1914–1918: Understanding the Great War*, trad. Catherine Temerson (Londres, 2002), p. 95; sobre la «conmoción, tristeza y consternación» con que la mayoría de la gente recibió la noticia de la guerra, véase Leonard V. Smith, Stéphane Audoin-Rouzeau y Annette Becker, *France and the Great War* (Cambridge, 2003), pp. 27-29; P. J. Flood, *France 1914–1918: Public Opinion and the War Effort* (Basingstoke, 1990), pp. 5-33; Jeffrey Verhey, *The Spirit of 1914. Militarism, Myth and Mobilization in Germany* (Cambridge, 2000), pp. 231-236.

209. Sanborn, «Mobilization of 1914», p. 272.

210. Así consta en el relato aportado por el «*instituteur*» [maestro] del pueblo, citado en Flood, *France 1914–1918*, p. 7.

211. Stephen Graham, *Russia and the World* (Nueva York, 1915), pp. 2-3, citado en Leonid Heretz, *Russia on the Eve of Modernity. Popular Religion and Traditional Culture under the Last Tsars* (Cambridge, 2008), p. 195. Muchas memorias rusas hablan de la confusión sobre la identidad del enemigo, véase Bertram Wolfe, «War Comes to Russia», *Russian Review*, 22/2 (1963), esp. pp. 126-129.

CONCLUSIÓN

1. Rebecca West, *Black Lamb and Grey Falcon. A Journey Through Yugoslavia* (Londres, 1955), p. 350.

2. Las memorias son las del príncipe B. A. Vasil'chiko, examinadas en D. C. B. Lieven, «Bureaucratic Authoritarianism in Late Imperial Russia: The Personality, Career and Opinions of P. N. Durnovo», *The Historical Journal*, 26/2 (1983), pp. 391-402.

3. Véase, por ejemplo, Mark Hewitson, *Germany and the Causes of the First World War* (Oxford, 2006), pp. 3-4. Sobre la tesis de Fischer como una forma de compromiso personal con el legado contaminante del nazismo, véanse Klaus Grosse Kracht, «Fritz Fischer und der deutsche Protestantismus», *Zeitschrift für neuere Theologiegeschichte*, 10/2 (2003), pp. 224-252; Rainer Nicolaysen, «Rebell wider Willen? Fritz Fischer und die Geschichte eines nationalen Tabubruchs», en Rainer Nicolaysen y Axel Schildt (eds.), *100 Jahre Geschichtswissenschaft in Hamburg (Hamburger Beiträge zur Wissenschaftsgeschichte*, vol. 18) (Berlín/Hamburgo, 2011), pp. 197-236.

4. Paul Kennedy, *The Rise of the Anglo-German Antagonism* (Londres, 1980), p. 467.

5. Véase Paul W. Schroeder, «Embedded Counterfactuals and World War I as an Unavoidable War», p. 42; para un elocuente análisis que interpreta la guerra como la consecuencia no intencionada de una serie de errores cometidos por una élite política que consideraba que una guerra general era un resultado catastrófico, véase Gian Enrico Rusconi, *Rischio 1914. Come si decide una guerra* (Bolonia, 1987).

6. La tesis de una guerra corta, Gerhard Ritter, *Der Schlieffenplan. Kritik eines Mythos* (Múnich, 1965); Lancelot Farrar, *The Short War Illusion. German Policy, Strategy and Domestic Affairs, August–December 1914* (Santa Barbara, 1973); Stephen Van Evera, «The Cult of the Offensive and the Origins of the First World War», *International Security*, 9 (1984), pp. 397-419; crítica, Stig Förster, «Der deutsche Generalstab und die Illusion des kurzen Krieges, 1871-1914: Metakritik eines Mythos», *Militärgeschichtliche Mitteilungen*, 54 (1995), pp. 61-95; un excelente comentario sobre el debate, Holger H. Herwig, «Germany and the "Short-War" Illusion: Toward a New Interpretation?», *Journal of Military History*, 66/3, pp. 681-693.

7. Citado en Herwig, «Germany and the "Short-War" Illusion», p. 686.

8. «Horace Blanchon» (seud.), «Académie de Médecine», *Le Figaro*, 5 de marzo de 1913, recorte de prensa en NA Archief, 2.05,03, doc. 648, «Correspondentie over de Balkan-oorlog».

Título de la edición original: *The Sleepwalkers. How Europe Went to War in 1914*
Traducción del inglés: Irene Cifuentes y Alejandro Pradera

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: abril 2014

© Christopher Clark, 2012
© de la traducción: Irene Cifuentes y Alejandro Pradera, 2014
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2014
Fotografía de cubierta: Francisco I de Austria recibe en la estación de Viena a Guillermo II de Alemania. © Ullstein/Photoaisa

Conversión a formato digital: Maria Garcia
Depósito legal: B. 5421-2014
ISBN: 978-84-16072-15-6

CREATIVE COMMONS

ÍNDICE

Índice 5
Lista de ilustraciones 8
Lista de mapas 10
Agradecimientos 11
Introducción 16
Parte I. Los caminos que llevan a Sarajevo 29
1. Los fantasmas serbios 30
Asesinato en Belgrado 30
«Elementos irresponsables» 44
Mapas mentales 53
Separación 63
Escalada 71
Tres guerras turcas 82
La conspiración 89
Nikola Pašić reacciona 100
2. El Imperio sin cualidades 112
Conflicto y equilibrio 112
Los jugadores de ajedrez 129
Mentiras y falsificaciones 142
Calma engañosa 150
Halcones y palomas 158
Parte II. Un continente dividido 184
3. La polarización de Europa, 1887-1907 185
Relaciones peligrosas: la Alianza franco-rusa 188
La decisión de París 199
El fin de la neutralidad británica 205
Un imperio tardío: Alemania 212

¿Un gran momento crucial? 228
Un pesimismo exagerado 237
4. Las numerosas voces de la política exterior europea 250
Soberanos que toman decisiones 252
¿Quién gobernaba en San Petersburgo? 272
¿Quién gobernaba en París? 278
¿Quién gobernaba en Berlín? 287
La agitada supremacía de Sir Edward Grey 291
La crisis de Agadir de 1911 297
Soldados y civiles 311
La prensa y la opinión pública 327
La fluidez del poder 345
5. Caos en los Balcanes 349
Ataques aéreos sobre Libia 350
Descontrol en los Balcanes 362
El indeciso 371
La crisis balcánica del invierno de 1912-1913 381
¿Bulgaria o Serbia? 389
Los problemas de Austria 401
La balcanización de la alianza franco-rusa 417
París fuerza el paso 428
El agobio de Poincaré 437
6. Últimas oportunidades: Distensión y peligro, 1912-1914 445
Los límites de la distensión 445
«Ahora o nunca» 462
Alemanes en el Bósforo 474
El escenario de un conflicto con origen en los Balcanes 496
¿Una crisis de masculinidad? 509
¿Cuán abierto estaba el futuro? 513
Parte III. Crisis 519
7. Asesinato en Sarajevo 520
El asesinato 520

Instantes congelados 532
Comienza la investigación 539
Las respuestas de Serbia 547
¿Qué hacer? 553
8. El círculo se ensancha 571
Reacciones en el extranjero 571
El conde Hoyos va a Berlín 582
El camino hacia el ultimátum austriaco 597
La extraña muerte de Nikolai Hartwig 608
9. Los franceses en San Petersburgo 611
El conde de Robien cambia de tren 611
Poincaré zarpa hacia Rusia 618
La partida de póquer 624
10. El ultimátum 635
Austria exige 635
Serbia responde 644
Comienza una «guerra local» 660
11. Disparos de advertencia 662
Se impone la firmeza 662
«Esta vez es la guerra» 667
Las razones de Rusia 675
12. Los últimos días 686
Una extraña luz incide sobre el mapa de Europa 686
Poincaré regresa a París 701
Rusia se moviliza 712
El salto al vacío 725
«Tiene que haber algún malentendido» 742
Las tribulaciones de Paul Cambon 755
El Reino Unido interviene 760
Bélgica 769
Botas 775
Conclusión 780